HISTORIA INTEGRAL
DE LA REGIÓN DEL RÍO FUERTE

Por Ing. Filiberto Leandro Quintero.

HISTORIA INTEGRAL DE LA REGIÓN DEL RÍO FUERTE
Ing. Filiberto L. Quintero

Primera Edición:
El Debate S.A de C.V
Los Mochis, Sinaloa, 1978
Segunda Edición:
H. Ayuntamiento de El Fuerte 2005-2007
Colección El Fuerte: Nuestra Historia Tomo I
Creativos7editorial:
Baila 871 Col. RosaLes
Tel: (667) 455-66-15
E-mail: creativos7editorial.com
Culiacán Rosales, Sinaloa
Diciembre 2007
Diseño Editorial:
Natalia E. Ojeda Osuna

“Los libros hacen hombres libres”
Edición con fines académicos, no lucrativos.

Hecho en Sinaloa-México
Printed in Sinaloa-Mexico

PRÓLOGO

Desde que don Filiberto Leandro Quintero fue mi maestro de matemáticas en el Centro Escolar del Noroeste por los años cuarenta, ya oía que el acucioso investigador estaba escribiendo una historia sobre la región del Valle del Fuerte. Quienes habían tenido el privilegio de conocer directamente sus pesquisas y conocer sus apuntes, no escatimaban elogios ni admiración por esta paciente labor en la que el autor ponía no solamente su tiempo, sustrayéndolo en parte de su familia, sino también cuanto recurso podía disponer, descuidando así, como era el reclamo de sus compañeros de generación, la posibilidad de acumular riquezas.

Hubiera sido el máximo galardón de su vida ver su obra publicada; y estaba a punto de alcanzarlo cuando infortunadamente la muerte lo sorprendió en plena etapa de creación. No obstante, me atrevería a suponer, que si de más tiempo hubiera dispuesto, tampoco le hubiese alcanzado, pues habiendo llegado hasta los inicios de la revolución en su trabajo escrito, seguía investigando con la intención de traer la historia hasta el momento contemporáneo en que la estaba produciendo. Su pasión, su interés por conocer todos los pasos de la evolución del hombre en el norte de Sinaloa, era tan incansable y absorbente que, quizás, nunca hubiera estado satisfecho del todo de haber terminado su obra.

El mismo, en alguna ocasión, había dicho públicamente cual era la

razón de haber dedicado toda una vida a esta investigación, que ahora se pone al alcance del pueblo:

"Una fervorosa, entusiasta y discreta inclinación de mi espíritu hacia el conocimiento y exposición, ya materializada en un libro inédito, de la historia particular de mi amado terruño norteño, el Distrito del Fuerte, de su historia local que tiene antecedentes coloniales, porque su génesis, su enraizamiento, su vinculación existencial se halla en lo que antiguamente se llamara Provincia de Sinaloa, me lleva de la mano por explicable inercia mental, a ocuparme de un tema del orden correspondiente que no ha tenido la necesaria divulgación popular y que es básico en la formación de la cultura que sobre historia y con respecto a su propia tierra debe poseer todo sinaloense".

Después de esta declaración emocional, hecha en l952, hasta la fecha de su muerte, transcurrieron todavía 17 años, en ese lapso, por alguna circunstancia, teniendo la obra casi terminada, al menos hasta la etapa incipiente de la revolución, no fue posible publicarla. Después de su muerte, ocurrida el 23 de abril de l969, hasta ahora, han pasado otros 9 años en que la obra estuvo guardada en el regazo familiar.

El clima humano formado en torno a la celebración de los 75 años de la fundación de Los Mochis, la presencia de una nueva sociedad en la que mochitenses nacidos en esa ciudad forjan ahora la conducta del desarrollo y el apremio de las nuevas generaciones ávidas por conocer los valores auténticos de la región, hicieron posible la suma de voluntades entre los herederos del ingeniero Quintero y la editorial de El Debate para publicar la obra y, sobre todo, hallar el mecanismo que hiciera factible su mayor divulgación, poniéndola al alcance de quien quiera conocer la historia de su tierra natal, es decir, con lo que cuesta una entrada al cinematógrafo cada semana.

En cuanto a la obra en si, ésta tiene la característica de ser un trabajo altamente profesional, con un gran respeto y apego a las fuentes históricas consultadas y con un estilo sencillo, sin rebuscamientos de ninguna índole, que le proyecta amenidad e interés casi novelesco. Consta de 7 partes, correspondiendo éstas a etapas perfectamente configuradas en el devenir de la historia regional; en la primera remonta hasta los pri-

meros asentamientos aborígenes, con un intento de explicación sobre los primitivos poblamientos en los cuatro ríos, que forman el territorio de la familia lingüística de los Cahita; en la última, después de describir, analizar y comentar paso a paso los sucesos de la conquista española, la ocupación colonial, la independencia con sus matices reformistas, la inmigración norteamericana y el porfiriato, llega hasta la formación del movimiento revolucionario destacando los episodios sobresalientes y concluyendo con el rompimiento de la unidad revolucionaria, todo ello, por supuesto, con un enfoque meramente regional, en el que, como colofón romántico y legendario, resurge la figura de Bachomo, --el último de los aborígenes que habló por su raza--, precisamente en el acto de su fusilamiento.

Fue preocupación del propio autor que la obra fuese leída y entendida sin rebuscamiento ni complicadas armaduras literarias. Lo dijo en la misma ocasión de su conferencia en la Universidad de Sinaloa:

"Es sin duda preferible la naturalidad a la afectación y al rebuscamiento, y es más fácil para los espíritus que carecen del don sublime de la elocuencia y del ingenio oratorio, expresarse en términos diáfanos, sencillos y precisos, rehuyendo al afiligranamiento y la ampulosidad culterana; con tanta más razón, cuando es sabido que las biografías, las crónicas, los relatos históricos, de ordinario no seducen por su carácter retórico, más bien pobre, aun cuando la historia constituya un género literario que en los tiempos grecolatinos presidió en la inspiración la parnasiana Clío; aquello no obstante, episodios saturados de humanismo y sublimidad, como ocurre en las epopeyas, en virtud de su excepcional contextura, se prestan a reflexiones encumbradas y al canto, y son susceptibles de plasmarse en un rico bordado de imágenes deleitosas dando origen a las obras maestras de la épica".

Como respuesta a esta preocupación, vale decirlo, la HISTORIA INTEGRAL DE LA REGIÓN DEL RIO FUERTE cumple con su cometido de naturalidad, sin afectación, y gana, seducción sin grandes pretensiones retóricas. Cabe subrayar que, al autor, con sólo haber publicado artículos y comentarios en revistas y periódicos acerca de su investigación, tuvo la fortuna de haber sido reconocido como un serio historiador,

fuente primaria para algunos que se adelantaron, con más suerte, en la publicación de sus libros. Durante muchos años fue miembro y activo participante del Congreso Mexicano de Historia, a través del cual su obra investigadora empezó a conocerse antes, fuera de la región.

El Ingeniero Quintero fue oriundo del pueblo de Mochicahui, Distrito de El Fuerte, nacido un 10 de octubre de 1895. Fue hijo de don Filiberto R. Quintero Gómez y de doña Antonia Vega Miranda de Quintero, con residencia en el pueblo de Charay, municipalidad de El Fuerte. En Mochicahui y la Villa de Sinaloa cursó las primeras letras, y en una escuela oficial de El Fuerte recibió la instrucción primaria y superior de la época. En 109 ingresó a la Escuela de Agricultura de Ciudad Juárez, Chihuahua, y en 1911 pasó a la Escuela de San Jacinto en el Valle de México, para hacer la carrera de Ingeniero Agrónomo e Hidráulico. En 1915, obligado por la suspensión de actividades escolares por el movimiento revolucionario, retornó a Charay al lado de sus padres para ocuparse en los negocios familiares del comercio y la agricultura.

Hecho para el estudio y la investigación, sin posibilidad de volver a las aulas, completó su carrera de topógrafo e ingeniero en ferrocarriles, por correspondencia, con diploma de las Escuelas Internacionales de América Latina con sede en Nueva York; igualmente, por correspondencia se graduó de contador privado en la Escuela Bancaria y Comercial de la Ciudad de México.

En 1920 contrajo matrimonio con Enriqueta Borboa Vega, y con ella procreó cuatro hijos, de los cuales sólo viven dos: Gisela Olga y Sergio. En 1933, de Charay trasladó su residencia a la ciudad de Los Mochis, donde se ocupó en actividades comerciales; a la muerte de su padre, en 1935, tuvo que encargarse, además de la administración de los negocios del campo.

Durante su permanencia en Los Mochis fue participante activo de diversos clubes de servicio, entre ellos el Rotario; de la Cámara de Comercio, de la cual fue presidente; del Centro Social del Country Club, en los que ocupó los puestos relevantes de dirección. En el Centro Escolar del Noroeste sustentó las cátedras de matemáticas, álgebra y trigonometría; hizo lo mismo en la naciente Preparatoria mochitense.

En 1950, al arribo a la Gobernatura del licenciado Enrique Pérez Arce, por terna presentada por las Cámaras Nacionales de Comercio e Industria del Estado, fue designado Jefe del Departamento de Hacienda (Tesorería General), puesto que desempeñó durante tres años. En su estancia en Culiacán, también fue catedrático durante 15 años en las escuelas secundaria y preparatoria de la Universidad, así como presidente del Club Rotario y gerente administrativo del Club Sinaloa. A su muerte, sus restos fueron trasladados a Los Mochis, ciudad a la que tanto amó y a la que dedicó, de hecho, toda una vida para escribir su historia.

Ya para terminar, con palabras del propio autor, habrá que repetir;

"Y ahora, tratando de abreviar y con permiso de Herodoto - padre de la Historia--, entro a sus vericuetos y paso a tratar de la materia propuesta. . ." *

Adrián García Cortés

Los Mochis, julio de 1978.

OFRENDA

Gustoso presento este trabajo, fruto del amor, esfuerzo y paciencia, a mis coterráneos de la región del río Fuerte, con la convicción de que les habrá de merecer el interés que tiene todo provinciano por las cosas de su tierra. Considero, además, que la exposición que se desarrolla en las páginas de la obra, representa una pequeña contribución a la historia general del estado de Sinaloa.

Se principió a escribir este trabajo de compilación hace ya años, en la ciudad de Los Mochis, municipio de Ahome, en la que como escritor, me considero situado; y se terminó, hasta el momento de entregar en prensa, en la ciudad de Culiacán, capital del Estado.

Confieso de antemano que la obra adolece de imperfecciones de todo orden, ya de método, ya de errores de cronología, ya de exposición y de forma. Y comprendo que, dado que su índole es histórica, no está exenta de que ciertos puntos de su temario, desde el punto de vista ideológico puedan ser criticados y rebatidos. En algunos casos se impondrán rectificaciones. Más sin embargo, advierto que habiendo tenido por norma siempre la buena fe, en ningún momento he intentado ni llegado de una manera consciente a falsear los hechos, ni mucho menos las fuentes de información histórica tenidas en cuenta.

Ahora, como una expresión de mi corazón, ofrenda de cariño y gratitud, hago solemne dedicación de esta obra a la memoria de mi es-

posa, Enriqueta Borboa de Quintero y mis padres, el señor Filiberto R. Quintero y la señora Antonia Vega de Quintero,

Filiberto Leandro Quintero
Culiacán, Sinaloa.

CAPÍTULO I

Población Cáhita
La Provincia.

Desde ignorados y remotos tiempos, que antedatan al arribo de los conquistadores españoles a las tierras noroccidentales de México, la región del río Fuerte, actualmente de la jurisdicción del estado de Sinaloa, se hallaba poblada por núcleos de gentes pertenecientes a la familia indígena de los cáhitas. El área territorial habitada por los cáhitas, situada en la vertiente del Golfo de California, se extendía desde la región del río Mocorito hasta la región del río Yaqui; de tal suerte que su localización quedaba reducida a la entidad que, desde el principio y hasta casi los últimos años del período colonial, se llamó provincia de Sinaloa.

La antigua provincia de Sinaloa se hallaba enmarcada dentro de límites geográficos o naturales, como eran: por el sureste, la demarcación del río Mocorito; por el noroeste la del río Yaqui; por el noroeste las altas sierras de Topia, antiguo nombre con el que los españoles designaban a la parte de la Sierra Madre Occidental perteneciente a las provincias de Culiacán y Sinaloa; y por el suroeste, el Mar de Cortés o Golfo de California.

Consiguientemente eran parte integrante de dicha provincia de Sinaloa, la porción norte del estado de Sinaloa y la sur del estado de Sonora. Rumbo al sureste de la Provincia y a partir de la región del río

Mocorito (primitivamente llamado de Sebastián de Evora, que fue el nombre de un portugués bajo cuya encomienda estuvo aquella región) se extendía, hasta el río Piaxtla, la entidad que tuvo por nombre provincia de Culiacán, habitada por indios tahues, y más allá de la cual, rumbo al sur, seguía la provincia de Chametla o Chiametla, poblada por los totorames. Hacia el norte del río Yaqui tenían su señorío los pimas y los ópatas, en vecindad con los cáhitas. En tanto que, por el lado de las sierras de Topia y en colindancia con la provincia de Sinaloa se hallaban distintas comarcas, habitadas por tarahumaras, chínipas y otros diversos grupos tribales de importancia insignificante.

El vocablo cáhita, que como apelativo se aplica a los indígenas de la provincia de Sinaloa y a la lengua o dialecto hablado por ellos, se puede escribir de dos modos: con "h" o sin ella. Aunque la "h" es muda, en el primer caso la palabra debe acentuarse tanto prosódica como ortográficamente en su antepenúltima sílaba, puesto que se trata de una voz esdrújula en cuanto a que la "h" deshace el diptongo; por lo cual es impropio que no se le acentúe y que por esta falla se le convierta en voz llana, como a menudo ocurre entre personas que ignoran cómo es realmente el vocablo. En el segundo caso, o sea omitiendo la "h", se escribiría caita, y entonces no requiere acento ortográfico por tratarse de una voz llana en la que la acentuación tónica recae en la "a", vocal fuerte del diptongo que se forma. El etnólogo norteamericano Ralph L. Beals, es uno de los pocos autores que al escribir con "h" la palabra en cuestión la acentúa, como bien se advierte en el título y en el texto mismo de sus obras "The Aboriginal Culture of the Cáhita Indians" y "The Contemporary Culture of the Cáhita Indians". Más adelante habremos de referirnos, en particular, al significado de la palabra cáhita.

Por lo que respecta a la distribución de la población cáhita en toda la provincia, sus grupos más importantes y numerosos se hallaban asentados en as zonas correspondientes a los cuatro ríos que, bajando de las sierras, desfogan sus aguas en el Golfo de California; y además en las riberas de algunos arroyos. En el aspecto técnico y demográfico las gentes eran unas mismas. Más, no obstante, los grupos por lo general se mantenían desvinculados unos de otros. Vivían libremente, confinados en

sus respectivas provincias, parcialidades o comarcas, y de cuya toponimia dependía el nombre particular con que geopolíticamente eran llamados o distinguidos por los cronistas e historiadores de la época colonial.

De acuerdo pues, con la circunstancia precedentemente indicada, la distribución demográfica en la Provincia queda sintetizada en la forma que a continuación se expresa; pero con exclusión de algunas comunidades extinguidas por la obra sistemática de reducción, de los padres misioneros:

1.- Región del río Mocorito: Residían en ella los mocoritos, los orobatos y los bacapas, en sus correspondientes localidades de Mocorito, Orobato y Bacapa.

2.- Región del río Sinaloa: Se hallaba ocupada por los tamazulas y los nures, en sus respectivas congregaciones de Tamazula y Nure; los guasaves, los sisimicaris y los níos, en sus pueblos y jurisdicciones de Guasave, Sisimicari y Nío viejo; los baburías, en Baburía; los chicoratos, los ohueras, los bacubiritos y los chicuris, en sus vecindarios de Chicorato, Ohuera, Bacubirito, y Chicuri; y por último los bamoas, en el pueblo de su nombre, pero éstos no eran cáhitas, sino pimas que llegaron al río Sinaloa con Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Y en las riberas del arroyo de Ocoroni, afluente del río de Sinaloa, se hallaban asentados los ocoronis mismos, los yecoratos, los cacalotanes, los cahuametos, los sunupas y los bacayopas, en sus respectivas localidades del viejo Ocoroni, Yecorato, Cacalotán, Cahuameto, Sunupa y Bacayopa.

3.- Región del río Fuerte: La poblaban, formando diversas parcialidades: los ahomes y sus confederados bacorehuis, batracia y comoporis; los zuaques en sus pueblos de Mochicahui, Charay y Cigüini; los tegüecos, cuyos vecindarios eran Tehueco, Macori y Sivirijoa; los sinaloas en sus cuatro principales poblados: Sinaloa, Toro, Baca y Baimena; los tzoes o zoes, diseminados por la comarca de Choix y posteriormente reducidos al pueblo de este nombre, y los huites o huitis, montañeses cuya reducción es el pueblo de Huites.

4.- Región del río Mayo: Moraban en aquel territorio los etchojoas, los masiacas, los navojoas, los tesios, los camoas, los conicaris, los macoyagüis los tepagüis, cuyos gentilicios concernían respectivamente a

sus reducciones de Etchojoa, Masiaca, Navojoa, Tesia, Camoa, Conicari, Macoyahui y Tepahui.

5.- Región del río Yaqui: A esta región pertenecían las comunidades indígenas de Huíviris, Ráhum, Pótam, Bícam, Tórim, Bácum, y Cócorit, que constituyen los siete pueblos primitivos de la tribu yaqui.

Por lo que se refiere a los habitantes de los poblados indígenas de la región del río Fuerte, por vía de aclaración cabe puntualizar lo siguiente: Don Eustaquio Buelna cataloga a los charayes entre los tehuecos, en tanto que el P. Andrés Pérez de Ribas, misionero de los zuaques, los incluye en el grupo de éstos últimos, a cuya nación o parcialidad pertenecían. Con respecto a Cigüini, el único historiador que se ocupa de este poblado y de sus vecinos, es Baltasar de Obregón; poblado que desapareció cuando el P. Ribas redujo a los zuaques a las vecindades de Mochicahui y Charay. A consecuencia también de la política de reducción de las gentes, adoptada por los padres misioneros, a su vez desaparecieron de la geografía el poblado epónimo que se llamó Cinaloa; y de igual manera el poblado tegüeco, que llevó el nombre de Macori. Por lo que concierne a San Miguel Zapotitlán, llamado originalmente San Miguel Arcángel, no aparece incluido en la relación que concierne a la región del río Fuerte, en virtud de que ese pueblo o vecindario no existía antes de la llegada de los españoles; sino que, bajo los auspicios del titular de la Misión de Ahome, P. Andrés Pérez de Ribas, el P, Vicente del Águila, lo erigió congregando en él a diversos núcleos de indios que moraban desperdigados por las marismas y pesquerías del litoral ahomense.

FILIACION LINGÜÍSTICA

Don Eustaquio Buelna en una de sus principales obras, en la cual manifiesta interpretativamente su criterio de que tanto los toltecas como los aztecas, viniendo del norte pasaron por el Estado de Sinaloa, dejó asentado que, cuando ocurrió el tránsito tolteca, Sonora y Sinaloa se hallaban poblados por tribus bárbaras y primitivas, entre las cuales figuraban ópatas, los seris, los pimas altos y bajos y la gran familia de los cáhitas, en sus respectivas comarcas.

La existencia de las tribus mencionadas, la corrobora los hechos y

por tanto no se discute. Pero eso no excluye la posibilidad, en cuanto a los cáhitas, que en su territorio les hayan antedatado tribus aún más primitivas, grupos de gentes nómadas que vivían de la recolección, la caza y la pesca. Esto no se ha probado; pero sin embargo, al respecto el Profr. Conrado Espinosa, director del Centro Escolar del Noroeste que funciona en Los Mochis, supone que existió un grupo cronológicamente anterior al cáhita, o intermedio entre éste y el hombre arcaico, que se localiza en las zonas donde se encuentran los petroglifos, de los cuales más adelante se hablará con cierta amplitud. Espinosa denomina a estos hombres "pobladores de colinas", clasificados en grupo aparte, a lo menos por lo que toca a su calidad de población que interpreta una cultura a través de las grafías en que ésta aparece insinuada en el considerable número de petroglifos diseminados en las colinas regionales.

Más, dejando al margen esa consideración, lo evidente es que en el campo de la historia, la provincia de Sinaloa y por ende la región del río Fuerte, principian a ser y a desenvolverse a partir del descubrimiento geográfico de su territorio y del conocimiento, trato y convivencia sostenida por los conquistadores con el elemento indígena. Dicho elemento, o sean los cáhitas, constituye el cimiento sobre el que, desde el momento en que interviene con efectividad el colonizador español, se erige y prospera la integración demográfica contemporánea, lograda en el decurso de algo más de cuatro centurias.

Ello justifica el interés que nos mueve a escudriñar los fondos de identidad fisonómica del hombre cáhita, y a este respecto su filiación es un tópico de particular importancia. La filiación de los cáhitas étnicamente no ha podido ser precisada, sino únicamente sobre la base de la lengua o idioma; lo que ha conducido a suponerles una descendencia lingüística de los nahoas. Siguiendo el mismo cartabón, o sea el lingüístico, han sido clasificadas las tribus indígenas de México. La "Geografía de las Lenguas y Carta Etnográfica de México" (1860 - 1864), de don Manuel Orozco y Berra, ha sido la obra fundamental o de consulta en los trabajos de catalogación de las lenguas y las tribus de México. En la clasificación que, en ese respecto, nos dan a conocer en la actualidad Othón de Mendizábal y Gilberto Jiménez Moreno, la población indígena del país se distribuye en 83 lenguas precortesianas.

De acuerdo con tal clasificación los cáhitas, o sean los yaquis, los mayos y sus hermanos de la parte norte de Sinaloa, pertenecen a la familia yuto-azteca, grupo pimano y subgrupo ópata-cáhita-tarahumar. En la clasificación respectiva, al lado del grupo pimano aparece el nahuatlano, náhuatl o nahuatloide; Al lado del grupo ópata-cáhita-tarahumar, figuran los subgrupos cora-huichol y pima-tepehuán. En otro arreglo, expuesto también por Mendizábal y Moreno, el grupo troncal es el tañoazteca, precediendo a la familia yuto-azteca, de cuyas subdivisiones depende el referido subgrupo ópata-cáhita-tarahumar que, como se ve, es en el que tienen acomodo los cáhitas. Entre los 25 componentes de dicho subgrupo, se hallan anotados el huite, el zóe, el cáhita mismo, el tubar, el Nío, el ocoroni, el Guasave y el Mocorito, que tenían sus propios dialectos.

La clasificación aludida indica que la ascendencia lingüística del indio sinaloense o cáhita, se remonta al tronco náhuatl, el cual está emparentado con el yuto, cuyo asiento principal se encuentra en el estado norteamericano de Utha. La gran familia yuto-azteca, es incuestionablemente la de mayor importancia en la América Precolombina, extendiéndose considerablemente por toda la costa occidental, desde Canadá hasta Costa Rica, y entremezclándose muy fuertemente en el centro de México y en Centro América.

A mayor abundamiento y con respecto a lo que al caso concierne, noto enseguida la genealogía que en forma esquemática presenta H. Beuchat en su "Manual de Arqueología Americana". El tronco lingüístico que conviene al caso es el shoshoni común, hipotético, del cual se derivan las lenguas náhuatl y sus dialectos cora y huichol, las lenguas pimas (pima, tepehuana, cáhita, etc.), y a su lado las lenguas (shoshonis, comanche, yuto. Mono, etc.)

En cuanto a las características antropomórficas del individuo cáhita, son las que corresponden al tipo negroide. Sus marcas físicas particulares son piel oscura o café; pelo lacio; tipo S D (subdolicocéfalo), de índice 78-79.9 conforme a la clasificación de J. Deniker; e índice nasal M (mesorrino) de 75 a 79.9. Su estructura es: tronco medio, anchura media de hombros y extremidades alargadas. En lo particular el indio yaqui está

clasificado dentro del índice cefálico B (braquicéfalo) y probablemente en igual caso deben hallarse el indio mayo y sus congéneres del sur.

PROCEDENCIA DE LOS CÁHITAS.

No se cuenta con datos positivos que conduzcan a determinar exactamente de dónde y cuándo llegaron los cáhitas a poblarse en las tierras de la provincia de Sinaloa. Sin embargo, vagamente se sabe que procedían del septentrión.

Cuando el P. Andrés Pérez de Ribas se hizo cargo de los ahomes, se preocupó por indagar la procedencia de éstos indios; pues al respecto habla de "haber inquirido ente los más viejos y entendidos de estos indios, de dónde habían salido y cuándo habían poblado ellos o sus antepasados los puestos que al presente poseían, encontrando siempre que concordaban en su respuesta de que habían salido de la parte Norte, desamparados algunos puestos que a esta parte habían tenido o poblado, por habérseles despojado de ellos y ocupándolos en guerra otras naciones que después sobrevenían".

El padre logró además averiguar que en compañía de los ahomes llegaron los guasaves, que eran sus parientes, y los zoes, que después se les apartaron. Siempre encontró rastros "de que todas estas naciones salieron de la parte Norte; como también es fama constante que salió de esa región y plaga la grande Nación Mexicana, como consta en sus historias muy repetidas. . . así sólo los españoles que vienen a ser los que dicen estas gentes, que salen del Oriente, de donde nunca tuvieron noticia que otra nación saliese. Hace a este propósito el nombre de que las más de las naciones de Sinaloa, en las lenguas más comunes a ellas dan a los españoles llamándolos Yoris; nombre y vocablo que aunque significa lo mismo que valientes y lo dan también a bestias y fieras, como león, tigre u otras que se dejan ver pocas veces pero que por esa misma razón y por haber venido a sus tierras los españoles del Oriente, de donde no habían visto otra nación les daban el dicho nombre y por tenerlos por valientes".

Efectivamente, desde Mocorito hasta el Yaqui todavía hoy llaman "Yori" al español, al criollo y al mestizo de español e indio; o sea que con ese vocablo aluden invariablemente al hombre blanco, a la gente

"de razón", a los que hablan la "castilla" o sea el castellano. Pero este vocablo, según he averiguado no denota en realidad, como lo expresa el P. Ribas, atributos o conceptos como el de fiera, o el de fiero o valiente, pues existe otra palabra casi homófona a "Yori"; y esa palabra es "Yoli", con la cual se designa al animal como fiero (como tigre, león, etc.), y por extensión al hombre bravo, como se advierte en la locución cáhita, "juala-yoli", que quiere decir; aquél o ese hombre si es valiente.

En cuanto a sí mismo el indio se da el nombre de "Yoreme", palabra que entraña la denotación o el significado de individuo o persona. Y por su parte los blancos, o sea los "yoris", acostumbran llamarles "yoremes" a los yaquis, los mayos y demás congéneres.

Por su lado el P. Vicente del Águila, otro misionero de los ahomes y los zuaques, expone las acepciones que tiene la palabra "yori". Lo hace en su "Relación breve de la misión de Cinaloa", documento que al decir de Carl Sauer en el apéndice de su libro "The Road to Cíbola", se encuentra en el Vol. 300 Historia, Archivo General de México. Según el P. Águila, uno de los significados del término en cuestión concierne a los hechos o a las curaciones milagrosas que Cabeza de Vaca y sus compañeros, en su travesía desde La Florida hasta Sinaloa, realizaron entre las tribus salvajes con que hicieron convivencia: "Y como Nro. Sr. había hecho por ellos algunos milagros, mirándoles la gente como cosa del cielo, les seguían sin apartarse de ellos y así se quedaron a poblar en esta tierra los que con ellos venían (Nota: el relator alude a los pimas bajos que llegaron al río Sinaloa formando un gran acompañamiento a Cabeza de Vaca y compañeros de odisea; indios que por acá se establecieron en los pueblos de Apucha y Popucha y que posteriormente fueron reducidos al pueblo de Bamoa), de aquí según dicen nació el llamar en esta tierra los indios a los españoles "yoris" que también significa valientes, leones, tigres y otras bestias fieras y demonios y todo esto significa por este nombre "yorim" y en alguna otra lengua "doritem".

Por cuanto ya quedó expresado, el P. Ribas llegó a abrigar la convicción de que los aborígenes de la provincia de Sinaloa, al igual que los mexicanos, procedían del septentrión; y de que los unos y los otros, llegaron a establecer contactos entre sí, que se evidencian en la naturaleza de los idiomas y dialectos. Como según se sabe, era Ribas un gran conocedor de la lengua náhuatl, pudo advertir que en casi todos los dialectos que se hablaban en la Provincia, se hallaban vocablos y principalmente los llamados radicales, "que o son de la lengua mexicana o se derivan de ella y retienen muchas de sus sílabas; vocablos de los cuales --expone el mismo Ribas- pudiera hacer un largo catálogo (lástima que no lo hizo).

Sorprendentemente notables son las dos conclusiones que llegó a formular el P. Ribas, una acerca de la filiación de la lengua y la otra con respecto a la procedencia asiática de los naturales, de la provincia de Sinaloa: "La primera, que casi todas estas naciones se comunicaron en puestos y lenguas con la mexicana, aunque las artes y gramáticas de ellas son diferentes; pero en muchos de sus preceptos concuerdan. La segunda es, que todas estas naciones, con la mexicana, salieron a poblar este Nuevo Mundo de la banda Norte y hallaron por esta parte paso a tierra firme y continente (aunque no se ha conocido hasta ahora) con la América; o solo se divide esta de la del antiguo orbe, por algún angosto brazo de mar, por el cual con facilidad pudieron pasar así hombres como fieras y animales, que en este nuevo mundo se hallan. Y por ventura tiene Dios reservado este paso a brazo, para manifestarlo al tiempo que su divina e inescrutable Providencia se sabe, y tan maravillosa se ha mostrado en el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Las conclusiones indicadas son tan significativas, que se adelantan a la época en que esto escribía el P. Ribas, aún en su categoría de simples hipótesis. La primera de ellas presta mérito a la clasificación que con respecto a las tribus indígenas de México ha sido formulada con fundamento en elementos lingüísticos, y de acuerdo con la cual el subgrupo de los cáhitas viene a estar ligado por la vía del idioma, con la importante familia de los náhuatl. Y la segunda, no es sino la tesis, acreditada por la tradición existente entre los mismos cáhitas, de que eran ellos de procedencia norteña; tesis que se amplía con la postulación del origen asiático del hombre de América, al indicarse que hombres del Antiguo Orbe debieron pasar al Nuevo Continente a través de algún estrecho o brazo de mar; estrecho aún desconocido en los tiempos del P. Ribas, pero que con posterioridad de casi un siglo, en 1728, el navegante dinamarqués Vitus Behring, inmortalizándose, tuvo la fortuna de descubrir.

El origen o la procedencia del hombre americano es una de las más

inexplicables incógnitas que tienen ante sí los antropólogos, y que ha dado lugar a las más variadas hipótesis. Con la salvedad de que hubiera existido el hombre autóctono, caso que no ha sido dilucidado, la América comenzó a poblarse durante la última glaciación, o pasada ésta, en que el continente estuvo dividido en dos porciones. Señalándose como rutas de inmigración, las siguientes: desde luego, por algunos, la de Behring, anteriormente considerada, por donde se supone que el hombre atravesó hace unos 20 o 25 mil años. Otros consideran las rutas del Este, por donde arribaron los pieles rojas que, según pretenden unos están emparentados con el Cro-Magnón y según otros con la familia mongoloide; o por donde en época reciente llegaron los vikingos; o de la Groenlandia, o utilizando las corrientes del Gula Stream. Y otros, por último, las corrientes del Océano Pacífico, como la de Melanesia, o las del Pacífico Sur, la contracorriente media ecuatorial favoreciendo la inmigración de la China del Sur, de la India y de la Australia, también la del Kuro Siwo, al norte. El Profr. Antonio Pompa y Pompa pone énfasis, muy particularmente, en la contracorriente, entre la nord y sud-ecuatorial, porque el estudio de las inmigraciones por esta ruta marítima, daría soluciones a muchos enigmas de las expresiones culturales del hombre americano. Con respecto a nuestro país, afirmase que el valle de México es una de las regiones que habitó primero el hombre americano, pues fósiles humanos a los que se atribuyen once mil años de antigüedad se han encontrado en Tepexpan.

Parece corroborar la procedencia asiática del indio sinaloense, al decir de un médico amigo mío, el signo de la mancha azul mongólica que en ellos se presenta en la rabadilla, en un 80 por ciento de los individuos, y que suele presentarse también en los mestizos, desapareciendo en éstos con la edad.

LOS NAHOAS EN EL NOROESTE DE MÉXICO

Los Toltecas.

La tesis que pregona el paso de los toltecas por los estados de Sonora y Sinaloa y el de los aztecas solamente por el de Sinaloa, viniendo esas tribus de norte a sur, fue promovida y sostenida con gran convencimiento por el luminar de los historiadores sinaloenses, don Eustaquio

Buelna; en la inteligencia de que dicha tesis tuvo adeptos entre los más renombrados historiadores mexicanos de fines del siglo pasado y comienzos del presente, y acaso aún hoy en día.

Señala Buelna, al respecto, itinerarios, etapas históricas, fechas, así como precisas localizaciones geográficas, en apoyo de su criterio, relacionándolo punto por punto con la interpretación que hace de la llamada Tira de la Peregrinación o Códice Boturini. El último nombre se debe a que el caballero lombardo Lorenzo Boturini, un anticuario milanés, fue quien encontró este códice y lo poseyó hasta que, al ser expulsado de México, le fueron confiscadas sus colecciones. Tan precioso documento es conocido además con el nombre de Tira del Museo, en virtud de que se encuentra en el Museo Nacional de México.

Los toltecas y los aztecas fueron dos pueblos que a su turno resplandecieron en el cenit de la historia antigua del centro de México, preponderando sobre las demás tribus circunvecinas por el alto grado de desarrollo que llegaron a alcanzar sus civilizaciones. Pertenecían unos y otros a la estirpe nahoa, cuyo remoto lugar de origen fue, para Buelna, el desaparecido continente de la Atlántida. El citado historiador, en su opúsculo “La Atlántida y la Ultima Tule”, hace mención de la existencia y hundimiento de ese continente y de las etimologías atlantes que subsisten en Europa, en las que se advierte un nexo filológico y presumiblemente histórico con aquellas que de igual filiación se encuentran, como nombres geográficos en diversos lugares de la América del Norte.

Encauzado en su discurrimiento por la serie de nombres atlantes que se ofrecen a su juicio, el Lic. Buelna juzga que la gran raza nahoa, impulsada por los grandes cataclismos que llegaron a registrarse, pasó de Atlatlán (nombre que se asigna a la Atlántida) al continente americano; y que hubo de tomar tierra en el litoral de las Carolinas, o en Georgia EE.UU., donde fundara a Atlanta (capital del estado de su nombre), en memoria de su gran país de origen.

Acota el itinerario que llevó en su peregrinación esa gran familia de atlantes, es decir la gran nación de los nahoas, indicando que éstos prosiguieron su marcha en dirección al oeste, para luego establecerse, por su afición a vivir cerca de los depósitos lacustres, en los lagos Utha

y Salado. Desde aquellos lugares una de las ramas, la de los toltecas, al apartarse del grupo troncal avanzó hacia la región noroccidental de los EE.UU.; luego descendió hacia el sur, aproximándose a la costa del Pacífico. Presume el autor que, en este recorrido, los toltecas pasaron por el lago Tulares, situado en la Alta California, entre San Francisco y los Ángeles. La circunstancia apuntada lo induce a plantear la cuestión de que bien pudiera haber tenido en el lago de que se habla, su asiento la antigua Tollan, en recordación de la cual los toltecas dieron el mismo nombre a la que fundaron en lo que hoy es el estado de Hidalgo.

En la subsecuente etapa de su peregrinación, encaminada hacia el sur, en el siglo tercero de nuestra era los toltecas llegaron a la confluencia de los ríos Gila y Colorado. Coincidió esta llegada al lugar de referencia, con la de las demás familias nahoas de las cuales los toltecas se habían separado, las cuales mientras tanto habían reanudado en masa su peregrinaje. En la vecindad de la mencionada confluencia fluvial los nahoas fundaron su famosa Tlapallan ("lugar cerca de la tierra colorada"), a la que también daban el nombre de Huehuetlapallan o Tlapallan la Grande, y que constituyó su segunda mansión.

En su conjunto eran los nahoas un pueblo homogéneo, mancomunado por la sangre y la tradición y culturalmente adelantado. En el Gila, durante el tiempo de su permanencia, disfrutó de una era de prosperidad. Más sobrevino una crisis que determinó un colapso en el seno de la gran colectividad, provocando su desintegración. Alguna causa interna o externa, el hambre, la peste, las desavenencias, la hostilidad de las tribus guerreras comarcanas, algo grave en fin debió haber sucedido, que vino a provocar la escisión que ocurriera en el año 544 E.V.*, en virtud de la cual los nahoas se dispersaron en cuatro grupos para vivir sus particulares destinos.

Uno de aquellos grupos se dirigió hacia el norte, en un intento probable de retornar a su primera mansión. Otro, fue el de los toltecas, en el año citado de 544 partió del Gila hacia el sur y caminando por la vertiente que da al Golfo de California, atravesaron por el estado de Sonora y por la misma rampa llegaron a Culiacán, haciendo allí escala para enseguida continuar directamente a Jalisco, desde donde se dirigieron a la altiplanicie mexicana. Los dos grupos restantes, caminaron unidos hacia el oriente, llegaron a Casas Grande de Jano, del estado de Chihuahua, sitio en el que uno de los grupos, el de los aztecas, por algún tiempo fijó su residencia, en tanto que el otro se adelantó y fue a parar en las márgenes del río Conchos.

Transcurrieron ocho años desde que los toltecas salieron del Gila, hasta su llegada a las vegas del río Culiacán, en donde en 552 establecieron su tercera mansión en un punto situado a tres leguas, debajo de la confluencia de los ríos Humaya y Tamazula. Ahí fue donde levantaron la ciudad de Tlapallanconco o Tlapallan la Menor, a la que dieron ese nombre en memoria de la antigua Huehuetlapallan, que habían dejado abandonada. Buelna insinúa o sugiere que el punto de ubicación de la nueva ciudad fue Culiacancito. En ella residieron los toltecas tres años, al cabo de los cuales reemprendieron su peregrinación, dirigiéndose hacia el sur. Llegaron a Jalisco y de ahí pasaron al altiplano, estableciéndose en Tollan. Esta fue la capital de su imperio, destruido el cual, fundaron a Texcoco en unión de los chichimecas. De los nombres Tulares, Tollan y Tula, es de donde a la tribu que nos ocupa se le otorga el patronímico de toltecas.

LOS AZTECAS

El turno corresponde ahora a los aztecas. Más, conviene advertir que campean otras varias ideas tocantes a los derroteros que en su peregrinación siguieron los aztecas, hasta llegar al centro de México; ideas que interfieren la interpretación geográfica a la que se ha ceñido don Eustaquio Buelna, en su análisis de la Tira de la Peregrinación. Otros códices, y relatos que perpetúan una tradición al respecto, han conducido a muy respetables historiadores mexicanos a formular hipótesis que difieren de la de Buelna; no obstante, proseguiré exponiendo las aserciones de este último autor, en cuanto el turno corresponde ahora a los aztecas, llamados también mexicas.

Los Aztecas constituían la rama más vigorosa de la estirpe nahoa. Al hablar de la dispersión de tribus ocurrida en el Gila, dejamos a dicha rama establecida en Casas Grandes de Jano. Ahí permanecieron 103 años, al cabo de los cuales se movilizaron en dirección a la Sierra Madre

Occidental para trasponerla de oriente a poniente por la Tarahumara y penetrar a Sinaloa por la parte de Badiraguato.

Según el itinerario que con tan notable y firme conocimiento de la toponimia y de la geografía sinaloense, puntualiza el Lic. Buelna al interpretar, con sentido geográfico e histórico, la Tira del Museo, llega a inferir que de Badiraguato se encaminaron los aztecas hacia las tierras situadas al norte de Culiacán. Y que de allí bajaron hasta el sitio donde cien años antes habían estado aposentados, en Tlapallanconco, los toltecas sus hermanos de raza; habiéndose encontrado en la zona de Culiacán con los vástagos o descendientes de los rezagados que dejaron los toltecas, cuando éstos abandonaron Tlapallanconco, al reanudar su peregrinación de norte a sur.

La castellanización de la voz Colhuacán dio evidentemente origen al nombre Culiacán. Colhuacán significa pueblo de la culebra. Coloacán se compone del verbo coloa, que significa rodear el camino, y de la terminación can, que indica localidad, significando: lugar donde el caminante torció el camino. Lo mismo significa Colhuacán, compuesta de colochtli, la partícula posesiva húa y la posposición can. Colhuacán tenía por jeroglífico un cerro torcido o con una especie de gancho, en la cima, como representación fonética de ese nombre y a la vez del dios Coltzin.

En la Colhuacán sinaloense los aztecas experimentaron uno de los sucesos más significados y trascendentales de su historia, como es el del nacimiento de su religión. Allí se elaboró el mito de Huitzilopochtli, y al agruparse la tribu en torno al ara de un dios, sobrevino el fortalecimiento de su nacionalidad. La tira de la Peregrinación indica precisamente, que en Colhuacán se les reveló a los aztecas, Huitzilopochtli bajo el símbolo de un colibrí, cosa que dio origen al culto tributario a su divinidad. Presidían el culto tres sacerdotes y una sacerdotisa, quienes en lo sucesivo fueron los conductores de la tribu, hasta su llegada a México. Con motivo de haber ocurrido en Colhuacán la misteriosa y sagrada revelación de la divinidad azteca, la población citada conquistó el nombre de Teocolhuacán, esto es, Colhuacán santa, misteriosa, divina.

Como los aztecas iban de paso en igual forma que los toltecas, después de vivir tres años en Colhuacán, reanudaron su viaje con destino

a la Mesa Central. Los acompañaban ocho tribus, dos de las cuales --la de los matlazingas y la de los tarascos-- eran extrañas o advenedizas. En cambio las seis restantes eran de filiación nahuatlaca, integradas por los tecpanecas, xochimilcas, cholultecas, malinalcas, chaicas y huejotzingas, denominaciones gentilicias concordantes con los nombres de los lugares en que las antedichas tribus se establecieron en las cercanías de México, al separarse de los aztecas. En concepto de Buelna, las seis tribus que se citan y que acusaban parentesco con los aztecas, no eran sino los descendientes de los toltecas que habían quedado rezagados en la región de Culiacán cuando el grueso de su tribu abandonó Tlapallanconco. Al multiplicarse con el tiempo éstos rezagados, sus vástagos se esparcieron por la comarca formando sus propios vecindarios y cuando posteriormente arribaron los aztecas, los recién llegados hubieron de reconocerlos como sus parientes.

En Culiacán, según lo indica el símbolo del cerro torcido, así como la localización del itinerario, cambió o torció el rumbo que seguían los aztecas en su peregrinación, ya que habían llegado dirigiéndose de oriente a poniente y ahora nuevamente tomaban hacia el oriente en ruta por Cosalá, Pánuco (que en náhuatl significa “lugar de paso”), Durango, Zacatecas y Querétaro, hasta llegar a Chapultepec y muchos años después, en 1325, asentarse definitivamente en el Valle a erigir su magnífica Tenochtitlán.

Torquemada testifica, dice el padre Clavijero haber visto en todas las pinturas antiguas del viaje de los aztecas, representado un brazo de mar o río grande que pasaron. Clavijero asimismo observa, que el caballero Boturini pretende que el dicho brazo de mar sea el Golfo de California, opinión que en el concepto del mencionado clérigo es improcedente y opuesta a la tradición común.

Si hubiese ocurrido lo que supone Boturini al interpretar el códice que también lleva su nombre, o sea la tira del Museo, habría que admitir que los aztecas atravesaron el Golfo en balsas o en canoa, dirigiéndose de la Baja California a la costa noroccidental, para desembarcar digamos en Altata o en otro punto cualquiera.

Está de acuerdo Clavijero en que los aztecas, para ir de su patria (Azt-

lán, o mejor dicho (Aztatlán) a Hueicolhuacán (Culiacán), pasaron por el río Colorado, más arriba del paralelo 35, dirigiéndose al sudeste donde hicieron mansión en las inmediaciones del río Gila, "sitio en el que se ven hasta hoy unos antiquísimos edificios, conocidos por los españoles con el nombre de "Casas Coloradas", que según la tradición de las naciones que habitan desde tiempo inmemorial aquellos países, fueron fabricados por los aztecas cuando por ahí pasaron rumbo a la tierra de Anáhuac".

Si consideramos las respectivas rutas que siguieron en su tránsito los toltecas y los aztecas conforme a la versión del historiador Buelna, advertiremos que sólo los toltecas atravesaron por las provincias de los cáhitas y por consiguiente, la región del río Fuerte, ya que su arribo a Sinaloa se hizo por la vía del noroeste, desde el Gila directamente a través de tierras sonorenses; quedando en cambio excluido el paso de los aztecas por el Fuerte, en virtud de que el lugar de su introducción a Sinaloa fue por la región de Badiraguato.

En cuanto a la tesis de que las tribus nahoas procedían del norte o del noroeste del país, si bien con ciertas diferencias, para muchos historiadores, antiguos y modernos, ha constituido una idea admitida como expresión de verdad. El caso del tránsito por Sinaloa lo sugiere, en términos positivos, la existencia de un crecido número de nombres geográficos de manifiesta etimología azteca, en casi todo el Estado. Pero además del de la Tira de la Peregrinación, hay otros códices y relatos que dan testimonio de una tradición, conforme a los cuales sientan criterio otros muchos historiadores para definir o señalar muy diferentes lugares de procedencia y derroteros, asimismo diferentes seguidos por los nahoas hasta su llegada al valle de México.

Cualquiera que sea la naturaleza del debate, es evidente que en Sinaloa por largo tiempo tuvo arraigo una población de nahoas; y el problema es dilucidar de donde vinieron al Estado esas gentes. Entre los sinaloenses la idea del tránsito, establecida y difundida por Buelna, es la que hasta los últimos tiempos ha venido prevaleciendo. Pero determinados hallazgos arqueológicos recientemente obtenidos dentro del estado de Sinaloa en excavaciones practicadas por arqueólogos norteamericanos, arrojan otras luces y están gestando una corriente de opinión contraria al "tránsito".

Los hallazgos mencionados insinúan que en la época prehispánica se registró en Sinaloa una penetración parcial de la cultura mesoamericana, que concretamente corresponde a la zona Mixteca-Puebla, Mesoamérica o América Media, que es a la que pertenece dicha cultura, abarca México y Centroamérica, hasta Colombia. Esa penetración cultural implica la inmigración al Estado y el arraigo dentro del mismo, de gentes de la raza nahoa procedentes de la Mixteca-Puebla; y de ser así los nombres geográficos anteriormente mencionados, probablemente fueron impuestos por aquellas gentes que, indudablemente, hablaban el mexicano; habla que en ciertos lugares aún persistía en la época del padre misionero, don Andrés Pérez de Ribas.

INMIGRACIÓN DE LA MIXTECA

En el año de 1930 los arqueólogos estadounidenses Carl Sauer y Donald Brand, realizaron en el noroeste de México, un reconocimiento para definir si existía o no un corredor prehistórico entre los llamados "Pueblos", que se hallan al suroeste de los EE. UU., y la altiplanicie de México. Ciertamente, antes de conocerse el resultado de los trabajos que a partir de entonces se desarrollaron con acuciosa pericia, no se concebía la importancia arqueológica que tiene el noroccidente de México. Cuando Sauer y Brand exploraron con éxito muchos sitios comprendidos entre Culiacán y Acaponeta, se dieron cuenta de que estaban en presencia de antiguas culturas prehispánicas bien desarrolladas y cuyo alto exponente era una cerámica pintada con gran elaboración. Las investigaciones técnicamente conducidas por dichos arqueólogos, y los juicios correspondientes, los dieron a conocer en un interesante folleto titulado "Aztatlán Prehistoric Frontier of The Pacific Coast", editada por la Universidad de California.

Los autores de referencia señalan como una subregión de Aztatlán, la extensión comprendida entre el río Baluarte y el río Grande de santiago. Sauer y Brand opinan que, en vista de la profundidad a que se hallaban los objetos extraídos de las excavaciones que se practicaron y de acuerdo con los rasgos típicos de los mismos, el área de Aztatlán no indica una colonización relativamente reciente; conjeturándose que, por el contrario,

el área mencionada adquirió su alta cultura desde muy atrás, en el período llamado tolteca. Advierten y exponen que el "patriotismo local" adoctrina a la juventud en la tarea de que Culiacán es el lugar del "cerro torcido" de la Tira de la Peregrinación, o sea donde los aztecas torcieron su camino; y que el término Aztatlán lo aplican al área local conocida por los educadores provincialistas, considerándola como el asiento lacustre original de los aztecas. Desconocen y rechazan, Sauer y Brand, cualquiera sugestión de que Aztatlán y Culiacán deben ser acomodados o intercalados en el mito de la peregrinación azteca; juzgan que la cultura del país o de la región de que se trata es pre-azteca; cultura que primitivamente se estableció en el sur y después se extendió hasta Culiacán, lugar que llegó a ser la frontera que por el rumbo norte tuvo dicha cultura, y cuyo desarrollo no pudo haber ocurrido en sentido contrario, de expansión hacia el sur.

En la circunscripción de Aztatlán se manifiesta la cultura ya mencionada, de la cual no se conoce conexión alguna con el estado azteca o cualesquiera otros de esa rama, ofreciéndose ahí un buen campo para hacer observaciones, por comparación con las condiciones de la Mesa Central. Según Sauer y Brand, el examen de la cerámica acusa que la cultura que enraizó en los valles de Aztatlán vino de la Mesa Central, quizás en el gran período tolteca. El cambio brusco que experimenta la cultura al pasar del área de Aztatlán a la de los cáhitas, revela una vigorosa y persistente presión de los pueblos más primitivos del norte que estorbó la expansión hacia sus valles, de la cultura sureña.

Exploraciones llevadas a cabo más tarde indican, sin embargo, que la cultura Aztatlán se extendió hasta Huatabampo. Pero lo que después sucedió, apunta la arqueóloga Isabel T. Kelly, fue que en los tiempos de la Conquista hubo una retracción y ocupación del territorio por parte de los cáhitas seminómadas.

Atendiendo a un plan general de exploraciones en la Costa Occidental, se llevaron a cabo trabajos arqueológicos en Huatabampo, Sonora; en Guasave, Bamoa, Nío, Amole, Tamazula, Río Fuerte, Culiacán, Navolato, Aguaruto, El Dorado y Chametla, pertenecientes a Sinaloa, y también en varios lugares de Nayarit.

Con posterioridd a los trabajos ejecutados por los pioneros Sauer

y Brand, la doctora Isabel T. Kelly, practicó en 1935, excavaciones y estudios de la misma naturaleza en la zona de Chametla, y mas tarde, en 1939, en la región de Culiacán.

La doctora Kelly, sintetiza en cuatro, las sucesivas fases o períodos correspondientes a la cultura de Chametla, con apego a las características que ofrece la cerámica. En su orden cronológico denomina a dichos períodos: "Early Chametla pollychrome", que representa a la más antigua o temprana cultura de aquella zona y que se manifiesta a través de cierta clase de loza policroma, "Middle Chametla polychrome", período intermedio entre el anterior y el sub-siguiente. Es este el último o más reciente, por lo mismo titulado "Late Chametla II (Aztatlán Complexe)", o en general Complejo Aztatlán. Finalmente menciona otro complejo, que no es el de Aztatlán sino el correspondiente a El Taste-Mazatlán, período también reciente al cual se le da el nombre de "Late Chametla I (El Taste-Mazatlán Complex)".

La cultura prehispánica de Culiacán se clasifica también en cuatro fases o períodos, en rigurosa sucesión cronológica. Allí el período más antiguo o remoto es un Complejo Aztatlán, pobremente representado y al cual la doctora Kelly, denomina "Early Culiacan II (Aztatlán Complexe)". El segundo período, igualmente antiguo, lleva el nombre de "Early Culiacan I (Culiacan insised, Early Culiacan polichrome)", abarcando dos tipos de cerámica decorada, una grabada o de incisión y otra policromada. El tercero es el Medio de Culiacan: "Middle Culiacan (Dun, Middle Culiacan polichrome)", en sus correspondientes estilos: pardo o plomizo y policromo. El cuarto y último, que es el más reciente, denominado "Late Culiacan (Fluted, Overpaint)", que comprende un estilo de loza estriada y otro de loza pintada por el procedimiento de "englobe", que consiste en cubrir la vasija, después de cocida, con una capa de pintura resistente sobre la cual se hacía la decoración con diversos colores: rojo, blanco, amarillo y anaranjado.

La correlación de los correspondientes períodos de la cultura, entre Culiacán y Chametla, principia a establecerse con los Complejos, de una y otra región; de manera que la fase más temprana o antigua de la cultura de Culiacán se corresponde con la que en Chametla ocu-

pa cronológicamente el tercer lugar de su propia clasificación. Esto es confirmatorio de la aseveración formulada por Sauer y Brand, de que la cultura aborigen se extendió de sur a norte dentro del área de Aztatlán, hablando por esta razón fundamental surgida en Culiacán, en forma más tardía que en Chametla, su aparición y desarrollo.

En 1938 el arqueólogo norteamericano Gordon F. Ekholm, asistido por su esposa, realizó exploraciones a fondo en las regiones de Guasave, río Fuerte y río Mayo. Particularmente importantes y fructíferos en resultados, fueron los trabajos que efectuó en El Doradito, punto situado sobre la margen derecha del río Sinaloa, a unos cinco kilómetros de distancia de la ciudad de Guasave. Ahí, se practicaron excavaciones en un montículo, bajo el cual se localizó un viejo cementerio indígena. La enumeración, descripción y estudios del abundante y variado material arqueológico recogido y convenientemente clasificado, se consignan en un folleto escrito en inglés, del cual es autor el propio Ekholm, y que se titula "Excavations at Guasave, Sin., Mex.", edición de The American Museum of Natural History, Publications in Anthropology, New York. Vale la pena conocer ese inventario, del que se derivan conclusiones que, por su trascendencia, merecen a la vez ser conocidas y justipreciadas; toda vez que para nuestro tema en desarrollo, son fundamentales.

En la necrópolis de El Doradito, los cadáveres ocupaban dos planos estratificados, que deben corresponder a dos épocas distintas. Los cuerpos del plano inferior estaban en posición horizontal y con la cabeza hacia el sur; en tanto que los del plano inferior se hallaban igualmente tendidos en horizontal, pero con la cabeza hacia el norte. En algunas de las sepulturas, se encontraron cráneos pintados con almagre, los que sin duda tenían el carácter de trofeos ganados por los guerreros, en sus combates.

En número de consideración se extrajeron trastos de barro o cacharros, algunos completos, más la mayoría en fragmentos, con los que se formaron lotes para su estudio. Los estudios correspondientes demostraron que los trastos, en vista de su forma y decorado: unos son originales de la propia cultura de Guasave; otros se identifican con la cerámica azteca a través de la simbología religiosa; otros son comparables a los de la zona central y la zona sur del Estado de Sinaloa, y otros, son afines a

los de la Mixteca-Puebla (Puebla, norte de Oaxaca y partes vecinas de Veracruz), advirtiéndose que algunas policromías en su aspecto decorativo, son meras ficciones geométricas.

Entre los objetos de barro figura además un lote de pipas, algunas completas y la mayoría en fragmentos. Son del tipo de codo y varias de ellas ostentan motivos decorativos similares a los de las vasijas. Algunas pipas no muestran uso y se presume que fueron objetos de ritual hechos especialmente para ser puestos en las sepulturas; en tanto que otras realmente fueron utilizadas para fumar. En las excavaciones que la señora Kelly practicó en Chametla y Culiacán, encontró numerosos fragmentos de pipas pertenecientes al tipo técnicamente denominado por ella Complejo Aztatlán; pipas que son semejantes a las de Guasave. Tomando en cuenta la considerable influencia de las culturas de la altiplanicie mexicana, que han contribuido a la formación del Complejo Aztatlán, de Sinaloa, le parece a Ekholm razonable suponer que la costumbre de hacer pipas proviene de la Mesa Central.

En El Doradito, se extrajeron tres máscaras de arcilla, una que muestra un rostro mongólico y dos con picos y ojos de perico, que deben haber tenido los indios con propósito de ceremonia, como en otras partes de América. Además se hubieron un sello, un contrapeso de rueca, algunas placas también de arcilla, una figurilla humana, otras de animal que probablemente eran de las vasijas, un pito o silbato, un collar de discos de arcilla en juego con otros de concha y turquesa y con cascabeles, otros fragmentos de vasijas en forma de calabazo o gûiro. La pintura empleada en el decorado es la de tabicado (Cloisonne paints), en seis colores: gris, anaranjado, rojo, azul, turquesa, amarillo y blanco.

En la enumeración de los objetos metálicos aparecen las siguientes piezas; 134 piezas de cobre fundido; 111 campanillas o cascabeles con argollas para amarrarse, 87 de los cuales ensartados por un hilo ceñían el tobillo de uno de los esqueletos; pero en otras tumbas se encontraron brazaletes de seis cascabeles, amarrados a los brazos, y otros tantos dentro de una olla mortuoria, 2 cascabeles redondos formando parte de un collar, juntamente con otros de tipo común, que son de forma alargada. Había también cascabeles de técnica rudimentaria, de fundición

de bronce, 1 anillo con motivos ornamentales, mal preservado, 1 collar de piezas tubulares de cobre, 5 botones del mismo metal, 4 pendientes de turquesa y 1 placa rectangular pequeña de cobre laminado. Se considera muy ligada la cultura de Guasave con otras culturas del centro de México, por lo que no existe dificultad para suponer que todos éstos objetos fueron importados del sur; sin embargo, es posible pensar también en que la técnica de fundir y trabajar el cobre, así como ciertas tradiciones relativas a la modelación, fueron traídas del sur y que el obraje correspondiente se efectuó en Guasave. Por último, hay que añadir a esta lista 3 piezas de galena, del tamaño de un grano de maíz; molibdenita en una caja, y un collar de pirita de hierro corroída, discoidal, de 5 o 6 centímetros de diámetro, con algunos pendientes o colgaduras de turquesas.

En el lote que agrupa los objetos de piedra, se encuentran algunos de alabastro, pequeños; una vasija de onix y un tubo del mismo material, importados del sur; 17 zarcillos o pendientes de turquesa, de forma rectangular algunos y otros triangulares con una perforación en la esquina, usados como ornamento para las orejas y los brazos y también para collares; 18 cuentas discoidales o avalorios, asimismo de turquesa. Se supone que la turquesa fue importada indirectamente del suroeste de los Estados Unidos, y directamente del sur, tal vez de la altiplanicie. Una pequeña cruz de pedernal, semejante a otra de lava vesicular que fue hallada cerca de Topolobampo. Buen número de metates y "manos" de lava vesicular; un triturador de mortero; hachas de diversos tipos, de las muchas que proceden de los lugares circunvecinos; bolas de piedra, y anillos o discos perforados, también de piedra; un pulimentador de cuarzo, y piedras de amolar, de pizarra granular.

La concha de ostión y de almeja era empleada en Guasave, para fines de ornamentación. Figura entre los objetos de concha desenterrados en el cementerio, avalorios en forma de discos, bilobulares, en forma de dientes y tubulares; cuentas esculpidas; pendientes o zarcillos; brazaletes; diversas placas, y argollas. En Guasave, lo mismo que en Huatabampo, cuya zona también fue explorada, el arte de tallar la concha constituye una reminiscencia de la cultura de Hohokam, al sur de Arizona, geográficamente la más cercana a Sinaloa de las culturas del

sur-suroeste de los Estados Unidos. La cultura Hohokam tuvo su edad entre los años 700 y 1100 de la era cristiana, y en aquel tiempo probablemente, se figura Ekholm, fue cuando existió algún trato entre Sinaloa y el sur de Arizona.

Aparte de los efectos ya enumerados, se encontraron algunas piezas de manufactura en hueso, contándose entre ellas tres dagas primitivas y varios otros instrumentos. Se hallaron también en las sepulturas, fragmentos de tejidos bastos de fibra, así como algunos cestos o canastillas Y al examinar los esqueletos se advirtió que estos indios de Guasave practicaban, como los mayas, la deformación craneana y además la mutilación de los dientes.

Los especimenes de alfarería son aquí elementos de importancia fundamental para la investigación arqueológica. Determinadas variedades de loza, como la del rojo sobre un amarillo ligero ("red-on-buff") y la puramente colorada ("red-ware") fueron clasificadas sin la menor complicación; pero, en cambio, no fue dable hacer una clasificación estricta de las series del policromo y las vasijas esgrafiadas.

La cerámica "red-on-buff" es uniforme y de un tipo distinguido. Se presenta con decoraciones hechas en pasta (método del pastillaje), predominando los materiales blancos y a menudo también el castaño y el castaño rojizo. La asociación de esta loza de El Doradito, definidamente indica que fue contemporánea de todos los tipos policromos. Lo propio ocurre, asienta Ekholm, en los demás sitios de la cuenca inferior en las riberas y antiguos álveos de los ríos Sinaloa y Fuerte, donde es común, aún cuando en muchos lugares se encuentra únicamente loza pintada. En el área procedentemente señalada, la loza primitiva se manifiesta uniforme tanto en forma como en diseño, y la única diferencia advertida es que los fragmentos de vasijas, encontrados en ciertos lugares del río Fuerte, indican que en su exterior eran de color rojo firme.

Tratándose de la cerámica, tales complejos básicos se presentan en la cultura de Guasave. Estos complejos se han amalgamado hasta cierto punto, pero de fijo pueden ser reconocidos. Lo que se distingue es; un complejo de alfarería pintada, del centro y sur de Sinaloa, conforme se halla en los períodos antiguo y medio de Chametla; un estilo de loza

roja o colorada, lisa, sencilla, sin adornos o decorados, aparentemente indígena originaria de la región norte de Sinaloa y sur de Sonora; y, finalmente, otro complejo de estrecha afiliación a las culturas de la altiplanicie central. La mezcla de los tres estilos contribuyó probablemente a la gran variedad de formas y diseños que se presentan en la cerámica de Guasave. La influencia de las corrientes del lejano policromo del altiplano, por cuanto al origen, se refiere a la zona que forman el estado de Puebla, el norte de Oaxaca y la porción limítrofe de Veracruz; influencia que no pudo haber tenido lugar, aproximadamente, antes del año de 1300 D. C. *

Conforme ya quedó indicado, Ekholm llevó a cabo exploraciones en las regiones del Fuerte y el Mayo, en los antiguos cauces y sus correspondientes riberas de uno y otro río. La región del Fuerte nada produjo de importancia especial. Pero en las cercanías de Huatabampo se hallaron muchas localidades en las que había una loza típica de tierra colorada que, según el examen comparativo que de ella se hizo, tiene relación con la de igual clase de Guasave. La denominación que Ekholm da a esta loza del Mayo, es la de Complejo de Huatabampo.

Las localidades arqueológicas investigadas en Huatabampo, quedan situadas en el fondo de un álveo antiguo del río, a cuatro millas de distancia del cauce actual, y a lo largo de canales soterrados casi por completo. Las grandes extensiones cubiertas de cacharros, indican que fueron lugares ocupados por una población numerosa. Al lado de la cerámica del tipo especificado, se encontró gran cantidad de loza sencilla y basta, en número reducido piezas de loza esgrafiada o de incisión, además, un fragmento de loza decorada de Sinaloa. Las vasijas con patas no se encuentran en Huatabampo. Bien pocos objetos extraños a la alfarería fueron recogidos, entre ellos un pequeño contrapeso de rueca, bicónico, parecido a los de Chametla, varios zarcillos y ornamentos para oreja y algunas navajas de obsidiana. Todo parece indicar, que allí la ocupación fue contemporánea de las más recientes fases de las culturas de Sinaloa, como las de Chametla, y más anterior a la fase del Complejo Aztatlán, de Guasave. La loza colorada de Huatabampo consiste en vasijas lisas hemisféricas, con las bocas extendidas para formar una manejadera; o como las jarras de cuello hinchado. Las jarras o botellones no son como los de cuello de chimenea más comunes en Guasave. La loza colorada no se encuentra más hacia el norte del río Mayo; también se encuentra en Guasave y, con menos excepciones, no lejos hacia el sur.

Se infiere que antes de la fase Complejo Aztatlán, existía una cultura de tipo complejo en el sur de Sonora y norte de Sinaloa, cuyos principales ejemplares de alfarería eran de excelente loza colorada. Esta cultura más tarde contribuyó, sola o mezclada con otras que procedían del sur, a determinar la formación de un tipo de Complejo Aztatlán, como el encontrado en Guasave.

La cultura de Huatabampo no es típicamente "middle american", es decir, mesoamericana. Existió en Mesoamérica, zona que se extiende desde México hasta Colombia, un conjunto de grandes centros culturales. En Huatabampo, se encontraron algunas figurillas de barro, toscas unas, otras modeladas en forma de cabeza de animal, sirviendo como asa de las vasijas; pero en general la loza es delgada y hay completa ausencia de patas, dominando el uso pesado de la arcilla modelada de Mesoamérica. No es esta loza, por otra parte, del complejo del suroeste de los Estados Unidos, no obstante que así lo sugiere la simplicidad general de la forma de las vasijas, así como ciertos aspectos del tallado en concha. "No podemos especular -expone Ekholm-- con los orígenes de la cultura, pero sugerimos que ahí hay un extenso desarrollo local y con tratos o elementos tomados de ambos, de Mesoamérica y del área del Suroeste de los E. U.". Al efecto, apunta el autor la semejanza de siete grandes vasijas rojas o coloradas que se hallaron en las excavaciones de Guasave, con las formas del Suroeste, como las de Pueblo Bonito o de Mimbres Valley.

El complejo Aztatlán, está pobremente representado en Culiacán; pero, no obstante, algunos tipos de alfarería prueban la relación contemporaneidad o coetaneidad de la cultura de Guasave y de la cultura de Culiacán en su fase Aztatlán, pudiéndose afirmar que la cultura de Guasave es una parte del Complejo Aztatlán.

La distribución de la cultura Aztatlán en el norte de Sinaloa es altamente significativa, por cuanto a que no se ha encontrado un solo frag-

mento de los tipos que se pudieran incluir en las fases o períodos que la doctora Kelly llama Primitiva o Temprana, Media y Reciente o Ultima, de Culiacán. Esto parece indicar que, después de la época del Complejo Aztatlán, al norte del río Culiacán, el territorio no estaba ocupado por gentes que manufacturaban loza pintada, y la ausencia o deserción en tan excelentes valles, por lo que toca a grupos bien establecidos y de alta cultura, es inexplicable al parecer como el resultado de una presión ejercida por elementos extraños procedentes del norte. Es decir, los pueblos de cultura Aztatlán en los ríos Fuerte y Sinaloa, fueron destruidos o expulsados hacia el sur, al valle de Culiacán. Esta situación corresponde bien, con cierta evidencia histórica, al tiempo de la conquista Española, en que las gentes civilizadas establecidas en el valle de Culiacán no se extendían más al norte. La población del valle de Sinaloa era, en forma bien marcada, distinta de la de Culiacán y de las del sur; era menos numerosa, tenía hábitos más rudos y hablaban una lengua diferente. Parece ser que el desplazamiento o la regresión al sur, de los pueblos de Aztatlán, se operó por la presión ejercida por estas tribus de menor civilización, como los cáhitas, quienes sobre la base de otras evidencias se ha creído, que son las de más antiguo arribo en el área y que proceden del norte.

A pesar de la gran variedad de tipos y estilos de los artefactos obtenidos en Guasave, está de manifiesto que todos ellos fueron manufacturados por un grupo de gentes, miembros de una cultura de gran unidad. Es incuestionable que el cementerio de El Doradito no era un campo utilizado por varios grupos que hubieron de contribuir a la diversidad de culturas que ahí se advierten. Hay más conformidad con el resultado de la amalgamación de tres distintas culturas, las cuales pueden ser distinguidas en el Complejo correspondiente. Los tres complejos que intervienen en el caso son; el que proviene del periodo temprano o primitivo de la cultura de Sinaloa, correspondiente a la cerámica pintada; una clase relativa a la cultura representada por la loza colorada, con asiento en el norte de Sinaloa y en el sur de Sonora, y una influencia poderosa, en el arte del ceremonial religioso y mitología, que viene de las tierras altas de la región central de México, mediante la inmigración de un grupo de gentes de la Mixteca-Puebla.

El tipo Pre-Aztatlán de loza colorada, conocida en el norte de Sinaloa y sur de Sonora (Guasave, Amole y Huatabampo), parece se originaria de la cultura de Guasave, ya que la técnica es distinta a la empleada en las ollas pintadas de Sinaloa y del altiplano de México.

Por lo que respecta a la clasificación Mixteca-Puebla, ella comprende, en bloque, la cultura de Cholula, mixteca de Puebla y norte de Oaxaca. Algunos rasgos de esa cultura fueron introducidos a la Costa Occidental, contribuyendo a la formación del Complejo Aztatlán. Entre muchos rasgos de ese origen figura, de los ornamentales, la serpiente emplumada, motivo Mixteca-Puebla, símbolo solar origen del ritualismo y mitología religiosa de los aztecas. Claramente se advierte que el culto artístico y religioso que dominaba en el centro de México en tiempo de los aztecas, se halla presente también, en un estado de considerable pureza, en la cultura de Guasave.

Con referencia a la hipótesis que explica el arribo de las gentes que introdujeron la cultura Mixteca-Puebla, señala Ekholm como ruta practicable la de Guadalajara y Barrancas, pasando por Ixtlán y Tepic al plano de la costa. Y también, como alternativa, señala la ruta por Zacatecas y Durango, con descenso al plano de la costa en algún otro punto. La expedición de Francisco de Ibarra por Topia indica que esa ruta no es imposible para viajar (ni tampoco la ruta por Pánuco, debo añadir); más le parece a Ekholm más viable el derrotero del sur, pues fue el que recorrieron los primeros exploradores españoles y aparentemente viene a ser la vía de contacto, desde los primero tiempos, entre la cultura de Sinaloa ("Early de Chametla") y el Centro de México.

La migración ocurrida de la Mixteca-Puebla a Sinaloa, tiene lugar durante el período policromo de Cholula. Y si lo expuesto es verdad, el hecho ocurrió no antes del año 1300 E. V. Pues se afirma que la cultura Aztatlán ya existía en Sinaloa en 1350, durante y hasta 1400, siguiéndola los tres periodos de Culiacán, por 130 años, o sea hasta 1530, ya por las fechas de la conquista. Ekholm no hace mención alguna de la toponimia de semántica náhuatl, en el estado de Sinaloa; y por tanto cabe preguntar si a esta toponimia se le pudiera atribuir el mismo origen de la cultura analizada por los ya mencionados arqueólogos norteame-

ricanos. Y la misma cuestión se ofrece con respecto a los innumerables petroglifos que se hallan por toda la extensión del territorio sinaloense.

OTRO ENIGMA: LOS PETROGLIFOS.

El enigma de los petroglifos se relaciona con su significado, con la cultura que representan y con la identidad de sus artífices. Los petroglifos consisten en símbolos o figuras grabadas en surcos, sobe las rocas, por lo general en las colinas. Hay profusión de ellos en el Estado.

En la circunscripción municipal de Ahome se localizan, casi en su totalidad, a lo largo de la Sierra de San Pablo y Camayeca, señalándose al efecto los que se hallan en los cerros de Cumichi, Las Cuevas (Maviri), la Mesa del Padre, la Piedra Escrita, Tosalibampo, Camayeca, Jizoni, Barobampo y Bachiva. Además, en la Sierra de Navachiste encontramos los de Terome y Mapachi.

En la jurisdicción municipal del Fuerte, existen los de Mochicahui (en el cerro de Las Pilas), San Blas (peña sobre la orilla norte del arrollo de Buitajaqui, en las cercanías del camposanto, cruce del camino San Blas-La Guásima), Tetagiosia, Balácahi, Tres Marías, Tetamboca, Mezquitillos, Sivajahui, cerro de La Máscara y Ocolome.

Los hay también en la municipalidad de Choix. Uno existe por el rumbo de Aguacaliente de Lanphar. Otros en San Pantaleón y en la Mesa del Toro.

Además de las abundantes pictografías que se localizan en la región del río Fuerte conforme quedó señalado. En la municipalidad de Sinaloa que yo sepa, existen los petroglifos de Tasajera y Los Mezcales. Se citan, al noreste de Mocorito, los de San Miguel y Cofradía. Y otros muchos, que se encuentran diseminados po el centro y sur del Estado.

Parece ser que en Sonora es muy limitada la existencia de estas reliquias protohistóricas del Noroeste mexicano. La región del río Fuerte tiene la primacía; es donde más abundan y por este hecho sería de colegirse que ocurrió en esta zona una mayor concentración o una más dilatada permanencia de gentes primitivas, que dejaron tales huellas de su paso.

Hasta hoy no se ha logrado, o ni siquiera se ha intentado en forma seria y facultativa, desentrañar el origen de estos petroglifos, ni identificar la cultura que representan. Existe esta falla; más no es óbice para que algunas personas aventuren sus muy particulares opiniones al respecto, sin que por ello lleguen a aducir pruebas ciertas de sus asertos.

Con relación al tema el Profr. Espinosa expone que: “Los petroglifos que se encuentran en la región de Ahome (Camayeca, Barobampo, Tosalibampo, etc.) hasta Cofradía y San Miguel, al noreste de Mocorito, son pocos los que acusan grafía nahoa... Los indígenas contemporáneos generalmente con señales de enterramientos de tesoros... ¿Pertenecen a esa culturas antes señalada? Lo que se dijo de ella lo desmiente... Pretendo resolver el problema con un nuevo grupo incursionista: los pobladores de colinas... Estos signos pueden ser itinerarios dejados por tribus esperadas y pertenecientes a la misma rama; recordación de sucesos experimentados en el lugar de la migración... Entre los signos de estos, aparecen los de filiación nahoa (numerales de Guamúchil), juzgando a estos últimos como “interpolaciones” de los primeros o simplemente una sobre-escritura, tratando de aprovechar el material y las condiciones generales del lugar... Por los trazos divido a los petroglifos en regulares, irregulares y mixtos. Los primeros muestran una determinada simetría, cierta disposición geométrica, en general, se ven como figuras o símbolos bien definidos; los irregulares son aquellos de sinuosidades y figuras de difícil interpretación y llamo mixtos a los que presentan caracteres mezclados, de los dos anteriores. Abundan en la región citada antes, los irregulares... Posiblemente muchos de los signos son meros ensayos de “aficionados”, entretenimiento de muchachos: el hijo del paleógrafo que trata de imitar a su padre cuando este trabajaba.”

Existen, en las cercanías de la ciudad de El Fuerte, dos lugares en los que hay una cantidad notable de petroglifos: Ocolome y el cerro de La Máscara. El primero se halla situado aguas arriba, sobre la margen izquierda del río. El segundo también se encuentra río arriba, pero sobre la margen derecha.

Los petroglifos del pueblo de Ocolome, están constituidos por rocas de naturaleza granítica, diseminadas sobre un lote de terreno relativamente plano ubicado en la vega del río y que fueron puestas al descubierto por una fuerte avenida, ocurrida en enero de 1943. No es

improbable que pudieran encontrarse todavía algunos otros, sepultados aún bajo las arenas o aluviones de la vega.

El Ingeniero don Manuel Bonilla, vecino de Mazatlán y ya finado, mostró tener afición o interés por el origen y el significado de los petroglifos, a cuyo respecto publicó en 1942 un opúsculo intitulado "De Aztatlán a México"; en el cual ofrece noticias y reflexiones tocantes a los petroglifos que se localizan en algunos lugares de los Estados Unidos y del Estado de Sinaloa.

En la parte final del trabajo del Ingeniero Bonilla obran varias láminas con múltiples ilustraciones de figuras rupestres, algunas de las cuales son el tema de las interpretaciones y comentarios personales del autor. Entre las láminas a que aludo, hay dos fotostáticas que reproducen los signos de dos petroglifos que se localizan en la Sierra de San Pablo, de la municipalidad de Ahome. Según Bonilla, los signos y trazos que aquí se observan, v. gr. las líneas angulares y paralelas, los círculos concéntricos y las espirales, de uso frecuente y de significación bien definida, son como reproducciones de las que abundan, de igual carácter, en el Suroeste de los Estados Unidos, en distintas rocas en que están grabados algunos signos notables de origen nahoa.

Siendo persona de mí amistad, no vacilé en enviarle a Bonilla, para su consideración, una fotografía del magnífico petroglifo del arroyo de Buitajaqui (San Blas) y muchos dibujos ilustrativos de los signos petroglifos de Ocolome. Desde luego muchas de las figuras resultaron indescifrables o desconocidas para el señor Bonilla, pero en cambio a muchas otras las hubo de identificar o de conceptuar como propias de la simbología nahoa.

Conjuntos presumiblemente ideográficos, de círculos concéntricos, los consideró como representativos del sol, suprema divinidad de nuestros antepasados. Integraciones de superficies cuadriláteras, mediante elementos formativos como son las líneas rectas, las series de puntos o de círculos pequeñitos y las curvas paralelas de forma parabólica dispuestas simétricamente en segmentos, todo llenando el plano de la figura representativa, entrañan la ideación de lo que los aztecas llamaban el Nahui Ollin, que es interpretado como la fiel expresión de

la leyenda de los cuatro soles, o sean las cuatro creaciones del mundo ocurridas, según su cosmogonía. Una formación integrada por cinco circulitos, es representativa de los cinco días de la semana azteca. Cierto trazo, figurando una cruz, viene a representar los cuatro puntos cardinales. Dos de las grafías entrañan el significado de la dualidad de poderes, que son el material y el espiritual. Otros signos representan al abismo, al ser humano y a una nebulosa. Hay figuras que son como una ilustración de los trabajos que en tule ejecutaban los aztecas, como petates, escudos y defensas. Observa el Ingeniero Bonilla que, de acuerdo con lo que explica el corones J. Churchyard en su libro "The Lost Continent of Mu", continente de este nombre que desapareció como la Atlántida bajo las aguas y en la misma época, en seis de las figuras examinadas está contenida la letra H del alfabeto Mu repetida cuatro veces, lo que por otra parte significa las cuatro fuerzas de la Naturaleza; y en forma aclaratoria, observa por último, que suele tacharse a la obra citada, como fantasía, pero que los descubrimientos hechos en las inmediaciones de la ciudad de México ratifican lo expuesto por Churchyard.

En cuanto al cerro de la Máscara, éste debe su nombre a una máscara muy notable grabada en una roca grande del cerro. En dicho lugar se hallan asimismo otras muchas inscripciones, como son: la planta de un pie; una cruz gamada inversa; varios conjuntos o dispositivos geométricos, particularmente de hileras de puntos concéntricos y de cuadriláteros también concéntricamente paralelos; así como otros muchos grabados difíciles de describir. Debo al Profr. Efraín García Cárdenas, en una época director de la Escuela Secundaria por Cooperación de la ciudad de Los Mochis, fotografías, dibujos e información al respecto.

El Profr. García Cárdenas también echa su cuarto de espadas y formula aventuradas interpretaciones, en presencia del rompecabezas de éstas figuras petroglíficas. Por el carácter típico y sugestivo de lo que el Profesor aludido llama jeroglíficos, infiere que en el cerro de la Máscara existió una civilización, una cultura de un pueblo en tránsito. Piensa o se imagina que por ahí deben haber pasado, unas tras otras y en diferentes épocas, varias tribus; pero todas en una fecha no anterior a los años de 1300 a 1350, en vista de las profundidades de los grabados hechos en

las rocas graníticas y que se han desgajado después de que fueron inscritas, fenómeno que ocurre en un término de no menos de 400 años. ¡Migración no anterior a 1300-1350! Sorprende esta conclusión de García Cárdenas; pues es el dato cronológico que señala Gordon F. Ekholm, en su folleto "Excavations at Guasave", para el caso hipotético de que hubiese tenido lugar por el sur la penetración a Sinaloa, de gentes que procedían de la Mixteca-Puebla, portadoras o importadoras de la cultura nahoa a nuestro Estado.

Cree García Cárdenas, que la primera tribu que acampó en el cerro de la Máscara, fundía el oro en galemes, metal procedente de las sierras de Choix; pues que de ello hay rastros. Dicha tribu debió tener su organización, gobernándola un jefe primitivo que, después de su muerte, fue substituido por un rey; así lo revelan los grabados, en lo que el cambio se pone de manifiesto al aparecer el jefe con la testa coronada. Varios símbolos -afirma-son de la raza azteca. La mayoría ofrece aspectos o características nahoas, sobre todo uno de ellos en el que está indicada la fecha de salida de la tribu y la dirección que tomó cruzando el río hacia la margen izquierda (¿sería hacia el lugar vecino o frontero de Ocolome, ya que tal vez los petroglifos de ambos puestos sean debidos a un mismo grupo de población?). Los símbolos de la cruz, que se encuentran en el cerro de La Máscara, son de tipo nórdico, de la misma clase que los de los yaquis. Entre lo jeroglíficos hay una máscara muy notable y parecida al dios de la lluvia, esculpida en una roca grande en cuyo costado opuesto se halla el símbolo del sol. Otras tribus llegaron después, pero sólo estuvieron ahí corto tiempo y seguían el rumbo de las primeras, ignorándose que buscaban y hacia donde se dirigían definitivamente.

La perspectiva de las investigaciones se agranda si se toma en cuenta que en la península de la Baja California también existen pictografías, respecto de las cuales el Licenciado Manuel Torre Iglesias escribe en su "Historia del Territorio Sur de la Baja California"; "En los petroglifos de San Fernando, Arroyo Grande, San Pedro Mártir y Mulegé, encontramos elementos característicos de la cultura Atlántida: el matlatl, la cruz jaína, la raíz Atl, las raíces lingûísticas Hu, Man, Teotl, Khan, Wak, Who, Mdec, Moo, etc., de remota ascendencia aria, los colores rojo, amarillo,

blanco y negros (símbolos de elementos químicos), los cuadrados unidos que representan los dos sexos (Sol y Luna), los jeroglíficos de los dos luceros y letras de alfabetos asiáticos".

Noticia reciente habla de que en el municipio de Choix existe una importante zona arqueológica. Según información periodística dada por el diario metropolitano "Excelsior", en su número de 29 de mayo de 1962, un minero sonorense de nombre José Ernesto Tirado, sugiere en el campo de la especulación que en la zona mencionada se encuentran las Siete ciudades de Cíbola y Quivira, que con ahínco buscaban los exploradores hispanos que ensancharon los descubrimientos territoriales del noroeste mexicano. Refiere el señor Tirado que, al explorar ciertos sitios del municipio de Choix, encontró no sólo metales preciosos y piezas arqueológicas, sino también un templo de cantera situado en la cima de un cerro y además tumbas, serpientes de piedra, tres pirámides pequeñas y vestigios de viviendas, que acusan la presencia de la cultura azteca.

En esa especie de zona fabulosa, dice el señor Tirado haber encontrado oro, cobre, plata, óxidos y sulfuros de molibdeno, tungsteno ligado con zinc, calcita óptica, asbesto blanco y baquelita; advirtiendo que el oro y plata encontrados son de los clasificados como impurezas. Dos años atrás el señor Tirado conoció al historiador Walter P. de Camera, de origen portugués, quien le dijo que buscara en la parte noroeste de Sinaloa unos cerros con figura de búfalos o cíbolos y, si tenía tal suerte, encontraría verdaderas riquezas minerales y zonas arqueológicas.

Algunos indios le aseguraron a Tirado, que sí existen esos cerros con figura de búfalos, en un lugar denominado Cajón de Cancio; pero que sólo se pueden localizar a la luz del crepúsculo, más no durante la luz de la mañana o del medio día. Tirado encontró en la región de Choix, algunas piezas arqueológicas, tales como hachas ceremoniales, pies de ídolo, cerámica y otras presencias que, según él, son de la civilización azteca. Y cita a nueve poblados que deben tener relación con las mencionadas siete ciudades, a saber: rancho Ubalamas, rancho Conijaqui, Buillaschapa, Mesa del Toro, Cedros, Cajón de Cancio, rancho de los Ciruelos, Coscomate y Huachapa.

Otra fuente periodística, al informar sobre el tema, puntualiza que

el templo de que se habla se encuentra enclavado en la roca y se localiza en la cumbre de el cerro de Conijaqui; tiene dos torres y una cruz en medio, pero todavía no ha sido localizada la puerta de acceso. A medio kilómetro de distancia del templo, hay claros vestigios de un poblado indígena, tales como ruinas de casas de piedra y objetos varios. En Buillachapa, en la cumbre del Cerro Bola, hay también vestigios de una ciudad y ricos minerales que, supuestamente, los indios cuidaban y explotaban. También hay piezas arqueológicas de importancia, como para figurar en los museos. Cíbola, que quiere decir toro, está en la Mesa del Toro, lugar donde existen dos toros pintados, dizque como señal de que ahí se encuentran las célebres siete ciudades.

En la revista "Sucesos" número de fecha 3 de julio de 1962, apareció en la ciudad de México la noticia de que un indio de nombre Maximiano Gámez, vecino del poblado El Frijol, sito en el municipio de Choix, proporcionó informes que inducen a creer que en esa región existieron las siete ciudades de que se trata. El indígena mencionado descubrió en un terreno de la comisaría de San Pantaleón, dos reyes "pintados" en una peña (¿petroglifo?) tapizada de jeroglíficos, cerca de la cual hay unas ruinas precortesianas y vestigios de antiguas minas de oro que fueron abandonadas. Ha visto también muchas calaveras a flor de tierra y encontrado hachas de piedra, idolillos y vasijas de barro.

Al margen de cualquiera otra consideración interpretativa, estimo que los hallazgos que se mencionan en dicha revista, son de positiva importancia arqueológica. Se trata de una cultura prehispánica que ahí se ha manifestado a través de ciertos objetos encontrados, como son los petroglifos, las hachas de piedra, las navajas de obsidiana y los ejemplares de cerámica, similares seguramente, o acaso del mismo origen que las piezas de la misma especie que se han recogido en diferentes lugares, desde Choix hasta la costa ahomense, y en otras regiones circunvecinas como es la de Guasave. Forjarse la idea de que se trata de las misteriosas y codiciadas ciudades de Cíbola y Quiviria, es entregarse en brazos de la fantasía. Las minas abandonadas, el templo y las ruinas que constituyen el vestigio de viejos poblados, creo yo aventurado asegurar que son de la preconquista; pues es sabido que nuestros conquistadores tenían

como actividad preferente el descubrimiento y laboreo de minas, habiendo sido la zona de Choix, una de las más exploradas por ellos. Y en cuanto al producto neolítico, un estudio serio, de personas capacitadas como en el caso de Ekholm en Guasave, quizá condujera a desentrañar el origen y procedencia de la cultura que entrañan.

Por último y para dejar terminado el tema de los petroglifos, paso a exponer las consideraciones que, en su trabajo titulado "Ideografía Rupestre", presentó el Profesor don Antonio Pompa, del Instituto Nacional de Antropología e Historia, ante la XI sesión de Mesa Redonda celebrada por el Congreso Mexicano de Historia, del 22 al 27 de mayo de 1955, en la ciudad de Culiacán, teniendo como sede la Universidad de Sinaloa. Véase la revista y memoria de esta sesión, editada bajo el título de "Estudios Históricos de Sinaloa", Tomo I

Del trabajo mencionado sólo se transcriben algunos conceptos: "La pintura rupestre del Noroeste Mexicano y Suroeste de los EE. UU., constituye una porción, por sus características, dentro de la mentalidad americana, que, aunque distinta de la de otros continentes, está dentro de un común denominador: el hombre".

"El hombre americano primitivo, en forma muy peculiar suya, representa los objetos de su medio ambiente por dibujos sencillos, y motivos geométricos en lo general rectilíneos, puntos, líneas paralelas, rayados cruzados, dibujos ramiformes, líneas transversales, en zig zag y de diversos tipos, haciendo múltiples juegos de geometría, predominando un concepto ideográfico que va detonando un proceso cultural, a la vez que un proceso histórico, y así tenemos ideografías acerca de la pesca, motivos agrícolas, escenas de caza y también acontecimientos de marcada trascendencia como la batalla que representan figuras policromas de guerreros y brujos disfrazados, en la cueva de San Borjita de la Baja California.

"Luis Pericot García asegura, tratándose de la figura rupestre europea, que los motivos geometrizados curvilíneos se encuentran en menor cantidad; líneas onduladas, bandas con rayado transversal, rayado curvado dentro de zonas rectilíneas, motivos serpentiformes, líneas ondulantes paralelas y círculos unidos o concéntricos, lo que también es una realidad en las zonas de nuestra pintura rupestre protohistórica,

como con amplitud se puede observar en “La piedra pintada” del cerro del Tecomate en el municipio de Culiacán, o en “La piedra pintada” en el camino al puerto de Guaymas en el Estado de Sonora”.

Los asentamientos aborígenes
Aspectos de la Cultura Cáhita
Toponimia Indígena Regional

En “época muy antigua se establecieron en la región que hoy ocupa Sonora y Sinaloa, grupos de pescadores -recolectores-cazadores, y seguramente a ellos se debe parte de la expresión rupestre que se encuentra en el Noroeste mexicano, expresión que también abarcó la Alta y la Baja California, Arizona y el Nuevo México, llegando sus estribaciones hasta algunos lugares de Chihuahua, Durango y Nayarit, pues toda esa zona tiene ejemplares de cierto sentido de unidad y forma, y le hace por ellos constituir, con verdadero sentido integral, ese importante estadio del Noroeste medio americano.

“La pintura rupestre de esta región, ha sido relativamente muy poco estudiada con profundidad y nunca integralmente dentro de una sistemática, pues a no ser por algunos artículos en revistas y periódicos, los estudios de León Diguet, William Massey, Jacobo Baeguert, Engerrand, Rafael Orellana Tapia con sus referencias a Sonora, Barbo Dahigren y Julián H Steward a la Baja California y Manuel Bonilla con su folleto de “De Atatlán a México” con mucha fantasía y poca investigación, la bibliografía del arte rupestre en el estadio a que nos referimos, sería prácticamente nula.

“Enfocado particularmente al ámbito sinaloense, fuera del interés que tuvo don Manuel Bonilla con tan poco fruto, y don Crispín Márquez con su paciente recolección de motivos rupestres, nadie, que yo sepa, se ha referido a las múltiples manifestaciones del hombre protohistórico en Sinaloa.

Cabe, pues --concluida la Memoria antecedente-- y dado el estado actual de la cuestión, proponer las siguientes conclusiones:

PRIMERA.- La pintura rupestre protohistórica del Noroeste mexicano por su naturaleza iconomática y muy particularmente ideográfica, tiene un intrínseco sentido histórico, siendo por su cronología lo que constituye el primer aporte del hombre, como mensaje, como documento, ello le da la jerarquización de protohistórico y no de prehistoria como la han clasificado la mayoría de los autores que de ella han tratado.

SEGUNDA.- Que por la sugerencia de sus motivos y la riqueza de sus símbolos, es imprescindible el estudio de la escritura pictográfica rupestre de nuestros primitivos, base y fundamento de cualquiera especulación protohistórica propiamente dicha.

TERCERA.- Que dada la importancia que sugieren las consideraciones anteriores, es indispensable el planeamiento de una investigación metódica para una correcta interpretación de estos documentos antecedente de los códices prehispánicos en nuestra región mesoamericana, lo que da singular valor a la pintura rupestre protohistórica del Noroeste medio americano.

ASPECTOS DE LA CULTUR CÁHITA
La lengua cáhita.

Como aún no ha sido modificada y ni siquiera rebatida la afirmación de que la lengua cáhita tiene nexos dialectales con la náhuatl, el enigma no ofrece por ahora otra situación que la de considerar como viable la idea de que una población civilizada, como era la de los nahoas, ejerció su influencia, a través de sus contactos, sobre las tribus salvajes del Noroeste. En este caso es preciso, en conformidad con lo que el Lic. Buelna expone acerca del particular, remontarnos a la época, a un lapso de diez siglos, en que el pueblo nahoa estuvo radicado en la comarca del río Gila; y considerar que ahí alcanzó un grado notable de progreso, patentizado en los edificios cuyas ruinas aún perduran, en la apertura de canales de irrigación y el consecuente desarrollo de la agricultura y de otras técnicas. Lógicamente por su civilización y preeminencia, se impuso el influjo nahoa aún sobre comarcas distantes, como era la de los cáhitas, sobreviviendo a través de las relaciones de comercio, de convivencia o de invasión, en caso de haber ocurrido.

En la época indicada, expone Buelna, “han de haber desaparecido barridas por la conquista o transformadas por el predominio y la ilus-

tración del Norte, varias tribus independientes en Sonora y Sinaloa, cuyo multiplicado número acusaba aislamiento y barbarie, y se han de haber levantado fuertes imperios, como lo revelan las extensas demarcaciones, en cada una de las cuales se hablaba una misma lengua. Durante ese mismo período histórico se han de haber formado los idiomas ópata y pima en Sonora, el tarahumar en la parte occidental de Chihuahua, el guazapares, el verogio y el tubar en la parte superior del río Fuerte, el tepehuán en el límite occidental de Durango y el cáhita en todo el territorio en que se extendía la antigua provincia de Sinaloa; todos los cuales deben su actual estructura a la infiltración del náhuatl, del que tomaron algo de su forma, riqueza y suavidad que lo distinguen y que faltan a los pobres y duros idiomas primitivos, pues está averiguado que aquellos en su estado presente tienen un inmediato parentesco y suma analogía con ésta".

Según el testimonio de los padres misioneros que intervinieron en la evangelización de la Provincia de Sinaloa, desde el río Mocorito hasta el río Yaqui, había un verdadero mosaico de dialectos indígenas; más sin embargo, había una lengua principal, que es la cáhita. Refiérase que, por ejemplo, los huites, así como los zoes y los baimenas, usaban de sus propias lenguas; que dizque el habla de los ahomes, los bacorehuis, los batucaris, y hasta los guazaves, la constituía originalmente el bacoregui; que los ocoronis también tenían su dialecto exclusivo; que los bamoas conservaban su idioma pima; y que los ohueras, los cahuametos y los chicoratos poseían lenguas diferentes. De los tehuecos y los zuaques no se dice, ni se entiende otra cosa, sino que eran de lengua cáhita.

En la Carta Anua de 1593, se habla de que en el río Sebastián de Evora, había tres lenguas; seis en el río Petatlán (hoy día, el Sinaloa); una, con sus dialectos, en el río Cinaloa (antiguo nombre del río Fuerte); una con sus dialectos en el río Mayo; y una con dialectos en el río Yaqui,. Además se asienta, en un informe antiguo, que en la provincia de Sinaloa, se hablaba el mexicano desde el río Mocorito hasta el río Fuerte. Más, con el transcurso de los años, toda esa gama o mosaico de dialectos fue desapareciendo, hasta que predominó o se hizo universal el uso de la lengua cáhita, en toda la Provincia.

En su "Historia de los Triunfos de Nuestra Santa Fé..." el P. Ribas, se refiere a esa variedad de lenguas, diciendo; "El número de las naciones de Sinaloa es casi infinito y aunque a veces se hallan muchos pueblos de una misma lengua, también sucede que en un mismo pueblo, sean diferentes las de sus barrios... de donde nace la necesidad precisa en que se hallan muchos religiosos, de aprender (como lo hacen) dos o tres distintas lenguas bárbaras, sin arte, vocabularios ni calepinos; y aunque a veces estas lenguas sean bárbaras, es cosa que admira el ver que siéndolo, observan sus reglas, su formación de tiempos y casos, sus derivaciones de nombres y las demás reglas de ate y lenguas muy elegantes..."

"No carece de dificultad entender, cómo cada una de estas naciones, cuando apartó lengua distinta de las demás, pudo tan uniformemente convenir en formar e inventar tanto número de vocablos como hay en una lengua, que pide su vocabulario de por sí y tantas reglas uniformes e invariables, como ocurren en un arte, sin discrepar en ellas los que la introdujeron. Aunque esta dificultad teñía solución, en aquellas lenguas que se derivan unas de otras, como de la Romana la del Romance; pero esta solución no hay lugar en lenguas que se inventaron primero diversas, como hay muchas entre estas naciones, que ni en vocablos ni en arte tienen conveniencia las unas con las otras. Yo veo que puede darse por solución de esta dificultad, el responder que esta mudanza de lenguas, no se hace de repente y juntándose toda una nación a concertarla, sino poco a poco con el tiempo: al modo que hoy (Nota: Ribas escribía esto en la primera mitad del siglo XVII. Su obra antes mencionada se imprimió en 1645) vemos que es tan diferente el lenguaje castellano que se usa, al que corría antiguamente. Pero con todo, no se quita del todo la dificultad en mudar totalmente de una nación, todos sus vocablos, términos, frases y reglas de artes del todo diferentes de aquella de la cual se derivó o apartó... Que lo que yo puedo decir de nuestros operarios evangélicos, es que no sólo han vencido el trabajo inmenso de aprender tales y tantas lenguas, sino que las han facilitado a los veideros, reduciéndolas a arte y método para que las puedan aprender y tienen ya escritas en ellas algunos trabajos de misterios y costumbres cristianas...". Ribas mismo al hablar de los mayos expresa que "su lengua es la misma que corre en los ríos Zuaque (refiérase al del Fuerte) y Hiaqui".

En la actualidad el cáhita solamente tiene dos expresiones o manifestaciones regionales, de carácter dialéctico, que mantienen entre sí muy estrecha afinidad, al grado de que en el fondo son una misma. Esos dialectos o modalidades del cáhita son el mayo y el yaqui, aunque algunos autores no muy antiguos agregan el tegüeco, como medio de expresión usado por la población indígena del distrito del Fuerte. Pero a mi juicio el dialecto últimamente citado debe descartarse, toda vez que es notorio el hecho de que las comunidades de indios que existen entre el río del Fuerte y el de Mocorito, hablan el Mayo tal y como es hablado por los mayos de Sonora, signo elocuente de que hay unidad de raza.

En realidad los dialectos señalados, no tienen entre sí mayor diferencia apuntable que la que análogamente, pudiera existir entre el español que se habla en México y el que se habla en la península ibérica, o en los distintos países hispanoamericanos. Las diferencias que se advierten entre las lenguas mayo y yaqui, por lo general se reducen a ciertos términos o vocablos de su léxico; a giros o modismos gramaticales, como los hay en todos los idiomas de una nación o comunidad de naciones; a ciertas variantes de sus sintaxis; al estilo y la entonación. Al respecto observa el señor Alfonso Fabila, en su libro "Las Tribus Yaquis de Sonora", que el vocabulario yaqui es más limitado, que carece de giros gramaticales y que es menos rico y florido que el de las tribus del Mayo y de Sinaloa.

Se desconoce la razón de ser, de la denominación de cáhitas aplicada a las tribus indígenas de la provincia de Sinaloa, y por extensión, a la lengua que les es común. Que yo sepa, es Baltazar de Obregón el primer historiador mexicano, que antes que ningún otro cronista, se refirió noticiosa mente a los cáhitas. En efecto, en su "Historia de los Descubrimientos Antiguos y Modernos de la Nueva España", al referirse en tres ocasiones o pasajes a las gentes que habitaban las provincias y comarcas de los valles de Señora (Sonora) y Sahuaripa, dice que eran de lenguajes "caitas" y "Pilatos" (pimas); que es, según el propio autor, "como decir mexicanos y otomíes, que están en muchas partes revueltos unos con otros y emparentados unos con otros".

No ignoraban sin duda los religiosos de la Misión de Sinaloa, la

existencia del vocablo que nos ocupa, toda vez que el P. Juan Bautista de Velasco, lo empleó dándoselo como título a una gramática que compuso de la lengua respectiva, que se llama "Arte de la Lengua Cahita".

El término "cáhita" o "caita", nada sugiere como atributo en el caso de que se trata, puesto que es una expresión verbal que significa "no hay", v. gr. "caita tommi", que quiere decir, "no hay dinero", "caita tihua", que se traduce por "no hay o no tiene vergüenza". El antónimo de "caita" es "amaica" y significa "si hay". De manera que el nombre de "cáhita" que se ha dado a esta lengua indígena sonorense-sinaloense, no se halla en el caso en el que por ejemplo se encuentra nuestra lengua nacional, o sea la "castilla" como por acá se le llama, la cual con entera propiedad se denomina española en virtud de que proviene de España, o bien castellana, por ser la de Castilla o de los castellanos. Por tanto y en vista de que el vocablo "cáhita" tan solo implica la idea de carencia de algo, cabe suponer que dicho vocablo ha sido empleado para adjetivar a esta lengua, así como para designar a los naturales que la hablan, ya sea por los propios indios autodenominándose o bien por los primeros españoles que tuvieron contacto con ellos, movidos por una razón cualquiera que pudo ser circunstancial o quizás caprichosa.

La de los cáhitas es una lengua polisilábica, polisintética de subflexión. Son polisintéticas aquellas lenguas, que en un solo vocablo aglutinan o funden los radicales o semantemas, no omisibles, de varias palabras, dejando fuera las desinencias o terminales; pero ese aglutinamiento no contrae a las voces inertes o pasivas, sino que incluye también a los verbos. El lenguaje de los cáhitas es de un léxico copioso, en cuya virtud no es de tenérseles como un arte primitivo o bárbaro, sino como un arte que posiblemente evolucionó, en su estructura a partir de su estado primitivo, gracias supuestamente, a la infiltración del náhuatl.

Atrás quedó dicho, que un misionero jesuita, el P. Juan Bautista de Velasco, escribió o compuso aquí en la provincia de Sinaloa, el "Arte de la Lengua Cáhita".

Por primera vez se editó la obra en 1737, y gracias al Lic. Eustaquio Buelna, se reimprimió en 1890. El contenido es de gran interés, desde luego, el trabajo enaltece la inteligencia y la dedicación de quién lo eje-

cutó. Está dividida la obra en cuatro partes; éstas se subdividen en parágrafos. La primera parte se compone de seis parágrafos, que se refieren a la formación de pretéritos, futuros y voz pasiva del verbo; a la formación de nombres, de verbos, a las letras de esta lengua, a su pronunciación y colocación de las palabras; a la composición de dicciones y a la sintaxis de la oración. La segunda parte comprende tres parágrafos, que tratan del nombre, los pronombres y los semi-pronombres, respectivamente. La tercera consta igualmente de tres, sobre las conjugaciones y tiempos, los participios y otras cosas tocantes al verbo. Por último, la cuarta parte tiene cuatro parágrafos, que conciernen a las preposiciones, adverbios, conjunciones e interjecciones.

Sigue, a la Gramática en el libro, un vocabulario español-cáhita con más de 1,700 vocablos; además la doctrina de los nombres numerales, ordinales y distributivos, y la de los adverbios también numerales. Al final se presenta un catecismo bilingüe, escrito en cáhita y también en español, de la doctrina cristiana, el cual debió haber sido un valioso auxiliar para los curas misioneros de la Provincia, repartidos desde Mocorito, hasta el Yaqui. El "Catecismo de la Doctrina Cristiana", título que lleva el catecismo antes aludido, no es del P. Bautista, sino que su autor fue el P. Tomás Basilio, misionero de los partidos del Yaqui. Comprende el catecismo los asuntos y títulos siguientes: "Por la Señal", "El Padre Nuestro", "El Ave María", "El Credo", "La Salve", "Los Mandamientos de la Ley de Dios", "Los Mandamientos de la Santa Madre Iglesia", "Los Sacramentos", "Catecismo Breve o lo que precisamente debe saber el Cristiano" y "Acto de Constricción". Está dedicado al Patriarca Señor San José.

En la segunda edición de la obra, que es la que conocemos, el Lic. Buelna, hace algunas correcciones ortográficas a la primera edición, agrega diversas notas explicativas y etimológicas. Añade además un diccionario cáhita-español, formado con vocablos extraídos del texto de la gramática, que no están incluidos en el Vocabulario de la misma, enriquecido con vocablos indicados por personas entendidas y conocedoras del idioma. Esta edición de 1890, va precedida de una amplia y variada introducción, escrita por Buelna; en ella se trata de la gramática del cáhita, del autor de esta obra, del catecismo añadido, de los dialectos

del idioma, de los sucesos históricos concernientes a las expediciones, descubrimientos, conquista del territorio, y de los jesuitas en las misiones de Sinaloa.

Ni en el manuscrito original, ni en la edición de 1737, aparece el nombre de la persona que compuso el referido "Arte de la Lengua Cahita", razón por la cual, hasta antes de Buelna, la obra pasaba por anónima. Más don Eustaquio acertó a descorrer el velo de esa anonimía mediante el venturoso enlace de dos citas precisas e independientes la una de la otra en cuanto al autor, que fueron las que le dieron la clave para identificar al P. Juan Bautista de Velasco como autor incógnito del "Arte...".

Una ce las citas se halla en la "Historia de los Triunfos...", cuyo autor, al exponer la biografía del padre misionero Juan Bautista de Velasco, asienta que sabía éste "perfectamente las dos principales lenguas de esta provincia, las redujo a arte y predicaba en ellas como en romance. En esto fue maestro de los demás padres, que entraron a la región". La otra cita se debe al P. Francisco Xavier Alegre ("Historia de la Compañía de Jesús en la Nueva España", editada en 1841-1842 por Carlos María Bustamante), quien del padre Velasco dice que "había reducido a arte y vocabulario la lengua más universal de Sinaloa y poseía con perfección las dos principales lengua del país". Aún existe otra puntualización más a este respecto, que tal vez ignoró el Lic. Buelna, y es ella la que consta en la Carta Anua de 1604, de que el padre Juan Bautista de Velasco, después de acabar una gramática de sinaloa, estaba escribiendo otra tahue. La lengua tahue era la que se hablaba en la provincia de Culiacán, más allá de Mocorito, hasta el río Piaxtla.

Juan Bautista de Velasco era oaxaqueño; nació en el año de 1562 y pertenecía a la Orden de San Ignacio de Loyola. Con el fin de coadyuvar en los trabajos de evangelización de los indios, al lado de los PP. Gonzalo de Tapia y Martín Pérez, arribó a la Misión de Sinaloa, durante la cuaresma de 1592. A los dos años se le confió la doctrina de los pueblos del río Sebastián de Evora, en la que sirvió hasta la fecha de su fallecimiento. Expiró en Mocorito, el 29 de julio de 1613 y sus exequias se llevaron a cabo con la mayor solemnidad en la iglesia de la villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa, cabecera de la Misión.

No solamente los PP. Velasco y Basilio llegaron a escribir en lengua cáhita arte y sermonarios; además lo hicieron otros misioneros que también estuvieron en la Provincia. Don José María Beristain, en su "Biblioteca Hispano-Americana", atribuye al P. Luis de Bonifaz, en una época rector del colegio de la Lengua Cáhita". Otro religioso, Pedro de Velasco, llegado a la Misión en 1506, cultivó la doctrina de los poblados arribeños y próximos a la villa de San Felipe, escribió sobre una de las tres lenguas que se hablaban en su partido y las cuales eran el chicorato, el ohuera y el caguameto.

De Hernando de Santarén, que desde su llegada a Sinaloa pasó a encargarse del partido de los guasaves, se dice que "aprendió con gran perfección y trabajó las dos lenguas vivas de su demarcación y compuso artes, doctrinas, sermonarios y cantos populares que él mismo cantaba con devoción". Igualmente compuso los suyos el P. Vicente del Águila, en su partida de Ahome y el Zuaque. El catequizador de los tehuecos, P. Pedro Méndez, escribió en cáhita varios temas de doctrina y a la misma lengua tradujo el Flos Sanctorum, de Rivadeneira, para su lectura en la escuelita que tenía establecida en la cabecera de su partido misional. A lo que todavía debe agregarse, que existe un Apéndice, impreso en México en 1740, sobre el "Método de hacer una buena Confesión", por el P. Diego González, quien por muchos años fungió de misionero en la provincia de Sinaloa.

Los cahitas carecen en su vocabulario de las letras d, f, g, ll, ñ, x. Su idioma es oral y por tanto no tiene alfabeto gráfico, ni siquiera signos o elementos ideográficos de expresión, debido a lo cual, los petroglifos regionales no se les pueden atribuir a estos indios.

A pesar de que "yoris" y "yoremes" se han mantenido en contacto mutuo durante unas cuatro centurias, el castellano no ha llegado a infiltrarse en la "lengua", afectando su estructura gramatical o la pureza de su léxico. Excepto que el indígena se auxilia de algunos españolismos, si su vocabulario carece de los términos correspondientes. Cuando adopta palabras españolas las modifica; les imprime cierto cambio o giro fonético y morfológico, adoptando una entonación especial eufónica y generalmente añadiendo a la raíz el vocablo español, determinada

desinencia o cambiando una literal por otra, tal como es caso frecuente emplear la "r" por la "l". Por el elemento radical es fácil identificar cualquier españolismo, verbigracia en: Diosta (Dios), Cristota (Cristo), Misata (Misa), Cruzta (cruz), Iglesiata (iglesia), seringa (jeringa), cúchiri (cuchillo), purato (plato), quesu (queso) sabon (jabón), mantélichi (mantel), cápita (capitán), cábal (caballo), mura (mula), guacas (vaca), palata (pala), macheta (machete), puétata (puerta), sonasso(sonaja), alpérez (alférez), etc.

Recíprocamente, así como los indios mayizan, yaquizan o acáhitan (valga la expresión) ciertas voces españolas, así como también los blancos o mestizos, tanto en Sonora como en Sinaloa, emplean en su vocabulario muchos mayismos o yaquismos, de igual manera nuestra habla corriente o provinciana está plagada de aztequismos. Muchas veces se emplean también palabras indígenas en toda su pureza.

Ejemplo de vocablos usuales de origen cáhita, algunos de ellos citados y explicados por Buelna, son los siguientes: bejori (cierto lagarto), bichi (desnudo, sin pelo), bule (especie de calabazo), coricochi (bizcocho de harina de maíz, en forma de rosca), chucho (de "chuo"perro) echo (de "etzo" cardón), guachapori (abrojo pequeño, erizado de espinitas; se trata más bien de una voz híbrida, de azteca y cáhita), guare (cierto canasto), hubare o uvare (cierta araña), gueja (vasija hecha de "bule"), mochomo (de "moochom", hormiga arriera; por semejanza en el aspecto se da el nombre de mochomos a un platillo de carne seca de res, machacada y frita), nahuila (afeminado), pascola (nombre de una danza indígena y nombre también del danzante; de "pasco", fiesta y óóoola", viejo: el viejo de la fiesta), pochi (rabón, corto), severeche (de "sebel", cosa o tiempo frío, y "etzi"", siembra: siembra que se hace en invierno, tacuarín (bizcochito de maíz, en forma de rosca o bollo: proviene de "tacarín").

EL PRODUCTO NEOLÍTICO.

En la región del Fuerte la cultura neolítica, según frases del Profr. Conrado Espinosa, "no deja otros elementos de juicio, que abundantes puntas de flecha, rudimentarios metales y algunas piedras acondicio-

nadas para utensilios y armas, con relación al producto neolítico. Muy acusada en la Cañada Verde y en las riberas del río Zuaque, inmediatas a la Sierra de San Pablo, existiendo además en esta última región cacharros muy primitivos".

Las hachas son de tipo agargantado. Son de rocas eruptivas de algún peso y consistencia, como basalto, pórfido y una piedra verdosa que recuerda la jadeíta. Son de la misma forma de las que se han encontrado en el valle del Mississippi, y como las que se hallan en los pueblos taños, en la cuenca superior del Río Grande del Norte, en las localidades de los hopis y los zuñis, en Arizona, según se desprende de las ilustraciones y referencias consignadas en el "Manual de Arqueología" de Beuchat. Alguna corriente migratoria introdujo a la región, semejante instrumento primitivo, cuando aún se vivía en plena edad de piedra; ¿Por los nahoas, por tribus desconocidas o por los mismos cáhitas? ¿y procedían directamente del suroeste de los EE. UU., o a través de la Mixteca-Puebla?.

Con relación a los petroglifos, ya quedó explicado que su origen es ajeno a la cultura cáhita; y con respecto a la cerámica, a continuación se darán algunas noticias.

Desde que por primera vez los conquistadores españoles pisaron la comarca de Ahome, se dieron cuenta, que por aquí los indios fabricaban "muy buena loza de barro". Los restos arqueológicos de cerámica, que se han encontrado en la región del río Fuerte son relativamente pocos y en piezas fragmentadas. Es una loza primitiva a la cual hace también referencia Ekohlm en su folleto "Excavations at Guasave", en la que se emplean como materiales, la arcilla roja y la amarilla, propias de la región, con ausencia de pastillaje y decorados.

En Bacaporobampo, hacia el extremo sur de la laguna de Bateve, municipio de Ahome, gentes campiranas encontraron cinco ollas mortuorias llenas de huesos humanos. Beteve, Telapa y la Cañada Verde, en las marismas inmediatas a Los Mochis, constituyen una pequeña área arqueológica en la que se han encontrado hachas de piedra y puntas de flecha y en la que también debe haber cacharros, lo que revela que por ahí se mantenían algunos grupos de población indígena, probablemente desde los tiempos precortesianos.

Al hablar de los petroglifos, se consignaros ciertos descubrimientos arqueológicos en la región de Choix, entre los que figuran hachas de piedra, navajas de obsidiana y piezas de cerámica, que evidencian una cultura de tipo neolítico. En el pueblo de Tehueco se encontró un toro-incensario, artefacto de alfarería con decoraciones en blanco, pero que, según el decir del Profr. Conrado Espinoza, no acusa en éstas ninguna influencia indígena. En el lugar indicado también se halló un idolillo de barro con un apéndice en forma de elote, que bien pudiera, representar al dios del maíz y un ídolo de piedra con sólo un rostro humano toscamente esculpido.

ORGANIZACIÓN SOCIAL Y POLÍTICA.

No parece ser que las tribus cáhitas llevaban una vida nómada o errante, por lo menos con posterioridad a Diego de Guzmán, el capitán español que se adentró en sus descubrimientos territoriales, hasta el río Yaqui. En toda la extensión de la provincia de Sinaloa, a lo largo de sus regiones fluviales ya enumeradas, llevando una vida sedentaria en sus respectivos pueblos, aldeas o rancherías, los naturales formaban sus comunidades por comarcas, naciones o parcialidades, sujetas a la autoridad de un jefe o cacique, que era por lo general un guerrero destacado. Dada la unidad social y política que unía a las gentes de toda una comarca o parcialidad, y la independencia y soberanía con que se gobernaban, el P. Ribas las asimila como verdaderas naciones, o bien parcialidades. Así es como las llama.

Las parcialidades i s; Huayatova o Huitova, divinidad a quien invocaban cuando se trataba de encontrar las cosas perdidas u ocultas, y Cocohuame, señor de la vida y la muerte.

En otro aspecto no pasa el P. Ribas por alto el mencionar las costumbres de los gentiles con respecto a la manera de dar sepultura a sus difuntos, así como sus creencias en cuanto al paso a la otra vida, a la necesidad de asistir al cadáver con viáticos y a la inmortalidad del alma, diciendo: "Tenían estas gentes no pocas supersticiones, para enterrar y dar sepultura a sus difuntos; como era poner con los cuerpos en la sepultura algunas cosas de comida y bebida, que les sirviesen de viático para la jornada donde iban; daban pues, pequeños indicios de que conocían

otra vida y la inmortalidad del alma y esto bien nos estaba para predicarles la verdad de la fé, de la otra vida que le quedaba al hombre. Pero al conocer el lugar donde iban las almas, y lo que hacían y en que paraba, andaban desafinados, confusos y ciegos... El cuerpo del difunto lo ponían en una cueva que hacían dentro de la sepultura, ya sentado, ya tendido; pero desembarazado de la tierra por si quisiere caminar".

LA VIVIENDA.

Los más antiguos cronistas citan dos tipos de habitación usuales entre los aborígenes de la provincia de Sinaloa; el de las casas de esteras o petates y el de las casas de horcones cuyo techo es de terrado y sus tabiques, a guisa de paredes, están hecho de bejucos o varazón de monte, entretejidos y ripiados, o sea emplastados de barro.

Las más remotas noticias que existen relativas a la vivienda de los cáhitas, proceden de la llamada "Tercera Relación Anónima", en la que se habla de la expedición que, en 1531, hizo el Capitán Lope de Samaniego, desde Culiacán hasta el río Petatlán (hoy río Sinaloa). Al respecto informa la citada Anónima, que cuando los expedicionarios llegaron a este río, hallaron un pueblo grande y otros pequeños, en que habría hasta 500 casas; y que esas casas no eran como las que habían visto en el trayecto, sino hechas de petates, maravillándose "de ver tan nueva manera de casas que eran como carretas entoldadas de la Mancha de Aragón".

La "Segunda Relación Anónima", o crónica de la expedición llevada a cabo por el Capitán Diego de Guzmán en 1533, desde Culiacán hasta el Yaqui, menciona "que en la provincia que se dice Sinaloa, había veinte o veinticinco pueblos, de a ciento y de a doscientas a ciento y de a doscientas a trescientas casas de aquellas de petates o esteras", y que el pueblo Sinaloa estaba formado por unos ciento cincuenta ranchos (Nota: indígenas emplazadas en la cuenca del río Fuerte, según ya indicó al principio de este capítulo y que fueron enumeradas en orden de sucesión, desde la costa hasta la sierra, eran las de los ahomes, los zuaques, los tehuecos, los sinaloas, los tzoes, los huites y otras de menos importancia. Estas son las comunidades de que dan cuenta y razón los padres misioneros y algunos cronistas. Cuando los jesuitas se hicieron

cargo de la evangelización regional, con las diferentes parcialidades se formaron a lo largo del río Fuerte tres partidos de doctrina o misiones; y fueron esos religiosos quienes, para facilitar y hacer más efectiva su labor, recogieron a muchas gentes de los campos y de aldeas dispersas y las congregaron en poblados, que hoy todavía subsisten.

La Carta Anua de 1593 hace referencia a la calidad de las gentes de la provincia de Sinaloa, aludiendo más bien a las de la villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa y de sus contornos, toda vez que para entonces los misioneros no habían ensanchado sus labores hacia el noroeste del río de la Villa y del arroyo de Ocoroni. Pero de todos modos lo que dice la Anua de los indios, es aplicable a los de la jurisdicción del río Fuerte, en cuanto puntualiza que "no tiene esta gente rey ni señor, sino que en tiempo de guerra el más esforzado capitanea, pero en tiempo de paz cada uno hace lo que le da gusto". Siempre, cuando eran gentiles, los de estas naciones eran gobernados por su respectivo jefe o cacique, un hechicero o un capitán de guerra o caudillo llamado por ellos en su propia lengua "cobanau" o "cobanaro", que significa cabeza principal. El régimen de las tribus cáhitas no era patriarcal, ni hierático, no constituían los cacicazgos una institución dinástica. De ordinario ejercía el mando de una colectividad el más valiente, el más audaz, el más esforzado; o quien tuviere mayor número de hijos, sobrinos y otros aláteres; o el orador que más arrastre tuviera por su elocuencia y valor civil; o el hechicero como llamaban los padres misioneros al brujo, al curandero, al nigromante de la comunidad.

La influencia moral que los hechiceros ejercían sobre la sociedad indígena, en la generalidad de los casos era decisiva, ya que eran ellos los más celosos guardianes de la tradición y de la hegemonía de sus naciones. Con sus arengas solían enardecer el espíritu bélico colectivo y los sentimientos patrióticos, impulsando a su pueblo a enfrentarse con el enemigo. Además su personalidad, su prestigio, su autoridad y respetabilidad dimanaba de su oficio de curandero y exorcista y de su gran experiencia si era de edad avanzada.

Suponían que el hechicero gozaba de inspiración y de poderes mágicos para lograr efectos maravillosos. Eran espectaculares sus tretas,

como la de succionar huesos, piedras u otros objetos para el tratamiento de los males, prescribía a los pacientes el uso de taleguillas o envoltorios de extrañas substancias por él conceptuadas como salutíferas y sortílegas. Su persona era capaz de acarrear o producir maleficios y encantamientos. Llegaba él mismo a personificar a seres imaginarios, sobrenaturales, guardianes de los espíritus. Podía incluso metamorfosearse como un nahual, en jaguar, en coyote, en tecolote; y si lo hacía en tecolote, ello significaba un augurio de muerte o de calamidad. Y si el buen éxito de los artificios en juego se veía comprometido o frustrado, podía entonces dar muerte a otros hechiceros a quienes se atribuyera ser los causantes del embarazo o frustración experimentada. En el dominio de todos esos medios complejos y sugestivos, del nahualismo, descansaba principalmente la aureola de esos personajes, en parte adivinos, en parte curanderos, en parte demonios, con lo cual constituían una vivencia de su época y propia del primitivismo de la cultura aborigen.

En los comienzos de la dominación Española, en los años que la precedieron, las enemistades que en forma circunstancial o permanente existían entre algunas de las naciones de los cáhitas, sumían a la Provincia en un estado de agitación general, que solía resolverse en guerras o en simples agresiones ocasionales. Los encuentros bélicos a menudo se desarrollaban a campo abierto. También, con frecuencia y aprovechándose de la ventana estratégica que proporciona toda acción por sorpresa, tendían su celada al enemigo, o daban albazos sobre sus rancherías. En ocasiones la agresión se enfocaba sobre las sementeras, sobre los campos cultivados y en fruto. Tratándose de luchas enconadas, no había consideración para nadie, al grado de no respetarse ni edad, ni sexo. Por una pasión o sentimiento generalizado, los combatientes victoriosos se vanagloriaban con la decapitación del enemigo muerto o vencido; ya que las cabezas y cabelleras constituían, para ellos y ante los ojos de todos, un preciadísimo galardón de triunfo, que indefectiblemente ostentaban en los bailes y borracheras de ritual, con que festejaban sus victoriosas hazañas.

Si se trataba de agredir o sostener una guerra, con un propósito de venganza o con el legítimo fin de defender sus tierras, mujeres e hijos, no era raro que dos naciones amigas y próximas la una a la otra concertaran

una alianza para tal efecto. Pero estas alianzas eran puramente locales o comarcanas, sin que llegaran a ser entre los cáhitas, un vínculo de unión universal, pues a este respecto puede citarse el caso de la rivalidad tradicional existente entre los mayos y los yaquis. Es de asegurarse que si hubiera existido un sentimiento patriótico unificador general, la conquista de la provincia de Sinaloa ante un frente unido se hubiera consumado con mayor resistencia de parte de los indios, mella más grande hubieran tenido las armas y los implacables arrestos de las huestes conquistadoras.

IDEAS RELIGIOSAS.

En su condición de paganos o gentiles, los cáhitas no profesaban religión alguna, en la acepción estricta de la palabra. Al menos carecían de un credo o de un culto común a todas sus naciones; no tenían dogmas, ni ritos, ni sacerdocio, no templos, ni preceptos litúrgicos. Sin embargo, los padres misioneros que los convirtieron al catolicismo encontraron, en algunas de las parcialidades, evidencias de prácticas idolátricas y de supercherías; y de que, por lo general, tomaban al sol y a la luna como divinidades, a las que dedicaban ofrendas propiciatorias, de frutos de la tierra.

La Carta Anua del año de 1593, época en que la Misión de Sinaloa estaba en sus principios, asienta, refiriéndose sin duda a los indios de los contornos de la villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa, que “no tienen ídolos, ni entienden que haya providencia del Creador, ni esperan en la otra vida felicidad alguna; sólo pensaban que todos los muertos iban bajo la tierra a una región de tinieblas, cuyo príncipe ellos llaman Yori, y eso que viviesen, mal que bien, que par ellos ninguno vive mal, porque todo lo que uno puede hacer, les da gusto y les parece lícito”.

En algún lugar cercano a la Villa, los gentiles si llegaron a tener cierta noción de la divinidad, así como de la creación, lo cual se ponía de manifiesto cuando, de tiempo en tiempo celebraban la fiesta de la adopción de sus prohijados. El P. Ribas hace una descripción de las ceremonias rituales de esta fiesta, en la que los indios bailaban en el interior de una choza, en torno de un circulo cubierto de arena. Dentro del círculo colocaban plantas, animales y otras cosas, con que representaban a la Naturaleza; y en medio de todo ese cuadro, dos figuras que representaban a las divini-

dades Variseba y Vairubi, masculina la primera y femenina la segunda. Con el propósito de irlos encauzando por el camino del evangelio, los jesuitas pioneros que llegaron a la villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa y que pusieron los cimientos de la Misión, con resultados favorables a su intención, indujeron a los celebrantes de aquella fiesta pagana a que en lo adelante, las figuras que acostumbraban trazar en el círculo de arena fueran consideradas, no como a Variseba y Vairubi, sino como imagen o representación de Jesucristo y la Virgen María, respectivamente.

Citase por último, otro caso meramente local revelador de que, en su gentilidad, los tehuecos creían y fiaban en ciertas entidades divinas o poderes sobrenaturales. Este caso concreto es traído a relación por el P. Pedro Méndez, evangelizador de la nación tehueca, cuando en una de sus cartas alude enumerativamente a las siguientes divinidades; Ouraba, dios de la guerra y la venganza; Bamusehua, dios de las aguas o señor de las lluvias; Sehuatova, dios de los placerecasas), que eran mejores que los que hasta ahí habían encontrado en su recorridos desde Culiacán.

De ambos tipos de vivienda el autor de la "Historia de los Triunfos de Nuestra Santa Fe," hace una descripción magistral, que a la letra dice "Las poblaciones de estas naciones son ordinariamente a las orillas y riberas de los ríos; porque si se apartan de ellos, ni tuvieran agua que beber, ni tierras en que sembrar. Las habitaciones, en su gentilidad, eran de aldeas o rancherías, no muy distantes unas de otras, aunque en partes, a dos o tres leguas, conforme hallaban la comodidad de puestos y tierras para sementeras, que ordinariamente procuraban tenerlas cerca de sus casas. Estas hacían de unas varas de monte hincadas en tierra, entretejidas y atadas con bejucos, que son unas ramas como de zarzaparrilla, muy fuertes y que duran mucho tiempo. Las paredes que hacían con esa varazón las aforaban con una torta de barro, para que no las penetrase el sol, ni los vientos, cubriendo la casa con madera y encima tierra o barro, con lo que hacían la azotea y con eso se conformaban. Otras hacían sus casas de petates, que es un número de esteras tejidas de caña (Nota: carrizo) rajada, y éstas cosidas unas con otras sirven de pared y cubierta, que es tumbada sobre arcos de varas hincadas en tierra, y sobre ella corre el agua sin peligro de goteras, y quedan al modo de los carros cubiertos de España. Delante de sus casas

levantan unas enramadas que les sirven de portal, sobre la que guardan los frutos de sus sementeras, y debajo de él es su vivienda y en el día les sirve de sombra. Allí duermen de noche en tiempo de calores, teniendo por colchón y cama una estera de caña de las dichas. Cerradura, ni llave usaban ni la conocían, y lo que es más, sin temor de hurtos, contentándose cuando algunas veces hacían ausencia de su casa, con poner a la puerta algunas ramas de árbol sin otra guarda".

EL VESTIDO.

Los naturales de la Provincia vestían de escasa manera, a lo primitivo, o bien andaban desnudos. A este respecto, la "Segunda Relación Anónima", en cuando al Petatlán asienta: "En este río hay cantidad de gente, aunque no mucha: no alcanzan ropa de algodón, si no es algunas pampanillas (taparrabos) y alguna manta muy gruesa; porque el vestido de ellos es de cuero de venados adobados, y el vestido que de ellos hacen es coser un cuero con otro y ponérselos por debajo del brazo atados al hombro, y las mujeres traen sus naguas hechas con sus jirones que les llegan a los tobillos como faja, y otras no traen más de una pampanilla de algodón que será de un palmo de ancho y otro de largo, en cuanto le tapa su vergüenza: todo lo demás lo traen de fuera, las tetas y brazos". Por su parte Diego de Guzmán, en su "Relación", tocante a la de Cinaloa menciona que "es gente que viste pellejos; alcanzan poca ropa y es a manera de cáñamo".

El P. Gonzalo de Tapia, fundador de la Misión de Sinaloa, dándole pormenores de esta tierra al provincial de la Compañía de Jesús en México, le manifestaba por carta que "es gente de esta provincia toda desnuda, aunque las mujeres se visten, más muy corto y preciso que parece que la honestidad fuerza. Mas van gustando de vestirse bien". A lo que añadía: "Viven en congregaciones en las riberas de los ríos, No tienen príncipe, ni reconocen superior y con todo lo son y viven muy conformes los que son de una misma lengua (que es mucha la variedad que de ellas hay). Son vivos, curiosos y parleros, tienen bastante entendimiento para cualquier cosa, pero en las costumbres como los pinta San Pablo, en el primer capítulo de los Romanos. Quitadas la idolatrías. Ninguna resistencia hacen al Evangelio, aunque el obedecerle no es general, sino

la gente de treinta años abajo".

En la historia de Pérez de Ribas, se lee que en general los varones andaban desnudos, excepto los caciques y demás gente principal, que acostumbraban cubrir sus vergüenzas con mantas de algodón, pita u otra fibra. Las indias, de la cintura para arriba llevaban el cuerpo descubierto, y hacia abajo se cubrían con mantas de algodón que tejían ellas mismas, para lo cual se valían no de telares, sino de estacas que clavaban en el suelo; aquellas que carecían de tales mantas, usaban faldellines de gamuza, en los que especialmente las jóvenes lucían labores pintadas con almagre.

EL SUSTENTO.

De acuerdo con los recursos de sus diversas comarcas, los cáhitas obtenían los elementos necesarios para subsistir, de la recolección silvestre, de la caza, de la pesca y también de sus sementeras.

"Desde el río Petatlán hasta el Yaqui, --consigna el autor de la Segunda Relación Anónima-- es toda una gente como tengo dicho; no hay frutas, ni batatas, ni otras cosas que les parezca como es yuca y otras cosas que los indios de por acá suelen tener, sino es solamente aquellos melones o frisoles e otras semillas menudas de que hacen pan; no beben chicha, ni magueyes. Ya he dicho que no sacrifican, sino que adoran al sol a manera de gentiles; no dan gritos cuando dan batalla, como otros, sino callando ponen sus espías e centinelas, como nosotros. El habla de ellos es a manera de tudescos; es gente para mucho trabajo, porque todo su ejercicio es caza, con aquellos arcos, irse siete u ocho leguas a ellos y allá hacen su lumbre y comen de aquella carne que cazan... El brebaje que tienen es de unos árboles que se dice mezquites, que dan unas algarrobillas delgadas, y majándoles con unos almireces de palo, que tienen muy grandes, y aquello mezclan con agua, y otras cosas de que hacen su brebaje para beber... Andan algunas mujeres de esta tierra herradas en la barba, como moriscas, y los labios bajos. Los hombres tienen algunas labores hechas de lo mismo, con navaja é tinta negra algunos. Es tierra toda esta muy sana é muy llana. Hay desde la mar, hasta la sierra de la cordillera principal, treinta é cuarenta leguas, todo tierra llana. Hay en

los ríos muchos pescados, é principalmente, bagres que hay mucha cantidad. Es tierra muy seca como tengo dicho".

Su agricultura era primitiva, y de sus siembras en tierras de temporal y de humedad obtenían maíz, frijol, calabazas y algodón. Los hombres, en sus labores del campo contaban con la ayuda valiosa y constante de sus mujeres. Por otra parte, el monte espontáneamente les suministraba variados y apetecidos frutos, como eran las pitahayas, tunas, cinas, aguamas, guamúchiles, vainas de mezquite, papachis, bebelamas, uvalamas, talayotes, sayas, ciruelitas, capomos etc., así como algunas hierbas y raíces comestibles, todo de acuerdo con las localidades y la época del año.

Precisa y hermosa descripción, nos hace Pérez de Ribas, de los recursos alimenticios de que disponían los naturales de la Provincia.

"Las semillas que estas gentes siembran, los frutos de la tierra que benefician y cogen, y de que se sustentan, son en primer lugar el maíz, que en España llaman trigo de Indias, que se da con tanto multiplico, que suele rendir una fanega sembrada, ciento y más de fruto. Demás de ése siembran entre el maíz varios géneros de calabazas, sabrosas y dulces, de algunas de ellas hacen tasajos, que secos al sol les duran mucho tiempo del año. El frijol, que es semilla semejante al haba de Castilla, y aún más suave, usan todos sembrarlo, con otros géneros de semillas que tienen por regalo. También les sirve de sustento, un género de algarrobillas, que llevan árboles silvestres, que llaman mezquites, y molidas las beben en agua, y por ser algo dulces, son para ellos lo que el chocolate a los españoles; de esto abundan sus montes y selvas y de otras frutillas semejantes. Sírvele también de sustento y regalo, la penca de mezcal, que en su forma y pencas, es al modo de una grande zábila, siendo muchos los géneros de esta planta; que es la que celebran algunas historias, que sirve para hacer vino de ella, miel y vinagre: sus pencas sirven también para sacar de ellas hilo y pita, cuando son delicadas sus puntas, de agujas, que a la verdad es para que todos esos usos sirve, pero a estas gentes principalmente de comida. Porque aunque tienen muchos nopales, que llevan tunas, que en Castilla llaman higos de Indias, éstas las producen los montes de suyo, las que después diré, que se llaman pitayas..."

". . .Pero lo cierto es lo que por ventura pareciere increíble a las naciones de Europa, que la mayor parte se sustentan estas tales gentes sin pan, ni otra semilla que lo supla, con solo pescado o con las frutillas silvestres que hemos dicho. Lo que por más tiempo gozan, y se da con más abundancia es la pitaya, árbol peregrino para Europa y peregrino entre los demás árboles del mundo: sus ramas son a manera de cirios estriados y verdes; salen derechos a lo largo de un tronco que es corto, y de suerte, que hacen su copa vistosa: no llevan ninguna hoja, sino en esas ramas nace, como pezones su fruta, que en su corteza con espinas, se parece algo a los erizos de la castaña o la tuna. Su médula se asemeja mucho a la del higo, aunque más blanda y delicada; en unas es muy blanca, en otras colorada o amarilla; son muy sabrosas, particularmente cuando son de sécano, como las de la Provincia de Sinaloa, que se dan en sus marismas, donde llueve muy poco. Es tanta la abundancia de esos árboles, que suele estar poblada de ellos dos, tres y seis leguas. Estas son las comidas y sustento de estas naciones: es caso muy digno de reparo, que con tener tan poco regalada comida, son las más corpulentas (particularmente estos marítimos y montaraces) de más estatura de todas las naciones de Nueva España, aún de las de Europa, muy sueltas y ligeras: y con este corto y parco sustento ajeno de regalo, viven muchos años, hasta la edad decrépita".

Ejercitados desde niños como flecheros para su alimentación, jamás carecían de carne de ciertos animales silvestres que cazaban, como venados, jabalíes, conejos y especies de volatería; eran también aficionados a la caza mayor, cobrando piezas de tigres, leopardos, gatos monteses, coyotes y zorras, cuyas pieles utilizaban.

En ocasiones hacían cacerías en grande, e invitaban a participar en ellas a las gentes de las rancherías circunvecinas. Las organizaban en la época en que la vegetación del campo estaba seca. Entonces cercaban determinada área con breñas secas y a estas les prendían fuego, con lo que los animales amadrigados dentro del espacio circundando salían a escape, y entonces eran cazados.

En el monte cazaban panales, de especie silvestre, de muy deliciosa miel. Y en los troncos huecos de los árboles cogían las sabrosas, aunque

repulsivas iguanas, a las que los indios llaman "huicuim", en su propia lengua. Pérez de Ribas les da el nombre de "igicanas", y de ellas, así como de su aprovechamiento, nos ofrece la siguiente magnífica relación: "Animalillo muy semejante al lagarto, y en las pintas más feo que él; éste se cría en los cóncavos de los árboles y también en el agua, así viene a ser terrestre y acuátil; por esta razón se usa comer aún en días de pescado: es sana y sabrosa comida. Las piedras (que al modo de los bezahares, aunque más blancas) que crían estos animalillos, son muy medicinales, para el remedio de la retención de la orina, y no se hallan en todas las igicanas. El cogerlas y prenderlas en el cóncavo del árbol, lo hace el indio con mucho tiento, con la mano: y quebrándole luego la quijada, para que no pueda morder, ni hacer presa, como lo suele hacer; y así quebradas las quijadas llevan manojos de ellas vivas, si se quieren guardar así ocho o quince días sin comer, echadas en un rincón, se sustentas vivas hasta que sirven de comida. Pero de esta o de otra cualquier caza se abstienen cuando las mujeres han parido, pareciéndoles que por esta superstición bárbara, que ha de morir la criatura, si no guardan este ayuno estándose en sus casas".

Las gentes de algunos pueblos ribereños acostumbraban proveerse de pescado, echando barbasco en las aguas del río. La ocupación de los costeños era, por supuesto, la pesca, ya en mar abierto, o bien en los esteros o caletas, y se valían de redes de pescar. Además de los esteros obtenían ostiones y almejas. Pero en épocas de marea baja, como entonces los esteros tienen poco agua, solían los indios matar los peces a flechazos.

Los indios marítimos o marismeños, además del aprovechamiento de las especies de la mar, tenían como fuente importante de su economía, la sal que obtenían de las salinas. Unas salinas eran de la sal que se cuaja en el agua que se explaya sobre el terreno, en las creciente o altas mareas que ocurren en los meses de verano; y otras eran de sal endurecida, que en témpanos recogían en lo profundo de algunos embalses del mar. Con pescado y sal comerciaban estos indios costeños y por medio del trueque se abastecían de aquello que no tenían y no podían producir ellos mismos, como loza de barro, maíz, frijol, hachas de piedra, puntas de pedernal para sus flechas, etc.

OTROS USOS Y HÁBITOS.

Algunos de éstos ya han sido incluidos en el curso de la exposición que se ha hecho de la cultura cáhita. En seguida se mencionarán otros que imprescindiblemente deber ser conocidos, por su trascendencia; en lo cual he de recurrir al idóneo Pérez de Ribas, principiando por el hábito funesto de la embriaguez, que tan arraigado tenía la indiada de la provincia de Sinaloa.

"El vicio que más generalmente cundía en estas gentes, y de tal suerte que apenas se hallaba una en la cual no predominase, era el de la embriaguez, en que gastaban noches y días, porque no la usaban a solas y en sus casa, sino en célebres y continuos convites que hacían para ellas y cualquiera del pueblo que hacía vino, era llenando grandes ollas y convidando a la boda a los de su ranchería o pueblo, y a veces también a los comarcanos y vecinos: y como era tanta la gente no faltaban esas embriagueces. El vino lo hacían de varias plantas y frutos de la tierra, como tunas que en Castilla llaman higos de las indias, o de pitayas. Otras veces de la algarrovila del mezquite, o de las plantas de mezcal y sus pencas, conforme a los tiempos en que se dan esos frutos, y de otras plantas que molidas o quebradas y echadas en agua, en dos o tres días se acedan y toman el gusto que tanto arrebata el juicio, que de almas racionales les había quedado a estas gentes".

"Entre todos los vinos que hacían, el más estimado y gustoso, era el de panales de miel que cogen en todos los tiempos. Es de advertir que en este vicio de la embriaguez, había una cosa que lo templaba, porque en el no entraban mujeres, ni los que eran mozos, ni gente nueva. Eran célebres estas embriagueces y generales entre ellos; en ocasión en que se preparaban y convocaban a guerras, para enfurecerse más en ellas; o cuando habían alcanzado alguna victoria, o cortado cabeza de algún enemigo, que eso les bastaba para celebrarlas, juntándose a la borrachera baile general, al son de grandes tambores, que sonaban y se oían a una legua: en este baile si entraban las mujeres y se celebraba de esta suerte: la cabeza o cabellera del enemigo muerto u otro miembro, como pie o brazo, se ponía un asta en medio de la plaza y al derredor se hacía el baile, acompañado de algazara bárbara y baldones al enemigo muerto, y

cantares que se referían a la victoria...".

"En estas tales fiestas eran también muy célebres los brindis del tabaco, muy usado en todas estas gentes bárbaras. Y cuando una nación convida a otra a hacer liga para la guerra, el estilo de convidarla, era enviarle cierta cantidad de cañitas de carrizo embutidas de tabaco, en las cuales encendidas gozan del humo que tanto ha cundido por el mundo, y emanado de tales gentes. El admitir este presente era darse por obligadas y convidadas para la guerra.

Infinitivamente más horrenda y bárbara que la costumbre de tronchar cabezas y cabelleras del enemigo muerto, era en algunas de las naciones de los cáhitas la de la antropofagia. Al respecto, los cronistas citan particularmente a ciertas naciones o tribus serranas; y como excepción, entre los zuaques, el caso edificante de haber devorado estos indios el cadáver del capitán español Gonzalo Martín, pensando que así habrían de hacerse tan valientes como él.

En cuanto el arreglo personal, en lo general hombres y mujeres, se pintaban la cara, se adornaban las orejas con dijes y pedrezuelas y hasta llegaban a tatuarse. Los de ambos sexos usaban sus cabelleras muy crecidas. Los varones se las recogían con cerquillos o coronillas de palma, que les servían de sostén a sus tocados de plumajes, mientras que las mujeres ordinariamente llevaban el pelo suelto y a veces se lo recogían y trenzaban. A fin de desfigurarse y por ese medio llegar a infundir terror a sus adversarios, los guerreros se embijaban el rostro con un embadurne hecho dizque con aceite de gusanos revuelto con almagre o con hollín. Los guerreros asistían al campo de batalla con la cabeza empenachada de plumas; y los caudillos además llevaban como atuendo propio de su jerarquía y dignidad, un capote de algodón con adornos de concha nácar.

Muy digno de encomio es la consideración que guardaban los indios al estado de virginidad de la mujer, signo revelador de las altas virtudes de la raza. Las doncellas hacían gala de su castidad portando al cuello a manera de camafeo una concha labrada; joyel del cual se despojaban cuando contraían sus nupcias con el varón elegido por sus padres hasta con años de anticipación.

Por último, cabe citar la apasionada afición de los cáhitas a la danza

heredada de sus ancestros. Para el indígena, la danza es la expresión más ostensible de sus tradiciones, constituyendo una de sus más fuertes vivencias idiosincrásicas de su primitivo estado social. Pero como el tema es muy amplio y reviste gran interés por su carácter folklórico, se abordará su exposición en ulterior capítulo dedicado especialmente al asunto.

CAPÍTULO II
TOPONIMIA INDIGENA REGIONAL AFILIACIONES

La toponimia se ocupa del estudio de los nombres de un lugar, auxiliándose de la Etimología para determinar el origen de tales nombres y su significado. Los nombres geográficos indígenas de la provincia de Sinaloa, en gran mayoría son de afiliación cáhita.

En las regiones del Mayo y el Yaqui, la geonimia indígena es totalmente de origen cáhita. En cambio, en la región del río Fuerte se sospecha que hubo una leve intrusión de nombres provenientes del azteca y el tarasco, sin mayor trascendencia. En la región del río Sinaloa, ya es completamente acusada la existencia de algunos toponímicos de filiación azteca, como son Ocoroni (presuntamente), Navachiste, Nopalá, Tamazula, Cacalotán y Matapán. Por último, en la demarcación del río Mocorito, es todavía más acentuada la abundancia de nombres de filiación azteca, enumerándose los siguientes: Tepantita, Mecatita, Mazates, Cacalotita, Orobato, Alhuey, Caitime, Chalpulihuistle, Tultita, Cupira, Ilama, Acatita, Capirato, Cacahuaste, Tule y Tlahualillo, e islas de Saliaca, Altamura y Tlachichitle, cuyo significado etimológico puede el lector consultar en la obra del Lic. Eustaquio Buelna, en la que figura su ameritado glosario de nombres geográficos indígenas del estado de Sinaloa.

Ya fuera de la provincia de Sinaloa, hacia el sureste de Mocorito, en el centro y sur del Estado, la nomenclatura geográfica azteca está

ampliamente difundida. Mas eso no obstante, en la región del río Culiacán principalmente y en la del río San Lorenzo, se encuentran muchos lugares con nombres cuya etimología es definitivamente cáhita; lo cual revela que en una época pretérita, ya distante, en aquellas zonas se sustentó una población de indios cáhitas. Al respecto alguien escribió que, a través de la colonización del Norte, en el siglo XVIII un centro de lengua mayo se desarrolló en Navolato, en el bajo valle de Culiacán, la memoria de lo cual no se ha olvidado en aquella área. Los nombres del linaje señalado, mencionados y en su mayor parte desentrañados por el Lic. Buelna, son: Macurimí, Itaje, Orabé, Bachigualato, Aguaruto, Jotagua, Carihuameto, Tepuche, Tecorito, Cocobochi, Tomo, Taopo, Taipime, Huehento, Hiameto, Pipita, Bataoto, Bachimeto, Otameto, Navolato, Baricueto, Malahueto, Oso (Joso), probablemente Navito, Oricuto y Oba.

Los nombres de presunta filiación azteca, indicados por Buelna, son únicamente tres en la región del Fuerte, a saber: Ahome, por cuanto a "que parece provenir de atl, agua y ome, dos, significando "dos aguas", con alusión tal vez a las del río Fuerte, a cuyas orillas se encuentra la población, y a las del mar, cuyo flujo sube por el mismo río hasta allí". Hueipaco, voz híbrida compuesta de huei, grande (en azteca) y páacu, llano (en cáhita o mayo), traduciéndose por llano grande". Ocolome, "palabra que parece proceder del azteca, pudiendo venir de otli, camino, suprimida la última sílaba, y de colome, plural de colochtli, vuelta o recodo, significando: "vueltas del camino".

Como de seguro es probable de origen tarasco, menciona Buelna, los que figuran a continuación: En Badiraguato, este propio nombre. En Mocorito: Camperito y Yariguato. En el Fuerte: Charay, Atero, Asinagua, Tararán y Tecoro. Charay, un nombre que para el multicitado historiador Buelna significa, nalgas o trasero, según consta en su "Compendio Histórico, Geográfico y Estadístico de Sinaloa" y en sus "Nombres Geográficos Indígenas de Sinaloa"; con la circunstancia de que dicho autor asienta que en Michoacán hay un punto que se llama Charás, que también significa trasero. Atero, en la costa de Ahome, lugar situado al extremo de una península angosta que se avanza dentro de la bahía de Agiabampo, con

el nombre de Bolsa de San Pablo, y significa lugar avanzado o internado; circunstancia que le permite a Buelna subrayar que, próximo a Pátzcuaro, hay un lugar llamado Aterio, que en tarasco se traduce por "en la punta", o "hasta donde más se avanza". Asinagua, que por semejanza puede referirse a Cinagua o Tzinacua, lugar de Michoacán, derivado del nombre tarasco "tzicuareni", hacerse curar; esto según la anotación que hace el Dr. Antonio Peñafiel en su "Nomenclatura Geográfica y Etimológica", al nombre sinaloense de que se trata: Tararán, lugar del municipio de Choix, proveniente de "tararián", que significa lugar donde hace viento. Y, finalmente, Tecoro, lugar de los Tecos, que por su significado y terminación demuestra ser de la procedencia indicada.

Según pude advertir, el Dr. Peñafiel anota además el nombre de Cuirimpo, un pueblo situado en el río Mayo. Ofrece dicho nombre una etimología tarasca, significando "lugar de tocadores y tañedores de tambor llamado chiringa semejante al teponaxtle de los mexicanos"; componiéndose la palabra de "cuirindi", tocador de este instrumento y de la final "po". Lo anteriormente expuesto es, sin embargo, objetable, por cuanto a que el nombre de que se trata debió ser primitivamente Cohuirimpo, vocablo netamente mayo o cáhita.

A propósito del nombre Asinagua, el Ing. Manuel Bonilla, hace las siguiente reflexiones: "ASINAHUA o ASINAGÛA: La traducción del primero parece corresponder al idioma mexicano, pues la terminación nahui, significa cuatro, aparte de otras cosas que no recuerdo. Si no fuera así, quizás pertenezca más bien al Otomí, y muy probablemente provenga del idioma japonés, lo que requiere la explicación que paso a exponer: Es bien sabido que las tribus residentes en la actual América, a la venida de los Nahoas, o eran autóctonas o habían venido al fin de la época terciaria procedentes de Asia, por el Estrecho de Behring. Las medidas faciales de estos indios y los Scioux, Apaches y quizás también los Yaquis y sus hermanos, son idénticas, me lo han asegurado médicos amigos míos. Ahora (año de 1945) que veo entre las islas japonesas conquistadas por los americanos, la que contiene la población de Okinawa, no puedo menos que recordar al pueblo de Ojinaga, en el límite de Chihuahua con los Estados Unidos. Este último no está entre los nombres

de los autores que vengo consultando. Puede significar en azteca gusano principal, traduciéndose la palabra oqui, gusano y nahua principal. Pero hay que buscar otros significados más aceptables".

GLOSARIO.

El catálogo, glosario o nomenclador que en forma alfabética presento a continuación, de manera exclusiva se contrae a los nombres geográficos indígenas pertenecientes al distrito del Fuerte. Cabe hacer la advertencia de que, con el transcurso del tiempo, muchos de esos nombres han sufrido alteraciones tales, en su forma primitiva, que resulta dificilísima y hasta imposible a veces la interpretación etimológica de los toponímicos que se hallan en ese caso; debido a lo cual es lógico que la significación que se apunta, de algunos de los normes, sea controvertible.

Pudo ocurrir que el término originario o primitivo hubiera sufrido una desviación semántica, tomando otro curso. Pudiera una voz haber pasado a significar una cosa distinta que en su origen; o un término antiguo haber sido sustituido por otro nuevo o reciente. Algunos de los nombres quizás hayan sido adulterados; y otros tener una formación híbrida. En todo caso es de suma importancia fijarse en los elementos fonéticos de los nombres, cuya base es la lengua dialectal, o sea el dialecto. Y examinar, en la aglutinación del vocablo, su elemento radical o raíz, el elemento de enlace y el elemento desinencial o sea la terminación.

En la escabrosa tarea de investigar la etimología de los nombres aquí catalogados, fue preciso recurrir en consulta al vocabulario contenido en el "Arte de la Lengua Cáhita", del cual ya se tienen antecedentes; a la relación de los "Nombres Geográficos Indígenas de Sinaloa", formulado por Buelna y que es de inestimable valor, y a la colaboración de personas entendidas en el idioma como lo es, entre otras, don Guadalupe Robles, vecino de San Miguel Zapotitlán. No obstante, el trabajo no está bien acabado y tiene mucho por corregir y por investigar.

Los toponímicos, o sean las denominaciones de los pueblos, comarcas o localidades, en su gran mayoría son palabras compuestas. Su etimología, la composición de esos nombres y su denotación, se hallan directamente ligadas a una considerable diversidad de objetividades ambientales, destacándose las de índole geográfica; las características, los aspectos, los accidentes del terreno, sus múltiples detalles naturales como son la flora y la fauna en determinadas especies, los ríos y arroyos, los aguajes, los cerros, los llanos, las piedras, las labores agrícolas, etc.... Pero también tienen cabida en la formación de los nombres, los acontecimientos ocurridos en determinado sitio, que ameriten recordación o referencia.

En la formación de un nombre pueden ligarse con un sustantivo, un adjetivo o una forma verbal. Pueden ser elementos constituyentes también dos sustantivos ligados entre sí. Son comunes los casos de declinación locativa, o sean las denotaciones de localidad, lugar o ubicación; en forma de posposiciones o sufijos. Con mucha frecuencia se recurre al empleo de partículas expletivas, para hacer más eufónico o armonioso el término. Y debe mencionarse también el empleo de los llamados sufijos de posesión. Pero principalmente en múltiples ocasiones, la exégesis requiere el conocimiento del antecedente geográfico, en cuanto a los elementos físicos del lugar que dé origen al nacimiento y significado del toponímico.

En el Glosario se encontrarán muchos nombres compuestos que terminan en bampo, o que más propiamente debiera ser en báampo. Dicha terminación o sufijo se forma de la voz báam, plural o abundancial de baa, agua, y de la posposición po que denota lugar o localidad. Por tanto báampo significa "en las aguas" o "lugar de las aguas". Pero esto requiere la explicación que en seguida se expone: báame o báam, plural de baa, en esa forma de número plural se compone con nombres, denotando la abundancia de lo que ellos significan en el lugar que les da origen. En tanto que la partícula po significa, con nombres de pluralidad o multitud, el lugar de lo significado por los nombres; y empleada con el verbo, es el lugar donde se ejercita lo significado por esta parte de la oración. Con los sustantivos esta partícula viene a significar ubicación de cosas que tienen interioridad, profundidad o concavidad, como en capo, de cari y de po, en la casa, dentro de la casa, y como en báampo, en el río, arroyo, laguna, etc., refiriéndose a las aguas que los forman. También tiene uso frecuente el sufijo o posposición hui, como locativo del lugar.

AHOME.- "Nombre de significación dudosa. Lo indios dicen Jao-

meme, y significa: donde corrió el hombre. En los Documentos para la Historia de México, 4ª. Serie, tomo 3º. Página 400, tratándose de las misiones de la Compañía de Jesús en la Nueva España, se habla de Hoomi. En cáhita home significa morar. En azteca Ahome parece provenir de atl, agua, y ome, dos, significando "dos aguas", con alusión tal vez a las del río Fuerte, a cuyas orillas se encuentra la población, y a las del mar, cuyo flujo sube por el mismo río hasta allí. Después de todo, es probable que dicho nombre tenga su origen, no en los idiomas indicados, sino en el bacorehue que hablaban los ahomes (Eustaquio Buelna)".

Un informante indígena opina que Ahome proviene de Jahomme, palabra que se compone de la interjección ja y del sustantivo homme, hombre, significando ¡Ah hombre! Con tal expresión se apostrofa o reprocha la falta de hombría de un rival, como diciéndole con altanero sarcasmo: ¡Ah, hombre, cómo ahora te rendiste; Hasta que hubo quien te dominara!, ¿Por qué corriste? Y en consideración al trance o sucedido, al lugar en que se puso en fuga la persona enemiga se le continuó denominando Jahomme, para quedar finalmente, con la supresión de la j, convertido el vocablo en Ahome.

Y si como parece ser, dicho nombre entrañare algo relacionado con ganancia o, por extensión, con victoria, nada remoto sería que Ahome proviniera de la voz casi homófona loome, que, según se halla en el vocabulario del "Arte de la Lengua Cáhita", significa "tal ganancia".

AQUICAHUI.- Aquimcahui: de áquim, plural de áqui, pitahaya y de cahui, cerro; expresando etimológicamente: cerro de las pitahayas.

AQUINCUARI.- De Aquimcuari, voz que se compone de áquim, plural de aquí, pitahaya y de cuari, falda, aludiendo tal vez a la falda de algún cerro cubierto de pitahayas.

ASINAHUA.- Para traducir este nombre, según se halla literalmente escrito y que corresponde a un rancho o un predio colindante con los terrenos de Los Mochis, todo esfuerzo resulta vano; y entonces hay que suponerse que proviene de un vocablo primitivo, que ha sido alterado. Es interesante observar que los indios dicen Azu-nahua, formado por el vocablo azu que, según un "yoreme" es el nombre de un cardoncillo (cactus) que vegeta en las marismas, y por la voz nahua, que quiere decir

raíz; de donde se infiere que este toponímico significaría raíz; de donde se infiere que este toponímico significaría raíz de azu, o sea del cardoncillo mencionado. Esta explicación sugiere la posibilidad de que originalmente el toponímico que se viene considerando haya sido Azunahua y no Asinagua.

Buelna dice que en el idioma bacorehue Asinagua significa "raíz de mesquite", y agrega que en Michoacán hay un lugar denominado Cinagua, que es en voz tarasca. A lo que hay que objetar que los mayos y en general los cáhitas llaman juppa y no azu al mezquite, excepto que se tratare de una variedad muy especial.

AYACAME.- Es un término que significa víbora de cascabel.

AZACOCHE.- Se dificulta dar con la etimología de este nombre. Aunque es una suposición muy peregrina, consultado un indio al respecto, no dió más indicios, sino que pudiera derivarse, por degeneración, de atchecotche, significando "¿Qué, estás dormido?".

AZARIME.- Buelna cree que pudiera provenir de ascari, parida y de la partícula me, signo de plural y de localidad: "lugar de paridas".

BABOJAQUI.- De babujacquía, palabra compuesta de los términos babu, nombre que dan los indios a la tierra colorada arcillosa con que fabrican sus objetos de barro, y jacquía, arroyo del babu".

BABU.- Es el nombre de un poblado de la región de Choix, y que seguramente debe esa denominación al babu o arcilla colorada de alfarería que ha de abundar en la localidad. Véase el nombre BABOJAQUI.

BABUYO.- Quizás provenga de baabúuro, cuyas voces formativos serían baa, agua y búuro o bueuro mucha o grande, expresando: una extensión o un depósito con mucho agua.

BACA.- Nombre cáhita de la planta de carrizo y de sus cañas. Buelna reconoce expresamente este significado. Pero también agrega que tal vez el nombre provenga de Bacapa, resultante de la composición gramatical correspondiente, pero que las adulteraciones buscan siempre semejanza con las palabras castellanas, y que por esto bacapa debe haberse reducido a baca, que es como se acostumbra decir.

BACABA.- Posiblemente provenga de bacabame, formado de dos vocablos bacca, carrizo, baa, agua y me, signo de plural y localidad, tra-

duciéndose “agua del carrizal o de los carrizos”. O bien de bacabampo, cuyas voces etimológicas son bacca carrizo, baam plural o abundancial de agua y po, lugar o localidad: “en las aguas del carrizo”.

BACAPACO.- Baccapáacu, compuesto de bacca carrizo y páacu, llano: “llano del carrizo”.

BACAPORO.- Nombre indígena de un árbol perteneciente a la familia de las cesalpíneas, que abundan en la región.

BACAUSALI.- De baccajusali, que se compone de bacca, carrizo y jusali, un adjetivo que denota el color amarillo ahumado, o entre café y amarillo o cierto color de cosa seca.

Acerca de este nombre E. B., dice que se forma de baca, carrizo y osari, pintado.

BACAYOPA.- No sería improbable que este nombre proviniera de baccapáaria, en la que bacca significa carrizo y páaria llano, diciendo “llano del carrizo”.

Para E. B., viene de bacao, caña maciza, otate, poniendo entre los dos vocablos una y por eufonía, y de la primera sílaba de paari, campo, tierra llana, significando: “llano de los otates”.

BACOREHUI.- Los indios dicen bacú-rehui (con ere). Es palabra compuesta de baa, agua y cóore, remolino, andar alrededor, dar vuelta, recodo, más la terminación o sufijo hui partícula locativa o adverbio de lugar. Lo que significaría “el lugar donde da vuelta o forma un recodo el agua”. Presta mérito a este nombre la circunstancia de que el lugar donde estuvo el antiguo Bacorehui sobre la margen del río Fuerte, región de Ahome, dicha corriente fluvial antiguamente daba una vuelta formando un recodo, según todavía puede apreciarse por el emplazamiento o curso que tuvo el viejo álveo. Es el P. Ribas, quien da razón de que los antiguos bacorehuis vivían sobre la ribera del río, casi arrimados al pueblo de Ahome. La actual ubicación del poblado o ranchería es otra.

Jaime Rodríguez Hernández por su parte desentraña la significación de la palabra, indicando que está compuesta de ba, apócope de baume, agua; cor, apócope de coray, cerco; e, apócope de eh, posesiva, y un sonido de formación hui, locativo. Por lo que, afirma, expresan con el vocablo completo, “lugar cercado de agua” o “cerco de agua”.

BACORI.- De baa, agua y cóore, dar vuelta, recodo, rodeo, significando por tanto, la palabra completa: “que el agua o la corriente (del río o del arroyo) forma un recodo”.

BACHOCO.- De báachóoco, compuesto formado de las voces baa, a y chóoco, salada, por lo que el significado es obvio.

BACHOMOBAMPO.- Se compone del sustantivo bachomo, nombre indígena del batamote (planta o jarilla de la familia de las astartaráceas, que prolifera a los bajos del río, en terrenos de jugo o humedad), de sustantivo baam, plural de agua y de la partícula ubicativa po: “en las aguas del batamote”.

BACHOMO JAQUI.- De bachomo, batamote y jacquía, arroyo: “arroyo del batamote”.

BAGOJO.- Seguramente proviene de báagojoi, que se forma de los vocablos baa, agua y gójoi, agujero, traduciéndose literalmente por “agujero de agua”.

BAIMENA.- Quizás la palabra original sea bajimela, compuesta de baji, tres y mela, muerto: “tres muertos”.

Buelna hace nota que además puede venir de bahime, cierta langosta, y de la partícula la, traduciéndose por lugar donde hay de continuo ese género de langosta.

BAJIAHUI.- De baa, agua, jía, sonar y hui, posposición que denota ubicación, sitio, lugar, expresando todo: sitio donde suena el agua.

BAJIEPSA.- De baa, agua y jiepsa, vida: “agua con vida”. “agua que corre”.

BAJONEA.- De baajóonea, cuyas voces integrantes son baa, agua, jóonea, barranco: “barranco con agua”.

BAJOSORI.- Adulteración probable de bajósoina, que se compone de baa, agua y jósoinal, papachal (lugar con abundancia del arbusto llamado “papache”): “agua de papachal”. O también de bacósori, formado de los sustantivos bacca, carrizo y ósori, tapextle: “especie de cama rústica, formada con cañas de carrizo”.

BALOJAQUI.- De barojacquía, que se compone de baro, pericual y jacquía, significando “arroyo del pericual o del loro”. O bien, de baroajacquía, palabra en la que baroa significa quiote de la planta de

mezcal y jacquía, arroyo, caso en el cual se traduciría por "arroyo del quiote de mezcal".

BAMICORI.- De baam, plural o abundancial de agua (agua o río) con la partícula expletiva i, y de cóore, vuelta o recodo, significando: "recodo del río". Efectivamente, escribe Buelna, el río Fuerte hace ahí una inflexión muy pronunciada, como un semicírculo, prestando mérito esta circunstancia para poner nombre a esta localidad. Cori o core, es lo mismo que círculo, círculo curvado, o remolino.

BAMOYOA.- Nombre compuesto de baa, agua y moyoa, orilla, y por tanto debiera decirse báamoyoa. Significa "orilla del agua".

BAROBAMPO.- De baro, loro o pericual, baam, plural o abundancial de agua y la partícula final o sufijo po, que denota en o lugar, diciendo el conjunto "en el agua del loro".

BAROCUSI.- De baro, pericual y cusi, voz, habla, grito, bramido, ladrido; en virtud de lo cual significa "(lugar) donde habla o grita el pericual o loro.

BAROTEN.- De baro, loro o pericual, y de teni, boca; boca de loro o pericualo.

BASOTEVE.- De basso, zacate y téeve, largo: "zacate largo, o muy crecido".

BATEQUIS.- De batequi, término compuesto de baa, agua y tecqui, que quiere decir donde mana o brota; así es que significa "donde el agua sale o brota", pero sugiriendo -al decir de un indio consultado al respecto-una ciénaga o sitio lleno de lodo o lama.

Buelna al interpretar este nombre anota que tecqui, es pozo, que es el significado con que aparece en el "Arte de la Lengua Cáhita", cuyo vocabulario debe haber consultado dicho historiador sinaloense. Por lo tanto la palabra completa, según él expresa" "pozo de agua".

BATUECAS.- Piensa un indio, que tal vez pudiera provenir de baatóoja, palabra compuesta de la voces baa, agua y tóoja, el que acarrea, diciendo "el que acarrea agua, o sea, aguador".

BATURI.- De baa, agua y turi, buena: "agua buena".

BAVIRI.- Nombre simple, que corresponde a una planta semejante a la "hierba del manso"; así como también a la planta que da una calabacita o especie de sandía pequeña. El nombre se aplica a un cerro situado a orillas de la bahía de Santa María, en Topolobampo. En el vocabulario del "Arte de la Lengua Cáhita", hay un término muy semejante: babero, con el que se designa dizque un árbol de fruto comestible.

BAYEHUEY.- Proviene de báayehueje, nombre estructurado por las voces baa, agua y hueje, manar, y teniendo como significado "venero, ojo o manantial de agua".

BIBAJAQUI.- Se acoplan en este nombre los vocablos bibba, tabaco, y jacquía, arroyo: "arroyo del tabaco".

BUILLACUSI.- De builla, tierra y cusi, suena o sonar. Significa "tierra que suena o que retumba.

BUQUICAME.- Nombre de un estero. Según Buelna, esta palabra está conformada por las voces baa, agua y buquicame, el que tiene ganado, participio del verbo buquic o buquica, tener ganado; que sale del sustantivo o buqui, ganado, diciendo todo: "(estero) que tiene ganado o donde se cría".

BUITAJAQUI.- Nombre que se forma de las palabras buitta, excremento y jacquía, arroyo: "arroyo de la mierda". Este arroyo desemboca en San Blas.

BUYUBAMPO.- Se trata quizás de una voz híbrida, como es la de burobáampo, en la que se aglutinan un nombre que ha sido derivado del español, tal cual es buro, burro, el vocablo báam que ya nos es muy conocido como plural o abundancial de agua y la posposición po, denotativa de en o lugar. Si tal es el caso, el compuesto se traduciría por "en el lugar de las agua del caballo".

CABAIBAMPO.- De cábbaibáampo, palabra híbrida que contiene la voz cábbai, que se hizo emanar del castellano para nombrar al caballo, la voz báam, plural o abundancial de agua y la partícula ubicativa po, significativa de en o lugar, indicando todo: "en, o en el lugar de las aguas del caballo".

CABAICORAY.- Algunos dicen Cabaicora. Proviene de cábbai, caballo, y de córay o córai, cerco: "cerco del caballo".

CABAIHUAZA.- Este nombre, como los tres que inmediatamente anteceden, se forma por hibridación, en la que la voz cábbai (caballo), procedente del español, se articula con el vocablo huaza, labor de siem-

bra, significando: “Labor del caballo”, o en forma más inteligible “labor de siembra donde se encuentra o se tiene al caballo”.

CABAIHUANACA.- Es seguro que se trata de la palabra cábbaibuanaca, composición de los términos cábbai, caballo y guanaca, llorando.

CACHOANA.- Algunos Dicen Cachuana, proveniente de cachúánaque, suprimida la terminación que. Con esta dicción se quiere decir, según la versión de un indígena, “a ver si no se queda o no se pega”, dizque porque en el lugar a que se refiere el toponímico expresado, acostumbraban matar a los transeúntes.

CAHUINAHUA.- Cahui, cerro y nahua, raíz: “raíz del cerro”.

CAMAJOA.- Cámmajóhua: de camma, caimán y johua, morada: “morada o sea donde vive el caimán”. El nombre se aplica particularmente a la laguna llamada de Camajoa, en cuyas aguas debió existir algún caimán que dio mérito a la denominación.

CAMAYECA.- Cámmayecca: de cama, caimán y yecca o yeca, nariz, lo que claramente significa “nariz de caimán.

CAPITAHUAZA.- Voz híbrida. De cápita, proveniente de la palabra castellana capitán, lo cual significa, y del vocablo huaza, labor de siembra, traduciéndose por “labor o cerco de siembra del capitán”.

CAPOA.- Nombre de un estero. La etimología de la palabra es difícil de precisar. Bien pudiera suponérsele a este nombre relación con el término capo, compuesto de cata o ca, caso oblicuo de cari, casa, y de po, en; significando: en la casa, dentro de la casa, conforme a lo que se asienta con respecto a capo, en el

“Arte de la Lengua Cáhita”. Mas igualmente pudiera correlacionarse con capo, nombre indígena de la ninfácea conocida en nuestra región con la denominación de capomo.

CAPÒMOS.- Nombre que se deriva de cáapu, por castellanización; pues cáapu es el nombre indígena de la ninfácea que llamamos capomo. O bien, de cáapume, en que la partícula me significa plural y localidad.

CAPULI.- Pudiera ser un nombre que se derivara de cáapu, capomo, por metaplasmo de adición al final, con lo que se formaría la voz cápuli. O quizás provenga de, según Buelna, de cápulai, que significa botón de flor o de fruto.

CARAPOA.- Lo que E. Buelna, dice, es que se trata de un nombre de significación muy dudosa. Presumo -agrega-que tiene conexión con el tránsito del río por los conquistadores en balsas, a causa de profundidad; en tal caso el nombre cáhita sería carapohua, compuesto de carami, balsa, de la posposición po, en, y de houa, casa, significando “casa en balsas” o carapohueye, “ir dentro de balsas”.

Los indios no dicen Carapoa, sino Carapué y es precisamente el nombre con que ellos designan a la población de El Fuerte.

Ernesto Gámez, en su libro titulado “El Valle del Fuerte”, afirma, aunque sin exponer la etimología correspondiente, que Carapoa significa fuerte o casa fortificada, con alusión al fuerte que los españoles levantaron en San Juan Bautista de Carapoa.

Observo, desde luego, la posibilidad de que el nombre Carapoa, a Carapué, entrañe cierto significado de casa. Para comprenderlo es necesario consultar en el presente Glosario la etimología que tiene el toponímico Capoa. Se antoja que la composición Ca-ra-poa o Ca-ra-pué, pudiera derivarse de Ca-po, por metaplasmo de epéntesis o de adición en medio (de la sílaba o partícula ra, pronunciada con ere) y de paragoje o adición final (de la letra a), lo que, aunque se trata de una mera especulación, bien pudiera referirse al mismo fuerte o casa fortificada de los españoles.

CAURARA.- Nombre mayo o cáhita de un árbol llamado guaiparime.

CEROCAHUI.- Mera sugerencia de probabilidad sería la de que este nombre proviene de séecahui, de see, arena y cahui, cerro: “cerro de arena”.

CINALOA.- Véase Sinaloa.

CITATARI.- Cita, jilote con sus estigmas en sazón (elote) y tari, quemado: “elote quemado”.

COBAIME.- Para Buelna significa en “los cabezones”, por ser plural de cóbai, aumentativo de coba, cabeza. Pero tal interpretación es de objetarse, según G. R., toda vez que cóobara es lo que significa cabezón.

COHUIBAMPO.- De cohui, marrano o cerdo, báam, plural o abundancial de baa, agua y de la posposición po, en, Significa “en el agua del marrano”.

COLMOA.- Presume Buelna que el nombre original fue Corimoa,

compuesto de cori, cosa que da vuelta, torcida, y de moua, espiga, caso en el cual el significado de la palabra sería "espiga torcida".

COROBAMPO.- De cóoroubáampo, formado de las voces cóorou, grulla, báam, abundancial o plural de baa, agua y el sufijo po, en: "en el agua de la grulla".

CUBAMPO.- De cuu, mezcal, báam, abundancial o plural de agua y la posposición po, en. "en el agua del mezcal (un agave)".

CUCAS (Las).- Cuca, es el nombre cáhita de un árbol llamado vinorama, que da una flor muy olorosa.

CUMICHI.- De cúum, plural de cuu, mezcal, con la partícula expletiva "i", y de la posposición ubicada tzi, que degenera en chi, y significa "en los mezcales" (E. B.)

O tal vez proviniera, por la vía de la degeneración, de quimichi, que es uno de los nombres que dan los naturales a la rata del monte, o a una determinada variedad de ella.

CHARAY.- Los indígenas de la comarca dicen Cháaray, vocablo procedente de cari, que entraña la idea, según me explicó un indio, de un individuo con el cuerpo flojo y la cabeza inclinada o caída.

Ernesto Gámez escribe que Charay quiere decir "abierto en forma de zanja".

Para Buelna, según lo dejó asentado en su "Compendio Histórico, Geográfico y Estadístico de Sinaloa", significa "nalgas". En sus "Nombres Geográficos Indígenas de Sinaloa", obra posterior a la anteriormente citada, también dice que significa "trasero", en relación con lo cual observa que en Michoacán hay un lugar llamado Charás, que en tarasco quiere decir "ano"; con lo que insinúa la posibilidad del origen tarasco del nombre Charay.

CHAYOCAHUI.- Las voces que componen este nombre son cháyoa, onomatopeya del grito de cierto pájaro azul llamado chátari, y cahui, cerro, significando en virtud de esa etimología: "cerro donde grita el chátari". Chaye significa gritar, y cháyera, gritón.

CHINOAQUI.- Literalmente considerado este nombre, se forma de los vocablos chino, nombre indígena de un árbol de corteza curtiente muy conocido y aquí, pitahaya, traduciéndose por "chino-pitahaya",

significando nada adecuado, sin un positivo sentido toponímico.

La conclusión indicada, hace pensar en que el segundo vocablo de la palabra fue substituido. Y en tal caso, lo probable es que originalmente el nombre haya sido Chinojacquía, compuesto de chino, con la significación ya expresada y de jacquía, arroyo, y entonces diría "arroyo del chino", o bien, que el vocablo final jacquía, haya degenerado convirtiéndose en jaqui y por último en aquí, con lo que entonces ya se tendría Chinoaqui.

CHINOBAMPO.- De chino, nombre de una mimosa (árbol) de corteza curtiente, báam, abundancial o plural de agua y po, en: "en las aguas del chino".

CHICHIRICAHUI.- Para Eustaquio Buelna, proviene de chilica, reduplicada la primera sílaba, cierto pájaro que hace sus nidos colgantes, llamado tangaralinga (nota: aquí en la región se llama calandria), y de cahui, cerro: "cerro de las tangaralingas".

CHIVARI.- Nombre de etimología y significación dudosa. Si fuera Chivare, esta palabra se descompondría en las voces chii, seno, órgano mamario y vare, quiere, expresando quizás "quiere mamar".

CHOACAHUI.- De choa, nombre indígena de la choya y cahui, cerro: "cerro de la choya".

CHOCOLOCAHUI.- De chóocola, aguama y cahui, cerro: "cerro de la aguama". La aguama es una amarilídea, cuyo nombre vulgar en otros lugares es guámara.

CHOIX.- Con relación a este nombre, expresa Buelna que proviene de los tzoes, tribu indígena que pobló la localidad; que tzoi, significa cera y también palo de brea según algunos; y que es una impropiedad escribir Choix, como se hace con frecuencia, afectando una etimología francesa absurda.

El P. Andrés Pérez de Ribas nos legó noticias acerca de esa tribu de los tzoes. En la pronunciación tz degeneró hasta convertirse en ch, acabando el vocablo correspondiente por convertirse en choes, de donde ya finalmente salió la palabra chois.

Chois pudiera derivarse asimismo de la voz, tzoi que los indios pronuncian choi o bien dicen choim, y que significa cera, siendo el concepto

aplicable quizá a la goma o resina del palo de brea, o al palo mismo como Buelna lo informa. Si lo anteriormente expuesto es válido, podríamos establecer que el nombre de aquella tribu, se relacionaba con la circunstancia de que el lugar en que se estableció, cuando vino del norte en compañía de los ahomes, tenía abundancia del árbol llamado palo de brea y que por tanto se dedicaban a la extracción de la cera que éste produce. Pero es el caso que los naturales al mencionar a Choix lo hacen diciendo Choqqui, lo cual compromete la veracidad del aserto convenido, toda vez que choqqui, lo que significa no es cera, sino cosa que se aceda o se agria.

CHUNAS.- En mayo o cáhita chuna es el nombre de la higuera.

ETCHOTAHUECAPO.- De etcho o echo, cardón y de tahuécapo lugar donde está parado: "lugar donde está parado el echo o cardón.

GIPAGO.- Se dice que es el nombre indígena de un árbol.

GOIBAMPO.- De goi, coyote, báam, abundancial o plural de baa, agua y de la terminación po, en: "en las aguas del coyote".

GOIME.- De goi, coyote y de la posposición me, que a la vez indica forma plural y ubicación o localidad: "en los coyotes, o en el lugar de los coyotes".

GOINCARI.- De góim, plural de goi, coyote, y de cari, casa: "casa o habitadero de los coyotes".

GOROS.- Los indios nombran a la localidad por Góorompo. La palabra ésta se compone de góorom, plural de góoro, una especie de garza o de garzón de pico negro, que por hábito anda solo, y --de la posposición locativa po, significando "en los goros", entendiendo esta última palabra como proveniente de góoro.

GUAZA.-Palabra simple que significa labor de sembradío, sementera.

HUATABAMPO.- De huata, sauce, báam, abundancial o plural de baa, agua y po, sufijo que indica en o lugar: "en las aguas del sauce.

HUECAHUI.- Huee, bledo y cahui, cerro: "cerro del bledo.

HUEPACO.- Hueepáacu, que viene de huee, bledo y páacu, campo, llano: "llano o campo de bledo".

HUEIPACO.- Voz híbrida, en la que aparece aglutinada la palabra azteca huei o huey, grande, con el término cáhita páacu, llano, campo, significando: "llano grande, o llanada".

HUETAHUECA.- De hueetahuecapo, que se compone de las voces huee, bledo, tahuecca, parado y po, en o lugar: "lugar donde el bledo está erguido".

HUICURICAHUI.- Este nombre se compone de los términos huicuri, iguana y cahui, cerro: "cerro de la iguana".

HUIROBAMPO.- De las voces formativas huiru, nombre indígena de cierto zopilote de cabeza pelona, conocido con el nombre de "aura", báam, abundancial o plural de baa, agua y po, en o lugar significando: "en las aguas del zopilote llamado aura.

HUIROCOBA.- De huiru, nombre cáhita de cierta especie de zopilote que en la región se le llama aura y cobba, cabeza: "cabeza de aura". El aura es calva.

HUITE.- Buelna apunta la significación de "flecheros", explicando que hihua es flecha y que, según las reglas gramaticales, huite quiere decir "hacer flechas" y huiteme, los que las hacen, flecheros. Objetivamente conviene aclarar que la palabra juíhua, es la que significa hacer flechas.

Es más probable que Huite signifique mecatero o cordelero; porque la voz gûite tiene como significado: sacar hilos para mecates o bien los que sacan o confeccionan tales hilos. Gûiteri es el nombre que los naturales dan al mecate o cordel ya hecho.

Y por otra parte el nombre en cuestión puede convenir, por derivación, a la voz güitai, que significa angosto, o a güitalai, angostito. Ello a juzgar por razones históricas y geográficas, toda vez que en su gentilidad, antes de ser reducidos al poblado de su mismo nombre, los huites o huitis vivían en los riscos de la sierra y, en el caso presente encaminado a buscar la solución etimológica correspondiente, supuestamente en alguna estrechura.

ILISAIS.- Proveniente quizás, de ilisaya, palabra compuesta por el adjetivo ili, chiquita, y el sustantivo saia, que el nombre indígena de una bixinea, así como del tubérculo comestible que constituye su raíz. A este tubérculo vulgarmente se le conoce en la región con el nombre de "saya", de suerte que el toponímico considerado significa "saya pequeña".

JAHUARA.- La palabra es jáhuara, cuyo significado es sitio o cosa de donde sale vapor, como por ejemplo de una malla, de una olla o de la tierra misma; interpretación que le asigna un indígena.

JAMBIOLABAMPO.- Jambiola, vieja, anciana, baam, abundancial o forma plural de baa, agua y po, en o lugar: “en las aguas de la vieja”.

JAPARAQUI.- Por la vía directa es poco menos que imposible llegar a definir la etimología d esta palabra. Quizás viniera a ser una adulteración de zapaiaqui, nombre cáhita de una especie de cuchilla de madera, que los tejedores indígenas utilizan para apretar sus tejidos. O pudiera provenir, tal vez con mayor probabilidad, de la voz jápaujacquía, formada jápau, zapote y de jacquía, arroyo: “arroyo del zapote”.

JECOLUA.- De jéccorúa, término compuesto de la voz jecco, nombre con que los indios designan a la planta conocida con el nombre de romerillo, de la letra expletiva “r” y de la posposición úa, campo o faja de terreno, síntesis que diría: “campo o terreno con romerillo”.

JIPAGO.- Véase el nombre Gípago, en este mismo Glosario.

JIPON.- Proviene de jipona, tocar, golpear, tañer instrumentos musicales. Al respecto era fama, entre los indios, que El Jipón, situado en la bahía de Ohuira, es un lugar encantado, por la música de sus aguas marítimas.

JUPARI.- De júupa, mezquite y pari, adjetivo abundancial, caso en el cual el significado del nombre sería “mezquital”, o quizás la fuente de su procedencia sería júupáaria, de júupa, mezquite y páaria, campo o terreno llano: “llano del mezquite”.

JURICAHUI.- Juri, Tejión y cahui, cerro: “cerro del tejón”.

JUSAMORI.- Nombre de solución etimológica problemática. Solamente parece estar definida la raíz, diríamos, de la palabra: júsali, que denota un color achocolatado o de agua turbia, que bien pudiera relacionarse con las características del terreno o de las aguas de la localidad llamada Jusamori, en el concepto de que igual denominación se aplica a la península y a la bahía que ahí se encuentran.

MACOCHIN.- De macohini, nombre cáhita del árbol llamado guamúchil.

MACOCHIBAMPO.- De las voces macohinim, plural de macohini, guamúchil, báam, abundancial o plural de baa, agua y po, sufijo que significa en: “en las aguas de los guamúchiles”.

MACOYAHUI.- Dizque proviene del nombre de una planta que se desarr5olla en forma de guía o “güirote”.

MAICULI.- Derivado probable de máicos, penca de mezcal.

MAHOCAHUI.- De mau o mahu, nombre indígena del árbol llamado mauto, del cual la corteza se emplea en curtiduría y cahui, cerro: “cerro del mauto”.

MAPAO, MAPAHUI.- De mápau o mapahuo, nombre indígena del árbol que se conoce en la región con el nombre de palo colorado, cuya madera se utiliza en la construcción. Si se trata de la voz Mapahui, entonces a su raíz mápau se halla agregada la partícula ubicativa hui, que denota lugar.

MAUNE, MAHONE.- De mau o mahu, nombre cáhita del árbol conocido con el nombre de mauto, cuya corteza es empleada como material curtiente.

MATACAHUI.- Mata, metate y cahui, cerro: “cerro del metate”.

MATACARI.- Mata, metate y cari, casa: “casa del metate”.

MATAHUI.- Mata, metate y hui, en o lugar: “lugar (donde está) del metate”.

MAYOCOBA.- Mayo, nombre que se da al indio originario del río Mayo, y cobba, cabeza: “cabeza de mayo”.

MAZOCAHUI.- Mazo, venado y cahui, cerro: “cerro del venado”.

MOCHICAHUI.- De mótchic, nombre de una variedad de tortuga pequeña de agua dulce, que se cría en los ríos y lagunas y de cahui, cerro: “cerro de la tortuga”.

MOCHIS (Los).- Que yo sepa, respecto del origen de este nombre, así como de su significado etimológico, han surgido cuatro opiniones distintas unas de otras según a continuación quedan expuestas en detalles:

1.- Un crecido número de personas, entre ellas den Eusebio Heredia, vecino de Los Mochis y quien hace años al morir contaba mas de 90 de edad, consideran que el toponímico MOCHIS, proviene del vocablo mayo (cáhita) mótchic o móchic, con el cual los indios denominan a una variedad muy abundante de tortuga pequeña que se cría en el agua dulce, ya sea en los remansos del río o bien en las lagunas o en los cuencos de aguas friáticas o pluviales estancadas.

El camino o carretera que conduce de la ciudad de Los Mochis a la villa de Ahome, cruza perpendicularmente, de sureste a noroeste, un bajo o

cañada que, viniendo de arriba de San Miguel o de Sebelbampo, pasa por el ejido Felipe Ángeles y, después de ser cruzada por la carretera, va a unirse con la laguna de Bateve. Al parecer, esa cañada constituye el vestigio de un álveo remotísimo y sin mayores antecedentes que los que nos ofrece su conformación y emplazamiento, perteneciente al río del Fuerte.

Desde tiempo antes de que naciera lo que ha llegado a ser hoy día la ciudad de Los Mochis, al borde o a inmediaciones de aquella cañada y en un punto que se localizaba precisamente en el cruce de la expresada cañada con el antiguo (hoy inexistente) camino que se abrió para ligar entre sí los ingenios de El Águila y Los Mochis, existía un rancho en el cual se levantaban la casa de don Agustín Heredia (padre del antes citado don Eusebio), la de don Salomé Puente y la de doña Manuela Puente, todos ellos copropietarios del predio rústico correspondiente, dedicado a la crianza de ganado. Aquel grupillo de casas y el predio del rancho, era lo que antigua y primitivamente denominaba Mochis, y como hay un Mochis nuevo, fue preciso diferenciar su denominación, dándole al antiguo el nombre de Mochis viejo. En Mochis Viejo existía un portón con que se controlaba el acceso a las tierras y a la vecindad del nuevo ingenio, por el camino Los Mochis, Ahome. Cuando no existían los actuales Mochis, el mencionado rancho de los Heredia y los Puente, tenía comunicación vecinal con los poblados de San Miguel y Zapotillo y acaso con el de Ahome.

¿Por qué razón la localidad indicada llevaba el nombre de Mochis? En el caso de que se trata, el detalle geográfico o topográfico ya expuesto conduce a asegurar, o suponer por lo menos, que en el bajo o cañada antes descrita tal vez existían, en aquel lugar, depresiones o cuencos en los que fluían los mantos acuíferos del río o las aguas provenientes de las precipitaciones pluviales; dando ello lugar a que se formaran tortugueros o estanques que servían de criaderos a las tortugas. Así es que dicha tortuga, que en cáhita se llama mótchic o móchic, es la que dio mérito a la formación del toponímico cuyo origen y significado se trata de desentrañar.

Mochis, voz ya españolizada, no era sino un toponímico puramente local. Pero más tarde ese nombre se hizo de aplicación extensiva, por lo pronto imponiéndoselo al predio rústico que se extendía hacia el su-

reste y el oriente del primitivo Mochis. Posteriormente estos terrenos colindantes, que constituían una vasta extensión, fueron denunciados y en seguida adquiridos en parte por personas ligadas a la Colonia de Topolobampo, o a su compañía cuya razón social era “The Credit Foncier Company”. En las tierras que les correspondían se establecieron los colonos del Credit Foncier, al construir ellos mismos el canal de Tastes. La parte restante fue adquirida más tarde por don Benjamín F. Johnston, quien impulsó la plantación de cañaverales hasta culminar con la fundación del ingenio azucarero de la Sinaloa Sugar Company, que dio origen al nacimiento y desarrollo gradual experimentado por la ciudad de Los Mochis, cuyo nombre es de adopción, lo mismo que el del predio rústico en la que se halla enclavada.

CAPÍTULO III

Descubrimiento Geográfico del Noroeste.
Nuño de Guzmán.
La expansión española hasta el Yaqui. Cabeza de Vaca.

II.- Otra opinión concerniente al nombre que se trata, es la de que tal rancho de los Heredia y los Puente, no se llamaba originariamente Los Mochis, sino Los Mochos, palabra esta última, que por un proceso casatellanizador de adulteración, procede de la voz indígena móchom, plural o abundancial de mocho, que significa en cáhita borrego macho; de suerte que etimológicamente el toponímico dirá "conjunto de borregos machos, o los borregos machos". En caso de ser cierta esta proposición, el toponímico mismo sería indicativo de que, probablemente, en tal lugar existía ganado de esta especie y sexo.

Por otra parte, parece ser un hecho, que los vaqueros comarcanos conocían el lugar de que se habla, con el nombre de Los Mochos. Y no precisamente por el detalle de los borregos machos, sino en atención a que por ahí existía un paraje en el que vegetaban unos mezquites "mochos", o sea despuntados o mutilados en sus ramas; paraje que llamaban Los (mesquites) Mochos, a donde, según versión de una persona de oficio vaquero, los de su misma ocupación campirana se daban cita para la campeada.

III.- Otra sugestión formulada al respecto, es la de que el nombre Mochis pudiera ser un derivado de móochom, abundancial o plural de móocho, vocablo con el cual los indios designan a la hormiga arriera que acostumbramos llamar "mochomo".

IV.- Finalmente, también ha tomado cuerpo la idea de que la procedencia toponímica de la palabra Mochis, se finca en la voz móchim, abundancial o plural de mochi, nombre que dan los indios a una planta forrajera, parecida a la "golondrina", que se da en el campo durante la época de las lluvias veraniegas. El mochi florece y fructifica a principios de octubre, pertenece a la familia botánica de las nictagináceas y su nombre científico es "Boheravia caribaea".

En lo personal, atenido a la mayoría de opinión y a las razones que le prestan apoyo, me inclino a considerar como más probable la afirmación de que, por su origen, la palabra Mochis significa tortuga, según quedó explicado en el aserto número I.

MULAJEY.- Nombre híbrido que proviene de múramiéyehui, composición de las voces múram, plural de mura, adaptación al cáhita de la palabra española mula, jeye, beber y hui, posposición que denota lugar; por lo que la expresión diría "lugar donde beben las mulas".

MUMUCAHUI.- De mumu, panal y cahui, cerro: "cerro del panal".

MUSUMBATEQUI.- De musum, plural de musu, bagre y de batequi, ciénaga, venero superficial, donde brota el agua con facilidad, y significa todo, "ciénaga de los bagres".

NATOCHE.- De natochi, sanguijuela.

NAVACHISTE.- Apunta Eustaquio Buelna, que es un nombre de origen azteca, que viene de nahuac, cerca, perdiendo ac en composición, y de axictli, remolino de agua, cuya "x" tiene un sonido semejante a "ch", quedando el nombre convertido por el uso en Navachictli: "cerca del remolino de agua".

NAVOCAHUI.- Voz compuesta de navo, tuna y cahui, cerro: "cerro de la tuna".

OCOLOME.- Expresa Eustaquio Buelna, palabra que parece procedente del azteca, pudiendo venir de otli, camino, suprimida la última sílaba, y de colome, plural de colochtli, vuelta o recodo, significando: "vueltas del camino". A lo que agrega, que también puede ser palabra cáhita compuesta de houcou, paloma y loma, lomas, diciendo: "lomas de la paloma".

OHUIRA.- Se desconoce a punto fijo el significado de este nombre. Pudiera venir quizás, de ohuirai, que alude a una cosa que cuelga, o de huiro, cosa flexible, o de huiroa, "guirote".

ONTEME.- Esta palabra significa salar, poner sal.

OPOCHI.- De ióopo, nombre indígena de un árbol que se conoce bajo la denominación de palo blanco, y de chi, degeneración de tzi, partícula que indica ubicación, significando: "en el palo blanco".

PAPARIQUE.- Según Buelna este vocablo se forma de las voces papari, reduplicación de páaria, llano, para significar aumento o plural y uíquit, pájaro: "pájaro de los llanos". El propio Buelna, se imagina que debería ser el nombre paparuiquit, pero que una exigencia eufónica lo ha dejado como está.

PAROSCAHUI.- Paros significa liebre y cahui, cerro, de manera que el toponímico Paroscahui quiere decir "cerro de la liebre".

SAPOCAHUI.- Sapo, nombre cáhita de la planta llamada sangre de drago, y cahui, cerro: "cerro de la sangre de drago".

SAPUCHE.- Puede provenir de sapoche o sapóchim, nombre de un árbol; o bien de sapuchi, cierta variedad de venado.

SAYABAMPO.- De saia, nombre indígena de una planta y del tubérculo comestible que ella produce, que comúnmente llamamos "saya". De báam, aumentativo o plural de baa, agua y de la terminación o sufijo po, expresivo de ubicación: "en las aguas de la saya".

SEBOARA.- De sebóala, alhuatado, el que tiene alhuate.

SEHUAHUA.- De sehuahui, formado de la palabra sehua, flor y del sufijo hui, que denota lugar: "lugar de la flores".

SEVELBAMPO.- De séeve, cosa fría, báam, plural de baa, agua y po, partícula de ubicación: "en las aguas frías".

SIAHUAZA.- Se siali, verde y huaza labor de siembra o sementera: "labor o sementera verde".

SILACOBA.- De sila, silla de montar y cobba, cabeza: "cabeza de silla de montar". Es evidente que, de acuerdo con su estructura, la palabra de que se trata es híbrida, toda vez que se forma de una voz proveniente del español y de otra genuinamente cáhita.

SINALOA, CINALOA, CINARO.- Concernía este nombre geográfico indígena, tanto al pequeño país o provincia, como al poblado mismo, que habitaban los indios propia o genuinamente llamados sinaloas. Dicha provincia de Sinaloa o de Cinaro, principiando con el valle

que señorea la ciudad de El Fuerte, se extendía río arriba y en dirección nord-noroeste, hasta las estribaciones de la sierra, debiéndose su descubrimiento, en 1533, al Cap. Diego de Guzmán.

Los viejos cronistas e historiadores y los padres misioneros de su parte, acostumbraban escribir Cinaloa, Zinaloa o Tzinaloa; con la sola excepción del historiador Baltasar de Obregón, quien, apocopando la palabra y tal vez con mayor aproximación a la voz original, escribe Cinaro en vez de Cinaloa.

Haciendo una pequeña inflexión eufónica, la primera fracción del vocablo Sinaloa es sinna (o cinna) y no sina (cina) a secas, pues son giros propios de la lengua; y la segunda y última fracción es roa (la "r" con una fonación suave, como ere), no loa; de manera que así se tiene Sinnaroa o Cínnaroa y, por supresión de letra, Cinaro. Respecto de esta indicación, es caso frecuente el que los indios usen una "r" suave o "ere" en vez de la "l". Por otra parte la voz loa, significa cosa enrollada o envuelta, cual por ejemplo tratándose de un petate considerado en tales circunstancias. Como el historiador don Eustaquio Buelna, apunta los vocablos loba y lóbala, en composición con sina, dentro del proceso de formación de la palabra Sinaloa, debe tomarse en cuenta que el término Sinaloba debiera escribirse y pronunciarse como Sinnaroba y Sinaloba, como Sinnaroba o Cinnaroba, según se emplee la S o la C.

La interpretación etimológica que ha hecho Eustaquio Buelna, respecto de la palabra Sinaloa, no había suscitado más antes, sino hasta recientemente, nuevas inquisiciones. Sinaloa, afirma Buelna, proviene de sina, cierta especie de pitahaya, y lóbala, cosa redonda; de manera que el nombre sinalóbala viene a quedar por metaplasmo en sinaloa, significando "pitahaya redonda".

Sinna o Cinna, según es fácil corroborar, es una palabra genuinamente indígena; y con ella se designa a una planta cáctacea y también al fruto mismo, especie de pitahaya pequeña o nacido, que ella produce. El nombre botánico de la planta mencionada es "Rathubunia alamosensis". Sinna (o como ordinariamente dicen y escriben, sina) es un nombre común a la planta y a su fruto, según quedó ya dicho; lo cual es importante tener en cuenta, en lo siguiente. Aparentemente el vocablo sinalóbala o

sinaloba, según lo describe Buelna, implica un pleonasmo: el de "sina" redonda" o "pitahaya redonda" o "pelota esférica". Ese pleonasmo es tan sólo aparente, pues fijándose bien hay que entender que el toponímico del vocablo sina se emplea para designar a la planta, quedando reservada la palabra loba o lóbala para referirse al fruto. De esta manera el término sinalóbala, diría: la bola, la cosa redonda, o sea el fruto, de la cactácea que se llama sina; o, en otras palabras, la "sina" (el fruto) de la "sina" (la planta). En el caso, con sina se alude a la planta y con lóbala al fruto.

El Lic. José G. Heredia, ameritado investigador de la historia de Sinaloa, en su folleto titulado "Origen de Sinaloa", hace referencia a lo que un compilador anónimo dice, en un trabajo que se localiza en el tomo 25, del Ramo de Misiones, del Archivo General de la Nación, y que se designa: "Puntos sacados de las relaciones de Antonio Ruiz, Martín Pérez, Vicente del Águila, Gaspar Varela, Joan de Grijalva, Capitán Martínez y otros", que da principio con el año de 1527, en el párrafo segundo, llamado "Descripción de Sinaloa", al margen una pequeña nota dice: "Véase para esto Per. Fol. 248. Está fundada, Sinaloa llamada affi (así) del nombre de un cerro en la parte superior del tercer río. Para descripn. Mal 159".

Para este fraile, anónimo autor de nota tan original --continúa refiriendo Heredia--, el nombre de la provincia de Sinaloa, procedía de un cerro situado en la parte superior del tercer río de dicha provincia, el cual, según el padre Francisco Javier Alegre, en su "Historia de la Compañía de Jesús en la Nueva España", tomo primero, página 230, es el Zuaque o Fuerte, llamado primitivamente Sinaloa.

Pero observa Heredia, este origen no excluye la etimología que da el Lic. Buelna, con la cual puede muy bien estar de acuerdo, bastando para ello que el referido cerro se haya llamado Sinaloa, tal vez por su forma, o porque en el hayan existido en abundancia cactus que dan los frutos aludidos.

En la II Mesa Redonda de la XI Sesión del Congreso Mexicano de Historia, que con sede en la casa de la Universidad de Sinaloa, se efectuó en mayo de 1955, el Lic. Héctor R. Olea, uno de los más competentes historiadores de Sinaloa, presentó un trabajo en el cual aborda con énfa-

sis el análisis etimológico de la palabra Sinaloa. Parte su exposición, de la conocida y fundamentalmente importante interpretación que el Lic. Buelna hace de ese nombre, y luego dice:

"Es un poco extraño, que el señor Buelna atribuya a los indios el uso de una forma pleonástica, (pitahaya redonda) presentada en un verdadero malabarismo lingûístico, como el que hace para analizar la etimología de la palabra. Creo que es probable, tomando como base las fuentes históricas, que este vocablo proceda de Cinaróatl, compuesto de Cinaro (voz tarasca) y la palabra azteca atl, agua; en consecuencia Cinaró-atl perdió la tl, como es usual en las palabras del idioma náhuatl, azteca o mexicano, convirtiéndose en Cinaró-a y finalmente, en la pronunciación española, se cambió la "r" por "l" y quedó Cinaloa o Zinaloa, como la escribieron los primeros misioneros.

"La palabra Cinaró-atl, voz híbrida que procede de los idiomas tarasco y azteca, cuyas influencias se conservan en la toponimia indígena de Sinaloa, significa "pueblo en el agua", tal vez por el hecho de que el río periódicamente se desbordaba de su lecho, inundando los pueblos ribereños, como lo afirma el verídico testimonio de Andrés Pérez de Ribas. . . Por las repetidas citas consignadas en la obra del cronista Baltasar de Obregón, queda evidentemente comprobada la existencia de la provincia, río y villa de Cinaro. Todos los datos históricos existentes, por lo tanto, demuestran que el asiento principal de la tribu de indios, después llamados sinaloas, estaba ubicado en la margen del río Cinaro, llamado posteriormente Zuaque (hoy río Fuerte) el más caudaloso de la región..."

Cabe aquí agregar que, en fecha posterior a la antes expresada y en artículo de prensa publicado en el extinto diario culiacanense "La Palabra", al detallar el aspecto etimológico del nombre de que se trata, Olea modifica un poco la interpretación arriba textualmente expuesta, conforme se desprende del siguiente trozo: "La palabra Cina-ro-atl es una voz híbrida que procede de los idiomas cáhita, tarasco y azteca, compuesta de Cina o Zina, que según el padre jesuita Juan Bautista de Velasco, en su "Arte de la Lengua Cáhita", quiere decir "pitahaya", el término ro, en purépecha es sufijo locativo, que puede traducirse por "lugar de", y por último, el toponímico nahua, cuya desinencia es atl, pierde la final y sig-

nifica "agua"; en consecuencia el todo debería traducirse como "lugar de pitahayas en el agua".

SIVAJAHUI.- De siva, reliz, paredón, y jahui, cosa que coloradea como una llama, significando "paredón o reliz colorado".

Para Buelna proviene de siquili, colorado y de bujahui, cumbre; que significa "cumbre colorada".

SIVIRIJOA.- De siviri, nombre mayo de un cardoncillo lógicamente perteneciente a la familia de las cactáceas y cuyo nombre técnico es "Opuntia alamosensis", y de joa, contracción de la voz johua, que significa casa, y todo: "casa del siviri".

SONAVARI.- De sánava, hojas y ávari elote: "hojas de elote".

TABELOJECA.- De tabelo, nombre de un árbol o arbusto y hueca, sombra: "sombra del tabelo".

TABUCAHUI.- Tabu, conejo y cahui, cerro: "cerro del conejo".

TACOPACO.- Taco, palma y páacu, campo o llano: "campo de la palma".

TECAPARI.- Tal vez provenga de tetapáaria, dicción compuesta de las voces teta, piedra y páaria, campo o tierra llana: "llano de la piedra".

TECHOBAMPO.- De tetchoa, lodo y báampo, en las aguas: "en las aguas lodosas o cenagosas".

TECUCAHUI.- Teccu, ardilla y cahui, cerro: "cerro de la ardilla".

TECUECAME.- Tecoe o tecué, zopilote y came, el que tiene: "el que tiene zopilotes". Como el nombre se aplica además a un cerro, en tal caso a las voces anteriores habría que añadir la de cahui, cerro, y se obtendría la palabra apropiada: Tecuecamecahui, lo que significa: "el cerro que tiene zopilotes".

TEHUECO.- De tehuecaui, que quiere decir "en el cielo", porque se compone del vocablo tehueca, cielo y del sufijo ubicativo hui, en. Comunmente el sufijo se parte por la mitad suprimiendo la "i", y entonces se dirá tehuecau, y de ahí la voz tehueco. Asimismo tehuecapo, quiere decir "en el cielo".

Con respecto a este toponímico, Buelna dice que proviene de tecca, según está en el Vocabulario del "Arte de la Lengua Cáhita", o de tehueca, según se halla en la Gramática de la obra citada, significando en ambos

casos “cielo”. Pero que también algunos dicen que significa “cielo azul”, por la composición de las voces de tecca, cielo y tehueli, azul.

TELAPA.- Nombre indígena de una hierba de hoja ancha, que vegeta en las lagunas.

TEROQUE.- De téroqui, que significa tobillo

TESOBAMPO.- Posiblemente provenga de teso, palabra que según está en el Vocabulario del “Arte de la Lengua Cáhita”, significa peñasco; báam, abundancial o plural de baa, agua, y po, posposición ubicativa, que significa en: todo lo cual diría “en las aguas del peñasco”. Contrariamente a lo dicho acerca de la palabra teso, se me asegura que no significa “peñasco”, sino “terrón”; y que además tiene otra acepción, que es la de cueva o caverna, en cuyo caso Tesobampo se traduciría por: “en las aguas de la cueva”.

TETABAMPO.- De teta, piedra, y báampo, voz formada por báam, plural de baa, agua y por la partícula ubicativa po, significando, “en las agua de la piedra”.

TETAGIOSIA.- Teta, piedra y giosia, papel: “papel de piedra”; tal vez con alusión a los petroglifos, aunque en realidad piedra escrita se diría tetagiósteri.

TETAHUECA.-Teta, piedra y huéeca, parada: “piedra parada”.

TETAJAQUI.- De tetajacquía, cuyas voces componentes son teta, piedra y jacquía, arroyo: “arroyo de la piedra”.

TETAJIMSE.-Teta, piedra y jimse, barbas; probablemente signifique, figuradamente, “piedra con barbas”.

TETAMBOCA.-Tétam, plural de teta, piedra y bóoca, acostado: “piedras acostadas”.

TETAROBA.- De tetaróbai, compuesto de las voces teta, piedra y róbai (la “r” con sonido suave y no como erre), cosa redonda, significando “piedra redonda, o sea en forma de bola”.

TOIPACO.- Quizás provenga de toripáacu, voz compuesta de tori, rata y páacu, campo o llano, por lo que significaría “llano de la rata”.

Hay además otra voz semejante, que es toitepaco, en la que toite significa rebotar o botar y páacu, llano, caso en el que la significación parece inadecuada.

TOPACO.- Puede venir de túapáacu, síntesis de la voz túa, adverbio que significa “completamente” y de páacu, llano, diciendo: “completamente llano”.

Con igual posibilidad pudiera venir de tospáacu, formándose la dicción con las voces toa, que proviene de tósali, blanco, al perder esta palabra letras en la composición, y páacu, llano, lo cual entraña el significado de “llano blanco”.

Para Buelna se trata de un derivado de tohpaco, compuesto de tósali, blanco y paco, campo o tierra llana; “tierra blanca”. (En la composición, la “s” suele convertirse en “h”).

TOPOLOBAMPO.- Procede de tópolbáampo, que es el nombre correcto. Este vocablo se compone de tópol, nombre indígena de un tigrillo o gato montés jaspeado de oscuro, que también llaman yóoco, y la generalidad, “gato yuribi”; de báam, abundancial o plural de baa, agua, y de la partícula ubicativa po. Así es que Topolobáampo significa literalmente, “en las aguas del gato yuribi, tópol o ioco (ya indicado).

TORI.- Nombre indígena de la rata del monte.

TOTIGUEYARA, TORICUAYARA.- Se cree que debiera ser toribuanara, de tori, rata y buanara, llorar: aludiendo tal vez al lugar donde llora dicho roedor.

TORIJOHUA.- Tori,, rata del campo y johua, casa o habitadero: “casa o madriguera de la rata”.

TORO.- De tóoro, nombre cáhita de un árbol llamado torote, y cehui, cerro: “cerro del torote”.

TOROCAHUI.- De tóoro, nombre cáhita de un árbol llamado torote, y cehui, cerro: “cerro del torote”.

TOROCOBA.- Si fuera una voz legítima, sus elementos etimológicos, serían tóoro, torote y cobba, cabeza: “cabeza de torote”. Más, si se presume que se trata de una voz híbrida, entonces se formaría de la palabra española toro y de la indígena cobba, que significa cabeza; caso en el cual habría de significar “cabeza de toro”.

TOSACAHUI.- De tósali, blanco y cahui, cerro: “cerro blanco”.

TOSALIBAMPO.- De tósali, blanco, báam, abundancial o plural de baa, agua y po, sufijo que denota ubicación: “en las aguas blancas”.

TUCHI.- de túpchim, nombre que en mayo o cáhita, lleva el árbol denominado macapule.

VIALACAHUI.- Vialacahui, compuesto de vía, cogote y cahui, cerro, registrándose en el presente caso un metaplasmo por adición de la sílaba "la", en medio de dicción. El toponímico significa "cerro en forma de cogote".

YECORATO.- Buelna indica que puede venir de huetzi, cosa muy gruesa, córai, corral y la posposición to: "lugar del corral grueso".

ZAPOCAHUI.- Véase SAPOCHAUI, en este mismo glosario.

ZATACAHUI.- De zata, almagre y cahui, cerro: "cerro del almagre".

ZATAQUI.- De zatajacquía, voz compuesta de zata, almagre y jacquía, arroyo: "arroyo del almagre".

ZUAQUE.- De zúuajacquía, nombre compuesto de zúua, en medio y jacquía, río o arroyo, significando "río de en medio", con alusión tal vez, como Buelna lo dice, a la ubicación céntrica que el río Zuaque tenía con relación a los demás de la provincia de Sinaloa, habitada por las cáhitas. Alguna vez Eustaquio Buelna, apuntó que significaba el toponímico, "corazón de pitahaya", más entonces el nombre habría siso Zuaqui, o Zúuaaquí en el que aquí, significa, "pitahaya".

CAPITULO III

Descubrimiento Geográfico del Noroeste
La incursión de Nuño de Guzmán.

El descubridor del Noroeste de México es don Nuño Beltrán de Guzmán, presidente de la primera Audiencia de México, titular de la Gobernación de Pánuco situada en el litoral del Golfo de México, y por último, gobernador y capitán general del Nuevo Reino de Galicia, que fue el logro de sus conquistas.

Si bien don Nuño de Guzmán era en su época uno de los hombres más cultos que había en la Nueva España, en su función de conquistador por su mal comportamiento, la Historia lo exhibe como un monstruo de crueldad. Impelido por la codicia y por la insufrible ambición que padecía por igualar o superar en méritos a su entrañable enemigo don Hernán Cortés, se propuso emprender la conquista de las tierras occidentales de la Nueva España, que caían hacia la Mar del Sur (Océano Pacífico). Según lo expresa don Nuño en sus propias "Memorias", para acometer la empresa indicada, organizó un ejército de 400 soldados, debidamente equipado de caballada, ballestas, escopetas, tirillos (pequeños cañones) de bronce con sus bancos, lanzas, munición de saetas y casquillos e hilo de ballesta y pólvora, alpargatas y corazas para los peones e indios acompañantes, ropa de rescate, fraguas, hierro, herraje, herramientas y clavazones por si fuere necesario construir algún bergantín, vino, vinagre y aceite, harina, medicinas, alrededor de nueve mil cabezas de puercos,

carneros y ovejas, tocino, quesos y conservas, así como cosas necesarias para enfermos. A dicha hueste, constituida por españoles, se añadían como diez mil indios tlaxcaltecas conceptuados como aliados y otros tantos indios mexicanos para la transportación de la impedimenta.

Inició don Nuño su marcha expedicionaria, desde México, el 21 de diciembre de 1529. A su paso por el reino de Michoacán, cometió infamias inenarrables y verdaderas atrocidades. Enseguida penetró en las tierras incógnitas de Jalisco y luego en las de Nayarit, más no sin cometer por todas partes actos de ferocidad y vileza extremada con los indios, pero no tan sólo con los habitantes de las regiones que iba hallando, sino imperdonablemente hasta con sus propios auxiliares y aliados que desde México venían sirviéndole. El mayor desastre experimentado en proporciones trágicas por estos servidores, ocurrió cuando el Conquistador se encontraba con sus huestes en Aztlán (Acaponeta); pues en dicho lugar y a causa de una descomunal inundación sobrevinieron hambres y enfermedades tan fatales que, por culpa y muy grande del endurecido corazón de don Nuño, perecieron en enorme mayoría los mexicanos y tlaxcaltecas que iban a su servicio. Las consecuencias de esa gran pérdida, inmediatamente se hicieron sentir, porque comenzaron a faltar hombres suficientes que se encargaran de transportar el bagaje, a guisa de bestias de carga. Sin embargo, don Nuño continuó avanzando hacia el Noroeste y mientras tanto mandó reclutar indígenas a Colima, Michoacán y Jalisco, los que en número de ocho mil arribaron cuando ya las huestes españolas habían invadido la parte sur del actual estado de Sinaloa.

Desde la ciudad de México, hasta la provincia de Culiacán, que fue el remate de su expedición, Nuño de Guzmán marcó su ruta dejando en todas partes rastros de siniestros de exterminio: incendio, saqueo, desolación y muerte. A la rampa sinaloense penetró el temible conquistador, por el señorío indígena de Chiametla, en donde a fines de 1530 erigió la Villa del Espíritu Santo de Chiametla, que fue la primera población española que existió en Sinaloa.

En Chiametla, pasó don Nuño la navidad del año de 1530; y al entrar el mes de enero siguiente, reanudó su marcha a lo largo de la rampa costanera, verdadera ruta geográfica, por Quezala, Colipán, Piaxtla, Sal, Bayla, y Oso, hasta llegar al río San Lorenzo.

Como a su llegada al San Lorenzo, los expedicionarios no encontraron sino mujeres, atribuyéndoles el carácter de amazonas procedieron a llamar a dicha corriente, en lengua mexicana, río Ciguatán o Ciguatlán. En realidad lo que ocurrió en el caso que se menciona fue que, por no infundada precaución, los varones optaron por ocultarse al sentir la aproximación de los españoles.

Después de explorar la región del Ciguatán, entre la sierra y lo costa, don Nuño continuó avanzando con su ejército en dirección al río y provincia de los colhuacanes o culiacanes. Pasó por Quilá y las Flechas, hasta efectuar su arribo a Cuatro Barrios, lugar situado sobre la margen del río Tamazula. En seguida vadearon los expedicionarios dicha corriente en un punto al que le asignaron el nombre de León; y, al término de la jornada, acamparon en el pueblo de Colombo, ubicado en la orilla izquierda del Humaya. Las crónicas refieren que, al siguiente día de su llegada a Colombo, los incursionistas libraron una batalla campal contra 30 mil indios culiacanes, infringiéndoles la derrota y poniéndolos en fuga.

Después del triunfo de Colombo, o sea después de la acción a la cual se le ha dado el nombre de batalla de Culiacán, personalmente don Nuño con sus fuerzas y en plan de exploración, visitó la provincia hasta cerca de la costa, por una y otra margen del río Culiacán. En este recorrido pasó por muchos pueblos y rancherías indígenas; y al venir de regreso llegó al antiguo Colhuacán de los aztecas, cuando ya el caserío del poblado había sido convertido en cenizas por los indios auxiliares de las fuerzas españolas. Este poblado se cree, como ya se dijo en el capítulo anterior, que estuvo ubicado en el sitio en que se halla la vecindad de Culiacancito.

Los cronistas que hicieron referencia en sus correspondientes Relaciones a la expedición y conquistas de don Nuño, hablan de las particularidades de la tierra y gentes de la provincia de Culiacán, en la que dicho conquistador tuvo una permanencia de cuatro meses. La llamada Primera Relación Anónima, que describe el país, las casas y la manera de cómo vivían y vestían las gentes, hace alusión a ciertos defectillos de los indios culiacanes, afirmando que “hombres y mujeres se juntaban unos con otros, y hombres con hombres, porque en esta tierra son muy sucios los hombres en este pecado, y así lo tienen por fe”.

Ya una vez explorado geográficamente por don Nuño el valle de Culiacán, tomando por la vega del Humaya, el propio Gobernador se dirigió con sus fuerzas en dirección al noroeste, hasta llegar a lo abrupto de la serranía; y de allí mandó a su maestre de campo, el Cap. Gonzalo López, quien ciñéndose a las estribaciones de la gran cordillera buscara un camino de salida hacia el norte, En esta comisión dicho capitán, logró llegar hasta más allá de un río que lleva su curso al norte, y el cual, conforme lo expresa el Lic. Buelna no puede ser otro que el río Sinaloa, que desde el pueblo de Tecuchiapa, cerca de la línea divisoria con el estado de Chihuahua, comienza a tomar esa dirección, y baja de allí en un inmenso arco de círculo a sumergirse en el Golfo de California.

Cumplida esta misión, con el resultado indicado y vuelto a donde se hallaba su jefe, éste dio órdenes a su maestre de campo de cruzar la Sierra Madre en dirección al oriente, para que del otro lado de la misma tratara de localizar un sitio adecuado para que pudiera acampar el ejército. Lo que en este caso pretendía don Nuño, con sentido geográfico, era en realidad encontrar una vía caminera utilizable, para enlazar la zona del Noroeste en la cual él se hallaba, con la de Pánuco, su antigua gobernación en el Golfo de México.

Mientras el Cap. Gonzalo López, con la gente a su mando se dedicaba a cumplir las órdenes recibidas, el Gobernador y Capitán General, retornó a la provincia de Culiacán; pero no tardó esto por el mes de mayo, en movilizarse nuevamente para ir en seguimiento del Cap. Gonzalo López. Don Nuño, con este propósito, fue a situarse al pie de la sierra y allí aguardó noticias de su maestre de campo; y al obtenerlas, precisando que su subordinado había ya ganado las mayores alturas de la serranía y que ya estaba por bajar a los llanos, fue en pos de él. Con dificultades sumas, don Nuño logró ascender hasta la cumbre de la sierra, donde ya se encontró con Gonzalo López que venía de regreso después de haber explorado 60 leguas de tierra, sin hallar albergue, ni mantenimiento alguno para el ejército.

Ya informado de lo anteriormente expuesto, el Gobernador emprendió la vuelta a la provincia de Culiacán; como ésta se hallaba en paz, de inmediato convocó a los caciques indígenas a una junta, a la

cual concurrieron varios de ellos y proporcionaron a los españoles informes de más de 200 pueblos que había en la región y que por escrito quedaron enlistados.

Otra importante labor de reconocimiento que estuvo a cargo del Cap. Lope de Samaniego, antiguo alcalde de las Atarazanas de México, fue la que por orden de don Nuño de Guzmán llevó a cabo, en dirección al noroeste, hasta rematar en el río de Petatlán.

De la expedición de Samaniego se habla en la "3ª. Relación Anónima", consignada en el Tomo II, páginas 296 a 306, de la "Colección de Documentos para la Historia de México" recopilación del ilustre polígrafo mexicano don Joaquín García Icazbalceta. La obra es rara y, por lo mismo, de muy restringido acceso. Más por fortuna y por lo que interesa a la historia de Sinaloa, en 1955, la casa librera de Porrúa Hermanos, al editar las "Memorias de don Nuño", en un apéndice de la obra inserta las Relaciones Anónimas llamadas Primera, Segunda, Tercera y Cuarta. Las dichas cuatro Relaciones, juntamente con las de Gonzalo López, García del Pilar y Joan de Sámano, constituyen documentos testimoniales valiosísimos, que permiten adquirir conocimientos verídicos y circunstanciados de las cruentas y afanosas conquistas del férreo don Nuño de Guzmán, en el noroeste mexicano.

En lo que corresponde a la expedición efectuada por Samaniego, se lee en la "3ª. Relación Anónima" que don Nuño despachó a dicho capitán" con su compañía y veinte peones para que fuese por la Costa adelante, en comisión de que se detuviese quince días, y si al cabo de ellos no hallase nada nuevo por adelante, que se volviese, el cual de allí se volvió con la gente susodicha, y volvió la vía del Poniente hacia el Sur. . ."

Por la misma Relación, se sabe que Samaniego partió de la provincia de Culiacán e incursionó con rumbo al noroeste; al pasar por uno de los pueblos del derrotero que llevaba, tuvo noticias de que muy adelante, muy lejos, se hallaba un río grande que bajaba de las sierras, el cual estaba muy poblado y tenía mucha gente de guerra. Esta fue la primera noticia que el explorador de referencia tuvo del río Petatlán. Informado además, de que el camino que conducía hacia aquel término ofrecía dificultades por la parte llana, a causa de la espesura de los bosques, optó

por ceñirse en su itinerario al enfilamiento de la sierra; y siguiendo ese derrotero, al cabo de largas y fatigosas jornadas llegó a un río y acampó en un pueblo indígena situado en la zona montañosa.

De este pueblo, por la vega del río, los expedicionarios descendieron al valle que se extiende hacia la costa, según se desprende de la Relación aludida, la que a ese respecto dice que: "Las poblaciones recias de aquella costa están hacia la mar, y después de haber caminado seis leguas bajaron a unos llanos muy grandes, donde hallaron un pueblo y otros pequeños, en que habría quinientas casas, y no como las que allí se habían visto, sino hechas de Petates, y en ellas habría hasta dos mil quinientos hombres de guerra, esperándolos en un recuesto en el que el pueblo estaba, y después de haberlos rompido, siguió el alcance media legua, que como era sobre jornada no pudieron más seguirle; por ponerse ya el sol, y por recoger su gente; alanceáronse hartos allí. Maravilláronse de ver tan nueva manera de casas y gente tan bestial, por lo que las casas son como carretas de la Mancha de Aragón en España, y la gente vestida de cueros. Hiriéronle este día dos caballos. Otro día siguió por el río abajo, no halló cosa viva sino la tierra muy montuosa de arcabuco, y no se pudo hallar camino para pasar adelante, ni bajar a la mar, por la mucha maleza de arcabucos".

Al verse detenido antes de llegar a la costa, por lo tupido de la vegetación, el Cap. Samaniego emprendió el regreso; después de cruzar el río y andar catorce o quince leguas por terreno escabroso, en dirección al noroeste, llegó de nuevo a la serranía sin que pudiera rebasarla. Por esta causa, así como porque ya estaba por fenecer el tiempo que se le había señalado para esta comisión, Samaniego enfiló por último su retorno "por la vía de Culuacán".

La "4ª. Relación Anónima", viene por su parte a confirmar plenamente la autenticidad de la exploración de que se viene hablando, respecto de la cual en esta Anónima se lee lo siguiente: "De este pueblo cabecera, envió Nuño de Guzmán a Lope de Samaniego con hasta veinte de a caballo a buscar camino por otro cabo, entre el fin de estas sierras y el río por donde nosotros habíamos sabido, nunca halló poblado, hasta un pueblo que eran las casas cubiertas de paja y esteras cubiertas (sic) sin

ninguna labranza de maizales de que mantuviesen, sino de la caza que tomaban, y las mujeres desnudas; con una pampanilla de yerbas; vuelta el dicho Samaniego con esta relación de no hallar tierra poblada ni camino para pasar adelante, donde también vieron cuarenta peones que habían ido atravesando las sierras hacia la Mar del Norte (se refiere a la gente de Gonzalo López), que andarían de ochenta a cien leguas de ida é venida; tampoco hallaron poblado para pasar. Volvieron los unos y los otros muy trabajados de hambre, que pasarían en estos dos meses largos".

Como se ve, ambas Relaciones mencionan el mismo poblado cuyas casas, techadas de esteras o petates, se asemejaban a los carros entoldados de la Mancha de Aragón; y ambas por igual hacen referencia al Cap. Samaniego, como factor o agente de tal expedición.

El río Petatlán, hasta el momento de ausentarse don Nuño, del suelo sinaloense, marcaba por el rumbo noroeste el límite de las conquistas o descubrimientos territoriales realizados en persona por el multicitado conquistador, en el noroeste de México. ¿Pero, cuál era en verdad el río Petatlán descubierto y explorado por Samaniego? Esto es asunto que amerita aclaraciones históricas y geográficas para que quede bien precisado.

Desde luego el nombre de Petatlán le fue aplicado a este río, según lo manifiesta el autor de la "2ª. Relación Anónima", que era un oficial del Cap. Diego de Guzmán, por ellos mismos ir de expedición al Yaqui; haciéndolo en lengua mexicana, en atención a que en la comarca por la que atraviesa la corriente, las casas de los indios eran todas de cubiertas de esteras o petates, tal como también de esto último dan razón la 3ª. Y la 4ª. de las Anónimas. En estas últimas no se hace mención del nombre Petatlán; pero sí lo mencionan tanto la 2ª. de las Anónimas, como la "Relación de Diego de Guzmán".

Datos cronológicos e itinerarios asentados en la "Relación de Diego de Guzmán", referentes a los recorridos y descubrimientos que hiciera este capitán, desde el Petatlán hasta el Yaqui; el cómputo de las jornadas efectuadas en esta expedición, desde el valle de Culiacán, hasta el río Petatlán; el hecho de que, a partir del Petatlán en tres jornadas, Francisco Velásquez, subalterno de don Diego y enviado por el mismo, hubiera llegado de avanzada y en procuración de un río grande hasta el

pueblo de Tamachola o Tetamuchala (Tamazula), ubicado a orillas del río que hoy se llama de Sinaloa, así como la circunstancia de que Diego de Guzmán, a su llegada a Tetamuchala, hubiera tomado posesión de aquel río en nombre de su Majestad y del señor gobernador don Nuño de Guzmán, dándole el nombre de río de Santiago, condujeron al Lic. José G. Heredia a afirmar que el río Sinaloa no fue descubierto por Lope de Samaniego, sino por Diego de Guzmán quien con tal encomienda mandó adelantarse a Francisco Velásquez. Por otra parte la 2ª. Relación Anónima". Viene a precisar en cierto modo, la situación geográfica del primitivo Petatlán, al asentar que desde este río hasta el Tamachola (Tamazula, o sea el Sinaloa actual), mediaban veinte leguas de distancia; detalle éste que permite establecer la distinción que procede, entre uno y otro río. A mayor abundamiento de razones, es además muy significativo el hecho que en la comarca por la que atraviesa el rió Mocorito o antiguo Petatlán, existen numerosos palmares que vegetan en forma silvestre, presumiblemente desde épocas remotas y que deben haber suministrado en abundancia la materia prima empleado por los aborígenes, desde antes de la Conquista, en la confección de los petates o esteras con los que, al decir de los cronistas, techaban sus viviendas. Aún hoy día abundan por aquella región las casas, tipo jacal, no precisamente con techo de petates, sino techadas con hojas de palmeras. En consecuencia, cabe asegurar que al río de Mocorito, el cual llevó también el nombre de Sebastián de Evora es, al que originalmente le correspondió el de Sinaloa. Lo que sucedió fue que, posteriormente, los cronistas o los historiadores de antaño, acaso por error o confusión geográfica le adjudicaron el nombre de Petatlán, al río que en la actualidad se llama de Sinaloa, que es el mismo que pasa por el poblado de Tamazula, y que fue bautizado con el nombre de Río de Santiago, por el Cap. Diego de Guzmán, el primer jefe expedicionario español que llegó y cruzó dicha corriente.

Durante la permanencia de don Nuño en el Valle de Colhuacán, o sea de Culuacán o Culiacán, como le llamaban los conquistadores guzmanenses, quiso dejar poblada de españoles esta tierra, antes de ausentarse de ella. Al efecto, para erigir una villa, escogió el "río de las mujeres", (antiguo Ciguatán, hoy río de San Lorenzo) en cuya ribera

izquierda y en un punto situado frente a Navito, realizó su propósito inicialmente. Esta villa, que recibió de su fundador el nombre de San Miguel (a la cual se le dice, para fijar su identidad, San Miguel de Navito), en vista del santoral se presume que fue erigida en 29 de septiembre de 1531; habiendo sido designado alcalde mayor de la misma, el Cap. Melchor Díaz, y cura, el Br. Álvaro Gutiérrez.

La precitada villa duró muy poco tiempo, ya que el propio don Nuño cambió su asiento a otro punto, río abajo y sobre la misma ribera izquierda, distante dos leguas de la mar. Dejó el Gobernador fundada esta nueva villa con 96 vecinos y unos cuantos supervivientes de los numerosos tlaxcaltecas que lo acompañaron como aliados, y que quedaron como esclavos de los españoles de esta pequeña colonia. Le impuso a esta villa don Nuño el nombre de San Miguel de Culuacán (o de Culiacán); la dotó de ordenanzas, y en ella dejó por cura al mismo Br. Gutiérrez y por alcalde mayor al Cap. Diego de Fernández de Proaño, quien tuvo en sus funciones una actuación detestable y comprometedora para la estabilidad, supervivencia y desenvolvimiento de la naciente colonia española, en los confines sinaloenses.

Se afirma que esa segunda villa, o sea la de San Miguel de Culuacán, al cabo de dos años, como dato probable, fue trasladada al asiento que tiene la ciudad de Culiacán, y que continuó llamándose villa de San Miguel de Culiacán. De cuanto se ha dicho, llegamos a inferir por tanto, que la ciudad de Culiacán no se erigió el 29 de septiembre de 1531, como generalmente se cree y conmemora indebidamente, pues en realidad la fecha conmemorativa de que se trata, es de presumirse que más bien corresponde a la extinta y efímera villa de San Miguel de Navito. A este respecto tan importante, a toda persona que se interese en el detalle y la comprobación documental del mismo, se le recomienda la lectura de un estudio hecho por nuestro paisano don Crispín Márquez, que se titula "Fundación de Culiacán". Tan interesante trabajo se halla publicado en el Tomo I de la "Memoria y Revista del Congreso Mexicano de Historia", correspondiente a la II Mesa Redonda de la XI Sección del citado Congreso, llevada a efecto del día 22 al 27 de mayo del año de 1955, en la ciudad de Culiacán Rosales. En dicha Memoria también

aparece publicado un trabajo que presenté en tal ocasión, y que leva por título "Historia Panorámica de la Región del Fuerte".

Con cuanto se ha expuesto hasta aquí, no cabe duda alguna de que don Nuño de Guzmán, fue el descubridor y el primer organizador que sentó sus reales en la zona noroeste de la Nueva España, a donde según se dice; lo condujo el señuelo de las Siete Ciudades. Después de los trabajos realizados por él en estas latitudes y que a la postre resultaron ser de trascendencia, dio por terminada su presencia y actividad en la provincia de Culiacán; y el 15 de octubre de 1531, se ausentó de estos lugares definitivamente, con destino a Jalisco y más tarde a la ciudad de México. Al partir dejaba por de pronto incorporada al Reino de la Nueva Galicia, de que era gobernador y capitán general, de la mayor parte del territorio que pertenece actualmente al estado de Sinaloa. La capital de este Reino fue primero la ciudad de Santiago de Compostela y más tarde la ciudad de Guadalajara. Posteriormente y estando todavía en el gobierno de la Nueva Galicia, dio la encomienda a uno de sus capitanes domiciliados en la villa de San Miguel de Culiacán de extender en dirección al noroeste los descubrimientos hasta entonces efectuados, por lo que una columna expedicionaria, penetrando tierra adentro, en 1533, llevó el pendón español hasta el confín del río Yaqui.

LA EXPANSIÓN ESPAÑOLA HASTA EL YAQUI.
Rectificación: Fuentes de información.

Ciertos historiadores antiguos de relieve, como lo fueron el padre Tello. De la mota y Padilla, Orozco y Berra, Riva Palacio y hasta Buelna en un principio, atribuyeron al Cap. Pedro Almíndez de Chirinos (o Peralmíndez), el comando de la expedición guzmanense que, partiendo de Culiacán, descubrió las tierras vírgenes que se extendían desde el río Petatlán hasta el río Yaqui. Trátese de la primera expansión que, hacia el noroeste del Petatlán, experimentó el dominio de la Nueva Galicia.

A este respecto De la Mota y Padilla asienta que, hallándose bajo las órdenes directas de don Nuño de Guzmán, el mencionado Chirinos partiendo de Culiacán incursionó hasta el río de Petatlán; y que desde Petatlán, el citado Chirinos envió hasta el Yaquimí (Yaqui), a explorar y

descubrir aquellas comarcas desconocidas, a los capitanes Diego de Alcaraz y Lázaro de Cebreros. A lo anterior conviene la aclaración de que efectivamente Alcaraz y Cebreros expedicionaron hasta el Yaqui,; pero eso fue cuando ya el Cap. Diego de Guzmán había recorrido y descubierto la región comprendida ente los ríos indicados.

Ya en posesión de nuevos datos y rectificando lo aseverado por él en un principio, el Lic. Eustaquio Buelna, en la versión histórica que a guisa de introducción antepuso al "Arte de la Lengua Cáhita", aclara que Peralmíndez ni siquiera llegó a Culiacán. En la introducción de referencia, su autor asienta que el Cap. Chirinos venía en el ejército expedicionario de don Nuño de Guzmán, en el cual fungía de teniente de general y veedor real; pero advierte Buelna, de Aztatlán (región de Acaponeta) fue devuelto, según puede verse en las Relaciones de García del Pilar y Joan de Sámano en la 3ª. Y 4ª. de las Anónimas, el 7 de septiembre de 1530, por haber recibido noticias don Nuño, de que Hernán Cortés había regresado de España a México. De suerte que en esta forma queda esclarecido que Chirinos no pudo haber tenido ingerencia alguna en las exploraciones llevadas a cabo primero hasta Petatlán y después hasta el Yaqui.

Por su parte el padre Tello, mal informado sin duda, atribuye también a Chirinos el comando de las fuerzas que expedicionaron al noroeste de Culiacán. Obra la circunstancia de que el relato de Tello concuerda, en los detalles esenciales, con la exposición que con respecto a los descubrimientos de que se tata se hace en la "2ª. Relación Anónima", así como también con lo que expone la "Relación de Diego de Guzmán"; documentos de confesión plena que identifican como jefe de la expedición y como descubridor del territorio que se extiende desde el primitivo Petatlán hasta la comarca Yaqui, a Diego de Guzmán.

Así pues, los documentos informativos genuinos o de primera mano con que afortunadamente se cuenta, para conocer en detalle y de manera auténtica las jornadas que hizo el cuerpo expedicionario al mando del Cap. Diego de Guzmán de ida y regreso desde Culiacán hasta el río Yaquimí, son los mencionados anteriormente y cuyo rubro completo es, respectivamente; "Segunda Relación Anónima de la Jornada que hizo Nuño de Guzmán a la Nueva Galicia" y "Relación de lo que yo,

Diego de Guzmán he descubierto en la Mar del Sur, por su majestad y por el ilustre señor Nuño de Guzmán, gobernador de la Nueva Galicia. Presentó en el Consejo de Indias, 16 de marzo de 1540"; advirtiéndose que esta última Relación se contrae exclusivamente a la consabida expedición del autor de tan importante documento.

Al presente, la Anónima de referencia, así como otras relaciones conexas que atañen a las actividades de don Nuño de Guzmán como descubridor del territorio de la Nueva Galicia, debidamente paleografiadas, se han divulgado en la recopilación que como ya antes se dijo, puede verse en la sección de apéndices de la "Memoria de los servicios que había hecho Nuño de Guzmán, desde que fue nombrado Gobernador de Pánuco en 1535", editada en 1955 por José Porrúa e Hijos Sucs., libreros de la ciudad de México. El autor de la "2ª. Anónima" consigna un detalle de importancia histórica, con respecto a uno de los móviles que había inducido a don Nuño de Guzmán a explorar con ahínco el noroeste del país. El autor de dicha Anónima figuraba en las fuerzas que condujo Diego de Guzmán en la expansión de los descubrimientos, hecha desde el primitivo Petatlán hasta el río Yaquimí; y anota, a tiempo en que ya se encontraban en el Yaqui, que "la demanda que llevaban al descubrir este río eran las Siete Ciudades,, porque el gobernador Nuño de Guzmán tenía noticias de ellas y de un río que salía a la Mar del Sur. . .". Prueba concluyente de que el incentivo que animaba a don Nuño, en sus actividades exploratorias por el Noroeste, era la esperanza de encontrar algo tan significativo que pudiera equipararse al hallazgo de la Gran Tenochtitlán.

Con respecto a la "Relación de Diego de Guzmán", que es también un documento de importancia capital, en ella se consignan por riguroso orden cronológico (cualidad de que carece la "2ª. Relación Anónima") las jornadas que empleó para realizar su empresa de descubrimientos el autor de aquella Relación. Se halla ésta, en original, comprendida entre varios documentos, en los "Autos del proceso del Marqués del Valle y Nuño de Guzmán y los Adelantados Soto y Alvarado sobre el descubrimiento de la Tierra Nueva". Pero ya impresa, la citada Relación se localiza en las páginas 300 a 408 del Tomo XV correspondiente a la

llamada "Colección de Documentos Inéditos de Archivo de Indias", que textualmente se titula "Colección de Documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas en América y Oceanía"; gigantesca obra de recopilación debida al esfuerzo y al talento del ilustre polígrafo mexicano don Joaquín García Icazbalceta, y la cual se editó en Madrid por Joaquín F. Pacheco, Francisco Cárdenas y Luis Torres de Mendoza, hecho al que se debe que la obra de que se trata, sea editorialmente conocida entre los historiadores, con el nombre de Pacheco y Cárdenas. Por su parte el Lic. José G, Heredia, con fines de divulgación y con valiosos comentarios y aclaraciones conducentes, presentó la "Relación de Diego de Guzmán" a la II Sesión de Mesa Redonda que celebró en la ciudad de Culiacán el Congreso Mexicano de Historia. Tan importante trabajo de colaboración se publicó en la "Memoria y Revista", del año de 1955, conjuntamente con otros trabajos que se presentaron en dicha Mesa Redonda.

Diego de Guzmán era miembro del cabildo en la villa de San Miguel de Culiacán. Nació en Toledo, España, y su padre fue don Hernán Pérez de Guzmán. Según opinión de algunos historiadores, Diego era pariente cercano de don Nuño de Guzmán, de quien en nuestro caso recibió el encargo de adelantar estos descubrimientos.

DESCUBRIMIENTO DEL RÍO SINALOA.

La milicia que organizó en Culiacán el toledano Diego de Guzmán, a efecto de llevar a cabo la expedición que se le encomendó, se componía de más o menos 50 soldados, 17 de los cuales eran de a caballo y peones los restantes; a lo que se agregaba un regular número de indios auxiliares conceptuados como amigos y suficientes "tamenes" o indios de carga destinados a la conducción de la impedimenta. En cuanto a la dotación de armamento y atalaje, consistía en lo siguiente: lanza, puñal, celada, y barbote o corselete, para los jinetes y para los peones o infantes; lanza, pica, espada, ballesta o escopeta, rodela, casquete o celada y arreos de adherencia para la protección del cuerpo, a todo lo cual iba añadido un cañoncito de campo.

Corrigiendo algunos errores o equivocaciones bien patentes en la relación cronológica formulada por Diego de Guzmán, básicamente se

aprovechará este documento para dejar consignados aquí, en parte a las volandas y en parte en forma cabal, el derrotero geográfico y las jornadas que rindió el Cap. Diego de Guzmán en su expedición de ida y regreso desde la villa o el valle de Culiacán, hasta el río Yaqui. Por cierto que la Relación del mencionado capitán es notoriamente escueta, lacónica, desprovista de palpitaciones descriptivas de atrayente amplitud, contrastando en este aspecto con la anteriormente mencionada "2ª. Relación Anónima", la cual si bien no constituye un registro diario o rigurosamente fechado de los acontecimientos, si en cambio les da una mayor animación y detalle a los relatos que hace de los diversos sucesos ocurridos.

Diego de Guzmán, partió del valle de Eutuacán (él lo dice así, pero se comprende que se trata del valle de Culuacán o Culiacán), con rumbo al noroeste el viernes 4 de julio de 1533, y rindió su primera jornada de cuatro leguas, bajo guía de Cristóbal Hernández, en el pueblo de los Xuamocheleb (Los Guamúchiles). Enseguida, le sirvió de guía al Capitán indígena de lengua Huaraba, que era la que se hablaba en la provincia de Culiacán, y al finalizar la quinta jornada, arribaron los expedicionarios a un pueblo de nombre Cinume, que se hallaba en medio de una sábana y se componía de unos sesenta ranchos (casas) de petates, cuyos moradores vestían cueros de venados. En aquel lugar los españoles no encontraron maíz de que proveerse, sino tan sólo yerbas de las que los naturales se alimentaban. Allí manifestó el guía desconocer el camino hacia adelante pero entre los pocos lugareños capturados había un indio viejo, quien en lo adelante se encargó de guiar y servir de intérprete a los españoles.

Al iniciarse la séptima jornada correspondiente al día 10, en compañía de diez de a caballo y diez peones, tomando el Capitán la delantera de sus fuerzas llegó en esa misma fecha al río de Petatla (Petatlán). Hasta allí se habían hecho siete jornadas, cubriendo aproximadamente una distancia de 28 a 30 leguas, dato que conduce a afirmar que el río mencionado era el de Mocorito. Pasaron bien el río; pero como recientemente éste había venido grande y la vega estaba hecha una ciénaga, por ella escapó la gente librándose por esta circunstancia de la persecución de que pudiera haber sido objeto por parte de los invasores de aquella región, en la que habría unos ochenta ranchos (casas) y en los que no se

encontró maíz, sino únicamente yerbas de las que comían los indios y muchos maizales o milpas.

Luego de haber transcurrido dos días, una partida de seis de a caballo fue a explorar río abajo hasta una distancia de cinco leguas, apoderándose de cuarenta cargas de maíz, que encontraron en unas casas. Los moradores de esos lugares, huyeron al sentir la presencia de los extraños, pero sin embargo éstos tomaron a dos indios, que aún cuando ellos no entendían el huaraba, el guía huaraba de los españoles si entendía el dialecto de dichos lugareños. Por los dos indios de referencia obtuvieron noticias los expedicionarios de que, a dos jornadas de distancia del río en el cual se hallaban, que era el de Petatlán, hacia delante había otro río mayor que se llamaba Tetamochala, (Tamachola, dice la "2ª. Relación Anónima"). Se trata evidentemente del río que primitivamente se conoció con el nombre de Tamazula, correspondiente al de un poblado que existió y aún existe a orillas de aquella corriente, a la cual se le aplicó posteriormente la denominación de río Petatlán y por último, la de Sinaloa, que es como en la actualidad se le llama.

Para que fuera a confirmar positivamente la existencia del río de que le daban razón, Diego de Guzmán ordenó que Francisco Velásquez se le adelantara con diez de a caballo y diez peones. Al cabo de tres jornadas Velásquez llegó y entró de sobresalto al pueblo de Tetamochala (Tamazula), habiéndose apoderado tan sólo de unos cuantos indios, ya que la mayoría de las gentes, poseídas de pánico, se echaron al río, a pesar de que éste se encontraba crecido. Hallóse muy poco maíz y sementeras, casi ninguna. Se vió además, por las exploraciones, que lo poblado se extendía río abajo, encontrándose a trechos hasta cien ranchos (casas) de petates; pero las noticias recabadas indicaban que el mejor poblado de aquella región se hallaba a dos jornadas de camino, arriba de Tamazula. Así pues, queda de manifiesto que el primer español, que como descubridor puso sus pies en el valle del río actualmente llamado Sinaloa, fue Francisco Velásquez; siendo de advertir que a él le tocó hacerlo de manera circunstancial, por determinación expresa de su jefe, el capitán expedicionario don Diego de Guzmán.

Tan pronto como recibiera el jefe español las noticias que desde

Tamazula le comunicaba Velásquez, se dirigió entonces, con el resto de la gente a su mando, directamente hasta el lugar indicado. Allí se le informó que rumbo a la mar existía un pueblo grande llamado Oremy, hacia el cual partió en persona con diez de a caballo y diez peones, el 24 de julio -al decir del propio Don Diego--, víspera de Santiago. Tras de un corto y dificultoso recorrido en dirección a la costa, durante el cual sólo encontró el asiento del pueblo indígena precedentemente mencionado, retornó el Capitán a Tamazula. Y considerando que allí principiaban sus descubrimientos en tierra incógnita, nombró como escribano a Andrés Alonso, para que con tal investidura diera fe de los pueblos, provincias y ríos que desde aquel momento y en lo sucesivo se descubriesen como fruto de la expedición. Allí en Tamazula, se realizaba la primera conquista, que don Diego menciona en su Relación, afirmando: "Tomé posesión de este río por su Magestad y por el ilustre señor Nuño de Guzmán, Gobernador de la Nueva Galicia; púsele por nombre río de Santiago; es río de mucha arboleda; puse una cruz".

El acta en que se consigna el nombramiento del escribano, textualmente dice; "En veinte é ocho días del mes de julio, año del nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo de Mil e quinientos e treinta (é tres años) el noble señor Diego de Guzmán, capitán elegido y nombrado por el muy magnífico señor Nuño de Guzmán, Gobernador de esta Galicia de la Nueva España, é estando en un pueblo que se llama Tetamochala, que desa parte del pueblo de Petatla, de la dicha Galicia, quince leguas, dijo: que por cuanto, por merced de dicho señor Gobernador, él va a conquistar é pacificar ciertas provincias que confinan con la provincia de Petatla y otras a ellas comarcanas, con cierta gente de pie é de caballo; y para tomar la posesión de los pueblos é provincia é ríos que descubrieren en tal jornada y otras cosas que cumplía al servicio de su Magestad, había necesidad de traer un escribano para que juntamente con él tomase la posesión de lo que así descubriesen por el señor Gobernador en nombre de su Magestad, por tanto, dijo; que en aquella mejor forma é manera que podía é con derecho debía, traía é trajo por su escribano para lo susodicho é para todo lo demás que en la dicha jornada é conquista se ofreciere, a mi, Andrés Alonso, para que como tal escribano pudiese dar

fe de las cihas posesiones, que ansí en el dicho nombre tomase é en otras cualesquier cosas y casos, ansí judiciales como extrajudiciales, los cuales dijo quería que valiesen e fisiesen fe en juicio o fuera dél, que para ello, dijo, que interponía é interpuso su autoridad é decreto é rogó a los presentes fuesen testigos, é tomó é recibió de mí, el dicho Andrés Alonso, juramento en forma debida de derecho que usaría bien é fielmente el dicho oficio de escribano, al cual respondí; "si juro, amén". Testigos que fueron los presentes a lo que dicho es: Pedro de Soto é Juan de Sosa é Juan de Quintanilla é Jorge Robledo é Francisco de de Badillo. -Diego de Guzmán---Entre dos rúbricas-".

Consigno a continuación el acta levantada por el escribano, en la que se da fe de que el Cap. Diego de Guzmán tomó posesión del río consabido. Esta acta, lo mismo que la que antecede y además las que posteriormente formuló el expresado Andrés Alonso, concernientes al descubrimiento del río Mayo y del río Yaqui, todas ellas aparecen en el Tomo XV de la "Colección de Documentos inéditos. . .", de Izcabalceta.

A la letra dice la segunda acta que se levantó en Tamazula: "E luego el dicho señor Capitán, en el dicho día del mes é año susodicho, en presencia de mí, el dicho escribano, llegó a un río que podía estar quince o dieciséis leguas del pueblo de Petatla, el cual iba poblado de casas e indios naturales; al cuál dicho, señor capitán, puso por nombre el río de Santiago; é dijo que tomaba é tomó en ella posesión, por el dicho señor Gobernador, en nombre de Su Magestad, é en señal de posesión, se metió en el dicho río e cogió del agua de que bebió della, é cortó de un árbol con la espada una rama; é pidió a mí, el dicho escribano, se lo diese por testimonio; é rogó a los presentes dello, le fuesen testigos. Testigos fueron presentes, Jorge Robledo, é Juan de Quintanilla, é Juan de Sosa, é Pedro de Soto, é Francisco de Badillo, é otros muchos. Todo lo cual fui presente, yo el dicho escribano, juntamente con los dichos testigos; y queda en mi registro, donde fue sacado y corregido todo lo que dicho es; que fue hecho á veinte é ocho días del mes de julio de mil é quinientos treinta é tres años. En testimonio de lo cual fice aquí este signo mío que es á tal, en testimonio de verdad. Andrés Alonso, escribano por su Magestad. Hay un signo. Entre dos rúbricas".

DESCUBRIMIENTO DEL RÍO DEL FUERTE.

Durante la estadía que tuvo Diego de Guzmán en Tamazula, por allí se le dieron noticias de una importante provincia llamada de Sinaloa, que se localizaba en la parte superior de lo que hoy día es el río del Fuerte. De ello resultó que el próximo objetivo de la expedición sería la expresada provincia de Sinaloa. Acerca de este particular don Diego se expresa, en su Relación, en la siguiente forma: "Estuve en este pueblo (Tetamochala) ocho días, por quel maíz ni sementeras no bastaban para poder invernar; y tube noticia de Cinaloa el río arriba, dos jornadas, y demás bastimento". A continuación dice: "En jueves, veinte y cinco de Julio, tomé por guía un indio de los que se tomaron en Tetamochala, y fui en demanda de Cinaloa; perdióse el camino á una legua; dijo el guía que no había camino, entre los cuales se hallaba un indio, porque desde Petatla y hasta aquí, hablaba con tres lenguas; hubo aguajes".

En la relación del viaje, entre Tamazula y Cinaloa, se rompe la continuidad y la exactitud de la cronología; pues se advierte en la "Relación" de Guzmán, una falla u omisión de una semana completa, así como un pequeño desajuste, en la correlación que deben tener las fechas cifradas con los días de la semana. Existe también un desconcierto de fechas, compaginando las de la "Relación" con las que se asientan en las actas levantadas con la intervención del escribano Andrés Alonso. Pero el dato que sí pudiera tomarse como verídico, es el de la fecha de llegada de Guzmán a la primitiva provincia de Cinaloa, que ocurrió según el autor de la mencionada Relación el día 3 de agosto, puesto que de ahí en adelante el registro cronológico consignado en el documento tantas veces citado, es rigurosamente exacto.

Así es que, el domingo 3 de agosto de 1533, a la hora de vísperas, o sea la del crepúsculo vespertino, el pendón español de hecho se plantaba tierra adentro, en el pueblo y provincia de Cinaloa, (región del Fuerte), por parte del descubridor Diego de Guzmán. Extraño parece que este conquistador, cuya estadía en Cinaloa fue bastante prolongada, no haya tomado posesión, con las formalidades acostumbradas, de la provincia y del río imponiéndoles nombre alguno, como lo hizo en Tamazula y más adelante en los ríos Mayo y Yaqui, según consta en las

actas respectivas. Debió sin duda haberlo hecho o en efecto así lo hizo; pero no se tiene noticia alguna de ello, en virtud de que o el escribano Andrés Alonso no levantó el acta relativa, o se extravió el documento y se ignora su existencia.

El Cap. Guzmán hace el relato de su entrada a la provincia de Cinaloa, en los términos que a continuación se reproducen: "En domingo, a la hora de vísperas, llegué a unas sementeras de maizales un poco adelante; vi. en un alto el pueblo y junto a él estaba en un rancho (casa) mucha gente; cerca del camino por do iba, había un escuadrón de gente, y al tiempo que quise llegar, comienzan a huir; ansí hicieron los que estaban en el cerro; llegado que fui al pueblo no hallé gente; hallóse maíz seco, frijoles no mucho; era pueblo de ciento cincuenta ranchos de petates; estaban todos juntos; tienen unas enramadas pequeñas; eran mejores ranchos que los que hasta aquí había; había muchas sementeras río abajo y arriba estaban en elote mucha parte dellas; aquí me pareció que con lo poco de maíz que se había hallado y el respeto de las sementeras, que podría invernar".

Dejemos por el momento la "Relación de Diego de Guzmán" y veamos ahora el relato que en una forma más fluida y amena hace la "2ª. Relación Anónima", con respecto a la llegada de los españoles a la provincia de los sinaloas y de los sucesos registrados durante la permanencia de aquellos en dicha provincia indígena.

"Desde esta provincia de Tamachola, fuimos por el río arriba treinta leguas hacia la cordillera de las sierras, que es su nacimiento, porque tuvimos noticia de que había muy gran poblado é muy buena tierra,; y habiendo andado treinta leguas, dimos en una provincia que se dice Cinaloa, en la cual habrá veinte ó veinte é cinco pueblos, de á ciento y de á doscientas é trescientas casas de aquellos petates o esteras. Llegaríamos allí a medio día, é habíamos andado bien seis leguas, porque como era despoblado é tierra llana é ir a la ligera, caminábamos muchos; y como los indios nos habían ya visto, algunos que andaban desmandados á caza fuera de lo poblado habían dado mandado; é hallamos fechos tres escuadrones a la entrada del primer pueblo, fuera de él a un cabo; y estaban tan callados, sin hacer visajes, ni dar gritos como suelen hacer otros

indios, que nos admirábamos dello, y por llevar los caballos fatigados del gran sol que hacía, porque esta tierra es muy caliente, y ser en la fuerza de la siesta, nos pareció que era bien no acometerlos, si ellos no nos acometían, y así pasamos por medio dellos con nuestro fardaje y gente de pié; sin acometerlos ni que ellos nos acometiesen, y nos entramos al pueblo; y los indios se estuvieron un rato como espantados, y después movieron sus escuadrones, y se fueron el río arriba, y aquel día dormimos con buena guarda y recado, á las velas de pié prendieron cinco ó seis indios aquella noche, porque ellos mismos se venían á las manos para entender y saber qué gente éramos y lo que queríamos, para llevar razón a sus caciques; entre los cuales se tomó un indio que después pareció ser cacique, ó capitán, o persona muy principal dellos".

"Otro día para ver la tierra e ver lo poblado que había, salí --refiere el autor de la Anónima-- con ocho de á caballo é con ocho ó diez peones, el río arriba por un camino por donde los escuadrones habían ido, el cual dejaban tan ancho como un juego de bola, porque la gente según pareció iba en su orden y hecho su escuadrón, é la cantidad de la gente era mucha, porque como los escuadrones pasaban por aquel poblado, salían siempre muchos indios; é á tres leguas que había andado, habiendo pasado ya por tres ó cuatro pueblos y todos los hallé despoblados, llegué a otro pueblo, é allí prendiese un indio, y paréme a informarme de él, é por dónde iba aquel golpe de gente, para ir a dar en ella; diciéndome el indio que cerca de allí estaban en un llano todos juntos, eché menos un español que faltaba de los de á pié, é así me ocupé en buscarlo, porque como éramos pocos é los indios no se encarnizasen en nosotros, tenía muy gran pena por el que faltaba y dejé de pasar adelante; é fue que lo quiso Dios encaminar, porque si pasara é diera en la gente, no pudiera dejar de correr muy gran riesgo, yo é los que conmigo iban, por ser la cantidad de la gente que estaba junta más de veinte mil hombres, y tan grandes flecheros como son, que dudo en todas las indias haber otros tales, é así lo tuvimos todo por misterio, según después vimos; y de aquí me volví al real, y hallé al español que se había perdido, que según parece en el primer pueblo que di se había desmandado y se había vuelto".

"Con este indio que yo en esta jornada prendí, se enviaron a llamar de paz a los caciques, é vino uno é trajo consigo setecientos y tantos indios todos en hilera, sin traer ninguna cosa en las manos, más de una caña verde cada uno con sus hojas delgadas, y en llegando á donde estábamos la ponían una sobre otra en el suelo, y esto era en señal de humildad, porque entre ellos acostumbraban venir de esa manera. Después de haber llegado todos y héchose una rueda dellos, soltáronse los que estaban presos, entre los cuales estaba uno de los indios, que todos estaban en cuclillas, y empezó a hablarles una habla que duró mas de una hora, en que preguntando yo a la lengua, que era lo que aquel decía, respondió que decía á los indios la grandeza de los españoles, é que se juntasen todos é volviesen a sus casas, é muchas otras cosas".

"Después de haber estado en esta plática, los principales dijeron que para poder mejor servir, querían estar cerca de los cristianos, que dónde tenían su asiento; y el capitán les mandó donde ellos quisiesen á una parte del pueblo, y así se pusieron en otro cuartel junto á nosotros, é fueron é trujeron a sus mujeres é hijos é otra más cantidad de gente. Estos indios, é los que entraron secretos, estando allí é viéndonos descuidados podían dar en nosotros su color de amistad, y así estuvieron allí más de treinta días, porque como entraron las agua de golpe, estuvimos en este asiento más de cuarenta días, que no hizo tiempo de poder salir de allí. La orden que estos indios tenían en hacer su guarda era esta: cada cuarto velaban cincuenta indios dellos con sus arcos y flechas en las manos, y éstos estaban uno delante del otro, la rodilla hincada en el suelo, y una flecha puesta en el arco armado a los pechos, para estar presto a tirarle, y rendían cuando los españoles".

"Vista esta orden y celosos de lo que había sucedido, y la mucha gente que allí estaba y orden que tenían, y los pocos que nosotros éramos, nos mirábamos mucho, y que cada cuarto rondaban dos de á caballo, por manera que nunca los indios vieron lugar para que oviese efecto su mala intención, y ansí acordaron un día de irse, visto cuán poco les aprovechaba su diligencia, y la noche antes enviaron sus mujeres y mucha parte de los indios, y otro día en amaneciendo, los indios que quedaban arremetieron a huir para un monte que cerca de allí estaba; é visto que huían sin saber por qué, cabalgamos algunos de á caballo, é se tomaron algunos,

que se supo el secreto de que tengo dicho. Estos indios sirvieron tan bien de caza, é palomas, é tórtolas, é liebres, é otras cosas que mataban con los arcos, que mantenían toda la gente del real. . .".

Para terminar, cogeremos nuevamente, una vez hecho el paréntesis anterior, el hilo de la interesante "Relación de Diego de Guzmán", cuyo autor, después de asentar lo referente a la fecha de su llegada --3 de agosto-- a la comarca de los sinaloas, prosigue con las anotaciones de los diarios sucesos referentes a la consabida expedición.

"En lunes, adelante, fueron a recorrer el río arriba gente de a caballo, y hallaron unas estancias de petates, y sementeras muchas; tomóse un solo indio, al cual pregunté que porqué habían huido, que yo no les quería hacer mal, y que los fuese a llamar, que no toviesen miedo; que si no venían yo los buscaría, y que viniesen otro día con la respuesta a la hora de vísperas y que él fuese a llamarlos. Este día que fue este indio, se tomaron en la vela dos indios, á los cuales pregunté amenazándoles que buscaban, decían que no querían sino habernos, venido el día, solté el uno y que fuese á llamar la gente y viniese aquel día á hora de vísperas. Este día a la hora de vísperas vino el indio primero que embié, y con él seiscientos hombres, cada uno con una caña en la mano mondada; venían en carnes; el cabello que les llegaba a la cintura; á los cuales les hablé, que yo venía para ser su amigo y no para hacerles mal; que no toviesen miedo y que llamasen a todos los comarcanos para que hiciesen lo mismo que ellos, y que si tenían guerra con algunos yo les ayudaría; dijéronme ellos llamarían los demás; y que dos jornadas adelante había un río pequeño y un poblado que se llamaba Mayomo; que al tiempo que me quisiese ir, que se los dijese, porque querían ir allá y que se apercibirían, y que ellos se querían ir; que otro día venían con maiz y frijoles y que se querían venir hacer sus casas; que yo les señalase do quería que estubiese".

"Otro día martes, en la tarde vinieron y trajeron maiz, frijoles no mucho, dijeron que al presente no tenían más, que otro día traerían sus mujeres.

"Miércoles, adelante, volvieron con sus mujeres y petates; díles un lugar que me pareció, velándome de día y de noche; estubieron obra de diez días; durante este tiempo traían yerba para los caballos, y venados;

no consentí que se les tocase en los maizales; hablándoles siempre perdiesen el temor; parecíame que según el principio de cada día, había menos gente; preguntándoselo, decían que andaban en los maizales".

"En lunes, diez y nueve de agosto, por la mañana, comenzaron a meterse en el arcabuco y á huir; y por causa del arcabuco no se pudo tomar gente; tomóse alguna, preguntándoles por qué se habían ido, dijeron que porque otros indios los amenazaban, porque eran amigos de los cristianos; tornélos a enviar a llamar con un indio de los que se tomaron; no volvió más; es gente que viste pellejos; alcanzan poca ropa, y de á manera de cáñamo".

"Luego sobrevinieron las aguas muy recias; no se pudo correr tierra; en este tiempo embié gente de a caballo, el río arriba, fueron cinco leguas; estaban luego las sierras".

"De la tierra adentro, siempre tube aviso de saber, no pude tener noticias, sino que todo era sierras; estuve en este pueblo desde tres de Agosto hasta diez y siete de Septiembre". Indica este párrafo de la "Relación de Diego de Guzmán", de una manera precisa, que la permanencia de los iberos incursionistas en la provincia indígena de Cinaloa o en el pueblo de este propio nombre fue de 45 días; presencia que sin duda no sería de satisfacción, beneficio y felicidad para estos indios, sino motivo de vasallaje, servidumbre, agravios, congojas y hasta despojos, circunstanciales".

DESCUBRIMIENTO DEL RÍO MAYO.

Una vez que el descenso de las aguas broncas del río permitió a los españoles movilizarse, procedió el Capitán a reanudar su marcha a lo largo de la rampa costanera, hacia tierras sonorenses. Guzmán precisa la fecha de su partida del Cinaloa indígena, cuando expresa; "En miércoles diez y siete de Septiembre, después de medio día, pasé el río en balsas, para ir en demanda de otro río". Este río era el llamado Mayomo o Mayo en territorio sonorense.

Al día siguiente, primero de las cuatro témporas de la Santa Cruz, se formalizó la marcha y en dos jornadas llegaron a un pueblo llamado Teocomo, situado seguramente sobre la orilla del arroyo de Álamos, en la parte arribeña. Pueblo "en el cual no se halló gente; estaba, poco ha-

bía, alzado; tomóse un indio; hallóse maíz poco; pasa junto a un arroyo grande que nace de una sierra; allí junto había en él algunos maizales, y la avenida lo había llevado".

Avante por su derrotero y guiado por un indígena, traspuso en cuatro jornadas un camino "áspero de piedras y escaso de aguajes" y llegó al río Mayomo y pueblo de su mismo nombre. Fue la llegada el 24 de septiembre: "En miércoles a medio día, llegué al río sin ser sentido; dí en el pueblo; no esperaron; tomóse alguna gentes; es río pequeño; tiene mucha arboleda, muchas vegas de sementeras. . . Hallóse en este río mucho maíz seco; embié a llamar los indios de paz; no vinieron; estuve en este pueblo cinco días, porque aquí se mataron los puercos, porque antes no hubo disposición por falta de sal; el poblado deste río es a trechos, el río debajo de una banda y otra".

Con mayores detalles, habla el autor de la "Segunda" de las anónimas, del suceso de la llegada de los expedicionarios al río Mayo; "Desde que las aguas ovieron aplacado algo, pasamos este río de Tamachola é anduvimos treinta leguas por tierra despoblada é sin camino, la vía del Sur, en que no fallamos fuente ni arroyos ninguno, porque esta tierra como es llana es muy seca, si no es algunas lagunas que habían quedado del tiempo como llovia replena el agua, y de aquella bebíamos; é ansí llegamos á otro río que se dice Mayo, el cual estaba menos poblado que este Cinaloa, aunque había un buen pedazo de poblazón. Estos indios hicieron alguna muestra de aguardar de guerra, é salieron algunos a flechar lo cristianos; más luego huyeron, é ansí entramos la tierra é nos entramos en un pueblo. La gente deste río es del mismo arte de la de Cinaloa, y de la misma lengua, é ansí tienen las comidas é todo lo demás. Aquí acordamos los puercos que llevábamos vivos, por ir más a la ligera hacerlos tocinos; y como hacía calor por habernos bajado a la mar, y ellos ir gordos, se ahogaban. Los hicimos tocino, los cuales no poco provecho nos hicieron, porque si no fuera por ellos, dudo yo poder vivir los cristianos, porque no había otra comida sino maíz é frisoles: aunque había alguna caza en los campos, no había con que matalla, y no había espacio".

Al llegar al Mayo, Diego de Guzmán tomó posesión del río y de los pueblos de la región, con las formalidades de estilo. En testimonio de lo

cual se levantó el acta que a continuación se transcribe: "E después de lo susodicho, en veinte é nueve del mes de Setiembre de dicho año, de mill é quinientos treinta é tres, en presencia de mí, el dicho Andrés Alonso, escribano, el dicho señor Diego de Guzmán, capitán, llegó a un río questá cuarenta leguas más o menos de dicho río de Tacumachala, del lugar donde el dicho señor capitán tomó en él la posesión, el cual puso por nombre río del Señor San Miguel; y entró en el con su gente á caballo, y tomó en él y dél la posesión en nombre de dicho señor Gobernador, por su magestad y por él, de tos los pueblos que río arriba é abajo había, é en señala de posesión tomó agua dél, é bebió, é cortó con la espada, de un árbol, una rama; é pidió a mí, el dicho escribano, se lo diese por testimonio, como pasaba. Testigos que fueron presentes, Pedro de Soto, é Juan de Sosa, é Alonso de Arroyo, é Juan Delgado, é Juan Ruiz, é Cristóbal Hernández, é Luis Nexía de Ávila; é yo el dicho escribano fui presente con los dichos testigos é todo lo que dicho es, en testimonio de lo cual fice aquí este signo mío, que es á tal. En testimonio de verdad. Andrés Alonso por su Majestad. Hay un signo. Entre dos rúbricas".

"Tomé posesión deste río de Mayomo --expresa don Diego--, por su Magestad y por el ilustre señor Nuño de Guzmán, Gobernador de la Nueva Galicia; puse en este pueblo una cruz; llamóse este río de San Miguel".

DESCUBRIMIENTO DEL RÍO YAQUI.

Cuando se encontraba en Mayomo, el Cap. Guzmán tuvo noticia, de que más adelante había otro río mayor y un pueblo que se llamaba Nebame. Se trataba del río Yaquimí o Yaqui, al cual llegó, después de haber partido de Mayomo el día primero de octubre, el sábado 4, día de San Francisco. Al cruzar el río llegó a una estancia de 30 casas de petates con unas pequeñas enramadas, abandonadas por sus moradores. Y al continuar avanzando el Capitán río abajo, hacia donde estaba lo poblado, tuvo que enfrentarse a unos escuadrones de yaquis, acometiéndolos tras de haberles asestado un tirillo con el cañón de campo que llevaba y de haber dado a sus hombres el grito del Santiago. "Estos indios pelearon tan bien é tan animosamente --asienta en su "Relación" Diego de Guzmán-- como he visto á indios después que en las indias estoy, é a ninguno he visto pelear

tan bien como ellos, é si no los tomáramos en tierra tan llana y apacible, nos hicieran muy mayor daño del que nos hicieron, aunque fue harto, que hirieron doce caballos é mataron uno, é no llevábamos sino diez y siete por todos, y con la ayuda de Dios los desbaratamos, é nos volvimos á aposentar al pueblo que primero habíamos hallado, donde se curó de los cristianos, que había cinco o seis heridos, é de los caballos. Este río es muy poblado y de mucha gente, y los pueblos del arte de los de Cinaloa, y de Mayon, aunque son mayores y de mas arte".

A la vez que dicho capitán español tomaba posesión del río Yaqui, inquiría por noticias de otro nuevo y de las condiciones de la tierra adentro: "En este tiempo, siempre procuré por noticias de otro río, y de la tierra adentro de los indios que se tomaron el día de la refriega, no supe más el río arriba, dos jornadas, estaba Nebame; porque este río poblado, do fue la refriega, llámase Yaquimí. Tomé la posesión de este río por Su Magestad y por el ilustre señor Nuño de Guzmán, Gobernador de la Nueva Galicia; puse en el pueblo Cruz, llámese el río San Francisco; es mejor que ninguno de los otros".

Da crédito a este descubrimiento y al nombre impuesto al río, el acta del escribano Alonso, que dice; "E después de lo susodicho, en cuatro días del mes de Octubre, año susodicho de mill é quinientos é treinta é tres años, en presencia de mí el dicho escribano, el dicho señor capitán llegó a un río, donde estaba una provincia que se llamaba Yaquimí; al cual el dicho señor capitán, en nombre del cual dicho señor Gobernador, presente, tomó la posesión del dicho río, é por él, de la dicha provincia de Yaquimí, é de los pueblos que río arriba é río abajo estaban, al dicho río puso por nombre río de San Francisco; en señal de posesión bebió el agua de dicho río, é echó mano de la espada, é cortó de un árbol una rama; é pidió a mí, el dicho escribano, se lo diese por testimonio. Testigos; Juan de Sosa, é Juan Ruiz, é Juan Delgado, é Gonzalo de Martín, é Juan de Lemos; é yo, el dicho escribano, fui presente a todo lo que dicho es, con los dichos testigos. En testimonio de lo cual, hice aquí este signo mío, que es á tal. En testimonio de verdad. Andrés Alonso, escribano por su Magestad. Hay un signo. Entre dos rúbricas".

Acudió don Diego a visitar al pueblo de Nebame (Nebome), ha-

biendo dispuesto allí, que Jorge Robledo localizara un camino de salida hacia delante. El comisionado, al no haber podido hallar ese camino por la dificultad de las sierras, volvió río abajo para buscarlo por el lado de la costa. Aquí, aparece el hilo de Ariadna que condujo al Ing. López Portillo y Weber, a descubrir quien era el autor de la llamada "2ª. Relación Anónima", que se ha venido citando.

Sirvió de clave para ello, la referencia que tanto la "2ª. Relación", como la de Guzmán hacen de la antedicha comisión que se confiriera a Jorge Robledo. En efecto, se lee en la Relación de Guzmán; "Otro día jueves embié á Jorge Robledo, con ocho de a caballo á buscar camino ó manera para poder pasar". Y posteriormente, cuando regresaron rumbo a la costa y se hallaban a dos jornadas debajo de Yaquimí, asienta; "En lunes adelante, embié a Jorge Robledo con ocho de a caballo, el río abajo, á buscar camino, porque los indios no daban noticias de otro río ni de mayor tierra". Y por su parte el autor de la "2ª. Anónima" expresa: ". . .e ansí nos volvimos (de Nebome) adonde primero habíamos tenido el real (Yaquimí), y desde allí fui yo con ocho de á caballo hasta la mar, creyendo que pudiéramos ir de luego de la costa á que pudiéramos bojar aquella sierra, é visto que no había camino é que todo era manglares é tierra muy áspera, me volví, é visto que no podíamos pasar esta cordillera sin mucho riesgo, por ser, como éramos, pocos, acordamos de volvernos a Culiacán donde llegamos víspera Pascua Navidad". De todo lo anterior obviamente se infiere que Jorge Robledo escribió la llamada "Segunda Relación Anónima".

EL RETORNO A CULIACAN.

Por falta de noticias, el Cap. Guzmán abandonó la idea de continuar explorando rumbo al noroeste la tierra incógnita que se extendía más allá del Yaqui. Y como además no encontró un sendero por donde seguir en aquellos confines y el indio nahuatlato que le servía de intérprete, murió asesinado, analizando su situación don Diego determinó y como él lo dice; "visto el mal parejo que había y faltándome la lengua, acordé dar la vuelta".

Emprende pues la hueste de don Diego (el 2 de noviembre y no

el 2 de octubre como por equivocación manifiesta y lo asienta en su "Relación" éste conquistador) su retorno hacia Culiacán, más no por el derrotero que había seguido desde Tamazula hasta Yaquimí, sino por otro que se abajaba del anterior, algo más próximo a la costa. Llegaron al río de los mayos y después de haber explorado la tierra hasta la desembocadura de dicha corriente, ascendieron por la vega hasta el pueblo de Mayomo. De este lugar el Capitán mandó gente de a caballo a explorar diez leguas de tierra arriba, distancia en la que ya se alzaban las sierras.

El día 20 se continuó la marcha hacia el sureste, al cuarto día tras de una camineta de 16 leguas, los expedicionarios arribaron de nuevo al arroyo de Teocomo (arroyo de Álamos), pero a su parte inferior. El 24, cubierta una jornada de cuatro leguas, dieron con una ranchería, en la que encontraron maíz, la que se hallaba situada sobre la vega del mismo arroyo, en la proximidad de su aquel paño; dijeron que era mayor; y que otros indios habían llevado lo demás, y por la mar habían venido allí algunos cristianos, señalaron que en una casa de madera venían y que se habían vuelto; que cinco jornadas de allí (a 20 leguas tal vez) estaba un pueblo que se llamaba Crumeme, en el cual habían muerto confluencia con el río del Fuerte.

Hallándose en esta ranchería, don Diego mandó hacer una exploración hacia la costa, presuntamente la costa ahomense; "En martes (día 26),adelante, fue gente de caballo y de pie a la costa y dieron en unos ranchos (es decir, casas) que estaban junto á la mar; tomóse poca agente; hallóse en poder de los indios un pedazo de paño azul y una sarta de clavos de cintas que traía una india al brazo; preguntéles porque eran algunos lenguas hurabas, puesto que no se entienden con los dos de tierra adentro; preguntéles donde habían habido quince cristianos, que los habían tomado durmiendo; y que allá estaban las armas y las ropas, estuve en este arroyo de Teocomo, desde el domingo que llegué, que fueron veinte y tres de Noviembre, hasta veinte y ocho". Según la versión procedentemente transcrita, a su regreso del Yaqui y en su cruce por el río Cinaloa (o sea el del Fuerte) los españoles obtuvieron, con evidencias positivas, la revelación de un hecho tan sensacional como lo fue el trágico fin que, en la desembocadura del río de Tamazula, tuvo a

manos de los indios la marinería del "San Marcos", una embarcación de la época, tripulado por el Cap. Diego Hurtado.

El 29, víspera de San Andrés Apóstol, don Diego de Guzmán, prosiguió su marcha y al cabo de tres jornadas de camino, llegó al río de "Santiago" (o sea el de Tamazula) y se colocaron, sobre la ruta que en parte habían recorrido los mismos expedicionarios, al ir de Tamazula a Cinaloa. Con su laconismo acostumbrado, Guzmán puntualiza su itinerario: "En sábado (día 29) adelante, víspera de San Andrés, partí; hice jornada cuatro leguas; hubo aguajes. En lunes, primero de Diciembre, llegué al río Santiago; media legua antes, entra el arroyo de Teocomo (geográfica y cronológicamente no es posible que se trate del Teocomo, sino del arroyo de Ocoroni, que desemboca en dicho río); en él hice jornada cuatro leguas; hubo aguajes. En martes, tomé el camino que traje al tiempo que iba; fue la jornada cuatro leguas. En miércoles, fue la jornada en Tetamochala (Tamazula), donde estube al tiempo queiba.

Aquí en Tamazula: "...tomóse poca gente; hallóse un indio, lengua huraba, al cual pregunté si habían visto cristianos; y dijo que en Crumeme habían estado quince, y que uno se había muerto; un cuchillo que se halló en este pueblo, al tiempo que pasé, se le hice mostrar, el cual, como le vió conocióle y dijo como los habían muerto durmiendo; y que había dos jornadas a Crumeme; estuve aquí hasta el lunes"

Sucedió que, el 30 de junio de 1532, el Cap. Diego Hurtado (no se diga Hurtado de Mendoza), había zarpado del puerto de Acapulco, en dos navíos construidos y armados por su primo don Hernán Cortés, para ir a descubrir en la Mar del Sur, la renombrada y utópica isla de la Especiería. Los navíos eran el "San Marcos" y el "San Miguel", el segundo de los cuales, por el mal tiempo y por insubordinación de la marinería, se quedó en el valle de Banderas, Jalisco. El "San Marcos" continuó navegando y se internó en el Golfo de California, en cuyas aguas bermejas navegó hasta los 28 o los 30 grados de latitud. Viniendo de vuelta de esa altura, la imperiosa necesidad de proveerse de agua y bastimentos fue la causa por la cual Diego Hurtado determinó fondearse en la boca del mencionado río de Tamazula, que es actualmente el de Sinaloa. Al desembarcar e internarse a tierra tanto él como sus hombres hallaron su infortunio, recibiendo la

muerte de manos de los indios, en la forma que se encuentra relatada en la "Segunda Relación Anónima", y que es como sigue:

"En este río de Tamachola, hay buenos pueblos é mucha gente... En este río mataron á un capitán que se decía Hurtado, que el Marqués del Valle envió desde México a que descobriese aquella costa para cuando el fuese con la armada que hizo después. Matáronle de esta manera: que el llegó a la boca del río, é traía necesidad de bastimento, é salió del bergantín con la gente que llevaba en él, que sería hasta quince o veinte hombres, é siguió el río arriba porque halló señales de indios en la costa, é por el rastro de los indios vino a sus pueblos, é como venían ganosos de comer é de reposar en tierra, descuidáronse en estar apercibidos, y en aquella noche que durmieron en tierra, los indios dieron sobrellos, é matáronlos, que no quedó ninguno; y ansí fueron a un español o dos que quedaron en guarda del bergantín y también los mataron. Por manera que no ovo quien llevase la nueva".

Sin vacilar y con el mayor empeño, el Cap. Guzmán hizo cuanto le fue posible por localizar y llegar al sitio de la matanza: Crumeme. Pero fracasó rotundamente en ese propósito. Aunque, sin embargo, en unos campos de maizales, a los que nombraban Balaguito, encontró en poder de unos indios un cuchillo, un punzón, una almarada, un martillo, una lima, una escofina y una sarta de cintas, objetos delatores de la veracidad de la tragedia.

Concluida toda esta faena, la expedición partió de Tamazula para Culiacán, el martes 23 de diciembre, y "en jueves, día de Navidad, fué la jornada en el arroyo que halló Sebastián de Bora". Cuando ya estaban por llegar al río de Culiacán, el Capitán, tomó la delantera a su gente, a fin de proveerse de comida en el valle, donde halló sublevados a los naturales. Al día siguiente, o sea el penúltimo día del año de 1533, los restantes expedicionarios hacían su entrada a dicho valle, con lo que tocó a su fin este importantísimo evento de los descubrimientos territoriales en el Noroeste y en el cual justamente se emplearon ciento ochenta días. Se había logrado agregar un tramo más, desde Culiacán hasta el Yaqui, a la vía caminera que posteriormente anduvieron en parte los náufragos de la Florida que llegaron a Sinaloa, y que recorrieron y ampliaron más

tarde Fray Marcos de Niza y el conquistador Francisco Vázquez de Coronado; ruta por la que anduvo después Francisco de Ibarra y que repasaron los misioneros hasta llegar al lejano confín de la Alta California.

LA ILUSIÓN DE CÍBOLA. CABEZA DE VACA.

La súbita aparición, en el noroeste de la Nueva España, de los capitanes españoles Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Alonso del Castillo Maldonado y Andrés Dorantes y con ellos el negro alárebe Estebánico (esclavo de Dorantes), en 1536, por lo que en seguida habrá de narrarse lo que causó enorme sensación en el ambiente hispano de la Colonia, tanto en la capital del virreinato como en la jurisdicción de la Nueva Galicia. Se trata de las cuatro únicas personas que sobrevivieron del naufragio que, en 1528, acabó en La Florida con la armada del adelantado Pánfilo de Narváez, en la cual Cabeza de Vaca fungía de tesorero y alguacil mayor.

Al ocurrir este desastre, azarosas circunstancias contribuyeron a fundir, en uno sólo, el destino de aquellas cuatro vidas, en una de las más intensas, extraordinarias y dramáticas de las odiseas históricas. Soportando necesidades y angustias, extraviados y soportando mil peligros, hubieron de entregarse al vaivén de la suerte en su larga permanencia entre gentes salvajes y en la tebaída de un dilatado territorio, impresionantemente los odiseas lograron, al fin, librarse de la asechanza y el desconcierto,

En ocho años, sin noción alguna del tiempo que transcurría, ni conocimiento ninguno de la tierra por la que transitaban, pudieron ellos salvar nada menos que la distancia que media entre las costas de La Florida y las del Golfo de California. Por largo tiempo vivieron infortunios y peripecias, acabando por convivir con los salvajes. Pues, por donde anduvieron, lograron asombrar a los indios con algunas de sus artes manuales y con eficaces curaciones que les hacían; además, a base de trato generoso para con ellos, llegaron a granjearse su simpatía, al fin de cuentas las tribus salvajes acabaron por brindarles protección y hasta reverenciarlos, en gran parte del trayecto. De esta manera pudieron librarse de una muerte segura y consumar la realización de tan largo y no concebido itinerario,

a cuya proeza contribuyó la confianza que, inspirada por su claro sentido geográfico, tenían estos náufragos que, caminando sistemáticamente hacia el poniente, al fin y al cabo habrían de llegar a la Mar del Sur, donde podrían encontrar españoles, como en efecto sucedió.

Eternidad para los cuatro infortunados debió haber sido su travesía por la soledad de las vastas llanuras de Texas, pero llegaron al río Bravo. Salvaron sierras, cruzaron el río, siempre en compañía de indios, y se internaron en la zona de las "casas grandes". Al cabo de tres días -refiere en su narración el propio Cabeza de Vaca--, "Vino Castillo a donde nos había dejado. . . y dijo como había hallado casas de gente y asiento. . . . atravesamos el río. . .hallamos casas de asientos donde había mucho maíz allegado. . . y pasamos más de cien leguas de tierra y siempre hallamos casas de asiento y mucho mantenimiento de maíz y frisoles, y dábannos muchos venados y mantas de algodón, mejores que las de Nueva España". Cuando se hallaban, tal vez, a la altura de Nuevo México, los indios trataron de conducirlos hacia el norte, po el camino y llanos de las "vacas" (bisontes); pero esto no les pareció y optaron por seguir el "camino del maíz", que iba hacia la puesta del sol, y a ello gracias llegaron al valle de Sonora, donde los ópatas se hallaban establecidos.

Según Bolton, a partir del mencionado valle de Sonora, continuaron avanzando por el cañón del río, que lleva ese mismo nombre y emergieron en un pueblo situado debajo de la corriente, cercano a Ures y habitado por los pimas bajos, que eran de diferente cultura que los ópatas. En este pueblo pima de los naturales obsequiaron a Cabeza de Vaca, unas esmeraldas; y a Dorantes, 600 corazones de venado, lo que dio mérito para que los náufragos dieran al lugar indicado, el nombre de Pueblo de los Corazones.

Escoltados, como en las otras comarcas, por nutridos grupos de indios, Cabeza de Vaca y sus compañeros de odisea reanudaron su peregrinaje, y llegaron a la región del Yaqui. Por allí vio Castillo, al cuello de un indio, una hebilleta de talabarte de espada, y cosido a ella un clavo de herrar, investigaron y supieron, por revelación de los naturales, que hasta aquel término habían llegado por mar, unos hombres barbados, como los propios náufragos de esta relación, y que se habían vuelto a

la mar (dando a entender que en un barco) donde después por cima los vieron a la puesta del sol. Semejantes noticias y hallazgos constituían, desde luego para los barbados, la primera evidencia de que hasta la tierra yaqui, en la cual se hallaban, habían llegado españoles, más a poco quedaron enterados de otra nueva, la de que por ahí habíoan estado otros cristianos, que sembraron el terror y la desolación.

Noticias tan desagradables, referentes al mal comportamiento de los españoles que habían merodeado por el Yaqui, alarmaron sobremanera a los indios que venían de acompañantes de los odiseas de La Florida; pero éstos los tranquilizaban; y nosotros les decíamos que los íbamos a buscar para decirles que no los matasen ni tomasen por esclavos, ni los sacasen de sus tierras, ni les hiciesen otro mal ninguno. Y de esto ellos holgaban mucho.

No sin honda pena para los peregrinantes, pudieron estos darse cuenta de las atrocidades cometidas por sus bárbaros compatriotas, en aquella provincia: "Anduvimos muy gran lástima viendo la tierra muy fértil, y muy hermosa, y muy llena de aguas y de ríos, y ver los lugares despoblados y quemados, y la gente tan flaca y enferma, huída y escondida toda; y como no sembraban, con tanta hambre, se mantenían con cortezas de árboles y raíces. . . Y aun contáramos como otras veces habían entrado los cristianos por la tierra, y habían quemado y destruido los pueblos y llevado la mitad de los hombres y todas las mujeres y muchachos, y los que de sus manos habían podido escapar andaban huyendo. . ." De tan siniestra obra fueron sin duda autores los capitanes Diego de Alcaraz y Lázaro de Cebreros, quienes según constancia de Cabeza de Vaca andaban a caza de indios, a los que ponían bajo cadenas y eran remitidos a los reales de minas, ya que ahí los cotizaban. Si anteriormente a Diego de Alcaraz le ocurrió alguna iniquidad, el responsable de tales hechos debe ser Diego de Guzmán; más en cuanto a ello, parece no existir noticia específica alguna.

Tan hondamente agraviados se hallaban los naturales de las provincias costaneras por donde pasaban, respecto de las incursiones de los cristianos, que justificadamente abrigaban los náufragos el temor de que sobre ellos ejercieran su venganza los indios. Pero con el buen trato

que para esas gentes usaban, así como por el prestigio de taumaturgos de que venían auroleados, hubieron de captarse también la adhesión y respeto de los comarcanos, "por donde claramente se ve que estas gentes todas, para ser atraídas a ser cristianos y a obediencia de la imperial Magestad, han de ser llevados con buen tratamiento, y que este es camino muy cierto, y otro no". Aquí se expresa, evidentemente, la voz del convencimiento y de la experiencia.

Reconfortados de ánimo los náufragos, puesto que ya vislumbraban el final de su torturante situación, continuaron su viaje tras las huellas, aún frescas de los soldados. Por lo que fueron encontrando, de distancia en distancia, las estacas en que éstos persogaban a sus caballos". . . y el placer que de esto sentimos júzguelo cada uno cuando pasare el tiempo que en aquella tierra estuvimos y los peligros y trabajos que pasmos.

En pos de los rastros llegaron hasta las sierras, a un sitio que distaba sólo tres jornadas de aquel donde los soldados se encontraban. Por consiguiente y sobreponiéndose a los demás, en compañía de quince indios y de Estebanico, rindió desmedidamente una jornada de nueve leguas. Pero no fue sino hasta por la mañana del día siguiente, cuando dio alcance a cuatro españoles de a caballo, "que recibieron gran alteración de verme tan extrañamente vestido y en compañía de indios. Estuviéronme mirando mucho espacio de tiempo, tan atónitos, que si me hablaban, ni acertaban a preguntarme más". Se ha dicho, creo que más bien por suposición que por prueba documental, que Cabeza de Vaca, pasó el río del Fuerte a la altura del pueblo de Baca. En cuanto al encuentro del mismo personaje con los cuatro soldados españoles, el Lic. Eustaquio Buelna considera que fue en el rancho de Los Ojitos, ubicado en el distrito del Fuerte.

" Yo les dije --continúa expresando Cabeza de Vaca-- que me llevasen a donde estaba su capitán; y así fuimos media legua de allí, donde estaba Diego de Alcaraz, que era Capitán; y después de haberle hablado, me dijo que estaba muy perdido allí, porque había muchos días que no había podido tomar indios, y que no había por donde ir, porque entre ellos comenzaba a haber necesidad y hambre; yo les dije cómo atrás quedaban Dorantes y Castillo, que estaban diez leguas de allí, con muchas gentes

que nos habían traído; y él envió luego tres de caballo y cincuenta indios de los que ellos traían; y el negro volvió con ellos para guiarlos, y yo quedé allí y pedí que me diesen por testimonio el año y el mes y día que allí había llegado, y la manera en que venía, y ansí lo hicieron. De este río hasta el pueblo de cristianos que se llama San Miguel, que es el de la gobernación de la provincia que dicen Nueva Galicia, hay treinta leguas".

"Desde aquí, que se llama río Petután, hasta el río a donde llegó Diego de Guzmán (que es el Yaqui), puede haber hasta él, desde donde supimos de cristianos, ochenta leguas. . .". Evidentemente pues, se encontraban en el río Petatlán, nombre que quizás desde ese tiempo se aplicaba al río de Sinaloa y que originalmente debió corresponder al de Mocorito.

Cinco días después de la llegada de Alvar Núñez Cabeza de Vaca al Petatlán, arribaban al mismo lugar, Dorantes y Castillo, con una cauda de 600 indios de la Pimería Baja principalmente. El primer impulso de Alcaraz fue apoderarse de éstos indios haciéndolos esclavos, a cuyo intento con mucha decisión se opuso Cabeza de Vaca. Ahora bien, como ya se había llegado el momento en que forzosamente los náufragos tenían que separarse de sus fieles acompañantes indígenas, éstos recibieron el consejo de que se retirasen a sus pueblos, dizque llamados Apuchi y Popucha. Se desconoce la ubicación que tuvieron estos pueblos, los cuales desaparecieron en los primeros tiempos de la conquista, según se dice refundidos en el de Bamoa.

Finalmente, Alvar Núñez y sus compañeros, fueron conducidos por el Cap. Lázaro de Cebreros, del Petatlán a San Miguel de Culiacán. A recibirlos al camino ocurrió el Cap. Melchor Díaz, alcalde mayor de aquella villa y provincia. La emoción se apoderó de todos y con lágrimas se rubricó el feliz desenlace, al cual dizque muy enternecido se asoció el Cap. Díaz. En la más lamentable de las trazas, barbones, extenuados y en el rostro retratada la inconfundible expresión de agobiadores sufrimientos, aquellos héroes que triunfaron de la adversidad, llegaron a la villa de San Miguel de Culiacán el 15 de mayo de 1536. Más una vez recompuestos de su abatimiento físico y moral, se dirigieron a México a presentarse al virrey don Antonio de Mendoza y a informarle de lo ocurrido.

FRAY MARCOS DE NIZA.

Refiere un conocido historiador que, en un punto por el que pasaron, los náufragos habían oído decir a los indios "que a mano derecha había una provincia muy grande, que llamaban Tzíbola y que tenía siete ciudades cercadas, las casas muy altas, de seis o siete altos. . .; pero como los indios son arteros, no daban crédito a estos informes por ser muy pobres aquellos por donde pasaron, pareciéndoles que como era gente tan mísera, engrandecerían alguna mayor abundancia que veían en los otros".

Lo anterior revela que, al menos en parte, Cabeza de Vaca tomó con alguna reserva las noticias que hubo de conocer, que bien pronto la exageración dio púbulo a que se propalara la fementida grandeza de las tales siete ciudades, llamadas de Cíbola, abultándose además la potencialidad de riqueza de un lejano reino cuyo nombre era Quivira. Recordaremos que, como lo dice la "Segunda Relación Anónima", ya don Nuño de Guzmán sabía de la existencia de esas tentadoras siete ciudades. Las especies propaladas a la llegada de Cabeza de Vaca, agitaron en la capital de la Nueva España la idea vehemente de emprender la conquista de este vellocino de oro, siendo el propio virrey, don Antonio de Mendoza, quien más interesado y dispuesto se mostraba en acometer la empresa.

Sin embargo, quiso el Virrey, antes de entrar en acción y para mayor seguridad de un buen éxito, tener la previa confirmación de la veracidad de tales versiones; y al efecto, dio esta comisión a un fraile de nombre Marcos de Niza. Vino Fray Marcos a Culiacán, de donde el l7 de marzo de 1539 partió hacia el remoto noroeste, llevando en su compañía a Fray Honorato y como guía, al negro Estebanico. A poco enfermó Fray Honorato, no pudo continuar y se quedó en el río Petatlán.

El camino que siguieron, desde Culiacán hasta el Pueblo de los Corazones, Fray Marcos de Niza, Estebanico y los indios que llevaban de compañía, fue precisamente el que habían recorrido de venida los náufragos de La Florida. Por consiguiente y si hemos de ser congruentes, es de presumirse que Fray Marcos de Niza atravesó la corriente del río del Fuerte en el pueblo de Baca, que es por donde se supone que lo hizo Cabeza de Vaca. La gran caminata efectuada a pie por el referido fraile, se extendió hasta

los valles y desiertos de Arizona, y parece ser que estuvo a punto de llegar a Cíbola; nombre éste que parece corresponder a la región, en la cual existe aún lo que los historiadores norteamericanos llaman Pueblos".

Por el hecho, de haber intentado entrar temerariamente, el negro Estebanico a una de aquellas ciudades, cerca de la cual se dice había llegado, perdió la vida a manos de los indios. Naturalmente, pérdida tan valiosa e irreparable causó tristeza y desconcierto a Fray Marcos. A la postre sus tentativas resultaron fallidas, al tratar las versiones de Cabeza de Vaca y las noticias que por aquellos rumbos los indios le habían allegado. Y visto lo ocurrido al negro y la inminencia del mucho peligro, lejos de insistir, se contentó con divisar a distancia, desde la cima de un cerro, la ciudad de que se trata, sin desentrañar sus realidades; pero además, en nombre del emperador y del virrey, tomo posesión de aquel distante territorio, al cual dio por nombre "Nuevo Reino de San Francisco", en mérito a la Orden Franciscana, a la cual fray Marcos pertenecía.

Vuelto a México el franciscano, rindió su informe a don Antonio de Mendoza, el 2 de septiembre de 1539. Un informe tan alejado de la realidad, tan exageradamente ponderativo, con afirmaciones tan llenas de fantasía, que el virrey se sintió movido a llevar a cabo la conquista de aquel riquísimo país, asiento de las decantadas siete ciudades, de las que se afirmaba eran de mayor magnificencia que la ciudad de México.

VÁZQUEZ DE CORONADO.

Con el informe del candoroso Fray Marcos, no vaciló don Antonio de Mendoza, en enviar a la conquista de Cíbola y Quiviria, una expedición militar cuya jefatura confió a Francisco Vázquez de Coronado, por entonces gobernador interino y capitán general del Reino de la Nueva Galicia.

Para llevar a cabo la empresa, Coronado se trasladó de Compostela a Culiacán, en donde esperó el regreso del Cap. Melchor Díaz a quien había enviado hacia el norte para que reconociera el camino y lugares que la expedición habría de tocar. Una vez terminados los preparativos necesarios, en marzo de 1540, Coronado se puso en marcha con su ejército expedicionario, compuesto de 250 jinetes, 60 infantes ballesteros y arcabuceros y un millar de indios auxiliares.

El Cap. Juan de Jaramillo, cronista real incorporado a la expedición, en su "Relación a la Jornada a nuevas tierras de la Nueva España y descubrimiento de Cíbola" expresa: "Al dejar el mencionado valle de Culiacán, llegamos a un río llamado Petatlán, el cual queda como a unos cuatro días de jornada de Culiacán. Encontramos a estos indios muy amistosos y nos dieron algo de comer; de aquí caminamos a otro río llamado Sinaloa (se trata del río Fuerte) y debe haber unos tres días de jornada entre estos dos ríos. De aquí el capitán mandó a diez de nosotros, que éramos de caballería, para que camináramos a marchas forzadas al arroyo de los Cedros (principal afluente del río Mayo)". El padre Tello señala el lugar de cruce en el río del Fuerte, "a mano izquierda de donde posteriormente Francisco de Ibarra fundó la villa de San Juan Bautista de Carapoa". Acaso ese punto haya sido Sivajahui, situado río abajo en las inmediaciones de Sivirijoa, en el supuesto de que la llegada de Coronado haya sido por el camino que pasa por el puerto del Gallo.

Después de que pasaron por el río Yaqui, los expedicionarios llegaron al Pueblo de los Corazones, en el que estuvo Cabeza de Vaca, y luego subieron al valle de Sonora. En dicho valle y en un punto que los investigadores localizan entre Aconchi y Huépec, Vázquez de Coronado a su paso dejó fundada la villa que llevó el nombre de San Jerónimo de los Corazones. La fundó con 60 soldados y en ella dejó, como alcalde mayor, al nefando Diego de Alcaraz. La duración de esta villa fue completamente efímera, pues los naturales la arrasaron, dando muerte a sus pobladores en venganza del mal trato que a los indios daba Alcaraz, haciéndolos esclavos, imponiéndoles tributos y abusando de sus hijas y mujeres. Se sabe que esta villa posteriormente fue relocalizada ó vuelta a poblar por Coronado, en tierra ópata, cerca de Sahuaripa.

Las exploraciones y descubrimientos territoriales que en adelante llevó a cabo Vázquez de Coronado, abarcan una extensión vastísima. Comprende, entre otras varias, la zona de los zuñis al occidente de Nuevo México, la de los zoquis al noroeste de Arizona y el gran cañón del río Colorado, así como la de los pueblos del Río Grande; y desde Nuevo México, a través de las sierras de Texas y Oklahoma, hizo el General un

recorrido hasta el río Arkansas, en el estado de ese nombre, a la altura del paralelo 40, en pos de la quimera de Quivira.

Las "siete Ciudades", en verdad existían, no tenían sin embargo la categoría de ciudades, sino la de meros pueblos o villorrios carentes del esplendor que la leyenda les atribuía. Si, efectivamente existían algunas buenas edificaciones, grandes casas de piedra, a tres o más pisos, con buenos aposentos y corredores, más sin las ponderadas decoraciones de turquesas. Los codiciados metales, el oro y la plata buscados con ahínco, brillaron por su ausencia en Cíbola y Quivira. Obviamente la expedición había fracasado, en cuanto a su propósito o en cuanto a los resultados que de ella se esperaban, pero en cambio la geografía del país resultó gananciosa.

Como el General, se fracturó un brazo y por otra parte sentíase decepcionado después de tantos trabajos y tiempo empleados, ante la pobreza de las tierras, pueblos y gentes que visitó, optó por regresarse a México. Y en abril de 1542 se presentó ante el virrey, por quien fue mal recibido, ya que la expedición, ni siquiera sirvió para compensar los gastos erogados, que recayeron sobre el tesoro real y sobre el peculio del propio virrey.

CAPÍTULO IV
VILLAS COLONIALES
LAS FUENTES DE INFORMACIÓN

A la breve etapa inicial, en que las exploraciones o descubrimientos que hicieron los aventureros castellanos, al noroeste de la Provincia de Culiacán, le dan un lugar en la geografía y en la historia de la Provincia de Sinaloa, se sucede la etapa correspondiente a la pacificación, conquista y colonización de esta nueva área territorial y demográfica.

Pero en esta fase de nuevos acometimientos que comprende varios períodos o épocas, el proceso de colonización, aún cuando también muestra variados aspectos, modalidades y grados de intensidad en su desarrollo, en su comienzo se significa por una serie de acontecimientos dramáticos y trágicos, tanto para los indios como para los españoles. Se enfrentaban estos últimos a una empresa de la que no podían descartarse las eventualidades. Como en el caso se imponían los tiempos, las circunstancias locales y los designios, los conquistadores estaban compelidos a establecerse, a poblar su villa en el corazón de la tierra que les ofrecía el incentivo de sus minas y encomiendas, ya que sólo procediendo así podrían usufructuarlas. Por tanto, la villa tenía que ser el punto de partida, la base y la clave misma para hacer viable el éxito de las actividades que alimentaban la aspiración de riqueza y dominio, común a todos los conquistadores.

El movimiento colonizador se inició en la Provincia de Sinaloa,

con la llegada de don Francisco de Ibarra a la región del río del Fuerte, en la cual este conquistador fundó la primera villa española que existió en esta provincia y que es de histórico recuerdo. Se le dio a dicha villa el nombre de San Juan Bautista de Carapoa y estuvo emplazada en el valle de Carapoa, sitio que pertenecía geográficamente a la pequeña provincia o país que habitaban los indios a quiénes auténticamente corresponde el nombre de sinaloas. No solamente llevaba este nombre la sobredicha tribu indígena, sino que también el vocablo Sinaloa, era aplicado a su pueblo principal, a su país o comarca y a su río (el del Fuerte), en el pasado más remoto.

Apenas unos cuantos años de vida tuvo la villa de San Juan Bautista. Más el fracaso o la fugacidad de ese primer ejemplo o de tal empeño de poblar, no fue óbice para que, transcurridos unos años, otro conquistador, que por cierto había militado en el ejército de don Francisco de Ibarra y había vivido en San Juan Bautista, se propusiera insistir en la repoblación de esta villa. El nuevo poblador vino a ser don Pedro de Montoya, quien levantó su villa, con el nombre de San Felipe y Santiago, casi en el mismo sitio que había ocupado en Carapoa, su antecesora.

La villa de Montoya, tuvo una existencia más efímera y trágica que la de Ibarra; fue una nueva frustración. Pero como la provincia en general era atractiva y despertaba interés, porfiaron aquellos hombres en arraigarse al suelo, y precisamente correspondió a un grupo de los fugitivos de la extinta villa de Montoya asentar una nueva población, pero a la margen derecha del río Petatlán. La llamaron también villa de San Phelipe y Santiago de Sinaloa, la que al fin perduró y se llama hoy sencillamente villa de Sinaloa.

En los primero años de la nueva villa de San Felipe experimentó serias inquietudes, una peligrosa crisis que la puso al borde de la ruina y la despoblación. Más, una vez conjurado el problema de la inseguridad, reconquistada la confianza, y renacida la esperanza en el futuro como una consecuencia del establecimiento de una misión evangélica y de un presidio de soldados, vio la villa afirmados destinos, en su importante rango de capital o cabecera de la Provincia de Sinaloa.

Los padres encargados de la misión empezaron a trabajar, catequi-

zando en poco tiempo a los indios de las rancherías circunvecinas a la villa de San Felipe. Las armas del presidio se encargaban de aplacar los alborotos y sublevaciones de las tribus o naciones desafectas a los cristianos; por lo que no tardó en multiplicarse el número de iglesias o capillas, para una fervorosa cristiandad que ya se extendía desde el arroyo de Ocoroni hasta el río de Mocorito. Posteriormente el capitán de Sinaloa, don Diego Martínez de Hurdaide, impuso el rigor de su autoridad a las tribus belicosas y salvajes del río Zuaque, creándose de esta manera condiciones favorables para la propagación del evangelio y la erección de misiones a lo largo de dicho río.

Algún tiempo después de haberse fundado las misiones en los partidos del Zuaque, para darles protección contra las inminentes agresiones de los indios hostiles a la obra misional, y también para favorecer el establecimiento futuro de otras misiones en las tierras de los mayos y los yaquis, se hizo preciso levantar un fuerte, para alojamiento de soldados, en el río Zuaque. Se escogió el lugar del emplazamiento, río arriba del pueblo de Tehueco y del de Macori, y el constructor de la obra, que llevó el nombre de Fuerte del Marqués de Montesclaros, fue el propio capitán Hurdaide. Se construyó dicho fuerte si nó en el mismo sitio, si en lugar muy próximo al que tuvieron las antiguas villas de San Juan Bautista y San Phelipe y Santiago, en Carapoa. Y al amparo de la fortificación hubo de nacer una población de españoles, mestizos y mulatos, que llevó el nombre de villa del Fuerte de Montesclaros y que hoy se denomina ciudad de El Fuerte.

El bosquejo histórico formulado hasta este momento, con relación a las cuatro villas que llegaron a fundar los españoles en la antigua Provincia de Sinaloa, es precisamente el tema que habrá de desarrollarse con la mayor amplitud posible en el presente capítulo. Más, para abordar la tarea, es indispensable acudir en consulta a las fuentes de información histórica accesibles y más reputadas. Por fortuna se dispones para este fin, de buenas aunque bien pocas fuentes informativas, entre las que se cuentan las que a continuación se enumeran.

Entre las fundamentales, atañedera en buena parte a San Juan Bautista de Sinaloa, cabe señalar en primer término la “Historia de los

Descubrimientos Antiguos y Modernos en la Nueva España”, escrita por Baltasar de Obregón. Dicha población aparece en esta obra con el nombre de villa de Cinazo, y de igual manera se le denomina al río y a la provincia en que se hallaba ubicada. Supongo que el nombre indígena original haya sido Cinnaroa, de donde procede por alteración fonética el término Sinaloa y asimismo por apócope el de Cinaro empleado por Obregón. El manuscrito a que corresponde la edición del libro está fechado en 1584 y constituye el informe que su autor, Baltasar de Obregón, rinde en su calidad de vasallo leal, caballero e hijosdalgo al servicio de la Corona, a su Sacra Cesárea Católica Magestad Felipe II, con respecto a los descubrimientos realizados al norte y noroeste de la Nueva España. Se mencionan entre esos descubrimientos los de Francisco Vázquez de Coronado; y en cuanto a los que ameritan nuestro particular interés, por convenir al tema, ahí aparecen relatadas las conquistas, fundaciones y demás trabajos que llevara a cabo el fundador de la villa de Cinaro, don Francisco de Ibarra.

El manuscrito de que se habla, lo encontró en el Archivo General de Indias que se encuentra en Sevilla, el historiador mexicano P. Mariano Cuevas, quien lo trajo a México, ya paleografiado. La edición se hizo en 1924, por la Secretaría de Educción Pública, y lleva un prólogo del padre Cuevas, según el cual Baltasar de Obregón, fue el primer historiador mexicano que surgió en la Nueva España, y nació a principios de 1544 en la ciudad d México, habiendo sido sus progenitores don Baltasar de Obregón y doña Beatriz Gómez de Betanzos.

Viniendo desde Guadalajara, se incorporó Obregón juntamente con don Hernando Trejo, a la hueste de don Francisco de Ibarra, cuando este señor Gobernador de la Nueva Vizcaya, se encontraba en la provincia de Chiametla, ocupado en trabajos de minas y colonización. Para entonces ya don Francisco de Ibarra, había fundado la villa de San Juan Bautista de Sinaloa, a orillas del río Zuaque. Obregón estuvo en esta villa y de ahí partió con la expedición militar que condujo Ibarra, rumbo al norte con la pretensión, de conquistar las distantes tierras de Nuevo México. Por consiguiente, el autor de la “Historia de los Descubrimientos Antiguos y Modernos...” conoció personalmente, todas las provin-

cias geográficamente integrantes de la zona del Noroeste, y también como ya se dijo, la villa de Cinaro o de San Juan Bautista de Sinaloa; tuvo larga y aprovechada ocasión para enterarse al detalle, de los movimientos, propósitos y consecuciones de este gobernante y conquistador. Todas estas circunstancias concurren para tener el informe o libro salido de la pluma de Obregón, al cual se alude como un documento básico y de primera mano, para el conocimiento de la historia de la villa de Cinaro, siendo además imprescindible para este objeto.

Además de la anterior, existe otra expresión de verdad que, entre otras noticias de análoga importancia histórica, nos transmite la relacionada con el trágico fin que tuvo la villa de San Juan Bautista de Sinaloa. Se trata del informe rendido en 1595, por Antonio Ruiz, y que se titula "Relación de la Conquista de Cinaloa". En esa fecha Ruiz era capitán y alcalde mayor de la nueva villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa. Esta Relación es, al parecer, el único documento conocido en el que se consigna la historia íntegra de la villa de San Phelipe y Santiago, del valle de Carapoa. Así mismo constituye probablemente, la única fuente de información en que aparecen las circunstancias bajo las cuales, se llegó a fundar a orillas del río Petatlán, la villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa.

Respecto de Antonio Ruiz, existe el antecedente de que cuando era él todavía un mozuelo, acompañando a su padre el viejo soldado Juan Ruiz, marchó con las fuerzas expedicionarias que llevó al norte, como antes se dijo, don Francisco de Ibarra. Así mismo fue residente de la villa de San Juan Bautista; igualmente fue uno de los pobladores y vecinos de la villa de San Phelipe y Santiago, en Carapoa. Por último, se cuenta entre los fundadores y moradores de la villa de San Felipe y Santiago, ubicada en el Petatlán. Así pues, éste sujeto conoció perfectamente las tres villas mencionadas, por haber vivido en ellas, por lo que su dicha Relación es de obvia importancia como testimonio histórico.

El contenido y la significación de esa Relación son tales, que el historiador sinaloense Lic. José G. Heredia, conceptúa a Antonio Ruiz, como el Bernal Díaz del Castillo de la conquista de Sinaloa. Lo propio considera el Padre Cuevas respecto de Baltasar de Obregón, a quien llama el Bernal Díaz del Castillo de las conquistas del Norte. La "Relación"

ó Crónica de Antonio Ruiz se localiza, en original, en el Vol. 316, Ramo de Historia, en el Archivo General de la Nación. Ya se han publicado algunos fragmentos por Carl O. Sauer, en su libro "Road to Cíbola", respetando la ortografía original del manuscrito. Algunas transcripciones aparecen en el curso de este capítulo, tanto en su forma ortográfica original algunas de ellas, como otras ya corregidas, debido a que no proceden directamente de su fuente documental.

A continuación, procede mencionar la existencia de un libro que se titula "Francisco de Ibarra and Nueva Vizcaya", escrita en inglés por J. Lloyd Mecham, profesor de la Universidad de Texas. Se trata de un trabajo magnifico, monográfico, moderno, casi exhaustivo y bien documentado, en el que aparece recopilado todo lo referente a las actividades del conquistador y poblador Francisco de Ibarra. Consiguientemente viene a ser de suma importancia esta obra editorial, para documentarse en el conocimiento de la historia de la villa de San Juan Bautista de Sinaloa. Esta y la de Baltasar de Obregón son las obras principales acerca de la materia; existen otras, en las que sólo se hace una superficial referencia a dicha villa.

Finalmente, en lo que respecta a la última villa española llamada del Fuerte de Montesclaros, la información más precisa que se conoce, es la que proporciona el padre Andrés Pérez de Ribas, en su "Historia de los Triunfos de Nuestra Santa Fe entre las gentes más fieras y bárbaras del Nuevo Orbe". Constituyen también, valiosos documentos informativos, las cartas que sobre este asunto dirigió al virrey de la Nueva España, el capitán Diego Martínez de Hurdaide, constructor de el fuerte.

SAN JUAN BAUTISTA DE SINALOA
DON FRANCISCO DE IBARRA.

La figura central que campea en la historia de la villa de San Juan Bautista de Sinaloa, es la de don Francisco de Ibarra, de quien Baltasar de Obregón hace el siguiente apunte biográfico: "Fue hijo legítimo del Licenciado Pedro Sánchez de Ibarra, natural y originario de la casa solariega de Ibarra en la villa de Elbar, y después que enviudó el dicho su padre, fue proveído por inquisidor de Toledo y su hermano, tío del dicho Francisco de Ibarra, fue inquisidor del reino de Navarra y obispo de Calahorra,

natural de Elbar y fueron hermanos del comendador Diego de Ibarra, asimismo tío del general Francisco de Ibarra, natural de dicha villa de Elbar, descendiente de la dicha casa solariega. El dicho general fue criado é industriado en casa de dicho comendador, y después, lo puso por paje del virrey don Luis de Velasco, de donde salió bien doctrinado, hábil y suficiente. Fue buen gramático, sufrido é buen cristiano; conquistó y descubrió siete años con mucha equidad, concierto y cristiandad".

Así pues, don Francisco de Ibarra pertenecía a la nobleza española. Fue traído a México, tal vez cuando apenas tenía unos dos años de nacido y se crió en casa de su tío, el comendador don Diego de Ibarra, yerno del segundo virrey de la Nueva España, don Luis de Velasco. Don Francisco sirvió por algunos años como paje del citado virrey y en ese puesto completó su educación. Después se dedicó a otro género de actividades, que comprenden dos períodos: el primero, de 1554 a 1562, en que llevó a cabo sus primeras exploraciones territoriales entre Zacatecas y Durango, conducidas como empresa particular o privada; y el segundo, de 1563 a 1575, que corresponden a sus más importantes exploraciones y conquistas y a la organización de la Nueva Vizcaya En esta última etapa actuó oficialmente como capitán general y como gobernador de la Nueva Vizcaya, y su personalidad descolló en virtud del éxito que él tuvo como explorador, poblador, gobernante y como patrón minero, agrícola y ganadero.

De 1554 a 1562, había realizado algunos descubrimientos de tierras y minas entre Zacatecas y las minas de San Martín de Ariño. Como llegó a penetrar y tener noticias de la región del Nazas, hacia donde deseaba ensanchar sus actividades, con fecha 6 de junio de 1562, le escribió a su tío don Diego una carta, poniéndolo al tanto de los descubrimientos y recorridos que hasta ese momento había realizado, e informándole a la vez que, al norte de Aviño, había una tierra muy populosa y de gran extensión, cuyos habitantes vivían en casas de piedra y de adobe, vestían y también disponían de mucha comida, a lo anterior añadía que, para el reconocimiento y conquista de esos territorios, eran menester unos cien españoles de armas, sin que por otra parte fuera necesario que para esta empresa, tuviera su Majestad que hacer gasto alguno por cuenta del Real Tesoro.

El comendador, acaudalado minero de Zacatecas, uno de los fundadores de aquel Real y vecino del mismo, pasó dicha carta a su suegro el virrey, acompañada de una petición que hacía aquél, para que a su sobrino don Francisco, se le autorizara para llevar a cabo la conquista señalada. Si bien, don Francisco era muy joven aún, pues cifraba en los veinticinco años, don Diego ofrecía asistirlo en lo necesario; y como además estaba prohibido entonces por decretos reales gastar de la Real Hacienda en descubrimientos y conquistas, también se comprometía don Diego a efectuar los gastos a sus expensas. Don Luis de Velasco dio favorable acogida a esa instancia, en tal virtud, y conforme a las facultades reales, que para descubrir y poblar le confería la Real Cédula de fecha 29 de diciembre de 1557 dada en Sevilla, expidió en nombre de Su Majestad y a favor de Francisco de Ibarra, las provisiones de "Gobernador é Capitán General" 21. Además, en nombre de su Majestad y firmadas por el propio virrey y los oidores de la Real Audiencia de México, se le expidieron las correspondientes instrucciones para que, con cien hombres de a caballo y en compañía de algunos religiosos de la Orden de San Francisco, entrara a descubrir y colonizar nuevas provincias, con exclusión de la de Chiametla o Chametlán, que pertenecía al doctor Morones, alcalde mayor y oidor de la Nueva Galicia; haciéndole también la prevención especial, de que su entrada a los pueblos indígenas fuera en son de paz, de que a ser posible, evitara el empleo de la fuerza, de que procurara ante todo, no ocasionarles daño alguno.

Cuando ya recibió las mencionadas provisiones reales, fechadas el 24 de julio de 1562, don Francisco de Ibarra se trasladó desde las vecindades de San Martín, hasta el Real de Zacatecas, lugar este último donde llevó a cabo el reclutamiento de sus huestes, a la que el apuntalador de la empresa, don Diego de Ibarra, equipó de todo lo necesario en armas, municiones, herrajes, ropa y ganado.

Para antes de Navidad de ese mismo año, el General se encontraba ya de vuelta en San Martín. Ahí acabó de reclutar y organizar, su pequeño pero bien escogido ejército, que se formó de ciento sesenta hombres, de los cuales la mayoría eran vizcaínos, pues la gente de este origen tenía su bien ganada fama de valiente. Ya en víspera de entrar en acción con

su ejército, en San Martín, el mismo enarboló el estandarte real y lo condujo al templo para que fuera bendecido, hecho lo cual entregó aquella insignia al alguacil mayor Martín de Rentaría. Enseguida procedió Ibarra a proclamar las instrucciones y ordenanzas que le había mandado guardar el virrey y desde ese momento asumía, consecuentemente, las funciones de gobernador y capitán general de la entidad que, con el nombre del reino de la Nueva Galicia, habría de integrarse con los territorios concesionados.

No se le asignó al general Ibarra sueldo alguno, y por de pronto para todo gasto dependió de la riqueza y munificencia de su tío don Diego. En cambio, se le otorgaron valiosos privilegios, como el de la exoneración en el pago de ciertos tributos y el de facultarlo para que pusiera a los indios bajo encomienda, a efecto de explotar bajo semejante sistema su trabajo, además de que se les impartiera instrucción religiosa. Y no fue sino hasta 1574, cuando le fue concedido por el virrey un sueldo de dos mil ducados al año.

Don Francisco tenía, como capitán general, atribuciones específicas de carácter militar. Como gobernador, sus funciones eran las de orden administrativo y las judiciales que le competían, hallándose entre las primeras la antedicha facultad de encomendar a los indios; entre las últimas, la de formular y decretar las ordenanzas por las que se habían de regir las provincias de su gobernación, pero sin extralimitarse de las provisiones recibidas y sin que, tales ordenanzas fueren contrarias a la justicia y a las reales órdenes.

RUMBO A CULIACÁN.

Una de las primeras providencias que tomó el Gobernador, fue la de pacificar la comarca que él mismo había descubierto y explorado con anterioridad a su nombramiento. Para el efecto salió de San Martín el 24 de enero de 1563 y fundó, en territorio durangueño el fuerte de San Juan, en el que estableció su cuartel general. Por el mes de marzo salió del fuerte y dispuso reconocimientos a fin de localizar un camino hacia Topia. En mayo regresó a San Juan, donde permaneció acuartelado durante siete meses, aunque no inactivo, pues durante ese lapso fundó la

villa de Nombre de Dios, con su iglesia, alcalde, oficiales, y regimiento. También erigió el 8 de julio de 1563, la villa de Guadiana, que más tarde se llamó de Durango.

La Navidad de 1563, la pasó el General en el valle de Guatinapé y en el curso del mes y año siguientes, fue en busca de Topia, una verdadera plaza fuerte que capturó, tras vencer la dura resistencia que le opusieron, los heroicos y aguerridos defensores indígenas.

La toma de Topia, famoso mineral en el que, al decir del padre Tello, al tronco de una higuera se tenía fijado un aviso que rezaba "Este pueblo es de don Diego de Guevara", figura entre las más destacadas acciones de armas, que tuvo don Francisco de Ibarra, en su carrera militar. Lo del aviso a que se hace referencia, obedecía a que Topia, era una encomienda que don Nuño de Guzmán, le había otorgado a don Diego de Guevara. Tan pronto como cayó la plaza, con la mira de hacer más patente ante los ojos de los vencidos, el poderío de las armas españolas, el General ordenó, que la victoria fuera celebrada con maniobras militares, arengas, disparos de cañón y paseo de banderas.

De Topia se dirigió el general Ibarra, a la vertiente del Golfo de California, con ochenta hombres, cruzó la Sierra Madre Occidental y llegó, según Baltasar de Obregón, a un pueblo llamado Mataoén, situado en las fronteras de la provincia de Culiacán. En su "Relación de la Conquista de Cinaloa", no menciona éste pueblo Antonio Ruiz, en cambio, refiere que Ibarra, hizo arribo al pueblo de Mocholo (es decir, Mojolo) el viejo, "que está sobre el río que se dice Omaya".

Don Pedro de Tobar, alcalde mayor de la villa de San Miguel de Culiacán y antiguo alférez de las fuerzas de Francisco Vázquez de Coronado, fue a encontrar a Ibarra hasta Matoén y le pidió, que no entrase a Culiacán para librar a los vecinos de los daños que pudieran ocasionarles los soldados; sin embargo, refiere Antonio Ruiz, que el General pasó a visitar la villa, acompañado y atendido por Don Pedro de Tobar.

Don Pedro, le suministró a don Francisco, toda clase de informes acerca de nuestras provincias del Noroeste, le aconsejó que poblara las ricas provincias de Cinaro y Chiametla. Cinaro, es el nombre con que Baltasar de Obregón designa a la Cinaloa primigenia, la cual ya sabemos

fue descubierta por Diego de Guzmán; se localizaba en lugar próximo, río arriba de la ciudad de El Fuerte. El consejo o sugerencia de don Pedro de Tobar, fue tomado en cuenta y mereció un acuerdo favorable en consejo de guerra que, el General celebró con el capellán Fray Pablo de Acevedo, su maestro o maestre de campo Antonio Sotelo de Betanzos, los oficiales reales y la gente principal de sus fuerzas; así quedó definida, de inmediato, la política de trabajo que en dichas provincias desarrolló el conquistador don Francisco de Ibarra.

Cuenta Baltasar de Obregón, que el Gobernador, allanando caminos y sierras, llevó a cabo la pacificación de la zona, como medio beneficioso al descubrimiento y poblamiento de las minas de Chiametla, Charcas, Indé, Escometo, San Andrés y otras de buena ley. Aseguró las contrataciones de los vecinos, tratantes y mercaderes, los que en otros tiempos no osaban salir ni caminar, a tierras de paz, "sin junta y aderezos de armas de muchos y con cuidado y recato de no ser ofendidos de los indios del despoblado, que era de ochenta leguas de tierra de guerra". En virtud de la pacificación cesaron los robos, matanzas y daños de los indios a los vecinos de las minas y de la villa de San Miguel de Culiacán. Aquella labor de sometimiento, la completó el Gobernador, restituyendo a los españoles de aquella villa, los pueblos y encomiendas que se habían rebelado, y otorgándoles otras nuevas. Digna de mencionarse es además, la reducción que hizo de los indios del río Sebastián de Evora, que distaba veinte leguas de Culiacán, lo mismo que la reducción de los de Teodoro; casos ambos en que los indios prometieron reconocer, tributar y obedecer nuevamente a su encomendero don Pedro de Tobar.

RUMBO A CINARO.

De la provincia de Culiacán, partió en seguida hacia el noroeste y con destino a Cinaro el Gobernador; al llegar a la provincia de Sebastián de Evora y deseando ceñirse a las instrucciones de su comisión, solicitó y obtuvo, que ahí los naturales les proporcionaran mensajeros que, adelantándose a su ejército, llevaran al Petatlán la nueva llegada y su ofrecimiento de paz.

Continuada la marcha, seiscientos comarcanos del Petatlán, salieron al camino a encontrar al General y a darle la bienvenida "prevenidos con apercibimiento de todas las armas de su acostumbrado uso, como son rodelas, arcos, flechas, macanas y lanzuelas de brasil, adornados y compuestos de muchas galas a su acostumbrado estilo, de rica plumería, plumajes, guirnaldas, cuentas, conchas, caracoles y conchas de perlas". Enseguida, los vecinos le hicieron presentes de caza y bastimentos, le suministraron gente de servicio; él por su parte les hizo algunos rescates, dándoles cosas de las cuales ellos carecían. También a su llegada, valiéndose de intérprete, don Francisco los amonestó, requiriéndolos al orden, compostura y obediencia al Rey, a la iglesia y a las autoridades de la gobernación y el virreinato. Por su parte el capellán del ejército, fray Pablo de Acevedo, también mediante intérprete les predicó la doctrina evangélica, lo que con gusto escucharon los indios. No le llama Antonio Ruiz a este clérigo fray Pablo de Acevedo, sino fray Pablo de Santa María.

Distaba el pueblo de Petatlán, según el cronista Obregón, catorce leguas de la Mar del Sur, y se hallaba además a "dos jornadas de camino de a seis leguas cada una", del pueblo de Ocoroni. Tenía Petatlán a sus alrededores mucha montaña y espesos bosques, en los que los lugareños se fortificaban y favorecían de sus enemigos. La gente era muy pobre y andaba desnuda, con sólo un pañete en la cintura, las mujeres llevaban faldellines, de cuero adobado de venado. Sembraban maíz, algodón, frijol y calabazas; los serranos tenían buen conocimiento y experiencia en relación con la existencia de criaderos de metales argentíferos en los lugares de su demarcación.

En el pueblo de Petatlán, falleció el intérprete que acompañaba y servía a los españoles. En Ocoroni, vivía una india cristiana llamada Luisa, que era la cacique de aquel pueblo y sabía el mexicano, además de tres de las lenguas de nuestras provincias; por otra parte era muy hábil e inclinada a obedecer a los cristianos, fue llevada a la presencia del General. Le dio éste buena acogida, regalándole vestidos y cuentas de vidrio, y con ella suplió con mucha ventaja a su desaparecido intérprete.

Luisa, era "diestra en los secretos y lenguajes de doscientas leguas de aquellas provincias", por haber asistido como "lengua" a don Francisco Vázquez de Coronado, durante su expedición a Cíbola y Quivira.

En Ocoroni, era la mujer del cacique de esa parcialidad y entre las mujeres de aquella tierra, era la más estimada y respetada, por ser de "más policía, razón y trazas que en el uso de la guerra daba". Además, "era codiciada, temida y obedecida de todos los mandones y caudillos de todas aquellas provincias y partes adonde fue cautiva y en ellas siempre fue cacique, capitana y mandona y mujer de ellos. Es uso en estas provincias que el más valiente y matare más enemigos es constituido en mayor mando, al cual en todo obedecen; en prueba de lo cual admiten al que mata y cautiva la mayor parte de enemigos. Esta Luisa, fue cautiva en cinco parcialidades desde donde vino derrotándose de valle en valle, desde donde quedó huída o olvidada de los de Francisco Vázquez de Coronado, viniendo del viaje a Cíbola, algunos antiguos afirman que fue natural de la Villa de Culiacán, la cual por excusarse de servir se huyó y aportó a Ocoroni".

Con doscientos indios guerreros de Petatlán que lo acompañaron, se dirigió luego el Gobernado a Ocoroni, pero antes de llegar, se le presentaron los mensajeros de este último pueblo para manifestarle, el recelo que abrigaban en cuanto a sus acompañantes, de quienes eran enemigos; a cuyo reparo el jefe español garantizó a los ocoronis el orden y la concordia, mandando para el efecto "que unos y otros fuesen amigos y que no hiciesen robos, matanzas y mala voluntad", so pena de que impondría duros castigos a los contraventores de la orden.

Así, en esta forma, tranquilizados los ocoronis, en número de quinientos salieron de su pueblo, al recibimiento de Ibarra, en formación de escuadrones y "todos muy bien prevenidos de arcos, flechas, rodelas, lanzuelas de brasil, macanas con galas, de rica plumería, y caracoles de la mar, adornados a su acostumbrado uso". Como lo hizo con los de Petatlán, también a los de Ocoroni les dirigió el General, su respectiva arenga y amonestación para "atraerlos a la buena ley, uso y ejercicio de buenas costumbres de paz, concordia, policía, razón y obediencia, al uso de nuestra santa fé católica y a el bien que se les conseguía de su conversión y obediencia a ella"; oído lo cual, los ocoronis se mostraron dispuestos a entregarse de paz y por vasallos de su Majestad, "sin resistencia ni razones de armas".

El pueblo de Ocoroni, --dice Baltasar de Obregón- se hallaba en la ribera del arroyo de ese mismo nombre, en lo alto, repechado a una montaña y a un monte cercado que les servía de fuerte, en el que se amparaban de los daños que les causaban sus enemigos, los de Petatlán, Cigüini, Tepulco (Tegüeco) y Cinaro; a todos los cuales presentaban resistencia, pues los ocoronis eran diestros, belicosos y esforzados en el ejercicio de la guerra. La anterior localización corresponde, según creo, al pueblo viejo de Ocoroni, citado por Antonio Ruiz en su consabida "Relación".

Tras de una breve permanencia en el pueblo indicado, don Francisco de Ibarra, reanudó su marcha con destino al río del Fuerte. La travesía correspondiente, hasta llegar a Cigüini, se hizo cubriendo tierras cálidas, montuosas y montañosas a trechos. Cigüini, era un pueblo indígena, rodeado y defendido por una cerca de gruesos maderos a manera de torreones, vigilado por centinelas. Sin duda debió haber estado emplazado este pueblo al pie o a inmediaciones del cerro de El sufragio, próximo a San Blas; pues a dicho cerro los indios le dan el nombre de Cigüin, según el irrecusable testimonio de la respetable doña Rosaura Vega Vda. De Tays, antigua vecina de San Blas, testimonio que veo confirmado por una fotografía del año de 1900, en la que aparece el cerro de referencia bajo la denominación indígena ya expresada. La palabra cigüin, en mayo o cáhita, designa a un cardoncillo de unos tres o cuatro decímetros de altura, cactus que seguramente dio su nombre al cerro y al poblado de que se tata. Entre los historiadores, Baltasar de Obregón es el único que hace mención de este pueblo, cuyos moradores acudieron a recibir al gobernador de la Nueva Galicia, con mucho aparato y llevándoles presentes "de mucha caza de pie y vuelo y panales". Los vecinos del lugar, fueron también objeto de los apercibimientos y amonestaciones de ordenanza que el General acostumbraba hacer en todos los pueblos que tocaba; y a cuya obediencia se dieron de paz y por vasallos de su Majestad.

En Cigüini, a orillas del río del Fuerte, los conquistadores torcieron el rumbo.

Conducidos por guías de la localidad, prosiguieron su camino, ahora río arriba por la vega izquierda, hasta llegar a Tepulco o Tegusco (léase Tegüeco), que era el "más poblado y mejor pueblo de la provin-

cia de Cinaro y el más afamado, y temido de los naturales". Los altivos y orgullosos tehuecos, no hicieron caso alguno de los cristianos; pues, guardando su dignidad, se abstuvieron de salir a recibirlos con la ostentación, gusto y manifestaciones de amistad con que lo habían hecho atrás, los de los otros pueblos, todos los cuales observa Obregón, "acostumbraban recibir dando el parabién de la venida a veces como predicando, lo cual hacía uno solo desde unas llanadas y vegas del río con recato y prevención de guerra".

De Tegüeco, los expedicionarios pasaron al vecino pueblo de Cinaro o Sinaloa. Los sinaloas, según ya se vio, tiempo atrás, conocieron y tuvieron trato con los cristianos que descubrieron su provincia. Estos indios eran de temperamento más dócil y por tanto, gentes más sumisas que las de la nación Tehueca; y contrastando con éstas, en su comportamiento, brindaron a don Francisco de Ibarra, a su llegada, una cordial acogida.

En efecto, al arribar los españoles a Cinaro, vieron en unas llanadas, sobre la vega del río, "asomar mil hombres, repartidos en cuatro escuadrones en orden y concierto de guerra, lucidos y apercibidos de ricas rodelas de pluma, lanzuelas de brasil, arcos, flechas y macanas con adorno de mucha plumería de guirnaldas, plumas y plumajes de papagayos y aves de la mar, conchas y caracoles, dijes y piedras de la mar, con que venían haciendo notable estruendo, con el cual y mucha orden, alegría y concierto llegaron a recibir al Gobernador y los de su campo, dándoles el parabién de su visita y llegada a sus tierras y pueblo, el cual ofrecieron a su servicio, con presentes de mucha caza de todo género, asimismo los bastimentos y servicios en abundancia". Al hacer esta descripción, Baltasar de Obregón, demuestra el gran optimismo con que interpretó el recibimiento que hicieron los sinaloas, a agentes cuya presencia no les convenía, por ser en realidad el azote de su independencia y onerosa carga para sus pueblos y sementeras.

El Gobernador, prometió desde luego amparo y buena amistad a los sinaloas, y les ofreció ayuda en contra de sus enemigos y educación en los buenos usos de los cristianos. Acto seguido mandó que fray Pablo, les predicase el Evangelio, cosa que hizo el fraile, dándose a entender de los indios por intermediación de Luisa y de Diego de Soberanes, como intérpretes.
La prédica del franciscano, versó sobre la misericordia de Dios y el amparo que brinda a sus criaturas. Les dijo que sin el conocimiento, confesión y obediencia al Creador y Salvador y sin ser bautizados, no podían ser salvos y padecerían las penas del infierno. Les habló del Hijo de Dios, cuya imagen de un lado y la de Santa María del otro, aparecían pintada en la bandera que llevaban y que se puso a la vista. Por último les expuso los mandamientos y preceptos del Señor, para que pudieran, observándolos, gozar de la salvación y llevaran su vida conforme a buenos cristianos y buena ley natural. Los naturales, dice Obregón, estuvieron "atentos y espantados de oír cosas tan preciosas y que por rústicos, bárbaros y bajos de entendimiento no las comprendían, ni osaban determinar"; y que se manifestaron muy contentos de haber oído aquel sermón y de haberse enterado de tantas grandezas de que estaban tan ignorantes "porque siempre habían tenido por su Dios al sol que les da luz".

De estas gentes y de su provincia nos dice Obregón: "Estos de este río son dispuestos, diestros y cursados en el uso y ejercicio de la guerra. Son buenos sembradores, señores de labranzas de maíz, frijol, calabaza y algodón, buenos pescadores; habitan este río hasta la Mar del Sur, que está a catorce leguas y hasta la sierra que está a seis; es río ahocinado, ancho, bravo y florido de arboledas de mucha frescura, tiene cerco de fértiles riberas, llanadas por ganados y labores, es el más ancho que hay en aquellas provincias desde el Centiepas (el río de Santiago, Nayarit), ciento y cuarenta leguas atrás y mejores llanadas, pastos, temples y calidades que el de Chiametla, ni Culiacán. Pueden echar por él abajo pequeños navíos, cuando va de avenida y tiene mucho pescado y caimanes, es poblado de mucha caza de pie y vuelo".

Con respecto al poblado que llevó el nombre de Cinaloa, nos dice Antonio Ruiz, en la parte de su crónica en que trata de la villa de San Phelipe y Santiago, que se hallaba aquél situado a una legua arriba del pueblo de Amabache, el cual estaba arrimado a "las cañadas de las aguas calientes". Lamentablemente hoy día se ignora la ubicación que tenía Amabache, o mejor dicho Amabachi, punto de referencia para la localización de Cinaloa; pero es de suponerse que se hallaba al oeste de Aguacaliente Grande o Aguacaliente de Gastélum, en vista de la topografía del terreno y de que por ahí se encuentran aguas termales.

Volviendo ahora al asunto de los conquistadores, al parecer los sinaloas, incomodados, intentaban ya dar sobre aquéllos de improviso. Molestos quizás los indios, por la invasión de sus tierras y la servidumbre que sobre ellos pesaba, sus escuadrones no cesaban en practicar un sospechoso ir y venir a donde estaba el campo español. Pero en el ínter los indios se disponían a ejecutar sus planes, sobrevino entre los soldados una pendencia, en la que salieron a relucir las armas y se produjo una escandalera tal, que sintiéndose los sinaloas atemorizados se abstuvieron de consumar su agresión.

Empero, subsistía en el ánimo de los indígenas la tensión bélica, de lo cual el General llegó a percatarse; y viendo que sus soldados eran pocos para hacer frente a una situación comprometida inminente, convocó a consejo y acuerdo de guerra, del que emanó la resolución de que el campo se retirara al río Petatlán, por mientras se les incorporaban los soldados que habían quedado de guarnición en Topia. Por lo que para ese efecto, el General encargó al maestre de campo, Antonio Sotelo de Betanzos, que escogiera en el Petatlán el sitio más a propósito para instalar el campo y fortificarse; y libró órdenes para la construcción de un fuerte, "el cual se empezó, y sirvió uno de madera algunos días".

Con el propósito de aumentar el número de su gente y de proveer a su ejército de algunas cosas indispensables, una vez en Petatlán determinó don Francisco de Ibarra trasladarse a la villa de Culiacán. Pero los oficiales de la Real Hacienda objetaron su ida, aconsejándole enviase mejor al maestre de campo, quién por su parte se excusó para que no se le atribuyera cobardía y se pensara que trataba de eludir los peligros que se corrían quedándose en el fuerte. Bien comprendió el Gobernador la razón del escándalo que su ida y ausencia suscitaba; más con prudencia calmó los ánimos cancelando su viaje y determinando enviar a la ciudad de México a fray Pablo de Acevedo, así como a las minas de San Martín y a Topia, a algunos soldados por el resto de la tropa, la que en poco tiempo vino y constituyó importante refuerzo.

Del Petatlán se le huyeron al General algunos soldados, en persecución de los cuales mandó al maestre de campo. Hallándose éste en Culiacán tomó de las tiendas de mercaderes, a cuenta de su jefe, herraje,

pólvora, calzado y otras cosas necesarias, con todo lo cual regresó en seguida a Cinaro, circunstancia que revela que ya para entonces don Francisco de Ibarra, había dejado al Petatlán y retornado al río Cinaloa. Seguramente, se había llegado el momento de dar cima al proyecto de poblar una villa, pues Ibarra, "hizo acuerdo y junta de guerra, para la resolución de cómo y en qué parte había de fundar la villa y congregación de los que habían de poblar aquella provincia".

Antonio Ruiz, viene a confirmar en síntesis lo que el cronista Baltasar de Obregón, por su parte nos dice de la fundación de la villa de Cinaro. Brevemente dice el primero en su "Relación de la Conquista de Cinaloa";

"...y el dho don Pedro de Tobar, le dio noticia desta tierra y provincia de Cinaloa, diciéndole lo que había en ella de gente y que pues traía religiosos de la orden el bienaventurado San Fro., que aquí, más que en otra parte hallarían bien que hacer predicando el Santo Evangelio y el padre Fray Pablo de Santa María, cuando esto oyó, persuadido el gobernador y sus compañeros a que viniesen a ver estas provincias, que tan pobladas les decían que eran; con esto se determinaron a entrar, dando el dho don Pedro de Tobar, al Gobernador y a muchos de los soldados ayuda y socorro de caballos, mulas, herrajes, bastimentos, pólvora y otros pertrechos de guerra y con esto el dho gobernador se determinó, entró por estas provincias de Cinaloa, dándosele de paz todos los naturales desde el río de Mocorito hasta el de mayo. Tomó posesión en nombre de su Magestad en el valle de Carapoa que le puso por nombre, habiendo poblado, Villa de San Juan Bautista de Cinaloa...". De esta referencia se desprende que la villa que por acá fundó don Francisco de Ibarra, tuvo su asiento en el valle cuyo nombre indígena era Carapoa; lo que justificaba que a la Villa de San Juan Bautista de Sinaloa, la hallan también llamado, San Juan Bautista de Carapoa.

FUNDACIÓN DE LA VILLA.

Acompañado por su maestre de campo, don Francisco de Ibarra, practicó un reconocimiento a lo largo del río del Fuerte, tanto en dirección a la costa como en dirección a la sierra. "El Gobernador visitó hasta el pueblo de Ahome y desde la Villa hasta el pueblo de Vaca", dice

Antonio Ruiz. También Baltasar de Obregón, habla de esta visita, la cual reveló que los pueblos que existían, puestos en repartimiento, bastaban para la comodidad de los vecinos de la villa próxima a fundarse; y que bien podrían los moradores de dicha villa sustentarla y defenderla de los naturales en caso de que atentaran contra ella. En las sierras se podrían descubrir minas de plata y de otros metales. Y había muchos valles y tierras para ganado y labores, para el aprovechamiento de sus dueños (los encomenderos). Siendo pues en este aspecto del todo favorables las condiciones locales, "así como por la mucha cantidad de gente que en aquella provincia estaba sin lumbre de fe, como por el servicio que se conseguía al servicio de la real corona de su Majestad", definitivamente acordó el Gobernador erigir la villa.

Ahora bien, mediando la circunstancia, de que por sus servicios los soldados no percibían sueldo alguno, sino que tan sólo comida y vestuario, estando sujetos para lo restante a los frutos o beneficios que pudieran derivarse del aventurado éxito de la empresa de poblar o colonizar, y en la que pudieran acaso alcanzar algún reparto en las tierras y minas; y por cuanto que también los soldados se hallaban cansados, a causa de los rudos y continuados trabajos por los que habían pasado, desde su salida de las minas de San Martín, el General, usando de la mejor táctica para no forzar voluntades, convocó a un acuerdo y junta de guerra, mandando que antes oyesen todos una misa aplicada al Espíritu Santo, en bien de lo que se hubiese de acordar.

Una vez constituida la junta, y ya de antemano dispuesto el ánimo de los oyentes, el General les habló en los términos siguientes: "Escogidos y esforzados cristianos míos: Yo quisiera haber descubierto y conquistado otra nueva y riquísima Constantinopla y otra próspera y fortísima Venecia, o a lo menos otro insigne y rico México, u otro atesorado Perú, para apoderaros y haceros señores de sus señoríos y riquezas con mayor título y grandeza que lo poseen, señorean y gozan los que los tienen; más es justa y moderada consideración como de católicos y esforzados soldados, que los tesoros, riquezas y señoríos los da Dios, nuestro sumo bien, cómo y cuándo EL es servido, y considerando la recta obligación que a su santo servicio tenemos los que somos cristianos y hemos prometido y profesado la santa obediencia y dirección de las cosas perteneciente al uso y ejercicio de nuestra santa fé católica, es justo ocurrir a su santo servicio, aumentando en ella la fe a esta nación bárbara, rústica y desconocida de su Dios Creador y Salvador, para que conozcan, gocen y alcancen luz de su inestimable y resplandeciente sol de justicia y seamos principio, parte y medio para rescatarlos de las eternales penas del infierno; y asimismo a que de obligación cristiana y natural estamos obligados a su amparo y buen consejo y al servicio y aumento de vasallos de nuestro católico, poderoso rey y señor natural y a la honrosa obligación de buenos y escogidos soldados para eternizarse en virtuosos y famosos hechos, imitando a la obligación a que nos dejaron sujetos nuestro antecesores. Para cuyo efecto acordé emplearos en este pequeño principio, por que estribando en él, buscaremos otros medios que consignan y aumenten la grandeza y colmo de mi deseo, para que empareje a la gratificación de vuestros méritos, obras y leales servicios. Yo certifico, es el fundamento de mis hechos, promesas é intención después de el que enderezo y consigo al servicio de la potestad de Dios Nuestro Señor y el de la imperial Majestad de nuestro católico y poderoso emperador y señor natural".

Una vez concluida la anterior argumentación, en la que, para llevar a buen término la empresa que se iniciaba, invocábase con profundo espíritu de religiosidad el interés de la santa fé católica y, con sumisa obediencia, los servicios debidos a la imperial potestad, o al "poderoso señor natural" de los españoles, el maestre de campo, capitanes, alférez, oficiales reales y soldados, respondieron a su General, manifestándole en forma respetuosa su gratitud por su consejo, ofrecimientos que hacía y beneficios esperados y protestando acatarlo en todo y por todo, como a su capitán general.

Aunadas en la forma, dicha las voluntades y satisfecho el General, por el buen ánimo y la obediencia de sus soldados, mandó "decir una misa ofrecida al Espíritu Santo, debajo de cuya voluntad, favor y amparo fundó la villa, en una hermosa y fértil ribera del río de Cinaro, hacia la parte de la serranía, por ser como era en parte cómoda y que señorea gentiles llanadas, vegas y ejidos. Y dotó a la villa de justicia y regimiento (cabildo) los

que con su facultad hicieron reparto de solares, estancias y caballerías de tierra a cada vecino, de acuerdo con su calidad, méritos y servicios".

Ignoro o se ignora por qué razón le dio a esta villa su fundador el nombre de San Juan Bautista; y por otra parte se desconocen también, el día y el mes, del año de 1564, en que se hizo la fundación. Es lástima que el cronista Obregón haya omitido consignar la información relativa; y ni siquiera hace mención del nombre indicado.

Simplemente con el nombre de San Juan, figura esta villa en el "Traslado de la provisión que el señor marqués de Falces Visorey dio a Francisco de Ibarra (A.G.I., 58-3-8)"; documento fechado el 31 de mayo de 1567, que, transcrito al inglés, da a conocer J. Lloyd Mecham en su libro "Francisco de Ibarra and Nueva Vizcaya", y del que traduzco un fragmento de las declaraciones que, bajo su propia firma, rinde el marqués de Falces a la Real Audiencia de México, con respecto a las facultades conferidas a Ibarra. Dice así: "Hemos sido informados de que Francisco de Ibarra, ha descubierto más allá de las Minas de San Martín y Aviño, muchas tierras y establecimientos de nativos y los ha traído al conocimiento de la fé católica. Que también los ha traído a nuestra obediencia y ha fundado con españoles la villa de Durango en el valle de Guadiana, la Villa de San Sebastián en la provincia de Chiametla y la Villa de San Juan en la provincia de Sinaloa.

Ya vimos que Antonio Ruiz, primero que ninguno entre los cronistas, es el que da a la villa el nombre de San Juan Bautista de Cinaloa. El mismo cronista, al ocuparse de relatar la historia de la fundación de la villa de San Phelipe y Santiago, por don Pedro de Montoya, hace alusión al mismo nombre, hablando del "Valle y Villa vieja de San Juan Bautista".

En aquellas épocas, a los ríos que se descubrían y eran objeto de posesión a nombre de la corona Real; a los pueblos o villas que fundaban los conquistadores, y a las iglesias que en esas villas se edificaban, era de rigurosa costumbre imponerles un título advocativo del santoral cristiano. Si se trataba de un descubrimiento o de una fundación, pues el que correspondía o señalaba la fecha misma del acontecimiento; y si se trataba de iglesias, el que circunstancialmente correspondía al patrono a quien se le dedicaba, ordinariamente en su día.

Baltasar de Obregón, refiere que don Francisco de Ibarra, fundó esta villa, "debajo de la voluntad, favor y amparo" del Espíritu Santo, a quién en tal ocasión le fue ofrecida una misa. Si nos atuviésemos al uso consagrado, el título de la villa debería ser del Espíritu Santo y consiguientemente, la fecha de su fundación habría de corresponder al 29 de mayo, día en que se conmemora la gran solemnidad de la venida del Espíritu Santo. Resultaría lógico afirmar que la fundación hubo de ocurrir, el 24 de junio, por ser éste el día santoral del precursor de Jesucristo.

Debe también examinarse la circunstancia de que, el maestre de campo, capitán Antonio Sotelo de Betanzos, a cuyo cargo quedó la villa al ausentarse de ella el general Ibarra, edificó la iglesia del lugar, tomando desde el comienzo de la obra como abogado y defensor de la misma al santo apóstol evangelista San Juan, cuya fiesta religiosa celébrase el 27 de diciembre. Y, como aquí se trata de San Juan el evangelista y no del bautista, es obvio que nada tiene que ver la advocación de la iglesia, con la de la villa.

Supone J. Lloyd Mecham, que la fundación que se discute se hizo en mayo o en junio de 1564, como parecen indicarlo las consideraciones anteriormente formuladas y que plantean la alternativa del 29 de mayo y el 24 de junio. Me inclino por la segunda, en vista de que la primera alternativa es del todo vulnerable, puesto que Ibarra, manifestándose como un devoto del Espíritu Santo, con frecuencia le dedicaba misas y esto, desde el día mismo en que recibió las provisiones de Gobernador. Así lo hizo cuando salió del Real de Zacatecas, al iniciar sus trabajos. Lo hizo asimismo, al momento de regir la villa de San Juan Bautista de Sinaloa. También, en la provincia de Chiametla, con motivo de la fundación de la villa de San Sebastián, que hoy se llama de Concordia. Finalmente, en Paquimé (región de Casas Grandes, Chihuahua), al emprender desde aquel punto su retorno a la villa de Cinaro, dando fin a su expedición al norte. Esto, de seguro, no tenía mayor trascendencia que cumplir con el imperativo de su devoción personal, como parece aclararlo un párrafo de Obregón que dice: "fundó" el Gobernador, la villa de Chiametla a la cual nombró por abogado a San Sebastián, porque fue fundada en su día, lo cual sucedió, no obstante haberse dedicado la misa

al Espíritu Santo. Pues lo mismo seguramente debió ocurrir en el caso de la villa de San Juan Bautista de Sinaloa, con todo y que también aquí hubo misa dedicada al Espíritu Santo; de lo que habremos de inferir que la fecha que concierne a la fundación de esta villa es, positivamente, el 24 de junio del año de 1564.

Algunos autores, ya se ha dicho, entre los que cito al padre Alegre, la denominan villa de San Juan Bautista de Carapoa, Ha quedado explicado que ello se debe a que el lugar de su ubicación era el valle de Carapoa, que caía dentro de la jurisdicción de la provincia de los sinaloas, aunque no falta quien lo considere situado dentro de las tierras de les tegüecos. Se dijo ya que casi en el mismo sitio en que estuvo poblada la villa de San Juan Bautista se levantó, por don Pedro de Montoya, la de San Phelipe y Santiago; desaparecida ésta a su vez, muy posteriormente, don Diego Martínez de Hurdaide, edificó el Fuerte de Montesclaros, aproximadamente en el mismo lugar que ocuparon sus antecesoras. Y es evidente que entre los indios de la región no se ha perdido la memoria de Carapoa, ya que en su propio idioma denominan Carapué (esta seguramente debe ser la palabra y no Carapoa) a la ciudad de El Fuerte.

UBICACIÓN.

Reiteradamente se ha dicho que la villa de San Juan Bautista, tuvo su asiento en el valle de Carapoa, de la provincia de los sinaloas. Según Baltasar de Obregón, la villa de Cinaro se hallaba a dos leguas de distancia del pueblo principal de los tegüecos y que se llamaba Tegusco (Tegüeco). Esta misma distancia, de dos leguas con respecto al pueblo principal de los tegüecos, la refiere el padre Andrés Pérez de Ribas a la ubicación que corresponde al Fuerte de Montesclaros, edificado en "un punto cercano" a aquel en que tuvo su asiento la villa de Carapoa.

La villa de San Phelipe y Santiago, que fundó Montoya, al decir de Mecham, tuvo su asiento media legua arriba de su antecesora, la de San Juan Bautista. El autor de la "Historia de la Compañía de Jesús en la Nueva España", padre Alegre, consigna que el Fuerte de Montesclaros se erigió "en el país de los tegüecos y casi en el mismo sitio en que había estado muchos años antes la villa de Carapoa"; posición que confirma el capitán

Juan Matheo Mange, en su obra "Luz de Tierra incógnita", aludiendo a que el puesto de Carapoa era propincuo, o cercano, a aquel en que se fundó el Fuerte de Montesclaros. Todas estas citas, conducen a la conclusión de que las tres villas prácticamente tuvieron el mismo emplazamiento, o lo que es lo mismo, que la ciudad de El Fuerte, fue fundada tres veces.

En cuanto a la distancia de dos leguas, que mediaba entre San Juan Bautista y el pueblo mayor o principal de los tegüecos, es un dato complementario y corroborativo en el que coinciden Obregón y Pérez de Ribas. Este último nos dice además, que el pueblo principal é iglesia de los tegüecos se llamaba Macori. En ese pueblo estuvo nada menos que de visita el obispo de Durango, Dr. Gonzalo de Hermosillo y Rodríguez, allá por el año de 1630. Antonio Ruiz, hace también mención, por su parte, al asiento viejo de Macorinati (Macori, sin duda), calificándolo de "guapo blasón de los tegüecos". Pero una vez que se construyera el Fuerte de Montesclaros, debido a la corta distancia a que se hallaba de dicho fuerte el pueblo de Macori, este último desapareció, quedando los indios de la correspondiente parcialidad, reducidos a los pueblos de Tegüeco y Sivirijoa; supresión que ocurrió cuando estaba encargado de aquella misión, el padre Lorenzo Adame, sucesor del padre Pedro Méndez, su fundador. Antonio Ruiz y el padre Ribas, coinciden en que Macori, era el pueblo mayor de los tegüecos. Obregón y Pérez de Ribas, como se dijo, concuerdan en la distancia de dos leguas que había de este pueblo, a la villa de Cinaro y por lo tanto a la del Fuerte de Montesclaros. La discrepancia estriba seguramente en los nombres; pues tal vez el Tegusco mencionado por Obregón, es más bien el pueblo de Macori y no el de Tegüeco, el cual conocemos y dista cinco leguas de la ciudad de El Fuerte. Al hablar Obregón de la fundación de la villa de Cinaro, expresa que se hizo "una hermosa y fértil ribera del río de Cinaro, hacia la parte de la serranía, por ser como era en parte cómoda y que señorea gentiles llanadas, vegas y ejidos". Quienes conozcan la topografía de la comarca, no tendrán dificultad alguna en identificar esas "gentiles llanadas, vegas y ejidos", con el valle que se extiende desde la ciudad de El Fuerte, hasta el Altillo, sobre la ribera izquierda del río; valle al cual seguramente concierne el nombre de Carapoa, o mejor dicho Carapué.

Antonio Ruiz, por otra parte aporta sus luces, las que permiten esclarecer la cuestión. Según Ruiz, en la época de la villa de San Juan Bautista, los tegüecos se alzaron y con este motivo, llegó de Culiacán con gente a someterlos, Diego de Guzmán. Los tegüecos se fueron entonces a remontar a Basiroa, situado en tierras ahora sonorenses, y para ir a batirlos tuvo el capitán Guzmán que atravesar el río, lo que demuestra palmariamente que la villa estaba ubicada por la margen izquierda de la corriente fluvial. Al regresar la fuerza de Basiroa, como el río estaba crecido, fue necesario construir balsas para repasarlo, circunstancia que refuerza la prueba anterior. Traían preso al caudillo de los rebeldes, llamado Mathome, fue éste ahorcado "en una loma lata questá en la quebrada que entra en el río que llaman del Canutillo, por debajo de la villa vieja de San Juan Bautista; llámase la loma Baroteny".

La misma fuente informativa, refiere que don Pedro de Montoya, cuando vino a repoblar a San Juan Bautista y fundó Carapoa la villa de San Phelipe y Santiago, casi en el mismo sitio en que estuvo la primera, fue a visitar las tierras de los tegüecos, que habían sido invadidas por los indios zuaques. Con este fin partió de Carapoa y en el trayecto encontró varias poblaciones de zuaques: "la primera fue una ranchería que se dice Ubicari, y luego más abajo a la boca de una quebrada que se dice del Canutillo, que entra en el río grande, encima de una loma pelada, estaba otra que se decía Baroteny, y de ahí, bajamos el río abajo y hallamos poblados muchos indios en el asiento viejo de Macorinati, guapo blasón de los tegüecos y en otros asientos a la redonda salieron todos los zuaques que por ahí había, a recibir al capitán y al padre".

Los testimonios presentes, no pueden ser ni más verídicos, ni más precisos respecto de la ubicación de la villa de San Juan Bautista, la cual no pudo haber sido en El Altillo, como equivocadamente, o mal informados, algunos lo pretenden. Tampoco fue por la margen derecha del río, como lo sugiere cierto episodio, del que luego se hablará, referido por Baltasar de Obregón.

Seguramente, debido a una mala interpretación del itinerario, o a una equivocación experimentada, por el cronista Obregón, se ha producido el error que se advierte en el mapa relativo a la Misión de Sinaloa,

que aparece en "La obra de los Jesuitas Mexicanos", de Gerard Decorme, S. J. y en el cual se fija la posición de Carapoa viejo, sobre la banda derecha del río, en un punto situado un poco arriba del Fuerte de Montesclaros. Lo que Obregón refiere es, el caso en que el lugarteniente de don Francisco de Ibarra, capitán de la villa de Cinaro Antonio Sotelo de Betanzos, para ir a someter o atacar, al pueblo de Tegusco (Tegüeco), tuvo que cruzar el río en balsas y pasar la caballada a nado. Como todos los cronistas señalan, la ubicación de dicho pueblo sobre la ribera izquierda del río, de ser cierto que Betanzos cruzó la corriente en su marcha, necesariamente implicaría que la villa de Cinaro se hallaba emplazada sobre la margen opuesta, lo que es contrario a lo que ya está documentalmente demostrado. Lo que pudo haber sucedido es que lo que cruzó Betanzos, estando crecido, fue el arroyo de Baroten. Pero si en efecto cruzó el río, no lo hizo para ir directamente a Tegüeco, sino a algún oto poblado o concentración eventual de los tehuecos, en la margen derecha. El emplazamiento de la villa estaba por otra parte indicado, en la ribera izquierda, porque así les quedaba expedita a los españoles, la retirada hacia el río Petatlán y aún a Culiacán.

IGELSIA Y FUERTE.

Una vez que dejó asentada la población de la villa de Cinaro, el general Ibarra se ausentó para la provincia de Chiametla, o de Chametlan como dice Alegre. En Cinaro dejó como lugarteniente suyo al maestre de campo, Antonio Sotelo de Betanzos, "a quien como hombre experto, cursado y diligente en las cosas de la guerra, dio facultad para el aumento, traza y buena orden en la comprensión de la villa". No era en efecto Betanzos un soldado bisoño, ya que en su abono tenía el haber participado en la toma de Topia, y el haber peleado en 1540, con las fuerzas de Cristóbal de Oñate, en la defensa de Guadalajara contra los indios, en la gran rebelión de la Nueva Galicia. Su capacidad para gobernar, venía a ser ahora una nueva manifestación de su personalidad, por lo que llegó a convertirse en la figura histórica más importante de la villa de San Juan Bautista.

Una de sus primeras y mayores preocupaciones, reflejada en el primer trabajo que se echó a cuestas el animoso lugarteniente, fue el de la

construcción del fuerte de la villa, por ser indispensable para la tranquilidad y seguridad de los vecinos. Para tal efecto, habló de su propósito a los soldados y de la necesidad de que todos coadyuvasen en la tarea. Como forzosamente tenían aquellos hombres que ejecutar con sus propios brazos el trabajo, puesto que no gozaban de haberes y por consiguiente no podían emplear indios en él por no ser lícito hacerlo sin la correspondiente retribución o paga, surgieron las inconformidades, que con sus intrigas fomentaba y acrecentaba el alguacil mayor Alonso de la Mancha. El capitán se vio entonces precisado a valerse de un ardid, para avasallar a los inconformes y provocar en ellos un cambio de actitud. Él, en persona, se dio a la tarea de amasar el barro, auxiliado de sus criados y esclavos negros; al cabo de veinte días alcanzó a levantar "cuatro lienzos de tapia de adobe, de a cien pasos cada uno". Con este ejemplo emulador los soldados, confundidos de vergüenza, acudieron a la obra, y en poco tiempo quedó terminada la fábrica, que contaba con "cuatro torres mayores y cinco pequeñas en las esquinas".

Terminada esta primera obra, que sobre cualquiera otra tenía prelación, emprendió Sotelo de Betanzos la edificación de la iglesia lugareña. El mismo, para iniciar el trabajo, y tomando como defensor de la obra al evangelista San Juan, amasó el primer barro y puso el primer cimiento y tapia. De modo que, bajo su solicitud y cuidado, se acabó la iglesia, y en ella los padres franciscanos administraron a los vecinos los sacramentos, hasta que los naturales se sublevaron.

La dedicación de la iglesia, no se llevó a cabo sino hasta cuando regresó de México, Fray Pablo de Acevedo, que por encargo del gobernador había ido a traer algunos otros religiosos, para que se ocuparan en la conversión de la numerosa gentilidad de la provincia. Colocó el maestre de campo, en el patio de la iglesia un altar y una hermosa cruz, y mandó que asimismo en cada pueblo, de los comarcanos, en medio de ellos se plantara una cruz, signo de la fe en Cristo.

APACIGUAMIENTO DE LOS TEGÜECOS.

Tan pronto como se lo permitieron sus ocupaciones, salió del Fuerte el capitán Betanzos, tanto para abastecerse de ciertos víveres para su gente

como para imponer el orden en algunos pueblos revoltosos de la provincia. Los que por entonces estaban alborotados y huidos eran los tegüecos, al punto de que intentaban dar muerte a los cristianos de la villa que iban a su pueblo de Tegüeco. En vano el capitán con sus instancias, promesas y halagos, había tratado de sosegarlos, hasta que por último decidió hacerlo por la fuerza. Para el caso, con algunos soldados escogidos, cruzó el río en balsas y pasó los caballos a nado, y se emboscó durante el resto del día, cayéndoles de improviso a los tegüecos, al amparo de las sombras de la noche, más sin pretender hacer derramamiento de sangre. Dieron sobre el poblado, los españoles con gran vocerío, estruendo y tropel, con lo que lograron dispersar a los indios y tomarles, en calidad de rehenes, a treinta mujeres que con sus hijos iban de escapada.

El susto consiguiente y la captura de sus familias, sirvió para frenar la insubordinación tehueca, y poner coto a los daños, amagos y molestias que los indios dichos ocasionaban a los españoles, a sus criados y caballos. No tardaron los tegüecos en acudir con ruegos y halagos a la villa, a conquistarse el favor del capitán, quien valiéndose de "Luisa", los aconsejó y amonestó, reiterándoles que los cristianos tan sólo deseaban la paz y su amistad. Tras de ese discurso, en que el capitán les habló de la fe en Dios y del propósito que abrigaba de inculcarles el credo, "porque vivían como bestias brutas y encenegados en el apetito de sus bestiales vidas y vicios", les devolvió sus familias; con ello los tegüecos se mostraron contentos y persuadidos, prometiendo obedecer en lo que se les mandase; todo lo cual, añade Obregón, "convino en tierra tan nueva y en gente tan indómita; que aún no aprovechó tan buena persuasión".

UN RECORRIDO POR LA PROVINCIA.

Después de que pacificó a los tegüecos, el capitán Betanzos, llevó a cabo la visita que tenía proyectada hacer a toda la provincia. En su recorrido a lo largo del río, recolectó por los pueblos algunas provisiones para abastecer a los de la villa; y por todos esos lugares les hizo a los indios los mismos apercibimientos y consejos que tuvo antes para los tegüecos.

Partiendo de la villa, el capitán primeramente se dirigió río arriba, hasta remontarse al pueblo serrano de Urique, donde los indios se mos-

traron espantados y medrosos al ver a los cristianos y los caballos, que no conocían ni sabían que existiesen. El capitán mismo se encargó de tranquilizarlos, con lo cual aquellos indios acudieron al campamento español, llevando presentes de maíz, frijol, calabazas, pescado en barbacoa, venados, liebres y codornices.

A su vuelta de Urique, Sotelo de Betanzos, pasó a visitar a los pueblos que se extendían hasta la costa de Ahome. Venciendo las dificultades, que al tránsito de los exploradores oponían los esteros, así como la tupida vegetación de mangles que por ahí había, Betanzos llegó hasta el mero litoral, donde trató de encontrar un buen puerto; pero tan sólo pudo hallar unas ensenadas que formaba el río y que no eran satisfactorias, aún cuando si podrían servir para naos grandes. Los expedicionarios pescaron en esas aguas, en la que había gran abundancia de pescado grande; y sondearon la boca del río, que acusó una profundidad algo menor de dos brazas en cuarto menguante. "Todos los de este río -dice Obregón- sirvieron con gran cuidado, diligencia y respeto y con todo lo necesario. Cojen mucho maíz, frijol, calabaza; son buenos pescadores y cazadores, hacen buena loza, son diestros en el arco y la flecha, andan desnudos con sólo un pañate ceñido en la cintura".

El mismo itinerario y las mismas jornadas que llevara e hiciera Betanzos de la villa a la costa, siguió y empleo a su regreso. Por el camino en los pasos de peligro tuvo la precaución de situar arcabuceros, por lo que sin contratiempo alguno arribó de regreso al pueblo de Cigüini. Ahí lo recibieron bien los naturales y requirió de ellos la gente necesaria para el transporte del bagaje. Se produjo ahí, un incidente, pues como en forma airada uno de los soldados les exigió prisa en la maniobra relativa al bagaje, ello bastó para que los cigüinis se indignaran y acometieran con sus arcos y flechas a los españoles. En tales circunstancias intervino enérgicamente el Capitán, cogió a un indio, a quién mandó atar y azotar por ser el más culpable; a continuación dijo a los alzados, que el castigo impuesto al reo le correspondía por su delito, a la vez que les advirtió que les habría de cortar la manos a quienes hicieran armas en su contra. Por este medio logró Betanzos que los sublevados volvieran a su pueblo; aún cuando sin embargo llevase al inculpado, para la villa. En el camino se presentó

otra eventualidad. El preso por algún motivo, le propinó a un soldado un bofetón, por cuya ofensa aquél recibió del agraviado siete puñaladas, y aunque el herido no murió, en esta vez se alzaron de veras los cigüinis. Con gran indignación el apuñaleado hizo pedazos un jarro de plata que un negro del maestre de campo Betanzos dejó olvidado en Cigüini, y en el que sus custodios brindaban al preso agua para que calmara su sed.

Atendiendo instrucciones concretas del Gobernador, comunicadas desde Chiametla, una vez hecho el recorrido por su provincia, el Capitán de la villa fue a visitar la región del río Mayombo o Mayo, que distaba veinte leguas del Cinaro. Pues para entonces ya don Francisco de Ibarra, hacía preparativos para una marcha expedicionaria rumbo al norte, con destino a la tierra incógnita de Nuevo México. El Capitán Betanzos, para llevar a cabo la exploración ordenada, llevó veinte hombres y los acompañó Fray Pablo de Acevedo. Al llegar al río Mayo, se encontró a la gente muy necesitada por la falta de maíz, pues los sembradíos, habían sido arrasados por una gran avenida del río, cuyo ímpetu no respetó arboledas de cien años de nacidas. Cuando se hallaba por los pueblos de la costa en aquella región, tuvo noticias de las "vacas" y de las famosas "casas de mucha altura", insinuándosele que fuera a darles vista, lo que dizque no osó porque fuera demasiado atrevimiento.

Al volver a Cinaro se encontró Sotelo de Betanzos, con que también este río se había desbordado, inundando la población del fuerte. Por tal motivo los vecinos se vieron en la necesidad de hacer nuevas casas, siendo la del maestre de campo la primera en levantarse. Los estrados de la creciente, aunados a la imprevisión, puesto que en la época de abundancia, el maíz había sido derrochado y aún quemado por los soldados y los propios indios, determinaron en la región una situación apremiante. En Tegüeco, y asimismo en otros pueblos, para sustentarse los naturales andaban por los campos en busca de hierbas, raíces comestibles y piezas de caza. En la villa, si no hubiera sido porque el Capitán había dejado guardada en la sierra una troje de maíz, el hambre, podría haber orillado a los españoles a la despoblación de la provincia.

Para aliviar también la necesidad de carne, en que por la escasez de ella se encontraban los soldados, el Capitán salió de cacería y mató mu-

chos venados. En esta ocasión "habíase alejado dos leguas con codicia de la caza, en un caballo medroso; anochecido, y caminando por aquellas montañas, hierbas y arcabucos, tan espesos que no se pueden andar fuera del camino, arremetió a él un oso con tan terrible y furioso ímpetu y braveza, que además del ruido que vino haciendo por los arcabucos y hierbazales, le hizo en erizar y repeluznar los cabellos y dar ronquidos al caballo. Para su defensa, echó manos a la espada, con gran espanto y desatino de verse acometer de animal tan feroz y furioso, no acordándose si era oso o qué animal pudiese ser. Estuvo tan cerca, que le pudo tirar y con la turbación no se acordó de su arcabuz, el oso se volvió andando de lado; el capitán no pudo hacer que el caballo arremetiese, aunque lo apremió a ello y visto ser tan cobarde el caballo, se fue a El Fuerte, desnuda su espada en la mano hasta que entró en él".

DIFICULTADES POR LAS MINAS.

La sierra había revelado a los vecinos de Cínaro, la codiciada riqueza de sus entrañas. El maestre de campo, en sus expediciones, había descubierto en ella algunas vetas y metales que para su ensaye remitió a Culiacán, a don Pedro de Tobar. Pero el Gobernador había dispuesto que no se ocuparan los de San Juan Bautista en poblar minas, en tanto que los naturales de la provincia, no estuvieren pacificados y sujetos. Por otra parte las instrucciones para el maestre de campo y demás capitanes de la gobernación, eran terminantes en el sentido de que no se consintiese que soldado alguno hiciera trato, ni tuviera intereses con los naturales.

Semejante aplazamiento o demora no podía producir sino inconformidad a los del fuerte, quienes por esta causa tramaban entre si la despoblación de la villa. El Capitán, con el ánimo de conjurar semejante desenlace, los entretuvo en sus esperanzas y llegó a despertar en ellos nuevos y vitales entusiasmos, valiéndose de falsos ensayos de metales de plata. Más entre tanto un viejo soldado de Italia, quiso enfrentársele, asumiendo por la voluntad de todos e interpelando, sobre si aquella negación era una religión, pues que el precepto los tenía oprimidos en el ejercicio de las armas, sin percibir salario, ni otra especie de remuneración. El maestre de campo, se vio compelido a llamar la atención al soldado que en forma tan airada se conducía, amenazándolo con la horca si se desmandaba y llegaba a perderle el respeto que estaba obligado a guardarle. Juramentando a los alcaldes, de que habrían de guardar el secreto, los puso al tanto de la treta a que había recurrido, del falso ensaye, para acreditar la tierra y retener a los soldados, que ya amenazaban con ausentarse, a lo cual el Capitán añadió que el hecho de estorbar, o de no permitir que fueran los soldados por más metal, obedecía a su temor de salir descubierto en el engaño.

Tales eran las circunstancias y el estado de ánimo que prevalecían en San Juan Bautista, cuando por fin Sotelo de Betanzos, recibió una carta del General, de Chiametla, en la que le informaba cómo había poblado aquella provincia, en la que había puesto como su lugarteniente a don Hernando de Trejo. Le decía, además, que ya había enviado hacia Cinaro, a Fran Pablo de Acevedo, con los soldados, que para la proyectada expedición al norte, había traído de México el capitán Salvador Ponce. Después le escribió otra carta el General, manifestándole que ya era tiempo de ocuparse en descubrir minas, en las cuales debería llevársele en parte; de lo cual el maestre de campo informó en una junta a los vecinos, a fin de que se aplicaran a esa clase de trabajo, y como resultado de ello en breve tiempo trajeron a la villa metales de diferente clase y ley, de los cuales se ensayó uno que dio mas de ocho marcos de plata.

La avaricia, la mezquindad y el egoísmo, ante las risueñas perspectivas que parecía brindar la nobel entraña de la sierra, hicieron su dañosa aparición, tornando a ensombrecer la claridad que se apuntaba y llenaba de gozo y expectación a todos los espíritus, ha poco fustigados por la prueba candente de la incertidumbre y de la espera. La alta ley de los metales ensayados, deslumbró a todos y movió a sus descubridores a rehuir y aún repudiar el buen entendimiento y la concordia, ya que no permitían, y con no poca ruindad, que en el interés entraran en parte los demás soldados, dando así motivo al escándalo que se provocó "con disturbio y vocería", cuando los afectados se empeñaron en defender su derecho.

Para apaciguar los ánimos, tan descompuestos, salió el maestre de campo de su tienda. Más no habiéndolo logrado por el convencimien-

to, tuvo que enviar presos a sus tiendas a los desvergonzados, y de su propia cuenta el alcalde ordinario les echó grillos, quién pretendía no quitárselos, sino hasta la venida del Gobernador. Sotelo de Betanzos reprendió al alcalde ordinario por aquel acto de niñería; y mandó notificar que, so pena de traición a la real Corona, no se hiciera reaparto alguno, ni se dispusiera de las minas, hasta que el General llegara a la villa. Con semejante prevención, aún más indignados y más obstinados todavía en sus malas intenciones, quedaron los de las vetas, que por la noche se convinieron y al amanecer, formaron una especie de motín, en el cual el escribano, llamando en alta voz, pregonaba: "vengan todos y partamos las minas, que no es nadie parte para defendérnoslo, pues es justa defensa lo que se hace por Dios y por el rey, por la ley y morir por ello.

Al escuchar la escandalera, el maestre de campo, se levanto montante en mano, llamando a las armas a los servidores de su Majestad, amenazando con horca y azotes a los que desmandaran y no obedecieran. Salió del fuerte, juzgando que con tal fiero se aplacarían, pues no deseaba dañar a los soldados, empleando todo el rigor de su autoridad. Más, lejos de que éstos se calmaran, al volver a entrar al fuerte, los halló aún más encolerizados, por lo cual ordenó al alguacil mayor que prendiera al escribano, el cual en alta voz decía que no era su juez, apellidando la voz del rey. En medio de aquella agitación, inopinadamente arremetió un soldado, enarbolando la vara del alcalde a guisa de bandera y dando con ello lugar a que el campo se deslindara. Luego, al instante el Capitán embistió al escribano derribándolo de dos golpes de montante, y en seguido lo mandó a prender y echarle dos pares de grillos. En virtud de los últimos incidentes que surgieron y gracias al tacto y a la energía que Betanzos desplegara, así como al oportuno auxilio que le dieron sus valientes amigos los vizcaínos, pudo dominar la situación. Aclaradas las posiciones y ya con la mayoría de su parte, el maestre de campo hizo que prevaleciera su autoridad, no sin que se le rindieran los molineros sin excusa; pero, cediendo a los ruegos que le hicieron los del campo, se abstuvo de ejecutar en la persona del escribano el castigo a que se había hecho acreedor por su desvergüenza y delito de insubordinación.

LA JURISDICCIÓN MOTIVO DE CONFLICTO.

Mientras tanto se desarrollaban en el fuerte y Villa de San Juan Bautista de Sinaloa los sucesos arriba descritos, en Chiametla se ocupaba activamente don Francisco de Ibarra, no tan sólo de la fundación de la villa de San Sebastián, sino también del descubrimiento de minas, las cuales por su buena ley habían atraído hacia aquella provincia, gran afluencia de pobladores.

Si hacemos memoria o repasamos la historia de los descubrimientos territoriales del Noroeste de la Nueva España, se caerá en cuenta de que en realidad, el Gobernador de la Nueva Vizcaya, se había introducido a una jurisdicción que por conquista y geográficamente, pertenecía a la Nueva Galicia. El hecho se explica y justifica en atención a que estas provincias en realidad estaban olvidadas y en el más completo abandono; y en cambio don Francisco de Ibarra, tomó posesión de ellas como un colonizador efectivo y progresista, las pacificó, pobló villas en Cinaro y Chiametla, descubrió y explotó minas, repartió encomiendas de tierras e indios y estableció la doctrina.

Se consideraban sin embargo, como tierra libre, a excepción de la provincia de Chiametla, sobre la que hacía valer sus derechos de encomendero el doctor Pedro Morones, oidor de la Real Audiencia de Guadalajara y al mismo tiempo alcalde mayor de la Nueva Galicia. Pero, en junio de 1564 y según refiere J. Lloyd Mechan, procedente de Guadalajara, llegó a Cinaloa, Juan Saldívar y Mendoza, trayendo la noticia de la muerte de Morones y una cédula real por la que se le ordenaba a Ibarra, proseguir sus trabajos de conquistar y poblar, aún en aquellas tierras, que ya habían sido descubiertas, proveyendo las que encontrase sin iglesia ni religiosos. Esta es incuestionablemente, la cédula de su Majestad, que al decir del padre Tello, tenía don Francisco de Ibarra, mediante la cual se le mandaba que todos los pueblos donde no hubiere iglesia ni doctrina, los metiese en su jurisdicción y los repartiese; y por consiguiente, con ese mandamiento quedaban legalizadas las conquistas y repartos que hasta entonces había consumado dicho Gobernador.

La prosperidad y el renombre que iban adquiriendo las provincias noroccidentales gracias a los trabajos emprendidos por el gobernador

Ibarra, vinieron a despertar el interés y el celo de los oidores o magistrados de la Real Audiencia y Cancillería de Guadalajara. Considerando la Audiencia, invadida su jurisdicción, particularmente en el caso de Chiametla, hizo al Gobernador las reclamaciones del caso, tan pronto como llegó éste de regreso de su --expedición- rumbo al norte de San Juan Bautista de Sinaloa.

Al llegar a Chiametla, recibió don Francisco la confirmación que, con fecha 31 de mayo de 1567, hacía en su favor el virrey, marqués de Falces, de su comisión de Gobernador en la Nueva Vizcaya. En la confirmación se le daba a saber que quedaba reafirmada la autoridad de la Real Audiencia de México, en materia de apelaciones, para todo el territorio dependiente de la Nueva Vizcaya.

Por otra parte, comisionados especiales asistidos por gente armada, llegaron a venir hasta Chiametla, enviados por la Audiencia de Guadalajara, a presentar de una manera oficial al Gobernador, la reclamación correspondiente al derecho de jurisdicción. En la cuestión tomó parte el marqués de Falces. Se hizo contencioso el asunto y en tal estado, se mantuvo hasta que el Real Consejo de Indias, obrando conforme a la sugerencia del nuevo Virrey de la Nueva España, Martínez de Almanza, por real cédula de 26 de mayo de 1573, declaró que las apelaciones de la Nueva Vizcaya, deberían hacerse a la Audiencia de Guadalajara.

En consecuencia, con la decisión del suprema del Consejo de Indias, las provincias de Chiametla, Culiacán y Cinaro, así como las que posteriormente llegaran a poblarse hacia la parte norte de ellas, venían a quedar sujetas en el aspecto judicial a la Audiencia de Guadalajara, situación que duró inalterada hasta que se consolidó la independencia nacional. En lo demás, como eran los asuntos políticos, administrativos y militares, las provincias señaladas continuaron dependiendo de la Nueva Vizcaya, mientras no se efectuó la división política del virreinato, en provincias e intendencias.

LA EXPEDICIÓN AL NORTE.

Después de haber tenido en Chiametla una permanencia consecutiva de once meses y tras de haber nombrado los alcalde y regidores de

la villa de San Sebastián, así como repartido los pueblos, tierras, huertas y solares, “a cada uno conforme a su capacidad, servicio y mérito” y dejado, por último, como su lugarteniente en aquella provincia a don Hernando de Trejo, el general Ibarra se desprendió de sus ocupaciones en el sur, para venir a la villa de Cinaro. Como de costumbre, a su paso por Culiacán, fue bien recibido, hospedado y regalado, juntamente con sus tropas, por don Pedro de Tobar. En su breve estancia en esa villa se surtió de herraje, vestuario y otros abastecimientos para su ejército, por estar en vísperas de emprender su viaje expedicionario hacia los “llanos de las vacas”, de la provincia de Nuevo México.

En su tránsito desde Culiacán a San Juan Bautista, tocó los ríos y pueblos de Sebastián de Evora, Petatlán y Ocoroni, a cuyos vecindarios hizo instancias “de paz, armonía, obediencia de su real justicia y servicio de Dios Nuestro Señor”.

Al llegar a la villa de San Juan Bautista o de Cinaro, se le recibió con todo respeto, júbilo y solemnidad por su lugarteniente, el capitán Antonio Sotelo de Betanzos, quien acudió al encuentro del feje, llevando la justicia, Regimiento, vecinos y soldados, portando la bandera el alférez Pedro de Montoya. En honor del Gobernador hubo música y la infantería hizo salvas de arcabuz. Para que el acto recepcional tuviera mayor lucimiento y novedad, se incluyó en los festejos una escaramuza espectacular. Para realizarla fue emboscado un escuadrón de indios salvajes, con sus atuendos de cuentas, conchas de perlas y plumajes. Los soldados de a caballo iniciaron la maniobra del simulacro, a continuación de lo cual, los de la emboscada los embistieron con fuerte algazara de guerra y lanzando al aire sus flechas; ya al final los indios desfilaron ante el Gobernador, bailando a su modo acostumbrado y haciendo extraños visajes, dando saltos y otras exhibiciones de colorido similar.

Una vez que pasaron los cumplidos de la bienvenida, el General desmontó su caballo frente a la Iglesia y entró en ella para dar gracias al Señor por sus mercedes, al librarlo de los trabajos y peligros por los que hasta el momento había pasado.

Era ya positivamente deseada e indispensable la presencia del Gobernador en la villa, donde abocándose de inmediato a la resolución de

los asuntos que ofrecían mayor trascendencia y escabrosidad, restableció la concordia entre los que se hallaban enemistados y aseguró y aquietó a los que se mostraban descontentos y en disposición de ausentarse. Mandó que se prosiguiera la construcción de la Iglesia y de las casas de los vecinos. Se mostró ufano por la terminación del navío que había mandado fabricar al maestre de campo, así como por la conclusión del fuerte, también por los informes que se le dieron respecto de los pueblos de indios, que había, y finalmente por la noticia de los ricos metales que habían sido descubiertos. Por todo ello, don Francisco justamente debió sentirse satisfecho, y con tanta mayor razón en cuanto que, como Obregón lo afirma, "esta provincia y villa es la más poblada de gente, mejor y más rica de cuantas tiene en su gobernación la Nueva Vizcaya".

Don Francisco de Ibarra, disfrutó de veinte días de descanso en Cinaro, durante los cuales se formuló la lista de los soldados que habrían de participar en la expedición al norte, se previno el personal de servicio para el ejército y se hicieron los restantes preparativos para la marcha. Mientras tanto, los vecinos, movidos de impaciencia, le hicieron instancias al General, para que les dejara de una vez repartidos los pueblos y encomiendas de la provincia, a lo que él se negó prometiendo hacerlo a su regreso del norte. La negativa obedecía a que tenía que llevarse en la expedición a muchos de los soldados, a quiénes estaba obligado a gratificar por sus servicios, ya que debía alimentarles y asegurarles sus expectativas, de no hallarlas mejores en lo que esperaban descubrir en breve. Más no obstante las anteriores razones que asistían al Gobernador, su determinación vino a enfriar los ánimos a dejar a la villa de San Juan Bautista en riesgo inminente de que se despoblara, dando ocasión y motivo para que muchos soldados se le huyeran más tarde a Sotelo de Betanzos.

Estando para emprender la marcha, acordó el General dejar como su teniente y justicia mayor en la villa y provincia de Cinaro, al maestre de campo Antonio Sotelo de Betanzos. Más este capitán, desoyendo las razones, ruegos y porfías de su jefe al darle ese cargo, lo rehusaba en vista de las responsabilidades que aceptando iba a contraer, pues la gente se hallaba en la penuria y por otra parte con algunos había tenido su choque por lo de las minas, y por lo tanto prefería que lo incorporaran a la expe-

dición. En las instancias terciaron el fraile Acevedo y don Pedro de Tobar, haciéndole ver a Betanzos que, de no aceptar el cargo, haría un deservicio a Dios y a su Majestad; y para inducirlo o comprometerlo a consentir, a sus argumentos y súplicas añadió don Pedro su generoso ofrecimiento de ayudarle a remediar aquellas necesidades, como en efecto y a su propia costa lo hizo cumplidamente. Durante tres días se mantuvo indeterminado Betanzos y tratando de eximirse, hasta que el Gobernador lo amenazó de hacerlo aceptar por la fuerza y así lo hizo transigir.

El ejército expedicionario, se componía de sesenta soldados escogidos, en su mayoría arcabuceros y rodeleros los restantes; y además de los indios tamenes o de carga necesarios y los de servicio. Los soldados iban provistos de cotas de malla de acero, su dotación de tiros de campo (balas de cañón), poca munición, herraje y trescientos caballos de caballería y carga. Los elementos más destacados con que contaba la fuerza, eran el alférez Pedro de Anzueta, el contador Bartolomé de Airola, el paje de don Francisco, Diego de Soberanes, la india Luisa, el secretario Lerma Avilés, Baltasar de Obregón y los capitanes Salvador Ponce, Pedro de Montoya y Rodrigo del Río y Loza.

Incuestionablemente el Gobernador tenía interés en ver las minas que se habían descubierto. Pero, a fin de no despertar inquietud entre los soldados que habrían de marchar al norte, no fue a inspeccionarlas sino hasta cuando despachó por delante el campo, a las órdenes del alférez Pedro de Anzueta, de fray Pablo de Acevedo y del contador Bartolomé de Airola. Don Pedro de Tobar, que acompañó a don Francisco de Ibarra, hizo labrar las minas y en el ensaye encontró que eran de ocho marcos por azoque; pero al ahondárseles disminuyó la cantidad, por lo cual fueron abandonadas. Don Pedro retorno a Culiacán, en tanto que don Francisco, fue a darle alcance a sus tropas y a reunirse con ellas en el río Mayo.

Don Pedro de Tobar, tan repetidamente mencionado, fue un factor de gran importancia en la iniciación y desarrollo de la vida colonial en las provincias de Culiacán y Sinaloa o Cinaro. Los cronistas lo reputan como el sostenedor de la provincia y la villa de San Miguel de Culiacán; pero también fue un colaborador eficiente de don Francisco de Ibarra, en cuyas empresas le dio sabios consejos y le ayudó con gastos y vituallas. De sus

estancias ganaderas abasteció de reses a los soldados y vecinos españoles de todas estas provincias. Se le debe la propagación de la especie bovina en la Provincia de Sinaloa, pues tenía varias estancias de ganado mayor en el río de Sebastián de Evora, que era una encomienda que le pertenecía a Tobar y que le afirmó desde su llegada el general Ibarra. Antonio Ruiz, se expresa de don Pedro diciendo que era un caballero muy principal, vecino de San Miguel, provincia de Culiacán, que "mientras vivió sustentó muy a su costa, la población de la villa de San Juan Bautista de Cinaloa, proveyendo al que quería ir, de todas las cosas que habían menester, así de bestias como de caballos, armas, pólvora, herraje y alpargatas, que en aquél tiempo no había por acá otro calzado; pobló esta estancia que es ágora de los padres de la Compañía de Jesús, con cantidad de vacas que trajo de Guadalajara, y con muchas yeguas, teniendo en ella un español, negros e indios vaqueros". Ni que decir de lo que significó principalmente para la provincia de Culiacán, de la que era vecino, capitán y alcalde mayor y a la que defendió de los enemigos que de continuo la asediaban, evitando así su despoblación. Tomó mucho empeño en la conversión de los naturales. Y con su actuación e incluso con sus propios negocios, contribuyó al aumento de la real hacienda. Don Pedro de Tobar era el más cabal y virtuoso caballero que había en este reino, dice Baltasar de Obregón. Fue casado con doña Francisca de Guzmán, hija de Gonzalo de Guzmán, que fue Gobernador de Cuba, "señora de mucha cristiandad, valor, discreción y hermosura; en todo perfectísima, de modo que dado su par en aquellas partes, en todo género de virtud y calidad".

Según Baltasar de Obregón, al irse Ibarra para el norte dejó en la villa, de lugarteniente al capitán Antonio Sotelo de Betanzos, de alcalde a Martín Bohórquez y de primer cura al Lic. Hernando de Pedroza. De todos ellos se despidió el General, así como de los demás vecinos, a quienes de igual manera que a Betanzos, mucho les encareció el buen tratamiento y la atención de la doctrina, para con los naturales. En cambio, Antonio Ruiz, era un jovenzuelo y le tocó acompañar a su señor padre, que era de los soldados expedicionarios que condujo al norte el general Ibarra; y según él, Sotelo de Betanzos, también fue de los expedicionarios. El autor de la "Relación de la Conquista de Cinaloa" dice que en

Sahuaripa, un pueblo de mucha cacería y todo de terrado, al advertir el General, que los indios de aquel lugar estaban alzados, mandó a Sotelo de Betanzos a que por aquella noche los caballos durmieran atados a palos y estacas, por no ser conveniente soltarlos al campo; y figuran precisamente entre los comisionados, parte de Betanzos, Rodrigo del Río y Loza y Tomás de Soberanes, nombres muy conocidos en la historia de la Provincia de Sinaloa.

Baltasar de Obregón, asienta que la expedición partió de la villa el 1º. De mayo de 1567, dato evidentemente equivocado como lo prueba el hecho de que Sotelo de Betanzos, con licencia del General, se ausentó para México precisamente después de que las fuerzas expedicionarias habían efectuado su regreso a Cinaro. Como documentalmente está acreditada la estadía del capitán Betanzos en la capital de la Nueva España, a principios de junio de 1566, es claro que ya para entonces, o mucho hacía, que se había cerrado el capítulo de la dicha expedición, en la cual se emplearon siete meses. Esto viene a indicar que la fecha de salida de las fuerzas de Cinaro, rumbo al norte, fue a mediados del año o en el otoño de 1565 y no de 1567 como lo asienta Obregón.

La presencia de Betanzos en México, la denuncia, aparte de la "información de Ibarra", la misiva que desde aquella misma ciudad y con fecha 5 de junio de 1566, el mencionado capitán dirigió al rey, solicitando que se le permitiera o comisionara para embarcarse en la expedición, probablemente aquella que dizque don Francisco de Ibarra, proyectaba hacer al Estrecho Inglés, que decíase estar a los 45 grados de latitud. Me imagino que a la ejecución de tal proyecto obedecía la orden del Gobernador, de que se construyeran dos navíos en Cinaro; y posiblemente también con este proyecto se relacionaba la inspección que hizo Betanzos del litoral ahomense, tratando de localizar un buen puerto. En su carta al rey, hace además Betanzos una relación detallada del viaje de Ibarra al septentrión, cuyo término fue Paquimé, próximo a las provincias de Nuevo México, que eran el objetivo de la expedición militar. Y en cuanto a lo que en dicha carta Betanzos solicitaba para sí, no le fue concedido, tal vez porque en el caso se requería la ayuda del Tesoro Real, o bien por otros motivos, pues la pretendida expedición no llegó a realizarse.

Retrocedamos ahora al punto de la expedición en marcha. Después de haber visitado las minas cercanas a la villa de San Juan Bautista, don Francisco dio alcance a su ejército en Teumoca (Temoca), punto situado sobre el río Mayo en la parte alta de la cordillera. Continuó subiendo con su gente a lo largo del arroyo de los Cedros y llegó en el término de tres días a la cumbre de la sierra, desde donde se dominaba con la vista el valle y el pueblo de Oera, frente al cual puso su real. Ahí no tuvo dificultad alguna con los indígenas. Bajo guía, prosiguió enseguida su marcha por lo alto y escarpado de la serranía, hasta llegar con sus tropas a los valles de Señora y Corazones. Varios lustros antes, en esos valles se había asentado la villa de San Jerónimo de los Corazones, que fundó Vázquez de Coronado al pasar por ahí rumbo a Cíbola; como sabemos, dicha villa fue asolada por los indios, hazaña de la cual aún se gloriaban éstos, ante la nueva presencia de los españoles. Y así como, cuando al bajar de la sierra de Topia a las costas de Sinaloa, experimentó el Gobernador cierta decepción por no haber salido precisamente a tierra nueva, también en esta vez sintió pena, por haber ido a parar a territorios ya descubiertos y recorridos tiempo atrás por otros conquistadores.

Sin embargo, continuó la marcha en dirección al norte, adoptando toda clase de precauciones por el temor a un ataque de los indios y por el recelo que se tenía del árbol de la leche ponzoñosa, con la que aquellos envenenaban sus flechas. Caminando en esta forma, el campo llegó hasta el pueblo de Sahuaripa, punto estratégico en el cual los naturales podrían enfrentarse con ventaja a los españoles y destruirlos, como efectivamente era su propósito. Los Sahuaripas estaban muy envalentonados por el exterminio que hicieron de la villa de San Jerónimo de los Corazones. Primeramente huyeron los guías, dejando el campo a la ventura; luego, la provocación de los indios se hizo sentir al flecharles los caballos a los españoles; después los lugareños escondieron a sus mujeres, abandonaron sus casas y se alzaron en armas, después surgieron las humaredas en los pueblos serranos de los contornos, convocándose para la guerra.

En vista de la actitud asumida por los indígenas y de la situación precaria en que el campo se hallaba colocado, se propuso el General por vía de táctica hacer una demostración de fuerza. Esta decisión era en ver-

dad peligrosa, porque llevando personalmente el General sus caballos de armas, dos negros auxiliares y seis soldados valientes, atacó por asalto un fuerte en el que se habían alojado seiscientos indios decididos a defender sus personas, mujeres, hijos, casas y hacienda. Bien pronto durante el lance, se dieron cuenta los indios de que sus armas, consistentes en flechas, piedras y macanas, no causaban daño alguno al enemigo, y en cambio los disparos de arcabuz, si producían estragos de consideración en sus filas, al grado de que en la lucha perdieron a su capitán, con lo que se desanimaron. En ese estado y con la embestida final de Ibarra y los seis soldados, los ocupantes del fuerte acabaron por desalojarlo y finalmente en él se instalaron las fuerzas españolas.

En seguida se designaron dos patrullas para buscar la salida de aquel pueblo; entre tanto, los indios se organizaron y una madrugada volvieron al ataque. A la voz de alarma, despertó el General, quien al grito de ¡Santiago, a ellos!, puso a sus soldados en acción y logró repeler el ataque, al cabo de una lucha que duró desde las tres de la mañana, hasta el medio día.

En vista de las excesivas dificultades con que tropezaban, ya después el General, dispuso dirigirse a tierras llanas, continuándose el avance en forma cautelosa, toda vez que nuevamente los indios podían volver a la carga y que además se hallaban en la región de la hierba ponzoñosa. De esta manera traspuso hacia el oriente, la Sierra Madre y entraron a las tierras de los indios querechos, comarcanos o vecinos de los de los llanos de las Vacas. Desde lo alto de las ultimas cordilleras, dice Obregón, divisaron al fin grandes, hermosos y fértiles valles, con praderas, ríos y arroyos; después toparon con casas de dos y tres pisos, deshabitadas, que estaban repartidas en un espacio de ocho leguas. De ello se alegraron los soldados, pues al fin habían logrado salir de los sitios inhóspitos y temibles de la serranía y llegaban a una tierra donde abundaba la caza de todo género y se hallaba habitada por gente más doméstica.

El campo se alojó y fortificó en una de aquellas casas solitarias, ruinas de una población azteca indudablemente, que se hallaban sembradas a lo largo del río, en la región que decían llamarse Paquimé y que hoy se conoce con el nombre de Casas Grandes, al noroeste del Estado

de Chihuahua. Cuenta Obregón, que habiendo sido preguntados los nativos acerca de quienes eran los señores de aquellas casas, contestaron que vivían a seis jornadas río abajo, hacia el norte, y que a cuatro jornadas al poniente "asistían otros muchos en casas de mucha altura, vestidos y señores de mucha ropa, de algodón, maíz, frijol, calabazas, aves y vacas de la tierra", y en esto seguramente se referían a las edificaciones y a los señores de Cíbola. La distancia del Río Paquimé a los valles de Señora (Sonora), se estimaba en cuarenta leguas y en noventa a la orilla del mar; según más tarde lo llegaron a saber, habían llegado a dos jornadas de camino, de donde estaban ya las tierras de Nuevo México, las cuales constituían la meta de aquellos por así decirlo, malogrados esfuerzos.

Los trabajos y penalidades habían sido muy grandes hasta ese momento; la falta de poblados, el desierto y la lejanía, desazonó a los soldados, sintiéndose arrepentidos de tan azaroso viaje y aún abrigando temores por la suerte que pudiera caberles en su regreso. Se dio cuenta el Gobernador, de aquel decaimiento y desagrado, y por este motivo, así como porque ya se había agotado el herraje, la munición, lo necesario de ropa, calzado y caballos, usando de la prudencia y tacto en él característicos, llamó a acuerdo y consejo de guerra, disponiendo que los soldados previamente, oyesen una misa aplicada al Espíritu Santo, para que les inspirase lo que más conviniere.

Reunidos para tratar de esta cuestión en la tienda del General, éste les hizo una exhortación, abogando por que se prosiguieran las jornadas hacia delante, con la esperanza de que el éxito habría de coronar aquellos esfuerzos y sacrificios. Fray Pablo y lo mejor de la oficialidad dieron su apoyo a la idea del Gobernador y se manifestaron dispuestos a obedecerle y seguirle. Asimismo hubo algunos que se ofrecieron a volver a la villa de San Juan Bautista, distante trescientas leguas de Paquimé, por refuerzo de soldados y por cuanto era necesario para la prosecución de la marcha. Pero como había libertad absoluta para exponer pareceres, los demás soldados, quebrantados por su misma cobardía, así como por la crudeza de la aventura, insistieron en que era más cuerdo regresar y poblar una nueva villa en las márgenes del río Yaqui, y en ocuparse en conservar, sustentar y repartir la provincia de Cínaro. Acatando pues,

la opinión y deseos de la amedrentada mayoría, el Gobernador, contrariando su propia voluntad, dispuso el regreso de la expedición y así se perdió, dice lamentándose de ello Baltasar de Obregón, "de ganar la empresa, provecho y honor del descubrimiento del Nuevo México y sus comarcas, rededores y poblaciones que han ganado de presente (se trata del año de 1584, en que Obregón terminó de escribir su Historia), los descubridores nuevos con menos trabajos que nosotros".

EL RETORNO.

Las penalidades padecidas en los valles del río Sonora, fueron de tal naturaleza anonadante, que los amilanados, constituidos en mayoría, persuadieron al Gobernador, de que el tornaviaje no se hiciera por el mismo camino que hasta ahí los había llevado; sino por las faldas orientales de la gran sierra y avanzando hacia el sur. Por lo tanto la marcha de regreso se emprendió tomando el derrotero sugerido; y cuando ya el campo se había alejado cuatro jornadas de Paquimé, determinó el General que se principiara a cruzar la cordillera en dirección al poniente, para ir a salir a las tierras pacíficas del sur de Sonora. Eligió el General este lugar de paso, con la favorable opinión de Fray Pablo de Acevedo, aún cuando Rodrigo del Río y Loza, y Baltasar de Obregón, con mejor cálculo, opinaban que sería más conveniente hacer la travesía aún más al sur.

En esos momentos no pasaba por la imaginación y ni siquiera por el presentimiento del General, que se hallaban en vísperas de vivir el episodio más desesperante, más intensamente dramático de la odisea a que los había conducido el destino.

Una vez iniciado el cruce, en el término de cinco jornadas se encontraban ya en lo áspero y fragoso de la Sierra Madre, la que con sus nevadas, su apretura de montañas, sus elevados riscos y peñas cortadas a tajo, ensombreció el temple de aquellos hombres arrojados, infundiéndoles el temor de no poder atravesar la brava cordillera. Se carecía de bastimentos, y para amortiguar el hambre, hubieron de recurrir al sustento de bellotas amargas, que les ocasionaban trastornos digestivos, de hongos que hacían perder el sentido y por vez primera, venciendo toda repugnancia, se abastecieron de carne dulce y "mulliciosa" de caballo.

En tres jornadas más, la altísima y abrupta serranía cuya inmensa y peligrosa mole tenían a la vista, hizo que el General flaqueara y pensara en retroceder, ensombrecido su pensamiento bajo el temor de no poder franquear aquel formidable valladar. Más ya no era posible volver atrás, porque habiendo descendido a unas quebradas profundas, los flácidos caballos de montura y carga no alcanzarían a trepar por donde habían bajado casi despeñados.

De manera que, seguir adelante era imperioso. Se dispuso a realizar el avance durante las tres jornadas ulteriores, yendo de bajada y sin que lo impidiera la fragosidad, hasta que les atajó el paso el raudal estruendoso de un río. Aquí, se presentaba el momento culminante de tener que forcejear con los elementos bravíos de la Naturaleza, que esgrimían su pavoroso ímpetu ante la débil criatura humana. Las condiciones hacían imposible atravesar de pronto el despeñado caudal, que se agrandaba con el torrentoso escurrir de las nieves derretidas, ingenio y esfuerzo habían fallado en el intento de franquear en balsa la corriente. El cansancio, la inanición y el dolor físico minaban cada día más la menguada resistencia de aquellos hombres. El hambre apretaba rudamente; hambre apocalíptica, mitigada tan sólo con el mísero sustento de espinosas hojas de nopal, de bledos ásperos y de magueyes silvestres cocidos y asados en barbacoa. Ya en el punto y colmo de la necesidad, mitigada con el grotesco manjar de las sucias adargas de cuero viejo, de sus calzados mismos, de los cueros y carne de los caballos y hasta de su sangre, a veces molida y purulenta, extraída por sangrías a tan estimables bestias, para no sacrificarlas del todo; más todo este ingrato menú, sin la menor brizna de sal, que es tan indispensable para el gusto y la salud.

Dieciséis largos y angustiosos días se mantuvieron en esa indescriptible y patética situación, que consternó al Gobernador, haciéndolo derramar lágrimas, hasta que tras de enormes y malogrados esfuerzos, en un postrero y definitivo intento, inspiración heroica de Baltasar de Obregón, se logró pasar a la orilla opuesta del cauce, la balsa de salvación, habiéndose entonces podido sujetar por su otro extremo, el calabrote que serviría de guía y sostén en los futuros y consecutivos pasos de la balsa.

Se pasó pues a la otra banda la tropa y la impedimenta. Pero no con

ello quedaron allanados los subsecuentes problemas del tránsito, ya que inmediatamente después, el campo se vió detenido por la abrupta y estrecha encajonadura del río, que en veinte leguas no parecía ofrecer salida alguna, ni a pie, ni a caballo. Al verse atrapado en este sendero, a don Francisco de Ibarra, se le cerró el mundo y quiso enterrar el bagaje en una cueva y que cada soldado caminando a pie, puesto que no podían hacerlo a caballo, abandonado a su propia suerte, saliera como pudiese.

Pero Baltasar de Obregón, considerando que sin los caballos estarían irremisiblemente perdidos, si llegaban a encontrarse con los indios, y por otra parte advirtiendo que nada bueno presagiaba el abrumador desánimo que embargaba a los del campo, a pesar de su flaqueza y fuerzas y de los peligras que correría se ofreció a Ibarra, para ir a buscar una salida salvadora, hacia terreno abierto. Después de haber caminado penosamente seis leguas, el espontáneo explorador dio al fin con la anhelada vía de salida, por donde subió a una cumbre, desde la cual se contemplaba la vasta extensión que da a la Mar del Sur; a lo lejos se descubría una aldea aborigen. Tomando por aquel paso y derrotero, la hueste habría de salir a un lado de Guaraspi, Saguaripa y Cumpa. Tales nuevas regocijantes llevó Obregón a sus compañeros y para sus necesidades, llevó una carga de hojas de uvas silvestres, con la que se reconfortaron los más faltos de alimento.

Ganando aquella puerta de salida, arribó el campo a la aldea indígena, que había divisado Obregón, y en ella hallaron maíz, frijol y calabazas, con lo que se repusieron de las hambres padecidas. Continuó después el campo hacia el sur hasta llegar al río Yaqui, cuya región fue visitada por el General, desde la sierra hasta la boca del río.

De el Yaqui envió el General diez soldados a Cinaro, pidiéndole al maestre d campo socorro de soldados, herraje, munición y tapiales, para hacer un fuerte y fundar otra villa en aquella región. Pero el maestre respondió que carecía de soldados porque muchos se habían ausentado, así como que también carecía de lo demás, siendo que en Cinaro se hallaban padeciendo necesidades; por lo que opinaba que era obra más acertada, conservar y no perder lo ganado, que perder más. Y daba parte finalmente al Gobernador, de que los soldados se hallaban descontentos por el hecho

de que no les había dejado señalados sus repartimientos, por lo que para éste y otros problemas importaba su presencia en Cinaro, y mayormente para el amparo de esta villa y las demás de su gobernación.

Con estas noticias de Betanzos, el Gobernador determinó continuar su camino hasta San Juan Bautista, prometiéndose regresar al Yaqui para lo de la fundación de la villa. Con una tropa de yaquis que lo escoltó llegó al río Mayo, a donde aquellos indios, movidos por su tradicional enemistas para con los mayos, entraron matando gente, robando y destrozando casas y sembradíos; pero el General intervino, cesaron los daños y se pactó una tregua, la que se formalizó con el intercambio protocolario de arcos y flechas.

Las tierras del río Mayo, fueron también visitadas y recorridas por el General desde la serranía hasta la costa. Luego se continuó la marcha y, al cabo de tres jornadas, el Gobernador con su campo llegó a la villa de Cinaro, donde se le recibió jubilosamente por el maestre de campo, la justicia y el regimiento de la población y los vecinos. Desmontáronse el General y los soldados en la iglesia donde los frailes rezaron un Te Deum Laudamus; y dieron las gracias al Señor por el beneficio y merced que les había hecho con librarlos de los peligros en que se vieron y con traerlos salvo a tierra de cristianos. Para los expedicionarios la terrible aventura había significado, al final de cuentas, la pérdida de dos vidas y resultaron heridos con flechas envenenadas con la leche de la famosa hierba ponzoñosa, el capitán Pedro de Montoya y el soldado Juan Ruiz, padre del autor de la "Relación de la Conquista de Cinaloa".

EL REPARTIMIENTO.

La vuelta del General y su presencia en la villa de San Juan Bautista, reconfortó los espíritus e hizo que se encendieran nuevas esperanzas, que se renovara la fe en el porvenir, ya que ahora sí iba a efectuarse el reparto de los pueblos de la provincia a los vecinos y pobladores españoles. Para llevarlo a cabo, mandó el General que el maestre de campo hiciera un previo reconocimiento de la gente que había en cada lugar, lo cual se hizo en un tiempo perentorio.

Naturalmente que, por su jerarquía, el primer favorecido fue Sotelo de Betanzos, a quien, en el repartimiento le correspondió la villa

y además un pueblo que se llamaba Huiry, haciendo un conjunto de seiscientos indios. Otro de los agraciados con una de las mejores encomiendas fue don Álvaro de Tobares, a quien le tocó el pueblo de Ocorory (Ocoroni), de seiscientos vecinos. Así, sucesivamente todos los demás, hasta donde alcanzó fueron recibiendo su parte de acuerdo con sus méritos, calidad y servicios. Pero después vinieron a esta provincia vecinos españoles de Culiacán y adquirieron, por compra, algunas de las encomiendas que correspondieron a los soldados, habiéndose permitido tales transacciones en interés del aumento de la villa.

La encomienda de los indios del río Petatlán, la repartió el general Ibarra -dice Antonio Ruiz- entre Pedro Ochoa de Galárraga, Blas del Gueta, Pedro de Montoya, Rodrigo de Río de Loza, Amador López Maldonado, un fulano Paladines y otros. "Así mismo repartió toda la gente del Río de Cinaloa, desde el pueblo de Baca hasta el pueblo de Ahome, y todas las poblaciones del Río Mayo, desde la sierra hasta el mar, aquel postrero pueblo de la mar se dice Cachamelame, y éste y otros del dicho río hacia arriba, los encomendó a un vecino que se llama Juan Ruiz, aunque quedaron todos los pueblos destas provincias encomendados en todos los conquistadores que en ella se hallaron, nunca hubieron sus manos ningún provecho dellos, sino fueron los señores que fueron de los pueblos este río de Petatlán, por ser más domésticos los naturales deste dicho río, y don Álvaro de Tobar, hermano de don Pedro de Tobar, que fue señor de los pueblos de Ocoroni y Aromoapa, tenía a un español que en dichos pueblos, los hacía acudir a dar tributos de mantas, buena cantidad de ellas, y así estos fueron los que tenían algún provecho de sus basallos".

Refiere Antonio Ruiz que el Gobernador se detuvo seis u ocho días en la villa de San Juan Bautista de Cinaloa, por venir los caballos y demás bestias, asfixiados y fatigados. Y "llegados que fuimos, dio luego orden el Gobernador que algunos oficiales que traían en su compañía, de hacer los nabíos, labrasen y fabricasen dos barcos grandes y otos dos botelejos; así se pasó luego por obra y se labraron y fabricaron, y en el entretanto que los oficiales los labraban, se ocupó el Gobernador a hacer labrar una mina que estaba en el Balle, que oy llaman de San Lázaro, que habían descubierto un Miguel Torres y su yerno Antón B. Básquez".

El 4 de diciembre de 1603, visitó la villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa el capitán don Francisco de Urdiñola, gobernador de la Nueva Vizcaya, quien levantó en dicho lugar una información testimonial relativa a la provincia. Los testigos, al referirse a la villa vieja de Sinaloa, manifestaron que el general Ibarra, mandó construir dos barcos en el río de la propia villa y que dichos barcos, fueron quemados por los indios (colección de Vito Alesio Robles). La información se encuentra en el Archivo General de Indias (A.G.I:), en Sevilla, y existe una copia de la misma en el Archivo de Brancroft, biblioteca de la Universidad de Berkeley, Cal.

Una vez que terminó con sus asuntos en Cinaro, se despidió el General de su maestre de campo y de los vecinos y se trasladó a Chiametla. Consigo llevó, al ausentarse, a los soldados que no habían tocado parte en el efectuado reparto de encomiendas. Fue en esta vez cuando don Francisco de Ibarra, dio a Sotelo de Betanzos, licencia para que fuera a México a traer a su familia y el menaje de su casa; por lo que en la villa quedó en lugar de Betanzos, el capitán Estéban Martínez (¿Estéban Martín ó Esteban Martín de Bohórquez?), y en comisión de labrar la mina de San Lázaro, Pedro de Unzueta, tío del referido Martínez.

EL DESPOBLAMIENTO

En concepto de Baltasar de Obregón, la ausencia de Betanzos dio ocasión a que la villa de Cinaro se despoblara, villa que este capitán "asistió y gobernó durante once meses con mucha prevención y recato de velas y centinelas", dato que a renglón seguido el mismo Obregón, modifica al decir de Betanzos", que con buenas y cuidadosas prevenciones y trabajos excesivos sostuvo la villa y provincia de Cinaro, diecisiete meses sin sueldo, ni paga de su Majestad, ni de vasallo suyo".

Por espacio de cinco años, se mantuvo la villa poblada y pacífica, durante los cuales los vecinos gozaron de sus tributos de maíz, algodón y ganado. Más, por haberse visto los naturales oprimidos y cada día más apremiados por sus encomenderos con demasiados tributos y servicios personales, en junta de guerra determinaron expulsar de sus tierras a los españoles, resolución de trascendencia que por de pronto no consumaron por falta de atrevimiento. En cambio se mantuvieron en pan de hos-

tilidad, flechando ganado y caballos de las estancias, cometiendo robos, incendiando las casas apartadas de la villa y eludiendo servir y obedecer a los cristianos, actos que en sí no eran sino insignia de guerra.

Como no se trabajaban minas, ni se contaba con elementos para subvenir las necesidades, y siendo que por otra parte en la villa y provincia de Chiametla, se habían poblado algunos minerales, se fueron pasando allá muchos vecinos de Cinaro. Otros se fueron a casar a Culiacán y los pocos que quedaron, por ser solos ó porque se habían sublevado los indios de Bacubirito, matando a Blas de Argueta, que era uno de los mejores vecinos y soldados de la villa, acordaron despoblar el puesto de Carapoa. Así lo pusieron por obra, fue un caso de mucha lástima a los naturales --comenta Obregón--, "porque quedaron sin doctrina y volvieron a usar sus idolatrías y bestial modo de vivir, perdiéndose la ocasión de ir poblando las provincias que hay de allí en adelante".

Si por ventura no se contara con la crónica de Antonio de Ruiz, se tendría que dejar trunca aquí la versión histórica relativa a la villa de San Juan Bautista de Sinaloa, pues las informaciones que nos transmite Baltasar de Obregón, pueden darse hasta aquí como agotadas, y si no fuera por la "Relación" de Antonio Ruiz desconoceríamos el interesante y sombrío epílogo de dicha villa.

Se puede uno suponer que debido a las condiciones tan precarias que permitían augurar a corto plazo el desenlace de la despoblación, se ausentaron definitivamente de San Juan Bautista, el maestre del ejército, Antonio Sotelo de Betanzos, Rodrigo del Río de la Loza, Juan de Soto, Amador López y muchos otros de los vecinos. Los que se quedaron por conveniencia o resignación dieron parte de ello al Gobernador, quien les envió a un capitán de nombre Juanes de Ribas, hombre que como no era muy práctico en las cosas de la guerra, ni de ella esperaba beneficios, bien pronto lió sus bártulos y se marchó de la provincia.

Por ese tiempo se alzaron los indios de la nación Tehueca, principiando por hostilizar al servicio que iba por la leña y hacer daño a los pastores que andaban por el campo, lo mismo que al ganado vacuno, el cual acabó por alborotarse y quedar perdido. El atajo de ganado vacuno, de los de la villa, procedía de algunas vacas mansas, que el Capitán

Esteban Martines había dejado a su hijo Francisco Martínez, y de otras cincuenta que don Pedro de Tobar había repartido entre los vecinos para que no carecieran de leche, dándoles a unos dos, a otros tres, con su respectivo becerrito y conforme a la familia que tenía cada quien. Los tehuecos habían sido encomendados en Gonzalo Martínez y en un extranjero a quien llamaban Maese Pedro, que fue uno de los que fabricaron los barcos o navíos ya mencionados, y por cuya razón le encomendó dichos indios el Gobernador. Pero este Maese Pedro, vendió a Diego López su "aución de veinticuatro indios, en tres mil pesos de buena plata, tras de lo cual se ausentó de la provincia. Tres mil pesos, o sea a razón de ciento veinticinco pesos por indio.

Los tehuecos rendían obediencia y servicio a sus amos en todo aquello que se les mandaba; pero luego empezaron a insubordinarse e intentaron matar a Gonzalo Martínez, uno de los amos, quien como buen soldado se defendió de la agresión y maltrato a algunos utilizando el arcabuz y la espada. Se fueron alzando en esta forma los tehuecos, hoy unos y mañana otros, hasta que ninguno quedó en sus pueblos, y se fueron a "fortificar en un paraje que está a seis leguas, poco más o menos de dicha villa de San Juan, que se dice el dicho paraje Basiro (Basiroa), en que hoy día parecen las ruinas del dicho fuerte, y de ahí nos enviaban muchas amenazas...".

Por esa fecha murió un vecino, que fue señor de los indios de Chicorato, de nombre Juan Martínez, a edad avanzada. Para que lo reemplazara en la milicia, la Justicia mandó llamar a Antonio Ruiz, que entonces era un muchacho de catorce o quince años, y le entregaron las armas y caballos del extinto. De todas estas altas y bajas, los indios se daban cuenta, porque tenían contados a todos los españoles que había en la villa.

Ya colocador por fin en plan de rebelión, abiertamente y en forma sistemática los naturales hostilizaban a los españoles. Ante la inminencia de mayores males, la Justicia pidió socorro a los de Culiacán, de donde al punto salió el capitán Diego de Guzmán, con treinta soldados "bien aderezados y con pocos amigos (indios), que serían como ciento cincuenta más o menos, y con esta gente llegaron a esta provincia y fueron hasta San Juan, y esto fue un año antes que la villa se despoblara, que fue bien cerca de la Navidad.

Aún cuando el tiempo era lluvioso, por la prisa de regresar a sus hogares y disfrutar de la pascua, el Capitán queriendo castigar a los tehuecos procedió inmediatamente a batirlos. Estos se habían retirado a "un paraje que se dice Basiroa, y ahí tenían hecho un fuerte; las paredes de barro y céspedes, y allí se hicieron fuertes". Acompañaban al Capitán el hermano de don Pedro de Tobar, don Álvaro, y diez vecinos de los de la villa, constituyéndose una fuerza de cuarenta arcabuceros en total, que cruzó el río y llegó hasta Basiroa.

Por ser súbita, no se percataron los indios de la llegada del enemigo español a su cuartel y fuerte; y aún su mismo Capitán, el belicoso Mathome, fue sorprendido en un arroyo o quebrada por el soldado Bartolomé Pilo, capturándolo después de un encuentro a mojicones y con el auxilio final de otros soldados. Por el prisionero supieron los españoles, que la mayor parte de los sublevados se hallaba en el fuerte de Basiroa, y que a dos leguas delante de dicho lugar se encontraba el resto de los hombres, mujeres y niños.

Conocida la posición del enemigo y sirviendo de guía Mathome, Diego de Guzmán, marchó directamente hacia el baluarte indígena, al que cercó y atacó, "así le dio mala madrugada, donde murió mucha gente y perdieron gran cantidad de ellos, que como los cogieron de improviso estaban descuidados y recibieron mucho daño; y los que se quedaron pidieron que se querían volver a poblar en su pueblo antiguo de Macori y que servirían a sus amos, y así lo hicieron, que antes que de ahí saliesen los españoles, se bajó el golpe de gente y se volvieron al río a sus antiguos asientos; el capitán y todos regresaron a la villa, llevando preso y a buen recaudo a Mathome, habiendo soltado gran parte de los prisioneros y dejar algunos para repartir entre los oficiales forasteros".

Después de tenida aquella sangrienta batalla, el capitán Guzmán al volver a la villa tuvo que atravesar el río en balsas, por estar crecido. Su permanencia ahí se prolongó por ocho días, durante los cuales se siguió y fulminó la causa de Mathome, sentenciándosele a la horca. Y una vez bautizado el reo por Fray Juan de Luque, lo ahorcaron "en una loma alta questá en la boca de la quebrada que entra en el río que llaman del Canutillo, por bajo de la villa vieja de San Juan Bautista; llámase la loma

de Baroteny". Cumplida su misión, es decir, reducidos por la fuerza los sublevados y "desagraviada la justicia", con sus soldados el Capitán se volvió a Culiacán, y por un corto tiempo en Cinaloa imperó, la seguridad y la confianza, hasta que los indios mataron a Fray Pablo de Santa María(o de Acevedo) y a Fray Juan de Herrera.

Los naturales de Mocorito y de Sebastián de "Bora", fueron --así lo refiere Antonio Ruiz- quienes, en el pueblo de Orobato, dieron muerte al padre franciscano Santa María (o de Acevedo), sacerdote portugués que tomó el hábito, en Santa Cruz de la Isla Española. En esa misma ocasión, ahí, también mataron a un mulato de nombre Gregorio y a veinte o treinta personas más, que entre hombres y mujeres, tenían ahí de servicio los vecinos de Culiacán.

Por este tiempo se alzaron los naturales de "Bacuberitu y los del río Petatlán y Coroneles, lo mismo que la gente de Corone (Ocoroni), donde estaba otro padre que era lego y se decía Fray Juan de Herrera, y era maestro que enseñaba a los muchachos a leer, escribir, tocar flautas y chirimías, y a cantar en el coro". Haciendo caso omiso de los ruegos de Luisa, el padre Herrera, no quiso marcharse a refugiar en la villa, y junto con los soldados Antonio López y Nycolao, en la estancia de don Pedro de Tobar, recibió la muerte de manos de los indios de Sebastián de Evora y de los zuaques y tehuecos. Los cuerpos de Fray Pablo y de Fray Juan, según dice el padre Tello, fueron recogidos y llevados a la iglesia de Culiacán, donde recibieron cristiana sepultura. En esa forma trágica, vinieron a perecer tres de los sacerdotes de la Orden de San Francisco, que cumplían con su ministerio en la villa de San Juan Bautista y bautizaron a muchos gentiles desde esta provincia hasta la de Mocorito.

Con el fin de restablecer el orden y castigar a los alzados, de Culiacán salió una fuerza de treinta y seis arcabuceros y cincuenta indios, amigos tagües y pacapas, capitaneada nuevamente por Diego de Guzmán, de quien Antonio Ruiz dice que era "un caballero muy principal". Con ellos venían dos vecinos de San Juan Bautista, que habían ido a casarse a Culiacán y que eran Pedro de Montoya y Gonzalo Martínez, quienes al saber lo que ocurría por esos rumbos y dejando a sus mujeres en Culiacán, se incorporaron a la fuerza punitiva.

Los tehuecos ya se portaban con "tanta desbergüenza", que una vez más don Pedro Ochoa de Galarraga, alcalde de San Juan Bautista, demandó socorro a Culiacán. Tenían estos indios en un continuo sobresalto y jaque a los habitantes de la villa, obligándolos a velar noche y día; y a la intranquilidad consiguiente se añadía la falta de víveres, que estaban por agotarse. La situación crítica y los horizontes sombríos, no mostraban otro camino expedito que la retirada general, hacia la villa de San Miguel de Culiacán. En tal virtud, se promulgo un bando, por el cual se mandaba que todos habrían de estar listos para salir al término de ocho días.

Los preparativos para el éxodo se pusieron en ejecución y por ellos se enterraron dos bergos o cañoncitos de montaña, que había dejado el Gobernador, y juntamente otras cosas de hierro y cobre. Cumplido el término, cierta mañana inicióse la retirada con orden de vanguardia, retaguardia y cuerpo de guardia en el cual iban las mujeres y el bagaje. Cuando apenas habían caminado una legua, volviendo atrás los ojos divisaron la humareda que se desprendía de las casas y navíos, incendiados por los indios, quienes así se vengaban del agravio de la invasión española.

La caminata siguió haciéndose con el mayor cuidado. En la retirada, con los vecinos, figuraban Fray Juan de Luque, sacerdote, y Fray Francisco Lego. Por delante se llevaba al ganado menor, que serían más de cinco mil ovejas y cabras, tras de ellas las cien vacas mansas de Francisco Martínez de Bohórquez, que su padre Esteban, de igual apellido, le había dejado al ausentarse para los descubrimientos de Chiametla, por llamado que le hizo el Gobernador. En esta forma llegaron al paraje del Palmar, que en aquel tiempo llamaban "Antón de Básquez, y allí se puso el real en aquel llano y se echó bela a la caballada y real".

Después de rendido el quarto de la modorra, Francisco Martínez mandó a la gente que conducía el ganado, que nuevamente empezaran a caminar. La marcha continuó dentro el mayor orden; y como a la retaguardia habían dejado ahora todo el ganado menor con la gente que lo traía, a la entrada de Portezuelo, algunos se acordaron de ello y dijeron "señores, el ganado queda atrás, aguardemos, no le suceda algo en este puerto montuoso; algunos respondieron que no era tiempo de aguardar, que cuando el ganado se perdiese no iba a decir cosa y si sobre

lo aguardarían o no, se armó entro todos un hato de cuchilladas que ni bastaban los padres benditos, ni los gritos de las mujeres a metellos en paz, hasta que al fin se apaciguaron...".

Pero tan pronto como llegó el ganado cuyo retraso dio lugar al incidente ocurrido, se siguió caminando hasta llegar a un vallecito que llamaban Charco Hondo, lugar donde la vanguardia "tocó arma", al divisar a un buen número de indios guerreros "muy apercibidos de armas y mucha plumería". Entonces y por orden del caudillo Ochoa de Galarraga, el soldado Cristóbal Rodríguez a media rienda se adelantó a reconocer que gente era aquella. El comisionado volvió dando grandes voces y "tocando arma"; pero el caudillo ordenó que Juan Ruiz practicara una nueva exploración, por la que se vino a descubrir que se trataba de españoles a caballo; pues no tardaron en ser reconocidos los Tobar, don Pedro y don Álvaro. Este último, adelantándose, fue el primero en llegar, y en seguida el capitán Diego de Guzmán. Desmontaron en aquel punto. "Después de haberse recibido unos y otros, el capitán mandó que todos caminaran rumbo a Ocoroni, y así aquella noche se puso el real y campo en el paraje de los Ojuelos, tres leguas del pueblo de Ocoroni, y poniendo belas en el real y caballada, durmieron aquella noche".

A la luz del nuevo día se encaminaron hacia el pueblo de Ocoroni, que en aquel tiempo estaba poblado en el asiento viejo, a una legua arroyo arriba de donde actualmente se encuentra. Se alojaron durante quince días en aquella vega, "se dio mucha guerra a los indios ocoronis, dándoles albazos y modorrazos. Con la gente amiga de Culiacán, se les hizo mucho daño a fuego y sangre, y muchos presos de hombres y mujeres y muchachos, que era lástima por aquellos campos tantos muertos y ahorcados, por los árboles, que el capitán mandó ahorcar".

Después de haber hecho "tanta justicia y castigo en aquella jente", por los atentados y crímenes cometidos, se levantó el real trasladándose a la estancia "... que es ágora de la compañía de Jesús", donde permanecieron otros quince días. Desde este cuartel se dieron algunos albazos a los pueblos de Baburía, Lopoche, Teboropa, Ujipazahuapa y Matapán, cuyos vecinos salieron a campo raso a pelear contra los españoles y sus aliados o amigos indígenas; pero, desafortunadamente para dichos

pueblos, padecieron muchas pérdidas de vidas, ya que sus beligerantes combatían solamente con macanas y garrotejos.

Con todo esto se dio por terminada la expedición punitiva de los de Culiacán y se dejó por la paz el interés por San Juan Bautista de Sinaloa. " por ser próxima la Pascua de Navidad, el capitán echó bando se aprestasen todos para irse a la villa de San Miguel, de donde eran vezinos y a los que eran de la villa de San Juan Bautista de Sinaloa, se les notificó que volviesen a su villa, la volviesen a poblar y no la desamparasen hasta dar aviso al Gobernador. Luego salieron y antes de llegar al río de Petatlán les dieron alcance y así fueron todos juntos hasta la villa de Culiacán".

"De esta manera se despobló San Juan por primera vez, y los padres Fray Juan de Luque y Fray Francisco, quedaron en Culiacán en el monasterio de San Francisco que ahí había en aquel tiempo. Viendo que esto se había despoblado, los dichos padres, se fueron todos al monasterio que tienen en Guadalajara. . . Después estuvo esta tierra como obra de ocho años sin que más della se tuviera noticia".

Tal fue la historia de Cínaro o de San Juan Bautista de Sinaloa, fundada por don Francisco de Ibarra, el llamado "Fénix de los Conquistadores". El cronista Obregón, nos dice que duró poblada cinco años, de lo cual se infiere, con apoyo en la fecha en que se erigió, que el despoblamiento ocurrió hacia el mes de noviembre del año de 1569. Al sobrevenir el ruinoso desenlace, no estuvo al alcance del Gobernador conjurarlo, ya que por esas fechas, se hallaban con doscientos soldados en Nombre de Dios, defendiendo su jurisdicción, sobre esta villa durangueña.

Don Francisco de Ibarra, alcanzó a sobrevivir a su villa de Sinaloa, cerca de seis años; pues falleció el 17 de agosto de 1575 en el mineral de Pánuco, de la provincia de Chiametla, víctima de la tuberculosis contraída a causa de las excesivas, fatigosas y prolongadas actividades que desplegó, de 1562 a 1566. De conformidad con sus disposiciones testamentarias, sus retos mortales fueron transladados posteriormente a la ciudad de Guadiana. Así se apagaba la vida de aquel carácter, de aquel hombre activísimo, ameritado poblador y gobernante, a quien sus soldados dizque amaban con idolatría por su generosidad y buen trato.

SAN PHELIPE Y SANTIAGO DE CARAPOA.
VUELTA A CARAPOA.

El autor del informe rendido a Felipe II, o sea la "Historia de los Descubrimientos Antiguos y Modernos de la Nueva España", tras de hacer la recomendación de que fueran de nuevo pobladas las provincias de Cínaro, da una noticia de última hora que dice así: "Después de estos sucesos (los de la villa de Cínaro) pasados diecinueve años, acordaron el teniente de gobernador Hernando de Trejo en acuerdo y comisión del comendador Diego de Ibarra, su gobernador, eligió un capitán que fuese a poblar la provincia de Cínaro, para el efecto eligió y escogió por capitán a Pedro de Montoya, buen soldado, cursado en las cosas de la guerra, el cual juntó treinta soldados bien prevenidos de armas, caballos y lo demás necesario, con los cuales entró en la provincia el año de 83, después de haber acabado este comentario y relaciones". Obregón fechaba precisamente su informe en 1584.

De acuerdo con la versión, que ofrece Antonio Ruiz, Pedro de Montoya y su cuñado Gonzalo Martínez, pidieron al gobernador Hernando de Trejo y Carbajal, que les permitiera llevar a cabo la conquista de las provincias de Petatlán, Sinaloa, Mayo y Yaquimí, que entraban en la jurisdicción de la antigua villa de San Juan Bautista. Los peticionarios conocían muy bien estas provincias, seguramente veían en ellas y su colonización halagûeñas perspectivas. Accediendo el gobernador a esta petición, dio a Montoya, conducta de capitán y alcalde mayor de dichas provincias, y a Martínez el nombramiento de caudillo (cabo). Además le confirió a Montoya poder para que poblara una villa y nombrara Justicia y Regimiento de la misma para el primer año; asimismo le dio comisión de repartir a los indios entre los vecinos y conquistadores que se radicaran en su jurisdicción. La reseña histórica que se ofrece aquí, referente a la villa y trabajos de Montoya, no tiene más guía que lo que expone Antonio Ruiz en su "Relación de la Conquista de Cinaloa".

Una vez que recibió sus provisiones en Guadiana, se trasladó a Culiacán el Capitán Montoya, en compañía de su caudillo Gonzalo Martínez y del alguacil mayor nombrado para la villa y provincia, Hernando de Trejo, sobrino y homónimo del gobernador o teniente de gobernador. A su llegada a Culiacán pregonaron cuál era su comisión y qué se proponían, "que todos los que quisiesen venir con ellos les premiarían y galardonarían en sus trabajos, y les traerían las preminencias y libertades que su Majestad concedió al gobernador Francisco de Ibarra, y les repartiría los pueblos destas provincias".

Se alistaron treinta y seis soldados, con los cuales, menos Rodrigo Gómez y Antonio Ruiz, que pospusieron su salida para el dos de febrero, partió rumbo a Carapoa don Pedro de Montoya, a fines de enero de 1583. Siguió Montoya el camino de Sebastián de Evora, Bacoboragüeto y Bacubirito, indagando en dichos lugares por vetas de plata. De Bacubirito tomó río arriba hasta Chicorato, también en busca de minas, y volvió al punto de partida para dirigirse, una vez que pasó el miércoles de ceniza, al valle de Petatlán.

Llegó a Baburía, de allí al pueblo de Lopoche, del cual era su cacique, un indio célebre llamado Alonso de Sabota, convertido al cristianismo por los franciscanos dependientes de la villa de San Juan Bautista de Sinaloa Luego visitó Cubiri, Bamoa, Nío, Bacayoe y finalmente Guasave, de donde salió "mucha gente de guerra con mucha gritería y algazara, apercibidos todos de sus arcos y flechas, muy emplumados y embijados, haciendo muchos acometimientos de guerra". Retornó enseguida a Lopoche el Capitán, donde pasó dos o tres días para dirigirse a continuación, con su real, hacia el valle del Cuervo, que los indios llamaban Tetepore. Por supuesto que continuamente indagaban dichos españoles por minas, aparte de que también hacían saber que se dirigían a poblar la villa vieja de Carapoa.

Dos o tres días permanecieron acampados en el valle del Cuervo, pasados los cuales, dio orden el Capitán de ir al valle de Carapoa. Un día después arribaron a un sitio al cual, por ser día de Lázaro, un viernes, le pusieron por nombre "Real de San Lázaro". En ese lugar se asentó el real, para ir a visitar el río de Cinaloa, arriba y abajo, "haciendo sus ranchos o enramadas para sombra y abrigo, de carrizos, que había muchos".

"Apercibió el capitán, doce o catorce compañeros que fueron con él a los pueblos de Cinaloa, Amabache y Soroaca; a Antonio Ruiz, le dijo que si se acordaría de una senda que de allí iba por las aguas calientes

del pueblo de Amabache. Antonio Ruiz se ofreció a guiarlos, aunque no hubiese sendas, por aquellos pueblos. Dos indios que encontraron en llegando a la cañada de las aguas calientes y que reconocieron a Antonio Ruiz diciéndole Antonio y preguntándole por su padre, en la lengua, fueron enviados a llamar a la gente del pueblo de Cinaloa, que estaba a una legua arriba de Amabache. En Cinaloa fueron recibidos en una alameda cercana a donde llevaron al Capitán qué comer. Les explicó que venían a poblar y Pedrosa, que le enviaba el Obispo, a bautizar y hacerlos cristianos, para que fuesen al cielo. Ahí permanecieron tres días o dos, quedando todos los naturales arriba de aquel día seguros y sujetos a la Corona Real".

Muy complacidos los del campo, por la buena acogida que les brindaron los sinaloas, retornaron al Real de San Lázaro. En seguida, a los varios días, con veinte hombres se dirigió el Capitán a la parcialidad de los tehuecos, dando oído a una queja que le presentaron éstos, en contra de los zuaques, quiénes se habían apoderado de sus tierras y poblado en ellas. "Desde Carapoa -dice Antonio Ruiz- hallamos poblaciones de zuaques, la primera fue en una ranchería que se dice Ubicari, y luego más abajo a la boca de la quebrada que se dice del Canutillo, que entra en el río grande, encima de una loma pelada, estaba otra (ranchería), que se decía Baroteny, y de ahí bajamos el río abajo y hallamos poblados, muchos indios en el asiento viejo de Macorinati, guapo blasón de los tehuecos, y en otros asientos a la redonda salieron todos los zuaques, que por ahí había, a recibir al capitán y al padre". Interviniendo el Capitán en el conflicto, les hizo a los zuaques algunas pláticas y les mandó que dejaran las tierras que habían usurpado y regresaran a las suyas, orden que prometieron obedecer, como en efecto lo hicieron; cumplida la expresada misión, se regresó el Capitán al Real de San Lázaro.

SE PUEBLA LA VILLA.

Los soldados ya estaban impacientes, pidieron a Montoya irse de inmediato a Carapoa, para que, una vez poblados en el asiento de la Villa vieja de San Juan Bautista, se les hiciera el reparto de la provincia. Consecuente con la petición, el Capitán levantó su real y el 28 (¿) de

abril, "con buena orden se pusieron en camino, llegamos aquella tarde al valle de Carapoa; en el sitio a donde el capitán y a todos nos pareció bueno para poblar la villa pusimos nuestro real, donde pasamos aquella noche con buena orden de bela y recado". Refiere J. Lloyd Mecham, que fue a media legua arriba del antiguo asiento de San Juan, donde hizo Montoya, la relocalización de la nueva villa.

"Otro día por la mañana, que fue el 30 de abril, el Capitán tomó en nombre de su Magestad, posesión del sitio y asiento para la villa, ocupándose todo aquel día en hacer los autos pertenecientes a la villa y nombrar justicia y regimiento para aquel primer año, a todos los elegidos juramentó a que usarían sus oficios y cargos lo mejor que Dios Nuestro Señor les diese a entender. A este tiempo era ya tarde, el regimiento y capitán, y el padre Hernando de la Pedrosa dieron orden, que en señal de posesión, tomando por abogados y patrones de la villa y provincia a los bien aventurados apóstoles San Phelipe y Santiago, se sacó aquella tarde el pendón, con el regocijo que fue posible de arcabucería y buenos caballos que había; el padre nuestro beneficiado dijo aquella tarde vísperas, aunque fueron rezadas, antes y después con todos los demás, acompañó el pendón y se dijo misa en una enramada. Aquella tarde mandó el caudillo que con veinte hombres y con el topil de guía fueran a Tepague, para buenos metales, y de ahí bajase a visitar el valle del río Mayo, designándose a Antonio Ruiz por escribano.

"Nombró a Antonio Ruiz por escribano para las cosas que sucediesen en aquella jornada y que trajese por escrito todas las casas de las poblaciones de aquel río y nombres de los pueblos para el repartymiento y encomyendas que había de hacer en los conquistadores y pobladores y con esta horden salimos el primer día del mes de mayo del dho año de myll y quios. Y ochenta y tres... Y seguimos nro biaje rrío abajo; para mayo y en llegando que llegamos a los primeros pueblos y poblaciones sin alborotarse... dándoseles a entender que era menester contar las casas que en todo el balle había hasta la mar para llebarlas por cuenta y ellos dijeron que las contaremos norabuena y que ellos yvan con nosotros dando abiso a todos y la causa porque se contaban y asi empecamos la cuenta desde el primer pueblo de la sierra, hasta la mar siendo siempre

bien recibidos. ..y acabada la cuenta hallamos beynte y quatro myll casas (¿personas?) antes más que menos en todo el rrío hasta la mar".

El objetivo de los españoles era seguramente la encomienda y la mina. El caudillo Gonzalo Martínez, acompañado del padre de la Pedroza y con los soldados que se le asignaron, partió de la villa de San Phelipe y Santiago el día 1ro. de mayo de 1583, y ese mismo día llegó a Basiroa, de donde pasó a Tepagüe y en seguida fue a recorrer los pueblos ribereños del río Mayo. Los expedicionarios en este recorrido llegaron hasta la costa y por ahí anduvieron extraviados durante cinco o seis días en busca de una ranchería de pescadores, adonde había muchachos y muchachas que se pretendía coger para el servicio. En esa despistada pasaron los españoles, dos días sin comer; se volvieron a Basiroa y de ahí continuaron para la villa, donde el capitán Montoya, los esperaba a su vuelta de la sierra con algunos metales de rica ley que hubo de recoger.

En la villa, en tiempo oportuno, se dieron a los soldados órdenes "de hacer casas donde repararse, con gente de Tehueco y Zuaque y de todo el río arriba, de Sinaloa, las cuales se hicieron con mucha brevedad". De esta manera quedó edificada la nueva villa de Carapoa.

Pasados cinco meses se desertaron dos vecinos, y en persecución de ellos, destacó el Capitán al alcalde ordinario Juan Martínez del Castillo, con misión de alcalde mayor; a Nycolao, "persona extranjera", como alguacil, y a Antonio Ruiz, escribano. Adelante del pueblo de Lopoche, ya para llegar a la "Ziénega", los comisionados dieron alcance y prendieron a los fugitivos, conduciéndolos a la villa. Pero Antonio Ruiz, con licencia del alcalde mayor siguió hasta Culiacán, para recoger y traer a su esposa y a su cuñada, que fueron las dos primeras mujeres que entraron a poblar, habiendo llegado "a la villa, oy valle de Carapoa, donde fueron bien recibidos". Mas tarde el Capitán envió a su cuñado, el caudillo Gonzalo Martínez, por las mujeres e hijos de uno y de otro, que se encontraban en la villa de San Sebastián por ese tiempo llegaron también a Carapoa, Francisco de Llanes y Leopoldo Fernández, este último con su mujer y sus hijos.

Mientras Antonio Ruiz se dirigía a las minas de San Andrés, comisionado para traer algunas cosas, el Capitán hizo una entrada al valle de

"mal Paraíso, que es Tubari"; otra a Caboameto y, otra más, a la región de los zoes (Choix), donde le salió gente de guerra, pero sin que por ello hubiera ocurrido incidente alguno.

DESTINO TRÁGICO.

Nunca, hasta entonces, la belicosidad o mejor dicho la insurgencia de los indios había dejado de constituir un peligro inminente y fatal, para la afirmación de la existencia de las villas españolas que los primeros conquistadores habían llegado a fundar al noroeste de la villa de San Miguel de Culiacán. Confirman el hecho el asolamiento de la villa de San Jerónimo de los Corazones y la despoblación de la de San Juan Bautista de Sinaloa; y ahora, con San Phelipe y Santiago de Carapoa, la historia implacablemente habría de hacer sentir una vez más, y por último, su reiteración.

Montoya hizo un viaje rumbo a la sierra; y a su regreso, para abastecerse de maíz, "a tres o cuatro días andados del mes de julio de 1584", llevando doce compañeros se dirigió a las tierras de los zuaques. De una manera pacífica recibieron estos indios a los españoles, quiénes adquirieron el maíz que necesitaban y hecho esto el Capitán mandó, que las mulas con el cargamento fueran llevadas a la villa. Poco después, como el Capitán se diera cuenta de que les guardaban los zuaques mala voluntad y de que habían asumido cierta actitud provocativa, presintiendo el peligro en que se hallaban, dijo a Bartolomé de Mondragón y a Tomás de Soberanes, que en vista de que eran pocos para afrontar la situación, sería preferible retirarse. A lo cual replicó muy a la ligera y con fanfarronería el alguacil Trejo, sobrino del Gobernador: "Oh, señor, Capitán, no acobarde vuestra merced, que boto a tal que esta jente es ruin y que me atrevo con solo Nycolao y yo presentar batalla a diez mil hombres como éstos, mire vuestra merced, que si nos bamos an de quedar con mucha abilantez, no haga vuestra merced tal". A ello repuso el capitán: "Señor Hernando de Trejo, no nos bamos, que boto a tal que tan buen pescuezo tengo yo como vuestra merced".

Tan luego como pronunció el bizarro capitán, esta auto sentencia de muerte, despachó a Bartolomé de Brizuela y a Nycolao, a que dieran

alcance al caudillo Gonzalo Martínez, que iba para la villa, y le entregaran una carta en la que se le mandaba que, con la gente que llevaba, fuera al pueblo de Tesila y que allí, al cuidado de Soberanes, dejaran encerrado en un rancho (casa) el maíz que conducían, y que al punto, regresara con Mondragón a Berempo, por el resto del grano. Los enviados dieron alcance en Ozuime al caudillo Martínez y al alcalde Juan Martínez del Castillo, quienes pernoctaron en ese mismo lugar, porque para ir a Tesila, había que cruzar el río, y como estaba crecido, tuvieron que hacer balsas durante la noche "con el golpe de jente que llevaban de Sinaloa". Los mensajeros por su parte, una vez cumplida su misión, regresaron al lugar donde había quedado el capitán. (El pueblo de Tesila, todavía existe y queda enfrente del de Tehueco, por la margen derecha del río. Ozuime y Berempo, desaparecieron del mapa; su ubicación debió haber quedado por la margen izquierda; por lo que toca a Berempo en particular, posiblemente quedaba río abajo de Sivirijoa, puesto que era un pueblo Zuaque).

En el relato que Antonio Ruiz formula, de los acontecimientos que inmediatamente después de la tragedia se sucedieron, hay un pasaje algo confuso, que interpretó como sigue: A los compañeros del caudillo Gonzalo Martínez, que se habían quedado atrás, un indio les dio razón de que en Berempo, habían sido muertos el Capitán y sus hombres, por lo cual debían volverse a la villa. La noticia, no tardó en serles confirmada por un billete que por conducto de un indio tegüeco, les envió el caudillo Martínez, diciéndoles: "bien está, luego al punto se vuelvan vuestras mercedes a toda prisa posible a la villa, antes que suceda en ella algún mal recado porque mi hermano (el capitán) y todos nuestros compañeros son muertos". Y ya con tal indicación se fueron a la villa, donde con gran desesperación y dando gritos lastimeros lloraban las viudas y los huérfanos.

"Estando en esto llegó el caudillo y Bartolomé de Mondragón, pidiendo de la otra parte del río que los pasásemos, y se renovó el duelo.

Por la noche se recogieron en la casa de la viuda del Capitán, y se veló la villa de día y de noche, por los pocos que eran; luego se dio orden de hacer tapias y un fuertecillo donde defenderse, si los enemigos ata-

caren, y puesto luego por obra se hizo un cercadillo de una tapia en alto con toda la prisa posible, con dos torreoncillos a las esquinas que hoy parecen las señales de él, por de fuera echaron una cerca de madera, con sus latas bien fortificado".

Rápidamente Martínez y Mondragón, se dirigieron a Berempo, donde los indios los dejaron entrar hasta el lugar en que se encontraban los despojos del Capitán y sus compañeros, "como vieron tan sólo el pueblo creyeron que el Capitán se había ido a otro pueblo de más abajo; así llegaron a los cuerpos muertos, los cuales estaban puestos hombro con hombro, los cuerpos descabezados y puestos en horden". Fue una extremada osadía de aquellos dos hombres, el haber penetrado al campo enemigo; pues el ataque de los naturales, no se hizo esperar, entonces Martínez y Mondragón tuvieron que salir por donde habían entrado, defendiéndose como soldados muy capaces, con el arcabuz y la espada, hasta que ganaron la delantera y lograron llegar a un llano que llamaban Biamori, desde donde ya comenzaron a salir y retirarse a media rienda.

En vista de la gravedad de los acontecimientos, los vecinos de la villa por medio de carta pidieron socorro A Culiacán. La carta fue enviada por Juan Ortiz de Martiriato, con instrucciones de entregarla al encomendero de Cubiri, Juan Ríos de Ayamonte, de encontrase en ese puesto. En este caso Martiriato debería regresar a San Phelipe y Santiago, por Ocoroni, y adoptando precauciones, ya que los indios de este pueblo habían participado en la muerte del Capitán y se hallaban sublevados contra los españoles. Cuando el referido mensajero salió de la villa, a su paso por el pueblo de Santa Ana, vio que ahí, después de la media noche, los indios se festejaban con la cabeza del "buen capitán", en medio de bailes y borracheras. Martiriato, llegó a Cubiri, más en lugar de volverse a Carapoa, continuó para Culiacán, en compañía de Ayamonte, para entregar la carta a la Justicia y Regimiento de aquella villa.

Conforme lo requería el llamado angustioso de los españoles de Carapoa, en San Miguel de Culiacán, juntaron a cabildo y designaron al capitán Gaspar Osorio, para que con veinticuatro mancebos, que se aprestaron a las armas, acudiera en auxilio de sus connacionales. A su paso por Ocoroni, los de Osorio, capturaron a unos indios del lugar, a

quienes rindieron declaraciones acerca de la matanza de Berempo. De tales declaraciones, se desprende que el capitán Montoya, confió demasiado en su seguridad y la de sus compañeros, ya que fueron sorprendidos por sus victimarios cuando se hallaban en la mesa, a la sombra de una enramada, saboreando pitahayas, badeas (sandías) y melones. Durante el trance en que se vieron, el Capitán, espada en mano, se defendió con valentía matando a muchos enemigos, hasta que al fin sucumbió; sus compañeros corrieron la misma suerte y a uno de ellos, de nombre Bartolomé de Brizuela, amarrado lo trajeron vivo los indios durante cinco o seis días, en bailes y borracheras, hasta que al fin lo mataron.

Al hablar de este episodio trágico de la Conquista, el padre Ribas asienta que: los tehuecos asesinaron a quince o veinte vecinos de los principales de la villa de Carapoa, que habían ido a sus tierras a conmutar y rescatar maíz; que dichos indios decapitaron a las víctimas, robándoles mulas y rescate; que a uno que cogieron vivo lo amarraron y lo trajeron de escarnio en sus borracheras, hasta que al fin lo despedazaron; y que, de todos lo que habían ido, solamente uno tuvo la suerte de escapar, siendo él quien llevó a la villa la noticia del acontecimiento.

En San Phelipe y Santiago, se escribieron algunos autos y requerimientos que el Capitán Osorio hizo a la Justicia y Regimiento, no tan sólo en relación con los sucesos relatados, sino que también con respecto a la determinación que se deseaba adoptar por parte de los vecinos, de abandonar el puesto de Carapoa y retirarse a la villa de San Miguel de Culiacán. Y por la instrucción seguida a los presos ya citados, que el Capitán tomó en Ocoroni, quedó en claro que para la degollina de Berempo se habían confabulado los zuaques y los ocoronis. Es de suponerse que no contaba Osorio, con la fuerza necesaria para imponer el orden en la provincia y escarmentar a los autores del crimen, ya que parece ser que ni siquiera se intentó hacerlo y en cambio se dispuso el inmediato desamparo de la villa y su provincia.

SAN FELIPE Y SANTIAGO DE SINALOA
LUGAREJO DE ESPERA

Puesta en obra la única solución posible en el caso de Carapoa, el 15 de agosto de 1584, los vecinos de la villa y el capitán Osorio, al em-

prender la retirada, ponían fin a lo que encarnaba la continuación de las tareas de don Francisco de Ibarra en Cinaro, a través del reiterador don Pedro de Montoya.

Al desplazarse en dirección a Culiacán, los de la villa rindieron su primera jornada en Charco Hondo, lugar donde pernoctaron para reemprender al día siguiente su marcha. Pero cuando llegaron al río Petatlán y cruzaban el vado, se encontraron con el capitán Juan López de Quijada, que venía de la villa de San Sebastián, con veinte soldados, enviado por el gobernador de la Nueva Vizcaya, don Hernando de Bazán, a socorrer y resguardar Carapoa.

Era el dicho capitán, dizque hijo del anterior gobernador, don Hernando de Trejo y Carbajal. En el mismo lugar y momento del encuentro notificó a los que iban de marcha un ato de Bazán por e cual se les mandaba que, bajo pena de muerte, se reintegraran a la villa que habían abandonado. Desde el momento en que llegaba López de Quijada, el capitán Osorio quedaba relevado de su comisión y por lo tanto continuó su camino para Culiacán; en tanto que los vecinos de San Phelipe y Santiago, ahora bajo la custodia del nuevo capitán, se dispusieron a acatar las órdenes del gobernador.

Los vecinos y la nueva tropa aquel día pernoctaron en la vega del río; pero al siguiente día, que debió ser el 17 de agosto, emprendieron el camino para Carapoa. Más en un paraje que está a dos leguas de Cubire (Cubiri) se detuvieron y a todos les pareció que ahí podrían quedarse mientras se recibía la visita que con el capitán les había mandado anunciar y prometer el gobernador. Y en ese paraje hubieron de levantar sus viviendas y de hacer además, para ampararse contra el asalto de los indios, un fuerte de madera, con sus cubillos y troneras, aunque no por ello dejaron de tener cada noche “alarmas y sobresaltos”.

Tales fueron las circunstancias que mediaron para que se levantara, a la margen izquierda del río Petatlán, una poblacioncilla española, en la que se arraigaron los fugitivos de Carapoa. Perduró este poblado y más tarde adquirió la categoría de villa, llamándose, San Felipe y Santiago de Sinaloa, en recuerdo de la de igual nombre, que sus fundadores habían recientemente dejado abandonada en Carapoa. En la lista que

presenta el padre Alvizuri, figuran como vecinos del nuevo Villorrio, tal vez después de que los restantes habían emigrado, Antonio Ruiz, Bartolomé de Mondragón, Juan Martínez del Castillo, Juan Caballero, Tomás de Soberanes, Juan Pablo, Francisco Martín Redondo, Juan Ortiz y un fulano Belmar, nombres que ha recogido la historia y en su mayoría nos son ya conocidos; es posible que haya que agregar, entre los fundadores, a los de la tropa de López de Quijada, aún cuando su misión era puramente militar y transitoria.

A esta villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa, lacónicamente se le llamaba, en la época de las misiones, villa de San Felipe; hoy día se le llama simplemente villa de Sinaloa. Aparte de los datos que se han expuesto, no tengo noticia de que existan otros, originales, que hagan referencia detallada de la fundación de la villa de que se trata; ni hay seguramente antecedentes que permitan conocer la fecha y circunstancias bajo las cuales el poblado adquirió el rango de villa. Hay que considerar desde luego que en la decisión que tomaron los fugitivos de Carapoa, para detenerse y establecerse, mientras llegaba el Gobernador, al sitio que eligieron a la vera del río Petatlán, debió al menos haber intervenido con su parecer y anuencia el capitán Juan López de Quijada, que en aquel momento era la autoridad responsable. Por lo tanto, resulta lógico presuponer que López de Quijada, fue el fundador circunstancial de aquella pequeña congregación o villorrio, que no tardó en alcanzar la categoría de villa y en conquistar renombre histórico. Y en cuanto a la fecha de fundación, consiguientemente debe ser el 17 de agosto de 1584, que se saca por las jornadas empleadas o por los días transcurridos entre el correspondiente al éxodo de Carapoa y el relativo al poblamiento o queda final del grupo emigrante, a orillas del río Petatlán; cómputo que resulta del examen de la "Relación" de Antonio Ruiz.

VISITA DEL GOBERNADOR BAZÁN.

Durante muchos meses los vecinos del nuevo poblado estuvieron en espera de la anunciada visita del gobernador don Hernando de Bazán; hasta que al fin, a mediados de abril de 1585, arribó el citado gobernante, con cien arcabuceros bien pertrechados y asistido de un número

considerable de indios auxiliares; lo acompañaba en calidad de capellán del ejército, el clérigo Gaspar Tenorio.

Tan pronto como el Gobernador llegó a la villa en cierne, dio un albazo a los indios de Nío, enemigos de los españoles; más dicha acción careció en realidad de trascendencia. Enseguida y después de haber tenido en la nueva villa diríamos, un descanso de quince días, durante los cuales recabó los informes necesarios referentes a los zuaques y preparó la campaña que se proponía abrirles, dejando el poblado al cuidado del alcalde ordinario Bartolomé de Mondragón, partió con destino al valle de Carapoa. Durante la marcha cubrió la vanguardia, el capitán Juan López de Quijada, y a su arribo a Carapoa, el Gobernador alojó sus fuerzas en aquel fuertecillo que, según quedó dicho en su oportunidad, habían construido, a toda prisa y con motivo de la matanza de Berempo, en que perdió la vida el capitán Montoya, los atemorizados y enlutados vecinos de la extinta villa.

De Carapoa, el Gobernador tomando río abajo, se dirigió a la comarca de los zuaques, no sin que en el trayecto librara escaramuzas, con pequeñas partidas de indígenas. Una vez que asentó el real en tierra, que consideraba como de guerra, trató de fijar las posiciones del enemigo, el cual acostumbraba emboscarse; y para que hiciera por lo tanto un reconocimiento de los pueblos zuaques, comisionó al capitán Gonzalo Martín.

Para el desempeño de esta comisión del servicio, llevó el expresado capitán, una escuadra de dieciocho soldados. Por el camino que llevaba, en cierta parte se le extraviaron unas mulas del bagaje, las que, tomando por una vereda, se habían internado en el monte. Como la vereda únicamente podía transitarse a pie, para ir en pos de las mulas, el Capitán y los soldados tuvieron que desmontarse de sus caballos y avanzando a pie fueron a dar a un llanete circundado de árboles y palizada, cayendo en una emboscada que les tenían dispuesta los indios.

Acorralados y agredidos por los zuaques en este sitio, con verdadero ímpetu y notable sangre fría, se enfrentaron los españoles a sus atacantes. El capitán adoptó desde el primer momento la táctica de hacerse fuerte con cuatro de sus soldados, a fin de proteger la retirada de los demás, quienes si bien pudieron llegar al sitio donde habían dejado los

caballos, posesionándose de ellos, no se libraron sin embargo de morir a manos de sus perseguidores, por haber extraviado el camino que habían traído y que conducía al real del Gobernador.

A este episodio de la lucha, siguió otro en el que el capitán y sus cuatro compañeros, peleando y defendiéndose, llegaron a ganar la retirada. Pero como ya sus caballerías no se hallaban en el camino por haberse apoderado de ellas los indios, no les quedó otro recurso que el de tornar a la lid y vender caras sus vidas. En tal situación y en todo momento acosados con flechas y chuzos (picas), por sus fieros enemigos, se defendieron con denuedo, hasta que, agotada la pólvora y melladas sus espadas, uno tras otro y el capitán al último se rindieron al cansancio, a la adversidad y a la muerte, cayendo exánimes sobre los montones de cadáveres del enemigo.

De la carnicería, solamente escaparon con vida, Diego Pérez, que se abrió paso con la espada, y Diego Martínez, que se ocultó en una laguna, hasta que aparecieron las sombras de la noche. Al punto, los zuaques, troncharon las cabezas a sus víctimas, según eran sus fueros de guerra. Y tanto fue la avilantez de estos bárbaros -dice Pérez de Ribas--, que en las cortezas y troncos de los árboles que había en aquel paraje, fueron grabados los troncos descabezados de los españoles que mataron; pues de ello, dice el padre, "fui testigo de vista porque pasado ese tiempo y disponiéndolo Dios, por medio de la santa obediencia, entré a doctrinar a esta nación, cuando ella pidió la lectura del Evangelio; y vi muchas veces las dichas figuras, que permanecen en los árboles, todavía esculpidas".

Un día después de lo ocurrido, el Gobernador se movilizó con su campo, acudiendo al lugar de la tragedia. A su vista tuvo entonces los cuerpos de los soldados, sin cabeza y puestos en orden; el del valiente capitán Martín hecho pedazos y descarnado porque "según confesaron algunos prisioneros, los bárbaros se habían repartido entre sí el cadáver y habíanlo comido, para hacerse, según pensaban, tan valientes, como aquel generoso español".

Enseguida, el general Bazán, procedió a recorrer toda la comarca de los zuaques, en busca del enemigo; más éste se había dispersado e internado en los montes. No ha faltado, sin embargo, escritor que afirme que

el Gobernador no quiso comprometerse en una campaña formal, toda vez que podían los zuaques enfrentarle mil hombres de guerra. Pero lo cierto es que, fracasado y burlado en su animosidad punitiva, exasperado por ello don Hernando en cambio y por venganza, les arrasó sus pueblos y sementeras.

Lleno de contrariedad, Bazán se regresó a Carapoa, para ir enseguida a llevar sus desahogos al río Mayo, donde los naturales lo recibieron en forma cordial; pero juzgando o pretendiendo que éstos eran cómplices en las hazañas de los zuaques, tomó presos a muchos de ellos y los puso en colleras. Remitió a México a los prisioneros, pero allá recobraron su libertad al examinarse su causa, habiendo sido desaprobada la conducta de Bazán, de lo cual se derivó su remoción o relevo, en el cargo de gobernador, por don Antonio de Monroy.

Después de su maligna incursión al Mayo, vía Carapoa, retornó el Gobernador al villorrio que los españoles tenían levantado cerca de Cubiri. Tuvo ahí pleitos con sus soldados. En virtud del adverso resultado de su campaña contra los zuaques, su presencia en la provincia, carecía de objeto, dejó en ella nombrado a Melchor Thelles, como capitán y alcalde mayor; vía Culiacán, se ausentó de regreso para Guadiana, capital de la Nueva Vizcaya.

VILLA Y CABECERA

De lo anteriormente expuesto se desprende que cuando llegó al río Petatlán el Gobernador, en abril de 1585, encontró ahí formada desde hacía ocho meses una población de españoles. Ignoro si el nombre de San Felipe y Santiago de Sinaloa, le fue impuesto desde un principio, a la población de que se habla, por sus propios fundadores y vecinos; o si fue más tarde por el Gobernador Bazán o con su acuerdo.

Tampoco hay antecedente alguno que indique en que fecha dicho poblado adquirió la categoría de villa. Como al ausentarse el Gobernador, dejó designado a Melchor Thelles como alcalde mayor y capitán de la provincia, a la vez que, San Felipe y Santiago por ese hecho mismo quedaba convertido en cabecera y capitanía, adquiría desde entonces seguramente el rango político de villa.

Al ausentarse Thelles de la villa de San Felipe, para cubrir el puesto que dejaba vacante, diputó como su teniente y capitán de la provincia, a don Pedro de Tobar, el mozo. Este, era hijo natural de nuestro conocido personaje, del mismo nombre y apellido, vecino y alcalde mayor de la villa de San Miguel de Culiacán. Durante el Gobierno de Tobar hijo y más todavía por el hecho de haberse él retirado a Culiacán, un estado de abatimiento, incertidumbre y congoja embargó al medroso vecindario de San Felipe, siendo las principales causas, la miseria con que se hacía la vida, y la consternación, sumada al desconcierto, por el fracaso que tuvo Bazán en su campaña contra la nación Zuaca, de lo que resultó que los indios acabaran por perder el poco respeto que aún les inspiraban los españoles.

La crisis arreciaba, llegando al climax en 1589. Embargados por un explicable derrotismo, que se traducía en pánico, todos hicieron sus bártulos y se ausentaron de la villa, con excepción de cinco de los colonos veteranos, de los que habían estado en Carapoa. Ellos fueron Antonio Ruiz, Bartolomé de Mondragón, Juan Martínez del Castillo, Juan Caballero y Tomás de Soberanes, quienes bajo las condiciones descritas, continuaron avecindados a la villa y se avinieron a la vida, trato y comercio con los indígenas de la región. A pedimento de sus demás compañeros, Bartolomé de Mondragón, fue designado capitán de la villa, por el nuevo Gobernador don Antonio de Monroy. El nuevo capitán llevó a cabo, juntamente con algunos vecinos de Culiacán, dos expediciones hacia la sierra, en busca de minas. Una de ellas, conducida hasta Chinipas, resultó ser infructuosa a causa de la hostilidad de los indios.

En 1590, sucedió a don Antonio de Monroy en su cargo de gobernador de la Nueva Vizcaya, don Rodrigo del Río y Loza. Bajo su gobierno, es cuando ya se abre para la provincia de Sinaloa, un nuevo y descollante capítulo de su historia, dentro del cual se forjan, en condiciones normativas, las fases más acentuadas a la vez que fundamentales de la vida colonial.

EL FUERTE DE MONTESCLAROS

ANTECEDENTES.

Ante la insurgencia de los indios, en dos ocasiones se habían derrumbado, en forma estrepitosa, las villas que habían llegado a erigir los

españoles, en el valle de Carapoa. Por otra parte la villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa, finalmente establecida en el río Petatlán, pasando por días de prueba, se vio asimismo, colocada al borde de la ruina y en riesgo inminente de alcanzar el fin trágico de sus antecesoras.

La historia pone de manifiesto, que los conquistadores que con propósitos de colonizar, erigieron en Carapoa, las villas de San Juan Bautista y San Phelipe y Santiago y en su caso, durante los primeros años, los pobladores de la nueva San Felipe y Santiago, del río Petatlán, no habían podido ni dominar, mucho menos conquistar, pero ni siquiera amedrentar a las tribus indígenas circunvecinas a las villas. Siendo tan reducido e insuficiente el numero de españoles en la Provincia, para imponerse y dominar por medio de las armas a tan numerosa y belicosa población autóctona, en el caso, no podían crearse un estado de guerra, con los naturales, no tan sólo porque pudiérales resultar peligroso y hasta contraproducente, sino también porque las Leyes de Indias, letra muerta para los aventureros rapaces, tendían a proteger al indio en sus personas y en sus pueblos. Es de advertirse además que, en beneficio de la conquista, los franciscanos traídos por don Francisco de Ibarra y don Pedro de Montoya, no lograron formar propiamente una feligresía numerosa; lo que revela que la doctrina evangélica o prédica de esos religiosos, no trascendió a la masa de la población nativa, ni valió mucho entonces, como agente de pacificación y conquista.

Los resultados nugatorios que, como se ha visto, habían tenido hasta el momento los esfuerzos encaminados a colonizar y pacificar la provincia, acabaron por inspirar un cambio de táctica para lo futuro. Fue entonces cuando se pensó en recurrir a la evangelización sistematizada del indio, para atraerlo a la sumisión y a la paz. Para el desarrollo de esta labor de gran trascendencia se estableció, en la villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa, una “misión”, regida por jesuitas. El éxito de la “misión” no se hizo esperar, por lo pronto dentro de un pequeño radio entorno de la villa. Luego entonces, para satisfacer la necesidad de proteger contra el peligro indígena, la obra de la misión y la vida de los misioneros de los vecinos de San Felipe y de los pueblecillos de los indios ya bautizados o cristianizados, el gobierno de la Nueva Vizcaya,

estableció en dicha villa un presidio de soldados, al mando de un capitán, nombrado también alcalde mayor de la villa y provincia.

Aún cuando eran bien distintas las funciones específicas de la misión y del presidio, ambos compartían la finalidad común de cimentar el dominio colonial, operando respectivamente como agentes de la Iglesia y la Corona. El control colonialista, que fundamentalmente llegaron a establecer en la provincia la misión y el presidio, en forma paulatina se fue acrecentando, ya que en las primeras dos etapas consecutivas la penetración española o por mejor así decirlo, la cristiandad, se había ramificado de modo floreciente por todos los pueblos del río Petatlán, del río Sebastián de Evora y del arroyo de Ocoroni. Las vecindades del río Zuaque, eran todavía un campo virgen para la acción misional; pero antes de que se procediera a establecer por acá en la región las misiones evangélicas correspondientes, se requirió que el capitán don Diego Martínez de Hurdaide, con su fuerza presidial de San Felipe, domeñara a las tribus salvajes quebrantando su belicosidad y haciendo que cobraran respeto a su autoridad; y así sólo después, la doctrina y curas misioneros, para sus varias parcialidades.

Vista ya entonces la convivencia y la posibilidad de continuar la expansión de la obra misional hacia el norte y por de pronto hacia el vecino río Zuaque, con el fin de informar al virrey acerca de la situación en que se hallaba la provincia de Sinaloa, de la que no se tenía en la capital un buen concepto, y con el fin de solicitar el permiso para la instalación de estas nuevas misiones en proyecto y sacerdotes y ornamentos para las mismas, así como autorización para construir en algún punto estratégico sobre el río Zuaque un fuerte, hizo exprofeso un viaje a la ciudad de México, en el año de 1604, el capitán Hurdaide. La construcción del citado fuerte se hacía necesaria para el amparo de estas misiones y de las que en lo futuro se plantaran entre los mayos y los yaquis, si se toma en consideración lo alejado que estos lugares se hallaban, respecto del presido de la villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa.

El Virrey, don Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montesclaros, dio buena acogida al capitán Hurdaide, concediéndole cuanto figuraba en la demanda antedicha. Por lo que en particular, al fuerte se refiere,

Pérez de Ribas dice que el Virrey "despachó mandamientos y dinero a dicho capitán, a fin de que construyera el fuerte consabido en las tierras de los tegüecos; dio licencia para que el presidio de la Villa de San Felipe y Santiago o parte de él, tuviese su asiento ordinario y casas al abrigo del fuerte, debiéndose escoger un sitio en el que, los soldados y demás quisiesen poblar, pudieran hallar comodidad de vivienda, de sementeras, agua, leña y pastos para cuando las naciones intentasen acometimientos y rebatos contra los españoles". Son estos, los primeros antecedentes históricos que se tienen acerca de la fundación de la Villa del Fuerte de Montesclaros.

EMPLAZAMIENTO Y CONSTRUCCION.

Incuestionablemente el padre Ribas, que en ese tiempo tenía a su cargo la misión de Ahome, estuvo al tanto de los pasos que dio Hurdaide desde el comienzo de los triunfos. . .", en la parte relativa, constituye una fuente documental de primordial importancia en esta información. El sitio escogido para levantar el fuerte, dice el Padre Ribas, fue un cerrito que estaba a dos leguas del principal pueblo de los tegüecos, puesto cercano al que antes había tenido la primera villa destruida de Carapoa. En aquella fecha el pueblo principal de la nación tehueca era el de Macori, según citas del padre Ribas y de Antonio Ruiz; pueblo que desapareció poco después de la fundación del fuerte.

- Pié de foto pág. 148
- Vista de la fiesta en el Fuerte, 12 de marzo de 1890
- En ese lugar se encuentra actualmente el palacio

Siguiendo la referencia de la "historia de los Triunfos...", "levantóse el fuerte sobre el río, y su vista tenía grandes llanadas limpias de monte y maleza, donde se podía apacentar mucho ganado y no podían hacer emboscadas los indios; el fuerte, aunque de adobes, salió tan capaz, que dentro de él podía estar la caballada segura en ocasiones de guerra; porque cuando la hay, lo primero a que tiran sus flechas los enemigos, es a los caballos que pastan en el campo; porque saben que perdidos ésos, lo son también los españoles. Edificáronse también dentro del fuerte aposentos para viviendas de soldados; a las cuatro esquinas se adornó y

aseguró con cuatro torreones, que sirvieron no sólo de guarda y vista de sus lienzos; sino de espanto a los indios, como se vio presto por el efecto. Porque dentro de poco tiempo que se acabó el fuerte, llegaron cuatro caciques de gente bárbara de la tierra adentro, a ver al capitán, que por entonces allí paraba, pidiéndole la paz, ofreciéndole por presente y en señal de amistad casi mil flechas, pellejos de gatos monteses y martas. Añadieron a lo dicho que venían a ver las iglesias que hacían los cristianos y padres que con ellos estaban, que los deseaban tener en sus tierras; dando otras noticias de naciones, muchas sus vecinas. El capitán, los agasajó y les dio algunas cosas de las que ellos estiman. Pasaron a ver las iglesias de los pueblos cercanos, regalóles el padre y dióles buenas esperanzas de que a su tiempo irían otros religiosos a sus tierras y ellos oirían la palabra de Dios. Sirvió también el fuerte, de poner nuevo terror a los chinipas, con los cuales tuvo la peligrosa guerra el capitán, cuando fue al descubrimiento de minas... porque el cacique principal de las naciones, envió a un hijo a ver al capitán, pidiendo perdón a la traición que contra él urdieron en aquella ocasión, en compañía de los sinaloas, y prometiendo asientos de paz y amistad, que resultó de haberse levantado el fuerte de Montesclaros. Otro se siguió de este espanto y terror y fue, que estando el capitán con sus soldados en este fuerte, le vinieron a avisar que unos indios gentiles, con algunos inquietos cristianos, sus vecinos, andaban tratando de aliarse y hacer guerra al capitán Hurdaide. Él, que era tan capaz como valeroso, hizo ensangrentar un número de cuchillos y sangre que llevaba, con que entenderían el castigo que había de ejecutar con ellos, si no se sosegaban o inquietasen la paz. Amenaza fue ésta que junto con ver edificado el fuerte, sirvió para reprimir su orgullo. Todos estos buenos efectos se siguieron, con otros, que después se verán, del edificio fuerte, asistiendo en él, parte de los soldados con un cabo que está a mano para cualquier necesidad ocurrente, y a su abrigo se han ya poblado algunos españoles y en las entradas que hace el capitán, a visitar las tierras, tiene ahí descanso y seguridad el presidio".

El cerrito mencionado por el pare Ribas, en el que tuvo su emplazamiento el fuerte, es aquél que se conoce hoy con el nombre de "Loma de Montesclaros", que se halla situada a espaldas y al rumbo norte de la

iglesia parroquial de la ciudad de El Fuerte. Restos de esa construcción se dice que aún los había a principios del siglo actual, en el lugar donde en la cima de esa misma loma se levantó el tanque de la empresa de agua de la población.

Lo que no se ha llegado a determinar, es la fecha en la cual se iniciaron las obras materiales del fuerte, así como tampoco la que se refiere a la terminación de las mismas. En sus investigaciones conducentes, el Lic. José G. Heredia, distinguido historiador sinaloense, con residencia en la ciudad de México, ha llegado a establecer algunas conclusiones, que son las siguientes:

1ª. Don Juan de Mendoza y Luna, Marqués de Montesclaros y Virrey desde 1603 hasta 1607,ordenó la construcción del fuerte.

2ª. Por el alzamiento de los naturales, Hurdaide no pudo cumplir con las órdenes recibidas. El marqués de Salinas, dispuso la suspensión de estas obras.

3ª. Por mandamiento del marqués de Salinas, de fecha 3 de octubre de 1609, se volvió a disponer la construcción del fuerte y de la villa, con el nombre de Montesclaros en virtud de haber sido el iniciador.

4ª. Que Hurdaide salió de la villa de San Felipe para cumplir las órdenes, el 1ro. De marzo de 1610, por lo que bien pudieron iniciarse las obras en los primeros días de ese mes.

5ª. Que las obras no habían sido concluidas todavía en 20 de agosto 1616.

Apunta Heredia la posibilidad, de que la construcción se hubiera iniciado a principios de marzo de 1610, en atención a una carta que el fundador del fuerte, el ilustre capitán Diego Martínez de Hurdaide, dirigió al marques de Salinas, sucesor del de Montesclaros, en el cargo de virrey; carta que –dice Heredia— se encuentra en el Archivo General de la Nación, en un legajo de documentos originales (años 1605 a 162) de ese ameritado conquistador, Vol. 316, Ramo de Historia.

Lo que se expresa en la 4ª. De las conclusiones preinsertas, lo confirma un autor muy bien documentado, Gerard Decorme, S. J., al asentar que cuando se concertó la paz con los yaquis, el 26 de abril de 1610, el capitán Hurdaide se hallaba ocupado en la construcción del fuerte.

En el legajo anteriormente citado, hay varias cartas del capitán que se relacionan con el fuerte, y entre ellas las de fechas 31 de diciembre de 1605, 9 de febrero de 1609 y 6 de febrero de 1610.

Una de ellas no es sino una relación especificativa del fuerte, estimación de su costo; y dice así:

"Un tanteo del Costo y Costa que viene a tener el fuerte, que se ha de hacer en el Río de Sinaloa, orilla del sin pasarlo y memoria de los géneros de ropa que se han de traer de México para la paga de los oficiales e indios que se han de ocupar en la obra del dicho fuerte y casa y vivienda de los religiosos.

"Para los cuatro padres sacerdotes y un hermano lego, que se piden para la conversión de los indios del río de Sinaloa, la casa vivienda se compondrá de: 5 celdas, cocina, rrefitorio, despensa, caballeriza, zecretas, corral para tener algunas gallinas, zerca para una huerta, otra zerca para algunas cabras, quatro aposentos en lo alto de la casa para vivir el tiempo de calores que son insoportables. Son diecisiete piezas. Los aposentos se an de hazer en treinta pies de largo y catorce de ancho, por ser las maderas cortas y esto es estrechándolo mucho".

"La Yglesia con su sacristía y lo demás necesario para su forma".

"A los 16 soldados si son casados se les a de dar a cada uno aposento de treinta pies de largo y ancho de treze, una sala y cocina y corral para tener algunas gallinas. Son sesenta y cuatro piezas las que se han de azer para su vivienda en el fuerte".

"Si fueren solteros vastarán cuatro piezas del mysmo ancho y largo repartidos quatro soldados en cada uno y dos cosinas de conformydad y se ahorran tiempo y alguna costa".

"La persona a cuyo cargo estuviere el fuerte ocupará sala aposento, despensa, cosina caballerisa, aposento para la jente de servicio. Son seis piesas".

"Una rrazonable sala para que sirva de almazén general".

"Seis aposentos para los que enfermaren en la navegación".

"En el fuerte se a de hazer, tanto de ancho como en largo benga a quedar, para criar gallinas y otras cosas de servizio, quadrado con dos torreones y patio que se puedan armar beinte hombres de a caballo, se

de hazer de tres tapias y seis adoves de alto si se pudiere todo de adoves para mayor fortaleza y no a de tener mas de la puerta principal o donde todos se sirvan, que en zerrándola quede la jente dentro de manera que, el que entrare o saliere sea sentido"...

..."Por lo menos, se trabajará para acabar la dicha obra de todo punto, seis meses y se habrá trabajado muy bien, ocupando en ella zien yndios tapisques hordinariamente la mayor parte de ella".

"Se a de hazer adoves entremetiendo tapias, aunque más fuerte sería que sea toda de adoves".

"A estos yndios, se les a de dar de jornal por cada semana tres reales, de comer, zenar, y almorzar, que bienen a montarse por los seis meses novezientos pesos. Con solo los quinyentos que se saquen de la rreal caxa y se empleen en México se ahorrarán los quatrozientos con los quinyentos empleados abrá sufiziente paga, anse de emplear en los jéneros siguientes: herramientas, enceres, etc., cerrojos y clavazón, herrajes".

En esta otra carta que cita Heredia, dirigida por Hurdaide desde Culiacán, el 6 de febrero de 1610, al marqués de Salinas, le dice:

"A primero deste mes de marzo, saldré con la grazia del Señor, a poner por obra la casa fuerte del río de la villa vieja de Sinaloa y tendrá por nombre Montesclaros, que así lo manda V.E. y que asista allí todo el pezidio y doce soldados acresentados y dejare en la casa fuerte de San Felipe, los que vastaren para guardarla y tener la correspondencia que del servicio de S.M., se ofreziere y entonces será vuen tiempo y sin tanto frío para que con el calor ya entrado, puedan los yndios llevar mejor el trabajo del acarreo del agua para los adoves".

"Y para su paga, erramyentas y rrescates para la compra del mayo, vine en persona a esta villa de Culiacán, a vuscarlo, que de otra manera no tuviera el efecto que a tenydo. La mayor parte, de prestamo que se me ha hecho para volverlo en espezie, y lo que e comprado, a precios por ser esesivos bendrá a ser doblada la costa del dicho fuerte y la bastare de my bolsa que se obiera escuchado con que el Gobernador, diera la memoria que le envie de las cosas de ropa y jéneros que se avían de comprar en esta ziudad, que no la dio más de tan solamente avisarme que para ello están en poder de los padres de la Compañía los dos myll

pesos que mandó V.E. librar y entregarselos para la dicha obra a la cual sin dilazion ny rehusar, el dicho gasto que se me recrese acudiere con la puntualidad que me manda V.E. y para que se acave esta seca y en otras cosas del servizio de su Magestad traigo puesto todo my cuidado y salgo con la ayuda del Señor para el dicho río de Sinaloa, otro día después deste despacho...".

POBLAMIENTO DEL FUERTE.

Según lo visto, el padre Andrés Pérez de Ribas, nos ha legado muy interesantes pormenores, relativos a la ubicación de la obra del fuerte, a los motivos de su establecimiento y a los efectos que se derivaron de su construcción y servicios, en beneficio de las fuerzas del colonialismo en acción. Dicha obra constituyó el embrión de una nueva villa, la última que fundaron los españoles en la Provincia de Sinaloa. Desde antes de 1645, evidentemente, la población ya se hallaba en estado formativa, puesto que así lo precisa el padre Ribas, al decir que al amparo del "edificio fuerte" se habían poblado algunos españoles.

Fue sin duda lento y débil el desarrollo de la población, cuya exaltación al rango de villa, nos es desconocida hasta hoy, en cuanto a las circunstancias que para ello sirvieron de mérito y en cuanto a la precisa fecha del acaecimiento. El hecho debió ocurrir, como ya se verá a continuación, entre los años de 1726 a 1760, y probablemente con motivo de haber adquirido el Fuerte de Montesclaros, la categoría política de cabecera de su propio municipio, partido o delegación, con su correspondiente alcalde y ayuntamiento.

Don Pedro de Rivera, "Brigadier de los Reales Exércitos y Visitador General de los Precidios destos Reinos por S.M., visitó la Provincia de Sinaloa, allá por el año de 1726. Al concluir su recorrido y visita de inspección a las Provincias Internas de Occidente, de las cuales era parte integrante la de Sinaloa, escribió el brigadier un informe, materia de un libro de reciente edición, titulado: "Diario de lo caminado, visto y obcervado en el discurso de la visita general de Precidios, situados en las Provincias Ynternas de Nueva España".

En ese informe y libro relativo, aparece la siguiente referencia: "El

día veinte y cuatro (de diciembre de 1726, fecha en que el brigadier llegó al fuerte, con procedencia del Real y Minas de los Alamos -Alamos- y en tránsito para la villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa), al rumbo del día antecedente por tierra y monte de la misma calidad, caminé diez leguas, pasando por un caudaloso río que llaman del fuerte de Montesclaros; y en su inmediación está una corta población de este nombre, habitada por Españoles, Mestizos y Mulatos, situada a la vanda de el Sur de dho. Río, administrada por Cura Clérigo, a donde paré. El día veinte y cinco quedé ahí por ser de pascua. El día veinte y seis, al rumbo Sureste quarta Sur, caminé nueve leguas por tierra llana, con monte de Mezquites, Encinos, y Palmas, y pasando por el paraje que llaman Vega; paré en un poblado que llaman a la Puerta, siendo en medio de unos grandes cerros".

Ha de inferirse de lo anteriormente expresado por don Pedro de Rivera, que el Fuerte de Montesclaros, era en 1726, como población de muy escasa importancia, y que no era aún una villa. Lo confirma en cierto modo el hecho, de que el Ing. Francisco Álvarez Barreiro, que acompañaba en su recorrido al brigadier, en cada ciudad, villa o real por donde pasaban, en atención a la importancia de esas localidades determinaba invariablemente la situación geográfica, latitud y longitud, que les correspondía. En el Fuerte de Montesclaros, no lo hizo, puesto que el dato no se consigna; pero si, en cambio, no omitió hacerlo en las vecinas poblaciones del Real de Minas de los Alamos y la villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa, comparativamente de mayor importancia.

Al parecer no existen o se han descubierto nuevas y precisas referencias en las que se le dé al Fuerte, el título de villa, con antelación a la visita que hizo a la Provincia de Sinaloa, el obispo de la Nueva Vizcaya, don Pedro de Tamarón y Romeral. En el informe general que con relación a la visita practicada a su diócesis, escribió dicho prelado y que constituye, la materia del libro titulado "Demostración del Vastísimo Obispado de la Nueva Vizcaya", habrá de verse que la población, que ha venido reclamando nuestro interés, llevaba en aquel tiempo la kilométrica denominación de "Villa de San Juan de Montesclaros de El Fuerte", nombre absolutamente legítimo, si se toman en cuenta los antecedentes

históricos, que le dan mérito. Añade Tamarón que la villa era cabecera, curato de clérigos, etc., cosa que revela ya la importancia política y eclesiástica de la localidad. El informe es de 1760, mientras que la referencia del brigadier Rivera, corresponde al año de 1726; por lo cual se concluye que en el terreno correspondiente, el Fuerte de Montesclaros fue cuando llegó a adquirir el título de villa.

En la actualidad la población no lleva íntegro su antiguo nombre, sino únicamente el de El Fuerte. No se tienen datos que hayan de revelar el hecho y la justificación de semejante mutilación. Cabe observar que en los títulos prediales que en la época de la Intendencia se expidieron en la ciudad de Arizpe, ya aparece, designada la po blación con el simple nombre de El Fuerte y además figura como cabecera del partido de su misma denominación. Pero en cambio, en 1804, según consta en el Tomo II de las "Crónicas y Relaciones de Occidente", escritas por el Dr. Fernando Ocaranza, se le da todavía a la localidad su auténtico nombre de "Villa de San Juan Bautista y Fuerte de Montesclaros, ya que seguramente en el caso era valedera la tradición relativa. Ahora bien, a poco de que se constituyeron en 1824, los Estados Unidos Mexicanos, bajo un régimen federativo, una vez lograda la independencia de la nación, con las provincias de Sonora y Sinaloa, se formó el Estado Libre y Soberano de Occidente, con su primera capital en la villa de El Fuerte. A partir de entonces, oficialmente y de hecho, quedó suprimido para siempre el muy ilustre patronímico de Montesclaros, que desde su origen había ostentado el histórico fuerte de Diego Martínez de Hurdaide.

CAPITULO V
LA CONQUISTA Y SUS AGENTES. EL PROBLEMA EN LO GENERAL.

La exposición histórica presentada en el capítulo anterior, muestra acusadamente los comienzos de la Conquista y analizando la suerte que cupo a las dos primeras villas fundadas por los españoles en Carapoa, que, en cuanto a su realización y logro, los propósitos de posesionarse del territorio, domiciliarse en él y consecuentemente someter al vasallaje a las tribus cáhitas comarcanas, de que estaban animados los pioneros de la colonización hispánica en la antigua Provincia de Sinaloa, hubieron de abortar, ante una serie de adversidades y complicaciones.

Antecedente lejano y primera frustración, San Jerónimo de los Corazones. Enseguida lo nuestro, San Juan Bautista de Sinaloa y San Phelipe y Santiago de Carapoa. Otras experiencias y sucesos asimismo flagelantes, como fueron el fracaso que sufriera don Hernando de Bazán, en su campaña contra los zuaques y las provocaciones incesantes de que eran objeto los españoles, por parte de los naturales. Y por último, situaciones de ambiente, ocasionadas por la propensión que para el alboroto y la rebelión tenían las parcialidades o naciones indígenas. Todo ese cúmulo de hechos y circunstancias oponentes, constituyó en esencia la realidad viva y áspera que dificultó la pacificación y su corolario, la colonización de la Provincia. El éxito definitivo, quedaba sin embargo, reservado a los continuadores, o sea a los sucesores de aquellos

pioneros o precursores y adalides, que se llamaron Francisco de Ibarra y Pedro de Montoya. Pues aún cuando el impacto de la adversidad no alcanzó a frustrar en su existencia y destinos a San Felipe y Santiago de Sinaloa, la villa española del Petatlán, no por ellos en sus primeros años de vida dicha vecindad se vio libre de peligros y zozobras, que llegaron a situarla al borde de la ruina y el despoblamiento.

La historia de nuestras villas y en general el proceso que tuvo como fruto la reducción y pacificación de los indios, evidencian que la conquista y por ende la colonización de la Provincia, constituían una empresa, cuyo buen término o consumación requería no tan sólo de la transcurrencia del tiempo, sino que también de la constancia, de la insistencia, de la porfía en la ejecución, e indispensablemente además, de una táctica o de un método de acción, cuyos efectos y resultados fueran de trascendencia afirmativa y duradera. ¿Cuál sería esa táctica y cuáles serían los agentes encargados de ponerla en ejecución?.

De los procedimientos a emplear, desde luego quedaba excluida la política de exterminio y también la del sacrificio innecesario de las vidas de los indios; no sólo porque así lo determinaban las Leyes de Indias, que tendían a darles protección, sino porque además, el indio era para los españoles de la Colonia, un elemento indispensable de trabajo, en la explotación de las minas y las tierras.

Pero aún sin llegar a ese extremo de crueldad, el recurso de las armas por si sólo, es decir, la fuerza bruta impostora, no era un instrumento confiable, ni competente para basar en él la firmeza y fecundidad de la pacificación y la conquista; no obstante lo cuál, la utilización de la fuerza armada, no podía descartarse en este proceso, ya que era indispensable y conveniente su intervención o su concurso para llegar a imponer, en cualquier momento, el respeto y la seguridad. Más, para que pudiera realizarse la conquista plena y definitiva de las parcialidades indígenas, hubo de dársele participación en la tarea de segundo factor, factor solidario y complementario del que precedentemente se mencionó, pero muy distinto, en cuanto a la índole de sus medios de acción y en cuanto a sus alcances, pues se trataba, en su caso, de caminos espirituales e incruentos que habrían de conducir a consecuciones más estables y humanizadas.

Lo que en concreto se perseguía y que se logró po esta última, era la conquista de las almas; con la predicación del evangelio, cosa que el indio asimiló o interpretó a su manera idiosincrásica; infiltrar la fe y la devoción religiosa, darle al indio algunas luces morales de acuerdo con la doctrina cristiana; impresionarlo y cautivarlo con las ceremonias del culto, las pomposas festividades que ritualmente celebrábanse en sus iglesias pueblerinas; amansarlo, atraerlo, seducirlo, inspirándole confianza y amor, para fomentar su fidelidad a la iglesia católica y a los padres misioneros, combatir sus vicios e idolatrías; asistirlo con buenos consejos y con los auxilios espirituales, acostumbrados por los sacerdotes; fiscalizarlo en su comportamiento y sus voliciones; y en suma, catequizarlo hasta el punto de la fanatización, para crear sobre su albedrío, una tutela espiritual y paternalista de grado contundente.

Así pues, siguiendo las correspondientes trayectorias y en plan de mutua colaboración, actuaron en la Provincia de Sinaloa, dos agentes, para instituir la dominación colonial. Fueron esos agentes; el Presidio y la Misión, personificados respectivamente por el soldado y el jesuita, por la espada y la cruz, símbolos estos últimos de la Corona y la Iglesia.

El escollo que se hizo patente y con el cual tropezaron los conquistadores para alcanzar los fines que perseguían, fue la rebeldía innata del indígena, la sumisión recalcitrante, en que se mantuvo por mucho tiempo, y que con respecto a algunas de las tribus o parcialidades opositoras mas significadas, como fueron las de los tehuecos, los zuaques y los yaquis, revelaba a las claras que, en su actitud asumida, se hallaban inspirados por un gran amor a la libertad y al terruño y por el odio que profesaban a las personas e instituciones de los invasores castellanos. Más, a pesar de estos nobles y acendrados sentimientos que infundían gran significación a sus desplantes bélicos y patrióticos y que la falta de unidad, las disenciones y el primitivismo de las tribus, invalidaban por su parte los altos imperativos de la historia, la dinámica de la expansión española en los ámbitos americanos, irremisiblemente dieron al traste con la hegemonía y la beligerancia de la población nativa de la Provincia, con lo que el indio vino a quedar sujeto, en sus destinos y en su humanidad misma, al señorío de los conquistadores.

Esta conquista regional, como todas las conquistas que los pueblos impulsivos han consumado en el transcurso de los siglos, no dejó de tener matices de barbarie y de ruindad, así como lógicas repercusiones evolutivas. Claro es, que existían imperativos económicos y nacionalistas, que en principio la justificaban e inspiraban; imperativos de su siglo; secuencias del descubrimiento de América y del engrandecimiento de España; complementación del movimiento de conquista en México. El resultado, lo inexorable para los cáhitas hubo de ser la pérdida de su autonomía, su avasallamiento material y espiritual, su capitulación incondicional ante las fuerzas incontrarrestables del coloniaje, sistema imperante en la Nueva España. El insigne poeta español, don Manuel José Quintana, reconoce que las calamidades de que fueron víctimas los indígenas, empañan la gloria de los conquistadores; pero sin embargo, culpando como español al siglo XVI, procura vindicar a sus compatriotas, al expresarse así de ellos:

"Su atroz codicia, su inclemente saña,
Crimen fueron del tiempo, no de España".

Así es que, en general, se reconoce que la conquista o sus agentes incurrieron en grandes desacatos: crímenes, robos, despojos, afrentas, allanamientos, esclavitud, ultrajes y destrucción. Se trata del aspecto negativo y trágico de esas empresas, en el que ocurre un desbordamiento de energías degradantes y en todo caso un extravío de caminos. Matiz en el que, las conquistas, tienen similitud con las revoluciones o sacudimientos sociales, que son expresión clásica de fuerzas desencadenadas, violentas y anárquicas, a la par que un medio expedito para realizar cambios o transformaciones radicales. Sin embargo, tanto las conquistas, como las revoluciones, dejada aparte su legitimidad y justificación son trascendentales, en cuanto a que encarnan simientes, gérmenes de fecundidad y renovación; en cuanto a que engendran nuevos valores nuevas formas culturales, sociales y políticas; y en cuanto a que modifican el destino de los pueblos.

Los resultados del poder instaurador, edificativo y de transformación que caracterizaba a la conquista española en la Nueva España y en los demás países del Nuevo Mundo estrechamente vinculados entre sí por la tradición y por la historia, lógicamente se hicieron sentir en forma absoluta en nuestra provincia sinaloense. El dinamismo de la conquista española en México, tiene su expresión en la Colonia. Durante ese periodo se van fundiendo los plasmas sanguíneos de dos razas, la indígena y la hispánica, haciendo que surja paulatinamente la población mestiza, que es acaso el elemento más valioso y representativo de la mexicanidad actual. Durante ese periodo, la Madre Patria implantó en esta su tierra de conquista, sus instituciones culturales y políticas; implantó su idioma, sus costumbres y su religión, que fueron los factores conglomerantes de la unidad nacional. Durante ese periodo, en una palabra, España nos legó sus grandezas y miserias. Todo lo cual significa que bajo el signo de la Conquista se produjo el México nuevo que, como nación verdadera, se desvinculó políticamente de España, al conjuro del grito libertario de 1810.

El comportamiento de los conquistadores y de igual manera la índole de las instituciones políticas, de las instituciones eclesiásticas y de las instituciones sociales que ellos encarnan, ha sido materia de apreciación crítica y han suscitado, por tanto, juicios polémicos de partidismo ideológico. Pero como las cuestiones ideológicas, aún hechas las reservas de los pros y los contras que hubieren de corresponderles, en todo, son del cristal con que se mira; como a una conclusión siempre se opone otra; o como según el decir del cáustico don Agustín Rivera, cada uno tiene su cabeza y su cedazo para juzgar, preferible es andar con pies de plomo sobre un suelo tan versátil. Con este criterio pues, de una manera general se prescindirá de valorizar, a la luz de las ideas laicas y liberales contemporáneas, lo de las épocas pretéritas. Por lo cual se impone, en los asuntos que tocantes a la Conquista se hayan de mencionar en nuestro trabajo de recopilación histórica, que se deje prevaleciente el espíritu informativo de los cronistas o historiadores de aquella época, en mérito a su idoneidad y respetando su sentir y su pensar, no obstante que por sabido, sus juicios se hallan inspirados en las ideas de orden confesional y colonialista.

No habrían de faltar seguramente entre los lectores del presente trabajo, quienes desearan, por inclinación vocacional, saborear por sí propios las páginas de los libros de mayor interés histórico para nues-

tra Provincia y por consiguiente para nuestra región del río de Fuerte; o quienes, por una simple curiosidad, desearan saber de qué procedencia son las noticias reunidas en éste y los dos subsiguientes capítulos. Por tal motivo, así como por haberlo hecho al entrar al desarrollo de temas anteriores y porque es, desde el punto de vista documental, conveniente consignar como dato y para referencia la bibliografía respectiva, a continuación se procede en consecuencia, formulando la enumeración siguiente:

"Descripción Geográfica de los reinos de la Nueva Galicia, Nueva Vizcaya y Nuevo León". Se trata de un informe confeccionado por el obispo de la diócesis de Guadalajara, don Alonso de la Mota y Escobar, en la primera década del siglo diecisiete. Su autor dedica la obra a don Pedro Fernández de Castro, marqués de Sarria, conde de Lemos y de Andrade, presidente de todos los estados de las Indias Orientales y Occidentales de la Real Corona de Castilla. Por primera vez se imprimieron, fuera de comercio, treinta ejemplares en la ciudad de México, en 1930. Diez años más tarde se llevó a cabo la segunda edición del libro, que es la generalmente conocida.

"Historia de los Triunfos de Nuestra Santa Fe entre las Gentes más fieras y Bárbaras del Nuevo Orbe, conseguidos por los soldados de la Milicia de la Compañía de Jesús en las Misiones de la Nueva España". Se ha mencionado esta obra en nuestras referencias anteriores. El autor de ella es el padre Andrés Pérez de Ribas, antiguo misionero de Sinaloa. Por primera vez dicha historia se editó en Madrid, en 1645, después en México, en 1892, y por último otra vez, en México, en 1944, por la Editorial "Layac".

"Demostración del Vastísimo Obispado de la Nueva Vizcaya". Informe elaborado en 1765, por el obispo de la diócesis de Guadiana, don Pedro de Tamarón y Romeral, y que dedica al Rey Nuestro Señor don Carlos Tercero, católico, monarca de las Españas, emperador de Indias. El libro correspondiente se publicó en México, en 1937.

"Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España". Ya fue objeto de mención esta obra, en temas tratados en otras páginas de este trabajo. Era una relación que dejó escrita en México el padre Francisco

Javier Alegre, al decretar en 1767, Carlos III, la expulsión de los jesuitas de los dominios españoles. Don Carlos María Bustamante publicó en México, el primer tomo de la obra en 1841, el segundo y tercer tomos de la misma, en 1842.

"Memorias para la Historia de la Provincia que tuvo la Compañía de Jesús en Nueva España". Compendio de la anteriormente citada "Historia de la Compañía...", redactado por el padre Francisco Javier Alegre, cuando después de la expulsión de los jesuitas residía en Bolonia. La edición se hizo en México por J. Jijón y Camaño, en 1940, en dos tomos.

"Historia de la Iglesia en México". Obra escrita en los tiempos recientes por el historiador mexicano Mariano Cuevas, sacerdote jesuita.

"La Obra de los Jesuitas Mexicanos durante la Epoca Colonial". Este trabajo es un gran compendio histórico cuyo autor es el sacerdote jesuita Gerard Decorme. Fue editado en la ciudad de México, en el año de 1941, en dos tomos.

"Pioneer Black Robes on The West Coast", obra que consta de un solo volumen, escrita en el idioma inglés por Peter Masten Dunne, S.J., miembro del Departamento de Historia de la Universidad de San Francisco, Cal., se publicó en 1942, imprimiéndose en las prensas de la Universidad de California.

Al espigar entre las referencias y acotaciones que trae la obra últimamente citada, se viene en conocimiento de que en el Archivo General y Público de la Nación, en la ciudad de México, hay dos volúmenes llamados "Historia 316" y "Misiones 25", de gran trascendencia documental para la historia de los primeros años de la Misión en Sinaloa.

En la "Historia 316" se encuentran veintiún cartas originales de Hurdaide; algunas de ellas bastante largas, todas verbosas o difusas y la mayor ilegibles.

"Misiones 25", contiene las Cartas Anuas de la provincia, de 1622, a 1647. Al lado de éstas, se tienen valiosas cartas de misioneros y legos o seglares, noticias tomadas de informes del poblamiento y progreso de Sinaloa, dados por Juan de Grijalba, Hurdaide y otros seculares y por los padres Juan Varela, Martín Pérez, Vicente del Aguila y Andrés Pérez de Ribas.

Las Cartas Anuas o Literae Annuae, no son sino informes que pe-

riódicamente, cada año, como su nombre lo indica, rendían los misioneros de Sinaloa a su Provincial de la Compañía de Jesús. La Biblioteca de Bancroft, de la Universidad de California, posee una hermosa transcripción de la mayoría de las Anuas, cerca de su principio en 1591, al año de 1629. Esta colección se titula "Memoria para la Historia de Sinaloa". Además, en la misma biblioteca existe otra copia de dichas Anuas, en dos volúmenes que llevan por título "Documentos para la Historia de Sinaloa". También la copia fotostática de un manuscrito de 102 páginas in folio, tomada de los archivos de los jesuitas en México y que corresponde a la "Historia de la Provincia de Cinaloa", que es otra de las obras escritas por el padre Andrés Pérez de Ribas, todavía inédita.

LA MISIÓN.
SU FUNDACIÓN.

Como el gobernador de la Nueva Vizcaya, don Rodrigo del Río y Loza, persona que en pasados épocas había militado con don Francisco de Ibarra y que asistió a la fundación de la villa de San Juan Bautista de Sinaloa, tenía en proyecto agrandar y afianzar sus conquistas, solicitó del padre provincia de la Compañía de Jesús en México, que se sirviera asignarle operarios para las correspondientes tareas evangélicas. Le correspondió otorgar su favorable resolución a la instancia petitoria del Gobernador, al padre visitador Diego de Avellaneda, recién llegado a México, por lo que fueron designados los padres Gonzalo de Tapia y Martín Pérez para la misión indicada.

Los comisionados se hallaban en Zacatecas, de ahí se pasaron a Durango, donde se presentaron a Del Río y Loza, en mayo de 1591. En el acto el Gobernador les manifestó que; como habría de tardar en llevarse a cabo la expedición que tenía en proyecto hacer a Nuevo México y como además en aquel territorio ya se habían introducido los franciscanos, últimamente había pensado destinarlos a la Provincia de Sinaloa, donde en la villa de San Felipe se hallaban desamparados cinco vecinos españoles y cierto número de indios cristianos, que años atrás fueron bautizados por Fray Pablo de Acevedo y Fray Juan de Herrera.

Acatando el parecer y determinación del Gobernador, Gonzalo

de Tapia y su compañero y subordinado Martín Pérez se dirigieron enseguida al apartado lugar de su destino, tomando la vía de Acaponeta y no la más corta que era la de Topia, en vista que por ese tiempo, se hallaban en guerra los valles de este mineral durangueño. En el trayecto y durante su viaje no desperdiciaron dichos jesuitas, las oportunidades que se les presentaron para cumplir con su ministerio, predicando y confesando a indios y españoles; llegaron a la villa de San Miguel de Culiacán, a fines de junio. Ahí, en esa villa permanecieron algunos días, que hubieron de aprovechar en el desempeño habitual de su ministerio eclesiástico. Desde allá mismo enviaron noticia a los cinco españoles residentes en la villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa, de la misión que traían y les habían encomendado el Gobernador y el padre provincial de la Compañía, a la vez que también les anunciaban su salida y próxima llegada.

Ante la nueva, los españoles de San Felipe acordaron que, para acudir a dar escolta y acompañamiento a los viajeros, partieran rumbo a Culiacán, Antonio Ruiz, que era el alcalde y Juan Martínez del Castillo, llevando en su compañía un grupo de indios, algunos de ellos caciques, tanto cristianos como gentiles, que para ello se hallaban dispuestos. Como los padres entre tanto venían ya de camino, los que salieron de San Felpe, para Culiacán, se encontraron con ellos en Capirato y ahí se les reunieron. Prosiguióse entonces el viaje, y a su paso por El Palmar, Orobato, y Mocorito, los padres hicieron a los indios muchos bautizos de gente menuda; la comitiva de indígenas, se hizo más numerosa; finalmente la llegada a la villa del río Petatlán ocurrió el 6 de julio de 1591.

La entrada de los misioneros a San Felipe, fue un acontecimiento muy significativo. En la recepción que se les tributó, participaron entusiastamente numerosos indios, amigos de los españoles, que invitados al efecto acudieron de los pueblos comarcanos, y engalanaron el camino y asimismo la plaza de la villa con muchos ramos de árboles. Una vez que llegaron a la plaza, hicieron los padres, a la gente ahí congregada una plática, valiéndose de intérpretes, y diciendo que como pastores y curas de almas venían a dar amparo y a impartir la doctrina cristiana a los de aquella comunidad tan apartada del mundo. Luego de hecha esta

exposición, recibieron los padres alojamiento en una casita que, aunque de palos y de cubierta pajiza, era la mejor del poblado.

No eran estos sacerdotes, sino los pioneros, los fundadores de una Misión, la que llevó el nombre de Misión de San Felipe o con más generalidad, Misión de Sinaloa, cuyo objetivo primordial era la conversión religiosa de los aborígenes. No malgastaron su tiempo aquellos pioneros, sino que de lleno se entregaron a sus labores iniciales en la misma villa, donde en una enramada se improvisó la Iglesia en la que decían su misa, bautizaban a los chicuelos de la cristiandad en cierne, casaban a los amancebados y enseñaban la doctrina. Días transcurrieron durante los cuales el padre Tapia, se entregó a las tareas de interiorización, poniéndose en contacto con los pueblos circunvecinos y allegándose datos relativos a las calidades de las gentes, a los dialectos y a la geografía regional.

Naturalmente que en tierra tan extraña para ellos, para el más eficaz cumplimiento de su misión, les fue preciso a los padres, dedicarse de inmediato al aprendizaje de los principales dialectos de Sinaloa, auxiliándose de los vecinos españoles como intérpretes y de una india llamada María, que había traído desde Culiacán el padre Tapia. Esta india sabía el mexicano y el cáhita, se valía del primero para entenderse con el padre y del segundo para hacer lo propio con los naturales de la comarca. Con aquella notable facilidad que el padre Tapia poseía para aprender lenguas indígenas, pues aparte del mexicano hablaba con gran dominio él tarasco, el chichimeca, el otomí, el tepehuán y el acaxe, en muy breve tiempo llegó a posesionarse, en Sinaloa, del pima bajo, hablado en aquel entonces por los indios de Bamoa y de ocoroni, que según un padre Azplicueta era un dialecto semejante al ópata, y del sinaloa o sea la lengua denominada cáhita y la cual, desde Mocorito hasta el Yaqui, era la mas extendida. En tan sólo un mes, se dice, logró este padre dominar el cáhita, al grado de que pudo componer en este idioma una breve Gramática y Doctrina, que después complementó con cantos. Por lo que respecta al padre Pérez, menos suficiente que su compañero para esta clase de aprendizaje, dilató tres meses para hecerse entender de los naturales en dos de las lenguas más comunes, probablemente la cáhita y la ocoroni.

De pronto, por tratarse del comienzo y por ser tan solo dos los ministros, sus trabajos se enfocaron a los pueblos circunvecinos de la villa. El padre superior Gonzalo de Tapia, tomó a su cuidado los pueblos más levantiscos, que fueron los de Baburía, Deboropa, Lopoche y Matapán, situados río arriba de la villa y el de Ocoroni, en la margen derecha del arroyo de su nombre. Mientras que a cargo del padre Martín Pérez, según Alegre, quedaron los pueblos de Cubiri y Bamoa, a los que añade Decorme, el de Nío.

En una de las notas consignadas en el segundo tomo de la "Obra de los Jesuitas Mexicanos durante la Epoca Colonial", se lee que el padre Albizuri refiere, que la primera casa de la Compañía de Jesús, fue en Cubiri; pero que consta que el padre Tapia, vivía en Ocoroni, y que la casa principal de la Compañía, fue seguramente después de la llegada de los nuevos padres, en la villa de San Felipe, donde luego se hizo Iglesia y después colegio. Quien precisamente fijó su residencia en Cubiri, fue el padre Pérez.

Las faenas de los misioneros, por la naturaleza de ellas y la responsabilidad que entrañan para sus factores, así como por el estado de atraso, aislamiento y pobreza de la Provincia y de las gentes, tenían que ser penosas, arduas, difíciles y movidas; para ellos el esfuerzo tenía que ser tenaz e intenso; la vida llena de estrecheces. "Cuanto más florecía la misión –escribe el padre Alegre—

Tanto más se aumentaba el trabajo de los padres, sobre quienes se cargaba todo aquel gran peso. El catecismo era ocupación de todo el día. Se explicaba la doctrina por la mañana en la pequeña Iglesia. A eso, seguía el misionero a visitar las rancherías, a consolar a los enfermos, a inquirir de una en otra choza los pleitos, las supersticiones, los escándalos, a impedir los abusos y animarlos al trabajo. Las más veces, era necesario salir el padre con ellos a sus cortas sementeras, y enseñarles el manejos de algunos instrumentos que les había procurado. Interín los hombres estaban en su trabajo, volvía el misionero al pueblo, se juntaban los niños y niñas y se les enseñaba el catecismo o dejaban este trabajo, al cuidado de alguno de los más fervorosos catequistas, pues, era necesario ir a recorrer los demás pueblos, repitiendo en todos, este mismo ejercicio. El santo sacrificio, el rezo, la oración, un escasísimo y muy grosero

alimento, a que no sin horror llegaba a acostumbrarse el estómago, un corto e interrumpido sueño, lo restante del día y de la noche; y aún en estos pequeños intervalos, tenían mucho que ofrecer a Dios, o en la piedad inoportuna de los neófitos, en las irracionales sospechas de los gentiles, en la grosera curiosidad de unos y otros, que todo el día habían de estar al derredor y cuasi sobre el padre, admirando todas sus acciones e interpretándolas, ya con la superstición, que era preciso corregir o con necedades que era necesario disimular".

La rumbosa celebración navideña; que se efectuó el 25 de diciembre de 1591, en el pueblo de Lopoche (Opochi); pone de manifiesto que las apostólicas labores, empezaban a rendir frutos, que eran una esperanza para los fines y éxitos de la conquista. La catequización, se había puesto en marcha. La solemnidad de la fecha, precisó misa, procesiones, ceremonias ritualísticas, músicos y cantores tarascos, traídos del Real de Santa Cruz de Topia, por el padre Tapia, dieron realce a la fiesta, lo mismo que las típicas danzas autóctonas, tan llenas de colorido y expresión, ejecutadas en el exterior de la Iglesia. El motivo congregó a la cristiandad indígena previamente convocada, así como a gran número de gentiles atraídos por la curiosidad, que se maravillaron mucho de cuanto habían presenciado.

El balance, al fenecer el año de 1591, al término de los seis meses, revelaba que, aparte de un número muy crecido de criaturas y muchachos, se habían bautizado o convertido mil seiscientos adultos, y se habían levantado trece modestas Iglesias o capillas, en otros vecindarios de los ríos de Sinaloa y Mocorito y del arroyo de Ocoroni. A los ocho meses de labor, la cuenta de los bautizados, se había elevado ya a cinco mil, englobados niños y adultos.

REFUERZO E IMPULSO.

La conveniencia de mantener y aún concertar mejor cuanto se había aventajado y la factibilidad de acrecentar en un nuevo impulso la obra comenzada, indujo a los pioneros de la Misión, a solicitar de los superiores un refuerzo de sacerdotes. La petición entrañaba, una noticia de éxito que causó muy favorable impresión en la ciudad de México, así

como no poca sorpresa en aquellas personas que se habían mostrado escépticas, respecto del venturoso resultado de la empresa.

Consecuente con aquella solicitud, el provincial de la Compañía desde luego, destinó a los servicios de esta Misión; a los padres Alonso de Santiago, y Juan Bautista de Velasco, quienes arribaron a ella en 1592, pasada la cuaresma. No tenían seguramente los nuevos misioneros, ni siquiera idea aproximada de las circunstancias y condiciones bajo las cuales habrían de ejercer su ocupación; pues deploraron hallarse con que el aislamiento, la estrechez, la miseria de la entidad, era de extremada dureza para la vida y el trabajo. El padre Tapia, se dio cuenta de ese lamento y advirtió que aquella pareja de jóvenes operarios, carecían de espíritu vocacional de sacrificio o sea que les faltaba devoción, cosa tan necesaria para la obra misional en este mundo oscuro y bronco, de la Provincia de Sinaloa; y de ello pues, se dolía el Superior manifestándoselo al padre general, Claudio Aquaviva, por carta de fecha lro. De agosto de 1592, la que al respecto dice:

"El uno, decía, que había pedido a sus superiores, le sacasen del colegio y el otro que no había cabido en su imaginación, semejantes ocupaciones y así dijo que quería ver como le iba por acá, primero que se aplicase a trabajar en algo... Los misioneros que sin movimiento interior de Nuestro Señor son enviados, más por mortificación, que por su devoción, viven aquí con gran violencia y hallan tantas causas para justificar su vuelta a los colegios que, a los que con gusto andan, en tibian y desaniman. Los que por su condición y mortificación son penosos en los colegios, no se remedia con mandarlos a estas misiones y a los demás compañeros de la misión se les echa una carga mayor que todas las de la misión... La gente con que se trata, son bárbaros, rudos e incultos. No hay vestidos que remudar no hay casas donde vivir, no hay quien aderece de comer, ni muchas veces que aderezar, no hay con quien desenfadarse un rato y hay mucho de que enfadarse. Un rato de oración y retraimiento no se recibe, ni se hace a él quien solía emplearse en una honesta recreación. Los superiores están lejos, en tres meses van las cartas y en otros tantos viene la respuesta...".

Pese a lo aseverado, sin embargo el padre Juan Bautista de Velasco,

dio todo de sí y llega a ser uno de los más destacados misioneros de Sinaloa. Durante muchos años cultivó evangélicamente el partido de Mocorito y a él se debe, según quedó dicho antes, la composición del "Arte de la Lengua Cáhita". Por lo que atañe al padre Alonso de Santiago, después de dos o tres años de haber servido a la Misión, se ausentó de ella, más no precisamente por falta de espíritu, según lo afirma un historiador.

Pues bien, con la llegada de los dos nuevos colaboradores, el padre Tapia, tuvo que hacer una redistribución del territorio y pueblos de la Misión. Con tal motivo, al padre Santiago, se le confiaron aquellos pueblos, que desde el principio administraba personalmente el superior, con inclusión de la Villa de San Felipe, en la que el nuevo padre tuvo a su cargo la primera escuelita que se estableció en la Misión. El padre Velasco, fue destinado a los pueblos de Mocorito y Orobato, con sus respectivas visitas. Al cuidado del padre Pérez quedaron el poblado de Bamoa, el de Nío y los demás que había hasta la costa de Guasave. Este Nío de que se habla debe ser el pueblo viejo de ese nombre.

Pasó un poco de tiempo, pero la provincia no dejaba de tener sus problemas y sus necesidades que satisfacer. Hacía falta justicia, pues los naturales, eran víctimas de los españoles, que los esclavizaban. Se carecía de las más indispensables garantías para la vida y la tranquilidad de la población cristiana, debido a lo cual los españoles, que quisieran venir a radicarse en Sinaloa, no podían contar ni siquiera on ese factor de seguridad y estímulo. A las Iglesias, les faltaba hasta los más indispensables atalajes. Los padres misioneros sé hallaban carentes de recursos con que sufragar los gastos de su ministerio, ya que no gozaban de subsidio alguno, ni por entonces se les exigía a los indios tributos en provecho de la Misión. Finalmente, el desarrollo y la intensificación de la obra misional, demandaban el concurso de un personal eclesiástico más numeroso y había que pedir más sacerdotes.

Llevando en cartera todos esos asuntos, sin duda de trascendencia, partió para México el padre Tapia, en el otoño de 1592. En la capital, sus gestiones ante el virrey y el provincial, culminaron con éxito, pues consiguió: una subvención anual de $250.00 para cada misionero; la designación de un alcalde mayor; la determinación de establecer en San

Felipe un presidio de soldados, para contener a los indios; la dotación de campanas, instrumentos musicales y ornamentos para las Iglesias; la asignación de dos nuevos padres, para robustecer el personal de la Misión, así como la de un coadjutor que desempeñara como tal, los más disímbolos servicios de la artesanía, desde cocinero, mozo de aseo, criado, hortelano, albañil y carpintero, hasta sacristán y doctrinero.

Cuando el padre legó de vuelta a San Felipe, en la primavera del año siguiente, encontró la Provincia, invadida por una terrible peste de "cocolitzi"; que ocasionaba pústulas y diezmaba a la población. Tal era la virulencia de la enfermedad, que los misioneros no se daban abasto; para impartir su atención paternal a los atacados de ella y como además su intervención para sanarlos era infructuosa, en el caso se concretaban a impartir a los moribundos el último viático y el bautismo, si se trataba de gentiles o indios, que no habían hasta entonces recibido este sacramento.

Se dio el caso de que, cuando apenas se había mitigado tamaña calamidad, la Provincia entera se vio sacudida por temblores de intensidad tal, que según refiere el padre Ribas, "a un cerro de peña viva, que tienen los zuaques arrimado a su principal pueblo llamado Mochicahui, lo hicieron temblar de suerte que se rompió y abrió, y por su boca arrojó gran cantidad de agua; por ella los ciegos e ignorantes zuaques echaron gran cantidad de mantas, aguas marinas o cuentas y otras cosas que ellos estimaban; pretendiendo con esto aplacar a quien era causa de aquellos tremendos espantos, no acabando de conocer el autor de ellos y el Señor de quien todas las criaturas tiemblan". El cerro de que se trata es el que ahora se llama de "Las Pilas" y que se encuentra en un lugar próximo a la Iglesia del lugar. Es probable que por causa de este mismo movimiento sísmico, haya también sufrido entonces su desgajamiento el llamado "Cerro Partido", en cuya cima se alza el faro del puerto de Topolobampo.

Porque oyeron decir, que el padre predicaba a este Dios, o porque (como otros dijeron) se persuadían de que el padre Gonzalo de Tapia, causaba estos efectos y estaba enojado con ellos porque no trataban de bautizarse y recibir la palabra de Dios en sus tierras, fue una tropa de indios principales a verle; llevaron y le ofrecieron algunos frutos de la

tierra, como frijoles, coali, jilotes, y otros que ellos estiman, para desenojarlo. El padre los desengañó, predicándoles de cosas grandes de Dios y de su poder y exhortándolos a que recibieran su palabra y su santo bautismo". A tal punto de convencimiento han de haber llegado estos indios zuaques, que después de la platica le prometieron al padre acogerse a la doctrina evangélica; más, pasada la ocasión y los sustos, esas promesas cayeron en el olvido.

Sin embargo, después de aquella entrevista, el padre Tapia, fue a visitar a los zuaques, quienes hicieron en Mochicahui, los preparativos necesarios para su recibimiento, colocándose a la entrada del pueblo, una cruz en señal de bienvenida. En dichos preparativos los que intervinieron fueron unos indios tahues, que se habían radicado en el pueblo de Cacalotán, pero que ocasionalmente eran huéspedes de los zuaques. Conocido el hecho por parte del padre, a su regreso a Ocoroni, encomendó al padre Martín Pérez a dichos tahues de Cacalotán.

El temblor de tierra, también despertó entre los sinaloas, conceptos supersticiosos y equivocados, análogos a los anteriormente descritos. Por consiguiente, movidos por las mismas causas y llevados de los mismos propósitos, que abrigaban sus amigos y compañeros de armas, los zuaques, aquellos también por su parte fueron a Ocoroni, a ver al padre Tapia. Le llevaron también presentes, y le hicieron por otra parte la súplica de que los visitase en sus pueblos, para que les bautizase a sus hijos. El padre tomó en cuenta la instancia y deseos de los de la nación sinaloa, por lo que, después de haber visitado a los zuaques en Mochicahui, fue a ver a los sinaloas, cuya gente era mucha y se hallaba repartida en veinticuatro pueblos, aldeas y rancherías. Los nuevos visitados recibieron con mucha alegría al misionero quien les bautizó a sus muchachos; les predicó, les alentó en la esperanza de que llegarían a tener su doctrina de asiento, exhortándolos a recibirla con agrado, finalmente les prometió retornar, hecho y dicho todo lo cual, procedió a reintegrarse a su casa de Ocoroni.

Transcurrido algún tiempo, hubo de renovarles el mismo padre su visita a los sinaloas, pero entonces no encontró, por lo menos en el principal pueblo, cuyo cacique abrigaba el deseo de dar muerte al mi-

sionero, la buena disposición que antaño le habían mostrado; pues en esta vez las gentes se manifestaron indiferentes a la palabra evangélica y mucho había cundido, entre ellas, el vicio de la embriaguez, tan combatido por los misioneros. En cambio, su presencia fue mejor estimada y bien recibida en los demás pueblos comarcanos, en los que los vecinos acudieron con sus hijos, para que se les bautizaran. Al punto el número de los bautizados llegó a seiscientos, incluyendo en la cuenta los de la visita anterior. Desde entonces, no volvieron los sinaloas a oír la doctrina en su tierra, sino hasta pasados dos lustros, pero ya por voz de su propio sacerdote y misionero, padre Cristóbal de Villalta.

MUERE ASESINADO EL PADRE TAPIA.

La pascua de Navidad correspondiente al año de 1593, celebróse en la villa de San Felipe, lugar donde en esa ocasión se congregaron los cuatro padres, que laboraban en la Misión. Fue una fiesta de mucho lucimiento a la que concurrió la indiada de las veinte Iglesias con que ya contaban los misioneros jesuitas. Entre los concurrentes figuraban, además, numerosos gentiles de los pueblecillos circunvecinos expresamente convidados. Los Zuaques entre ellos, no obstante que un apóstata cristiano, Alonso de Sabota, trató de "sabotear" los festejos, empeñado en disuadir de su comparecimiento a los referidos zuaques, asegurándoles con ese fin que se trataba de una trampa preparada por los españoles, para atraparlos y quemarlos vivos.

Era muy natural e inevitable que muchos, o algunos de los naturales, vieran con repulsión y odio a los españoles, distinguiéndose entre los desafectos particularmente los hechiceros y tales y cuales caciques o jefecillos, cuyos fueros evidentemente vulneraba la conquista. Más sin embargo, expurgados esos sentimientos de causas y móviles egoístas, por mero principio tenían que ser contrarios a la introducción y al progreso de las formas y costumbres extrañas y a la implantación de una religión también extraña, cosas que, como expresión y vehículo de dominio y autoridad, atropellaban o alteraban los albedríos y tradiciones de las comunidades aborígenes. Es de concebirse que esos caciques, esos hechiceros, esos ancianos irreductibles que gozaban de gran autoridad moral en

sus colectividades, advertían sin duda el lado trágico de la conquista, un desquiciamiento para ellos y los suyos; lo estaban palpando en los cambios que poco a poco se iban operando como consecuencia de la acción educacional, encabezada por los padres misioneros contra las prácticas hechiceriles, las supersticiones y las idolatrías, contra tales y cuales los hábitos que en el medio indígena pugnaban contra las ideas de la fe cristiana y con el orden colonialista en proceso de implantación.

Se explica pues, por qué los misioneros tenían sus malquerientes, muchos de los cuales eran gratuitos. Una de tales gentes, que se llamaba Nacabeba y a menudo se mofaba de las cosas de los cristianos y de su relación, le tenía ojeriza al padre Tapia. El indio Nacabeba, era cacique del pueblo de Teboropa, Teborapa o Deboropa, situado media legua arriba de la villa de San Felipe. El nombre que se daba a dicho sujeto está compuesto por dos voces cáhitas que son, nacca, oreja y bebba, azotar, significando conjuntamente en el gentilicio y acaso como lo expresa y comenta Pérez de Ribas, "herido o señalado de la oreja, del golpe que había recibido en ella: conque parece ya, el demonio le había echado su marca y cerrándole los oídos para que no oyese la palabra de Dios".

Singular empeño tuvo siempre el misionero en hacer que volviera al redil esta oveja descarriada. Como el renegado persistiera en su indisposición perturbadora y hostil, de ello se quejó el padre ante el alcalde mayor, capitán Miguel Ortiz de Maldonado. Por tal motivo y con el propósito de poner fin a los escándalos y rebeldías, intervino el alcalde; reconviniendo a Nacabeba para escarnecerlo, lo mandó azotar y cortar la cabellera, agravio tras el cual el afrentado se dedicó a planear la muerte de su acusador.

Para ejecutar su deseada venganza, Nacabeba se conjuró, en un pueblo cuyo nombre era Cavihuri, con dos de sus hijos, su yerno, su hermano, otros tres parientes y en adición nueve indios amigos. Acto al cual se sucedió la consumación del crimen en la persona del superior de la Misión, el domingo 10 de julio de 1594. Ocurrió el hecho en el pueblo de Teborapa, a donde siguiendo su costumbre, había ido el padre a decir su misa dominical, en compañía de don Pedro, cacique de Ocoroni. Como ya la noticia de la conspiración fraguada se había propalado,

tratando de que el padre se sustrajera del peligro que lo amenazaba, don Pedro, le instó para que con él se regresase a Ocoroni, una vez oficiada la misa; más el misionero no prestó oídos a la instancia, al parecer con absoluto desprecio de su vida.

Ya se hallaba el padre entregado a la oración y al descanso, cuando en su aposento, al atardecer de ese día fatal, con toda alevosía, lo agredieron Nacabeba y sus confabulados. Presa del aturdimiento que le produjo un macanazo brutal, que recibiera en la cabeza, pudo sin embargo medio incorporarse el padre y avanzar hasta la cercana cruz, que se alzaba frente a la Iglesia, en donde puesto de rodillas y abrazado a esa cruz vilmente lo remataron a garrotazos y golpes de hacha sus victimarios. Más no conformes con solo eso los homicidas, le cortaron a su víctima la cabeza, y un brazo a cercén, lo despojaron de sus vestiduras sacerdotales, y tras de abandonar el cadáver trunco, saquearon la casa del padre y prendieron fuego a la Iglesia, de la que ya se habían robado el cáliz sagrado, los ornamentos y otros objetos del culto.

De este modo, terminó en el martirio la vida del laborioso fundador de la Misión de Sinaloa, padre Gonzalo de Tapia. Sus restos mortales fueron recogidos por los españoles de la villa de San Felipe, en cuya Iglesia, recibió muy solemne y cristiana sepultura. Murió el padre Tapia, a la edad de treinta y tres años, la mera flor de la vida. Era oriundo de la ciudad de León de Castilla, donde hizo sus estudios de latinidad e ingresó a la Compañía de Jesús. Al cumplir su noviciado paso a estudios mayores y Teología; vino a la Nueva España, con el grupo Jesuita que encabezaba el padre Antonio de Mendoza, recién nombrado provincial de la Orden de México. En el Colegio Máximo de la Compañía, en la ciudad de México, desempeñó la cátedra de Artes y posteriormente la de Teología. Del colegio metropolitano fue trasladado a Pátzcuaro, con ocupación en partidos y doctrinas de la Sierra de Michoacán. Luego pasó al Colegio de Zacatecas y de ahí, por último, a la Misión de Sinaloa, de la que fue su fundador, y padre superior durante los tres años que precedieron al 10 de julio de 1594, fecha de su muerte.

Consumada la brutal hazaña de Teborapa y a fin de librarse de la persecución y del castigo que de seguro tratarían de imponerles los es-

pañoles, los forajidos, huyeron hacia los montes de la serranía, incendiando de paso las Iglesias de los pueblos. Al abrigo de los montes, no dejaron de celebrar su triunfo, con bailes y orgías, en los que la mujer de Nacabeba, se vestía con el alba y la casulla del padre y salía a relucir el cáliz de celebrar la misa, así como el brazo (rellenado de paja) y el casco de la cabeza del mártir, casco de que se servían en sus embriagueces como vasija de libar. Posteriormente, los criminales fueron a refugiares con los zuaques, pero con el tiempo, uno tras otro fueron cayendo y desapareciendo, ya en manos de otros indios, ya en manos de los españoles de la villa.

Temerosos de que se les atribuyera complicidad con los asesinos, huyeron de su pueblo, los vecinos de Teborapa. Más no tan solo ellos, sino que también se dieron a la desbandada los de Lopoche (Opochi), Baburía, Matapán, Cavihuri y aún Cubiri, cercanos a Teborapa; y desde entonces desaparecieron del mapa, algunos de esos vecindarios.

Fue una conmoción desconcertante, al margen de la cual se mantuvieron los ocoronis, quienes para vengar la muerte de su querido padre Tapia y demostrando con ello su adhesión a los cristianos, hicieron armas contra os zuaques, bajo cuya égida se amparaban los criminales. Más, sin embargo poco tiempo después, también los de Ocoroni, se levantaron y asimismo se entregaron a la desbandada los guasaves, los níos y los bacaives.

En su fuga, los matapanes se habían ido a resguardar con los tehuecos, que eran sus amigos. En Esas fechas, se hacía sentir entre los tehuecos, una gran escasez de esquilmos y para abastecerse de lo necesario dichos indios se dirigieron el pueblo de Cacalotán. Ahí los tehuecos, consiguieron lo que deseaban; pero, abusando de la hospitalidad recibida y echando en el olvido los favores, dieron muerte a uno de los cacalotanes, cometieron hurtos, y de remate, en su retirada devastaron todas las sementeras. No pudieron por su impotencia, los cacalotanes, castigar a los alevosos, y desnaturalizados autores de semejantes agravios y latrocinios, pero, guardando sus rencores, no tardaron en desquitarse con los matapanes, que como quedó asentado, eran amigos y protegidos de los tehuecos. Pues con motivo de haber ocurrido también por su parte los

matapanes a Cacalotán, para abastecerse de esquilmos, ahí encontraron unos la muerte y otros la cautividad.

Había sido imposible contener la revuelta y desbandada de los pueblos, la situación era peligrosa, los padres se refugiaron en San Felpe, donde los vecinos españoles tuvieron que fortificarse. Tan pronto como llegara de Culiacán el auxilio solicitado, una escuadra de catorce soldados, al mando del caudillo Antonio Ochoa de Galarraga, renació la tranquilidad y la confianza de los de la villa. El caudillo, hizo en vano un recorrido con su tropa, por toda la comarca, pretendiendo la captura de Nacabeba. Sin embargo, la presencia de esa fuerza contribuyó muy efectivamente a que sé aquietara el ambiente, y no poco trabajo costó a los padres conseguir que su alborotado rebaño retornara a sus rancherías y pueblo a vivir en paz, bajo el amparo de sus respectivas capillas, que de las sesenta, que había dejado el padre Tapia, sólo quedaban unas cuantas.

PROSECUCIÓN DE LA OBRA MISIONAL

El padre Tapia tuvo sus continuadores. A su muerte, su compañero y cofundador de la Misión, Martín Pérez, tomó el puesto de superior y cambió desde luego su residencia a Ocoroni, que era el lugar donde vivía su antecesor. El nuevo superior hizo frente a las circunstancias difíciles del momento y a poco le fue necesario reorganizar la Misión, con motivo de la llegada de dos nuevos misioneros, que venían destinados a ella, como fruto de las gestiones que había realizado personalmente en su viaje a México el padre Tapia. Eran los jesuitas Hernando de Santarén y Pedro Méndez, que formaban la tercer pareja de misioneros que llegaba a la Misión, en sus primeros años de vida, a prestar su concurso en los trabajos de evangelización y reducción de los indios.

El padre Santarén, fue destinado para compañía y ayuda del padre Juan Bautista de Velasco, para que aprendiera la lengua, al pueblo de Mocorito. En tanto que con los mismos fines pasó el padre Méndez, acompañando al padre Alonso de Santiago, a servir en las misioncitas de Bamoa y Nío.

Después, en vista de que el padre Santiago tuvo que ausentarse de la Misión, se precisó una nueva distribución. Al padre Méndez, se le

confió el partido de Ocoroni. El padre superior, Martín Pérez, tomó a su cargo el partido de la villa, del cual pasó a depender del pueblo de Bamoa. El padre Velasco, continuó administrando el partido de Mocorito. En tanto, que al padre Santarén, se le trasladó de Mocorito a Nío, punto desde donde su partido se extendía hasta la costa.

El padre Hernando de Santarén, fue el fundador del poblado de Guasave, lugar a donde redujo a los indios de esa misma demarcación. Ahí plantó una cruz, hizo a la vez su casa, arrimada a un árbol frondoso y levantó la primera Iglesia, a lo rústico por supuesto, enla que impartía la doctrina a los guasaves, ayudado en ello por una india cristiana ladina, que había sido esclava de los españoles en Culiacán, que al fin perdió la vida en uno de los alzamientos de dichos guasaves.

Peter Masten Duna, hace referencia a la Anua de 1595, según la cual los padres misioneros, reunidos en San Felipe, celebraron ahí con gran solemnidad la Navidad de aquel propio año. A la celebración asistió una multitud de hombres, mujeres y niños, que hablaban varios dialectos y que, procedían de veintitrés pueblos de la circunscripción. Hubo maitines, por la mañana misas cantadas y un sermón dicho en el idioma sinaloa (el cáhita). Después de la misa, una procesión en torno de la Iglesia, y al concluirse los actos religiosos, diversiones de lo mas variado, como bailes y cantos, diálogos a imitación de los pastores, villancicos o cantares navideños y cantos consagrados, tanto en el idioma mexicano, como en el ocoroni. Un dispar hecho con un cañón que los soldados habían llevado de Culiacán a San Felipe, puso fin a la fiesta, el estampido impresionó a los indios, así como saber que con un solo tiro, se podía matar hasta setenta gentes.

En el mes de junio de 1596, llegó a la villa el padre Hernando de Villafañe, paisano del finado Gonzalo de Tapia. El nuevo misionero pasó a ejercer su ministerio entre los guasaves, haciéndole compañía al padre Santarén. Ya seguramente era tiempo de instituir, el Colegio en la cabecera de la Misión, pues en 1598, el padre visitador, Francisco Gutiérrez removió de Guasave, al padre Santarén, para que se hiciera cargo de la rectoría del Colegio de la Villa. Villafañe quedó entonces, solo entre los guasaves.

En el principio el partido de Guasave, comprendía cinco pueblos; pero Villafañe, los redujo a tres, que fueron Guasave y sus dos visitas Ure (o Nure) y Tamazula.

En el Anua de 1602, no aparece entre estos pueblos el de Ure pues tal vez, para esta fecha, ya habría desaparecido, en cambio se menciona el pueblo de Sisimicari.

Es considerado Villafañe, pos sus panegiristas, como el benefactor de los guasaves. Les dio organización social y gobierno político.; les impartió luces evangélicas, reformó las costumbres de la comunidad, introdujo el cultivo de diversas semillas y plantas, hasta entonces desconocidas en aquella comarca; mejoró la vivienda de los naturales y en substitución de las primitivas Iglesias, enteramente rústicas y provisionales, edificó otras de materiales más duraderos (adobe seguramente) en los pueblos de Guasave, Tamazula, y Sisimicari. Una inundación, destruyó estas Iglesias en 1604, pero las reedifico enseguida el propio Villafañe, en sitios protegidos del alcance de los desbordamientos periódicos del río. La obra de este padre fue a tal grado sobresaliente, que la misioncita de Guasave, fue digna de ser admirada por todos y hasta se le tuvo como espejo de todas la demás.

La personalidad del padre Hernando de Villafañe, era relevante, no tan solamente por su fructuosa labor misional de treinta años entre los guasaves; si no también por haber desempeñado elevados cargos dentro de la Orden jesuita, a saber: Rector del Colegio de la villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa; Comisionario de la inquisición o el Santo Oficio, en la Provincia de Sinaloa y en la de Culiacán; Rector, durante tres años, del Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo, en la ciudad de México, preeminencia que sólo era concedida a los jesuitas más ilustres; finalmente, Procurador de la Compañía de Jesús en Roma, con la misión de velar, ante los altos dignatarios de la Orden, por los intereses de la compañía en la Nueva España.

Verdaderamente significativo, era el cariño entrañable que le profesaba este sacerdote, a la pequeña misión que durante tanto tiempo cultivó con esmero y acierto, pues a fin de pasar en ella los postreros años de su vida, regresó a Guasave, agobiado por su edad avanzada y por la gota

que le aquejaba. Dejó de existir en el año de 1634, en la villa de San Felipe. La ejemplar labor, los buenos frutos que se derivaron del esfuerzo y de la integridad humana del padre Villafañe, en Guasave, después de su muerte fueron descuidados, más no tan sólo, por falta de apoyo, sino de continuadores, como dice y comenta el Lic. Raúl Cervantes Ahumada, en un folleto alusivo a la vida y obra de tan esclarecido pastor de almas.

Con la remoción del padre Villafañe, en su lugar, quedó administrando el partido misional de los guasaves, el padre Alberto de Clérecis, catequisador de los tamazulas.

El padre Clérecis, quien por lo menos aparece mencionado entre los guasaves de 1611 a 1627,inició la construcción de la iglesia de Tamazula, que era de adobe y de tres naves como la de Guasave, y que fue acabada por el padre Juan Romero. Las dos Iglesias mencionadas, así como el antiguo pueblo de Nío, desaparecieron a consecuencia de la inundación registrada, en 1777, por el desbordamiento de las aguas del río.

A grandes rasgos, se ha expuesto hasta aquí, la forma cómo fue establecida la Misión de Sinaloa y como además fue alcanzando sus primeros progresos. Con ello se había sentado la base de la conversión, reducción y pacificación de los indios, en todo el espacio de la Provincia de Sinaloa.

EL PRESIDIO
SU ESTABLECIMIENTO

El padre Tapia, como se recordará, en su viaje a México, entre otras cosas había llevado a la consideración del Virrey, la implantación de un presidio de soldados en la villa de San Felipe, como medida de seguridad para la naciente colonia. Por alguna razón el establecimiento del presidio había quedado diferido, entre tanto surgieron en la Provincia problemas verdaderamente serios, según a continuación se resume.

Al acaecer la muerte del padre Tapia, vino a producirse un desconcierto general, en la forma anteriormente descrita y al ocurrir el alzamiento y desbandada de gran número de pueblos indígenas comarcanos a San Felipe y a Ocoroni, incluso los guasaves, habían fraguado, por su parte, una conspiración para atentar contra la vida de los padres Villafañe y Santarén. Los indios remisos al bautismo y la conversión, y

aún los gentiles de aquellos lugares o parcialidades a donde todavía no había trascendido la palabra evangélica, constantemente molestaban, con amagos e impertinencias, a los indios ya catequizados que vivían en torno de la villa. Las provocaciones a los españoles también menudeaban, conforme al hecho de que en el campo, los indios les flechaban sus caballos y ganados, dejando para escarnio, colgadas de las ramas de los árboles, las colas de las bestias. A tal grado se había menoscabado para los españoles, el respeto de los naturales que les eran hostiles, que ya éstos creían inminente un asalto a la villa por parte de sus malquerientes. A esas condiciones y ambientes, se venían también a agregar la situación anárquica que prevalecía en gran parte de la Provincia, a consecuencia de las rivalidades de unas tribus con otras y que daban motivo a frecuentes guerras y pendencias.

Si bien es cierto, que llegada la ocasión, podrían los vecinos de San Felipe y Santiago de Sinaloa, contar como contaron en su caso los de las extintas villas de Carapoa, con el auxilio de los españoles, de San Miguel de Culiacán, debido a la distancia la efectividad de esa asistencia pudiera fallar por lo tardía o extemporánea. Esa consideración pesaba también en el ánimo de los colonos de San Felipe, con lo que se aumentaba la zozobra de que eran presa. Asistidos pues, por tan poderosas razones, dichos colonos y a ellos unido el padre superior reiteraron la vieja petición del padre Tapia e insistieron ante el gobernador de la Nueva Vizcaya, y ante el virrey mismo para que se pusiera presidio en Sinaloa.

Las ventajas que reportaría el presidio a la Colonia, eran obvias. La Provincia contaría con una autoridad de respeto que contribuiría a establecer el orden. Los vecinos de la villa y los padres en sus respectivas misiones, tendrían la debida protección, lo mismo que la cristiandad indígena, preservándose en esta forma la obra ganada por los misioneros. Se podría contener la agresividad, de las tribus salvajes fronterizas con el espacio que por esa fecha cubría la Misión, y hasta sería posible proseguir “tierra adentro” con el establecimiento de nuevas misiones, bajo la protección de las armas de la villa.

Más continuar avanzando “tierra adentro”, con apoyo en el aparato de la fuerza, no significaba que se tendría que hacer la guerra a los na-

turales, suponiendo que ante todo, debían prevalecer las instrucciones dictadas por Carlos V, para su obediencia, por los gobernadores y capitanes de los nuevos descubrimientos. Dichas instrucciones determinaba, entre otras cosas, que "si los indios maliciosamente pusiesen impedimento, o dilación en admitir a las personas que les van a tratar la enseñanza de la fe o en estorbar a que estén entre ellos y no se pase adelante con la predicación e instrucción de buenos usos y costumbres, o que no se reduzcan o conviertan los que de los suyos o de los vecinos buenamente lo quisieran hacer o si se armaren o vinieren de guerra a matar, robar o hacer otros daños a los dichos descubridores o predicadores. En tales casos se les puede hacer la guerra con la moderación que conviene, y consultando primero la justificación y forma de ella con los religiosos o clérigos que se hallaren presentes, o con las reales audiencias, si hubiera comodidad para ello y haciendo los demás autos, prestaciones y requerimientos que se entendiere convenir.

Habiendo pesado mucho la situación de la Provincia y la instancia de los vecinos en el ánimo del virrey, ordenó a don Fernando de Velasco, gobernador de la Nueva Vizcaya, que, con prevalecimiento de las disposiciones reales arriba transcritas, procediera a poner el presido en San Felipe. En cumplimiento de tales órdenes el gobernador envió, de Durango a Sinaloa, al capitán Alonso Díaz, investido con el título de teniente de general. Arribó a la villa, al mando de veinticuatro soldados (numero que da el padre Ribas), el 25 de enero de 1595; y con él, también el padre Martín Peláez, rector del Colegio de Durango, quien hizo ese viaje con el fin de visitar y consolar a sus hermanos, de indagar lo relativo a la muerte del padre Tapia y de interiorizarse del estado en que se encontraba la Misión.

EL PRESIDIO EN FUNCIONES

Una de las primeras providencias tomadas por el capitán Díaz a su llegada, fue la de fortificar la población para la seguridad y la tranquilidad consiguiente de los vecinos; y para el efecto, levantó unos muros de tierra y piedra y dos torreones dispuestos amanera de ciudadela.

Otra de sus determinaciones, fue, tan pronto como se le dieron in-

formes del lugar donde se hallaba en la sierra remontado Nacabeba, enviar en persecución del criminal, al capitán Miguel Ortiz de Maldonado, quien como guía llevó a uno de los que tomaron parte en el asesinato del padre Tapia. Pero el guía, cuyo nombre era Sebastián, al ser atormentado, optó por quitarse la vida, empleando para el caso una hierba venenosa llamada tlapatl, que en veinticuatro horas le produjo la muerte. En esta ocasión, Nacabeba, pudo librarse de sus perseguidores y fue a refugiarse entre los zuaques. En cambio, se aprehendieron varias mujeres, entre las cuales se hallaba la consorte de Nacabeba, fue decapitada en el acto por uno de los ocoronis que iban con el Capitán. Se logró además, recuperar el cáliz de la capilla de Teborapa; y posteriormente, el brazo rellenado de paja y el cráneo del padre Tapia, que enviaron, atados de una pica, a los de la villa unos zuaques cuyo deseo, era congraciarse con los españoles.

Siendo portadores de las reliquias expresadas, retornaron a Durango el capitán Díaz y el padre Peláez; no fue sino posteriormente cuando los españoles recuperaron la casulla del mártir, en poder de un indio de Mochicahui. Don Alonso Díaz, al ausentarse dejó en su lugar como capitán de Sinaloa a Pérez de Cebreros, quién por los excesos que cometía disgustó a los padres, debido a lo cual perdió el cargo, dándosele a Diego de Quiroz.

En los comienzos del año de 1596, los padres de Santarén y Villafañe, se vieron obligados a trasladarse a la villa y refugiarse en ella, en vista de que unos guasaves sediciosos, intentaban matarlos y destruir su obra misional. Fue esta ocasión, para que entonces se alzaran todos los comarcanos y prendieran fuego a las Iglesias de sus pueblos, hecho lo cual y a fin de eludir la persecución y el castigo de las armas presidiales, acogiéronse al amparo de los montes. Sin embargo, al acudir con quince soldados, el capitán Diego de Quiroz a imponer el orden hizo numerosas aprehensiones de indios; pero en favor de ellos intercedieron los padres antes nombrados, por lo que se les dio libres; más no así al principal factor del movimiento, que fue conducido a San Felipe y ajusticiado con la horca.

Los atentados y alborotos que se promovieron a raíz de la muerte del padre Tapia, por un tiempo constituyeron, por decirlo así, el proble-

ma de cada día. A la sobredicha sublevación de los guasaves, siguió, en ese propio año, el sangriento choque que tuvieron entre sí los tehuecos y los ocoronis. Tuvo como causa la contienda el hecho de que los ocoronis dieron muerte a un cacique de Tehueco, el cual intentó llevarse por la fuerza a una mujer de Ocoroni. Los tehuecos se indignaron por esa muerte, por lo cual en masa fueron y acometieron a los del pueblo de Ocoroni, quienes airosamente repelieron la agresión y obtuvieron la victoria. De este suceso el padre Alegre, hace el relato que a continuación transcribo.

"Los de Ocorori, en defensa una muger de su país, habían dado muerte a un cacique de los tehuecos, que con violencia pretendía sacarla de su casa. Esta nación numerosa y guerrera resolvió tomar una ruidosa venganza. Jamás se había visto entre aquellas gentes espedición mas bien concertada. Convocaron a todos sus pueblos, y señalaron el lugar donde habían de juntarse, y el día de la marcha, con tanto silencio y precaución, que no pudieron los ocororis penetrar sus designios, hasta que los tuvieron sobre los brazos. Dividieron su ejército en dos trozos, sostenidos unos y otros de algunos caballos que habían ya comenzado a multiplicarse en el país. Marcharon todo el día y la noche, pero por diligencias que hicieron, no pudieron llegar a Ocorori, hasta la punta del día. Flecharon a un indio que había madrugado a su pesca, lisongeándose que sorprenderían el resto de los moradores sepultados aún en el sueño. El indio, aunque mal herido corrió a dar noticias al padre Pedro Méndez, que se hallaba en el pueblo".

"Los tehuecos, habían dispuesto su gente, de manera que la una parte acometiese a la frente del pueblo, quedándose la otra en emboscada por el lado contrario, a cubierto de una arboleda, de donde no debía salir hasta estar los ocororis empeñados en la acción, sin que tuviesen más aviso que el incendio de sus casas, y el alarido de las mugeres y los niños. Si la prudencia del cacique de ocorori no hubiera trastornado un proyecto tan bien discurrido, aquel día hubiera sido perniciosísimo a la cristiandad de Sinaloa, y habría acabado con una de las más quietas y más fervorosas poblaciones. Él, o porque hubiese tenido la noticia de la situación del enemigo, ó por uno de aquellos rasgos de la providencia, poco comunes en su nación, viendo a sus gentes correr en tropel, donde los llamaba la algazara del enemigo, los contuvo, diciendo que no dejasen el pueblo, sus mugeres y sus hijos, espuestos a la invasión de los tehuecos, que podían dividirse, y amparados del bosque acometer la población".

"Efectivamente, mientras unos marcharon a los enemigos, quedó otro cuerpo de reserva, para defensa del lugar. Los tehuecos, que habían quedado en el monte corrieron en furia a prender fuego a las casas; pero la sorpresa de ver descubierta y prevenida su estrategma, les hizo perder el valor. A vista de sus prendas más queridas, los ocororis, acometieron con un ímpetu a que fue imposible resistir. Huyeron en desorden de una y otra parte los tehuecos, dejando muchos muertos y muchos prisioneros en manos de los bravos ocororis, que prácticos en aquellos caminos, les inquietaron mucho, siguiendo el alcance hasta el medio día".

Varias otras perturbaciones acaecieron. Con todo, el punto neurálgico de la situación, lo constituía el criminal de Teborapa, cuya presencia entre los zuaques significaba, para la gente de la villa, larga y torturante inquietud. De seguro que ese cabecilla representaba, a la sazón, la voz de la insurgencia indígena, ya que él continuaba siendo el inspirador de los alborotos antiespañoles, que por esa época se registraban en la Provincia.

El exterminio de los criminales de Teborapa, se había iniciado como ya se vio, con la captura y decapitación de la mujer de Nacabeba. Siguió en turno uno de sus hijos, a quien dieron muerte y le troncharon la cabeza unos indios cristianos que andaban de caza por el campo. Finalmente, el propio Nacabeba y sus otros allegados, no tardarían en ser víctimas de un desenlace inexorable y fatal.

Un sobrino del consabido prófugo, que disimuladamente vivía entre los vecinos de san Felipe, en unión de otros sujetos de su misma raza, dio muerte en un camino, a un indio de la nación tehueca, enemiga jurada de la zuaca. Deseoso, el autor de semejante hazaña, de caer en la gracia del capitán español, llevó a la villa la cabeza de su víctima, vendiéndosela por la de Nacabeba. Naturalmente aquello causó regocijo en la crédula población y los homicidas fueron recompensa-

dos con preciadas mantas. Más el engaño, no duró mucho porque los tehuecos evidenciaron la suplantación, al reconocer que la víctima, era uno de los suyos y no el tal Nacabeba. Irritados por ello, los tehuecos juraron vengarse del agravio y determinaron emprenderla contra los zuaques, prometiendo y prometiéndose quitarles a Nacabeba y entregarlo a los españoles.

Los tehuecos, capitaneados por su cacique Lanzarote, entraron en acción cierta mañana y cayeron de improviso sobre los zuaques, en momentos en que uno de sus predicadores, los arengaba desde lo alto de una enramada, tratando de enardecerlos y de vivificar el odio que profesaban a los españoles. En viéndolo Lanzarote, de un certero flechazo, derribó al predicador y en el acto se arrojó sobre él, tratando de cortarle la cabeza. Más la víctima, en tan difícil trance –cuenta Pérez de Ribas--, "clamó con muchos ruegos y plegarias para que se le concediese la vida; aunque esas valen poco con estas gentes –continúa exponiendo el autor citado--, al fin se reparó Lanzarote y no le tronchó la cabeza, que lo hacen con grande facilidad, y destreza, torciéndola y desencajando el hueso del cerebro, la tronchan, y si no tienen cuchillo para cortar la carne, lo hacen con la uña del pulgar, que traen muy crecida. Pero ya no le quitó la vida teniéndole en tierra, cogió a puños de ella Lanzarote y tapándole la boca le decía: ahora he de ver si puedes predicar contra los españoles y cristianos de que tanto te precias". En tales instantes cargó sobre Lanzarote, un número tal de enemigos zuaques, que abandonando su presa y el herido, tuvo que retirarse.

Este célebre cacique, al correr del año de 1595, trabó amistad con el padre Juan Bautista de Velasco, a quien hubo de confiarle a su hijo Miguelito, para ser educado en la escuelita de indios que funcionaba en la Iglesia de San Felipe. Tenía Lanzarote cinco mujeres, pero como deseaba catequizarse, se fue desprendiendo de ellas hasta quedarse con sólo una, en compañía de la cual lo bautizo el padre Pedro Méndez. El nuevo cristiano, continuó cultivando amistad con dicho padre de ocoroni, al cual, cuando pasó a encargarse de la conversión y reducción de los tehuecos, le impartió su valiosa colaboración para el éxito.

Por su parte, también los españoles presionaban y hacían empe-

ñosas diligencias para obtener la entrega de Nacabeba y sus cómplices, cuyas cabezas, fueron cotizadas. Como los zuaques, sus protectores sentíanse fuertemente atenazados por los tehuecos y los españoles, optó entonces el criminal por entregarse a Lanzarote. Así lo hizo, bajo promesa de que se le respetaría la vida, más con la bárbara e inicua condición de que las hijas mujeres que le seguían, deberían dejársele francas al mencionado cacique tehueco. Pero, este mandón, quebrantando el pacto y acaso haciendo escarnio del estéril y dramático sacrificio del cautivo, lo mandó amarrar a un palo, tanto para que no se evadiera como para torturarlo, lo hizo sufrir de hambre, y para rematar su villanía, dio aviso del caso a los españoles y les mandó ofrecer la entrega de sus cautivos.

Transcurría el año de 1598, como el capitán de Sinaloa se había ausentado para Guadiana, como encargado del presidio, quedó el caudillo (cabo) don Diego Martínez de Hurdaide, cuyo nombre y actuación ilustran, en su época, los más interesantes capítulos históricos e la conquista de la Provincia de Sinaloa.

Tan pronto como Martínez de Hurdaide, recibió en la villa el aviso de Lanzarote, y la llamada que se le hacía, se puso en marcha con doce soldados, rumbo a Tehueco. Jamás en otros tiempos una escuadra tan pequeña de soldados hubiera osado aventurarse por los peligrosos dominios de estos gentiles, en los que había más de mil hombres de arco y flecha, sorprendido de ello el cacique indígena, le preguntó al jefe español: ¿No traes contigo más gente que ésta?. Se comprende que semejante pregunta hiciera recelar a Hurdaide, al imaginarse que el llamado de Lanzarote no pudiera tener otro móvil que el de atraerlo a sus tierras y romper guerra con él. Sin embargo, consciente el caudillo de la importancia que tenia el no manifestar cobardía, ante los indios, presta y enérgicamente repuso: "perro indio, si me has llamado con falsedad y ficción, de que quieres entregar a Nacabeba y tu intento es pelear y matar españoles: llama luego a toda tu gente, que con toda pelearé yo solo, aunque no me ayuden los soldados que traigo".

Como advirtiera el indio tan sulfurado a Hurdaide, trató enseguida de desenojarlo, manifestándole, que sí le entregaría a Nacabeba y a cuyo efecto, le señaló con la mano la casa donde lo tenía encerrado, y a la vez

le dijo: "allí está amarrado, ven y lo veras y te lo llevarás". Al punto, desmontó don Diego de su caballo, con algunos soldados que lo siguieron, llegó al sitio preciso en que se hallaba el reo, quien al ver a los españoles, exclamó palabras como de reproche: ¡Ah tehuecos! ¿No os había pedido que vosotros me matárades antes de entregarme a los españoles?

Cobradas de esta manera las presas que tanto anhelaban los españoles, con las principales de ellas, que eran Nacabeba y su hija; también un sobrino suyo, retornó Hurdaide al presidio. Se les formó proceso en la villa, quedando sentenciados a la horca y a ser descuartizados Nacabeba y su sobrino. La hija del cabecilla, a servicio perpetuo y destierro de la Provincia, remitiéndosele a México. Los padres, asistieron en los últimos instantes de su vida a los condenados a muerte, bautizando a Nacabeba, que no lo había sido antes, y dándole la comunión al sobrino, que en cambio ya era cristiano; tras de lo cual se ejecutó la pena, muriendo los reos "con grande arrepentimiento de su delito capital, y sus pecados", dice muy convencido de ello Pérez de Ribas.

El respeto que indudablemente infundía el presidio y su frecuente intervención para refrenar los alborotos y alzamientos, tuvieron como efecto la restauración del orden dentro del perímetro de las misiones. Por espacio de cinco años, contados a partir de la fecha en que pereciera el padre Tapia, la turbulencia detuvo el progreso de la Misión. Sin embargo y en cambio, la población de la villa se había acrecentado notablemente en ese lapso, al término del cual ya era de ochenta vecinos españoles, un número grande de indios cristianos allí refugiados y avecindados y muchos tarascos llegados principalmente del mineral de Topia.

Por estos años de fin de siglo, se emprendió en San Felipe, la construcción de su primera Iglesia formal, Iglesia grande, de adobe, y que era a manera de fortaleza o castillo, en el cual pudieran tener amparo los vecinos, si llegare a ocurrir algún asalto de los indios. También se construyó, muy en forma, la casa de la Compañía, con su escuela de indios. Más parece ser que la Iglesia, no se estrenó sino hasta 1635. El obispo de la Nueva Vizcaya, don Pedro Tamarón y Romeral, visitó la villa en 1760, y refiere dicho prelado que la Iglesia, tenía tres naves y que, aunque la

fábrica era de adobe, estaba bien adornada; y agrega que la torre, era nueva y de cantería.

La memorable inundación, registrada el 16 de agosto de 1770, destruyó el caserío de la villa. Se arruinaron entonces el castillo (presidio), la Iglesia y la casa de la Compañía; pero quedó en pie la torre (formada de ocho cuerpos), como reliquia de la colonia. Del siniestro, llegaron a rescatarse los vasos sagrados, ornamentos preciosos y mucha plata del altar, así como el culto divino, con los muebles y librería de la Casa o Colegio. Pasó después el tiempo largamente, y el derrumbe de aquella parte restante de la mencionada Iglesia jesuita, de aquella torre dos veces centenaria, de aquel monumento huérfano y solitario que encarnaba no sólo un pasado así nomás, sino una tradición espléndida, minado en su estabilidad por la gran avenida fluvial registrada en enero de 1943, asistieron en esa fecha y con muy justo lamento los habitantes de la ahora villa de Sinaloa de Leyva. Cuando en el año de 1811, se reedificó la población en la parte alta del terreno, a 400 metros de distancia de la enhiesta torre señera, se levantó el nuevo templo del lugar.

Liquidado el caso de Nacabeba (en 1598), decíamos antes, renació el orden. La Misión tornó a encarrilarse de nuevo, y día a día, se multiplicaban los bautizados en las ocho Iglesias de sus pueblos. Pero aún se hacía sentir en el ambiente el peligro que entrañaban, con sus rebeldías y animosidades, los zuaques y aún otras tribus gentiles, también fronterizas al territorio que con su cristiandad, cubría hasta entonces la Misión. Aquella situación, por lo tanto, imponía de pronto la necesidad de reforzar el presidio, cuyo fin tendría el viaje que en 1599, hizo a la ciudad de México el caudillo, don Diego Martínez de Hurdaide, enviado por su jefe el capitán don Alonso Díaz (o don Diego de Quiroz, según otra diversa fuente de información).

En concreto, Hurdaide iba a México a informarle al conde de Monterrey, Virrey de la Nueva España, de cómo andaban las cosas por esta Provincia; de pedirle, por convenir a los trabajos de pacificación y a los de la conversión de los naturales, que se robusteciera la fuerza en el presidio; y de hacerle llegar una solicitud que le hacía el propio virrey, el ca-

pitán Díaz, para que, en vista de su avanzada edad, le permitiera retirarse a su casa y haciendas en Guadiana.

En cuanto ya el virrey, tomó a fondo conocimiento de las necesidades y conveniencia de Sinaloa, dispuso que se aumentara en diez plazas la guarnición del presidio. Como otorgó la licencia que le pedía el capitán Alonso Díaz para retirarse, al mismo tiempo, para que cubriera el puesto vacante, nombró capitán y alcalde mayor de la Provincia de Sinaloa, al propio don Diego Martínez de Hurdaide, por parecerle la persona más indicada para hacer frente a la pacificación y velar por la propagación del evangelio. Don Diego, el flamante capitán, tan pronto como terminó sus negocios en México, acompañado de los diez soldados que había conseguido, regresó a San Felipe en el curso de ese mismo año de 1599. Con este aumento, ya Hurdaide, disponía en el presido de 36 individuos de tropa. Posteriormente el número se elevó a 46, contingente militar con el que Hurdaide, el famoso pacificador de la Provincia de Sinaloa, llevó a cabo sus desafortunadas campañas contra los yaquis. Estas mismas plazas aún existían en 1726, fecha en que visitó la villa de Sinaloa el Brigadier de los Ejércitos Reales, don Pedro de Rivera, en su comisión de reorganizar los presidios de las fronteras y provincias septentrionales del virreinato.

La ausencia temporal de Hurdaide, en virtud de su viaje a México, puso de manifiesto, cuan precaria era todavía entonces la situación de la Provincia; pues, aprovechándose de esta ausencia, de nueva cuenta, los guasaves se sublevaron y una vez más prendieron fuego a las iglesias de sus pueblos. Pero en cuanto llegó de, retorno a San Felipe el capitán, con su fuerza y con los indios aliados, que no le faltaban, procedió a someter a los alzados; aprehendió a los cabecillas del movimiento, y los ajustició a todos, menos al caudillo principal. El agraciado, era todo un personaje, al que por su buena capacidad y sin duda por el gran ascendiente que ejercía entre sus guasaves, determinó Hurdaide, utilizarlo, para tener a estos indios en paz y bien controlados. Gracias a la benignidad con que se le trató, Hurdaide se granjeó la voluntad del expresado indio, quien al consentir en abrazar la fe recibió, con el bautismo, el nombre cristiano de Pablo Velázquez. Al convertirse, recibió don Pablo la investidura o el

nombramiento de gobernador del partido de Guasave; y al dar este paso, evidentemente el capitán constituía, claro, bajo la dependencia de su autoridad, un gobierno político colaboracionista, entre los indios de la precipitada demarcación.

La acción y la autoridad del capitán Hurdaide se fueron haciendo sentir, se fueron pulsando y tomando en buena cuenta, palmo a palmo y poco a poco, en todos los ámbitos de la Provincia. El hecho se evidenciaba simplemente en la circunstancia de que, cuando sus enviados o sus embajadores iban amparados por un pequeño papel con cuatro sellos, impresos en él, que era la seña de que se valía en sus ordenes y mandatos, podían esas personas transitar con entera seguridad de sus vida, no sólo entre las naciones que el capitán tenía sujetas, sino en tierra enemiga en la que asimismo se le temía y respetaba por su valor, por su audacia y por su energía.

A medida que, bajo la custodia de las armas del presidio, los padres misioneros, iban extendiendo el área territorial de sus atenciones y trabajos ministeriales, introduciéndose con su doctrina y llevando a cabo la reducción o concentración de los indios en los pueblos, dentro de los nuevos partidos con que se iba agrandando la Misión, el capitán Hurdaide, no descuidaba ir proveyendo a las parcialidades de gobierno político, cuando así convenía, como lo hizo por ejemplo con los ahomes y con los zuaques. Al efecto les nombraba su gobernador, recayendo por lo común la designación en las personas de los más viejos, prestigiados y voluntariosos caciques de las comunidades.

A un gobernador, le regalaba el capitán, caballo, montura, sable y vestido español, prendas con las que se hacia ostentosa su investidura de autoridad. Como en los partidos de doctrina privaban la influencia y la alta potestad del misionero, los caciques o los gobernadores indígenas, no eran, en resumen, sino instrumentos de las fuerzas colonialistas. Los gobernadores debían colaborar con los misioneros, facilitándoles y apoyando su labor; sus funciones eran más bien las de policía y a la vez las de procurador por lo que tenían intervención personal en los asuntos de la vida interna o familiar de sus correspondientes parcialidades. Semejante régimen significaba que, en cierto modo, los indios podían gober-

narse, dentro de la Colonia, por sus propias autoridades, y conducirse de acuerdo con sus usos, costumbres y albedríos habituales no siendo éstos, ni por su espíritu, ni por su forma, contrarios o perjudiciales a la observancia de la conducta civil impuesta por la alcaldía mayor o la capitanía, y de las normas, designios y requerimientos de la Iglesia.

Más tarde los pueblos, tuvieron también sus alcaldes o justicias de paz, nombrados por las autoridades españolas. Estos alcaldes, eran responsables de la conservación del orden, del mal comportamiento de los vecinos, y por lo cual, debían dar cuenta, al capitán, de las anormalidades que ocurrieren.

Lo anterior, en el orden civil. Ahora, en el orden eclesiástico para llenar la función de servicio, para la Iglesia y de vigilancia sobre la feligresía, en sus pueblos y misiones, los padres designaban un agente llamado fiscal. El fiscal encabezaba al grupo encargado de mantener limpia y arreglada la Iglesia, de tocar las campanas para la misa y la doctrina y de preparar los menesteres que requería el culto, y otras ceremonias religiosas. En los deberes del fiscal entraba la vigilancia del orden y buena compostura de las gentes dentro de la Iglesia, procurar la asistencia de los feligreses a la doctrina, y a las funciones del culto, y dar aviso al padre, de los vecinos que llegaren a enfermarse.

SÍNTESIS BIOGRÁFICA.

El nombre del capitán don Diego Martínez de Hurdaide está asociado, en la historia de la Provincia de Sinaloa, al hecho trascendental de la pacificación y conquista de la entidad.

Nació Martínez de Hurdaide en el Real de Zacatecas. Su padre era vizcaíno y mexicana su madre. Impelido por sus inclinaciones al oficio de las armas, siendo aún muy joven militó como soldado raso en las tropas del gobernador y capitán general de la Nueva Vizcaya, don Francisco de Urdiñola. Arribó a la villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa, como antes se dijo, el 25 de enero de 1595, con las fuerzas presidiales del teniente de general capitán Alonso Díaz, de las cuales Hurdaide era caudillo o cabo.

Conocemos también, por haberlo referido antes, en que tiempo y en qué circunstancias mereció la designación de capitán y alcalde mayor

de la Provincia de Sinaloa, hecha por el virrey, conde de Monterrey. Enfatiza el padre Ribas, que Hurdaide se distinguió por sus mañas, intrepidez y serenidad, "en las guerras y pacificaciones de naciones muy fieras y que dieron mucho que entender a los españoles en la Nueva España; y en todas estas empresas fue muy señalado y por el muy renombrado".

Más de veinticinco batallas campales, sostenidas con los indios, sintetizan su actuación como pacificador y acreditan ampliamente su renombrado prestigio militar. Si, por excepción, en los encarnizados combates que sostuvo con los yaquis, no resultó francamente victorioso, la astucia y el valor admirables con que logró sortear las graves situaciones en que se vio comprometido, le valieron el temor, el respeto y a la postre la capitulación, de aquellos indios.

Si bien era un hombre enérgico y combativo, no por ello dejó de tener rasgos de humanitarismo, generosidad y un espíritu justiciero. Obró siempre con tacto y mesura y jamás derramó sangre indígena sin necesidad. Brazo fuerte fue de la conquista, bajo su amparo florecieron las misiones y se cimentó el orden colonial, iniciándose una era de gran significado histórico.

Como autoridad y encomendero que fue, dio buen trato a los indios. Pondera el padre Ribas, la suma beneficencia, que empleó el capitán para con ellos, "pues no los explotó como otros gobernantes exigiéndoles trabajos fatigosos, pesadas cargas, sino antes bien los atrajo a sí, dándoles buen trato y repartiéndoles lo mas que pudo de ropas, aun regalando potros a los caciques con la mira de halagarlos y conquistar su amistad. Murió más endeudado que rico, pues los gajes de que gozaba y le concedía su Magestad, no le bastaban para los muchos gastos que hizo, con el fin de allanar el paso a la predicación del Evangelio...".

"A este hombre ha dado Dios su vocación y celo que suele dar a sus operarios apostólicos y evangélicos".

"Porque se diga todo lo que toca a la persona de tan insigne Capitán (aunque es cierto –dice Pérez de Ribas— dejo muchas cosas para no alargar su historia, de que se refiera hacer un libro entero), fue una muy señalada, que, aunque parece pudiera disminuir la autoridad de persona tan valerosa; por otra parte quiso Dios señalar y hacer singular con

ella, y ésta fue que la estatura del cuerpo del Capitán Hurdaide, era muy pequeña, tenia los pies zopos o torcidos, encontrados y con todo tan grande de fuerza de cuerpo y brazos, y tan grande ligereza de tales pies, que era un gamo en correr tras un indio por una ladera; y si le prendía con las manos estaba segura la presa...".

A fines del mes de enero o en febrero, del año de 1626, se extinguió la vida del capitán Hurdaide en la villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa. La de Hurdaide es una de las personalidades de más alto relieve en los retablos de la historia de la Provincia, por lo que su nombre es digno de ser evocado, muy en particular por los habitantes de la ciudad de El Fuerte, en mérito a que fue el fundador de esta población cuyo primer título y categoría fue el de fuerte y luego villa, del marqués de Montesclaros.

CAPITULO VI
LA CONQUISTA DEL RIO ZUAQUE. LAS PARCIALIDADES.

En términos generales, las parcialidades eran las zonas o demarcaciones territoriales en las que, en la época de la Conquista, se hallaban asentados los diferentes grupos de la población aborigen o de los cáhitas, a lo largo de cada uno de los ríos comprendidos, en la Provincia de Sinaloa. Los Cronistas de la época llamaban también naciones a dichas parcialidades porque, no obstante su estrecha vinculación étnica, entre sí llevaban una vida independiente o individualizada. La región que se define como la del río del Fuerte, se consideraba dividida entonces en cuatro parcialidades que en su orden, desde el curso superior hasta el inferior de la corriente eran las de los sinaloas, la de los tegüecos, la de los zuaques y la de los ahomes.

Hacia lo alto del río, ya en los contrafuertes de la Sierra Madre, se hallaban poblados los sinaloas, en número de mil familias y "otros tantos y más indios de arco y fecha". A seis leguas abajo del último pueblo de los sinaloas, principiaba la jurisdicción de los tegüecos; los que, incluyendo a sus allegados, podían poner en pie de guerra unos mil quinientos flecheros". A cinco leguas debajo de los tegüecos estaban los pueblos de los zuaques, en "diez leguas de tierra, en los que había como mil vecinos". Finalmente, cuatro leguas más abajo, en un espacio de once leguas se extendían hasta la mar los ahomes, "con unas mil familias, junto con

sus allegados o confederados". (Nota: Al hablarse de vecinos se alude a jefes de familia).

Al ir estableciendo una por una sus misiones por toda la extensión de la Provincia de Sinaloa, los padres jesuitas, aprovecharon la expresada circunstancia geográfica y en cierto aspecto demográfico de la existencia de tales parcialidades, conforme a las cuales hubieron de constituir su amplia red de partidos evangélicos o eclesiásticos. A lo largo del río del Fuerte, la empresa misional hizo lo propio constituyendo tres partidos; uno de ellos formado por las parcialidades de los ahomes y los zuaques, los otros dos respectivamente por las parcialidades de los tegüecos y los sinaloas. Consiguientemente tales partidos, o en particular las parcialidades, son las entidades que entran en juego en el proceso histórico de la conquista del río del Fuerte o Zuaque, materia del presente capítulo.

A nuestro río, se le ha dado aquí indistintamente el nombre de Zuaque o del Fuerte. Al respecto sabemos de antemano que de acuerdo con la preponderancia histórica que por turno fueron teniendo las parcialidades de la región, a lo largo del tiempo, el río ha sido conocido con nombres diferentes. Sabemos que en primer término llevó el nombre de río de Cinaro o Sinaloa, en atención a que a sus orillas se encontraba la provincia de este nombre, que fue la primera de nuestra región conocida en la época de su descubrimiento. Más tarde y cuando los tegüecos llegaron a tener significación para los conquistadores, le dieron estos el nombre de río Grande de Tegüeco. Enseguida, cuando los zuaques eran los de la preeminencia, los españoles le llamaron río del Zuaque o río Zuaque. Se le llegó a denominar asimismo río de Santa María de Ahome. Después, río del Fuerte de Montesclaros, por hechos históricos que ya son conocidos por el lector; por último, río del Fuerte, a partir de la extinción del periodo colonial.

LA REPRESIÓN.
DURO ESCARMIENTO A LOS ZUAQUES.

En el principio y cuando los capitanes españoles trataban de implantar y afianzar la colonización, estableciendo las primeras poblaciones o villas para ese objeto en el valle de Carapoa, los tegüecos constituían un serio escollo para toda empresa de conquista o dominación. Plenamente lo confirman ante la historia, los hechos cruentos que determinaron la extinción de las villas de San Juan Bautista y San Phelipe y Santiago, en el valle mencionado.

Pasaron algunos años y para los españoles radicados en la villa del Petatlán, llamada de San Felipe y Santiago de Sinaloa y para la Misión instaurada en dicha villa, el peligro principal y sobresaliente, lo significaban los zuaques, nación belicosa, provocativa y difícil de someter. Pertinaces en la provocación y tenaces en la resistencia y la acometida, ciertamente por mucho tiempo, estos indios mantuvieron a raya a los invasores extranjeros; es claro que sus sentimientos antiespañoles, sintetizaban su patriotismo, el amor a sus pueblos, hogares, tierra y a su autonomía, en cuyos intereses se hallaban amenazados por fuerzas extrañas que encarnaban el vasallaje, la vejación y el despojo. Desde temprano, el propio don Herrando de Bazán, gobernante de la Nueva Galicia, por antecedentes y por muy amarga experiencia sufrida en la tierra Zuaque, seguramente llegó a reconocer que los zuaques constituían un fuerte valladar para la penetración española.

Más tarde y cuando ya se instituyó el presidio en la villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa, don Diego Martínez de Hurdaide, persona que llego a alcanzar la más alta importancia como autoridad militar en la Provincia, desde cuando aún desempeñaba el cargo de caudillo o cabo de la fuerza presidial, compenetrándose de la situación, advirtió el temple sedicioso, hostil y arrogante del adversario zuaque, que tan a menudo se mofaba de los cristianos de la villa manteniéndolos en jaque. Por lo demás, Hurdaide se hallaba informado de la intervención, que estos indios tuvieron en el cruento suceso de Berempo, que costó la vida al capitán don Pedro de Montoya y a los soldados que lo asistían en esa ocasión. Estaba también, al tanto de lo ocurrido a la escuadra de soldados que al mando del Capitán Martín, pereció en una emboscada zuaque. Tenía bien presente además, que dichos indios, habían dado cabida en sus tierras a los asesinos del padre Gonzalo de Tapia, poniéndolos de esta manera al abrigo de la persecución de los españoles de la villa. En posesión de esos antecedentes y viendo que en una ocasión los

zuaques en forma altanera y despreciativa mandaron desafiar al capitán del Presido don Alonso Díaz, a que entrara a sus tierras, el hecho irritó a don Diego y lo hizo tronar contra los de la nación zuaque, augurando, que el día se habría de llegar en que él, personalmente los habría de castigar por semejante avilantez.

El tiempo y a historia seguían su curso, el augurio al fin y al cabo hubo de cumplirse. Efectivamente, con el retiro del Capitán Díaz y la consecuente exaltación de Hurdaide al cargo de capitán del Presidio y de la Provincia, el nuevo capitán ya estuvo en condiciones de llevar adelante su propósito; entonces respondió el reto, tomando el desquite, cumplió su palabra en tal forma que impuso sobre los zuaques todo el peso de su autoridad.

Para este efecto, después de aplacar por medio de las armas un alzamiento de los guasaves, con el mayor sigilo, preparó cadenas, colleras y demás cosas que habría de requerir la campaña que tenía planeada contra los zuaques. Terminados sus preparativos, con 25 soldados de caballería y algunos indios para el servicio, emprendió la partida desde la villa, en dirección al río Zuaque. Procuró ocultar a su gente cuál era la verdadera finalidad de la expedición, pretextándoles ir a la caza de ganado cimarrón. Cuando pisaban ya en tierras de los zuaques, reveló entonces el Capitán a sus soldados, a quienes infundían gran temor los de estas bárbaras parcialidades, que el móvil no era otro que el de escarmentar a quienes en tan grandes aprietos y turbaciones metían a la cristiandad de la villa. Por consiguiente, les pidió revestirse de valor y ánimo, toda vez que era necesario rehacer la reputación de los españoles que por ahí andaba tan acabada.

Expuesto lo anterior, instruyó y mando a sus soldados, que bajo pena de garrote, cada cual con ayuda de sus criados debía aprehender a dos indios, en el preciso instante en que él diera el grito de "Santiago"; porque el capitán daba como seguro que los naturales, se habrían de esparcir por el real, a curiosear monturas, frenos y demás arneses, que para el propósito ello daría ocasión de entretenerlos con regalos de correas, cuentas de vidrio y otras chucherías.

Tan pronto como el campo español llegó y se asentó, probable-

mente en las cercanías de Mochicahui, los zuaques y muy en particular sus caudillos acudieron a ver y saludar al capitán. Le interrogaron por el objeto de su viaje, a lo que respondió que era el de matar reses broncas y que a ellos les convidaría su parte. Como el jefe español se dilatara en disponer la campeada o cacearía indicada, al preguntarle los caciques a que obedecía la dilación, contestó que porque faltaba leña en el real, para asar la carne de las reses. En el acto los interlocutores se ofrecieron a traerla; ya se disponían a efectuarlo cuando Hurdaide, tratando de que los jefes zuaques no se le escaparan, los retuvo diciéndoles: "No es razón que vais por ellos vosotros los principales, sino vuestros macevales". Como dizque los indios de la tropa que fue por la leña, muy jubilosos iban diciendo por el camino que con ella quemarían al capitán, informado éste por su intérprete de lo que podía ocurrir, pudo muy a tiempo precaverse de la maniobra enemiga.

Finalmente, todo vino a salirle al Capitán conforme lo tenía planeado. Mezclada entre los zuaques, que en el real español, se hallaban entretenidos en curiosear, estaba nuestra ya conocida india Luisa, la Malinche de Sinaloa. Hurdaide pudo advertir la presencia de ella, por lo que, para impedir que huyera en el momento crítico que se avecinaba, encomendó su vigilancia a uno de los criados. Ahora bien, tan pronto como se dio el consabido grito de "Santiago", los soldados intempestivamente se abalanzaron sobre sus descuidadas presas. Lo propio hizo en persona el capitán, logrando efectuar conforme lo había prometido, la captura de dos prominentes caciques de la parcialidad (uno de ellos se llamaba Taa, nombre que significa el Sol), a quienes asió de la cabellera y sujetó finalmente con la vigorosa fuerza de sus brazos.

En virtud del ardid, cayeron prisioneros 43 indios, que fueron puestos en cadenas de hierro y colleras. En cuanto a Luisa, también quedó retenida en su intento de escapar; y como ella comenzara a lamentarse diciendo que aquellos presos eran sus parientes y hermanos, intercediendo en su favor, el capitán, tan sólo por complacerla, le concedió la libertad del pariente más cercano, que la propia Luisa se encargó de señalar. El agraciado, era un indio valiente y corpulento, a quien por haberse salvado venturosamente, los españoles le llamaron

Buenaventura, nombre que años más tarde le confirmó el padre Ribas, al bautizarlo en Mochicahui.

En forma sumaria los desdichados prisioneros zuaques, fueron condenados a la horca, pena que causó ejecutoria, tan pronto como procedentes de la villa llegaron al teatro de los hechos los padres Pedro Méndez y Juan Bautista de Velasco, a impartir el bautismo a los reos. En el ínter, las mujeres de los presos trataron de expeditarles la manera de que recobraran su libertad, "con traza, porque llevándoles en unas jícaras, que son como abornias de calabazas, una frutilla silvestre que ellos comen y llaman guamúchiles, debajo de ellos iban llenas unas jícaras de piedras y ellos con disimulación las escondían...". Durante una noche fría, se les permitió a los cautivos que encendieran hogueras para calentarse; estos, tratando de sacar partidos de las circunstancias, sorpresivamente acometieron a sus custodios con piedras y con tizones ardiendo; lo cual hicieron con tal furia y tesón, que gran trabajo costó reducirlos; al tal grado, que se hizo necesario matar a estocadas a dos de los energúmenos.

Una vez consumada la bárbara y premeditada matanza, en su resentimiento, quedaron los zuaques con sobrado ánimo de embestir a los españoles. Más el capitán, valiéndose de Luisa, con quien se entendían en dialecto mexicano, desplegando energía, los conminó al sosiego, amenazándolos con que les haría riza de sus hijos y mujeres, que arrasaría sus casas y sembradíos. Con tal amago, que acaso presintieron les podría resultar trágico, los zuaques cediendo se reprimieron. Con la sangrienta venganza, de que se valió Hurdaide, los de la nación zuaque quedaron escarmentados; reconocieron al fin el poder del Capitán y su autoridad, por primera vez tomaron en respeto a los españoles. Tan quebrantados quedaron en sus bríos que, para su fatalidad o acaso para su bien mismo, pocos años bastaron para que la conquista los arropara en su proceso incontenido.

ESCARMIENTO A LOS SINALOAS.

Después de consumado, en forma tan drástica y sangrienta el castigo de los zuaques, por mandato del virrey don Gaspar de Zúñiga y

Acevedo, conde de Monterrey, en aquel mismo año de 1601, el Capitán Hurdaide, acompañado del padre Pedro Méndez, llevó a cabo una expedición a Chínipas. El objeto no era otro que el de inquirir por minas; pues de la posibilidad de hallar buenos prospectos en aquella región minera, ya tenían referencia los gobernantes del virreinato en aquella época. De tiempo atrás, existía el antecedente de exploraciones que por ese rumbo hizo el capitán de la villa de San Juan Bautista de Sinaloa, Antonio Sotelo de Betanzos, quien logró hallar vetas o minerales de buena ley. Además, las indicaciones que dieron motivo a las exploraciones que, en 1588 y 1589, se hicieron por aquellas sierras, aún cuando infructuosamente por la hostilidad de los indios, unos españoles de Culiacán encabezados por el Cap. Mondragón, por entonces alcalde mayor de la villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa.

En su ruta hacia Chínipas, el Capitán Hurdaide, pasó por la comarca de los sinaloas, tenidos como amigos o aliados de los españoles, y de los que el Capitán hizo leva para esta expedición, de igual manera que atrás en otros lugares. Más es de suponerse que la tal alianza, era forzada o bien que se afectó por circunstancias de la leva, en vista de la traición que los sinaloas le jugaron a Hurdaide, en el camino para Chínipas. Este hecho se consumó el día 10 de abril, al ser atacados los españoles por los indios desleales en una estrechura a propósito para el caso, por la cual la tropa iba caminando en hilada. En cuanto apenas la vanguardia había traspuesto aquel sendero, la agresión se desencadenó sobre el grueso de la columna expedicionaria, mediante una furiosa y bien tupida lluvia de pedruscos. En tan inesperado, cuanto difícil y peligroso trance, el capitán quedó por completo reducido a la inacción, ya que se vio obligado a guarecerse, con la gente que le quedaba, bajo las grandes peñas, sobre las cuales rebotaban las piedras que desde lo alto arrojaban los indios. En esta forma durante dos días el grueso de la columna quedo aislado de la vanguardia y del bagaje, sin que los que la componían pudieran ni siquiera beber, ni comer, en ese lapso.

A causa de la prolongada duración del ataque, les faltó a los agresores lo necesario para seguirse sustentando y acabaron éstos por retirarse en dispersión. Fue hasta entonces cuando se rehizo la fuerza para conti-

nuar la marcha, una vez que se recogió lo que del bagaje había quedado. Cuando el capitán llegó a Chínipas, se encontró con el pueblo desierto, abandonado por sus moradores; por consiguiente, le falló su deseo de tomar alguna presa de los Chínipas y valerse de este rehén para tratarles de paz a los de esta nación o parcialidad.

Por supuesto y dada la naturaleza del delito, el capitán no perdonó a los sinaloas su traición, ya que a su vuelta de Chínipas les hizo expiar el agravio cometido, mandando ahorcar a cuatro o cinco de los principales caciques de la parcialidad. Con tan severísima pena, a la que se aunó la efectuada destrucción de todas las sementeras, de las que dependía el sustento y el bienestar de aquella comunidad, quedó rotunda y definitivamente afirmada la autoridad militar de los españoles en la parcialidad que diera su armonioso nombre a toda la Provincia (comprendida entre el río Mocorito y el río Yaqui) de la cual recibió después el suyo, como herencia incomparable, nuestro estado de Sinaloa.

QUERELLA ENTRE AHOMES Y TEGÜECOS.

Para impartir la justicia y mantener el orden, en mas de una ocasión se vio precisado el Capitán Hurdaide, a intervenir con mano militar, sin apartarse de la ponderación, en los conflictos, atropellos y contiendas que solían tener entre si, las rijosas parcialidades de los cáhitas. Así es que, después de haber llevado a cabo su expedición antes referida, a Chínipas, lo hallamos actuando dentro de dicha función de autoridad y componedor. Ello en vista de que acudieron a él dos representantes "de la nación ahome, que está poblada en lo bajo del río grande de Tegüeco, quejándose que los de esa nación (que es muy valiente y belicosa) dejando sus tierras, que caen en lo alto del río, habían bajado al valle y tierras de los ahomes, despojándolos de ellas y usurpándoselas, para sus sementeras; no contentos con esto, les quitaron sus mujeres e hijas y usaban mal de ellas.

Al decir del padre Ribas, las tierras en cuestión, estaban ubicadas en el valle de Mathaoa, en un lugar que distan ocho leguas río abajo del pueblo de Mochicahui. Probablemente, el nombre aludido no era Mathaoa, sino Matajoa, caso en el cual etimológicamente significaría "casa

del metate". Para ir a dicho valle, tenían los españoles que cruzar por la comarca o parcialidad de los zuaques. Por lo que estos indios, al tener noticias oportunas de la pasada de Hurdaide por Mochicahui y deseando aprovechar esta circunstancia para atacarlo, invitaron para este objeto a sus amigos y compañeros de armas, los sinaloas, quienes también por su parte, se mostraban muy dolidos por las represalias tan drásticas que contra ellos había tomado el capitán, por la traición que le cometieron yendo él de expedición a Chínipas. En efecto, con la finalidad indicada se concertó esta alianza entre zuaques y tegüecos.

Cuando el Capitán Hurdaide, de paso para las tierras de los ahomes, llegó al Zuaque, "hizo asiento con su real en un pueblo de quinientos vecinos, que estaba en un plano y llanada acomodada, llamado Mochicahui". Se hallaba en su tienda de campaña, cuando hacia ella se dirigía una tropa de sinaloas, encabezado por su famoso hechicero y guerrero, que tenía por nombre Taxícora. Al reconocer Luisa al célebre caudillo indígena, dio de inmediato parte al capitán, quien dada la aviesa condición de los naturales, desde luego supuso que venían a saludarlo de falso; por lo que, se mantuvo precavido de una posible sorpresa. Mientras en aquella expectativa, vacilaba entre si debía o no echarle mano al hechicero: lo movió al fin la reflexión de que era hijo de vizcaíno (gente ésta, blasonada por su valor y ánimo) y profirió. ¡Ah Vizcaya! ¿Dónde estas?; diciendo y obrando, montado encoraje y resuelto a hacer la presa por si mismo, le ganó el arco a Taxícora, sujetando la cuerda con el pie, a la vez que con la mano asía reciamente al indio por la cabellera, logrado lo cual lo mandó amarrar y poner a buen recaudo.

Por el temor, no por cierto infundado, de que en represalia los españoles fueran a matar a tan valiente y renombrado indígena, si por medio de las armas intentaban rescatarlo, optaron los zuaques y sinaloas por relegarse a los montes y esperar a que el campo extranjero se pusiera en marcha para acometerlo. Pero como Hurdaide sospechase la intención que animaba a los confederados, valiéndose de Luisa, les notificó, su decisión de conservar a Taxícora, como rehén y los conminó a mantenerse en paz, so pena de castigarlos con severidad si osaban faltar a este mandato.

La dicha conminación por cierto de nada valió para que los in-

dios se contuviesen; pues tan pronto como los del real español reemprendieron su marcha, hacia Mathaoa, en el trayecto, los acometieron rudamente los de la alianza indígena. Las condiciones del lugar, un paraje boscoso, impidieron a los soldados de Hurdaide, toda maniobra de caballería y arcabuces, su arma contundente, por lo que hubieron de concretarse al refugio de sus adargas, para resistir la lluvia de flechazos del enemigo. En el momento más premioso de aquel trance, el capitán ordenó al custodio de Taxícora, a quien se le conducía a lomo de mula, bien atado, que lo amenazara de estoquearlo con la espada de no interceder con los suyos para que cesara el ataque. Más este recurso no surtió efecto, toda vez que en medio del enardecimiento de que se hallaban poseídos los indios no oyeron, o no atendieron, la instancia del prisionero. Sorteando como se pudo la tormenta, avanzaba sin embargo poco a poco la columna; y en un sitio donde un soldado se había caído de su caballo, sin que pudiera montarlo nuevamente, por impedírselo el peso de la armadura, el capitán, dando rienda suelta a su caballo, dio alcance y capturó a un indio, tras de lo cual y a la vista de todos los ahorcó de un árbol. Amedrentados con este suceso los atacantes, se aquietaron y de un modo u otro, pudo al fin la tropa presidial salir, sana y salva, de aquellos aprietos en que se vio.

Al término de algunas jornadas y vicisitudes, don Diego Martínez de Hurdaide, llegó por fin a las tierras de que se habían posesionado los tegüecos, cayendo sobre éstos de improviso y dispersándolos con una carga de caballería. Inmediatamente después de que asentó su real en dichas tierras, Hurdaide mando notificar a los tegüecos en fuga, que desocuparan las pertenencias de los ahomes y regresaran las suyas propias; a cambio de lo cual les prometía no molestarlos y devolverles las 200 mujeres y vástagos que les había tomado al llegar, en el lance de la acometida. Ante el rigor de semejante intimidación cedieron los tegüecos y con ellos quedaron pronta y eficazmente reivindicados los derechos de los ahomes. Estos, por su parte, quedaron por supuesto muy complacidos y manifestaron al capitán su agradecimiento; encomiaron su intervención justiciera, le pidieron, seducidos en ello por el progreso y la tranquilidad que los propios ahomes advertían en la vida de los pue-

blos cristianos de la Provincia, que se les destinara un ministro que los adoctrinara en el Evangelio, al cual gustosos de antemano se acogían.

AJUSTICIAMIENTO CONCLUSIVO.

Liquidadas en la forma descrita las querellas de los ahomes en contra de los tegüecos, de Mathaoa emprendió su regreso a la villa, el Capitán Hurdaide. A su paso por Mochicahui nuevamente se acantonó en el lugar, urgido por el deseo que abrigaba de castigar a los zuaques, por el desacato que éstos le cometieran en unión de los sinaloas. Pero los zuaques anticipándose, por el temor a lo que les pudiera sobrevenir, enviaron por conducto de Luisa su disculpa al Capitán, manifestando su arrepentimiento por lo ocurrido y haciendo recaer toda la culpa sobre Taxícora.

Convencido o no de la formalidad y veracidad de la disculpa, no quiso sin embargo Hurdaide, dejar pasar por alto lo de la agresión; pero si humanizó el castigo que determinó imponerles a los zuaques, al limitarse a que fueran azotados algunos de los principales y a mandar cortar sus cabelleras a todos los de la tribu, con lo que comprenderían sin duda, cuán bien les resultaba la paz y la amistad con los españoles. De todas maneras el castigo impuesto era duro, ya que para el indio el trasquilamiento constituía una indignidad, una afrenta muy penosa. Por lo que, naturalmente, muchos de los afectados con la orden, rehuían sufrir tan bochornosa pena; circunstancia que obligó al capitán a imponerse, por acato y principio de autoridad, con la amenaza de que prendería fuego a las casas cuyos dueños no apareciesen trasquilados; amago que, juntamente con las súplicas y exhortaciones que Luisa les hizo a los que aún quedaban sin someterse al incruento pero infernal suplicio, los orilló al acatamiento.

Una vez que vio consumada plenamente su venganza, el Capitán se retiró en definitiva de Mochicahui, dirigiéndose a la Villa y Real Presidio de San Felipe y Santiago de Sinaloa. Consigo, se llevó a Taxícora, quien en virtud del proceso que dizque se le instruyó, resultó sentenciado a la horca por inquietador de naciones. En vías de aplicársele la sentencia al reo, lo prepararon y ayudaron “los padres para la hora de su muerte, en

la que se dispuso bien, porque recibió el santo bautismo, dejando prendas de su salvación y quitándose de la provincia un grande tropiezo y escándalo que tanto impedía la predicación del santo Evangelio.

PROVIDENCIAS PARA LA EVANGELIZACIÓN. SOLICITUD DE DOCTRINA.

De las parcialidades indígenas del río Zuaque, la primera en solicitar su misionero, fue la de los ahomes. Y poco después, también por su parte lo hicieron los zuaques, quienes prometieron levantar Iglesias y reducirse a puestos mejor acomodados que los que al presente ocupaban.

Por consiguiente, era lógico que el Capitán y los padres del colegio de la villa, se mostraran complacidos con el cambio radical que habían experimentado estas naciones, de suyo belicosas y por largo tiempo enemigas de los cristianos. Sin duda, en ese cambio había influido por una parte, el quebranto que en su temple y comportamiento les ocasionara por la vía militar, el Capitán Hurdaide y por otra, el ejemplo espectacular que para estos gentiles ofrecían, en su manera de vivir, los pueblos ya evangelizados, próximos a la villa de San Felipe, que contaban con sus respectivas Iglesias y padres misioneros.

Juzgábase por lo tanto, que las condiciones ya eran propicias para la definitiva introducción del Evangelio en el río Zuaque. Más para ese fin, sería preciso contar de antemano con algunos misioneros más, que los que a la sazón había en la Misión, para destinarlos a los partidos que habrían de constituirse, en las citadas parcialidades por adoctrinar y reducir. También era indispensable, contar previamente con la licencia del Virrey, toda vez que se tratada de extenderse hacia nuevos territorios. Por otra parte se estimaba además conveniente, ante la perspectiva de llevar la evangelización hasta el Yaqui, establecer un fuerte en las riberas del río Zuaque, donde los soldados presidiales pudieran alojarse y ejercer vigilancia para el mantenimiento del orden y protección de la vida y la obra de los misioneros. Por último, se requería contar para el servicio de las nuevas Iglesias, con la indispensable utilería.

Para tratar de estos planes y requerimientos con las autoridades superiores, se impuso desde luego la necesidad, de que el Capitán Hur-

daide hiciera un viaje ex profeso a la ciudad capital de la Nueva España; viaje de cuyos resultados se hablará más adelante.

CRISIS

Hubo una época, en la que se abrigaron serios temores por la suerte que le pudiera caber a la incipiente colonia española de Sinaloa. La situación económica, de inopia, y el largo historial de escándalos, alborotos y desaguisados que por acá habían ocurrido, le crearon a la Provincia en la capital del virreinato, un detestable ambiente de pesimismo. El informe que rindieron los oficiales reales a su católica Majestad Felipe III, de que el sostenimiento de la Misión y del Presidio representaba para la hacienda un gasto de 17 mil pesos por año y de que esa cantidad no se recuperaba porque en la Provincia no existían minas en explotación, ni se cobraban tributos, vino a remover y acentuar la mala opinión que respecto de ella se tenía; a grado tal, que hasta se llegó a pensar en el retiro de los soldados de la villa de San Felipe y en trasladar a los indios cristianos cien leguas al sur, poblándolos en la provincia de Chametla, en vecindad con los españoles.

La situación crítica que imperaba en Sinaloa, se ponía de manifiesto y se confirmaba además, por la exposición que hizo el conde de Monterrey, Virrey de México, ante los hombres más eminentes de la Corte, en una reunión que, para considerar el caso, se verificó en la capital el 1ro. De noviembre de 1602. Exponía el virrey que "En las regiones de Sinaloa todo es iniquidades, rebelión, inconstancia, gastar mucho oro y mucha sangre,... no hay minas, no hay posibilidades de colonizar. Sin duda, su Majestad, con tan grande gasto y sin esperanza ninguna, de que la tierra de nada servía para la ayuda de él, esté obligado a conservar esta cristiandad de los cuatro mil indios..."

En la junta de referencia, se ocuparon a fondo del asunto varios oidores; dos jueces, un dominico, un agustino, dos jesuitas, un oficial de hacienda y un capitán, quienes fueron del parecer que " supuesto que su Magestad, no solamente tiene la obligación de sustentar la santa fe católica en este su reino, sino dilatalla y amplialla en aquella Provincia de Sinaloa, había los cuatro mil cristianos o poco menos que contiene

esta relación, atraídos y reducidos con expensas de su Magestad, tenía y tiene la obligación de sustentallos con el presidio y gasto que fuere necesario hacer para su seguridad y que no conviene retirar de allí al presidio, ni sacar de allí a los bautizados ni otros medios que puedan ser riesgo para que los convertidos y bautizados vengan a apostatar, ni con naciones se retraigan y abstengan del Santo Evangelio. Todas las dichas personas pusieron su rúbrica, al pie de eta resolución y parecer.

Del juicio que precede, tendría que depender en última instancia, que en Sinaloa, continuara o desapareciera la Misión, con su cristiandad. Pero don Francisco de Urdiñola, gobernador y capitán general de la Nueva Vizcaya, quien a principios de 1603, estuvo en la villa de San Felipe, contribuyó grandemente a que prevaleciera la causa de la supervivencia de la Misión, por haber rendido al virrey un informe favorable al estado en que éstas se hallaba. En el informe, se asentaba que laboraban en Sinaloa cinco padres, que tenían a su cargo 26 pueblos de indios, en los que habían sido bautizadas 6 mil almas, de las 14 mil o 20 mil que había en el radio de la Misión. Se hacía referencia además, de la visita que al propio gobernador le hicieron los caciques y otros gentiles del río Zuaque, con el fin de saludarlo y hacerle la petición de ministros de asiento en sus pueblos, a fin de que los instruyeran y administraran en materia de religión.

Todavía más ahondado quedó el interés por la Misión, con la visita que hizo a la Provincia, en el año de 1604, el Ilustrísimo don Alonso de la Mota y Escobar, obispo de la Nueva Galicia. Pues en la relación o informe escrito por dicho prelado, concerniente al recorrido que hizo por toda su vasta diócesis; el cual se titula, "Descripción Geográfica de los Reinos de la Nueva Galicia, Nueva Vizcaya y Nuevo León", decía de Sinaloa lo siguiente: "La villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa, es cabecera de los pueblos siguientes: Baboría, Matapán, Cubiri, Mocorito, Bacobirito, Guasabe, Nío, Chigüiri, Ahome, Ocorone, Tegüeco, Chicorato, sin otros muchos pueblos marítimos, que en los unos y los otros habrá de cuatro a cinco mil bautizados de todas edades, poblados y pacíficos. Es tierra de temple, muy caliente, de gente mucho más crecida y blanca que la demás. Tiene grandes y caudalosos ríos y el principal de

ella se llama Sebastián de Ebora, que fue el soldado que primero descubrió... Tienen la doctrina de estos indios, Padres de la Compañía, de los cuales me dijeron cuando estuve allí, estaban bautizadas el número de personas arriba dichas. Tiene su Magestad allí de presidio, un capitán y veinte soldados, que con buena industria van trayendo cada día a estos gentiles al conocimiento del verdadero Dios...".

Pero en cuanto el tiempo transcurría, Hurdaide había logrado hacer sentir el peso de su autoridad desde el río de Sebastián de Evora, hasta el río Zuaque, apaciguando a todas las naciones belicosas comprendidas en todo este sector. A la sazón, tan sólo integraban la cristiandad de la Provincia, los pueblos que enseguida se enumeran.

En la región correspondiente al río Petatlán y el arroyo de Ocoroni: Villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa, Nuestra Señora Concepción de Bamoa, San Pedro de Bacubirito, Santiago de Ocoroni, San Lorenzo de Ohuera, Purísima Concepción de Chicorato, Cacalotán, Santiago o San Ignacio de Cubiri, Natividad del Señor ó San Pablo de Guasave, pueblo viejo de San Ignacio de Nío, Reyes o Nuestra Señora del Rosario de Tamazula.

En la región del río de Sebastián de Evora: San Miguel de Mocorito, San Pablo y San Pedro de Huapaca, y Orobato.

RESULTADO DE LAS GESTIONES DE HURDAIDE

Gracias al Capitán Hurdaide, con el aplacamiento de las naciones bravías del río Zuaque, se afirmaron los destinos de la Misión de Sinaloa. De pronto, se abría un nuevo campo hacia donde podía ya extenderse la obra misional. La favorable reacción que en pro del orden cristiano experimentaron las citadas parcialidades, brindaba la oportunidad para ello, conforme quedó anteriormente asentado. Para el logro de los planes que se habían formulado y que anteriormente quedaron también anotados, Hurdaide tuvo que hacer un viaje a México, en el año de 1604; llevó cuatro soldados de escolta y como acompañantes a varios caciques para que, en representación de las tribus o parcialidades del Zuaque, interesadas en tener en sus localidades doctrina de asiento, formularan ante el virrey la petición consiguiente, en confirmación de los deseos que abrigaban.

En la audiencia correspondiente, el Virrey don Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montesclaros, escuchó con el mayor interés el informe que referente a la situación en la Provincia de Sinaloa, le rendía el capitán de la misma, complementando con los planes tendientes al establecimiento de las misiones evangélicas y a la construcción de un fuerte, en el río Zuaque.

Era muy natural que la detallada exposición de los planes llevara aparejadas las peticiones conducentes, las cuales merecieron determinaciones favorables de parte del marqués de Montesclaros. En lo relativo a la idea de construir el fuerte, de inmediato el virrey, otorgó su aprobación e hizo, para el caso, la necesario provisión de fondos. Consultado además, por el virrey mismo el punto de las nuevas misiones, con el Provincial de la Compañía de Jesús, se dispuso asignar para los partidos del Zuaque, a otros dos padres, que vendrían acompañando al Capitán en su regreso a Sinaloa. Asimismo, "el Virrey mandó a los oficiales, hiciesen despacho de caja de su Majestad, de un par de ornamentos cumplidos para sacerdote y altar, cálices, campanas e instrumentos musicales; a los indios que había llevado Martínez de Hurdaide, les mandó vestir y dar espadas", mientras que por su parte el arzobispo de México, fray García de Mendoza y Zúñiga, a dichos indios "les hizo limosna de su viático y vuelta a su tierra", con todo lo cual los favorecidos se sintieron halagados, lo que por cierto no fue óbice, para que cuatro tegüecos se le hubieran huido al Capitán, a fin de provocar alborotos en su parcialidad.

ALBOROTOS

Una vez que dejó concluidos los asuntos que lo llevaron a México, Martínez de Hurdaide, emprendió su regreso a San Felipe. Lo acompañaban los dos nuevos padres que se destinaban a la Misión, que eran los jesuitas Andrés Pérez de Ribas y Cristóbal de Villalta. También los caciques indígenas que con él habían ido a México, cuatro de los cuales se le huyeron al pasar por Zacatecas y quienes por senderos extraviados se le adelantaron en la arribada a Sinaloa.

Esta fuga, no dejó de constituir para Hurdaide un motivo de preocupación. La razón era que él conocía de sobra, la facilidad con que a

la menor insinuación de sus mandones, los pueblos se insurreccionaban o se alteraban, como muy en breve, al llegar a Topia, se lo corroboraron las primeras nuevas que se le dieron de Sinaloa. Las noticias se referían a que los fugitivos, con tal de llevar a su tierra en calidad de trofeos, cabelleras con que danzar siguiendo sus ritos y costumbres, por el camino mataron a tres indios culiacanenses, en la colindancia de las provincias de Culiacán y Sinaloa y tan pronto como llegaron a Tegüeco instigaron, aunque sin hallar eco, a los de esta parcialidad para que se sublevaran. Supo también el capitán en Topia, que durante la ausencia de él los indios de Bacubirito y los de Ocoroni, se hallaban en rebelión.

El hecho de que anduvieran mal las cosas en la Provincia de Sinaloa, obligó al Capitán a forzar su marcha. Para reimplantar el orden, en primer término, lo que hizo al llegar a la Villa, fue enviar recados de paz a los alzados y de perdón a los inocentes, que muy pocos aprovecharon. Su primera medida para la represión fue la de emprender campaña contra los bacubiritos, a quienes pudo someter tras duras y peligrosas refriegas y combates. Logrado esto, condenó a la horca a los cabecillas y obligó a los demás a reedificar las Iglesias que, al sublevarse, habían incendiado en sus pueblos.

Una vez liquidado el caso de los bacubiritos, seguidamente Hurdaide apretó a los Tegüecos, exigiéndoles la entrega de los caciques que se le desertaron en el Real de Zacatecas, los que se hallaban amparados con los tepahuis en la sierra. Ante semejante apremio, con la ayuda del Capitán 500 tegüecos fueron a Tepahui, donde negociaron bien y lograron haber en sus manos a los cuatro consabidos prófugos, a quienes enseguida el Capitán mandó ajusticiar, en el propio sitio donde habían cometido su triple homicidio.

En lo que toca a la rebelión de los ocoronis, indios cuya reducción y conversión diera tanto quehacer a los padres misioneros, fue provocada por un gentil de nombre Babilomo y por un falso cristiano o apóstata, llamado Juan Lautaro, que llegó procedente de las minas de San Andrés. Los ocoronis eran como 400, la mitad de ellos "gente de arco y flecha"; bien pocos fueron los que en este movimiento de subversión no se dieron a la fuga. Tuvieron los alzados, la pretensión

de que los mayos les dieran amparo; pero éstos, por su lealtad a los cristianos, les negaron la hospitalidad y por lo demás se encargaron de remitir a la Villa de San Felipe a una parte de los sediciosos, los que enseguida fueron reintegrados a su pueblo de Ocoroni. Los restantes, en numero de 40 familias, capitaneados por Laurato y Babilomo, se acogieron entonces a la protección que los yaquis les brindaron, pero bajo la condición ignominiosa de que habrían de dejarles francas a sus hijas y mujeres. Esta salvaguarda, que los yaquis dieron a los fugitivos ocoronis, dio origen a las campañas emprendidas por Hurdaide contra la insumisa tribu de aquel término de Provincia, después de las cuales, al pactarse la paz, los yaquis entregaron a los españoles, de acuerdo con las capitulaciones, relativas a los revoltosos ocoronis.

INSTITUCIÓN DE LAS NUEVAS MISIONES.

Cuando procedentes de México, llegaron a la Provincia el Capitán Hurdaide y los PP. Villalta y Pérez de Ribas, se les tributó un gran recibimiento en la villa de San Felipe, en donde poco después, recibieron la visita de Luisa y Buenaventura, en representación de los ahomes y los zuaques, de Lanzarote por parte de los tegüecos y de otro cacique que enviaron los sinaloas. Los indios mencionados eran embajadores que acudían a saludar a los recien llegados, a la vez que a ratificarles, en nombre de sus respectivas parcialidades, su decisión de acogerse al Evangelio. Para el caso se hallaban dispuestos a reducirse a pueblos o vecindades, ya que en lo general vivían en rancherías, aldeas y hasta madrigueras aisladas unas de otras e inaccesibles a veces y al abrigo de los montes, por una y otra margen del río; desde luego pedían instrucciones y noticias, a fin de preparar un recibimiento digno a los ministros, cuando éstos fueran a hacerse cargo de sus correspondientes partidos, a fin de que con la debida oportunidad acudieran las madres, con sus pequeños vástagos para que se los bautizasen.

Sobre el particular, en la Villa se les encomendó a los antedichos delegados que, entre tanto se llegaba el día de la entrada de los padres a sus partidos, procedieran a levantar en la plaza de sus pueblos, sus Iglesias “que son como portales grandes, las paredes de madera, horcones

muy grandes en medio, que sustentan la cubierta de paja”, y que junto a ellas le hicieran al padre su vivienda. Además se les dijo que hicieran saber a todos sus comarcanos “que se dispusieran para recibir a quien iba a predicar la palabra de Dios y avisasen a los de las naciones, sus confederadas, que ellas asimismo tratasen de reducirse a los pueblos de sus amigos, para que todos juntos fuesen adoctrinados.

Indispensablemente los nuevos padres, Ribas y Villalta, en forma previa a la misión que se les iba a asignar, tuvieron que dedicarse por algún tiempo en la Villa al aprendizaje de la lengua nativa, en que debían predicar y hacerse entender con los indios. Concomitantemente atendían ellos, en la escuelita o seminario de San Felipe, la preparación de algunos muchachos venidos del río Zuaque, con el fin de que en sus Iglesias sirvieran de monaguillos y enseñaran además la doctrina a las gentes de sus pueblos y capillas.

Cuando ya el padre Martín Pérez, que era el superior de la Misión, lo estimó oportuno, hizo la división del distrito del Zuaque, en partidos y los distribuyó asignando el de los ahomes y los zuaques al P. Andrés Pérez de Ribas; el de los tegüecos al P. Pedro Méndez, cura de Ocoroni, relacionado con ellos; y al P. Cristóbal de Villalta el de los sinaloas. Conforme a este reparto, fue como se llevó a la práctica la integración del distrito eclesiástico o misional del río Zuaque, cuyas tres doctrinas, tuvieron respectivamente como asiento o cabecera a los poblados de Ahome, Tegüeco y Toro.

Pasado algún tiempo y cuando ya tuvieron noticias de quienes eran los padres designados, uno para cada partido, dieron la vuelta a la Villa los consabidos embajadores de las naciones interesadas en el asunto. El objeto de su nueva visita era el de informar lo que mientras tanto habían hecho o cumplido de lo que con anterioridad se les encargó, y el de saber la fecha en que habrían de partir de San Felipe los misioneros, para instalarse en los partidos de su destino; pues con respecto a esto último, los delegados deseaban estar al tanto de ello, a fin de suministrarles oportunamente a los padres, guías, acompañamiento, servicio y de organizar además los correspondientes actos de recepción.

No se llevó a cabo simultáneamente o a un mismo tiempo la ins-

talación de los tres padres, en las misiones recién creadas y en las cuales iban a trabajar, sino que ello ocurrió en fechas distintas aunque próximas, según se verá en el relato dedicado en particular a la evangelización de cada parcialidad, en las páginas subsiguientes.

EVANGELIZACIÓN DE LOS AHOMES.
EL PADRE RIBAS ENTRA AL PUEBLO DE AHOME.

De las tres misioncillas establecidas a lo largo del río Zuaque, la de mayor antigüedad es la de los ahomes. Pues así lo significa el propio evangelizador de la parcialidad, don Andrés Pérez de Ribas, en su "Historia de los Triunfos de Nuestra Santa Fe...", al aseverar que esta nación se hizo acreedora al privilegio de ser atendida en su petición de doctrina, antes que las demás, por la favorable circunstancia de haberse mantenido siempre en paz y en amistad con los españoles, en atención además a su vida morigerada y por haber sido la primera en solicitar que se le pusiera doctrina de asiento.

Fue el año de 1605, acaso el 15 de agosto, día de la Asunción, cuando el P. Ribas, llegó al pueblo de Ahome, a fin de establecer y administrar esta misión o partido a su cargo. Un grupo de indios de esta propia parcialidad, le hizo compañía y lo condujo desde la Villa de San Felipe, hasta Ahome, habiéndoles sido necesario caminar por senderos que cruzaban por las marismas.

Al llegar el padre al punto de su destino, los naturales le tributaron una recepción acogedora a la vez que lucida. Los vecinos adornaron la entrada del pueblo con arcos de ramas frescas y olorosas, "cosa muy usada entre ellos cuando reciben persona de respeto; y muestra que la reciben con amor y alegría". El cacique principal de la localidad, un indígena llamado don Pedro, que en tan solemne ocasión montaba el caballo que le había regalado el Capitán, encabezó la recepción y se encargó de darle la bienvenida al misionero. Lo que al padre le causó sorpresa, fue que ya para llegar a la plaza, se le recibió con una gran procesión, en la que las gentes iban cantando "la doctrina cristiana y alabanzas divinas en la lengua, como si fueran antiguos cristianos, siendo gentiles"; en todo lo cual fueron enseñadas y dirigidas por un indio ciego de Guasave,

que vivía entre los ahomes y que "sabían extremadamente todas las oraciones y preguntas del catecismo y misterios de nuestra santa fe".

En una pobre enramada que a guisa de Iglesia previamente se había levantado frente a la plaza, se congregó el gentío; tan pronto como los de la procesión acabaron de entonar sus cánticos, el padre hizo su primera plática a los ahomes, en aquella pobre Iglesia, dándoles a conocer los propósitos que lo habían llevado a "sus tierras y fines del mundo en que vivían. Después, les dirigió un sermón, tras el cual a campo raso frente a la Iglesia o en la plaza misma, se sentaron en rueda las madres con sus pequeñuelos para que éstos recibieran las aguas lustrales. En el curso del día quedaron bautizadas 300 criaturas, imponiéndoseles nombres cristianos y anotándeseles en el libro de bautismo. Como padrinos generales fungieron tres o cuatro cristianos que ahí se encontraban, y que una vez pasada la ceremonia, fueron agasajados por sus compadres, en las casas de éstos, "con los mayores regalos que ellos alcanzan, que son tortillas y tamales o bollos de maíz; con los mismos regalaron al padre".

Como el padre tenía enseguida que ausentarse, para ir a visitar a los zuaques por estar considerados en su partido, antes de que lo hiciera, los ahomes lo llevaron a mostrarle los puertos que tenía el bosque que rodeaba al poblado, por los cuales el enemigo zuaque, solía acometerlos. Aunque si bien con el cambio de circunstancias, ya los ahomes se ufanaban de que, contando con el amparo y defensa que les impartía el Capitán Hurdaide, podrían ya, bajar al río por agua sus mujeres, sin necesidad de tener que acompañarlas, a fin de protegerlas con sus arcos y flechas.

LOS AHOMES.

Parece indudable que los ahomes, poseían una lengua distinta de la que hablaban sus congéneres zuaques, tegüecos y sinaloas.

Carl Sauer, en su libro "The Distribution of Aboriginal Tribes and Languages in Nortwestern of Mexico", refiere que en el padrón tomado por Hurdaide en 1605, a lo largo de la costa y del río del Fuerte, se enumeran los indios de: Zuaque, Tegüeco y Cinaloa, como de una misma lengua. Que los de la desembocadura del río y la costa, eran de otra

lengua: ahome. En lugares llamados de sur a norte: Guaquiere, Toroaca, Batucare, Ahome y los indios de Bacorehue, que vivían en el cerro de Mathaoa (¿Matacahui?). Para estos indios marítimos, la enumeración de rancherías fue hecha por caciques, no por residencia; los nombres personales pueden arrojar alguna luz sobre el carácter de la lengua, siendo ellos: Cauri, Tecuchi, Batarin, Cachita, Caperie, Bacahui, Maya, Acheira, Nyore, Huasocate, Coansior, Coanaci, Vacarin, Bayco, Urúa, Chigui, Hometa, Bacaraiz. Que en el padrón de los indios de Yecorato y Cacalotán (Comanito, valle del Cuervo) fueron considerados como de cinaloas. Y que los últimos indios enumerados fueron los zoe, en la zona montañosa, y están enlistados como de diferente lengua.

Ahome, desde luego, era el pueblo más importante de la parcialidad respectiva. La localidad tenía, unos 300 o 400 vecinos cuando a ella llegó el P. Ribas, quien debe haber intervenido en el mejor acomodo o reducción de ellos, debiéndose a su obra y celo de misionero el crecimiento ulterior del poblado, como consecuencia de sucesivas reconcentraciones de otros grupos, que llegaron a efectuarse.

Poseyó el pueblo o la Iglesia de Ahome, el título de "Asunción" o "Nuestra Señora de la Asunción", cuya festividad cae el 15 de agosto. Pero se sabe que también tuvo como advocación el nombre de "Natividad de Nuestra Señora" o "Natividad de María Santísima", cuyo día conmemorativo es el 8 de septiembre. En la actualidad, el patrono del lugar es "San Antonio de Padua". No existen datos investigados, para determinar cuál es el origen o la razón de las expresadas advocaciones, particularmente en los dos primeros casos. Al menos no parece haberlo dejado escrito el Padre Ribas, fundador de la misión y prácticamente también del poblado de Ahome. Sí sabemos que, en aquellos tiempos, era costumbre generalmente adoptada la de titular a un pueblo o a una Iglesia, al erigirse, con el nombre de algún santo o el de algunos misterios de Cristo o de la Virgen María. De manera que en rigor, no disponiendo de datos precisos, en el presente caso es aventurado elegir entre las dos fechas citadas --15 de agosto ó 8 de septiembre-- cuál de ellas en realidad corresponde a la fundación de Ahome o la erección de su primera Iglesia; aunque sin embargo no falta quien afirme o presuma que el 15

de agosto de 1605, fue la fecha en que se fundó la misión de Asunción de Ahome. Con respecto al asunto de la procedencia de los ahomes, se hizo ya referencia de él en el capítulo de esta misma obra. Sin embargo, es oportuno repetir que el padre Ribas, investigando el caso, por pláticas que tuvo con los ancianos de la tribu, se enteró de que entre ellos se conservaba la tradición de que sus mayores, habían salido del norte y llegaron en compañía de los tzoes, los cuales eran de lengua diferente y habían ido a poblarse como a 30 leguas, río arriba; por otra parte, los ahomes tenían amistad y parentesco con los guasaves y hablaban una misma lengua, llegó a inferir el padre Ribas, que debieron unos y otros haber salido juntos de su peregrinación del norte.

Por lo que consigna al respecto Carl Sauer, estamos en antecedentes de que, además de los ahomes, había dentro de su parcialidad grupos menos importantes y numerosos de indígenas, que hablaban diferente dialecto. El padre Andrés Pérez de Ribas lo dice también y cita, por sus nombres a los bacoregüis, los comoporis y los batucaris, añadiendo a unos indios montaraces, llamados caribes y que se asentaron después, juntándose a los pueblos cristianos. Los marismeños eran de tal naturaleza, que Pérez de Ribas los conceptuaba como la gente más fiera y bárbara descubierta en las Indias.

Ciertos grupos o núcleos indígenas eran dependientes en su economía y sustento, básicamente de la caza como actividad y de aquello que los montes les permitían recolectar, por lo que los llamaba montaraces. En tanto que otros, los llamados marítimos tenían como única actividad y fuente de vida la pesca, y vivían en los médanos y marismas, junto al mar. Por lo que respecta a los ahomes en particular, gozaban de grandes y frescas alamedas, de buenas tierras labrantías en la vega del río, y dependían principalmente de los frutos que obtenían de sus sementeras. También contaban con el recurso de las aguas del río, por cuanto en ellas había peces en abundancia, "unos que en ellas se crían y otros que, entrando de la mar por su boca y barra, suben río arriba a desovar a su debido tiempo; por ejemplo: lisas, robalos y otras variedades; en el estío, época del año en que baja el río, solían ellos, los ahomes, convocar a los pueblos vecinos a pescas generales, en hondables y remansos, en

los que echaban cantidad de barbasco. Si bien las naciones del Zuaque y en lo general las de la Provincia entera, eran –pudiera decirse— unas mismas gentes en cuanto a su conformación racial, temperamento, ordenamientos, costumbres y tradición; muy especialmente el padre Ribas, hace alabanza de los ahomes, diciendo que eran los de mejor talle, que en sus embriagueces eran los más morigerados y que en "guerras de propios acometimientos" con los demás indios no los tenían, sino que más bien se concretaban a defenderse de sus atacantes.

Más, la referencia que hace el padre Pedro Méndez y la cual se halla consignada por el padre Alegre en su "Historia de la Compañía de Jesús en la Nueva España", contrariamente a lo que afirma Pérez de Ribas, revela que los ahomes, si tenían "guerras de propios acometimientos". En cierta ocasión –relata el padre Méndez— un enardecido orador tegüeco arengaba a los de su comunidad, clamando venganza contra los ahomes: "Los ahomes, decía en una ocasión de éstas, han entrado a nuestras tierras, se han divertido y han bailado alrededor de las cabezas de nuestros hermanos, de nuestros más bravos guerreros. Mirad sus casas desamparadas; hay teneís a sus pobres viudas, a sus chicuelos huérfanos. Hablad vosotros, hijos míos: ¿Más que han de hablar? Su desolación, sus lágrimas ¿no están pidiendo venganza? ¿No interesa en ello el honor de los Tehuecos? ¿Son mejores sus arcos, son más penetrantes sus flechas, son más fuertes sus brazos, mas robustos sus cuerpos? ¿No los hemos vencido en tal y tal campaña? ¿No tiemblan los ahomes (decían nombrando algunos de los más valientes) no tiemblan de nuestro padre N., o de la macana de nuestro hermano N.?

Salid contra ellos, salid a defender vuestros hogares y vuestros maíces, poned en seguro a vuestras mujeres y vuestros hijos. Aseguradnos con vuestro valor la posesión de este hermoso río, que riega nuestras sementeras, que hacen tan envidiable a los enemigos nuestra morada. Ya me parece que veo sobre las picas sus cabezas y sus brazos que nos han causado tanto daño. Breve, si no me engaña mi corazón y vuestros semblantes, breve he de bailar y he de beber en este mismo lugar, mirando con gusto y con escarnio sus cuerpos destrozados.

Afirma Pérez de Ribas de los ahomes, que siempre mantuvieron

buenas relaciones de amistad con los españoles y que eran indios dóciles. Les reconoció aptitud para aprender con facilidad cualquier oficio, a los muchachos, que éstos no mostraban torpeza para aprender a leer, escribir y tocar instrumentos musicales. La poligamia y los amancebamientos –apunta— no eran entre tales indios, prácticas muy generalizadas. Sabían ellos apreciar la castidad y la dignificaban, en virtud de lo cual, las doncellas levaban siempre pendiente al cuello una conchita, como insignia de pureza. Por otra parte la honestidad en el vestir, era además de significativa observancia entre las mujeres, las que invariablemente se cubrían con mantas que ellas tejían, con ostentación a veces, de labores curiosas y a colores.

Refiere el padre Ribas, que era creencia de los ahomes, que en sus ricos bailes, tenían su mansión las almas de sus difuntos, "según esta plática de sus viejos o por mejor decir, embuste de que los persuadía el demonio". También creían que en sus valles existía el paraíso, donde los deleites, no eran otra cosa que "sus grandes embriagueces", en lo que "el monio les libraba su felicidad como quien él es, y tal, el cielo les prometía". En cambio, de hechiceros y hechicerías, bien poco de eso entraba en la vida e ideas de esta comunidad. Lo que sí entraba en sus costumbres y con profundo arraigo, era la ceremonia de llorar por sus muertos", con grande exceso y casi intolerable". Duraba el llanto un año en casa del difunto, con tan grandes gemidos, que más parecían "aullidos de condenados"; todas las madrugadas y "primas noches", por espacio de una hora duraban esos llantos con varios tonos de voces, conque de otras casas les correspondían. Era de tal raigambre semejante práctica, que al decir de Pérez de Ribas, fue necesario mucho tiempo y grande empeño del padre (o sea del propio Ribas y tal vez de sus sucesores), para morigerarla y corregirla.

LA CATEQUIZACIÓN-

El padre Ribas, pasó los primeros ocho días en Ahome después de su llegada, a partir de los cuales, se ausentó para ir a visitar por primera vez a los zuaques en sus pueblos. A su regreso reanudó sus actividades en Ahome, dando forma, asiento e impulso al adoctrinamiento. Una de sus más destacadas providencias, fue la de acometer la construcción de

la Iglesia, con la madera y paja que, por encargo suyo, habían arrimado los vecinos durante sus días de ausencia; en verdad "una fábrica humilde y pobre, que para ellos era grande y desusada". Acudían a la obra así los hombres como las mujeres" trayendo la madera y paja con mucho gusto y alegría; conque en breve se acabó su Iglesia, y ellos quedaron contentos, como si tuvieran en su pueblo un hermoso alcázar".

El bautismo general de los niños continuó y en breve tiempo el número de bautizados ascendió a 500. Con respecto a los adultos, para que se les pudiera impartir este sacramento, deberían aprender antes determinadas oraciones y conceptos de la doctrina cristiana, o sea del catecismo. En primer término y como ya tenía aprendida de memoria la doctrina, fue bautizado el cacique viejo, "un viejazo venerable y de muy buena capacidad", a quien se le puso por nombre de pila don Pedro; su hijo, fue llamado don Miguel, y el resto de la familia, también recibió el bautismo.

Con esto se iniciaba el bautismo de los adultos. A don Miguel, le dio el Capitán nombramiento de gobernador; en muchas ocasiones ejercitó el oficio de guía y capitán de su pueblo, prestándole al padre valiosa e insustituible colaboración, en la ardua empresa de reducir y catequizar a todos los comarcanos de los ahomes.

En el término de un año, quedó bautizada la población adulta, que sería mas de mil. A los bautizados se les imponía, sin excepción, un nombre cristiano o nombre de pila, y por sobrenombre se les dejaba el de gentiles, por el cual eran conocidos. Costumbre sin duda muy antigua y todavía observada en estos tiempos, ha sido entre nuestros indios mayos adoptar, para sus criaturas, como nombre de pila, el que les depara el calendario, en relación con el día de su nacimiento. En lo tocante al apellido, llevan por supuesto el que corresponde al padre de familia; en el concepto de que si se trata de apellidos castellanos, de seguro es que llegaron a obtenerlos por la vía de adopción de sus padrinos, de sus amos o patrones o bien de sus benefactores, si estos son de sangre española o mestizos. Sin embargo, familias enteras llevan y hacen perdurar apellidos netamente indígenas, como son los que a continuación se citan:

ANHUAMEA o ANEHUAMEA (anhua, defensa y mea, lo mató: el que, en su defensa, lo mató).

ALAMEA (alamai, culebra boca amarilla, del agua, y mamea, el que está matando: el que está matando a esa culebra).

BACASEHUA (bacca, carrizo y sehua, flor: Flor de carrizo).

BACHOMO (batamote).

BAIZGO (garambullo, un árbol).

BUICHIA (buichi, humo).

BUITIMEA (búite, corriendo y mea, lo mató: lo mató corriendo.

CAMA (calabaza).

CAPUSARI (perihuete, un arbusto).

CAPUSEHUA (cáapu, capomo y sehua, flor: flor de capomo, una ninfácea).

CELLELI (nombre indígena de una frutilla silvestre).

COHUECA (de cohuécame: marrano y écame, el que tiene: el que tiene marrano).

COMBERAI (combeia, caguama, cierta tortuga marina).

CUTABOCHA (cutta, palo y bocha, guarache: guarache de palo o madera).

CHUCULICHON (chuculi, negro y chónim, cabello: cabello negro).

CHIPE (chípela: llano con poca pendiente).

ECHAMEA (de etchamtamea: sembrando lo mataron).

JUUPA (mezquite).

LOMAY (loma).

MAZO (venado).

MICOY (zurdo).

MOCHO (móochom, mochomo, hormiga arriera).

MOROYOQUI (móoro, color moro y yócari, teñido o pintado: pinto de moro).

OPOLOCI (óopo, una mata o planta y loci, macolla: macolla de una mata).

QUESUVARI (quesu, queso y vari, mojado: queso mojado).

SEVEJECA (séeve, frío y jecca, viento).

SIALI (color verde).

SANAVA (hoja de elote).

SIQUIJIMSE (síquili, colorado y jímsey, barba o bigote barbarroja o bigote colorado).

TABU (conejo).

TACOCAME (taco, palmera y came, tener: que tiene palmeras o palmar).

TEMPOLERO (támpora, tambor y leero, el que toca: tañedor de tambor).

TETBIATE (tetta, piedra y bíate, redondo o volteando).

TOITE (tropezón, rebote).

TORI (rata del monte).

TOZALI (blanco).

YOCUPICIO (yuccu o iuccu: está lloviendo).

Entregado también el padre a la organización y cuenta de su cristiandad, procedió desde un principio a censar a las familias; y para tener sobre de ellas el más estricto control, nombró un fiscal que las tuviera bajo su vigilancia, diera aviso de los enfermos y procurara que las gentes acudieran diariamente a la doctrina. Para el servicio de la iglesia, constituyó un grupo de niños, a los que enseñó a leer, escribir y contar.

Gran atención, se prestó al bautismo de la gente de las rancherías cercanas al pueblo de Ahome, las que al influjo de aquellas, cuyos vecinos asistían a la doctrina, por sí solas, venían a solicitar el sacramento de modo que al cabo de un año, como dos mil almas, en total habían quedado bautizadas dentro de la parcialidad.

Impulsados por el hábito, chicos y grandes asistían con regularidad a la Iglesia, a escuchar la doctrina y las pláticas que en ella se hacían. Aún entre semana acudían a misa y a confesarse, principalmente los enfermos. Los padres de familia, acabaron por legitimar su unión con el sacramento del matrimonio, y en el caso, las mujeres excluidas por quienes tenían más de una y se habían casado con la legítima, demandaban que se les bautizase a fin de poder contraer matrimonio cristiano con algún otro hombre. En cuanto a regeneración de costumbres, también relata el padre Ribas, que bailes gentiles, ni embriagueces se veían ni oían entre estos indios, que ahora se dedicaban más a labrar sus tierras y sembrar semillas para su consumo, "conque ya regustados a estos frutos, hacían más asiento en sus pueblos y acudían mejor a los ejercicios cristianos".

Se formó en el pueblo de Ahome, capilla de cantores, que con el tiempo y ejercicio, fue perfeccionándose; de modo que ya se pudieran celebrar con gran solemnidad misas dominicales y en las principales fiestas y oficios de la semana santa; "lo cuál les servía, de hacer más concepto de nuestra santa fe y de entretenimiento en los días de pascuas y principalmente, los de las fiestas titulares de sus pueblos. Porque costumbre asentada, es tomar por título de la Iglesia o pueblo que se funda, alguno de los misterios de Cristo, nuestro Señor o de su Santísima Madre o de algún santo". A estas fiestas locales o pueblerinas, a las que los indios llamaban pascua, añadían celebridades de andanzas y bailes honestos, e invitaban a ellas a sus demás pueblos, así como a otras naciones vecinas, aún no siendo cristianas.

En cuaresma asistían a sus confesiones; los mas capaces, iban después a la sagrada comunión, según lo asienta el padre Ribas. De antemano se les daban pláticas acerca de la excelsitud de este sacramento, el uso del cual se introdujo, valiéndose de una parvada de gente (escogida en cada nación), de aquella que procedían con más ejemplo y observancia de la ley de Dios, y había aprendido doctrina cristiana. "Porque la inculta capacidad destas gentes, no da lugar a que luego acabados de bautizar se les pueda comunicar este divino pan, que es de fuertes y robustos en la fe... A las penitencias de cuaresma se aplican con facilidad, haciendo sus disciplinas de sangre, con mucho acierto, devoción y gentío, que acompañaba la procesión, cantándose las letanías.

Una vez concluidos los bautismos en toda la parcialidad, el padre Ribas, trató con los indios principales lo tocante a la edificación de Iglesias más formales o duraderas, en las que celebrar los oficios divinos y sus fiestas, y que fueran más decentes y capaces que los jacales que tenían. En ello estuvieron conformes los naturales y ofrecieron su trabajo; pero como se trataba de una fábrica de adobe grande aunque sencilla, se hizo indispensable buscar oficiales que instruyeran a los indios en esta clase de trabajos y les enseñaran a cortar y labrar grandes árboles, según lo requería el maderamen de la construcción. Así pudo ver Ahome, edificada su primera Iglesia de ese tipo; los vecinos "acudían a esto con tan buen aliento, que sucedía cargar a hombros ciento

y más indios a un muy grande madero, que hicieron muchas yunta de bueyes en arrastrarlo, lo cual ellos hacían con alegría. Lo uno por estar muy hechos a la carga de hombros y por no tener entonces otra traza para tirarlos a la obra. Trabajaban hombres y mujeres, chicos y grandes, conque se acabó la Iglesia, donde cabían dos mil personas; y blanqueada y pintada, se dedicó con grande fiesta y concurso de las naciones vecinas, que se admiraban de ver cosa tan nueva, y se les encendían deseos de ver otras semejantes en sus pueblos".

Con perseverancia y paso a paso, en la forma descrita se desenvolvió y llegó a consumarse, el dilatado proceso de la conversión o evangelización de los gentiles, que integraban la confederación de los ahomes; labor que se hizo posible, mediante la reducción a pueblos de aquellos grupos de indígenas que disgregadamente se hallaban poblados en los montes y marismas de la comarca.

REDUCCIONES.

La institución del régimen civil y eclesiástico, como vehículo, expresión y fruto de la conquista evangélica, se consiguió gracias al esfuerzo encaminado, a congregar o reducir a pueblos, a los aborígenes. Esta obra de formar pueblos constituye, evidentemente, uno de los aspectos más notables y de relevante importancia sociológica que entrañan las actividades desplegadas por los jesuitas, con el respaldo del Capitán Hurdaide, en toda la extensión de la antigua Provincia de Sinaloa. Esos pueblos en su mayoría existen, evolucionados muchos de ellos, pero que conservan sus nombres originales reveladores de su ancestralidad demográfica y que aun continúan proclamando su remoto origen histórico.

En este importante respecto, el padre Andrés Pérez de Ribas en su partido, llegó a consumar con manifiesto buen éxito las reducciones que concernían, a las parcialidades de los ahomes y los zuaques. Día se llegó en que él recibiera, en el pueblo de Ahome, la visita de algunos caciques indígenas, que lo eran de pequeños grupos diseminados en los montes comarcanos y junto al mar en los médanos y marismas. Tratando de conquistar y agasajar a sus visitantes, el padre, les hizo pequeños obsequios: cuentas de vidrio a colores, algún cuchillo, una

herradura, que afilándola les pudiera servir de hacha, alguna aguja de coser redes y así por el estilo, otras chucherías que ellos apreciaban. Asimismo, el religioso les instó a que avisaran a las gentes de sus respectivas procedencias que vinieran a visitarlo, y que se cambiaran a vivir a puestos o sitios accesibles, a donde él por su parte pudiera ir a enseñarles la palabra evangélica, para que gozaran de la paz y seguridad de que disfrutaban los ahomes.

Por su parte, también los ahomes contribuyeron en esa labor de convencimiento, con regalos y consejos a dichos caciques comarcanos, con la promesa de darles tierras en las que sembrar, si optaban por avecindarse al poblado de Ahome, con todo lo cual y muy satisfechos, regresaron a sus puntos de origen. El resultado fue, que no tardaron mucho en regresar los jefes indios, para informar al Padre, que la resolución de los montaraces, llamados batucaris, era la de mudarse a vivir al pueblo de Ahome, donde construirían sus casas en el cuartel que se les señalara, que cultivarían las tierras que les cedieran y que se gobernarían, por su propio cacique. Por lo que se refiere a los marítimos y pescadores, llamados bacoreguis, manifestaron al padre, que éstos no se hallaban en posibilidad de congregarse con los de Ahome; porque nacidos y criados en los médanos de la mar, se habrían de apartar demasiado lejos, de donde ellos obtenían su cotidiano sustento de pescado; pero que, sin embargo, estaban completamente dispuestos a recibir la enseñanza del Evangelio.

Considerando debidamente el caso de los bacoreguis, ya que no había manera de reducirlos al pueblo de Ahome, convinieron en cambio en que ellos mismos levantarían sus casas y formarían su propia reducción. Para tal fin, eligieron un puesto favorable de buenas tierras, en una hermosa y fresca llanada a la vera del río, tres leguas abajo de Ahome y por lo tanto cercano al mar y a las pesquerías que ellos tenían. Poniendo manos a la obra, para asistirlos en todo lo necesario, el padre Ribas se trasladó al sitio indicado; se limpió la maleza, el campo y el lugar en que habría de levantarse la Iglesia, quedó despejado de árboles. Enseguida los que iban a poblarse fijaron el acomodo de sus viviendas, se repartieron finalmente las tierras, hecho lo cual pasaron a sus rancherías a fin

de recoger a sus familias y cambiarlas a vivir y agruparse en su nuevo y exclusivo pueblo, el que seguramente se denominó Bacoregüi.

En realidad, no era posible que de inmediato o de un solo golpe, se desarraigaran de sus antiguos puestos, en que moraban las gentes de que servían las marismas. Pero sí, poco a poco se fue consiguiendo su congregamiento en el pueblo expresado, el cual, en vista del curso que en aquella época tenía el río al llegar a su desembocadura, se hallaba situado sobre la margen izquierda de la corriente. Del cuidado y gobierno del nuevo pueblo, quedó encargado el propio cacique de los bacoregüis, "un indio de muy buen natural, señalado en grandeza de cuerpo, que era como un gigante; de tantas fuerzas, que se atrevía a echar mano y rendir a un caimán o cocodrilo y sacarlo del agua, con ser animal tan grandemente, en plan colaboracionista o de instrumento de la conquista, a la "reducción de naciones más dificultosas de asentar en género de policía y gobierno humano, de cuantas se hallen en el nuevo mundo"; y con su ayuda eficiente y leal fue como se pudo llegar a consumar el asentamiento de los bacoregüis.

En el lugar consabido, erigióse, como lo reclamaba el caso, una iglesia si bien rústica y pobre, y los nuevos vecinos levantaron algunas casas, con lo que quedó el pueblo formado. Por su parte, el padre bautizó a los pequeñuelos, en número de doscientos; designó un fiscal, encargado de juntar a la gente a la doctrina y para la enseñanza de ella puso de temastián o maestro, al indio ciego de Guasave, que como ya vimos, tuvo tan lucida intervención en el recibimiento, que los ahomes hicieron en su pueblo al padre Ribas.

Una vez concluida la tarea explicada, el padre Ribas emprendió su retorno al pueblo de Ahome, muy dichoso porque "hubiese Dios Nuestro Señor, allanado las dificultades en recibir la luz del Evangelio, gentes tan desahuciadas de medios humanos. Porque con armas tales poco valieron los soldados para reducirlas y fuera como ir a caza de venados, sin casa, ni hogar, a buscarlos en los montes". Pero después sucedió que, a raíz de haber sufrido el pueblo de Bacoregüi una inundación, a causa del desbordamiento del río, sus moradores se cambiaron a vivir al pueblo de Ahome, atraídos por la magnificencia de la Iglesia

que en ese lugar, había edificado el padre Ribas, e inducidos también por los ruegos que les hiciera dicho religioso, con lo que desapareció el primitivo pueblo de Bacoregüi.

Los llamados batucaris habitaban, aún cuando sin tener casas, a cuatro leguas de distancia de Ahome y entre breñas y bosques, cerca de una laguna que se llenaba en la época de lluvias y sus aguas duraban todo el año.

Con la intervención de don Miguel, el cacique de los ahomes, se llegó a consumar la reducción de estos indios a uno de los cuarteles de Ahome. Los ahomes, para este fin, les ofrecieron y les dieron tierras para la siembra, "por ser importante medio éste, para que naciones, cuya vida es andar entre venados y madrigueras de conejos y aún de serpientes y víboras, hagan pie y asiento"; en atención a lo que ellos deseaban, se designó para el gobierno de su comunidad, al propio cacique de la misma, en quien también recayó la encomienda fiscal.

Siguiendo la práctica y ejemplo de los ahomes, los nuevos vecinos o sean los batucaris, que llegarían a 300, asistían también a la doctrina; se formó una lista de sus familias y cerca de un centenar de sus parvulillos recibieron las aguas bautismales. Más sin embargo, de esa conformidad general, entre los viejos, había algunos reacios a la mudanza de lugar, toda vez que se interponía la dificultad de "mudar la vida silvestre y bárbara en que se envejecieron". También, a pesar del cambio efectuado, a otros los tiraba al monte "a donde a veces celebraban sus embriagueces, porque en el pueblo de Ahome estaban, ya desterradas", y en cuanto a esta clase de vicios y alegrías, todos sabían "que entrando la doctrina a sus tierras, se da fin a este abuso".

Aún con mayor facilidad que los batucaris, los de otro grupo más numeroso, de pescadores, se redujeron también a la vecindad de los ahomes. De sus niños, más de un centenar fueron bautizados, en cuanto a la gente adulta, fue asidua concurrente a la doctrina, para así recibir en tiempo oportuno el mismo sacramento. De esta manera, con este nuevo concurso, el pueblo de Ahome, se vio aumentado en 500 vecinos, todos viviendo "en grande concordia y hermandad y con mucha comodidad de agua, monte y tierras en que sembrar.

Dispersamente, en los bosques y marismas de la parcialidad, menudeaban los núcleos o pequeñas rancherías de indios salvajes, descollando entre éstos los comoporis. Sin casas propiamente dichas, habitaban en los médanos de una península situada siete leguas adelante, del pueblo en el que se asentaron los bacoreguis; península que puede identificarse como la que lleva el nombre de San Ignacio o de Isla Partida. Era gente fiera y de la misma habla que los ahomes, más no tenían con éstos amistad alguna. Su capitán era un gran guerrero de nombre Cohari, bajo cuyas órdenes, llegaron a conquistar la fama no tan sólo de bravos sino también de feroces; fama que se comprueba por el hecho de que en una ocasión repelieron, a campo abierto, una acometida de los temibles zuaques, a quienes les hicieron muertos en gran número, quedando los vivos con escarmiento y memoria por muchos años, de la fuerza y valentía de los dichos comoporis.

Empeñado como estaba el padre Ribas en llevar a cabo íntegramente la reducción de cuanta gente se hallaba diseminada por la costa ahomense, con miras a su catequización y obediencia, hizo una visita a los comoporis, contando de antemano para ello con la licencia del padre superior, el rector del Colegio de la Villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa. Le sirvió de escolta al padre en esta ocasión, el cacique don Miguel, con un centenar de indios de Ahome; y aún cuando los comoporis tenían noticia anticipada de que iría a verlos el misionero, al llegar éste a sus tierras, esquivaron su presencia, remontándose y ocultaron a sus hijos, tal y cual lo acostumbraban hallándose en guerra.

Pero transcurridos algunos momentos desapareció el recelo que aquellas gentes abrigaban y poco a poco fueron apareciendo y poniéndose en contacto con el religioso. Cuando eso sucedió, el padre les habló inspirándoles confianza e induciéndolos a la conversión. Al tocar el punto dificultoso de su reducción, les dio a entender que no se trataba de sacarlos de la parte donde vivían; advirtiéndoles, sin embargo, que de no congregarse en otro puesto, le sería imposible continuar visitándolos, por el impedimento del río, que por aquellos llanos, la mayor parte del año venía tan desenfrenado y explayado. A lo dicho añadió, que no sería posible que tuvieran Iglesia y doctrina, en parajes tan in-

hóspitos y apartados como eran aquellos médanos, en donde ni siquiera tenían la facilidad del agua dulce, ni maíz para la subsistencia. Aunque les manifestó, que de cualquier manera, con haberlos visto y visitado se daba por satisfecho, pero que los invitaba a que, de cuando en cuando, fueran a visitarlo a Ahome, y que también visitaran los pueblos cristianos, que ya eran sus amigos y los ahomes sus parientes, asegurándoles que si deseaban poblarse junto con éstos y sembrar en sus tierras, con gusto se les daría cabida.

Si bien, el padre no logró por de pronto lo que deseaba y pretendía, por lo menos con la visita efectuada dejaba una simiente para lo futuro; pues no estuvo lejano el día en que aquellos gentiles, siguiendo los mismos pasos de los restantes comarcanos, hubieron de llegar a la meta de su conversión. Porque en efecto, principiaron por dedicarse a la labranza, frecuentaron los pueblos de cristianos, luego asistieron a la doctrina; algunos se bautizaron y hasta se acomodaron a vivir con aquellos que ya no eran gentiles, sino que profesaban el Evangelio.

En el término de dos años de cotidiana e insistente labor, por parte del padre Ribas, ya se habían incorporado al rebaño de la Iglesia y se habían reducido a pueblos, prácticamente en su totalidad, los grupos montaraces y marismeños o marítimos antes mencionados que, "parecían indomables"... "Pesca fue esta de hombres, que hacían vida con los peces: estos, entraron en las redes apostólicas de la doctrina evangélica", escribe Pérez de Ribas, aludiendo a los comoporis.

Algo así como unas 600 personas, que en circunstancias de estrechez y haciendo su vida aparte se hallaban pobladas en pequeños grupos, ya en los montes, ya en las marismas, en las proximidades de Ahome, se agregaron o redujeron a pueblos cristianos, quedando "en grande amistad y hermandad con los mansos ahomes, ante sus enemigos capitales". Con el tiempo, la reducción se hizo tan plenamente, que "no quedó ni viejo, ni vieja, de los más amadrigados en sus montes, que no saliesen dellos, y de toda aquella marina". En cuanto al pueblo de Ahome, quedó esta de vecindad, con unas 600 casas y "en muy buena disposición" al acrecentarse el número de sus habitantes, con el aporte de los batucaris, los comoporis y los bacoregüis.

Durante dos años, sin la compañía, ni la ayuda de ningún otro religioso, el padre Andrés Pérez de Ribas, se mantuvo solo entregado a sus apostólicas tareas entre los ahomes y los zuaques, hasta que llegó a Ahome, el padre jesuita Vicente del Águila, a compartir con él dichas tareas.

Con la finalidad, de llegar a catequizar y a reducir al residuo de gentes montaraces y marismeñas, aún dispersas en la comarca de Ahome, el padre Ribas, le encomendó al nuevo padre, la misión de irlas a visitar a sus puestos y madrigueras. El padre Aguila, desempeñó cumplidamente el encargo, visitando con asiduidad, a dichas gentes en los sitios en que habitaban, y amansándolas con el trato personal y con la prédica. De esta manera, como fruto de tales empeños, consiguió recogerlas para formar un nuevo pueblo, al cual se le impuso el nombre de Arcángel San Miguel, cuya fecha probable de fundación acaso haya sido el 29 de septiembre de 1608. En la nueva vecindad, situada dos leguas arriba del pueblo de Ahome, se agruparon en convivencia más de 400 familias; sin que se hubiera presentado, que se sepa, obstáculo alguno que impidiera que los vecinos se amoldaran a las leyes humanas y cristiana, aprendieran la doctrina y se bautizarn, con el significativo resultado de que también ellos, por su parte, hicieron otra Iglesia "tan grande y tan hermosa como la de Ahome".

De cuanto se ha dicho hasta este momento, se desprende que, en resumidas cuentas, los ahomes y sus consortes o confederados quedaron reconcentrados o reducidos en dos pueblos, el de Ahome como principal y el de Arcángel San Miguel. Desde que el padre Ribas se ausentó de Ahome, en 1617, hasta el año en que terminó de escribir (1645) su "Historia de los Triunfos...", ambos pueblos eran administrados por un solo sacerdote y para entonces ya se habían bautizado de diez a doce mil almas.

Arcángel San Miguel es el llamado "pueblo viejo" de San Miguel Zapotitlán; pueblo cuya Iglesia y caserío fue arruinado por el ímpetu de una creciente del río, quedando en su sitio, tan solo ruinas o escombros que forman un montículo, cubierto de vegetación, como vestigios del viejo templo construido por el padre Águila. La ubicación del "pueblo viejo", está o estuvo hacia el sureste del actual San Miguel Zapotitlán, carretera internacional de por medio y junto al río. Des-

pués del siniestro, el cambio del poblado se impuso y entonces surgió el nuevo pueblo de San Miguel, edificándose la Iglesia lugareña, sobre la falda de una nueva colina. A la fecha sólo existen unos paredones de esta fábrica, de la cual reza un viejo documento que en 1875, se hallaba "casi arruinada, con la casa del padre ministro, por la débil fabrica de adobes con techo de paja y tierra".

UN BARCO, SORPRESA Y NOVEDAD.

En la primavera del año de 1615, el Capitán Juan de Iturbi, zarpó de Acapulco con dos navíos, en comisión del sevillano Tomás Cardona, dirigiéndose al Brazo de las Californias, con el objeto de descubrir en él y explotar criaderos de perlas. Por aquella época, los corsarios de la ciudad inglesa de Pecil, entrando con sus naves por el Estrecho de Magallanes, y saliendo a la Mar del Sur, recorrieron la costa de la Nueva España, hasta la entra del seno californio, donde dieron con las del Capitán Iturbi, una de las cuales, cayó en poder de dichos corsarios a los que llamaban "pechilingues". El navío que se libró de la captura, se internó en el Golfo; lo tripulaba Iturbi, continuó navegando hasta los 30 grados de latitud, sondeando y buceando con algún éxito.

A causa de los "noruestes" y de la necesidad de abastecerse de agua y comida, desde la altura indicada, se regresó Iturbi; arribó –escribe el padre Alegre— "a la bahía de la Encarnación, vecina del pueblo de Thomé (entiéndase Ahome), donde el padre Andrés Pérez de Ribas, lo socorrió abundantemente". ¿Cuál era esa bahía de la Encarnación?... Difícil sería identificarla, toda vez que, no figura este nombre en ningún mapa antiguo de los divulgados; ni siquiera en el delineado en 1702, por el padre Kino, en el cual, en cambio, si aparece la bahía de Santa María, el arrecife o farallón de San Ignacio y la bahía de San Lucas, antiguo nombre de la bahía de Agiabampo.

Al divisar los indios, desde la costa ahomense, una casa (o "teopa" como dizque ellos decían), que caminaba por el mar, dieron aviso de la novedad al padre Ribas, quien sin vacilar, supuso que se trataba de navegantes españoles. Por si estos llegaban a aproximarse y bajar a tierra, el padre ya se disponía a escribirles una carta, para que supieran que se

hallaban en tierra poblada de cristianos, asistidos por la Compañía de Jesús, que podrían socorrerlos, cuando en medio de gran algarada, por parte de los indios, irrumpieron en Ahome, dos marineros, quienes al desembarcar se guiaron por los rastros de los pescadores. Por medio de estos sujetos, el padre supo quien era el capitán de la embarcación y en que circunstancias de apremio se encontraban.

En vista de los informes y presto al auxilio, el padre Ribas preparó un cargamento de tasajo de res, pinole y otras cosas más de esta tierra; con el cual y escoltado por don Miguel y una tropa de indios, partió hacia el lugar donde se hallaba fondeado el bajel, frente a la playa. En llegando el padre, después de haber cruzado dificultosamente por esteros y marismas, en un bote pasó a bordo del buque, invitado por su capitán. Tratando de sacar partido de las circunstancias, el misionero se hizo acompañar de don Miguel y demás indios, que en el batel pudieron hallar acomodo, pues su empeño de que los indios visitaran la nave no era tanto por complacerlos, como porque movidos de la novedad y la admiración habrían de referir cuanto vieren a los de las naciones comarcanas, "que tan ignorantes estaban de otro mundo", lo cual redundaría a favor del renombre de los españoles y de la confirmación de la doctrina y de la fe que la Iglesia predicaba. Durante tres día, el barco permaneció fondeado a una o dos leguas de distancia de la playa, y "no cesaban tropas de indios en ir y venir a verlo llevando bastimentos de las semillas que tenían y rescatando con ellas algunas ropas de los españoles".

En habla con Iturbi, el padre Ribas le dio informes relativos a la ubicación de la Villa de San Felipe, y lo enteró de que en ellas se hallaban el presidio y la casa de la Compañía de Jesús. De modo que, con esta orientación, al zarpar el navío, se dirigió a la boca del río Petatlán, donde el Capitán Hurdaide impartió al Capitán Iturbi, la ayuda que fue menester.

Ya en estas costas, Iturbi se internó en un puerto que anteriormente haabía descubierto, en su travesía de Ahome al Petatlán. Esta bahía, inmediata a la de Topolobampo, recibió de Iturbi, el nombre de San Ignacio, con el que hasta la fecha es conocida. Durante algún tiempo, dicho capitán, permaneció en esta bahía –apunta el Capitán Hurdaide— de-

dicado a construir una barca chata, acabada la cual y luego de proveerse de bastimentos, se hizo a la mar; circunstancia de la que se infiere que Iturbi no podía seguir utilizando su antiguo barco, tal vez por averiado e inservible. Al darse a la mar Iturbi, prosiguiendo en el buceo de perlas, pasó a la contracosta y subió hasta el paralelo 32, desde donde en definitiva regresó, para dirigirse probablemente al puerto de Acapulco.

El Capitán Hurdaide, sufragó todos los gastos causados por el Capitán Iturbi y los agregó a otras cuentas pendientes, con la esperanza de ser reembolsado en su solicitud de ayuda que hizo al virrey, a quien en carta de fecha 27 de febrero de 1616, le dice: "También di asistencia al capitán Juan de Iturbi; después de haber perdido su bajel, tenía que continuar su buceo de perlas con un pequeño bote y fue obligado a tomar tierra. Lo ayudé con todo lo que fue necesario, para que se abasteciera de madera, brea, jarcia, clavos, toneles de acero para agua y arcas para los víveres".

DATOS BIOGRÁFICOS DEL PADRE RIBAS.

Don Andrés Pérez de Ribas, diligente misionero de los ahomes, los zuaques y por último de los yaquis, era de origen español; en el año de 1576, vio la luz en Córdoba, provincia de Andalucía, y en 1602 vino a la Nueva España, en calidad de novicio de la sociedad de Ignacio de Loyola.

A raíz de haberse ordenado sacerdote en la ciudad de México, solicitó ser destinado al servicio de misiones. Como por entonces el capitán de Sinaloa, don Diego Martínez de Hurdaide, se hallaba en la citada metrópoli pidiendo, entre otras cosas, un número adicional de religiosos con motivo del planeado establecimiento de las misiones del río Zuaque, fue esta la ocasión propicia para que Pérez de Ribas, en unión del padre Cristóbal de Villalta, viniera destinado a la Misión de Sinaloa.

Once años de su vida, entre 1605 y 1617, los consagró a formar y cultivar apostólicamente la cristiandad de indios ahomes y zuaques. Cuando ya estaban plantadas las misiones en el río Mayo, se estimó como necesario y oportuno pasar hacia delante con la doctrina, en compañía del padre Tomás Basilio, nuestro biografiado pasó a encararse de la reducción y evangelización de los yaquis, labor en la que se aprovecharon sus conocimientos y su experiencia.

Después de haber sido relevado en sus tareas misionales, en 1620 se dedicaba a ejercer su ministerio en las cercanías de la capital. Enseguida obtuvo el nombramiento de rector, del famoso Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo, especie de universidad en la que los jesuitas cursaban Gramática, Latinidad, Filosofía, Sagrada Teología, Derecho Canónico, etc.; fue puesta también a su cargo la Casa Profesa, de la que dependían los ministerios que los padres de la Compañía de Jesús desempeñaban. Además, desde 1638, hasta 1641, desempeñó el alto cargo de provincial de la Compañía, en la Nueva España y finalmente, fue procurador de la Orden en la Ciudad Eterna.

Cuando volvió de Roma, se dedico en la ciudad de México, al estudio y a escribir varias obras de gran importancia documental, como fueron la "historia de Cinaloa", la "Crónica e Historia Religiosa de la Provincia de la Compañía de Jesús en la Nueva España" y la multicitada "Historia de los Triunfos de Nuestra Santa Fe entre las gentes más fieras y bárbaras del Nuevo Orbe". El título que su autor le dio a esta última obra, editada en Madrid por primera vez en el año de 1645, se justifica "por ser cierto que los triunfos y victorias que se han conseguido en las misiones de que escribo, son dignas de memoria, peleando y reduciendo gentes al Cristianismo, mas indómitas que los leones y osos que desquijaron a David y Salomón. Porque sin desquijarar ni quitar la vida a esas gentes fieras, se quebrantaron y arrancaron sus costumbres bárbaras, indómitas y nunca oídas, y se introdujeron en su lugar las cristianas y santas prédicas en el Evangelio suave de Cristo, con que los que eran fieros e inhumanos, quedaron trocados en mansas ovejas de su rebaño... (Ribas)".

Se registró su muerte en la ciudad de México, el 26 de marzo de 1655, cuando cifraba los 79 años de edad. Los antecedentes biográficos de su persona, incuestionablemente revelan, que los ahomes y los zuaques, tuvieron como pastor a un sacerdote de gran calidad moral, intelectual y eclesiástica, que entre los miembros de su Orden en la Nueva España, llegó a escalar las más altas jerarquías.

ÁGUILA, SUCESOR DE RIBAS.

Con motivo del traslado del padre Ribas a las misiones del Yaqui, el

padre Vicente del Águila, vino a sucederlo como ministro titular, en el partido de los ahomes y los zuaques, que aquel dejaba vacante.

Sin tropiezo alguno y solo, el padre Águila, continuó asistiendo a todos los fieles de su parroquia. En su tiempo una creciente del río destruyó la Iglesia que el padre Ribas había dejado edificada en el pueblo de Ahome. El padre Águila, se encargó de levantar otra fábrica de mayores proporciones, en el mismo sitio que ocupaba la anterior, sin que él llegara a ver terminada su obra, por haber fallecido el 5 de marzo de 1641, víctima del tabardillo. Se le sepultó en la Iglesia sin concluir.

En el ejercicio de su ministerio el padre Vicente Águila, fue un individuo tan afanoso como capaz. Predicaba con facilidad a sus feligreses en la lengua, en la que según se afirma, compuso arte (gramática), léxico, doctrina, sermones y cantos. Ascendiendo en jerarquía, de Ahome, pasó a la Villa de San Felipe, a ocupar el puesto de padre Superior de la Misión de Sinaloa y posteriormente, fue promovido a otro cargo, el de Visitador de la propia Misión, en el cual duró cuatro años.

Por su biógrafo, el padre Lorenzo Xatini, se sabe que el padre Águila, era español; que ingresó a la Compañía de Jesús en Alcalá de Henares, de la Provincia de Toledo; que se graduó de bachiller de artes en la Universidad de dicha ciudad; que hizo el noviciado en Villarejo de Fuente y que, siendo estudiante de teólogo pasó a la Nueva España, adonde se graduó de sacerdote, habiéndose dedicado durante los últimos 35 años de su vida al servicio de misiones, en Sinaloa.

EVANGELIZACION DE LOS ZUAQUES.
VISITA INICIAL DEL PADRE RIBAS.

Los pueblos de la parcialidad Zuaque, eran tres: Mochicahui, Charay y otro más, cuyo nombre no menciona Pérez de Ribas, pero que, sin duda, ha de haber sido el de Cigüini, citado por Baltasar de Obregón en su "Historia de los Descubrimientos Antiguos y Modernos...". Se hallaban situados los tres pueblos, de extremo a extremo, en una distancia de seis leguas y se estimaba que en conjunto, tenían una población de "mil familias y vecinos".

Mostrando su interés por los zuaques, pasados apenas los prime-

ros ocho días de su llegada y estancia en Ahome, fue el padre Ribas a visitarlos, llegando en primer término a Mochicahui, que era el principal pueblo que ellos tenían, "asentados la orilla de un hermoso llano, que gozaba el más fértil valle que hay en todo Sinaloa". Este pueblo tenía en 1605, según cartas del capitán Hurdaide, 174 guerreros y 397 mujeres y muchachos.

Un recibimiento con visibles a la vez que espontáneas muestras de contento y reverencia, le hicieron a Mochicahui los vecinos, quienes formando grupos acudieron a darle la bienvenida y a besarle la mano como a su padre espiritual. En una enramada que previamente se había dispuesto para la visita y los oficios, el Padre les habló a los mochicahuis en los términos y sobre los asuntos que la ocasión demandaba. Les manifestó que iba sin armas, ni soldados a darles amparo y a enseñarles, como sacerdote, el camino de la salvación eterna. Concluyó persuadiéndolos de que habrían de bautizar a sus retoños, para ejemplo de otras naciones vecinas; aún cuando a este respecto, de antemano Luisa que conocía la rutina seguida por los padres, tenía reunidas a las madres con sus pequeños hijos. En esta ocasión el padre bautizó como 300 párvulos, que fueron apadrinados por algunos cristianos que allí se hallaban presentes y entre ellos Luisa y sus tres hijas. Hace notar el padre Ribas, el gran placer que los naturales experimentaban cuando a una niña, "se le ponía el glorioso nombre de María, lo cual celebraban y recibían con particular aplauso y alegría, diciendo: lat tehua, que quiere decir nombre principal y de señora y quien lo celebraba más era la Luisa cristiana y se lo daba a entender.

Una vez concluidas, dentro de las premuras del viaje o de la visita, las tareas evangélicas iniciales que concernían a Mochicahui, el Misionero pasó adelante, a visitar los otros dos pueblos de la nación zuaca; precediéndolo siempre Luisa, para ejecutar el encargo de tener reunidas a las madres, para que les fueran bautizados sus hijos. De suerte, que así como en Mochicahui, a los vecinos de Charay y de Cigüini, les hizo el padre sus prédicas y exhortaciones de estilo y les bautizó a sus hijuelos.

En dos vueltas del padre Ribas a la parcialidad zuaque, quedaron bautizadas como 800 criaturas y además 27 ancianos a quienes, por su

edad y "por ser la vejez una enfermedad", se les dispensó la dilación o aplazamiento a que estaban sujetos, los muchachos grandes y los adultos, para que recibieran las aguas del bautismo, ya que como se sabe unos y otros en el caso debían antes recibir cierta preparación en materia de catecismo y sin lo cual no podían ser bautizados.

LA CATEQUIZACIÓN.

La catequización, dio principio con la primera visita que hizo el padre Andrés Pérez de Ribas, a los pueblos de los zuaques, a continuación de la cual y para que en ellas se celebraran los oficios divinos, procedieron los vecinos de las tres comunidades antes mencionadas, a levantar sus correspondientes Iglesias a lo rústico y provisional. En cada pueblo se formó una lista de los catecúmenos o gente adulta, que concurría y con muy grande afición a sus Iglesias, a oír las prédicas y a recapacitar en la doctrina, al grado de que no salían de aquellos recintos.

Cada vez que de Ahome volvía el padre a visitarlos, invariablemente, las indias zuacas acudían a la Iglesia con sus hijos, para que se los bautizaran y a oír misa.

Acabada la preparación de los catecúmenos, fueron todos bautizados en medio de grande júbilo. Entre los bautizados, figuraba aquel Buenaventura, pariente de Luisa, a quien Hurdaide le perdonó la vida, librándose de ser ahorcado con 42 de sus congéneres, que sí lo fueron. Se le bautizó precisamente en primer término, y después este indio prestó gran ayuda para que se acabaran de bautizar todos los de la parcialidad del zuaque.

También entre los primeros adultos que recibieron el bautismo, figuró un zuaque que porque "hacía punta en las batallas" era muy afamado; razón esta última por la cual y porque además era capaz de sublevar a otras naciones inconformadas, el capitán y el padre procuraban siempre tenerlo grato. Dicho individuo hacía vida marital con varias mujeres, por lo que para convertirse, de gentil en cristiano, tuvo que elegir de entre ellas una sola, con quien se bautizó y casó in facie ecclesiae, o sea de manera abierta y pública en la Iglesia, recibiendo como nombre de pila el de Cristóbal Anamei. Una vez bautizado y regularizada su

vida matrimonial, el Capitán Hurdaide, lo nombró gobernador de los zuaques y con este motivo le regaló caballo, espada y vestido español. Durante muchos años, este indio gobernó a su parcialidad, y al padre Ribas, le prestó una colaboración muy valiosa, en la edificaión de las Iglesoas formales y grandes, que on orgullo legarna lucir los pueblos de Mochicaui y Charay.

Hasta el final de su vida Anamei, dio muestras de ser un convencido y fiel cristiano. En cierta ocasión, se robó a una mujer ajena y del hecho, causa de un gran escándalo, el padre Ribas dio parte al Capitán Hurdaide. Era un caso en el que se debía obrar con la mayor prudencia, por lo cual y a fin de que su autoridad asentada no sufriera menoscabo, el Capitán dejó en manos del padre el asunto, para su más acertada solución. Desde luego, se trataba en el caso de Anamei, de un personaje que tenía la investidura de gobernador de los zuaques y que por añadidura era muy belicoso, así como temido y de gran influencia en su comunidad; por todo lo cual, a todas luces resultaba arriesgado aplicarle el desafuero. Más por fortuna para la causa de la pacificación, no fue necesario apelar a medidas extremas, por no haber dado lugar el incidente a mayores complicaciones, toda vez que habiendo recapacitado Anamei en su mala acción, ocurrió ante el padre mostrándose arrepentido. De tal actitud, se derivó entonces la edificante solución que tuvo el suceso, ya que a la compunción siguió una disculpa, que el infractor dio al marido ofendido, además una disciplina de golpes y azotes que se propinó a sí mismo y de espontánea voluntad, en el interior de la Iglesia y en presencia de dos fiscales. Para cumplir esta penitencia, Anamei, entró de rodillas a la Iglesia y en señal de humildad, despojado de su camisa y chaqueta, prendas que eran para él galas de su cargo y de su costumbre de andar siempre vestido muy a lo español.

En lo adelante y sin que nunca más ocurrieran ni estorbos, ni interrupciones, continuó hasta su término la catequización o sometimiento evangélico de los zuaques. Durante este proceso, fue reunido con gran regocijo de los vecinos, un grupo de muchachos para que aprendieran a leer, escribir y cantar, cosa necesaria al servicio de la Iglesia. De motu propio, jóvenes y viejos acudían en partidas, a pedir y recibir el

bautismo. Lógicamente, en cada visita del padre, se veía aumentado el número de los bautizados, e iban quedando otros en preparación, para la siguiente vez; y en esta forma, al cabo de un año, quedaron bañados con las aguas del bautismo, todos los de la nación zuaque, un verdadero rebaño de tres mil almas, que logró constituir y apacentar con el mayor celo apostólico el padre Ribas.

En un fragmento de la Carta Anua de 1650, que transcribe en su "Historia de la Iglesia en México" el padre Mariano Cuevas, se hace referencia a los sentimientos piadosos de un guerrero o capitán zuaque, que vivía en Mochicahui y era muy afamado entre las gentes de su parcialidad. Su nombre era don Alonso de Theicul y lo bautizó, entre los primeros, el padre Ribas. Por tratarse de un hombre muy capaz y de prestigio, el Capitán Hurdaide, lo nombró gobernador de los zuaques, probablemente como sucesor de don Cristóbal Anamei. Vestía, como todos los gobernadores indígenas al servicio del capitán, de la Provincia, a la usanza española y portaba espada, daga y sombrero de pluma, insignias todas ellas obsequio de Martínez de Hurdaide. Ya en su ancianidad, en 1648, renunció a su cargo y vino a fallecer dos años después, no sin antes, haberse preparado para este último trance, yendo a Charay a recibir de un padre Villanuño, la Extrema Unción y el Santo Viático. En esa misma carta, refiérese también que otro indio, de nombre Benito Bayásegui, que era catequista, maestro o temastián en la comunidad zuaque, con la debida antelación, se preparó a bien morir en el seno de la Iglesia, recibiendo los santos óleos y haciendo algunas disciplinas o penitencia, tal como flagelarse por su propia mano.

Desde el comienzo de los trabajos misionales, en su parcialidad y en una forma gradual y progresiva, los zuaques fueron entregando su conciencia y albedrío, por la vía de la fanatización, al orden catequista que inexorablemente los iba absorbiendo. Al enumerar los progresos realizados en el campo evangélico, hace notar el padre Ribas, que entre estas gentes se arraigó sobremanera la costumbre de saludar con un "Alabado sea Jesucristo", expresión con la cual remataban la doctrina en la Iglesia, saludaban al padre y entre ellas mismas se saludaban. Cada vez con mayor fervor y asiduidad concurrían a la Iglesia, los domingos

a oír misa y el sermón, lo mismo que entre semana; y la comunión fue introduciéndose poco a poco, e invariablemente los casamientos eran hechos ante la Iglesia.

Para su mejor administración eclesiástica, los tres pueblos zuaques, que se mencionaron al principio, fueron reducidos a dos (Mochicahui y Charay), situados a dos y media leguas de distancia uno del otro y en los que en total vivían 800 vecinos; por lo que, por consiguiente quedó suprimido o desarraigado, tal vez por su poca significación, el pueblo de Cigüini. Por último los zuaques, edificaron sus Iglesias en toda forma, de lo cual adelante se hablará en detalle, e hicieron las respectivas casas curales y aún las propias, de adobe, quedando en los dos pueblos formadas y bien dispuestas su plaza y las calles. Como las demás comunidades indígenas, la de los zuaque, como ya vimos, tuvo a sus gobernadores nombrados por el capitán de la Provincia de entre los vecinos de mayor significación y competencia; y en su función de autoridad pueblerina o comarcana responsable, el gobernador daba aviso al padre de cualquier desorden o escándalo que en su jurisdicción llegara a registrarse, a fin de que se pusiera el remedio conducente.

Como resultado de la constante y bien organizada labor eclesiástica, en pocos años se llegó a palpar de manera evidente la transformación de la vida individual y social de los zuaques, en sus diversos estadios. Expresándose de esos progresos o cambios, el padre Ribas escribió: "en el vestido se han reformado mucho, y muchos de ellos compran y tienen caballos en que caminar y llevar sus cargas". Esta cristiandad dice también, "ha preservado y persevera con mucho aprovechamiento de costumbres cristianas; y en los once años que viví en compañía de los zuaques doctrinádolos, no sentí alboroto de cuidado, ni después acá lo ha habido. Antes, en ocasiones de guerra y entrada a otras naciones, que se les han ofrecido a los españoles, haciéndose leva, de gente en pueblos zuaques, estos los han ayudado con fidelidad".

Lo expuesto, en resumen, viene a evidenciar la incontrastable y decisiva influencia catequista y educadora del misionero, en los otrora altivos y belicosos zuaques, cuya evolución fue dable a conseguir después de la represión, que tan enérgicamente les impusiera el Capitán

Hurdaide, tras de lo cual, estuvieron dispuestos a recibir la doctrina en sus pueblos. "Siendo esa nación tan fiera –expresa el padre Ribas--, quedó tan blanda y rendida que en adelante jamás se alborotó, ni se vió rebelión en ella". En efecto, quedaron los zuaques tan mansos y dominados, que hasta después de un siglo, en 1740, hicieron armas contra los españoles, en causa común con los yaquis y los mayos. Gerard Decorme asienta en "La Obra de los Jesuitas Mexicanos..." que en 1678 el pueblo de Asunción de Ahome, que forma parte del distrito del Zuaque, tenía una población de 626 almas; San Miguel del Zuaque 694, y San Jerónimo de Mochicahui, 550.

LAS IGLESIAS.

Con abundantes pormenores habla el padre Ribas, de las Iglesias que edificó durante la época de su ministerio, en Mochicahui y Charay: "Estando ya desocupada la gente de bautismos generales, se inclinaron los zuaques a edificar Iglesias de propósito como las que tenían sus vecinos. Tratóse con los principales esta materia y convinieron con mucho gusto en hacerlas. Propúselo después en la Iglesia, animando a las mujeres, que ayudasen a la obra. Las Iglesias habían de ser grandes y capaces para tanta gente y divisiones de niños y niñas que tienen sus puestos aparte, y concurrir no sólo toda la gente del pueblo a una misa, sino la de los vecinos, como por devoción lo usan, aún cuando la distancia no los obligue; y por estas razones era necesario fuesen las Iglesias my capaces y gastar muchos materiales en ellas. Las indias zuacas se ofrecieron con mucha voluntad a ayudar en la obra; y cada día que la había, andaban cincuenta o ciento acarreando agua; servíales, de no poco aliento a las bárbaras zuacas, el decirles que aquella casa era de la Madre de Dios, María, cuyo nombre, tenían por glorioso y amable; hasta los niños y niñas ayudaban y no poco a la obra; día había que trabajaban en ella de todas edades, cuatrocientas o seiscientas personas, aunque no duraba el trabajo mas de medio día, para no cansarlos. Acabáronse las Iglesias en los dos pueblos; blanqueáronse y adornáronse con pinturas y frente a ellas dos muy altas y hermosas cruces que formaban cementerios. Ufanos los zuaques de verlas acabadas, trataron de la fiesta de su dedicación, deseando que se celebrase con toda solemnidad y se convidasen a las naciones circun-

vecinas. Esto fue de mucho gusto para mí, porque entendiesen que con la Ley de Cristo, no les quitaban fiestas y alegrías honestas y santas, en lugar de las antiguas suyas, profanas y atroces. Púsose cuidado en solemnizar esta fiesta, con todos los medios vistosos de alegría y contento, por haber sido la conquista espiritual de los zuaques de la fortaleza más dificultosa de rendir, de cuantas el demonio poseía en esta Provincia y así, no se perdonó a ninguno de los que en tierra tan pobre, podían hallarse de música, bailes danzas, y fuegos".

Sobrecogidos de entusiasmo, con la terminación de su Iglesia, los indios de Mochicahui se dieron luego a la tarea de construir una ermita o capilla, dedicada a la Virgen, en la cima del cerrito situado hacia el poniente y a inmediaciones de la Iglesia, conocido hoy con el nombre de cerro de las Pilas. Todavía se descubren, en el sitio indicado, los cimientos de la ermita y algunos fragmentos de enjarre esparcidos por el suelo, así como la rampa de acceso groseramente arreglada sobre la roca natural del cerro.

La dedicación de la Iglesia y de la ermita fue simultánea. La noche de la víspera, se colocaron de cada parte, a fin de que alternando se correspondieran los sones, un terno de chirimía y otro de trompeta y se encendieron también en una y otra parte vistosos fuegos o luminarias. En lo alto de la Iglesia, ondeaban estandartes y gallardetes de seda de China, en tanto que, en la anchurosa plaza de enfrente, se encendieron fuegos, a la luz de los cuales los indios, con extremado regocijo se entregaron al goce de sus danzas vernáculas. Al día siguiente, una procesión recorrió la calles del poblado, exprofeso adornadas con follaje de árboles, y concluyó alrededor de la plaza, en cuyas cuatro esquinas se levantaron enramadas ornamentadas con ramos y en las que se improvisaron altares. Hubo misa cantada, con música y un padre dijo el sermón en la lengua. La fiesta remató con regalo de abundante comida y de la que más gustan los indios, pues "les dan los padres algunas reses, de las que se les envían del colegio para su sustento y el de los enfermos, porque en estos pueblos no hay donde buscarlo, ni comprarlo".

A tan rumbosa función, concurrieron en calidad de invitados, los ahomes y sus comarcanos marismeños, así como también muchos vecinos del río Mayo, quienes se mostraron sorprendidos de la radical transformación que había tenido la nación zuaca, en otro tiempo tan agitada y belicosa y ahora tan dócil y cristiana. Los convidados se volvieron "muy edificados y alegrísimos a su tierra, y los zuaques, quedaron en las suyas sin hartarse de ver sus Iglesias y obras de su manos; tan engolosinados se encontraban del adorno y hermosura del culto divino (que mucho atrae a estas naciones) que determinaron después hacer algunas sementeras de maíz, acudiendo de comunidad los pueblos a su labor, para vender sus frutos a los españoles y soldados y con el precio comprar algunas cosas de ornamento de sus Iglesias, como en efecto lo pusieron por obra".

El espíritu de cristiandad de los zuaques, la paz y concordia en que ahora vivían y las atractivas Iglesias que habían edificado, dieron motivo a la admiración de las parcialidades de tierra adentro, hacia ellos; de tal suerte que, de la "nación del río Mayo, toda gentil y muy populosa, distante cuarenta leguas, y que nunca habían tenido comercio, ni amistad con los zuaques", vinieron los caciques a visitarlos y a ver con sus mismos ojos, los adelantos materiales y espirituales de sus visitados.

Lo que no dice el padre Ribas, es a que santo o patrono fue dedicada la Iglesia de Mochicahui, así como tampoco la de Charay. Lo que se sabe es que el patrono de Mochicahui, es San Jerónimo y por lo que a Charay se refiere, seguramente su primer patrono fue San José, ya que con esta advocación aparece en el mapa de la Misión de Sinaloa, que se encuentra en "La Obra de los Jesuitas Mexicanos durante la Época Colonial"; sin embargo de lo cual, el nombre con el que últimamente ha sido conocido el poblado, es el de Purísima Concepción de Charay, que aparece en la titulación federal de sus terrenos. Es probable, que el primer título de San José, emane de la dedicación de la Iglesia levantada en el lugar, por el padre Ribas; y el segundo, de la dedicación de la fábrica que, en substitución de aquella, se construyó con fondos de la Real Hacienda.

En 1785,el primer obispo de Sonora, fray Antonio de los Reyes, rindió a su majestad un informe general relativo a las provincias de Sonora y Sinaloa. Se dice en dicho informe que en Mochicahui, las casas y la Iglesia se hallaban en completa ruina y que los ornamentos, vasos sagrados y otras alhajas de la sacristía, se custodiaban en una pequeña pieza

que se había reparado de nuevo; y también que en Charay, se fabricó de adobes con techo de madera y tierra, la Iglesia, de cuenta de la Real Hacienda, mas que ya se encontraba casi arruinada y no podían celebrarse en ella los oficios divinos.

Al referirse el mencionado informe episcopal a la Iglesia de Mochicahui, alude tal vez a la que construyó el padre Ribas en fecha no posterior a 1617; al arruinarse esta fábrica, próxima a ella, se edificó otra nueva, con posterioridad a 1785, la cual ahora se halla en ruinas; en tanto que, en el sitio que ocupaba la Iglesia primitiva, hoy se levanta la que, de mampostería de ladrillo y estilo moderno, se construyó, gracias a la iniciativa y devoto empeño de la señorita Dolores Zavala Quintero.

En cuanto a la Iglesia de Charay, a la que el padre Ribas se refiere como autor de ella, se derrumbó por efecto de una creciente del río, según se sabe por tradición y asimismo lo denuncia la existencia de un montículo, formado por escombros de tierra. Junto a este montículo, se levantó con fondos de la Real Hacienda, otra fábrica también de adobe, con tres naves y techo de madera y tierra y jaharrada interiormente. Della quedan tan sólo a la fecha algunos muros derruidos; dentro del perímetro de los mismos, se esta edificando una nueva Iglesia o capilla de ladrillo, al conjuro del esfuerzo y religiosidad de la antedicha señorita Zavala.

En lo general, las Iglesias que los jesuitas edificaron en la Provincia de Sinaloa, si bien en su mayoría eran vastas y espaciosas, por ser de adobe, eran relativamente deleznables y no eran obras de arte, pues carecían de méritos arquitectónicos. Las mejores tenían su coro, bautisterio, sacristía, altar mayor y anexa, la casa cural; el campanario no formaba parte integrante del cuerpo del edificio, sino que se erigía por separado y fuera del mismo, a corta distancia de la puerta mayor, valiéndose de una viga consistente, soportada por dos horcones igualmente competentes y de esa viga se suspendían las campanas. La fábrica, como se ha dicho, era de adobe; sus techos de terrado; no tenían portadas ni de cantería, ni de ladrillo, ni mucho menos cúpulas ni torres (solamente la Iglesia de la Villa de San Felipe tenia su torre); por lo que, en cuanto a su macicez y arquitectura, en modo alguno eran comparables a las Iglesias coloniales que había por tantas partes de la Nueva España. De Iglesias de la clase

descrita, fueron de las que durante más de tres siglos disfrutaron los pueblos de Ahome, San Miguel Zapotitlán, Mochicahui, Charay, Sivirijoa, Tegüeco, Toro, Baca, Choix, Baimena, y Huites, todos ellos de reconocido abolengo indígena.

EVANGELIZACIÓN DE LOS TEHUEOS SU REDUCCIÓN A PUEBLOS.

Los tegüecos, se hallaban poblados a lo largo del río Zuaque, en una extensión de siete leguas. Primitivamente, los pueblos de esta parcialidad eran tres y comenzaban, como lo apunta el padre Ribas, cuatro leguas río arriba, del último de los zuaques (Charay, o tal vez Cigüini); distaban de la villa española de San Felipe y Santiago de Sinaloa, dieciséis leguas; así como no más de tres leguas, de la extinta villa de San Juan Bautista de Sinaloa.

Estos Pueblos eran: Sivirijoa, al sur; Tegüeco o Tehueco, en el centro de la parcialidad; y Macori, que llegara en una época a ser el principal, al norte y en vecindad con la villa vieja de San Juan de Sinaloa. Posteriormente y por quedar a corta distancia del entonces recién construido Fuerte de Montesclaros, los españoles suprimieron la vecindad de Macori, dejando subsistentes los poblados de Tegüeco y Sivirijoa.

De acuerdo con la prioridad que tuvo Ahome, según el decir del padre Ribas, no fue sino con posterioridad al año de 1605, cuando el padre Pedro Méndez entró a fundar su doctrina en su partido de Tegüeco, lo mismo que el padre Cristóbal de Villalta en el suyo de los sinaloas. Explícitamente el padre Alegre confirma tal aseveración, al decir que los padres Méndez y Villalta, hubieron de retrasar su entradas a los partidos de Tehueco y Sinaloa respectivamente, “hasta allanar ciertas dificultades con la licencia del virrey y probar más con la dilación, la sinceridad de aquellos pueblos. Entraron en efecto, en ocasión de una epidemia, a fines del siguiente año de 1606, con el mismo suceso que había tenido entre los zuaques el padre Andrés Pérez, ofreciendo al cielo por primicias más de seiscientos párvulos”.

Por su parte el padre Master Dunne, en su libro “Pioner Black Robes on the West Coast”, asienta que la Carta Anua de 1605, refiere que

en ese propio año el Capitán Hurdaide, acompañado de los padre Méndez y Villalta, entró a la parte alta del río del Fuerte. Dicho autor señala la presencia (supongo que ocasional) del padre Méndez en Tehueco, durante la cuaresma de 1605; que en la Anua de 1606,se alude a que en una especie de reconocimiento formal fue practicado por Hurdaide, acompañado de los tres misioneros (Ribas, Méndez y Villalta) y de 39 soldados, desde el pueblo de Ahome, hasta las faldas de la gran sierra; lo que era como una especie de marcha victoriosa, al cabo de un año de éxitos en las tareas evangélicas, en virtud de las cuales se consumó, la adición de las parcialidades del Zuaque, a la cristiandad de la Provincia de Sinaloa y obviamente, a la Misión de que aquella dependía.

También Gerard Decorme escribe, apoyado quizás en la misma base documental a la que Dunne recurrió, que en el año de 1605, se introdujo entre los tehuecos, la doctrina de asiento. Además hace referencia a una primera entrada (seguramente la preliminar de 1605) y a otra entrada formal y definitiva, que en tal caso sería la de 1606.

Otro detalle. Decorme anota, que la entrada del padre Méndez se hizo con escolta de soldados. En cambio Ribas, en forma que discrepa de lo que antecede, afirma que dicho religioso hizo su entrada en compañía de algunos de los tegüecos más principales y sin escolta de gente armada, no obstante que los tegüecos, fueron siempre muy belicosos, que ejercitaron sus armas contra casi todas las demás naciones de la Provincia, sin que sus enemigos se atrevieran a hollar sus tierras, aunque con los españoles en ocasiones habían mostrado amistad y ayudándoles en guerras y entrada, en otras siendo mudables habían tenido con ellos sus encuentros".

Más por sí mismo el padre Méndez, en una carta de la cual aparece transcrito un fragmento, en la "Historia de los Triunfos...", relata su primera entrada, de esta manera: "Recibiéronme nuestros tegüecos con muchas muestras de alegría y acudieron mejor de lo que podíamos esperar, trayendo a sus hijos para que los bautizase; aunque el río venía muy grande y furioso, los que estaban de la otra parte lo pasaban, a nado. A los que habían sido padrinos los regalaban y daban cuanto tenían y no vaciaban de gente en todo el día las casas de los recién bautizados. Desde que entré, hasta que salí, no vi indio con arco, ni con flecha en mi presencia.

Con tanta seguridad y paz como esta, procedían y con estar todavía en su gentilidad, tan habituados a bailes y borracheras, no hubo en este tiempo, ni rastro de esto: de que yo me admiraba, de que tanto tiempo se pudiesen abstener, sin dar una muestra de su antigua costumbre y pasión. Acudían, principalmente los domingos al pueblo de mi asistencia, de dos y tres leguas, con tanto concurso, que los campos se llenaban de gente, cargados todos de sus hijuelos porque se los bautizase. Procuraban regalarme a mi con cuanto tenían, no solo comida, sino algodón, con que se vistieron algunos niños, que me dieron para servicio de la Iglesia y cera para el altar. Todo esto con mucho afecto, preguntándome como habían de enterrar los niños bautizados que muriesen; con otras cosas, en que mostraban su buen ánimo. Dos parcialidades, circunvecinas a los tegüecos y de otra lengua, aunque saben algo de la tegüeca, movidos con los bautismos de los tegüequillos, pasando el río acudieron con grande afecto a rogarme que también bautizase a sus hijos. Ofrecíanse a todas las condiciones que se les pedían, como era asentarse entre los tegüecos, para vivir en su compañía; aún dejar su lengua y aprender y hablar la tegüeca, para más fácilmente ser enseñados. Cuando les di el si, fue grande la alegría que mostraron, y luego otro día de mañana vinieron las mujeres cargadas con sus hijos y comida de pinole (que es harina de maíz) y otras cosillas para los padrinos. Bauticé pasados de setecientos niños por todos, sin tocar en otras dos rancherías, por no estar aun asentadas".

Ya con la presencia del padre Méndez y con la iniciación de los bautismos de la niñez, los tehuecos procedieron a levantar sus Iglesias, por lo pronto haciéndolas de horcones y techos de paja. Preocupándose por la reducción de su feligresía, el padre procuró ir llamando y recogiendo a la gente dispersa por el campo y las sementeras; de esta manera todos fueron reducidos e hicieron sus casas en pueblos que formaron, "quedando en buena disposición de calles, Iglesias y plaza"; labor de indispensable congregamiento en la que intervino, con su ayuda eficaz, el cacique tehueco Diego Lanzarote. Además el padre llegó a consumar la reducción de unos indios montaraces, llamados Bacabachis, a los que los comarcanos, les daban el apodo de ratoneros, por el hecho de que se alimentaban de esos animalejos.

LA CATEQUIZACIÓN.

En tanto que el proceso de evangelización, se desenvolvía en su primera fase de rutina, prédicas iniciales y bautismo de parvulillos, la población adulta tehueca, a fin de llegar a recibir el bautismo, se iba preparando con empeño en el aprendizaje y comprensión de los más elementales principios de la doctrina y de la fe cristiana.

Por este sendero y ajo la influencia creciente de la acción catequista del misionero, grandes y chicos, se fueron bautizando y acudían con mucho fervor a los ejercicios de misa, doctrina y sermones. De esta manera, aunque no sin dificultades ya permanentes, ya esporádicas, el padre Méndez, logró constituir en su partido de Tehueco, una cristiandad floreciente.

En la consecución de esa tarea, el padre tuvo que enfrentarse a la oposición de individuos, que aferrados a sus antiguas creencias e idolatrías, a sus arraigados sentimientos, costumbres y a la personalidad que encarnaban, de plano hacían repudio de la doctrina evangélica y de la intromisión de los cristianos en la vida y destino de sus comunidades. Particularmente, la resistencia provenía de aquellos a quienes los misioneros de la Provincia llamaban hechiceros y que de ordinario, en realidad eran los elementos que soliviantaban a las naciones.

Empero, en cualquier aspecto lo de las creencias religiosas, primitivas y propias de estos individuos o de la comunidad tehueca, no constituyeron a la postre una dificultad mayor para que la evangelización, se impusiera a la conciencia de los ignorantes indígenas. De la existencia de estos conceptos o creencias el padre Méndez, en el acto de confesar a un hechicero a quien había logrado catequizar, llegó a saber que los tehuecos, tenían de su gentilidad nombres y figuras varias a las que adivinizaban y que, según el padre Alegre, venían a corresponder a la antigua idolatría de griegos y romanos.

Tanto el padre Ribas, como el padre Alegre, hacen mención de una carta del padre Méndez, en la cual, se especifica el carácter y esencia de estas divinidades, por cierto, ya enumeradas en el primer capítulo de esta misma obra; no obstante, aquí se repite esa enumeración.

Ouraba, por ser de índole feroz y por inspirar las guerras y vengan-

zas, era para los tehuecos una especie de dios Marte; divinidad a la que ofrendaban arcos, flechas y otras armas, cuyo nombre en la lengua tehueca significaba “la fortaleza”.

Otras veces, la deidad se les manifestaba incitándolos a los deleites y torpezas; en el caso le daban el nombre de Sehuatova y le ofrecían plumas, mantas de algodón, cuentas de vidrio y adornos mujeriles.

Decíales el dios, en otras ocasiones, que era el señor de las lluvias, llamábanle Bamusehua y era invocado en favor de las buenas cosechas.

También se les aparecía como rayo o espada de fuego, que cimbreaba y hería el aire con gran furia y mataba de repente, entonces lo nombraban Cocohuame, señor de la vida y la muerte, y para aplacarlo le habrían de ofrecer cosas gratas y rogarle que no esparciera sus males o enfermedades.

Finalmente, solía aparecérseles como Ángel de la Luz, entonces les revelaba las cosas pasadas y las perdidas, por lo cual, en su lengua los tehuecos le llamaban Huayatova o Huitova, que significaba “la luz del medio día”; de suerte, que cuando algo faltaba o se perdía, invocaban a este ángel, para que les revelara dónde estaba la tal cosa.

Mas dizque no todos gozaban de la vista de estas figuras, sino tan solamente los hechiceros; ni tampoco ellos mismos se lo comunicaban a todo el mundo. Figuras o idolillos mal labrados, de piedra y palo, que representaban a estas divinidades, tenían algunos, por lo que cuando lo supo el padre Méndez, acudió con soldados a buscarlos y al encontrarlos, los quebró y enterró, plantando en ese mismo sitio, una cruz “para que no parase allí el demonio”; acto y proceder de mucha temeridad por parte del padre, quien al inconformar a los hechiceros, se expuso a las consecuencias, con entero riesgo de su vida.

Su primera cuaresma entre los tehuecos, fue celebrada por el padre Méndez, con la mayor solemnidad. Todos se confesaron y aguardaron su turno, puestos de rodillas durante una o dos horas; su fervor religioso, llegó a tal punto, que las gentes se imponían a sí y por sí mismas, disciplinas, respecto de lo cual en su antedicha carta expresa el padre Méndez: “El día de la disciplina, oyeron un buen rato el sermón de la pasión, de rodillas, cuando llegué a tratar de los azotes de Cristo

nuestro Señor, echaron ellos manos a sus disciplinas y se comenzaron a azotar con tanto fervor, que me causaron novedad y devoción; avivaron mi tibieza. Entre los actos cuaresmales llevados a cabo, figuró una procesión por todo el pueblo, en la que tomó parte una silenciosa y embelesada muchedumbre. Para esta ceremonia, se distribuyeron a trechos por el pueblo, cruces y "ermitas de ramos y al llegar a esos sitios, los indios se hincaban clamando misericordia. Una vez terminada esa procesión general, hubo otra en la que participaron, con el mismo orden y devoción, las personas que no tuvieron oportunidad de hacerlo en la ocasión anterior.

El padre Méndez, tenía a su servicio a un mocito tehueco, llamado Donato, a quien los padres apellidaban "el discreto". Era un muchacho inteligente, de buena conducta y aficionado en extremo a las cosas de la Iglesia. En los trances difíciles que llegaron a presentarse de amenazas y alzamientos, estuvo siempre alerta y al lado del padre, como fiel cristiano y mejor servidor. Con su ayuda, el padre tradujo al tehueco, no sólo la doctrina, sino que también el "Flos Sanctorum de los sanctos y Sanctas, que se celebran en esta Nueva España", de Rivadeneira, a fin de utilizarlo en los ejercicios de lectura, en la escuelita de niños que Méndez instituyó para sus tehuequillos.

Con dedicación el padre Méndez y posteriormente a él el padre Adame, lograron ambos consumar la catequización de los tehuecos, instruyéndolos en doctrina evangélica, así como también en policía humana o sea en asuntos cívicos y sociales. Civilmente la parcialidad se hallaba asistida por un gobernador indígena, un cacique propio escogido de entre los de su comunidad y nombrado por el capitán Hurdaide. De manera, que también los tehuecos por la vía o la horca caudina de la catequización, acabaron por quedar en absoluto dominados y reducidos a la condición de vasallos de la Iglesia y de la Corona.

REMOCION DEL PADRE MÉNDEZ.

Sin embargo, de que los progresos realizados en materia de adoctrinamiento y catequización eran del todo evidentes, no en todo tiempo soplaron vientos de fronda en la viña del padre Méndez; pues en ocasiones la vida del misionero y su obra, se vieron expuestas al inminente peligro de agresión y conspiraciones. Se achacaba a los hechiceros esa constante labor de intriga y sedición, que culminó con el alzamiento general acaecida en 1611.

Mala siembra, dice el padre Andrés Pérez de Ribas, hicieron aquellos cuatro caciques tehuecos, que en 1604, se le huyeron de Zacatecas al Capitán Martínez de Hurdaide. Pero si bien entonces, no respondieron los tehuecos a la insurgencia a que los instigaban dichos fugitivos, siete años más tarde (en 1611), se rebelaron abiertamente, desertando y huyendo con sus familias hacia la sierra para acogerse al amparo y respalde de los tepahuis. Mas a pesar de que el alzamiento era en masa, en los pueblos de la misión quedaron todavía gran parte de los fieles, sin sumarse al movimiento.

Persistiendo en la provocación a los cristianos, una cuadrilla de los sublevados llegó desde Tepahui, al primer pueblo (Macori) de los tehuecos y puso fuego a la Iglesia del lugar, arrojando ensartado en la punta de una flecha un olote encendido, sobre el techo de paja de la misma.

Las noticias de todos estos sucesos, llegaron a la Villa de San Felipe, donde los superiores, en vista de la difícil situaión que había sobrevenido y además porque también lo requerían los achaques que aquejaban al padre Méndez (a tal grado que el cuerpo se le llenó de llagas y necesitaba de muletas para andar), determinaron retirar a este misionero de su partido, primero a la Villa, a fines de 1611, y después a México al principio del siguiente año.

Movido por su celo apostólico, el padre se resistía a dejar a sus indios; en ello no cedió, sino hasta cuando obtuvo la formal promesa de que habría de volver a la Misión; de que más tarde se le emplearía en la doctrina que se tenía en proyecto a introducir a la región del río Mayo. De suerte, que cuando se llegó el tiempo de realizar dicho proyecto, el padre Méndez reclamó al Provincial su palabra empeñada, y así fe como en 1614, se le destinó al Mayo, de donde pasó después a la región del Yaqui, para servir en aquellas misiones.

Vio la luz del mundo el padre Méndez, en Villaviciosa, Portugal, en el año de 1555.

Hizo su noviciado en Plasencia, España. Fue un buen literato y sus versos merecieron elogios de fray Luis de Granada y del padre Posevino. Tenía 30 años de edad cuando vino a la Nueva España y de pronto se le confió la capilla de San Miguel de los Indios, del Colegio de Puebla, destinándosele enseguida a la Misión de Sinaloa. A la Villa de San Felipe, llegó en compañía del Padre Hernando de Santarén, también jesuita, el 14 de julio de 1594. Durante doce años, ejerció su ministerio entre los níos y los ocoronis; seis más entre los tehuecos, cuatro entre los mayos y por último catorce entre los sisibotaris. Bajó a la tumba el 22 de julio de 1643, a la edad de 88 años.

El padre Lorenzo (o Laurencio) Adame, fue quien vino a relevar en su ministerio de tehueco al padre Méndez, precisamente en momentos en que la situación había llegado al clímax de la gravedad; pues la Iglesia de Macori, había sido reducida a cenizas en señal de provocación y así mismo, gran parte de la gente bautizada se inclinaba a desertar y a incorporarse a los sediciosos remontados en Tepahui. Vista la crisis y advertida por Adame la inminencia de perder cuanto se había logrado a cabo de tan grandes esfuerzos, constancia y dificultades, desde Macori, mandó aviso al padre de Ahome, Andrés Pérez de Ribas, para que le proporcionara a dos soldados de los de su parcialidad zuaque. Empeñado en contener la fuga general de la indiada tehueca, el padre Adame, se aventuró en hacer con aquellos dos soldados de escolta, una jira rápida por los pueblos de su partido. Más no logró con esto lo que se proponía, aún siendo que muchos vecinos le seguían guardando fidelidad y hasta le ofrecían protección; para no exponerse a caer en manos de los alzados, tuvo que cambiarse a vivir al Fuerte de Montesclaros.

LA REBELIÓN TEHUECA.

Por los años de 1608 y 1609, las campañas militares en que el Capitán Hurdaide se había empeñado contra los yaquis, ocasionaron inquietudes y grandes temores en la Misión, con motivo de la pujanza hazañosa de estos indios, ante la cual se estrellaron las armas españolas de la Provincia; a esta circunstancia se agregaba también, la rebelión de los tehuecos. Una vez que se concertó, en 1610, la paz con los yaquis y

hallándose por fin en construcción el fuerte de Montesclaros, procuró entonces Hurdaide, dar al caso de rebeldía de los tehuecos, una solución adecuada. Con este fin y tratando de que depusieran su actitud, envió recados y amonestaciones a los insurrectos; como estos persistieran en su enemistad y actitud sediciosa, el Capitán Hurdaide resolvió marchar con sus fuerzas a Tepahui, con la mira de coger y castigar a los cabecillas del movimiento y a los que consumaron el incendio de la Iglesia de Macori.

Era a la sazón el año de 1612. Para llevar a cabo su ideada expedición, alistó el Capitán 40 caballos de armas, lo que a juicio del padre Ribas, era "poca fuerza y corto número para lo que se usa en Europa; pero para las guerras de estas gentes, y tierras tan remotas de gente española, principalmente siendo para las armas ofensivas de los indios, es un castillo armado, con el que le gobierna; aunque no se puede negar, que ha menester valor español para no turbarse, aunque vea llover flechas; todo ayuda a la defensa". Para reforzar a estos 40 soldados, que en número era la fuerza del Presidio, tuvo el Capitán que constreñir a los encomenderos españoles de la Villa de San Felipe y Santiago, para que, conforme a la obligación que tenían de sustentar la paz en la tierra en que se hallaban, tomaran algunos de ellos participación en la campaña y los restantes se encargaran del resguardo de la Villa. Además, buscando alianzas y servicios, hizo leva de indios sin distinción de cristianos y gentiles, aún cuando a estos últimos muy a su pesar tuvo Hurdaide que darles su aquiescencia, para que troncharan cabezas de enemigos, muertos en el combate; aunque sin embargo, inspirado en sentimientos de piedad, les contrapuso una condición, que los bárbaros aceptaron, pero que no cumplieron y en la cual medió el ofrecimiento de una caballo por cada enemigo que cogiesen, particularmente siendo de mujeres o niños.

Para la manutención de la tropa expedicionaria, dispuso el Capitán llevar a esta campaña 400 reses, de una estancia de ganado mayor de su propiedad. Luego, en un pueblo de la nación de Sinaloa, se abasteció de suficiente maíz para tanta gente como era y para tan largo como pronunciado viaje; finalmente se encaminó hacia Tepahui.

Cuando se hallaba a dos jornadas adelante de Conicari, un pueblo

del mayo, vio que de una loma bajaban las mujeres y niños de los tehuecos alzados, presidiendo a un número considerable de adultos, que venían a rendírsele. Él, amenazó con castigarlas; en tanto que a los hombres, los mandó azotar una vez que entregaron sus armas de arcos, flechas y macanas, las que fueron reducidas a cenizas en una hoguera. El padre Andrés Pérez de Ribas, que acompañaba a Hurdaide en esta jornada en la que se empleó un mes y medio, abogó por la libertad de los que se avasallaban, unos 300 más o menos, los que al ser indultados, recobraron la tranquilidad y se reintegraron finalmente a sus pueblos de origen.

Todavía en un lugar situado más adelante, otro grupo de fugitivos, mucho menos numeroso que el anterior, fue igualmente indultado. Pero, como entre la gente que se había sometido no figuraban precisamente los jefes o cabecillas, decidió el Capitán Hurdaide, acometer a los tepahuis, que los protegían, toda vez que éstos, desoyendo a los mensajeros que se les enviaron, se negaron a entregarlos. Así es que, de nuevo el campo se puso en marcha, en avance hacia la sierra. Aconteció entonces que la vanguardia, que en su mayoría se hallaba compuesta de indios gentiles, después de pasar una quebrada o estrechura peligrosa, se empeñó en un fiero combate con el enemigo tepahui. Mientras esto ocurría, llegó el Capitán al campo de batalla e interviniendo con una rápida y vigorosa acción, ganó la refriega, gracias al temor que los arcabuces infundieron en el ánimo de los contrarios. Entonces, sobre los derrotados tepahuis, rápidamente se arrojaron los indios aliados de los españoles y los persiguieron por las quebradas, dando la ocasión lugar a que los gentiles, hicieran una buena recolección de cabezas, con las que volvieron al real español trayéndolas suspendidas de "guirotes". "Confieso –dice el padre Pérez e Ribas--, que me causaba horror ver como las traían: porque venían desolladas de su cuero y cabelleras, que ya tenían guardadas para sus bailes, como eran gentiles, colgadas por la ternilla de la nariz, con unas cuerdas de raíces de monte; lástima causaba el verlas, pero son fueros de guerra. La noche siguiente cuando paró el real, era tal la algazara y bailes con las cabezas, que parecía sonar el ruido del mismo infierno en aquella vega. Porque la gente era mucha y se encendían mil candelas y con gritos y alaridos celebraban el triunfo y retumbaban los

desentonados cantos toda la noche por aquellos montes".

Al cabo de una corta sucesión de encuentros o refriegas, lograron por fin los españoles haber en sus manos a siete de los caudillos de la sedición tehueca. A dos de los principales, se les aplicó la tortura del garrote y enseguida, al modo bárbaro fueron quemados en aquellas mismas tierras adonde se habían hecho fuertes. Los demás fueron sentenciados a la horca, habiéndose encargado el padre Ribas, de impartir a los reos a la hora de su muerte, los auxilios espirituales de rigor, confesándose los que eran cristianos y bautizándose los que no lo eran, con excepción de dos que se mantuvieron "emperrados y tercos".

Una vez terminada la campaña, al licenciar el Capitán Hurdaide a los gentiles que tuvo por aliados, les regaló 20 reses, que eran las sobrantes de las 400 a que anteriormente se hizo referencia. De regreso, en ruta para la Villa de San Felipe, el Capitán tocó los pueblos tehuecos y como en Tepahui, habían cogido el caballo que montaba el indio que puso fuego a la Iglesia de Macori, en llegando los españoles a Tehueco, la bestia fue convertida en sujeto de un auto de fe que se desarrolló en medio de la plaza, donde la víctima, atada a un poste, fue acribillada por los naturales a jarazos y su cadáver solemnemente quemado en una hoguera. En forma tan edificante tuvo pues su epílogo la rebelión de los gentiles y los apóstatas tehuecos, alboroto de grande y peligrosa resonancia. Con tal desenlace quedó la región del río Zuaque, definitivamente librada de las perturbaciones que entorpecían y aún exponían al fracaso cuanto habían logrado realizar los padres misioneros, en su correspondiente labor de domeñar al indio evangelizándolo.

SE AFIRMA LA DOCTRINA.

Resuelto por la mano férrea del Capitán Martínez Hurdaide, el problema de la rebelión, el padre Lorenzo Adame, ya sin estorbos, ni temores, se pudo consagrar tranquilamente a su ministerio entre los tehuecos. Restauró y continuó la obra misional, iniciada por su antecesor el padre Méndez. por lo que se registró un reflorecimiento de esta cristiandad.

Para el mejor gobierno y aprovechamiento de la doctrina, en la época del padre Adame, los tres pueblos tehuecos fueron reducidos a

dos, suprimiéndose el de Macori, por el hecho de estar muy cercano al Fuerte de Montesclaros, quedando por lo tanto como subsistentes Tehueco y Sivirijoa, que en conjunto tenían una población de ochocientas o mil familias. Esta supresión o desaparición ocurrió, entre dos fechas que por lo menos se hallan bien determinadas, es decir, con posterioridad a 1630, puesto que como se sabe, en ese año Macori, recibió la visita del obispo de la Nueva Vizcaya, fray Gonzalo de Hermosillo y Rodríguez, y con anterioridad a 1645, toda vez que la noticia de la consabida eliminación se halla consignada en la "Historia de los Triunfos...", edición de ese mismo año. Llevó antiguamente el pueblo de Tehueco, el título de Visitación de Nuestra Señora, fecha onomástica que se festeja el 2 de julio; Sivirijoa, el de Asunción de Nuestra Señora.

También en los tiempos de Adame, se construyeron dos Iglesias "muy hermosas y capaces" (la de tehueco y la de Sivirijoa), cuya dedicación se hizo con gran solemnidad, a ejemplo de cómo lo hicieron los zuaques con las suyas. Dedicadas las Iglesias y acabada de bautizar toda la gente, en la nación tehueca se operó un cambio completo. Se reavivó el fervor religioso, se moderaron los vicios y aún se apartaron de ellos, lo mismo que de las costumbres sensuales, y fue perdiendo terreno el imperio de la hechicería; por lo que en el seno de esta comunidad surgió la paz, asentóse el gobierno político con el nombramiento de alcaldes y brilló imperante la luz del evangelio.

Con respecto a las aficiones y prácticas religiosas entre los tehuecos, el padre Pérez de Ribas, habla de lo que, enseguida se dice. Se estableció la costumbre de celebrar la semana santa, alternativamente en los pueblos de Tehueco y Sivirijoa, pero en el pueblo aquel, al que correspondía el receso anual, instituyeron los vecinos, la fiesta del Santísimo Sacramento, teniéndolo expuesto por veinticuatro horas, con muchas luces en derredor engalanando el altar con ramos y flores, decorada la Iglesia con cuadros o pinturas de la pasión de Jesucristo. Durante las veinticuatro horas, la oración, apenas de día, ni de noche, la gente salía de la Iglesia, donde permanecía rezando de rodilla sus rosarios con mucha devoción; esto, no obstante que el padre tenía dispuesto por barrios el turno y horario conforme a los días que debían asistir a la oración de la

Iglesia, para lo cual se les llamaba con trompeta. En esta fiesta, de igual manera que en semana santa, sacaban tres procesiones; una de varones, otra de mujeres y otra de niños y niñas. La primera, así como la segunda, era de sangre; para ello tenían cantidad de túnicas y capirotes, que vestían en la procesión en la que se imponían la disciplina; por delante de la procesión, con una cruz en la mano y rezando el rosario con mucha devoción iban, para no quedar al margen de la solemnidad, algunas de las personas que por enfermedad u otro causa se hallaban impedidas para entrar en las disciplinas. En cuanto a la procesión de los niños, en ella, los más pequeños iban por delante con su coronita de espinas en la cabeza, una pequeña cruz en la espalda y su rosario en la mano; y detrás de los más grandecitos haciendo disciplinas, para lo cual fueron instruidos por sus padres. Es cosa de referir que también la devoción por la Virgen, hecho ondas raíces en la fe de los tehuecos. Cuando algunos de los españoles del Fuerte de Montesclaros, venían a estas fiestas, recordando lo belicoso que en otros tiempos eran los tehuecos, se admiraban del orden que los regía y del fervor religioso de que se hallaban poseídos, lo que comentaban cuando se iban, diciendo que de sesenta leguas, podían venir a ver tal mudanza y piedad cristianas.

En lo político –refiere el padre Andrés Pérez de Ribas—viven como los españoles, en sus casas muy en orden de calles y limpieza de ellas. Tanto los hombres como las mujeres, en sus vestidos traen, cubierto todo el cuerpo. En sus convites o fiestas del pueblo y casamiento de sus hijos, acostumbraban concertar la división de las mesas para hombres y mujeres. Cuando el obispo Gonzalo de Hermosillo pasó a darles la confirmación, en compañía del padre visitador dio la vuelta al pueblo, admirándose de ver la compostura que guardaban las gentes. El mismo padre Adame, que los administraba y que por muchos años estuvo en Roma y otras ciudades europeas, aún cuando con alguna hipérbole, con respecto a ellos expresó "que el ver tales naciones de los tehuecos, sacara lágrimas en Roma, Madrid, México y otras populosas ciudades y que parecía instalaba el cielo en aquella sinceridad de niños, seso y devoción".

En 1645, fecha en que se editó la "Historia de los Triunfos..." por primera vez, un padre de nombre Othón se halla al cuidado de esta mi-

sión, la cual se mantuvo bajo la dependencia y control de los padres de la Compañía de Jesús, o sea del Colegio de la Villa de San Felipe, hasta el año en que ocurrió su extrañamiento o expulsión, habiendo sido el último de los misioneros jesuitas que administraron el partido de Tehueco, el padre Francisco Anaya.

EVANGELIZACIÓN DE LOS SINALOAS. LOS PUEBLOS Y LA NACION.

"La nación Sinaloa –expone el padre Andrés Pérez de Ribas— tiene ese propio nombre y della lo tomó toda la provincia, por haber tenido en sus principios mucho comercio con ella y por haberse fundado no lejos de la primera Villa de Carapoa, que se destruyó. Tiene su asiento y poblaciones en el mismo río de Tegüeco y Zuaque, en lo más alto dél y más cercanas a las faldas de la serranía de Topia". No hay que olvidarse que la serranía de Topia, que menciona Pérez de Ribas, era el nombre que en aquellos tiempos los españoles aplicaban al tramo de la Sierra Madre Occidental, abarcado por las provincias de Culiacán y Sinaloa.

Se refiere en las cartas del Capitán Martínez de Hurdaide, concernientes a la visita que hizo en 1605, en su recorrido general, a los pueblos situados en lo alto del río Zuaque, que existían en la parcialidad de los sinaloas, cuatro pueblos, el más grande de los cuales era Baca, con 192 guerreros y 410 mujeres, Omite Hurdaide mencionar a los otros dos pueblos, cuyos nombres ignoramos a punto fijo; serían ellos ¿Sinaloa o Baimena? ya que, lo indicado sería excluir a Huites por tratarse de una reducción de indios serranos hecha en fecha posterior por el padre Villalta, y en la misma forma Choix.

El hecho es que estos cuatro pueblos fueron reducidos a tres más tarde por el padre Cristóbal Villalta, primer misionero que adoctrinó y asentó a los sinaloas. De los tres pueblos indicados, dos son los que menciona el Capitán Martínez de Hurdaide, es decir Toro y Baca, en tanto que se desconoce el nombre del tercero. Sin embargo, es de presumirse que el pueblo que desapareció por efecto de la reducción demográfica, es el que llevo el nombre de Sinaloa y del cual ya tenemos antecedentes históricos, por haber estado hasta el Yaqui, y por hacer también mención de dicho

pueblo en su "Crónica de Cinaloa...", el Capitán Antonio Ruiz.

A mi entender, el pueblo que se llamaba Sinaloita, recientemente despoblado y sepultado bajo las aguas de la presa "Miguel Hidalgo y Costilla", era un recuerdo del viejo y extinto Cinaloa, que ocupaba tal vez el mismo emplazamiento. En el capítulo antepenúltimo, en el cual se trata de las fundaciones españolas en la Provincia de Sinaloa, queda aproximadamente señalada la posición de Cinaloa, mediante las acotaciones que en su antedicha "Crónica de Sinaloa...",suministra el Capitán Antonio Ruiz.. Los nombres geográficos que constituyen la clave de la localización y que suministra Ruiz como son: Amabache y Soroaca, en la actualidad se desconocen; más no así el de San Lázaro y la cañada de las aguas calientes, en la que se halla el pueblo de Aguacaliente Grande.

En cuanto al pueblo de Baca, del informe que rindió el Regente de la Audiencia de Guadalajara, al comisionársele a fines del siglo XVIII, para que señalara el límite entre las intendencias de Sonora y Chihuahua, se desprende que la primitiva ubicación de dicho pueblo, no corresponde a la que actualmente tiene y que ya tenía en la época del Capitán Martínez de Hurdaide y del padre Cristóbal Villalta. Pues en su parte relativa dice el precipitado informe: "yendo a Batopilas, por el camino de Baca que es jurisdicción de El Fuerte, siguiendo por el cajón, pasando por el pueblo de la Guaza, lindan con el rancho de Baboyahui, donde estuvo antiguamente el pueblo de Baca, cuyo rancho, pobló don Luis de Aragón y pertenece hoy a Álamos".

ESTABLECIMIENTO DE DOCTRINA.

Como se sabe la nación de los sinaloas, de antiguo había tenido comercio o trato con los españoles; pero como era gente arisca, su pacificación costó no poco trabajo. No obstante se ablandaron, al fin y como lo hicieron los zuaques y los tehuecos, acabaron por pedir el bautismo y doctrina de asiento para su propia comunidad.

El establecimiento de la doctrina en la nación de que habla, ocurrió a fines de 1606. A su debido tiempo los principales vecinos de la parcialidad, acudieron a la Villa y luego dieron la vuelta a su tierra, acompañando a su misionero, el padre Villalta, que por primera vez

llegaba al partido de su destino. Con motivo del recibimiento de su ministro, los sinaloas adornaron sus caminos con arcos y ramos; un gentío se congregó para darle la bienvenida y después de patentizársela con demostraciones de gusto y alegría, hubo fiesta y le hicieron al agasajado, presentes de comida.

Como desde cuando llegó de México a la Villa de San Felipe, el padre Cristóbal Villalta, al igual que su compañero el padre Andrés Pérez de Ribas, se había dedicado al aprendizaje del dialecto Sinaloa o cáhita, con suficiente dominio del habla de los nativos, en ellas misma les hizo desde el primer día de su llegada, a los sinaloas, sus conversaciones o pláticas generales, sus explicaciones tocantes al sacramento del bautismo y a la doctrina, así como los sermones que les dirigía. Su prédica la hizo en tal forma comprensible y alentadora, que entusiasmados los sinaloas pedían su inmediato bautismo. Más como en el caso convenía, el padre les manifestó que en primer término les bautizaría a sus párvulos y que, por lo que respecta a los adultos, era necesario "se dispusiesen despacio y aprendiesen primero, la doctrina de los cristianos y tuviesen noticia de los mandamientos y ley de Dios, que habían de guardar"; lineamiento que, como ya se ha visto, eran invariablemente observados en el terreno de la evangelización de los gentiles. De suerte que el Padre, por principio de cuentas, bautizó a los niños, que fueron en corto tiempo unos 500.

Cuatro cosas dignas de mención, advirtió el padre Villalta entre los sinaloas, a las que se refiere en una de sus cartas. Una de ella, es que la gente estaba muy congregada y quieta en sus pueblos, a donde se había recogido de sus ranchos; los varones, muy dados a las sementeras de maíz, algodón y otras semillas; las mujeres cuidadosas de sus casas e industriosas en tejer mantas y hacer esteras y cestos de carrizo; "con tan buen trato entre sí, que mostraban ser gente de alguna policía". Otra es: que guardaban obediencia a sus mayores y al padre en cuanto les mandaba. Otra más: que tenían gran afición y gusto en oír la palabra de Dios. La última: La facilidad, con que percibían lo que se les enseñaba, de suerte que en cuatro o cinco días que permanecía el padre en el pueblo, sabían persignarse y remataban en un alabado sea Jesucristo, tan claramente pronunciado como si fueran españoles "aunque su pronun-

ciación es dificultosa para las sílabas de estas lenguas".

Con tanta rapidez como efectividad, el padre Villalta encauzó sus trabajos evangélicos, que al cabo de un año había quedado bautizada toda la nación sinaloa, en número de casi mil familias. Las de las rancherías de la parcialidad, se redujeron a tres pueblos en distancia de ocho leguas. En estos, en lugar de las primitivas Iglesias, se edificaron otras formales, por el estilo de las que lucían en sus pueblos los tehuecos, los zuaques y los ahomes. En la Iglesia de Toro, que era la principal y mejor de la comarca, se colocaron tres retablos traídos de México, uno de la Anunciación y otro de San Cristóbal, los cuales eran objeto de la admiración pública. El pueblo o bien la Iglesia de Toro, primitivamente tuvo por título San José y después, la Dolorosa; en tanto que Concepción, fue la patrona de Baca. En Toro, que era la cabecera del partido, estableció el padre, su escuelita para la enseñanza de sus indios.

Por supuesto que el misionero de los sinaloas, como implantador de la fe en Cristo y como reformador de las costumbres, también hubo de enfrentarse en su partido con múltiples problemas, unos locales y otros generales. Descollaban entre esa variedad de asuntos, las prácticas hechiceriles, las supersticiones que abundaban, la innata rebeldía del aborigen y la forma como este reaccionaba ante los imperativos del orden cristiano y del colonialismo feudal; circunstancias comunes entre la población indígena, en toda la Provincia. Sin embargo, domeñando y salvando esas dificultades de mero ambiente, con tino y astucia, con inteligencia y esfuerzo, con entrega plena a sus convicciones y a sus deberes apostólicos, el padre Cristóbal Villalta, fue otro de los triunfadores en el ejercicio de su misión catequística.

Otro caso típico de tales problemas, en diversas formas lo constituían, los reacios a la conversión. De esto se cita el caso particular de un viejo cacique, de la nación sinaloa, que, impelido por su animadversión al bautismo, al evangelio y a los cristianos, se echó al monte en son de insurgencia. El hecho produjo escándalo y no le faltaban ganas al Capitán Hurdaide, de haber al indio en sus manos; pero éste, en vista de su avanzada edad, de los ruegos de su propio hijo y de las súplicas del padre, capituló al fin o consintió en recibir el bautismo, tres días antes de morir.

Refiere y comenta el padre Pérez de Ribas, que las supersticiones de los sinaloas, removiéronse en ocasión de un eclipse de luna, "porque al tiempo del eclipse, de un pueblo donde se hallaba el padre, salieron los indios con sus arcos y fechas y otros con palos a la plaza, flechando hacia el cielo, e hiriendo los petates de las casas con grande furia, en defensa (como ellos decían) de la luna, con otro contrario que allá tiene en el cielo; con quien soñaban o entendían que continuamente trae guerra. Creían ellos que aquel eclipse significaba mortandad, y enfermedades de espinas. Salió el padre al ruido y procuró sacarlos de aquel engaño que les quedaba de su gentilidad..." aunque –agrega— más afirmadas quedaron aún sus convicciones antiguas, por haber sobrevenido a poco una epidemia de viruelas. Más sin embargo, de esta duda en particular, no percibieron en vano los sinaloas las enseñanzas, las censura, las rectificaciones y los anatemas del padre, para combatir las credularias entre ellos tan arraigadas; de suerte que, asimismo, acabaron por desechar la antigua fe que tenían en sus amuletos y talismanes, como huesos, cabellos, pellejos, diferentes figuras de piedras y otros más, que les fueron recogidos y quemados en una hoguera a la vista de los pueblos.

Como una extraña costumbre que había entre los sinaloas, se menciona la del suicidio. Porque ocurría que, en ciertos casos, se daban muerte comiendo las hojas de na hierba que recogían en el campo o que tenían en medio de sus casas y que quitaba el sentido en 24 horas o quizá aún en menos tiempo, la vida; recurso al cual apelaban a veces, en trances desesperados o sentimentales, como por ejemplo cuando surgían riñas y dificultades entre marido y mujer.

Bien notoria era la devoción de estos indios, por rezar el rosario. Lo hacían de comunidad, los sábados por la tarde en la Iglesia, entonando los temastianos o sea los que cuidan la doctrina y en coros aparte los varones y las mujeres, sin que cada quien dejara de traer al cuello su correspondiente joyel. Aún en los caminos, no pocas veces lo rezaban, haciendo dos coros al ir caminando, igualmente cuando se trataba de sus difuntos y ánimas del purgatorio, "porque en tocando a una hora de noche la campana de las ánimas (como se usa en todos los pueblos) éstos al punto, en cualquiera ocupación o lugar que se halen, arrodillándose

todos, introdujeron en rezar en voz alta los dieces del rosario; de suerte que cada semana tienen por devoción rezarlo entero por sus difuntos, sin dar lugar a que haya estorbo para esta piadosa devoción..." Por lo que toca al día de finados, en la víspera se juntaban a rezar en común el rosario por ellos; muchos hacían aquella noche disciplina de sangre y al día siguiente, llevaban a la Iglesia ofrendas y limosnas para ayudarlos; no pocas veces, después del entierro del difunto, algunos parientes entraban a la Iglesia y hacían penitencias de sangre, mientras que otros confesaban y comulgaban por él, "ayudándolo en este santo sufragio".

En forma similar a lo que aconteciera a los tehuecos, los zuaques, los ahomes y también a los sinaloas, a través de su conversión al cristianismo y de la orientación de los misioneros, experimentaron cambios muy radicales en muchos aspectos intrínsecos de su vida primitiva. Bastante se ha hablado de la transformación que tuvieron en el aspecto religioso; el cuadro de su vida civil y social se modifico también grandemente; en el orden urbano asimismo aventajaron, pues en sus pueblos y concretamente en Toro y Baca, al lado de las Iglesias nuevas y vistosas lucían también las casas de adobe con su techo de terrado, como innovación en la vivienda. Por otra parte, los vecinos ya de antaño eran industriosos; pues se dijo antes, que cultivaban la tierra y que las mujeres en particular sabían tejer mantas y hacer petates y cestos de carrizo, en tanto que con alusión a los hombres, había algunos diestros en hacer instrumentos musicales como chirimías y flautas, también en hacer piezas de altar, como vasos y sagrarios.

Al fundador de la doctrina entre los sinaloas, padre Cristóbal de Villalta, le incumbió además la misión de emprender y consumar la reducción y catequización tanto de los zoes, como de los huites; aparte de que también, como preliminar de la ulterior empresa misional, que les había de concernir, les hizo a los chínipas una visita. Por algunos años llevó solo la carga que implicaban las tareas de su ministerio; pero después llegó a prestarle su colaboración otro jesuita, el padre Pedro Castini, quien en 1620, acabó por substituirlo; al ser trasladado el padre Cristóbal Villalta, a ocupar la vacante que al irse para México, dejara en las misiones del Yaqui, el padre Andrés Pérez de Ribas.

En 1621, se hizo necesario dividir o mutilar la veterana Misión de Sinaloa, creándose al efecto el Rectorado del Norte, titulado de San Ignacio, con jurisdicción en el Mayo y el Yaqui. Del nuevo Rectorado, se hizo cargo el padre Villalta, quien hasta el día de su muerte cumplió 23 años en el servicio de misiones. Por su parte el padre Castini, llegó a completar 20 años en el ejercicio de su ministerio, entre los sinaloas, los zoes, los huites y los tehuecos. En 1760, el partido de Toro y Choix, se encontraba bajo la administración del padre Álvaro Flores de la Sierra, quien atrajo de nuevo hacia la Iglesia a los guazapares y a los vorohíos, tribus chihuahuenses, que en 1632, sacrificaron a sus misioneros, los padres Julio Pascual, y Manuel Martínez.

EVANGELIZACIÓN DE LOS ZOES.
REDUCCION Y DOCTRINA.

"Caminando a lo ancho por la extendida provincia de Sinaloa, es forzoso toparnos con naciones que habitan las sierras, que por la banda del oriente y del norte la cercan. Los zoes eran indios serranos que tenían sus poblaciones en lo alto del mismo río de los sinaloas y a las faldas de las serranías. Es gente más agreste y de diferente lengua que los sinaloas; y los vecinos o familias de sus rancherías llegan a número de quinientos" 35

No tardó la nación de los zoes en percatarse que su vecina, la sinaloa, situada a siete leguas de distancia, se hallaba muy complacida con tener un misionero de pie, que los adoctrinaba en sus pueblos y en los cuales eran bien patentes la tranquilidad y el adelanto de que disfrutaban. Esto indujo a los zoes, o choicenses como diríase modernamente, a solicitar por la voz y comparecencia de sus propios caciques ante el Padre Villalta, en Toro, que los visitara, bautizara y adoctrinara. Accediendo a la instancia, les hizo el Padre su primera visita y de pronto les abordó el asunto fundamentalmente importante de su reducción a pueblo, a fin de que de esta manera pudieran ellos tener su iglesia y su propio ministro de asiento; pues en aquel entonces los pobladores de la parcialidad se hallaban diseminados por la serranía, y en su mayor parte en rancherías ubicadas en la margen derecha o norte del Choix, afluente del Zuaque.

Así pues, el cambio y la reducción se impusieron y bajo tales circunstancias se erigió en aquella época un nuevo poblado, sobre la banda izquierda del río. Ese pueblo se llamó Choix y en él quedaron reducidos o congregados 500 vecinos, que de los zoes fueron los primeros en recibir la ilustración del bautismo. Después acabó el Padre de bautizar a toda la nación, en número de 1,500 personas.

El nombre o vocablo Choix, es evidentemente una corrupción de la voz indígena Zoe o Tzoe, por efecto de su castellanización. Pero lo más extraño es que la palabra se escribe con una x al final, lo que da –como dice don Eustaquio Buelna- una forma afrancesada de todo punto indebida, siendo que en realidad y por norma ortográfica debería escribirse Chois o Choiz.

Otro padre que entró después a esta doctrina, como misionero de asiento, trató con los zoes lo concerniente a la edificación de una buena Iglesia. "Vinieron en ello, edificaron una tan hermosa, adornada de pinturas (de que mucho gustan) que cuando la tuvieron acabada, no acertaban los más del pueblo en todo el día, a salir de ella, cuando salían era con admiraciones y blasonado de que no había nación en la provincia que gozase de Iglesia tan hermosa y a la verdad lo era y les había costado, el sacar a sus hombros de entre montes, cuarenta grandes maderos de hermoso cedro para su cubierta". Una vez que estuvo concluida, se llevó a cabo su dedicación con gran solemnidad y rumbosa fiesta, a la que asistió mucha gente de las naciones circunvecinas; en tal ocasión ofició la misa respectiva el Padre Julio Pascual, cura de los zoes. Este Padre, en 1627, dejó a los zoes y pasó a evangelizar a los chínipas, y entre los indios vorohíos, murió asesinado.

Se ignora la fecha en que se fundó el pueblo de Choix, pero se sabe que su patrono es San Ignacio. Alentados los vecinos de esta localidad por el feliz término de su Iglesia, todos se animaron a hacer sus casas de adobe y terrado, quedando en forma las calles y la plaza del pueblo

La catequización de los zoes, ya se hallaba encauzada en debida forma, pero sin embargo la mayor parte de la tribu, que quedaba en las sierras no dejaba de fastidiar y servir de escándalo a los reducidos y conversos, por lo que en 1625, sobrevino un levantamiento general en

aquella comarca. Más una vez aplacada la sedición y vuelta la calma, se acabó de asentar toda la nación; y la paz permitió a todos acudir a su doctrina y demás ejercicios de cristianos, a participar y gozar de fiestas, pascuas, ministerios de semana santa, procesiones de sangre, confesiones y devoción por el rosario, dando con ello permanentemente un gran ejemplo de su cristiandad.

LA REBELIÓN.

A principios el año de 1625, se registró el ya indicado pronunciamiento de los zoes, encontra de las misiones que florecían en la cuenca superior del río Zuaaue; rebelión acaudillada por Jocopillo, uncacique de esa parcialidad. En marzo de ese año los sublevados asaltaron al pueblo de Baca y lo incendiaron; como no encontraran allí a los Padres Castini y Pascual, a quienes pretendían matar, en lugar de ellos sacrificaron a ocho indios cristianos, de los principales de Baca, que se negaron a seguirlos.

Crecidos y envalentonados por sus depredaciones, los rebeldes, mandaron desafiar al Capitán Martínez de Hurdaide; refiere Pérez de Ribas, que "tostaron y se comieron" a un mensajero que les había enviado el citado militar. Por lo tanto al Capitán Hurdaide no le cupo otra resolución, que la de batir y escarmentar a quienes además de provocarlo, traían el mundo revuelto. Con ese propósito, salió del Fuerte de Montesclaros con 48 soldados y 500 indios amigos o aliados, e hizo un recorrido de 30 leguas, para llegar a donde los zoes se habían hecho fuertes, en lo alto de la sierra. Tuvo un encuentro con ellos y los derrotó tras de sangrienta batalla, haciéndeles 150 muertos, muchos heridos y 40 prisioneros, de los cuales la mitad fue condenada a ser servidumbre y la otra mitad a la horca, figurando entre los últimos, un valiente guerrero de nombre Tacanuri. En la acción, murieron 20 de los indios aliados de los españoles; 4 soldados resultaron heridos y el Capitán Hurdaide sufrió la fractura de un brazo, motivo por el cual se vio obligado a confinarse en la villa de San Felipe. En su tremenda aventura ayudaron a los zoes los apalaches, al mando de su propio cacique Huechuri, y los calimones, que habitaban en una comarca distante del pueblo de Baca, siete leguas.

El triunfo de los españoles, fue de tal manera contundente, que se

tradujo en la pronta y definitiva consolidación de la causa evangélica, en la parte ata del distrito del Zuaque; quedando por otra parte allanado el camino para iniciar y llevar a su término la conversión y conquista de los chínipas y los tubares. A la sombre de la paz, el padre Castini realizó entonces, muy en breve, la reconstrucción del pueblo de Baca, en tanto que bajo el cuidado y administración del padre Julio Pascual, la cristiandad de los zoes se recompuso y fortaleció, quedando segura y definitivamente asentada.

Y bien, ya que se trata de la demarcación de Choix y de cosas de los tiempos de la dominación española, digo aquí; que una persona a quien supongo bien enterada, afirma que adelante de Tacopaco y cerca de El Orito, en lo alto de unos cerros a cuyo pie pasa una quebrada, existen unas cuevas, que dizque encierran viejas osamentas humana, cuerpos envueltos en cueros, a los que los comarcanos llaman "esqueletos de gentiles"; si son de gentiles, su antigüedad debe ser anterior a la época de la Conquista. Se refiere además, que en una cueva de una montaña de por el rumbo de Baca, se encontraron recientemente unos cascos que debieron pertenecer a los soldados españoles. La cueva alojaba también osamentas humanas; de ella se recogió asimismo una daga damasquinada, de magnífico acero, con incrustaciones de oro, un rey grabado por un lado y por el otro un sol; objeto que me fue mostrado por la persona que lo posee, y que ostenta esta leyenda: "Quien a mi dueño hiere, de mi la venganza espere", "Angel del Bien, Angel del Mal".

EVANGELIZACIÓN DE LOS HUITES. CONGREGAMIENTO Y DOCTRINA.

Integraban los huites o huitis, una tribu serrana entre la que se practicaba la antropofagia; pues de ella se dice que "era gente que comía carne humana, y el que más calaveras de los enemigos muertos colgaba sobre su puerta, o cueva, era tenido por el más valiente". También eran trogloditas porque remontados, por la banda derecha del río Zuaque, en número de 300 familias vivían en cuevas o guaridas, en los altos riscos de las sierras. El nombre de Huites lo deben, al parecer, a que eran buenos flecheros. Su dialecto era diferente del de los sinaloas, sus vecinos y

también sus más encarnizados enemigos.

Según la Anua de 1612, la evangelización de los huites, principió unos años más tarde que la de los zoes. Tan pronto como tuo noticias de ellos el padre Villalta, procuoró atraérselos; para el caso les envió una embajada de fieles sinaloas, con algunos regalos y proposiciones de paz y amistad, concretamente invitándolos para que, a imitación de sus vecionos se acogieran a la fe cristiana. Las diligencias que se icieronenel sentido expresado, surtieron su mejor efecto,porue no ob stante ser los mensajeros de nación enemiga, les brindaron buena acogida, y en señal de concierto unos y otros se cruzaron, conforme al uso, dádivas de armas, sal cuchillos y otras prendas.

Dispuestos a expeditar la conversión que se les insinuaba, por medio de la embajada que los visitó, los huites desde luego, accedieron a mandar a algunos de sus hijos a vivir en los pueblos de los sinaloas, para que aprendieran la lengua de éstos y la doctrina en las Iglesias; aprendizaje que pondría en aptitud a los muchachos de impartir posteriormente a los suyos la enseñanza correspondiente, en cuanto volvieran a sus riscos y peñoles.

Los sinaloas por su parte, se comprometieron, a tratar a los vástagos de los huites cual si fueran los suyos propios, “vinieron en el concierto los huites, y las dádivas quebrantaron peñas, como las de estos bárbaros a quienes ablandaron las dádivas y las beneficencias de los sinaloas. Esto fue lo que precisamente aconteció, puesto que, tras de los embajadores, llegaron como 300 de aquellos gentiles, entre grandes y chicos, a morar con los sinaloas. Luego, el padre bautizó a los párvulos y posteriormente a los adultos, lo cual celebróse en dos ocasiones con toda la solemnidad posible; se festejo en suma, el bautismo de los nuevos cristianos, con danzas y convites, en cuyo honor además, unos soldados que por allí se hallaban hicieron una salva de arcabuces.

Cuando ya se echaron las bases del entendimiento con los huites, quienes no dejaban de traerle a sus hijos al Padre para que los bautizara, éste fue a visitarlos a sus tierras a fin de predicarles, bautizarles a sus retoños y tratar de que se mudaran a vivir en un lugar más a propósito que aquel en que por entonces habitaban y tenían sus cuevas, que era

punto poco menos que inaccesible. Aunque a su manera, los huites le tributaron al Padre Villalta un digno y entusiasta recibimiento; enseguida vinieron las pláticas y los bautismos, lo que concernía a su congregamiento, cambio y reducción, que se hizo más tarde en el sitio que sobre la margen derecha del río les escogió el mismo Padre. En ese lugar formaron su pueblo, el cual se denominó Santiago de Huites. Después, los vecinos edificaron una buena Iglesia de adobe, techo de madera y tierra, de tres naves; su enmaderamiento de cedro, pintada, adornada de imágenes y dotada de sus ornamentos de altar y por último, a petición del Padre, para facilitarle sus visitas desde Toro o Baca, los vecinos abrieron los caminos de acceso a su nuevo pueblo.

NUEVOS PROSÉLITOS.

Tenían en aquellos tiempos los sinaloas, un cacique de gran personalidad, que se llamaba don Bautista, el cual disfrutaba de universal estimación por parte de los indios y los españoles. A la edad de 23 años recibió el bautismo y durante los 30 restantes de su vida entusiasta, eficazmente, laboró captándose la voluntad de las gentes de su comarca y de las tribus serranas, a fin de que todas ellas se asentaran y evangelizaran. En tan señaladas como fructíferas gestiones, intervino don Bautista, con su investidura de gobernador de los sinaloas, conferida por el Capitán Martínez de Hurdaide, de quién se ganó la confianza, así como la de los padres, a los que en muchos casos sirvió de consultor.

Habiendo enviudado don Bautista de su primera mujer, intervino el Padre Villalta para que sus segundas nupcias fueran con una moza de los huites, que él le propuso y señaló. Al celebrarse este matrimonio, con el, quedó sellada para lo venidero la alianza entre los huites y los sinaloas, en otrora enemigos mortales. Lo cual se palpó porque, pasados los esponsorios, don Bautista, por consejo del Padre, fue a visitar a los huites y éstos le hicieron, en calidad de pariente político, un cordial recibimiento, reconociéndolo además como su jefe y gobernador; circunstancia que bastó para que se acabaran de asentar y convertir los de la nación huite.

De esta alianza, se derivaron, ulteriormente, beneficios en pro

de la conversión de un conjunto de naciones o parcialidades serranas, que distaban hasta seis leguas del pueblo de Huites. Esto se vio porque, siendo don Bautista un servidor incansable de la causa evangélica, con acompañamiento de algunos huites, fue a visitar a sus tierras a los guazapares, los chínipas, vorohíos, témoris y otros grupos indígenas vecinos que caían de Chihuahua; visita cuya finalidad era dejar preparados los ánimos de las gentes en pro de su futura conversión. En su recorrido por aquellos lugares, don Bautista encontró en lo interno de la serranía, tres cruces pintadas; las que, en opinión del Padre Pérez de Ribas, pudieron ser un rastro del paso de Cabeza de Vaca y sus tres compañeros, que se salvaron en el naufragio de La Florida; o bien, signos dejados por cristianos de la provincia de Santa Bárbara, que caía hacia las vertientes orientales de aquella gran serranía. Creo que la primera opinión no es de tomarse en cuenta, toda vez que los citados náufragos se introdujeron a la provincia de Sinaloa por las sierra del Yaqui.

De los serranos que visitó don Bautista, a su regreso lo hicieron en compañía de diez o doce de los caciques de los diversos grupos o tribus y un sinnúmero de gentes, incluyendo a muchas mujeres. Al recibimiento de estos montañeses, acudieron al camino los sinaloas a caballo y en su honor dispusieron arcos de ramas y agasajos de bailes, sones de tambor y otros regocijos que jamás habían visto, imaginado u oído semejantes bárbaros. Admiración y sorpresa causó a dichos forasteros ver el pueblo de Toro y los demás que tenían los sinaloas, con sus Iglesias, gobierno, trazo urbano y buenas casas; y por supuesto, muy complacidos, quedaron con el recibimiento que se les hizo, con lucida fiesta de campanas, chirimías, trompetas y danzas ordenadas por el Padre, a lo que se añade su hospedamiento en las casas de los más caracterizados vecinos.

Pasada aquella recepción, verdaderamente efusiva por indicaciones del Padre Villalta, los huéspedes fueron conducidos por don Bautista, a la Villa de San Felipe, a donde el Capitán, los recibió con toda cordialidad y a los caciques, les obsequió potros y les dio varas de justicia y gobernadores. También por su parte, los padres jesuitas, que a la sazón se hallaban reunidos en el Colegio de la Villa, con motivo de la llegada del padre visitador don Diego de Guzmán, los acariciaron y regalaron,

haciéndoles abrigar esperanzas de que a su debido tiempo, tendrían en sus correspondientes naciones doctrina y padre de asiento, como eran los deseos y peticiones formuladas por los visitantes.

Cuando don Bautista murió, sus funerales fueron muy solemnes y muy concurridos. Los caciques de los pueblos comarcanos, sobre sus hombros llevaron el cadáver a la Iglesia, en la que hubo música, se cantó misa y se predicó sermón. Su deceso fue grandemente sentido, pues la gente derramó lágrimas por el desaparecido, quedando el ejemplo de su vida grabado en la memoria de todos.

El resultado de la intervención de don Bautista, en el caso de las naciones fronteras, fue el de la conversión misma. En particular se registró la capitulación de los chínipas, quienes se presentaron ante el Capitán Martínez de Hurdaide a concertar la paz; a lo que siguió el establecimiento de la misión que formó el partido de Chínipas y el cual quedó bajo la jurisdicción civil, militar y eclesiástica de la Villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa.

EVANGELIZACIÓN DE LOS YECORATOS Y LOS BACAYOPAS.

Para finalizar se dirá, que hay dos pueblos indígenas: el de Yecorato y el de Bacayopa, pertenecientes a la jurisdicción de Choix y que no se encuentran comprendidos dentro de la cuenca del río del Fuerte, sino en las fuentes o remanentes del arroyo de Ocoroni, tributario del río Sinaloa.

Los yecoratos y los bacayopas eran dos tribus serranas y vecinas, que confinaban al norte con los sinaloas y los zoes, al sur con los de la Villa de San Felipe, al noroeste con los tubares y al este con los chicoratos y cahuametos. Del numeroso conjunto de tribus serranas, situadas hacia la parte norte de la Villa, fueron estas dos las últimas en ser reducidas y convertidas. Se dice, de ellas que hablaban una lengua semejante a la tahue, afín de la cáhita. En 1611, empezó a visitarlas el Padre Juan Calvo, quien puso en Yecorato el asiento de su doctrina, en tanto que Bacayopa quedó como pueblo de su visita. Al Padre Calvo le tocó asentar a todas estas gentes y además llevó a cabo la conversión de los indios túbares, que habitaban del otro lado de la sierra, hacia el este.

CAPITULO VII.
CONQUISTA DEL MAYO Y DEL YAQUI. PRIMERA EXPEDICION.

Con el fin de no dejar trunco el relato general, que se viene haciendo en relación con el tema de la conquista de la antigua Provincia de Sinaloa por los españoles, creo pertinente hacer por lo menos, una cortísima reseña de los acontecimientos, que determinaron el avasallamiento de las tribus indígenas del Mayo y del Yaqui.

No constituyo en realidad, la dominación de los mayos en un problema de carácter militar, ya que no dieron lugar ellos a represiones a mano armada. Pero si en cambio los yaquis, por su unidad tribal, su rebeldía y bravura, se convirtieron en un formidable bastión, en tanto no capitularon.

Ya una vez pacificada la región del Zuaque y cuando en ella se hallaban por fin instaladas y en pleno funcionamiento, las misiones locales, consideró el Capitán Hurdaide, que ya era tiempo de extender y hacer sentir la fuerza de su autoridad en el confín noroccidental de la Provincia. Tenía puesta muy especialmente su mirada en el Yaqui, donde por entonces tenían su arrimo y refugio, substrayéndose a la acción punitiva de los españoles de San Felipe, los cabecillas Lautaro y Babilomo. Fueron estos autóctonos, quienes promovieron y acaudillaron la inquietadora rebelión de los ocoronis. Por tanto el Capitán, vivamente deseaba hacer presa y ajusticiar a dichos sujetos; máxime, cuando por otra parte, sembraron entre los yaquis el odio, hacia los cristianos, con

cuyas cabezas y cabelleras, según tenían por seguro, habrían de bailar si estos incursionaban por sus tierras.

Resuelto como estaba el Capitán Martínez de Hurdaide a acabar con la provocación, el escándalo y la perturbación consiguientes que reinaba entre aquellas gentes, en el año de 1608, hizo al Yaqui, su primera expedición. Partió de la Villa de San Felipe, con una fuerza que se componía de cuarenta soldados del Presidio y de cien indios cristianos tomados de leva. Una vez que plantó su real en tierra enemiga, valiéndose de una política pacifista y de convencimiento, demandó la entrega de Laurato, Babilomo y de las cuarenta familias ocoronis, que los seguían y acompañaban; pero los yaquis, no tan solo rechazaron aquella demanda, sino que de plano se negaron a entablar tratos de amistad y comercio con el invasor.

Semejante negativa y menosprecio no dejaba otro camino, que el rompimiento de las hostilidades. Pero de pronto no hubo tal, pues aún cuando el Capitán montó en cólera, no pudo menos que contenerse reflexionando en que no era aquella la ocasión propicia para romper batalla. Porque, en primer lugar, con su pequeño ejército, no podían enfrentarse a los seis u ocho mil guerreros de que podían disponer los yaquis. Además, porque también carecía de suficientes vituallas para sostenerse en campaña; en fin, se corría el riesgo de que se alborotara toda la provincia. Fueron esas las razones por las que el jefe español hizo caso omiso de sus quisquillas y optó por regresar a la Villa, más con el propósito de aprestarse mejor y dar campaña al enemigo

SEGUNDA EXPEDICIÓN.

Encontrándose de nuevo en la Villa y Presidio de San Felipe, quiso el Capitán, ceñirse a las instrucciones giradas por el Virrey y conforme a las cuales, si se trataba de hacer guerra a los indios, previamente debía ser consultada la opinión de los padres. De modo, que deliberada la cuestión, se acordó de pronto que en obvio de guerra por la vía amigable, se insistiera con los yaquis, sobre la entrega de los delincuentes, a quienes con tan inquebrantable empeño, venían dando protección y asilo.

Hechas en este sentido por los españoles las correspondientes dili-

gencias, mañosamente aparentaron los yaquis estar dispuestos a atender la demanda y en tal concepto, enviaron a la Villa, una embajada presidida por Anabaluitei, colmado de halagos para el Capitán Martínez de Hurdaide; como plenipotenciario que era, prometió la entrega de los revoltosos, reconociendo que estos eran los causantes de la enemistad surgida entre los yaquis y los españoles. En tal virtud, se acordó que un grupo o comisión de indios cristianos, fuese a tierra yaqui, a recibir y conducir a los reos a la Villa.

Para tal efecto, fue designada una tropa de tehuecos, la que se dirigió al Yaqui, haciéndole compañía a Anabaluitei. Agregada a la comitiva iban además tres indias yaquis, que hizo cautivas el Capitán Hurdaide en su primera expedición; pues por el hecho de ser cristianas se creyó, que podían ellas favorecer con su intervención, una amistad que se tenía por conveniente y se daba por segura. El resultado no obstante, fue muy otro; porque habiendo faltado los yaquis a lo pactado, retuvieron a sus tres indias y mataron a los tehuecos, robándoles caballos, vestidos y cuanto llevaban.

Por consiguiente, los españoles quedaron burlados; por lo que toca a los tehuecos, indignados demandaron la intervención punitiva del Capitán. Todo lo cual daba a Hurdaide la justificación debida para emplear la fuerza de las armas en una segunda expedición al Yaqui, llevada a cabo con cuarenta soldados, mozos españoles, con sus "jarreteras", caballos y dos mil indios auxiliares de leva, muchos de ellos mayos, cuya nación era enemiga jurada de la yaqui, su vecina.

Conforme a sus planes, apostó el Capitán, espías y retenes en los caminos, a fin de que los yaquis ignoraran el movimiento y de este modo sorprenderlos, no dándoles tiempo a convocarse para la guerra. Con tal sigilo, acampó en una ranchería situada en la ribera del río Yaqui; así como en la vez anterior, requirió de paz a los indios comarcanos, quienes desdeñando la solicitación dieron como pronta y significativa respuesta un albazo al campamento español. Se trabó un sangriento combate, el cual duró todo el día; en vista del número considerable de muertos y heridos que los yaquis tuvieron acabaron estos por dispersarse. Ninguno de los soldados del Capitán perdió la vida, aunque de ellos

algunos resultaron con heridas de flechas envenenadas, difíciles de sanar; pero en cambio, los aliados (mayos y tehuecos) si experimentaron bajas, tan considerables, como las del enemigo yaqui.

De todas manera el ejército del Capitán Martínez de Hurdaide, quedó imposibilitado para continuar la lucha, tanto por la escasez de bastimentos, como porque era ya de una extrema urgencia curar a los heridos. Hurdaide tuvo por consiguiente que retornar a la villa, llevando consigo a los prisioneros que le hizo al enemigo, rehenes de que se valdría posteriormente, como instrumento de la paz o sometimiento que los españoles perseguían.

TERCERA EXPEDICION.

La cristiandad de la provincia no podía vivir confiada y tranquila, mientras durara la agitación y la actitud a resistir que entre los yaquis fomentaban Lautaro y Babilomo. Por esta razón y porque sus propósitos de imponerse por las armas se vieron frustrados al emprender las dos expediciones militares ya relatadas, en el transcurso del año de 1609, Martínez de Hurdaide nuevamente organizó sus fuerzas y volvió por tercera vez sobre el Yaqui. Su ejército se integró entonces, con cincuenta soldados de la Villa de San Felipe y otros españoles de Culiacán y con más de cuatro mil indios de las diversas parcialidades sojuzgadas. Contaba con muy buena dotación de pertrechos, bagaje y provisiones de boca.

Ya los yaquis esperaban que el capitán, herido en su amor propio y persistiendo en sus demandas y propósitos, habría de regresar a las tierras aquellas en son de guerra, por lo que se prepararon y pusieron en guardia para un evento, con gran seguridad del triunfo. Cuando en efecto, llegó y acampó de nueva cuenta en el Yaqui, el poderoso ejército de Hurdaide; como lo hiciera en ocasiones anteriores, el Capitán requirió de paz al enemigo, conminándolo a la entrega de los reos siempre reclamada, y enviándole para dar mayor formalidad a la diligencia, el papel con sellos, que ensartado en una pica acostumbraba usar como pasaporte, en las demás naciones de Sinaloa. Pero los yaquis, poseídos del orgullo y de la entereza que siempre los enalteció, no concedieron atención alguna a la intimación y llamado que se les formuló, sino que

resueltos a luchar antes que transigir, se anticiparon en la acción y dieron a los del campo un vigoroso albazo, con la indiada de unas ochenta rancherías que para la guerra habían convocado.

En la pelea, el empuje de los yaquis en masa, era fiero e incontenible. El sitio en que se combatía no era el apropiado para que pudiera maniobrar con eficacia, la caballería de Hurdaide. La duración de la batalla se prolongaba con exceso, y los efectos de aquel choque eran terribles y agotantes, para los españoles y sus aliados, sin que eso mismo no significara para los atacantes cuantiosas bajas en sus filas. Los españoles, por lo tanto, no podían conjurar, ni dominar aquella situación, de suyo comprometida y agobiante, circunstancia que indujo u obligó al capitán a dictar órdenes de levantar el campo y emprender la retirada.

Entonces se procedió a recoger el bagaje; y como con apego a la buena táctica el movimiento debía hacerse dentro del mayor orden, el sargento que marchaba a la vanguardia con algunos españoles, recibió instrucciones de cuidar que los indios auxiliares no fueran a emprender la fuga, sino que salieran defendiéndose y peleando en toda regla. En este punto, falló la obediencia a las órdenes porque, habiendo quedado a la retaguardia el Capitán con veintidós soldados, fue acometido rudamente en un sitio peligroso, en el cual no podían estos accionar con sus caballos y arcabuces; cosa que dio origen a una mala inteligencia, la de creer que los yaquis habían acabado con Hurdaide, y que determinó la fuga de los soldados de la vanguardia y de los aliados, llevando a la Villa la desconcertante noticia de la muerte de su jefe.

Lo que en aquel episodio ocurrió al bravo Capitán de Sinaloa, fue que pudo salir airoso del apuro, gracias a que jamas perdía el aplomo, ni desaprovechaba las ocasiones en que podía emplear los admirables recursos de su astucia. En ese trance, de sus soldados, la mayoría resultaron heridos. El mismo, había recibido cinco heridas en las manos y en el rostro. Ya se había perdido el bagaje, en el que figuraban algunos objetos de plata. No se contaba ni con agua, ni con alimento. Aunque los disparos de arcabuz que hacían los soldados daban en el blanco, nada para vencer se podía hacer humanamente, dentro de un cerco de siete mil indios flecheros. Trataron estos de llevar a su fin jornada tan fatigo-

sa, prendiendo fuego a la maleza por el lado de donde soplaba el viento, con lo que pretendían abrasar a los españoles; pero de ello ya se había precavido el astuto Capitán, quemando en su derredor el pajal. Ahora bien, el recurso supremo de la salvación se halaba pendiente del ardid y meditando en ello el Capitán, cuando las tinieblas de la noche llegaron, soltó los caballos heridos y sedientos que tenía, los que al sentirse libres, instigados por la intensa necesidad de apagar la sed, corrieron a escape y con gran tropel, en dirección al río; sobre de ellos, se avalanzaron los yaquis en el acto, creyendo que los españoles se les escapaban. Ese fue el instante precioso y único, que hábilmente provocó y supo aprovechar Martínez de Hurdaide, con gran aplomo de nervios, para retirarse con sus hombres a toda prisa, rumbo al sur, o sea en sentido opuesto al que tomaron las bestias; pudiendo de esta manera burlar y librarse de sus fuertes y aguerridos enemigos, sin que pereciera ninguno de los soldados en tan apretadísimo trance.

Ya en la villa daban por muerto al capitán y a los padres, les habían hecho solemnes honras fúnebres con misa de Réquiem. Grande fue la sorpresa experimentada cuando de improviso, se presentó un mensajero que desde el Mayo traía una demanda de socorro, nada menos que de la supuesta víctima. Se temió, naturalmente, que a su llegada el enérgico capitán, llegara a ejercer venganza o justicia, castigando severamente a los soldados de la vanguardia que lo abandonaron en el más grave de los apuros, dándolo equivocadamente por muerto; más esto no sucedió, no tan sólo debido a la intercesión del padre rector, sino además a la comprensión y magnanimidad del propio Hurdaide, sentimientos que lo impulsaron a conceder el perdón.

Se ha visto por lo relatado, que en los encuentros tenidos con los yaquis, la fuerza meramente española no experimentó bajas en hombres; esto debido a que, como dice Pérez de Ribas, “el soldado armado y sobre un caballo de armas, era un castillo incontrastable a las flechas de los enemigos”” Si la batalla tenía lugar a campo raso, a caballo el soldado podía acometer libremente al enemigo y darle alcance para anonadarlo. Las llamadas “armas, constituían el escudo del caballo, las cuales se confeccionaban de cuero aderezado de toro, en piezas dobles o empalmadas

para que ofrecieran una mayor resistencia a la penetración de las jaras. Más a pesar de ello, cuando el flechero disparaba desde corta distancia y era de brazo fuerte, no dejaba el caballo de correr su riesgo; riesgo aún más inminente cuando el atacante aventurándose, se lanzaba a debajo de las "armas del caballo, desjarretándole al machete, o bien, cuando cierto número de indios, se juntaban y lograban volcar la bestia, asiéndola de la cola; lo mismo que cuando el caballo sufría alguna caída al topar con piedra o con hoyancos, corría gran peligro su seguridad. En tales casos y muy expuestos, se hallaban a sucumbir, tanto el soldado como el caballo, dado "que el indio es muy suelto y el caballo y caballero my pesados con las armas para levantarse y cuando menos se piensa, descarga sobre la cabeza y casco que lleva en ella tal golpe de macana o de palo rollizo (que también usa en las guerras),que allí queda sin más levantarse".

En todos los casos que se presentaban, de entrada a exploraciones, pacificaciones y castigos, a los pueblos o naciones enemigas, utilizaban los españoles el importante concurso de los indígenas, que se tenían por amigos y que, ya fueran cristianos o gentiles, se reclutaban por el sistema de leva. Fue siempre una táctica eficaz, la de los conquistadores, la de servirse de los indios como auxiliares y la de enfrentarlos con aquellos de otras comarcas, con quienes tuvieran agravios, enemistades o cuestiones contenciosas. En estas guerras, nos dice Ribas, yendo en compañía de españoles y bajo su dirección, no abrigaban los naturales demasiados temores de combatir el enemigo; ello aunque fueran pocos los españoles y muy grande el ejército contrario, toda vez que sus espaldas se hallaban protegidas. En el caso más desfavorable, por ejemplo, cuando una acción de armas tenía lugar en un paraje montuoso, la caballería se estacionaba en lo más llano del terreno, entones actuaban los indios auxiliares como fuerza de infantería, persiguiendo por entre el monte a los contrarios, y si acaso se veían en aprietos, les bastaba para su seguridad, replegarse hasta quedar bajo el alcance de los arcabuces, cuyos tiros llegaban a mayor distancia que las flechas del enemigo.

CAPITULACIÓN.

No obstante que los yaquis, se habían cubierto de gloria al desbaratar al ejército más fuerte y numeroso que se había visto en las Provincia de Sinaloa, que conservaban en su poder, como un trofeo, considerables despojos del bagaje español, no dejaron de reconocer, el valor, la energía, la intrepidez y la temible capacidad militar de su enemigo don Diego Martínez de Hurdaide. Por otra parte, quedaron no tan solamente impresionados, sino amedrentados, de los arcabuces y de la caballería que tantos daños, les acarrearon en la pelea. Pues bien, todas estas circunstancias pesaron en forma decisiva sobre el ánimo de los yaquis, para que, atentos a los consejos de su viejo y experimentado cacique Conibomeai, trataran de buscar un entendimiento de paz con el Capitán, valiéndose de los mayos, como gestores e intermediarios.

Con el propósito expuesto, enviaron entonces los yaquis, a tres indias emisarias, las que fueron a la Villa escoltadas por una tropa de cuarenta mayos. Recibió bien Hurdaide a las emisarias escuchándolas y agasajándolas; pero les manifestó desde luego, que quería tratar con hombres y no con mujeres, que por lo tanto, deberían venir a verle los principales de la tribu, hecha esa advertencia mandó regalar a cada emisaria su respectivo caballo y vestido, para su regreso.

Al abrigar desconfianza, de aquellas noticias de que sus propias mujeres eran portadoras, optaron los yaquis, por mandar a dos de sus caciques, para que se cercioraran de la verdad. Se presentaron estos en San Felipe, en compañía de algunos indios mayos, quienes fungían de introductores y padrinos. Fueron bien recibidos y hospedados por Hurdaide. Tomaron unos días de descanso a cabo de los cuales, los interrogó el jefe español, quien les regaló caballos a unos y a otros cuchillos, frazadas, vestidos y cosas diversas; les prometió la paz y buen pasaje bajo las siguientes condiciones:

1º. Que habrían de venir a efectuarlas buen número de caciques principales del río Yaqui.

2º. Que no habían de hacer guerra a los indios mayos, sus vecinos, ni a otra nación cristiana o gentil, de las que estuvieran recibidas debajo del amparo del Rey; si algunos de estas naciones, inquietos y revoltosos, se acogiesen a su río y nación, no los ampararían, antes los prenderían y entregarían al que fuese Capitán de aquella provincia.

3º. Que aunque les perdonaba los muchos caballos que habían flechado y muerto, debían entregar los que quedaban vivos y los platos de plata, jarros y armas de españoles, que quedaron entre ellos.

4º. Que a las cabezas de los alborotos pasados, que todavía estaban entre ellos, los darían presos. En caso de que no hallasen seguridad ni traza para prenderlos, los matarían en alguna borrachera en que los hallasen o de otro modo que les fuera posible, añadiendo en favor de los yaquis, que en caso de que alguna nación les hiciese agravio, el dicho Capitán los ampararía y ayudaría a su defensa.

Después de los treinta días de plazo que pidieron los antedichos emisarios y que les fueron concedidos, amparados por el salvoconducto del capitán, se presentaron en la Villa ciento cincuenta yaquis, entre los que venían los plenipotenciarios, con quienes el 25 de abril de 1610, fueron celebradas las capitulaciones, conforme al clausulado preinserto. No tan sólo los españoles quedaron complacidos con el éxito logrado; sino hasta los mismos yaquis mostraron de su parte gran satisfacción y prometieron reducirse de sus ranchos o aldehuelas a pueblos grandes, en los que se proponían construir Iglesias y recibir a los padres, que para más tarde se les ofreció destinarles. Finalmente, en lo que respecta a la entrega de Lautaro y Babilomo, los yaquis la efectuaron, de acuerdo con lo pactado, los reos fueron luego ajusticiados, en tanto que, a cuantos los siguieron en el alzamiento se les perdonó la vida, y de esta vez, dice Pérez de Ribas, "quedó el demonio bien descalabrado y corrido del alboroto y tempestad con que pretendió asolar la cristiandad de Sinaloa.

LAS MISIONES.

En el mayo.

El establecimiento de las misiones jesuitas, en los partidos del Mayo y del Yaqui, no se llevó a cabo inmediatamente después de la fecha en que fue celebrado el convenio de paz con los yaquis; sino hasta años más tarde, primero en el Mayo y después en el Yaqui, ya cuando la pacificación de estas provincias era un hecho estable y se había logrado obtener la licencia correspondiente del Virrey.

Desde el río de Mocorito hasta el del Zuaque, se hallaban las mi-

siones perfectamente organizadas, bajo las ordenanzas y constituciones dictadas, mediante consulta con los padres del Colegio de la Villa de Sinaloa, por el padre visitador Rodrigo Cabredo, en el año de 1609 y las cuales podrán verse en el tomo II de la "Historia de los Triunfos...". No fue sino hasta principios de 1614, cuando hizo su entrada a la región de Mayo el primer misionero, precisamente el padre Pedro Méndez, quien, como habremos de recordar, por su estado achacoso de salud fue sacado de Tehueco para México, con la promesa de que sus servicios se emplearían en la evangelización de los mayos, cuando la ocasión lo demandare.

Entró este padre a su nueva doctrina, en compañía del Capitán Diego Martínez de Hurdaide, y en menos de dos años congregó a la población, de unas nueve mil personas, en siete pueblos asentados desde el mar y a lo largo del río, sobre una extensión de dieciocho leguas. En 1616, en ayuda del Padre Méndez, vino el Padre Diego de la Cruz, a quien se le encargaron tres de los citados pueblos, en los que ya Méndez había levantado Iglesias de tipo rústico y provisional. Por último, con la llegada de otro nuevo ministro, las Misión del río Mayo, afirmó su progreso, quedando constituida por tres partidos eclesiásticos, que fueron hacia la desembocadura del río: Santa Cruz, con su visita Etchojoa; Navojoa, con su visita Corimpo o Cohuirimpo y Tesia con su visita Camoa; Los conicaris y tepahuis, no fueron reducidos y dotados con doctrina, sino hasta 1620, año en que se hizo cargo de ellos el padre Miguel Godinez, ya una vez que se había instituido el Rectorado de San Ignacio.

EN EL YAQUI.

Las misiones no se introdujeron a la zona yaqui, sino hasta el año de 1617, fecha misma en que fueron mandados a iniciar los correspondientes trabajos de evangelización, a los padres Andrés Pérez de Ribas y Tomás Basilio, que partieron del mayo para Cócorit, el día de la Asunción en dicho año. Dichos jesuitas desplegaron grandes actividades y debido a su esfuerzo se formaron los antiguos pueblos que en las márgenes del Yaqui aún subsisten. Sus personas no dejaron de estar siempre expuestas a perder la vida en manos de los indios.

En 1618, el distrito del Yaqui, fue visitado por el Capitán Hurdaide,

con trescientos soldados y criados; exhortó en esta ocasión a los yaquis, a obedecer a los padres; por otra parte les dejó nombrados para sus pueblos, gobernadores y alcaldes; de suerte, que con ellos quedaban implantados los primeros lineamientos de la vida civil, entre aquella gente bárbara.

En 1620, el padre Cristóbal Villalta, antiguo misionero de los sinaloas, fue a substituir al padre Pérez de Ribas, pero aquel iba en calidad de padre superior del nuevo rectorado de San Ignacio, rectorado, que se creó con independencia propia, en virtud de la considerable distancia, de cincuenta leguas, que lo separaba de la Villa y colegio de Sinaloa. Comprendía el rectorado de San Ignacio, las regiones del Mayo, Yaqui y Chínipas.

Los padres Juan de Ardenas, Diego Bandersipe, nuestro conocido Pedro Méndez, Angelo Balestia y más tarde otros religiosos, llegaron finalmente a coadyuvar, en la intensificación de los trabajos misionales del rectorado. Por entonces, en los ocho pueblos a que en definitiva habían quedado reducidos los yaquis, se construyeron Iglesias duraderas, así como algunas casas de adobe y la distribución parroquial quedó organizada de la siguiente manera: Ráhum, con su visita Pótam; Belem y Torín, con su visita Bícam y finalmente Bácum, con su visita Cócorit; formando en conjunto tres partidos o misiones.

CAPÍTULO VIII.
OTRAS NOTICIAS DE LA EPOCA. ASUNTOS ECLESIÁSTICOS.

El funcionamiento administrativo de la Misión de Sinaloa, se regía desde la Villa de San Felipe, en donde se hallaba instituida la Casa o el Colegio de la Compañía de Jesús, a cargo de un padre superior o rector. Además de su título y cargo le confería el obispo al rector, el de vicario y juez eclesiástico. En sus labores, era de ordinario auxiliado el rector por otro padre, así como por un coadjutor, religioso, que atendía y desempeñaba en general los servicios domésticos en la Casa de la Compañía.

El objetivo o programa mínimo de la Misión, era el de la enseñanza religiosa, la propagación de la fe y por ese medio principal, librar a los gentiles de su estado salvaje, siendo objeto de preferencia el bautismo y doctrina a los niños de hasta diez años de edad.

Un visitador viceprovincial, con residencia en la Villa, se encargaba de inspeccionar periódicamente las cabeceras de los partidos en que se dividía la Misión; dándoles asistencia en sus más apremiantes necesidades y expeditando la buena marcha de los asuntos eclesiásticos.

Los que se encargaban de vigilar, que los curas de sus partidos cumplieran debidamente con las obligaciones de sus ministerios, eran los vicarios a quienes como jueces eclesiásticos, les incumbía el conocimiento de los agravios que los quejosos, sometieron a sus tribunales.

ooOoo

A fines del siglo dieciséis, manifestaba el padre Juan Burgos al obispo de Durango, que en la Provincia de Sinaloa, había cuatro misiones: "La del río de la Villa, con doctrina en Chicorato, Baburía, Nío, Guasave, Mocorito y Tamazula, con ministros; la misión del río Carapoa (ahora se llama este río fuerte), con otras cinco doctrinas de mucha gente, donde administran religiosos de la Compañía de Jesús; la misión del río Mayo.....y la misión del río Yaqui...".

En 1760, según lo expresa el obispo de la Nueva Vizcaya, don Pedro Tamarón y Romeral, la Villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa, era un poblado de españoles y mestizos, que no tenía indios de doctrina; que estaba a cubierto de los asaltos de los indios infieles y salvajes, por estar situada en medio de la gobernación. Pretendía entonces el prelado suprimir la vicaría y el rectorado inclusive; pero consecuente con la antigüedad e historia de la Villa, la dejó siempre subsistente en su jerarquía y en cambio se crearon en Sonora, dos vicarías.

En 1765, la Misión tenía veinte cabeceras, con sus padres, sólo diez de las cuales eran de las primitivas a saber: Mocorito, Bacubirito, Chicorato, Ocoroni, Guasave, Bamoa, Toro, Baca, Tehueco y Mochicahui. Por esta fecha eran cinco las misioncitas del río del Fuerte, y eran. El Fuerte, Toro, Baca, Tehueco y Mochicahui. Visitas de Toro eran Choix y Baimena, cuya advocación era Santa Catalina. DE Tehueco, eran visitas El Realito de Sivirijoa y Charay. De Mochicahui, Ahome y San Miguel, Sivirijoa, solía tener cura párroco, sostenido con el producto de las minas de plata de ese realito.

En 1785 (Informe del obispo de Sonora, fray Antonio de los Reyes), bajo la administración de cinco clérigos, se hallaban, en la "Misión del río de fuerte": la cabecera de la Misión, o sea El Fuerte y las parroquias de: Baca, con su visita Huites; Toro, con dos pueblos de asistencia o visita, que eran Choix y Baimena; Tehueco, con su visita Sivirijoa; Mochicahui, con su visita Charay y San Miguel, con su visita Ahome.

Todas estas referencias, permiten apreciar la distribución parroquial en aquella época y la importancia o subordinación eclesiástica de nuestros antiguos pueblos.

En el terreno económico, las misiones o los misioneros mismos

regenteaban, que les deparaban los recursos necesarios para el sostenimiento del culto, para la conservación y mejoramiento de las Iglesias, para dar auxilio a sus indios y para la alimentación de los propios ministros. Para el efecto poseían sus sementeras de maíz, frijol y hasta algodón y caña de azúcar. En las correspondientes labores agrícolas empleaban, a título gratuito, el trabajo comunal de los indios, quienes por tres días en cada semana estaban obligados a prestarlo. En la Villa de Sinaloa o puntos aledaños y aquí mismo en San Pedro, al rumbo noreste de El Fuerte, mantenían cortijos de caña y elaboraban panocha, por supuesto que en pequeña escala.

Confirman, el hecho, con expresa referencia a diversas actividades del ramo, las "Crónicas y Relaciones del Occidente de México", escritas por don Fernando de Ocaranza. De 1804, tratándose de algunas misiones de Sinaloa, el citado autor dice: "Las tierras no estaban repartidas y los indios que continuaban tomándose a si mismos como pertenecientes a las misiones, ocupaban y sembraban los lugares que deseaban o podían, muy particularmente los que resultaban bien regados y enlamados, después que se desbordan los ríos... Todavía continuaba la costumbre, de sembrar en común algunas tierras, destinadas para mantener a los padres ministros y para sostener el culto en las tierras que fueron misiones; los clérigos obtenían los mejores productos, a título de "temporalidades", de un trapiche instalado en el rancho de Masocari, que poseía también bienes de muy distintas especies". Más adelante y tomadas de la misma fuente se harán otras citas al respecto; permitiéndome suponer que la situación de que se trata y prevalecía en 1804, databa de los primeros tiempos en que las misiones se establecieron.

Se presume que tuvieron también injerencia o participación los padres, en el laboreo de ciertas minas. Con el producto de las minas del Realito de Sivirijoa" se llegó a sostener en este pueblo, un cura de asiento. Se citan los nombres de algunas minas de la región, de probable dependencia o propiedad de los padres, como son: Barobampo, Los parajes, San Antonio y El Caimán en La Capilla, la "Mina del Padre", en Cahuinahua, la de Maromiqui, rumbo a Choix y "Las Minitas", adelante del Máhone. En ellas se ven las bocaminas, los terreros, tahonas y algu-

nas obras para el laboreo de metales. Además desde aquellas fechas, se explotaban los placeres, citándose muy en particular, en la jurisdicción del Distrito del Fuerte, los del arroyo de San Pedro, a cuya vera dizque se encuentran piedras en forma de metates, en que los españoles molían las rocas metalíferas de las minas próximas.

Se asegura, que en San Pedro tuvieron los españoles un presidio o una prisión en la que confinaban a los reos políticos y a los delincuentes. Que a los reos se les encadenaba y sujetaba a una pesada bola de fierro o bien se les destinaba a trabajos forzados, como el de lavar las arenas auríferas del arroyo y el de atender, como gañanes, las siembras, entre las cuales figuraba la de la caña. En lo alto de un cerro bien notable, que se halla a orillas del arroyo y con flancos acantilados, estaba la prisión, la que subsistió según se cree durante un siglo, durando hasta 1767, año en que fueron expulsados los jesuitas. En la cima del cerro mencionado, existe una pila hecha de piedra, como de un metro y medio de hondo, la que tal vez, utilizaban los soldados como fortín o como aljibe. Histórica y documentalmente se viene a comprobar la existencia de dicho presidio, por el título de la intendencia de Arizpe, que ampara los terrenos, toda vez que se hallan titulados con el nombre de Real Presidio de San Pedro.

Las misiones tenían además sus estancias de ganado mayor y menor, o ea lo que ahora llamamos ranchos.

El tráfico de la región del rió del Fuerte, en la época colonial se ve hacia por dos embarcaderos situados en los esteros inmediatos a la Cañada Verde; pero principalmente por la boca del río de Santa María de Ahome, por donde se hallaba establecida la comunicación marítima, de cabotaje, con los ríos Sinaloa y Yaqui, con la Baja California y con los puertos sureños de la Nueva España. En uno de los viajes que hizo el padre Salvatierra, a la Alta California, desembarcó precisamente en la boca del río, para continuar por la tierra hasta el punto de su destino.

VISITAS EPISCOPALES.

En los principios, la Provincia de Sinaloa, se hallaba jurisdiccionada a la Mitra de Guadalajara; y hasta ella llegaron a venir a visitarla, dos obispos.

El primero fue don Alonso de la Mota y Escobar, habiéndosele tributado a su Ilustrísima, en el año de 1604, un lucido recibimiento por la todavía incipiente cristiandad de la Provincia, en la Villa de San Felipe. En este tiempo hacía dicho prelado uno recorrido general por todas las provincias de su extensísima diócesis, acerca de las cuales rindió a la superioridad un informe al que le tituló: “Descripción Geográfica de los Reinos de la Nueva Galicia, Nueva Vizcaya y Nuevo León”. El manuscrito correspondiente lo paleografió don Francisco del Paso y Troncoso, ilustre polígrafo mexicano y se imprimió en México en 1940.

El siguiente visitante fue el obispo don Juan del Valle, también de la Mitra de Guadalajara. Vino en 1611 y al encuentro de su Ilustrísima fue, hasta la villa de San Miguel de Culiacán, el padre superior Martín Pérez. A su llegada a San Felipe, se le tributaron al prelado manifestaciones de respeto, veneración y regocijo, constituyendo una nota sobresaliente al simulacro de guerra que el Capitán Martínez de Hurdaide preparó en honor del huésped, en el que participaron de una parte los indios y de otra los soldados de la villa. Las confirmaciones de indios, que su señoría hizo durante su permanencia en la cabecera de la Misión, ascendieron a ocho mil. Al poco tiempo de que efectuara esta visita a Sinaloa, el señor del Valle, dirigió al rey Felipe III una carta, en la que se expresaba de la Misión en términos favorables y en beneficio de ella solicitaba el envío, de mayor número de sacerdotes.

Su majestad, el rey católico Felipe IV, con breve de su Santidad Urbano III, dio orden para que en el año de 1621, el vasto obispado de la Nueva Galicia, se dividiese en dos, el de Guadalajara y el de Guadiana. En este último quedó incluida la provincia y misión de Sinaloa. Territorialmente el obispado de Guadiana, quedaba formado por la Nueva Vizcaya y las provincias de Sinaloa, Arizona, Nuevo México, porciones de Texas, Coahuila y Zacatecas. La ciudad de Durango o Guadiana, era la sede, el primer obispo de la nueva diócesis fue el fraile Agustino Gonzalo Hermosillo y Rodríguez, quien tomó posesión de su cargo por medio de apoderado el 22 de octubre de 1621, personalmente el 1ro. De septiembre del siguiente año.

En 1630, hizo este prelado, su visita pastoral a la Provincia de Sinaloa, habiendo celebrado en la Villa de San Felipe, una misa de pontificial. De

la Villa se dirigió enseguida "al río e Iglesia del principal pueblo de Tehueco, llamado Macori, donde fue recibido con singular alegría y concurso de gente; y confirmó once mil cristianos. Para mayor consuelo y confirmación en la fe de tan nueva cristiandad, se dignó celebrar un día de fiesta que allí se tuvo, misa de pontificial y otro de témporas, que allí le cogió, órdenes sacras, dándolos a unos clérigos que llevaba en su compañía y otros que después le siguieron. Acciones todas, que aprovechaban mucho para que aquellas gentes, hicieran mayor concepto de la alteza de nuestra santa religión y de los ministros que les predicaban el santo evangelio y administraban su santo sacramento. Cuando después de haber realizado sus ministerios pontificios en Tehueco, su ilustrísima se dirigía de regreso a San Felipe, en el camino lo sorprendió un grave y repentino accidente. Sin médicos, ni medicinas, aún cuando rodeado de los mayores cuidados que le brindaban los religiosos de la Misión, sus males se agravaron y expiró finalmente, el 28 de enero de 1631. Fue sepultado junto al altar y del lado del Evangelio, en la primitiva Iglesia de la Villa, colocándose sobre el sepulcro un retrato de su persona. Después de algunos años, se hizo la exhumación del cadáver, para trasladarlo a Durango, en cuya catedral, se le hicieron el 13 de marzo de 1668, los más solemnes funerales.

La subsecuente visita se recibió de parte de su Ilustrísima, el Dr. Don Alonso Franco y Luna, en 1636, año en el cual vino también a la Provincia, el único Virrey que la llegó a visitar, don Lope Díaz de Armendariz, marqués de Cadereita. El Obispo y el Virrey reconocieron que ya procedía aplicar el cobro de diezmos y tributos reales –la eterna preocupación--, tal vez porque los negocios de la Colonia, en Sinaloa, habían prosperado. El Virrey por su parte consideraba, que también era tiempo de secularizar la Misión y erigir en episcopado a esta Provincia, pero de semejante idea o pretensión se desentendía el obispo Franco, por resultar afectados sus intereses Diocesanos. Las proposiciones que se formularon a este respecto merecieron la consideración del Rey; pero su Majestad quiso conocer previamente ciertos detalles, materia de un informe especial, el cual fue encargado, en 1638, a la idoneidad del padre Andrés Pérez de Ribas, que era por aquella época el provincial de la Compañía. El comisionado reunió para el efecto a los antiguos misioneros de Sinaloa, en la ciudad de

México; y del informe rendido por él, dependió que por esta vez, quedara desechado el proyectado de imponer los diezmos y tributos a los pobres indios, así como el erigir el nuevo obispado.

Después de la visita del obispo Franco y Luna, ocurrió la de su sucesor, Dr. Francisco Díaz de Quintanilla y Evia. Posteriormente otros prelados como el Ilustrísimo Dr. Benito Crespo en 1730, don Martín de Elizacochea en 1737 y don Bartolomé de Estañuela después, favorecieron también con su presencia y bendiciones a la cristiandad de nuestra Provincia; viniendo desde Durango, con las incomodidades inherentes a los medios de transportación usuales en aquella época.

Otra de las visitas pastorales fue la del Dr. Don Pedro Tamarón y Romeral, quien a su vez, arribó a la Villa de Sinaloa, el 6 de febrero de 1760. A los siete días se trasladó, de San Felipe, a la villa del El Fuerte, de donde continuó con destino inmediato al Real de los Álamos, que como Villa y centro minero, ya había adquirido auge y renombre. En Sinaloa, dijo el obispo siete sermones y confirmó a 2,536 almas; en Ocoroni dijo un sermón y los confirmados fueron 435 y en el Fuerte, cinco sermones y se hicieron 927 confirmaciones. Hizo un largo y tardado recorrido por todo su obispado iniciando esa gran faena el 22 de octubre de 1759 y dándole remate el 11 de diciembre de 1763, después de cubrir un itinerario de 2,752 leguas castellanas. Su informe producido y de gran valor documental e histórico, lleva el título de "Demostración del Vastísimo Obispado de la Nueva Vizcaya", obra que se editó en 1927 y que lleva una introducción de Vito Alesio Robles, así como numerosas e interesantísimas apostillas de Alberto Castillo H., que complementan e ilustran con acertadas acotaciones geográficas e históricas la obra citada.

En el año de 1768, repitió el obispo Tamarón su visita. Llegó a la Villa de Sinaloa, en el mes de julio, y de ahí, el día 18 de ese propio mes intentó pasar a la Villa del Fuerte, impidiéndoselo las lluvias, por estar los caminos anegados y los arroyos muy crecidos. Dispuso entonces el obispo su regreso a Durango; pero en Bamoa, cayó enfermo y murió el 21 de diciembre de aquel mismo año, a la edad de 73 años. Según correspondía a su dignidad, las exequias fueron muy solemnes. Recibió sepultura en la nueva Iglesia de la Villa de Sinaloa, recién terminada,

de tres naves, muros de adobe y una hermosa torre de cantería. Al exhumarse, cuatro años más tarde sus restos, fueron trasladados a la catedral de Durango.

Se habría de llegar por fin, el día en que cristalizara el antiguo proyecto del marqués de Cadereita, de erigir las Misiones en Obispado. La proposición partía ahora, del visitador don José Gálvez. El Virrey, le otorgó su aprobación en 1770, o sea posteriormente a la expatriación de los jesuitas. Luego Carlos III, el 4 de febrero de 1781, expidió la correspondiente Real Orden en virtud de la cual se creó el obispado de Sonora, con su cabecera o sede en Arizpe e integrado por las provincias de Sinaloa, Sonora y las Californias. El primer obispo de la diócesis fue fray Antonio de los Reyes, quien el 15 de septiembre de 1782, recibió en Tacubaya la consagración, entrando en posesión hasta el 1ro. De mayo del siguiente año.

LA EXPULSIÓN DE LOS JESUITAS.

Cuando ya en el Noroeste, las misiones se hallaban funcionando satisfactoriamente y se juzgaba que, por haber logrado adelantos, se hallaban en condiciones de ser secularizadas, erigiendo en curatos los partidos de Sinaloa y algunos de Sonora para entregarlos al ordinario, sobrevino el sensacionalísimo acontecimiento de la expulsión de los jesuitas.

Por motivos declarados unos y otros, que se reservaba el Real peco, Carlos III, en su llamada Pragmática e Institución General para los reinos de España e Indias, con fecha 27 de febrero de 1767, disponía el destierro de todos los jesuitas, de los dominios españoles y les confiscaba sus bienes en favor del Estado. El extrañamiento, debía surtir efecto en México y el resto de América, el 25 de junio del año citado; pero en la Gobernación de Occidente, a la que pertenecían las provincias de Sinaloa y Sonora, la orden vino a ponerse en ejecución a partir del 7 de julio. En todo México, se había mantenido bajo el secreto más riguroso, la sobredicha orden Real, a fin de que se pudiera llevar a cabo por sorpresa y con eficacia su estricto cumplimiento.

Como agente encargado de la ejecución de la Pragmática sanción, fungió don Joseph de Gálvez, hombre de todas las confianzas del Rey,

que en 1765, fue enviado a la Nueva España, como visitador general, para que reorganizara el funcionamiento de la desbarajustada administración, especialmente en el ramo de Hacienda. Era Gálvez, general intendente de Ejército, alcalde de Casa y Corte, abogado de la facultad de Salamanca, Primer Ministro de Indias, desde 1776 hasta 1786, fecha de su muerte y además, marqués de Sonora a partir de 1785, año en que le fue expedido el título correspondiente. Tan Alta personalidad, venía investida de ilimitadas facultades en todos los ramos de la administración, civil, fiscal y militar; se le atribuye, la redacción de las advertencias generales o del edicto, que el día preciso del emplazamiento, 25 de junio de 1767, expidió el virrey don Carlos Francisco de Croix, marqués de Croix, a fin de que los habitantes de este virreino, supieran a que atenerse en el escabroso y resonante asunto del extrañamiento de la orden de San Ignacio de Loyola.

Rezaba el edicto: “Hago saber a todos los habitantes de este Imperio, que el Rey, nuestro Señor, por resultas de las ocurrencias pasadas y para cumplir la primitiva obligación con que Dios le concedió la Corona, de conservar ilesos los soberanos respetos de ella y de mantener sus leales y amados pueblos en subordinación, tranquilidad y justicia, además de otras gravísimas causas que se reserva en su Real ánimo, se ha designado mandar a consulta de su Real Consejo y por Decreto expedido el 27 de febrero último, se extrañen de todos sus dominios de España e Indias y demás adyacentes a los religiosos de la Compañía de Jesús, así sacerdotes, como coadjutores o legos que hayan hecho la primera profesión y a los novicios que quisieran seguirles; que se ocupen todas las temporalidades de la Compañía en sus dominios. Y habiendo su Magestad, para la ejecución uniforme en todos ellos, autorizado y privativamente al Excmo. Señor Conde de Aranda, Presidente de Castilla y cometídome su cumplimiento en este Reino, con la misma plenitud de facultades, asigné el día de hoy, para la intimación de la suprema sentencia a los expulsos, de sus Colegios de casas de residencia de esta Nueva España y también par anunciarla a los pueblos de ella, con la prevención de que estando estrechamente obligados todos los vasallos de ella, de cualquiera dignidad, clase o condición que sean,

de respetar y obedecer las siempre justas resoluciones de su Soberano, deben venerar, auxiliar y cumplir esta con la mayor exactitud y fidelidad; por que su Magestad declara incursos en su Real indignación a los inobedientes y remisos en coadyuvar a su cumplimiento, y me veré precisado a usar del último rigor y de ejecución militar, a los que en público o secreto hicieren con este motivo conversaciones, juntas, asambleas, corridos o discursos de palabra o por escrito; pues de una vez para los venideros deben saber los súbditos del gran Monarca que ocupa el Trono de España, que nacieron para callar y obedecer, no para discurrir ni opinar en los altos asuntos del Gobierno".

El decreto de expulsión, fue notificado a los jesuitas o "padres prietos" según eran vulgarmente llamados, de los rectorados de Sinaloa y del río Yaqui, por el Capitán Lorenzo Cancio. Y para llevar a efecto el cumplimiento de esa orden o Pragmática, en ambos rectorados, fue comisionado don Eusebio Ventura Beleña, quien llegó el 7 de julio de 1767. Su actuación dio principio con los padres del Colegio de la Villa de Sinaloa, del cual era rector, desde 1730, el padre José Garfias, de México; luego prosiguió con todas las demás cabeceras de partidos o misiones, hasta terminar y de las que fueron sacados los padres y por de pronto conducidos a Álamos.

No hubo en realidad oposición violenta como ocurriera en otros lugares del país, a la aplicación de la Pragmática. El único incidente que pudiera citarse, es el de la venganza que ejercieron los indios del pueblo de Nío, en la persona del comisionado don Eusebio Ventura Beleña, a quien amarraron e intentaron sacrificar.

Por otra parte, los bienes eclesiásticos fueron confiscados y puestos bajo el cuidado de Comisarios Reales, que entre personas seculares designara el Coronel Juan Pineda, gobernador de las Provincias Internas de Occidente. Estos bienes, llamados temporalidades, mas tarde y por acuerdo del visitador don Joseph de Gálvez, fueron devueltos y entregados a los franciscanos de hábito pardo de Propaganda Fide, que, procedentes del convento de la Santa Cruz de Querétaro, vinieron a recibirlos y a encargarse además, de la administración de las misiones de Sonora y Sinaloa, las que respectivamente contaban con veinte y veintinueve cabeceras.

En la lista de don Fernando Farandoy y Covarrubias, que forma en el "Expediente del Real Orden sobre el Estado de las Misiones de las Californias (1784)", aparecen los nombres y residencias de los cincuenta y dos padres, desterrados de estas provincias. Cuatro, eran los que administraban las misiones del río del Fuerte: Sebastián Cava, originario de Cotanes, Grado Profeso, que entró el 30 de agosto de 1748 y "a quien al sacarlo de sus indios, los oficiales lo amenazaron de continuo para que les enseñase el escondite de sus tesoros", de Baca, Juan Francisco Acuña, de Calpujahua, Grado Sacerdote Escolástico, que entró el 27 de agosto de 1751, de Toro; Antonio Ventura, gaditano, Grado Coadjutor Espiritual, entrado el 13 de febrero de 1750, de Mochicahui y Francisco Anaya, de Jiquilpan, que entró el 17 de enero de 1763, Grado Profeso, de Tehueco.

Todos los misioneros del sur, fueron reconcentrados en Bácum, Sonora y de ahí trasladados al puerto nuevo de Guaymas, se les mantuvo concentrados durante cuatro meses y a principios de abril de 1768, fueron llevados vía puerto marítimo de San Blas, a la ciudad de México y de ahí a Veracruz, para ser embarcados a Europa. En Ixtlán, se dio sepultara a varios de los misioneros, que en el viaje perecieron a causa o de ancianidad o de enfermedades y sufrimientos. Entre los fallecidos se contaba al padre Cava, de Baca; más tarde, en 1806, murió en Europa, el padre Antonio Ventura, ministro de Mochicahui, después de haber pasado treinta y nueve años en prisión.

A partir de la fecha de la expulsión, llevada ésta a cabo cuando era el obispo de la diócesis de Durango, don Pedro Tamarón y Romeral, las misiones que se hallaban a cargo de los regulares, es decir los jesuitas, quedaron servidas por seculares. En Mochicahui por ejemplo, un presbítero de nombre Garfias; en Tehueco Lucas Merino, en Toro Luis Falcumbeli y en Baca, Juan Cubedo. Estos pueblos eran las cabeceras de las misiones que por esa época, administraban la cristiandad del río del Fuerte.

Con motivo de la situación, el obispo Tamarón, escribió varias cartas al gobernador Pineda, de esta Gobernación de Occidente. En una de ellas, fechada en el Real del Rosario, el 19 de enero de 1768, cuando realizaba la última de sus giras pastorales, protestaba por la venta de los efectos de las misiones, arguyendo que esos bienes no pertenecían a los

padres de la Compañía de Jesús, sino a las propias misiones y nuevamente se quejaba de la disposición que prevenía que los pueblos sólo deberían dar a su misionero "una mujer que le haga la tortillas y un natural que le traiga la leña y barra. En otra carta fechada en la Villa de Sinaloa, el 22 de julio de ese mismo año, el obispo, le exponía al gobernador su queja por el envío de tan considerable número de franciscanos y manifestaba, con cierta amargura y enojo, que parecía estar en el ánimo del Gobernador dar todas las Misiones de Sonora, a los frailes, por lo que amenazaba con no extender nombramientos de vicarios a los seculares; Dado que el obispo, "pretendía que las Misiones, fueran administradas por clérigos y también que los bienes temporales de las mismas, pasara a engrosar el caudal del obispado a su cargo".

Debemos recordar lo antes dicho; que el obispo Tamaron y Romeral, a causa de haber enfermado, falleció en Bamoa, el 21 de diciembre de 1768. Al siguiente año, estando en el Real de Alamos, el visitador Gálvez, dictó algunas disposiciones sobre la administración de los bienes y la formación de curatos. Esas medidas de orden, constan en el libro o edición del "Informe General que en vista de Real Orden, instruyó y entregó el Excmo. Señor Marqués de Sonora, siendo Visitador General de este Reino el Excmo. Señor Virrey D. Antonio Bucareli y Ursúa, con fecha, 31 de diciembre de 1771"; que en la parte relativa, dice así: ...Al propio tiempo, dispuse como lo había hecho en Californias, que la administración temporal de las Misiones, se encargase a los clérigos y religiosos de la Santa Cruz de Querétaro, a quienes se había confiado en lo Espiritual, cuando se sacaron de ella a los Jesuitas y autorizados después por el Cavildo Eclesiástico, de Durango con sede Bacante el Vicario General de aquella Provincia Don Pedro Gabriel de Aragón, cura del Real de los Alamos, erigió en curatos, con mi acuerdo y a instancia de los indios de todas las Misiones de Cinaloa y una gran parte de las situadas en Sonora, atendiendo al estado de ellas y a que sus fundaciones cuentan con más de ciento sesenta años de antigüedad. La falta de Eclesiásticos seculares, por la muerte del Señor Obispo Don Pedro Tamarón y Romeral, dejó sin efecto en Sonora, la erección de las Parroquias; sólo hubo Curas, con los destinados por el Cavildo, para las Misiones de Cinaloa,

quedando los religiosos Franciscanos de la Provincia de Xalisco, y algunos de la Santa Cruz de Querétaro, en la administración interna de las otras y con este motivo han instalado a V. E., dichos Misioneros de propaganda, para que se les admita la dejación de cinco Doctrinas, que deber ser Curatos". En esta forma fue como vinieron los franciscanos a reemplazar a los jesuitas y como quedaron instituidas las Parroquias en lugar de las antiguas y primitivas misiones.

Los bienes eclesiásticos, eran vendidos y aún dilapidados en parte, por los comisarios que los administraban. A consecuencia de todo este desbarajuste y de la falta misma de los jesuitas, sintetiza el padre Cuevas, la cristiandad volvió atrás, porque los curas doctrineros no tenían recursos, pues se les había privado de bienes como --ranchos y labores— que les producían renta; además de que vino la fuga de familias enteras o su translación voluntaria a los montes dejando a los pueblos, casi sin gentes.

El gobernador intendente, don Pedro Garrido y Durán, en 1790, rindió al Virrey, conde de Revillagigedo, un informe en el que manifiesta que las misiones de Sonora y Sinaloa, quedaron en "pie de floreciente", cuando fueron expulsados los jesuitas y que "no puede negarse", que éstos manejaban a los indios "con despotismo a su arbitrio", "abusando de lo prevenido por la leyes en cuanto a dirección temporal"; y que la dirección espiritual la ejercieron con los indios en forma completa y "hallaron el medio adecuado de subordinados, y sacar todo el partido que podía imaginarse de su natural carácter Glosando dicho Informe; Ocaranza, dice que en realidad los jesuitas usaban del rigor, la discreción y la prudencia, haciendo trabajar a los indios en el cultivo de las tierras, en el pastoreo del ganado, en la edificación y reparación de las Iglesias, en el servicio personal de los misioneros y en "quanto crehian necesario"; pero que al mismo tiempo les daban comida suficiente, los vestían, los asistían en sus enfermedades "con las medicinas y demás que havían menester, a cuyo fin tenían de todo, repuestos muy abundantes", y aparte de lo antedicho, les proporcionaban diversiones públicas; con especialidad, en los días de los santos titulares de las misiones, les permitían sus danzas, a las cuales fueron muy inclinados...". Continúa exponiendo y glosando, como a continuación se expresa:

"Con estos medios consiguieron los misioneros un gran ascendiente y así fue como los naturales concurrían todos los días al Rosario, la Doctrina, la Misa, los sermones y todos los actos rituales".

"Con el producto de las cosechas y la multiplicación de sus ganados, hubo los medios de adornar las Iglesias, levantar y dorar retablos; comprar ornamentos y vasos sagrados y aun celebrar funciones rituales con toda pompa, todo lo cual dejaba profundamente impresionados y satisfechos a los naturales, por su inclinación bien conocida hacia los actos deslumbrantes".

"Después que ocurrió la expulsión de los regulares, las misiones de Sinaloa, como se ha dicho, quedaron al cuidado de ministros pertenecientes al clero secular; lo mismo que las de Ostimuri, Sonora, etc. Los padres queretanos, mantuvieron las misiones en buen orden, dejaron satisfechos a los naturales y procuraron que las Iglesias continuaran en su mismo tono de decencia".

"Los misioneros de Sinaloa no cobraban sínodos, toda vez que tenían el carácter de curas doctrineros, que se mantenían con los derechos parroquiales, con él procreo de los ganados, y con los frutos de una milpa o suerte de la Tierra, que les hacen sembrar regularmente a los naturales; " en la moderación o exceso de su manejo, yá en lo referido, yá en la Administración de lo que corresponde a la comunidad, está la prosperidad o decadencia de sus Pueblos e Iglesias".

"Se reconoce que algunos seculares desempeñaron su encargo satisfactoriamente, tanto en lo espiritual, como en lo temporal; que estimularon a los indios en la crianza de ganados; en la siembra de trigo, maíz, garbanzo y algodón; que les enseñaron manufacturas de algodón y lana; en forma de mantas, frasadas y "buenas colchas"; y que por su parte, llevaron al detalle la cuenta y razón del dinero que manejaron".

"Naturalmente, en otras misiones, las cosas anduvieron de diferente manera, en vista de "la poca economía, celo y práctica de los Administradores". En la declinación de las Parroquias, débese también tomar en cuenta la memorable inundación de los ríos Sinaloa, Fuerte y Mayo, en el año de 1770, que ocasionó perjuicios y daños considerables en los sembradíos de los pueblos correspondientes".

"Algunos de los seculares, abusaron con exigir demasiados trabajos a los indios, sin suministrarles el alimento, el vestido y demás auxilios de que disfrutaban en tiempo de los regulares; y esto daba lugar a que los indígenas buscasen "la libertad que apetecen" y se reconcentrasen en la costa "por el interés del pescado", o remontasen a la Sierra Madre o Tarahumara. En estos aspectos pues, era indudable que la decadencia de las misiones en Sinaloa, era una situación real, y al afirmarlo el gobernador intendente, no sólo se basaba en sus propias observaciones, sino en el dictado de los "hombres sensatos" con quienes había "conferido privadamente".

LAS MISIONES EN 1785.

En las "Memorias de la Academia Mexicana de la Historia", números 1, 2 y 3 del año de 1949, aparece publicada una valiosa relación que se intitula "Noticia y Descripción de las Misiones del Obispado de Sonora formada en 1785, por el primer obispo don fray Antonio de los Reyes. Se trata de un informe bastante minucioso que refleja perfectamente, en su parte respectiva, el estado de las provincias de Sonora y Sinaloa a fines del siglo XVIII.

Dirigiéndose al Rey, el citado obispo expone: "Señor: por carta orden de vuestra Majestad de treinta y uno de enero de este presente año, me dice vuestro secretario del Despacho Universal de Indias, don José de Gálvez, le remita una relación clara y metódica de todas las misiones establecidas en esta Diócesis; exponiendo en cada una de ellas la provincia en que se halla; su extensión, las naciones de indios y pueblos de que se compone, qué gente tiene cada pueblo, con distinción de clases, estado, edad y sexo; si entienden, y usan generalmente la lengua española, o sólo su antiguo idioma o si es uno mismo diferente en todas las naciones. Qué sacerdotes están encargados de la misión, sí seculares o regulares; en qué número y con qué título o nombramiento; como desempeñan su ministerio y si están suficientemente instruidos en el idioma de sus feligreses; que sínodo o salario gozan. De qué ramo se paga; y si perciben obvenciones y derechos; cómo se han introducido o

arreglado estos y cuánto importan; si las Iglesias se mantienen con decencia, qué gastos se hacen en su culto y de dónde salen; si hay cofradías o hermandades; cuántas son y cuándo se establecieron, con qué reglas; qué aprobación tienen y cómo subsisten; qué gobierno y policía llevan entre sí los mismo indios; quién lo forma o autoriza, y con qué estatutos municipales se rige. Qué propios fondos o rentas gozan los pueblos en común, de qué ramo se componen; con qué destino quien los maneja; dónde se liquidan sus cuentas y cuál es su producto. Qué costumbres son las de los indios; su aplicación a la agricultura o artes; qué frutos da el país; de qué estimación y qué expendio o comercio se hace de ellos; si convendrá adelantarlo o variarlo para que se mejore y de qué modo; si las tierras se las han repartido por familias o personas o si libremente cultiva cada uno el territorio que pueden según sus fuerzas, cómo se habilitan para sus labores y si tienen algún ramo de industria; en qué consiste, dónde se expenden sus obras, por qué manos y si se procede a satisfacción con legitimidad y pureza, finalmente, se me previene explique todos estos puntos, de modo que no sólo se haga patente el estado actual de las misiones, sino también el que tenían al tiempo del extrañamiento, para que se reconozcan los progresos hasta el presente y en caso de decadencia o que convenga variar, se proponga lo que se considera más acertado y que para adquirir yo estas noticias y poder formar juicio seguro me instruya de personas de probidad, carácter y conocimiento práctico de estos países, excusando autos y diligencias judiciales; pues sólo quiere vuestra majestad una exposición clara, sencilla y verdadera, sin el voluminoso aparato de piezas justificativas".

"Las dilatadísimas gobernaciones de Sonora y California --- dice fray Antonio — son el distrito y términos de esta nueva Diócesis. Los expulsadores regulares tenían en ellas setenta y nueve misiones, que con las asistencias o visitas se numeraron ciento cincuenta y tres pueblos. Para su gobierno dividieron aquellos regulares sus misiones en provincias y rectorados y esta impropia denominación es la que actualmente divide esta gobernación de Sonora en las provincias de Chametla, Moyola, Culiacán, Sinaloa, Ostimuri, Pimería baja y Pimería alta. Las cincuenta y dos misiones con ciento treinta y seis pueblos de visita corresponden a

la gobernación de Sonora y las diecisiete restantes, hasta el número de setenta y nueve, son las de la California. Todos los misioneros de Sonora, cobraban sínodos en las Reales Cajas de México, donde tenían su procurador que les mandaba anualmente los vestuarios y manutención con todo lo demás que necesitaban para los adornos de iglesias y culto divino, pero como la limosna de trescientos pesos no es suficiente para estos gastos, y los que son precisos para fabricar y mantener las Iglesias con ornamentos y vasos sagrados, arbitraron aquellos misioneros, que los indios trabajasen de comunidad, tres días a la semana, dándolos libres los restantes para sus particulares labores y siembras. En nombre del común de los indios y pueblos pidieron registros y se posesionaron con títulos reales de muchas leguas de tierra a todos vientos de sus misiones, donde formaron estancias de ganado mayor y menor, con cría de caballada y mulada. Al tiempo de la expatriación, se consideraron estos bienes de común de los indios por temporalidades de aquellos regulares; se pusieron al cargo de comisarios reales que los manejaron, hasta que llegó a estas provincias el visitador general, quien de resultas de haber pedido cuenta a los sobredichos comisarios, los puso provisionalmente a la dirección y gobierno de los ministros de doctrina y misioneros que los manejan hasta el presente, sin instrucción o reglamento alguno, pero no sé si la tienen el gobernador y sus alcaldes mayores que habiendo hecho uso de éstas que llaman temporalidades de Vuestra Majestad se ha originado entre éstos, y los ministros de doctrina muchas discordias, y las fatales consecuencias de hallarse gran número de misioneros y pueblos sin sacerdote sin iglesias y sin bienes de comunidad".

De una manera general y refiriéndose a las misiones de Sinaloa, expresa: "Esta provincia se extiende ochenta leguas al noroeste, desde la jurisdicción de Culiacán, hasta el río Mayo y cincuenta o sesenta de oriente a poniente, desde la Sierra Madre, jurisdicción de la Nueva Vizcaya, hasta el Golfo de California. Tres alcaldes mayores con una multitud de tenientes y comisarios gobiernan seis pueblos de españoles y reales de mina con muchas estancias de ganados y haciendas de labor. Los ríos Sinaloa, Fuerte y Mayo, son caudalosos en las estaciones de aguas, pero de ningún provecho para los pueblos y tierras de labor".

Entra después el Obispo, en el pormenor de las misiones, principiando por la de Mocorito y siguiendo con las de Chicorato, Sinaloa, Bamoa, Guasave y Ocoroni. Al tocar el punto del río del Fuerte dice: "Veinte y cinco leguas, entre poniente y norte de Sinaloa, corre este río, y en el terreno que media entre uno y otro hay algunas haciendas y ranchos de españoles, mulatos y otras castas, con la que llaman Villa del Fuerte, que es una mediana población de españoles situada en las inmediaciones de dicho río".

Luego, al referirse en particular a las misiones y pueblos de este río, especifica el estado y circunstancias en que se encuentran, según lo que a continuación se transcribe

"VACA: Esta misión con su pueblo de visita Huetis, es la más inmediata a la Sierra Madre o Tarahumara, y está situada a las orillas del río, en buenas tierras y para labores de trigo, maíz y otras semillas; se extienden las tierras de los indios y común de los pueblos a ocho y diez leguas por todos vientos. En Vaca son los matrimonios noventa y cuatro; de todas edades y sexos trescientos diez. Son de nación mayo, usan su antiguo idioma y algunos hablan el español. El pueblo de visita Huetis, se halla casi despoblado. En las tierras de esta misión, viven rancheados y dispersos por los montes y barrancas, doscientas y diez familias de españoles, mulatos y otras castas. Al tiempo del extrañamiento, destinaron a esta misión un sacerdote secular que hasta el día la tiene a su cargo, sin título, instrucciones o reglamento alguno; no ha recibido sínodo, cobra derechos de los españoles y vecinos con arreglo al arancel del Obispado de Durango. Los indios no le dan asistencia, ni quieren trabajar de comunidad para la justa manutención de su ministro y gastos de la Iglesia. La fábrica de ésta es de adobe, con techos de madera, paja y tierra, en el pueblo de Huetis se arruinó enteramente la iglesia y los ornamentos con los vasos sagrados se custodian en el pueblo de Vaca. Se gobiernan estos pueblos por sus justicias, indios que elige y nombra cuando quiere el alcalde mayor del Fuerte. No tienen policía, ni ramo alguno de industria; viven ociosos, casi desnudos y dados con exceso a los vicios y a las embriagueces. En sus costumbres morales son peores que los gentiles y se exceden hasta despreciar los consejos del sacerdote que los administra y las reconvenciones que les hace para que asistan a la doctrina y cumplan los preceptos de oír misa y confesar en el tiempo santo de cuaresma; siendo lo más doloroso, los errores que han comprendido por las instrucciones mal entendidas y explicadas por el alcalde mayor del Fuerte, que el rey los ha dado por libres y que no están obligados a obedecer lo que les manda su padre ministro de doctrina, ni reconocer superioridad y facultades en éste, para mandarlos castigar por medio de las justicias indios".

TORO: Esta misión, con sus dos pueblos de visita Baymena y Chois, está situada, a siete leguas de la antecedente río abajo; en buenas tierras para labores de toda especie de semillas y se extienden los de los indios y común de los pueblos, a cuatro o seis leguas al oriente y diez o doce al norte. Los pueblos de Toro, tres leguas río abajo; son de nación de mayos; usan su antiguo idioma y muchos hablan el español. Los matrimonios treinta y ocho y de todas edades y sexos, ciento y siete. En las inmediaciones de estos pueblos y tierras que fueron el común de la Misión, viven rancheados y dispersos entre montes y barrancas más de doscientas familias de españoles, mulatos y otras castas, con una multitud de ladrones, vagos y ociosos. Al tiempo del extrañamiento, se entregó esta misión, a un sacerdote secular que la administró seis o siete meses y sucesivamente otros tres clérigos, hasta el año de setenta y seis, que por una carta orden, el cura de los Alamos, la recibió y administra un sacerdote secular. No ha recibido sínodo; cobra derecho de los españoles y vecinos con arreglo al arancel de Durango. Las Iglesias de Toro y Chois están casi enteramente arruinadas y los ornamentos con los vasos sagrados se custodian en la Iglesia de Baymena, la fábrica de ésta es de adobes, con techos de madera, paja y tierra y a expensas del padre ministro se reparan las casi continuas ruinas y se hacen los gastos del altar y culto divino. El gobierno de los indios, policía y costumbres es en todo semejante a sus vecinos y parientes de los pueblos y antecedente misión".

TEGUECO: Esta misión, con su pueblo de visita; Sivirijoa, dista de la antecedente trece leguas río abajo, y casi en la inmediación de una y otra

está situada la que llaman villa del Fuerte. Las tierras de estos pueblos son muy al propósito, para siembras de maíz y otras semillas y se extienden a seis, ocho y doce leguas; el pueblo de Tegüeco, está situado a las orillas del río y sólo se registran en él, la casi arruinada Iglesia y casa del padre ministro, por que los indios viven dispersos por los carrizales, montes y tierras de la misión. Los matrimonios de indios; veinte y ocho y de todas edades y sexos, setenta y uno. Son de nación sinaloas y mayos; usan sus antiguos idiomas y casi todos hablan la lengua española. El pueblo de visita, Sivirijoa distante río abajo cuatro leguas y los indios dispersos y rancheados en los montes; son los matrimonios veinte y de todas edades y sexos, cincuenta y siete. En estos pueblos y tierras de la misión viven muchos mulatos y otras castas. En el tiempo del extrañamiento, se encargó esta misión al cura del Fuerte, que siendo solo para administrar una numerosa y dispersa feligresía, no puede asistir como lo necesitan los indios, que en su gobierno, policía y costumbres se han viciado como sus hermanos y parientes de los pueblos y misiones inmediatas. La Iglesias y casas de los pueblos están casi arruinadas y se han extraído muchos ornamentos y alhajas de las sacristías, Iglesias y casas".

MOCHICAHUE: Esta misión, con su pueblo de visita Charay, dista de la antecedente ocho leguas río abajo; las tierras son muy buenas para siembras de maíz, frijol y otras semillas y se extienden a cuatro, ocho y doce leguas, en cuyos montes hay mucho nopal de grana que ofrece un utilísimo ramo de comercio. En los pueblos, sólo se registran las Iglesias y casas de la misión, con algunas enramadas de indios y mulatos; viviendo todos los demás, dispersos por los montes y escondidos en los carrizales; son de nación de mayos, usan su antiguo idioma y ninguno entiende el español. Los matrimonios en el pueblo de Mochicahue, más de cuatrocientos y de todas edades y sexos un mil, en el pueblo de Charay serán los matrimonios trescientos y de todas clases y edades ochocientos; viven en estos pueblos y tierras de la misión algunos mulatos, vagos y malhechores; desde la expatriación, han administrado estos pueblos y misión, cinco sacerdotes clérigos y un religioso de San Francisco que se ha retirado poco tiempo hace, por no tener con qué sustentares ni poder disimular los insultos y violencias del alcalde mayor

del Fuerte, que noticioso de haber dispuesto el Obispo, que los indios de estos pueblos reparasen sus Iglesias, y trabajasen de comunidad para los precisos gastos de ellas y sustentos de sus ministros, se presentó en los pueblos, castigó a algunos gobernadores, eligió y nombró otros de nuevo, mandándoles, no obedeciesen otras órdenes que las que él diga y había publicado a nombre del Superior Gobierno y comandante general. La Iglesia y casas de Mochicahue, están enteramente arruinadas. Los ornamentos, vasos sagrados y otras alhajas de la sacristía, se custodian en una pequeña pieza que se ha reparado de nuevo. En Charay se fabricó la Iglesia de adobes con techo de madera y tierra, de cuenta de su Real Hacienda, pero está casi ya arruinada y no se pueden celebrar los Oficios Divinos. De las Iglesias de estos pueblos y casa han robado los ministros de doctrina y alcaldes mayores, muchos ornamentos, muebles de alguna consideración, que dejaron los expatriados regulares. El gobierno de los sobredichos pueblos, su policía y costumbres son un extremo vicios, confusión y desorden.

SAN MIGUEL: Esta misión con su pueblo de visita Ahome, dista cuatro leguas de la antecedente, río abajo y es la más inmediata al golfo de California. Sus pueblos y tierras están expuestas a las inundaciones del río. Los indios dispersos por los montes y costas del mar; se consideran en los dos pueblos quinientos matrimonios. Son de nación bacoreguis, sinaloas y mayos; usan estos idiomas y pocos o ninguna habla la lengua castellana, con estos indios viven y se han asociado muchos vagos malhechores de diferentes castas. Desde la expatriación ha corrido esta misión la misma suerte y desgracia que la antecedente. La Iglesia del pueblo de San Miguel, se halla casi arruinada, con la casa del padre ministro, por la débil fábrica de adobes con techo de paja y tierra. Los ornamentos eran muy preciosos, los vasos sagrados, custodia de plata con viril de oro, y otros muchos adornos de plata, manifiestan el estado antiguo de esta misión, donde algunos indios nombran los alcaldes mayores y sacerdotes que se han llevado ornamentos, alhajas de sacristía y casi todos los muebles de la casa, la Iglesia y casa del pueblo de Ahome, están enteramente arruinadas. Su gobierno, policía y costumbres, más viciosas y desordenadas, que las de sus parientes los de las misiones inmediatas".

Así pues, conforme lo revela el informe del primer obispo de Sonora, las Iglesias de todos los pueblos de las misiones del río del Fuerte, a fines del siglo dieciocho se encontraban derruidas o semiderruidas, algunas de ellas en tal estado llegaron a mantenerse, hasta nuestros días, sobrepasándose por aproximadamente siglo y medio, gracias a que los fieles indígenas se empeñaban en contrarrestar los efectos de los agentes atmosféricos. La de Mochicahui, tal vez fue reedificada.

No se cita en el informe, la Iglesia de El Fuerte. Pero en el que rindió el obispo Tamarón y Romeral, quien estuvo de visita en esta Villa en 1760, hace la siguiente referencia. "Esta Villa de San Juan de Montesclaros del Fuerte, está en la mediania del terreno por donde corre el dicho río del Fuerte, es cabecera, curato de clérigos, el río arriba hasta la sierra y abajo el mar, poblado de misiones de jesuitas por esta tierra, muchos ranchos de españoles y vecinos de razón, todos éstos reconocen por su cura al del Fuerte y éstos ruegan a los misioneros cercanos los administren por las grandes distancias que hay al Fuerte, que dista veintiocho leguas de la Villa de Sinaloa al poniente, camino derecho para los Alamos y la Sonora, tiene familias de vecinos doscientos setenta y dos y personas mil ochocientos ochenta y seis, a distancia de ocho leguas, al sur está el Realito de Sibirijoa, con algunas minas de plata que producen medianamente, suelen mantener, allí descubierto un placer de oro que iba pintando bien, en lo que se llama Villa Mora, poca gente, la Iglesia de la villa está con sumo desaseo y cayéndose, los primeros impulsos, fueron hacerla derribar, los contuve y se está levantando una nueva bien capaz, dicen llevan las paredes dos varas de alto, se pondrán las misiones de este poderoso río, desde su cabecera por el orden de su corriente".

Noticias del año de 1804, que saca a la luz el Dr. Ocaranza, nos entera de que en aquella fecha una de las principales fábricas de la cabecera era el templo, con techo de bóveda. Dicho templo es indudablemente el que se había empezado a construir en la época del obispo Tamarón y Romeral. Consiguientemente es el actual, de cantería y techo de bóveda, que está dedicado al Sagrado Corazón. Las personas mayores de El Fuerte dicen que las obras fueron concluidas en 1854, año que dizque fue el del "segundo cólera" que azotó a Sinaloa; pero que la torre no

fue construida sino hasta en 1877 o 1878, por el padre José Ma. Pastor, quien posteriormente, en 1883, hizo ante el Ayuntamiento local el denuncio del solar en que estála edificación.

Por el testamento de don Esteban Nicolás de la Vega Colón y Portugal, de fecha 27 de septiembre de 1815, se viene a saber que existía en El Fuerte una capilla, que se llamaba de Nuestra Señora de Guadalupe; pero quizás no sea otra que la misma Iglesia parroquial ya descrita, que por entonces pudiera haber tenido esa advocación. En el testamento aludido, el otorgante dice lo siguiente: Mando mi cuerpo a la tierra de que fui formado y cuando Dios Nuestro Señor, fuere servido de llevarme de esta vida a la eterna, sea sepultado en la Iglesia Parroquial de esta Villa, en la Capilla de Nuestra Señora de Guadalupe y las exequias de mi funeral a disposición de mis albaceas". En ese documento, el piadoso don Esteban manifiesta además, su voluntad de que a las mandas forzosas y acostumbradas, se les dé de sus bienes y en moneda lo que fuere costumbre en este obispado; que después de su muerte se manden celebrar por su alma trescientas misas de a peso, en esta jurisdicción, que a los pobres de esta jurisdicción se les distribuya, por los albaceas la limosna de trescientos pesos en géneros o valores, al arbitrio de dichos albaceas, que como legado se le den a esta santa Iglesia, quinientos pesos para que se inviertan en los ornamentos que se necesitan a disposición del mayordomo de fábrica...

Según decía el Pbro. Rafael Venegas, cura de El Fuerte, monseñor Antonio de los Angeles Almada, fundó en aquella población, el Noviciado de los Jesuitas, en el que se preparaban misioneros para destinarlos a la Tarahumara. El noviciado ocupó una casa, que fue de la propiedad de don Ramón M. Rivera, ubicada en la esquina suroeste del crucero de las calles Constitución y Montesclaros. Existe la creencia y aun se afirma que, entre el Noviciado y a Iglesia, había un pasaje subterráneo. La Casa Rectoral (¿) se encontraba asimismo en el cruzamiento de las calles Constitución y Montesclaros, esquina noreste y por último, se habla, de que a cierta distancia del costado poniente de la Iglesia y con frente a la misma había o existe otra casa que construyeron los padres franciscanos, que de ser así habrían de ser los del convento de Querétaro, que llegaron en substitución de los jesuitas al tiempo de la expulsión.

Cuando en el año de 1947, se estaba llevando a cabo en Tehueco la edificación, de la nueva Iglesia de ladrillo, de la anterior ya en ruinas, fue recogida una campanilla que al parecer es de gran valor artístico y de posible origen renacentista, pues es de 1549. Se encontraba esta reliquia en poder de la señora Guadalupe M. De Torres, de la ciudad de El Fuerte. Además de tener grabada la fecha indicada, tiene la campanilla una inscripción en latín, la que traducida dice: "Donde esté yo, la Santa Inés siempre llevará un templo". Entre los demás objetos inventariados y recogidos de la Iglesia en ruinas, figuran unos ornamentos, de los antiguos, un misal y una vinajera de cobre, del servicio del culto. El resplandor de la Soledad es de plata; la corona de la Virgen del Rosario, es de plata maciza repujada; la daga que lleva en sus manos entrelazadas la Virgen, es de dos filos y hecha de plata maciza, con su cacha de oro. Las imágenes son veintinueve, de madera tallada, las cuales fueron arregladas o restauradas antes de colocarlas en la nueva capilla dedicada a Nuestra Señora de los Remedios y que fue edificada en 1947-1948, bajo las piadosas diligencias de las familias de los señores Torres, de El Fuerte, como patrocinadoras.

De la antigüedad de las Iglesias, creo que ninguna luz pueden arrojar las campanas de sus campanarios, cuyas fechas deben corresponder probablemente al año en que fueron fundidas. La campana más antigua, en el Distrito, es una de las cuatro que existen en Toro y cuya inscripción es. Ave María 1705. En fecha le sigue una de San Miguel Zapotitlán, el año de 1773, luego otra de las de Mochicahui, en la que se lee: AD 1733 S. Bárbara. En Mochicahui hay otra campana, sin fecha, pero con la inscripción: ADVO D P. FRAM FRAM. MAIARIE 301. De las de Ahome la única que revela ser de la época colonial es aquella en que se lee: Macyas Mefecit 1787. Anteriores al siglo XVIII no las hay, acaso porque las antiguas o primitivas fueron de nueva cuenta utilizadas como material de fundición, para lo mismo.

ASUNTOS CIVILES Y POLÍTICOS.
SINALOA, BASE DE NUEVAS CONQUISTAS.

El bizarro Capitán don Diego Martínez de Hurdaide, en sus treinta

años de autoridad, liquidó todos los problemas de carácter militar que embarazaban la consolidación de la paz y la conquista de la Provincia. A su muerte, vino a ocupar el puesto de Capitán, alcalde y justicia mayor de Sinaloa, don Pedro de Perea, gobernante que tuvo sus desavenencias con los misioneros, como asimismo, las tuvieron después otros alcaldes.

Perea, llegó a sugerir la conveniencia de erigir en obispado a Sonora y Sinaloa, independizando ambas provincias, de la Nueva Vizcaya y aun pretendiendo que fueran eliminados los padres de la Compañía de Jesús, para reemplazarlos con religiosos de otras órdenes o corporaciones. Este capitán en 1633, acudió a pacificar a los tarahumaras y los tepehuanes, que se habían alzado incendiando las Iglesias de sus pueblos. Después de haber sido relevado en su cargo de alcalde mayor, por don Juan de Mendoza y Peralta, acompañado del padre Jerónimo Figueroa, el capitán Perea, pasó en 1640, a la conquista y pacificación de la tierras que se extendían más allá del Yaqui, que le fueron dadas en merced por su Majestad. Asentó su casa en el Valle de Sonora y dio a su provincia el nombre de Nueva Andalucía, cuyos límites y jurisdicción en una época dieron motivo a disensiones y prolongados debates entre aquella entidad y la de Sinaloa.

En la época en que era Capitán de Sinaloa, don Luis Cestín Cañas, éste recibió órdenes del Virrey, para que fuera a reconocer las Islas Californias y saber que clase de gente eran sus pobladores. Sabido es, que la península de la Baja California, era tenida como una Isla, hasta que el padre Eusebio Kino, llegó a descubrir la realidad. Fue a mediados de 1642, cuando el Capitán partió a su comisión en compañía del padre Jacinto Cortés y llevando algunos soldados del presidio, a bordo de una pequeña embarcación, salieron de Baibachilato, punto que se hallaba situado en la desembocadura del río Sinaloa y luego de costear hasta el puerto de San Ignacio, dieron con el farallón que está frente a Topolobampo, para llegar finalmente a la costa bajacaliforniana. Breve fue la permanencia en aquella tierra, la que abandonaron estando a diez de julio, para volver a Sinaloa, pues ya entraba la temporada de lluvias y de vientos desfavorables; y en verdad la expedición no tuvo mayor trascendencia.

Sucediendo a Cestín Cañas en el mando de la Provincia, hubo una serie de individuos que no dejaron huella memorable de su actuación. Cuál más cual menos, todos se dedicaron a esquilmar a los indios y a los soldados pagados por el rey, haciéndolos trabajar en las minas, ranchos y haciendas de su propiedad. Hubo ocasiones en que por esos u otros abusos que cometían, los alcaldes tenían sus disputas con los padres de la Misión. Y se refiere el caso que uno de esos autócratas, sin razón o con ella, allá por el año de 1657, se enfrentó a los misioneros de la Villa de San Felipe, encarcelándolos y aún desterrándolos; hecho aquello, subió al púlpito a predicarles la doctrina a los indios.

Aún había mucho que hacer en el descubrimiento y poblamiento de las Californias, territorios caso incógnitos no obstante que hasta entonces y de tiempo en tiempo se enviaban, a explorar expediciones marítimas. Pero a pesar de los fracasos o el poco éxito de aquellas empresas, entre las que se cuentan las que organizara don Hernán Cortés y las muy posteriores del capitán Cestín Cañas y el almirante Pedro Pórter Casanate, la ambición de conquista y expansión seguía manteniendo vivo el propósito del gobierno virreinal, que lo hacían persistir en sus tentativas. Dentro de esa inspiración, a fines de 1678, se proyectó llevar a cabo, desde Sinaloa, prácticamente, una nueva expedición a la Baja California. El mando de ella, se le confiaba al entonces Capitán de la Provincia de Sinaloa, don Isidro Atondo y Antillón, marino y soldado de Navarra, a quien el Virrey en la presente ocasión, le otorgaba los nombramientos de Gobernador de Sinaloa y Almirante del Reino de California y de su Armada.

Para realizar la movilización, Atondo construyó en el pueblo viejo de Nío, dos embarcaciones, una de sesenta y otra de setenta toneladas; una era la capitana que se llamó "Concepción", la otra la almiranta, a la que se le dio el nombre de "San José". En marzo de 1682, llegó hasta Nío, a reunirse con el almirante el padre Eusebio Francisco Kino, S.J., quien por sus vastos conocimientos en matemáticas y navegación, fue comisionado por el Virrey, para que tomara parte en la expedición, como cartógrafo de Su Majestad.

El día 5 de diciembre, del año citado los barcos se hicieron a la vela,

abandonando el río de Sinaloa, para dirigirse hacia el sur, con destino al puerto de Chacala. Pero corrieron mal tiempo por aquellos rumbos y después de tres meses de embarazos y percances sufridos, nuevamente arribaron a la boca del río de Sinaloa, desde donde se dirigieron en definitiva a la Baja California, fondeando junto a La Paz, el día 1° de abril de 1683. Ahí desembarcó Atondo con los ochenta y tres tripulantes y colonos que integraban la expedición, en la que figuraban los padres jesuitas Eusebio Francisco Kino y Pedro Matías Goñi. Una vez en tierra, dieron a la provincia el nombre de "Santísima Trinidad de las Californias"; leyeron su proclama a los indios guaycuras y desplegando en seguida el pendón Real plantaron una cruz, llamaron al sitio en que se hallaban "Nuestra Señora de la Paz" y tomaron posesión del territorio en nombre de Su Majestad Carlos II. Poco después, levantaron improvisadamente en el lugar un fuerte, la Iglesia y algunas casas de madera y exploraron la comarca.

Cuando ya comenzaron a escasear y agotarse los víveres, para proveerse de lo necesario, envió el almirante con destino al río Yaqui en el mes de mayo, a la nave capitana, o ea la "Concepción". Pero como transcurriera demasiado tiempo sin que regresara dicha embarcación, motivo por el cual los soldados sentíanse ya inconformes, el 14 de julio se embarcó Atondo con toda la gente en el "San José" y enfiló la proa hacia las costas de Sinaloa. El 21, el "San José", dio fondo en el nuevo puerto de San Lucas (Agiabampo viejo), juntamente con la "Concepción", que venía del Yaqui y se le había reunido poco antes. Una vez que de las regiones del Fuerte y del Mayo, se abastecieron de semillas, reses, caballos, etc., las dos naves zarparon de San Lucas a fines de septiembre y dirigiéndose de nuevo a la costa californiana, el día 6 de octubre, día de San Bruno, llegaron a una bahía a la que dieron este propio nombre santoral. A una legua de distancia de la costa asentaron el real y se fortificaron; después de reconocer la tierra, sin mayores provechos, la abandonaron en 1685, para regresar a Sinaloa, tras de haberse alimentado de vanas esperanzas durante dos años sobrados.

ORGANIZACIÓN POLÍTICA.

En este aspecto el territorio que se extendía desde Mocorito hasta

el Yaqui, propiamente a partir de su integración como entidad y estando bajo la dependencia de la Nueva Vizcaya, formaba una provincia, que se denominó de Sinaloa. Como todas las provincias, se hallaba entonces gobernada por un Capitán que a la vez tenía el título de alcalde y justicia mayor y en cuyas atribuciones de autoridad provincias entraban por parejo los asuntos de guerra y pacificación, los administrativos y los judiciales reservados a su competencia.

En virtud de la expedición de la Real Cédula de 11 de marzo de 1732, en el orden político, la zona del Noroeste, experimentó un cambio importante con el agrupamiento de sus provincias, para constituir lo que se denominó Gobernación de Occidente. Las provincias integrantes de esta Gobernación fueron: Rosario o Chametla, la cual se extendía desde el río de las Cañas hasta el río Piaxtla, Culiacán, Sinaloa, Ostimuri, Sonora, llamada entonces Nueva Andalucía y las Californias. La administración gubernamental de la nueva entidad, se puso a cargo de un gobernador, en tanto que las provincias continuaron bajo el mando de sus respectivos alcaldes mayores. La región del Fuerte venía a quedar comprendida, en ese tiempo, en la provincia o nuevo partido, de Sinaloa.

La llamada provincia de Ostimuri, limítrofe con la del Fuerte, aparece localizada entre los ríos Mayo y Yaqui, en el mapa de la "Provincia de la Nueva Andalucía de San Juan Bautista de Sonora", delineado el 13 de abril de 1733, por el barón y capitán D. Gabriel de Prodhom Heyder Butron y Muxica, quien por orden del Rey gobernó ocho años y fundó en la Pimería Alta el pueblo y Real de Arizona. Según un plano de las misiones, hecho en 1762, Ostimuri formaba parte del rectorado de San Borja. El obispo de Sonora, fray Antonio de los Reyes, en su informe de 28 de mayo de 1785, confirma aquella situación geográfica, porque dice. "Esta Provincia se extiende cuatro leguas en norte y poniente; de norte a sur más de ciento, desde la Sierra Madre o Tarahumara, hasta el Golfo de California, se halla situada entre los ríos Mayo y Yaqui. Es jurisdicción de un alcalde mayor que con siete tenientes gobierna cinco reales de minas y muchas haciendas de españoles, con los pueblos de indios y otras castas. En su libro titulado Apuntes Históricos Sonorenses", el finado don Roberto Acosta, habla de que el rico mineral de San Lorenzo de Ostimuri, situado cerca de la misión de Yécora, fue descubierto en 1630 por el Capitán don Pedro de Perea, y que el citado mineral, cuya despoblación ocurrió en 1653, se hallaba en lo alto de la sierra que divide las cuencas de los ríos Yaqui y Mayo y dio su nombre a la zona comprendida entre los dos ríos y la Sierra Madre por el este y por el oeste el Seno de California.

Al crearse la Gobernación, el mando militar y civil quedó encomendado a don Manuel Bernal de Huidobro, que a la sazón fungía como gobernador político y militar de La Provincia de Sinaloa, Sonora y costas del Mar del Sur, asimismo, de capitán vitalicio del Real Presidio de Sinaloa. Desde fines de enero de 1734, hasta principios de 1741, en que fue destituido y reemplazado por don Agustín de Vildósola, fue Huidobro, el titular de la Gobernación de Occidente, de la que era capital, oficialmente, la villa de Sinaloa. Pero con motivo de los graves sucesos que durante entonces se desarrollaron, como fueron el levantamiento de los indios del Yaqui, el Mayo y el Fuerte y los ataque de la frontera norte por parte de los apaches, añadido eso a otros problemas de orden administrativo, el gobernador se vio precisado a residir indistintamente en Sinaloa, en Pitic o San Miguel de Horcasitas. Pintan los historiadores a Huidobro, como persona intemperante, a cuyo carácter era atribuido el distanciamiento, que desde un principio tuvo con los padres del Colegio de la villa de Sinaloa, cuando era capitán de la Provincia, y a la enconada persecución que emprendiera contra su antecesor en ese cargo.

El presidio de la Villa de Sinaloa, contaba con un efectivo de cuarenta y tres soldados en el año de 1726, fecha en que ahí estuvo de visita el brigadier de los Ejércitos Reales don Pedro de Rivera, con la misión de inspeccionar y reorganizar los presidios, para mejorar el servicio que prestaban e introducir al mismo tiempo algunas economías, en provecho de la Real Hacienda. Dicho brigadier, ordenó el traslado de trece de los soldados a la junta del río Conchos y posteriormente el efectivo del presidio de Sinaloa, quedó reducido a veinte hombres, con base en los Reglamentos y Ordenanzas que, como resultado de su inspección, elaborara Rivera y que merecieron la aprobación del Rey. La reducción era en realidad procedente puesto que en la Provincia de Sinaloa ya se

habían resuelto los problemas de guerra y pacificación y los colonos y las misiones de su comprensión respiraban el ambiente de la paz y la seguridad. Pero en cambio en el norte, donde se iba abriendo campo la expansión de la conquista, en un continuo choque con los apaches, se ofrecían en el aspecto del resguardo mayores calamidades y exigencias. Finalmente, al cabo de algunos años de haber sido erigida la Gobernación de Occidente, para vigilar los movimientos de los mayos y los yaquis en junio de 1741, el presidio de Sinaloa fue cambiado a San Carlos de Buenavista, Sonora, por instrucciones del virrey don Pedro Castro Figueroa, duque de la Conquista y marqués de Gracia Real, pero fue además instalado otro presidio en Pitic, del que era capitán o comandante militar nato, el propio gobernador.

Por motivo en un principio sin importancia, pero que se fue complicando, se suscitaron ciertas dificultades de la Misión de Tecoripa; dificultades que, según las versiones que diera un padre, tuvieron como origen la azotaina que por una queja infundada de un cura misionero, mandó dar el gobernador a un sobrino del capitán indígena Juan Ignacio Muni, pero que, por declaración del gobernador Huidobro, resulta ser que los verdaderos culpables del levantamiento que más tarde ocurrió, fueron los mismos jesuitas encargados de las misiones del Mayo y del Yaqui, "quienes azuzaron a los indios y que en su avaricia no respetaban los derechos de los naturales y los trataban peor que a esclavos". Los indios Muni y Bernabé, acudieron ante el Virrey, presentándole la queja; más, como no regresaran de México dentro del término de un año que se les había fijado como plazo, en 1740, por esa causa, se produjo la conjunta rebelión de los yaquis, los mayos, los indios del río del Fuerte y los de Nío, encabezados los primeros por su jefe Calixto, proclamando su rebeldía al grito de "Viva el rey", "Viva María Santísima", "Vía la fe" y "Muera el mal gobierno". El gobernador Huidobro, por esa fecha estaba recién llegado de la Baja California, a donde había ido a reprimir un alzamiento de los indios pericues, quienes en forma alevosa dieron muerte a unos misioneros.

La sublevación de las tribus cáhitas, determinó la movilización de contingentes militares dentro de la Gobernación. De Durango, llegó

un auxilio de ciento veinticinco soldados y de la villa de Sinaloa acudió a Ostimuri, el teniente de general don Manuel de Mena, con diez hombres. También de Mazatlán llegó un buen refuerzo, según lo que enseguida se transcribe: "en 1740, pasaron igualmente 40 hombres de aquí a socorrer el Presidio de Sinaloa, por la sublevación de los indios de Nío, Mochicahui, y Charay, en cuya invasión estuvieron poco más de un año". Procede esta cita fragmentaria, del "Informe del Gobernador Militar y político D. José Garibay y al Comandante General D. Pedro Nava", fechado en Mazatlán el 27 de septiembre de 1793 y del que se ocupa don Atanasio G. Sarabia en su artículo "Mazatlán y Villa Unión", publicado en el número julio- septiembre de 1945, de las "Memorias de la Academia Mexicana de la Historia".

Los indios acaudillados por Calixto, cometieron muchas tropelías. Algunas partidas de soldados españoles, sufrieron descalabros; excepto en el Fuerte de Montesclaros, donde un piquete de quince soldados resistió valientemente a una chusma de tres mil insurrectos. Más al fin varió la situación a favor de los españoles, con la llegada de un pequeño, pero muy valiosos refuerzo, al mando del sargento mayor de milicias, don Agustín de Vildósola, militar muy capaz que se enfrentó con las fuerzas coloniales a las belicosas huestes de mayos y yaquis, y las aniquiló en dos grandes y sucesivos combates, el primero en el cerro del Tambor y el segundo, en septiembre de 1740,en Otahcahui, donde se dice que perecieron tres mil indios, en el campo de batalla.

Antes de que tuvieran lugar los anteriormente mencionados combates, que fueron de carácter decisivo, y a raíz de que el sargento Pedro Bojórquez con cincuenta hombres a su mando fuera derrotado en San Ignacio de Cuirimpo, por los indios alzados del río Mayo, atemorizado el gobernador Huidobro, abandonó el Real de Baroyeca, dando con ello lugar a que los insurrectos entraran al pueblo y pasaran a cuchillo a todos los blancos, acabando en forma vil y aterradora con familias enteras. Por esta causa el gobernador fue acusado ante el virrey, quien lo depuso y substituyó por Vildósola, en 1741.

El sucesor de Huidobro logró aplacar la sedición y restaurar la tranquilidad de los ánimos. Recorrió los pueblos situados en las riberas de los

ríos Fuerte y Mayo; en Torin, aprehendió a los cabecillas Muni y Bernabé y los fusiló. Hasta 1766, no se registraron otros levantamientos de las tribus del Mayo y del Yaqui, lo cual tuvo más tarde su repercusión en el río del Fuerte, con el pronunciamiento de los indios de Charay, ocurrido en 1769. En esa fecha, ya se hallaba en el Real de los Frailes o de los Alamos el visitador don José de Gálvez, quien en su informe, habla de esta rebelión y reconoce los motivos de ella, según veremos por el siguiente trozo del citado informe: "Entre los gravísimos cuidados y ocupaciones que me daba la Expedición militar, para aumentar con un número considerable de Milicias que formé en el País y en medio de la multitud de otros negocios que me llegaban de todas partes, ocurrió durante mi residencia en los Alamos la impensada sublevación de los indios fuerteños, que se dejó seducir de los pimas levantados y se resintieron no sin algún motivo, del modo con que los trató don Eusebio Ventura Beleña, estando comisionado en aquella Provincia, por el Sr. Marqués de Croix y por mí, para justificar si sería útil el establecimiento de la Caja Real, y atender a otros encargos... Extinguida y serenada la sedición de los indios del Fuerte y mal convalecido de las primeras calenturas que padecía en los Alamos, subí al Cuartel general del Pitic a principios de septiembre del mismo año de 1769...".

Durante sus viajes de inspección, el visitador Gálvez se había percatado de las anomalías y vicios que afectaban desfavorablemente el funcionamiento del sistema político vigente en la Nueva España. En consecuencia, dictó providencias para el encausamiento de la administración pública, en los ramos del gobierno, hacienda y milicias. También formuló un plan conforme al cual debía implantarse en el país el régimen de intendencias. Se trataba de un plan radicalista que en unión de Gálvez, suscribió el Virrey, marqués de Croix y que fue presentado a la Corte de España. La innovación propuesta, se inspiraba en las ideas de Colbert, que se hallaban vigentes en Francia, en la época en que, para cimentar los Estados Generales, se trataba de establecer un poder centralista y absolutista. Carlos III, había adoptado en España esta política de Colbert, como norma de su gobierno, aunque bien aderezada por cierto espíritu de liberalismo que llegó a engendrar cierta corriente de ideas y

procedimientos, que es lo que en la Historia se conoce bajo el nombre de "despotismo ilustrado" o simplemente "absolutismo".

Pero sucedió que don Antonio María de Bucareli y Urzúa, sucesor del marqués de Croix, se pronunció en contra del antedicho proyecto de Gálvez, de tal suerte que no se llegó a implantar, sino hasta mas tarde.

La Gobernación de Occidente, tuvo que desaparecer como consecuencia de la creación de dos Provincias Internas, una llamada de Occidente y la otra de Oriente. Integraban la primera las provincias de: Sonora (constituida por la de este nombre y por la de Sinaloa que legaba hasta Chametla), Nueva Vizcaya, Nuevo México y las Californias. Dichas Provincias Internas, en lo administrativo, pasaron a depender directamente del Rey; pero en el ramo de justicia las de Occidente continuaron bajo la dependencia de la Real Audiencia de Guadalajara.

La expedición de la Real Cédula fechada el 22 de agosto de 1776, determinó la creación de una capitanía o comandancia general, propuesta por Gálvez. Se integra con las provincias de Sonora (Sonora y Sinaloa) y de la Nueva Vizcaya y de ella fue su primer comandante o capitán general don Teodoro de Croix, caballero de Croix y brigadier de los Reales Ejércitos, que gobernó desde 1777 hasta 1784, con residencia a partir de 1780, en el pueblo de Arizpe, que fue erigido en capital, con título de ciudad.

Por fin se le habría de llegar a su oportunidad al obstaculizado y diferido plan relativo a las intendencias, el cual vino a implantarse conforme a la "Real Ordenanza para el establecimiento e instrucción de Intendencias de Ejército y Provincia en el reino de la Nueva España", expedida el 4 de diciembre de 1786. El nuevo orden abrogaba la división territorial de las provincias, por lo que fueron establecidas en el virreinato, al siguiente año de haberse expedido las Ordenanzas correspondientes, doce intendencias y dos provincias. Así quedaba implantado un régimen de centralismo, que se consideraba más eficaz y más coordinado y homogéneo que el precedente; lo que vino a servir de pauta para la división de la República Mexicana en estados, cuando en el año de 1824, se expidió la primera constitución política de la nación. Las intendencias quedaron bajo el gobierno de un intendente; las antiguas provincias

dejaron de tener ese carácter y con ellas se formaron entidades menores llamadas partidos, regidas por un subdelegado, español o criollo, que duraba en sus funciones, cinco años.

Con ello, se ponía término a la era de corrupción en la que imperaron las arbitrariedades y dislates de los alcaldes mayores, creando una situación intolerable que fue tomada en cuenta por Gálvez al formular su plan, según se desprende de su informe: "En el Plan formado de acuerdo con el Sr. Marqués de Croix y que su Magestad se sirvió aprobar por Real Orden de 10 de agosto de 1769, para el Establecimiento de Intendentes en esta Nueva España, expuso con claridad y al auxilio de la experiencia, los males que causan en las Provincias los Corregidores y Alcaldes mayores, que en esta governación y la de Guadalaxara, llegan a cerca de doscientos, pues constituidos en la triste necesidad de buscar medios con que mantenerse, satisfacer los empeños que traen y retirarse con algún caudal, ni perdonan comunmente, arbitrio por injusto o extraordinario que sea a fin de llenar estos objetos; y como no pueden conseguirlo sin notable perjuicio del Rey y detrimento de sus Vasallos, vienen a ser igualmente gravosos al Erario y a los Pueblos... Buena prueba tenemos de esta verdad en los Ramos de Tributo y Alcavalas, porque siendo exactores del primero, sin que se les abone premio alguno, se quedan con una buena parte del importe que exigen íntegro a los contribuyentes; en el segundo defraudan el derecho más recomendable del Patrimonio Real, además de impedir el libre comercio en sus respectivos Territorios para aumentar la ganancia de los repartimientos que hacen a precios excesivos; deduciéndose en estos antecedentes la dolorosa consecuencia que los Alcaldes mayores son por lo general el azote de las Provincias y los usurpadores de la Real Hacienda".

Con las provincias de Sonora y Sinaloa vino a integrarse la Intendencia de Sonora, con Arizpe por capital, ciudad en la que como ya vimos, radicaba el asiento de la comandancia general, cuyo funcionamiento quedó subsistente. Cuando estalló la guerra de Independencia era intendente de Sonora el coronel Alejo García Conde, quien más tarde fue promovido a brigadier y por último a mariscal. En lo que respecta a la comandancia general, cuando estalló el movimiento militar

ya había sido trasladada a la ciudad de Chihuahua.

Concretamente concernían a las comandancias, los asuntos de carácter militar; y a las intendencias los negocios civiles administrativos y algunos en el aspecto judicial, pero hasta cierta cuantía y en primera instancia. De las intendencias dependía por otra parte, todo lo relacionado con propios, arbitrios y bienes de la comunidad. Las intendencias funcionaron hasta la consumación de la independencia o más exactamente, hasta que se promulgó la Constitución de 1824. Por lo que toca a las comandancias, no variaron en estructura pero sí en su dependencia, de lo que resultaba que en ocasiones, regía exclusiva y directamente la autoridad del Rey y algunas veces la del Virrey.

Félix F. Palavicini, en su obra "México Historia de su Evolución Constructiva", hace referencia a este punto de la organización política, diciendo: "Cada intendencia se dividía en partidos y cada partido en municipalidades; los gobernadores fueron sustituidos por intendentes de ejército, encargados de las fuerzas militares y de asuntos relativos a la administración de justicia. Los Virreyes, en resumen, tenían poderes ejecutivos y judiciales; el Virrey actuaba como gobernador encargado de los negocios administrativos; como patrono de la Iglesia, como capitán general o encargado de las fuerzas y asuntos militares; como superintendente de la Real Hacienda; como presidente de la Audiencia". En cuanto a las Audiencias, "fueron instituciones establecidas con el propósito de conocer de causas civiles y criminales en segunda instancia; y los autos que dictaban, eran considerados como disposiciones legislativas, lo que le daba a la Audiencia, un aspecto de esta última naturaleza".

Durante los siglos XVII y XVIII, el gobierno de las provincias radicó en manos de los alcaldes, que de entre criollos y españoles designaba el gobernador. No sé desde que fecha se estableció en El Fuerte, la alcaldía mayor y corregimiento; pero en 1741, ya estaba instituida y sujeta al gobierno de Sinaloa, según veo en la pág. 553 de la "Historia de la Nueva Galicia", escrita por De la Mota y Padilla. La alcaldía mayor, que también se llamaba corregimiento, la constituía un conjunto de alcaldías menores o municipios, administrados por alcaldes menores y ordinarios, designados por el alcalde mayor, igualmente entre personas

de españoles o de criollos; solamente en los municipios, llamados repúblicas cuya cabecera era un poblado de puros indios, el gobierno estaba a cargo de una junta de caciques de los propios naturales que también nombraba el alcalde mayor. Cuando se trataba de un municipio cuya cabecera era ciudad o villa, la gobernaba un cuerpo de vecinos llamado Ayuntamiento, integrado por españoles y criollos, que fueron quienes durante el Virreinato gozaron de privilegios políticos.

El gobierno civil de las misiones estuvo a cargo de un gobernador, un alcalde, un alguacil y un topil, los cuales promovieron siempre "confusión y desorden", fomentaron discordias, inquietudes y alzamientos de las naciones reducidas. El Gobernador Intendente de las Provincias interiores, nombraba también un capitán general, para cada nación indígena, con "insignias, jurisdicción sobre todos los gobernadores y justicia de los indios", a su vez el capitán nombraba un teniente general en cada pueblo; capitanes, tenientes, alféreces, sargentos y cabos, que podían distinguirse por las insignias correspondientes. En los pueblos de indios, había también justicias nombrados de entre ellos mismos, que en general eran administrados por padres de la Compañía.

En realidad, el orden social en las provincias de Sinaloa y Ostimuri, está supeditado a un gobierno teocrático-militar, acaso la forma que más se adapta a la vida de los cáhitas y a su estado cultural completamente primitivo. El arraigo de ese sistema auspiciado por las autoridades coloniales, fue absoluto y buena prueba de ellos es que en grado mayor o menor continúa prevaleciendo en la organización íntima o en las costumbres familiares propias de los yaquis, los mayos y sus allegados de los pueblos o rancherías del Fuerte, Ocoroni y Sinaloa.

La figura que más se destaca dentro de la esfera eclesiástica o espiritual y como si se tratara de n dignatario, es la persona que hace el oficio de maistro o maestro, o sea de temastián. Bajo su cuidado, están todos los asuntos de la Iglesia y todas las actividades religiosas; presidiéndolas y aún tomando parte en los rezos y ceremonias, expresivos de la tradicional devoción de los indios; su influencia o autoridad moral, por consiguiente, trasciende en todos los aspectos domésticos de la vida cotidiana, en su pueblo o comunidad.

En los demás órdenes en que entran en juego los intereses de las comunidades indígenas, como en el civil, en el jurídico, en el diplomático y en el de la guerra misma, la primera autoridad es el cobanáaro, jefe, capitán o gobernador que la tribu o la comunidad en particular elige en carácter vitalicio. Este funcionario, es en general, el defensor o el procurador de sus gobernados y hermanos de raza; interviene en el arreglo de las desavenencias domésticas, en los litigios por colindancias de terrenos en los casos de hurto y otras faltas y delitos, excepto asesinatos y por supuesto que su palabra se hace oír en las juntas o asambleas del pueblo.

El cobbanáaro, tiene un auxiliar o lugarteniente, el móorom, cuyas funciones específicas son las de vigilante o fiscal. Aunque no es propiamente una autoridad, se considera dentro del grupo al alférez, que no es otra cosa que el portaestandarte, el que lleva y flamea la bandera o insignia de la Iglesia en las procesiones y demás ceremonias de carácter religioso, a que se hallan muy habituados los indígenas, en conformidad con su idiosincrasia y su educación católica adquirida. Por último debe también mencionarse el tamborilero, quien mediante los toques de su atabal transmite las órdenes del cobbanáaro, sean por ejemplo de reunión o llamada, de prevención de marcha, de retirada, etc.

Tratándose de los yaquis en particular, Alfonso Fabila, hace notar que por el carácter guerrero o belicoso de la tribu en su organización y gobierno no prevalece el espíritu militar y religioso. Señala el hecho de que entre aquellos es muy acentuada la índole castrense del régimen, ya que no pierden de vista el eterno problema que les afecta, de la reivindicación de su soberanía y la reconquista de sus tierras. Por consiguiente, observan los yaquis, una rigurosa obediencia a sus propias autoridades, respetándolas en sus jerarquías, reservadas en la esfera eclesiástica, al maistro o temastián y en la administrativa; así militar como política, a un jefe supremo que llaman pueblo yóohue o pueblo mayor, siguiéndole los demás pueblos, los gobernadores locales o cobanáhuacs, los alféreces, tamborileros capitanes, tenientes y cabos.

En cuanto a las clases sociales y a las manifestaciones de la vida económica, el historiógrafo Dr. Fernando Ocaranza consigna algunas noticias documentales, relativas al año de 1804, que conciernen a la

Villa de San Juan Bautista y Fuerte de Montesclaros, que era la capital de una jurisdicción perteneciente a la Provincia de Sinaloa, en el Reino de Nueva Andalucía. La jurisdicción se extendía sesenta leguas entre sur y norte y veinte, de oriente a poniente. Las poblaciones que la formaban, eran, la misma villa, once pueblos de indios, cinco haciendas, algunas rancherías y placeres de oro de "poca Subsistencia". El resto, tierras yermas, despobladas y realengas.

"Se acostumbraba dividir a sus habitantes en las siguientes clases o castas: mercaderes, tratantes, sirvientes, gambusinos, indios y miserables".

"Con respecto a los mercaderes, se perciben sus ocupaciones por sus oficios, llamaban tratantes a los que se mantenían con el crédito de los mercaderes, tratando o fiando los mismos efectos que le dan al crédito. Los propios tratantes poseían a la vez, reducidas crías de ganados y en tiempo de agua sembraban maíz; pero "en corto numero de fanegas". El resto del año lo pasaban arreando sus recuas "de corto número de mulas", ya sea tomando fletes, o transportando a lugares distintos, el producto de sus cosechas o el esquilmo de sus ganados.

"Sirvientes, fueron toda la gente jornalera de todas cualidades que solo se ocupaban en servir"; gambusinos, los muy pobres, "de poco o ningún crédito". Se ocupaban en cabar la tierra de los placeres de oro; pero regularmente, no les alcanzaba el producto de su empeño, siquiera fuese para los gastos necesarios.

"Los indios formaban una casta "de gene poseída de una ygnorancia himbencible según, que por su modo de vida se refiere". No tenían giro alguno, sus ocupaciones estaban reducidas a cortar siembras de semillas que en cualesquiera de ellos, no llegaba a una fanega; regularmente sembraban por almudes o por platos, cuando el elote estaba maduro lo comían sin dejar que endureciera el grano. Después, quedaban atenidos para el sustento, a las raíces, yerbas, frutas silvestres, insectos, animales y peces de "ambas aguas"; "también, a los bienes de los vecinos que robaban".

"Algunos indios subían de casta y se convertían en sirvientes o gambusinos".

"Los miserables, eran como los indios; de estos mismos se decía, que estaban "poseídos de una ygnorancia himbencible; de los primeros

que lo estaban "de una malicia himbencible".

"La jurisdicción de San Juan Bautista y Fuerte de Montesclaros, producía anualmente, según el "esmatorio de semillas y cuadrúpedos, claro, que poco más o menos. "Según los temporales que no son higuales", 7,000 cabezas de ganado vacuno, 1,000 de caballar, 400 de mular, 300 fanegas de frijol, 12,000 de maíz y 90 cargas de panocha".

"Las principales "fábricas", constituían en el templo de la cabecera, con techos de bóveda, los de los pueblos eran de adobe y por tal motivo, muy maltratados. Entre las casas del vecindario, no existía más que una de mampostería y techo de bóveda y otra del mismo material con techo de madera.

"El resto de las casas en los pueblos y cabeceras no mereció mayor atención, pues fueron construidas con adobe, que muy pronto deterioraban las aguas y los vientos, pues debió advertir que los segundos, "vaten libres por ser el país rápido".

"La situación económica de la gente, estaba muy lejos de lo bonancible y más bien se acercaba a lo precario. Casi todos tenían deudas y al morir, dejaban estas a sus descendientes y rara vez gananciales.

CENSOS DE POBLACIÓN.

Siempre se llevó cuenta en las misiones y en las parroquias, de las familias o de los individuos avecindados en los pueblos de su jurisdicción. Ya anteriormente di a conocer algunos datos, al tratar el asunto de la conversión de las tribus del Zuaque. Ahora se consignarán aquí informaciones complementarias.

En el catálogo formado en 1678, por el padre visitador, don Juan Ortiz de Zapata, figura la Misión de Sinaloa con 9,689, almas, de las cuales 1,200 además de 40 soldados, casi todos españoles, correspondían a la villa de San Felipe; 888 al distrito de Baca; 905 al de Toro; 423 al de Chicorato; 395 al de Mocorito, con 43 familias en otros tantos ranchos; 626 al de Ahome; 694 al de San Miguel del Zuaque y 550 al de San Jerónimo de Mochicahui.

Las cifras censales que consigna el obispo Tamarón y Romeral, acusan que en 1760, la villa de San Felipe tenía 3,500 habitantes, segura-

mente que con las rancherías de su visita; Guasave 651; Bamoa 522, Nío 800, Ocoroni 636, San Juan de Montesclaros del Fuerte 1,886, Baca 45; Choix 204, Tehueco 612, Sivirijoa 700, Charay 970, Mochicahui 1,006, San Miguel 660 y Ahome 501.

Finalmente, en el Informe que el 31 de diciembre de 1784,don Bernardo Tarandoy Covarrubias, fiscal de Real de Hacienda, rindió al Regente de la Real Audiencia de México y de las Superiores Juntas de Temporalidades Confiscadas, en la parte relativa al censo general, por familias hállanse anotados: Mochicahui con 166, San Miguel con 130, Santo Tomé (Ahome) con 153, Baca con 70, Huites con 46, Toro con 49, Choix con 45, Baimena con 47, Tehueco con 160, Sivirijoa con 72 y Charay con 141.

LA PROPIEDAD DE LAS TIERRAS.

La forma más antigua que presenta la propiedad territorial en la Nueva España, es la de las encomiendas y repartimientos. El sistema de la encomienda representaba una reminiscencia del feudalismo europeo, y consistía en señalar a los españoles cierta extensión de tierras y además algunos indios para que las trabajasen como peones, bajo compromiso de que les habrían de enseñar la doctrina y ampararlos en sus personas y bienes. Se concedían bajo encomienda hasta pueblos enteros. El origen y motivo de la institución de las encomiendas, era el de procurar el bien espiritual y temporal; pero a los encomenderos lo que en realidad les importaba, era enriquecerse fácilmente, explotando el trabajo del indio, sin que mucho les preocupara ni la enseñanza, la salud, ni la vida misma de aquellos infelices, a quienes tomaban como esclavos. En consecuencia, la agricultura, a la par que la minería, estaba basada en la labor, en el trabajo del nativo, que era explotado inicuamente por el encomendero, ya que el mejor negocio era el del indio. La agricultura indígena era rudimentaria y la aportación de los españoles para el mejoramiento de esa actividad consistió en la carreta, la yunta de bueyes, el arado con reja de hierro y otras herramientas, el caballo y el ganado bovino, ovino y porcino, animales domésticos de que carecían los indios.

Durante la época de los descubrimientos territoriales, las encomiendas que se hacían eran de tierras de mercedadas, o sea de aquellas

que, como retribución y estímulo, la Corona otorgaba a los gobernadores y pobladores. A los soldados o peones les venían a corresponder, de acuerdo con las Leyes de Indias, 600 varas cuadradas, para edificar su casa; 1,086 para la huerta, 188,536 para la siembra de granos y 18,856 para el cultivo del maíz.

La llamada propiedad comunal de repartimiento, estaba constituida por los terrenos reconocidos como de posesión o pertenecientes a los naturales y vecinos de un pueblo entre quienes, exclusivamente, eran repartidas las parcelas para que las cultivaran y usufructuaran. Esta posesión de los pueblos quedó legalizada por la Cédula de fecha 19 de febrero de 1570.

La propiedad privada, individual, surgió a expensas de la mercedación de tierras hechas por la Corona durante la primera etapa de la Conquista, a favor de los capitanes o conquistadores; también del derecho al denuncio de los terrenos baldíos o no titulados, que se designaban con el nombre de realengos, por ser éstos considerados como de la propiedad del rey. Por consiguiente, el dominio de la tierra emanó del derecho de conquista y tal es su origen jurídico. Desde un principio, la propiedad era transmitida de unos individuos a otros, a título de herencia, de donación o de compra, quedando así establecido el sistema de propiedad privada en las tierras nacionales. Pero en muchos casos el desarrollo de la propiedad individual se hizo a expensas de la propiedad comunal de los pueblos; como desde un principio, las tierras estaban mal divididas y en su mayor parte fueron a parar a manos de los conquistadores, de los negociantes y de los empleados, que fueron adquiriéndolas paulatinamente, se produjo la concentración de grandes superficies en un número relativamente corto de dueños, dando origen a la formación de los latifundios o de las grandes haciendas, que dieron su expresión más acentuada al feudalismo mexicano.

La legislación, protegía a los indios en su propiedad comunal; eran a este respecto considerados como menores de edad y les estaba prohibido, por lo mismo, vender o enajenar sus tierras y a veces hasta sus bienes muebles, sin que para ello mediara el consentimiento del juez ordinario o de cualquier autoridad competente. Fundamentalmente, esta política

de espíritu proteccionista hacia el indio, que desarrolló la Corona, pero que fue desvirtuada y asimismo la constitución del latifundio y el dominio del Clero, sobre vastas extensiones de terrenos, fueron en concepto del autor que sobre esta materia vengo consultando, la causa directa de los graves males económicos que ha padecido el país.

Existía además, otra categoría de terrenos llamados de "propios", como en España, que se hallaban ubicados en la vecindad de las villas y ciudades, cuyos productos se dedicaban al sostenimiento de los gastos públicos, principalmente de escuelas y urbanización de pueblos.

Por último, de la misma manera que en la Madre Patria, en la Nueva España, se crearon también los ejidos, que eran las tierras comunales pertenecientes a un pueblo y que exclusivamente se destinaban para agostadero de ganado y para leñas.

De la reseña histórica de la propiedad territorial en México, de que es autor el licenciado Eduardo Pallares y que precede al texto de un antiguo "Código de Leyes sobre Tierras, Bosques, Aguas, Ejidos, Colonización... editado en 1900, por dicho jurisconsulto, se toman los datos que a continuación se dan a conocer, referentes al ejido y al fundo legal.

Según el licenciado Pallares, las disposiciones dictadas por los reyes de España, no solo tendían a repartir las tierras, sino a poblar las comarcas conquistadas, por lo que eran verdaderas leyes de colonización. En tal sentido, lo especifica el texto respectivo, en la Recopilación de Leyes de Indias: "Porque nuestros vasallos se alienten al descubrimiento y población de las Indias y puedan vivir con la comodidad y conveniencias que deseamos, es nuestra voluntad que se repartan casas, solares, tierras nuevas en los pueblos y lugares que por el gobernador de la nueva población les fueren señalados, haciendo distinción entre escuderos y peones y los que fueren de menor grado y merecimiento y los aumenten y mejoren, atenta la calidad de sus servicios, para que cuiden de la labranza y crianza y habiendo hecho en ellos su morada y labor y residido en aquellos pueblos cuatro años, les concedemos facultad para que de allí en adelante, los puedan vender y hacer de ellos su voluntad libremente, como suya propia". Era de requisito que todo repartimiento debía hacerse en presencia del procurador y mediante solicitud al virrey, quien

antes de dictar su resolución tenía que oír el parecer de los cabildos.

Desde 1546, Carlos V, resolvió "que los indios fuesen reducidos a pueblos y no vivieran divididos por las sierras y montes". Más tarde a los pueblos se les dotó de fundo legal, en donde debían construir sus casas los vecinos, de acuerdo con la Real Orden de 4 de junio de 1687, que señalaba un cuadro de quinientas varas de medida por cada viento, tomando la Iglesia como punto de partida.

En cuanto a los ejidos, la Cédula Real de fecha 1° de diciembre de 1573, dejó establecido que en los sitios en que se hubieren de formar sus pueblos y reducciones hicieran comodidad de agua, leña, madera, tierras y salidas, labranzas y un ejido de una legua de largo, donde los indios pudieran tener sus ganados sin que se revolvieran con los de los españoles. Etimológicamente la palabra ejido proviene del latín exitus, que significa fuera de la población o salida; nombre que se daba en España a las tierras o campos situados a la salida de los pueblos, que no estaban destinados a labranza, sino al servicio común de todos los vecinos.

Aparte de las tierras poseídas en común, los pueblos recibieron mediante Cédula donaciones de la Corona, de vastas extensiones que continuaron poseyendo casi hasta nuestros días y que se llamaron tierras de parcialidades o comunidades indígenas. La Iglesia también tenía sus propiedades rústicas, de terrenos comunales, que le servían para obtener fondos para el culto y para obras de beneficencia, sustrayendo al comercio una extensión muy considerable.

No tenemos noticia alguna de que en el distrito o región del Fuerte, existan títulos prediales anteriores a los que, en el último cuarto del siglo dieciocho otorgaba a los denunciantes, la intendencia de Sonora, con capital en Arizpe.

Por el año de 1769, el visitador general don José de Gálvez y en 1778, el gobernador intendente de las Provincias Internas de Sonora y Ostimuri, don Pedro Corbalán, expidieron instrucciones para la repartición de tierras en los pueblos de indios y de españoles, situados en la cuenca de los cuatro ríos: Yaqui, Mayo, Fuerte y Sinaloa. Pero para la legalización de derechos sobre propiedad rústica, de capital importancia resultó ser la Real Instrucción expedida el 15 de octubre de 1754, con-

forme a la cual se llevó a cabo la revisión de los primitivos títulos otorgados, en concepto de merced, estableciéndose un procedimiento que se denominó de "composición con la Corona". Señalaba la Instrucción el camino para que esos títulos antiguos pudieran ser purgados de sus imperfecciones o de sus vicios de nulidad, mediando en el caso el pago de un módico impuesto.

Del examen de los títulos llamados de Arizpe, por emanar de la intendencia que ahí tenía su cabecera, de los cuales tiene en nuestra región un considerable número, se desprende que las diligencias que se tenían que llevar a cabo para obtener la adjudicación y titulación de un predio baldío o no mercedado eran, en síntesis, las siguientes, pormenorizadas en todos los títulos de este origen:

El denuncio correspondiente, se hacía por medio de un escrito dirigido al Juez Privativo de Guadalajara, a cuyo sector pertenecían las provincias de Sonora y Sinaloa y desde luego la intendencia de que formaban parte, o sea la de Sonora. La mensura del predio la practicaba el subdelegado agrimensor residente en la villa de El Fuerte o en el Real de los Alamos, en nuestro caso. Para ello se valía de un cordel de treinta o cuarenta varas castellanas y a rumbo, aunque sin brújula, por lo que la precisión de la medida, mucho dejaba que desear, resultando de ellos, que gran número de predios adjudicados tenían demasías o excedencias. La diligencia de confirmar las colindancias, en cambio, era más estricta o apegada a la realidad, toda vez que en forma previa para la ejecución de la medida se daba cita valiéndose de los alcaldes, gobernadores, tenientes y vocales de los pueblos, a los propietarios de las tierras colindantes, para que en determinado día y lugar acudieran a la práctica de la edición y exhibieran sus títulos en caso de inconformidad; habiéndola, la parte lesionada recurrían en apelación y la Real Sala de Justicia de Guadalajara, después de recibir los placeres del oidor judicial y del fiscal de o civil, turnaba el expediente a la Junta Superior de las Reales Audiencias y ésta a su vez lo turnaba al fiscal de Hacienda y por último, la Real Sala de Justicia dictaba su resolución, confirmando o desechando el auto que declaraba realengas las tierras materia del denuncio. Por supuesto que, una vez ejecutada la medida, se practicaba el

avalúo pericial de la propiedad en trámite, la cual antes del año de 1800, se tasaba a razón de $10.00 el sitio de ganado mayor (1755.61 hectáreas) en terrenos de monte en la región del Fuerte y a $30.00 más tarde, en 1808, pero tal vez de mejor calidad. En todo caso había que arreglar las "composiciones" a los títulos de los indios, es decir, había que respetar los terrenos pertenecientes a las comunidades de los pueblos.

Llenados en regla todos los requisitos que establecía, la instrucción de 1754, el expediente del inmueble admitido a "composición" se enviaba a la Audiencia de Guadalajara y después a la Junta Superior de Hacienda, según se dijo, la que después de oír al fiscal, aprobaba –o desaprobaba—la "composición" y disponía se despachara el título correspondiente, de merced y conformación. Para esto quedaba comisionado en la Intendencia, el abogado de los Reales Consejos, intendente, gobernador, Juez Privativo de medidas y composiciones de tierras y subdelegado de la renta de correos, postas y estafetas –en una palabra, el intendente— de las provincias de Sonora y Sinaloa, con residencia en Arizpe.

Todavía más, para llevar a cabo la adjudicación, el subdelegado agrimensor, se encargaba de hacer público, a son de caja y voz de pregón, en cada pueblo inmediato al terreno y también en la cabecera (en la villa de El Fuerte, si se tratara de su jurisdicción), el auto de remate, por si alguien se opusiera o quisiera mejorar la postura. Se hacían tres almonedas públicas por conducto del comandante general y del subdelegado Real de Hacienda, si ocurría que nadie se presentara como postor, ni objetara el remate, se reservaba al juez privativo. Por último, había que hacer el pago de la mercedación y exhibir al interesado el título de dominio ad perpetuam, documento en el cual se consignaba a la letra, toda la secuela del trámite.

Para terminar el punto dejaré asentado que el intendente gobernador don Enrique de Grimarest, ordenó al justicia mayor y subdelegado de la villa de El Fuerte, don José Miguel Serrano, con fecha 11 de octubre de 1790, que de acuerdo con la superior orden del virrey, conde de Revillagigedo mandara hacer la demarcación o plano de las "Tierras, Ranchos y Haciendas de los Pueblos de Naturales" de esta jurisdicción, cuyos documentos y planos correspondientes, formado

por el comisionado don Juan María de Figueroa, se guardan en la Biblioteca Nacional de México.

ÍNDICE

HISTORIA INTEGRAL DE LA REGIÓN DEL RÍO FUERTE
Prólogo....3
Ofrenda....9
CAPÍTULO I
Población Cáhita. La Provincia....11
Filiación lingüística....14
Procedencia de los Cáhitas....17
Los Nahuas en el Noroeste de México. Los Toltecas....20
Los Aztecas....23
Inmigración de la Mixteca....27
Otro enigma. Los petroglifos....38
Los asentamientos aborígene 2. Aspectos de la cultura Cáhita. Toponomía indígena regional....46
Aspectos de la cultura Cáhita. La lengua Cáhita....47
El producto Neolítico....55
Organización social y política....57
La vivienda....58
Ideas religiosas....61
El vestido....63
El sustento....64
Otros usos y hábitos....68
CAPÍTULO II
Toponomía indígena regional. Afiliaciones....71
Glosario....74
CAPÍTULO III
Descubrimiento Geográfico del Noroeste. Niño de Guzmán. La expansión española al Yaqui Cabeza de Vaca....93
CAPÍTULO III
Descubrimiento Geográfico del Noroeste. . La incursión de Nuño de Guzmán....103
La expansión española hasta el Yaqui. Rectificación.
Fuentes de información....112

Descubrimiento del Río Sinaloa....115
Descubrimiento del Río del Fuerte....120
Descubrimiento dle Río Mayo....125
El retorno a Culiacán....129
La ilusión de Cíbola Cabeza de Vaca....133
Fray Marcos de Niza....138
Vázquez de Coronado....1
39
CAPÍTULO IV
Villas Coloniales. Las Fuentes de información....143
San Juan Bautista de Sinaloa. Don Francisco de Ibarra....148
Rumbo a Culiacán....151
Rumbo a Cinaro....153
Fundación de la Villa....165
Ubicación....165
Iglesia y Fuerte....168
Apaciguamiento de los Tegüecos....169
Un recorrido por la provincia....170
Dificultades por las minas....173
La expedición al Norte....177
El Retorno....186
El Repartimiento....189
El Despoblamiento....191
San Phelipe y Santiago de Carapoa. Vuelta a Carapoa....199
Se puebla la Villa....201
Destino trágico....204
San Felipe y Santiago de Sinaloa. Lugares de espera....207
Visita del gobernador Bazán....209
Villa y Cabecera....212
El Fuerte de Montesclaros. Antecedentes....213
Emplazamiento y construcción....216
Poblamiento del Fuerte....221
CAPÍTULO V
La Conquista y sus agentes. El problema en lo general....225

La misión. Fundación....232
Refuerzo e impulso....236
Muere asesinado el Padre Tapia....241
Prosecución de la obra Misional....245
El presidio. Su establecimiento....248
Síntesis biográfica....260
CAPÍTULO VI
La Conquista del Río Zuaque. Las parcialidades....263
La represión. Furo escarmiento a los Zuaques....264
Escarmiento a los Sinaloas....268
Querella entre Ahomes y Tegüecos....270
Ajustamiento conclusivo....273
Providencias para la evangelización. Sollicitud de doctrina....274
Crisis....275
Resultados de las gestiones de Hurdaide....277
Alborotos....278
Institución de las nuevas misiones....280
Evangelización de los Ahomes. El Padre Ribas entra al Pueblo
de Ahome....282
La Catequización....287
Reducciones....292
Un barrio, sorpresa y novedad....299
Datos biográficos del Padre Ribas....301
Águila, sucesor de Ribas....302
Evangelización de los Zuaquez. Visita inicial del Padre Ribas....303
La Catequización....305
Las Iglesias....309
Evangelización de los Tehuecos. Su reducción a Pueblos....313
La Catequización....316
Remoción del Padre Méndez....318
La Rebelión Tehueca....320
Se firma la doctrina....323
Evangelización de los Sinaloas. Los pueblos y la nación....326
Establecimiento de doctrina....327

Evangelización de los Zoes. Reducción y doctrina.....332
La Rebelión.....334
Evangelización de los Huites. Congregamiento y doctrina.....335
Nuevos prosélitos.....337
Evangelización de los Yecoratos y los Bacayopas.....339
CAPÍTULO VII
Conquista del Mayo y del Yaqui. Primera expedición.....341
Segunda expedición.....342
Tercera expedición.....344
Capitulación.....347
Las Misiones. En el Mayo.....249
En el Yaqui.....350
CAPÍTULO VIII
Visitas episcopales.....356
La expulsión de los Jesuitas.....360
Las misiones en 1785.....367
Asuntos civíles y políticos. Sinaloa base de nuevas conquistas.....376
Organización política.....379
Censos de población.....391
La propiedad de las tierras.....392

El Fuerte: Nuestra Historia Tomo I, se terminó de imprimir en
Creativos7 editorial, Culiacán, Sinaloa, México.
La edición consta de 300 ejemplares. Diciembre de 2007.

CAPÍTULO IX.
EL FOLKLORE.
CELEBRACIONES RELIGIOSAS.

El folklore de los yaquis, los mayos y sus hermanos del norte de Sinaloa, visto en su conjunto es una mezcla de elementos nativos, puramente vernáculos, de elementos de extranjería, asimilados defectuosamente del cristianismo. La introducción del culto católico, dio origen a un proceso de transformación en las costumbres de las tribus cáhitas conquistadas; efectuándose la incidencia sobre lo autóctono en forma tal, que bajo la censura de los evangelizadores y catequistas, algunos de los usos primitivos seguramente hubieron de quedar eliminados, en tanto que otros, encauzados o tolerados hubieron de continuar vigentes.

Entre los elementos ancestrales o de raíz primitiva que podían citarse, figuran de manera prominente las danzas, las que jamás faltan en toda fiesta ó celebración, sea ésta de índole religiosa o profana. Entre los elementos incorporados y de gran arraigo se hallan los actos, episodios o eventos ritualísticos de motivo religioso, que en el folklore representan la herencia centenaria, el legado de las generaciones adoctrinadas por los padres misioneros. A la postre, de esa conjunción, en realidad vino a resultar una amalgama de prácticas, en la que aparecen mistificados los ritos cristianos, ya que en la manera de conducir las ceremonias, se ajustan a su propia y peculiar liturgia.

Los bailes de cepa autóctona y los ceremoniales religiosos, se ha-

llan estrechamente vinculados a las múltiples circunstancias de la vida social de las comunidades cáhitas. Sus danzas tradicionales, por las que sienten verdadera pasión, son el foco en que se reconcentra todo el interés de una fiesta, y en veces son la fiesta misma. Por esta razón, se complementan o terminan invariablemente las festividades religiosas con el baile del pascola, el del venado, el de los matachines, etc. Los actos o celebraciones religiosas habituales ocurren durante la Semana Santa, en la Navidad, el día de los santos de la devoción de los pueblos, el día de difuntos, en los entierros y en las honras fúnebres; pero también hay eventos o fiestas de tipo meramente social y sin ningún nexo con el orden religioso. Esta serie o cúmulo de festividades que tienen lugar en el curso de todo el año son de ritual, circunstancia que impone a los indios la necesidad de contar en sus pueblos o comunidades, con un organismo especializado, responsable de la preparación y desarrollo de los festejos y convites estatuidos ya por tradición. Ese organismo no es otro que el que lleva el nombre de fiesteros o pascoleros de los que me ocuparé en primer término.

En una publicación del Buró de Etnología Americana, del Instituto Smithsoniano de Washington, que se titula “The Contemporay Culture of the Cáhita Indians” y de la que es autor el etnólogo estadounidense Ralph L. Beals, se encuentra una descripción amplia, minuciosa y bien investigada, del costumbrismo de los mayos y los yaquis, en cuanto se manifiesta como aspecto de la cultura contemporánea de esas tribus. De igual carácter no existe otra obra que sea tan completa y que se pudiera considerar íntegramente como fuente de consulta, o de confrontación, en lo referente al tema o temas a que aquella se contrae.

Es interesante también el boletín titulado “Studies of the Yaqui Indians of Sonora, Mexico”, por W.C. Holden, por el Texas Technological College, de Lubock, Tex., en el que para lo concerniente a la festividad de Semana Santa y a los funerales –temas incluidos en el presente capítulo— puede ser consultado. Lo mismo puede decirse de lo que en su libro “Las Tribus Yaquis de Sonora, Su Cultura y Autodeterminación” consigna Alfonso Fabila, con referencia a los diferentes matices del folklore yaqui.

Fiestas religiosas, organización y juego o papel del cuerpo de fies-

teros, grupos de fariseos y matachines, danzas y danzantes de pascola, venado y similares, se hallan en el citado trabajo de Beals, puntualizadamente descritos. Del estudio comparativo de los distintos aspectos o facetas por las que se exterioriza el folklore de los yaquis y los mayos, fácilmente se advierte que prevalece en lo general la homogeneidad ritualística y litúrgica, aún cuando por razón de localidades se registren variantes o diferencias que en modo alguno afectan la forma y el argumento fundamental que las identifica en una sola expresión de mística y de contenido. A lo que también he de añadir que las prácticas de igual género que se observan, también por herencia y tradición, en las congregaciones indígenas del río del Fuerte, en su continente y su contenido son casi iguales, mas bien que semejantes, a las de los mayos y los yaquis descritas por Beals; aún cuando por razones obvias, de vecindad y de contacto, la congruencia es más acusada con respecto a los mayos, que con relación a los yaquis. Por mi parte, la información que sobre el tópico iniciado paso a consignar, manifiesto que es aquella que corresponde a la forma en que se conducen los indios de Charay, que es seguramente la misma con que lo hacen los demás naturales de esta región, como son los de la Florida, San Miguel Zapotitlán, Mochicahui, Sivirijoa, Tehueco, Los Capomos, Baimena, Sinaloa, Toro, Baca, y Huites.

LOS FIESTEROS.

La agrupación que los fiesteros constituyen, es de carácter permanente, aún cuando en lo personal sus miembros periódicamente se releven durando en funciones tres años por lo general. Los fiesteros son el factor básicos para todos los ceremoniales y a veces son parte de la organización de la Iglesia, gozando no obstante de cierta independencia.

Se integra el cuerpo de fiesteros o pascoleros por dos grupos de seis individuos (en el río Mayo dos grupos de doce cada uno) cada uno, separadamente de hombres y mujeres. En el grupo de los hombres, figuran en forma jerárquica, un primero y un segundo alférez, dos padrinos y dos alguaciles, En correspondencia en el grupo de mujeres, se cuentan a una alférez primera (puesto que ocupa la mujer del alférez primero), una alférez segunda, dos madrinas y dos alguaciles, aún cuando se dice

que estos dos últimos pueden ser de uno o de otro sexo. En el conjunto hay que considerar agregado otro miembro, hombre o mujer, que lleva el nombre de pasionero; actúa como sargento de armas y sus insignias son, una vara que en un extremo lleva unas cintas o listones, una piel de zorra, que le sirve de bolsa, adornada con unas cintas rojas, colgando de la cintura. Finalmente, hay un tocador del tambor, que puede ser sí o no, miembro de la organización de que se habla.

El primer alférez, llamado en la lengua alahuaci-yóohue, es el jefe de los fiesteros y el que se encarga de la fiesta en conjunto. A él le concierne por lo tanto, la obligación de diligenciar cuanto sea necesario para la celebración del evento y vigilar que éste se lleve a cabo en la mejor forma, todo por supuesto con la eficaz asistencia de los fiesteros, Por ser él quien da la fiesta, le llaman páscome; le atañe hacer la designación del que a su turno, al siguiente año, habrá de sucederle o reemplazarle. Al antecesor del páscome se le llama papascolero.

El segundo alférez, nombrado también en la lengua alahuaci-secari, es en una palabra el lugarteniente o el segundo del alahuaci-yóohue. Sus funciones son las de transmitir las órdenes del jefe y las de ejercer vigilancia para que se acaten. A cargo del alahuaci-secari, se halla la fiesta que se desarrolla en la enramada, a la que llaman “casa de la fiesta”, destinada a ese fin; es también el inspector o superintendente en el ramo de la preparación y servicio de la comida, presta sus atenciones a los músicos y a los danzantes, cuidando de sus necesidades en el curso de la fiesta.

El primero y segundo alférez, son los abanderados. Las banderas han de presidir todas las ceremonias religiosas de los indios. Los abanderados, en todas las procesiones y actos en que se requiera hacer homenajes a los santos, se colocan frente a éstos, los reverencian hincándose y a la vez haciendo flamear al aire sus banderas, figurando el signo de la cruz. Las mujeres alféreces también son portadoras de bandera, en tanto que los padrinos y las madrinas, empuñan su banderola o una vara que lleva por un extremo unas cintas de colores. Por último, los alguaciles, que son como sirvientes encargados del acarreo del agua y de los comestibles, llevan, como el pasionero, de la cintura colgando una piel de zorra.

Los exfiesteros ayudan a sus sucesores con dinero, comida, cohetes

o contribuciones de otro género, abarcando el compromiso de servir tres años en total, incluyendo el año de su actividad. Pero la renovación de los fiesteros, se hace año por año y tiene lugar el día de la Pascua de Resurrección, ocasión en la cual las Hijas de María se hacen también cargo de la Virgen.

La de las Hijas de María, es una asociación integrada por indias jóvenes, que se consagran al servicio de la Iglesia. De las mujeres viejas, reciben orientación y órdenes respecto de aquello que deben ejecutar, como es la limpieza y aderezamiento de la Iglesia, acompañar a los santos en las procesiones y asistir a otras varias ceremonias del culto a las imágenes sagradas.

Como organismo o como institución a cuyo cargo se halla íntegramente la organización de las fiestas, la de los fiesteros interviene y directamente participa en todas las celebraciones, que conciernen a la Iglesia y también en las fiestas de carácter profano. Incumbe y hasta es obligación que pesa sobre los fiesteros, allegarse los elementos pecuniarios y en especie que requiere toda fiesta y asegurar el concurso de los danzantes y los músicos. Atienden además el regado, barrido y ornato de la Iglesia, así como de la "casa de la fiesta". En las procesiones sacan a los santos de la Iglesia y los conducen y acompañan, y les tributan con sus banderas los homenajes debidos. A cargo de ellos y de la personal intervención de sus mujeres, se halla la preparación y el servicio de la comida en sus fiestas más solemnes, consistente en café, atole a veces, tortillas e indispensablemente el llamado guacavaqui, que es muy apetecido. El guacavaqui (de guacas, vaca y vaqui, carne cocida) es un cocido bien sazonado, compuesto de frijol y carne de toro joven o torete; y es para los indios o yoremes el equivalente de lo que para los yoris es la barbacoa o la caguama, con la que, con frecuencia celebran sus festines.

LA SEMANA MAYOR

Una de las festividades típicas de mayor esplendor entre los indios, es aquella en que celebran los días santos, con una aparatosa representación del drama de la Pasión de Cristo. Esta conmemoración es una práctica tradicional que continúa siendo perpetuada por los indios en

sus antiguas misiones. Fue probablemente instituida en la época de los jesuitas, más es de suponerse que con el tiempo, el ritual se haya mistificado en vista de la idiosincrasia de los naturales y de que ellos han venido careciendo de la dirección y de la censura compulsiva del sacerdote, a que antaño se hallaban sometidos.

En Europa el drama de la Pasión, alcanzó un gran esplendor a fines de la Edad Media y la nota cómica la ofrecían las escenas diabólicas y judaicas, tal como al presente se observa en la representación dramática que bajo la intervención del "maestro", nuestros indios evocando aquellos mismos sucesos, llevan a cabo año con año en la cuaresma, en el atrio y en el recinto de sus viejas Iglesias pueblerinas. Hay evidencias, de que ese carácter histriónico y teatral del que se hallan revestidas, en nuestros pueblos regionales de cepa indígena, las ceremonias de la Semana Santa, tienen su raíz en aquellas representaciones del medioevo europeo. En la dramatización que con apego a una mistificada liturgia católica interpretan los cáhitas, el papel farisaico y demonológico, lo desempeña una comparsa de enmascarados. Por asimilación histórica, se les da aquí a estos figurantes indistintamente el nombre de fariseos o de "judíos". En inglés los llama "devilchasers" W.C. Holden, profesor de Historia y Antropología y director del Archaelogical Research Texas Technological College, en su folleto intitulado "Studies of the Yaqui Indians of Sonora, México".

Es la de los "judíos", una asociación exclusivamente de varones. No hay limitación alguna en el número de sus miembros; pero a ella se ingresa en acatamiento a una promesa religiosa o manda formulada en un determinado trance personal o familiar. El voto obliga tan sólo temporalmente, digamos por dos o tres años, a diferencia de los matachines y los pascolas, que se comprometen en sus respectivas organizaciones en forma vitalicia o sea de por vida. Este género de mandas se ofrecen de ordinario, cuando se presentan situaciones difíciles, tales como enfermedades, conflictos de familia, peligro inminente de que se pierdan las cosechas, etc.; así se da por ejemplo el caso de una madre, que movida por la fe y la desesperación, prometa a Dios, que su hijo a quien tiene enfermo, habrá de ser "judío", si se le concede la gracia de que recupere su salud o se salve de la muerte.

En escena el "judío", lleva totalmente enfundada la cabeza en una máscara que se confecciona de piel delgada, sin curtir, ya sea de borrego, chivo, venado, jabalí o coyote. La mayoría de las máscaras de los comparseros, son de estilo diabólico, que llevan enhiestos los cuernos formados de la misma piel; lleva boca, ojos, descomunales narices, orejas anchas y largas, hechas de pellejo. Pero hay otras más caras en estilo antropomórfico, desprovistas de cuernos y orejas. Su forma es la de un cartucho truncado o achatado de arriba, en el que suelen sobremontar festivamente algún sombrero viejo. A los que llevan este último tipo de máscaras les llaman "viejos". Para la mejor configuración del rostro se les deja en las zonas que así lo ameritan, el pelaje necesario; ciertas porciones se depilan y se decoran con tintas de anilina roja y verde, inclusive los cuernos y las orejas. Se observa que en la actualidad algunos "judíos", con perjuicio de lo típico y de lo tradicional, adaptan como rostros a sus máscaras de cuero, prosaicas caretas carnavaleras de cartón. La máscara infunde al personaje un aire fiero, bárbaro, diabólico, que es sin duda la finalidad primordial de la mística, al valerse de ese disfraz, para comunicarle un mayor realismo a la escenificación del trascendental drama cristiano.

Sobre las ropas usuales y como parte del disfraz o de su caracterización, el "judío" se envuelve el cuerpo con una cobija vieja, que se extiende desde los hombros hasta las rodillas y que va ceñida de la cintura con un cordel o un cinturón. Se completa la parafernalia, con un machete de palo y una lanza de los mismos decorados con anilinas en verde y rojo, el machete con figuras cuadriláteras son sus diagonales y la lanza solamente con anillos en toda su longitud. Las piernas y los brazos también se los pinta el "judío", con fajas anulares de color rojo, verde o azul, pero ya al final de los días santos.

Tienen los "judíos" un jefe, gobernador o capitán general, el iuruesvahuic, o el iáut, Juez o Señor, que ejerce sobre ellos, una autoridad absoluta. Sus subordinados lo respetan y él por su parte atiende las quejas, les dirige sermones, da órdenes, forza la participación de aquellos que han tomado el voto e impone la disciplina, usando la expulsión o valiéndose, si es preciso, del látigo que, juntamente con un machete de palo, lleva en una de sus manos. No es de requisito que en el caso,

para ser jefe o gobernador, medie la manda o el voto; porque libremente, los "judíos" pueden escoger a la persona que deba desempeñar esas funciones durante el siguiente año, elección que hacen una vez pasada la fiesta de la Resurrección. Lleva el gobernador sobre su cabeza un adorno o distintivo; pero también puede usar máscara, la que lleva levantada o echada hacia atrás y no obstante que se emboza con un pañuelo, libre de cualquier reserva habla a los "judíos" y a los extraños, para tratar con ellos asuntos que le competen.

Durante los distintos lapsos de su actuación, por ningún motivo, el "judío" debe cometer indiscreciones que conduzcan a su identificación personal, estándole por consiguiente prohibido hablar, reír, levantarse o quitarse la máscara y entrar en relaciones con los extraños. El enmascaramiento y el mutismo, por lo demás, no son óbice para que los fariseos den rienda suelta a sus gracejos, particularmente en los entreactos. Para esas manifestaciones disponen en absoluto de los ademanes, de la mímica, de la expresividad de los movimientos del cuerpo en general. Con la excepción de ciertos momentos graves y solemnes, cuando se hallan en el interior del templo los "judíos" no guardan el recato que inspira el recinto y los actos del culto; pues encaja en su papel el mostrarse irreverente, aunque conservándose dentro de la disciplina de sus filas. Donde en forma abierta se entregan al regocijo y la chocarrería los enmascarados, es en el atrio o la explanada delante de la iglesia y en presencia de un público de chicos y grandes, ávido del pasatiempo, y del solaz que proporcionan el chiste y la picardía de aquellos histriones.

Es precisamente cuando los "judíos" durante esos asuetos; se exhiben como los más acabados y originales comediantes, en un plan de tensa y salerosa jovialidad. En esos intervalos no tienen ellos, diríase, un rato de sosiego en su entrega al retozo, en que se les ve juguetear y hacer expresivas y celebradas faramallas, utilizando el ademán, la mímica ingeniosa y ciertos desplantes. Con el deliberado propósito de hacer farsa y de ofrecer ante sí mismo y ante los espectadores actos de exhibicionismo bufón, siempre algunos de ellos traen consigo un instrumento musical, o sea un tamborcito, un tosco violincillo, una armónica de boca, una sonaja, unos tenávaris o algún otro objeto intrascendente, como

un muñeco, un zurrón de ardilla, una cola de res, una vejiga inflada, un juguetito cualquiera. Los tenávaris son sartas largas de bolsas secas o capullos de oruga, muy resistentes y sonoros y en cuyo interior se ponen unas piedritas. Se enrollan las sartas a las pantorrillas y particularmente las usan los danzantes, a manera de cascabeles.

Anteriormente y con motivo del acto de prosecución simbólica del Señor, que hacen a partir del Domingo de Ramos, los "judíos" de un pueblo tenían sus rivalidades y sus encuentros con los de otro pueblo vecino. Los de Charay con los de Mochicahui, verbi gracia, o los de este último lugar con los del vecino San Miguel Zapotitlán. Se ventilaban en estos encuentros asuntos de jurisdicción y por tal motivo a medio camino real se entablaban batallas campales a golpes y pedradas, esforzándose los de uno y otro bando, en hacerse el mayor número de prisioneros, pero hoy no existe esa costumbre ni se permite.

El ciclo de ceremonias culmina con las fiestas del Sábado de Gloria, principia el primer viernes de cuaresma, día en que por la tarde aparecen los "judíos" por primera vez y se congregan en la Iglesia. Para ello, se reúnen previamente en las afueras y hacen su entrada al pueblo, hasta llegar a la Iglesia, formando una o dos hileras y trotando, el capitán a la cabeza bajo pregón de tambor, cuyos sones y redobles alborotan en el tránsito la perrada y llenan de regocijo a la chiquillería.

En idéntica forma se repite la irrupción, cada viernes a la misma hora. La gente se congrega en la Iglesia y en primer término los fiesteros. Se reza ahí el vía crucis, con la intervención de oficio del "maestro"; a continuación y por último se lleva a cabo el conti o procesión por las calles.

Durante siete viernes consecutivos, incluyendo el viernes santo, hay ceremonias de ese mismo tipo. Los primeros en llegar a la Iglesia, son los fiesteros, como a las tres de la tarde y tocan las campanas, repitiendo la llamada aproximadamente una hora después, con todo lo cual se consigue que el gentío se congregue. Poco después, llegan también los "judíos"; ya como a las cinco de la tarde, después de que en la Iglesia se ha rezado el vía crucis, se organiza ese acto externo que se lama conti.

El conti o procesión, se efectúa según determinado arreglo litúrgico. Lo primero que se hace, es colocar a la salida de la iglesia y bajo un

palio o dosel portátil de manta, que van sosteniendo en alto los conductores mediante cuatro varas largas o cañas, una pequeña imagen de bulto de Jesucristo, la que es llevada en andas o angarillas, por cuatro indios varones. En igual forma y en su correspondiente palio se colocan las imágenes de dos vírgenes, que en su angarilla llevan cuatro indias mujeres. Delante de todo el grupo se sitúa el portador de una cruz de madera, con la que a intervalos se irá marcando las estaciones del vía crucis, en el recorrido de la procesión. Adelante también va el individuo encargado de llevar y tocar la campanilla a su tiempo. Siguiéndoles van detrás los fiesteros con sus aras y banderas, la bandera blanca de Cristo y la roja de San Juan. Luego enseguida dos hombres que llevan un petate de carrizo con un poco de follaje esparcido en él; a continuación el "maestro" y los cantores; al último los santos en sus palios, yendo la imagen de la Virgen o de las dos vírgenes acompañadas por tres de las Hijas de María, que visten trajes de colores llamativos, cubren su cabeza con un velo y empuñan sendas banderolas; son las tres Marías, representando a María Cleofas, María Salomé y María Magdalena. Los "judíos" se agregan a la procesión formándole valla y durante el recorrido se burlan de las ceremonias y simulan buscar y seguir los pasos del Redentor.

Dispuesta la formación según se ha indicado, todos avanzan y el conti se detiene tanto en la primera estación, como en las restantes de la Vía Dolorosa. En cada estación se tiende sobre el suelo ante la cruz la estera de petate. Ahí se detienen los santos; durante un rato suena la campanilla, los fiesteros se hincan ante las imágenes sagradas, se persignan, las reverencian y ondean sus banderas. Los cantores, cantan en voz alta y doliente, el maestro reza enseguida la parte relativa del Vía crucis, además el Ave María y el Gloria Patris. Terminado el acto, el conti prosigue en su ruta hasta volver a la iglesia, en donde se da fin a las ceremonias rituales. Por supuesto que ninguno quizás comprende el contenido de estas ceremonias, su sentido místico, lo esencial en este rito que, por otra parte, los indios ejecutan en forma mecánica y a su modo con su propia liturgia.

Pasado el viernes de Dolores, a partir del domingo de Ramos, los fariseos o "judíos" asisten diariamente por la tarde a la Iglesia, hasta el

miércoles siguiente, para no ausentarse más del lugar, sino hasta el sábado de Gloria, que es cuando la fiesta termina.

El domingo de Ramos, los "judíos" inician la persecución del Galileo, en torno de la Iglesia, en lo cual fingen seguir las huellas e identificarlas midiéndolas con un palito.

El miércoles santo, hay otra procesión visperal y durante la noche entera de ese día, la misión de los "judíos" es vigilar, montando para este fin guardias tanto en el interior como en el exterior del templo. Se encienden las velas en el altar, iniciándose las velaciones, las cuales continúan cada noche y hasta la correspondiente al viernes santo.

El jueves santo es cuando efectúan los fariseos, la aprehensión del Señor.

El viernes santo es cuando tiene lugar la más lucida, la más solemne, la más aparatosa de las procesiones. Da principio antes del medio día y mediante su desarrollo se simbolizan o evocan, en forma realista, los episodios más culminantes del martirio de Cristo, hasta subir al Calvario. En el momento de iniciarse esta procesión, la Virgen María, conducida en efigie sobre angarillas por unas mujeres, se dedica empeñosamente a buscar a su hijo Jesús y lo hace primero en derredor de la Iglesia, en medio de las dolientes voces de unas cantoras. Luego se dirige en seguimiento de la procesión, en la que llevan a su hijo hacia el Calvario y se une a ella en la cuarta de las estaciones. Con este pasaje se alude evidentemente al acto místico del "encuentro".

En la procesión marcha Pilatos, representado por un hombre que lleva un velo negro grueso sobre la cara y monta un caballo al que ponen en la cola flores de papel. En esta ocasión es cuando, según los indios, "corren a Cristo", a quien personifica un indio anciano que lleva una corona de espinas, desnudo el torso y por vestido un faldellín corto de manta blanca. Siguiendo a este personaje, símbolo y figura central de la procesión, van la Verónica y las tres piadosas Marías, caracterizada la primera, por una mujer y las tres últimas por otros tantos indios viejos vestidos con túnicas y en el acompañamiento va también Simón Cirineo, que ayudará al Maestro a cargar con el peso de la cruz. En las estaciones tercera, séptima y novena, en consonancia con la tradición

evangélica es donde los "judíos", tendidos sobre el suelo embarazan los pasos del Mesías en el curso de esta ceremonia mística; así es como aquí, son provocadas las caídas que se conmemoran por la Iglesia y por otra parte el indio protagonista, es también objeto de empujones y flagelaciones por parte de los "judíos".

A la hora tercia, o sea a las doce del día de ese propio viernes, ya estando en la Iglesia, se cumple la sentencia de Pilatos, a cuyo fin sobre el altar colocan en su cruz una efigie grande de bulto y sangrante de Cristo; con ellos se da por consumado el acto de la crucifixión, en la que se dirá la undécima estación de la vía sacra. En ese momento preciso las notas melodiosas de una flauta de carrizo preñan de su melancolía el recinto, interpretándose como un trasunto del llanto y las aflicciones de la Virgen María. Mientras tanto, además, los "judíos", simulan herir con lancetazos el cuerpo del Crucificado, ocasionándole la herida mortal que lo hizo expirar a la hora sexta –que son las tres de la tarde de nuestra cronología--, una vez que pronunciara las siete palabras en la duodécima estación.

Como desde la hora en que expiró el Señor, hasta la hora nona o sean las seis de la tarde, en este llamado "día de tinieblas", ocurriera que los horizontes de Jerusalén –Judea misma— se oscurecieran, soplaran vientos fuertes y temblara la tierra, suceso apocalíptico, que bajo un entendimiento místico debe tomarse como castigo del mal, evocando esa figuración o esa leyenda los "judíos" precipitada y repentinamente abandonan el templo y se dirigen a sus barrios y rancherías cercanas a derribar las cruces, aquellas mismas que han plantado para ellos en los patios de sus casas. Del pie de esas cruces recogen los "judíos" a su paso algunos alimentos allí depositados por sus parientes, rito extraño que evidentemente, no está relacionado con el auténticamente católico en que se inspira la celebración.

Tocando ya a su fin el drama de la Pasión, bajan a Cristo de la cruz, entrando así la cuenta de la décima tercera estación; por último, colocan el cuerpo en una urna, o sea en el sepulcro, lugar que viene a constituir la catorceava y última estación. Hecho lo anterior, los "judíos" ponen sus guardias en torno del sepulcro, temerosos de que se cumpla la profecía de la resurrección.

La festividad de la cuaresma culmina el sábado de Gloria, día de fausto en que las gentes se encatrinan y asisten a la Iglesia a presenciar el magno desenlace. Al amanecer Judas en efigie y a lomo de burro es paseado en forma burlesca y festiva por las calles por donde antes circulara la procesión, para luego ser quemado.

En vista de que a las diez de la mañana es cuando se canta la Gloria, los "judíos" con alguna anticipación y mientras tanto, se sitúan en la explanada o atrio de la Iglesia. En ese mismo lugar al propio tiempo pasean a caballo a Pilatos con su velo negro grueso sobre la ara y empuñando una lanza con un remate de tela negra; escena que se interpreta en el sentido de que Pilatos está celebrando la victoria sobre el Galileo.

No hay celebración de misa por falta de sacerdote, pues el sacerdote, viene a ser el tantas veces citado maestro. El altar de la iglesia, para la ocasión es cubierto por una cortina, que con cierta insistencia, los judíos ahí apostados tratan de descorrer. Agrupándose se sitúan frente al altar el maestro, los fiesteros con sus banderas, los músicos, los pascolas, los matachines y en las naves de la iglesia los judíos, en dos filas separadas. Estos últimos, de tiempo en tiempo se mueven chocando sus lanzas o golpeando sobre ellas con sus machetes.

Después de un intervalo, las mujeres que se hallan detrás de la cortina comienzan a cantar; en el acto descorren la tela, revelando que detrás de ella no se encuentra ya el Señor. En ese momento, canta el "maestro" la Gloria, --Gloria al Padre, Gloria al Hijo, Gloria al Espíritu Santo--; Gloria in excelsis Deo --Cristo resucitado en la Gloria--, o sea la ascensión del Señor. Al instante la Iglesia se convierte en un pandemónium. Mientras esto ocurre, allá afuera los cohetes y el estallido de una bomba pirotécnica atruenan el espacio, el repique de las campanas rubrica la solemnidad del acto y se escuchan gritos y voces de entusiasmo; en tanto que los "judíos" salen a escape del templo y ya en el atrio, yendo y viniendo alternativa y agitadamente recorren la pista de un extremo a otro seguidos por flageladores que los azotan con sendos varejones.

Pasado todo este arrebato durante el cual, por si mismos los "judíos" hacen trizas sus máscaras, lanzas, machetes, y demás cosas de su parafernalia, arropados en sus sarapes, se dirigen a un sitio próximo en

donde se forma con tales despojos una hoguera. Es esta, una fase del rito que sugiere seguramente, la idea del arrepentimiento de los "judíos" o fariseos por su impiedad. Por un rato éstos asisten a la incineración indicada, puestos en derredor de la hoguera y agachados sobre la tierra en señal de humillación. Finalmente, como para iniciarse en la fe y formalizar con el bautizo su conversión, de este lugar, si dirigen enseguida al interior de la Iglesia, donde son bautizados por el "maestro", cada cual asistido de su madrina o padrino.

Concluye así, la gran ceremonia rememorativa; y la gente se dispersa, en tanto que los pascolas se trasladan a la casa de la "fiesta" para entregarse, durante la tarde y noche de ese día, a la danza y demás animaciones vernáculas.

LA PASCUA FLORIDA.

Las escenas de la Pasión dan fin el sábado de Gloria, en tanto que la Semana Santa, en realidad no termina sino el domingo de Resurrección, día de la festividad llamada Pascua Florida.

Los fiesteros organizan, lo que la celebración de esta pascua requiere en los aspectos profano y religioso. Es el día en que, con un bullicio inusitado acostumbran los indios "correr los santos".

Como para las diez de la mañana de ese domingo solemne, ya se ha constituido en la ramada o casa de la fiesta una numerosa y alegre comitiva de fiesteros, cantoras y danzantes de pascola, venado, coyote y matachines, que le sirven de cortejo a un Niño Dios, al que por representar a Cristo resucitado, los indios le nombran el "resurrección". Ellos adornan esta pequeña imagen vistosamente, a la que, por no sé que significativo misterio, le ponen como accesorios, una iguanita o "cachora", un bulito con agua y comida dentro de un morralito.

En el momento oportuno se inicia la partida, la que es solemnemente anunciada con cohetes, dirigiéndose con el "resurrección", todo aquel acompañamiento a la Iglesia, tal vez a participar a la Virgen, el venturoso acontecimiento de la resurrección del Señor. Por otra parte un grupo formado por los quiriyostis, al escuchar los cohetes, procede a sacar de la Iglesia, las imágenes del culto, colocándolas en el atrio, sobre

una mesa o altar. En Charay, estas imágenes son las de Nuestro Señor Jesucristo, la Virgen María, la Purísima y Nuestra Señora de los Dolores. Tienen los quiriyostis, esta personalidad en virtud de una manda; son ellos los encargados de correr con los santos en la presente ocasión y acostumbran coronarse la cabeza con ramas de álamo.

Delante del "resurrección", van en el recorrido las cantoras, entonando sus cánticos y van también los danzantes ya mencionados, ejecutando sus correspondientes danzas. Cuando llega el cortejo a cierta distancia de la Iglesia, los quiriyostis, con algunos de los santos en angarillas y en primer término la Purísima Concepción, que es la patrona del lugar o sea de Charay, corren desde su puesto a gran velocidad a encontrar al "resurrección". En el momento de verificarse el encuentro, animados del mayor regocijo, los quiriyostis, sacuden o zangolotean las imágenes de que son conductores, hecho lo cual, retornan corriendo en la misma forma hasta llegar a la Iglesia, donde frente a las otras imágenes ejecutan de nuevo la ceremonia del sacudidón, en tanto que ante ellas por su parte los abanderados agitan, en homenaje, sus banderas blanca y roja.

El extraño rito de la carreta y la sacudida que se da a las imágenes, se reanuda tan pronto como se termina el primer ciclo ya descrito y se repite, tantas veces como lo permita el tiempo que tarda la alegre comitiva del "resurrección", en llegar hasta el atrio de la Iglesia; en cuanto esto sucede y se sitúa al Niño Dios, frente a las efigies de los santos, se echan a vuelo las campanas y cae una lluvia de flores sobre las imágenes y sus quiriyostis, con lo que termina la ceremonia.

A continuación todos entran a la Iglesia, donde se llevan a cabo actos religiosos y finalmente por la tarde y durante la noche, los matachines y pascolas bailan en la "casa de la fiesta", sin que en esta ocasión falte al convite el guacavaqui, ni las libaciones de mezcal.

LA FIESTA DE LOS "MOROS"

Se trata de una fiesta, que exclusivamente se celebra en el pueblo de Baca, de la municipalidad de Choix, el 29 de septiembre, día de San Miguel. Aunque también en dicho pueblo, celébranse en general las fies-

tas acostumbradas por los indígenas, la de que se habla, es la de mayor importancia en toda aquella comarca; pues a esta celebración concurren en romería hasta seis o siete mil gentes, no tan sólo de los contornos, sino que también en gran número de Alamos, asimismo forasteros de otras partes del Estado y aún de otros lugares de la República. Muchos de estos romeros asisten por haberlo así ofrecido en manda a San Miguel; pero los más, llegan atraídos por la feria que en esta ocasión tiene ahí verificativo, concurriendo a ella fonderas, bandas de música, tahúres y "falluqueros" o sea vendedores de distintas clases de artículos.

Desde la víspera, se ven llegar de todos los ranchos vecinos a Baca, que es un villorrio como de doscientos habitantes, gentes luciendo "turbantes" en forma de cucurucho o cono; unas a pie, otras a caballo, porque hay "moros" de a pie y "moros" de a caballo. El "turbante", lo hacen de cartón y lo forman en un paliacate; luego lo adornan con dos o tres hileras de espejitos y con un mazo de listones en la parte de arriba, que cuelgan hacia abajo. Dicho tocado es lo que distingue a los "moros" de aquellos que no lo son, ya que éstos no tienen indumentaria especial. Los que no son "moros" y que participan en la fiesta como fiesteros o auxiliares, son guiados por un capitán, que lleva la bandera blanca de San Miguel, en un buen caballo, que sepa retroceder my bien, toda vez que siempre el capitán va delante, sin dejar de dar la cara al santo.

Los "moros" corren de la siguiente manera. Se hacen dos filas de "moros" de caballería. Los "moros" de a pie sacan a San Miguel de la Iglesia para llevarlo a una enramada donde bailan los pascolas. Los de a pie salen con el santo formados de seis en fondo y en el acto, el capitán, llevando la bandera en la mano, empieza a retroceder en su caballo. A ese tiempo las dos filas de caballería, entrando en acción, principian a correr al galope cada una en su círculo, pero moviéndose en sentido contrario la una respecto de la otra, mientras estos "moros" galopan y dan vueltas, van también dando gritos, imitando a las urracas. Los "moros" de a pie y el capitán, quedan dentro del círculo y van avanzando hasta llegar a la enramada, donde ya improvisaron un altar en el cual colocan al santo y allí le bailan los pascolas.

Al decir de los lugareños, los "moros" son gentes de San Miguel y

resguardan la fiesta, cuya duración es de veinticuatro horas, que son de continua danza para los pascolas. Para terminar el acto y a fiesta misma los "moros" de nuevo entran en actuación llevando ahora al santo de regreso a la Iglesia.

Nadie conoce cuál es el origen y cuál el significado de estas ceremonias, que al parecer se hacen al margen o independientemente de los actos del culto católico. Nada tienen que ver con las misas y otros actos religiosos que, como de costumbre, ese propio día se celebran en el interior de la iglesia, pero creo yo, sin embargo, que los padres misioneros fueron los creadores de esta fiesta y del mito en que se inspira.

Refiere el mito o la leyenda de los "moros", que el Arcángel San Miguel, se apareció en una montaña a unos vaqueros que andaban por el campo; al ver éstos a unas urracas, que dando vueltas y gritando volaban por encima de unos árboles, acercáronse al lugar y hallaron al pie de un árbol o en su tronco, al Arcángel, cuya presencia era lo que anunciaban con sus vuelos y sus gritos las urracas. En la conmemoración que hacen los "moros" de lo que la leyenda explica, ellos se ponen el copete de listones para representar a las urracas y los gritos y vueltas que dan entorno de la imagen, no son otra cosa que la reminiscencia de los que daban en su vuelo éstos pájaros, cuando fue descubierto el Arcángel.

DÍA DE SAN JUAN.

La de los "moros", en la forma que se describió, es una fiesta puramente local del pueblo de Baca. La de la Candelaria, es también una fiesta que aquí en la región, únicamente es celebrada en Ocolome. En tanto que la de San Juan, que cae en 24 de junio, la celebran por devoción cada año, los indios de San Miguel, Mochicahui, Charay y Tehueco.

Por la mañana del día de la celebración, los "fiesteros" sacan de la Iglesia la imagen de San Juan y se forma una procesión. Delante van los alféreces con la bandera roja del santo; a continuación los danzantes de pascola, matachines y venado; enseguida el "maestro" y las cantoras; por último los "fiesteros" con la imagen. La procesión se encamina directamente hacia el río, a cuya orilla los danzantes le bailan a San Juan, llevándose además a cabo determinadas ceremonias de matiz religioso.

Realizados aquellos actos, la gente se mete al río con el santo y todos se bañan e inclusive, la imagen recibe su lustración al ser salpicada por el agua por uno de los pascolas.

Cuando ya los de la procesión vienen al pueblo de regreso, se dirigen a la enramada o "casa de la fiesta", sitio en donde por el resto del día y durante la noche los pascola, los matachines y el "venado" se entregan a sus habituales y respectivos bailes; los fiesteros disparan cohetes, se queman a veces lucidos castillos y se brinda el gustado guacavaqui y café o atole; como ya es de rutina, en casi todas las fiestas, en esa vez los indios varones en general se aficionan a los ritos dionisíacos, que culminan en la embriaguez.

PASCUA NAVIDEÑA

Puede decirse que esta fiesta conmemorativa, se inicia a partir del primer domingo de noviembre, con la actuación de los matachines en el interior de la Iglesia. Poco más adelante, en el punto especial dedicado a la danza, se habrá de tratar lo concerniente a esta agrupación o conjunto de danzantes, que ponen su correspondiente nota de color en el folklore indígena.

A partir e la fecha indicada, se inicia asimismo la temporada en la que asisten y danzan en la Iglesia los matachines. Su presentación ocurre primero en forma periódica, cada domingo; pero desde el día 24 de diciembre, hasta el primero del año, en que concluye la celebración, noche y día se requiere su presencia y sus danzas en la propia Iglesia. Es en la Noche Buena, cuando se explaya verdaderamente la animación de los matachines, porque entonces añaden a sus bailes habituales algunos otros menos acostumbrados de su repertorio, que son tan divertidos como sugerentes. En el desarrollo de tan prolongada festividad, además de los bailes, tienen lugar en el interior de la Iglesia escenas de religiosidad, en las que como en todos los actos de esa naturaleza, interviene el "maestro" en ejercicio de su ministerio.

DIAS DE FINADOS.

Los actos litúrgicos que corresponden a esta luctuosa celebración,

entrañan un amasijo, de mal digeridos conceptos del culto católico y de prácticas e ideas aborígenes de suyo legendarias.

Es con ocho días de anticipación al de los finados, o sea el dos de noviembre, cuando da principio la serie de actos que no son otra cosa en el fondo, que honras fúnebres. Noche con noche, durante ese lapso se llevan a cabo las ceremonias de novenario, con velaciones y oraciones que se rezan a los difuntos, dándose al acto el nombre del responso.

Los respondorios, los dedican los indios a las ánimas de sus propios difuntos. Los correspondientes al novenario, se hacen cada noche y en casa diferente, Los caseros o anfitriones, son los que a escote o prorrata pagan los gastos que demandan los oficios religiosos, la comida, las velas y los cohetes, los fiesteros y los danzantes, que es todo lo que comúnmente se requiere para la verificación, mayor lucimiento y solemnidad de los responsos.

Las ceremonias que ritualmente se desarrollan en esos responsos, se hacen afuera de la casa o el hogar, ante una cruz enflorada a cuyo pie se coloca una imagen y además se conforma un túmulo alargado, como los que se hacen asimismo de tierra en el campo santo sobre las sepulturas. Encima del túmulo y en su derredor se pone un sinnúmero de velas encendidas. Dispuesto este arreglo, frente o ante la cruz, la imagen el túmulo, a cierta hora de la noche para oficiar sus rezos se planta y arrodilla el ministro indígena, o sea el "maestro", a cuyo lado dejan oír sus cantos melancólicamente lúgubres, uno o dos cantores o cantoras; mientras que para inexcusable complemento de la fiesta y regustamiento general, en el estradillo que se dispone en sitio próximo bailan los danzantes, ora los pascolas ora los matachines, ora el "venado".

Ya que finaliza el novenario y siguiendo su costumbre tradicional, durante los tres días que siguen al de Todos Santos, los indios componen en el patio al exterior de sus casas en el que plantan una cruz, una especie de ofrenda mortuoria. Con más detalle diré que en el sitio indicado, ya a la hora del oscurecer, ponen sobre una mesa o un tapanco, velas encendidas, vasos llenos de agua, tortillas, "coricochis" o roscas de harina burda de maíz, "nacatamales", pan o empanadas, trozos de caña de azúcar, panocha, frutas, cigarros y más cosas por el estilo.

Priva entre esas gentes la convicción de que el ánima del difunto, habrá de llegar por la noche a esos puestos y entonces habrá de requerir del sustento especificado; también se cree que esta comida pertenece al muerto y que de ellas se vale como un medio de pago a quienes acudan a rogar, orar o rezar por su ánima. Efectivamente, el "maestro", los cantores y algunas gentes rezadoras de ocasión o profesionales, durante las noches de los tres días citados, visitan aquellas casas y por sus rogativas, u oraciones, reciben o toman parte de aquella provisión, el resto de la cual, más noche es llevada al campo santo, por los dueños y ofrendantes.

Ritualmente en la Iglesia, hay velaciones solemnizadas con danzas de matachines. Pero al margen de ese acto, durante las noches de esos tres días, por hábito y requerimiento religioso, los indígenas con sus familias concurren al cementerio a velar y recordar a sus difuntos, sobre cuyos túmulos recompuestos encienden multitud de velas y colocan flores de papel en la cruz de la cabecera. Ahí, junto a sus muertos, permanecen los familiares, hasta que termina la velación y gratifican con porciones de la comida a que antes se hizo referencia a las rezadoras de oficio en particular y a las demás personas que llegan a las tumbas a rezar por el ánima del finado o de los finados, de cuyos nombres se informan preguntando a los deudos: ¿Háchintegua ániman? .

Así pues, hay en el panteón en cada tumba, una velación. El lucerío desmayado de las velas, se difunde inundando de tenue claridad el espacio enlutado por las sombras de la noche. Los cohetes hienden con sus ráfagas las alturas, hacia donde llevan una fervorosa rogación por las ánimas. En el centro de todo aquel mar de tumbas, de luces, de rumores y de gentes esparcidas, ante la iluminada y enflorada cruz del perdón, se postra como al cuarto de la noche el "maestro" y procede a oficiar el responsorio dedicado a las ánimas de todos los difuntos.

INHUMACIONES, HONRAS FÚNEBRES.

Son muy vagas las ideas católicas que tienen los naturales acerca de la inmortalidad. Uno muere y en último término llega al cielo. Pero, ellos creen que, si el espíritu no es recibido en el cielo, es devuelto a la tierra a hacer penitencia.

Cuando fallece un adulto, ya se trate de hombre o de mujer, al padrino le corresponde amortajarlo y sufragar los gastos del entierro. Mas, no habiendo padrinos, los suplen quienes organizan, hacen o presiden los funerales. Para los adultos habitualmente no hay fiesta, a menos que se trate de un fiestero, de un matachín o de un "judío", casos en que si es de regla celebrarla.

Para las exequias, amortajan al difunto con una especie de túnica, de imperial o muselina blanca, ciñéndola por la cintura con una cuerda; el cordón de la muerte. Enseguida tienden al muerto al ras del suelo sobre un petate, ante un altar que se improvisa con una mesa, una cruz y una imagen. Lo enfloran a continuación y le ponen un rosario para que el alma tome el buen camino y sea bien acogida por Dios. Finalmente, durante la noche le tributan las horas fúnebres, que prescriben sus rituales.

La velada es esencialmente un responsorio. Docenas de cohetes, son lanzados al espacio. Unas fogatas dispuestas a corta distancia del luctuoso escenario, bañan de extenuada claridad, el concurso escénico de personas y de cosas. El "maestro", durante mas o menos un lapso de una hora oficia el responso, acto que inspira recogimiento y devoción y durante el cual a los cantos elegíacos se sincronizan con los sones de un tambor y las notas dolientes que un viejo, músico arranca a una flauta de carrizo de cuatro agujeros; y los fiesteros alféreces, participan en la ceremonia, con sus reverencias y agitando sus banderas. Todos estos actos, se han de repetir en la Iglesia ante el cadáver y una vez más en el cementerio en la cruz del perdón, a cuyo pie colocan el cuerpo antes de darle sepultura.

Cuando se llega el momento de partir al entierro, lían al muerto en un petate y colocan la carga fúnebre sobre un tapete o sobre una tarima o simplemente la suspenden de una pértiga o palanquín, para ser conducida a pie y sostenida en hombros desde la casa del velorio, hasta la Iglesia y de ahí al cementerio. Hay un extraño rito en la conducción; por tres veces los conductores y acompañantes hacen un doble circuito: primero en derredor del cuerpo, antes de partir, después al derredor de la cruz mayor, frente a la Iglesia y finalmente la misma ceremonia, en el campo santo. Pero además y en primer término al salir de la casa,

enseguida en el camino real o el trayecto, de igual modo en la cruz de la Iglesia y por último en el panteón, los conductores y junto con ellos los del cortejo, corren con el muerto por un corto trecho, en tanto que lo alzan y lo bajan, a la vez que lo mueven de izquierda y derecha, como para conformar en el aire, la señal de la cruz; pues se tiene fe en que mediante esa operación de exorcismo, se habrá de lograr, que el cuerpo se desapodere de los malos espíritus.

Por lo que respecta a las circunstancias de los dolientes, van ellos siempre por delante del difunto y la comitiva, manteniéndose a distancia y como tratando de huir y ocultarse a la vera del camino y aún entre el monte, con el mayor recogimiento y prevención, por temor a los maleficios que les pudiera acarrear el ánima del desaparecido. Aún todavía más, dentro de esa actitud de recelo, en el panteón enfocan sus miradas hacia el oriente y se sitúan dando la espalda a la fosa. Una vez efectuada la inhumación, entonces los parientes inmediatos, se acercan y se hincan ante la sepultura, donde como postrer homenaje, los fiesteros hacen ondear sus banderas y el "maestro" dice sus últimos rezos.

Si el extinto es un "judío", un matachín, un pascola o un fiestero, son precisamente los de su correspondiente gremio o agrupación quienes toman el lugar o parte principal en los funerales, acompañándolo y bailando en su honor en el velorio-responso que se le hace.

Cuando se trata de las exequias de un "angelito", un niño hasta de cinco o seis años de edad, es deber del padrino, no solamente pagar los gastos del entierro, sino además conducir al hombro o sobre la cabeza el cuerpecito hasta la sepultura. En estos casos de ordinario, los padrinos hacen una fiesta con pascola; exponen el cuerpo y lo cubren con flores de papel o naturales, y dando comienzo la fiesta en la tarde no termina sino hasta por la mañana del día siguiente.

Durante los ocho días consecutivos a la fecha del fallecimiento, ronda la casa el espíritu del muerto. Al llegarse el octavo día se hace por la noche un responso, a fin de que el ánima del difunto llegue salva a su destino ultraterreno. Por último, el responso se repite exactamente al cumplirse el primer aniversario de la muerte. Tales fiestas o ceremonias se hacen por los familiares, con la solemnidad que se acostumbra, en la

misma casa del finado. Al pie de una cruz, afuera de la casa se arregla un catafalco, al lado del cual se coloca la comida mortuoria. Esta comida debe tener algún significado místico, pero además, esto parece ser muy importante y en mérito a ello se consigue que el "maestro" se incline mas ante la tumba o catafalco, en el acto de orar. La velación, tiene su comienzo una vez que anochece, para terminar a la hora del alba y durante ella tienen lugar los actos acostumbrados como son el responso, el lanzamiento de cohetes, el baile de pascolas y el convite de guacavaqui.

LA DANZA
LOS MATACHINES.

Particularmente a fin de año, por la época de Navidad, es cuando tienen su principal y exclusiva actuación en la Iglesia los matachines con sus danzas, en conexión con la festividad religiosa que se conmemora.

La danza de los matachines, debe ser de procedencia europea, pues se le atribuye un origen sálico. Más en último término, es considerada como una manifestación de arte vernáculo en nuestro país, la que seguramente, fue introducida en la antigua Provincia de Sinaloa por los padres misioneros que intervinieron en su cristianización. Me supongo, haya sido con posterioridad a la época del padre Andrés Pérez de Ribas, toda vez que el acucioso autor de la "Historia de los Triunfos...", ni tampoco los misioneros de su tiempo, en las Anuas por ejemplo, hacen la menor alusión a esta danza típica, que de haberse conocido entonces en la Provincia, no habría escapado seguramente a los informes noticieros primitivos de los jesuitas, ni a la historia misma. Aunque si bien es verdad que el padre Ribas, solo hace mención de los bailes de los naturales de la Provincia de Sinaloa, en términos generales, sin enumerarlos, ni describirlos, omisión o falla por cierto muy lamentable, ya que de otra suerte hubiéramos podido acaso conocer el origen y naturaleza de las danzas autóctonas del presente.

En cambio, aunque muy posteriormente a Pérez de Ribas, el padre Ignaz Pfefferkorn, un jesuita de nacionalidad alemana que de 1756 a 1767, fue misionero entre los ópatas, los pimas y los eudebes, menciona como los más importantes bailes de los sonoras, el pascola y la danza de

Moctezuma ("Moctezuma dance" llamada así esta última por la actuación que en ella tiene, en forma representativa por lo menos, el último monarca de los mexicanos. Esta danza, a cuyo director, guía y principal ejecutante, se le llama monarca, no es otra que la de los matachines, desprendiéndose el nombre que le da Pfefferkorn que no es identificable como propia o patrimonial de las tribus indígenas del Noroeste, sino que por importación procede del interior del país. A fines del siglo XVIII, este padre escribió la obra de que se toma este dato y la cual reviste un gran interés geográfico, histórico y etnográfico. Fue escrita en alemán y traducida al inglés por George P. Hammond, se editó en 1949, en las prensas de la Universidad de Nuevo México, con el título de "Description of the Province of Sonora". Y a lo dicho, solamente hay que agregar que entre los sonoras, la danza de que se trata era bailada conjuntamente por hombrees y mujeres, en tanto que entre los cáhitas, era bailada únicamente por varones.

Es la de los matachines, una especie de agrupación que se conduce en cuanto a la forma de ingreso de la membrecía y a las obligaciones de servir en el oficio, de la misma manera que ocurre con la de los "judíos" y los pascolas. Por lo tanto, la afiliación al gremio, es consecuente de una manda que obliga por toda la vida.

En el ajuar o parafernalia del matachín, se desataca especialmente, lo que los indios llaman gissa, una especie de tiara, mitra o cimera, alta y armazonada, que el danzante se pone en la cabeza. Está hecha con rajas de carrizo y adornada fastuosamente con espejitos, oropeles, avalorios y listones flotantes de varios colores. Del atuendo, forma parte además un adminículo llamado massa, que es una armazón emplumada a trechos, hecho con un par de hilos de alambre templado, de aproximadamente setenta centímetros de longitud en total y provista de un mango o empuñadura. Es un útil muy vistoso y de él proviene el nombre de "plumed dancer" (danzante emplumado), que un autor estadounidense, antropólogo, da al matachín. El plumero, se lleva en la mano izquierda y usualmente reclinado en el hombro del mismo lado; se usa para indicar los cambios en el baile, sea ladeándolo o bien dejándolo hasta el suelo, para luego levantarlo y volverlo a colocar junto al hombro, cuando el

danzante gira como un torbellino, entonces él mismo oscila, mueve o balancea el plumero hacia abajo y arriba y llevándolo al hombro opuesto, para retraerlo enseguida al izquierdo cuando el giro se hace en sentido inverso. Por último, también lleva el danzante en su mano derecha, una sonaja o maraca de ayal o tecomate, de la cual se sirve, para hacer acompañamiento a la pieza que ejecuta un conjunto musical de arpa, violín y guitarra. En cuanto al vestido, los matachines, bailan con la ropa ordinaria, en camisa; pero cuando la fiesta es solemne, usan pantalones blancos y calzado, pues con los pies enzapatados, se marcan con mayor énfasis y claridad las pisadas.

----------0----------

Los pasos y las evoluciones o mudanzas propias de la danza, se conciertan al son de una pieza monótona, cadenciosa y de larga duración, que tiene un compás de tres por cuatro, o sea de tres notas en cuatro tiempos.

La colocación de los danzantes es de ordinario en dos hileras o columnas, a la cabeza de las cuales figura como director y sincronizador de los movimientos el monarca o malinche, situado entre dos guías de segundo orden. Esta disposición puede variar, ora en formación de tres en fondo, ora en línea desplegada o bien en cuadro o en círculo, lo que posibilita dar al conjunto coreográfico y a la danza, la misteriosa y atractiva tonalidad de una alegoría. La variedad además, se revela en las interpolaciones de los pasos de la danza, pasos acentuados en su compás algunas veces suaves y lentos; en otras, movimientos en giros y medios giros e inclinaciones, todo ello perfectament rítmico y sincronizado a la música, al son de las maracas y al movimiento de sus plumeros.

En la Noche Buena, es cuando hay explayamiento de la animación de los matachines, porque entonces añade a sus bailes ordinarios otros muy vistosos y divertidos como son el gorrioncito, el caballo loco, la tochi, la cuichi y el torito. Para ello la música ejecuta una variedad de acordes de origen español mexicano, pero en tonada de matachín.

El baile del torito se hace en combinación con el baile general. Representando a un toro, uno de los fiesteros se coloca sobre la frente,

unas astas de res: enseguida, proceden los matachines a torearlo, uno de los cuales y de los más jóvenes, le da al bicho pases de muleta y finalmente la estocada y el puntillazo, utilizando en la faena como estoque su maraca de ayal. Ya que ha sido derribado en esta forma el toro, lo cubren con una cobija y por último acuden las fiesteras con unas vasijas y recogen la sangre de la víctima, la que de modo figurado ha de manar de las bolsas de la camisola o del pantalón en forma de tabaco macucho o de cigarros, que de no llevarlos, entonces es obligado el hombre toro a bailar un pascola.

El día primero del año, cuando ya se dan por terminados los festejos de la Pascua, en la "casa de la fiesta" y obedeciendo a una costumbre tradicional, los fiesteros cuelgan al cuello de los matachines grandes collares, rosarios o sartas de esquite o flores de maíz "chapalote", en concepto de aguinaldo. Dos o tres semanas más tarde y en día domingo, los matachines corresponden a los fiesteros la cuelga con canastos de tamales, semitas y otra comida cualquiera, haciendo que los carguen sobre sus hombros o la nuca. Por último, cuando de nuevo han transcurrido dos o tres semanas, una vez más los fiesteros cuelgan sus rosarios de esquite a los matachines, de manera que en total se llevan a cabo tres "colgazones", que es como las llaman.

En el caso se trata quizás, de regalos que se hacen por Pascua de Navidad o de aguinaldo; pero en la forma como se hacen las "colgazones", hay un derroche de espíritu festivo y humorístico, lo que motiva gran animación en la fiesta, constituyendo esta práctica a la vez, ocasión propicia para que los indios gocen de sus bailes o danzas favoritas y del apetecido y gustado guacavaqui, acto social, diversiones y gustos que implica la celebración de esta fiesta.

EL PASCOLA.

La del pascola es, para nuestros aborígenes, la danza más usual y la de su predilección, al grado que llega a ser imprescindible en las fiestas familiares, sociales, religiosas y funerarias. El "venado" y principalmente los pascolas, son los danzantes de la fiesta. Pues si no hay pascola, desde luego el evento no es una fiesta; pero, si además del baile de pas-

cola hay baile de "venado", téngase entonces por seguro que de lo que se trata es de una gran fiesta, una fiesta de categoría.

La danza del pascola es genuinamente autóctona, danza bárbara, ceremoniosa, mágica, primitiva, enraizada en las más afirmadas y remotas tradiciones, de las que constituye una reminiscencia, mostrando aspectos interesantes y notorios de la vida del clan, que es de suponerse tengan su inspiración y recurrencia en los ritos guerreros.

Por cierto, es bien reducido el número de los individuos que dentro de las comunidades indígenas se dedican a las actividades genéricas de la pascolería. Es menester sin embargo, la necesaria aptitud y vocación de la persona para el buen desempeño de su arte, en cualquier forma, esa entrega plena, ese destino, cuyo carácter vitalicio se traduce en la franca y liberal consagración del pascola a su oficio, tiene como antecedente generoso la promesa o manda, ya provenga ésta del individuo mismo o de sus padres, hecha en uno de esos trances supremos en que se implora con positiva exaltación de fe y esperanza, un favor divino de salvación. Todo el que ingresa a la familia o agrupación de los pascolas, adquiere la calidad de adepto por todo el resto de su vida e irremisiblemente contrae la obligación de servir, debiendo por tanto acudir, a presentarse en el momento, a las celebraciones y lugares, donde se requiera su actuación, sin que por ella llegue a percibir paga o remuneración alguna.

Por lo regular, se presenta en escena el pascola en camiseta y en ocasiones con el tronco del cuerpo desnudo. Además a manera de calzón, de la cintura para abajo y envolviendo en cierta forma los muslos, lleva un cotence o pedazo de manta trigueña. Una banda o ceñidor sujeta de la cintura, esta prenda de vestir y dos tiras o bandas de tela van del cinto hasta las rodillas y se amarran alrededor y arriba de cada pierna, cruzándose las tiras. Lleva también dos pañuelos, uno atada en la cintura y otro en el cuello. En cada pierna una doble hilera enhebrada de ténavaris, que como ya se dijo son capullos o cápsulas de gusano, llenas de piedritas.

Siempre lleva el danzante los pies desnudos o descalzos. El pelo atado y formando en alto un nudo, en el que uno de los fiesteros, prende una flor de papel. Del atuendo forman parte unos coyoles o cascabeles de cobre o de latón, colgando libremente de unas bandas de cuero o va-

queta suspendidas éstas a su ves de un macizo cinturón de cuero. Uno de los más importantes accesorios del pascola, utilizados en la danza, es una sonaja rectangular. O sonasso como le llaman, hecha de madera, ahuecada adelante del mango y con varios discos móviles de metal sujetos a la armazón con un pasador de alambre; por último, una mascara de madera que entre tanto no la emplea la lleva puesta detrás de la cabeza. Se trata de una careta, que vulgarmente llaman de "viejo" o de "chivato", teñida en negro pero con aplicaciones en rojo y blanco, con unos mechones de negra crin de macho cabrío sobre la frente y en las cejas, la barba y el bigote.

La careta es precisamente la que determina la denominación de pascola con que se conoce a este danzante, ya que tal nombre es una voz cáhita compuesta de pasco, fiesta y óóla, viejo, de manera que el pascola, según la etimología de la palabra, no es mas que el "viejo de la fiesta". La máscara es para el danzante, en términos generales, un verdadero disfraz, mediante el cual define su caracterización, que es del todo esotérica. De la máscara, se vale para transfigurarse e inspirar terror a la vez que expectación; reminiscencia o trasunto de los primitivos hábitos guerreros de la tribu, pues ese detalle nos hace recordar el hecho significativo, de que para inspirar terror al enemigo, los antiguos cáhitas, como todos los salvajes, se embijaban o pintarrajeaban el rostro. Transportada la práctica del enmascaramiento a la danza, claro es que lo que en el caso se persigue es la representación, la teatralidad, el simulacro, la evocación, el recuerdo, la proyección retrospectiva y desde luego, en la danza un enmascarado insinúa, sugiere, impresiona por hallarse envuelto en una onda de misterio, en una arcanidad, que comunica al danzarín, observado como estilista, un carácter sobrehumano o extrahumano, con un efecto hieratizante que trasciende a la expresión vital y plástica de la danza.

Dentro de las modalidades que tiene este género de danza, el pascola utiliza tanto la sonaja como la careta ya descritas, cuando baila al son del tambor y la flauta; en sus bailes ordinarios lo hace a los acordes de dos violines, un harpa y a veces, no siempre, un tambor. A los instrumentos de cuerda antedichos, en ocasiones se agrega el arco, consisten-

te en un largo carrizo substendiendo una cuerda, que hacia uno de sus extremos lleva de sostén un puente y hacia el otro una clavija tensora, para afinar; el arco produce al rascar la cuerda con un dedo, un sonido de una sola nota.

Los músicos, son parte integrante de toda representación o ejercitación de la danza. Tocan para los matachines, los pascolas y el "venado". Cuando las fiestas son solemnes, los instrumentos son los de cuerda, el tambor y la flauta. Suele en las fiestas grandes haber dos conjuntos, situados aparte y tocan alternándose, una variedad de piezas, algunas de ellas llevan el nombre de animales, como la del coyote, el tecolote, el pájaro, el mapachi, etc., propias para los estilos correspondientes de baile.

Cuando la danza es con careta, una vez que el tañedor de tambor ha templado a satisfacción su instrumento, toca a tiempo lento en tanto que el flautista aviva o enfervoriza el suyo. Una vez que con esos preliminares se consigue el tono para principiar, los dos músicos empiezan a tocar y van aumentando gradualmente el tiempo, hasta que adquiere la pieza y la danza misma una forma precipitada y vertiginosa, es de notarse que la música es particularmente pronunciada con tambor y flauta. Cuando va a principiar a bailar, el pascola hace algunos movimientos rítmicos de cabeza y de cadera; enseguida saca la sonaja y le da unas cuantas sacudidas golpeándola sobre la palma de la mano izquierda, a la vez que da algunos pasos de baile. De un tirón, después, lleva su máscara a la cara y entonces comienza a danzar activamente. Termina su faena y sin que haya ni pausa, ni interrupción por parte de la música, el siguiente danzador entra en acción inmediatamente y así los demás, siempre y cuando haya más de un pascola. Para terminar el baile, el último danzante toma unos pasos lentos, salta luego sobre un pie y después sobre el otro, movimientos finales a los que en correspondencia se sincroniza el tambor con golpes lentos y pausados.

En el segundo caso o modalidad apuntada, que es cuando el pascola no utiliza la careta, la danza se rige sólo con los instrumentos de cuerda. Con una introducción, la música inicia la pieza en forma lenta y ésta va desenvolviéndose gradualmente hasta alcanzar el tiempo requerido por la danza. Una vez que cada pascola, en el caso supuesto que

sean varios, ha bailado su turno por un cierto espacio de tiempo, viene entonces un período más o menos largo de descanso, durante el cual se desarrollan las bufonerías que acostumbran los pascolas entre sí o dirigiéndose a su auditorio.

La reputación del pascola, depende no sólo de sus cualidades de buen bailador, sino que por parejo, también de su habilidad para discurrir y ejecutar actos tendientes a divertir y hacer reír a su público. Uno de los mayores atractivos que precisamente ofrece la actuación del pascola, lo constituye el fruto de su inagotable vena humorística. Durante los entreactos o recesos del baile es cuando se abre la llave de escape de ese humorismo característico. Es el pascola un chanceador estupendo, actor teatral magnífico, sainetista tremendo en su estilo; pues invariablemente, sus chistes, sus historias, sus críticas, sus anécdotas, sus chocarrerías, muchas veces expresadas en formas y palabras indecentes y ruborizantes, pero ingeniosas y llenas de inspiración, despiertan hilaridad y son grandemente festejados. Acostumbran expresarse en forma bilingüe, según el caso y la ocasión, ya sea haciéndolo en su lengua nativa o bien en la "castilla", sobre temas generalmente de actualidad o de oportunidad, que versan en particular sobre el individuo, los vicios, el destino, la fama, la fortuna, los eventos sociales, el campo, los animales y su condición y por ese orden otras cosas explotables por la agudeza y la facundia del actor, que suelen dar pábulo al comentario divertido, al chiste jocundo, al cuento ingenioso.

Por su género, esta danza se presta en forma notable, al concierto escénico y particularmente al sainete, in terviniendo en el desarrollo de la representación juntamente con los pascolas, otros figurantes, como son el "venado", el "tigre", los "perros", el "toro", la "serpiente", que son tipos caracterizados.

En una de sus danzas los pascolas lidian al torito hasta derribarlo, como lo hacen los matachines, aunque sí bien cada cual en su estilo. Bailan además la danza de la víbora, en la cual el danzante se arrastra por el suelo contorsionándose y emitiendo ruidos con la voz y con los ténavaris, con todo lo cual trata de imitar ciertas peculiaridades del citado reptil.

Hay un acto o juguete cómico en el cual, uno de los pascolas entra

a la pista de baile danzando y a la vez aullando como coyote. Al aullido, aparecen al instante dos "coyotes pascolas aullando; penetran al estrado y ya dentro de él se sitúan junto a uno y otro lado de un "venado" que por ahí se halla. El "venado", es otro personaje cuyo estilo de danza y caracterización, son bien diferentes de las del pascola. Situado pues el "venado" entre los dos "coyotes", una vez que durante cierto tiempo han tenido su palique y sabroso entretenimiento, aquél intempestivamente da un pequeño salto y al caer prensa con sus pies uno de los de cada "coyote". Inmovilizados en esta forma los "coyotes", forcejean con el "venado", pretendiendo libertarse, más como no lo consiguen, condolido interviene a favor de ellos es pascola, ofreciendo su hermana al venado", para que los suelte. Tan atractiva oferta ablanda como por encanto la inflexibilidad del "venado", quien acaba por dar libres a sus presas; pero lo hace con la condición de que éstas cumplan algún encargo o sentencia especial, como es por ejemplo la de rociar con agua de la batea de los músicos a los circundantes.

Cuando se lleva a la escena la cacería del venado, además de los pascolas en la representación toman parte el "venado" mismo, los "perros y los "coyotes. Hacia un extremo del estrado, cavilando se halla un "venado, en tanto que en el extremo opuesto se encuentran confabulados en su contra, sus enemigos. Se inicia la danza por el "venado", quien en actitud de recelo escudriña a lo lejos y olfateando, bien pronto descubre la presencia de sus cazadores. Su incomodidad se hace entonces patente a través de sus pasos suaves y del movimiento lento, rítmico, armónico y bellos de su cuerpo, indicativos además de la cautela que adopta; situación de principio que luego se modifica en consonancia con la aceleración de la danza, hasta llegar a un período al que corresponden movimientos ágiles y saltos vigorosos seguidos, a su terminación, de una estampida inesperada del "venado", con la que de momento se pone a salvo del peligro que lo asedia. Pascolas, "perros" y "coyotes" entre tanto bailan a un mismo tiempo simulando a la vez la persecución, aunque por entre ellos a la carrera pase el "venado", sin que por cierto, ni el uno, ni los otros se percaten de su inmediación. Pasaje este último, que varias veces se repite, hasta que sobreviene el desenlace; pues, obligado

el "venado" por el cansancio, acaba por ceder y dejarse capturar de sus porfiados cazadores, quienes finamente lo arrastran al centro de la fiesta y simulan sacrificarlo, acto con el cual termina el simulacro.

Farsa interesante es también la de la persecución y caza del tigre, en la que participan los pascolas, el "tigre" y los "perros". Pascolas puestos en cuatro patas, representan a los perros. Otro de los pascolas hace el papel de "tigre", animal cuyas huellas husmean y siguen los pascolas y los "perros". Al sentirse perseguida la fiera, huye y se encarama a un árbol o bien a la enramada misma en que se hace la fiesta. Entonces los pascolas azuzan a los "perros" con sus gritos. Rodean y acosan estos últimos al "tigre", con sus ladridos y dando saltos. El "tigre" amenaza y gruñe; pero una vez acorralado es impotente para contener la embestida de sus adversarios, los cuales le arrojan una andanada de piedras y terrones, con lo que llega el momento en que sucumbe y desde lo alto se desploma sin vida, cayendo precisamente sobre los pascolas y la jauría en medio de su gran algarada.

Por este orden hay otros actos chispeantes, llenos de comicidad, como es por ejemplo y por último el siguiente. Los actores son un pascola, una doncella y los caballeros animales, el "venado", el "tigre", los "perros" y los "coyotes, fauna toda esta debidamente caracterizada al modo usual entre estos indios. El pascola, cubierto el rostro con una máscara de "viejo" o "chivato", en su papel representa a un áspero o adusto cacique indígena, padre de una hermosa doncella a la que llaman ilichi (la pequeña, la chiquita), asiduamente cortejada por algunos aspirantes a su mano. La tal ilichi en la farsa está representada por un indio vestido de mujer.

En tanto que con positivo celo, resguardan la inviolabilidad de la morada los "perros", apostados en torno de la "casa de la fiesta", en ella hállanse reunidos en familiar esparcimiento el cacique, la doncella y su pretendiente el "venado", que es el favorito de la casa. A continuación es el galán, el "venado, el que inicia con su exquisita danza la representación, cuyo asunto primordial es la conquista del corazón de la mujer amada. Le sigue inmediatamente después que termina el "venado", el cacique con el baile del pascola, el de la "paloma" y el de la "víbora", relacionados con no poco ingenio al espíritu de la representación.

Pero en un momento dado y de sorpresa, brota de la música algo así como un siniestro aullido, mal agüero o presagio de circunstancias que determinan la interrupción del baile, del que será consecutivo un nuevo episodio del sainete; pues atraídos por aquel aullido abismal que se dejó escuchar, ululando al instante se presentan los coyotes, ladra y se alborota a su vez la inquieta "perrada", escúchanse las voces airadas y estentóreas en que prorrumpe el cacique; y cuando todo es algarabía y vocerío, trasunto de la confusión y del espanto, entra al escenario el señor "tigre", que es otro de los tantos galanes que tiene puestos sus ojos en la codiciada beldad.

Bien pronto se da cuenta el "tigre", de que aparte del "venado", los coyotes" igualmente cortejan a ilichi y aspiran a su amor; circunstancia que lo induce a fraguar alevoso plan con el fin de dar muerte al "venado", en lo cual se conniven con él, el "tigre" y los "coyotes"; más guardando las reservas del caso para que no se percaten de la intención los recelosos e inamedrentables "perros". En ese momento se reanuda la música, bailan todos, se anima el ambiente, grita el cacique, gruñe el "tigre" ladran los "perros" y aúllan los "coyotes". Mientras tanto se encarama el "tigre" en la enramada, de donde luego se descuelga de súbito para caer encima del "venado", significándose en esta forma que ha eliminado a su más temible contrincante en aquel lance de amor y que, por consiguiente, se ha hecho digno de merecer el esquivo corazón de la encantadora ilichi. El viejo cacique da entonces cumplimiento a lo que al destino plugo; y al hacer la entrega de su hoja al afortunado ganador, el "tigre", acaba la querella y todos, confraternizando y cogidos de la mano, bailan en derredor de la feliz pareja.

EL VENADO

La danza del "venado, la más esplendente, la más exquisita, vistosa y la más elegante de cuantas los cáhitas poseen, es por entero de carácter mímico o imitativo, como todas las danzas primitivas. Propende el indio, como un recurso en esta clase de expansiones artísticas, a imitar en sus aspectos más trascendentes a ciertos animales, de los que le son familiares. En general, el comportamiento del danzante, la expresión

plástica de sus movimientos, el atavío de su disfraz y aún la música misma en la que sustenta el bailable, no son sino elementos descriptivos que entrañan plena intención de arte a todo un concepto estético. Así pues, el gallardo porte del venado y sus movimientos, sus pasos, su inquietud y viveza, son transportados a la danza y convertidos en ritmo y versión por la sensibilidad y el temperamento del ejecutante.

Por antonomasia se le llama "venado" al intérprete o practicante de esta danza; pero en su lengua los indios le llaman mazocoyilero. Del mismo modo que los pascolas, los matachines, los "judíos" y el "venado, se dedican al ejercicio de su arte, en atención al ofrecimiento de una manda.

Durante su intervención en el baile, el danzante define fundamentalmente la caracterización, colocándose en su cabeza, debidamente asegurada una cabeza de venado, rellenada y con su ornamenta. En el idioma de los naturales, se le llama a este aditamento mazocóbata (cabeza de venado). Baila el danzante, en camiseta o bien con el tronco del cuerpo desnudo; pero lleva una especie de túnica o envoltura de tela blanca, que se extiende desde la cintura hasta la rodilla; en torno de los tobillos lleva ténavaris; así como en la cintura, un cinturón de cuero, del que cuelgan cerca de un centenar de pezuñitas de venado. Por último en sus manos lleva dos sonajas de ayal, llamadas albose, las que suena de continuo mientras baila.

Los bailadores de venado, danzan a los toques del tambor de agua y de los raspadores. De ordinario son tres los músicos; uno de ellos con el tambor de agua toca el búejaim, mientras que los otros dos el jiríquiam con los raspadores; al unísono, en voces bajas, todos los del trío cantan el "venado". El tambor de agua, sobre el cual golpea con un macito uno de los cantores, está constituido por una güeja o jícara grande, que invertida flota en el agua de una batea asentada en el suelo. Los raspadores constan cada uno de dos piezas, la una, que es un trozo de madera o palo de cerca de un metro de largo, con una cara plana o despalmada de unos cinco centímetros de ancho y que lleva una serie de estrías transversales, y la otra, el raspador propiamente tal, que es una especie de hoja o cuchilla pequeña de madera, cuyo rasgueo sobe las estrías mencionadas antes, produce un sonido característico, debido éste particularmente a

que la pieza mayor del instrumento, va apoyada por uno de sus extremos sobre el lomo de una jícara colocada boca abajo sobre el suelo, la cual sirve de cámara de resonancia.

Al iniciarse la danza, el "venado" baila a pasos lentos, levanta la cabeza y a intervalos descansa unos momentos, imitando al venado cuando pasta. Pero cuando tiende ya a su plenitud, al ritmo de la música los pasos de baile del ejecutante se hacen más enérgicos y se vuelven saltarinos; durante este período el "venado" mueve el cinto y en sus composiciones yergue y mueve de continuo virtuosamente la cabeza. El danzante jamás habla y su semblante es siempre serio, ya que ni siquiera sonríe y por otra parte ignora la presencia de los espectadores, actitud que no es de extrañarse, ya que encaja en el papel o en la representación que en forma tan espléndida y sugerente realiza.

EL "COYOTE".

Este es otro de los bailes interpretados por los danzantes indígenas, que no es comparable al del "venado, en cuanto a la expresión y valor artístico que encierra y por otra parte tan sólo se baila en ocasiones muy excepcionales.

Pertenece también el baile del "coyote", al género mímico o de imitación y desde luego para representar; el danzante se echa sobre la espalda y la cabeza, la piel de un coyote. El baile es con canto, al ritmo de los "raspadores" y del tambor de agua o en su defecto, de un cañuto de carrizo que suena por percusión.

En la danza participan tres individuos, los que en su actuación imitan o interpretan, en aceptable aderezo, los aullidos, la astucia, mañas y movimientos, sintetizando en sus aspectos más característicos la estampa y el comportamiento de los coyotes.

EL "PÁJARO".

Personifica al pájaro un danzarín que significativamente lleva en su cabeza un tocado de plumaje. Baila a horcajadas sobre un arco de bien templada cuerda, sobre la cual con una raja de carrizo, obtiene un sonido monorítmico. También a veces baila con una sonaja de

ayal, que le sirve para hacer su acompañamiento a la música durante la danza. Los músicos y los instrumentos que usan son los mismos que en el caso de la danza del "coyote". Cuando el "pájaro" canta, le responden los músicos con cantos o con simples ruidos onomatopéyicos. Durante el acto a veces son tres los ejecutantes del baile, que sobre el arco dan pequeños saltos como el del cuervo, o pasos más largos y lentos como los de otras aves, acoplando todos sus movimientos a las frases musicales; y de esta manera imitan de los pájaros el canto, el brinco, el aleteo, el vuelo y hasta el modo de hacerse el amor. Con los recursos del caso, se estilizan los bailes de la "churea", el "cuervo", la "paloma" y el "tecolote".

EL CANTO.

Tiene la danza un especial designio en la vida social indígena y juntamente con el canto viene a ser la manifestación más selecta, por no decir la única, de la cultura artística aborigen de la región.

Los bailes de nuestros indios tienen, naturalmente, como fondo la música, a la que se le agrega en ocasiones, el canto o la canción. La canción lírica expresa con sus melodías, su letra o verso, directa o indirectamente, los estados de ánimo, los sentimientos y las pasiones del corazón humano. No se acostumbran las canciones en las reuniones sociales, ni tampoco como un motivo cultural, canta el indio en la sociedad y en la parranda, sus más emotivas composiciones, jamás exentas de un aire de melancolía, reflejo o expresión fiel del temperamento de su raza.

No es raro, que en las canciones intervengan primera, segundas y tercera voces, admirablemente acopladas. Los cantos no son sino composiciones hechas en lengua nativa, que tratan de aquello que le es más familiar al indígena. Los hay relativos al amor, otros tienen como tema, los asuntos del campo y de los animales salvajes; otros más, los de la vida íntima y del hogar y en esa manifestación espiritual lo que estimula, es el ambiente geográfico agreste, así como también el ambiente social y sobre todo la tradición de las cosas primitivas de la raza y de la comunidad.

LOS DEPORTES.

No han pasado aún tantos años como para olvidar, que en la región los indios practicaban con mucha afición los deportes que heredaran de sus mayores, a saber: los del palillo, el gome, el otchia y la teja.

Se hacía la justa del palillo entre dos bandos, cada uno de ellos compuesto de ocho, diez o doce jugadores. En la raya o punto departida, se sitúan los jugadores en fila precedidos, por sus respectivos líderes o iniciadores, que son dos y quienes en un momento dado simultáneamente ponen en juego sus correspondientes pelotas, dándoles el más fuerte y largo aventón posible por medio de un "palillo", especie de bastón como de un metro de largo, de madera de guásima, el cual presenta una forma concoide en uno de sus extremos. Se juega de apuesta, constituyéndose éstas en dinero o en especie bajo la custodia de un juez, que en sus fallos es asistido por cierto número de testigos tanto de una como de otra parte. Se desarrolla la justa con el concurso de todos los jugadores, a lo largo del camino real que parte dl poblado; después de llegar cada bando con su correspondiente pelota, conducida a fuerza de palillazos, hasta determinada distancia, que puede ser de dos a cuatro kilómetros; ha de regresar en la misma forma hasta la raya, siempre tratando de ganar la ventaja al contrincante. El bando o partido que vuela primero y logre poner con el "palillo" la bola dentro de un pequeño agujero, en el punto de partida, es al que corresponde y se le adjudica la victoria.

Otro de los juegos de pelota es el del gome. Proviene esta palabra, de la voz cáhita gojímahue, cuya etimología es gocqui, pie y jímahue, levantar, pues en el juego de que se trata se levanta y se avienta la pelota con el pie, por lo que los jugadores, lo hacen descalzos, con las cabezas amarradas con sendos pañuelos colorados. Se concierta la justa del gome, entre dos parejas de contrarios, cada una de las cuales, mantiene en juego la pelota, una bola dura y pesada de seis u ocho centímetros de diámetro, hecha de madera de guayacán. Deben tratar los jugadores, de ir avanzando con la correspondiente pelota de su partido, levantándola y a la vez aventándola con el pie, procurando siempre aventajar en distancia, velocidad y tiempo. Después de llegar a la distancia que se estipule, los contendientes deben regresar a la

raya o punto de partida, correspondiéndole el triunfo a la pareja que cubra primero tal recorrido de ida y vuelta, el cual en total puede legar a ser de unos ocho o diez kilómetros.

El juego de la teja, nombre éste con el que se le denomina, es un lanzamiento a distancia de discos o tejas de piedra, cuyo diámetro es como de diez o doce centímetros. El lanzamiento, se lleva a cabo en forma alternada entre dos puntos, que se hallan situados uno del otro a unos ocho o diez metros o más y en cada uno de los cuales se clava una estaca a cuyo pie se hace una ligera excavación en forma de cazoleta, a la que se le llama hoyo. Los participantes juegan a ganar a doce tantos de puntuación, los que se computan en función de la menor distancia a que las "tejas" caigan, respecto del hoyo, sobre el cual se hace el lanzamiento desde el opuesto. La "teja" que caiga más cerca del hoyo, gana un tanto; pero si cae dentro, son cuatro los tantos que se anotan y se dice que el lanzador "hizo un cuatro". Termina el juego tan pronto como uno de los jugadores, triunfando sobre sus contrarios, llega a registrar la anotación de doce tantos.

El otchia, se dice lo jugaban exclusivamente las mujeres, en especial las señoritas o doncellas. En pos del gane, las participantes se habrían de esforzar para hacer avanzar lo más posible, hacia la meta o término, una pelotilla de hule de huizache, o de correas de cuero crudo. Había que levantar del suelo la pelota con el pie y una vez ésta en el aire, impulsarla hacia delante dándole un fuerte golpe con una paleta o cuchara de madera o con una raquetilla con marco de brazuelos de árbol, con su encordadura de correa o de cordelillo de ixtle.

El huechi, era otro juego también de pelota; pelota chica de hule que se aventaba dándole con el codo, desde una raya, hasta otro fronteriza; una y otra trazadas sobre el suelo.

Por último me habré de referir al mali y a la hulama, que aunque eran juegos que solían practicar los nativos, no eran originarios de estas provincias. Generalmente, eran jugados por los blancos o "yoris". En el río de Sinaloa, había hombres muy hábiles y bien ejercitados en estos dos deportes y con motivo de las festividades que llegaban a celebrarse en Mochicahui y en Charay, acudían a estos lugares, bandos de

jugadores a contender. El jugo de la hulama, parece ser que también se ejercitaba en la hacienda de "el Águila", de la propiedad de don Zacarías Ochoa. La hulama se juega aventando con el cuadril, una pelota maciza de hule, con un peso de ocho o diez kilogramos. En el quinto punto, después del cual viene o se hace la "pegua" o sexto punto, es cuando los contendientes despliegan sus mayores esfuerzos, lo mismo que en el octavo punto llamado "sebán" que baja la "pegua" al quinto punto. En los puntos quinto y octavo es cuando por decirlo así, los jugadores se tiran a matar por el triunfo, consecución que en mucho depende de la destreza de ellos y de su rendimiento en la justa.

CAPÍTULO X
EL DISTRITO DEL FUERTE
INTRODUCCION.

En las postrimerías de la Colonia y durante el llamado primer imperio, se hallaba la nación dividida en doce intendencias, de cuyas provincias se formaron posteriormente veinte estados, al integrarse en 1824, la República Federal. Una de las nuevas entidades surgidas, era la del Estado Libre y Soberano de Occidente, que se vino a constituir con la intendencia de Sonora y consiguientemente con sus dos provincias, Sonora y Sinaloa, conforme las demarcaciones y límites que en ese tiempo les correspondían. Con la desaparición de la intendencia y sus provincias, la división en subdelegaciones o partidos quedó insubsistente y en su lugar se crearon cinco departamentos en los que se dividió el nuevo estado. Uno de ellos era el del fuerte, que se formó con el antiguo partido de su nombre y con los de Alamos y Sinaloa.

Más tarde, desaparece el estado de Occidente, al ocurrir la separación política de Sonora y Sinaloa, para constituir sus propios estados. Las nuevas entidades, independientes entre si, ya no se dividieron en departamentos, sino en distritos y la región del Fuerte, incluida en el Estado de Sinaloa, formó por sí sola un distrito, en colindancia con el de Alamos, cuya región había pasado a pertenecer a Sonora.

La división en distritos subsistió, hasta que se adoptó el municipio, elemento de la división política y territorial del Estado. De manera que

ya al entrar el año de 1917, había desaparecido el distrito del Fuerte, ya que para entonces se había consumado el fraccionamiento de su territorio en tres municipalidades; la del Fuerte, la de Ahome y la de Choix. Se rompía con ello el vínculo político tradicional de la región, mas no se afectaba lo inmutable, la unidad geográfica, ni tampoco el pasado histórico, en que el destino tiene su raigambre más valiosa, de tal suerte que siempre se impone el concepto de lo regional.

SUPERFICIE.

La extensión superficial del distrito es de 12,710.23 kilómetros cuadrados, si se toma en cuenta que el municipio de Ahome, tiene 4,399.69, el del Fuerte 3,950.75 y el de Choix 4,359.79 Kilómetros cuadrados. Los datos concernientes a la superficie de dichas municipalidades se hallan consignados en el cuaderno de "Sinaloa", referente al 6°. Censo de Población del año de 1940, publicado por el Departamento de Estadística Nacional.

Sensiblemente difieren los datos que anteceden, que cartográficamente pueden estimarse como los mejores, de los que consigna el Ingeniero Juan L. Paliza, en su "Monografía del Estado de Sinaloa", editada en 1928. El autor, era jefe de la sección de Fomento, dependiente del Departamento de Gobernación del Estado. Las cifras relativas son: Ahome 3,925 Kms.2., El Fuerte, 4,178 Kms.2 y Choix 5,564; que sumados darían para la región o el distrito un total de 13,667 km.2.

LÍMITES.

El Distrito del Fuerte lindaba al norte, con el distrito de Andrés del Río, del Estado de Chihuahua, al noroeste con el distrito de Alamos, del Estado de Sonora y con el Golfo de California; al sureste con el distrito de Sinaloa, del estado de este propio nombre y al sur, con el Golfo de California.

En algunos tramos, la línea que separa el distrito del Fuerte de los estados de Sonora y Chihuahua, es imprecisa y controvertible. De una manera general, los límites con dichos estados se hallan definidos por las colindancias de los predios rústicos contiguos y fronteros, con apoyo

en los títulos y amojonamientos o deslindes de tales propiedades. Una idea muy aproximada a la realidad se tendrá, examinado los planos de la propiedad rústica tanto de Sonora y Chihuahua, como de Sinaloa. Por lo que respecta a nuestro distrito, véase el "Plano General de la Propiedad Rústica y Privada y Terrenos Nacionales del Distrito del Fuerte", conformado en 1922, por la Secretaría de Fomento.

En la actualidad el arroyo de Bacorehui, a cuya orilla izquierda encuéntrase situada la ranchería de ese mismo nombre, es que marca en esa parte el límite con Sonora. Antiguamente, no llegaba hasta ahí el territorio de Sinaloa, sino que se extendía mas al poniente, hasta la barranca del Chino a cuya orilla está el puerto de Agiabampo, el cual pertenecía antes al distrito del Fuerte. La línea limítrofe con Sonora, siguiendo el álveo del arroyo de Bacorehui, desde el punto de su desembocadura en la bahía de Agiabampo, sube hasta la confluencia del arroyo de Casanate y el de Tapizuelas. Continúa luego hasta Júpari, pasa por Sabino Cuate (El limón) y termina, según dicen algunas personas, en la cumbre del cerro de San Rafael, perteneciente a la sierra del Rosario y al predio rústico de San Miguel del Reparo de los Panduros, ubicado en la sindicatura de Baca, del municipio de Choix.

El vértice geográfico en el que concurren, en el municipio de Choix, los estados de Sonora, Sinaloa y Chihuahua, es un lugar denominado El Sáuz, perteneciente a Sonora. Está el poniente de la Hacienda de la Guaza. No hay, precisamente mojonera, sino un montón de piedras, y un encino muy viejo, como señal convencional.

Los poblados más próximos a este lugar son El Guamuchilito, dentro del estado de Sonora; Gloriapan dentro del estado de Chihuahua y Los Pozos dentro del estado de Sinaloa. Esos puntos son ranchos muy pequeños, con unas cuantas casas, a excepción de Los Pozos, que es un rancho como de unos 150 habitantes.

Ahora bien, hablando del lindero con Sonora, el licenciado Buelna dice que, de acuerdo con los informes más antiguos y de mayor crédito, comienza aquél por el norte con la bahía de Agiabampo, continúa por la barranca del Chino, el portezuelo de Guadalupe en la Sierra de Alamos, el arroyo de Casanate hasta su confluencia con el Tapizuelas, y la sierra

de Gocopiro hasta el punto de unión del río Chínipas con el arroyo de Bacabá, en el que termina el lindero de Sonora. Sigue el de Chihuahua por el curso de dicho arroyo, hasta su nacimiento en la sierra que lleva su mismo nombre, o sea de Bacabá. Del lado del este corre la línea, generalmente por la Sierra Madre y empezando por la dicha Sierra de Bacabá, hasta encontrar el río del Fuerte, sigue por el arroyo de los Cueros y el Cordón del Durazno, que queda enfrente de Guadalupe y Calvo.

Dice además Buelna, que con motivo de algunas cuestiones de jurisdicción promovidas por don José Ma. Almada, de Alamos y don Ignacio Arriola de Septentrión, el uno para dejar dentro de Sonora las salinas de Capoa, tal vez por cuestión de pago de impuestos y el otro para dejar entro de Chihuahua las minas de la Reforma, consiguieron que las autoridades de estos dos estados conocieran de hecho en sus litigios, resultando de esto haber permanecido hasta el presente, como del dominio de Sonora y Chihuahua respectivamente, las demarcaciones de Agiabampo y Bahueráchic, en que están comprendidas dichas localidades.

Varios años después se presentó otro caso contencioso. En la "Memoria General Administrativa", que el gobernador general Francisco Cañedo, presentó en 1886 a la H. Legislatura del Estado de Sinaloa, aparece consignado que en mayo de 1884, se promovió otro incidente por cuestión de límites con Sonora, debido a que el año anterior se mandaron medir, por disposición del juez de Distrito, las demasías de la hacienda de El Mezquite. Se citó a los colindantes, pero el señor Santiago Goyeneche, dueño del predio colindante de Bacamaya, contestó que no concurriría porque se invadía a Sonora. Se practicó la medida de las demasías denunciadas, con asistencia del Juez de Primera instancia de El Fuerte, llevándose a cabo hasta el punto de Casanate, que esta mucho más allá de El Mezquite y que por costumbre, se reconoció que hasta allí llegaba, de un lado la jurisdicción de las autoridades de este Distrito y del otro la correspondiente a las autoridades de Alamos.

No estaba en realidad bien definida la línea divisoria de ambos estados y con la mira de evitar nuevas y mayores dificultades, el gobierno de Sonora, propuso al de Sinaloa se nombrara de común acuerdo una

comisión para que hiciera el reconocimiento del límite y lo dejara señalado de una manera clara e indudable. Estos trabajos de fijar la línea divisoria, a pesar de lo acordado entones, no se llevaron a cabo, ni se ha hecho hasta la fecha.

Desde un siglo antes de la fecha últimamente consignada, habían ocurrido dificultades por asuntos de jurisdicción, entre las autoridades de la Nueva Vizcaya y de Sinaloa, al descubrirse en 1745, el mineral de San Juan Nepomuceno, distrito de Mina, del Estado de Chihuahua y en 1771, las minas de San Joaquín de los Arrieros. En el primer caso falló en favor de la Nueva Vizcaya el virrey de Bucareli, el 12 de enero de 1772. Del segundo caso, conoció la Audiencia de Guadalajara, la que comisionó a su Regente para que hiciera el señalamiento de límites entre ambas intendencias, a fines del siglo dieciocho. La fijación se hizo a partir de la jurisdicción del Rosario, desde el río de las Cañas; quedando definida la porción que corresponde al Fuerte, en la forma que enseguida se expresa: "Desde esta villa subiendo entre Oriente y Norte se encuentra el Rancho o puerto de Bacayapa, de la misma jurisdicción, desde la cual amainado a Oriente se ve al pueblo de Choix, donde está el río del mismo nombre y el primer vado es el mojón divisorio de la jurisdicción de El Fuerte y de la de San Joaquín de los Arrieros; siguiendo desde dicho vado al puerto de San Ignacio, que es de la Vizcaya, pasando el puerto de Nonagachi en jurisdicción de El Fuerte y el pueblo de San Ignacio, en la parte de San Joaquín. Siguiendo de la villa de El Fuerte para Batopilas, por el camino que nombran de la Culebra, lindan las dos jurisdicciones, pasando por el puerto de Chicuras, un arroyo donde hay un peñasco que llaman la Cueva y yendo a Batopilas por el camino de Baca que es jurisdicción de El Fuerte, siguiendo por el Cajón, pasando el puesto de La Guaza, lindan en el rancho de Baboyahui, donde estuvo antiguamente el pueblo de Baca, cuyo rancho pobló don Luis Aragón y Pertenece hoy a Alamos. Al tratar de la jurisdicción de Los Alamos, el comisionado dice que aquella "linda por entre Sur y Oriente; con la del El Fuerte, en el río del Fuerte y rancho de las Parras, camino real vía recta de la Provincia, linda con el rancho de Bacamaya, que queda dentro de la jurisdicción (de los Alamos)..."

En la actualidad existe una cuestión, que posiblemente de origen a una controversia en materia de jurisdicción. Es el caso de la península de Navachiste, también llamada de San Ignacio, cuyo litoral es bañado en sus porciones respectivas por las aguas de las bahías conocidas por uno y otro nombre.

Por convención seguramente, o porque así se reconoce desde tiempo inmemorial, o bien por corresponder a las colindancias de los predios fronteros planificados, por la que fue Secretaría de Fomento, en la carta general de la propiedad rústica del Estado de Sinaloa, la línea que divide los distritos del Fuerte y Sinaloa y al presente los municipios de Ahome y Guasave, cae dentro de la península citada, con terminación en la punta de Ajoro. Esta punta, queda enfrente de la punta N.O. de la isla de San Ignacio. La línea iría del vértice más oriental del predio de Bacajusali, a punta de Ajoro; de manera que, siendo así, toda la porción del levante, es la península, le tocaría al Distrito de Sinaloa (o al municipio de Guasave), y la del poniente al Distrito del Fuerte (o al municipio de Ahome, sindicatura de Topolobampo). Cuando a iniciativa del gobernador Cañedo, por decreto del 1° de mayo de 1903, se crearon las alcaldías de Topolobampo y los Mochis, se asignaron a la primera las celadurías de Ohuira, Santa María, Las Copas, Casa Colorada y Asinagua; y a la segunda, las de Baturi, Bateve, Rincón del Tigre, el Carricito y Ajoro, estando ubicadas estas dos últimas, en la referida península de Navachiste.

En un informe que rindió la primera autoridad política del Distrito del Fuerte, en julio de 1913, oficialmente se consideraban como pertenecientes a esta entidad: Bichoco, Los Batequis, Las Vacas y Ajoro. Pero además hay otros documentos, más antiguos y de valor probatorio indiscutible, que podrían hacer fe en favor de Ahome.

Los terrenos denominados "Sierra de Navachiste", que comprenden íntegramente los de la península citada, fueron adjudicadas a don Canuto Ibarra Buelna, por el gobernador provisional del Estado, C. Pomposo Verdugo, el 19 de abril de 1850, según título expedido en la ciudad de Culiacán en aquella fecha y registrado bajo la inscripción No. 627, Libro IV, Sección primera, del folio 28 al 30 y marcada la propiedad con el número 99. Por escritura de fecha 10 de agosto de 1909, otorgada

ante el Notario Supernumerario Lic. José A. Meza, en El Fuerte y pasaba bajo No. 159, la señora Rosario Verdugo Vda. de Ibarra y sus hijos Rafael, Canuto y Jorge, todos de apellido Ibarra, vendieron la propiedad de que se trata al Ingeniero A. Federico Krohn. Los vendedores adquirieron el terreno que enajenaron, por herencia que les correspondió en la Sucesión de don Canuto Ibarra Buelna y según escritura de división y partición de los bienes, otorgada el 4 de diciembre de 1887, en El Fuerte, ante el Juez de Primera Instancia, don Antonio Reyes de Zavala.

Amparaba el título unas extensión de ocho mil trescientas cuatro hectáreas y fracción; pero en la escritura de que se habló, de fecha 10 de agosto de 1909, se convino en que la venta comprendía, lo que se hallaba bajo los siguientes linderos: al oriente, el mar y Corerepe; al poniente, la bahía de Topolobampo; al norte, la bahía de Ohuira y Bacajusali y al sur, el mar. Ignoro si en realidad, el título primordial, expedido en 1850, consigna que los dichos terrenos están en la jurisdicción del Distrito del Fuerte; pero ello sí se expresa en la escritura precisada de 1909 y que además, están ubicados en la alcaldía de Topolobampo.

Como el terreno tenía demasías, el Ingeniero Krohn, solicitó la composición del título de la propiedad, ante el Ministerio de Fomento y éste resolvió con fecha 28 de marzo de 1912 y por comunicación No. 3785 de la Dirección Agrícola, que aceptaba el título primordial de 19 de abril de 1850, por la superficie que amparaba y que del resto del terreno reconocía cinco mil hectáreas por prescripción y el sobrante se concedía al precio de tarifa con las rebajas de Ley, por lo cual el Presidente de la República, señor don Francisco I. Madero, expidió en favor del señor A.F. Krohn, con fecha 13 de septiembre de 1912, el título No. 294, adjudicándole quince mil setecientas noventa y tres hectáreas, sesenta y ocho aras y diecisiete centiaras, que eran las demasías del terreno denominados "Sierra de Navachiste", localizadas según los linderos siguientes: Al norte, terreno situado de la propiedad del interesado; al este, terreno de Corerepe y la zona marítima de la bahía de Navachiste; al sur, esta misma zona, la correspondiente a la bahía de San Ignacio y la del Golfo de California; al oeste, esta misma zona, y al noroeste, terreno titulado de la propiedad del interesado. Consta en este título, así como en el plano

correspondiente al mismo, que la ubicación del predio corresponde a la alcaldía de Topolobampo, del Distrito del Fuerte.

Anticipadamente, el 10 de septiembre de 1909 y para fundar sus gestiones, el señor Krohn, promovió ante el Juez de Distrito, la información testimonial relativa a la posesión retenida por un tiempo mayor de veinte años. En las diligencias, que se practicaron ante el Juzgado de Primera Instancia, en El Fuerte, quedó expresado que en el punto llamado "El Carrizo", don Canuto Ibarra, tenía obras y posesiones, gente que cuidaba la propiedad y cría de ganado desde hacía más de veinte años.

Krohn vendió íntegramente el predio, pudiendo decirse que toda la península, a la compañía del Ferrocarril Sud-Pacífico de México, el 23 de octubre de 1913, en una extensión superficial de 24,097-99-07 hectáreas y últimamente, por escritura pasada bajo No. 317, Vol. IV del protocolo, ante el Lic. Enrique Ibarra, el 22 de marzo de 1951, en Culiacán, el Sud-Pacífico, traspasó la propiedad de referencia al Estado de Sinaloa, en concepto de dación y pago de impuestos.

A los testimonios que se mencionan, puede aún agregarse el hecho de que las congregaciones y pesquerías ubicadas en la península de Navachiste, como son el Jito, Carrizo Grande, San Ignacio, Carricito y Ajoro, quedaron en el censo general levantado en 1950, incluidas en la sindicatura de Topolobampo, de cuya capitanía de puerto depende además la vigilancia de la zona marítima en que se encuentran ubicadas.

ACOTACIONES GEOGRÁFICAS.
COORDENADAS Y ALTURAS.

Se halla comprendido el Distrito entre los 25°28'30" y los 27°2'20" de latitud norte y entre los 108°0'0" y los 109°27'20" de longitud occidental referida al meridiano de Greenwuich.

El eje longitudinal de figura del Distrito, forma aproximadamente un ángulo de 45 grados al noroeste, con la meridiana astronómica; siendo la longitud de dicho eje como de 190 kilómetros.

En el cuadro que a continuación se presenta, las coordenadas geográficas relativas a San Blas y Topolobampo, se formaron de un Anuario

del Observatorio Astronómico de Tacubaya. Las de los restantes poblados, se formaron a escala, de una carta reciente, de la "Aeronautical U.S. Army Air Forces", que usan los pilotos aviadores. Los datos relativos a San Blas, originalmente proceden de la Comisión Geográfica Exploradora (C.G.E.), mientras que los que conciernen a Topolobampo, son del Servicio Geográfico del Ejército Mexicano (SGE).

Localidad	Latitud	Longitud (en arco)	Longitud (en tiempo)	Altura (M.S.N.M.)
Aguacaliente de Lanphar	26°49'	108°26'	7h.13m.44s.	269.00
Ahome	25°55'	109°10'	7h.16m.40s.	10.00
Baca	26°48'	108°28'	7h.13m.52s.	
Charay	26°01'	108°50'	7h.15m.20s.	30.00
Chinobampo	26°24'	108°23'	7h.13m.32s.	
Choix	26°42'	108°15'	7h.13m.00s.	365.00
El Fuerte	26°25'	108°30'	7h.14m.00s.	81.00
Farallón de San Ignacio	25°37'	109°26'	7h.17m.44s.	
Higuera de Zaragoza	25°57'	109°18'	7h.17m.12s.	
Los Mochis	25°47'	108°45'	7h.15m.00s.	12.00
El Maune	26°33'	108°36'	7h.14m.24s.	
Mochicahui	25°57'	108°57'	7h.15m.48s.	24.00
Río del Fuerte (Boca del)	25°48'	109°27'	7h.17m.40s.	
San Blas(Esq.N.W.casa Estación M.delP.)	26°08'37"	108°45'52"	7h.15m.03.5s.	37.00
Topolobampo(Esq.S.W. Casa aduana	25|35'56"	109°02'51"	7h.16m.11.4s.	3.00
Topolobampo(Centro vía 47.25 mt. S.E. esq. S. Estación)	25°35'56"	109°03'00"	7h.16m.12.5s.	3.00
Topolobampo (Faro)	25°32'20"	109°06'	7h.16m.24s.	
Toro	26°41'	108°28'	7h.13m.52s.	

Respecto del meridiano "Cero", o sea el de Greenwich, la ciudad de México (Observatorio de Tacubaya) se encuentra a 99°11'41.1" al Oeste, valor enarco y a 6h.36m.46.74s.. La "hora oficial" que rige en los estados de Sonora, Sinaloa y Nayarit y en el Distrito Sur de la Baja California, es la correspondiente al meridiano 105°, a la cual se le llama "hora del Noroeste" y en los Estados Unidos del Norte, "Rocky Mountain Time". En la ciudad de México, la "hora oficial" es la del huso horario del meridiano 90° y por consiguiente, difiere, por más o en adelanto, una hora respecto de la del huso horario correspondiente al meridiano 105°, es decir, cuando en la ciudad de México son las 9 de la mañana, en el Noroeste son las 8. Guadalajara también tiene, como México, la hora del meridiano 90°; que se llama "hora del Centro" y en los Estados Unidos, igualmente "Central Time".

DECLINACION MAGNÉTICA

La declinación magnética es oriental, es decir, que el meridiano magnético se encuentra al este del meridiano astronómico.

Relativos a terrenos de la región del río del Fuerte, he visto muchos planos, de diversas fechas e ingenieros, en los que aparece anotada la declinación magnética y cuyo valor probablemente en la gran mayoría de los casos no se ha determinado con exactitud ni expresamente. Por ejemplo, he anotado de tales planos, los siguientes valores y fechas: 10°00', en 1879; 10°09', en 1890; 10°20', en 1900; 11°30', en 1908; 11°45', en 1923; 11°40', en 1925; también 11°42', en 1925; 11°53', en 1939; 12°20', en 1951.

Una somera inspección del registro anterior, es suficiente para darse cuenta, de que no existe conforme a los datos marcada uniformidad en la variación de la declinación; pero aún cuando los datos no sean precisos, revelan que en un lapso de 72 años, comprendidos entre 1879 y 1951, el ángulo que el meridiano magnético forma con el astronómico, ha aumentado en 2°20', arrojando por consiguiente, una variación media de 1.95' por año. Mucho se aproxima este valor al de 2' que como variación media aparece tabulada en el Anuario del Observatorio Astronómico de Tacubaya, del año de 1952. Según el citado Anuario,

la declinación que determinó la Comisión Geográfica Exploradora, en aquella fecha, es de 11°48' en San Blas; por parte del Servicio Geográfico del Ejército, de 11°43', En Topolobampo. En el año de 1951, nuestra isógona era prácticamente de 12°, Según la curva respectiva que trae la Carta Aeronáutica de los Estados Unidos, en dicho año.

ACELERACIÓN GRAVIMÉTRICA.

El Anuario del Observatorio de Tacubaya, correspondiente al año de 1952, registra los siguientes valores de la intensidad (g) de la gravedad, suministrados por la Dirección General de Geografía y Meteorología. 978.720 para San Blas y 978.99 para Topolobampo. En la Ciudad de México, el valor de la aceleración gravimétrica es de 977.936.

DISTANCIAS ITINERARIAS.
CAMINOS "REALES"

El Licenciado Buelna, en su "Compendio Histórico, Geográfico y Estadístico de Sinaloa", del año de 1877, nos da a conocer numerosos datos relacionados con las antiguas vías camineras, señalando lugares y distancias, en leguas. Una legua tiene 5,000 varas y equivale a 4,190 metros. Dice Buelna que la Comisión que pasaba a medir los límites entre México y los Estados Unidos, midió trocámetro el camino principal a lo largo del Estado; era el camino que recorrían las diligencias.

De El Fuerte a Culiacán (por la ruta más corta de la diligencia). A: Montoya, 2.70 leguas; Lo de Vega, 4.30; Los Ojitos, 5.70; Tasajera, 10.30; Ocoroni, 14.30; Cabrera, 17.80; Sinaloa, 20.30; Mocorito.32.80; Culiacán, vía Mirasoles, 54.80 leguas.

De El Fuerte a Culiacán (por el camino de la diligencia, vía San Blas). A: Barotén, .60 leguas; Altillo, 90; Bibajaqui,1.70; Bajada del Monte, 3.15; Tehueco, 4.65; Jeculúa, 6.68; Sivirijoa, 7.90; Mulanjei, 8.15; Sivajahui, 8.40; San Blas, 10.90; Buitajaqui, 11.07; Charay,13.30; Mochicahui, 16.51; Sevelbampo, 18.01; Zapotillo, 18.51; San Miguel, 18.76; Ahome, 20.76; Higuera de Zaragoza (por entonces situada en la margen izquierda del río), 23.26; Boca del Río (en el Médano), 23.76 leguas.

De El Fuerte a Topolobampo. A: Mochicahui, conforme al itine-

rario que antecede, 16.51 leguas; Zapotillo, 18.51; Bateve, 22.51; Asinagua, 24.51; Topolobampo, 25.25 leguas.

De El Fuerte al puerto de Bacorehui. A: Baroten, 0.60 leguas; Llano, 0.70; Llano de los Cotas, 1.45; Las Cabras, 4.50; Palos Blancos, 7.50; Palo Colorado, (portezuelo) 8.75; Bacorehui, 12.75 leguas.

De El Fuerte a Choix. A: Ranchito, 0.75 leguas; Mezquite, 2.25; Hornillos, 3.25; San Pedro, 4.75; Laguna, 6.75; Tepehuaje, 7.75; Babu, 10.75; Choix, 12.50 leguas.

De El Fuerte a Sinaloita 4.00 leguas; a Toro 7.00; a Baca, 12.00 leguas.

Otros caminos vecinales, difícilmente transitables en la época de lluvias, son los siguientes:

De El Fuerte a Tetaroba, 19Km. al Realito, 25 a Chinobampo 32; a Yecorato 58; a Bacayopa 83,km.

Brecha de El Fuerte a Agiabampo, 55 km. De El Fuerte a El Pasito, límite con Sonora en el camino a Alamos, 15 km.

De Choix a Toro, por Sabino Cuate y San Javier, 25 km. De Choix a Baca, 20 km. De Choix a Santana, 17 km. De Choix a Baimena 20 km. De Choix a Agua Caliente Grande 29 km. De Choix a El Limón, en el límite con Sonora, 38 km. De Choix a Los Pozos, 35 km. De Choix a Alamos 112 km. De Choix a San Javier, 13 km. De Choix a La Viuda 15 km. De Choix a Huitis 13 km.

Por camino de Herradura; De Choix a El Pichol, 40 km. De Choix a Mesa Colorada, 26 km. De Choix a Batopilas, Chih. 90 Km.

CARRETERAS.

El trazo de la Carretera Número 5, lo definen los puntos:

Topolobampo-Los Mochis-El Fuerte-Choix. Se hallan pavimentados con asfalto, los tramos de Topolobampo a San Blas. De San Blas a El Fuerte, sólo hay revestimiento de piedra. Entre El Fuerte y Choix, solamente un corto tramo del camino se halla revestido y en su mayor parte queda considerado como una simple brecha.

De Topolobampo a Los Mochis, por la Número 5, la distancia es de 25 km. De Topolobampo a San Blas 66; a El Fuerte 109 y a Choix aproximadamente 159 km.

El kilometraje marcado sobre la carretera No. 5, desde Los Mochis, hasta El Fuerte, es el siguiente: Los Mochis, 0.00km.; Dos de Abril, 15; La Corona, 15.3; Ejido de Mochicahui, 18; Mochicahui, 19; Constancia, 23; Vinatería, 25; Camajoa, 27; Charay, 32; La Mariposa, 35; San Blas, 42,; Sivitijoa,56; Desviación a Tehueco, 69; Arroyo de Barotén, 80; El Fuerte, 85; Siguiendo por la prolongación de la carretera, la distancia de El Fuerte a Choix, se estima en 50 km.; figurando como puntos intermedios: El Mezquite, Hornillos, San Pedro, Colexio, El Aguajito y Babu.

Carretera conformada y revestida, de El Fuerte a la Presa Miguel Hidalgo, en El Máhone, 9 Km.

Carretera de Los Mochis a Ahome, pavimentada con asfalto, 26 km.

Carretera de Ahome a Higuera de Zaragoza (pavimentada), pasando por Cohuibampo, 17 km.

Carretera No. 15 México-Nogales, pavimentada, con el siguiente kilometraje: México km.0; Guadalajara, 678.1; Tepic, 905.9; Mazatlán, 1199.6, Trópico de Cáncer, 1239.20, Culiacán (Cervecería Humaya) 1425; Pericos, 1475; Guamúchil, (puente sobre el río), 1535; Guasave (empalme), 1571; Ruiz Cortines, 1600; Juan José Ríos, 1612; Estero, 1614; Los Mochis (entronque), 1628.8; San Miguel Zapotitlán, 1644; Río del Fuerte (puente), 1646; El Carrizo, 1686; Límite Sinaloa-Sonora, 1732; Navojoa, 1792.6; Ciudad Obregón, 1860.8; Guaymas, 1989; Hermosillo, 2124.3; Nogales, 2401.7 Km.

VÍAS FÉRREAS.

Ferrocarril Chihuahua-Pacífico, llamado anteriormente F.C. Kansas City México y Oriente. Su Kilometraje es el siguiente:

TOPOLOBAMPO, Km. 0; Biznaga, 12; Empalme Mochis, 22; Cerillos, 35; San Blas 61; Nortes, 83; Joyanco (El Fuerte, 100; Hornillos, 117; San Pedro, 125 Km. El resto del camino, para unir a Estación Creel, Chihuahua, se halla actualmente en proceso de construcción.

Ferrocarril del Pacífico (antes, Ferrocarril Sud-Pacífico de México). El kilometraje correspondiente a la línea es el que a continuación se anota:

NOGALES, kilómetro 0.0; Hermosillo, 276.0; Empalme, 414.4; Ciudad Obregón, 534.8; Navojoa, 602.2; Don, 687.5; Límite Sonora-Sinaloa,

691.1; Francisco, 701.5, Cañedo, 720.5; Fenochio, 731.7; Crucero F.C. Kansas City 734.2; San Blas, 737.2; Algodones, 757.0; Naranjo, 785.8; Verdura, 802.0; Bamoa, 806.0; Guamúchil, 842.0; Culiacán, 955.6; Trópico de Cáncer, 1,135.6; Mazatlán, 1,176.9; Límite Sinaloa-Nayarit, 1,315.7; Tepic, 1490.7; Guadalajara, 1,763.0; L Ciudad de México se encuentra, por la vía del ferrocarril, a 2,020 kilómetros de Nogales.

CONSITUCIÓN GEOLÓGICA.

De acuerdo con su relieve topográfico y su constitución geológica, el Estado de Sinaloa se divide en dos fajas longitudinales, que van de uno a otro extremo de la entidad, una de ellas constituye la parte montañosa y la otra la planicie costanera.

Un corte transversal del terreno, que se practicara a la altura del Distrito del Fuerte, mostraría esas dos zonas de diferente constitución geológica y de diferente relieve. En el perfil, se vería que una de las zonas corresponde efectivamente a las tierras planas del litoral y algunas otras llanuras, tierras cuaternarias, que deben su formación a grandes plegamientos ocurridos y a la sedimentación posterior. Se verá que la otra zona, es la que corresponde a la parte alta y montañosa, que abarca los contrafuertes y aun parte de los macizos de la Sierra Tarahumara.

Bien se podría además, considerar la primera faja, de las ya especificadas, como susceptible de ser dividida, en su correspondiente longitud que es como de 120 kilómetros, en dos porciones, en correspondencia con las elevaciones que la caracterizan, baja y mediana. Entonces, por las elevaciones y sus características, tendríamos tres zonas bien definidas por su estudio, que serían la baja, la mediana y la alta.

Los valles que forman la zona baja, están ocupados por terrenos de reciente acarreo y colinas de aluvión; sobresaliendo sierras de poca longitud y muchas prominencias aisladas, constituidas por varias clases de rocas ígneas. La planicie más notable de la zona de que se habla, es la conocida con el nombre de Valle del Fuerte, que se extiende desde San Blas, o mejor dicho desde El Sufragio, hasta el mar. Sin embargo, hay que considerar como partes integrantes de este gran valle, tanto los terrenos que se extienden desde la margen izquierda del río hasta

más allá de Agiabampo y que forman el llamado Valle del Carrizo. Dos, son los tipos de suelo agrícola que forman el valle, un valle abierto. Los que tienen una extensión más considerable son aquellos de naturaleza barrialosa o areno-arcillosa, de contextura pesada (arcillas plásticas de tipo silícico, profundas, uniformes, de color rojizo, tienen un perfil bien definido), frecuentemente pobres en materia orgánica, en nitrógeno, fósforo, potasio y otros elementos; se localizan en las partes altas de la llanura, desde la proximidad a las vegas del río, hasta su colindancia o proximidad a las sierras y se extienden casi hasta el litoral marítimo. Los suelos del segundo tipo, en una menor extensión, son los areno-humíferos conocidos con el nombre genérico de aluviones, llamándoseles también en la región “tierras muertas”, pero que en realidad son muy ricas; son tierras francas y migajones arenosos y limosos, de perfiles bastante irregulares, localizadas en las vegas de los ríos y cuya formación se ha integrado, en el transcurso del tiempo, por los depósitos que dejan las inundaciones periódicas. Tanto los barriales, como los aluviones alcanzan por una y otra margen del río y en conjunto, una extensión aproximada a 300 mil hectáreas, constituyendo terrenos propios para los cultivos agrícolas. Además se tienen los suelos salitrosos de las marismas, que en parte, a costo elevado y con el recurso valioso de la técnica son susceptibles de mejoramiento, logrado lo cual, serían aprovechables para la agricultura.

Por cuanto se refiere a la zona intermedia, o de mediana elevación, comprendida entre San Blas y El Fuerte y que se extiende hasta San Pedro según el perfil, muestra en conformidad con los estudios realizados y publicados por el Instituto Nacional de Geología, en lo que toca a la constitución geológica de Sinaloa; algunos vallecillos de tierras planas laborables, la faja aluvial adyacente al río y abundantes planicies y colinas de aluvión, con cantos rodados, guijarros y gravas que provienen de las rocas transportadas en la época aluvial —principio de la Era Moderna o Cuaternaria--, en que la actividad extraordinaria de la precipitación atmosférica, permitió a los fenómenos de erosión y a los aluviones manifestarse con gran intensidad, formando los terrenos de acarreo y sedimentación.

Por último en la tercera Zona o zona alta dominan, conforme lo expresa el estudio del Instituto de Geología, las rocas ígneas, sedimentarias de origen marino y metamórficas, de formación Terciaria.

Las rocas ígneas –plutónicas o graníticas y volcánicas o eruptivas--, continúa diciendo la fuente de información citada, son principalmente granitos, dioritas, andestias, dacitas, riolitas y basaltos. Los granitos que forman el eje continental y que son en todo Sinaloa, las rocas más antiguas, se hallan en macizos que alcanzan a veces gran extensión y de cierto carácter batolítico –intrusivo— en esta porción septentrional del Estado. Las dioritas, que son rocas intrusivas –llamadas también intermedias y microcristalinas, de transición entre las plutónicas y las volcánicas— se hallan en diversos lugares penetrando las rocas sedimentarias. Los basaltos, que son las rocas ígneas más recientes que existen en Sinaloa, son poco abundantes y se encuentran en manchones. Las andesitas, dioritas y riolitas, que son rocas efusivas, se hallan en los macizos de la Sierra y penetran al litoral, llegando hasta Topolobampo, hecho por el cual se explica la existencia y constitución geológica de las pequeñas cordilleras y diversos cerros aislados, en la planicie costera. El cerro de La Memoria, en Los Mochis, se distingue por la abundancia de porfiritas o rocas de granito porfídico, de naturaleza intrusiva y formada de una pasta feldespática que constituye lo que se llama magma, de color verde antiguo, en la que hay grandes cristales deseminados y abunda también, en el mismo cerro, una roca metamórfica de estructura laminar, con textura de cristales de hornblenda mineral muy negro o verdoso--, ofreciendo apariencia riolítica, según lo indican unas muestras examinadas por el Ingeniero Francisco Barnoin.

Las rocas sedimentarias de origen marino son pizarras arcillosas o margosas, areniscas, margas y calizas, probablemente de origen mesozoico. Varias de las pizarras arcillosas son bituminosas y son del período triásico. Las calizas se consideran, por su posición estratigráfica, como del Cretáceo inferior y algunas de estas rocas sedimentarias descansan directamente sobre los granitos, cortados por rocas intrusivas o cubiertas por rocas ígneas de la edad terciaria.

Por último, las rocas metamórficas con gneis, exquisitos micáceos

y pizarras más o menos silicificadas, ocupando las laderas y a veces la parte alta de la Sierra Madre. Los gneis tienen composición mineralógica análoga al granito, pues se forman de cuarzo, feldespato y mica y sólo están estratificados y son laminares.

En la carta geológica del Estado de Sinaloa, aparecen en la municipalidad de Choix, hacia el límite con Chihuahua una pequeña zona de rocas pertenecientes al cretácico inferior, existiendo otras tres zonas con mayor extensión que corresponden una a rocas metamórficas, otra a rocas intrusivas del terciario y la última a rocas volcánicas del terciario. Las zonas que corresponden al municipio del Fuerte son tres; una de rocas del cretácico superior, otra de intrusivas del terciario y otra más, poco considerable, de volcánicas del terciario. Finalmente Ahome muestra en su extensión municipal, una zona del cretácico superior y otra de rocas volcánicas del terciario, correspondiente éstas a la Sierra de Navachiste.

OROGRAFÍA.

El sistema orográfico del distrito del Fuerte, está formado por las estribaciones de la Sierra Madre occidental y por las derivaciones de aquéllas, en su abatimiento hacia el Golfo de California, desde una altura de 2,500 metros o más, en el Estado de Chihuahua.

En la colindancia de la región de Choix con Chihuahua, la topografía del terreno es eminentemente montañosa y de notable elevación. Hacia el norte se halla la Mesa de Santa Rita, perteneciente al Cordón del Durazno. Este último es un contrafuerte al cual pertenecen muchas de las sierritas de la zona de Choix, que son bajas, pequeñas y toman diversos nombres según las localidades por donde cursa. De ese conjunto orográfico, pueden citarse la sierrita del Rosario, la sierra Verde, la Mesa de San Andrés, la Mesa Colorada, el Cordón de los Cueros, la sierra del Mezquite Caído, la de Tasajera, la de los Madriles, la de los Alisos, la de Choix y otras varias.

De la sierra de Bacabá, que forma el límite con Chihuahua, al norte de Choix, se desprende la de Gocopiro. Sigue esta sierra una dirección de noreste a suroeste, por la banda derecha del río, hasta su enlace en la

cuenca del arroyo de Alamos con la sierra de Sonávari, la cual muere a orillas del río. En su curso, la sierra de Gocopiro recibe distintos nombres locales, cono son los de la sierra de Las Tablas, frente a Colmoa del Macochín frente al Altillo, de La Presa frente a Tehueco y de Tesila y del Aliso en los respectivos lugares de su nombre

A continuación de la sierra de Sonávari se halla la sierra de Alamos, que procede del estado de Sonora y se corta por el curso del río del Fuerte, enfrente de Sivirijoa, prolongándose y desvaneciéndose luego hacia la costa. Esta prolongación recibe también en algunos de sus tramos nombres completamente locales, como son los de sierra de Choacahui, sierra de Camayeca y sierra de San Vicente, al pasar por los lugares correspondientes a esa nomenclatura; y por último, el de sierra de San Pedro como más general, pero que conviene a la parte que va desde San Vicente, hasta la terminación de la pequeña cordillera cerca de la costa. Las eminencias más notables de toda esta sierrita, la constituyen el cerro de cahuinahua, enfrente de Charay y el cerro de Camayeca más destacadamente, enfrente de San Miguel Zapotitlán.

Pasando ahora al oriente del Distrito, por este rumbo se extiende también otra sierra, que tiene su nacimiento en los alrededores de Bacubirito y que ya dentro de nuestro Distrito, corre de noreste a suroeste y se corta en San Blas. Se le llama a este cordón, sierra de la Tasajera, que en este punto al cual debe su nombre, corta el camino nacional por donde corrían las diligencias entre El Fuerte y Sinaloa, pasa por Yecorato y Chinobampo, lugares donde se le da precisamente estos nombres. Los cerros más notables de esta sierra, en San Blas, son los de Torocahui, Buitajaqui o San Blas y Sufragio o antiguo cerro de Cigüin.

Sin ninguna continuidad con las sierras precedentemente mencionadas, existe un grupo orográfico en Topolobampo y sus inmediaciones. En la península de Navachiste, se extiende la sierra que lleva este mismo nombre, sierra y península que reciben también el nombre de San Ignacio, aun cuando menos corrientemente. En la sierra de Navachiste, a orillas de la bahía de San Carlos, enfrente de la población de Topolobampo, se eleva en forma majestuosa, hasta una altura de 249 metros, el cerro de San Carlos, al que debe su nombre dicha bahía. Otras

eminencias notables de esa misma cordillera son los cerros del Jipón, Cabeza de Caballo, la Mordida del Diablo y Cerro Partido y otros varios. En la cumbre del cerro Partido, se halla instalado el faro del puerto de Topolobampo. En la bahía de Topolobampo emergen algunos islotes rocosos como son; dentro de las aguas de Ohuira la isla o cerro de Los Patos o Pintocahui, el de Alcatraz o Tecucahui y los de Huecahui o Bledos; y entre las bahías de Copas y San Carlos está, la isla o cerro de Las Gallinas, cuyo antiguo nombre era Mumucahui.

Al mismo sistemita de Navachiste, pertenece orográficamente el pequeño conjunto de cerros sobre algunos de los cuales se extiende la población de Topolobampo. En ese grupo se distinguen los cerros de El Cochi o El Jabalí, La Curva, El Vigía y el del Chivero, promontorio este último, sobre el cual se hallan las instalaciones de la Pesquera de Topolobampo S.A.. Orogénicamente, también forma parte de Navachiste una sierrita ubicada en las cercanías de Topolobampo, hacia el poniente, que se desarrolla de noreste a suroeste, principiando en el cerro de Bachomobampo y terminando en el de Babiri, con longitud aproximada de siete kilómetros. Como más notables y conocidos se pueden citar, de esta sierrita, los cerros de Bachomobampo o Bejoricoba, actualmente denominado cerro de Iturbe, La Chata, El Tambor, El Panal y finalmente Babiri, en cuya cima, a 89 metros de altura, en 1904, el Ingeniero Juan Serrano, edificó la casa del vigía, ya hoy convertida en ruinas.

De origen intrusivo, son los diferentes cerros o colinas que aisladamente y en forma dispersa surgen en las tierras planas del valle del Fuerte, tanto por una como por otra banda del río. En la margen izquierda se cuentan los cerros denominados Tecuécame, El Nome, Santa Rosa, Vialacahui, Mochicahui, Paroscahui (en Mochicahui), Cerrillos, Batequis, Baturi, Chocolocahui, La Memoria, Juricahui, Paroscahui (en San Miguel Zapotitlán). Antiguamente el cerro de La Memoria se llamaba Banderacahui, palabra híbrida por su etimología; su elevación es de 137 metros y a su pie se encuentra el cementerio de la ciudad de Los Mochis, circunstancia por la cual los colonos norteamericanos locales le llamaron desde un principio Memory Hill, o sea cerro de La Memoria. De la propia manera por la banda derecha del río,

existen cerros aislados de las derivaciones montañosas más próximas; y son de mencionarse algunos de la zona de la costa, el del Chivari, La Floresta, Bajoyahui y Matacahui.

MINAS Y PLACERES DETRITICOS.

En las formaciones montañosas de nuestro suelo se hallan vetas o yacimientos de plata, cobre, oro, tungsteno, molibdeno, plomo, hierro y otros varios metales, principalmente en la parte alta del Distrito. Como ahí es predominante la constitución granítica, no se encuentran vetas corridas sino trameras, por lo cual su explotación es incosteable a los precios de actualidad. En realidad, hay muchas minas, más ninguna equiparable a las famosas de Chínipas, Batopilas, Urique, Lluvia de Oro y otras, descubiertas en lo alto de la sierra, en la jurisdicción del Estado de Chihuahua, que es donde se hallan los más ricos criaderos auroargentíferos.

En la primera década del siglo diecinueve, en que estuvo en México el barón Alejando de Humboldt, existían ya en nuestro Distrito, los Reales de minas de Bacayopa, Loreto, Tenotiva, Aguacaliente, Monserrate, Sivirijoa, Yecorato, Zañate, Cerro Colorado, La Concepción de Háygame, Santísima Trinidad y otros de menor importancia. En aquella época, en el Real de los Alamos (Alamos), radicaba la Diputación de Minería.

En 1886, había dieciocho minas, si no todas en explotación, cuando menos registradas. Las menciona el general Francisco Cañedo, gobernador de Sinaloa, en el informe que rindió a la Legislatura del Estado, en 1902; y son: La Trinidad (plata), La Constancia (oro), El Caimán (plata), Falomir (plata), San Antonio (plata), en Sivirijoa y Santa Anita (cobre), Tres Amigos (plata), Guadalupe (plata), Antonia (plata), San Lázaro (plata), Constancia (plata), Lo de Castro, Choix, Buena Esperanza, El Realito y La Esperanza (plata), en Yecorato, San José, Matamoros y Chinobampo (cobre).

Funcionaban en 1886, según el Informe antedicho, cuatro haciendas de beneficio: El potrero, en Potrero de Cancio, en que había una fundición que ocupaba 45 operarios y producía 500 quintales de cobre; El Porvenir, Choix, en la que se empleaban en la lixiviación 25 operarios y rendía 200 ms. De plata; Los Cueros, Choix, fundición que daba ocupación a 40 operarios y producía 1,200 ms. De plata; El Rosario, de El Descanso, fundición que en 1902, se hallaba paralizada.

Un informe oficial cita en 1888, tres minas de plomo, plata y cobre, en explotación, al norte de Choix y tres al este y dos al sur; tres minas en Sivirijoa, de los mismos metales y una mina de oro en Yecorato.

García Cubas menciona en 1894, las siguientes explotaciones mineras: Encanto (plata), Río Choix (placeres), Lomas (plata y oro), Plátanos, Nacimiento y Yecorato. También los placeres de: Yecorato (Río Yecorato y Ocoroni), Río Fuerte (entre la Villa y Sinaloíta), Choix (en el lugar de su nombre), Baimena y Chinobampo.

En una nota estadística, de fecha y fuente desconocidos, pero antigua, se consigna un resumen de 5 minerales, 16 minas, 5 placeres de oro, 1 hacienda y 1 salina.

Las más notables minas de Sivirijoa, fueron las de El Caimán, El Gato, y San Antonio. La primera, que fue de renombre y dio una fuerte producción de metales se hallaba ubicada cerca de La Capilla, Sindicatura de San Blas; existiendo en aquel lugar, todavía las paredes de piedra de la casa de la mina, en sus inmediaciones, los cimientos y hasta un muro de mampostería de piedra, como de un metro de alto; restos de una vieja capilla. Decía un virrey, que en las minas de Sivirijoa, se producían “los más ricos metales, del más rico dominio de la Corona”. En efecto, se ven por ahí todavía las huellas de los grandes e importantes trabajos de la mina de San Antonio, con pegados a muestras de metales en los pilares, que ensayan hasta el 60 por ciento de un peso de plata, con ley de 50 milésimos de oro. Rumbo al Metate, enfrente del pueblo de Charay, se trabajaba la mina del Padre y otras que había en lugares cercanos, como son las de El Ranchito, El Arbolito y Aquincuari, ésta última de cobre y oro y las demás de plata y plomo, acusando zinc algunos de los ensayes.

En un informe, de fuente municipal, fechado el 1° de agosto de 1899, son mencionadas las minas de: San Rafael y Rosario, San Antonio, Ayamicuri, San Buenaventura, Libertad, La Gloria, La Mar, El Porvenir, Santiago, San Pedro, Salsipuedes, Tocupipia, El Caimán, Santo Tomás,

el Alto, Bellavista, La Bufa, San Antonio (ampin), Porvenir, San Francisco, Las Piñitas, Donaldo, Capudero, La Bella, Providencia, La Protestante, San Miguel de Baca, Rosario, Cocinera, La Dulce, La Fresca, La Judía, Plata Verde, M.L. Bryan, La Providencia, La Andrea, La Cordillera, El Chubasco, Independencia, California, Golden Star, Germania, Las Fajas, La República y Los Plátanos. En total 43 minas, cuyos propietarios se mencionan además en el documento aludido, que obra en el archivo del Ayuntamiento del Fuerte.

El Ingeniero Juan L. Paliza, en su monografía del Estado de Sinaloa, hace aparecer como centros mineros de Choix, a Yecorato, Zapotillo, Baca, Bacayopa, Rosario, Potrero, Topaco y San Isidro; como centros mineros de El Fuerte, a Sivirijoa, Realito, Tetaroba, San José y otros. Estos datos son de 1928, pero en la actualidad prácticamente se hallan paralizadas las actividades mineras en toda la región.

En el libro "Planeación del Puerto de Topolobampo", del Ingeniero Napoleón Ramos Salido, editado en 1954, se menciona la existencia de un gran yacimiento de hierro en el cerro de Maromique, a veinte kilómetros al norte de Choix. Hay en dicho cerro 400,000 toneladas de mineral probable, dice el Ingeniero Ramos Salido, según estudios realizados por los ingenieros Torón Villegas y Esteve Flores, bajo el patrocinio del Banco de México, (Tomo III del "Estudio sobre Yacimientos Ferríferos de México".

En cuanto a los placeres de oro o criaderos detríticos, ya quedaron mencionados atrás y se localizan en El Jípago, El Realito, arroyo de Jupacari, Reparito, Chinobampo, Yecorato, Baimena y Choix, situados en a zona arribeña.

De acuerdo con lo publicado en el Boletín No. 40 del Instituto Geológico de México, dentro del catálogo sistemático de las especies minerales, las del Distrito del Fuerte se clasifican así:

I.- ELEMENTOS NATIVOS Y LIGAS

4. Grupo Oro (Isométrico)

13. Oro. Au.

Criaderos de oro y plata en la Alcaldía de Choix y en Sivirijoa;

muestras de esta última mina eran muy ricas y con una ley de 50 milésimos en oro. Otros criaderos más son los de Baca y Huites.

Otras minas: San Juan, Nevada de Los Mochis, Santo Niño, Chinchilla, Zaragoza, del Pino, Guadalupe, Mina Grande, Descubridora, Santa Inés, Santa Rita, del Oro, Chiquita, Los Azules, San Miguel de Híjar, Otates, Palo Alto, San Antonio del Terrero, Palos Blancos.

14. Plata. Ag.

Mineral del Realito y minas. Ánimas, Echadas, Guadalupe, La Colorada, La Huerta, La Verde, Jesús Ma. Del Oro, Minas del Padre, Monserrate, San Antonio, San José, Santa Catarina, Todos Santos, Vacas, Veta Grande.

II. SULFUROS, SELENIUROS, ARSENTUROS, ANTIMONUROS.
Moosulfuros, Seleniuros, Teleluros, etc.

1. Grupo Galena. RS. (Isométrico Holédrico)

42. Argentita. Ag2S

Argirita, Plata Negra, Polvorilla.

Mineral de las Papas y minas: Antigua de los Viejos Castelo, Contigua, Chinchilla, Chiquita, Del Pino, Descubridora, Los Azules, Mina del Oro, Mina Grande, Nevada de Los Mochis, Otates, Palos Blancos, Palo, Piojo, Pino Alto, Rosario, Santa Inés, Santa Rita, Santo Niño, Zapote, Zaragoza.

II. Grupo Calcosita. S.R. (Ortorrómbico)

54. Calcosita. Cu2S

Cobre Vítreo, calcosita, cobre sulfurado.

Mina de Aquincuari.

C. División intermedia.

Segundo grupo:

78. Bornita. 3Cu2S. Fe2S3 (Isométrico)

Erubescita, cobre abigarrado, filipsita, cobre atabacado, cobre rosicier. Hacienda de Picachos.

83. Calcopirita. Cu2S3 (Tetragonal)

Hacienda de Picachos, Mina de Aquincuari.
D. Disulfuros, Diarseniuros, etc.
Grupo pirita RS2, Ras2, RSb2 (Isométrico, Piritoédrico)
85. Pirita. FeS2.
Hacienda de Picachos.
V. OXIDOS.
A. Oxidos Anhidros. Protóxidos.
224. Cuprita Cu20 (Isométrico)
Mina de Aquincuari, Hacienda de Picachos.

VI.SUBSILICATOS.
A. División Final.
504. Crisocola. Cu Si 03 2H20
Mineral de Aquincuari.

HIDROGRAFÍA.
EL RÍO DEL FUERTE.

Son tres los principales afluentes del río del Fuerte, que son ríos Verde, Urique y Chínipas.

Según la descripción que del río del Fuerte y sus tributarios hace el Boletín Hidrográfico No.1, publicado en 1953 por la Comisión del Río Fuerte, el río Verde tiene su nacimiento en el Estado de Durando en las inmediaciones del poblado de San Julián, Chihuahua, que se encuentra situado, en los límites de aquel estado. Nace cerca del cruce del paralelo 26° con el meridiano 106°30'; de donde corre aproximadamente en dirección noroeste hasta su unión con el río Urique, formando el río Fuerte, el cual sigue hacia el occidente, hasta la confluencia del río Chínipas, de donde continúa en dirección general hacia el sureste hasta desembocar en el Golfo de California. Tiene el río Urique su nacimiento en las inmediaciones del poblado de Gaborachic, Chihuahua, desde donde corre en dirección oeste-suroeste, hasta el poblado de Pamáchic, Chihuahua y de ese sitio hacia el sur hasta su unión con el río Verde.

Por lo que toca al Chínipas, nace este río a treinta kilómetros al

norte de Creel, Chihuahua, continuando hacia el suroeste, hasta la población de Chínipas. Cambia ahí de rumbo hacia el sur, hasta su confluencia con el río Fuerte, la cual se halla en el punto llamado La Junta, cercano a Huites aguas arriba. Los afluentes del Chínipas son los arroyos de Tepochique, Gocojaqui, Borregos, Palmarejo, Gorogachi, Hurciapa y otros muy caudalosos en la época de lluvias.

Los arroyos que alimentan a los tres afluentes mencionados, nacen en la Sierra Madre Occidental; teniéndose en la cuenca, en su parte superior, lugares con alturas de más de 3,000 metros sobre el nivel del mar, descendiendo a elevaciones de cerca de 1,000 metros sobre el nivel del mar en la cuenca media; 150 metros sobre el nivel del mar, en la cuenca baja y a menos de 50 en la zona regable.

Asimismo, dentro de la comprensión del Distrito, tiene como afluentes el río Septentrión y el arroyo Reforma.

Entran aguas debajo de Huites, algunos ríos y arroyos, de los cuales los de más caudal, son el río de Choix, que confluye por la margen izquierda en el sitio donde el río del Fuerte tuerce su dirección rumbo a Baca; y el arroyo de Alamos, que confluye por la margen derecha, en el poblado que lleva el nombre de Boca del Arroyo. Abajo de su confluencia con el río Choix, el río del Fuerte, tiene además del de Alamos una serie de arroyos, mucho más pequeños, cono son por la margen derecha, los de Baca, Colmoa (Jupacari), Baboyahui, Viuda, Máhone y Tuna; y por la margen izquierda, los de la Ciénaga, San Pedro o Baimena, Jípago, Chinobampo o Barotén, Jecolúa, Sivajahui y Buitajaqui.

La cuenca del río del Fuerte, colinda hacia el norte con la del río Yaqui, al este con la de Conchos, al oeste con la del Mayo, al sureste con la de los ríos Nazas y Culiacán y al sur con la del río Sinaloa.

Datos consignados en el Boletín Hidrográfico antes citados, revelan que hasta el sitio de Balojaqui, la cuenca del río Fuerte, es de 17,855 km2.

Al margen de lo dicho, debe por otra parte hacerse referencia a que dentro del Distrito, al norte de Yecorato, tiene su nacimiento, el arroyo de Ocoroni, el cual después de pasar por el poblado de este nombre y unirse más abajo con el arroyo de Cabrera, va a desembocar al río Sinaloa, por su margen derecha y aguas arriba de Guasave.

RÉGIMEN DEL RÍO.

El régimen del río del Fuerte es torrencial. En consonancia con el tipo de lluvias, el río tiene dos períodos de avenidas, el de verano y el de invierno, siendo más importante desde el punto de vista del volumen aportado, el de verano; pues aun cuando las avenidas son de menor intensidad que en el invierno, permanece el río crecido de junio a octubre y los volúmenes aportados son mayores. En el invierno sin embargo, aun cuando no todos los años, es cuando se presentan volúmenes instantáneos, mayores algunos de ellos, de proporciones grandemente perjudiciales, pues inundan no solamente los plantíos, sino muchos pequeños poblados ribereños.

Las primeras noticias históricas que se tienen de las crecidas del río, se remontan al año de 1533, al haber impedido temporalmente una creciente, la salida del capitán Diego de Guzmán, el descubridor, de la vieja provincia o país de los sinaloas, rumbo al Mayo.

Noticias también de tiempos muy antiguos, son la que nos transmite Baltasar de Obregón, al referir que el capitán Antonio Sotelo de Betanzos, al regresar de una expedición que hizo al río Mayo, hubo de socorrer a los vecinos de la villa de Cinaro (la antigua villa de San Juan Bautista), quienes a causa de una fuerte avenida dl río habían perdido sus casas y se hallaban necesitados de bastimentos.

Más precisas referencias al fenómeno de los desbordamientos periódicos de los ríos de la Provincia de Sinaloa y los efectos que ocasionan, las da en su relato histórico tantas veces mencionado atrás, el padre Andrés Pérez de Ribas. Dice:

"De estos ríos, algunos son muy caudalosos y todos tienen su nacimiento en las altas serranías de Topia, en tiempo de lluvias, o cuando se desatan o derriten sus nieves, traen tan grande pujanza y avenida de crecientes, que inundan los campos, de suerte que se explayan y tienden su madre cuando se acercan al mar, una y dos leguas en ancho y tal vez mudan la madre antigua, por ser la tierra de estos llanos movediza. A cuya causa hay mucha dificultad de hallar puestos seguros para la población de Iglesias, que cuando entra el Evangelio se edifican".

"En tiempo de estas inundaciones, que suelen durar en la pujanza cuatro, seis u ocho días, se suelen asegurar de ellas los indios, con un

medio particular y acomodado a su modo de vivir. Cerros y altonazos donde acomodarse no se hallan, pues en esta ocasión el remedio de que se valen, es que sobre las ramas tendidas de árboles del monte no muy altos, sino copados atravesando palos, arman un plan a modo de zarzo y sobre él se hace la habitación, mientras pasa la inundación de los campos y de este trabajo les ha cabido buena parte a los Padres, que han entrado a doctrinar a estas gentes, porque en algunos pueblos de cristianos donde se habían edificado Iglesias, escogiendo los mejores puestos que se pudieron hallar, vinieron los ríos con tan grande pujanza, que derribaron muchas Iglesias, casas y se hallaron obligados los Padres, a valerse de las ramas de los árboles, pasando en ellas días y noches, con harta incomodidad de vigilia y sueño, porque algunas veces eran tan repentinas estas avenidas, que no daban lugar a prevenirse. Tal vez ha sucedido para librar los indios al Religioso que los doctrinaba y que no peligrase su vida, sacarle en hombros por el agua, casi una o dos leguas".

De un modo concreto, refriéndose al río Zuaque, dice además: "Y aunque se ve salir de las serranías de Topia, no se sabe con certeza su nacimiento, porque debe estar muy adentro de la sierra y las montañas de donde sale, son vastas e inaccesibles. Goza la provincia de Sinaloa, de este río en espacio de treinta leguas a lo largo, por las cuales corre desde las faldas de la sierra, hasta entrar en la mar. Fertiliza a trechos, muy hermosos valles con sus crecientes y avenidas que suelen ser dos veces al año; el uno en tiempo de aguas y el otro por los meses de invierno. En estos suele caer en agua menuda, que dura dos y tres días continuos y con ella desatándose y derritiéndose algunas nieves de sus montes, toma tan grande pujanza de aguas, que por algunas llanadas extiende su madre dos y tres leguas, dejando regados los campos, como se dice del Nilo de Egipto. A las naciones que alcanzan algo de sus valles les deja tierras regadas y dispuestas para una, dos y tres sementeras al año; en algunas de ellas no hay necesidad de rocío del cielo; porque sin lluvia, la tierra con el riego que deja la corriente del río, da abundante cosecha de todos los frutos que usan sembrar los indios; pero el año en que faltan estas avenidas, padecen esterilidad estas naciones.

Ingrato recuerdo se tiene, principalmente en las tierras bajas de la

región, de las arrolladoras avenidas ocurridas en los años de 1841, 1868, 1875, 1885. 1895, 1905, 1919, 1927, 1943, y 1949. Corresponden a los períodos invernales, los más rápidos ascensos o descensos del escurrimiento. Son estas avenidas de corta duración, llegando a su máximo en un término de ocho a doce horas, volviendo a sus gastos normales al cabo de uno a tres días, después de alcanzado el "pick".

En los últimos años, la más grande avenida, que se ha producido es la de 1943, que se presentó a la altura de San Blas, el 9 de diciembre y llegó a alcanzar, al día siguiente, su gasto máximo, de 12,675 m3/seg, el más elevado de cuantos se conocen.

La creciente que ha arrojado el mayor volumen de escurrimiento, es la que sobrevino en el mes de enero de 1949. En su informe relativo, el Vocal Ejecutivo de la Comisión del Río Fuerte, Ingeniero Heriberto Valdés Romero, asienta que este volumen en realidad obedeció, a que sobrevino un período sostenido de varias crecientes, no habiendo precedente conocido de que en el río Fuerte, se hubieran registrado avenidas de ese tipo. La primera avenida, ocurrida del 8 al 21 de enero, se caracterizó por haberse mantenido un régimen alto en el río durante seis días al presentarse el "pick" y puede decirse que esta gran avenida fue producto de cinco o seis avenidas superpuestas.

La primera avenida, que fue la de mayor magnitud y que ocurrió del 8 al 21 de enero, se presentó en San Blas el día 9. Según el hidrograma correspondiente, en dicha estación hidrométrica, el día 15 alcanzó el río su gasto máximo, que ascendió a 9,200 m3/seg.; en sus doce días y doce hora de duración, la creciente alcanzó un volumen de 3,832 millones de metros cúbicos. La segunda avenida, se presentó inmediatamente después de la anterior; alcanzó en la estación hidrométrica de San Blas, su máximo gasto de 8,030 m3/seg., el día 26 del propio mes, registró por el cálculo un volumen de 2,362 millones de metros cúbicos, en sus diez días y cuatro horas de duración.

Esta creciente, por su duración excepcional, la continuada impetuosidad de la corriente y el tremendo desbordamiento de las aguas, ocasionó en la zona ribereña, de San Blas río abajo, perjuicios y daños de la mayor consideración. Basta enumerar, para tener una idea de la magnitud de

los daños, las rancherías o poblados que desaparecieron barridos por las aguas: Los Sauces, El Ranchito, El Higueral, El Nopal, Huivínimi, La Chifleta, El Prado, El Corochi, El Garbanzo, El Bule, San Juan de las Grullas (la de la margen izquierda y la de la margen derecha). Estas rancherías pertenecían a la zona abajeña y todas ellas fueron reconstruidas a excepción de Los Sauces, El Nopal y Huivínimi.

De los terrenos labrantíos de los bajos y riberas, en la Higuera de Zaragoza, muchos de ellos padecieron los estragos de la inundación llenándose de barrancos y de capas de capas de arena. En esta forma quedaron arrasados los terrenos y plantaciones de caña del ingenio de San Lorenzo. El mismo poblado de San Lorenzo, resultó gravemente afectado, por lo que desapareció y fue trasladado a otro sitio, también inmediato a Higuera de Zaragoza. Automáticamente el ingenio quedó paralizado, definitivamente.

Cálculos conservadores indican que unas tres mil personas, resultaron damnificadas por haber perdido sus casas, menajes, prendas de uso personal, animales domésticos, ganados, aperos de labranza, siembras y cosechas. Por fortuna no se registraron desgracias personales toda vez, que muy a tiempo los pobladores de las zonas bajas lograron ponerse a salvo; inclusive la gente de la costa, que se refugió en las isletas o altonazos y en los médanos, hasta que las aguas bajaron o pudo lograrse su rescate. Las únicas tierras que salieron agrológicamente gananciosas, pudiera decirse, fueron las marismas, en una vasta extensión, gracias a los azolves o limos depositados en ellas por las aguas explayadas.

La última creciente registrada fue la del 15 de enero de 1955, en la que el río llegó a tener un gasto de 8,000 metros cúbicos por segundo. Como de ordinario, algunos pueblecillos y rancherías de la zona abajeña se inundaron, también se inundaron las tierras bajas, los ganados quedaron diezmados, particularmente en la región de Chinobampo, quedaron destruidas muchas de las siembras en pie. En Higuera de Zaragoza, subió el nivel de las aguas hasta inundar uno de los barrios de la población; las tierras cultivadas quedaron asimismo, en la orilla del río, bajo el nivel de las aguas. En San Lorenzo Viejo, quedaron destruidas varias casas, en Chinobampo treinta y en El Porvenir diez.

Según los datos publicados por la Comisión Nacional de Irrigación, en su Boletín Hidrológico No. 5, en el lapso de 17 años comprendidos entre 1914 y 1930, el gasto medio anual del río del Fuerte, conforme a las lecturas de escala y aforos practicados en la estación del puente del F.C, Sud Pacífico, en San Blas, fue de 3,878 millones de metros cúbicos, con un mínimo de 1,947 millones de metros cúbicos, en el año de 1921.

Interesada la United Sugar Company (antecesora de la United Sugar Company, S.A.) en la construcción de una gran presa en Balojaqui; en 1913 inició los estudios hidrométricos del río. Desde aquella fecha, hasta 1935, casi ininterrumpidamente se hicieron lecturas de escala, aguas arriba de la presa de San Francisco, al noroeste de Choix, calculándose los escurrimientos con una curva de gastos teórica.

A fines de 1941, la Comisión Nacional de Irigación, instaló aguas abajo del citado dique de San Francisco, una estación de cable, canastilla y limnígrafo y en la propia fecha instaló la estación de aforo del Cajón de Huites, a 20 kilómetros al N.N.W. de Choix, así como la de San Blas, a dos kilómetros aguas arriba del puente del Sud Pacífico.

La Secretaría de Recursos Hidráulicos después, en 1948, instaló otra estación en Las Cañas, localizada abajo del sitio en que se levanta en El Mahone, la presa Miguel Hidalgo.

Mediante el funcionamiento de ese conjunto de estaciones, al cabo de algunos años se ha llegado a conocer, en lo principal, el régimen del río Fuerte; así como el del arroyo de Alamos, que también cuenta o contaba con su estación hidrométrica. Por otra parte la Comisión del Río Fuerte desde 1951, principió a operar una estación de cable y canastilla que la Secretaría de Recursos Hidráulicos instaló en el arroyo de Barotén, sobre el cual se tiene el proyecto de construir una presa para captar aproximadamente 30 o 35 millones de metros cúbicos. En fecha más reciente se instalaron, además, estaciones en los ríos Chínipas y Choix, para determinar su régimen. Por otro lado, a fines de 1952, la Comisión Nacional de Electricidad, inició la construcción de las estaciones que permitirán conocer el régimen de los ríos Verde y Urique. Así pues, para un futuro próximo, habrá de llegar a conocerse perfectamente el régimen de todos los afluentes del río Fuerte.

En el Boletín Hidrológico de la C.R.F., se podrá ver tabulado el gasto medio diario, en metros cúbicos por segundo y los resúmenes anuales, correspondientes a todas y cada una de las estaciones enumeradas, asimismo, los hidrogramas de gastos medios diarios.

El volumen medio aforado en la Estación de San Francisco, hasta 1952, fue de 2,200 millones de metros cúbicos, con un máximo de 5,632 millones de metros cúbicos, en 1949 y un mínimo de 911 millones de metros cúbicos, en 1951. De 1942 a 1952, en la estación de Huites el escurrimiento medio anual fue de 3,795 millones de metros cúbicos, con un máximo de 8,818 millones de metros cúbicos, en1949 y un mínimo de 1,403 millones de metros cúbicos en1951. De 1942 a 1948, el escurrimiento medio anual en San Blas fue de 4,387 millones de metros cúbicos, con un máximo de 7,470 millones de metros cúbicos en 1943 y un mínimo de 2,843 millones de metros cúbicos en 1948; en 1949, fue desmantelada la estación y en la estación de Las Cañas, de 1949 a 1952, se registró un volumen máximo anual de 12,575 millones de metros cúbicos, en 1949 y un mínimo de 1,937 millones de metros cúbicos en el año de 1951.

Los datos que enseguida se anotan, publicados por la Comisión Nacional de Irrigación, permiten estimar la importancia de algunas corrientes fluviales del país y compararse con la del río Fuerte, a través del escurrimiento medio anual, que a continuación se expresa en millones de metros cúbicos. Fuerte 3,877, Culiacán 3,767, Yaqui 3,698, Bravo 3,194, Colorado 2,500, Lerma 2,012, Sinaloa 1,596, Nazas 1,333 y Santiago 1,147 millones de metros cúbicos.

LAS DESEMBOCADURAS.

Particularmente en la región abajeña del Distrito, donde los terrenos por donde cruza el río son más movedizos, en el transcurso de los años, el cauce ha experimentado notables divagaciones o cambios, lo mismo que su desembocadura en las aguas del Golfo de California.

Los bajos de la Esperanza, Charay, Constancia y Mochicahui, ofrecen a la vista antiguos alveos soterrados del río. Un bajo o cañada que también seguramente fue un lecho antiguo del río, es el que sale de Sevelbampo, pasa

Por Las Binoramas, el Ejido Felipe Angeles, La Bonanza, El Macapule y el Recodo y que acaba en el estero de Camacoa. El bajo de Jeime, que sale de El Aguila y pasa por Ahome y el Tule, yendo a desembocar a los esteros, era indudablemente, en época ya muy remota, un brazo del río o el río mismo. Hacia la margen derecha, en El Guayabo, corría el río junto a los cerros de la Sierra de San Pablo, por donde está formada la laguna del Pescado, pasaba por La Florestas y se bifurcaba enseguida en dos ramas. Cerca de Higuera de Zaragoza, un brazo o curso antiguo se comunicaba con el mar por el estero de Bajonea.

La depresión que marcan en su continuidad las lagunas de Beteve, Telapa, Asinahua y Bachomobampo, que hoy son de agua salada, pero que no ha muchos años eran de agua dulce y servían de abrevadero a los ganados; así como la Cañada Verde, señala probablemente una antiquísima divagación del río, el cual bien pudo entonces desembocar en la bahía de Ohuira. Es curioso, que en las columnas del "Our Hatchet", un periódico editado durante los años de 1902 a 1906 en Sivirijoa, por el colono Norteamericano Ira D. Kneeland, haya desaparecido la siguiente reflexión: "Acerca de la bahía (se refiere a la de Topolobampo), hay lugares donde la tierra está llena de conchas, en su mayor parte de ostiones. Hay conchas que miden un pie de largo, lo reportan los excavadores, a quienes le pagan $4.00 por tonelada de excavación. Estos ostiones se encuentran solamente en las bahías que tienen ríos que corren dentro de ellas. La solución de estos mantos de conchas, puede ser encontrada, por consiguiente, en la suposición que es en todos sentidos probable, que en algún período remoto, el río Fuerte desembocaba en la bahía de Topolobampo y dadas las justas o adecuadas condiciones, para la perfección de los ostiones y cuando el río cambió de curso, los ostiones murieron". Hay efectivamente la circunstancia de que tanto en Telapa, como en Ohuira, se encuentran conchas bastante grandes de ostión.

Por este orden, se podrían citar sospechosos bajos como el del Batamote a Navachiste, el de las Vacas de Ohuira y el de Corerepe, que pueden significar, quizás, hipotéticos cauces pluviales.

La desembocadura del río también ha cambiado muchas veces de lugar. En el comienzo del siglo XVII, cuando el padre Andrés Pérez de

Ribas, llegó a fundar la misión de Ahome y a encargarse de ella, el río descargaba seguramente en el estero de Capoa, cuyas aguas se comunican con las de la bahía de Agiabampo. Esta era todavía la boca en 1770 o 1775. Entonces el río, pasando por el portezuelo, llamado de Cahuinahua, cercano a la costa y formando codo en la Laguna de San Pablo, llegaba a descargar sus aguas en el estero mencionado. La existencia de aquel antiguo álveo, la revela aún hoy en día, la topografía de esos lugares; por otra parte se recuerda que, en la creciente de 1895, las aguas del río llegaron a correr por aquel cauce muerto, de suerte que los vecinos y pescadores de Bacorehui, nuevamente pudieron beber dichas aguas.

De Capoa, se cambió la desembocadura, al punto denominado La Biznaga, al tomar la corriente por Higuera de Zaragoza y luego pasar entre los cerros de Bajoyahui y Matacahui. Higuera de Zaragoza se hallaba en aquellos tiempos, situada por la margen izquierda del río. Al llegar a su desembocadura, se le daba al río el nombre de Colorado y por esta razón, a la boca de La Biznaga, suele llamársele boca del Rió Colorado. Por esa boca las embarcaciones de poco calado se internaban por el río hasta el pueblo de Bajoyahui, distante seis o siete kilómetros de la Biznaga.

Por los títulos del terreno de San Pablo, expedidos en 1786, consta que en ese tiempo el río tenía su desfogue en La Biznaga. Pero como en 1842 experimentó la corriente una fuerte desviación, tomó su curso por Bamoyoa y El Médano y al formar su nueva boca en La Ballena, se extinguió la de la Biznaga. La nueva desembocadura, se formó en el lugar conocido con el nombre de Punta de Santa María de Ahome, citada en algunas historias y geografías, al igual que en la Guía Náutica. A la boca de La Ballena, se le llamó también boca del Médano, porque a quince kilómetros aguas arriba de la corriente, se hallaba el atracadero de este último nombre, utilizado por el tráfico marítimo desde antes de serlo Topolobampo y desde antes igualmente de que los vecinos de la Higuera de Zaragoza y los colonos de La Logia, se sirvieran del atracadero de Torigüeyara, en el estero de su nombre.

El último cambio ocurrió, como una consecuencia de las crecientes habidas en 1905 y 1906, las que determinaron el encauzamiento de la

corriente, por el canal del Higueral, construido en 1904 por don Zacarías Ochoa. De esta manera, el río desde 1906, descarga sus aguas por el estero de Torigüeyara, en la bahía de Las Piedras. Con este cambio, la población de Higuera de Zaragoza, vino a quedar situada por la margen derecha del río. La bocatoma del canal del Higueral, por donde hizo curso el río, quedaba como a mil metros al norte de donde estaban las bombas con que se irrigaban los terrenos del ingenio de San Lorenzo. Corría entonces el río muy cera del poblado de San José de Ahome, retirándose con el cambio dos kilómetros y medio. También la vuelta del río, que va al norte, quedaba en el pueblo de Huinímini, el cual con el cambio desapareció.

LAGUNAS.

No existen en el Distrito verdaderos depósitos lacustres. Lo que existe y en número crecido, son lagunillas que se forman en la época de lluvias y es su duración temporal. Sin embargo, se pueden citar tres que son de aguas permanentes y saladas, que se hallan situadas en la región abajeña y que son, la del Pescado, la de Bateve y la de Telapa, ya en otro lugar mencionadas; aunque tal vez exista todavía alguna otra.

AGUAS TERMALES.

Existen aguas salidas de manantiales, las que se dice son medicinales, en algunos lugares del municipio de Choix, siendo las más generalmente conocidas, las de Aguacaliente Grande, San Felipe, El Jípago, Toro y Aguacaliente de Lanphar.

Algunas de esta agua, son tibias y excepcionalmente se encuentran otras de una temperatura tan elevada, como para desplumar un pollo. Las de Aguacaliente Grande, son sulfurosas y se dice que otras son de alumbre o sea que contienen sulfato doble de alúmina y potasa; son curativas del reumatismo y de enfermedades de la piel y del estómago. Las de Aguacaliente de Lanphar únicamente son sulfurosas y se recomiendan para el reumatismo y ciertas enfermedades de la piel.

OBRAS HIDRÁULICAS.
VIEJAS TENTATIVAS Y PROYECTOS.

Es el río del fuerte, una corriente de tan considerable potencialidad, que permite el riego de cerca de 300,000 hectáreas cultivables, extensión aproximada ofrecida por sus valles de la región baja de la costa; que además permite la generación de 2000.000 Kilo Wats por Hora.

El valle del Fuerte, es completamente plano. La parte que se extiende sobre la margen izquierda del río Sinaloa, se halla limitada en la parte sureste por el parteaguas del río Sinaloa; pero como es casi imperceptible la diferencia de niveles, se considera como límite de los terrenos del valle del Fuerte, en su parte sur, el río de Sinaloa y el arroyo de Ocoroni. Hacia la parte noroeste, por la margen derecha del río, existen las sierritas de aliso, San Blas, Choacahui y Camayeca, con puertos bajos apropiados para la introducción de canales de riego al valle del Carrizo, quedando limitado este valle por la pendiente natural de los canales y continuando la planicie hacia el Estado de Sonora. Aproximadamente la superficie irrigable por una y otra margen del río del Fuerte, en la región abajeña, es de aproximadamente 350 mil hectáreas; si se estiman en un 15 por ciento de dicha área, las tierras alcalizadas, se tendrán 300 mil hectáreas disponibles para la agricultura.

De muchos años atrás data la idea y el deseo de construir en el río, una gran presa de almacenamiento, para irrigar una parte considerable de las tierras del valle. El promotor e interesado era desde luego don Benjamín F. Johnston, presidente de la United Sugar Company, S.A., firma social que tenía el dominio o era propietaria de una vasta extensión de terrenos agrícolas, dentro del valle.

Don Agustín Bila, primero y después don José Zakany, trataron de conseguir sin lograrlo, la concesión que indispensablemente había de expedir el gobierno federal para las obras y aprovechamiento de las aguas del río. Posteriormente, el 28 de agosto de 1922, el licenciado Francisco A. Encinas, pudo concertar con el Ministerio de Fomento, un convenio para irrigar, fraccionar y colonizar la región de que se ha venido hablando, debiendo organizar para tal fin el concesionario, una coo-

perativa integrada por los terratenientes del valle, incuestionablemente que ni Bila, ni Zakany, ni Encinas, figuraban en realidad en el negocio por cuenta elusivamente propia o de otras personas que no fuera Mr. Johnston. Por lo que, desde luego, el contrato de Encinas despertó suspicacias entre los terratenientes ribereños; la consecuencia inmediata fue que éstos repudiaron al concesionario, ya que ese señor era un abogado adscrito al bufete del Lic. Julio V. Zapata y a la oficina de don Ignacio Gastélum, en la ciudad de México. Como Zapata y Gastélum eran apoderados de Mr. Johnston y sus compañías, resultaba del todo evidente, que Encinas actuaba como interpósita persona.

En 1923, el Ingeniero Manuel Rivas, gobernador interino del Estado de Sinaloa, mostró positivo interés por las obras de irrigación que se planeaban. Buscando una solución posible al problema, en Los Mochis tuvo reuniones con los terratenientes y usuarios de las aguas del río, a quienes sometió un proyecto suyo, de escritura constitutiva y estatutos, para que los propios terratenientes e inclusive Johnston, formaran una sociedad cooperativa, que tendría como denominación Compañía Irrigadora del Fuerte, Cooperativa Limitada. El proyecto no prosperó, en vista de que los propietarios no vieron con buenos ojos el hipotecamiento de sus terrenos, por suponerse que habrían de caer bajo el peligroso dominio de don Benjamín Johnston.

El sitio elegido para la construcción de aquella presa, de acuerdo con los estudios realizados por el Ingeniero Leuffer y otros expertos de Mr. Johnston, era la boquilla de Balojaqui, ya dentro del Estado de Chihuahua. La realización de ese proyecto era el sueño dorado del magnate azucarero de Los Mochis, individuo emprendedor y de visión efectiva, práctica, certera. Pero el hombre habría de fracasar, no por falta de recursos, ni de ingenio, sino por otras razones, como son las siguientes, en esencia dos; La primera, por el nacionalismo del presidente de la República, general Álvaro Obregón, quien llegó a manifestar que se trataba de obras que debía construir el gobierno federal, es decir la Nación. La otra, la animadversión que era pública y notoria, profesaba como gobernante y como particular a Mr. Johnston, el general Obregón. En parte, se relacionaba también supuestamente el estorbo de Obregón, con la idea que

él tenia de construir en Topolobampo, una gran estación termoeléctrica para suministrar fluido para el alumbrado público de las poblaciones de la región, así como para la industria y para mover las instalaciones de bombeo destinadas a la irrigación; cosa que en realidad no significaba en manera alguna, una causa frustránea, en el asunto de la presa, aún cuando también Mr. Johnston pretendía la electrificación de la región.

Recién terminado su mandato presidencial, en carta de fecha 20 de enero de 1925, el general Obregón, le expresa al señor Filiberto R. Quintero, presidente de la Liga de Usuarios de las Aguas del Rió Fuerte (LUARF) –asociación de la cual no formaba parte Mr. Johnston--, que como ya verbalmente se le había manifestado, no había ninguna objeción substancial si los ribereños, inclusive Johnston, solicitaban la concesión federal para la captación y aprovechamiento de las aguas del río Fuerte y una vez obtenida, celebrar un contrato con el señor Johnston, quien actuaría en este caso como contratista de las obras materiales y en cuya contratación debía intervenir el gobierno federal para sancionar la operación y estudiar las tarifas y demás aspectos fundamentales que sirven de base al proyectado contrato.

En la misma carta, además dice lo siguiente: “Con mucho interés me enteré de los documentos que me envía y es seguro que la personalidad más indicada para el desarrollo y feliz término de esta empresa cuya magnitud es fácil de palpar, es el señor Benjamín F. Johnston, primero por los cuantiosos itereses que tiene invertidos en el Valle del Fuerte, cuyo volumen aumentaría en una proporción considerable y segundo por tener un espíritu de empresa bien comprobado y por guardar conexiones económicas que le permiten obtener el capital con facilidad”

Por lo visto, aún cuando Obregón no era ya presidente, señalaba el camino a seguir y consideraba además al señor Johnston, como la persona más indicada para acometer la construcción de la presa. Pues efectivamente Johnston tenía ya conseguidos en los Estados Unidos, veintidós millones de dólares, que era la cantidad que en aquella época tenia de costo la ejecución de las obras proyectadas. Más no obstante los anteriores y favorables conceptos que externara una persona de tanta significación, como era el mencionado divisionario sonorense, un año más tarde, se de-

rrumbaron las esperanzas de todo arreglo; fue así como sucedió:

El día 30 de abril de 1926, a bordo de un automóvil, llegó a Los Mochis el general Obregón, en compañía del Ingeniero Plutarco Elías Calles; habiendo estado antes en Ahome, donde fueron objeto de muchas atenciones por parte de las autoridades locales y de las distintas clases sociales. Ya en Los Mochis, dichas personalidades fueron invitadas a concurrir a una sesión de la Liga de Usuarios de las Aguas del Río Fuerte. El acto se llevó a cabo, a las 7.30 de la noche de ese propio día, en el Hotel Borboa, hallándose presentes además de los invitados, los señores Filiberto R. Quintero, presidente de la citada Liga, Manuel Moreno, Manuel Borboa Jr., Erasto Luque, Andrés Quiñones, Francisco Bojórquez, F. Leandro Quintero y otros muchos usuarios y terratenientes de la región. Además se hallaron presentes los señores Harold F. Jones y Charles Montague, en representación y como portavoces de la Compañía. Se dio lectura en la sesión a una carta de Mr. Johnston en la que, como presidente de la United Sugar Company, S.A., formulaba determinadas proposiciones para que se le otorgara, mediando la conformidad de los terratenientes y usuarios, la concesión federal para el aprovechamiento de las aguas del río, como requisito indispensable, para que se pudiera llevar a término el proyecto y en particular, conseguir el capital de inversión. Puesto el asunto a debate, al expresarse en esa ocasión que la Compañía disfrutaba ya de concesiones que ascendían a un 75 por ciento del caudal del río, en el caso y por su parte el general Obregón manifestó que, en su concepto, una concesión de esa especie era viciosa o irregular y que, por lo mismo, entre tanto no se dilucidara el punto objetado del porcentaje, no había prácticamente aguas disponibles y concecionables, en vista de lo cual consideraba superflua toda discusión. Con lo que se dio por terminada la reunión, pasada la cual los visitantes fueron agasajados con un baile en el Círculo Recreativo Unión.

En realidad había en la cuestión, un mar de fondo; pues ocurría que el aprovechamiento de las aguas del río, eran motivo de serios problemas. Estos se presentaban y recrudecían cada año en la temporada de estiaje, en la que el gasto de la corriente, no era suficiente para cubrir las necesidades de la irrigación. Por entonces, el único sistema utilizado en

la región para el riego de las tierras era el mecánico, o sea el de bombeo. Naturalmente las dificultades que sobrevinieron, hubieron de colocar en campos opuestos a la United Sugar Company, S.A., y a los demás usuarios, al grado de que estos últimos, para defender sus intereses como tales, se agruparon en una Liga, por cuyo medio al menos llegaron a conseguir, en los casos en que se agudizaba la escasez de agua, la implantación del tandeo en las bombas.

Esta pugna concreta sin embargo, no era obstáculo para que los agricultores, dueños de tierras en el valle antagonizaran con los propósitos constructivos que perseguía el Sr. Johnston, en el caso de la presa. Antes bien confiaban en que él habría de realizarlos; mas no confiaban mucho en que sus intereses de usuarios estarían cabalmente protegidos, siendo como llegó a pensarse, que el interés de Mr. Johnston, se proyectaba en la mira de dar preferencia a sus terrenos, situados en la margen izquierda del río. Por consiguiente, los propietarios de los terrenos ribereños que se extendían desde Camayeca hasta la costa (ni siquiera se insinuaba el propósito de irrigar el valle del Carrizo), recelaban. Entonces se planteó una solución, en la que estuvo de acuerdo Mr. Johnston: la de construir un ("sifón" o mejor dicho un vaso o tubo comunicante que, atravesando por el fondo del lecho del río, llevara, de la margen izquierda a la opuesta, las aguas canalizadas procedentes de la presa o del sistema de riego. Pero como ya se ha visto, Mr. Johnston no pudo lograr lo que pretendía con tanto ahínco y como ya jamás hiciera nuevas diligencias al respecto, lo de aquella época, pasó a la historia en definitiva.

NUEVAS ACTIVIDADES.

Por las favorables condiciones hidrológicas, topográficas y geológicas, que ofreciera la boquilla de Balojaqui, Mr. Benjamín Francis Johnston, tenía resuelto construir en aquel punto situado en la cuenca superior del río, a 15 kilómetros de distancia de la villa de Choix, la presa por lo que tanto interés había mostrado. La cortina sería de 90 metros de altura, la capacidad de almacenamiento 2,500 millones de metros cúbicos y el potencial hidroeléctrico más que suficiente para una planta propuesta, de 30,000 kilowats.

Hubieron de transcurrir bastante años, desde aquellas fechas, para que renacieran los viejos propósitos de embalsar el caudal del río Fuerte. El gobierno federal es el que ahora, por conducto de la Comisión Nacional de Irrigación, reinicia en 1941 el estudio del régimen el río, instalando según ya se dejó dicho en el punto relativo, diversas estaciones de aforo, las que continuaron siendo operadas por la Secretaría de Recursos Hidráulicos.

Sin que se interrumpiera el estudio del escurrimiento de la corriente, la residencia local de la Secretaría de Recursos Hidráulicos, dependencia de la que era titular el Ingeniero Heriberto Valdés Romero, tomó a su cargo además, los estudios topográficos generales que se habrían de requerir para la planificación del sistema de riego.

Todos los estudios se llevaron a feliz término, inclusive los relativos a las boquillas de El Máhone y San Blas, que se consideraban como las más apropiadas por una obra de gran magnitud.

De acuerdo con la configuración topográfica del lugar y con los datos hidrométricos obtenidos, se proyectó inicialmente para El Máhone, una presa para almacenar de 4,400 a 4'650 millones de metros cúbicos de agua, con una cortina de 151.5 metros de alto y corona de 10 metro de anchura. El embalse abarcaría, conforme lo indicaba la curva superior de nivel, una superficie de 16,000 hectáreas. Se podría generar, con una planta de 70,000 kilowats, una fuerza de 240 millones de kilowats-hora.

En el vaso de San Blas, se podría lograr una captación de 4,800 a 5,150 millones de metros cúbicos de agua, mediante una cortina de 75.5 metros de altura, proyectada de 79 metros, con una corona de 10. El terreno anegado por el embalse máximo sería de 31,500 hectáreas; y se podría generar una fuerza de 110 millones de kilowats-hora mediante una planta propuesta, de 32,000 kilowats.

El geólogo consultor de la Secretaría, doctor Paul Waitz, según el informe facultativo que rindió en México el 20 de marzo de 1947, estimó peligrosa la cimentación de la cortina de El Máhone, donde observó condiciones geológicas poco favorables, principalmente en la ladera del cerro que lleva este nombre. Para el mencionado geólogo, esta ladera es la que menos confianza inspira, por tenerse ahí, encima de la super-

ficie bastante inclinada la formación de pizarras metamórficas cericíticas fuertemente plegadas y por lo mismo propensas a deslizamientos, aunque estén en estado sano, una cubierta de material detrítico de las mismas pizarras, compacto en parte, pero lubricado por substancias arcillosas y en parte quebrado y fragmentado con intersticios abiertos entremezclados con acumulaciones de arenas y grava sueltas de la formación Bucarit. Toda esta cubierta, se añade en el interesante documento pericial, está todavía en lento movimiento de deslizamiento por gravedad, de la cual participa también la cubierta de escombros de pedruscos sueltos de basalto, producto de derrumbes desde los acantilados de la losa de basalto, en lo alto de la montaña.

Aunque por la época en que estuvo por acá el doctor Waitz, no se había concluido aún el estudio topográfico de la boquilla de San Blas y el puente del F.C. Sud Pacífico, dicho geólogo expresa además en su informe, el resultado de sus observaciones en San Blas. Dice que en esta boquilla, se presentan mejores condiciones geológicas y de almacenamiento, que en El Mahone. En el lado izquierdo, la construcción, se apoyaría en la roca granítica, que constituye al parecer, la mayor parte de la Sierra de San Blas; en las laderas del lado derecho, aflora una roca andesítica que ha sufrido un fuerte metamorfismo indicado por su estructura especial y su fuerte contenido en epidota, que en este caso no es producto de descomposición por intemperismo, sino por metamorfismo de las plagioclasas.

Señalaba Waitz para el lugar en que se levantaría la cortina de El Máhone, ciertos peligros, por lo que la Secretaría recurrió a otro perito consultor, el Ingeniero Norteamericano J.L. Savage, que vino de Denver, Colorado, el 3 de diciembre de 1947. Savage, juzgó infundados los temores del austriaco Waitz, y afirmó que no existía en El Máhone peligro de falla en las capas profundas del terreno. Al rendir su propio dictamen, en el mes y año que se citan, lo hizo también con respecto al tipo de presa que convenía construir, dando su aprobación facultativa al tipo que ya había sido elegido por la secretaria de Recursos Hidráulicos.

En febrero del año de 1946, fue creada la Junta Local de Irrigación del Valle del Fuerte, la que se componía de tres representantes de la

Comisión Nacional de Irrigación(dependiente de la Secretaría de Agricultura), la SICAE y el Banco Nacional de Crédito Ejidal. El Ingeniero residente de la Secretaría de Recursos Hidráulicos, continuaba siéndolo el ingeniero Valdés. En relación con los trabajos generales de estudio, planeación y aprovechamiento integral de los recursos hidráulicos del río del Fuerte, se vislumbraba como de realización inmediata, la construcción del canal de gravedad, que recibió el nombre de Canal SICAE.

La Residencia y la Junta en la medida de sus facultades intervenían en la realización del proyecto. La obra naturalmente revestía una importancia muy grande, puesto que, además de que habrían de ser eliminados los costosos sistemas de bombeo en uso, se aprovecharían mayores volúmenes de agua, los cuales permitirían poner una extensión mayor de tierras bajo cultivo.

El canal partiría de su obra de toma al pie del cerro de El Sufragio y terminaría en su unión con el Canal de Tastes, donde se hallaban instaladas las bombas que alimentaban el sistema de riego de la zona de Los Mochis. Su capacidad de riego era de 40,000 hectáreas, construyéndose con una plantilla de 10 metros y una pendiente de 15 cm. por kilómetro, para un gasto de 40 metros cúbicos por segundo, con una lámina de 3.25 metros. Su longitud es de 26.7 kilómetros, pero considerada su prolongación, desde El Sufragio hasta Mayocoba, se alcanza un desarrollo de 55 kilómetros de canal principal. En el kilómetro 17300, se formó una caída de 6 metros, en la que se podría instalar una planta de 500 kilowats y generar 3'500,000 de KWHA (Kilowats-hora-anuales). La compañía Constructora Utha, fue la que con su carácter de contratista realizo la excavación, extrayéndose dos millones de metros cúbicos de tierra; la obra de toma, así como las diversas obras de arte, se construyeron directamente por la Residencia. El canal, incluidas las obras de arte, se dice que tuvo un costo de cuatro y medio millones de pesos, que en cooperación, pagaron la Secretaría de Recursos Hidráulicos y la SICAE (Sociedad de Interés Colectivo Agrícola Ejidal) "Emancipación Proletaria", de Los Mochis.

El 8 de noviembre de 1946, se iniciaron los trabajos y para el 17 de septiembre del siguiente año, el canal entraba en funcionamiento. Pues en esta

última fecha, el secretario de Recursos Hidráulicos, Ingeniero Adolfo Orive Alba, abrió las compuertas de la bocatoma, descubrió la placa conmemorativa empotrada en el monumento que ahí se levanta y declaró inaugurada la obra, después de pronunciar el discurso alusivo al acto. Las invitaciones para este evento fueron suscritas por el Ingeniero Heriberto Valdés Romero, Ingeniero residente de la S.de R.H. y por el señor Nicolás Mariscal, presidente-gerente de la Comisión de Administración de la SICAE.

Más, pese a lo ocurrido, el Primer Magistrado de la Nación, Lic. Miguel Alemán Valdés, al tocar en gira presidencial la ciudad de Los Mochis, el día 3 de abril de 1948, se trasladó de este lugar a la bocatoma del canal e inauguró por segunda vez la obra y en esta ocasión se descubrió la placa conmemorativa que decía:

"1947-1948. Canal Principal SICAE. Río Fuerte, Sin. Construido por cooperación entre la Secretaría de Recursos Hidráulicos y la Sociedad de Interés Colectivo Agrícola Ejidal "SICAE". Superficie beneficiada, 40,000 hectáreas. Presidente de la República, Lic. Miguel Alemán Valdés. Secretario de Recursos Hidráulicos Ing. Adolfo Orive Alba. Subsecretario de Recursos Hidráulicos, Ing. Eugenio Riquelme, Personal Técnico; Ingeniero en Jefe de Irrigación, Ing. Vicente Orozco; 2º. En Jefe, Ing. Aurelio Benassini; Dierector General de Estudios y Proyectos, Ing. Oscar Vega Argüelles, Jefe del Depto. De Estudios, Ing. Guillermo Álvarez de la Cadena; Jefe del Departamento de Ingeniería Estructural, Ing. José Ortega López, Consultores Técnicos: Ing. Andrés Weiss, Ing. Max W. King. Gerente de las Obras en Sinaloa, Ing. Juan Guerrero Alcocer. Residente y Superintendente del Canal, Ing. Heriberto Valdés Romero". Otra placa anexa a la anterior, con la siguiente inscripción: "El Presidente de la República Mexicana, Lic. Miguel Alemán, inauguró esta obra el 3 de abril de 1948".

La administración del canal quedó a cargo de la Junta Local de Irrigación del Valle del Fuerte, constituida por un representante de la Comisión Nacional de Irrigación(dependiente de la Secretaría de Agricultura), otro del Banco Nacional de Crédito Ejidal y otro de la SICAE, además, en 1950, como obra complementaria y de perfeccionamiento del canal se construyó, en la bocatoma del mismo, la correspondiente presa de derivación llamada El Sufragio, por su localización.

Otra obra importante tuvo también a su cargo, la Residencia de la S.deR.H., la del canal de Cahuinahua. La bocatoma de ese canal se halla al pie del cerro de Cahuinahua, por la margen derecha del río y a cinco kilómetros aguas debajo de la presa derivadora de El Sufragio. Tiene el canal una plantilla de 6 metros; con capacidad de riego para 20,000 hectáreas y de 30,000 al utilizarse las aguas de la presa del Máhone; con un desarrollo de 52 kilómetros. Las obras las ejecutó bajo contrato la Compañía Constructora, S.A., principiando los trabajos en abril de 1948 y el canal entró en servicio el 28 de junio de 1951. El canal de Cahuinahua y su presa de derivación, se construyeron en fideicomiso con el Banco de México, S.A., con un costo de $10 millones.

El 31 de enero de 1950, expidió el presidente Alemán un decreto, por el que se declaraba de utilidad pública la construcción, por cooperación, del Canal de Cahuinahua y su presa de derivación, en el Distrito de Riego del Río Fuerte y se establecía el plan de financiamiento relativo a la inversión. Pero el 18 de julio del siguiente año se expidió otro decreto, modificando algunos de los artículos del decreto anteriormente mencionado, a la vez que declarando de utilidad pública la construcción por cooperación, de la presa derivadora de El Sufragio y la ampliación de la red de canales de distribución de aguan en la margen izquierda del río, así como estableciendo el programa correspondiente al financiamiento de estas obras. Así quedó legalmente determinado el monto de las cuotas de compensación que, de acuerdo con el sector de su ubicación, habrían de pagar los ejidatarios y pequeños propietarios, de ambas márgenes del río y a la vez quedó fijado el plazo en que por ese medio habrían de quedar amortizadas las emisiones de bonos que, para que se llevaran a cabo estas obras lanzara al mercado el Banco de México, S.A.; la primera llamada "Bonos Río Fuerte" por $9 millones de pesos (reducida a $6.5 millones por cancelaciones acordadas) y la segunda llamada "Bonos de Los Mochis", por $13 millones.

LA PRESA MIGUEL HIDALGO

Tomando en consideración la necesidad de construir la obra en el plazo más breve posible y al menor costo, se determinó llevar a cabo la

realización del plan de aprovechar en forma cabal los recursos hidráulicos del río, en dos etapas. A la primera de ellas corresponde la construcción de la presa localizada en la boquilla del Máhone, obra cuyas dimensiones originalmente proyectadas fueron convenientemente reducidas.

Al tocar a los Mochis, el primero y dos de marzo de 1945, en gira electoral, el licenciado Alemán prometió que durante su mandato presidencial llevaría a cabo la construcción de la presa, que habría de alcanzar perfiles monumentales. Ya como presidente de la República, en abril de 1948, nuevamente hacía escala en Los Mochis, ocasión en que inauguro el Canal SICAE; pero no fue sino hasta su siguiente y última visita, en el año penúltimo de su gobierno, cuando dicho mandatario, para alegría y sorpresa de los vecinos de esta región y de todos los sinaloenses, vino a dar satisfacción a la palabra empeñada, mediante la iniciación de las obras cuyos estudios y proyectos , mientras tanto habían culminado en su terminación.

En gira por el Noroeste y después de haber estado en Mazatlán, Culiacán y Guasave, el presidente Alemán, llegó a Los Mochis a bordo del avión presidencial "El Mexicano", a medio día del jueves 26 de julio de 1951. En su comitiva figuraban; el ingeniero Adolfo Orive Alba, secretario de Recursos Hidráulicos; el licenciado Agustín García López, secretario de Comunicaciones y Obras Públicas; el licenciado Adolfo Ruiz Cortínez, secretario de Gobernación; don Nazario Ortiz Garza, secretario de Agricultura; el señor Antonio Díaz Lombardo, director del Seguro Social, el licenciado Fernando Casas Alemán; jefe del Departamento Central del D.F.; el general Santiago Piña Soria, jefe del Estado Mayor Presidencial; el senador y coronel Carlos I. Serrano, e licenciado Enrique Pérez Arce, gobernador constitucional del Estado de Sinaloa; otras muchas personalidades del mundo oficial y un grupo numeroso de periodistas metropolitanos.

La recepción tuvo lugar en el estadio municipal, donde fueron escuchadas las palabras de bienvenida que pronunciara el alcalde, señor Samuel C. Castro; a continuación las del Ingeniero Orive Alba, quien anunció en términos generales la constitución de la Comisión del Río Fuerte, la cual no solamente se ocuparía de la construcción de la presa, sino que también se ocuparía por resolver todos los problemas a que el

alcalde de Ahome, se había referido en su discurso, como eran las obras de alcantarillado, las del agua potable, las de la pavimentación de la ciudad, etc., en general, aquellas que requerían el progreso de los demás poblados. El señor presidente, manifestó Orive Alba, desde la iniciación de su gobierno, pensó en la creación de la Comisión del Río Fuerte, pero creyó que sería mejor iniciar calladamente los estudios, proyectos, planes, etc., para después dar a conocer al pueblo, su idea con hechos materiales; y ahora –dijo- el sueño de ustedes es una realidad en marcha.

Del estadio municipal, se trasladó la comitiva presidencial al edificio Yamuni, donde estaban alojadas las oficinas dependientes de la Secretaría de Recursos Hidráulicos, en Los Mochis. Ahí, dio lectura el ministro ya varias veces citado, al histórico Acuerdo que aquel propio día, 26 de julio de 1951, dictara el C. Presidente de la República, en relación con la creación de la Comisión el Río Fuerte y con la iniciación de los trabajos de construcción de la presa.

En los considerandos de este Acuerdo (publicado en el Diario Oficial de la Federación, de fecha 21 de agosto de 1951) se hace hincapié, para justificar la parte resolutiva del mismo: en que el río constituye una amenaza, por la impetuosidad de las avenidas, que lo hace desbordase inundando grandes extensiones, con graves perjuicios materiales, por lo que se requiere planear y construir obra de defensa y esencialmente presas de almacenamiento para el control de avenida y encauzamiento de las corrientes; en que la cuenca del río Fuerte, corresponde a una de las corrientes más importantes del país, lo que constituye una verdadera riqueza natural que, mediante la realización de las obras necesarias, podrá ser firme para el progreso de esta región, fomentando la agricultura y aprovechando las grandes caídas de agua en el desarrollo de la energía eléctrica y en que el auge agrícola y la producción de energía en grandes plantas serán las bases esenciales para un mejor desarrollo industrial, que al contar con otros factores conexos podrá ser base para el establecimiento de nuevos centros de población y aumento de los actuales.

Consecuentemente disponía el Acuerdo, la creación de un organismo técnico y administrativo dependiente de la Secretaría de Recursos Hidráulicos, con el nombre de Comisión del Río Fuerte; organismo que

procedería a realizar trabajos y obras necesarias para el desarrollo integral de la cuenca del Fuerte, cuya extensión total de 35,000 kilómetros cuadrados, abarca muy ricas zonas de los estados de Sinaloa, Chihuahua, Durango y Sonora; así como que inmediatamente se procediera (Art. II del Acuerdo) a la construcción de la Presa del Máhone, la que en lo sucesivo se denominaría Miguel Hidalgo y Costilla. Así como aquél prohombre (refiriéndose a Hidalgo) emancipó a los mexicanos de su cautiverio, esta presa vendrá a emancipar a todos los mexicanos, dijo en sus palabras finales y concluyentes, el secretario de Recursos Hidráulicos.

Acto continuo hizo uso de la palabra, el señor Miguel León López, para agradecer al C. Presidente de la República, en nombre del campesinado de la región, el beneficio que se derivaba de su visita y recientes disposiciones; enseguida, hablo el señor Carlos M. Vega, en nombre de los agricultores, para manifestar que al fin el sueño de nuestros padres, pronto sería una realidad y reiterar la decisión de los cultivadores, de corresponder debidamente al esfuerzo del régimen. Antes de dar por terminada la asamblea, se dio a conocer el nombramiento del Ingeniero Heriberto Valdés Romero, como vocal ejecutivo de la Comisión del Río Fuerte. Finalmente, el gobernador del Estado, licenciado Pérez Arce, dejó también oír sus palabras de despedida al señor presidente.

Enseguida Recursos Hidráulicos sirvió, en honor del Primer Mandatario de la Nación y sus acompañantes, un refrigerio en el Club de Caza y Pesca. Hizo el ofrecimiento de la mesa, el Ingeniero Valdés en un discurso en el que brevemente, se refirió el orador a las obras hidráulicas de trascendencia, últimamente construidas en la región por la Secretaría de Recursos Hidráulicos, como eran el Canal SICAE y su presa de derivación, así como el Canal Cahuinahua, cuya construcción ordenó el mismo señor Presidente en su anterior visita, el 3 de abril de 1948; --enfatizó dirigiéndose al Lic. Miguel Alemán--, que en la grandiosa obra constructiva de su gobierno hallaría la más firme cooperación de parte de los valiosísimos recursos humanos de la cuenca del río del Fuerte.

A partir de este momento, de positiva y gran trascendencia, se iban a poner en marcha o ejecución los trabajos de construcción de la presa. Más, como ya se dijo antes, por de pronto se iba a realizar en su primera

etapa, la más significativa e importante sin duda, el vasto plan de aprovechar en forma íntegra la riqueza natural de la cuenca. Las actividades quedarían enfocadas hacia la presas Miguel Hidalgo y Costilla, localizada en la boquilla del Máhone y a las obras conexas; que permitirían la irrigación de 230,000 hectáreas, generar energía eléctrica, regular el escurrimiento del río, desarrollar en el lago del vaso, la fauna acuática, dotar de agua a algunas comunidades y servir, por último a fines recreativos.

La capacidad de la presa Miguel Hidalgo, es de 2,300 millones de metros cúbicos, de los cuales, 1,950 millones serán aprovechables en riegos y generación de energía eléctrica y 350 millones, para el depósito de azolves.

A su capacidad, las aguas del vaso podían llegar a cubrir una extensión de 12,000 hectáreas y una longitud de 40kilómetros.

La cortina principal, de 600 metros de largo, ocupa la boquilla, entre el cerro del Peñasco, situado en la margen izquierda del río y el cerro de Máhone, que está a la margen derecha. En conjunto, la cortina y los diques que cierran los puertos del vaso, tienen una longitud de 3,100 metros. La cortina es del tipo de materiales graduados y está construida por un corazón impermeable protegido a ambos lados con zonas de enrocamiento. El corazón de material impermeable está ligado con la roca de cimentación, prolongándolo por medio de un dentellón que intercepta la capa de material de acarreo; arenas y gravas. La Cortina se construyó de tierra, conglomerado y roca. Su sección transversal es un trapecio cuya base menor, la corona, es de diez metros, alcanzando el ancho máximo en la base mayor, hasta doscientos setenta metros. Tiene una altura máxima de sesenta y seis metros, desde el lecho del río. Sobre el nivel del mar la elevación de la corona de la cortina y los diques es de 143.50 metros sobre el nivel del mar y la del terreno natural 79. Esta presa debe considerarse por lo tanto, como una de las más altas de nuestro país. En su construcción, se emplearon 7'700,000 metros cúbicos de materiales, ascendiendo el costo de la cortina y dique a $ 70'081,083.00.

El vertedor u obra de excedencias, está localizado en la margen izquierda, aprovechando una depresión topográfica, que presenta el cerro del Peñasco y queda alojada dentro del cuerpo de la cortina. Lo constituye un vertedor de cresta libre, con perfil en cimacio o gola y es del tipo de

abanico con cresta curva en planta y convergiendo a un canal de descarga que conduce las aguas al cauce del mismo río. La longitud de la cresta es de 440 metros y su elevación de 132 metros sobre el nivel del mar.

El canal de descarga tiene una longitud de 800 metros; el ancho de su fondo, 100 metros y la elevación de la salida 110 metros sobre el nivel del mar. Se revistieron de concreto 430 metros, que terminan en un tanque amortiguador de 100 metros de longitud y 20 de profundidad, revestido también de concreto. La cuota del canal de descarga es de 110 metros. Cuando esta obra trabaje a su máximo, habrá una lámina de aproximadamente 7 metros sobre la cresta del vertedor.

Con la capacidad que tiene la obra de excedencias se podrá admitir, aún con la presa llena sin poner en peligro la obra, una avenida del río de 18,000 metros cúbicos, por seg. de los cuales 4,000 se controlarán por el efecto de regularización del vaso y 14,000 metros cúbicos por segundo, por descarga directa del vertedor. Para la construcción de la obra, de excedencias se utilizaron 80,400 metros cúbicos de concreto reforzado y se excavaron 1'600,000 metros cúbicos de diferentes materiales. Costo del vertedor: $36'709,946.00.

La obra de toma, está localizada en el cerro del Peñasco y está construida principalmente, por dos túneles circulares de 7 metros de diámetro y de 640 metros de aguas arriba de los túneles. Para el control del agua, tanto para fines de riego como de producción eléctrica, cada túnel está dotado de tres compuertas deslizantes, dos de servicio y una de emergencia, de 2.80 por 7 metros, operadas desde la caseta de maniobras localizada en la corona de la cortina y que se comunican por medio de unas lumbreras de 62 metros de altura. Tiene esta obra una capacidad total de 360 metros cúbicos por segundo y sus aguas, ya controladas, descargarán directamente en el cauce del río Fuerte, para ser derivadas en El Sufragio, de donde sale el canal Valle del Fuerte, que riega la mayor parte de la superficie ubicada en la margen izquierda y también en la presa derivadora de Cahuinahua, de donde sale el canal de este nombre, para regar tierras de la margen derecha. Para la construcción de la obra de toma se emplearon 68,650 metros cúbicos de concreto reforzado con 1,762 toneladas de acero. La elevación de salida del canal, es de 110 metros sobre el nivel del mar.

En cuanto a la planta hidroeléctrica proyectada, en la publicación que en 1956 hizo la Comisión del Río Fuerte, con el título de "Datos Generales de la Presa Miguel Hidalgo Zona de Riego y Planta Hidroeléctrica", que es de donde se han tomado las especificaciones precedentemente consignadas, se hace referencia a que el túnel número uno alimentará las turbinas de la planta, para lo cual se alojará una tubería de 7 metros de diámetro ahogada en el concreto de revestimiento del túnel y que por consiguiente, la planta quedará localizada en el tajo de salida de los túneles. En ese folleto o publicación íntimamente ligada con la Comisión dl Río Fuerte y que la obra de ingeniería civil está ejecutando simultáneamente con la presa, además, que por principio de cuentas se instalará un generador de 21,500 kilowats de energía firme, que producirá más de 150 millones de kilowats-anuales.

Por informes posteriores se sabe que se instalarán tres unidades de 20 mil kilowats cada una y que las turbinas fueron pedidas a la casa Anzaldo San Gregorio de Italia, y los generadores a la casa Toshida, de Japón. La Corriente generada pasará de El Máhone a la red de distribución, de 115 volts, que está ya terminada y que va de El Fuerte hasta Guamúchil, pasando por Los Mochis y Guasave; la que habrá de tener sus ramificaciones. A la vez esta red se ha conectado ya, por la línea de alta tensión que va de El Fuerte a Navojoa, con las plantas del gran sistema de Sonora, que son las termoeléctricas de Ciudad Obregón, Guaymas y Hermosillo, además de las hidroeléctricas de Mocúzari y Oviáchic.

Con la terminación de la presa del Máhone y de sus sistema distribuidor de canales, se ha cumplido la primera etapa del plan general de aprovechamiento de los recursos hidráulicos de la cuenca del río Fuerte. Le seguirá la segunda y última etapa, con la construcción de otra presa aguas arriba de la Miguel Hidalgo, en Huites. Con la captación de Huites, el área de riego se ampliará en 100,000 hectáreas y se calcula poder generar como 160,000 kilowats de fuerza electromotriz.

La construcción de la presa Miguel Hidalgo fue ejecutada por la Compañía Constructora "El Aguila", S.A. Esta compañía instaló su campamento en agosto de 1951, dando principio a los trabajos de construcción. En 1953, se practicó la excavación, entre el cerro el Peñasco

y el del Máhome, donde se habría de cimentar la cortina; a partir de entonces, continuaron sin interrupción los trabajos de esta porción de la obra, hasta concluirse en marzo de 1955, fecha en que principiaron a captarse las primeras aguas del río, destinadas a su aprovechamiento, el 15 de septiembre de 1958, o sea, a los tres años de terminada la presa rebosó y por primera vez funcionó el vertedor de demasías.

Informes oficiales asignaban a la obra del Máhone, un costo de 205 millones de pesos y de 250 millones a la red de distribución de las aguas. Las erogaciones, sin embargo, fueron aumentando y en abril de 1958, el costo total de la presa, los canales distribuidores y los drenes, se elevaba a $ 479''80,000.00.

Es de lamentarse que el Ingeniero Valdés Romero, a cuyo cargo estuvieron los trabajos topográficos e hidrológicos necesarios al proyecto, así como durante dos años la vigilancia y dirección de los trabajos de construcción, no hubiera tenido la satisfacción de ver terminada la obra magna a que consagró sus esfuerzos y cariños más entusiastas. El Ingeniero Valdés había sufrido el 24 de noviembre de 1954, un grave accidente en las cercanía de San Miguel Zapotitlán y aunque recibió constante y esmerada atención médica, desgraciadamente falleció en la ciudad de México, su tierra natal, el 24 de agosto de 1955. Sus restos mortales fueron inhumados, tres días más tarde en la presa Miguel Hidalgo, significativo homenaje en cuyo acto se manifestó la pública y justificada consternación que se produjo por tan sensible pérdida. A su cargo de Vocal Ejecutivo de la Comisión del Río Fuerte, había ya renunciado a fines de abril de 1955 y en su lugar quedó desde entonces designado el Ingeniero José Hernández Terán, que era Vocal Secretario de la propia Comisión.

Buen número de pueblos y rancherías quedaron comprendidos dentro de la curva de Máximo embalse de la presa, por lo cual fue necesario desalojar a los vecinos y trasladarlos a la zona de riego, conforme lo disponía el decreto presidencial de 5 de marzo de 1955, publicado el día 9 en el Diario Oficial de la Federación. Se les dieron dos mil pesos a título de indemnización por sus casas y anexos y 636 familias de ejidatarios fueron movilizadas y acomodadas en una nueva población que recibió el

nombre del Gral. Juan José Ríos, ubicada en ejido de Las Vacas, a orillas de la carretera internacional, entre Los Mochis y Guasave y además, cada familia recibió en dotación diez hectáreas de riego, con cuyos terrenos se constituyó el ejido correspondiente. Los pequeños agricultores afectados por la misma causa, en número de 199, fueron también con sus familias, desplazados y acomodados en tres núcleos de población, ubicados en Tetameche, Batamote, y Corerepe, este último con el nombre de poblado Ruiz Cortinez y recibieron además, en compensación por sus terrenos anegados, otras superficies proporcionalmente equivalentes. Los pueblos afectados por el embalse fueron: El Máhone, Jípago, Peñasco, Sinaloíta, Rincón de Sinaloíta, San Felipe, Los Mezcales, Toro, Torocahui, Ballehuey, Pajarito, Cabayhuasa, Picachos, El Sauz, Aguazarca, Baca, El Aguaje, Chinoaqui, Japaraqui, Maquicoba, Nahuila, Aguacalientita, Algodones, Papariqui, Tuchi, Colmoa, La Mesas de Huahui, La Mesa de los Gastélum, San Francisco, Cubampo, Los Mautos, Los Arenales, Jambiola, El Siviral, El Sabino y Las Ciruelas; los siete primeros pertenecientes al municipio del Fuerte y los restantes al de Choix.

Antes de dar por concluido este punto, debo decir que la Comisión del Río Fuerte tiene entre sus proyectos, el relativo a la construcción de la presa de El Cajón, sobre el arroyo de Barotén, el cual tiene una cuenca de 288 kilómetros cuadrados. Corresponden al proyecto o al anteproyecto de esta obra, las siguientes especificaciones: Su capacidad de almacenamiento, 30'000,000 de metros cúbicos de los cuales, 4 millones, son para azolves. Elevación de la cortina, 189 metros sobre el nivel del mar. Elevación de las aguas máximas extraordinarias, 186.10 metros sobre el nivel del mar. Elevación de la cresta vertedora, 183.30 metros sobre el nivel del mar. Gasto máximo del vertedor, 500 metros cúbicos por segundo. Gasto normal de toma, 4 metros cúbicos por segundo. Servicio de riego neto, considerado un 20 % de pérdidas a 3,600 hectáreas. En 1956, se calculaba para esta presa un costo de $ 5'581,500.00 moneda nacional.

LA RED DE DISTRIBUCIÓN.

El valle de riego beneficiado por la presa Miguel Hidalgo es, como ya se dijo, de 230,000 hectáreas, parte de ellas situadas en la margen de-

recha del río y la mayor extensión en la margen izquierda, hasta la orilla derecha del río Sinaloa.

Para regar las tierras colocadas en la margen izquierda, se construyó el Canal Valle del Fuerte, como conducción principal. Tiene este canal una longitud de 78.2 kilómetros, desde su bocatoma en El Sufragio, hasta su desagüe en el arroyo de Ocoroni. Empieza con una capacidad de conducción de 132 metros cúbicos por segundo y termina al norte de la ciudad de Guasave con 37 metros cúbicos de capacidad.

La construcción de este canal, incluyendo los laterales de distribución, drenes y demás obras complementarias, se distribuyó por contrato entre la compañía La Victoria, S.A., y la firma Jorge Larrea. Los primeros trabajos, principiando por el desmonte de la brecha, se iniciaron el 11 de marzo de 1954; y a partir de noviembre de ese mismo año, las actividades se intensificaron, trabajándose así de día como de noche, hasta la terminación de la red. Se aprovechó la obra de toma del Canal SICAE, situada al pie del cerro de El Sufragio, a la cual se le agregaron otras dos compuertas; además dicho canal se amplió en un trayecto de 5 kilómetros, desde donde el Canal Valle del Fuerte, continúa su desarrollo.

El 18 de mayo de 1956, se hizo la primera prueba y corrió el agua por el canal y sus laterales, en un tramo del K-O al K-45. Una vez terminado se hizo, el domingo 27 de ese propio mes, la inauguración de la obra, en el K-78, que es donde desagua en el arroyo de Ocoroni, por el Ingeniero Eduardo Chávez, secretario de Recursos Hidráulicos. Asistieron a la ceremonia, además del Ingeniero Terán, Vocal Ejecutivo de la Comisión del Río Fuerte, el Dr. Rigoberto Aguilar Pico, gobernador del Estado; el General Jesús Arias Sánchez, comandante de la Novena Zona Militar; los presidentes municipales de Culiacán, Guasave y Ahome, los ejidatarios, los pequeños agricultores y los hombres de negocios del municipio de Guasave.

Para la construcción del canal se efectuaron 8'950,000 metros cúbicos de terracerías, se construyeron 93 estructuras (represas, sifones, desfogues, puentes, tomas) para lo cual se emplearon 41,000 metros cúbicos de concreto reforzado. La red de canales laterales de distribución, está formada por 1,200 kilómetros de canales secundarios, con sus

caminos de servicio y con sus estructuras de concreto reforzado y para prevenir las tierras del ensalitramiento y desahogar el agua de superficie sobrante, se construyó un amplio sistema de drenes agrícolas, que alcanzan un desarrollo de 850 kilómetros.

Cuando ya se ataque la segunda etapa de las obras de almacenamiento y de riego, las aguas del río se derivarán hacia la margen izquierda, para irrigar las tierras altas, por medio de una represa proyectada en la Bajada del Monte, a 7 kilómetros al sur de la ciudad de El Fuerte y a 35 kilómetros al norte de San Blas. El Canal que se construya, será sensiblemente paralelo al "Canal del Valle del Fuerte, y tendrá un desarrollo de 105 kilómetros.

EL LITORAL.

CONFIGURACION GENERAL.

El litoral del distrito afecta en su desarrollo la forma de un arco de círculo, que partiendo en la bahía de Agiabampo del extremo norte de la Isla Partida, va a terminar en la bahía de Navachiste. De acuerdo con la carta geográfica, la costa se extiende desde dicho extremo de la Isla Partida, hasta la Punta de Ahome, con un rumbo aproximado de 20° S.W. Enseguida toma una dirección de norte a sur, la que se mantiene en lo general desde la punta de Ahome hasta la Punta del Burro o punta noroccidental de la Isla de Santa María. Experimenta en esta última punta el litoral, una inflexión notable, desde donde continúa con un rumbo de más o menos 40° S.E., hasta llegar a La Bolita, a la entrada de la bahía de Navachiste, frente al extremo norte de la isla de San Ignacio.

Desde la Isla Partida, hasta la península de Navachiste, la costa se halla constituida por un suelo bajo y arenoso. Pero hay una formación que se llama "cordón litoral o de lido", que se extiende desde algunas millas al sur de la Punta de Ahome, hasta la entrada a la bahía de Topolobampo. Puede ahí advertirse el hecho de que cuando aparece y se consolida el cordón litoral, constituido por médanos, se forman entre la costa y dicho cordón, lagunas de poco fondo que se comunican con el mar, a las que por acá llamamos bahías o bien esteros, pero que en otros lugares de México, se denominan albuferas. En la porción correspon-

diente a la península de Navachiste, en una distancia de cuatro millas, las tierras se aproximan a la costa en lomas o elevaciones de seis a quince metros, y una eminencia escarpada, de 233 metros de altura, se levanta inmediatamente detrás de ellas. Dichas elevaciones pertenecen a la Sierra de Navachiste, las cuales continúan arrimadas al mar desde la Punta de Ajoro, hasta La Bolita, bahía de Navachiste.

La costa de lido o cordón litoral es una serie de islas largas y angostas, detrás de las cuales, según quedó dicho, se halla también una serie continuada de lagunas o bahías, pobladas de mangles por sus bordes, lo mismo que los esteros que con ellas se comunican. Las marismas que se extienden inmediatamente detrás de la costa firme, están pobladas de una vegetación raquítica de cactus, chamizos y chaparros,, que evidencia la gran salinidad del suelo, debida a la cantidad de cloruros de sodio y de sulfato de magnesio, asociados con cloruros de calcio y de potasio.

A todo lo largo del litoral, que en su mayor parte es medanoso, al pie de los médanos o dunas revientan y mueren las olas del mar, formando playas de arena fina, de pendiente suave y propias para balnearios. Pero no existen caminos adecuados que permitan su fácil y público aprovechamiento, no obstante lo cual durante cierta época del año, la de bajas mareas, son frecuentadas por muchas personas, las playas de La Biznaga, Las Gaviotas, Cumichi, San Juan, Santa María y Punta de Copas.

PENINCULAS Y PUNTAS.

En el extremo norte del arco que forma el litoral, se encuentra la península de San Ignacio, aunque es más generalmente conocida con el nombre de isla Partida. En el extremo sur del mismo arco, está la península de Navachiste o de San Ignacio, como también se le llama.

Es la Isla Partida, una península angosta y medanosa, que se extiende al norte de las tierras de Matacahui y de las playas del Goime, o sea al norte de La Biznaga. Toma la dirección general de la costa y tiene una longitud aproximada de veinte kilómetros. El extremo de esta península, llamado punta sur, se halla enfrente de la llamada puna Norte, situada en la costa sonorense; entre la punta Sur y la punta Norte, queda la entrada a la bahía de Agiabampo. Las costas de la isla Partida o penín-

sula de San Ignacio están bañadas, hacia el oeste, por el Golfo de California y hacia el este, ya dentro de la bahía de Agiabampo, por las aguas de la bahía de Jusámori, también llamada bahía de La Bandera.

De la bolsa de San Pablo, avanza introduciéndose a la bahía de Agiabampo, una especie de penínsulas que termina en la llamada punta Colorada. Esta especie de península, es la que forma por el lado poniente, con la Isla Partida, la bahía de Jusámori; forma también por el oriente, con la costa de Bacorehui, el estero de este propio nombre, cuya prolongación da origen al estero de Capoa. El estero de Bacorehui y también la bahía de Jusámori, se hallan en aguas de Agiabampo.

Tiene el litoral ahomense además, muchas puntas o cabos pequeños, de ellas se pueden enumerar las siguientes:

En primer término, está la punta Colorada, precedentemente citada y enseguida la punta Sur, en el extremo norte de la Isla Partida.

A continuación, se tiene en el litoral el Golfo hacia el sur oeste y a considerable distancia de la Isla Partida, las puntas de Ahome, sitio donde la costa experimenta una gran inflexión. Lleva este último nombre, la punta norte que por este rumbo limita la antigua boca del río del Fuerte, conocida por los nombres de boca de la Ballena o boca del Médano. Una minuciosa descripción del litoral mexicano se halla en el "Derrotero Norteamericano" o guía náutica publicada por el gobierno de los Estados Unidos, sobre la porción de Vancouver a Panamá. Según los datos consignados en dicha guía, la punta de Ahome, dista 22 ½ millas de la bahía de Agiabampo y se encuentra a 25°26' latitud norte y 109°27' longitud oeste, y a 10 millas de Ahome y de El Fuerte a 75 millas. Hay frente a la desembocadura del río, dice la Guía, una isla arenosa de una milla de largo y media de ancho; en ambos extremos, hay un canal poco profundo hasta dentro del río (por supuesto, se habla de cuando ahí desembocaba el río). La punta es baja y arenosa y se extiende una milla, de la línea general de la costa; alrededor de ellos hay un bajo, de una y media millas de longitud. El punto de referencia para el navegante es (era) el cerro del Cocodrilo (Alligator), fácilmente reconocible, es plano en su cumbre, tiene una altura de 125.9 m. (413 pies) y se levanta a 6 millas al N.E. de punta de Ahome. Al E. Del cerro del Cocodrilo y a 18 millas de la costa se levanta la sierra de San Pablo, con alturas de 617m.

(2,026 pies). A 9 millas al norte de la boca del río se extiende una laguna, paralela a la costa, con dos bocas hacia el mar.

A 19 millas al sur de la punta de Ahome, se halla la punta de San Ignacio, descrita en la referida guía náutica como una punta baja y arenosa situada en la extremidad sur de una pequeña isla arenosa que demora fuera del extremo occidental de la isla de Santa María y que está separada de ella por un angosto canal. En el otro extremo de esta última isla, se halla la punta que lleva su mismo nombre, o sea Santa María; pero también se le denomina a esta punta, punta Norte, debido a su posición en la entrada de la bahía de Topolobampo.

Frente a la punta de Santa María, del otro lado de la entrada a la bahía de Topolobampo, se encuentra la punta de baja de Copas, que es un apéndice arenoso de la península de Navachiste.

A continuación, en la barra de Ajoro, se presenta la punta que lleva este nombre, y por fin, la punta de la isla de San Ignacio.

En el interior de la bahía de Topolobampo, alternándose, hay un conjunto de ensenadas y puntas que forman la sinuosidad y la constitución rocosa de su litoral, En la bahía de Copas, que forma parte de la de Topolobampo, desde el cerro Partido hasta el de San Carlos, se hallan por orden: la punta Bichi, la punta Prieta o punta La Melitona, la punta Baja, la Punta Pinta y la Punta del Zacate; finalmente, en la bahía de Ohuira, se halla la punta Venados, en la ensenada de Avajimse.

ISLAS.

No debe mencionarse entre éstas la isla Partida, puesto que en realidad es una península. Entre la isla Partida y la bahía de San Juan, está situada la llamada isla de Cumichi, que no es propiamente tal, aún cuando transitoriamente quede isletada esa porción, en la época de las grandes mareas, cuando se inundan las playas o marismas.

Siguen delante de Cumichi, la isla de San Juan y la de San Pedro; a seis millas al sur de la punta de Ahome, principia una serie de islas sobre las cuales hay pequeños médanos, con muy escasa vegetación, estando esas islas separadas de la tierra firme por lagunas o esteros paralelos a la costa. De esta serie son tres las islas principales.

La primera de ella es la de Las Piedras, baja, arenosa y cubierta de pequeños médanos, así como escasa de vegetación.

La segunda, o sea la de en medio, es la isla de La Lechuguilla, de 8 ½ millas de largo y de una a dos de ancho, con una cadena de médanos de 7.6 a 15.2 m. De altura. Al extremo sur de esta isla se halla otra muy pequeña llamada isla de Pájaros.

La tercera y última es la de Santa María, que tiene una longitud de 13 ½ millas y una anchura media de una milla. Es, como las que le preceden, de formación medanosa y de escasa vegetación; su playa, en la que hay una cadena de cerros de arena de 15 a 30 m. de altura, es acantilada. Al extremo noroeste de esta isla y separada de ella por un canal angosto, se encuentra la punta baja, que lleva el nombre de San Ignacio; por el mismo rumbo, también separada de la isla de Santa María, por un canal angosto, está la pequeña isla de Goincari. Como antes quedó expresado, en la extremidad de la isla, está la punta que se denomina de Santa María o sea la punta Norte de la entrada a la bahía de Topolobampo.

A 13 ¼ millas náuticas, al 240° de la punta de Santa María, en medio del Golfo, se levanta imponente y solitario el farallón de San Ignacio, que constituye el mejor punto de referencia para entrar a la bahía de Topolobampo. Es el farallón, una roca estéril, de color blanquecino a causa del guano de las aves marinas y tiene un diámetro aproximado de 1/3 milla en cualquier dirección y una altura de 465 pies (141.7 m.). En su derredor el agua es muy profunda, excepto en la parte norte, donde a corta distancia se hallan algunas peñas salientes.

Mas delante de la bahía de Topolobampo, se halla otra serie de islas próximas y fronteras a la bahía de Navachiste; una de las cuales es la de San Ignacio; que termina al N.W. en la bahía de este mismo nombre. Tiene la isla de San Ignacio una longitud de 12 ¾ millas y una anchura de 34 a 1 ½ millas y se halla separada de la tierra firme, en la que se extiende la sierra de Navachiste con picachos, hasta de 1,500 pies (457.2 m), por una laguna o estero, que lleva el mismo nombre de la isla.

Por último, dentro de la bahía de Topolobampo, se encuentran algunas islas pequeñas o islotes de naturaleza rocosa, excepto las islas Verdes, que se hallan en la bahía de Copas, donde también se halla la

de Ajitahueca. Marcando la división entre las bahías de Copas y San Carlos, se halla la isla de las Gallinas, cuyo nombre primitivo indígena es Mumucahui, o sea "Cerro del Panal". Finalmente en la bahía de Ohuira, emerge el islote de Pintocahui, más generalmente conocido con el nombre de isla de los Patos, el de Alcatraz o Tecucahui y un grupillo peñascoso que se llama Huecahui o Bledos.

BAHÍAS, ENSENADAS Y ESTEROS.

En su variado panorama, del cual ya hemos conocido las penínsulas, las islas, las playas y las marismas, el litoral ofrece además un conjunto pintoresco de bahías, ensenadas y esteros.

En la enumeración de las bahías debe figurar en primer término la de Jusámori o La Bandera, que como se dijo, se halla dentro de la bahía de Agiabampo, entre la isla Partida y la Bolsa de San Pablo. La entrada a la bahía de Agiabampo, se localiza a los 26°27' de latitud norte y a los 109°16' de longitud occidental.

Descendiendo hacia el sur no hay otra bahía, sino hasta la boca del estero de Bajonea, donde se halla la bahía de Gutantenia, de escasa importancia.

A continuación, está la de Las Piedras, constituidas por el estero o laguna que se interpone entre la isla de Las Piedras y la costa de tierra firme. El estero de Las Piedras, dice la guía náutica, desemboca en el Golfo a 6 millas al sur de la boca del Médano, punta de Ahome. La entrada tiene media milla de ancho con una barra que se extiende hacia fuera a corta distancia y sobre la cual rompe la mar. Es en esta bahía donde en la actualidad y desde 1906, descarga sus aguas el río Fuerte, por el antiguo estero de Torigüeyara. Esta misma bahía forma también la bahía del Perro, entre la parte norte de la isla de La Lechuguilla y la costa firme.

La siguiente bahía es la que forma el estero de La Lechuguilla, situado entre la isla que le da su nombre y la costa del médano del Pozole, circunstancia por la cual se le llama también bahía del Pozole. Dentro de esta bahía, se hallan otras consideradas como tales por los pescadores y que son la del Colorado y la del Burro. Al extremo sur de la isla se halla la entrada al estero, el que según el "Derrotero Norteamericano" tiene una boca de una y media millas de ancho, en la cual hay una isla (la de Pája-

ros), de una milla de largo y media de ancho. Fuera del estero de Lechuguilla y extendiéndose alrededor de la punta de San Ignacio, dice además el "Derrotero", hay un peligroso bajo sobre el cual rompe duramente la mar. A 4 ½ millas en marcación 298° de punta de San Ignacio hay 5 ½ brazas y la profundidad aumenta rápidamente de 60 a 100 brazas a corta distancia al suroeste. De acuerdo con las instrucciones, para librar el bajo debe mantenerse el farallón de San Ignacio en marcación más al este del 165° y el pico más alto, más al sur de la sierra de San Pablo, en marcación 50° libra el extremo norte del bajo. Un canal o estero angosto ponía en comunicación la bahía de Las Piedras, mejor dicho la del Perro, con la del Pozole; pero dicho estero se encuentra ya cerrado y ha desaparecido, por lo mismo la intercomunicación que había entre amas bahías. Hay que hacer notar, que el ¡Derrotero", no llama bahías a estas pequeñas entradas del mar en la tierra, sino lagunas o más generalmente esteros.

Enseguida de la bahía del Pozole o La Lechuguilla, está la de Santa María, del lado interior de la isla de este nombre. A la bahía de Santa María, se le llama también de San Esteban, porque en sus aguas se localizan un estero y en él un embarcadero que tiene esta propia denominación. Se comunica esta bahía con la del Pozole por un estero navegable, solamente en canoa y en alta marea. Su entrada es por la bahía de Copas, por lo cual propiamente se halla comprendida dentro de la bahía de Topolobampo.

Dentro el arco que por el lado del Golfo forma la isla de Santa María, se localiza además una bahía abierta, que desde la antigüedad se conoce con el nombre de San Ignacio. Se dice que en la guía náutica que, desde la punta de San Ignacio, situada hacia el extremo de la isla, la costa cambia rápidamente hacia el norte, por una distancia de dos millas aproximadamente y que luego recurva hasta la punta de Santa María, en el extremo sureste de la isla del mismo nombre, formando la bahía abierta de San Ignacio; además, que en esta bahía hay un buen fondeadero con 5 y 6 b.d.a., a media milla y a una milla de la playa norte, con protección para los vientos del noroeste, pero abierto para los del sureste.

A continuación de la isla de Santa María y de su bahía de San Ignacio, tenemos la de Topolobampo, una hermosa bahía natural, abrigada y profunda, con una extensión de 54 millas cuadradas. Por su situación

geográfica y sus magníficas condiciones portuarias naturales, su importancia potencial es extraordinaria, circunstancia que vio, valorizó y proclamó internacionalmente un gran soñador y visionario. Albert. K. Owen, que puso las bases de la conquista económica del valle del Fuerte. Es dicha bahía, un don de la geografía; se compone de tres bahías situadas una a continuación de la otra, de suroeste a noreste, que son: la de Copas, a la entrada; la de San Carlos en medio y la de Ohuira, la más interior.

Por la de Copas, se entra a la gran bahía, por un canal de navegación que conduce desde la barra, hasta los muelles del puerto, ubicados en la bahía de San Carlos. La isla de Las Gallinas, marca geográficamente la separación entre la bahía de San Carlos y la de Copas, las cuales se intercomunican por dos canales o estrechos, uno al este y otro al oeste de dicha isla. Recientemente quedó segado el canal del oeste, por un muro de enrocamiento que se construyó, de 900 metros de largo y 10 metros de corona y que pone en comunicación la tierra firme o el rebaje y pedraplén del carro del Chivero (donde está la Pesquera de Topolobampo) con la isla de Las Gallinas, sitio donde habrá de construirse un muelle de altura. Ya se dijo antes que las aguas de la bahía de Copas, se comunican directamente con las del estero o bahía de Santa María o San Esteban. En la bahía de Copas, del lado de su litoral montañoso existen algunas ensenadas, cuyos nombres, anotados a continuación figuran en una antigua carta náutica de la bahía: ensenada Prida o del Cerro Partido, situada entre la punta de Copas y la punta Bichi; ensenada Bombo, entre la punta Bichi y la punta Prieta o Punta Melitona; ensenada Bulnes, entre la Punta Prieta y la punta Baja y ensenada Lastre, entre la punta Baja y la punta Pinta.

La bahía intermedia o central es la de San Carlos; la más profunda y abrigada de las tres, en comunicación: al suroeste, con la bahía de Copas y al noroeste con la de Ohuira, que es como una prolongación. Sus costas son firmes y bordeadas de montañas; la del poniente por el grupo de montañas sobre las que se asienta la población de Topolobampo, y la del oriente por la sierra de Navachiste con su notable eminencia el cerro de San Carlos, al que debe su nombre la bahía. En esta bahía hay solamente una ensenada, pues es la del Varadero, al pie del cerro del Vigía.

La bahía situada más al interior es, finalmente, la de Ohuira, un verdadero mar interior según la expresión de Owen, el día en que contempló por primera vez el panorama de la bahía de Topolobampo. Sus aguas tranquilas y dilatadas se recuestan, hacia el suroeste en los cerros de la cordillera de Navachiste, hacia el este-noroeste, en las playas de Bachoco y al oeste en las de Ohuira y Mapahui. Se forman en su seno las ensenadas de Avajimse y el Carricito.

Partiendo de la bahía de Topolobampo y continuando hacia el sureste por la costa, a cuatro millas de distancia de punta de Copas, se halla la barra de Ajoro. Por ella se entra a la bahía, laguna o estero de San Ignacio, que está en el extremo sur-suroeste de la península de Navachiste, a la cual también se le da el nombre de San Ignacio por su bahía precitada. Tiene esta bahía al frente y paralela a su costa, la isla de San Ignacio; se comunican sus aguas con las de la bahía de Navachiste, por el canal de La Bolita. Lo dicho hasta aquí pone de manifiesto que hay, en la costa de Ahome, una isla, dos bahías, dos penínsulas y una punta, a las que se les da el nombre de San Ignacio.

En atención a su vecindad, transcribiré los datos que proporciona el "Derrotero Norteamericano", acerca de la bahía de Navachiste; La entrada del estero de Navachiste, entre el extremo este de la isla de San Ignacio y la de Vinorama, es angosta e intrincada, con cerca de dos brazas en la barra en bajamar. El perfil exterior de la barra, la cual tiene un cuarto de milla en su parte más angosta y más profunda, se extiende de 1 ¾ millas de la costa cercana; al oeste del canal, los bajos se extienden a dos millas de la costa y la mar rompe continuamente sobre ellos. Dentro de la barra, la profundidad es de 5 y 7 b.d.a. La marea sube cinco pies.

En el detalle geográfico, también nuestro litoral ofrece numerosos esteros, bordeados o recubiertos en su mayoría por espesa y campante vegetación de mangles. Enumerándolos de norte a sur se tienen, en primer término el estero de Capoa, como una prolongación del de Bacorehui, asimismo en el interior de la bahía de Agiabampo y al fondo de la bahía de Jusámori. De la isla Partida hacia el sur se hallan a continuación los de la Biznaga, el Conchero, Cumichi, San Juan, Médano Blanco, La Robalera y algún otro, hacia el norte de la bahía de Las Piedras. En la

bahía del Pozole, están los del Tortuguero, el Rebozo y el Colorado; en la bahía de Santa María, el del Guachapore, el de San Buenaventura y el de San Esteban. En la bahía de Copas figuran el del Caimán, el del Zacate y el Dolores. Tras del cerro del Chivero, en la población de Topolobampo, se encuentra el estero de la Curva. En la bahía de Ohuira, el de Bachoco o de las Vacas y en la península de Navachiste, sobre la bahía mencionada, el del Carrizo.

En algunos esteros y playas, se forman o trabajan salinas, como son las de El Batamote, Telapa, El Conchero, Bachomobampo, Cumichi y Capoa. La temporada del "cuaje" de la sal es del mes de abril al mes de junio. Fuera de la salina de Capoa, que es de pertenencia particular, las demás son explotadas por la Sociedad Cooperativa de Salineros y están sujetas al control de la Secretaría de la Economía Nacional.

EL PUERTO DE TOPOLOBAMPO.

Aún cuando la bahía reúne admirables condiciones portuarias naturales, el establecimiento de un puerto de altura moderno en Topolobampo, demanda la ejecución de obras que representan un alto costo. La perspectiva del gran desarrollo económico-social que implican las obras de irrigación del río Fuerte, la terminación del Ferrocarril Chihuahua-Pacífico y el acondicionamiento del puerto de Topolobampo, justifica la cuantiosa inversión que se proyecta para realizar las obras portuarias indicadas, a las que ya se ha dado principio y cuya terminación habrá de comprender sin duda, varias etapas.

El Gobierno Federal, ya esta materializando sus propósitos de transformar a Topolobampo, en un puerto de características modernas, Al respecto, el Ingeniero Napoleón Ramos Salido, hizo un estudio técnico exhaustivo, el cual fue editado en 1954, por la Secretaría de Marina con el título de "Planeación del Puerto de Topolobampo". Abarca dicho estudio todos los aspectos intrínsecos que ofrecen aquellos diversos factores que concurren y es necesario considerar en la planeación que se persigue en la justificación económica y social de la obra.

Se divide el estudio en cuatro partes. En la primera, el Ingeniero Ramos Salido presenta un conjunto de datos estadísticos de carácter

nacional, relativos a la población, su crecimiento y a la producción, exportación e importación de productos agrícolas, a continuación de lo cual analiza detalladamente la producción y potencialidad productiva regional de Sonora y Sinaloa, con especificación de las superficies susceptibles de riego y de las irrigadas, la producción agrícola actual y futura, la producción forestal, minera y marítima, el tonelaje promedio que será transportable, el comercio, el consumo regional, el destino de los excedentes agrícolas y el incremento de población en un lapso comprendido de 1930 a 1965; enseguida divide la región en tres partes respectivamente tributarias de los puertos de Guaymas, Topolobampo y Mazatlán. Finalmente se ocupa exclusivamente del Hinterland (zona de influencia, zona tributaria o cuenca económica) de Topolobampo, su área, producción agrícola, ganadera, forestal, marítima y minera, excedentes de la producción, producción transportable, recursos hidroeléctricos, etc., a fin de obtener y utilizar los datos básicos que requiere el cálculo de la cuantía del movimiento portuario, la capacidad y naturaleza del equipo de maniobras e inclusive las de las construcciones.

La segunda parte del estudio, se refiere a las obras interiores del puerto y por consiguiente se calcula la longitud de atraque en los muelles; se define la localización de éstos con apoyo en las estadísticas reales determinantes de las necesidades se calcula también el equipo necesario de grúas, bandas transportadoras de bultos, estibadoras, servicio de ferrocarril y camiones, número y capacidad de los almacenes para el embodegamiento de la carga en general, los silos para el almacenamiento de granos; y se localiza el sitio en que habrá de construirse el edificio que usarán las autoridades portuarias y en el que habrá de instalarse la aduana, la capitanía del puerto, migración y salubridad. Planos generales y de conjunto ilustran el tamaño y ubicación de los almacenes, silos, aduana, vías férreas a lo largo del muelle fiscal.

La tercera parte se contrae a la planeación urbanística, en la cual conforme a los planos respectivos del proyecto queda señaladas la zona de urbanización, el trazo de la población, las vías de circulación y el rebaje de cerros y relleno de esteros, aparte de lo cual el autor del estudio hace toda clase de consideraciones informativas y numéricas. En las

obras de urbanización se incluyen, naturalmente, las correspondientes al drenaje y al abastecimiento de agua potable.

En la última de las cuatro partes indicadas, entra el Ingeniero Ramos Salido, al fondo de las recomendaciones y los costos, considerando ampliamente el problema de la transportación de productos por ferrocarril, por carreteras nacionales y estatales y caminos secundarios y vecinales, para evidenciar la conveniencia de construir las obra del puerto. En esta parte se incluyen las obras exteriores que habrán de ejecutarse; se presentan los costos de estas obras, así como de las obras in teriores y de las de urbanización y finaliza el estudio con un balance en que entran en juego el costo de las obras, economías en otras inversiones y recuperación por concepto de venta de terrenos, con un margen de utilidad final probable de 97 millones de pesos, de construirse las obras en su totalidad.

Es importante considerar más detalladamente, las obras exteriores que propone el autor de la planeación y acerca de las cuales ofrece un plano y las más amplias explicaciones técnicas y valorativas. Consisten estas obras en dos rompeolas y en el dragado del canal de navegación. Un rompeolas, llamado del noroeste, habrá de partir de la punta de Santa María, hacia el WSW y flexionándose en una curva de amplio radio hacia el SSW, tiene una longitud de 9,100 metros y un volumen aproximado de enbrocamiento de 1'250,000 metros cúbicos. En la fecha en que se hizo el estudio se calculó el costo de este rompeolas en $62'500,000.00. El otro rompeolas, es el del sureste y sale de la punta de Copas en dirección aproximadamente de WNW con una longitud total de 4,070 metros y un volumen aproximado de enbrocamiento de 375,000 metros cúbicos, con un costo de $18'750,000.00. Advierte el autor que la localización y longitud del primer rompeolas puede sufrir modificaciones, pero de menor importancia. Dejarían ambos rompeolas una bocana de 3,000 metros, pero se estudia la posibilidad de suprimir el del sureste o sea el de punta de Copas.

La Secretaría de Marina, tiene en proyecto dragar dos partes altas del canal natural, que existe dentro de la bahía y que se ha mantenido sin alteración, según las Cartas Náuticas, es decir, ha llegado al estado de equilibrio. Este equilibrio es mantenido por las corrientes que provocan

las mareas de las bahías de Topolobampo y Ohuira, según dice el Ingeniero Ramos Salido y que para una bocana de 1,500 metros pueden llegar a una velocidad de una y media millas por hora durante el reflujo.

El canal para 100 metros de ancho, taludes de 4x1 y calado de 11 metros, con un posible tramo de 200 metros de ancho junto a la bocana, requeriría un volumen total de dragado de aproximadamente 3 millones de metros cúbicos. El dragado de este canal supone un costo de $12'000,000.00.

El presupuesto preliminar para las obras en conjunto ofrece el siguiente resumen:

Obras exteriores (según especificaciones ya Consignadas)	$ 93'250,000.00
Obras interiores (muelles, pedraplenes, bodegas, edificio oficinas, silos para granos, vía del F.C., malecones, equipo de muelles y equipo de silos)	$ 49'440,000.00
Urbanización (rellenos, agua Potable, alcantarillados, pavimentación y banquetas y Planta de aguas negras)	$ 38'250,000.00
TOTAL.....	$ 180'940,000.00

Como dije antes, las obras materiales ya se han iniciado. Se ha practicado un rebaje al extremo sureste del cerro del Chivero y el material se ha empleado, parte en rellenos del pedraplén y parte en la construcción de un dique o muro de enrocamiento que va desde este pedraplén, hasta el islote de Las Gallinas, donde según versiones se construirá un muelle de altura, tal vez para Petróleos Mexicanos. Esta obra no figura en el proyecto del Ingeniero Ramos Salido. Ya casi también se ha terminado el camino que va desde la carretera Los Mochis-Topolobampo, a la altura del cerro de Iturbe, hasta las pedreras de Babiri y Las ánimas, de donde se to-

mará el material para la construcción de las escolleras que se proyectan en la barra e la bahía. Referencias periodísticas dan a conocer que la bocana del puerto será dragada a 35 pies de calado y 37 de profundidad real; y que en el dragado del canal se removerán del fondo del mar 1'300,000 metros cúbicos, con 100 metros de plantilla y de 10 de calado, para que permita la entrada de barcos de 10,000 toneladas de desplazamiento.

La distancia que hay del muelle de Topolobampo a punta de Copas es de 6 millas (la milla náutica o nudo del Almirantazgo Británico es de 1,863.169 metros). Del muelle a la barra hay 10.5 millas; al farallón de San Ignacio 21.5 millas; a La Paz, B.C., 117.5 millas y a la boca del río Sinaloa, 41.5 millas.

Por primera vez, se hizo en 1869, el levantamiento hidrográfico de la bahía de Topolobampo, es decir se configuró y se practicaron sondeos en ella, por el comodoro W.T. Truxton, de la marina de guerra norteamericana. En aquel propio año ya la bahía figuraba en la carta marítima del Departamento de Marina de los Estados Unidos, Cinco años más tarde el comandante Geo Dewy, también de aquella marina de guerra, se encargó de practicar nuevos sondeos tanto en la entrada como en el interior de dicha bahía.

En 1948, según datos suministrados por la Pesquera de Topolobampo, S.A.. se tenían los siguientes calados: Junto al muelle oficial, de tres a cuatro brazas en mareas altas y dos en mareas bajas (la braza equivale a seis pies; la marea sube cinco pies en creciente y tres en menguante); a corta distancia del muelle, en la bahía de San Carlos, la profundidad aumenta considerablemente; en el muelle de la isla de Las Gallinas, doce brazas en mareas altas; en el canal de la bahía de Copas un calado de ocho brazas, en tanto que a la recala de la barra es de ocho a cuatro brazas en mareas altas y de dos en mareas secas. Según la Guía Náutica Americana, la bahía de Topolobampo tiene una extensión de 54 millas cuadradas de agua, de las cuales 12.5 tienen de treinta a noventa pies, o sea de cinco a quince brazas de profundidad.

La entrada al puerto, ofrece dificultades y peligros, por lo que es obligatorio el practicaje. Es necesario solicitarlo por telégrafo, desde el puerto de salida, con indicación de la hora de recalada.

Por el mes de octubre de 1903, el capitán José Lacunza, piloto del Gobierno, con el vapor "Luella", instaló las siguientes boyas: una cerca del bajo de Guadalupe en 30 pies de agua, una fuera de la barra en 29 pies, una detrás de punta de Copas en 50 pies y una debajo de Babiri en 30 pies; pero estas boyas desaparecieron y la entrada se conduce por balizas y por determinadas marcas geográficas. Las corrientes de marea en la barra y el canal, son muy fuertes y se requiere mucho cuidado para conservar las marcaciones suministradas por el "Derrotero Norteamericano y también por el Derrotero de las Costas de la República Mexicana".

La entrada a la bahía, se localiza entre la punta de Copas y la punta de Santa María. El canal, desde la barra hasta Topolobampo, es la única parte navegable por barcos de algún calado.

La barra está a 1 ¾ millas de punta de Santa María. La entrada a la barra está a 25°32 latitud norte y 109°12' longitud occidental, según la Carta No. 1,335 de la Oficina Hidrográfica de los Estados Unidos. Es excesivamente angosta –menos de ½ milla de ancho— e intrincada y se halla entre dos líneas de rompientes. La ruta recomendable es al norte de los bajos del oeste y del sur; al sur del bajo de Guadalupe y al este del bajo del Hervidero. Su parte más profunda tiene 2 ¼ b.d.a. en baja mar, Dentro de la barra, la profundidad del canal aumenta gradualmente y se han llegado a encontrar 10 y 12 brazas. Los barcos de 17 pies de calado cruzan la barra en alta marea; pero no es recomendable para los buques de mayor calado, porque pueden encallar o tocar en los fondos de arena.

Después de pasar punta de Copas, el canal se dirige hacia el este por dos y media millas, teniendo una anchura de media milla; después recurva al norte pasando cerca de la cabeza de rocas que salen de la tierra firme en el lado sur. Hacia el extremo este y un poco antes de Topolobampo, el canal se angosta hasta un cuarto de milla y aumento la profundidad considerablemente; después recurva hacia el este, frente a Topolobampo y un poco más allá entra en la bahía de Ohuira, con una profundidad gradualmente decreciente y tiene unas 3 ½ millas en dirección noroeste; a esa distancia se han encontrado 3 b.d.a.; a cada lado del canal las ondas son irregulares, teniendo de tres pies a tres brazas con numerosas barras de arena y unas cuantas isletas.

Hay un excedente fondeadero en medio de los bajos, con siete y ocho brazas, protegido por todos los vientos. El mejor fondeadero fuera de la barra, seguro solamente con tiempo moderado, es en ocho o diez brazas, con el cerro Babiri Chico en marcación 45°. Este cerro es un pico puntiagudo de 251 pies de altura en la playa norte de la bahía. Las rompientes más cercanas a este fondeadero, estarán a media milla al este.

El establecimiento de puerto en Topolobampo, es de 9 horas 24 minutos. La marea creciente sube cinco pies; en menguante tres. Las corrientes de marea en la barra y en el canal son muy fuertes y se requiere mucho cuidado para conservar las marcaciones.

En la bahía de Topolobampo, solo existe una señal luminosa, que es el faro de Cerro Partido. Es una luz blanca de tres destellos (3 D.E.) visible a 25 millas, Está montada en una torre cilíndrica de mampostería, pintada de gris y la linterna de aluminio. Se halla situada en el crestón más elevado de Cerro Partido. Este faro fue establecido después del 8 de mayo de 1904, ya que en esa fecha en el "Luella", llegó el Ingeniero Ricardo Ortiz, inspector de faros del 4° Distrito, quien reconoció Ajoro, Babiri y las Copas, para determinar el lugar apropiado en que debía erigirse el faro.

La baliza de la isla de Santa María, dice el "Derrotero", es una torre cuadrípode de madera, de 7 metros de altura, con plataforma en su parte superior, pintada de blanco. Está situada en la extremidad sur de la isla de Santa María. La baliza de Médano Blanco, es una mira triangular de madera, pintada de blanco. La de punta de Copas, una torre de siete metros de altura, con plataforma y mira triangular. Y la de punta Prieta, una mira cuadrada pintada de blanco.

El cruce de la barra de Topolobampo debe hacerse con práctico a bordo, pues cambia continuamente y es el mismo práctico quien, al recibir el buque, va colocando las boyas que le servirán como puntos de referencia y que retira después de salido el buque.

Durante los meses de marzo y abril, los vientos son del noroeste y la barra se cruza con mayor violencia que en otras épocas. En septiembre y octubre soplan fuertes chubascos.

Al entrar y salir de la bahía de Topolobampo, es necesario usar en-

filaciones naturales. Estas tienen que observarse desde arriba, pues los bajos del canal pueden verse claramente. La barra está sujeta a fuertes y rápidos cambios; sin embargo, las enfilaciones que a continuación se indican y que se hallan consignadas en el "Derrotero Norteamericano", son las más seguras que se han podido encontrar y proporcionar en cualquier caso un amplio margen de seguridad.

Enfilación No. 1. La marca del frente de la enfilación No. 1 es un cerro sin vegetación, con una cara acantilada, llamado Cerro Partido, que está a 1.8 millas en marcación 108° de punta de Copas. Este acantilado es muy notable y no puede confundirse. La marca de atrás es Cabeza de Caballo, que es un notable cerro en forma de espalda cuadrada que está a siete millas y en marcación 85° del Cerro Partido. Cabeza de Caballo es un cerro bastante dificultoso para encontrarlo a primera vista, pero su punta norte, que es my aguda, es destacada arriba de la línea de los cerros. Desde la barra, el cerro se proyecta sobre los cerros de enfrente, pero ya desde punta de Copas, se ve en forma cuadrada y muy claro, siendo imposible confundirlo con otros.

Esta enfilación, marcada por la punta mas alta de Cerro Partido, en dirección con la parte más alta de la Cabeza de Caballo, demorando al 85°, corta el veril del norte del bajo más saliente de la barra; por lo tanto deberá conservarse la enfilación bien abierta por el norte, hasta que éste haya pasado. La mayor profundidad se encontrará conservando el Cerro Partido, entre la Cabeza de Caballo y el pico más próximo a la derecha. Conservándose el buque en esta marcación, entrará libre en la barra cuando el pico agudo que está a la izquierda de la Joroba de Camello demore cerca de 43°. Cuando el pico más alto de la línea de cerros de la izquierda demore 33° se enmendará el rumbo al 118°. Cuando el cerro de Babiri Chico (Round Hill), que puede ser identificado por una casa cuadrada sin pintar que hay en su cumbre (la casa vieja del Vigía), demore 45° principia a tomar la segunda enfilación teniendo en cuenta, que el buque estará al sur de la enfilación uno, hasta que entre en la enfilación dos. Se tendrá cuidado cuando se navegue al86°30' no caer al sur por la corriente de salida que abate

ENFILACIÓN No.2. La marca del frente es un pequeño cerro cónico, que está cerca del extremo de un extenso terreno de arena blanca a 1,620 metros y en marcación 267° del cerro de Babiri Chico. La marca de atrás es la parte más alta de un cerro llamado Monumento, que se ve en una cortadura entre los cerros al oeste de la Joroba de Camello. El rumbo de esta enfilación es de cerca de 33°. Se tendrá cuidado de no salirse al este de esta enfilación, especialmente cuando se está frente a punta de Copas (en 1920 indicaron que esta enfilación no conduce por la parte más profunda).

ENFILACIÓN No. 3. La marca del frente de esta enfilación es un cerro acantilado mucho menor que Cerro Partido y que está cerca del extremo de la punta siguiente haca el este y a cerca de 6.2 millas en marcación 138° del cerro Babiri Chico. La marca de atrás es Cabeza de Caballo, el mismo de la marca de atrás de la primera enfilación. Viniendo navegando sobre la enfilación No.2 cáigase rápidamente hacia estribor tomando la enfilación No. 3, rumbo 91°30'. Siguiendo esta enfilación pásese punta de Copas, hasta que la Mordida del Diablo demore 71°, poniéndosele entonces la proa, hasta que el promontorio de rocas que está a 1.5 millas en marcación 226° del Monte de San Carlos demore 48°, poniéndose entonces la proa a él, cambiando el rumbo ya para ir al muelle, ya para fondear frente al pueblo. Los perfiles de las enfilaciones se hallan en la citada carta No. 1,335.

Como ya no existen ni las balizas, ni las miras, según uno de los prácticos del puerto deben tenerse en cuenta las enfilaciones siguientes. Estando en alta mar frente a la barra, para entrar a la bahía hay que guiarse por el islote de Guadalupe, que en el caso constituye la primer mira. El canal de la barra o bocana, pasa entre dicho islote y un bajo se halla hacia el oeste (el del Hervidero). La mira siguiente la constituye el cerro de Babiri, debiéndose cubrir el alineamiento con un picacho visible que se halla detrás del cerro mencionado, hacia el norte. Después se tuerce hacia una tercera mira, la punta Prieta, en dirección al cerro Cabeza de Caballo y la navegación se prosigue por el canal que pasa entre la isla de Las Gallinas y el cerro de San Carlos, para luego enfilar hacia el muelle.

En septiembre se 1955, la Secretaría de Marina, fondeó frente a la desembocadura del canal de entrada al puerto, en situación geográfica de

25°30'15" latitud N. y 109°8'55" longitud W y en seis brazas de agua, una boya de recalada, eléctrica, luminosa, de luz blanca, con reflector para radar. Los marinos que no conozcan la entrada del puerto, no deben rebasar sin práctico la línea de 90°, 270° verdadero, que pasa por la boya.

COLIMATOLOGIA.

TEMPERATURA.

El siguiente cuadro manifiesta las temperaturas media mensuales y anuales en grados Celsius o centígrados, correspondientes a determinados lugares situados en las cuencas medias y baja del río Fuerte. Excepto los referentes a El Fuerte, los demás datos están tomados del Boletín Hidrológico No.1 de la Comisión del Río Fuerte.

CUENCA MEDIA			ZONA DE RIEGO			
MESES	San Fco.	Huites	El Fuerte	San Blas	Ahome	Los Mochis
Enero	16.7	19.0	17.7	17.6	17.5	17.0
Febrero	20.4	21.0	19.5	19.4	18.4	18.1
Marzo	22.6	22.9	21.6	0.9	20.1	20.5
Abril	27.2	26.4	24.4	24.0	22.8	22.5
Mayo	30.4	29.7	27.8	27.5	25.4	25.0
Junio	32.8	32.9	31.7	31.1	29.2	27.3
Julio	30.2	31.3	32.0	31.9	31.7	30.8
Agosto	30.1	30.5	31.0	31.6	31.3	30.8
Septiembre	30.5	30.5	30.5	31.4	30.4	29.9
Octubre	28.3	28.1	28.1	28.7	27.0	26.3
Noviembre	23.5	23.5	22.9	23.4	21.4	21.7
Diciembre	19.9	20.6.	19.2	19.1	18.4	18.5
MEDIA ANUAL	26.2	26.4	25.5	25.5	24.5	24.1

A Topolobampo le corresponde una media anual de 23.7°C.,
A Choix 24.8°C.

Como máximas extremas los registros acusan, en grados centígrados: Topolobampo 44.1, Ahome 47.3, Los Mochis 44.9, San Blas 48.9 y

el Fuerte 44.8, como mínimas extremas: Topolobampo 1.0, Los Mochis 1.1, San Blas 1.1 y El Fuerte 1.0.

Julio, agosto y septiembre son los meses más calurosos; los mayores descensos de temperatura, se registran en diciembre, enero y febrero, época en que suele haber heladas perjudiciales para los cultivos de tomate, frijol y maíz y excepcionalmente para los de caña de azúcar y garbanzo.

La insolación es abundante durante todo el año y tiene su más alto grado en los meses de marzo a julio. En el "Boletín Mensual de la Sección Meteorológica del Estado de Sinaloa", en los números correspondientes a los años de 1909 y 1910, se publicaron los únicos datos que al respecto he podido obtener y que corresponden a las observaciones registradas en la Estación Meteorológica de primera clase que por aquellos años existía en El Fuerte y la cual se hallaba a cargo del Profr. Agustín V. Zapata. La información asienta lo siguiente: Duración media mensual de la insolación, 236.9 horas, oscilando entre 170.5 horas de mínimo y 316.8 horas de máximo; oscilación diaria de la temperatura 26.6°C., entre un mínimo de 14.6°C. y un máximo de 35.8°C., medias mensuales.

VIENTOS.

Corresponde a Los Mochis, el siguiente registro relativo a los vientos predominantes.

MESES	VELOCIDAD EN mt/Seg.	DIRECCIÓN
Enero	2.1	W.N.W.
Febrero	3.3	W.N.W.
Marzo	3.7	W.N.W.
Abril	4.2	W.N.W.
Mayo	4.0	W.N.W.
Junio	3.8	W.S.W.
Julio	3.6	W.S.W.
Agosto	3.4	S.S.W.
Septiembre	3.4	S.S.W.

Octubre	3.4	W.S.W.
Noviembre	3.7	W.N.W.
Diciembre	3.2	W.N.W.

Así pues, en resumen, los vientos que predominan son: Durante siete meses del año, considerados los de noviembre a mayo inclusive, soplan los vientos del oeste-nordoeste; en junio y julio, los del oeste-sudoeste; en agosto y septiembre, los del sud-sudoeste y en octubre, los del oeste-sudoeste.

Ordinariamente una o dos veces cada año, a fines de estío o a principios de otoño y en invierno, soplan vientos fuertes acompañados de lluvias copiosas; vientos que, cuando son de gran intensidad, en la región se les llama "chubascos". El valle del Fuerte, está enclavado en la zona ciclónica. Lo afectan pues, a menudo, los "temporales", que se originan en el Océano Pacífico. El más conocido es el llamado "Cordonazo de San Francisco", un viento irregular, ciclónico y violento, que en el otoño recorre la costa occidental, desde Chiapas hasta la Baja California y Sonora. Se considera que aproximadamente cada veinte años se presenta un fenómeno ciclónico, o sea de aquellos que por su gran magnitud y violencia ocasionan perjuicios de consideración. En el año de 1942 la región se vio azotada, sin embargo, por dos ciclones. En el invierno, grandes masas de aire frío continental procedentes del norte ocasionan también perturbaciones ciclónicas, determinando los prolongados temporales lluviosos, que en esa época del año suelen presentarse con mayor o menor intensidad.

En la zona del litoral, soplan vientos suaves, característicos de los climas marítimos. Durante el día la costa recibe la brisa del mar, que abate la temperatura de la tierra y refresca el ambiente; mientras que a la inversa, durante la noche sopla el terral o brisa de tierra, moderando o refrescando la temperatura marina de la costa.

LLUVIAS.

Como ocurre en todo el Noroeste, las lluvias en nuestra región comprenden dos períodos en el año. Uno de ellos corresponde al verano, de junio a septiembre, en que la precipitación es relativamente abundante, frecuente y constante todos los años. El otro período es el de invierno, durante el cual las precipitaciones son intensas y duran a veces varios días consecutivos, casi todos los años de diciembre a enero, aunque una sola vez o esporádicamente dos en el curso de la estación.

Las lluvias que se registran en la época de calores, o sean las de verano, tienen un carácter tanto de relieve y orográficas, como convectivas. Las primeras son provocadas por perturbaciones ciclónicas originadas en el Océano Pacífico o bien por corrientes constantes de aire que proceden de Golfo de California y que a llegar a las montañas chocan con ellas a consecuencia de lo cual se elevan y dan lugar a la formación de nubes, que se precipitan la mayor parte de las veces, en las estribaciones y áreas adyacentes, abarcando una gran extensión si los vientos son favorables. Las lluvias covectivas, como el nombre lo indica, se deben a la difusión del calor, se forman dentro del Golfo y se precipitan en el valle o hablando con más generalidad, en zonas a lo largo dl litoral. Tanto las lluvias de relieve como las convectivas coinciden en época; acaecen más comúnmente por las noches y casi siempre en forma chubascosa, que llega acompañada de fuertes perturbaciones atmosféricas.

Las lluvias de invierno son casi siempre determinada por perturbaciones ciclónicas, originando los llamados "temporales", tan comunes en esa época en todo el Noroeste. O bien, por grandes masas de aire frío continental que chocan con masas de aire húmedo, debido a lo cual estas últimas aumentan en altitud y sufren un enfriamiento hasta ocurrir la condensación. En ésta época las lluvias son frías, pertinaces y violentas a veces y suelen durar varios días según la intensidad de la perturbación ciclónica. Este tipo de lluvias, frecuentemente menudas y pertinaces, es conocido regionalmente con el nombre de "equipatas" o lluvias de "cabañuelas", llamadas de "chipichipi", por su forma en otras partes del país.

En el Boletín Hidrológico No. 1, de la Comisión del Río Fuerte, se hallan algunos cuadros de registro relativos a la precipitación media mensual y anual, con datos obtenidos en las diferentes estaciones pluviométricas dependientes de la expresada Comisión e instaladas en as cuencas alta, media y baja o de riego, del río Fuerte.

Las medias anuales, que en milímetros se hallan tabuladas en dicho Boletín y que nos interesan son: Topolobampo (en un lapso de 11 años) 192.9; Ahome (en 9 años) 331.0; San Blas (en 24 años) 386.9; El Fuerte (en 25 años)582.0; Las Cañas (en dos años) 528.0; Choix (en 27 años) 787.5; Huites (en 11 Años) 817.4 y San Francisco (en 9 años) 690.8 mm. Según los registros pluviométricos larga y minuciosamente llevados, así como los concernientes a temperatura, por la United Sugar Companies, S.A., en Los Mochis la precipitación media anual, correspondiente a 15 años, que es tan sólo un lapso considerado por mí, es de 336.4 mm. Los registros de la Comisión indican que de diciembre a febrero, la precipitación es de 107.1 mm. en Huites, de 49.5 mm. en San Blas, de 73.9 mm. en Ahome, de julio a octubre es d 628.0 mm. En Huites, de 319.2 mm. En San Blas, de 233.1 mm. en Ahome. Así pues, la zona más lluviosa de nuestra región es la de Choix, y la de más escasa precipitación es la de la costa.

De febrero a mayo y de noviembre a diciembre, se registra la formación de neblinas. El granizo, se presenta únicamente en forma esporádica y sobre pequeñas áreas. Las tormentas atmosféricas son también accidentales y por zonas limitadas a pocos centenares de metros, produciéndose descargas eléctricas, rayos que caen generalmente sobre los árboles o en otras eminencias.

Referentes al estado hidrométrico, fracción de saturación o humedad relativa, no se conocen otros datos que los obtenidos en 1909 y 1910 por la Estación Meteorológica de El Fuerte. Las observaciones y cálculos indicaron que en la cabecera del Distrito, la humedad relativa era de 56.9 por ciento a la sombra y en promedio mensual, con oscilación entre 36 por ciento de mínima y 78 por ciento de máxima.

En aquellas fechas la oscilación total del barómetro, reducida a cero, registrada en El Fuerte, fue de 752.9 mm. Como promedio mensual, oscilando entre 751.82 mm. De mínima y 758.34 mm. de máxima.

Las observaciones acusaron además una cantidad media de nebulosidad, que osciló entre 6 y 73.

Finalmente, más con referencia a la evaporación, las medias anuales consignadas en el tantas veces citado Boletín Hidrológico, son las siguientes:

San Blas	(en 11 años)	2,447.4 mm.
Las Cañas	(en 3 años)	2,362.9 mm.
Huites	(en 11 años)	2,359.6 mm.
San Francisco	(en 6 años)	2,359.6 mm.

Estos datos revelan que el coeficiente de evaporación es más alto cerca de la costa, que en las tierras altas. Lo contrario a lo que ocurre con la precipitación pluvial. Sus variaciones son más uniformes que las del coeficiente de precipitación, ocurriendo lo mismo en todo o casi todo Sinaloa.

CLIMA.

Los elementos que concurren en la caracterización de la geografía climatérica de un lugar, de una región o de un país, son la temperatura, la humedad, las lluvias, la altitud, la latitud, el relieve, la disposición y elevación de las sierras, el arbolado, etc. Son éstas en lo general, las condiciones que se toman en cuenta y determinan la clasificación de los climas.

Varias son las clasificaciones que se han hecho acerca del clima del Estado de Sinaloa y todas ellas concuerdan en lo fundamental. No ofrecen complicación alguna en la distribución de las zonas, dada la uniformidad que presenta la configuración geográfica de la entidad, tanto a lo largo como a lo ancho, en su emplazamiento entre la sierra y el mar.

De acuerdo con la división clásica más antigua y elemental de las tierras de México, en calientes, templadas y frías, el Ingeniero Juan L. Paliza, distingue en Sinaloa, esos mismos tres tipos de clima, al decir que el Estado es, en general, cálido en las costa, templado en las vertientes de la cordillera y frío en las alturas de ésta.

Otra clasificación tan sólo considera en el Estado, dos tipos de climas, el semiárido caliente, en la zona occidental o costera y el templado, en la zona oriental, debido a la altitud de la sierra.

En cambio, una fuente oficial, señala cuatro zonas climatéricas, que son: una cálida en la costa; otra templada-cálida, en los valles; otra más, templada-fría, en las montañas de poca elevación y por último, una fría, en las cimas más altas del Estado.

En el Boletín Hidrológico No. 1, de la Comisión del Río Fuerte, se

precisa el clima para la cuenca del río del Fuerte en particular, conceptuando la siguiente distribución: en la cuenca-alta, un clima "semi-seco, con primavera seca; semi-frío extremoso"; en la cuenca media, "seco, primavera seca; cálido con invierno benigno"; en la cuenca baja, zona del valle del Fuerte, "muy seco, con humedad deficiente en todas las estaciones; cálido sin estación invernal".

Mencionaré por último, la división que hace del clima sinaloense, nuestro coterráneo Ingeniero Guillermo Liera B. Con arreglo al acreditado sistema del Dr. Warren Thornthwaite, exprofesor de la Universidad de Oklahoma. Sirve de base a este sistema las influencias que tienen la temperatura y la humedad en el desarrollo de la vegetación; es decir, toma en cuenta la lluvia y temperatura "eficaces" y su distribución en las estaciones del año.

De las seis regiones que Thornthwaite considera, en relación con el elemento básico que adopta la temperatura en Sinaloa, únicamente existen dos, aún cuando en las montañas más altas bien pudiera localizarse una tercera región incluíble entre las catalogadas por el referido Thornthwaite: una es la región caliente-tropical, que está comprendida en las temperaturas medias de 24° C. O más, la cual abarca casi toda la extensión superficial del Estado; y la otra es la templada-mesotermal, que sólo comprende una pequeña porción del municipio de Badiraguato.

Según Liera y con apoyo en el mismo Thornthwaite, Sinaloa tendría seis tipos de clima, precisamente dentro de las dos regiones antes señaladas. Son esos tipos los que enseguida se especifican y de cuya localización eliminó aquellos municipios que no sean los de Ahome, Fuerte, Choix y sus más próximos vecinos.

1.- Clima árido. Caliente tropical. Con humedad deficiente en todas las estaciones del año. Se comprende en él la casi totalidad del municipio de Ahome.

2.- Clima semi-árido. Caliente tropical. Con humedad deficiente en todas las estaciones del año. Comprende la región de los valles, en una extensa faja que abarca parte de los municipios de Ahome, Del Fuerte, Sinaloa y Guasave.

3.- Clima semi-árido. Caliente tropical. Con humedad deficiente

en invierno. Corresponde a la región de las mesetas elevadas y...; extendiéndose sobre una faja que va de N.W., a S.E., en la que quedan parte de los municipios del Fuerte, Choix, Sinaloa, Guasave, Mocorito.

4.- Clima sub-húmedo. Caliente tropical. Con humedad deficiente en invierno. Corresponde a toda la región alta de los contrafuertes de la Sierra Madre Occidental, comprendida en los municipios de Choix, Sinaloa, Mocorito, Badiraguato...

5.- Clima húmedo. Caliente tropical. Con humedad deficiente en invierno. Tan sólo les corresponde algunos municipios del sur del Estado.

6.- Clima húmedo. Templado mesotermal. Con humedad deficiente en invierno. A él pertenecen las partes más altas de la Sierra Madre, en los municipios de Choix y Badiraguato.

Finalmente y para completar las ideas relacionadas con este punto, hay que dejar asentado que en el Estado, las líneas isoclimatéricas son sensiblemente paralelas a la costa, en forma más o menos regular; y sólo en la zona de Mazatlán se acercan un poco entre sí debido a la configuración geográfica, o sea porque allá en la sierra se aproxima enteramente a las costas.

FLORA.

CLASIFICACIÓN.

En nuestra región, desde el litoral ahomense, hasta la jurisdicción de Choix en sus límites con Chihuahua, la vegetación comprende un número muy crecido de especies y familias, distribuidas en asociaciones regionales.

Liera en su libro "Sinaloa, Estudio Económico-Social" establece para el Estado cinco grupos o asociaciones botánicas, o más concretamente forestales; la asociación de la región costanera, la de los ríos y arroyos, la de los campos cultivados, la de los valles y la de la región montañosa.

Esta clasificación conviene a la región del Fuerte, pero también la de Thornthwaite, de cuyas cuatro simorfias o conjuntos de plantas de un mismo tipo vegetal, que se hallan en el país conforme a la "Carta de Localización de las simorfias dominantes en la República Mexicana", del Instituto Geográfico, Dirección de Geografía, Meteorología e Hidrografía,

tres son las que aquí poseemos y que son: La Crassicauletum, de la cual son característicos los órganos, nopales, magueyes, y plantas similares; la Fructicetu, constituida casi por arbustos espinosos y árboles de muy pequeña talla, entre los que descuella el huizache y el mezquite; y la Graminoidetum, simorfia que comprende no sólo las plantas de las gramíneas, sino también las ciperáceas. La simorfia faltante es la que corresponde a la región de los altos pinos, la cual ya se encuentra fuera de nuestra jurisdicción, en la serranía del vecino Estado de Chihuahua.

SINONIMIA.

A continuación, se presenta aún cuando incompleta, la sinonimia de la flora regional. Por orden alfabético, van anotados los nombres vulgares de las plantas, seguidos del nombre técnico, científico o botánico (que define el género y la especie), del nombre o de la inicial que corresponde al naturalista o clasificador y finalmente, del de la familia botánica de que forman parte.

Aguama (guámara)	Bromelia pingui (L)	Amarilídea
Aguaro	Martynia anua (L)	Martinácea
Alamo	Populos deltoide; Populos dimorpha (Brand)	Salicinácea
Algarroba	Acacia pennatula (Benth)	Mimosácea
Aliso	Alnus mexicana	Cupulínea
Amapa (de fl.amarillas)	Tabebuia chrysantha	Bigoniácea
Amapa (de fl.coloradas)	Tebebuia Palmeri (Rose)	Bigoniácea
Amapa negra	Tabebuia pentaphylla	Biogoniácea
Amole	Philodendrom batuatum (Schoa)	
Añil cimarrón	Indigofera suffructicosa(Mill)	Leguminosa
Arrayán	Myrtus arrayan	Mirtácea
Asta (amapa boba)	Cordia sonorae (Rose)	Borragínea
Ayal (tecomate)	Crescentia alata(H.B.K.)	Bigoniácea
Bacaporo(guacaporo, Retama) Bainoro	Parkinsonia aculeata(L) Celtis pallida (Torr)	Cesalpinácea-Alionácea

Baiquillo (bequila, Curi)	Sesbania sesban(L)(Britt)	Fabácea
Barbas de chivato	Clematis cericea (H.B.K.)	Ranunculácea
Batamote	Baccharis glutinosa(Pers)	Astarácea
Bebelama	Sasafridium macrophillum	Laurácea
Binorama	Acacia farnesiana(L)(Willd)	Cesalpínea
Biznaga	Ferrocatus wislizen(Eghelm)	Cactácea
Bledo	Amarantus hybridus	Amarantácea
Brasil	Haematoxylon brasiletto (Karst)	Cesalpinácea
Brea, palo	Cercidium torreyanum (Wats)	Cesalpinácea
Bule (guaje)	Legenaria siceraria(molina)	Cucurbitácea
Cacachila	Karwinskia humboldtiana(Zucc)	Ramnácea
Cacaragua (utatave)	Vallesis glabra (Cav)	Apocinácea
Candelilla (jumete)	Euphorbia cericífera (Alcocer)	Euforbiácea
Capomo (flor de agua)	Castalia elegans (Hook)	Ninfácea
Cardo	Hydrolea espinosa(L)Argénome mexicana (L)	Papaverácea
Carrizo	Arundo donax (L)	Ciperácea
Cedro	Cedrela odorata; Brusera sp.	Cuprecinácea
Civiri	Opuntia alamosensis	Cactácea
Ciruelo	Spordias purpurea (L)	Acacardiácea
Cina(sina, nacido,tasajo)	Rathbunia alamosensis	Cactácea
Confituria	Lantana camara	Verbenácea
Copalquín	Courtarea pterosperma(Wats)	Rubiácea
Cuatante	Shrankia aculeata (Willd)	Leguminosa
Chalate (zalate)	Ficus radulina (Wats)	Morácea
Chamizo (saladillo)	Triplex canences; Alliona diffusa (Heller)	Chenopodácea
Chapote(zapote amarillo)	Achras zapote (L)	Zapotácea
Chicayota	Cucurbita pepo (L)	Cucurbitácea-
Chicura	Franseria ambrosiodes (Cav)	Compuesta
Chichiquelite(hierba mora)	Solanum nigrum (Miers)	Amarantácea
Chilicote	Erytrina flabelioformis(Kearny)	Eritreácea
Chiltepín	Capsicum baccatum (L)	Solanácea

Chino	Pithecolobium mexicanum(Rose)	Mimosácea
Choya	Opuntia choya (Weber)Opuntia mamilata (Schott)	Cactácea
Chuna	Ficus padifolia (H.B.K.)	Morácea
Chutama	Elaphrium odoratum (Brand)	Burserácea
Echo (cardón)	Pachycereus pecten aboriginum	Cactácea
Encino	Quercus ruber	Capulífera
Estafiate	Artemisa mexicana; Franseria acanthycarpa (Hook)(Cov)	Compuesta
Gallinetas	Mascagnia macroptera (M.y S.)	Malpigiácea
Garambullo	Pisonia capitata (St)	Nictaginácea
Gato	Mimosa bruncifera (Benth)	Mimosácea
Golondrina	Euphorbia piluligera (L)	Euforbiácea
Guacaporo	Véase Bacaporo	
Guachapori(rosetilla)	Xantium commune (Briton)	Ambrosácea
Guaje	Véase Bule	
Guayparin	Véase Guayparime	
Guamúchil	Pithecolobium (Benth)	Mimosácea
Guásima	Guazuma ulmifolia (Lam)	Esterculácea
Guayabo	Psidium guajaba (L)	Mirtácea
Guayabillo	Eugenia sinaloae (Stanley)	Mirtácea
Guayacán	Guaicum coulteri (Gray)	Zigofilácea
Guayparime	Dyospiros sinaloensis(Blake); Dyospiros sonorae (Standi)	Ebenácea
Güichuri	Funastrum cumananse (H.B.K.)	Asclepiadácea
Güinoro(güinolo,chirogüi, sínala	Acacia farnesiana	Mimosácea
Güinolo blanco	Acacia maracantha (H.Y B.)	Mimosácea
Güinolo prieto	Acacia cochliacantha (H.yB.)	Mimosácea
Hierba de la víbora	Guterreia tenuis (Greene)	Compuesta
Huiguera	Ficus goldmanii (Standl)	Morácea
Huizache	Acacia sp. Pithecolobium albicans	Mimosácea
Igualama (tescalama)	Véase Uvalama	
Jecco	Hytis seemanii (Gray),Hedeoma floribunda (Standal)	Labiácea

Jito	Forchammeria Watsoni (Rose)	Crucífera
Joso	Albizzia sinaloensis(Gray)	Leguminosa
Jumete	Véase Candelilla	
Laurel de la India	Ficus nitida	Morácea
Macapule	Ficus sonorae; Ficus cotinifolia (H.B.K.)	Morácea
Malva-escoba	Sida siliaris	Malvácea
Malva silvestre	Anoda acerifolia (D.C.)	Malváceas
Mangle blanco	Laguncularia racemosa (L)	Combretácea
Mangle botoncahui(botón)	Conocarpus erecta (L	
Mangle negro(puyeque)	Avicennia nitida (Jacq,)	
Mangle negro(candelón)	Rhizophora mangle (L)	Rizoforácea
Mariguana (tabacón)	Nicotiana glauca (Graham)	Solanácea
Matanene	Véase Gallinetas	
Matarique	Senecio grayanus (Hemsl.); Cacalia descomposita (Gray)	Compuesta
Mauto	Lysilona divaricata (Jacq.)	Cesalpinácea
Mezcal bronco	Agave yaquiana (Trel.)	Amarilidácea
Mezquite	Prosopis chilensis	Mimosácea
Mochi	Boerhaavia caribaea (Jacq.)	Nyctaginácea
Mora	Corophora tinctoria (L)	Móreas
Nesco	Williardia mexicana (Rose)	Leguminosa
Nopal	Véase Tuna	
Orégano	Origanum vulgare (L);Hedeoma Floribunda (Standl)	Laibiácea
Ortiga quemadora	Urera caracasana (Jacq.)	Urticácea
Otate	Arundinaria longifolia	Gramínea
Palma	Sabal Uresana (Trel)	Palmácea
Palo blanco	Psidia mollis (Rose)	Cesalpinácea
Palo colorado	Cesalpina patibola (Wats.)	Cesalpinácea
Palo mulato	Busera grandifolia (Enql)	Burserácea
Palo santo (cazahuate)	Ipomea aroborescens	Convulvácea
Palo Verde	Cericidium Parkinsonia torreyanum (L)	Cesalpinácea

Papachi	Randia Thurberi (Wats.)	Rubiácea
Papachi picudo	Randia echinocarpa	Rubiácea
Papachito	Randia abcordata (Wats.)	Rubiácea
Paraíso (piocha)	Melia azaderache (L)	Meliácea
Peonía	Eritrina occidentalis (Stand)	
	Dolicholus phaseloides	Leguminosa
Perihuete	Carataeva tapia (L)	Caparídea
Pino	Pinus ayacahuite (Ehremb)	Pinácea
Pitahaya	Varias sp. Lemaireocereus thurveri; Lemaireocereus montanus	Cactácea
Pochote	Ceiba acuminata	Bombácea
Quelite manso	Véase Bledo	
Rama ceniza	Spitanges corgonbosa(M.yS.)	Rosácea
Romerillo	Chrysactinia mexicana	Astartarácea
Sábila	Aloe vulgaris (L)	Liliácea
Sabino	Taxodium mucronatum (Ten)	Pinácea
Saituna	Zizyphus sonorensis (Watson)	Malpigiácea
Salvia	Hytis alvida (H.B.K.)	Longoniácea
Sangrengado	Jatropha curcus (L) Jatropha cinerea (Ort.)	Euforbiácea
San Juanico	Jacquinia pungens (Gray)	Teofrastáceas
San Miguelito(coronilla)	Antigon leptopus (Hook Arn.)	Poligonácea
Sapuchi	Véase Zapuchi	
Sauce	Salix bonpladiana (H.B.K.)	Salicinácea
Saya	Véase Zaya	
Sina	Véase Cina	
Siviri	Opuntia alamosensis	Cactácea
Tabaco macuchi	Nicotiana rustica (L)	Solanácea
Tabachín	Poinciana pulcherrina (L)	Cesalpinácea
Tabachín silvestre	Poinciana dilliesii	Cesalpinácea
Talayote	Conolobus sp. Fanastrum Pannosum (Dane)	Asclepiadácea
Tamarindo	Tamaindus indica (L)	Solanácea

Tejocote	Cratalgus mexicana (Engl)	Rosácea
Tepehuaje	Lysiloma Watsoni (Rose)	Mimosácea
Tescalama	Véase uvalama	
Teso	Acacia occidentalis (Rose)	Mimosácea
Tlachinole	Isoloma deppeanum	Gesnerácea
Toji	Struthanthus hanenkeanus	Lorantácea
Toloachi	Datura stramonium	Gesnerácea
Tomatillo	Licyum sp.	Solanácea
Torote Blanco	Bursera stenophilla (S.yR.)	Burserácea
Torote colorado	Elaphrium peniciliatum Elafrium odoratum	Burserácea
Torote copal	Bursera inopinata (Bullock)	Burserácea
Torote papelito	Bursera confusa (Rose)(Engl)	Burserácea
Torote prieto	Elaphrium fragilis (Wats)	Burserácea
Torote verde	Fouquiera espinosa;Fouquiera macdougalii (Nash)	Fouquierácea
Torotillo	Jatropha canensces	Euforbiácea
Trompillo morado	Ipomea heredacea (L)	Convulvácea
Trompillo lila y blanco	Ipomea triloba (L)	Convulvácea
Tronador	Critalia vitelina (Ker)	Leguminosa
Tuchi	Malvastrum bicuspidatum(Wats)	Malvácea
Tule	Typha angustifolia	Ciperácea
Tuna	Opuntia fuliginosa (Griff)	Cactácea)
Utatave	Véase Cacaragua	
Uvalama (tescalama)	Vitex mollis;vitex piramidata	Verbenácea
Vacaporo	Véase Bacaporo	
Vara blanca	Croton Fragilis	Euforbiácea
Vara prieta	Cordia greeggii	Borragínea
Verdolaga	Portulaca oleracea (L)	Portulácea
Vinorama	Véase Binorama	
Zacate grama	Cynodon dactylon (Pers)	Gramínea
Zacate lana	Andropogon	Gramínea
Zalate	Véase Chalate	
Zapote	Véase Chapote	

Zapuchi	Sommera arborescens; Randia laevigata (Standl)	Rubiácea
Zaya	Amoreuxia gonzalezi (Sprag)	
	Zanthoxylon caribeaum (Lem.)	Rutácea

UTILIDAD

Gran número de nuestros especímenes vegetales silvestres tgienen utilidad para el hombre, pues algunos suministran maderas para la construcción y la ebanistería, otros son aprovechables en la curtiduría; hay también plantas tintóreas, textiles, frutales, forrajeras; algunas otras también que producen resinas y existe un sinnúmero de plantas medicinales.

Suministran por ejemplo, maderas de construcción, el pino, el cedro, elsabino, el palo colorado, el teso, la amapa, el asta, el aliso, la guásima, el guayacán, el nesco, el palo blanco, el mezquite y algunos otros árboles.

En ebanistería, son utilizables el pino, el cedro, la higuera, la amapa, el teso, la guásima, el guayacán, la mora, etc.

Entre las plantas curtientes figuran el mauto, el chino, el tepeguaje, el guayabo, el mangle blanco.

El añil silvestre, el brasil, la mora y el tepeguaje son plantas tintóreas.

Frutales: la pitahaya, el nopal la aguama, la saituna, el guamúchil, el arrayán, el zapote amarillo, el papachi, la ciruelita del monte, la bebelama, la igualama, el talayote, la balsamina, el garabullo, el zapuchi, la higuera, la cacaragua, y muchas otras. El Capomo y la saya dan tubérculos comestibles.

El pochote, el mezcal del monte y la malva, suministran fibras.

Gomas y resinas se obtienen del pino, el palo verde, el mezquite, el guamúchil, el tepeguaje, el palo brea, el torote, la mora, el copal, el huizache, el echo y varias más.

Plantas forrajeras son la grama, la verdolaga el mochi, el orégano, el nopal el chamizo y otras.

Muchísimas son aquellas plantas que tienen o a las que se les atribuyen virtudes curativas, que desde luego abona la terapéutica popular o casera. En su larga enumeración serían de citarse el brasil, el sauce, la tescalama, el tepeguaje, el torote, el torotillo, la binorma, el batamote,

el cardo, la chicura, la mora, la salvia, el sangrengado; la malva, la manzanilla, el orégano, la raíz de la víbora, la confiturría, la yerba del manso, el chichicayote, el tlachinole, la golondrina, la guásima, el mezquite, el matanene, el papache, el toloache y la yerba de chivato.

Hay informes muy interesantes y curiosos relativos a la flora sonorense, que datan de las postrimerías de la Colonia. Con esta flora se identifica la nuestra regional, así como gran parte de la de Sinaloa. Una información de esta naturaleza se encuentra pormenorizada en la "Relación Sahuaripa". Versa esta "Relación", sobre el clima, la flora, la fauna, los recursos mineralógicos y metalúrgicos, la economía agrícola, las tradiciones y antigüedades, la demografía, las costumbres, etc., etc., concernientes al obispado de Sonora. La formuló el obispo Fray Antonio de los Reyes, el 7 de marzo de 1778, a petición de su Majestad y con arreglo a la Instrucción expedida por el Exmo. Sor. Virrey de esta Nueva España. En aquella época, Sahuaripa pertenecía a la Provincia de San Hildephonso de Ostimuri.

Espigamos de dicha "Relación" la siguiente reseña:

"ÁRBOLES SILVESTRES"

Álamo- Hay otro árbol que llaman Álamo, cuya madera es la más usual en los Patricios por la facilidad de su conducción, pues se dan en los Planes junto a los arroyos.

Aliso– Este árbol, por lo delgado y derecho es propio para hacer Timones de arados; y aún para vigas de casas aunque de poca duración por lo vidrioso.

Brasil- Este árbol, es útil pata teñir lanas y lienzos, lo que pinta toma color carmesí aunque algo oscuro, la madera es delgada y áspera, útil también para tomar el agua en que se cuece el Palo para los atirisiados disipándose el mal.

Brea- (Palo de) Este árbol es verde en su color, espinoso, raspándole la cáscara y arrimándola al fuego se derrite y es muy usual para Tapar botijas, con vino o Aguardiente para tener la seguridad de que no se destapen y los plateros la usan para biselar piezas de plata, a falta de Pez Romana.

Chino- Lo mismo acontece con el Árbol del Chino (el autor se refirió antes al Álamo), que es también útil para lo dicho y para tablas de puertas, más usual por el color que es rojo y la cáscara sirve para curtir cueros de res y saleas; a falta del Timbre, que usan en Tierra fuera.

Dátil- Dátil silvestre, la fruta de este es a manera de racimos de plátano, sazona por el mes de septiembre; y tatemado en rescoldo se come; el árbol es a manera de palma y útil para todo; hay en abundancia.

Garambullo- Otros llaman Granjeen, la fruta de este árbol, es pequeña, poco menos que un Garbanzo regular, cuando sazona, que es por el mes de agosto, toma color amarillo, esta la comen y es dulce; el árbol es de muchos barejones espinosos, desde la raíz e inútil, hay en abundancia.

Guásima- Es un árbol, que tiene los brazos muy derechos y por lo ligero lo usan para cabos de lanza Guacales de meter panocha y otras cosas semejantes.

Guayacán- Cuallacan es un árbol alto, se hacen estribos de palo de él por lo pesado y fuerte, lo usan también los arrieros en Garabatos para reatas de cargar.

Mezquite- De esta planta hay montones espesos, dan su fruto a manera de Baina y sazona por fines de Junio, lo comen los indios y más gente nativa del País, crudo, cosido y en polvo. De este polvo, hacen atole y tamales; el árbol crece grande y la rama es espinosa, su madera sirve para arados y para hacer biguetas cortas para casas, aunque no son de mayor duración.

Nopal- Nopales, esos árboles, dividen en cuatro calidades sus frutos y son casi semejantes, se llaman tunas, sazonan por el mes de agosto, son silvestres y de poco gusto, a más de ser huesudas, sin embargo, las comen en el País y hay en abundancia.

Palma- Este árbol es muy elevado, su madera es inútil, por ser bofa, produce una fruta en racimos, que llaman Tacos, del tamaño de una bala y huesudos, la comen los del País, es dulce, sazona por el mes de Agosto y hay en abundancia. Produce el País, otros dos géneros de palma.

Palo blanco- Otras dos especies hay que abundan a uno que llaman. . ., y a otro palo blanco, sirven para hacer lejías y con esto jabón.

Papachito- Este árbol da una fruta del tamaño de un güevo de Paloma,

es dulce, comiendo muchos y bebiendo agua sobre ellos causan vómitos.

Pitahaya- Pitallo, da una fruta, que es redonda, cubierta de espinas, es la más deleitosa y cordial de las silvestres; el tamaño es como el de un durazno; el árbol tiene muchos brazos espinosos desde la raíz, madura su fruto por junio y su madera es inútil; hay otro árbol semejante, que llaman echo, cuya fruta es de la misma especie, aunque más grande, la comen solo los pájaros por que es muy huesuda.

Pochote- Este árbol da por fruto, una bola a modo de mamey, dentro tiene una porción como de algodón, el cual hilan para pabilo de velas, hay bastante; el árbol es alto, vidrioso y por lo mismo inútil. La raíz la comen los del país, es aguanosa y por esto mitiga la sed.

Saninipusi- Es un árbol que da una fruta como cuentas, del grueso de la pimienta, mitad negra, mitad colorada, se usa contra el corrimiento, echas pulseras y puestas al lado contrario donde cae agua.

Sapuchi- Da una fruta que comen a modo de un mamellito pequeño, es dulce y madura por octubre, hacen vinagre con ella.

Sáuz- La madera de este árbol, es útil para hacer fustes de sillas de montar a caballo, y cajas de escopetas, aunque salen blancas. La rama con las hojas machacada y batida en agua, la usan en aludas para los tabardillentos, siendo por lo fresco, muy eficaces según la experiencia.

Tescalama- Este árbol se da y enraiza en los Peñascos; es muy alto, hiriéndole la corteza, brota una leche amarilla, que ensopan en un pedazo de paño, quizá en lana escarmenada y es buena para la sentura, sacando el frío, pega bien donde la ponen.

Tepehuaje- Cosida en agua, la cáscara es útil para lavar llagas, secando dicha cáscara, la hacen polvo y echan en la llaga para que seque más rápidamente.

Teso- Este árbol es alto, y su madera útil para hacer cosas de palo, para escarbar por lo duro.

Torote- La resina de este copal es algo prieta y se usa de sahumerio en las Iglesias y para parches en dolor de cabeza, cuando proviene de frío es muy útil, lo mismo para vilmas en dolor de cintura, proviniendo de lo dicho.

Uvalama- Es un árbol que da el fruto redondo, negro a modo del taco, muy dulce, sazona por el mes de agosto y el queso que tiene dentro

es parecido al de la aceituna, la comen todos los nativos del País. El árbol es alto, coposo y su madera puede servir para tablas o vigas.

Vinorama- El árbol es espinoso, da una bainilla que llaman Güisachi; esta en cocimiento y agregándole alcaparrosa se convierte en tinta para escribir y la raíz es medicinal para el ansia, cocida la cascara y bebida.

ÁRBOLES MENORES.

Batamote- Este se da abundante a la orilla de los arroyos y de los ríos; machacada la rama se bate en agua y se toma colada, se usa contra el mal de la rabia.

Cardo- En otras tierras le llama Chicalote, es una planta espinosa desde la raíz hasta arriba, sus ramas quebradas, estilan una leche amarilla, la manejan con algodones y se usa a gotas en los ojos para aliviar y sanar el mal de ojo, cuando proviene del calor.

Cosaqui- La raíz de esta planta, es buena para curtir o pintar Gamusa.

Chicura- Esta planta, tiene las hojas más grandes que la Salvia y es variada como ella, sus hojas son medicinales, con ellas, se hacen tamalitos y en medio se pone un pedacito de sebo, se tatema y caliente se abre, el resultado se pone en los granos pasmados. Con la raíz se hace una infusión para las mujeres paridas, se dice que les facilita la detención de la sangre, y lo mismo la toman para la detención de la regla mensual.

Guaje- Hay otra especie, semejante a la planta de calabaza, la siembran por febrero y le llaman al fruto, guaje, cuando sazona es por el mes de noviembre, hacen con él jícaras a modo de chaquales, para beber agua, otros los dejan enteros y solo le sacan las tripas, los usan par acarrear agua y otros que se dan largos en la misma planta, se hacen jumates, que sirven como cucharas de fierro para sacar la comida de la olla.

Júmete- También le llaman candelilla, son unas baritas verdes, quebradas les escurre una leche blanca, como la de pechos de mujer; dicha leche tomada en cualesquier manjar o bebida, seis gotas o más, provocan tales evacuaciones, que si no se pusiera remedio, acabara el paciente con la vida, como ha sucedido con muchos que seles ha dado por burla o malicia; el antídoto que tiene para atajar dichas evacuaciones es el atole de maíz frío y donde no es usual, en horchata u otras bebidas frescas.

Maguey- Los hay en tres especies, todas, útiles y usuales en los patricios de la tierra: A uno le llaman Mezcal, el cual tatemada la cabeza que es dulce, la come toda la gente del País; machacada la referida cabeza le quitan el gabazo y la carne que produce la ponen en una bota de cuero, con agua y ahí lo baten y dejan podrir, hasta que estando en cierto punto lo cosen en alambique resultando de esto, vino o aguardiente, que llaman mezcal, que sirve para varios remedios, como curar heridas, golpes y tomando proporción dicen es muy purgante y debido a la naturaleza de este Reino, y tomado en demasía, emborracha lo mismo que el aguardiente de uva.

Mora- La mora es una planta que en las finales de su rama vierte una goma, que así le nombran, gomilla, se ha experimentado como medicina para el pulmón a los que padecen de él; echada en agua la citada gomilla, con una noche de infusión y otro día a las once, untado con plumas de ave al pulmón. También molida y desleída en agua tibia, se da por bebida, para contener el flujo de sangre; hervida, se da de enjuagatorio para dolor de muelas, masticada en grano, alivia igualmente el dolor de muelas. En México, esta gomilla es muy apreciada y la solicitan, con empeño los arrieros y otros que caminan, para quien sabe que excelencias que le habrán descubierto.

Salvia- Esta planta, tiene todas sus baras pobladas de hojas pequeñas, se usa contra el mal de aire, sahumado con ella, lo mismo que para sahumar la ropa de las paridas y para sacar el pasmo de la cabeza, la ponen echa panochitas en ella, con el incorporo de nixtamal, que se hace de maíz piscado con cal, y frita en sebo; echa polvo es buena para quitar el resfrío y en la misma conformidad, untada en las coyunturas del cuerpo, alivia y sana de los dolores que se padecen de frío.

Sangrengado- Sangre del grado es una planta, de ramasón sin hojas, la cual masticada la raíz que es colorada, asfixia la dentadura.

SIGUEN LAS YERBAS Y RAÍCES MEDICINALES Y VENENOSAS.

Estafiate- Este se encuentra silvestre, pues no hay de cultivo y lo usan rescoldado y envuelto en un lienzo viejo, aplicado esto en el estómago, se dice quitar el mal de madre y dolor de estómago.

Malva- Esta yerba es usual para ayudar a Tabardillentos, en cocimiento de agua, por lo fresco.

Manzanilla- Esta planta da una florecita amarilla y olorosa, es uno de los simples que agregan en ayudas para expeler la ventosidad, cosida y bebida como infusión, mitiga los dolores; lo toman las mujeres cuando se les detiene su costumbre mensual, cuando se padece de la barriga estando embarazada por algunos flatos que les ocurren con la que los expelen.

Mostaza- la semilla de esta planta, se usa en sarsas para comer la olla, dicen ser estomacal y para el que padece de bagidos, toma dicha semilla en ayunas lo que le cabe en la palma de la mano, tragándola entera, porque masticada es muy picante y tomando sobre ella una poca de agua tibia, se dice que se extinguen los baídos, sintiendo el alivio muy pronto.

Orégano- Esta yerba es olorosa, que además de servir como condimento de cocina, sirve para hacer jarabes, y en las partes donde abunda, la come el ganado mayor y se dice que la carne de ellos es más sabrosa; cocido en agua sirve para dolor ventoso, tomándolo igualmente como infusión y con un pedazo de azúcar, abre el pecho, si está dañado por el resfrío.

Raíz de la Víbora. La raíz de la Víbora, cocida en agua y bebida, la usan las mujeres de parto, para que se quite el congelo si lo tienen y machacada cruda y puesta en infusiones en dicha agua, al otro día se bate esta, en una caldereta y la espuma que se hace se unta en el pulmón y alivia a los que padecen de él.

Yerba del Manso- La raíz de la Yerba del Manzo, es eficaz para quitar las ansias, hirviéndola en agua y bebiendo esta tibia.

Yerba del Pasmo- Es una matilla pequeña, que cocida en agua, toman las paridas que se han pasmado, es muy eficaz, muy pronto se verifica el gran provecho que les hace; molida en polvo y frita en sebo, la untan tibia en golpes y llagas pasmadas, en el mismo polvo incorporada con sebo o amasada con él hacen pelotillas y se echan para evacuar las lombrices.

Aparte de la antedicha “Relación de Sahuaripa”, relativo a la flora existe otro documento aproximadamente de la misma época, reproducido por el Dr. Fernando Ocaranza, en sus “Crónicas y Relaciones de Occidente de México”, Tomo II, fuente de la cual procede la siguiente ampliación y referencia.

Álamo- Es un árbol muy elevado, frondoso y derecho, el tronco es muy grueso y sirve para todo género de carpintería, aunque es muy vidrioso y no de mucha duración, su corteza también sirve de timbre para curtir cueros y cocida, administrada como infusión a la mujer parida que se le han pegado las pares se las hace echar.

Batamote- El batamote abunda en extremo y es especial medicina cociéndola en agua con una pizca de sal, sirve para dar baños a los que padecen de corrimientos y machacando el cojoyo crudo o cocido y batido en agua, es bueno para la rabia dándolo a beber.

Cacalasúchil. Para purga contra las pudriciones.

Cina- La cina es un árbol mediano, de la misma especie de la pitaya, tiene una fruta encarnada del tamaño de un limón, también tiene espinas, pero más salteadas que las de la pitaya.

Copal- Es un árbol grande de poco copo, picándolo destila una goma que llaman copal de calidad caliente, es bueno para vilmas y puestos en parches en los sentidos, quita el dolor de cabeza cuando es de frío, injerto con otros menjurjes, se hace el ungüento de sánalo todo.

Coronilla o San Miguelito- Para tullidos y picadas de animales ponzoñosos, frita en manteca y puesta en la picada, se quita el dolor y no tiene riesgo.

Chichicayote- Es una rama que se arrastra como la calabaza, tiene la misma hoja y da una calabacita mediana, mayor que una naranja grande y lo usan para purgas los que están cargados de flemas porque es caliente, se toma una de dichas calabacillas y se parte por la mitad, se raspa bien por dentro y se le quitan todas las tripas, después de raspado, se llena de agua y se pone al sereno, otro día muy temprano se calienta en la misma cáscara, se toma tibia y en ayunas; también es buena para sanar el vaso inflamado, al que ha tenido fríos y calenturas se quiebra y tatema en el rescoldo, después se le saca las tripas y en forma de emplasto se aplica sobre el vaso.

Chichiquelite- Es una rama mediana que se da donde hay humedad, es de calidad húmeda y se les da a beber a los atabardillados, molida y con un pedazo de azúcar; untado es bueno para la disipela.

Chilicote- Es un árbol derecho, no muy grueso y de poco copo, de

esta semilla, que es parecida a la de una abellana y de distintos colores: bayos, amarillos y colorados. Es muy caliente y buena para dar unciones a los dolores de hueso frita ensebo, quemada y molida se pone en la muela, quita el frío también, es buena frita para que revienten algunas hinchazones: como son nacidos, aplicándolo donde hace punta. El Palo de Chilicote es usado con el propósito para labrar imágenes de santos, por lo dócil de la madera.

Chino- De proporcionada altura y grueso, estila un género de goma negra y esta, incorporada con un pedazo de baqueta y una poquita de sal bien molido todo, sirve para llagas que tienen materia.

Choya- La choya es muy espinosa, no tiene hojas, se usa para vilmas, para quebraduras se hierve en orines, hasta que espesa y se pone emplasto y se empalma la quebradura, se deja hasta que solde.

Echo- Es muy alto y espinoso, no da hojas, tiene muchos brazos, todos cuajados de espinas, da una fruta dulce, con muchísimas espinas amarillas, que no se le pueden quitar, se abre con bastante trabajo, para poder comerse la fruta, que es del tamaño de una naranja; para curar heridas es muy buena porque se cuece en pedazos y con el agua de este cocimiento, se lavan las heridas y se hace un bálsamo de él y en unas mechas se mete en la herida, entonces viene aquella carne mala que es sustituida por la buena. Es un dolor muy grande el que causa en las heridas, pero es muy saludable.

Estafiate- El Istafiate es una rama muy mediana y delgada, su grosor, es del tamaño de un dedo mas o menos, no tiene brazos sino que en el mismo palito da las hojas, es de calidad caliente, rescoldado y aplicado en cualesquier dolencia de frío, es muy útil cuando es cortado verde y puesto a secar en la sombra, después, ya quemado, su ceniza, batida en agua tibia y bebido se aprovecha contra las crudezas del estómago, en la misma forma que se da a beber a los que están mordidos de la rabia, recolectado cuando todavía está verde y machacado, hervido con el suficiente aceite para que no llegue a quemarse, se usa contra las obstrucciones del Baso y untado en la boca del estómago, la cocción, se utiliza por el que lo tiene descompuesto de frío y lo mismo hace en cualquier otro dolor de frío.

Garambullo- Es un árbol que tiene los brazos muy delgados y muchísimas hojas menudas, da una fruta anteada de color ante amarillento, tan menuda, que se come.

Golondrina- La golondrina, es una planta que está tendida en la tierra, tiene la hoja redonda y su rama, tiene en el centro como leche, es caliente, lavando con su cocimiento las llagas, las hace costrar, cocida y bebida como infusión es buena para el que tiene hemorragia por la boca.

Guamúchil- El Guamúchil, es un árbol muy coposo, alto y frondoso, da una bainita y dentro de ella la fruta blanca con pepita negra, muy dulce su corteza, es buena para curtir cueros.

Guásima- Es un árbol muy frondoso, la frutilla que da la comen los naturales, quedando la necesidad tostada en polvo, su palo se usa para hacer cajas de escopeta.

Guayacán- El Guayacán, es un árbol mediano, alto y grueso, su madera es muy fuerte, para obras blancas, su color negro es muy lucido. El té tiene virtud contra el humor gálico, bebido en cocimiento, quita los dolores de huesos. En la medicina tiene usos idrópicos, haciendo una canoa en el mismo palo y echa el agua en ella y se da a beber fría, así mismo, sirve para los gálicos, dándose a beber la cascara del referido palo enagua y se arropan bien de manera que no les de el aire.

Guayparin- Es un árbol de cuatro varas de alto, con grueso de dos tercias en circunferencia de una fruta silvestre, que comen los brutos y algunos racionales.

Higuera- La higuera, es un árbol muy grande y frondoso, agarra mucha tierra su ruedo, es buena la fruta que da para comer, comúnmente le llaman higo cimarrón del tamaño del de Castilla y con el tronco principal se hacen canoas, para los pasaderos en los ríos, cuando están grandes, se hacen de el también batas para lavar metales u otros efectos pertenecientes a Minería como también, artesas para amasar y otras cosas útiles que se hacen con ella.

Higuerilla- La higuerilla, es una mata de mediana estatura, tiene la hoja muy parecida su fisonomía a la de la de Castilla, aunque no tan perfecta, es muy frondosa y verde, es de calidad muy fresca, aplicando la hoja en los dolores de cabeza, siendo de calor, lo quita, y en la misma

conformidad se le aplica a los atarbadillados, como a las once quitando unas y poniendo otras y en caso de necesidad urgente, se ponen en cualquier hora. Molida y frita en sebo y puesta en la boca del estómago en forma de emplasto arranca el empacho; para el dolor de garganta, siendo de calor sirve aplicándola con unto sin sal.

Huizache- La madera del huizache se da en tres o cuatro varas de alto y grueso como de una cuarta, en circunferencia, da unas bainas, que cuando secan, se ponen de color prieto, del tamaño de una octava de vara, machacado o cocido, con una poca de sal, se utiliza para tinta de escribir; mixturándolo con alcaparras, o puesto en infusión, crudo, para los tres días incorporarle dicho ingrediente.

Macapule- Son muy frondosos pero de poca caña y de ninguna fuerza para ser usada como madera, por lo que no se utilizan para nada y solo a la fruta se aprovecha para comer.

Malva.- Malvavisco o malva cimarrona, como se le llama comúnmente, sus hojas son menudas, su varasón muy delgada, es medicinal y en cocimiento se usa para los atabardillados, porque es fresca y administrada en ayunas se obtienen mejores resultados.

Matenene- Es una planta que se extiende por el suelo. Su raíz sirve para ser usada como purga por aquellos que padecen de humor gálico, se prepara una infusión después de que sus hojas han sido martajadas, puestas al sereno y cocidas, al día siguiente se cuela y tibia, se toma de esta infusión medio cuarto del cocimiento; las hojas tatemadas, se colocan en el oído cuando duele por frío: lo quita.

Mezcal- El mezcal, es una rama alta con pencas, en la punta de estas, tiene espinas salteadas por los dos lados; en cada punta, tiene una espina larga, tatemada la cabeza y molidas sus pencas, se elabora aguardiente de mezcal. De la misma cabeza, ahora martajada, sus hojas sudadas y exprimidas, se hace sumo y tallada cualesquier llaga con este sumo, aún cuando sea maligna, saca el frío, hace costra y lo sana con facilidad, es mejor si se hace un bálsamo con ella, el cual se hace con el sumo de las hojas, hirviéndolo bien espumado, hasta que queda más espeso que majado y se aplica en forma de parches o mechas, sobre las llagas o heridas; también tatemando sus hojas y aplicadas calientes sobre

cualesquier inflamación que haya, lo saca y lo desparrama fácilmente, la espina que da en la punta, tostada y tomada en polvo en agua tibia por la mañana y en ayunas, es buena para hacer correr la purgación.

Mora- Es propia para elaborar tintas de color amarillo, en cocimiento de agua simple, mixturada con piedra de alumbre.

Nopal- Se le llama así a una tuna cimarrona. Hay en abundancia y la fruta se come. Se usa para dolor de costado y para este efecto se asa en la lumbre y enjugada la baba que tienen se aplica al dolor y se alivia el paciente.

Palma- Es un árbol alto, que no tiene brazos y en la punta da un copo muy frondoso, que siempre está verde y de sus hojas, se hacen petates, cabestros y chiquigüites, su fruta es como una bolita que llaman tacos, los más con hueso y solo el pellejo se come, es muy dulce.

Palo Brasil- Sirve para dolor de oídos, poniendo un pedazo de este palo a cocer en agua, ya cocido, a las dos curas, se quita el dolor; también sirve para la tiricia, dolor de riñones, haciendo el mismo cocimiento y bebiéndolo después de haberlo reposado por veinticuatro horas, queda sano a las dos o tres bebidas.

Papache- Es este, un árbol muy espinoso, con muchos varejones delgados de muchas cruces, de estas, penden las hojas; da una fruta prieta con muchas pepitas que se comen, son entre amargo y dulce, se hace con las pepitas, una agua muy sabrosa, bebiéndola después de los alimentos, y son buenas, para el dolor de estómago comiéndolas en ayunas.

Peonía- Es una planta mediana, que tendrá de altura poco más de una cuarta, tiene la hoja muy salpicada y en la punta una flor menuda y medio rasposa; la raíz de la Peonía es medicinal, usándose contra todo género de ventosidad o crudeza en el estómago, la manera de tomarla es: se asienta un poco de lejía de ceniza y moviéndola se incorpora en ella, después de realizado todo el proceso, se bebe; elaborado de la misma manera y tomada en ayunas, es útil para las ventosidades y frialdades del estómago. También es buena para el dolor que comúnmente llaman de corrimiento, elaborándose de diferente manera: se fríe un poco de sebo y después de quitado del fuego, se le incorpora el polvo para que suelte, con el resultado se dan baños en la parte adolorida, guardándose

bien del frío; es utilizada también para el encrudecimiento de estómago, masticándolo en ayunas y tragando la saliva, esto se puede repetir cada vez que se quiera, compone el estómago.

Pochote- Es un árbol alto que tiene poco copo, el fruto es una bola y dentro, tiene una especie de algodón, hilado sirve para pabilos de candelas, el cual se usa mucho; la raíz escarbada como el camote, se chupa y es buena para templar la sed, es muy fresco.

Sabino- El sabino es un árbol muy grueso, es utilizado para todo género de obras de carpintería, aunque no es muy duro; sus hojas son de calidad muy fresca, cocidas y bebidas se utilizan para curar la rabia; entre este tipo de árboles hay uno al que le llaman Macho, al cual también le llaman ojite, el cual tiene la virtud contra la lepra o llagas enconadas, aplicándolo sobre ellas con una pluma, en forma de tonsura. La manera de sacarlo es que se usa una olla de barro nueva, que no se haya estrenado y se llena de rajitas de este palo, y muy bien acomodadas, se coloca la olla boca abajo en una hornilla y se atiza por la parte de arriba y por la de abajo, se abre una boca y se coloca una vasija para que estile, el resultado se toma y guarda para su uso. Como cinco y seis leguas arriba de la villa de Sinaloa, hay otro árbol al que llaman sabinos, el cual tiene cañas como de catorce y dieciocho varas y de grosor como de dos o más, de él se hacen tablas y vigas para las iglesias y casas. Se mantiene dentro del agua sin podrirse, como catorce o veinte años según se ha experimentado en estos lugares.

Saya- Es una planta muy pequeña, la raíz se seca, muele y se hace polvo, el cual utilizan los indios en las heridas de flecha; también es buena para comer, ya sea cruda o cocida, también hacen una masa con ellas.

Tescalama- Es un árbol que se da en los peñascos, sus raíces se introducen por las aberturas de ellos, da una fruta menuda que es muy dulce y comible, ésta tiene un género de leche que dándole unas sangrías estila y ponen una poca de lana y absorbida en ella se pone en la cintura de quien está lastimado, y sana; también es buena para los flujos de sangre que poniéndosele a las mujeres en la cintura, con ello se les detiene el flujo desangre.

Teso- El teso, es un árbol coposo, que aunque muy áspero, es de madera buena para obras blancas de carpintería, su color: colorado cuando su

madera es fresca y negro cuando esta seca: la cáscara de la raíz martajada y en bolitas, aplicadas estas calientes, es buena para el dolor de muelas.

Toloache- Es una rama que tendrá poco más de una vara de alto, la hoja es ancha y verde, es caliente y da una flor blanca. Molidas sus hojas, tatemadas con sebo o enterradas en rescoldo caliente y secadas, se abren y aplican a cualquier hinchazón que haga punta y la revienta, especialmente para los incordios ó nacidos.

Uvalama o Igualama- La uvalama es un árbol grande y frondoso, da una fruta negra y muy dulce, del tamaño de una cereza.

Yerba del Chibato- Es buena para beber contra la purgación, por lo que no se ocupa nada y la fruta que da semeja al melocotón, se come y es dulce cuando está en sazón.

Zapuchi- Como el papachi, el zapuchi es muy ordinario, con muchos varejones delgados, da una fruta que se come con muchas pepitas y es bueno para vinagre.

FAUNA

Clasificación.

Los ejemplares de nuestro reino zoológico silvestre se catalogan y clasifican en las siguientes clases y órdenes.

CLASE DE LOS MAMÍFEROS:

Carnívoros: Coyote (Canis lartans); zorra (Urocyon cineoargenteus), gato montés (Felia catus); puma (Felis o Puma con color); mapache (Procyon locotor); onza (Felis pardalis; Felis hernandezii; zorra (caniscinereoargenteus); zorrillo (Mephitis mephítica).

Desdentados- Armadillo (Tatusia novecincta).

Marzupiales- Tlacuache (Didelphis mesamericana).

Paquidermos- Jabalí (Dycotiles torcuatus).

Roedores- Ardilla (Scirius vulgarus); topo (Talpa europea); tuza (Geomys mexicana).

Rumiantes- Venado (Cervus virginianus).

CLASE DE LAS AVES:

Palmípedas- Ansar (Anatide: Ansar Gambeli); gaviota (Larridae: Larus delawariensis); pato canadiense (Anas, sp.); pato zambullidor (Anidae: Podylimbus prodiceps).

Zancudas- Churea o culebrera (Butorides virescens); garza blanca (Ardeidae: Herodías egreta); garza rosa (Ardeidae: Ajoja rosea); grulla (Gruihychus); tildillo (Charadriidae: Oxyochus vocyferus).

Rapaces- Gavilán (Falconinae: Falco spaverius); halcón (Falconinae: Falco comunis), lechuza (Striginae: Dtrix flamea), lechuza tecolotito (Stringinae: Scops Mc. Calli); tecolote (Buhoninae: Búho virginianus); zopilote (Sarco-ramphinae: Catarthes californianeus), C. Felena, C. Aura y Rhinogriphus aura).

Columbinas- Paloma (Columbidae: Columba doméstica, C. Falvirostris); paloma azul (Columbidae: Columba fasciata); tórtola (Turtur vulgaris).

Gallináceas- Cuichi o chachalaca (Gallinae: Ortalida Mc. Wagleri); choli o codorniz (Virconae: Bophortis Gambelli).

Prensadoras- Loro, cotorra (Psittacidae; Chrysotis lavaillanti); perico (Psittacidae: Psitaculla oyanopyga).

Pájaros- Cardenal (Cardenalis virginianus); calandria (Icteride: Alauda calandria); carpintero (Pcide: Pius harrisu); cuitlacoche (Hirundo rústica); Urraca (Corvidae: Cyanurus collisii); zanate o chanate (Quiscalus maerorus).

CLASE DE REPTILES:

Saurios- Camaleón (Camaleo vulgaris, tepaya orbicularis); escorpión o lagarto (Holoderma horridum); güico o lagartija (Tropidolepsis, varias); iguana (Iguana delicatissima); salamanquesa (Phillodactylus tuberculosus).

Cocodrilianos o emidosaurios- Caimán (Lacertae: Alligator mississipiensis). Ofídeos-Coralillo o coral (Elaps fluvius); culebra ceniza (Oxyrrhina, varias sp.); ilamacoa o matzacóatl (Boa constrictor); víbora de cascabel (Crotalus cascabella, C. Horridus, C. Basiliscus); víbora sorda; culebra chirrionera.

Insectos, los hay de todos los órdenes, especies y géneros.

En cuanto a las familias marinas, las hay muy variadas, tanto en bahía como en las aguas del Golfo y se enumeran las siguientes:

Quelóneos- Tortuga de mar o caguama (Chelone mydas).

Ecuanodermus- Anchorreta, botete, barrilete, cabrilla (Paralabrax maculatofasciatus, Steindacher); cabrila pinta (Ephinephelus analogus, Gill); Cabrilla punteada (Ephinephelus labriformis); coconaco (familia de los pargos, gran variedad); chihuilli (Zoogoneticus); cochi, cornuda, curiel rojo, curiel dorado, curvina blanca (Cynoscion albus, Gunher); curvina café (Cynopscion sp.);

Curvina dorada (Cynoscion sp.); curvina negra (Cynoscion sp.); curvina listada (Cynoscion reticulatus, Gunther); chopa dorado (Chrysophis aurata); gavilán; lisa negra (Mugil lisa); lisa café (Mugil lisa); lopón plateado; mojarra (Hepatus argentus); mojarra china, mojarra meluda (Calamus Brachysomus, Lackington); mero (Perca scriba); palomete (Trachinotus Kennerly, Staeindachner); pámpano (Trachinotus sp.): pez vela, pargo amarillo (Neomaenis argentriventris, Peters); pargo chivato (Neomaenis guttatus, Steindachner); pargo colorado (Neomaenis colorado, Jordan y Gilbert); pargo mulato (Neomaenis sp.); pargo prieto (Neomaenis novemfasciatus, Gill); pargo rayado (Hopolopagrus guntheri, Gill); pargo raicero; robalo blanco (Centropomus undecimalis); robalo negro (Centropomus nigrences); roncacho o roncador (Curvina ronchus); roncacho chino, roncacho negro (Macrocephalus); toro, negro, totuava (Synoscion madonali, Gilbert); tula; cabezona.

Moluscos- Calamar, almejas, poco ostión.

Selacios- Mantarraya (Manta birrostris); pez martillo o cornuda (Squalus sygaena); pez sierra (Pristis antiquorum); tiburón amarillo, tiburón cazón (Squalus musteles); tiburón chato, tiburón gavilán, tiburón gato, tiburón tigre, tiburón lobero, tiburón verde (Squalus galucus); tiburón volador, tiburoncito (Gynglymostoma cirrhatum); torpedo (Narcine californica).

Siluroides- Bagre (Ycatalurus dugesii).

Labofranquios- Caballito de mar (Hippocampus ingens).

Macropteridios- Anguila (Anguila vulgaris).

Crustáceos- Camarón, cangrejo. Hay cuatro clases de camarón:

azul o mezclilla, rosado o blanco, café o kaki y rojo o piojillo. El primero es el más solicitado en el comercio y la hembra llega a alcanzar hasta 23 centímetros; se localiza desde la orilla del mar hasta una profundidad de 10 o 12 brazas. Las hembras de la segunda y tercera clase, también llegan a alcanzar dicha dimensión, más nunca las de la última de las cuatro clases apuntadas. La temporada industrial o de pesca del camarón, se halla comprendida entre el primero de octubre y la primera quincena de mayo, estableciéndose la veda por el resto del año.

Pinnípedos. Lobo marino (Macorhinos angustirostris), mamífero del género Otaria. Son como focas, pero de hocico más corto, de color leonado, de mayor peso y tamaño. Los machos llegan a alcanzar media tonelada de peso y hasta dos metros de largo.

Hay una colonia de estos lobos en el farallón de San Ignacio, anualmente emigran a la Baja California y a la isla de Lobos; pero regresan y permanecen en el farrallón desde enero hasta junio. El farallón de San Ignacio es uno de los sitios más atractivos para la pesca deportiva.

DESCRIPCIÓN.

La "Relación de Sahuaripa". Que ya conocemos por antecedentes, en sus descripciones, incluye la de la fauna regional, de la que se ocupa en forma minuciocísima y sabrosa. Reproduzco lo que a continuación se expone:

"Animales silvestres y perjudiciales en los domésticos, como es en la caballada y mulada, ganados, etc., hay en el país los siguientes: Tigre, León, onza, gato montés, zorra, lobo y coyote. De todos estos hay en abundancia, de las especies mencionadas, sólo la piel del tigre, es usual por lo vistosa, para hacer cosas en sillas de montar a caballo, hacer armas que llaman unas y que usan sobre dicha silla, con corte redondo de abajo y atarreas de aparejos los arrieros; hay otro animal que llaman oso, de este hay pocos, unos prietos y otros alazanes, que son los más bravos; perjudican los dichos en las milpas cuando están en fruto de maíz y también matan caballada y ganado cuando se empican, y para matarlos cuesta mucho trabajo por lo bravo que son y fuerte, pues a caballo detienen cogiéndolo de la cola con la mano; su piel de estos la usan para dormir en ella como colchón por lo lanuda y es medicinal para los

que padecen dolores de huesos, y el unto del referido oso es eficaz para lo mismo, untado en las partes que duele, por lo muy caliente. El cuero o piel del león ya dicho lo usan los indios para guardar las flechas, haciéndolo funda y llaman carcaje"

"Venados hay muchos y la piel de estos, pelada y curtida, llaman gamuza, que usan en medias que llaman botas, calzones, solapas, etc., en especial los arrieros y mas gente de campo. La carne de dicho animal la comen y en el vientre cría una piedra que llaman besual (aunque no todos) y esta la estiman y usan en varios medicamentos; las que yo he visto son hervir en agua dicha piedra y esta tomarla tibia; hace sudar mucho y se quitan los fríos y calenturas y también raspada y bebida en agua tibia o vino de uva, desbarata las piedras de la vejiga y echada en la olla de agua que se toma corrientemente por agua natural, preserva de criar dichas piedras; es también eficaz contra el aire, sahumando con el polvo de ellas raspado. Hay también en abundancia liebres y conejos y los cazan y comen los indios. Hay jabalíes muchos, que son a modo de cerdo, aunque el color es diverso, pero en la fisonomía, de color son plateados. Hay tejones y mapaches, los últimos son colorados, y no sé que perjudiquen; los primeros son plateados y muy dañosos o perjudiciales a las milpas de maíz, estando este en leche, que endureciendo ya no lo comen. Hay tacuaches, tienen trompita como cerdo y cola pelada, que dicen ser muy eficaz para sus remedios; son de color pardito y la hembra tiene la particularidad de cargar a sus hijos, siete o más que pare, en una bolsa que del mismo cuero o pellejo se le forma entre las verijas, y allí los trae todo el tiempo que maman, y de estos hay muy raros. Ardillas y zorrillos que se crían en las casas y abundan mucho, hacen cuevas junto a los cimientos de las paredes; dicha ardilla perjudica las semillas o bastimentos guardados, y los zorrillos, las gallinas".

"Razón de las aves domésticas y silvestres. De las domésticas serían gallinas, guajolotes y palomas. De las silvestres hay guajolotes, que son lo mismo que los domésticos en fisonomía y color, que en unos y otros hay dos: Negro y abado y sólo diferencian al silvestre del doméstico en que aquel no tiene papada y éste la cría en el pecho, que es una gordura como lonja de cochino o cerdo. Hay cuervo que perjudica lo sembrado

sacando la semilla de la tierra, como cuando da fruto la mata, en especial el maíz, y caza los pollos chicos, y hay dicho cuervo en abundancia. Hay auras, que comen los animales muertos. Hay queleles, que hacen lo mismo que la dicha aura, y no hay muchos. Hay gavilanes de dos especies, unos llaman sipis, y estos son grandes y la pluma pinta de pardo y blanco; otro halcón, que es pequeño y del mismo color; ambos cazan los pollos y gallinas, pero es más atrevido el chico; la pluma de ambos aprecia mucho el indio para las flechas, dicen que son fuertes para cortar el aire, no se escarapelan como las de otras aves. Hay tecolotes muchos y aguilillas. Por el invierno, desde principio, ocurren muchos ánsares y grullas y se van para el Norte, por Marzo, como a fines, dicho ánsar perjudica el trigo en mata chica comiéndolo, y la grulla el maíz en las pizcas, y ambas aves se comen. Patos hay pocos, se mantienen en los charcos, por no haber lagunas. Hay gansos de tres colores: blancas, pardas y pintos de negro y blanco"

"De las avecillas chicas hay zenzontle, que es pajarito pequeño pardito, el más apreciable del reino por ser de canto continuado y con diversidad, pues imita en él a todos los pájaros de canto sonoro con perfección, lo mismo a varios animales como gatos, perritos, etc., y la hembra no canta. Cuitlacoche es pajarito más grande, del mismo color; tiene en su canto un solo torrente, pero muy sonoro y este no continuado. Cardenal, este es del tamaño del cuitlacoche, su plumaje es colorado todo el cuerpo y el copete negro, y su canto es suave, aunque no continuado; el machito es de dicha fisonomía, la hembra es pardita y no canta. Palomitas, de estas hay de dos géneros, ambas de color aplomado, a unas llaman torcazas y a otras tortolitas; estas se comen. Hay otros dos géneros de avecillas llamadas godornis y perdiz, estas parditas y copetonas, aquellas pintitas de pardo y blanco, ambas son muy gustosas para comerse. Tordos, de estos hay unos que abundan de varios colores, y su tiempo es en la primavera; hay negros, puros negros, con el pecho amarillo y la punta de las alitas blancas, y parditos; tienen su cantillo no especial. Gorriones; estos ocurren en el país por fines de marzo y hacen sus casitas pegadas en los techos o pared de las casas y comenzando el invierno se van, multiplicando porque aquí vienen a parir. Otros pajaritos

pequeños hay que nombran los indios por el canto mismo que tienen, por ejemplo, el chimi, porque así canta, y no tiene especialidad, por lo que no me difundo en explicarlos".

"De los animales reptiles y de las sabandijas que hay en el país: víboras, escorpiones, coralillo, sintopies. Todos estos son muy venenosos, culebras de varias especies, unas llaman alicantes, que azotan como un chirrión con el mismo cuerpo, y son de vara largas, otras del mismo tamaño se mantienen a la orilla del agua con ranas y otros animalitos; otras que son grandes y gruesas llegan a crecer del tamaño de una vigueta o morillo mediano. Tienen en la frente, una cruz natural, perfecta. Tienen la particularidad, lo mismo que las víboras y escorpiones ya citados de atraer con el aliento a los conejos y liebres, con tal circunstancia, que si en el intermedio no cruza otro animal grande, o gente, que corte el hilo de dicho aliento, se están brincando en un lugar sin poder correr: Cuando dichas Culebras son medianas, que aún no han crecido lo regular del tamaño, que he dicho, casan las gallinas, envolviéndose en ellas, que les quiebran los huesos y se las tragan enteras; son muy fuertes; los indios no las matan por que creen que son madres o fomentadoras de los ojos de agua y de una, cuentan que dicen de gran monstruosidad, que fomenta dos aguajes distantes uno de otro, veinte leguas, que en temporadas vive en uno, y en otro; afirmándose que le ven el rastro, cuando transita por donde se va arrastrando; otra culebra hay pequeña del tamaño de las regulares, Tiene la cabeza larga, con pico en la boca y se enreda a los palos o árboles y se ha verificado que cruzando una persona por allí, le brinca al rostro a querer picarle los ojos, en las referidas culebras no se ha experimentado ponzoña".

"Hay alacrán, matavenado, tarántula, ubari, que todas estas especies son muy ponzoñosas y hay muchas, hay pinacate y grillo, que estos dicen que por tiempos pican y son ponzoñosos; hay hormigas prietas, coloradas y amarillas y su ponzoña, no es de peligro de perder la vida y hay muchísimos hormigueros; hay mochomos que pelan los árboles de sus hojas, frutales y silvestres; hay abispas, que dañan los duraznos en la fruta, tumbándola y pican, hay abejas de dos calidades: coloradita y amarilla, las que en las peñas o ramas forman panales y

en principio de aguas, que reverdece el campo, en las ramas y flores forman de zacate panales, y oquedades como ollitas, llenando miel, que chupan de dichas ramas y flores, y por el mes de octubre se cortan y comen, por estar la dicha miel perfecta y en lo adelante se convierte en gusano y de este en la referida abeja y pican y duele mucho aunque no es ponzoñosa o de peligro: Lo mismo sucede con un animalito que llaman jicote, en su ponzoña, que no es de riesgo, aunque duele mucho, este es amarillito, de medio cuerpo abajo y por arriba negro, forman debajo de la tierra sus panales, que hacen de ollitas de goma de palos y con la misma disposición del barro, se liquidan en cera, estas llenan de miel de las mismas ramas o flores, que la del panal de la citada abeja que está liquidada y en proporción de comerse: hay moscón, que el animalito es semejante al jicote en fisonomía y de color, es puro negro: hay mallates, que dañan en la uva donde la hay, y en el durazno cortando el fruto o agujereándolo".

"Hay ratas, ratones, guicos, y camaleones que a todas estas especies no se les han advertido más que ser perjudiciales en los sembradíos, secando la semilla y en las trojes; Hay un animalito que llaman cochinilla, que se cría debajo de las piedras y este refregándolo en los empeines lo quita. En tiempo de calor abunda mucho la mosca, que hay de dos especies: una grande que es verdosa y otra que produce el gusano y la común. Por tiempo de aguas abunda el mosquito que llaman zancudo que, perjudica de noche no dejando dormir, con sus piquetes y zumbido. En las semillas que se siembran caen por lo regular dos langostas en el maíz y en el frijol un gusano que se encuentra en el cogollo de la mata y total lo pierde; en el trigo el que llaman chaquiste, que es un animalito imperceptible, del color semejante a los polvos de tomar, el cual cogiendo al trigo en leche, lo chupa, cogiéndole algo duro no le hace tanta mella, y al maíz y frijol también le cae y hace el mismo daño".

CENSO DE POBLACIÓN.

Tomando como base el censo general de las provincias de la Nueva España practicado en 1793, el barón de Humboldt, hizo en 1804 el

cálculo estadístico de la población, ajustado a esta última fecha. Los datos del barón asignan a la villa del Fuerte o Montesclaros, debiéndose entender que a su partido o jurisdicción 7,900 habitantes; a Los Álamos otro tanto; a la villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa 9,500 y a Culiacán 10.800.

El próximo dato de que tengo conocimiento, se refiere a la municipalidad del Fuerte, no al distrito. Se halla en la "Noticia Estadística del municipio de El Fuerte", fechada el 1°. de enero de 1869, documento que obra en el archivo del ayuntamiento de El Fuerte. Tenía entonces la Villa de El Fuerte, 1872 habitantes: Chinobampo 550, Tehueco 1,410; cifras que posiblemente les conciernen como alcaldías. En el año de 1869, se llevó a cabo el censo en toda la República, conforme al cual el estado de Sinaloa tenía entonces 162,298 habitantes. Con fundamento en el censo expresado, García Cubas en 1871, señala al distrito del Fuerte con 23,348 habitantes, al de Sinaloa 23.157 y al de Álamos, del vecino Estado de Sonora, 21,800.

Apoyándose en el censo de 1869 y mediante los cálculos permitidos por los informes estadísticos que anualmente rendían algunos ayuntamientos, el Licenciado Eustaquio Buelna, hizo en 1873, una estimación de la población con que contaban los distritos y las municipalidades del Estado de Sinaloa. El distrito del Fuerte, tenía entonces 23.437 habitantes, repartidos: 9,470 en la municipalidad central o de El Fuerte, 8,358 en la de Choix y 5,609 en la de Ahome. La Villa de El Fuerte, cabecera del distrito, contaba con 3,000 almas; y por los datos que anteceden, desde luego se advierte que la zona menos poblada de la región era la de Ahome.

Por alcaldías, esa población se distribuía de la siguiente manera: En el municipio del Fuerte. El Fuerte, alcaldía central, 6,201; Chinobampo 876; Tehueco 1,395 y Sivirijoa 998; En el municipio de Choix: Choix, alcaldía central, 3,438; Toro 819; Baca 1,881; Aguacaliente 447; Baimena 656; Yecorato 601 y Bacayopa 486. En el municipio de Ahome: Ahome, alcaldía central, 965; Mochicahui 1,671; San Miguel 1,160; Mavari 1,132 e Higuera de Zaragoza 671, habitantes.

Cuando en 1881, se levantó nuevamente el censo general del

Estado, el distrito se hallaba dividido políticamente en directorías y éstas, en alcaldías; habían desaparecido las municipalidades, quedando tan sólo una para todo el distrito, que fue la de El Fuerte, con su ayuntamiento. Este censo arroja para el distrito del Fuerte, 27,927 habitantes, de los que corresponden 11,194 a la directoría central o de El Fuerte 27,927 habitantes, de los que corresponden 11,194 a la directoría central o de El Fuerte, 9,178 a la de Choix y 7,015 a la de Ahome. Por alcaldías se distribuía así esta población: En la directoría central: El Fuerte a 7,470; Chinobampo 952, Tehueco 1,613 y Sivirijoa 1,159. En la directoría de Choix: 3,783; Toro 891; Baca 2.047; Aguacaliente 528; Baimena 658, Yecorato 832, Bacayopa 515 y Huites 464. Por último en la directoría de Ahome: Ahome 1,279; Mochicahui 2,071; San Miguel 1,328, Mavari 1,429, e Higuera de Zaragoza 854.

En el informe anual que el prefecto del distrito C. Aurelio Ibarra, rindió el 15 de abril de 1883 al H. Ayuntamiento del Fuerte, manifiesta que la población del distrito era de 28,598 habitantes; con la indicación de que la población normal era de 32,000, pero que aparecía disminuida en virtud de la emigración que por aquellas fechas se había registrado a causa de la escasez de las subsistencias.

El censo nacional que se levantó el 20 de enero de 1895, que desconozco en su detalle, asigna al distrito del Fuerte 31,570 pobladores.

Otro censo, el de 28 de octubre de 1900, publicado por la Secretaría de Fomento en 1905, acusa para el distrito una población total de 45,530 almas. Entre los datos que conciernen a la jurisdicción aparece la villa de El Fuerte con 2,096 habitantes, la de Choix con 729; el pueblo de Ahome con 715; la hacienda de El Águila con 665; el "rancho" de Los Mochis, propiamente los campos de los colonos, puesto que en esa fecha, ni siquiera nacía la población de este nombre, con 517; el rancho de San Blas con 196; Mochicahui con 757, Topolobampo con 31; Chinobampo con 931, Higuera de Zaragoza con 737; etc.

Según el censo general levantado el 28 de octubre de 1910, el número de habitantes del distrito, era de 50,490; la densidad de población, 3.7 habitantes por kilómetro cuadrado. De las poblaciones principales el número de sus moradores es: El Fuerte 3,045; Ahome

502; Choix 1,097; El Águila 600; Mochicahui 696; San Blas 431;

Topolobampo 270: Chinobampo 815; Higuera de Zaragoza 525. Este censo demográfico, publicado en 1918 por la Secretaría de Fomento, fue el último que comprendió al distrito del Fuerte como entidad política. Los posteriores, de 1921, 1930, 1940 y 1950, aluden a los municipios de todo el país, ya que son ellos el elemento básico de la división política territorial de la República.

A fin de que se aprecie el desarrollo demográfico de nuestras municipalidades y de sus principales centros de población, se prosigue la cuenta estadística de los últimos censos referidos. La población del municipio de Ahome era respectivamente en los años de 1921, 1930, 1940 y 1950 de 17,986, 30,394, 30,208 y 60,081 habitantes y respectivamente era su densidad media de población 4.09, 6.27, 8,98 y 13.65 habitantes por Km.2. En 1950, la población del municipio representaba el 9.47 de la población total del Estado. En los mismos años de 1921, 1930, 1940, y 1950, Los Mochis tenía 6,649, 10.004, 12,937 y 21,491 vecinos; Ahome, 149, 1600, 1,500 y 1,926, Topolobampo 538, 572, 598 y 1,738, Higuera de Zaragoza 742, 816, 742 y 1,511; San Miguel Zapotitlán 592, 954, 367 (dato erróneo) y 1,932.

En la misma forma, el municipio del Fuerte, según los censos de los años citados, tenía 26,024, 25,847, 32,558 y 40,378 habitantes respectivamente; siendo su densidad de población sucesivamente de: 6.59, 6.54, 8.24 y 10.22 habitantes por kilómetro cuadrado. En 1950, su población equivalía al 6.36 por ciento del total del Estado. Sus principales poblaciones arrojan para esos años de 1921, 1930, 1940 y 1950 respectivamente, los habitantes que a continuación se especifican, El Fuerte 2,836, 2,245, 2,936 y 3,551; San Blas, 1,801, 1985, 1747 y 4,220; Chinobampo 1,232, 1,101, 1,314 y 1510; Mochicahui 758, 723, 982, y 1,224; Charay 438, 752, 614 y 1,205; La Esperanza 163, 558, 602 y 753.

Por último, al municipio de Choix, le correspondieron en el mismo orden y relación, las cifras siguientes: Población total: 16,285, 14,565, 22,753 y 27,939, lo que da 4.14, 3.34, 5.22 y 6.41 habitantes por kilómetro cuadrado respectivamente. Localidades: Choix: 1,421,

1,100, 1,462, y 922, Aguacaliente Grande 500, 780, 1,152 y 1,729, Bajósori 407, 400, 481, y 684, San Javier 374, 355, 615 y 843; Santa Ana 419, 400, 575 y 883; Toro 467, 327, 542 y 660; Baca 178, 219, 193 y 236. Comparativamente la población del municipio equivale a 4.40 por ciento de la del Estado, en 1950.

CAPÍTULO XI
LA INDEPENDENCIA EN EL NOROESTE

LA HOSTILIDAD DEL CLERO

La lucha por la independencia tuvo en la intendencia de Sonora, significativa trascendencia a la vez que desafortunado desenlace, según lo indican los acontecimientos que se desarrollaron en la Provincia de Sinaloa, hoy estado del mismo nombre.

El movimiento bélico se había iniciado en forma organizada, ardorosa y pujante, con laureles de victoria, en el Real del Rosario, cabecera de partido de su nombre. Más sucedió que bien pronto aquella inflamación revolucionaria militante se vio sofocada por la tremenda derrota que sufrieran las armas insurgentes en San Ignacio de Piaxtla. Fuera de esos lugares, no tuvo en el solar sinaloense, otra exteriorización bélica la noble causa de la patria, más que la que esporádicamente se registró, en forma desafortunada, en los partidos o subdelegaciones norteñas de Sinaloa y El Fuerte.

El fracaso no se debió sin duda a que escasearan en la Provincia los partidarios de la independencia. Los factores negativos fueron otros; pues al éxito de la lucha le fue terriblemente adversa la impericia del comando militar insurgente, aunada a la efectividad del jefe realista García Conde y de la política e influencia del alto Clero, a la que se sumaba la de los criollos y gachupines adinerados. El Clero representaba, desde luego, un poder temible. Contra el caudillo de la independencia pesaba el anatema de la iglesia, que no dejaba de ser un contrarrestante para la

difusión y éxito de las ideas libertarias. En contra de Hidalgo, el obispo Manuel Abad y Queipo, de la diócesis michoacana, lanzó el 23 de septiembre de 1810, el siguiente Edicto de Excomunión:

"MALDITO SEA. . ."

"Por la autoridad de Dios Todopoderoso Padre, Hijo y Espíritu Santo, de la inmaculada Virgen María, Madre y Patrona del Salvador y de todas las vírgenes celestiales, arcángeles, tronos, dominios, profetas, apóstoles y evangelistas, de los Santos inocentes, que en la presencia del Cordero son hallados dignos de cantar el nuevo coro de los benditos mártires y de los santos confesores, de todas las santas vírgenes y de todos los Santos, juntamente con el bendito elegido de Dios: sea condenado Miguel Hidalgo y Costilla, ex cura del Pueblo de Dolores. Le excomulgamos y anatematizamos desde las puertas del Santo Dios Poderoso, le separamos para que sea atormentado, despojado y entregado a Satán y Abirón y con todos aquellos que dice el Señor, aparta de nosotros, no deseamos tus caminos, como el fuego se aparta del agua, así se apague la luz para siempre, a menos que se arrepienta y haga penitencia. Amén. Que el Padre que creó al hombre, le maldiga, que el Hijo que sufrió por nosotros, le maldiga; que María Santísima, siempre Virgen y Madre de Dios, le maldiga; que todos los Ángeles, Príncipes y Poderosos y todas las huestes celestiales, le maldigan: que la Compañía gloriosa de Patriarca y Profetas, le maldiga; que San Juan el Precursor, San Pedro, San Pablo, San Andrés y todos los otros Apóstoles de Cristo juntos, le maldigan y el resto de los discípulos y Evangelistas, quienes con su predicación, convirtieron al Universo, y la admirable Compañía de Mártires y Confesores, quienes por sus obras fueron dignos de agradar a Dios le maldigan".

"Que el Santo Coro de las benditas Vírgenes, quienes por honor a Cristo han despreciado la cosas del mundo, le condenen, que todos los Santos, que desde el principio del mundo, hasta las edades más remotas, sean amados por Dios, le condenen, sea condenado dondequiera que esté, ya en la casa, en el campo, en el bosque, en el agua, en la Iglesia. Sea maldito en vida y muerte. Sea maldito comiendo y bebiendo, hambriento, sediento, ayunando, durmiendo, sentado, parado, trabajando

o descansando, y sangrando. Sea maldito en todas las facultades de su cuerpo; sea maldito interior y exteriormente, sea maldito en su pelo, sea maldito en su cerebro y en sus vértebras, en sus sienes, en sus mejillas, en sus mandíbulas, en su nariz, en sus dientes y muelas, en sus hombros, en sus manos y en sus dedos."

"Sea condenado en su boca, en su pecho, en su corazón, en sus entrañas y hasta en su mismo estómago. Sea maldito en sus riñones, en sus ingles, en sus músculos, en sus genitales, en sus caderas, en sus piernas, en sus pies y sus uñas. Sea maldito en todas sus coyunturas y articulaciones de todos sus miembros; desde la corona de su cabeza hasta la punta de sus pies, no tenga un punto bueno. Que el Hijo de Dios viviendo con toda majestad, le maldiga y que los cielos con todos los poderes que lo mueven se levante contra él, le maldigan y le condenen a menos que se arrepienta y haga penitencia, Amén. Así sea. Amén...".

El 22 de septiembre de 1810, el presidente de la Real Audiencia de Guadalajara, hizo instancia al Regente y Oidores de aquel alto cuerpo, para que se tomaran las necesarias providencias con el fin de evitar que se trastornara el orden dentro de la jurisdicción de la Nueva Galicia. Con tal motivo el Exmo. Fray Francisco de Jesús Rousset y Rosas, cuarto obispo de Sonora y Sinaloa, fue proveído para que exhortara a sus párrocos y éstos a sus feligreses, en el respeto y lealtad a don Fernando VII; y por ello expidió el 29 de octubre del año citado un edicto episcopal, por conducto del Br. José Joaquín Calvo, cura de Culiacán y juez de Testamentos, Capellanía y Obras Pías del Obispado, en el que, en parte dice:

..."Habiendo el tirano Napoleón, corrompido a casi toda Europa y extendido a estas bastas, remotas y preciosísimas provincias en estos tiempos de diabólica corrupción, en todo el buen orden y gobierno, por medio de sus perversos y astutos comisarios, consiguiendo que se rompiera el freno de la obediencia, se envilecieron unos hombres con otros en sangrientas guerras intestinas y civiles, enmascarando con el espacioso nombre de derechos de gentes de codicia, la envidia y la venganza, y no hallando bastante celo a sus pasiones en los robos, asesinatos, homicidios, sacrilegios, arruinaciones de los santuarios con incendios, formidables desolaciones de los lugares, atentados y demás clases de

crímenes, dejando sin jurisdicciones al reino y a las leyes sin resistencia, sin séquito y sin mando, honestaran en la copa de compasión la servidumbre de los tristes vencidos, que quedaran por herencia de su mísera posteridad y no estando olvidado el juramento de fidelidad que tantas veces hemos prestado a nuestro amado rey el Sor. D. Fernando VII, no se deben buscar preceptos plausibles para violarlo, porque rota una vez la barrera del honor y de la buena fe, es irreparable la pérdida".

Con anterioridad, el 13 de octubre de 1810, el citado don José Joaquín Calvo, en nombre del mismo obispo de Sonora y Sinaloa, don Francisco Roussest, dirigió una circular al clero de la Diócesis, en la cual enérgicamente condenaba "la abominable sedición contra el trono y el altar, de parte del B.D. Miguel Hidalgo y Costilla, cura de la Congregación del Pueblo de los Dolores", agregando: "que levantado aquel ambicioso caudillo, sus bastos designios son destruir y usurpar los derechos de nuestro amado y deseado Rey el señor Don Fernando VII, de la más rica y más preciosa porción de sus estados".

Corrobora lo que antecede, el historiador sinaloense Antonio J. Nakayama, al decir que el obispo, por conducto del bachiller Calvo, tronó contra el caudillo de la independencia y sus correligionarios, dando instrucciones a su clero, por medio de cartas circulares de 29 de octubre y 13 de noviembre (de 1810), a fin de que se preservaran "del contagio de la escandalosa sedición que tanto cuerpo ha tomada en la Nueva España, subvertido el orden y sosiego público, y que no dejen entrar en nuestro suelo, ese monstruo de orgullo faccioso..." y haciendo ver a sus feligreses "cuan perniciosa y detestable es la conducta de todos aquellos que adheridos a las máximas revolucionarias, las extienden pretendiendo que prevalezcan aquellas, haciéndose enemigos de Dios, el Rey y la Patria.. ."

Más no obstante el celo con que la Mitra y las autoridades coloniales trataron de evitar que se difundiera el ideario insurgente, así como las noticias de los sucesos venturosos de este movimiento, no lo llegaron a conseguir; Pues viajeros llegados de Tepic y Guadalajara al sur de a Provincia, propalaron versiones que hacían saber, que los edictos de la Santa inquisición que declaraban hereje al cura Hidalgo

y las excomuniones contra él y demás caudillos de la independencia, eran "cosas de gachupines" que habían fingido las excomuniones contra los jefes de la insurrección (Nakayama). Estas noticias, lejos de condenar, abonaban el movimiento libertario; y como se supo además que en su oportunidad llegarían de Jalisco fuerzas insurgentes a revolucionar y adueñarse de la situación en el noroeste, se acrecentó entre la población mestiza, el proselitismo por la causa de la emancipación. En cambio, entre las clases privilegiadas cundió el temor, por lo que las principales familias del Real del Rosario, cuando se enteraron de que Tepic y Acaponeta se hallaban en poder de los insurgentes y de que Sinaloa sería su próximo objetivo, alarmadas se fueron a refugiar a San Sebastián (hoy villa de Concordia) y al Presidio de Mazatlán.

Muerto el obispo Rousset, su sucesor Fray Bernardo del Espíritu Santo, llegó a la villa del Rosario en mayo de 1818, cuando desde hacía ya siete años había sido sofocado aquí en la Provincia el movimiento insurreccional. Fray Bernardo, manifestándose como su antecesor desafecto a la independencia, al hacerse cargo de la Diócesis de Sonora y Sinaloa, giró una pastoral a sus diocesanos, de la cual el Lic. Heredia transcribe el siguiente fragmento. "En las presentes circunstancias media la seguridad pública, la tranquilidad de los pueblos, la conservación de las vidas, el arreglo de las costumbres, la asistencia de la religión, la sumisión y la obediencia enseñada por Jesucristo, y encargada repetidas veces en la Divina Escritura al legítimo soberano que lo es de todas las Américas, el Sr. Don Fernando VII, la concordia, paz, unión de ánimos y corazones bajo de sus leyes eclesiásticas y civiles que forman una nación, un pueblo, una religión, que los facciosos han turbado, roto y profanado con la apostasía más enconada".

LA LUCHA EN EL SUR.

Al caer en el poder de los insurgentes la plaza de Guadalajara, uno de los jefes apellidado Gómez Portugal, comisionó a don José Ma. González Hermosillo y al oficial don José Antonio López, para que revolucionara en la intendencia de Sonora. El 13 de diciembre de 1810, el cura Hidalgo desde la capital tapatía, ratificó a González Hermosillo

su nombramiento y le otorgó, el grado de teniente coronel.

El día primero de diciembre, partió de Guadalajara hacia Sinaloa González Hermosillo, al frente de mil seiscientos hombres, de los cuales doscientos eran de caballería y con dotación de sesenta y ocho fusiles y cuarenta pares de pistolas. En la Magdalena, un lugar del cantón de Tepic, se les unió el padre dominico don Francisco Parra, nombrado por Hidalgo; quien traía quinientos hombres a su mando, con dotación de ciento cuarenta y cinco caballos, treinta y cinco fusiles y cuarenta pares de pistolas. La fuerza insurgente se componía por lo tanto de dos mil cien hombres, más aquellos voluntarios que se fueron incorporando a lo largo de la ruta; a su paso por San Blas, se recogieron algunos cañones, con lo que se constituyó el arma de artillería.

Para el 17 de ese mismo mes el teniente coronel Hermosillo, había logrado avanzar hasta el floreciente mineral del Rosario, donde se hallaban establecidas las Cajas Reales. La plaza estaba ocupada por el corones graduado don Pedro Sebastián Villaescusa, enviado por el gobernador intendente, coronel realista don Alejo García Conde, para hacer frente a la situación. Para la defensa de la población, Villaescausa contaba con seiscientos milicianos y con el vecindario, el cual era adicto al gobierno colonial, más sin embargo, con un ánimo tan deprimido, que para que reaccionara y luchara con valentía, se hizo necesaria una exhortación de parte del cura del lugar, don José Ma. De la Riva y Rada.

Con respecto a la fecha en que se libró el asalto a dicha plaza, en lo del día, suelen discrepar los diversos historiadores que se han ocupado de la narración de este hecho de armas. Se dice verbigracia, que los independientes llegaron al Real, el día 17 de diciembre y que el 18 a las seis de la mañana llevaron a cabo el ataque, habiéndose consumado la ocupación en este propio día a las seis de la tarde. Algún otro dice también, que el asalto ocurrió el 23 y la ocupación al día siguiente. Otra versión, la publicada por don Antonio Nakayama, de acuerdo con un pormenor que tuvo a la vista, relacionado con este suceso; dicho pormenor fue enviado en noviembre de 1826, al Gobernador de la Mitra, por el Lic. Manuel María Encinas, cura del Real del Rosario, en el cual se asienta que el combate, se inició el 21 diciembre de 1810,

"a la hora de estar saliendo la gente de misa mayor" y que prosiguió la lucha hasta otro día.

El ataque se llevó a cabo mediante dos columnas de mil hombres cada una, respectivamente comandadas por un coronel de apellido Quintero y por un capitán de nombre Trinidad Flores. La acción fue tan sostenida y vigorosa, que al final los realistas, abandonaron a su jefe y se fueron a refugiar a sus casas de la población. Sólo quedaron con Vellaescusa, cuarenta hombres, por lo que tuvo que pedir parlamento y rendirse al jefe de las fuerzas insurgentes. Hermosillo, trató con noble consideración al vencido, ya que le respetó la vida, le permitió conservar una escolta personal y a cambio de la promesa de no hacer armas contra la independencia, le concedió la libertad dentro de la plaza.

En el combate, los insurgentes, tuvieron cuatro o cinco muertos y los realistas dos: un soldado y el administrador de alcabalas, en quien los indios cometieron un acto vergonzoso de barbarie, al cercenarle los órganos genitales y pasearlos ostentosamente por las calles, atados a una cuerda, con el consiguiente pavor y escándalo público.

Según el relato correspondiente que aparece en "México a Través de los siglos", Villaescusa faltó al honor empeñado, pues no tardó en fugarse de El Rosario con su escolta, de donde se dirigió a San Sebastián (Concordia) y luego a San Ignacio, donde se acuarteló. Se le reunieron en el camino, casi la totalidad de sus antiguos soldados, los que a su vez habían escapado de El Rosario, y se le unieron además, algunos simpatizadores de la causa del Rey.

Obligadamente, el teniente coronel Hermosillo, se movilizó en persecución del jefe realista, el 25 del mismo mes de diciembre. Entre tanto Villaescusa, con la urgencia que el caso demandaba solicitó el auxilio del gobernador intendente, García Conde, que se hallaba en Arizpe.

Al frente de un ejército compuesto de cuatro mil ciento veinticinco infantes y cuatrocientos setenta y seis de a caballo, armados con novecientos fusiles, doscientos pares de pistolas, algunas escopetas y carabinas, gran número de lanzas y seis piezas de artillería, llegó González Hermosillo a San Sebastián, el día 27. Ahí los vecinos recibieron a los insurgentes con repiques de campanas y les impartió valiosa ayuda moral

y económica el patriota cura don José María Aguirre y Vizcarra, ardiente partidario de la independencia.

De la villa de San Sebastián, continuó para San Ignacio, el caudillo de la independencia en Sinaloa y a su paso por el Presidio de Mazatlán, se le incorporó la guarnición de aquel lugar. Arribó finalmente a San Ignacio y sus fuerzas procedieron a tomar posiciones frente a la población el día 29, y dos días más tarde cruzaban con el enemigo sus primeros fuegos. Durante varios días no hubo otra cosa que simples escaramuzas, en lo que lamentablemente, se desperdició el tiempo y con ello los insurgentes dejaron escapar la oportunidad de la victoria y propiciaron la derrota que pronto habrían de sufrir; porque, en el ínterin, llegó con doscientos soldados según el parte realista o con cuatrocientos según el relato del padre Parra, el intendente de Sonora, quien por la noche del 4 al 5 de enero de 1811, cautelosamente se introdujo a la población de San Ignacio, sin que se dieran cuenta de su llegada y su maniobra los confiados sitiadores de la plaza.

En tal estado se hallaban las cosas, cuando el día 8 del mes indicado Hermosillo ordenó el ataque definitivo a San Ignacio, iniciándose el avance a las ocho de la mañana de aquel propio día; pero apenas habían cruzado el río Piaxtla las tropas insurgentes, cuando cayeron en una emboscada, en la que perecieron más de cuatrocientos patriotas, mas de mil resultaron heridos y muchos cayeron prisioneros, entre estos últimos, el padre Parra. El competente refuerzo que recibiera el enemigo y sin duda la presencia misma de García Conde en la línea de defensa, llenaron de sorpresa y desconcierto a las filas revolucionarias: tras del fuerte descalabro se presentó la catástrofe, el pánico sobrevino y finalmente la desbandada de los insurgentes, que todo lo perdieron; cañones y demás armamento, parque, bagaje, caballerías y hasta el estandarte de la Virgen, que era la insignia de la gran rebelión libertaria.

Entre la correspondencia recogida por los realistas, en el cuantioso botín de San Ignacio, figuraba una importante carta que se agregó al expediente del proceso instruido al cura Hidalgo en la ciudad de Chihuahua. Es una carta, que el generalísimo insurgente dirigió al comandante González Hermosillo haciéndole saber que lo condecora con el grado

de coronel, como estímulo por su victoria en el Real del Rosario. Es en realidad una contestación al parte de fecha 24 de diciembre de 1810, en que González Hermosillo dio a conocer al caudillo el triunfo obtenido. La carta de Hidalgo, pone de manifiesto, que después de El Rosario, el siguiente objetivo lo constituía Cosalá; y revela que el prócer de la independencia, era un hombre de escrúpulos, ya que recomendaba se llevara cuenta y razón de los caudales y encarecían orden en los procedimientos, por parte de sus comisionados, en cuyo número y categoría se contaba Hermosillo, iba dicha carta dirigida a la villa del Fuerte, y dice textualmente lo siguiente:

Guadalajara, diciembre 30 de 1810.
Señor Comandante don José María González Hermosillo,
Villa del Fuerte, Sonora.

Muy señor mío:

Por la que con fecha 24 del presente, he recibido de usted, quedo impuesto de la victoria que alcanzaron en las prudentes precauciones de los jefes y buena disposición de la tropa a la que se procurará mantener en subordinación y que no esté jamás ociosa, deteniéndose sólo en los lugares, aquello muy preciso para su organización y establecimiento de nuestro sistema bajo los conocimientos que tenga, y le ha ministrado los impresos remitidos que se le acompañan en la presente

Lo interesante es que sigan usted y López, con la armonía que entiendo se manejan, procurando avanzar cuanto sea posible a la toma de Cosalá, en donde se me ha informado hay gruesas cantidades en reales y mucha plata pasta, útil y muy necesaria, para la manutención de nuestras tropas, y crecidos gastos del ejército.

Nada me ha dicho usted de los caudales, en efectos, reales y alhajas que haya confiscado, lo que es necesario economizar, llevando una cuenta exacta de entradas y salidas para mi gobierno y calificación de la integridad de mis comisionados.

Estoy en la inteligencia que usted obra con toda eficacia, sin más estímulos que los de un verdadero patriota, pero siendo regular el compensar los servicios hechos a la Nación, he querido condecorarlo con

el grado de Coronel, cuyo título le acompaño en premio de la victoria alcanzada y le prometo el de Brigadier por la toma de Cosalá y presa de los caudales existentes en aquel lugar.

Espero continúen ustedes sin dar motivos a que circulen las quejas que continuamente se me están dando de los comisionados y que procurarán guardar el mejor orden en todos los procedimientos.

Que Dios guarde a usted muchos años.

Miguel Hidalgo.

PRONUNCIAMIENTO EN EL NORTE.

La inconcebible e irremediable derrota de San Ignacio, fue un golpe mortal para el movimiento libertario que en forma tan brillante se había iniciado con la toma del Real del Rosario. Sin embargo, la inquietud revolucionaria tuvo un débil eco y finalmente su epílogo en el otro extremo de la Provincia; y la lucha armada no trascendió en manera alguna a la provincia gemela de Sonora.

Viejos papeles de familia dan al Lic. Heredia, razones para afirmar que su bisabuelo don Juan Nepomuceno Heredia y al hermano de éste, don Manuel del mismo apellido, se pronunciaron contra el Rey en Llano Grande, lugar situado cuatro leguas al sur de la villa de Sinaloa; hecho que ameritó el envío de fuerzas de un presidio cercano para someterlos. Documentos de igual índole revelan además, que don Juan Nepomuceno se unió a los insurgentes en el sitio que a la ciudad de Durango puso el general don Pedro Celestino Negrete, el 4 de Agosto de 1821, después de haber aceptado el Plan de Iguala.

Por su parte el señor Antonio Nakayama, en su artículo "La Guerra de la Independencia en el Noroeste", afirma en forma rotunda y temeraria que el movimiento que se atribuye a los hermanos Heredia no existió y que la insurrección de que probablemente se trata es la que se incubó en la región de Badiraguato. De ese suceso se hablará inmediatamente a continuación con los pormenores que publica Nakayama, quien se documentó en éste, así como en otros puntos relativos a la independencia en Sinaloa, en el archivo del Obispado, en Culiacán.

El 8 de marzo de 1811, o sea después de que García Conde desbarató a las fuerzas de Hermosillo en San Ignacio de Piaxtla, el cura de Badiraguato, Br. Miguel María Espinoza de los Monteros, dio cuenta al Ilmo. Don Francisco de Jesús Rousset y Rosas, que los indígenas de los pueblos de Cariatapa, Guaténipa y Morirato, se inclinaban abiertamente a la causa de la independencia e intentaban sublevarse instigados por un sujeto de nombre Antonio o Apolonio García, sonorense e hijo de un jefe de la tribu ópata.

No obstante que el cura Espinoza de los Monteros hizo cuanto estuvo de su parte para evitar que estallara la rebelión que se incubaba, e inclusive trató de aprehender al instigador de la misma, el desenlace no se hizo esperar. El 26 del citado mes de marzo, los indígenas, soliviantados por el ópata mencionado y en connivencia con el gobernador de aquellos pueblos, se pronunciaron en Morirato; y los alzados tomaron el rumbo de la serranía, donde otros indios se les agregaron, y después de pasar por Santa Cruz, llegaron a Badiraguato, de donde posteriormente salieron en dirección al partido de Sinaloa, vía Bacubirito. En vista de las circunstancias, el capitán de milicias Juan José Padilla, fue enviado a guarnecer Badiraguato; pero supo Espinoza de los Monteros e incontinenti le participó al Obispo, que la intención de los revoltosos era, según ellos mismos lo pregonaban, atacar la retaguardia de las armas españolas a su paso por Ocoroni, lo cual determinó que fuera movilizado de Badiraguato dicho capitán y quien, enterado de los planes del enemigo, se desvió por la costa para ir a situarse estratégicamente en el pueblo de Charay, en acecho de los revolucionarios.

El Lic. Juan Manuel Sepúlveda, cura de Bacubirito, con fecha 26 de marzo escribió al obispo, diciéndole que según estaba noticioso, los independientes llegarían a dicho Real el 10 de abril y que de ahí pasarían a la villa de Sinaloa. Hallándose en el puesto de El Palmar, a donde se había retirado buscando su seguridad personal, el cura Sepúlveda recibió informes que en parte confirmaban las noticias anteriores. O sea, que precisamente el día señalado los insurrectos, en números de más de trescientos, hicieron su entrada a Bacubirito; y que por la tarde, después de haber saqueado los comercios de los españoles Capetillo y Picaso, se marcharon a Magdalena de Oceguera, a "donde hicieron noche". De

este último lugar al día siguiente tomaron el camino de Agua Caliente, Ocoroni, La Tasajera y en la mañana del jueves 12 de abril, llegaron al pueblo de Charay, donde ya los esperaba con su gente, para batirlos, el capitán realista Juan José Padilla.

A las ocho de la mañana de aquel mismo día, el capitán Padilla con sus ópatas, sorprendió, batió y destrozó la chusma de indios serranos insurgentes a quienes hizo cuarenta y siete muertos y más de cincuenta prisioneros. "Habiéndose dispersado los demás, unos mal heridos, otros levemente y los demás sin lesión alguna". En esa forma y sin gloria ninguna para sus armas, quedó liquidada aquella insurrección de indios, mal planeado y que por esta y otras razones hubo de fracasar.

A esta acción de armas es a la que precisamente se refiere la comunicación que con fecha 25 de abril de 1811, dirigió al virrey el intendente García Conde y que dice: "Después de la acción de Charay, comunicada a Vuestra Excelencia en oficio de 10 del corriente, no se me ha presentado otra cuadrilla en lo interior de mi gobierno; pero a orillas de él, por las faldas de la Sierra Madre y confines de la Nueva Galicia, han repetido sus tentativas".

JURA DE LA INDEPENDENCIA.

Después de los últimos acontecimientos relatados, no se presentó en la intendencia, ningún nuevo brote de rebelión insurgente. Al aplacamiento, además de la intervención militar de García Conde, sin duda que contribuyó en forma eficaz el prelado Rousset y Rosas, cuya incesante, enérgica propaganda tendió a mantener en sumisión muy particularmente a los naturales, a los que recomendaba la paz y la obediencia, al rey Fernando VII. Fueron célebres sus edictos y pastorales dirigidos en contra de los caudillos de la Independencia; pero falleció el 14 de abril de 1814, entrando a reemplazarlo en sede vacante, primero el Br. José Joaquín Calvo y enseguida el Lic. Francisco de Angulo, quien murió el 18 de mayo de 1818. En ese mismo mes y año fue consagrado y se hizo cargo de esta Diócesis el tremendo Fr. Bernardo del Espíritu Santo, ahijado de consagración de don Agustín de Iturbide, Fr. Bernardo, espíritu fuerte y apasionado, primero enemigo de la Independencia y más tarde de las ideas republicanas.

Los vientos de la paz trigarante al fin cobijaron en todos sus ámbitos a la Nación con la firma del Plan de Iguala y el hecho consiguiente, que fue la consumación de la independencia. En Sinaloa, al sur, se registraron algunos movimientos de carácter bélico y de opinión en favor del Plan de Iguala. Mas renació al fin la tranquilidad en los espíritus y quedó el porvenir despejado cuando don Alejo García Conde, ahora mariscal de campo y comandante general de las Provincias Internas de Occidente, el 21 de agosto de 1821, juró en Chihuahua, el Plan de Iguala y reconoció por tanto la Independencia d la Nueva España.

Ya entonces dispuso García Conde, dirigiéndose al Obispo de Sonora, que en lo que fuera de su parte así mismo hicieran el juramento de la Diócesis los súbditos de todas clases. Fray Bernardo, último reducto de la dominación española en el noroeste condescendiente con aquella orden y quizás haciendo parcial abstracción de sus ideales y sentimientos, libró sus oficios a los vicarios foráneos y superintendentes, para que otorgasen e hicieren otorgar en sus respectivos territorios, el juramento indicado de independencia. En Culiacán se hizo el juramento conforme al acta que a continuación se inserta.

"En la villa de Culiacán, a las ocho de la mañana del día seis de octubre de mil ochocientos veintiuno de conformidad con lo que S.S.I. Rma. El Obpo. Mi Sor. Fr. Bernardo del Espíritu Santo del Consejo de S.M. digno Obpo. De Sonora, ruega y encarga en oficio de 27 de Agosto último el Excmo. Sor. Comandante Gral. Y jefe Político Superior de estas Provincias D. Alejo García Conde, a fin de que S.S.I. disponga en la parte que la toca, se jure por los Súbditos de todas clases en su Diócesis la Independencia de este Reino, del de la Península con arreglo al plan del primer jefe del Ejercito Imperial, el Sor. D. Agustín de Iturbide y bajo la formula de que Incluyó copia, dispuso S.S.I. Rma. Después de haber librado sin perdida de tiempo las correspondientes, circulares a sus Vicarios Foráneos. Y Superintendentes para que otorgasen e hicieren otorgar en sus respectivos territorios el juramento indicado de Independencia que en el Oratorio de su Hospicio Epal. Se congregaran todos los Eccos, residentes en esta villa y en su presencia y en la de la mayor parte del vecindario distinguido del lugar citado al intento, puestas las manos

sobre los santos Evangelios dijo S.S.I. juró a Dios y a los Santos Evangelios no reconocer en este Reino más religión que la católica apostólica y Romana, obedecer el Gobierno independiente. Con arreglo al plan del Sor. D, Agustín de Iturbide, primer jefe del Ejército. De las tres Garantías que establece por base a la Religión la fidelidad al Rey, la independencia y la unión de los habitantes concluyendo con decir, si así lo hiciere Dios me ayude si no me lo demande. Sucesivamente, puesto de rodillas los Eccos, concurrentes con el Párroco del lugar D. Miguel María Espinoza de los Monteros y teniendo las manos sobre los Santos Evangelios, el mismo Ilmo. Y Rmo. Sor. Los recibió bajo la misma forma el debido juramento, que presentaron gustosos haciéndoseles al fin la consumación que queda referida. Concluidos estos actos, se entornó la puerta del Oratorio un Solemne Te Deum con música y variedad de juegos hasta llegar a la parroquia, donde se celebró con la misma solemnidad una misa de Gracias. En fe de ello y por orden de mi Ilmo. Y Rmo. Amo el Sor D. Fr. Bernardo del Espíritu Santo, extiendo, certifico y firmo en el mismo día esta acta. Yo el Br.D. Carlos Espinoza de los Monteros, Cura Interno del Real del Rosario, Vicario Superintendente de su partida, individuo de la Excma. Diputación de Durango por las Provincias de Sonora, Examinador Sinodal y Srio, de Cámara y Gobierno de este Obispado".

EL ESTADO LIBRE DE OCCIDENTE.
ERECCIÓN

Una vez consumada la emancipación política del país, de acuerdo con el Plan de Iguala y los Tratados de Córdoba, se instaló, conforme al acta de independencia del imperio Mexicano, de fecha 28 de septiembre de 1821, la Junta Provisional de Gobierno,. Para que no se entorpeciera la marcha de los asuntos judiciales y administrativos, esta resolvió, el día 5 de octubre de ese mismo año, que continuaran ejerciendo sus funciones las autoridades que ya figuraban al tiempo de la declaración de la independencia; y en tal concepto, la Provincia de Sinaloa, continuó regida por su jefe político y su diputación provincial. Cuatro meses más tarde, o más precisamente el 3 de febrero de 1822, por disposición de la Junta citada, las subdelegaciones en que se hallaban divididas las intendencias o sus provincias, en toda la nación, en lo sucesivo llevarían la denominación de partidos, quedando los jueces de las mismas, en calidad de subdelegados letrados, de dichos partidos. La subdelegación del Fuerte por lo tanto, quedó convertida políticamente en partido.

El día 17 de noviembre de 1821, la misma Junta Soberana expidió un decreto convocando a elecciones generales para designar representantes populares o diputados, al primer Congreso Constituyente Mexicano. Se encargaría, este Congreso de dictar las leyes fundamentales de la nación y de resolver sobre la forma de gobierno político que habría de adoptarse.

Una vez hechas las elecciones, se instaló en México el congreso Constituyente, el cual celebró su primera sesión el 24 de febrero de 1822, aceptando en la propia fecha las bases por las que se declaraba y establecía: que los diputados que constituían el Congreso, representaban a la Nación; que radicaba en el Congreso la soberanía de la Nación; que la religión católica era la religión de Estado, con exclusión de cualquiera otra, y que la forma de gobierno sería una monarquía moderada. El Congreso asimismo, dos días después de aquella fecha, procedió a confirmar en sus puestos interinamente a las autoridades civiles, militares y judiciales, que se hallaban en funciones.

Pero una serie de importantes acontecimientos que culminaron con la expedición de un decreto fechado el 31 de marzo de 1823, por parte del Congreso General, adoptando la forma republicana de Gobierno, dio al traste con la monarquía, o sea con el imperio de Iturbide.

El decreto que en noviembre de 1821 expidió la Soberana Junta Provisional del Imperio Mexicano, convocando a elecciones, señalaba por separado a las provincias de Sonora y Sinaloa, que por entonces unidas formaban la llamada Provincia de Sonora, gobernada política o administrativamente por un intendente. La separación apuntada vino a quedar confirmada con el decreto N°. 707, expedido el 19 de julio de 1823, por el Ejecutivo General de la Nación, y en virtud de ese ordenamiento, ambas provincias quedaban bajo el gobierno de su respectivo jefe político, funciones que en la de Sinaloa, ejercía el teniente coronel don Fernando Espinoza de los Monteros. En lo sucesivo, según lo dispuso el Constituyen-

te, cada una de las citadas entidades debería tener su propia diputación provincial con asiento, la de Sinaloa, en la villa de Culiacán, que con tal motivo adquiría el rango de ciudad y la de Sonora, en Ures. La diputación provincial de Sinaloa, se instaló el 8 de octubre de 1823, integrada por cinco miembros, que eran evidentemente los representantes o comitentes de los cinco partidos, en que dicha provincia estaba dividida.

Más resultó ser tan sólo transitoria la separación de que disfrutaron las provincias gemelas de Sonora y Sinaloa, ya que el mismo Congreso Constituyente, al expedir el Acta Constitutiva de la Federación, el 31 de enero de 1824, no consideró en la división política que se establecía, a las entidades de que se trata, como independientes la una de la otra, sino unidas y formando ambas el Estado Libre, independiente y Soberano de occidente. Se dispuso, que el Congreso Constituyente del flamante estado, habría de instalarse en la villa de El Fuerte, designada capital de la entidad, y que dicho Congreso se integraría con seis diputados por Sinaloa y cinco por Sonora. Esto era lo que preveía el decreto de fecha 4 de febrero de 1824, expedido por el Congreso Federal.

El Congreso Constituyente Mexicano, dando cima a sus arduas y trascendentales labores, llegó por fin a expedir la Constitución General de la República, el 4 de octubre de 1824, la cual estaba formada esencialmente con el articulado y principios democráticos de la carta magna de los Estados Unidos. Sancionaba plenamente la Constitución, el sistema federativo prescrito e implantado por el Acta Constitutiva de fecha 31 de enero anterior, dividiéndose la nación en estados; y establecido de acuerdo con el plan de iguala, la división del gobierno nacional en sus tres poderes clásicos, ejecutivo, legislativo y judicial. Los encargados del Poder Ejecutivo en los estados, tenían el nombre de gobernadores, pues los intendentes ya de antemano habían quedado suprimidos por un decreto federal, fechado el 11 de septiembre de 1824 y en substitución de ellos se designaron comisarios generales, para los ramos de hacienda y guerra, con carácter federal.

INSTALACION DE LOS PODERES.

Una vez efectuadas, con algunos tropiezos, las elecciones de los

diputados, seis por Sinaloa y cinco por Sonora, que habrían de integrar el Congreso Constituyente del Estado Libre, Independiente y Soberano de Occidente, se instaló dicho Congreso en la villa de El Fuerte, el día 12 de septiembre de 1824.

Por principio y para iniciar las tareas legislativas, unciosamente, se invocó al Autor y Legislador Supremo de las Sociedades, después de lo cual la instalación del Congreso quedó formalizada con la expedición de su primer decreto, que a la letra dice.

"El Congreso Constituyente del Estado Libre Independiente y Soberano de Occidente, electo conforme a la ley de su instalación, declara y decreta lo siguiente:

1°)- Estar instalado legítimamente y en actitud de ejercer sus funciones.

2°)- Siendo la forma de su gobierno representativa, popular, federada y debiendo dividirse en los tres poderes: legislativo, ejecutivo y judicial, reside el primero en el mismo Congreso.

3°)- El poder ejecutivo se ejercerá provisionalmente por el intendente del Estado con el título de gobernador del mismo.

4°)- El poder judicial del Estado, reside por ahora, en las autoridades que actualmente lo ejercen.

5°)- Los ayuntamientos y demás corporaciones y autoridades, continuarán desempeñando las funciones que les están encomendadas, sujetándose en todo a las leyes vigentes.

6°)- Este decreto, se comunicará a todas las autoridades y corporaciones del Estado, para que se proceda a su circulación y observancia. Lo tendrá entendido el gobernador del Estado y dispondrá lo necesario para su cumplimiento, haciéndolo publicar y circular. Fuerte 12 de septiembre de 1824. Francisco de Orrantia, diputado presidente, Antonio Iriarte, diputado secretario, Antonio Fernández Rojo, diputado secretario.

De acuerdo con el artículo 3°. Del decreto preinserto y en acatamiento del decreto N°. 2 que también con igual fecha de 12 de septiembre expidiera el Congreso, asumió el poder ejecutivo don Juan Miguel Riesgo, a quien le correspondía por ministerio de ley, puesto que era el intendente provisional de estas provincias. Pero el señor Riesgo, muy

pronto hubo de renunciar y para substituirlo en su cargo, el Constituyente eligió, el 7 de octubre, al coronel don Simón Elías González, quien no tomó posesión sino hasta el 26 de abril de 1825, cubriendo mientras tanto el interinato, el vicegobernador don Francisco Iriarte. Con motivo de la campaña del Yaqui, tuvo don Simón Elías que desprenderse de las funciones gubernativas que le competían, por lo que en su reemplazo dejó el 31 de octubre de ese mismo año, a don Nicolás María Gaxiola, tesorero general del Estado, quien ejerció la Gobernatura hasta el 30 de marzo de 1826.

Don Juan Miguel Riesgo, primer gobernador y posteriormente Comisario General, con residencia en el Real del Rosario, en unión de don Antonio J. Valdés escribió una obra de gran valor histórico, que editó en Guadalajara en 1828, con el título de "Memoria Estadística del Estado de occidente". Es una exposición metódica y bien coordinada, cuyo temario acerca de la entidad abarca los más variados aspectos, como son la topografía de la misma, su temperamento, su estado político, el estado eclesiástico, los ramos de justicia, hacienda, guerra, educación, agricultura, minería, comercio y colonización, así como también lo referente a costumbres y a las ciudades, las villas, los minerales y los presidios, todo con gran acopio de datos y de impresiones y juicios personales.

No tenía la villa del Fuerte, mayor importancia que ocupar un lugar céntrico, para haber sido elegida como capital del Estado y en vista de lo cual adquirió una transitoria importancia política, Dicen Riesgo y Valdés, en su libro arriba citado, que "La Villa del Fuerte viene a estar a cuatrocientas sesenta leguas de Méjico, en una posición pintoresca, cercada de tierras de labor de una fertilidad vivificante, y bañada por el río mas caudaloso del Estado. Tiene en su contorno, mucha ranchería y está como equidistante entre Sinaloa y los Alamos. Lo material de la villa no es nada sobresaliente; pero es susceptible de mucho progreso, por las ventajas naturales de que goza. Las calles no están delineadas con regularidad, más tienen extensión y buen piso. El comercio que se hace es corto, y la cultura de los habitantes, se halla muy en sus principios. La temperatura del fuerte, es calurosa, pero generalmente sana".

El Congreso Constituyente del Estado Libre, Independiente y

Soberano del Estado de Occidente, ocupó en la villa de El Fuerte, una casona de mampostería de cantera, que aún existe en el crucero de la calle Morelos y el callejón Agustina Ramírez, hacia el noroeste del Palacio Municipal y en la acera opuesta al mismo, Era una casa de la propiedad de los Vega. Es de muy auténtico tipo colonial, sin cornisa, ni entablamento, igual que sus vecinas, provista de gárgolas o cañales que dan a la calle, para la descarga de las aguas de lluvia. En aquellas fechas, no se hallaba dividida como hoy, en viviendas o departamentos. Para la identificación de esta finca me he valido del testimonio de don Jorge Ibarra V. Y de sus hermanas, una familia muy antigua de la villa, personas idóneas y de avanzada edad que por referencias de sus antecesores estaban bien informados de ello, Esto lo consigno para que no se pierda la tradición, así como para que a dicha casa se le tenga en concepto de monumento histórico; siendo por lo tanto de extrañarse, que en la conmemoración que se hizo del CXXV aniversario de la instalación del mencionado Constituyente, no se hubiera hecho una expresa consideración de dicho recinto legislativo, en los actos esenciales de la celebración, dejándolo completamente inadvertido.

Ciento veinticinco años se cumplieron el 12 de septiembre de 1949, de cuando en la villa de El Fuerte, se instaló el Congreso Constituyente de que se hace mérito; y para conmemorar este acontecimiento, de tan grande trascendencia histórica en los anales políticos de Sinaloa y Sonora, a iniciativa del teniente coronel Francisco Rivera Rojo, se organizó en toda forma una gran función cívica oficial.

Para esta ocasión y motivo la XXIX Legislatura del Estado de Sinaloa, expidió el 25 de agosto, el siguiente decreto:

Artículo 1°- Con fundamento en los artículos 21 y 43, Fracción X de la Constitución Política Local, se decreta la translación provisional de los Poderes del Estado de Sinaloa, a la ciudad de El Fuerte, de esta Entidad, donde permanecerán del 12 al 16 de septiembre de 949.

Artículo 2°- Se declara recinto oficial provisional de los Poderes del Estado, el Palacio Municipal de El Fuerte, Sinaloa.

TRANSITORIO. Unico: El presente decreto surte sus efectos legales a partir del día 12 de septiembre de mil novecientos cuarenta y nueve.

Por un triple motivo comprende cinco días la vigencia del citado decreto. Por una parte, la fecha que se trataba de conmemorar; por otra, la celebración del día de la Independencia y por otra más, que el día 15, el gobernador constitucional del Estado, general de división Pablo E. Macías Valenzuela, debía rendir su informe relativo al 5°. Año de su gestión administrativa, ante la H. Legislatura, de la misma manera que el suyo, el supremo Tribunal de justicia del Estado.

Se preparó debidamente una exposición agrícola, industrial, comercial y ganadera, que ocupó los salones de la planta baja del palacio municipal y se extendió a los cobertizos levantados fuera del edificio, en la explanada posterior, para el alojamiento de ganados. Presidió el Comité Estatal Organizador de la Exposición, el Ing. Arturo Acuña, director de Agricultura y Ganadería en el estado. De coordinador general fungió el teniente coronel Francisco Rivera Rojo y encabezó el Comité Local Organizador, el presidente municipal de El Fuerte C. Emiliano Ceceña Gámez. Además, los festejos tuvieron gran lucimiento por la celebración de una feria, que resultó muy concurrida.

Dieron comienzo las ceremonias, a medio día del 12 de septiembre, con el acto inaugural de la exposición, en la cual el teniente coronel Rivera Rojo, hizo la apología del acontecimiento histórico que se conmemoraba y a continuación el gobernador, general Macías Valenzuela, hizo la declaratoria de la apertura de la exposición.

A las siete de la noche de aquel propio día, en el mismo palacio municipal, habilitado por decreto como recinto oficial de los Poderes del Estado, se reunió la XXIX Legislatura, bajo la presidencia del señor Fortunato Álvarez, diputado por el municipio de Guasave. A esta sesión, especialmente consagrada a recordar, la distancia de ciento veinticinco años, la instalación del congreso Constituyente del Estado de Occidente en la villa de El Fuerte. Además del orador oficial de la Cámara, pronunció otro discurso alusivo el gobernador del Estado de Sonora, don Ignacio Soto.

El día 15, a las cuatro de la tarde, nuevamente se reunió la Legislatura y ante ella el gobernador del Estado, rindió su informe anual de labores administrativas, y a continuación lo hizo el presidente del Supremo Tribunal de Justicia en el Estado. A la lectura del informe asistieron, en representación del C. Presidente de la República, el subsecretario de recursos Hidráulicos, Ingeniero Eugenio Riquelme, representando al Senado, el senador por Sinaloa Lic. Fausto A. Marín; a la Cámara Baja los diputados Manuel Jiménez Sampedro, brillantísimo orador, Emilio González Parra y Leobardo Limón Márquez; a la secretaría de la Defensa Nacional, el general Manuel B. Ortega; además, se halaron presentes muchas otras personalidades del mundo oficial.

El día 15. el gobernador inauguró el Jardín de Niños “Genaro Estrada”, en la misma población. Y el día 16, día en que se llevaron a cabo los festejos patrios, en el gran desfile que se organizó, tomaron parte fuerzas del 16°. Regimiento de caballería, a las órdenes del Gral. Jesús Arias Sánchez, un lucido continente de conscriptos y finalmente un grupo de caballería de civiles.

FORMIDABLE OPOSICIÓN DE FRAY BERNARDO.

A los doce días de la fecha de su instalación, mediante su decreto N°. 4, dispuso el Congreso,

1°- Que los ayuntamientos de todos y cada uno de los pueblos del Estado, dentro de ocho días de recibida esta ley, designen un día en que sus respectivos pueblos han de otorgar este juramento.

2°- Que en el día designado y reunido el ayuntamiento en las casas consistoriales, preste el alcalde el juramento ante el cuerpo y enseguida éste otorgue ante el alcalde.

3°- Que acto continuo, lo otorguen ante el mismo alcalde las demás autoridades civiles y eclesiásticas, de los respectivos pueblos y los jefes de oficinas.

4°- Que después de éstos actos se dirijan todos con el ayuntamiento, al lugar donde el pueblo ha de otorgar el juramento y que deberá estar decentemente adornado. Allí el alcalde recibirá el juramento y que deberá estar decentemente adornado. Allí el alcalde recibirá el juramento al pueblo, bajo esta fórmula. ¿Juráis reconocer la soberanía e independencia del Estado de occidente en orden a su gobierno interior, representada por su Congreso Constituyente, elegido con arreglo a la

acta constitutiva y ley de convocatoria? Si, lo juro ¿Juráis obedecer y observar las leyes y decretos que de él emanen? Si, lo juro, Si así lo hiciereis Dios os lo premie, y si no, el Estado os lo demande.

5°- Que bajo esta misma fórmula, otorguen el juramento todas las autoridades, con la diferencia de que en éstas, a las palabras a observar se añadirán estas otras y hacer observar.

6°- Que el gobernador y vicegobernador del Estado presten el juramento ante el Congreso; y el párroco, las demás autoridades, corporaciones y gentes de oficina asistentes en esta capital, lo hagan ante el gobernador.

7°- Que el reverendo Obispo diocesano, por la consideración que se tiene a su alta dignidad, otorgue el juramento en el día, hora y lugar que tenga a bien designar, previo aviso del alcalde constitucional, ante quien debe verificarlo.

8°- Que después de este acto, lo recibirá el propio reverendo Obispo a su clero asistente en el lugar de su residencia.

9°- Que los religiosos lo otorguen ante sus prelados; y donde no hubiere estos, ante aquel que se repute por los mismos prelados.

10°- Que los jefes oficiales y tropas de la milicia del Estado, presten su juramento al frente de sus banderas.

11°- Todos los juramentos se harán en público.

12°- Que todas las autoridades, ante quien se hagan estos juramentos, remitan al gobernador del Estado, las actas correspondientes para que, por su conducto pasen al Congreso.

Para revestir de mayor interés y consideración el funcionamiento del ato cuerpo legislador, se dispuso también, por decreto No. 5, que en todos los pueblos del Estado se hiciesen rogaciones públicas, por el acierto del Congreso en sus deliberaciones.

Disposiciones similares fueron decretadas poco después, el 12 de noviembre, para que fuera jurada en el Estado la constitución política de los Estados Unidos Mexicanos, decretada y sancionada por el Congreso General Constituyente en octubre anterior.

Estas medidas de orden político, de suma trascendencia para el establecimiento y dignificación del nuevo régimen institucional republica-

no, provocaron en el Estado de Occidente un conflicto con el Episcopado, pues el Obispo, Fray Bernardo del Espíritu Santo, asumió una actitud resuelta y pública de rebeldía, contra la implantación de los principios constitucionales consagratorios de la suprema e inalienable soberanía de la Nación. En particular el alto Clero antagonizaba con la idea, justa y lógica de la soberanía política del Estado y del pueblo, por lo que se oponía a la jura de la constitución y al reconocimiento de sus principios democráticos, porque, es claro que semejantes postulados, elevados a la categoría de norma jurídica o constitucional, tarde o temprano afectarían las tradicionales preeminencias, que disfrutaba la iglesia.

La historia de esta pugna sensacional, la relata en forma palpitante el historiador sinaloense Lic. Héctor R. Olea, en su libro "Infidencias de Fray Bernardo", del cual captamos la siguiente síntesis de la actuación subversiva, antirrepublicana y antiliberal, de don Fray Bernardo del Espíritu Santo, Obispo Apostólico de Sonora, Sinaloa y las Californias. En virtud de que la actitud de su Ilustrísima, provocó en el Estado de Occidente, hondas conmociones en el escenario político; el interés histórico reclama en este caso la reseña de estos hechos.

Fray Bernardo Martínez de Ocejo, que tal era el nombre de pila del Obispo hasta la fecha de su consagración, fue provincial de la Orden de los Carmelitas descalzos en las Provincias de España, Orden a la cual pertenecía y fue natural de la villa de Comillas, obispado de Santander, España. Aparece en sus antecedentes, haber sido miembro del Tribunal de la Santa Inquisición, en la Nueva España y en el terreno político; defensor de las autoridades durante el gobierno efímero del emperador Agustín I, de México, porque vio con buenos ojos que la independencia mexicana, se hallaba supeditada a la monarquía española; Pero, derrocado el Imperio, el carmelita de Comillas con el prestigio y medios que le deparaba su elevada jerarquía e invocando preceptos del derecho canónico, combatió con toda saña el advenimiento de la primera república.

En su contra se acumulan las pruebas. Por los principios y demás razones en que se apoyaba su labor oposicionista, dicho señor obispo, interviniendo en forma ya directa, ya indirecta, en el campo de la inflamada política local, trató de estorbar con artimañas la instalación del

Congreso Constituyente, del Estado Libre y Soberano de Occidente. Se hizo evidente esta conducta de su Señoría, al poner trabas para impedir que el cura de la villa de El Fuerte, don Francisco de Orrantia, hombre de sanas y reconocidas ideas liberales, no obstante su carácter eclesiástico, pudiera tomar posesión de su cargo de diputado, con cuyo nombramiento lo favoreció la junta electoral; pues se pretextaron motivos, calificados de pueriles, para impedirle su regreso de Culiacán, a donde había sido llamado a responder de una acusación criminal formulada en su contra por el español don Juan Manuel Díaz, vecino de El Fuerte y enemigo de la causa republicana, todo por el hecho de que el señor cura Orrantia, se negó a levantarse a las tres de la madrugada a velar en su desposorio a una pariente del consabido europeo. A tales motivos se atribuye el hecho de que el señor Orrantia, haya sido desposeído de su beneficio de cura.

Los cargos formulados en contra de la persona del Obispo, por su proceder atentatorio en el caso referido, los suscribe el subdelegado don Miguel Antonio de Quirós, pero los refuta el Prelado, aclarando "que no ha embarazado la instalación del Congreso particular de este Estado, pues aunque dio a entender al Jefe Político, don Francisco Iriarte, cuando le hizo saber la elección de D. Francisco de Orrantia, que este individuo se hallaba procesado en esta ciudad (Culiacán), contestando el pleito que le tenían promovido los vecinos de la villa de El Fuerte de donde es párroco y cuyos autos se hallan en estado de prueba, luego que por el mismo jefe se le hizo saber la orden que lo dejó en libertad para que pasara a servir las funciones de su destino, y concluida exponiendo sus deseos de que las autoridades superiores, (que fueron las que dictaron órdenes para que se libraran de su detención los diputados electos, Orrantia y Rojo) pasaran la vista sobre los autos referidos y advirtieran "el cúmulo de crímenes que a dicho señor Orrantia, le acusan y que los más de ellos están justificados": Don Francisco de Orrantia, era originario de Culiacán. Fue seminarista de San Ildefonso, abogado de la Real Audiencia, en México, promotor fiscal en plena sede y en sede vacante; dos veces gobernador del obispado, en cuyo destino falleció el 23 de enero de 1834.

Se atribuye igualmente a Fray Bernardo culpabilidad, por unas juntas y un motín que hubo en la villa de Sinaloa, caso en el que intervino como principal y emboscado factor el cura, Lic. Juan Manuel Sepúlveda. El Subdelegado Quirós, rindió al Constituyente local un informe sobre los hechos ocurridos, declarando que el cura mencionado había apelado a procedimientos ilegales para anular "las elecciones, hechas en los Diputados del Congreso de este Estado, cuya votación no pudo ser mejor ni haber recaído en personas más a propósito para ello por su notoria honradez". El bachiller don Antonio Fernández Rojo, resultó ser otro de los diputados electos, y se acusa a Sepúlveda de haber inducido al alcalde a convocar a una junta del Ayuntamiento y algunos vecinos, en la que se declaró nula la elección y se formuló una acta ilegal por sus preceptos, que fue circulada a los demás ayuntamientos. La venganza o el castigo del Obispo, para el Br. Fernández Rojo, consistió en cosfiscarle a éste la capellanía de sangre, de cuatro mil pesos, que en la ciudad de Durango, había fundado su finado abuelo don Francisco, de las tierras de Iraguato, para educar en el sacerdocio al hijo mayor de sus descendientes, con el producto de las misas, del rancho y de los réditos de capitales impuestos en préstamo. Y como en su defensa el agraviado interpuso el recurso de la fuerza, fue éste motivo para ser suspendido en la administración de los sacramentos, no obstante sus prendas morales e intelectuales.

A pesar de haber ocurrido los incidentes señalados, en los que se transparenta la tortuosa intervención del gobierno eclesiástico, se integró e instaló sin otros embarazos el H. Congreso Constituyente, figurando como miembros las siguientes personas: Lic. Francisco Orrantia (Presidente), Luis Martínez de Vea (Vicepresidente), Br. Antonio Fernández Rojo (Secretario). Antonio Iriarte (Secretario), Manuel Escalante y Arvizu, Carlos Espinosa de los Monteros, Tomás de Escalante y Arvizu, Fernando Domínguez de Escobosa, José Francisco Velasco, Manuel Banderas y José de Jesús Almada, quienes dentro de las circunstancias difíciles que sobrevinieron, juntamente con algunas otras personas de criterio liberal, como don Francisco Iriarte, fueron los paladines de aquella lucha por la consagración de los derechos cívicos del pueblo.

En el seno de las asambleas resplandecieron las ideas republicanas

y por la defensa del poder civil y de la soberanía de aquel Congreso, surgieron acalorados debates frente a la oposición de partido que alimentaba la política del apostólico Fray Bernardo del Espíritu Santo.

La negativa del Obispo, a rendir cumplimiento a la ley que decretó la Asamblea, estableciendo los aranceles parroquiales a fin de poner coto a la inequidad de los derechos que se cobraban en los curatos, se fundamentaba en el desconocimiento que hacía la Mitra, de las facultades del Congreso para legislar en esta materia y dio margen a que los diputados lanzaran en una de las sesiones, duros ataques en contra de su Ilustrísima, dado que no era tan sólo desafecto en ideas, sino contumaz opositor de las instituciones democráticas, lo cual ciertamente no fue óbice para que los hombres públicos de Occidente, llegaran a proclamar y a convertir en ley constitucional, tan avanzada doctrina de gobierno.

Llegaron las cosas al climax, al aparecer la célebre pastoral del volcánico obispo de sonora, impresa en Guadalajara y expedida al calor de la pugna engendrada por la proclamación de las instituciones republicanas. La pastoral se titulaba, "La Soberanía del Altísimo". Por su índole y el tono en que se expresaba, causó gran revuelo en todo el país. Estaba fechada en el Hospicio Episcopal de Culiacán, el 4 de octubre de 1824, y declaraba: "Es de fe divina que sobre la tierra, no hay autoridad que no venga de Dios. (Epístola de San Pablo a los Romanos, Cap. 13) ora sea el gobierno monárquico, ora democrático, ora aristocrático", por lo que la Soberanía del Pueblo, cuya invención se atribuye a Lutero, Calvino, Carlostadio, Rousseau, etc., era una herejía, un robo sacrílego hecho al Altísimo, a quien pertenece exclusivamente y por consiguiente, la persona que afirme la soberanía popular, además de hereje es apóstata de la única y santa religión, negando las verdades reveladas.

A tono con sus ideas y apasionados sentimientos, maldecía a los liberales, a los publicistas modernos y a la Constitución Española(la de Cádiz). No podía concebirse, ni justificarse por lo menos canónicamente, que un Estado pudiera gozar de soberanía, por no ser cosa propia de los hombres, sino del Altísimo. De él reciben los reyes su autoridad: "Es de fe divina que la obediencia, la sumisión y respeto que se le debe, no es arbitraria, ni de solo consejo, ni tampoco, de precepto humano, sino de

precepto divino y natural, que no cae bajo la autoridad del hombre para dispensarse en él a pesar del odio mortal contra la soberanía y contra la religión de Bayle, Montesquieu, Pufendor, Diderot, Helvaio, Voltaire, D'Alambert y demás herejes obstinados de estos siglos.". "El consentimiento, la voluntad o proclamación del pueblo, para instalar un gobierno que más le acomode en uno solo o en muchos, bajo esta o la otra forma como de facto, lo puede hacer un pretexto fútil y fementido para apropiarse de la soberanía, como lo han fingido los ateos para borrar del mundo, toda idea de Dios.

Cotidianamente, el Obispo endilgaba sus sermones contra los liberales, los herejes, los francmasones y aún contra la soberanía de las naciones. A su tiempo exhortó a los habitantes del Estado de Occidente, para que se abstuvieran de reconocer y jurar contra lo que se demandaba: la soberanía de la entidad y la de su representación popular. Por haber muerto el 23 de julio de 1825, no le alcanzó la vida al irreductible prelado para conocer el desenlace de los acontecimientos; pues de otra suerte, con amargura seguramente, hubiera asistido al triunfo de las ideas de sus adversarios, los constituyentes; que al fin se consumó con la expedición de la Constitución del Estado, el 31 de octubre de ese mismo año, o sea de 1825.

Cuando fray Bernardo lanzó su célebre e inflamada carta pastoral, para discernir lo conducente a ella, el Congreso Constituyente se reunió en la villa de El Fuerte, en sesiones secretas. El acta de la sesión, que se efectuó el 30 de diciembre de 1824, revela que hubo acaloramiento en la discusión de ese día, figurando como impugnadores apasionados y valientes de la tesis del obispo, los diputados Francisco Orrantia, Antonio Fernández Rojo y Luis Martínez de Vea y como defensor sereno de ella el padre Carlos Espinosa de los Monteros, quien se empeñaba en convencer a sus adversarios, que en la pastoral se distinguían dos soberanías: una del pueblo, para elegir gobierno y otra en Dios, para atemorizarlos y declaraba que él o sea Espinosa de los Monteros, no podía entrar en la cuestión de si esta opinión era buena o mala, pero que hacía notar que daba bien cierto, que el impreso no negaba al pueblo su soberanía y debían respetarse los pensamientos por tratarse de la potestad eclesiástica.

El 16 de abril del año siguiente, hubo otra sesión secreta, y con esa misma fecha se dirigieron los secretarios del Congreso, a su excelencia el vicegobernador del Estado, comunicándole sus providencias contra la conducta del Obispo, y decían: "Habiendo tomado, con la más seria y circunspecta detención el Honorable Congreso, en sesión secreta de hoy, en consideración a una proposición, relativa al papel subversivo y sediciosa que contra la soberanía de la nación dio a la prensa el 4 de octubre último el Reverendo Obispo Fray Bernardo del Espíritu Santo y opiniones que desde el principio de las instituciones constitucionales ha manifestado, diametralmente opuestas al grandioso sistema que nos rige: acordó que se diga a vuestra excelencia, que por la vía reservada y en el correo próximo, informa al excelentísimo Sr. Presidente de la República, que por las máximas monarquistas y antirrepublicanas, que ha propagado aquel Prelado, tiene su señoría, de que si no se ocurre oportunamente al remedio que demanda un proceder tan contrario a la Constitución General, a la Acta Constitutiva y al decoro de la Nación, producirá fatales consecuencias en este Estado, que por la absoluta ignorancia de los pueblos, en los principios de política, están expuestos al fanatismo al error y a la credulidad".

Esta queja, dio lugar a que interviniera el Gobierno de la República, por conducto del Ministerio de Justicia y Negocios Eclesiásticos; seguramente los diputados del Estado de Occidente, al exponerla, ya habían orientado su criterio con más detenimiento y acierto al conocer la réplica sensacional que "El pensador Mexicano" hizo a la pastoral consabida y que se publicó el 4 de febrero de 1825.

El brillante y formidable escritor liberal don José Joaquín Fernández Lizardi, conocido en el mundo de las letras mexicanas, con el seudónimo de "El pensador Mexicano". Se encargó de hacer la glosa y comentario de "La Soberanía del Altísimo". El autor de "El Periquillo Sarniento", tomaba la pastoral como un escrito sedicioso y condenaba en la forma más virulenta el orgullo y despotismo del Santo Prelado Fray Bernardo, "a quien llegaron a acusar ante el Presidente de la República, don Guadalupe Victoria, los vecinos de Tepahui, del Estado de Occidente, quejándose de los procedimientos que este señor Obispo

acostumbra, con su obsecuente, venerable Clero y particulares, tratándolos a unos y otros con la mayor asperidad, etc., manifestando: que eran ociosos los sagrados cánones para determinar a su arbitrio, que su genio es tan intrépido que es el más violento que los quejosos dicen haber conocido en un hombre; que pretende dominar a toda clase de autoridades y cuando menos puede, promueve empeños por vejar y perjudicar hasta lo sumo a cuantos le sugiere su capricho y que es tan pasionista, que jamás se arregla al derecho y ciegamente se precipita contra todos a excepción de los Espinosa de los Monteros, de Culiacán, que lo cercan y mandan a su voluntad".

Las acotaciones de crítica combativa, que con exaltada ironía hace Fernández de Lizardi a la tesis que propala la famosa pastoral, consta en la sexta "Conversación del Payo y el Sacristán" No. 6, Tomo II, del 4 de febrero de 1825. Lizardi, fue un polemista de fuste. Se graduó de bachiller en la Universidad, estudio latinidad y filosofía y cursó teología. Por otro lado, siempre fue pobre, comió el pan del pueblo, regado con las lágrimas de la miseria; se le encarceló por un artículo, en el que atacaba la orden del virrey Venegas, desaforando a los eclesiásticos insurgentes y fue un excomulgado. El Cabildo Eclesiástico, le aplico esta sanción, entre otras causas, por haber escrito y publicado un fascículo intitulado "Defensa de los Francmasones, o sea observaciones críticas sobre las Bulas de S.S. Clemente XII y Benedicto XIV", que fue calificado de "erróneo, sospechoso de herejías, escandaloso, ofensivo de oídos piadosos, temerario, injurioso a las autoridades tanto civiles como eclesiásticas del Estado y también factor del cisma y del indiferentismo, religiones y sectas".

En el largo diálogo que sostienen el Payo y el Sacristán, queda exhibido fray Bernardo como sedicioso, monarquista recalcitrante y enemigo jurado del gobierno constituido y de las instituciones republicanas y liberales; se le tacha de sofista, hipócrita fementido, orgulloso y déspota. A través de él, se analizan en toda su extensión los conceptos, ajustados naturalmente al carácter y sentir religioso de fray Bernardo, que se vierten en la pastoral y son rebatidos contundentemente a la luz de la razón y de la evidencia de los hechos. El diálogo remata con una

exhortación cálida, que brota de los sarcásticos e hirientes labios del Sacristán, y que dice.

"Pueblos de Sonora y Sinaloa, labradores miserables y sencillos, artistas infelices e incautos, comerciantes honrados y sin letras, vecinos humildes e inocentes, no os dejéis seducir por los envenenados sofismas de vuestro Obispo. Es fanático, gachupín borbonista y por todo, es enemigo, y vuestro Dios, os creó libres y debéis morir libres, Fernando VII es un usurpador y debéis detestarlo como a ladrón. Esperad vuestra felicidad de nuestros representantes que son vuestros paisanos y elegidos por vosotros y jamás de un extranjero que no exige de vosotros otra cosa sino vuestra humillación y vuestros pesos. No os deslumbre la representación de un Obispo, ni creáis en sus palabras, como en las de un oráculo o de un Dios. Un Obispo con mitra es lo mismo que yo con mi sombrero. Todos hacen votos de ser santos; pero muy raros cumplen con ese voto. Ha habido mil obispos, herejes, ladrones, adúlteros, perjuros, sacrílegos, fornicadores, excomulgados y traidores; así como ha habido otros humildes, continentes, caritativos, benéficos y santos; pero los buenos colóquense en los altares y los malos adornen los suplicios y los destierros".

Más sin embargo, de la oposición de partido suscitada en el terreno político, subsistían en nuestros legisladores sentimientos religiosos como bien lo comprueba el hecho de que en la Constitución dejaron consignada como religión de esto, la católica, con exclusión de cualquiera otra, como lo prescribía de igual manera la Constitución Federal de la República; por lo que en todo acto oficial solemne, habría de invocarse la gracia de Dios y el juramento, se habría de otorgar ante la imagen de Cristo y sobre los Santos Evangelios. Por otra parte la influencia del clero o de las instituciones religiosas, no era eludible entonces, como bien se ve en la actitud asumida por la Primera Legislatura Constitucional del Estado, instalada el 1° de marzo de 1826 en El Fuerte, al negar el asiento que en la Asamblea le correspondía al padre don Mariano Pando, juzgando nula su elección en vista de que lo había excomulgado el gobernador de la Mitra, don Miguel María Espinosa, por no querer sujetarse a la prisión que se le quería imponer, a causa de lo cual había ocurrido otro padre interponiendo ante la autoridad civil el recurso de la fuerza.

SUSTANCIOSA LABOR LEGISLATIVA

Se recordará que dejamos el Congreso Constituyente ya instalado y funcionando. Desde la fecha de su instalación hasta la de su clausura, el Constituyente, expidió un total de cuarenta y dos secretos y además la Constitución Política del Estado, representa ese conjunto de leyes y ordenamiento, una edificante labor que en su parte más esencial merece ser conocida, puesto que a través de la legislación se puede apreciar o interpretar el pensamiento jurídico de un pueblo, con respecto a una época determinada de su historia; a través de los preceptos constitucionales se llega a conocer el mecanismo de un régimen político; se llega también a conocer por las disposiciones legales, los problemas, las necesidades y las inquietudes de una colectividad y hasta los formulismos protocolarios que llegan a instituirse con la mira de dignificar las instituciones y a sus representativos.

Entre los decretos que se expidieron el día mismo en que se instaló la Representación Popular, figura el No.8. en el que se dispone que en los escritos que se dirijan al Congreso, debe dársele a éste el tratamiento de Señor; el de Excelencia al presidente del mismo y el de Señoría a los secretarios.

Poco después, el 18 de noviembre, un decreto local determinaba que debería jurarse en todo el Estado, por los funcionarios, autoridades civiles, eclesiásticas y por el pueblo, la Constitución Federal de 1824 conforme a la fórmula: "¿Juráis a Dios guardar y hacer guardar la Constitución política de los Estados Unidos Mexicanos, decretada y sancionada por el congreso general constituyente en el año de 1824?. Si, lo juro. Si así lo hiciereis, Dios os lo premie y si no, os lo demande". Conforme al mismo decreto, después de otorgar el juramento, las autoridades pasarán a la Iglesia parroquial, donde se cantará un solemne Te Deum; y el párroco, pronunciará un discurso análogo (sic) a las circunstancias, siempre que no medie justo motivo que lo embarace; disponiéndose adicionalmente, que en los pueblos del Estado haya tres días de iluminación con las posibles demostraciones de júbilo y regocijo.

Para la renovación de los individuos de los ayuntamientos, en igual fecha, se dio otro decreto que mandaba a los alcaldes de dichas corporaciones, promulgar un bando o edicto en sus pueblos, anunciando

que el 19 de diciembre "se han de hacer los nombramientos de electores para proceder a la renovación de oficios o de individuos, citando y emplazando a los vecinos para que en el día señalado, concurran a las casas consistoriales; debiendo cuidar los propios alcaldes, de pasar oficios a los justicias o comisarios de los pueblos subalternos para que a vista del oficio, citen y emplacen a las respectivas vecindades, que concurran a sus cabeceras. Llegado el día 19, se presentarán en las casas consistoriales el alcalde y el ayuntamiento a presidir la junta a que concurrirán todos los vecinos que estén en el ejercicio de los derechos de ciudadano. Quedarán entendidos los individuos de la junta, que las personas de los electores deberán reunir juicio madurez y cordura, para el buen desempeño de su oficio; pero ninguno tendrá derecho a pedir la prueba de calificación de aquellas cualidades. Los electores se reunirán el día de fiesta más inmediato y procederán a nombrar en votaciones públicas a los sujetos que sean más útiles para el desempeño de los oficios que van a renovarse; pero antes lo electores prestarán juramento con apego a la fórmula: "¿Juráis a Dios y a los Santos Evangelios elegir con imparcialidad para los oficios de los ayuntamientos que van a renovarse, los sujetos que en vuestro concepto son a propósito en el distrito de este vecindario para ejercer los cargos que vais a confiarles?", y para este fin habrá en la junta una mesa con un crucifijo, dos luces y el libro de los evangelios. El día 1°. De enero se pondrán en posesión de su ejercicio todos los nombrados".

En materia de hacienda pública, se estableció (Decreto No. 13) una tesorería en la capital (El Fuerte), a cargo de un tesorero con dos mil pesos anuales de sueldo, un oficial dotado de ochocientos pesos, un escribiente con treinta y cinco pesos mensuales y un portero con quince.

Por decreto No.17, se le asigna al gobernador del Estado un sueldo anual de cuatro mil pesos, en tanto no varían las circunstancias de escasez de la hacienda pública; y al vicegobernador, la misma dotación en su caso. Se expidió también mediante el decreto No.23 de 11 de marzo de 1825, un reglamento provisional para el manejo de las rentas del Estado, asignando a los administradores de la renta 8 por ciento de honorarios y estableciendo las administraciones de: Rosario, San Sebastián, San Ignacio, Cosalá, Culiacán, Badiraguato, Alamos, Sinaloa, Saguaripa, Presidio de Fronteras, Arizpe, Cieneguilla, Horcasitas, Pitic y Villa de San Fernando de Guaymas, quedando en el Fuerte la receptoría. Por otro decreto se declaran libres de pagar derechos de alcabala los efectos nacionales que se consumieren en los pueblos de la Pimería Alta y los presidios de la frontera. Estos pueblos y fronteras, eran: San Javier del Bac Tumacacori, Cocóspera, San Ignacio, Tubatama, Alí Oquitoa, Caborca, Saric, Tucson, Fronteras de Bavise, Teboroché, Bacamuchi, Real de Cananea, Ojo de Agua de Este y los pueblos comprendidos en las jurisdicciones de unos y otros puntos.

El arreglo para la administración de justicia, quedó definido por una ley provisional, el decreto No.16 del 19 de enero de 1825, que para los efectos correspondientes dividió al Estado en cinco departamentos: Uno de ellos, que era el tercero, venían a constituirlo los pueblos y términos que comprendían los ayuntamientos de Bacubirito, Sinaloa, Guasave, Alamos, Aduana y Baroyeca, debiendo residir el asesor letrado en El Fuerte. Posteriormente, por otro ordenamiento se instaló en El Fuerte, capital del Estado, una corte de justicia compuesta de nueve ministros y un fiscal. Es de la competencia del ejecutivo, el nombramiento de los ministros cada una. En este mismo decreto, se fijan las facultades que corresponden a cada una de las salas.

Se expide la ley (Decreto No.20, 11 de febrero de 1825)para mercedar los solares de los pueblos del Estado, considerándose de tres órdenes los solares: primera, segunda y tercera; así como para este sólo fin, de tres órdenes todos los pueblos y lugares del Estado, a saber, cabeceras de partido, cabeceras de parroquia y pueblos subalternos. Mediante otra ley posterior, se determinó también el arreglo de la mercedación de tierras del Estado, estableciéndose dentro de esos fines, como derechos; para la hacienda del Estado, por cada sitio seco, que sólo pueda servir para pastores, diez pesos, por los que puedan conseguir agua de noria, treinta pesos y por los que tengan aguaje o río treinta pesos, como valores mínimos. Derechos de agrimensores, de los pregones y actuaciones: Ultima almoneda: tres pregones y remate, seis pesos; parecer del promotor fiscal, tres pesos, por el tambor y el pregonero, dos pesos. El título se dará gratis. Papel sellado por cuenta del interesado. Los agrimensores

serán los alcaldes de los pueblos; el tesorero hará los remates, y se pondrán mojoneras de cal y canto.

El 9 de febrero de 1825, por decreto No.19, la villa de Pitic, fue declarada cabecera de partido, con los reales de Haigame, Aguaje, pueblos de San José, Pimas, Tecoripa, Zuaque, San Javier, Buenavista, Belén y Guaymas.

El Constituyente aprobó, con decreto, el contrato celebrado por el gobernador del Estado con el apoderado de don Ricardo Ester, sobre el establecimiento de la casa de moneda en la capital (El Fuerte). Esta fundación no se llegó a realizar.

Desde aquella época, por decreto No.32, de fecha 8 de julio de 1825, quedó consagrado el fuero de los diputados, declarándose que son inviolables por las opiniones que manifestaren en el ejercicio de sus funciones y que en ningún tiempo, ni caso, ni por ninguna autoridad, podrán ser reconvenidos por ellas. Que si se intentare contra ellos causa criminal, los juzgará el tribunal que se designe. Que durante el tiempo de su diputación, no podrán ser demandados civilmente, ni ejecutados por deuda alguna; Que no podrán obtener del gobierno empleo alguno mientras fueren diputados, a menos que les corresponda por escala en su respectiva carrera. El derecho de fuero quedó luego incorporado a la Constitución Política que votó el mismo Constituyente.

Sucesivamente, fueron presidentes del Congreso Constituyente los diputados: Francisco de Orrantia, Carlos Espinosa de los Monteros, Tomás de Escalante, Antonio Fernández Rojo, José Francisco de Velasco y por último, Manuel Escalante y Arvizu, bajo cuya presidencia culminaron el día 31 de octubre de 1825 las labores de aquel cuerpo, con la expedición de la Constitución Política particular del Estado Libre de Occidente, la cual fue promulgada por el gobernador interino, C. Nicolás María Gaxiola, el 2 de noviembre de aquel propio año.

Cuando ya por fin la carta constitucional de la entidad se hallaba terminada, se expidió enseguida el siguiente Decreto No.34, que dice:

"El Congreso del Estado, libre, independiente y soberano de occidente, habiendo tomado en consideración el modo y términos de jurar y publicar la constitución política del Estado, ha tenido a bien decretar lo que sigue":

1°- Sancionada por el Congreso, la Constitución particular del Estado se firmará por todos los diputados concurrentes.

2°- Enseguida, pasara una comisión compuesta de cinco individuos, a presentarla al gobernador del Estado, para que la conserve en el archivo.

3°- Otro ejemplar, firmado también por todos los diputados concurrentes quedara en el archivo del congreso.

4°- Todos los diputados, comenzando por el Presidente y Secretarios harán después de la sesión, el competente juramento; el primero en manos de los secretarios y los demás en las del presidente.

5°- Concluido este acto, el gobernador se dirigirá a la Iglesia parroquial donde se cantará un solemne Te Deum.

6°- El Gobernador de la mitra, lo prestará ante el eclesiástico más digno, procediendo enseguida a recibirlo de todo el clero existente en el lugar de su residencia.

7°- El gobierno acordará con las autoridades de la federación en el Estado, el modo y términos en que los empleados de la federación han de prestar el referido juramento.

8°- El Gobierno procederá a publicar solemnemente la constitución en esta capital y dispondrá que a la mayor brevedad, se impriman cuantos ejemplares le parezcan, y los circulará a todas las corporaciones y autoridades locales de los pueblos, con el mismo objeto.

9°- Llegado el día que para el juramento de la Constitución en la capital haya señalado el gobierno, lo prestarán ante él en las salas consistoriales o lugar público que elija el ayuntamiento y demás autoridades civiles y los empleados existentes en la misma capital.

10°- En los demás pueblos donde solo hubiere un alcalde, lo prestará ante el ayuntamiento, y luego lo recibirá a los regidores, síndico y secretario; donde hubiere dos alcaldes, se tomarán recíprocamente el juramento, procediendo el de primera nominación a recibirlo del ayuntamiento, autoridades civiles y empleados del Estado, que residan en el pueblo. El párroco lo prestará en la Iglesia, después del ofertorio de la misa, procediendo enseguida a recibirlo de los demás eclesiásticos que se hallasen en el pueblo.

11°- Los religiosos lo prestarán ante sus respectivos prelados o ante aquel que se depute por los mismos.

12°- Los Jefes, Oficiales y tropa de a milicia del Estado, otorgarán el juramento al frente de sus banderas.

13°- El domingo próximo, al recibo de este decreto se publicará por los ayuntamientos o autoridades locales de los pueblos, con la solemnidad posible, un bando anunciando al público el día y hora en que ha de verificarse el juramento; cuyo augusto acto no retardarán por más de 30 días.

14°- El pueblo prestará generalmente el juramento reunido al frente de un tablado público, que se adornará con la posible decencia y concluida la lectura de la constitución se le interrogará bajo la fórmula que prescribe el artículo 17, omitiéndose las palabras hacer guardar.

15°- Luego que las autoridades otorguen el juramento pasarán a la Iglesia parroquial, donde se cantará un solemne Te Deum, Misa de gracias y el párroco pronunciará un discurso análogo (sic) a las circunstancias, siempre que no medie justo motivo que lo embarace. En la tarde del mismo día prestará el pueblo el juramento.

16°- Habrá en todos los pueblos del Estado, tres días de iluminación con las posibles demostraciones de júbilo, proporcionando que el segundo de estos sea el juramento.

17°- Los individuos o corporaciones que ejercieren jurisdicción o autoridad, prestarán el juramento bajo la fórmula siguiente, que no se podrá alterar, ¿Juráis a Dios guardar y hacer guardar la Constitución política de este Estado decretada y sancionada por su congreso constituyente en el año de 1825?. Responderá sí, lo juro. Si así lo hiciereis Dios os lo premie y si no, os lo demande. Respecto a los que no ejercieren jurisdicción, ni autoridad, se suprimirán las palabras, hacer guardar.

18°- Los ayuntamientos y demás autoridades locales de los pueblos, donde no hubiere aquellos, remitirán por conducto del gobierno al congreso, testimonio autorizado de las actas de juramento de la Constitución del Estado.

19°- El individuo o individuos comprendidos en este decreto, que de alguna manera se resistieren a prestar el juramento prevenido, serán extrañados del territorio del Estado, si requeridos una vez por el gobierno permanecieren en su propósito.

Lo tendrá entendido el gobernador del Estado y dispondrá lo necesario a su cumplimiento haciéndolo publicar y circular. Fuerte 31 de octubre de 1825. Manuel Escalante y Arvizu, diputado presidente; José Francisco Velasco, diputado secretario; Antonio Fernández Rojo, diputado secretario.

Ya para concluir su misión y clausurarse, el Constituyente, expidió un decreto asignando como dietas, a los diputados que habrían de integrar la primera legislatura constitucional, la cantidad de tres mil pesos anuales, aparte del acostumbrado viático.

Hubo en esa fecha, otro decreto más, integrando el consejo de gobierno que habría de funcionar, entre tanto se forma el que previene la Constitución. Se formaba este Consejo, del primer vocal de la diputación permanente, del tesorero general, del secretario del despacho de la secretaría del Congreso, del secretario del despacho de gobierno y de don Francisco Delgado.

El 31 de octubre se expedía finalmente el decreto (No.42) que declaraba cerradas las sesiones del Constituyente, después de haber dado a los sonorenses y sinaloenses, una ley constitucional sabia, que señalaba la pauta de una gran transformación en la naturaleza de nuestras instituciones públicas.

Fueron cuarenta y dos los decretos expedidos por el Congreso Constituyente del Estado Libre de Occidente, desde la fecha de su instalación, el 12 de septiembre de 1824, hasta la fecha de su clausura el día 31 de octubre de 1825. Figuran en la Primera Parte de la Colección de Decretos editada en la imprenta del gobierno de Occidente; mientras que en la Segunda, están compilados los cuarenta y nueve decretos que expidió el Primer Congreso Constitucional del Estado Libre de Occidente, y los decretos números, del 40 al 50, que fueron expedidos por el Segundo Congreso Constitucional.

LA CONSTITUCIÓN.

La constitución, “dada en la capital del estado a 31 de octubre del año de 1825, 5°. De la independencia, 4° de la libertad y 3° de la federación” y sancionada el 2 de noviembre de ese mismo año, se compone de 319 artículos distribuidos en 19 secciones, concernientes a todos los ra-

mos de la administración pública. Entre los preceptos más importantes y caracterizados se encuentras los que enseguida se enumeran.

Se compone el Estado, de todos los pueblos que abrazaba la que antes se llamó intendencia y gobierno político de Sonora y Sinaloa.

Para su mejor arreglo se divide el territorio del mismo en los cinco departamentos siguientes:

1)- El de Arizpe, compuesto del partido de su nombre, el de Oposura y Altar.

2)- El de Horcasitas, que comprende el partido de su nombre, el de Ostimuri y Pitic.

3)- El del Fuerte, compuesto del partido de su nombre, Alamos y Sinaloa.

4)- El de Culiacán, comprende el de su nombre y Cosalá.

5)- El de San Sebastián, compuesto del de su nombre, Rosario y San Ignacio de Piaxtla.

Es obligación del Estado proteger por leyes sabias y justas, la igualdad, libertad, propiedad y seguridad de todos sus habitantes, aunque sean extranjeros y transeúntes. Por lo tanto, se prohibe absolutamente la esclavitud en todo su territorio, así como el comercio o venta de indios de las naciones bárbaras; quedando libres como los esclavos, los que actualmente existen en servidumbre, a resultas de aquel injusto tráfico. El Congreso Constitucional por una ley determinará la indemnización que el Estado ha de hacer cuando lo permitan sus circunstancias, a los que al tiempo de la publicación de esta constitución tuvieren esclavos.

Se prescribe que la religión del Estado es la católica, apostólica romana, sin tolerancia de otra alguna. Y que en lo que concierne a los gastos del culto, se estará a las leyes vigentes, mientras que la nación por los medios convenientes y conforme lo dispuesto en la constitución general, no determine otra cosa; debiendo en todos los casos protegerla y conservarla por leyes justas y benéficas.

El gobierno del Estado de occidente, es republicano, representativo, popular, y federado. No puede haber en él empleos, ni privilegios hereditarios. Para su ejercicio divide al gobierno entres poderes, el legislativo, el ejecutivo y el judicial.

Llama la Constitución Sonorense a todos los nacidos en el Estado. Son los sonorenses iguales ante la ley, ya premie, ya castigue. Por consiguiente, todos los ciudadanos pueden obtener los empleos del Estado, sin otro motivo de preferencia que el mérito, la virtud, la aptitud para el desempeño de aquellos y los talentos de cada uno.

Formarán el congreso once diputados propietarios y once suplentes, nombrados popularmente cada dos años en su totalidad. Cada uno de los departamentos de San Sebastián, Culiacán, El Fuerte y Arizpe, elegirá dos diputados y tres el departamento de Horcasitas.

La elección de diputados se hará por los respectivos departamentos, para lo cual se formarán juntas primarias municipales, en todos los pueblos del Estado. Estas juntas tendrán por objeto nombrar los electores primarios que han de elegir a los secundarios en la cabeza del partido. Son los electores secundarios de partido los que congregándose en la capital del departamento han de elegir a los diputados, y sufragar para gobernador, vicegobernador y consejeros de nombramiento popular.

Residirá el poder ejecutivo, en un ciudadano electo que se denominará gobernador del Estado y tendrá tratamiento de excelencia en lo de oficio. Se requiere para ser gobernador: ser ciudadano en el ejercicio de sus derechos, mayor de treinta años, nacido en alguno de los Estados Unidos Mexicanos y tener cinco de vecindad en el Estado. El período de su oficio será de cuatro años, y no podrá ser reelegido hasta después de pasados otros tantos de haber cesado en sus funciones. Habrá un vicegobernador y para tener este empleo se requieren las propias cualidades que para ser gobernador. El gobernador del Estado tendrá un cuerpo consultivo, presidido por el vicegobernador, para todos los casos de gravedad que demanden ilustración.

En cuanto al gobierno interior político de los pueblos y de los ayuntamientos se establece que: Para el gobierno interior y régimen municipal, habrá ayuntamientos precisamente en las cabeceras de partido y en los demás pueblos que por sí y su comarca tengan tres mil almas. En lo demás pueblos que no lleguen a tres mil almas, y que por sus circunstancias particulares o porque haya individuos que puedan desempeñar aquellos cargos, conviniere haya ayuntamientos, el congreso dispondrá

su instalación. En los pueblos en los que no puede haber ayuntamientos, de las cabeceras se compondrán de los alcaldes, regidores y síndicos que hasta aquí han tenido. No podrán ser alcaldes, regidores, ni síndicos, los eclesiásticos, los empleados de la federación, ni del Estado. El que hubiere ejercido cualquiera de estos cargos, no podrá obtener los municipales, hasta pasados dos años de haber cesado en aquellos. Son cargos rigurosamente concejiles los empleos de alcaldes, regidores y síndicos por lo que nadie puede ni debe excusarse de ellos sin causa justa y legítimamente comprobada.

En cada pueblo, cabecera de departamento, habrá un jefe de policía, nombrado por el gobernador del Estado a propuesta del consejo, a excepción del jefe de la capital que lo será y del vicegobernador. En estos empleados se deposita el gobierno político y económico de su departamento respectivo.

El poder judicial se ejerce en el Estado por los tribunales de la corte de justicia, los jueces de primera instancia de las cabeceras de partido, y los alcaldes de los demás pueblos, en sus respectivos casos; ninguno será juzgado sino por leyes dadas y tribunales establecidos antes del acto por el cual se juzgue. Queda para siempre prohibido todo juicio por comisión especial y toda ley retroactiva. Cualesquiera autoridad secular admitirá y prestará a todo habitante del Estado, sea de la clase que fuere, el auxilio de protección en las fuerzas de potestad eclesiástica (recurso de fuerza). Se prohibe para siempre el uso de los tormentos, cualquiera que sean las circunstancias, naturales y estado de los delitos y procesos. Ningún alcaide o carcelero podrá recibir de preso o detenido a ninguna persona, sin que primero se les entregue la orden respectiva por escrito de la autoridad que corresponda; y sin este requisito tampoco tendrá incomunicado a ningún preso, ni por más tiempo de setenta y dos horas. Serán jueces de primera instancia los alcaldes constitucionales de las cabeceras de partido, para todos los juicios contenciosos. Los alcaldes de los demás pueblos serán conciliadores a todos los asuntos civiles y de injurias que ocurran en su respectivo distrito.

En cada una de las cabeceras de departamento habrá un asesor letrado con sueldo de un mil quinientos pesos anuales, pagados por la

tesorería del Estado. Estos asesores tendrán la obligación, de consultar todas las dudas que se ofrezcan en el ejercicio de sus funciones, a los jueces de primera instancia de su respectivo departamento, ya sea en la práctica y secuela de los expedientes, causas o procesos, ya para pronunciar sentencia sobre ellos.

Se erigirá en la capital del Estado una corte de justicia compuesta de nueve ministros. El nombramiento de estos funcionarios lo hará el gobierno a propuesta del consejo, en letrados que merezcan su confianza, dentro del Estado o fuera de él. Los eclesiásticos y empleados de la federación, no podrán ser ministros ni funcionarios de la corte de justicia. El tratamiento de cada una de las salas, será el de excelencia; y el de sus ministros y fiscal de señoría precisamente en el trato oficial. Cada sala tiene facultad de hacer ejecutar sus sentencias, en los casos que el derecho previene.

En materia hacendaria, son relevantes los siguientes puntos: Las rentas que no se reservó la federación por el decreto de clasificación de ellas, de 4 de agosto de 1824 próximo pasado, son las que hasta ahora han formado los elementos de que se compone la hacienda del Estado. En lo sucesivo, el congreso impondrá las contribuciones que tenga a bien, en cuanto sean suficientes a cubrir el déficit que resultó contra el Estado, de los gastos generales de la confederación mexicana que le tocan pagar, y los particulares del mismo Estado. Las contribuciones siempre deben ser proporcionadas a los gastos que se han de cubrir con ellas, y jamás tendrán el carácter de extorsiones y sí el de donaciones indispensables y necesarias que hacen cada uno de los habitantes del Estado, para la subsistencia y buen orden de la sociedad. Por consiguiente, no sólo serán proporcionadas a los haberes y riqueza de cada uno, sino equitativas. Quedará extinguida la alcabala llamada del viento (tributo que pagaba el forastero por los géneros que vendía) en los frutos comestibles de primera necesidad, luego que el congreso constitucional especifique cual debe ser ésta. Los jornaleros están libres de toda contribución directa o personal.

En cuanto a la instrucción pública, se expresa en la Constitución que se establecerán en todos los pueblos del Estado, escuelas de primeras

letras, para la enseñanza de la juventud. En ellas se enseñará a leer, escribir, contar, el catecismo de la doctrina cristiana y los derechos y obligaciones del hombre constituido en sociedad. Se pondrán también en los lugares en donde sea conveniente, establecimientos de instrucción para la enseñanza de las ciencias físicas, exactas, morales y políticas. El Estado protegerá la libertad de todo hombre para aprender o enseñar cualquier ciencia, arte o industria honesta, por mayor a los ramos más útiles. También protegerá, especialmente a los establecimientos particulares de enseñanza de artes necesarias paras la extinción de la ociosidad y garantizará el cumplimiento de las obligaciones y derechos concedidos a los fundadores al establecerlos. El congreso formará un plan general para arreglar y uniformar la instrucción pública en todo el Estado. Cuando al congreso le parezca conveniente se procederá al establecimiento de una sociedad patriótica de amigos del país, cuyos estatutos y reglamentos se formarán por una ley especial.

Dispone la Constitución que haya en el Estado cuerpos de milicia local, para la conservación del orden interior y para la defensa exterior. Las leyes dispondrán, con arreglo a las generales de la Unión, el modo con que ha de hacerse el nombramiento de sus comandantes y oficiales y el tiempo en que prestarán el servicio.

Finalmente, todo habitante del Estado estará obligado a cumplir y observar la constitución en todas partes. Ni el congreso ni alguna otra autoridad, podrán dispensar la observancia de ella. Al tomar posesión de sus empleos, los funcionarios públicos del Estado, de cualquier clase que sean, otorgarán juramento de guardar la constitución general de la federación mexicana, la particular del Estado y desempeñar fielmente sus deberes.

LA PRIMERA LEGISLATURA.

Una vez dictada la Constitución y clausurado el Congreso Constituyente, el ejecutivo convocó el día 8 de noviembre de 1825, a elecciones para gobernador, vicegobernador y diputados a la Primera Legislatura Constitucional que habría de instalarse el 1° de mayo de 1826. Por el sistema de electores preceptuado por la Constitución, resultaron designados para gobernador, el antiguo jefe realista don

Simón Elías González y para vicegobernador el eminente liberal don Francisco Iriarte. En estos comicios, se eligió también a los diputados que habrían de integrar la Primera Legislatura, entre cuyos nombres figuran los señores Tomás de Escalante, José Manuel Estrella, José Ignacio Verdugo, José Salvador Salido, Ignacio Arriola, Jesús Gaxiola, Rafael Morales y Juan Elías González.

Se instaló esta Legislatura en la villa de El Fuerte, todavía residencia de los poderes del Estado de Occidente. Allí expidió veintiséis decretos, todos ellos en el año de 1826, de los cuales, los más notable son:

El que declara que todos los que fueren esclavos, son propietarios de los bienes que en aquel estado infeliz adquirieron por medios legales (Decreto No.3 de fecha 18 de mayo).

El que expresa, que con el fin de proveer los medios que están al alcance del Congreso Constitucional, para el restablecimiento de la tranquilidad pública alterada entonces, por la revolución de los pueblos del Yaqui y del Mayo, todo individuo que directa o indirectamente se niegue a los llamamientos que haga el gobierno para acudir a la tranquilidad del Estado, será previa justificación del hecho, destinado a la milicia permanente del Estado, por el tiempo que señalan las leyes del caso. Asimismo, que las autoridades que por omisión o conclusión procuren hacer ilusoria esta disposición, serán juzgadas conforme a las más severas leyes de responsabilidad de los funcionarios públicos.

El que dispone que los bagajes en el Estado se pagarán a razón de un real por legua, de bestia en pelo (Bagajes: la carga o impuesto que obliga a los pueblos, al suministro de las caballerías y carruajes necesarios, para el transporte de las personas y efectos dedicados a ciertos servicios públicos); y de real y medio por bestia aparejada o ensillada. Que sólo podrán exigir los bagajes para asuntos del servicio y auxilio de viajante que lleve pasaporte requisitado. Que el alcalde o funcionario público que pida el bagaje o bagajes necesarios, garantizará al propietario de las bestias el oportuno regreso de estas y cabal pago de aquellas. Que cualquier falta en esa devolución y pago, es de la responsabilidad del funcionario, a excepción de los casos en que las leyes vigentes eximen de la devolución por sucesos imprevistos e inevitables.

El que, con apoyo en un precepto de la Constitución, declara extinguida la alcabala llamada del viento, en los siguientes efectos: carnes, mantecas, trigo, harina, maíz, frijol, garbanzo, lenteja, chile, caña y toda especie de dulces.

El que aprueba el arancel y suplemento respectivo, que para abogados, jueces y escribanos del Estado de Occidente formaron los ministros y el fiscal de la corte de justicia.

Y el No.24, del 28 de agosto de 1826, en conformidad con el cual en esa propia fecha, se cierran las sesiones del primer congreso constitucional del Estado. Las sesiones se clausuraron debido a que la rebelión de los indios, había alcanzado un peligroso incremento, por el cual asimismo y por obvias razones de seguridad, se acordó el traslado de la capital y asiento de los supremos poderes del Estado a Cosalá.

LA PRIMERA IMPRENTA.

Tuvo también la villa del Fuerte el orgullo de contar con la primera imprenta que existió en el Noroeste de México y que fue traída muy a fines de 1825. Del folleto titulado "La primera Imprenta en las Provincias de Sonora y Sinaloa" del Lic. Héctor R. Olea, procede la siguiente información:

Es de afirmarse, dice el Lic. Olea, que todavía en noviembre 2 de 1825, no existía imprenta en el Estado de Occidente, en vista de que por Decreto No.2, de fecha 8 de abril de 1826, que autorizan los diputados don José Salvador Salido, don José Ignacio Verdugo y don Ignacio Arriola, se ordena: "Que desde la apertura de las sesiones de la augusta asamblea (la Legislatura), se impriman y circulen las actas, por conducto del Gobierno a todos los Ayuntamientos del Estado". Por lo que se colige o supone que la imprenta fue introducida en el periodo comprendido entre el 2 de noviembre de 1825 y el 8 de abril de 1826.

La imprenta en cuestión era oficial y la idea de adquirirla procede del Congreso del Estado de Occidente; pues se iniciaron las gestiones encaminadas a ese fin, en los últimos meses del año de 1824, con la solicitud de un préstamo al Gobierno Federal. El vicegobernador y encargado del Ejecutivo, don Francisco Iriarte, destacado político si-

naloense, fue quien envió al Congreso local la primera documentación sobre este asunto. En el acta manuscrita, referente a la sesión que el día 31 de diciembre de 1824 celebró el Congreso Constituyente del Estado, documento que se conserva en el Archivo General de la Nación, aparece el siguiente informe: "Se dio cuenta con los oficios que han remitido del Gobierno, Primero: Los que acompaña a la contestación que el subsecretario del Ministerio de Relaciones da, al que relativo sobre la solicitud de un préstamo del valor de la imprenta para este Estado, se dirigía al mismo ministerio y manifiesta la buena disposición de S.S. el Presidente de la República se sirvió ordenar esta petición".

Coincidiendo con la fecha que lleva el informe antedicho, observa Olea, el Presidente de la República, don Guadalupe Victoria, adquirió una imprenta (Consúltese el periódico No.77, Tomo XV, Pág. 391, de la "Gaceta del Supremo Gobierno de la Federación Mexicana", del sábado 11 de diciembre de 1824), como puede verse en el documento (Corte de Caja) de la Secretaría de Hacienda, que dice: "Ministerio de Hacienda. Razón de la entrada, salida y existencia de caudales que ha tenido esta Tesorería General el día de la fecha (aparece el siguiente cargo en la data de egresos): "Al presbítero don Joaquín Furlong, por valor de una imprenta, que se le compró de orden del Gobierno $4,500.00 (CUATRO MIL QUINIENTOS PESOS). Firmada con fecha 9 de diciembre de 1824, en la Ciudad de México, con la rúbrica de Bates Ximénez", por lo que cabe preguntar si esta sería la imprenta, de la propiedad del Padre Furlong, viejo impresor desde la independencia, que fue traída a estas provincias.

El primer impreso que vio la luz en el Estado de Occidente se intitula "ESTADO GENERAL QUE MANIFIESTA LOS PRODUCTOS QUE HAN RENDIDO LAS RENTAS DE ESTE ESTADO Y LOS GASTOS QUE HAN DEBIDO CUBRIR, DESDE EL 1°. DE NOVIEMBRE DE 1824, HASTA EL 31 DE DICIEMBRE DE 1825", conservándose un ejemplar, rarísimo, en la biblioteca particular del señor Lic. José G. Heredia. Tal impreso, dice el Lic. Olea, está hecho con tipografía de doce puntos, en papel de lino blanco y en el cual se dan cuenta de los ingresos y egresos, con un cuadro de "comparación", conteniendo productos, gastos y deficiente, en la parte final dos "notas" aclaratorias: la primera, sobre el deficiente

de 31,805.5.14 (Treinta y un mil ochocientos cinco pesos, cinco reales y catorce granos), expresando que es por no haberse recaudado todos los productos de las rentas, y en la segunda se hace constar que no se ha podido formar este Estado con toda exactitud por haber faltado algunas constancias que no se han remitido de las administraciones de rentas. El impreso termina así: "TESORERIA GENERAL EN EL FUERTE A 4 DE MARZO DE 1826". Lo firma don Nicolás María Gaxiola, y sobre el caso, lo más importante de ese Estado de las rentas públicas es, que aparece una partida que a la letra dice: "SUELDOS DE LA IMPRENTA DEL GOBIERNO CON EL VIATICO DE LOS IMPRESORES...1,661.64". Concluye el Lic. Olea, exponiendo que es de justicia considerar el valor histórico de este impreso, salvo prueba en contrario y es de admitirse que para el 31 de diciembre de 1825, cuando menos, ya se encontraba en Sinaloa la primera imprenta.

El libro de mayor antigüedad de que se tiene conocimiento, continúa refiriendo Olea, es la intersantísima "COLECCIÓN DE DECRETOS EXPEDIDOS POR EL HONORABLE CONGRESO DE OCCIDENTE", obra en dos partes, la primera: comprende desde el 12 de septiembre de 1824, en que se instaló el Congreso, hasta el 31 de octubre de 1825, en que cerró sus sesiones. Encuadernado a mano y empastado en piel. Conserva como pie la leyenda: Imprenta del Gobierno del Estado de Occidente. Comprende en su totalidad cuarenta y dos decretos, el último expedido en El Fuerte, el 31 de octubre de 1825, en el cual se dan por cerradas las sesiones de la asamblea, En la parte inferior, tiene una greca probablemente impresa por tipo de madera. Mide 21 X 15 cms. Se usan tipos de diez y doce puntos. El papel es de lino blanco. El texto se encuentra numerado del uno al ochenta y nueve en su paginación. La segunda parte tiene las mismas características. Consta de 180 páginas que hacen un total de 269 y contiene el texto, ciento cuarenta y cuatro decretos. Al final cuenta con un índice de materias. Es propiedad del Archivo de Asuntos Jurídicos y Económicos de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público. Está marcada con la colocación: 34(721.5) (003)S.

Además, hay otro libro que se imprimió en El Fuerte y que no menciona en su folleto Olea. Se trata de la "CONSTITUCION POLITICA DEL

ESTADO LIBRE DE OCCIDENTE, DECRETADA Y SANCIONADA POR SU CONGRESO EN EL AÑO DE 1825". Fuerte, Imprenta del Gobierno, a cargo del ciudadano Felipe J. Gómez, libro en rústica de 96 páginas de 20 X 15 centímetros.

Con el traslado De la Capital de El Fuerte a Cosalá y enseguida a Alamos, la imprenta iba en seguimiento e gobierno. En Cosalá y en ella, se imprimió el primer periódico, esto es, el más antiguo que vio la luz pública en las Provincias de Sonora y Sinaloa, llamado "EL ESPECTADOR IMPARCIAL", del Estado de Occidente, editado en 1827. En Alamos se imprimió primeramente el periódico "OPINION PÚBLICA DE OCCIDENTE" y después, pero en el mismo año (1829), "CELAJES DE LA AURORA DE OCCIDENTE".

A esta imprenta oficial, hace referencia la "Memoria Estadística del Estado de Occidente", elaborada y publicada en 1828, por Juan M. Riesgo y Antonio Valdés: "Uno de los medios necesarios para la educación pública de un pueblo, especialmente de un pueblo libre, es la imprenta. Desgraciadamente en el Estado solo tenemos una mala, que posee el Gobierno en los Alamos. Es importante que nuestras prensas se multipliquen. En un país de costumbres republicanas, los primeros síntomas de la felicidad de un pueblo, deben consistir en la escuela, donde se aprenda la moral evangélica y las máximas de una justa libertad y la imprenta donde el ciudadano, desenvuelva sus facultades intelectuales, y garantice su libertad civil.

TRASLADO DE LA CAPITAL A COSALÁ.

En el año de 1825, se alzaron en armas, cometiendo toda clase de desmanes y actos de barbarie como eran robos, asesinatos e incendios, los indios yaquis, encabezados por Juan Banderas (Jusacamea) e inducidos, al decir del historiador sonorense señor Francisco F. Dávila, por el cura párroco de Cócorit, lo cual era consecuencia de la política oposicionista observada por el obispo Fray Bernardo del Espíritu Santo. Reclamaban los indios, se dice, la reposición de Iturbide en el trono de México; más es de pensarse, que en el fondo fueron bien distintas y enteramente particulares de ellos, las causas que llevaron a los indios a

rebelarse contra el gobierno del Estado de Occidente. En 1826, el movimiento aludido tomó bastante incremento, pues primero se extendió al Mayo y enseguida al río del Fuerte, donde se sublevaron los indios de Tehueco, circunstancia por la cual se tenía por amenazada la villa de El Fuerte, capital de la entidad.

Dada la gravedad de la situación y además por razones de comodidad, determinó la Primera Legislatura Constitucional trasladar el asiento de los poderes a Cosalá y clausurar en El Fuerte sus sesiones, como lo hizo el 28 de agosto de 1826, en que expidió el decreto correspondiente. Al mismo tiempo y para el efecto del traslado de la capital, la Legislatura nombró gobernador provisional a don Nicolás María Gaxiola, quien debería entregar el poder al funcionario electo, don Francisco Iriarte.

Se instaló en Cosalá la Legislatura el 27 de Diciembre. El 5 de febrero de 1827, apoyándose en un artículo de la convocatoria que hizo a sesiones extraordinarias y por circunstancias de urgencia, por un decreto declaró que subsistían las causas que obligaron a trasladar los poderes a Cosalá y se elegía como residencia de los poderes a Culiacán, por mientras existieran los motivos del traslado.

Entonces, el Ejecutivo del Estado objetó el decreto, lo que dio motivo a que se produjeran en el seno de la Cámara acres disputas, desintegrando el quórum, tres diputados que abandonaron el salón de sesiones, quienes abogaban por el retorno a la villa de El Fuerte. Hasta septiembre se reunió nuevamente la Legislatura y continuaron las pugnas, entre ésta y el gobernador. Posteriormente, se solucionaron las dificultades y el 10 de octubre, expidió el Congreso un decreto previniendo se hiciese público por bando y fuese solemnizado en todos los pueblos del Estado, el restablecimiento de la armonía entre los dos poderes.

Los decretos que expidió el Congreso en Cosalá, fueron los del número 24 al 40, apareciendo este último fechado el 30 de noviembre e 1827. Tomadas en consideración por la Legislatura las poderosas razones que reclamaban, se diera asiento fijo a los poderes, en el centro de la entidad, tuvo a bien: Que se elegía al Real de Alamos por capital del Estado y residencia de los supremos poderes. Que desde el día primero de diciembre, del propio año de 1827, quedaban expeditos para

marchar los funcionarios y demás empleados, quienes precisa e indispensablemente habrían de hallarse ya en aquella población el 10 de enero. Finalmente, que el gobierno habría de disponer a la brevedad posible el traslado de la imprenta y demás oficinas con sus respectivos archivos, y proveer al auxilio de los empleados que más lo necesitaren para emprender su marcha.

También objetó el Ejecutivo este decreto, cuya expedición desde luego significó, la derrota de los diputados sinaloenses que auspiciados por Don Rafael de la Vega y Rábago, propusieron y votaron por que fuera Culiacán la nueva sede del gobierno. Como no fue obedecido el mandato, se verificó en la Cámara una sesión tormentosa; el pueblo se opuso a la medida y el gobernador fue llamado al seno de la Representación acordándose que, para apaciguar los ánimos, se suspendiera de pronto el cambio decretado.

Los conflictos que se suscitaron entre la Legislatura y el Gobernador fueron de tan extrema gravedad, que aquella se vio en el caso de tener que refugiarse en el Real del Rosario, por lo cual esta población fue declarada ciudad, bajo la denominación de Asilo del Rosario.

NUEVO CAMBIO DE CAPITAL A ALAMOS.

Conjuradas la situación de intrigas, dificultades y perturbaciones políticas, a que se hizo anteriormente referencia, pudo al fin consumarse el cambio decretado de la capital a Alamos, declarada ciudad. Ahí se instaló nueva y definitivamente la Legislatura y entró en plena actividad desde luego, expidiendo un decreto que concedía indulto a todos los sublevados en los ríos Yaqui, Mayo y Fuerte, por los delitos en que deben conocer los tribunales el Estado, quedando por consiguiente rehabilitados en el ejercicio de sus derechos como ciudadanos, aquellos que se acogieren al indulto.

En la nueva capital se expidieron otros muchos decretos.

Uno que señala a los diputados de la Legislatura entrante dietas de tres mil pesos anuales, a cada uno.

Otro referente, al establecimiento de una fábrica de centavos de cobre en la ciudad de Alamos.

El que asigna al ayuntamiento el tratamiento de Excelencia; y que además dispone, que siempre que dicha corporación hubiere de concurrir a la Iglesia, en forma, se recibirá por el párroco u otro sacerdote, revestido de sobrepelliz y con dos acólitos, en el umbral de la puerta principal donde recibirá el aspersorio del agua bendita. Los acólitos irán delante del ayuntamiento y el párroco a la derecha del presidente hasta que llegue a la banca que le estará designada. Cuando saliere de la Iglesia, el ayuntamiento será despedido en los términos que se recibió, sin aspersorio. La banca de dicha corporación se adornará o cubrirá con un teliz de seda de color conveniente. Guarnecida con franja de oro, y usará el mismo ayuntamiento en tales actos, tapete o alfombra.

De igual carácter suntuario se expidió otro decreto, en el cual se dispone que: A más de las fiestas religiosas nacionales y cívicas que detalló el Congreso General en decreto de fecha 27 de noviembre de 1824, se declara fiesta religiosa, la de la Purísima concepción de María, el 8 de diciembre. Cuando el gobernador del Estado asistiere a las funciones señaladas, gozará dentro de la Iglesia, de los mismos honores y preeminencias que se hicieron a los virreyes de México y a los comandantes generales e intendentes de aquel virreinato, conforme a las leyes del libro 3°, título 15 de la Recopilación de indias. Los mismos honores a falta del gobernador se hará a la persona que desempeñe el poder ejecutivo. Cuando asista comisión del Congreso se le harán los mismos honores y no concurrirá el ejecutivo. En tales días usarán las primeras autoridades vestido negro de calzón corto, frac, sombrero montado, zapato bajo con hebillas y corbata blanca. El gobernador del Estado, portará banda nevada con borlas de oro en los remates.

Por decreto, se expidió una ley relativa a la formación y reglamento de la Milicia Nacional, para el Estado de Occidente el 20 de junio de 1828, en la Purísima Concepción de Alamos. El gobierno por medio de los ayuntamientos, procederá al aislamiento de los ciudadanos que han de formar la milicia, a la cual pertenecerán todos los habitantes del Estado, desde la edad de 18 años a 50, exceptuándose los empleados públicos, los simples jornaleros, los que tengan impedimento físico para el manejo de las armas y los españoles. Habrá en cada departamento de

los cinco que componen el Estado de Occidente, un batallón de Infantería, un regimiento de caballería y una compañía de artillería, distinguiéndose estos cuerpos con el nombre de la cabecera de su respectivo departamento y además el del Estado. Cada batallón constará de ocho compañías, de éstas, una será de granaderos, otra de cazadores y los seis restantes de fusileros. La dotación de cada compañía será de un capitán, un teniente, dos subtenientes, un sargento primero, tres segundos, tres tambores, diez cabos y ochenta y tres soldados.

Sigue: La plana mayor constará de un coronel, un teniente coronel, un primer ayudante capitán en funciones de sargento mayor y con el carácter de tercer jefe, un segundo ayudante teniente, un subayudante subteniente, un armero, un tambor mayor, un cabo de tambores, un cabo, ocho gastadores y doce individuos para música militar, con su respectivo haber de tambores. Los tenientes coroneles serán los jefes de disciplina e instrucción.

Sigue: Cada regimiento constará de cuatro escuadrones y cada escuadrón, de dos compañías, cada una de las cuales constará de un capitán, un teniente, dos alféreces, un sargento primero, tres segundos, tres cabos primeros, tres segundos, dos clarines y cuarenta y ocho dragones, ocho desmontados y sesenta caballos. Cada regimiento llevará en su plana mayor un coronel, un teniente coronel mayor, un primer ayudante capitán, dos ayudantes segundos tenientes, un mariscal, dos mancebos, un talabartero, un armero, un clarín mayor, un cabo y ocho gastadores.

Sigue: Cada compañía de artillería de a pie constará de un capitán, un teniente, dos subtenientes, un sargento primero, seis segundos, trece cabos y sesenta y seis soldados, dividiéndose el cuerpo en seis escuadras y servirá igual número de piezas de artillería.

Sigue: Se previene que las milicias cívicas y auxiliares subsistentes en el Estado deberán arreglarse a esta ley, la cual especifica, además de lo dicho, las obligaciones de la milicia, el nombramiento de oficiales, la instrucción, el uniforme, el armamento, los fondos y diversas reglas generales.

Sigue: Dispone la misma ley, que luego que esté arreglada la milicia pase en formación a la Iglesia, para asistir a misa mayor, presen-

tándose los jefes, oficiales, sargentos y cabos, con las divisas propias de sus empleos; concluida la misa, el párroco hará una exhortación en que se recuerde a los milicianos, sus obligaciones para con la patria, de defender su independencia y libertad civil, la constitución general y la particular del Estado. Enseguida, el gobernador del Estado, el jefe del departamento o en defecto de ambos el alcalde del pueblo, recibirá allí mismo del inspector, coronel o jefe que está mandando la milicia, el juramento bajo esta forma: ¿Juráis a Dios Nuestro Señor emplear las armas que el Estado pone en vuestras manos para la defensa de la religión católica, apostólica romana, conservar la independencia de la república mexicana, el actual sistema de federación que hemos adoptado, sostener el orden interior del Estado, obedecer exactamente a las supremas autoridades y jefes a cuyas órdenes hubiereis de servir y guardar la debida consideración a los demás ciudadanos?. Al tener la respuesta afirmativa quien recibe el juramento, responderá: "Yo por mi ministerio, pediré a Dios que si así lo hiciereis os ayude, y si no os lo demande".

Sigue: Hallándose de servicio, la milicia local será juzgada en los delitos o faltas en que incurriere, con arreglo a la ordenanza militar del ejército. La bendición de las banderas y estandartes se arreglará a lo dispuesto en la ordenanza militar, y la exhortación que ha de hacerse en este acto por el jefe de mayor graduación de la milicia, será en los siguientes términos: "Milicianos, todos los que tenemos la honra de estar enlistados bajo de esta bandera, (o estandarte) que Dios nuestro señor se ha designado bendecir, para que nos sirva de punto de unión contra los enemigos de nuestra independencia y libertad, estamos obligados a conservarla y defenderla hasta perder nuestras vidas por que así lo exige la gloria de la Nación y del Estado, el crédito del cuerpo y nuestro honor en el cumplimiento, de la solemne promesa que hemos hecho de emplear las armas que la patria, ha puesto en nuestras manos en defensa de la constitución política; y en fe y señal que así lo prometemos: Preparen armas... Apunten...Fuego".

Se expidió en Alamos una ley para el exterminio de vagos, la cual dispone que en cada cabecera de partido, funcione un tribunal com-

puesto del alcalde primero y dos regidores, para conocer las causas sumarísimas en los pueblos del Estado.

Con fecha 5 de septiembre de 1828, se dieron tres decretos. Por uno de ellos se le cambia su nombre a la villa de Pitic, por el de Hermosillo, a la cual se le da el título de ciudad. Otro se refiere a la villa sinaloense de San Sebastián, a la que se le cambia el nombre por villa de Concordia. El otro, declara villa de Moctezuma, al pueblo de Oposura. Otro de la misma índole, el No.81 del 14 de igual mes y año, se expidió y mediante el mismo se cambia su nombre al presidio de Mazatlán por el de villa de la Unión y por el de villa de Diana, su nombre al pueblo de Chiametla. Los casos de Concordia, villa de la Unión y Diana, obedecen a la circunstancia de que tales eran los nombres de las logias yorquinas, que funcionaban en las respectivas y correspondientes localidades.

El Decreto No.88 pone en vigor una ley para el gobierno particular de los pueblos indígenas, en materia de policía, fondo de propios, educación, etc. El No. 89, es una ley dictada a favor de los naturales, que dispone del repartimiento de tierras en los pueblos de indígenas, reduciéndolas a propiedad particular. El 27 de agosto de 1829, el Decreto No.136, declara que se hallan exentos de la contribución de diezmos, los indígenas de Guasave, así como a los demás indígenas del Estado.

La Tercera Legislatura Constitucional, mediante el Decreto No.136 de fecha 30 de septiembre de 1830, anexaba el partido de Alamos al de Horcasitas, por lo que aquel partido, quedó substraído desde entonces a la demarcación de El Fuerte. Para terminar expondré que, como se agitaba con vehemencia, la cuestión del desmembramiento del Estado, para que separadamente Sonora y Sinaloa, constituyeran cada cual un Estado, este propio Congreso Constitucional, fijo por Decreto No.176, promulgado por el gobernador Escalante, las condiciones relativas a dicha separación, próxima a consumarse.

MISCELÁNEA

Antes de pasar a ocuparme del cisma o separación de Sonora y Sinaloa, tema con el que finalizará el presente capítulo, considero de interés consignar además de lo ya expuesto, algunas noticias entresacadas

de la "Memoria Estadística del Estado de Occidente", ya anteriormente citada. Se trata de algunas particularidades, de la época (1828).

La ardentía de que hemos hablado dicen los autores de la "Memoria", se suaviza bastante con las lluvias, y los aires que suelen soplar de la sierra madre, pero inmediatamente sobreviene el calor, hasta el extremo de no poderse dormir a puerta cerrada, ni mucho menos en colchones. "En la provincia de Sinaloa, la mayor parte de las gentes tienden sus camas, en corredores abiertos y los más pobres a campo raso sin necesidad de cubrirse. Los jornaleros y gentes infelices andan muy comúnmente sin camisa, ni calzones y cubren sus partes sexuales, con una especie de cintura de lienzo basto, a manera de braguero, que suelen llamar taparrabo. Las mujeres se envuelven en un pedazo de frazada, que ocasiona el mismo efecto. Este uso trae su origen del calor y de la consiguiente desnudez de los indígenas, de suerte que no se debe atribuir el efecto de una educación viciada, como se observa en México y otros Estados".

"Un calor tan intenso, estimulado por los miasmas que se elevan de las marismas, cenagales y bascosidades de las costas, ocasiona calenturas y fiebres continuas e intermitentes, que influyen con particularidad en Mazatlán y en el Rosario, causando estragos horrorosos, con especialidad en los miserables y notablemente en los extranjeros. Lo demás del Estado, es por lo general sano y la mortalidad está lejos de ser como debiera serlo bajo un clima tan ardiente. Muy al contrario, los viejos abundan y más de cien años de edad, que conservan bastante robustez y el uso expedito sus potencias. A esto conduce muy esencialmente la sobriedad de sus alientos y lo uniforme de sus habitudes".

"Entre los indios es mayor la mortalidad, a causa de su incuria habitual, de lo recio de sus labores siempre a la intemperie, y de su inclinación excesiva a la embriaguez. La población blanca, la mestiza y aún la negra, gozan de mejor salud, por el método de vida a que están acostumbradas".

Se califican de enfermedades, el sarampión, las viruelas y el mal venéreo de las cuales las dos primeras suelen presentarse causando efectos desastrosos, "y la tercera es bastante común, especialmente entre los indios, por su lubricidad excesiva, absorben la enfermedad que los destruye en las fuentes mismas de la generación".

"La administración de la vacuna casi se desconoce en el Estado; solo en Arizpe se suele administrar, haciendo traer el virus vacuno de Chihuahua o Guadalajara. Generalmente hablando, la medicina se halla en el estado más deplorable, los médicos aparecen eventualmente, y los más de ellos no pasan de charlatanes. Boticas no se conocen; una sola hay en todo el Estado, la de Arizpe, donde también se encuentra el único hospital que existe en una extensión tan dilatada y tan fecunda en miserables". Comparativamente todo el Estado era un despoblado, pues es tan vasta extensión, según estimación de Riesgo y Valdés, habría unos 230.000 habitantes.

"Así vemos en los días lúgubres de una epidemia, parecer a los infelices sin los auxilios benéficos del arte, que se abastecen de medicamentos en las vinaterías o tiendas de ropa y los aplican sin más discreción que la que les sugiere su ignorancia supina, acompañada en las viejas de la más grosera superstición.

Señalando medidas de salubridad dice: "También debe influir el Gobierno en el pronto establecimiento de cementerios, arrojando de la casa de Dios la podredumbre contaminosa de los muertos que se entierran en las Iglesias. Solo la ciega superstición, el orgullo más anticristiano y la ignorancia más vergonzosa, pudiera oponerse a desterrar el Santuario en que se da culto a la majestad Divina, los despojos mortales, que con su putrefacción corrompen el aire vital y llenan de luto a las familias, contrariando los designios beneficientísimos del adorable autor de la vida".

"La villa del Fuerte, se tenía por capital interina del Estado, hasta que se resolviese definitivamente el pueblo que hubiese de ocupar este rango. Ultimamente se ha declarado, que lo sea el mineral de los Alamos con título de Ciudad... La localidad de esta ciudad es sumamente desagradable, por hallarse estrechada entre cerros escarpados, sin aguas corrientes, arboledas, ni cosa alguna de lo que forma la hermosura de un terreno; pero los habitantes son laboriosos, y se percibe en aquel pueblo cierta tendencia saludable al bien común. La situación del Fuerte es al contrario, deliciosa y amena, regulada por un río caudaloso; pero la población es escasa y exhausta para la vida".

"Concepción de los Alamos, a quinientas leguas de México, con ayuntamiento cabecera de partido. Este pueblo se conocía hasta fines de 1827, con el distintivo de mineral; pero la H. Legislatura del Estado le ha distinguido con el título de ciudad y el rango de capital del Estado, con residencia de los Poderes Supremos".

"El terreno en que está ubicada esta ciudad es monótono en su aridez, cercado de cerros y sin un río que bañe sus inmediaciones: la vista se fatiga en vano en buscar árboles que deleiten la imaginación; solo el incentivo poderoso de las minas pudo inducir a los hombres a reunirse en aquel lugar. El único arroyo que rodea la población, está por lo general seco, solo se observa alguna corriente, cuando la lluvia es muy copiosa y el vecindario se halla en la necesidad de abrir pozos, para el servicio ordinario. El área de la ciudad es tan reducida, a causa de los cerros, que las casas están separadas, formando en el centro lo principal, y a manera de suburbios, el resto de la población.

"Lo principal, sin embargo, presenta buen aspecto, porque aunque las calles sean irregulares, las casas están adornadas con portales, que contribuyen a una bella apariencia, frescura y comodidad.

"La plaza es de regular extensión y la iglesia, que la hermosea, es la mejor del Estado. Es edificio nuevo, de tres naves y bastante aseado y decorado en el interior".

"Algunas de las calles, están empedradas y a un extremo de la ciudad hay una especie de alameda, formada de dos hileras de álamos, capaz de mas extensión y de mucho recreo, si se tiene cuidado de hermosearla y conservarla limpia".

En los Alamos, se halla en el día la tesorería de la comisaría general (la comisaría general se encargaba de las atenciones del ramo de Hacienda federal): el comercio crece visiblemente en aquella plaza, hay porción de vecinos acaudalados con sus empresas de minas; la población progresa y lo que es muy laudable, prevalece cierta tendencia a la unión y civilización".

Hablando de Arizpe se dice: "Esta ciudad es la antigua capital de la Sonora, tiene ayuntamiento, cabecera de partido y de departamento, era residencia de los intendentes, en el día lo es del comandante general

y dista de México 620 leguas. La ciudad es chica; pero tiene muy buenas casas y un paseo agradable. La Iglesia es regular, hay en este pueblo una sección de la comisaría general y el hospital militar, único establecimiento de este género que hay en el Estado".

En cuanto a la ciudad de Culiacán: "Tiene ayuntamiento, cabecera de partido y de departamento, ha figurado como capital del Estado, dista de México, sobre cuatrocientas leguas y es la ciudad de mejor forma en el Estado, pues se halla colocada en un hermoso plano y sus calles son rectas y de bastante extensión. La plaza principal de Culiacán es espaciosa y decorada con muchas casas de portales de mucha extensión, que le dan una vista agradable. En ella está situada la Iglesia, que es un gran barracón, sin forma de arquitectura, ni torres, ni campanas. El interior es intolerable por la fetidez que le comunican los murciélagos de que está plagada. Culiacán ha sido, sin embargo, la residencia de los obispos; y del último debemos decir que hizo grandes esfuerzos por edificar otro templo digno de un pueblo culto; mas no lo pudo llevar a efecto y después de su fallecimiento parece que se desperdician los materiales que dejó acoplados para el nuevo edificio. Culiacán se ha hecho celebre por la belleza y compostura del bello suceso. Las mujeres son numerosas, de preciosas formas y de mucha gracia en sus maneras. Entre los hombres se han observado prevenciones sensibles, que hacen aquella sociedad menos agradable, de lo que debe ser un pueblo dotado de ventajas naturales. Hay en esta ciudad algunos capitalistas y el comercio hace progresos visibles".

Respecto de El Rosario, otra de las cuatro ciudades que había en el Estado de Occidente, se hace la siguiente descripción: "Asilo del Rosario. Este pueblo se ha conocido hasta fines del año pasado de 1827, bajo su nombre de mineral; pero la H. Legislatura le honró últimamente, con el título de ciudad. Su ayuntamiento, es cabecera de partido y su distancia de la capital de la República trescientas leguas. La posición topográfica del Rosario, es muy ventajosa por hallarse situada a la entrada de la tierra dentro e inmediata al presidio y puerto de Mazatlán, cuyo comercio marítimo constituye al Rosario de mayores recursos en el Estado. En esta ciudad se halla actualmente la comisaría general,

el juzgado de circuito, una oficina de ensaye, una aduana terrestre y algunas casas de comercio, entre ellas una de las más respetables de la República. Hay asimismo una hacienda de beneficio de metales preciosos y algunas tiendas de regulares, artesanos en oro, plata y carpintería. Su temperamento es sumamente cálido y muy insalubre en el otoño. Parece que la causa principal de este mal es la localización del Rosario en una hoyada, que reconcentra los rayos del sol, ocasionando un calor intenso y los aires fríos de la sierra; que sopla regularmente desde el mes de octubre, causando un contraste súbito en la inspiración de los cuerpos. Contribuye a agravar este daño, la falta de policía en los campos y el entierro de cadáveres en la iglesia. La configuración de esta ciudad es muy irregular, su extensión moderada, tiene algunas casas de regular apariencia, la de la comisaría es la mejor del Estado, aunque no tiene altos y la Iglesia es de una sola nave; pero clara y con buena torre. Hay además tres capillas en regular estado. Las gentes del Rosario, son de carácter alegre; aún en la estación de las fiebres, hay continuos fandangos. Son hospitalarios, de sentimientos patriotas y amigos de las luces. Las mujeres son festivas, de gracioso estilo y con buena disposición para la sociedad...".

El título de Costumbres encierra interesantes observaciones y comentarios. "Amar a la patria, obedecer las leyes, respetar los magistrados, limitarse a una ambición honesta, evitar el lujo y sus vicios consiguientes, he aquí la suma de las buenas costumbres del ciudadano. Por desgracia, no todos los hombres se circunscriben a una conducta que formaría indudablemente la felicidad de un pueblo.

"La falta de educación, de la que hemos hablado y la falta de estímulo público en que nos desperdiciaba el gobierno peninsular, han ocasionado la relajación moral de nuestro vulgo, haciéndolo con naturalizarse en los tres vicios capitales, la concupiscencia carnal, el juego y la embriaguez. No deben extrañarse entonces de sus fatales consecuencias, las cuales son la vagancia, la falta de buena fe en sus compromet imientos, el robo y el uso del puñal".

"Y no es nada chocante, lo que muchos admiran, de que estos mismos vicios se observen en devotos armados de talismanes y escapula-

rios; lejos de eso; esta es una consecuencia de la educación española, que al mismo tiempo que alimenta la holgazanería y todos los vicios que engendra, inculca la superstición más abyecta, a fin de oprimir las conciencias y encadenar la libertad racional. He aquí el origen de muchos devotos energúmenos, muy celosos de la ajena piedad, y muy soberbios, ignorantes y fanáticos...".

"Prescindiendo de la generalidad con que nos hemos explicado, generalidad que es extensiva a toda la república y contrayéndonos más particularmente a este Estado, permítasenos decir que sus habitantes son hospitalarios, dóciles a insinuaciones luminosas, naturalmente sobrios e inclinados a las labores del campo. Alejados del bullicio de la capital y del lujo, sujetos a misioneros laboriosos y escasos de grandes poblaciones urbanas, vivían como diseminados, en una vasta extensión que los obliga a costumbres más sencillas y a procurarse el sustento por los esfuerzos de una industria campestre, limitada en su generalidad al arado, la caza, la pesca, el trabajo de las minas, y el acopio de minerales en los placeres. Así vemos en los campos gente fornida, de buena talla, de temperamento vigoroso y de carácter honrado; pero no es lo mismo en las ciudades y villas, cuyo pueblo bajo, se resiente e los influjos indicados".

"Con respecto a la nobleza, en esta provincia no se llegó a conocer aquella distinción marcada de jerarquías, que en otros pueblos más adelantados en el estado de la sociedad civil, según el sistema del gobierno español; pero si se advertían semejantes preocupaciones entre las familias de algunos pueblos, con especialidad en Culiacán".

"Los bailes de tono se habían reducido hasta hace poco tiempo, a las casas de los empleados de rango que venían de España o de la capital y estos mismos degeneraban a media función, en jarabe, guaco, cigüeña, venado, paloma, etc. Que son los fandangos puramente criollos y del gusto de la muchedumbre".

"Los indios imitan de tal modo a ciertos animales en sus fandangos, que suelen bailar con cuclillas, dando saltos a manera de sapo y hasta toman una brasa encendida entre los dientes, lo mismo que suelen hacer con dichos animales, los muchachos traviesos, que se divierten con ellos".

El canto de los indígenas es lúgubre y melancólico; acompañado de instrumentos que esgrimen sonidos análogos:

"A compases de roncos atabales,
así celebran sus ceremoniales".

"La música se halla en el estado mas atrasado, no obstante que se nota mucho gusto por ella: en el Rosario, es donde se ha aventajado un algo más; pero se entiende que hablamos de la música por principios, pues donde quiera se encuentra un violín, hasta el rancho más miserable. Algunos tocan muy bien el arpa, la guitarra y la jaranita, instrumentos propios para los cantos criollos, que sin tener la elegancia de los de Europa, tienen para nosotros un encanto arrebatador.

"Teatros no se conocen en el Estado, tal cual comedia se suele representar por aficionados. Lo principal de toda diversión, son los gallos y el juego del monte a albures, así como en toda la República. Y como en el Estado se carece de aquellas distracciones, de un pueblo en que las artes y la civilización han introducido otros recreos, se tiene por motivo de una gran diversión cualquier festividad de la Iglesia, y resulta una gran concurrencia. De estas se observan, con particularidad en los días de los patrones de los pueblos; y por consiguiente sucede la procesión, los cohetes, las carreras a caballo, los fandangos y los juegos públicos de la gente común.".

En el aspecto de la educación, la cosa era un desastre: "La educación, que según el sentido común y general es el desarrollo de las facultades físicas, intelectuales y morales de la juventud, se halla totalmente abandonada en este Estado. Ni escuelas, ni colegios, ni academias existen para consulto de un padre que quiere dar dirección ilustrada a la razón de sus hijos. La mayor parte de los eclesiásticos, que son los únicos que hasta el ya han saludado las aulas, según el sistema de educación recibido hasta aquí, que no era más que el aprendizaje de la obediencia pasiva y se ausentaban hasta Guadalajara y Durango, a veces hasta de México, haciendo sacrificios imponderables, para regresar al suelo natal y poder ser colocados en el servicio de la Iglesia. Estos mismos individuos, obtenían la magistratura implícita de los pueblos, que necesariamente les atribuía su mayor saber y la influencia del ministerio que

ejercitaban". Abogan Riesgo y Valdés, en su "Memoria", por que los legisladores del Estado se ocupen de un sistema de educación pública, organizando escuelas lancastarianas en toda la extensión del Estado, y fundando en los lugares más poblados, escuelas o casas de estudio, en que enseñen las ciencias y las artes más necesarias al progreso de nuestra juventud; a fin de hacerla capaz de llenar los grandes objetos a que es llamada en el nuevo orden social. "El nuevo gobernador del Estado y el actual de la sagrada Mitra, deben acordarse en destinar a objetos tan dignos, algunas sumas de fondos piadosos legados para el mismo objeto". Pues, "no hay duda, el mayor bien que un padre puede legar a sus hijos, es una buena educación; pero es necesario que la sociedad, le proporcione los medios de dejar tan noble sucesión; especialmente en un Estado, cuyo sistema popular exige como un principio, que la educación corresponda al espíritu de la Constitución; imprimiendo en el corazón de la juventud, sentimientos conformes a nuestras instituciones republicanas".

De otros asuntos: "El ganado se propaga con mucha facilidad, a causa de la abundancia de buenos pastos, especialmente el vacuno, del cual se hace el mayor consumo; pero las incursiones de las tribus indígenas, causan por temporadas su aniquilación: así sucede que una res gorda, que ha valido en algunos tiempos hasta veintiún peso puesta en el mercado, en otras épocas han bajado hasta a tres y en el día cuesta de catorce a dieciséis pesos, con motivo del último levantamiento de los Yaquis y Mayos.

"El ganado lanar o de cabra, es menos numeroso; porque aunque su carne es de muy buen sabor, los sonorenses son más inclinados a alimentarse de vaca y esto hasta el extremo, ya que por lo común no se hace uso de la manteca de puerco, si no es en el Pitic, el Rosario o Mazatlán, donde por lo ordinario residen gentes de otros países".

"Los caballos son también abundantes, pero no lo son tanto ni de tanta estimación como los de Durango y Jalisco. El precio ordinario de un caballo sonorense, es de siete a doce pesos y proporcionalmente vale más en el mismo Estado, un caballo de tierra fuera; pero un caballo de aprecio vale a proporción. Varias tribus de indios salvajes, prefieren para

su alimento la carne de caballo, aunque para ellos no hay especie de carne que sea despreciable, ni aún la de las culebras".

"Las bestias mulares, son numerosas en el Estado y las hay de muy buena calidad; su precio es por lo común de dieciocho a veintidós pesos, y algunas son de tanta estimación, por su fortaleza y paso cómodo, que valen cien y hasta doscientos pesos".

"La labor de los campos se practica por lo general con bueyes, el acarreo de los productos agrícolas se hace con mulas, y el servicio menor con burros".

"Las haciendas de labor son bastantes en ambas provincias, y en ellas se fabrica azúcar, miel, panocha, queso, jabón y aguardientes, según lo permite la naturaleza del terreno, como el de uva, el mezcal, de caña, etc., Al mismo influjo están sujetos los granos, como el trigo, el maíz, el frijol, el garbanzo, etc., La cría de ganados, se fomenta por lo regular en las mismas haciendas; y los ranchos, que varían mucho de valor en razón de los recursos de sus dueños, cultivan los mismos efectos en cantidad proporcionada. Los brazos dedicados a lo material de las labores son los de los indios, cuyos jornales son tan moderados, que jamás exceden de tres reales, incluso el alimento; bien entendido que el trabajo es recio, muy especialmente en las labores de minas".

EL CISMA

Desde que se hallaba la capital el Estado de Occidente en la villa de El Fuerte, se venía incubando la idea de que se independizaran Sonora y Sinaloa y que separadamente constituyeran sus Estados. En este sentido y haciéndose eco de la opinión que ya se agitaba en torno del asunto, el diputado José Ignacio Verdugo, el 20 de mayo de 1826, presentó su iniciativa a la Primera Legislatura, estas es la primera proposición que se conoce al respecto. La idea o el plan de la separación constituyó una causa política que tuvo sus partidarios y sus opositores, provocándose en torno de ella apasionados debates dentro y fuera de la Legislatura. El gobernador del Estado, coronel Simón Elías González, quien entre paréntesis fue miembro del Consejo de Guerra, que sentenció a muerte al Padre de la Patria, encabezaba

precisamente el bando oposicionista o enemigo de la división.

El Lic. Heredia da a conocer interesantes fragmentos de un libro titulado "Travel in the Interior of México, in 1825, 1826, 1827 y 1828", escrito por un teniente inglés de apellido Hardy, individuo de bastante cultura y gran sentido de observación. Este oficial, como representante de "The Pearl and Coral Fishery Asociation", empresa interesada en obtener una concesión, para explotar una y otra costa en el Golfo de California; en aquellos años recorrió las tierras del Noroeste y de la California, recogió edificantes impresiones, algunas de ellas nada favorables por cierto, para la Primera Legislatura del Estado de Occidente. Hardy estuvo de visita en la villa de El Fuerte, a donde arribó el 6 de abril de 1826, cuando ya en calurosos debates se ventilaba el asunto político de la separación de Sonora y Sinaloa.

La importancia de la villa de El Fuerte, dice al autor de ese libro de viajes ya muy raro, "se debía solamente a la circunstancia de ser el asiento del Gobierno y Congreso del Estado de Sonora y Sinaloa. Se encuentran ahí, igualmente, las ruinas de un fuerte que los españoles erigieron, cuando dieron principio a la conquista de Sonora". El fuerte de que se trata y al cual se debe el nombre de la población, es el que edificó con el nombre de Fuerte de Montesclaros, el capitán Diego Martínez de Hurdaide, según se vio en el capítulo que trata de las Fundaciones Españolas, en la Provincia de Sinaloa.

Tan pronto como llegó a la villa expresada nuestro personaje, fue en busca del padre y diputado Escobosa y después de haberlo encontrado, fue recibido en la Cámara y presentado con el secretario de la misma, diputado don Manuel Estrella. Estos señores se encargaron de presentarlo con el gobernador, don Simón Elías González, cuya residencia era una pequeña e incómoda casa, próxima a los suburbios de la población.

"El Gobernador Don Simón Elías, tiene cerca de 50 años de edad, es excesivamente delgado, un poco encorvado, frente alta, algo calvo, con un semblante expresivo de gran suavidad y benevolencia, pero indicando poca firmeza de carácter o falta de talento. Parece ser un hombre muy afable, pero no del todo apropiado para gobernador, a causa de su gran humildad, indecisión y abandono de lo que la disci-

plina exige de la situación, que en estos turbulentos tiempos requiere un hombre de acción".

"Una indebida relajación del principio de autoridad vuelve la obediencia como un motivo de antojo, y por esta causa, los habitantes de la provincia pueden estar sujetos, desgraciadamente, a las más graves consecuencias de una desbordada revolución, que un jefe capaz pudiera evitar. Por desgracia, cada hombre aquí obra como si fuera el propio gobernador. Los miembros del Congreso, sacando ventaja de la debilidad de carácter de su Jefe Político, obedecen a sus pasiones y celosamente, trastornan los negocios del congreso y en lugar de atender los asuntos de la provincia, por lo que reciben 3,000.00 dólares anualmente, ocupan su tiempo en tratar de cosas personales y permitiéndose las más amargadas inventivas en contra de cada uno de los demás".

"Un cisma ha existido desde hace tiempo entre los representantes de la Alta Sonora y los de Sinaloa. Unos a otros se desprecian, por lo que sería difícil determinar quienes tienen razón, pero la disputa en cuestión, es según los de Sinaloa, porque los Diputados del Norte, desean acaparar la total dirección de la Cámara, mientras que los de Sonora, al contrario, dicen que los primeros carecen de talento y de integridad, de tal manera que proponen y buscan cómo aprobar leyes que son en el más alto grado, perjudiciales y ofensivas para Sonora".

En relación con el funcionamiento de la Cámara, refiere: "Viviendo como ya he dicho, en un departamento de su recinto, he tenido la oportunidad de enterarme de algunas de sus más extraordinarias sesiones y de oír la más extravagante oratoria, que nunca se haya pronunciado por un Cuerpo Colegiado. He visto a un Diputado que por la vehemencia de su lenguaje durante una discusión, cayó exhausto dentro de su silla, y en otra ocasión, uno de ellos estaba tan excitado y exasperado en contra de sus adversarios, tan alto de estilo y de cortesía en sus argumentos a la vez de coherencia, que cayó en el piso víctima de un ataque de apoplejía".

"Al principio la novedad de estas disputas en un Congreso, me produjo solamente hilaridad, después, su reiterada repetición me causó disgusto. ¿Cómo es posible que un Estado pueda prosperar, cuando sus representantes en lugar de dedicarse celosamente a procurar la felicidad

de sus electores (si no por un patriótico sentimiento, cuando menos por delicadeza en descargo de sus deberes, para cuyo cumplimiento están pagados generosamente, por los habitantes que confiaron en su integridad) parece que actúan por otros motivos: cada uno se considera sujeto al imperdonable dominio de sus pasiones, y cada uno está dedicado solamente a obtener la subyugación de un contrario, igualmente violento y corrupto como él".

"Existen sin embargo, muchas razones para disculpar esta conducta de los hombres públicos, en un país donde la educación ha estado desde hace mucho tiempo descuidada. Los individuos que actúan en esas actividades, indudablemente debían contar con extensos conocimientos de historia, política y jurisprudencia; ¿y cómo pueden suponerse competentes para dictar leyes, cuya bondad depende en mucho del conocimiento de estas ciencias? Proponer y aprobar una ley, es asunto fácil, pero expedir una ley sabia, qué pocos, por la sola ayuda de su genio, están capacitados para conseguirlo".

"Yo deseaba haber sido más severo, pero creo que he dicho lo suficiente; tal vez yo no habría dicho tanto, pero dudando sé que extractos de trabajos relativos a México, algunas veces se abren paso hasta esta remota provincia, debieran estas observaciones ser consideradas como dignas de conocerse, confiando en que las honradas advertencias de un extranjero puedan tener el efecto de imitar a los diputados, por algunos de los cuales, el autor tiene una personal estimación, dentro de un más equitativo aprovechamiento de su tiempo y de una mejor aplicación del talento que me consta tienen".

Durante el gobierno de don Francisco Iriarte, hubo conmociones locales en varios pueblos, con motivo de la división que se pretendía. La mayoría de los diputados de la Legislatura local, estaban por la afirmativa de la opinión pública en Sinaloa, según lo afirma el Lic. Eustaquio Buelna, quien era del mismo parecer, en tanto que en Sonora, dominaba la idea contraria a la separación. Por el contrario, el historiador sonorense don Eduardo W. Villa, habla de que al hacerse cargo nuevamente del gobierno don José María Gaxiola, éste en convivencia con el comandante militar del Estado, general Mariano Paredes Arrillaga, dio

principio a una era de opresión contra los sonorenses y se declaró en abierta pugna con el Poder Legislativo; se abrogó facultades omnímodas en los ramos de Hacienda y Justicia; "los sonorenses fueron perseguidos y encarcelados por el solo hecho de ser partidarios de la división del Estado...". La acalorada cuestión de la separación vino a complicarse más, con la del cambio de la capital del Estado de Occidente, nuevamente a El Fuerte o a Culiacán, a cuyo traslado se opuso con decisión el vicegobernador Iriarte; y en defensa de esta causa Iriarte gastó su fortuna, por lo que fue eliminado del poder y así fue como se llevó adelante el proyecto y decreto de cambiar la capital, pero a Alamos.

"Mucho se ha hablado y aún se sigue cuestionando –dicen Riesgo y Valdés- sobre la división de estas provincias en dos Estados diversos, pero la Constitución, no permite aún una deliberación de esta naturaleza y además se halla el inconveniente, de la necesaria capacidad política en cada provincia para figurar por si sola, como Estado independiente. Si la división se llega a realizar, parece natural que el río del Fuerte, se determine como límite de ambas provincias, dejando al Estado de Sonora, el partido de Hostimuri. Esto parece conforme con la voluntad de aquellos moradores y la naturaleza del país. Hay ciertas barreras que indican por sí mismas, la división política de los pueblos; por eso es muy chocante que Tamazula y Canelas, que están ubicadas en parte de la Sierra Madre, pertenezcan a Durango y lo mismo se observa respecto de Batopilas y el Refugio, que corresponden a Chihuahua".

En vista de la seriedad y de la trascendencia que llegó a alcanzar la polemizada separación de que se ha tratado, la Legislatura decidió al fin consultar el caso con los ayuntamientos del Estado. En su gran mayoría se manifestaron éstos de acuerdo con el desmembramiento; y en consecuencia y por unanimidad de votos de los diputados, el 29 de enero de 1827, desde el Real de Cosalá, la Legislatura pidió al Congreso Federal que declarara la separación que se pretendía.

Posteriormente a esta fecha, el 9 de junio de 1829, el pueblo de Culiacán se pronunció dizque por la división de Sonora y Sinaloa, derrotando en El Palmito a las fuerzas que fueron destacadas para reprimir el movimiento; lo que prueba que aún subsistía la efervescencia de ánimos.

No fue sino hasta el 13 de octubre de 1830, cuando mediante un decreto, el Congreso General dio al fin su aprobación a la división del Estado de occidente en dos: el de Sinaloa y el de Sonora. Un día después, el mismo Congreso dio a conocer las reglas para la formación de ambas entidades, declarando, por lo que respecta al Estado de Sinaloa, que éste quedaba integrado con los departamentos de San Sebastián, Culiacán y El Fuerte y que la capital, sería la ciudad de Culiacán. Ahora bien, como el partido de Alamos había sido segregado del departamento de El Fuerte, en septiembre de 1830, al decretar La Legislatura del Estado de Occidente (establecida en Alamos) su anexión al departamento de Horcasitas, ya en definitiva dicho partido quedó comprendido, dentro de la jurisdicción señalada al Estado de Sonora por el Congreso General.

La resolución indicada, del Congreso General, vino a poner término a los disturbios y contrariedades que la cuestión de la separación había engendrado. Con apoyo en esa resolución, el Tercer Congreso Constitucional del Estado de occidente, por decreto No.182, declaró su propia disolución, con lo que automáticamente Sonora y Sinaloa, entregados a sus propios destinos, entraban a disfrutar de su soberanía como Estados, dentro de la confederación mexicana. Finalmente, el 7 de febrero de 1831, firmado por los señores Pedro Sánchez, diputado presidente y diputados secretarios Pascual Gómez de Lamadrid y Manuel Escalante y Mazón, apareció un manifiesto expedido en Alamos, en el Palacio del Congreso de Occidente, exhortando a la cordialidad a los habitantes de ambas entidades, que ya quedaban políticamente desligadas.

CAPÍTULO XII
LOS ANALES HASTA 1857. EL CONSTITUYENTE.

Una vez erigido Sinaloa en Estado, procedieron a organizarse constitucionalmente, a cuyo efecto se dieron desde luego, los pasos necesarios para formar y poner a funcionar su congreso constituyente.

Conforme a la ley que expidiera el Congreso Federal el 14 de octubre de 1830 y de acuerdo además con el Art. 6°. De la convocatoria lanzada el 8 de diciembre de ese mismo año por el vicegobernador del Estado, se reunieron en Culiacán, el día 31 de enero de 1831, en la casa particular de don Antonio Fernández, según consta en el acta de elección del Primer Congreso Constituyente del Estado, los nueve electores generales que representaban a los partidos de los tres departamentos con que territorialmente se integró la entidad y que como se sabe, fueron los de El Fuerte, Culiacán y San Sebastián. Los electores designados por el departamento del Fuerte, eran don Luis Vea, don Pedro Guerrero y don Ignacio Félix.

Para la integración del Constituyente local, los electores sufragarían por once diputados propietarios y otros tantos suplentes. El acto de apertura de la Junta, fue presidido por el Señor alcalde 2°. Don Jesús Orrantia; pero enseguida fue designado como presidente de la misma don Francisco Iriarte. Conforme al escrutinio que se hizo de la votación, resultaron electos diputados propietarios los ciudadanos Antonio Rojo,

Antonio Iriarte, Manuel Banderas, Rafael de la Vega, José Esquerra, Francisco de Orrantia y Antelo, Lic. Manuel de Urrea, José Ignacio Verdugo y Pedro Guerrero. En la misma junta se hizo además, la elección de los respectivos diputados suplentes.

Bajo la presidencia del Diputado Y Lic. Pedro Sánchez, el 13 de marzo de 1831, el Señor Gobernador del Estado comunicó al Señor Gobernador de la Mitra en sede vacante, Lic. Don Francisco de Orrantia (quien residía en la villa de El Fuerte y desempeñó funciones episcopales, desde el 23 de enero de 1830 hasta ese mismo mes y día del año de 1834), la instalación del Congreso Constituyente, a la vez que le comunicaba el acuerdo mismo del Congreso, de que tan fausto acontecimiento se diera a conocer a la Diócesis y fuera comunicado a los pueblos del Estado, solemnizado en la forma prevenida por el decreto No.4 del 24 de septiembre de 1824, expedido por la Legislatura del Estado de Occidente, sustituyéndose en el presente caso la fórmula del juramento, la palabra Occidente por la de Sinaloa y las de Acta Constitutiva, por las de Ley Institutiva. A efecto de que se le diera el debido cumplimiento a esta soberana disposición, don Francisco de Orrantia, corrió tras la de ella a las vicarías, con instrucciones de que circulase entre los párrocos de la comprensión de cada una de ellas.

Mientras se formulaba y expedía la constitución, muy diversos decretos se expidieron por el Constituyente, entre ellos: el que declaró día de fiesta política del Estado, el 13 de marzo, por ser esta la fecha en que se instaló el Congreso, decreto promulgado bajo el lema “Dios y Libertad”, por el primer Gobernador que se nombró, señor Agustín Martínez de Castro; el del reglamento de justicia en el Estado; el de la erección de una columna en la plaza de armas de Culiacán, para perpetuar la memoria del 9 de junio de 1829, en que el pueblo de esta ciudad se pronunció por la reposición del gobernador Iriarte y por la división del Estado de Occidente en dos; el que concede el título de villa con el nombre de los Costillas a la población formada en el puerto de Mazatlán; el que cambia los nombres de los once distritos en los de otros tantos héroes mexicanos, el cual no tuvo efecto y que también preveía el caso de que el distrito de Alamos volviera a Sinaloa; la Ley Orgánica de Hacienda del Estado; etc.

Finalmente, dio por clausuradas sus sesiones el Constituyente, el día 2 de marzo de 1832, una vez que expidiera los decretos antes especificados, la ley electoral y la constitución particular del Estado.

LA CONSTITUCIÓN.

Las labores del Constituyente, terminaron en la fecha indicada, habiendo alcanzado su culminación el 12 de diciembre de 1831, en que expidió la Constitución Política del Estado, con arreglo a los lineamientos generales que marcaron el Acta Constitutiva y la Constitución Federal de 1824. La sancionó y promulgó el Gobernador de la entidad, señor Fernando Escudero.

Entre sus más interesantes preceptos figuran los siguientes:

Nadie nace esclavo en el Estado, ni puede serlo el que habite en su territorio. El Estado no reconoce título alguno de nobleza, ni otros méritos que la aptitud y los servicios prestados a la Patria. Las vinculaciones de sangre y los empleos hereditarios quedan para siempre abolidos en el Estado. Lo están igualmente la aplicación de tormentos y la confiscación de bienes. Las manos muertas no pueden adquirir en el Estado, ninguna propiedad raíz. Jamás se concederán en el Estado privilegios exclusivos sobre el comercio, ni sobre el ejercicio de cualquier género de industrias; en las obras de propia invención, en las nuevas en el Estado, o en la que en él se perfeccionen, podrá concederse por tiempo determinado. Siendo el objeto de toda asociación política la conservación de los derechos naturales del hombre, todo funcionario público que en desempeño de sus funciones contraiga a este fin o no, lo llene cumplidamente, se hace responsable en la forma y modo que la ley determine. Los derechos de la ciudadanía se pierden.

El Estado garantiza a los sinaloenses y a todos los que habitan en su territorio, aunque sean en clase de transeúntes, su libertad individual y su seguridad personal, el libre uso de la prensa, el derecho de petición y el de ser gobernador por la presente constitución y leyes que de conformidad con ella se den. Igual derecho tienen de que sus libros, papeles y correspondencia privada no sean secuestrados, examinados e interpretados, sino en casos expresamente determinados por la ley. Pueden los

sinaloenses publicar por medio de la prensa, sus opiniones Políticas y sus pensamientos; y censurar loas actos públicos de los funcionarios, sujetos siempre a la ley que reprime los abusos de esa libertad. Las obligaciones de los sinaloenses son:... Tercera. Defensa la integridad del territorio nacional; sostener la actual forma de gobierno y a las autoridades con las armas en las manos, siempre que la ley reclame este deber. Quinta. Ser justos, benéficos, y fieles en sus pactos, moderados, económicos, templados y virtuosos; ser buenos hijos, buenos padres, buenos esposos, buenos hermanos, buenos amigos y buenos ciudadanos.

El territorio del Estado se compone de todos los pueblos que antes formaban la provincia de Sinaloa; su territorio se divide en los siete partidos que hoy existen y en los distritos siguientes; Rosario, Concordia, Villa de la Unión, San Ignacio, Cosalá, Culiacán, Badiraguato, Mocorito, Sinaloa, Fuerte y Choix. Reintegrado al Estado, el partido de Alamos, formará un distrito, suprimiendo el de la Villa de la Unión y será también cabecera de partido con la comprensión que la ley le asigne. Para ser diputado se requiere, poseer alguna finca rústica o urbana, valiosa, de tres mil pesos por lo menos, profesar alguna facultad científica con título o poseer algún arte o industrial útil, o tener alguna renta o usufructo que produzca más de $400.00 anuales. No pueden ser diputados, los militares del ejército permanente y milicia activa en servicio actual. La duración del período o ejercicio del gobernador será de cuatro años, sin que éste pueda ser reelecto hasta igual tiempo de haber cesado en sus funciones. Para ser gobernador se requiere, residir en la República al tiempo de su elección, no ser eclesiástico y tener las demás cualidades que esta constitución exige para ser diputado. Es obligación del Estado crear y sostener en todos los pueblos que lo componen, establecimientos públicos de instrucción, la enseñanza se reglamentará uniformemente por la Asamblea Legislativa en todo el Estado.

El Centralismo
Transformación Política.

Desde la fecha en que Sinaloa se constituyó como estado independiente, hasta el año de 1836 en que don Antonio López de Santa Anna

patrocinó la abolición de la constitución federal de 1824, no se registraron en la entidad acontecimientos de verdadera trascendencia, ya que sólo hubo dos o tres asonadas y motines de aspecto político local.

A principios de 1831, en la parte norte del distrito del Fuerte, se vio perturbada la tranquilidad de los pueblos por una partida de yaquis que merodeaba, en los distritos chihuahuenses de Arteaga y Andrés del Río. Frecuentemente, se introducían a Sinaloa los de esta gavilla, para cometer robos y latrocinios entre La Culebra, Tubares, Huites y la barranca de Baronico, acabando por amadrigarse en estos lugares. En su persecución fueron destacados de Choix, dieciséis soldados y se libró un combate en Torocahui, el día 10 de abril de 1833, en el que los indios salieron triunfadores; pues aquéllos, no obstante haber peleado con denuedo, mientras no se acabó el parque sufrieron fuertes bajas al grado que solamente cinco de ellos escaparon con vida y se desbandaron. Mas tarde y como resultado de la campaña que les hicieron combinadamente dos columnas militares, en territorio de Chihuahua, la banda de forajidos fue exterminada o dispersada; sus cabecillas capturados y fusilados, con lo cual renació en aquella comarca la tranquilidad.

El 28 de diciembre de 1836, por fin España reconoció la independencia de México. El 29 de igual mes y año se dictaron, bajo la influencia de la política santanista, las Siete Leyes Constitucionales que establecía el régimen republicano centralista y que consiguientemente abrogaba la Constitución Federal de 1824. Años después, el 12 de junio de 1843, la Junta Nacional Legislativa expidió una especie de constitución, también de preceptos centralistas, conocida con el nombre de Bases Orgánicas.

Sinaloa, como todos los demás estados, al expedirse las Siete Leyes Constitucionales experimentó en su organización interior, las modificaciones que determinaba el nuevo sistema. Conforme a éste, los estados desde luego pasaban políticamente a convertirse en departamentos, con su respectivo gobernador nombrado por el Centro; a la vez que desaparecían las legislaturas y eran substituidas por juntas departamentales, de elección indirecta; por lo tanto Sinaloa se transformó de Estado en Departamento y su primera junta Departamental se constituyó, en marzo de 1837 bajo el gobierno interino del Lic. Pedro Sánchez. Un de-

creto expedido por la Junta Departamental en el mes de enero de 1845, dispuso la creación de los ayuntamientos de Mazatlán, Cosalá, Rosario, Sinaloa, San Sebastián y El Fuerte.

Abarca el período del centralismo en la República, desde 1837 hasta 1846. En el Departamento de Sinaloa, se llegó a intentar la restauración del federalismo o sea de la Constitución de 1824, mediante la revolución que promovió el general José Urrea en Arizpe el 27 de diciembre de 1837, quien con 300 hombres llegó a Culiacán y ahí se adhirió al movimiento el gobernador, don José Francisco Orrantia y Antelo... Muy efímero por cierto fue el éxito de este pronunciamiento, al que puso fin la derrota que infligiera al general Urrea el jefe centralista Alcort;, en la región sur del Departamento.

Durante aquella época, en el año de 1844 se registró en Sinaloa el caso insólito, en el que según refiere el Lic. Eustaquio Buelna, lloviera doce días consecutivos; hubo grandes avenidas en todos los ríos del Departamento, y el consiguiente desbordamiento de sus aguas. Con la humedad excesiva todas las cosas se cubrieron de moho y por todas partes se veían los campos llenos de exuberancia y verdor excepcionales, circunstancia por la cual ese año de 1844 pasó a la historia con el nombre de “Año Vede”, muy recordado por nuestros abuelos y bisabuelos.

El 4 de agosto de 1846 el general Mariano Salas, derribó del poder al presidente, general Mariano Paredes y Arrillaga, y dos días después de este suceso quedaba restablecido en toda la nación, el imperio de la Constitución federal del 24. En vista de ello asumió nuevamente la Gobernatura del Estado don Rafael de la Vega, que había dimitido a causa de la sublevación del teniente coronel Ángel Miramón, en Mazatlán el 7 de enero de ese mismo año. En Sinaloa volvió pues a regir la Constitución local de 1831. El 2 de noviembre de 1846, hay elecciones de diputados a la legislatura; ésta se instala el día 20 de ese mismo mes y año, y declara al día siguiente de su instalación, Gobernador Constitucional del Estado a don Rafael de la Vega, quien por lo mismo continúa en el mando con ese carácter.

De esta suerte, continuó figurando en el escenario de la política sinaloense la familia Vega. Principiaron los Vega a figurar en la cues-

tión pública desde el año de 1834, en que resultó electo gobernador del Estado don Manuel María de la Vega y Rábago. Años después fue electo don Rafael de la Vega y por último don Francisco del mismo apellido. La dinastía de los Vega tuvo significación por la gran influencia social y política que sus miembros llegaron a ejercer, hasta el cansancio.

La guerra con Norteamérica

En realidad durante la guerra de México con los Estados Unidos, los habitantes del distrito del Fuerte no tuvieron oportunidad de combatir con los invasores, no obstante el bloqueo de las costas del Estado.

Cuando se presentó la tirantez de relaciones entre los dos países, el gobernador del Departamento de Sinaloa, don Rafael de la Vega, expidió una proclama haciendo un llamado a la cordura y al patriotismo de los sinaloenses; cuando ya sobrevino la guerra, intentó formar una columna militar, mas no puedo llevar a cabo su propósito en vista de la gran penuria y la desorganización fiscal por la que atravesaba la entidad.

Tratando de aprovechar los medios a mano para exaltar el celo patriótico, a través del espíritu de religiosidad del pueblo y de las relaciones que en aquella época mantenían entre sí la Iglesia y el Estado, por órdenes del presidente de la República, comunicadas a los diocesanos por el Ministerio de Instrucción Pública, comunicadas a los diocesanos por el Ministerio de Instrucción Pública y Negocios Eclesiásticos, el obispo de Sonora dirigió con fecha 2 de julio de 1846 una circular a las vicarías foráneas de su Obispado (formado por Sonora, Sinaloa y las Californias), disponiendo, se exhortara a los ciudadanos, para que hicieran preces y rogativas pública al Cielo, y fuera celebrada una misma solemne en honor de los Santos Patrones respectivos, con la letanía de todos los Santos, aplicada al feliz éxito y terminación de la guerra.

Igualmente, atendiendo órdenes de la misma procedencia, el obispo, Dr. D. Lázaro de la Garza Ballesteros, requirió a los vicarios foráneos, para que sus parroquias contribuyeran económicamente al sostenimiento de la guerra y atendiendo a ese fin, se dirigió a ellos en los términos siguientes:

"En carta circular de Exmo. Sr. Presidente Interino fecha 19 del pasado (o sea mayo de 1846) ,que consta por el último ordinario, indicar los

crecidos gastos que ha erogado y tiene que erogar la nación, con motivo de la guerra que por su propio honor se ve precisado a sostener contra los Estados Unidos del Norte y el fin con que Su Excelencia hace esta indicación a los señores Diocesanos de la República, es el de que se influya eficazmente en sus respectivas Iglesias ayuden al sostén de esta guerra, que cuanto uno haga justo por nuestra parte, tiene tanto de arbitraria e injusta por la de los infractores del territorio nacional y sabe la pobreza de esta Mitra, la que jamás ha percibido diezmos, ni reunido fondos de que echar mano para prestar los auxilios que tanto se necesitan y aunque, yo sé también de la misma manera cuan reducidas y cortas sean las obvenciones de casi todos los curatos de la Mitra; debemos no obstante, hacer los esfuerzos posibles en una causa común como es ésta, cooperar por nuestra parte y sacrificar algo aunque sea si debes como dice el religiosísimo Bernardi, invertiré los frutos beneficiales en unos piadosos si hay una verdadera obligación de dar lugar en esta inversión al amor y piedad para con la Patria necesitada y oprimida con gravámenes extraordinarios, atendiendo fuera de esto a que el mismo desenfreno que lleve nuestros vecinos del Norte a sancionar por la ley pública la propiedad, alguna por sagrada que fuere, y que es mejor como decía el Sr. Honorio en un caso o semejante, participar por algún tiempo al Gobierno algo de lo nuestro y de nuestras iglesias que perder todo para siempre".

"Suplico a Uds. igual que a cada uno de los señores Curas de esa demarcación, los excite Ud. a que ponga en su poder, lo que un amor por el bien público y por honor Nacional le dicte acción, de pronto para el sostén de esta guerra y lo que durante ella pueda dar mensualmente para el mismo fin, sin fijarse una cuota fija con que alguno tal vez se comprometa a contribuir en lo sucesivo".

"De la misma manera suplique Ud. en mi nombre a los mayordomos de fábrica de cofradías y hermandad de sus respectivos curatos, les hagan una indicación sobre esto para que con presencia del citado, tengan los fondos de estos establecimientos, donde pronto y también mensualmente, puedan dar hoy que esto lo pongan en poder de Ud. para que lo sitúe en la Secretaría de la Sagrada Mitra juntamente con la otra".

"Bien reconozco que todo esto será una parquedad, porque es

público y notorio que la pobreza de casi todas las Parroquias, para el que gustosamente dé lo poco que tiene, dará a entender lo que haría si tuviese. Yo de aquí procuraré alguna libranza sobre México, para que su importe se destine de ella al objeto y mandaré razón circunstanciada de los que hayan contribuido, para que todo sea en honor del plan que lo merece. Consérvese Ud. con la salud que le desea su Prelado, que en Dios lo ama. Lázaro, Obispo de Sonora. SS. Curas de la demarcación de Sinaloa".

En virtud de las disposiciones del documento que antecede, del cual se tomó esta copia del Libro de Providencias Diocesanas de la villa de Sinaloa, es de tenerse por seguro que deben haberse reunido en todas las vicarías, inclusive tal vez en la de El Fuerte, algunas cantidades para el objeto señalado.

Época Posterior

A California

A principios del año de 1848, se descubrieron los placeres de oro en Sutter Hill, sobre el río Sacramento y en los valles que existen al pie de la Sierra Nevada, en la Alta California, que acababa de pasar a poder de los norteamericanos.

La fiebre del oro y la codicia, acarreó entonces hacia California una gran afluencia de aventureros, de todas partes y de todas clases, que esperaban naturalmente, sacar provecho de tan espectacular bonanza.

Tanto en Sinaloa, como en Sonora, el acontecimiento no podía menos que despertar entusiasmo en muchas personas, las que se fueron a trabajar o aventurar en aquel país, donde la cornucopia de la fortuna, estaba volcando sus condicionados dones. Entre los miles de gentes que acudieron de Sonora, se contaban nombres muy conocidos de Alamos. Y entre las que en número menor emigraron de nuestro Estado, por lo que respecta al distrito del Fuerte como personas conocidas, se nombran a don Francisco, don Santiago, don Ramón Vega y a don Jesús Gaxiola, según lo recuerdan aún sus respectivos familiares. A excepción de don Ramón Vega, nuestros citados paisanos regresaron al poco tiempo, al parecer en las mismas condiciones de salud y de fortuna que cuando

partieron. Don Ramón, víctima de la fiebre amarilla, falleció a bordo del barco en que venían y su cadáver fue arrojado al mar.

Camino a lo largo del Estado

De mucha significación para el progreso y el bienestar de la comunidad sinaloense, fue la apertura del camino carretero que, partiendo de la ciudad del Rosario llegaba hasta villa de El Fuerte, pasando por Presidio, Urías, Quelite, Elota, Culiacán, Palmar, Mocorito, Sinaloa y otros puntos intermedios de la ruta.

Para realizar esta obra, el gobernador don Rafael de la Vega, expidió con fecha 21 de febrero de 1848 el decreto respectivo que señalaba la ruta; disponía que un ingeniero se encargara de la dirección de la obra; asignaba el número de peones o trabajadores que a título de cooperación, habrían de suministrar las distintas localidades del trayecto (le correspondieron a Sinaloa seis, a El Fuerte seis y a Choix dos); imponía a los alcaldes la obligación de proveer a cada trabajador de hacha, machete, pala, barra y zurrón para los trabajos; autorizaba a los dueños de haciendas a penar a sus sirvientes, enviándolos a los trabajos del camino, y que a las mujeres de conducta viciada se les destinase a la ocupación de preparar los bastimentos para la escolta y los trabajadores del camino; de pronto se imponía el concepto de peaje (derecho de tránsito), una cuartilla por bestia cargado o montado, un octavo por las que pasasen en pelo y dos pesos por cada carruaje de dos o de cuatro ruedas, tales peajes se pagarían a los pueblos de Vinapa y Abuya, separadamente en indemnización de los trabajos que se les señalaron, en la parte más escareada de la línea del camino.

El Cólera morbos

El Lic. Buelna, en sus "Apuntes para la Historia de Sinaloa", dice que la terrible epidemia del cólera invadió a El Fuerte el 10 de junio de 1851, y que el 19 ese propio mes, murió de tal enfermedad en Culiacán, el gobernador del Estado Lic. Don José María Gaxiola. Otra de las víctimas fue el cura de Choix, Br. Juan José Gómez Lamadrid.

Desde mediados del mes, dice Buelna, esta terrible epidemia co-

menzó a ejercer en Culiacán su misión asoladora, siendo su estrago sin ejemplo, pues en los primeros seis días se cuenta que perecieron dos mil habitantes, poco más o menos la mitad de los que habían quedado en la población resignados a sufrir el azote.

Entiendo que en la cronología de Sinaloa, 1851 es el año llamado del cólera, una fecha de luctuosa recordación. Sin embargo, parece ser que desde antes ya la epidemia cundía por el Estado, según lo indican las siguientes noticias de procedencia eclesiástica.

El 30 de agosto de 1840 el Gobierno de Sinaloa solicitó del obispo, "que no se cobraran derechos parroquiales por los que fallecieren de la epidemia del cólera; que los camposantos, se abrieran graciosamente para recibir los cadáveres y que por nada dejare se le exigiere de pago, muera de lo que muriere, pero que sería indebido se igualara este con el que dejó con qué pagar". Esta solicitud hecha a la Mitra no fue resuelta de inmediato en sentido favorable, sino hasta el 8 de octubre de 1851, seguramente cuando la enfermedad estaba en su apogeo.

Con fecha 28 de diciembre de 1850 el Gobierno Eclesiástico de la Sagrada Mitra, en vista de lo que ocurría, libró sus providencias por conducto de los señores vicarios foráneos, exponiendo que "aunque por noticias extraordinarias pero que no dejan lugar a duda, el Gobierno de la Diócesis se hallaba informado que a la fecha la muy temible enfermedad del cólera y otra que se le asemeja invadía al Estado de Sonora causando muchos estragos, y siendo un estrecho deber de la autoridad Superior Eclesiástica dictar cuantas medidas fueren posibles para que los fieles pudieran ser socorridos en las necesidades espirituales; y siendo al mismo tiempo tanta la escasez de ministros padecida por los pueblos, de manera que ni los últimos auxilios llegan a recibir en casos como el presente, dicho gobierno disponía y en efecto ordenaba que el pueblo invadido por el cólera, fuera socorrido por los ministro inmediatamente hasta el término de desamparar su respectiva Parroquia o feligresía no invadida, por acudir al auxilio de la que hubiera sido y agregaba para terminar, que no había otro recurso, por la falta de Eccos., para que tantas almas no perecieren sin los auxilios divinos".

Refieren personas de avanzada edad, que en El Fuerte nuevamente

se presentó el cólera en el año de 1854, aunque con menor intensidad. En esa época estaba terminándose la construcción del techo de bóveda del templo de la localidad y se cuenta y comenta que a los mezcleros no les dio la enfermedad, lo que se atribuía, al poder inmunizante de la cal.

El Gobernador se refugia en El Fuerte.

El coronel de la Guardia Nacional don Francisco de la Vega, hermano de don Rafael del mismo apellido, previamente declarado gobernador constitucional por el Congreso del Estado, entró en funciones el 11 de enero de 1852.

El 11 de julio del mismo año en su contra se sublevó en Mazatlán, el capitán de artillería don Pedro Valdés, por lo que se vio en el caso de tener que capitular y entregar a los rebeldes los fondos y el poder, hecho lo cual se replegó a Culiacán. Este pronunciamiento fue mañosamente auspiciado por los comerciantes del puerto, quienes estaban inconformes con los nuevos tributos, pues se hallaban muy acostumbrados al contrabando. El capitán Valdés se autodeclaró gobernador y, esgrimiendo una política separatista, decretó que Mazatlán y la región sur quedaban segregados de Sinaloa.

Meses más tarde, con el propósito de respaldar su situación en una causa nacional, el artillero Valdés hubo de acogerse a la bandera santanista enarbolada en contra del presidente Artista, el 13 de septiembre de 1852. Bajo este nuevo plan, el citado Valdés decisivamente avanzó con sus fuerzas sobre la plaza de Culiacán, a la que tomó y saqueó además en forma vandálica. Dueño de la situación en el Estado, Valdés decretó entonces el cambio de la capital al puerto de Mazatlán y erigió en Culiacán una prefectura a cuya dependencia quedaban sometidos todos los distritos del norte.

Con la caída de Culiacán en poder de sus enemigos, don Francisco de la Vega o sea don Chico Vega como de ordinario se le llamaba, no tuvo otro recurso que replegarse hacia el norte. Entonces llegó a la villa de El Fuerte, donde estableció su gobierno y se sostuvo por algún tiempo mediante los pocos elementos pecuniarios de que pudo allegarse, valiéndose de impuestos, de préstamos forzosos y de requisición de ganados, en lo cual victimó con verdadera saña a sus propios parientes de esta región.

Una vez rehecho en la villa de El Fuerte, el gobernador marchó sobre Culiacán y recuperó la ciudad. Bien pronto sin embargo, hubo de abandonarla en vista de que el capitán Valdés destacó en su contra, desde el puerto de Mazatlán, fuerzas competentes al mando de don Antonio Groso. Como en pláticas que tuvieron no pudo el gobernador Vega llegar a un entendimiento con el comandante Groso, aquel se vio precisado a replegarse nuevamente a El Fuerte. Mas en su persecución llegó hasta este distrito el jefe valdesista Groso, quien derrotó por completo a su enemigo el 17 de marzo de 1853, en Balácachi, lugar inmediato a San Blas, situado hacia la margen opuesta del río.

De esta manera alcanzó su fin la preponderancia del veguismo en el Estado. La intervención de los señores de la Vega en la cuestión pública se caracterizó, al decir de Buelna, por el despotismo con que procedieron y por su política continuista. Personalmente – añade don Eustaquio – eran hombres de buenas maneras, de alguna popularidad y seguramente la buena fe era la inspiradora de sus actos administrativos, lo cual no obstante seguían los caminos equivocados de la imposición electoral.

Constitución local reformada

A don Francisco de la Vega le correspondió sancionar, el 21 de enero de 1852, la Constitución Política del Estado reformada. En ella se mantenía subsistente la prohibición para las manos muertas, de adquirir bienes raíces dentro del territorio del estado; y se consignaban además, muchas de las garantías que se mantuvieron vigentes en la Constitución federal de 1857.

Nuevos cambios tocantes a la organización municipal se experimentaron al expedirse, el 22 de abril de 1853, las Bases Provisionales para la reorganización del país, conforme a las cuales deberían funcionar los ayuntamientos únicamente en las capitales de los estados y en las prefecturas, distritos o cantones, en los pueblos o villas donde no hubiere jueces de letras, debían nombrarse jueces de paz, a cuyo cargo quedarían las labores administrativas, donde hubieren de cesar los ayuntamientos, en virtud de estas nuevas disposiciones.

El Plan de Ayutla y la Constitución
Triunfa la Revolución

Al abandonar el general Santa Anna la presidencia, el 9 de agosto de 1855, los hombres de la victoriosa revolución de Ayutla entraron a ejercer el poder. El Plan de Ayutla reformado en Acapulco, tenía por finalidad la reorganización política de la nación. Consecuentemente, el triunfo de la revolución implicaba la expedición de nuevas leyes, la implantación de nuevos derroteros ideológicos, para el fomento de los destinos nacionales. Concreto aquel movimiento, traía aparejada una reforma substancial de índole legislativa.

El eminente político y gobernante don Miguel Lerdo de Tejada, en funciones de Presidente mientras se reunía el Congreso de acerado con lo que al respecto disponía el Plan de Ayutla, dictó algunas leyes tendientes a la moralización de las clases sociales y al bien nacional. Eran leyes de tal manera drástica y finalistas, que algunas de ellas, como la desamortización de manos muertas, dictadas el 25 de julio de 1856; eran en extremo lesivas para los intereses económicos del Clero.

El Estado de Sinaloa, había entrado al carril legal que imponían las ideas triunfantes, con la expedición del Estatuto Orgánico del Estado, de fecha 15 de mayo de 1856. Dicho Estatuto era una especie de Constitución provisional. De acuerdo con él se implantaron en Sinaloa cuatro prefecturas, dividiéndose éstas en subprefecturas y las subprefecturas en alcaldías y celadurías. Por ese tiempo fue reorganizada en el Estado la Guardia Nacional, declarada vigente por el decreto que el gobierno local y expedida el 29 de febrero de 1856. En cuanto al ejército permanente y milicia activa, se integraba por sorteo; era ésta una función que embarazaban los hacendados pretextando algunas razones, fundadas o no, a favor de sus propios trabajadores que les adeudaban determinadas cantidades de dinero.

Las ideas avanzadas que se habían difundido, movían fuertemente el espíritu de los que sobrellevaban la dirección y la responsabilidad de la obra legislativa constituyente. Los principios libres, taladraban con sus innovaciones el ambiente social tan aferrado a la tradición conservadora. La conciencia de los legisladores, se agitaba con fecundo

apasionamiento, con nobilísima inspiración en el campo florido del pensamiento liberal, en cuya palestra sus adalides llegaron a plasmar en la Constitución, la libertad de la nación en el disfrute de sus destinos.

La Carta Magna

El Congreso Constituyente se instaló en la ciudad de México el 18 de febrero de 1856, siendo entonces presidente de la República don Ignacio Comonfort. En este Congreso Constituyente figuró como diputado o representante por el Estado de Sinaloa, el guanajuatense don Ignacio Ramírez "El Nigromante", una de las columnas mas fuertes y prestigiosas del partido liberal Mexicano, personaje ilustre por todos conceptos, que gozó de gran renombre como orador, como escritor, polemista y como político. Ya desde antes, en 1852, Ramírez había sido diputado por nuestra entidad. Mas tarde en la época del imperio y la intervención, desde Mazatlán sostuvo "El Nigromante" una famosísima y brillantísima polémica con el eminente tribuno español don Emilio Cautelar, quien al término de la controversia, envió un retrato suyo a su fuerte adversario con una expresiva y muy honrosa dedicatoria: "AD. Ignacio Ramírez, recuerdo de una polémica en que la elocuencia y el talento estuvieron de su parte. El vencido. Emilio Cautelar".

Por fin se llegó el momento, en que la revolución de Ayutla habría de cristalizar su ideario político, al proclamarse el día 5 de febrero de 1857 la nueva Carta Magna de la Nación. Es un código liberalismo. Proclamó y reconoció conforme a las luces del enciclopedismo francés, los derechos del hombre. Instituyó la libertad de enseñanza, la de expresión de ideas y la de imprenta. Consagró el derecho de petición, el de asociación y el de portación de armas. Suprimió los pasaportes, así como los fueron las prerrogativas de que gozaban las corporaciones eclesiásticas. Desconoció los títulos de nobleza. Prohibió la expedición de leyes privativas y retroactivas, los tribunales especiales, la pena de muerte para los delitos políticos, las de mutilación y de infamia, el tormento, los azotes, los palos, la confiscación de bienes, la prisión arbitraria, los monopolios, los estancos. Abolió las prohibiciones a título de protección a la industria y la capacidad legal para adquirir bienes raíces; consagró

la inviolabilidad del domicilio, la de correspondencia y el derecho de defensa de los acusados. La soberanía nacional reside fundamentalmente en el pueblo. La forma de gobierno es la republicana representativa, democrática y federal. Se rige la nación por tres poderes: el ejecutivo, el legislativo y el judicial. Los Estados son libres y soberanos en cuanto a su régimen interior. Se establece la responsabilidad de los funcionarios públicos. Y se fijan los requisitos que hay que satisfacer para que se puedan votar adiciones o reformas a la misma Constitución.

La oposición

La Constitución, de un espíritu altamente liberal, consignaba algunos preceptos emancipadores, según más adelante se verá que fueron objetados por el Clero, por considerarlos lesivos al ejercicio de la religión , así como a los intereses económicos y a los privilegios de que disfrutaba hasta entonces la Iglesia.

Desde luego la iglesia siempre ha sido defensora de su propia integridad. Aún en el terreno de las ideas espirituales y morales, se ha manifestado opuesta a la propagación del protestantismo como es natural, así como a la difusión de doctrinas innovadoras de las costumbres y las instituciones prohibida por ella. Comprueba el hecho, un documento inscrito en el libro de Providencias Diocesanas de la villa de Sinaloa. A la Mitra de Sinaloa habían llegado noticias, que le comunicaba al Supremo Gobierno, procedentes de nuestro enviado en los Estados Unidos, de que California y otros lugares de la Unión se preparaban el envío a México de un crecido número de Biblias protestantes. La mitra es claro, no podía permanecer inactiva respecto de la introducción que se le anunciaba, de material de propaganda protestante, ni de libros que consideraba heréticos, desorientadores y corruptores. En consecuencia, su ilustrísima Don Pedro Loza y Pardavé expidió una circular, fechada en Culiacán el 8 de abril de 1858, dirigida a los vicarios foráneos de la Diócesis, instruyéndolos en la vigilancia que debían ejercer sobre los fieles, en cuanto a este asunto. Se les recordaba la prohibición de la iglesia para publicar, leer y retener impresos o manuscritos "en lugar vulgar" y que sólo era de permitirse la publicación y lectura de dichas versiones

siempre que fueran hechas por hombres doctos y calificados y con notas tomadas en los Santos Padres y expositores de la Iglesia. Que esto mismo manifestara, en circular a sus respectivos feligreses, mandándoles entregar los libros que tuvieran de esta clase, los que deberían ser remitidos al vicario tesorero. Que esto mismo manifestaran, en circular a sus respectivos feligreses, mandándoles entregar los libros que tuvieran de esta clase, los que deberían ser remitidos al vicario tesorero. Que he tenido presente lo mucho que corrompen las costumbres y relajan los resortes de la autoridad, otra clase de libros conocidos con el nombre de novelas y muy particularmente las que han publicado en los últimos años Víctor Hugo, Alejandro Dumas, Eugenio Sué, hicieran lo posible por que sus feligreses no pasaran su lectura por esas obras. Que se pusieran de acuerdo con las autoridades civiles y respectivas, particularmente los vicarios o curas que se hallaran inmediatos a algún puerto, para que se impidiera la introducción de tales libros, luego que se tuviera noticia de su intento o se mandaran recoger y prohibiera su difusión si ya se introdujeron. En todo lo cual, expresaba y concluía el Prelado, espero que obrarán VV. con el mayor celo y eficacia, como que se trata del desempeño de una de nuestras primeras obligaciones, cual es apartar a las ovejas de N.S.P. del pasto venenoso de las malas doctrinas.

Volviendo al caso de la Constitución, el arzobispados mexicano declaró la ilicitud y su inconformidad, respecto de los siguientes artículos contenidos en dicho código, fundamentalmente 3º., que establece, la libertad de enseñanza; 5º., que declaraba, que la ley no puede autorizar contratos que tengan por objeto la pérdida o el irrevocable sacrificio de la libertad del hombre, ya sea por causa del trabajo, de educación o de votos religiosos; 6º., que establecía, que la manifestación de las ideas no puede ser objeto de ninguna inquisición judicial o administrativa, sino en el caso de que afecte a la moral, los derechos de tercero, provoque a algún crimen o delito, perturbe el orden público; 7º., que establecía la libertad de imprenta: 9º., que garantizaba la libertad de asociación pacífica, exceptuando a los extranjeros de tomar parte en la política, y prohibiendo deliberar a las reuniones armadas; 12º., que declaraba que no hay títulos de nobleza, ni prerrogativas, ni honores hereditarios, y

que sólo el pueblo puede decretar recompensa a los que presten servicios eminentes a la patria o a la humanidad; 13º., que suprimía los fueros; 27º., que prohibía a las corporaciones adquirir y administrar bienes raíces; 36º ., que señalaba como obligaciones del ciudadano, inscribirse en el padrón de su municipalidad, alistarse en la guardia nacional, votar en las elecciones y desempeñar los cargos de elección popular; 39º., que declaraba que la soberanía residía en el pueblo, que del pueblo y para su beneficio se instituye el poder público, y que el pueblo tiene el derecho de alterar o modificar la forma de gobierno; 72º., que fijaba las facultades del Congreso de la Unión, entre las que se hallaban la de expedir las leyes necesarias y propias para hacer efectivas las facultades antecedentes y todas las otras por la Constitución concedidas a los poderes de la Unión, y 123º ., que declaraba que correspondía exclusivamente a los poderes federales ejercer, en materia de culto religioso y disciplina externa, la intervención que designen las leyes.

El 13 de marzo de 1857 la mitra de Culiacán informaba a sus vicarios foráneos y demás curas, haberse recibido por la misma un ejemplar impreso en latín, de la Alocución que en el Consistorio habido en Roma en diciembre del año próximo anterior hizo el Papa Pío IX, lamentando y reprobando altamente las leyes dadas por nuestro Supremo Gobierno sobre fueros y bienes eclesiásticos, desamortización de fincas, suspensión de comunidades religiosas, destierro del ilustrísimo obispo de Puebla, así como aprobando lo que los obispos mexicanos habían expuesto a los fieles en relación con la materia. En el mismo documento o providencia diocesana que estoy citando, la Mitra disponía que, con relación a la Ley de Desamortización de Bienes, de 25 de junio de 1856, si hubiere en la demarcación de la propia Diócesis, algunas personas a quienes se le hubieren adjudicado fincas o tierras pertenecientes a obras pías, que no podrán ser absueltos dichos adjudicatarios, ni aun en artículos de muerte, a menos que se desistiere de la adjudicación ante el juez mismo ante quien la pidieron, que pidieren la cancelación de la escritura y que en su solicitud manifestaren claramente que su ánimo verdadero y determinado, era el de dejar las fincas en el mismo estado que tenia antes que se las adjudicaran.

La jura de la Constitución

Don Ignacio Comonfort, presidente substituto de la República en 1857, el día 17 de marzo de ese año, por conducto de la Secretaría de Estado y de Despacho de Gobernación, a cargo de don Ignacio de la Llave, ordenaba "jurar la Constitución Política de la república Mexicana, decretada en el nombre de Dios y con la autoridad del pueblo mexicano, sobre la indestructible base de su legítima independencia, proclamada el 16 de septiembre de 1810, y consumada el 27 de septiembre de 1821". En la comunicación oficial relativa, enviada a los gobernadores, se daban a conocer los días en que debía hacerse el juramento correspondiente, no podrían continuar desempeñando las funciones públicas que les competen. Debemos los sinaloenses a Alejandro Hernández Tyler, un valioso folleto intitulado "Como fue jurada en Sinaloa la Constitución de 1857", en el que circunstanciadamente se relatan los hechos ocurridos, de acuerdo con documentos irrecusables. Las noticias entrecomilladas que más adelante se insertan han sido tomadas del opúsculo antedicho.

Según las providencias que dictara el Gobierno, los ayuntamientos deberían jurar por sí y a nombre de las poblaciones que representaren, ante los gobernadores o jefes políticos, el 19 de abril (del año de 1857). En muchos lugares los funcionarios y las autoridades que debían otorgar el juramento, oponían reparo al hecho, por estimarlo contrario a sus convicciones religiosas, pero en realidad obrando bajo la presión ejercida en general por el obispo y los párrocos, sobre la colectividad o feligresía.

La sagrada Mitra, tratando de obstruccionar las leyes que lesionaban tan gravemente los intereses del Clero, el 17 de abril y el 9 de mayo, de 1857, expidió circulares a las vicarías disponiendo que se hiciese saber a los fieles, no ser lícito prestar el juramento de la Constitución, que previene la Ley del 27 de marzo de ese año, que acababa de expedir el Congreso, y que a los que lo hubiesen otorgado no podría absolvérseles, ni aun en artículo de muerte, si no se retractan por sí o por otro de un modo público ante la misma autoridad ante quien lo prestaron.

Además, en circular de fecha 5 de junio del propio año, la Mitra aclara y dispone: que los que a sabiendas hayan prestado el juramento absoluto a la Constitución acabada de expedir, aún cuando podrán ser

incursos en la Censura Eclesiástica, no están excomulgados vitandos, y en este supuesto nada debe considerárseles privado, a excepción de la recepción de los Sacramentos mientras no hayan hecho la retractación debida; y que los que mueren sin haber dicha retractación, habiendo tenido tiempo para ello, debían ser privados de Sepultura Eclesiástica en Sagrado. Aparte de la prevenciones anteriores, por medio de la circular de 6 de octubre del mismo año se instruyó a los curas, que cuando alguno haya jurado la nueva Constitución para casarse, no se le admita ni la presentación antes de retractarse del juramento ante la autoridad correspondiente, y presentado al párroco una constancia de dicha autoridad haberlo verificado.

En las recopilaciones que presenta Hernández Tyler aparece que, cuando se trató de la promulgación y el juramento de la Constitución en la villa de El Fuerte, el prefecto; don Francisco Camilo Orrantia, contestó al gobernador diciéndole: "Que no podía prestar el juramento pedido, por considerar el acto si no opuesto, al menos poco conforme con sus principios religiosos", por lo que en vista de la negativa del jefe de la Prefectura, la Constitución fue promulgada por los oficiales de la Guardia Nacional, por estar "dispuestos a jurar fiel observancia de esta ley fundamental, más que por cumplir con una ceremonia oficial, por rendirle homenaje que arranca de nuestras más íntimas convicciones...".

En la villa de Choix la Constitución fue promulgada el 17 de mayo de 1857, presidiendo el acto el alcalde único conciliador don Candelario Peña.

En el pueblo de Baimena, de la jurisdicción de Choix, "al proceder el juramento por el alcalde propietario, pretextando temor a la excomunión fulminada por el Arzobispo de México, ofreciendo que lo hará cuando aquella se levante...".

El alcalde de Ocoroni se dirigió al Gobierno diciendo "que habiendo sido citados todos los funcionarios de este pueblo y su comprensión, celadores , jefes de cuarteles y manzanas para hoy día en la noche a prestar el juramento prevenido en la Constitución, estando reunidos en el local destinado por mí al objeto, solo diez funcionarios faltando el juez suplente, dos celadores y un jefe de manzana, después de publicada la Constitución y entendidos de ella, se resolvieron unánime rehusar el

juramento, a la vez que yo lo rehusó también. Por lo que en atención al decreto he depositado la vara en el vocal más antiguo de este pueblo, que es D. Facundo González".

El subprefecto de la villa de Sinaloa por su parte informó, en comunicación fechada el 4 de mayo, lo siguiente: "... procedí el jueves 30 del ppdo. a la publicación de la carta fundamental del pueblo mexicano, disponiendo previamente organizar un piquete de hombres armados con armas de particulares, ya para darle más respetabilidad al acto, ya para que se hicieran algunas descargas en su solemnización; así se verificó, pero no me fue posible conseguir las campanas, como verá usted por la contestación original (que) acompaño con el número 1; tampoco se consiguió la música por ser los instrumentos del mismo cura, quien los tenía anticipadamente recogidos. Esta Subprefectura, mandó publicar la Constitución, autorizando el acto en cumplimiento de un deber, y quitando así las esperanzas de los desafectos, en seguida fue vitoreada por las fuerzas armadas y los concurrentes". "La mayor parte de esta población está amedrentada, creyendo que en la Constitución se atacan los principios de la Religión Católica, y esta es la razón porque no se han prestado muchos a la solemnización de los trabajos de nuestros representantes; sin embargo hay algunos, aunque pocos, que han manifestado su regocijo al ver, por fin, constituida a la Nación".

Don Mariano Salazar, que había cesado en sus funciones de juez propietario, se presentó ante el alcalde de Badiraguato, "diciendo que convencido del error en que estaba por su ignorancia y la sorpresa en que lo pusieron las voces que circulaban en público de las penas que comunicaban los SS. Párrocos a los que juraban la Constitución, le hicieron negar su juramento; pero que, dando lugar a mejores reflexiones, estaba dispuesto a otorgar su juramento al código fundamental, como en efecto lo otorgó".

Por este orden en las demás poblaciones del Estado, no dejaron de presentarse obstáculos por parte de los párrocos, como en el caso de El Rosario, cuyo vicario negó al subprefecto el libro de los Evangelios y un Crucifijo, que solicitaba para el acto del juramento; así como rehusó también que se hiciera el repique de campanas, aduciendo en todo esto como razón, que la Constitución contenía artículos vitales contrarios al

espíritu que gobierna a la Iglesia y que se trataba de un acto que la Iglesia misma condenaba o reprobaba.

Pocos fueron ciertamente los lugares donde la promulgación y el juramento de que se trata, se llevaron a cabo con verdadera espontaneidad y convicción por los civiles, quienes en general se hallaban temerosos de las sanciones eclesiásticas dictadas. Llegó a ocurrir que la Mitra directamente se dirigiera a los celadores de los pueblos exhortándolos a negarse a otorgar el juramento, motivo por el cual el gobernador interino del Estado, doctor Miguel Ramírez, hizo al obispo, señor Loza y Pardavé, un serio extrañamiento. Posteriormente este Prelado tuvo que salir desterrado a Sonora, el 17 de noviembre de 1858, con motivo de su injerencia en los acontecimientos desarrollados en el Estado de Sinaloa durante la Guerra de Reforma.

La Reforma y el Imperio

CAPITULO XIII
Sinaloa en Poder de la Reacción

Al breve período durante el cual se desarrollaron los trabajos fecundados del Congreso Constituyente, que culminaron con la expedición de la Constitución Federal de 1857, sucedió otro período igualmente breve en el que se desencadenó la implacable Guerra de Reforma, que también en la historia de México se conoce con el nombre de Guerra de Tres Años por haber comprendido un trienio, el de 1858 a 1860.

La guarnición de Mazatlán, de fama en la bochornosa historia de los pronunciamientos cuartelarios ocurridos en Sinaloa, el 1º de enero de 1858 añadió una nota más a la cuenta roja de sus repetidas hazañas, al declararse a favor del plan de Tacubaya, que el 17 de diciembre del año anterior acaudilló don Félix Zuloaga. Al plan reaccionario proclamado por Zuloaga, que se proponía la destrucción del régimen instituido sobre la base de los principios liberales consagrados en la Constitución de 5 de febrero, se unió traidoramente Comonfort, dando su famoso golpe de estado. Así fue como se encendieron las ascuas de una nueva guerra civil, llamada de Reforma, entre los partidos liberal y conservador que representaba las dos tendencias polacas en el curso del siglo diecinueve.

El movimiento sedicioso de Mazatlán, encabezado por el comandante general, don Pedro Espejo, reconoció como gobernador de Sina-

loa y como general en jefe de la 4ª. línea militar, al general José María Yáñez. Este general en su oportunidad había otorgado el juramento a la Constitución y por esto es de extrañarse que hubiera aceptado ponerse al frente de una causa contraria a aquella a que estaba obligado por su honor ,a guardar fidelidad.

Las demás autoridades del Estado secundaron desde luego y una tras otra el movimiento, hasta que por entero Sinaloa cayó bajo el dominio de la infidencia. A la villa de El Fuerte el general José María Yáñez envía, como autoridad de sus confianzas, al comandante Francisco Renero, que fue tomado prisionero por don Plácido Vega la noche de 19 de agosto de 1858; el 12 de abril de este año publicó Yáñez la circular del ministro de Gobernación, que disponía que los estados se denominarían departamentos y que éstos (como en otro tiempo) dependerían en absoluto del gobierno federal. Es decir, se restauraban en Sinaloa y en toda la nación, el centralismo, que había sido el régimen de la época de Santa Anna.

El día 20 del mismo mes de abril, decretó la organización judicial y política del Departamento, creando los partidos de Mazatlán, Culiacán, Cosalá y El Fuerte; en forma idéntica la división política, quedando comprendidos en el partido o distrito del Fuerte, las demarcaciones de Sinaloa y Choix, que a la fecha de esta disposición tenían, según el Art. 31 de la Constitución del Estado, de 12 de diciembre de 1831, la categoría de distritos. En cada distrito debía haber un prefecto y en las cabeceras un sub – prefecto, que en absoluto dependía del primero. Se publicó también un Reglamento que señala a estos funcionarios todas sus atribuciones, y se expidió la Ley de Administración de Justicia para este Departamento. Fue relevado en el poder el general Yañez, interinamente, por el general Pedro Espejo, en virtud de que aquel fue llamado a México por el Centro.

Por lo que respecta al Clero, en defensa de sus privilegios y demás intereses afectados por la Constitución y Leyes de Reforma, tomaron activísimas participación en la lucha, convirtiéndose en centro y alma de aquel movimiento antirreformista y antiliberal.

Así como lo hicieron las demás diócesis del país, el episcopado

de Sonora empeñosamente combatió la implantación y vigencia de las nueve leyes constitucionales; y en virtud de su labor oposicionista, instigante y sediciosa en su esencia, el gobierno liberal de Sinaloa expulsó de Culiacán a Sonora a su Ilustrisima don Pedro Loza. Se hizo ya anteriormente historia de cómo la Mitra intervino, oponiéndose con toda decisión, a que los funcionarios y empleados públicos juraran la Constitución de lo 57, y de qué providencias dictó en contra de los adquirientes de bienes sujetos a la Ley de Desamortización expedida por Comonfort.

A raíz de que estallara el pronunciamiento de Mazatlán a favor del Plan de Tacubaya y cuando el Estado ya se hallaba dominado por la facción conservadora o reaccionaria, el obispo Loza comunicó con fecha 21 de enero de 1858 sus providencias a sus vicarios y párrocos, manifestándoles que: en virtud del último movimiento político quedaban exentos del requisito de retractación, para poder recibir los sacramentos, aquellos que se hubieran adherido al mencionado plan; pero aclaraba que las autoridades civiles y militares, o personas que eran tenidas como excomulgadas toleradas, por incurrir en las censuras fulminadas por el Santo Concilio de Trento, por el Tercer Mexicano y demás cánones y disposiciones de la Iglesia, a menos que hubiere retractación y arrepentimiento, probados por actos ciertos; y en tal caso solemne podían absolver a los difuntos y darles sepultura eclesiástica, prevenciones que igualmente habrían de observarse con los adjudicatarios respecto a sepultura, oficios de entierro, limosnas y oraciones en la Iglesia.

El texto íntegro del edicto diocesano es el siguiente:

Deseo y debo procurar la uniformidad de conducta de los Sres. Párrocos de la Diócesis para con aquellos fieles que indebidamente juraron la Constitución el año ppdo., o que se adjudicaron fincas eclesiásticas; y aunque por las circulares anteriores de esta Sagrada Mitra se ha recordado cual es la doctrina de la Iglesia en el particular y el deber que ellas no imponen en tales circunstancias, habiendo éstas variado de algún modo entre nosotros a consecuencia del último movimientos político y no habiendo antes podido explicar la autoridad eclesiástica con la extensión y claridad conveniente, ha

creído oportuno hacerlo ahora del modo y en el orden que sigue:

"Primero: – Los que de una manera pública y notoria se hayan adherido al nuevo plan político indicando o haya firmado alguna acta y no se comprenden en las disposiciones que sobre los juramentos se dieron por la Mitra; esto es, ya no están obligados a hacer la retractación que se les impuso como requisito indispensable para poder administrarles los Sacramentos; pues que de hecho, con semejante paso manifiestan que se arrepienten de haber jurado; más será bien entendido que no era esto lo que los Obispos intentaban con sus cuidados; sino como ya se ha dicho varias veces, que reparan el escándalo que dieron al ligarse con juramento de ciertos artículos, que en la Constitución atacaban a la autoridad e institución de la Santa Iglesia".

"Segundo: - Tanto los que recibieron el juramento absolutamente, como los adjudicatarios de fincas incurrieron en las censura fulminada por el Santo Concilio de Trento (Ses) 22 C ll por el 3º Mexicano y demás cánones y disposiciones de la Iglesia. Y si bien es verdad que siendo excomulgados, tolerados se pierde lícitamente comunicar con ellos según la célebre extravagante del Martino V que comienza: Advitanda Scandala ellos por su parte están gravemente obligados a guarda la censura; como la distinción entre excomulgados tolerados y no tolerados no se introdujo por la iglesia a favor de ellos; si no a favor de los demás fieles; y aunque en todo lo demás que no expresa la dicha extravagante quedaron absolutamente como antes había estado, pues la misma Constitución dice: Por hoc tamera juismendi excomunicatos Suspinsa et indictos sin prohibitos non intindines in atigno relevare nequomodo libet Suffragio".

"Tercero: - No deben por lo mimo ser recibidos en forma en la Iglesia, las autoridades o persona que se hallan en esta caso".

"Cuarto; - Tampoco debe darse sepultura eclesiástica a los cadáveres de los que murieron, ni hicieron oficios, ni oración en la iglesia; mucho menos la autoridad civil militar cuando de su poder han dado sepultura a los cadáveres en lugar sagrado, cuyo lugar está violado en el hecho mismo".

Quinto: - Más con respecto a los que hubieren cumplido dando

señales manifiestas y claras de arrepentimiento, pero que por cualquier motivo no hayan podido confesarse ni ser absueltos consultando a los Párrocos de la retractación y arrepentimiento, no por puras presunciones sino por actos ciertos, podrán en tal caso absolver a los difuntos con arreglo al ritual y darles sepultura eclesiásticas".

"Sexto: - Estas mismas prevenciones deben guardase con los adjudicatarios respecto a su sepultura, oficios de entierro, limosna y oraciones en la Iglesia, si llegaron a morir sin haber desistido de sus adjudicaciones, pedido la cancelación de escrituras y manifestado ser su ánimo que las fincas queden en el estado que tenían antes de la adjudicación".

"Séptimo: Ningún Párroco ni otro Sacerdote que sea llamado para hacer confesiones de juramentos o adjudicatarios pueden por ningún motivo lícitamente confesarlos sin que le conste que han hecho retractación o desistimiento correspondiente; a la manera que no puede lícitamente confesarlos al que públicamente tiene la manceba en su casa si antes no la despide".

"Octavo: - Y últimamente. En los lances repentinos en que ya no quedan señales ciertas de las disposiciones de su corazón; aunque juzgando cuidadosamente se le absuelva bajo su condición, deberán guardarse las prevenciones dichas porque semejante absolución es puramente condicional y tan solo Dios Nuestro Señor sabe de su resultado interno y en lo externo y ante la Iglesia todo quedó en el estado en que estaba el que así muera, no habiendo dado señales ciertas de su arrepentimiento ni retractándose o desistido".

"Las cuales explicaciones y prevenciones espero que tendrán VV muy presentes para arreglarse a ellas en un todo en las cosas que ocurran, obrando siempre con la mayor prudencia; pero dispuestos y resignados a sufrir cualquiera contrariedades y vejaciones antes que intentar o permitir que se quebranten las leyes de la Iglesia.

"Dios guarde a Ud. Culiacán Enero 31 de 1858. Pedro. Obispo de Sonora. Presbítero Manuel Lacarra. Srio. Sres. Vicarios Foráneos y demás Curas de la demarcación de...".

En atención a la inflexible y sedicente oposición desplegada por el señor Obispo, don Plácido Vega, que había reconquistado a Sinaloa

rescatándolo del partido reaccionario, se halló en el caso de tener que dictar la expulsión definitiva del prelado, rumbo al extranjero, el 21 de diciembre de 1860; pues de plano el señor Loza se rehusó a aceptar las bases de conciliación o amnistía que se le ofrecieron, por lo que el gobernador Vega no tuvo otro recurso que decretar su exilio y embarcarlo para Acapulco. Comentando el Lic. Buelna lo de este incidente, dice que Vega mantuvo su aplomo en consonancia con su prestigio y popularidad y no cejó ante las súplicas de señoras y fanáticos, y demás influencias, declarando "haber tenido necesidad de desterrar a la República al señor Loza, para que así puedan vivir pacíficos los habitantes del Estado, no teniendo quien explote por más tiempo sus creencias religiosas en perjuicio de un gobierno constituido".

La Bandera de la Reivindicación

El Plan

El general Espejo había reemplazado al general Yáñez como gobernador y comandante militar, por lo que aquél era el dueño de la situación en el departamento de Sinaloa cuando sobrevinieron los acontecimientos locales en contra del tacubayismo. Estos acontecimientos hicieron cambiar por completo la faz de la política nueva, vigorosa y definitivamente reafirmó su posición al frente de los destinos de Sinaloa ,el benemérito partido liberal.

Tocante a este movimiento encabezado por don Plácido Vega, gracias al Lic. Francisco Javier Gaxiola sabemos cómo se incubó y conocemos los términos del plan que le dio origen, cuyos fines tendían a la restauración del orden constitucional roto en Sinaloa por los partidarios del plan centralista de Tacubaya. A continuación se transcribe lo que dice el señor Gaxiola:

"Ya en el mes de julio (año de 1858) un grupo de jóvenes liberales del Distrito del Fuerte, situado en el extremo Norte del Estado, combinaba una insurrección popular en defensa del partido constitucionalista, y el 25 de ese mes se dirigieron al general Pesqueira, gobernador de Sonora, pidiéndole auxilio, los señores don Plácido Vega, don Ramón Félix y Buelna, don Mariano Delgado, don Camilo y don Manuel Vega, y

solicitando el apoyo del bravo caudillo liberal para pronunciarse a favor del gobierno de Juárez. Pesqueira contestó que auxiliaría a los liberales sinaloenses, y que con ese fin mandaba establecer el cuartel general de sus fuerzas en la ciudad de Alamos, en los límites de Sonora y Sinaloa y próxima al Fuerte, y que ya daba las órdenes conducentes al coronel don Jesús García Morales, así como ponía en juego todas sus relaciones para que los Estados de Chihuahua y Durango, protegieran en hábil combinación el movimiento constitucionalista, y cooperaran a arrojar de Mazatlán a los militares reaccionarios".

"Preparados ya todos los elementos revolucionarios, y lejos de los conspiradores liberales de la acción del gobierno establecido en Mazatlán, arreglaron su pronunciamiento para el mes de agosto, contando ya de una manera resuelta con la protección del gobierno de Sonora y con la inmediata cooperación de algunos liberales de Alamos, como don Crispín de S. Palomares. El 19 del propio mes de agosto, don Plácido Vega, a la cabeza de un grupo de jóvenes y de un puñado de hombres del pueblo, proclamó el plan político que copiamos íntegro enseguida, por ser el primer documento liberal de la época y porque en nombre de ese plan se abrió en el Estado una gloriosa y rápida campaña, que principió con la acción de la Noria y terminó con el asalto a Mazatlán, último refugio del partido conservador".

"República Mexicana.- Comandancia de las fuerzas populares de Sinaloa.- En la villa del Fuerte del Estado de Sinaloa, a diecinueve de agosto de mil ochocientos cincuenta y ocho, los Cc. Que suscribimos, considerando que el plan proclamado en Tacubaya a 17 de Diciembre de 1857, barrenó el orden legal existente y contrarió la voluntad nacional.

Que el gobierno de él emanado ha encrudecido la guerra civil y comprometiendo nuestras relaciones diplomáticas con las naciones amigas, poniendo en peligro nuestra nacionalidad.

Que se ha introducido el desnivel en las clases y se han substraído algunos de las acciones de la sociedad, lo que ha sido el origen de todos nuestros vaivenes y sangrientas revueltas.

Que la nación está resuelta a hacer un último sacrificio de su sangre

y de su reposo, para conquistar definitivamente su libertad y sus derechos vulnerados.

Que todos debemos concurrir al llamamiento que la patria chica nos hace, si queremos ser libres y progresar, si queremos terminar ese sacrificio cruento en que están inmolándose nuestros hermanos, a ejemplo de los que nos han precedido en esa guerra de los derechos del pueblo contra los privilegios abusivos de las clases, y al que nos ofrecemos nosotros, oscuros ciudadanos, proponiéndonos sostener el siguiente.

Plan Político

Art. 1.- Se restablece la Constitución de 57 y las leyes vigentes a la fecha en que se proclamó el Plan de Tacubaya.

Art. 2.- Se reconoce como presidente constitucional de la República, al C. Benito Juárez, presidente de la Suprema Corte de Justicia.

Art. 3.- Se declara ilegal el gobierno que se estableció en la capital de la República, en virtud del plan citado, y nulos todos los actos de esa administración.

Art. 4.- Se instalarán en el Estado los Superemos Poderes y demás autoridades constitucionales que no contraríen este plan.

Art. 5.- Para llenar las vacantes que dejen los empleados comprendidos en el artículo anterior, se hará nueva elección, si fueren de nombramiento popular, en los términos que disponga el Congreso del Estado.

Art. 6.- Si por hallarse comprendidos en esta excepción algunos individuos del Congreso no se completare el número competente para formar cuerpo el jefe de las fuerzas que sostengan este plan, convocará a los pueblos para que hagan las nuevas elecciones que fueran necesarias.

Art. 7.- El mismo jefe atenderá a la conservación del orden y de la administración pública, para lo que queda invertido de las facultades necesarias.

Art. 8.- El mismo jefe nombrará sus subalternos y organizará las fuerzas necesarias que se denominarán: "Fuerzas Populares de Sinaloa".

Art. 9.- El jefe de esta fuerza lo será el C. Plácido Vega, a reserva de cambiar este nombramiento cuando fuere conveniente.

Es copia.- Fuerte, Agosto 29 de 1858. M. Romero, secretario".

Este pronunciamiento estalló el 19 de agosto y el 3 de septiembre don Plácido Vega lo hacía del conocimiento del general Santos Degollado, caudillo liberal, Antonio Rosales, en Guadalajara, el día 1º de octubre aplaudía desde las columnas del "Boletín del Ejercito Federal" la conducta patriótica de los liberales de Sinaloa y les auguraba el triunfo más completo. Rosales dirigió a los jóvenes de El Fuerte palabras de aliento, a quienes, no pudiendo ayudar con su espada, les ayuda moralmente, e influye en el ánimo de Degollado para que les imparta eficaz protección.

Un día después de que en El Fuerte se desarrollaban estos acontecimientos, en Culiacán, el teniente coronel Ignacio Martínez Valenzuela y el Lic. Don Eustaquio Buelna también se pronunciaban en contra del régimen centralista emanado del plan de Tacubaya. Según la parte resolutiva del acta levantada en Culiacán, con motivo de este pronunciamiento, se reconocía como ley suprema de la República y del Estado la Constitución de 1857, se tenía como legítimas las autoridades generales y el Estado que no se opusieren a este plan, y se invitaba al teniente coronel don Ignacio Martínez Valenzuela, para las exigencias de la administración pública, para lo cual queda investido de amplias facultades.

Aún cuando casi simultáneos, los pronunciamientos de El Fuerte y Culiacán no estaban relacionados entre si por un acuerdo previo y ni siquiera por el conocimiento mismo de los hechos. Por esta razón y porque coincidían en la finalidad, fue comisionado el Lic. Buelna para que arreglara con don Plácido la fusión de ambos planes, lo que no se pudo lograr.

El Pronunciamiento

Se debe el siguiente relato de los sucesos a don Alvaro Vega Miranda, tío por la línea materna del que esto escribe y sobrino en segundo grado de don Plácido Vega.

La noche del 18 de agosto de 1858 se celebraba en la villa de El Fuerte, para festejar el onomástico de la señorita Clara (de la) Vega y de Esquer y doña Josefa Sarmiento. De Clara era pretendiente o novio su primo carnal el joven Plácido (de la) Vega y Dasa, el futuro revolu-

cionario y caudillo de la Reforma en Sinaloa. Pues sucedió que, en el baile de referencia y en el momento en que la animación se hallaba en su punto culminante, don Plácido, haciendo un brindis con su copa en alto, lanzó vítores a la Constitución, que al instante y en un rapto de entusiasmo secundó con un ¡Viva!, Clara, su novia y compañera de brazo. Esto, ya era un síntoma o el preludio de los acontecimientos que estaban por suceder.

En el baile don Plácido invitó a la sociedad para que por la noche del día siguiente, la noche histórica, concurriera a la serenata que él ofrecía en la plaza de armas o de la Constitución. Posiblemente desde entonces llevaba este nombre la plaza en virtud de que el gobernador intendente don Alejo García Conde, mandó que fuera obedecida la Real Orden de la Regencia de España, de la fecha 16 de agosto de 1812, que disponía que en todos los pueblos de la Monarquía donde se hubiere jurado la Constitución de Cádiz, expedida el 18 de marco de 1812, en la plaza principal o en la única que hubiere se fijara una placa con el nombre de Plaza de laConstitución.

La serenata se vio muy concurrida, pero a la hora conveniente don Plácido la dio por terminada e invitó a las familias a retirarse. A la audición habían concurrido ciertos jóvenes comprometidos en el complot revolucionario y hasta algunos oficiales de la guardia nacional, inmiscuidos en la conjuración. Antes de la media noche de aquel día 19 y seguido de sus correligionarios, don Plácido se dirigió a tomar el cuartel, situado frente a la plaza misma, propósito que se logró con facilidad pero con audacia; pues el mismo don Plácido, hombre fuerte, de maciza complexión, contribuyó al éxito con su hazaña de haber asestado al centinela un puñetazo mortal, con lo que pudieron más fácilmente los asaltantes apoderarse del banco de armas y del cuartel, que era la vez la cárcel.

Tal vez la cárcel – cuartel no haya estado entonces, como hoy, en la llamada casa de la bóveda, sino donde se hallaban las casas consistoriales, o sean las del ayuntamiento o cabildo, estas casas, según una persona de El Fuerte y de mucha consideración en virtud de su edad, se levantaba en la esquina suroeste o poniente del solar que ocupa el

Palacio Municipal; mientras que otro informante dice que estaba en el solar que hoy ocupa la "Casa Colorada" frente a la plaza también y frente a la llamada "Casa de la bóveda" es una casona de estilo español, hecha de gruesas paredes de mampostería, con un portalón de arcos por el frente, y techo de bóveda, circunstancia esta última a la cual debe la finca el nombre que se le da. Cuentan los viejos que esta casa la construyó don Manuel Vega, primo y cuñado de don Plácido y por lo mismo hijo de don Ponciano de la Vega, para residencia suya y ex profeso con la orientación que tiene, para no ver la cara a su propio hermano don Jesús (de la) Vega, con quien tenía serios disgustos. Dicha casa se levanta al costado oriente de la plaza, calle de por medio, y no dándole frente, sino en un sentido perpendicular, con tal de tener a su espalda la de su dicho hermano; mientras que la casa de don Jesús es la que se levanta hacia el costado sur de la plaza, dándole frente y calle de por medio, en los portales, esquina de las calles Rosales y Degollado. Sobre la "casa de la Bóveda" su dueño había constituido un gravamen a favor del Erario Nacional, por la suma anual de doce pesos para el pago de "otras tantas" misas, según consta en una escritura de redención, de fecha 5 de diciembre de 1886, conforme a la que don Manuel hizo el pago de $230.00 a la jefatura de Hacienda de Chihuahua, cantidad de la cual $200.00 representaban el principal de la deuda y lo restante correspondía a réditos devengados. Ignoro como y cuando pasó a ser esta finca propiedad del Ayuntamiento del Fuerte.

Tomado el cuartel y hecho prisionero el comandante de la guarnición, don Francisco Romero (o Renero), ya entonces se hizo la proclamación del plan de Fuerte, anteriormente de tal lado. Al día siguiente, la jefatura del movimiento procedió a requisar los fondos de la Recaudación de Rentas e impuso a la vez a algunos de los vecinos préstamos forzosos, con todo lo cual se reunieron veinte mil pesos. Desde luego, procedió también don Plácido a distribuir entre las gentes campesinas, por estimarlo de justicia, algunos terrenos de la propiedad del criollo don Francisco Camilo Orrantia y Sarmiento, hombre de mucha significación en la vida política y económica del Distrito.

Se dice que don Francisco Camilo y un hermano suyo cuyo nombre se ignora y quien quizás ni siguiera dejó descendientes, llegaron juntos a El Fuerte, en fecha que no se puede precisar. Don Francisco Camilo viene a ser el tronco del árbol genealógico de la familia Orrantia, de El Fuerte. Era hijo del coronel realista español don Francisco de Orrantia, quien bajo las órdenes del general asimismo español don Pascual Liñán, tomó una participación muy activa en la campaña contra el insurgente don Francisco Javier Mina, natural de España y enemigo de Fernando VII. Después de una larga serie de combates, favorables unos y adversos otros, y tras de la más tenaz de las persecuciones, el intrépido Mina, acosado por una fuerza de más de seiscientos hombres al mando de Orrantia, cayó prisionero en el rancho del Venadito, del Estado de Guanajuato, la madrugada del 27 de octubre de 1817. llevando Mina ante Orrantia, según dice la historia, éste lo llamó traidor a su rey y a su patria, a cuya increpación el vencido contestó con entereza a la vez que con sarcasmo, lo que irritó al coronel realista y lleno de ofuscación con el sable propinó al héroe indefenso dos cintarazos. Mina no hizo más, que contestar con dignidad: "Siento haber caído prisionero; pero este infortunio me es mucho más amargo por estar en manos de un hombre que no respeta el nombre español, ni el carácter de soldado".

Avance y triunfo

Los acontecimientos de El Fuerte y seguramente también los de Culiacán, llevaron al gobernador interino y comandante militar, general Pedro Espejo, desde la capital, en Mazatlán, el 3 de septiembre, a declarar en estado de sitio al departamento. Dicho general el día 9 de ese mismo mes hizo entrega al general León Yánez, del gobierno y la comandancia militar; pero nuevamente, treinta días más tarde, recibió el mando, para luego entregarlo, el 1º de noviembre, al general Manuel Arteaga.

Con la captura del cuartel de El Fuerte y la proclamación del plan revolucionario de esta villa, don Plácido Vega procedió a organizar su fuerza armada, entre cuyos elementos figuraban personas de la localidad bien conocidas, como eran don Ramón Félix y Buelna, don Camilo y don Manuel Vega, don Mariano Delgado, don José Rentaría, don Adolfo Ibarra y otras sin duda cuyos nombres se han olvidado.

Hecho lo anterior, al frente de trescientos hombres don Plácido inició el avance hacia el sur, sin esperar la llegada del refuerzo de Sonora, yendo a establecerse en la villa de Sinaloa. Entre tanto el coronel Jesús García Morales, alias "El Cachora", enviado por el general Ignacio Pesqueira a tomar parte en la campaña de Sinaloa. Con cuatrocientos hombres y dotación de cuatro obuses salió de Alamos el 6 de octubre, llegó el día 10 a El Fuerte y por último el día 14 a Sinaloa. Al siguiente día, en ese lugar, para llevar a cabo en forma las operaciones se integró, con los elementos de Sonora y Sinaloa, unidos la Brigada de Occidente, de cuyo mando se hizo cargo el coronel García Morales.

Emprendida desde Sinaloa la marcha sobre Culiacán, el día 27 del mes, precipitado en un punto llamado la Noria, situado sobre el camino delante de Mocorito y a diez leguas antes de Culiacán, tuvieron las fuerzas liberales un encuentro muy sangriento con el enemigo, comandado por el general Manuel Arteaga. García Morales, disponiéndose al combate, tomó posiciones en una colina con su infantería y artillería y puso los dragones al mando de don Plácido Vega. Al ser atacado se trabó entre los contendientes una lucha que duró cuatro horas, al cabo de las cuales resultaron completamente derrotados los reaccionarios, quienes muy mermados tuvieron que dirigirse y reincorporarse a Mazatlán, por tierra el resto el resto de la caballería y por agua, vía Altata, el residuo de la infantería y la artillería. La victoriosa Brigada de Occidente, por su parte, siguió su marcha y entró a Culiacán el día 1º. de noviembre. De esta manera tenía franqueado la Brigada su avance hasta Mazatlán.

En vista de los acontecimientos registrados y de que el próximo objetivo de las fuerzas liberales habría de ser la toma del puerto de Mazatlán, ocupado por los militares reaccionarios, decidió el general Pesqueira venir a Sinaloa. Con quinientos hombres y varios cañones salió de Alamos el 18 de diciembre, y asumiendo en el Estado el mando supremo de las fuerzas, acampó frente a Mazatlán y le puso sitio a la plaza, el 4 de marzo de 1859. el día 6, según el acta relativa, se designó en el campamento constitucionalista al general Pesqueira como gobernador provisional de Sinaloa y a don Plácido Vega gobernador sustituto, a quien además se le nombró segundo en jefe de la División de Occidente.

El general en jefe pasó revista a sus fuerzas en la línea de asedio. El efectivo era de dos mil hombres y veinte piezas de artillería; pero había cuerpos mal armados, pocas municiones y escasos recursos tanto pecuniarios como provisiones de boca. Como por otra parte el enemigo contaba con buenas defensas y tropas bien provistas y disciplinas, era indispensable prepararse mejor para sostener el sitio y llevar a cabo con éxito el asalto de la plaza. Por tal razón se levantó el sitio y la base de las operaciones se cambió a Cosalá. En este lugar se incorporó a los liberales con sus fuerzas, el general Esteban Coronado, procedente de Chihuahua, y a quien Pesqueira nombró enseguida segundo en jefe de División.

La retirada de los liberales infundió aliento a los contrarios, quienes destacaron sobre Cosalá una columna de mil hombres, al mando del general José Ma. Inguanzo. Pero la batalla que el día 15 de marzo llegaron a librar las fuerzas de uno y otro bando en los Mimbres, un lugar de distrito de Cosalá, fue de resultados en grado sumo desastrosos para Inguanzo.

Pesqueira aprovechó naturalmente las ventajas que le ofrecía la derrota del enemigo y avanzó en seguida hasta Mazatlán, de nuevo puso sitio a la plaza y por asalto tomó, el 3 de abril, aquel último reducto de la reacción en Sinaloa, lo que condujo al restablecimiento de orden constitucional, subvertido e interrumpido por la revolución de Tacubaya.

Concluida su misión en Sinaloa y en la urgencia de regresar a su Estado natal por la sublevación de los ópatas y las correrías de los apaches, decidió el general Pesqueira abandonar Sinaloa y regresarse a su tierra. El 4 de junio expidió un decreto por el que se nombraba a don Plácido Vega gobernador del Estado, mientras se efectuaban las elecciones correspondientes. Enseguida, el general se embarcó en Mazatlán con destino a Guaymas, a donde llegó el día 15, en el vapor americano Santa Cruz, con sus tropas y en unión del coronel García Morales. Pero antes de ausentarse confirió el mando militar al general Esteban Coronado, quien desde luego tomó las providencias para activar la campaña de Occidente.

En reconocimiento a los méritos de don Plácido Vega, el 20 de noviembre de 1860 el gobierno federal le otorgó simultáneamente el despacho de coronel de caballería de auxiliares del Ejército y el grado de general de brigada, lo que se le comunicó en la siguiente forma:

El ministerio de Guerra y Marina, jefatura de Operaciones E.S.: el E.S. Presidente Constitucional interino ha tenido a bien expedir a usted un despacho de Coronel de Caballería de Auxiliares del Ejército, y otro, del grado de General de Brigada cuyas patentes se remiten hoy por este conducto al General. Jefe de los Ejércitos Constitucional, para que puesto el cúmplase, los mande poner en manos de vuestra excelencia. Estas condecoraciones le son conferidas por el Supremo Gobierno, que es justo apreciador de los buenos y valiosos servicios de vuestra excelencia, para su satisfacción, me honro en ofrecerle mi consideración y aprecio. Dios y Libe H. Veracruz, noviembre 20 de 1860. llave.- E.S. Gral. don Plácido Vega. Donde se encuentre.

Antecedentes de Plácido Vega

Don Plácido Vega es una de las figuras más vigorosas en la historia política de Sinaloa, nació en la villa de El Fuerte, según se cree en 1830, habiendo sido sus padres don Francisco Xavier de la Vega y de Esquer y doña Dolores Dasa. El primero, hijo del español o criollo don Esteban Nicolás Colón de Portugal y Villegas, punto de partida del linaje de los Vega, del Fuerte; y las segunda, hija del español don Juan Dasa, justicia mayor y subdelegado provisional en la citada villa.

El Dr. Joaquín Roncal publicó o al menos suministró el material necesario para un artículo que salió en la revista capitalina "Presente" (No.35, del 3 de Marzo de 1949), dando a conocer la genealogía de los Bátiz, los Roncal y los de la Vega, como descendientes de don Baltasar de la Vega Colón y Portugal. Iguales datos, suministrados asimismo por el Dr. Roncal, aparecen publicados en el libro "Los Descendientes de Cristóbal Colón", cuyo autor es don Rafael Nieto y Cortadillas, de la Habana.

Una rama de los duques de Veragua se estableció en el siglo XVIII en el hoy Estado de Sinaloa, y su fundador fue el capitán don BALTASAR DE LA VEGA Y COLON DE PORTUGAL. Don Baltasar era originario de Asturias de Santillana, del lugar llamado Torrelavega, miembro de la rama de los duques de Veragua y descendientes, por tanto, del descubridor de América. En el siglo XV vivió en Santillana Doña Leonor de la Vega, poderosa señora feudal, mujer de don Diego Hurtado de Men-

doza, almirante de Castilla y padres de don Diego Iñigo de Mendoza y de la Vega, primer marqués de Santillana y célebre escritor. En México las ramas de esta apellido son muy numerosas y entre ellas se halla la de Sinaloa, que a continuación se detalla.

Del enlace de don BALTASAR DE LA VEGA Y COLON DE PORTUGAL con doña Ana Irene de la Puente y Villegas, nacieron Juana de la Luz, Esteban Nicolás, María Eusebia, Timoteo y Francisco de la Puente, Colón de Portugal y Villegas. En el testamento que hizo el mencionado Esteban Nicolás, en El Fuerte, con fecha 27 de septiembre de 1815, dejó asentado que tenía dos hermanos carnales en Culiacán y que eran don Francisco y doña Serafina, esta última no aparece en la descendencia apuntada, de don Baltasar.

Doña Juana de la Luz, casó con don Juan Ventura de Bátiz, y de esta pareja procede el linaje de los Bátiz de Cosalá y de Culiacán y el de los Roncal, emparentados con los de la Vega por la línea materna. Timoteo era sacerdote y de María Eusebia nada se dice.

De los dos hijos varones que tuvo don Baltasar, don Francisco y don Esteban Nicolás de la Vega y de la Puente, Colon de Portugal y Villegas, proceden respectivamente los linajes de los apellidos la Vega y Vega, de Culiacán y El Fuerte.

Don Francisco de la Vega y de la Puente, Colon de Portugal y Villegas, fue más conocido por "Francisco de la Vega y colón de Portugal" casó en la parroquia de Culiacán, el 12 de abril de 1761, con doña María de Loreto Verdugo y Chávez, procreando a: Don José Ma. De la Vega y Verdugo, de la Puente y Chávez y Colón de Portugal, quien a su vez se casó en la parroquia de Culiacán, el 15 de agosto de 1786, con doña María Gertrudis de Urtusuástegui.

De este matrimonio nació don José Ma. De la Vega Colón de Portugal y Urtusuástegui, comerciante y laborista, quien casó con doña Isidora de Rábago (de los condes de Rábago). Sus hijos fueron: Don José Ma., Don Cosme, Don Manuel María, Don Fernando, Doña Luz, Doña María Antonia, Doña Guadalupe, Doña María Teresa, Don Antonio, Don Joaquín y Don Francisco, de la Vega Colón de Portugal y Rábago. Los ocho primeros, juntamente con sus progenitores, aparecen anotados

en el "padrón de vecinos de Culiacán" hecho en 1793, todos ellos con apellidos de la Vega. Don Manuel María, Don Rafael y Don Francisco de la Vega y Rábago, figuraron en la política del Estado muy activamente y fueron gobernadores de la entidad.

Pasemos ahora a la segunda línea, la del Fuerte. Don Esteban Nicolás de la Vega y de la Puente, Colon de Portugal y Villegas (ya mencionado como hijo de don Baltasar de la Vega y Colón de Portugal, y de doña Ana Irene de la Puente y Villegas), casó en la parroquia de Culiacán, el 24 de febrero de 1762, con doña Ana de Castaños, cuya hija Anna María Francisca Siriaca fue bautizada a los diez días de nacida, en la misma parroquia, el 17 de agosto de 1773, habiendo fallecido la madre a consecuencia del parto. Además según su propio testamento, don Esteban Nicolás tuvo los siguiente hijos: Don Carlos, Doña Soledad Traslaviña; y Don Ponciano, Don José Rafael, Don Tomás, Don Francisco Xavier, Doña Dolores y Don José Joaquín, en la viuda Doña Ma. Rita de Esquer. Los hijos de Don Esteban Nicolás forman la segunda generación de la estirpe y sus nietos la tercera. Estos últimos ya no usaron el apellido de LaVega, sino a secas el de, Vega.

Don Carlos de la Vega Traslaviña tuvo de su mujer, doña Dolores Trasviña; a don Carlos, don Antonio, don Camilo, don Tiburcio, don Jesús, don Manuel, don Guillermo, doña Dolores y doña Clara, Vega y Sarmiento.

Don José Rafael de la Vega y de Esquer, de su unión con doña María Jesús Ceballos, tuvo como progenie: a don José Lucio y a doña María Gumersinda Vega y Ceballos.

Don Francisco Xavier de la Vega y de Esquer casó con doña Dolores Dasa, y de su matrimonio nacieron: don Plácido (el General), doña Dolores, doña Altagracia, doña Martina y doña Sacramento, Vega y Dasa.

Y, por último, don José Joaquín de la Vega y de Esquer, cuya esposa fue doña Antonia Pacheco, procreó: a don Tranquilino, don Eudoro, don Martín, don Joaquín (mi bisabuelo por la línea materna), doña Plutarca, doña Josefa, doña Loreto, doña Hermenegilda, don Eugenio, don Jesús y don Ramón, vega y pacheco.

En su juventud don Plácido Vega trabajó en Culiacán como dependiente en el comercio de don Francisco de la Vega, su pariente; y

a cuyas órdenes sirvió también como soldado, según el Lic. Francisco Javier Gaxiola. Don Francisco fue el último gobernador constitucional de Sinaloa que, hasta el día de su derrota en Balácachi en 1853, luchó para que no se entronizara en el Estado el gobierno dictatorial del general Santa Anna. Y don Plácido, refiere el autor citado, se retiró ala isla de Altamura y no volvió a tomar parte en los asuntos públicos, sino hasta que se proclamó el plan de Ayutla.

Efectivamente, hacia fines de septiembre de 1855 en que la guarnición y el vecindario del puerto de Mazatlán había declarado su adhesión al plan de Ayutla, aparece don Plácido en escena, militando en Tamazula, Durango... por allá organiza un cuerpo como de ochenta hombres armados, liberales entre los que figuraba combatir la opresión en que el prefecto y comandante militar don José Inguanzo mantenía al pueblo de Culiacán. Efectúa con esta fuerza expediciones por Cosalá y Guadalupe de los Reyes, inútilmente por cierto, y acaba por regresar a Culiacán cuando ya Inguanzo había salido de la ciudad.

Refiere una venerable ancianita de San Blas, de no muy lejano parentesco con don Plácido, que cuando se hallaba éste trabajando en Culiacán con su tío y patrón don Francisco de la Vega, se vio envuelto en un detalle de familia. Por este tiempo don Francisco "quedaba bien" o estaba enamorado a una muchacha de nombre Sara, por lo cual su esposa, a fin de resolver este problema conyugal, estimuló a don Plácido para que interviniera como raptor de aquella señorita. Así lo hizo don Plácido y la pareja se marchó a vivir al rancho de Jeculúa, alcaldía de Sivirijoa, distrito del Fuerte. Y en vista de que, contrariado, don Francisco por la acción de su bellaco sobrino había mandado buscar al faltista, no le quedó a éste, o sea a don Plácido, otro camino que pronunciarse, como lo hizo, en El Fuerte.

Se casó don Plácido, en 1862, con su prima y antigua novia doña Clara Vega y Sarmiento. Pero se casó civilmente por poder, enviando desde Guadalajara a un abogado que en el caso hiciera sus veces. Don Camilo Vega, hermano de la contrayente, una vez efectuada la boda se encargó de conducirla y entregarla a su esposo en la capital tapatía, la ceremonia religiosa fue en San Francisco y esta ocasión regaló a su espo-

sa un rosario precioso de oro macizo, no tuvo don Plácido otra esposa legítima, y por la forma en que se casó no es creíble que, como dice Manuel Estrada Rousseau en uno de los artículos de su serie "Casos y Cosas de don Plácido Vega", haya recibido de parte de la Mitra la censura o el castigo a que Rosseau se refiere.

Dice Rousseau, que contrariada la Mitra resolvió castigar al padre don Jesús Valdés, que impartió la bendición nupcial al hereje caudillo liberal. Con el fin de que se cumplieran estas órdenes del supremo mando diocesano, comisionado para ello se presentó en El Fuerte el Pbro. Don José Ma. Lacarra, quien requirió de su colega Valdés la entrega del curato; pero los feligreses, que profesaban a su anciano y virtuoso pastor un cariño entrañable, invadieron la iglesia tratando de obtener de ésta la promesa de que, a pesar de todo, no los abandonaría.

Con motivo de esta incidente, hubo cambio violento de notas entre el Prefecto y monseñor Lacarra; el primero, confirmándose en su decisión de no mezclarse para nada en el lío por ser un asunto ilimitado al círculo de la potestad eclesiástica; y el segundo, insistiendo en que no se trataba de otra cosa que de un sonado escándalo que debía ser reprimido por la policía. Callejón sin salida, dice Rousseau, del que el presbítero creyó poder escapar, paseando el Viático por las calles de la población; y así lo hizo portando sus vestiduras sacerdotales. Esto dio lugar a "demostraciones religiosas prohibidas por la ley", sin que aún en este caso el Prefecto se decidiera a intervenir, pero sí lo hizo, el gobernador García Morales, imponiendo a la autoridad política cien pesos de multa y dos meses de arresto al cura Lacarra.

Lo que creo yo que haya sido el motivo de que la Mitra hubiera procedido en contra del cura Valdés, además y especialmente porque se trataba de don Plácido, el hecho de que contravino una disposición diocesana, de la que se reproduce enseguida la inscripción que aparece en el libro correspondiente, de la vicaría de Sinaloa, y que dice:

"Hoy, día 18 de diciembre de 1857 recibí la Circula que a letra dice: C. Vicario Foráneo de Sinaloa.- Con Fecha 26 de Octubre se nos previene de la Sagrada Mitra, lo que cita y copia para Vuestra Señoría: con motivo de las sorpresas que algunos pretendientes de mala fe han dado ya en al-

gunos curatos de la Sagrada Mitra a los respectivos curas con el objeto de facilitar los matrimonios indebidamente, el Ilustrísimo Sr. Obispo me ordena diga a usted que además de las precauciones que deben procurar tener en tales casos, principalmente en las circunstancias actuales, se observen las dos prevenciones siguientes: 1ª que cuando alguno que haya jurado la nueva constitución quiera casarse no se le admita ni su presentación antes que se retracte del juramento ante la autoridad correspondiente, prestando al párroco una constancia de haberlo así verificado; y 2ª que por ningún motivo procedan a la celebración de matrimonios por poder, ya sea que el apoderado se presente por parte del novio o ya por parte de la pretensa sin consultar antes a esta Sagrada Mitra y haber obtenido su aprobación. A la letra le comunico a Vuestra Santidad para su observancia y fijando tal superior disposición en el correspondiente libro. Nuestro señor que a Ud. guarde ms. as. Culiacán diciembre 6 de 1857. Rufino Baldenebro"

Triunfa la Reforma

El 12 de julio de 1859 don Benito Juárez publicó sus famosas y drásticas Leyes de Reforma, que establecieron la separación de la iglesia y el Estado, la tolerancia religiosa, el matrimonio civil, la secularización de los cementerios, la libertad de pensamiento, la prohibición de adquirir bienes raíces por parte de las instituciones religiosas (excepto en determinados casos), la supresión de las ordenes monásticas y la exclaustración, así como la substitución del juramento religioso, por la simple protesta de decir verdad y de cumplir las obligaciones que se contraen, con sus efectos y penas. La Guerra de Reforma tuvo su terminación con la derrota que el 22 de diciembre de 1860 infligió, en San Miguel de Calpulalpan, el Gral. González Ortega al Gral. Miramón, y con la entrada del presidente Juárez y sus ministros a la capital de la República, el 31 de enero del siguiente año.

Pero en Sinaloa, como ya se dijo, la lucha y el régimen que habían instituido los enemigos de la Constitución del 57 concluyeron el 3 de abril de 1859, con la toma del puerto de Mazatlán por el glorioso Ejército de Occidente. Una vez que quedó bien afirmado el triunfo de los libera-

les en nuestra entidad, a fin de encauzar al gobierno dentro del orden constitucional, el gobernador provisional, y caudillo, don Plácido Vega, el 15 de septiembre de 1860 expidió la convocatoria para la celebración de elección de gobernador, vicegobernador y diputados al Congreso local Constituyente. Exactamente un mes después de que fuera lanzada la anterior convocatoria, por decreto don Plácido declaraba abolidos en el Estado los tratamientos de Excelencia y Señoría que oficialmente estaba consagrado. Justamente cuando terminaban en la República esta guerra, o con más precisión el 21 de enero de 1861, en Culiacán se instalaba en el Constituyente. Entre sus miembros figuraron, por el distrito del Fuerte, como diputado propietario don Camilo Vega y como suplente don Lucas Verdugo.

El primer acto de la Asamblea al instalarse, fue nombrar gobernador, por el término que durara el Constituyente en funciones, al hombre de la hora, el general don Plácido Vega; puesto que enseguida, desempeño por elección.

El Constituyente reformó y sancionó la Constitución del Estado el día 3 de abril de 1861, en concordancia con la Constitución federal y Leyes de Reforma incorporadas a ella. En la nueva carta magna estatal aparecen consignados: el sufragio directo de los ciudadanos, la independencia de los ayuntamientos en ciertas funciones del ramo municipal, la reducción de las instancias en los juicios a dos, debiendo conocer en la última el Tribunal en pleno, y la división territorial en diez distritos de Choix, que creara la Constitución local de 1831.

Pronunciamiento de Estevez

Con el fin de prestar auxilio al gobierno liberal de Estado de Sonora, en su campaña contra los indios Yaquis alzados en armas, dispuso el Gral. Plácido Vega, gobernador de Sinaloa, acuartelar en la villa de El Fuerte un contingente de tropas, en número aproximado a cuatrocientos hombres y dotación de seis piezas de artillería, al mando del teniente coronel Eustaquio Cota.

Pero estas fuerzas, seducidas por el coronel Antonio Estévez y un francés de nombre Félix Chadichel, defeccionario en su mayoría, por la

noche del 2 de agosto de 1861, proclamando el derrocamiento de don Plácido Vega y la reimplantación del régimen emanado del plan de Tacubaya. El prefecto del distrito, don Ramón Félix y Buelna, opuso resistencia pero fue vencido con facilidad y, además, herido en la refriega.

Al mando del jefe conservador Estévez y de segundo el teniente coronel Cleofas Salmón, los sublevados, unos trescientos, después de saquear el comercio, robar propiedades del gobernador Vega y cometer algunos asesinatos, se dirigieron a Alamos, de donde a su encuentro salieron inmediatamente fuerzas liberales. Estas últimas, doscientos soldados del Defensa Nacional y muchos vecinos alamenses convocados por el prefecto de su distrito, don Diego Almada, se habían aprestado para la defensa de aquella ciudad; venían bajo el comando del coronel Crispín de S. Palomares y el mayor José Tiburcio Otero. El encuentro ocurrió en El Salitral el día 18, iniciándose la batalla a las ocho de la mañana. La victoria fue adversa a los liberales, pues aunque estuvieron apunto de obtenerla. Al entrar a funcionar la artillería de los conservadores sobrevino la confusión y finalmente la derrota. Se atribuye también la derrota de los liberales a la defección de algunos oficiales, como Manuel Ibarra, Manuel Amarillas y Jesús Toledo, quienes más tarde fueron hechos prisioneros en Batoségachi, Chihuahua, y fusilados por su infidencia.

Tomaron parte en esta sangrienta batalla, al lado de los liberales don Zacarías Ochoa y don Patricio Robles, vecinos del pueblo de Ahome, también don Carlos Pacheco, natural del pueblo de Toro. Durante la acción se le incrustó a don Zacarías, en una mano, un pedazo de la cacha de su pistola, que le fue extraído con los dientes por don Carlos Pacheco.

Concurrió también a esta función de armas don Adolfo Ibarra, con el carácter de comandante del "Batallón Reforma", organizado en El Fuerte en 1860, y a las órdenes del coronel Palomares.

Según su "hoja de servicios", don Adolfo Ibarra coadyuvó con el grado de subteniente, al pronunciamiento de don Plácido Vega en El Fuerte. Fue segundo ayudante de artillería, con García Morales, en la batalla de la Noria. Después, a las órdenes de Pesqueira y Esteban Coronado, de teniente comandante de la compañía de Cazadores del Batallón Popular de Sinaloa, en la batalla de Los Mimbres. Estuvo en el sitio

de Mazatlán, enseguida y habiendo ascendido a capitán efectivo. Fue el comandante del "Batallón Reforma" que se organizó en El Fuerte en 1860. estuvo en agosto de 1861, con su referido batallón, en la batalla de El Salitral, peleando contra Estévez bajo las órdenes del coronel Crispín de S. Palomares. Con el mimo grado de comandante y sirviendo de ayuntamiento de García Morales, el 29 y 31 de marzo de 1863 estuvo en el bombardeo de Mazatlán por la Cordelliere. En 1886 don Luis Terrazas lo nombró teniente coronel del "Batallón Ojinaga". En 1871, primer período del Plan Político de la Noria, mandó las fuerzas de infantería y caballería que se organizaron en El Fuerte, a las órdenes del Lic. don Eustaquio Buelna y don Blas Ibarra.

Consumada la cuantiosa pérdida de sus efectivos militares en El Fuerte, como era de esperarse de un hombre dinámico y a quien concernía la responsabilidad del orden público en Sinaloa, el resguardo de las instituciones liberales y la estabilidad de su propio gobierno, don Plácido Vega en pocos días reclutó y organizó nuevas fuerzas. De esta suerte y sin tener que disponer de sus tropas de Mazatlán, con setecientos hombres marchó hasta Alamos, en pos del sedicioso Estéves, dejando en Sinaloa como encargado del poder ejecutivo al vicegobernador, coronel Manuel Márquez de León.

Pero mientras todo esto ocurría, en Alamos el victorioso jefe de los pronunciados, a quienes los vecinos de la mencionada ciudad llamaban los "Tacubayas" se reforzó con hombres y pertrechos, en condiciones que le permitieron avanzar hasta Hermosillo y ponerle sitio a la ciudad; pero ahí fue derrotado completamente pro el Gral. Ignacio Pesqueira. Después del triunfo de Hermosillo, los dos jefes liberales, Pesqueira y Vega, se reunieron y conferenciaron en Alamos, donde se le entregaron a don Plácido cien prisioneros y diez cañones, del botín tomado a los estevistas, hecho que revela la solidaridad que existió, durante aquel difícil período de luchas, entre los liberales de una y otra entidad.

CAPITULO XIV
LA INTERVENCIÓN Y EL IMPERIO
LA SITUACIÓN

Concluida apenas la Guerra de Tres Años, en la que resulta triunfante el partido liberal, la nación padeció enseguida la más dura de las pruebas por la que han pasado su soberanía y las instituciones republicanas. El gobierno de la República, a cargo de don Benito Juárez, tuvo entonces que hacer frente a la invasión del ejército francés, y en una lucha que se prolongara, combatir también la imposición del régimen imperial por parte de Napoleón III, con quien hizo causa común traidoramente la facción conservadora de México.

El 31 de octubre de 1861, tres potencias europeas, Francia, Inglaterra y España, convinieron en mandar a México fuerzas de mar y tierra con el fin de hacer efectivas al gobierno mexicano determinadas reclamaciones. Así es que el 17 de diciembre desembarcaron en Veracruz los ingleses y a continuación, el 7 de enero de año siguiente, las tropas francesas y españolas.

Ante la inminencia de una guerra, el Congreso Federal expidió un decreto: concediendo la amnistía política, a fin de lograr la unidad nacional en el presente caso de emergencia; dando al Ejecutivo poderes omnímodos, y mandando con invocar la guardia nacional. Además, el 17 de diciembre, por decreto se obligaba a los estados, en la proporción que se les señalaba expresamente, a reunir, armar y equipar 56,000 hombres para la defensa del territorio nacional.

Al romperse las negociaciones de Orizaba, España e Inglaterra o sus representantes el Gral. Prim y el comodoro Dunlop respectivamente, desistiendo de la idea de llevar a cabo la intervención armada según lo pretendía malévolamente el representante francés secretamente instruido para ello por Napoleón III, se retiraron de las aguas de Veracruz y dejaron sola a Francia. El Contralmirante Jurién de la Graviére y el comisario Dobois de Saligny, por parte de su emperador, violando flagrantemente los convenios de la Soledad, se negaron a desocupar las plazas de Córdoba, Orizaba y Tehuantepec en las que condicionalmente se alojaban las fuerzas aliadas; y desde ellas, como base, se emprendió poco después el avance sobre la ciudad de Puebla.

Ya pues, en situación de guerra, el gobierno mexicano expidió, el 12 de abril, un decreto por el que se ordenaba que ningún mexicano, desde la edad de veinte años hasta los sesenta, podrá excusarse de tomar las armas, sea cual fuere su clase, estado y condición, so pena de ser tratado como traidor.

A principios de marzo llegó a Veracruz el conde de Lorencez con un mayor número de tropas francesas, internándose inmediatamente. Este general fue derrotado en Puebla en la batalla del 5 de Mayo. En septiembre llegó también al puerto de Veracruz, con numerosas y escogidas tropas, el general de división Elías Federico Forey, quien después marchó sobre Puebla con todo el ejército franco – mexicano y tomó la plaza el 17 de mayo de 1863, al rendirse muy honrosamente los heroicos defensores tres de un sitio riguroso de setenta y dos días. Y por fin entró Forey a la capital, en junio de ese mismo año.

La situación se había agravado y complicado extraordinariamente, entrando la lucha en una nueva fase, con la decisión que el 8 de julio tomó la Junta de Notables, constituida en la ciudad de México por el General Forey. La junta citada resolvió que habría de adoptarse como forma de gobierno la monárquica moderada hereditaria, con un emperador católico extranjero, cuya designación quedaba al arbitrio de Napoleón III; y en consecuencia se expidió el estatuto provisional del imperio Mexicano. Mas tarde, el 1º de octubre de 1863, el general Forey entregaba, al ausentarse, el mando a otros siniestros personajes, el mariscal Francisco Aquiles Bazaine.

Escogido como emperador, el príncipe austríaco Maximiliano de

Habsburgo bajo las circunstancias que enumera la Historia, hizo su entrada a la ciudad de México con gran solemnidad, el 12 de junio de 1864, tomó posesión del trono. El 3 de octubre, el gobierno imperial dictó por su parte también una bárbara ley marcial, cuyo dislate era asimilar a los defensores de la patria y de la república como miserables bandoleros. Durante el angustioso período que comprende el desarrollo de los acontecimientos relativos a la intervención y al segundo imperio, la lucha en todo México fue sangrienta y sin cuartel. Al héroe, Juárez, no le arredró en su empeño y fe de patriota la superioridad militar del enemigo, ni lo desalentó el carácter errabundo y la terrible penuria de su gobierno, ni mucho menos la participación de los traidores en aquella desgraciada aventura, ni siquiera los reveses que sufrió el ejército libertador en la mayoría de las veces: luchó siempre, férreamente hasta el triunfo. Al fin salió de México el ejército francés, pero continuó la guerra contra las fuerzas del imperio, hasta que las armas republicanas se cubrieron de gloria y en esa forma llegó a cerrarse uno de los más luminosos y ejemplares capítulos de nuestra historia nacional.

El contingente de Sinaloa

Por lo que respecta a Sinaloa, con el solo anuncio de la guerra, el Congreso del Estado con sede en Mazatlán, de pronto y con fecha de 30 de noviembre de 1861 expidió un decreto concediendo al gobierno de la entidad, facultades para disponer de todos los recursos de Sinaloa en los ramos de hacienda y guerra, con el fin de acudir a la defensa del territorio nacional, en el caso de que alguna nación, declarara la guerra; disponiendo que el gobierno, sin esperar ese evento, convocara a la guardia nacional, y dictara las disposiciones necesarias para su equipo, armamento e instrucción, y declarando, por último, que en las actuales circunstancias, y durante la guerra extranjera, promueva motines, asonados y sediciones contra la paz y el orden público, o incite a la desobediencia.de las autoridades legítimas, será considerado traidor a la patria y juzgado conforme a lo establecido por la ley federal del 1° de mayo de aquel mismo año.

A su regreso de Sonora, hacia donde se había dirigido en persecución de Estévez, el general Plácido Vega asumió nuevamente el gobierno. En

marzo de 1862, declaró a Sinaloa en estado de sitio. Como al Estado, por decreto presidencial de 17 de diciembre del año anterior, se le asignaban para la defensa del territorio nacional mil hombres equipados, el gobernante sinaloense quiso llevar en persona, a la campaña de Oriente, parte de ese contingente. Con ese fin emprendió la marcha por tierra con los batallones 1° y 2° de Sinaloa, que eran cuerpos aguerridos y fogueados en las jornadas de la guerra de Reforma. Pero de Tepic se regresó y de acuerdo con el decreto que el 4 de abril expidiera el Congreso local, asumió con el título de Jefe de las armas en el Estado, el mando militar, ejerciendo asimismo las funciones de autoridad civil. De esta manera el gobierno se convirtió en cuartel general y quedó establecido en Sinaloa, escribe el Lic. Buelna, el poder más tiránico y absoluto que se haya visto desde la Independencia.

Como se necesitaban recursos para la organización y amunicionamiento del contingente de sangre pedido a Sinaloa para combatir al invasor, el 18 de mayo decretó el general Vega un préstamo forzoso de $58,800.00, que deberían cubrir todos los habitantes del Estado. Posteriormente y con el mismo fin, el 10 de enero de 1863, se decretó un nuevo préstamo de guerra por la cantidad de $50,000.00, ya cuando las fuerzas de Sinaloa, se hallaban en víspera de embarcarse con destino a la ciudad de México. En este último préstamo, le correspondió al distrito del Fuerte, una participación de $6,000.00.

Mucha lentitud, sin embargo, se había observado en el alistamiento de las topas, a las que por fin, ya en vías de ser embarcadas, el 12 de enero, les dirigió una proclama en la que les decía: “Recordad vuestro pasado. Los soldados sinaloenses no han sufrido un solo revés en la sangrienta y prolongada lucha que hemos sostenido contra los enemigos de la civilización”, evocación que hizo precisamente para exaltar el espíritu combativo y el patriotismo de su gente de armas.

Las fuerzas fueron concentradas en Mazatlán y embarcadas en cinco veleros: la fragata “Mazatlán”, la barca “Caribe”, la goleta “Emigdia”, el paibelot americano “Alerta” y el bergantín – goleta “Conde Cavour”. La fecha de partida fue el 26 de enero de 1863, según una comunicación oficial del Gral. Jesús García Morales, a quien el Gral. Vega, dejó en Sinaloa a cargo del gobierno y de la comandancia militar. A fin de ponerse a la

cabeza de su brigada, Vega salió el 5 de febrero a bordo del vapor chileno “Esmeralda”, desembarcó en Manzanillo y de allí se dirigió a México.

Las tropas desembarcaron en Zihuatanejo y de ahí por tierra pasaron a Acapulco y enseguida a México. Una travesía difícil, penosa y dilatada que significó una merma de más de quinientos hombres por cansancio y enfermedad, algunos murieron, otros se regresaron y muy pocos llegaron después a México. Arribaron a Tlalpan, D.F., el 28 de marzo y el 31, la brigada desfilaba frente al palacio nacional, ante a presencia del presidente Juárez y sus ministros.

Constituían el estado mayor del Gral. Vega, el Gral. Emilio Landberg, segundo en jefe; el Coronel José Ma. Flores, mayor de órdenes; el Dr. Francisco Allanac, jefe del Cuerpo Médico Militar y el Lic. Mariano de Castro, fiscal de guerra. La brigada se componía de tres batallones, de los que formaban parte muchos sonorenses, con el siguiente efectivo: 2 tenientes coroneles de Infantería, 4 comandantes de batallón, 4 pagadores, 25 capitanes de Infantería, 3 segundos ayudantes, 14 tenientes, 2 subayudantes, 33 tenientes, 3 tambores mayores, 2 arneros, 1 cabo de gastadores, 8 gastadores, 29 sargentos primeros, 54 sargentos segundos, 23 cornetas, 19 tambores, 130 cabos y 1307 soldados. Su provisión era de doscientos mil cartuchos y quinientos fusiles de reserva.

La brigada de Sinaloa, quedó incorporada a la Tercera División del Ejército del Centro, fue puesta bajo el mando del Gral. Plácido Vega a las órdenes del Gral. Ignacio Comonfort, al asedio de Puebla por el general Forey. Cuando en San Lorenzo, frente a Puebla, el Ejército del centro fue derrotado el 8 de mayo de 1863, las tropas sinaloenses se distinguieron, pues la Tercera División al mando de Vega maniobró admirablemente, formando una segunda línea militar que sirvió, para contener al enemigo victorioso y dar con ello tiempo a que el resto de las maltrechas fuerzas de Comonfort se rehicieran y así ejecutar una retirada en buen orden militar.

Después de la derrota de San Lorenzo, la brigada de Sinaloa juntamente con las demás tropas del Ejército de Oriente, se replegó a la capital. Pero luego la brigada marchó a campaña, incorporada a las fuerzas del Gral. Porfirio Díaz; y tal vez por haber perdido la jefatura de ella o por intrigas, don

Plácido Vega, renunció al mando de la Tercera División, el 23 de mayo. Los franceses ocuparon la capital en junio. Don Plácido, finalmente fue comisionado por el gobierno para la compra de armas en el puerto de San Francisco, California para llevar a cabo esa comisión, recibió de la aduana marítima de Mazatlán, una gruesa suma de dinero. En este puerto se enmarcó para San Francisco, donde permaneció casi todo el tiempo de la guerra, sin que hubiera enviado un solo fusil, según palabras textuales el Lic. Buelna.

En una de las cartas que desde Mazatlán escribió don Ignacio Ramírez, "el Nigromante", a su amigo don Guillermo Prieto, "Fidel", dice "Vega, el cacique de este reinezuelo, solicitó y obtuvo del gobierno federal, la más alta autorización para disponer de las rentas de Sinaloa, con la promesa de armar y defender el Estado; este general dispondrá de medio millón de pesos en efectivo, quien lleva medio millón a la California, puede fácilmente arbitrarse paso por otra cantidad igual". El desempeño de esta comisión, tan inexplicablemente desatendido, señala en la vida militar y política de don Plácido, el principio de su decadencia, pues desde entones fue mermando considerablemente el prestigio y la popularidad que había conquistado en su Estado Natal, para no recobrarlo jamás.

DERROCAMIENTO DE GARCÍA MORALES.

No se había extendido todavía a Sinaloa, la lucha contra los francotraidores, cuando el 21 de septiembre de 1864, se pronunció la guarnición de Culiacán en contra del gobernador, Gral. Jesús García Morales, sucesor y elemento adicto a la política placidista. La jefatura de este movimiento le fue ofrecida al coronel Francisco de la Vega, en atención a su jerarquía militar y alta posición social. En el acta firmada por los jefes, oficiales y sargentos, promotores de la sublevación, se declara el desconocimiento del gobernador, en virtud de que este funcionario, no atendía ni procuraba el bienestar y felicidad de sus gobernados; por considerar además que el préstamo de guerra extraordinario decretado el 16 de agosto anterior, por la cantidad de cien mil pesos (de los cuales debía cubrir doce mil el distrito del Fuerte), para resistir la invasión del ejército franco-mexicano era insuficiente, inútil y por otra parte onerosa para los habitantes del Estado; y por conceptuarse perjudicial la leva forzosa

de seiscientos hombres recientemente decretada, tanto para la sociedad como porque esta clase de reclutamientos siempre recaía sobre la gente más pobre y desvalida.

Más era evidente que, a la luz de los acontecimientos nacionales, el jefe e instigador de este pronunciamiento abrigaba en el fondo, otras finalidades que las que se hicieron constar en el acta, en atención a compromisos que el mismo de la Vega había contraído, con dono Antonio Haro y Tamariz, a favor de la intervención y del régimen imperial, como bien pronto vinieron a confirmarlo los hechos.

Para hacer frente a los sucesos de Culiacán, por órdenes que le comunicara desde Mazatlán García Morales, el prefecto de Cosalá, Don Atanasio Aragón, acudió prontamente con el destacamento militar que tenía bajo su mando, y derrotó a los rebeldes. De la Vega se retiró hacia el norte, donde según el Lic. Buelna, intentó levantar un acta a favor del Imperio, para suscribirla con sus oficiales y de esta manera se confirmaron las sospechas que se tenían de su filiación.

Los jefes militares republicanos de Sinaloa, por su parte juzgaban que la notoria incapacidad del Gral. García Morales, para administrar el Estado y atender a su defensa, y que por lo mismo se imponía su remoción. El camino era el golpe militar, por lo que con el conocimiento y previa conformidad del general Ramón Corona, jefe de la brigada de Tepic, el 6 de octubre y mediante el acta respectiva estalló en El Rosario un pronunciamiento encabezado por el coronel Ascensión Correa. En connivencia con el plan se hallaban el coronel Joaquín Sánchez Román, jefe del batallón "Hidalgo" que guarnecía a Mazatlán, por lo que esta plaza cayó al poder de la insurrección el día 14. Así desapareció el gobierno de García Morales y en su lugar fue designado el coronel Antonio Rosales. Se trató enseguida de consolidar el gobierno, para lo cual se envió a los distritos situados al norte de Culiacán, una comisión encargada de obtener el reconocimiento de la nueva administración por parte de los ayuntamientos; así como el de don Francisco de la Vega, que se había internado a Durango y se hallaba en Tamazula, donde se había situado a la expectativa después de su derrota en las cercanías de Culiacán.

Como prefecto del Fuerte, el gobierno de García Morales, había de-

signado a don José Rentería, quien al tomar posesión del cargo, dirigió a los habitantes del Distrito el siguiente manifiesto:

EL PREFECTO DEL DISTRITO
DEL FUERTE A SUS HABITANTES:

Conciudadanos: El gobierno de Estado me ha honrado con el mando político de este distrito. Con mucho gusto he aceptado, porque nada debe ser más grato para un buen ciudadano, que prestar su servicio a la patria en circunstancias en que más necesita de todos sus hijos.

Bien sabéis la situación difícil en que se encuentra nuestro país, un ejército de salteadores Franceses lo ha invadido, invocando hipócritamente a nuestra felicidad. Bandido conviene llamar a aquellos publicistas que como Grocio para lisonjear a Luis XIII, han adoptado el despotismo extranjero que sin declarar al príncipe sea rey, sea particular, sea pueblo, se introduce a un país para matar o detener a los súbditos.

Conciudadanos: Jamás me he afiliado a ninguna bandera, ni he vivido de los gobiernos, ni participado de odios particulares; ajeno estoy hoy más que nunca, a toda rencilla doméstica, seré únicamente guardián celoso de vuestros intereses, trabajaré con tesón por los adelantos de este Distrito por el que tengo vivas simpatías. Mi programa será la ley y que ella tenga su más vigoroso cumplimiento, no omitiré, ni haré distinciones de clases, no consideraré a personas y seré sobre todo intransigible con los enemigos de nuestra independencia y contra todos aquellos que de cualquier modo atentan contra el bien público.

Yo espero de los buenos ciudadanos, que procuren hacer fácil mi administración, no sólo con su fiel obediencia a la Ley, sino cooperando con cuantos esfuerzos estén de su parte para la salvación de la patria. La indiferencia política entre los antiguos, fue un crimen que se castigó con más rigor, que la misma sedición y si esto sucedía respecto a los negocios interiores del Estado ¿Qué castigo merece la indiferencia en cuestiones con el extranjero? En nombre de la patria os llamo a vuestros deberes públicos, una vez por todas, el que cierre los oídos no se queje.

Como he dicho, la situación del país es difícil, no desesperada. La Italia en tiempos de Camilo, fue invadida por los bárbaros de las Galias; ellos talaron los campos, la misma Roma se vio reducida a cenizas; el senado sitiado en el Capitolio, la espada y el cinturón bárbaro con un ¡ay de los vencidos! Y Roma e Italia, no sólo se salvaron por el patriotismo de sus hijos, arrojando al invasor del territorio, más pronto de lo que este lo había ocupado.

Conciudadanos: En ocasiones más propicias os había dicho, “trabajemos por el engrandecimiento y prosperidad del Distrito; hoy olvido lo demás, para haceros una recomendación principal, trabajemos por la independencia y seguridad de nuestra patria, haciendo de un lado todo rencor particular; sin verdadera libertad: ni hay bienestar, ni hay prosperidad posible.

En el infortunio se templan las grandes almas; fe, constancia y patriotismo, sólo así; México se salvará.

Vuestro conciudadano y amigo
José Rentería
Fuerte, Julio 4 de 1864.

Tan pronto como en la villa de El Fuerte se recibieron noticias de la insurrección de don Francisco de la Vega en contra del gobernador García Morales, el prefecto, coronel don José Rentería, al frente de la llamada “Sección del Fuerte”, hallándose en Culiacán, desconocieron al gobierno provisional del coronel Rosales. Con este motivo se levantó un acta en la que se lanzan duros ataques al general Corona y a los coroneles Sánchez Román y Rosales; se impugna la legalidad de las nuevas autoridades de Mazatlán; se nombra y reconoce a don José Rentería como jefe de los distritos de Mocorito, Sinaloa y El Fuerte y a don Atanasio Aragón como jefe de los distritos de Culiacán y Cosalá; se declara la restauración de la política placidista y la destitución de quienes no se adhieran a la proclama y se establece el estado de sitio en los distritos mencionados. Estas medidas se dictaron con carácter transitorio; en el ínterin volvía al poder el gobernador derrocado, o regresaba el gobernador constitucional don Plácido Vegas o bien el Supremo Gobierno, designaba a otra persona.

Dice así el acta de Culiacán:

“En la ciudad de Culiacán, a los veintidós días del mes de Octubre de mil ochocientos sesenta y cuatro, reunidos los ciudadanos jefes y

oficiales de la "Sección de El Fuerte" en el cuartel de la misma, el C. Jefe Rentería, coronel en jefe, puso en su conocimiento los sucesos acaecidos en Mazatlán y distrito del Rosario, que dieron por resultado, la toma de aquel puerto por los sediciosos, manifestándoles las comunicaciones cambiadas entre éstos y el superior gobierno del Estado y el acta de pronunciamiento levantada en El Rosario, concluyendo por pedirles su opinión sobre todos estos acontecimientos. Los ciudadanos jefes y oficiales por unanimidad manifestaron grande indignación contra el desleal Sánchez Román, que favorecido por la confianza del gobierno, le pagó con el escándalo de la más villana alevosía, contra el probo general Corona, que habiendo siempre combatido con abnegación y desinterés a los bandidos de Lozada, se ha venido a convertir él mismo en capitán de bandoleros, en fin, contra el díscolo coronel Rosales, que sin fe y sin conciencia, ha sido siempre revoltoso de oficio. Después de este desahogo, los ciudadanos jefes y oficiales de la Sección, expusieron que teniendo en la persona de su coronel en jefe la más plena confianza, bien seguros de que jamás traicionará ni a su gobierno, ni a las instituciones que nos rigen, de que acatará fielmente las disposiciones emanadas del primer magistrado de la República y que eligirá los medios más equitativos y oportunos para mantenerse en el terreno de la legalidad, sometían a su juicio las medidas que debían dictarse para salvar ésta o al menos para llenar sus deberes. A continuación el ciudadano comandante de batallón Anselmo Casillas manifestó al mismo ciudadano coronel en jefe, dejando a salvo el buen parecer de éste, algunos puntos que, tomándose en consideración, dieron margen a las siguientes cláusulas en que todos los que suscriben se afirmaron y ratificaron:

1°- Los individuos de la "Sección del Fuerte", artesanos y jornaleros honrados, que, llenos de abnegación y entusiasmo, han dejado sus labores para sofocar el motín del faccioso Vega, no pueden reconocer ni reconocerán jamás, el titulado gobierno provisorio, emanado de una sedición, que lleva además, el sello de todos los crímenes comunes e implica todavía el más alto grado de traición a la patria.

2°-El C. José Rentería, coronel en jefe de la "Sección del Fuerte", excitará a los comandantes militares de Cosalá, Culiacán, Mocorito y

Sinaloa, para que declaren estos distritos en estado de sitio y particularmente al jefe de las armas de los dos primeros, para que obren dentro de su jurisdicción, como deberá obrar, el C. José Rentería, según lo determinan los artículos siguientes:

3°-El C. José Rentería, tomará el mando de todas las fuerzas que se levanten en los distritos de Mocorito, Sinaloa y El Fuerte, los cuales formarán un solo distrito militar, ínterin vuelve al poder el legítimo Gobernador y Comandante militar C. Jesús García Morales o regresa el antiguo jefe de las armas y gobernador Constitucional del Estado C. General Plácido Vega o el Gobierno Supremo hace nuevo nombramiento, en cuyo caso los CC. Atanasio Aragón y José Rentería, jefes de los distritos militares, se pondrán con sus fuerzas a disposición de la primera autoridad del Estado.

4°- Entre tanto esta primera autoridad, no se presenta a ejercer su encargo, los jefes de ambos distritos, en todos los asuntos que sean del conocimiento del Supremo Gobierno, se entenderán con él directamente.

5°- Todos los empleados civiles y militares, que no secunden esta acta, serán destituidos inmediatamente por sus respectivos jefes de los repetidos distritos militares.

6°- Ambos procurarán marchar siempre de acuerdo en todas las operaciones de guerra y en obvio de mayores trastornos que debilitarán la fuerza física y moral del Estado, que debe reservarse contra el invasor, no hostilizarán a los facciosos de Mazatlán, pero en caso de ser atacados por éstos, deberán repeler la fuerza con la fuerza, y sólo en el caso de invasión evitarán todo encuentro para dirigir sus operaciones contra aquella.

7°- De esta acta se remitirá copia al Supremo Gobierno, al Estado de Sonora, a las prefecturas y comandancias militares de los distritos del Estado y directamente a la de Alamos.

Leída que fue la presente acta, todos los ciudadanos jefes y oficiales que suscriben, vitorearon la Independencia y autoridades legítimas de la República y en particular, las del Estado, firmándola de entera conformidad.

Coronel en jefe, José Rentería. Mayor de órdenes de la Sección, Narciso Félix. Comandante de batallón, Anselmo Casillas. Capitán, Adolfo Ibarra. Capitán, Cayetano Torres. Capitán de Infantería, Juan

B. Amarillas. Capitán, Alejo Verdugo. Capitán de caballería, Jesús E. Alvarez. Teniente de infantería, Nepomuceno F. Y López. Teniente de infantería, Camilo Meneses. Teniente de id., Jesús Santana, Teniente de caballería, Policarpo Félix. Teniente, Ramón Fierro. Subteniente, Tomás Uribe. Subteniente, Jesús Monteón. Alférez, Arcadio Quintero. Sub-ayudante, Jesús García. Por los sargentos primeros de infantería, Pedro Tapia. Por los sargentos segundos de id., Dolores Ramos. Por la clase de sargentos primeros de caballería, Teodoro Valdés. Por los cabos de infantería, Martín López. Por los cabos de caballería, Pablo Alvarez. Por los soldados de infantería, Jesús Leyva. Por los soldados de caballería, Francisco Gómez.

DERROTA DE RENTERÍA EN MIRASOLES.

El 27 de octubre, Rentería emprendió su regreso de Culiacán para El Fuerte. Al día siguiente de su salida, el prefecto de Culiacán, don Angel Urrea, convocó a una junta a las autoridades y principales vecinos del lugar, en la que resolvieron, temerosos de que volvieran a tomar las riendas del gobierno los partidarios de don Plácido Vega, reconocer al Coronel Antonio Rosales como Gobernador, a quien seguidamente dieron parte de su determinación, a la vez que le anunciaban, como asegurándole, la próxima adhesión del coronel Francisco de la Vega. Al proclamar la restauración del gobierno de don Plácido, no podía contar Rentería –comenta el Lic. Buelna- con la simpatía de los vecinos de Culiacán y menos aún con los de la familia de la Vega, por ser sabido que la grande obra del caudillo de la Reforma (ora don Plácido) fue la destrucción de los cacicazgos.

Bien formado como se hallaba don Francisco de la Vega, en su retiro hacia los límites de Durango y Sinaloa, acerca de los recientes acontecimientos de Mazatlán, así como de los acuerdos y movimientos de la "Sección del Fuerte", decidió atacar por su propia cuenta a su enemigo Rentería. En efecto, aprovechando la circunstancia de que ya este jefe contramarchaba para El Fuerte, lo atacó por sorpresa en Mirasoles, un punto situado a cinco leguas de Culiacán sobre el camino de Mocorito, el día 28 de octubre por la madrugada. Las fuerzas de Rentería quedaron

deshechas en esta acometida, perdiendo su armamento y demás pertrechos de guerra, así como siete oficiales y trece soldados entre muertos y prisioneros. Don José Rentería, fue herido y también cayó prisionero, pero más tarde se le puso en libertad, en la villa de Sinaloa, con la fianza de don José Rojo.

EL IMPERIO.
DON FRANCISCO DE LA VEGA.

El vencedor de Mirasoles no se encaminó como era de esperarse, a la ciudad de Culiacán después de haber derrotado a Rentería, sino que se dirigió a la villa de El Fuerte. Procedió en esta forma seguramente porque, en virtud de su filiación imperialista, se abstuvo de protestar su adhesión al gobierno republicano del coronel Rosales, por lo que se hallaba temeroso de que lo persiguieran. Por otra parte, quizás también, llevado por el deseo de ejercer represalias contra las personas que prestaron su ayuda a Rentería y contra los parientes de don Plácido, que eran a la vez sus propios parientes. Esto último quedó de manifiesto, por las exacciones y robos que él y sus secuaces cometieran, esañándose contra las personas señaladas; a consecuencia de lo cual y muy adoloridos, sus parientes fueron los primeros en tomar empeño por que se le aprehendiera y fusilara, por el general José Ma. Patoni.

Es históricamente interesante la narración del Lic. F. Javier Gaxiola de los sucesos ocurridos:

"Después de la victoria alcanzada en Mirasoles, don Francisco de la Vega, marcha sin dar aviso al gobierno, rumbo al Norte del Estado; se entregó a toda clase de desórdenes y escándalos, ejerciendo actos de verdadera barbarie contra los parientes y partidarios de don Plácido y contra las personas que directa o indirectamente habían protegido la expedición de D. José Rentería sobre Culiacán. Vega tomó en el Fuerte el título de comandante principal de los distritos del centro del Estado de Sinaloa y ordenó, el 18 de Noviembre a don Conrado Vega que saliera en persecución del coronel (Ramón) Félix y Buelna quien con unas cargas de harina se dirigía para Mochicahui. Al llegar don Conrado a la Higuera de Zaragoza, fue atacado por don Lorenzo Avilés y derrotado

completamente el día 21 de noviembre de 1864, quedando prisionero con los dragones que lo acompañaban. El 23 del mismo, Avilés tuvo noticia de la presencia de un buque francés en la boca del río de Ahome y marchó al momento, con los ciudadanos armados que le obedecían, a cerciorarse de lo que pasaba. Llegaron al Médano a las dos de la tarde y descubrieron dos lanchas de la embarcación enemiga, que con una pequeña pieza estuvieron disparando por breves instantes, disparos que fueron contestados por los republicanos con tan buen éxito, que lanchas y buque tuvieron que huir del teatro de los hechos".

Por este tiempo, el gobierno nacional establecido en Chihuahua, había ordenado al general José Ma. Patoni, que pasara en comisión al Estado de Sinaloa y sabedores los enemigos de D. Francisco Vega de la presencia de aquel jefe en la ciudad de Alamos, le invitaron para que lo batiera, toda vez que eran ya conocidas sus tendencias imperialistas e insoportables las vejaciones que sus tropas cometían. Apenas supo Vega, que Patoni se movía sobre El Fuerte, se retiró precipitadamente para el rancho de Agiabampo, (de la jurisdicción de Tehueco); ahí fue sorprendido en la noche del 15 de diciembre (1864), a la tarde del día siguiente, pasado por las armas por el jefe don Juan N. Mirafuentes. Vega murió con el valor y la serenidad que todos le reconocieron en su vida y su desaparición de la escena política fue un verdadero triunfo de los republicanos.

Con motivo de la ejecución de Vega "El Correo de Mazatlán", en el número correspondiente al día 21 de aquel propio mes, comentaba: En el Norte, tenemos el sentimiento de registrar la derrota de Don Francisco Vega y el saqueo del Fuerte por los de Patoni; pero una expedición ayudada por la Marina, acaba de salir para Culiacán. Nótese que se trata de las fuerzas derrotadas por Rosales en San Pedro; Mazatlán había sido ocupado en noviembre y es evidente que la citada noticia periodística constituía una prueba plena de que Vega, servía en las filas de los traidores.

Cuando Patoni se hallaba en El Fuerte, recibió el parte que le rindió el gobernador, coronel Antonio Rosales, dándole a conocer su victoria sobre las fuerzas expedicionarias franco-mexicanas, en San Pedro

el día 22 de diciembre de 1864. Estas fuerzas procedían de Mazatlán, desembarcaron en Altata y se dirigían a posesionarse de Culiacán, después de lo cual debían continuar hacia el norte, donde las de Rosales resguardaban los distritos de Mocorito, Sinaloa y Fuerte. El presidente Juárez dispensó al héroe de la batalla de San Pedro bien merecidos honores, al conferirle por esa gloriosa ación de armas el grado de general de brigada. Se dice que en la famosa batalla, se portaron admirablemente unos vaqueros de El Fuerte, que fueron tomados de leva, lanzando, arrastrando y aún ahorcando con sus reatas a buen número de combatientes imperialistas.

Existe otra prueba más de la filiación imperialista de don Chico Vega, conforme al relato que hace en un artículo suyo el Lic. Herlindo Elenes Gaxiola. El episodio, en el que se agiganta la entereza militar y la lealtad a sus convicciones del fortense Jesús Ibarra, es el siguiente. Después de su victoria contra Rentería en Mirasoles, el coronel Francisco de la Vega, se dirigió hacia el norte del Estado y ocupó sin resistencia la villa de El Fuerte. Apoco los franceses se posesionaron del puerto de Mazatlán, estableciendo el régimen imperial; por lo que juzgando de la Vega que se había llegado la ocasión de proclamar el Imperio, resolvió levantar en El Fuerte un acta de adhesión a la Monarquía. Con este propósito citó a junta a un grupo de vecinos de la población que como él, simpatizaban con esta causa y ante ellos, los jefes y oficiales de las fuerzas a su mando, leyó un acta previamente redactada, en la que se reconocía al emperador Maximiliano. A continuación, fueron llamados uno a uno los presentes para que suscribieran el acta; pero el comandante Jesús Ibarra, llegado su turno, se negó a estampar su firma y protestando airado por aquel acto de traición, rompió su espada en pedazos ante el asombro de los concurrentes, tras de lo cual se oyó la voz de mando del coronel de la Vega, ordenando: ¡Prended a ese traidor y llevadlo al cuartel para castigarlo como se merece!

Con un hecho de la vida privada del comandante Ibarra, se halla relacionado un episodio célebre, el cual pudiera acaso sugerir el argumento para una obra cinematográfica. Vivía en El Fuerte una distinguida señorita de apellido Gastélum, a quien familiarmente llamábanle la

Chatita. Estaba muy próxima a unir su vida con la de su novio, el joven X, ya había recibido sus donas nupciales, habíase corrido ya el trámite de las amonestaciones en la Iglesia, estaba fijada la fecha para el enlace, en fin, consumados todos los preparativos para el esperado evento social, Pero vino lo inesperado y la boda a punto de realizarse no se verificó; un cruel bochorno, llevó a la desolación al infortunado novio, porque Chatita, en la madrugada del día en que habría de ser conducida al altar; en secreto, se casó con el comandante Ibarra, tras de lo cual se reincorporó a su lecho. Los padres de Chatita ignoraban los hechos y al preguntárseles por su hija respondían que estaba acostada; ya en la población circulaba el rumor de lo que había sucedido.

¿Qué le pasó a Chatita?. Tal vez la arrastró el romance, al dejar "colgado" al novio, con tal de unir sus destinos a los del galán, que pudo despertar en ella la vehemencia del amor, justificativo en toda nupcia y exculpante de todo holocausto y perfidia.

Coraje, bochorno, decepción y tormento, toda esa montaña de pesadumbre anonadó al burlado novio, quien decidió consultar su delicada y penosa situación con el respetable párroco de la localidad, el cura Sarmiento, seguro de que éste habría de darle un acertado consejo. Se lo dio en efecto el señor Cura. Vinieron pues las confidencias y las disquisiciones, el oportunismo surgió a la gran luz. Al buen padre, iluminándosele el pensamiento le dijo al fin a su aturdido interlocutor: no te apures hijo, no te mortifiques, tengo una solución. Esta consistía en la proposición que ipso facto le hizo el padre, de que se casara con una sobrina que él tenía, alma digna que podría convenirle y que a su persona hasta le sentaría bien el "trousseau" que dejara desairado la infiel Chatita. ¡Cásate con ella!. Idea maravillosa que dio en el cuajo. Así, una boda circunstancial y sin antecedentes, vino a darle destino a dicho "trousseau" y a resolver el penoso incidente que diera pábulo a murmuraciones y comentarios de ricos y variados colores.

Volviendo a nuestro personaje, el coronel de la Vega, en la fecha indicada fue alcanzado y sorprendido, antes del amanecer, dentro de los corrales del rancho de Agiabampo, donde había pernoctado. Lo cercó en ese punto una fuerza de 300 a 400 hombres, destacada en su perse-

cución. La pelea que se entabló fue violenta, ruda, luchándose cuerpo a cuerpo, hasta que cayó prisionero don Francisco durante la refriega. En esta ocasión hicieron armas contra él sus agraviadísimos parientes, entre ellos don Jesús, don Martín, don Guillermo y don Camilo, todos de apellido Vega. En la acción de Agiabampo don Jesús Vega, mi abuelo, resultó herido de un disparo que le hizo un oficial enemigo; más, en ese estado pudo ahí mismo dar muerte a su heridor. Don Jesús Vega, peleó también bajo las órdenes de don Plácido Vega; figuró en la lucha contra el imperio, incorporado a la guerrilla de don Tiburcio Vega, militó en favor de don Porfirio Díaz y sucesivamente en las filas, conquistó los grados de alférez, capitán, comandante y coronel de la guardia nacional. Sus padres fueron don Joaquín de la Vega y doña Antonia Pacheco, falleció en Mochicahui, lugar de su residencia, en el año de 1904.

La sensacional noticia de la aprehensión del coronel de la Vega, dizque llegó a oídos de los ricos de Alamos, también imperialistas como él, quienes trataron en vano de salvarle la vida, haciendo liberales ofertas en dinero, que inexorablemente rechazó el general Patoni. Su fusilamiento se llevó a cabo frente a un álamo corpulento, inmediato a la Iglesia y a la plaza de armas y así terminaba el primer episodio de la lucha a muerte entre republicanos e imperialistas, que tuvo por escenario a nuestro distrito del Fuerte.

Don Francisco de la Vega, que por dos ocasiones fungió como gobernador del Estado, fue por algún tiempo y como sucesor de su hermano don Rafael de la Vega y Rábago, jefe del partido Veguista en Sinaloa, por ser la persona más conspicua de su familia. Era a juicio del Lic. Buelna, "de escasas luces; pero no se le niega su gran corazón y buenas intenciones. Su bella figura y su trato franco, así como su probado amor por el Estado, le atraían simpatías; pero no era hombre capaz de combinaciones políticas, ni militares. Habiendo defendido el partido liberal en 52, se dice que en México se comprometió con Haro y Tamariz por el partido conservador y no deja de ser una prueba algo fuerte de su conversión la circunstancia de haberse pronunciado por el Imperio y muerto por él".

CISMA POLÍTICO.

A causa de haberse sublevado en su contra el coronel Ascensión

Correa, jefe del batallón "Hidalgo" de guarnición en Culiacán, el 20 de mayo de 1865, dimitió ante el general Ramón Corona, como gobernador, el general Antonio Rosales. Este fue sustituido por el general Domingo Rubí, designación con la que se manifestó inconforme Rosales, expresando "Que jamás entregaría el gobierno a un barretero sin antecedentes como Rubí". El cuartel general se trasladó a Culiacán y a su llegada tomó Rubí posesión del gobierno.

Rosales entonces se retiró hacia el norte, se pronunció en Mocorito desconociendo la autoridad de Rubí y se acuarteló en la villa de Sinaloa, bajo el mando de los tenientes coroneles Jorge Granados y Francisco Miranda, en El Fuerte, en Sinaloa y otros lugares del norte del Estado; organizó una fuerza como de quinientos hombres, que se componía del "Escuadrón Rosales" y de los batallones "Voluntarios de Sinaloa" y "Mixto". En Sinaloa se le incorporaron el coronel Rosalío Banda, los tenientes coroneles Jorge Granados, Doroteo López, Guillermo López y otros muchos jefes.

Con el fin de batir al héroe de San Pedro, salió de Culiacán el nuevo gobernador, general Rubí, con ciento cincuenta infantes a las órdenes del coronel Ascensión Correa, cien caballos al mando del teniente coronel Francisco Tolentino y dos piezas de artillería de montaña. La descubierta de la caballería tuvo un encuentro con la primera avanzada de los rebeldes, haciéndoles dos muertos y diez prisioneros; y en ese propio día Rubí llegó a Mocorito, dispuesto a continuar su marcha a Sinaloa, donde Rosales tenía su cuartel.

Entre tanto el general Rosales, había recibido en la villa de Sinaloa una invitación del prefecto de Alamos, Lic. Francisco Ferrel, para que lo auxiliara ante el peligro en que se hallaba aquella población, de ser atacada por los yaquis y los mayos, que se estaban pronunciando en favor del imperio y con motivo de que en Guaymas había desembarcado una columna de franceses. En esta ocasión, se le presentaba a Rosales, la oportunidad de continuar prestando sus servicios a la defensa de la patria y además, el medio inesperado y decoroso de resolver la posición en que estaba colocado. Así es que, aprovechándose de esta coyuntura envió ante Rubí a dos comisionados, a manifestarle que deponía su actitud

hostil y que, en cumplimiento de sus deberes de patriota y atendiendo a la invitación recibida, se retiraría con sus fuerzas a Sonora, si obtenía seguridades de que se les daría un trato benévolo a los pueblos que habían sido amigos de su causa; en todo lo cual estuvo de acuerdo Rubí, quedando en esta forma terminado el conflicto que intranquilizaba a los corazones republicanos de Sinaloa.

DESCONCIERTO DE ROSALES.

El día 2 de agosto, salió de Sinaloa para El Fuerte el general Rosales y enseguida emprendió su marcha hacia Alamos, con el escuadrón y batallones precedentemente enumerados y que tenían un efectivo de quinientos hombres. El día 4, Rubí se moviliza de Mocorito a Sinaloa y luego prosiguió hasta El Fuerte, donde, antes de regresarse a Culiacán, permaneció ocho días empleados en restaurar el orden legal y de consiguiente dejar instaladas autoridades de su confianza, en lugar de los realistas que ahí existían.

En vista de que los franceses, únicamente se concretaban a sostener su dominación en los distritos del sur del Estado y de que la concentración de las fuerzas republicanas, en aquella área agotaba los recursos de los pueblos, el general Corona distribuyó en toda la entidad las brigadas a su mando, operación que además serviría para disciplinar a sus cuerpos. En tal virtud, el general Angel Martínez pasó a ocupar con su brigada de caballería los distritos de Sinaloa y Mocorito, dejando en El Fuerte al escuadrón "Guías de Jalisco" al mando de su jefe el teniente coronel Francisco Tolentino.

El general Rosales, que se había dirigido a Alamos, llegó a su destino con sus tropas bastante mermadas por las deserciones ocurridas, por lo que fue necesario refundir los dos batallones en uno, el cual quedó al mando del coronel Rosalío Banda y del Coronel Francisco Miranda como segundo. El Batallón "Alamos" quien estaba en aquella plaza, fue incorporado a las fuerzas de Rosales y puesto bajo las órdenes del teniente coronel Jorge García Granados y bajo las del coronel Dr. Antonio Molina al separarse Granados a consecuencia de un disgusto.

Estando acuartelado en Alamos, recibió aviso Rosales de que tres-

cientos franceses habían desembarcado por Santa Cruz, del Mayo. A su regreso de una exploración que llevara a cabo hasta Navojoa y advirtiendo que la moral de sus tropas había sido minada por la labor de zapa realizada por los imperialistas, dispuso Rosales una marcha súbita para Choix, con el fin de poner a prueba la lealtad de sus subordinados; esto bastó para saber con qué elementos contaba, ya que a la primera jornada se desbandó el batallón "Alamos" con toda su oficialidad, quedando tan sólo los reclutas, que se refundieron en el batallón "Mixto".

Ante el convencimiento de que nada podría hacer con elementos carentes de patriotismo, continuó su viaje rumbo a Choix. Todavía en esta población lo abandonaron algunos jefes y oficiales, entre ellos el coronel Banda, que solicitaron su separación o invocando con cualquier protexto una licencia, pero en realidad porque se percataron de que la situación de Rosales era bien precaria, muy superiores los efectivos y demás elementos de combate con que contaban los alamenses partidarios del poder imperial.

La villa de Choix ya le era familiar a Rosales, por haber residido en esa localidad en 1855, época en la que aún no había descollado en la carrera de las armas. Rosales vino a Mazatlán en la época de Santa Anna y ahí pronto se dio a conocer pos sus ideas liberales, por su inteligencia y su carácter inquieto. Por sus ideas liberales y apasionadas, el general Miguel Blanco, gobernador y comandante militar del Departamento, lo desterró al norte de la entidad y le señaló para que residiera la población de Choix, con el deliberado propósito de mantenerlo alejado de un centro político tan importante como era Mazatlán. En mayo de 1856, abandonó este retiro por un llamado del gobernador don Pomposo Verdugo, quien lo nombró Secretario de Gobierno y oficial mayor del Tribunal, así como redactor del periódico oficial "Bandera de Ayutla": pues era Rosales un hombre culto, periodista, buen prosista y poeta inspirado. Nació en Juchipila en 1827; fue estudiante del Seminario de Guadalajara, comenzó su carrera militar como soldado raso y en Texas combatió contra los norteamericanos. En 1851, publicó en Guadalajara un periodiquito que se titulaba "El Cantarito", vehículo de ideas liberales avanzadas. Poesías suyas aparecen publicadas en 1851 en la colección ti-

tulada "Aurora Poética de Jalisco" y del mismo género tiene otras, varias composiciones como son las que se reproducen en el "Ensayo Histórico del Ejército de Occidente", un libro de sumo interés para la historia del Estado, en cuanto a la época a que se contrae, editado en 1874 y escrito por J.M. Vigil y Juan B. Híjar y Haro.

Las defecciones que tuviera en sus filas no maniataron los propósitos de Rosales, quién continuó esforzándose por hacerse de medios para la lucha. A fin de procurarse elementos de guerra y recursos pecuniarios para dicho fin, a los cuatro días de estar en Choix, se trasladó a El Fuerte. Más ¡qué estéril empeño!. Las autoridades locales rubiístas no respondieron a la exaigenia patriótica, sino que negaton toda ayuda y hostilizaron por fútiles motivos al digno vencedor de San ¨Pedro, a qien ya no le quedó otro recurso que dirigirse nuevamente a Alamos, con el batallón "Mixto" que le quedaba y se componía de 210 infantes y 70 dragones, al mando del coronel Guadalupe Gómez Llanos.

ALAMOS, LA TUMBA DE ROSALES.

El día 23 de septiembre (1865), entró el general Rosales a la ciudad de Alamos sin combatir, pues por vía de estrategia la plaza había sido evacuada previamente en la mañana de aquel día por el coronel don José Ma. Tranquilino Almada, alias el "Chato Almada", auténtico y poderoso caudillo del Imperio enel sur de Sonora. Pero aldía siguiente inesperadamente regresó Almada y atacó rudamente a la cudad con un ejército de 600 infantes y 1,500 indios yaquis y mayos. Se peleó encarnizadamente hasta en las callejas de la población y en breves horas las fuerzas de Rosales fueron derrotadas, perdiendo él la vida lo mismo que algunos de sus jefes y ochentahombres entre oficiales y soldados.

La muerte del héroe de San Pedro produjo en Sinaloa grancosternación. El gobernador, general Domingo Rubí, por decreto de fecha 10 de octubre, declaró Benemérito dl Estado al C. General Antonio Rosales, en justo reconocimiento de los servicios que prestó a la independencia nacional; y dispuso: que el día 12 fueran celebradas en la Iglesia parroquial de Culiacán las exequias correspondientes, con asistencia del gobernador y comandante militar, autoridades, empleados civiles y militares de

la plaza que quedaren francos de servicio; que la brigada de Sinaloa le tributara los honores de ordenanza, considerándolo en rango de general de división por haber muerto en servicio, en guerra contra el enemigo de la patria; que los empleados civiles y la clase militar del Estado guardaran luto por nueve días desde el indicado para las exequias, por la sensible pérdida del C. general Rosales y demás jefes y oficiales que con él murieran en el combate de Alamos y que en las demás poblaciones se hicieran los mismos honores fúnebres desde el día siguiente al de la promulgación del decreto.

En Mazatlán, el comando de las fuerzas imperiales transmitía a la primera autoridad política del puerto la sensacional noticia de su triunfo en Alamos, mediante el siguiente oficio:

"Cuerpo expedicionario de México. 2ª. División de infantería. 2ª. Brigada No.893. Mazatlán, octubre 8 de 1865. Señor prefecto: Tengo el honor de poner en su conocimiento, que aprovechándose el general Rosales de la salida de Alamos de las tropas imperiales, penetró en aquella plaza y la saqueé. Habiendo tenido aviso de tal suceso, las tropas imperiales se precipitaron sobre Alamos, sin tomar ni descanso, ni alimento y después de dos horas de un reñido combate, mataron al general Rosales, tres de sus coroneles, varios jefes y ciento cinco soldados. Algunos prisioneros y armas han quedado en manos de los vencedores. Suplico a Ud. Aceptar, señor prefecto las seguridades de mi más alta consideración. El general comandante superior, Barón Aymard. Señor prefecto superior del departamento de Mazatlán. Presente".

Hay que advertir que el Gobierno Imperial, por decreto de 3 de marzo de 1865, hizo la división departamental del país. El Estado de Sinaloa, en tal virtud quedó dividido en dos departamentos, el de Mazatlán y el de Sinaloa. El departamento de Mazatlán confinaba al norte con el de Sinaloa, del cual estaba dividido por los ríos de Culiacán y Alicama, desde que toca en los límites del departamento hasta su desembocadura en el mar. El departamento de Sinaloa confinaba al norte con el departamento de Alamos, del cual estaba dividido por el río del Fuerte y con el departamento de Batopilas, del que se hallaba separado por el río de Choix. Al este con el departamento de Batopilas y con el de Nazas, de

los cuales estaba dividido por el mismo río Choix, hasta su nacimiento. Al sur, con el departamento de Mazatlán en los límites señalados a éste hacia el norte. Al oeste el mar Pacífico. La Capital, la villa de Sinaloa.

Y en tanto que en Sinaloa, los paladines de la causa republicana honraban a su héroe, por su parte el Segundo Imperio recompensaba y estimulaba a todos los jefes y oficiales (que en su mayoría, eran distinguidas personalidades de Alamos) que asistieron a la función de armas del 24 de septiembre en que perdió la vida el "gavillero" Rosales, con la condecoración de la Orden de Guadalupe, que se les imponía de acuerdo con el siguiente comunicado.

"Gran Cancillería de las Ordenes Imperiales. México 18 de noviembre de 1865. Su Majestad El Emperador, en atención al brillante comportamiento de los señores oficiales que a continuación se expresan, en la función de armas habida en Alamos contra las gavillas de Rosales: Ha tenido a bien, por decreto de 16 del actual, condecorarlos con la Cruz de la Orden de Guadalupe, en las clases siguientes: Comendador, don José María Tranquilino Almada, Prefecto y Comandante Militar de Alamos. Oficiales: don Luis M. Redondo, Comandante de Batallón: don Lauro Quiróz, Comandante de Batallón. Caballeros: don Joaquín Mange, Comandante de Batallón: don Manuel Ortiz, Comandante de Batallón; don Severiano Flores, Comandante de Batallón; don Emigdio Quiróz, Capitán; don Albino Almada, Capitán; don José María Arana, Capitán; don Amador Almada, Pagador de la Brigada; don Juan René, Guardaparque; don Patricio Cervantes, Teniente; don Severiano Talamante, Teniente; don Juan José Ibarra Subteniente; don Hilarión Alcaraz, Subteniente, don Francisco Guiral, Subteniente; don José de Rosas, Subteniente El Gran Canciller, Almonte.

LOS IMPERIALISTAS EN EL FUERTE.

En previsión de que las victoriosas fuerzas de don José María Tranquilino Almada, se internaran al Estado y a fin de poder hacer frente al asedio de los traidores, que ya se dejaba sentir, dispuso el general Corona que el coronel Ascensión Corona pasara, con su batallón "Hidalgo", a situarse en los distritos de Sinaloa y del Fuerte.

Para el efecto Corona le proporcionó en Culiacán, a Correa, una pieza de montaña y una orden para que el general Angel Martínez, que se hallaba en curación en Mocorito, ahí le diera un refuerzo de cien hombres de caballería. Llevaba también Correa autorización para aumentar sus fuerzas por reclutamiento y para desempeñar, aparte de su función militar, el mando político en ambos distritos a su cuidado.

Mientras tanto, a mediados de octubre, se insurreccionaron los indígenas del río del Fuerte y la villa de este nombre, cayó en poder de un jefe imperialista apellidado Ruiz Sánchez. Este Ruiz Sánchez, fue precisamente uno de los numerosos desertores el batallón "Alamos", que en la población sonorense de su nombre estaba a las órdenes del general Rosales y que al defeccionar se pasaron al bando del enemigo. Aquella sublevación de los indios había cundido a los pueblos de Bamoa, Nío, Guasave y otros de la costa, en el distrito de Sinaloa, tal era el estado, en que encontró el Coronel Correa a sus distritos.

Por consiguiente, dicho jefe tuvo que acuartelarse por unos días en la población de Sinaloa, desde donde, el 21 de octubre, destacó sobre Guasave, una fuerza de caballería al mando del comandante Manuel Pérez, para que batiera y desalojara a la guarnición enemiga, que en aquel lugar se encontraba. Después de que el comandante Pérez desempeñó satisfactoriamente su comisión, Correa rindió su parte al general Corona, Jefe de las Brigadas Unidas de Sinaloa y Jalisco, comunicándole los pormenores de la situación. Este parte, así como los posteriores que aquí se insertan, aparecen consignados en el "Ensayo Histórico del Ejército de Occidente", ya citado; dice así:

"Ciudadano general. Tengo la honra de poner en conocimiento de usted, que he nombrado mi segundo al coronel Jesús Toledo, impartiéndole, además, los auxilios convenientes, para que forme el batallón "Mosqueteros de Sinaloa".

"El Fuerte ha sido ocupado por el enemigo"

"Todos los pueblos de este distrito inmediatos al río, los de Guasave, Bamoa, Nío y otros se han insurreccionado también".

"Por no poder ir adelante, sin dejar pacificados estos puntos, dispuso que el comandante Manuel Pérez, saliera el 21 de octubre con

una fuerza de caballería. Este jefe, con objeto de burlar la vigilancia del enemigo, caminó algunas leguas por entre el monte y al aproximares a Guasave, hizo alto para esperar el favor de la noche. Como a las once sorprendió a la pequeña guarnición de aquel pueblo, haciéndola, casi en su totalidad prisionera. Los individuos de tropa fueron agregados a mis filas y el director, Urquide y Socorro Leal, fueron sometidos a un consejo de guerra, que los condenó a la pena última.

"La sentencia se ejecutó en la persona de Socorro Leal, y tuve a bien indultar a Urquide y al director, porque además de no ser tan criminales, me pareció, por el compromiso que celebró conmigo de sumisión al estandarte de México, que podrían ayudar eficazmente al C.Cervantes, prefecto del distrito, a pacificar los pueblos sublevados".

"El expresado prefecto salió con Urquide y el exdirector, acaudillando cuatrocientos hombres, conque después de una expedición en que han pacificado a todos los insurrectos, han vuelto al cuartel de mis operaciones.".

"Con tal motivo, me preparo a emprender mañana mi marcha sobre el Fuerte, en donde se halla el traidor Ruiz Sánchez, con fuerzas de consideración y en donde espero recibir las superiores órdenes de ese cuartel general".

"Independencia y Libertad. Sinaloa octubre de 1865. Ascensión Correa, Ciudadano general en jefe de las Brigadas Unidas de Sinaloa y Jalisco. Donde se halle".

El coronel Jesús Toledo, que se menciona en la comunicación anterior, traía la misión de organizar en El Fuerte, donde decía tener simpatías, un batallón de mosqueteros. Corona le concedió el permiso correspondiente y le extendió un pasaporte, así como una orden para que Correa lo protegiera eficazmente en aquella labor. Acompañado de Toledo, llegaba también don Francisco Azcárate, quien se dirigía a El Fuerte, con el nombramiento de autoridad política de este distrito, que le había extendido el general Correa.

Por cuanto a la ejecución del señor Socorro Leal, es voz común –dice el Lic. Buelna- que aunque no era él el jefe de la insurrección sino un simple comerciante, debió su adversa suerte, antes que todo a la cir-

cunstancia de habérsele encontrado un cinturón con onzas de oro, de cuya captura se deseaba no quedase vestigio.

CORREA, BATE A RUIZ SANCHEZ.

Una vez pacificado el distrito de Sinaloa, conforme se lo anunciaba el cuartel general en el parte rendido desde aquella villa, el coronel Correa se dirigió a El Fuerte, a donde llegó el día 4 de noviembre. Ocupó este jefe la plaza sin combatir, pues Ruiz Sánchez, al sentir la aproximación del enemigo, la desalojó y se retiró río abajo, rumbo a los pueblos de la costa.

Al ocupar El Fuerte, Correa rindió el parte que a continuación se inserta:

"Ciudadano general. Sin resistencia acabo de ocupar el Fuerte. El traidor Ruiz Sánchez, se ha retirado con su fuerza río abajo.

"He nombrado autoridad política del distrito al C. Azcárate.

"Se ha formado una guerrilla de cuarenta hombres, al mando del C. Tiburcio Vega, que juzgo de gran utilidad para la persecución de los indios".

"Dejo en esta plaza, a las órdenes del prefecto, treinta infantes y un obús de montaña; yo salgo en la próxima madrugada para los pueblos del río, lo cual tengo la honra de participar a usted, para que se sirva disponer lo que tenga a bien".

"Independencia y Libertad. Noviembre 4 de 1865. Ascensión Correa. Ciudadano general en jefe de las Brigadas Unidas, etc. Donde se halle"".

Conforme lo anunciaba a la superioridad, en la madrugada del día 5 y después de encomendar al prefecto, C. Juan Francisco Azcárate, el resguardo de la plaza, salió de El Fuerte el jefe Correa en persecución de Ruiz Sánchez, que acaudillaba a los indios alzados de la región. Tras de sus pasos, llegó hasta los pueblos cercanos a la costa; enseguida contramarchó y en Mochicahui, el día 8, libró con los imperialistas una sangrienta batalla, en la que resultaron vencedoras las armas republicanas.

De Mochicahui Correa se dirigió a Ahome con el fin de recoger a sus dispersos y de acabar de perseguir al enemigo. A dicho lugar, le llegaron noticias de que las fuerzas imperialistas de Alamos avanzaban sobre el Fuerte, por lo que sin mayor demora, emprendió su regreso a fin de proteger la plaza. Hallándose en Tehueco, donde había pernoctado, supo

al amanecer del día 14, que horas antes, la villa había sido ocupada por el coronel imperialista José María Tranquilino Almada, al frente del batallón "Primer Ligero de Alamos"; Pero, en virtud de que sus fuerzas no estaban en condiciones de enfrentarse con el enemigo, tanto por falta de parque como porque tenía muchos heridos, el jefe liberal retrocedió a Sivirijoa, siguiendo luego el camino de Ocoroni, pasó a acuartelarse con sus tropas a Sinaloa.

El parte oficial que rindió el coronel Correa, en relación con esta breve campaña, es amplio, claro y circunstanciado. Por tal razón, así como porque se trata de un documento histórico que debe ser conocido, se transcribe íntegro a continuación dicho parte:

"Ejército federal. Brigadas Unidas. Sección del Norte, Ciudadano general, etc., Con objeto, de que se ponga usted al corriente de los motivos que me tienen de vuelta en Sinaloa, entraré en los pormenores de mi campaña: El 5 del actual salí del Fuerte y acampé en San Blasito, en donde fui informado de que el enemigo, se encontraba a veinte leguas lejos de nosotros, río abajo.

"A las once de la noche, dispuse que el coronel Toledo avanzara con las caballerías hasta ponerse frente de Mochicahui, que era donde los rebeldes concentraban sus fuerzas: al salir Toledo le informé, que enseguida me ponía en persecución de Ruiz Sánchez, quien se hallaba al otro lado del río, con el fin de impedir, que mis fuerzas pudieran dar auxilio a Mochicahui; después de una penosa marcha, llegué el día 7 a Mavarí, de donde hacía dos horas que Ruiz Sánchez, por noticias que tuvo de mi movimiento, se había retirado sobe el expresado Mochicahui: lo perseguí hasta el pueblo de Ahome, en cuyo punto supe que Toledo se hallaba en Charay; le dirigí mis ordenes, para que en combinación con mis fuerzas, se moviera sobre aquella población, tratando de llegar a las once del día, hora en que debíamos dar el ataque.

"Avistadas ya al caserío ambas columnas, me apercibí de que la población se encontraba sola y de que el enemigo, pasaba el río; moví mis columnas, atravesé las calles, perseguí al enemigo, y al concluir mi tránsito por el vado, los traidores repasaron el río y ocuparon Mochicahui".

"En el acto destaqué al comandante Iglesias, para que con cincuenta

caballos, seguidos por la Infantería que yo mandaba, diera alcance a su retaguardia. Iglesias comenzó a hostilizarla; el enemigo tomó posesión de un cerro y de unas cercas, nuestro jefe empezó a batirse en retirada. Mientras llegaban la infantería, le mandé en auxilio otros cincuenta caballos y con ellos volvió a la carga. Unos momentos después, con doble número contramarchó sobre Iglesias, el cual volvió a retirarse batiéndose".

"Por la hondura del vado y porque las infanterías contrarias colocadas en el cerro, le impedían el paso, mandé situar a un islote unos tiradores que protegieran a mis infanterías, con lo cual logré colocarlas al otro lado; al retroceder el enemigo, mientras mis infantes se ocupaban de arreglar sus vestuarios y equipos, Iglesias se revolvió con los contrarios y unos momentos después de empeñada la batida, vi contramarchar al comandante Iglesias en desorden, perseguido por más de mil hombres y herido mortalmente: la infantería le dio inmediato auxilio; el C.Tiburcio Vega fue puesto a la cabeza de las caballerías, con orden de acometer por el flanco derecho, cuya maniobra, apoyada por una carga de frente de mis infanterías, alcanzó la mas completa dispersión del enemigo, verificándose el desenlace como a las tres de la tarde".

"La patria tiene que lamentar la muerte del valeroso comandante Iglesias, la de quince soldados y el sacrificio de treinta y tantos heridos".

"Di a la tropa tres horas de descanso; mandé arreglar mis camillas y antes de las seis de la tarde, me puse en marcha hacia el rumbo donde se habían retirado la mayor parte de mis dispersos, que era Ahome, río abajo, a cuyo punto pude llegar como a la diez de la noche".

"En Ahome, mandando algunas comisiones en persecución de los desbandados enemigos y en atención al estado de mis heridos, permanecí dos días".

"El día 10 del que cursa, recibí un extraordinario del Fuerte, en que se me participaba, que el traidor Almada, se había desprendido de Alamos (Sonora) con dirección a aquel lugar".

"El día 11 a las tres de la mañana, nos pusimos en marcha y pernoctamos en Mochicahui; el día 12, fuimos a dormir a San Blasito, sufriendo en nuestro tránsito las molestas hostilidades, que en lo fragoso del camino, nos infirieron algunas de las partidas contrarias: a las

cinco de la mañana del día 12, seguimos nuestra marcha é hicimos alto para sestear, en Ciririgoa, en donde dispuse que el coronel Toledo, se adelantara sobre el Fuerte con cincuenta caballos y el escuadrón "Mosqueteros", para que llegando a las cuatro de la tarde, pusiera a la ciudad en estado de defensa y con instrucciones de que si era atacado, se sostuviera hasta que llegara con el resto de la tropa, lo cual le aseguré, tendría lugar como a las once de la noche.

"Toledo salió a cumplir su cometido y yo con mis infanterías y mis heridos, emprendí a paso regular mi marcha. A tres leguas del Fuerte, mande hacer alto, porque recibí al mismo tiempo dos extraordinarios que me dirigían el prefecto Azcárate y Toledo, participándome que podía pernoctar en Tehueco, en razón de que sabían por sus exploraciones que el enemigo estaba muy distante y que tendrían lugar de prepararme, para el día siguiente, una recepción digna de los últimos servicios que había prestado, como espontánea manifestación de aquellos vecinos.

"Con el deseo de dar reposo a los heridos, accedí a pernoctar en el referido Tehueco.

"A las tres de la mañana de ese día, al dar el primer toque de marcha, se presentaron dos ayudantes de Toledo y de palabra, me dieron el siguiente parte.

"A la una de la mañana, ha sido sorprendido El Fuerte por quinientos hombres, al mando del traidor Almada, el cual logró llevarse el obús de montaña y algunos prisioneros de los treinta hombres que lo guarnecían.

"Esta noticia fue ratificada por algunos dispersos: la consideración de que mis soldados no llevaban más que dos paradas por plaza y el lamentable estado de mis heridos, me obligaron a disponer una contramarcha a Ciririgoa, para tomar de allí el camino de Ocoroni.

"Ese día anduvimos veinte leguas, pernoctamos en los Sauces y al día siguiente a las tres de la tarde, hemos llegado a esta población.

"En la actualidad me encuentro elaborando activamente parque: he mandado por las existencias que de este había en Badiraguato. A los heridos los mandé a Bacubirito.

"Todo lo cual, tengo la honra de ponerlo en el superior conocimiento de usted, para que se sirva disponer lo que más convenga.

"Independencia, etc., Distrito de Sinaloa, noviembre 16 de 1865. Ascensión Correa. Ciudadano general, etc. Donde se halle".

CORREA DERROTA A LOS DE TEHUECO.

El peligroso sesgo que la situación iba tomando en los distritos del extremo norte del Estado, indujo al general Corona a disponer una campaña exterminadora en contra de los imperialistas de los distritos de Sinaloa, El Fuerte y Alamos, para lo cual llamó en su auxilio al general Ignacio Pesqueira, gobernador y comandante militar de Sonora.

Con este motivo y encontrándose ya restablecido de sus heridas, el general Angel Martínez, recibió órdenes del cuartel general, situado frente a Mazatlán, para que con sus fuerzas de la "3ª. Brigada Mixta de Occidente" se encargara de las operaciones. De suerte que en Mocorito se le incorporó, de Culiacán, el batallón "Mixto" comandado por el teniente coronel José Palacios, el primer escuadrón de "Lanceros de Tepic" y la "Guerrilla de Honor". Al llegar a Sinaloa, el 24 de noviembre se le unió con sus fuerzas el Coronel Correa; además en los pueblos del norte se reclutó gente, con la que se constituyó el escuadrón "Garibaldi". En Sinaloa, el general Martínez tomó el mando en jefe de las tropas y nombró como su segundo al coronel Correa. El 27 se puso en marcha sobre El Fuerte, a donde llegó el día 4, después de haber pasado revista de comisario en el pueblo de Chinobampo.

Como tenía el general informes de que los indios de Mochicahui, proyectaban atacar El Fuerte, al mando de su gobernador Juan Espinosa, al encuentro de ellos destacó inmediatamente al Coronel Correa con 350 hombres de caballería e infantería. El día 5, tuvo lugar en Tehueco la derrota de dichos imperialistas, que poco antes se habían retirado de El Fuerte. Como en esta batalla las fuerzas republicanas hicieron derroche de astucia y temeridad incomparables, nada sería más interesante para el lector, que enterarse del relato que de ella se hace en el "Ensayo Histórico del Ejército de Occidente", que a la letra dice:

"El 2 de diciembre (Martínez) pasó revista de comisario en Chinobampo. El 3, recibió pliegos del Fuerte, en que se le participaba que los indios de Mochicahui, avanzaban sobre él, al mando de Juan Espinosa.

En vista de esto continuó su marcha el 4 sobre el Fuerte, el cual ocupó sin resistencia a las dos de la tarde del mismo día, ya que el enemigo, en vez de salirle al encuentro como se había dicho, tuvo a bien retirarse al saber de su aproximación. Súpose luego, que estaban acampando en Tehueco, a tres leguas de distancia río abajo, con el propósito de atacar la plaza del Fuerte en la siguiente madrugada".

"A fin de desbaratar aquel proyecto, el general Martínez mandó que Correa, el segundo en jefe, saliera a las nueve de la noche sobre el referido lugar, con cien infantes del batallón "Hidalgo", cien del "Mixto" y ciento cincuenta caballos. Correa anduvo como una legua, pasó al río y por una violenta curva que hace a cosa de tres millas de Tehueco, lo volvió a pasar. Allí colocó la infantería, cerrando su retaguardia; delante de la infantería puso cincuenta caballos a las órdenes del comandante D. Sinforiano Pardo, luego, tomando la vanguardia con cincuenta dragones al mando del jefe D. Tiburcio Vega, su estado mayor y diez soldados del batallón "Hidalgo", que marchaban de descubierta, se dirigieron sobre la vanguardia del enemigo, poniéndose entre dos probables fuegos, porque los traidores esperaban refuerzo de un momento a otro".

"Así adelantó a paso firme y al sentir el enemigo la descubierta de Correa, dio el "¿quién vive?", De ordenanza, a lo cual se contestó: "Imperio Mexicano". "¿Qué regimiento?". "Primer ligero de Alamos". Tras este breve diálogo, los infantes acompañados de su jefe, avanzaron. Correa dijo entonces, que llevaba pliegos, de orden del coronel Almada, que tenía que entregar al jefe D. Juan Espinosa, a cuya disposición debía quedar con cincuenta caballos y algunos infantes, con objeto de ayudarle a ocupar el siguiente día, la plaza del Fuerte. Pidió luego permiso para que avanzaran los soldados a calentarse al fuego, lo cual concedido, los dragones de Vega se adelantaron, echaron pie a tierra y rodeándose de las fogatas, entablaron pláticas con los que batirían dentro de poco. Enseguida solicitó que se le dieran cinco solados con el fin de que lo condujeran al alojamiento de Espinosa; puso a sus soldados a las órdenes del oficial que mandaba la guardia del enemigo y marchó rumbo a su objetivo.

"Como a unos doscientos pasos del caserío, el coronel Correa se detuvo interrogando a sus guías sobre la manera como estaba distribui-

do el campo y hacia que punto podría encontrarse el coronel Espinosa. Un sargento que iba entre ellos le señaló un árbol grande que estaba en la plaza, diciéndole que allí se hallaba la tienda de campaña de su jefe; que a la derecha y a la izquierda, se encontraban las infanterías y caballerías, además, que sobre el camino del Fuerte, había colocados cincuenta caballos. Entonces Correa, aparentando reflexionar por un momento, dijo que temía, por lo inoportuno de la hora, le pareciera molesto a su jefe y que prefería volver al campo de la avanzada a esperar que amaneciera para presentarse".

"Cuando volvió al punto de donde había partido, sus soldados se habían apoderado ya de la fuerza de observación: otro tanto se hizo con los guías é inmediatamente dispuso Vega, con cincuenta caballos, partiera a escape sobre los cincuenta que estaban en el camino del Fuerte. A continuación, ordenó Correa que sus infanterías divididas en dos columnas, mandadas la primera, por el teniente coronel D. Pedro Betancourt y la segunda por el comandante D. Teodosio Pérez, cargaran por el frente y flanco izquierdo de la población: situó las caballerías sobre unas lomas que estaban al lado del río y comunicando por los clarines la orden de ataque, rompió el fuego. El desorden más espantoso se extendió por todo el campamento enemigo: una parte de sus caballerías se puso en fuga y la otra, que estaba montada, se defendió con valor: las infanterías se parapetaron en las casas y ruinas de una Iglesia, haciendo una defensa desesperada".

"Las operaciones habían comenzado a las dos de la mañana y a las cuatro de la misma, la caballería de Vega, después de haber sorprendido y dispersado a los dragones del camino del Fuerte, estaba ya de vuelta y en reñida lucha con el resto de la caballería de Espinosa, a la cual logró también dispersar. Libres ya de aquel enemigo, las caballerías liberales acudieron al auxilio de sus infanterías, que envueltas por una densísima neblina, no podían distinguir a sus adversarios. Los infantes enemigos, batiéndose en retirada y en buen orden, se guarecieron en un espeso bosque que está a la orilla de la población y favorecidos por la niebla se desbandaron completamente. Este feliz desenlace para las armas nacionales, tuvo lugar a las cinco de la mañana. Se levantaron

del campo treinta y tantos muertos del enemigo; seis soldados republicanos y diez heridos".

"Con fecha 5 de diciembre comunicó el general Martínez desde El Fuerte, este plausible acontecimiento al cuartel general, anunciando además, que pronto pondría termino a la insurrección de los pueblos y marcharía sobre Alamos.

CORREA DISPERSA A LOS DE OCORONI.

También los indios de Ocoroni se habían sublevado, incitados por algunos imperialistas de la villa de Sinaloa, por lo que el general Martínez se vio obligado a mandar al coronel Correa para que los batiera. Los atacó dicho coronel sucesiva y respectivamente los días 24 y 25 de diciembre, en Ocoroni y El Tule, y después de vencer la resistencia que le opusieron, los puso en dispersión. Enseguida pasó Correa as la villa de Sinaloa, de donde acatando instrucciones de su jefe, se dirigió al pueblo de Toro. En este lugar habría de incorporarse al cuartel general de la brigada; pues de allí, las fuerzas del general Martínez, reunidas, habrían de emprender su marcha sobre Alamos, que se hallaba en poder del imperialista Almada. Dice así el parte militar:

"Ejército Mexicano. Brigadas de operaciones sobre Sonora. General en jefe. Con fecha 27 del actual me dice el coronel Correa, desde Sinaloa, lo que sigue:

Cumpliendo con las órdenes de usted para obrar en combinación con el coronel Félix Buelna, que por la carretera marchaba con sesenta caballos, salí con cien dragones del escuadrón "Garibaldi" y cincuenta de "Mosqueteros de Sinaloa", y me dirigí en actitud ofensiva por la sierra, con objeto de sorprender a los rebeldes de Ocoroni y de escoltar el cobre que se llevaba a sellar a Culiacán. Habiendo llegado el cobre al Venadillo y puesto ya a salvo, marché sobre Ocoroni: "ataqué el 24 a la una e la mañana; los indios sublevados, después de una ligera resistencia, se pusieron en fuga; les hice algunos prisioneros, les quité algunos caballos y con la mira de averiguar la causa que hubiera impedido a Buelna, verificar el movimiento acordado, contramarché a la Vainilla. A las once de la mañana del mismo día, Buelna se me incorporó con sus soldados

y algunos dispersos que creyéndolo de los suyos, se le presentaron en el camino demandándole auxilio"

"A las nueve de la noche de ese mismo día me moví de nuevo sobre los pueblos de Ocoroni, Las Playas, el Tule y otros que se encuentran situados río abajo.

"A las dos de la madrugada llegó mi descubierta al Tule, que está circundado de un espeso monte y de espinosos arbustos, y al avistarse a las primeras casas, fue recibida con un saludo de balazos. Acudí con todas mis fuerzas a socorrer a la guerrilla, que empeñando su intento agresivo, había alcanzado a dispersar a los indios haciéndolos guarecerse en los escondites del caserío y hasta en las copas de los árboles que hay en la plaza; pero no juzgando conveniente comprometer más el ataque por la oscuridad de la madrugada, me resolví a esperar que despuntara el día para reconocer mejor las proporciones de mi enemigo, que no obstante su situación desesperada, nos hostilizó fuertemente en medio de las sombras de la noche. Al amanecer cargué con toda mi fuerza y después de una violenta y breve lucha, logramos dispersarlo, quedando en nuestro poder veinticuatro muertos y algunos prisioneros. Por nuestra parte tuvimos diez heridos.

"A las ocho de la mañana, me puse en marcha para Sinaloa, a donde llegué a las cinco de la tarde.

"El 26, después de haber remitido a mis heridos al hospital de sangre de Bacubirito, convoqué a una junta de vecinos, de la cual conseguí, bajo la condición de pagarles directa o indirectamente con los derechos de los efectos, que introdujeran por Playa Colorada, mil doscientos pesos en manta, rayadillo y otros efectos para vestir a la tropa y ochocientos pesos en dinero, con los que emprenderé mañana mi marcha hasta incorporarme a ese cuartel general, de la brigada de operaciones de Sonora.

"Todo lo cual comunico a usted, para su conocimiento". Independencia y Libertad. Sinaloa, Diciembre 27 de 1865. Ascensión Correa. Y lo transcribo a usted manifestándole que de antemano he dado orden al coronel Correa, para que después de su expedición sobre los expresados pueblos rebeles, se mueva con toda su tropa, sin tocar el Fuerte, hacia el punto de Toro, en cuyo lugar estaré yo con el resto de la brigada el

mismo día en que él llegue, para poder con todos mis elementos abrir la campaña sobre Álamos; todo lo que tengo la honra de poner en el superior conocimiento de usted, esperando su aprobación."

"Independencia y Libertad, Choix, Diciembre 30 de 1865. Angel Martínez. Ciudadano general en jefe de las Brigadas Unidas. Presidio o donde se halle".

RECONQUISTA DE ALAMOS.

Para el día 1° de enero de 1866, ya se hallaban reunidos en el pueblo de Toro todos los cuerpos que constituían las Brigada Mixtas de Occidente a las órdenes el general Angel Martínez. Eran ellos: el batallón "Hidalgo", al mando de su jefe el coronel Ascensión Correa, con 200 plazas; el batallón "Mixto", con 150 hombres a las órdenes del teniente coronel José Palacios; el escuadrón "Lanceros de Tepic" con 100 dragones mandados por el teniente coronel Sinforiano Pardo; la guerrilla "Garibaldi" compuesta de 60 hombres, al mando del comandante Cruz Casillas; 30 hombres del batallón "Mosqueteros", agregados a la guerrilla "Garibaldi"; la "Guerrilla de Honor" con 25 hombres, a las órdenes del capitán Santiago Valle y el escuadrón "Guerrero", de 50 plazas, a las órdenes del comandante Florencio Pacheco. En total unos 600 hombres, con los que el día 3, se puso en marcha sobre Alamos, el foco del imperialismo, el general Martínez, llevando como segundo en jefe de la brigada al coronel Correa, de mayor de órdenes al teniente coronel Adolfo Alcántara y de jefe de estado mayor al coronel Jesús Toledo.

Pernoctaron las fuerzas aquel mismo día en el rancho de la Viuda, el 4, hicieron alto en el Carrizal, el 5 llegaron a San Antonio y el 6, al atardecer, se hallaban ante la ciudad de Alamos, dispuestos a tomar la plaza, que se hallaba defendida por el "Chato Almada" y por Refugio Tánori, con cerca de 2000 hombres y cuatro piezas de artillería.

El día 7 a la una de la mañana, el general Martínez hizo un reconocimiento para determinar los sitios que ocupaban en las afueras de la ciudad las fuerzas enemigas y tras de ello colocó a sus tropas en posiciones de combate. Aquel mismo día principió el asalto a las cinco de la mañana y para las once ya la plaza había sido expugnada por los republi-

canos a sangre y fuego. Estos atacaron hábil y rudamente, en tanto que los imperialistas defendieron palmo a palmo, el terreno hasta el último momento, en que se produjo la derrota y dispersión de sus tropas. El combate que determinó la caída de la plaza de Alamos, es uno de los más reñidos y brillantes que se hayan visto en Sonora en la etapa de la intervención Francesa y el Imperio.

Los vencedores recuperaron el obús que Almada les había quitado en el Fuerte, y en su poder quedó la demás artillería, cuatrocientos fusiles nuevos, mucho parque y otros pertrechos de guerra. Las fuerzas de Martínez, según el parte que rindiera, tuvieron cincuenta y tantos individuos de tropa muertos y setenta y dos heridos, además de ocho jefes y oficiales muertos y cuatro heridos. Mientras que el enemigo, tuvo ciento ochenta tantos muertos y ni un solo herido, ya que los "macheteros", nombre con que los alamenses llamaban a los de las fuerzas de Martínez, a sangre fría remataron a los que encontraban.

La cuna de José María Tranquilino Almada, al consumarse la victoria de los "macheteros", por varias horas fue el escenario del más espantoso saqueo por parte de la tropa y el populacho, que también aprovechaba la ocasión para medrar y desahogar sus instintos.

Los jefes y oficiales de la Brigada Mixta se portaron valientes; figurando entre ellos el comandante don Lorenzo Torres, que actuó en el combate al frente de cincuenta infantes del "Mixto" y de sesenta de caballería. Era don Lorenzo vecino de Baca, pero nació en Sevelbampo, jurisdicción de Mochicahui, en el año de 1836. En el distrito del Fuerte, tomó participación en los acontecimientos militares y políticos que sucedieron a esta guerra y ya en tiempos de don Porfirio llegó a ser general en el ejército de línea, fue gobernador de Sonora y en una época tuvo a su cargo las operaciones militares contra los yaquis.

SUBLEVACION DE LOS INDIOS.

Al mes siguiente de la toma de Alamos por las fuerzas republicanas, volvieron a sublevarse una vez más los indígenas de los distritos del Fuerte y Sinaloa. Con el objeto de que el general Martínez no distrajera su atención de las operaciones en Sonora, en las que sus servicios eran

tan valiosos como eficientes, Corona envió al general Domingo Rubí con tropas del sur del Estado, a someter a los alzados. Pero Martínez, sin esperar órdenes del cuartel general, se desprendió de Alamos para encargarse de esta nueva campaña.

En carta particular fechada en Alamos el día 9 de marzo de 1866, el coronel Correa le decía al general Corona: que para el día 12 se habían dado cita sobre los pueblos del río del Fuerte algunos jefes, que debían compartirse las operaciones de la campaña sobre los indios. En esta combinación figuraban en primer término; Correa con 200 infantes del batallón "Cazadores de Occidente" y 150 caballos; el prefecto del Fuerte, don Adolfo Palacios, con 400 hombres; el coronel don Calixto Peña, prefecto del distrito de Sinaloa, con otros 400 y una sección que a las órdenes del comandante don Patricio Robles, habían organizado los vecinos de Higuera de Zaragoza, Mavari y otros pueblos. Concluía Correa comprometiéndose a dar oportuna cuenta con los buenos resultados que se esperaban de aquella expedición.

Este plan no llegó a realizarse, pues en otra carta, con fecha 15 del mismo mes, el propio Correa, desde Alamos le dirigió a Corona, le participa que el movimiento no se había verificado porque el general Martínez, resuelto a hacer personalmente la campaña, le había encargado el mando militar y político de Alamos.

Efectivamente, el general Martínez, dejando la plaza de Alamos a cargo de su segundo, el coronel Correa, fue a situarse en la villa de Sinaloa. Partió de allí el día 2 de marzo al frente de las tropas que previamente tenía estacionadas en Ocoroni, de donde el día 3, emprendió la marcha en dirección a Charay, sabedor de que en este punto tenían los indios su concentración. Tras de una larga jornada llegó a Charay en el curso del propio día 3 e inclusive cruzó el río con sus fuerzas. Al siguiente día, al alba, al hacer entrar en acción a todos sus elementos, derrotó a los indios en su campamento de Cahuinahua y en los días subsecuentes, hasta la terminación de la campaña, se hizo la persecusión de los alzados dispersos.

El parte oficial correspondiente a estas operaciones, es del tenor siguiente:

"Ejército Republicano- Brigada de Occidente. C. Gobernador. El

día 2 del presente salí de la villa de Sinaloa a la cabeza de las fuerzas que había mandado situar en el pueblo de Ocoroni con anterioridad, en número de ciento cincuenta hombres de infantería y caballería.

"El día 3, emprendí la marcha para Charay y por noticias que tuve de encontrarse en aquel punto el grueso de los indios; en el camino tomé la vanguardia adelantándome con veinte hombres de la guerrilla "Exploradora" a las órdenes del C.Teniente Petronilo Silva; desde dos leguas antes de Charay se marcaban los lugares en que habían estado los indios; llegué al pueblo, no los encontré y seguí avanzando hasta legar al río; lo primero que advertimos, fue una porción de indiada que se encontraba lavando y que huyó a refugiares a sus posiciones, cuando nos vieron: pasamos nosotros el río, poniéndonos en su persecución hasta penetrar en sus posiciones.

"Los indios, en número considerable, no resistieron y tuve la desgracia de que me mataran del único tiro que disparó el enemigo, al sargento 1°. De la guerrilla, Melesio Cañedo.

"En vista de esto, dispuse colocar la guerrilla en un terreno abierto y mantenerla escaramuceando, sin dar ningún ataque en forma, esperando para semi-incorporar el resto de la fuerza, me mantuve así hasta que oscureció: La fuerza llegó, entrada la noche, sin que lo advirtieran los indios.

"El día 4, oscura aún la mañana, mandé emboscar la fuerza que no había entrado en combate, dejando a la vista del enemigo, la misma que conocía del día anterior.

"Al aclarar, volví a reconocer el campo y los indios al principio estaban llenos de desconfianza; cuando se persuadieron, que era la misma fuerza, empezaron a cargar con bastante arrojo, que era precisamente mi objeto para sacarlos de sus posiciones; conseguido esto, les eché toda la fuerza encima y huyeron sin hacer ninguna resistencia, pudiendo nosotros penetrar a su campo, del que nos adueñamos, recorriéndolo todo y convenciéndome de que, la mayor parte de los indios estaban reconcentrados en aquel punto, que se llama Cahuinahui.

"En el encuentro de este día tuve un muerto de la fuerza indígena que me acompañaba, llamado Francisco Misión y tres heridos leves de la clase de tropa.

"La falta de pastura y el deseo de aterrorizar a los indios, me hizo retirarme a San Blas a dar forraje a la caballada y permitir a los indios que habían quedado ocultos en el monte, ver a sus muertos, por lo cual no quise levantar el campo de ellos.

"El día 5 regresé de paso para Mochicahui al campo de Cahuinahui y ese mismo día en la tarde se me incorporó la sección mandada por el C. Prefecto de este distrito, Adolfo Palacio y un cuerpo de infantería que previne viniese de Alamos.

"El 6 expedicionaron todas las fuerzas unidas, sin encontrar enemigo.

"El día 7, trescientos caballos a las órdenes del director político del partido de Mochicahui, Patricio Robles, que se encontraba en Higuera de Zaragoza, se incorporó también, con el parte de no haber ya indios en los pueblos de abajo.

"El día 8, dispuse regresare para Alamos el batallón "Cazadores de Occidente"; yo me vine a este punto, dejando la sección del distrito, el escuadrón "Garibaldi", su comandante Anselmo Casillas y los trescientos caballos del C. Patricio Robles, acabando de perseguir a los indios dispersos, con lo cual he dado por concluida esta campaña.

"Tengo el honor de ponerlo en su superior conocimiento.

"Independencia y Libertad. Fuerte, Marzo 9 de 1866. Angel Martínez. Ciudadano gobernador y comandante militar del Estado. Donde se halle.

Terminadas en esta forma las operaciones militares, el general Martínez regresó a Alamos, de donde le comunica al general Corona, que aunque había tenido que emplear medidas drásticas sumarísimas para sofocar el espíritu revolucionario entre los indios, había llegado al fin a consolidar la paz y como una medida política a expedir el siguiente decreto:

"EL C. GRAL. ANGEL MARTÍNEZ, Jefe de la Brigada de Occidente.

CONSIDERANDO: Que la sublevación de los indios de los distritos de Sinaloa y El Fuerte, contras las legítimas autoridades de la Nación, más bien que a otra causa debe atribuirse a las maquinaciones a influencias puestas en juego por algunos malos mexicanos, que alucinados del modo más lamentable, han estado conspirando contra la libertad e independencia de su patria.

CONSIDERANDO: Que en la última campaña abierta sobre los indios han visto los rebeldes, que al Gobierno legítimo del Estado sobra poder para luchar contra los invasores y reprimir a la vez los movimientos criminales que sugiere la traición y

CONSIDERANDO, por último: Que la casta indígena siempre engañada, por lo que respecta a sus verdaderos intereses, es por otros títulos muy digna de conmiseración; haciendo uso de las facultades de que me encuentro investido y en consonancia con los sentimientos el Gobierno del Estado de Sinaloa, he venido a decretar lo siguiente:

Art. 1°- Se concede indulto a todos los indios de los distritos del Fuerte y Sinaloa que hayan estado y estén con las armas en la mano en oposición a las legítimas autoridades de la Nación.

Art. 2°- Los que quisieren acogerse a este indulto, tendrán que presentarse en el improrrogable término de sesenta días, contados desde esta fecha, a las primeras autoridades políticas de sus respectivos distritos y éstas, deberán expedirles un documento que acredite la gracia que se les concede por el presente decreto.

Art. 3°- A los prefectos y comandantes militares de los distritos del Fuerte y Sinaloa, por el presente decreto, les queda cometida la facultad de conocer y resolver, sobre las cuestiones pendientes de terrenos que hayan pertenecido o pertenezcan a indios; poniéndolos desde luego en posesión, de aquellos cuyos títulos no acrediten legalmente haber pasado a propiedad particular-

Art. 4°- Los prefectos y comandantes militares de los distritos de El Fuerte y Sinaloa, considerarán para lo sucesivo como uno de sus deberes más sagrados, vigilar sobre los intereses de los indios, teniendo el mayor cuidado de evitarles cualquier perjuicio y sobre todo, para que no se les defraude la paga y justas retribuciones que se les dan por su trabajo, a fin de que ellos experimenten de un modo material las ventajas y bienestar que les resulta de mantenerse fieles y obedientes al gobierno legítimo de la Nación.

Y para que no llegue a noticia de quien corresponda, mando se imprima, publique, circule y se le dé, el debido cumplimiento.

Dado en Alamos, a 15 de Marzo de 1866. Angel Martínez.

Finalmente y en relación con los acontecimientos que se narran, éstos quedaron epilogados con la derrota del último núcleo de indios alzados, a los cuales se les dio alcance en el Banderacahui (cerro de la bandera), actualmente llamado cerro de La Memoria, inmediato a Los Mochis. De acuerdo con el decreto preinserto, los vencidos fueron indultados y para el efecto se le condujo a El Fuerte, donde entregaron al prefecto sus armas: arcos, carcajes y flechas.

MÁS DETALLES DE ESTA GUERRA.

En los partes militares precedentemente consignados, se habla de que don Tiburcio Vega, organizó una guerrilla de cuarenta hombres, así como también de la participación que tomó este señor en los combates de Mochicahui y Tehueco, contra los indios.

Integraban principalmente esta guerrilla los Vegas, los Buelnas y los Pachecos, con sus propios vaqueros. Se trataba de personas de la región, rancheros de responsabilidad, con arraigo de bienes y familia, que no podían mantenerse indiferentes ante los desmanes de los indios. Al lado de don Tiburcio, figuraban elementos de tan señalado prestigio, como don Martín Vega, don Francisco y don Ramón Gaxiola. Era este cuerpo, a no dudarlo, la famosa guerrilla de los “Treinta y Seis”, de que hablan nuestros abuelos admirando sus hazañas, en los impetuosos encuentros que tuvieron con los indios en Tetamboca, en la Libertad, en Charay, etc., a los cuales deben agregarse los de las conocidas batallas libradas en Mochicahui y Tehueco. Se cuenta que en una ocasión capturaron los de dicha guerrilla a dos franceses, los que enseguida fueron ahorcados en la plaza de armas de El Fuerte.

Los guerrilleros referidos eran buenos jinetes, con magníficas cabalgaduras y pertrechados, unos con rifles de retaque y otros con rifles de cartucho, que ya por entonces principiaban a ser conocidos, a los que, llamaban “Vitacheras”: además estaban provistos de pistolas de petardo y cilindro, así como de sables o machetes. Debido a la imperfección de las armas de fuego, la táctica usual de combatir, cuando entre los contendientes no mediaba la distancia, era la que denota la frase “un tiro y al machete”; pues ante la precipitación y el enardecimiento

de los ánimos, no era posible, por lo dilatado de la operación, hacer en plena acción una nueva carga o retaque de pólvora y munición en el arma; por lo que con frecuencia sobrevenían las furiosas y casi olímpicas luchas cuerpo a cuerpo y se apelaba a las vigorosas cargas de caballería, en las que el empleo del machete era contundente. Los indios, por su parte, peor dotados, tenían bien pocas armas de fuego, de las de mecha y pedernal; pero sus armas naturales consistían en arcos potentes y bien aguzadas y veloces flechas.

La guerra del Imperio en la región, constituyó un doloroso e inolvidable drama. Al sublevarse de nuevo los indígenas de los ríos Fuerte y Sinaloa, orgullosos y envalentonados –dice el Lic. Buelna- por haber derrotado al prefecto de este último distrito, que salió a batirlos, no perdonaban la vida a los que caían en sus manos y destruían las propiedades. Era positivamente un reinado o una era de terror, siendo fama la inconcebible crueldad con que los indios trataban a sus víctimas, los "yoris". De la gente de "razón" de los ranchos y los pueblos, unos se trasladaron con sus familias a El Fuerte, en busca de refugio, otros, de los abajeños, emigraron para la Baja California y aquellos, los más, que no pudieron abandonar sus hogares, ni incorporarse a las guerrillas, a la menor alarma iban a esconderse a los bosques inmediatos a sus vecindades.

Los que en tiempo del Imperio capitaneaban a los indios que tenían su cuartel general frente a Mochicahui, por la banda derecha del río, en el punto llamado El Ranchito, eran Juan Espinosa y Carlos Alcorcha. El jefe de los indios de San Miguel y Camayeca era don Alvino Galaviz, natural y vecino de la Bajada, quien con estos indios y algunos mayos atacó la Higuera de Zaragoza. Galaviz murió en 1922 a una edad muy avanzada.

En uno de los partes del general Martínez, es mencionado don Patricio Robles, director político del partido de Mochicahui. Fue don Patricio, un aguerrido comandante republicano que, en la región abajeña a su mando, mantuvo siempre a raya a los indios imperialistas, batiéndolos en sus propios reductos. Antes de que llegara el general Martínez a esta campaña, en un memorable encuentro que tuvo con ellos en Camayeca, obtuvo don Patricio un triunfo de resonancia. Situó a treinta hombres por

el oeste y en combinación, de frente atacó a los indios con ochenta hombres y los desalojó de su cantón de Camayeca, haciendo que se retiraran al Jizono. Un gran auxiliar para don Patricio en esta victoria, fue su caballo el "Desayuno", tan diestro y quizás tan famoso como lo era el "Patoni" del general Angel Martínez; pues gracias a la calidad de la bestia, pudo su dueño y jinete rebasar, a salto, los fortines enemigos. El "Desayuno", se hallaba tan educado y acostumbrado a las situaciones de los combates, que debido a ello, en un encuentro librado contra los mayos en Chino Gordo, distrito de Alamos, herido y maltrecho don Patricio, por haberle fallado el auxilio que esperaba de su jefe, pudo sin embargo salvar la vida

Después de que una partida de mayos consumó en el año del 66, el incendio del puerto de Agiabampo y del pueblo de Mavari, aquella vino a reunirse en el Jizoni con los indios de Galaviz, derrotados en Camayeca por don Patricio. En aquella posición nuevamente fueron atacados por este jefe y derrotados. Entonces los alzados cruzaron el río en San Miguel y por la margen izquierda, al mando de su capitán y gobernador Galaviz, se dirigieron a la Higuera de Zaragoza.

Desde los tiempos en que don Plácido Vega era gobernador y jefe de las armas en el Estado, encontramos a don Patricio combatiendo contra la extemporánea sublevación de Estévez por el plan de Tacubaya; pues asistió, el 2 de agosto de 1861, a la batalla del Salitral, en la que los tacubayistas, derrotaron a los liberales. Acabamos de relatar la participación que tuvo en la lucha del Imperio, dentro de la campaña contra los indios insurreccionados de este distrito y aún del de Alamos. En el capítulo siguiente se verá que también fue defensor de los gobiernos constitucionales de Buelna y Juárez, a su tiempo, partidario del plan de Tuxtepec. Más adelante veremos asimismo que su carrera militar cuajó en las filas de la guardia nacional, con la conquista del grado de comandante y después, en el ejército de línea, con el de coronel, grado que le acreditan los despachos que se le expidieron. Los padres de don Patricio fueron don Ramón Robles y doña Gertrudis Luque, de Ahome en cuyo lugar o jurisdicción, nació por el año de 1841 y falleció el 14 de abril de 1914.

La guardia nacional era una institución, que en los estados desempeñaba la función de auxiliar del ejército y que se regía por su propia or-

denanza, siendo su escalafón el siguiente: coronel, primer comandante, segundo comandante, ayudante, abanderado o alférez, capitán, teniente, subteniente, sargento primero, sargento segundo, corneta, tambor, cabo primero, cabo segundo y por último, soldado raso.

Después de que los indios fueron derrotados en su cantón de Jizoni por don Patricio Robles, encabezados por don Alvino Galaviz, se dirigieron a Higuera de Zaragoza, que pocos años tenía de fundada. Cuando se presentaron en aquella población en actitud agresiva, la defensa la hicieron por si solos un norteamericano y su esposa, huéspedes casuales de don Valentín Saralegui, cuya casa, la mejor del lugar y la única de adobe, estaba frente a la plaza. Traía el norteamericano consigo, dos carabinas de percusión, de un solo cartucho y de muy precisa mira, en su especie lo más moderno como arma de fuego. Advertido el peligro en que se hallaba el vecindario y ellos mismos, el extranjero y su esposa se parapetaron en la azotea de la casa del señor Saralegui, desde donde estratégicamente estuvo el americano haciendo certeros disparos contra los asaltantes. Mientras el tirador disparaba con una de las armas, su señora rápidamente le ponía la carga a la otra, momentáneamente desocupada o vacante, y procediendo en esta forma efectiva y sostenida, mantuvieron a raya a los indios, matándoles a cinco e hiriéndoles a un número mayor de los suyos. Amedrentados los atacantes por aquella invulnerable resistencia o porque ya quizás tenían encima la persecución de don Patricio, se retiraron rumbo a Sonora, donde definitivamente fueron deshechos, en encuentros posteriores, por las fuerzas republicanas de Alamos.

Pertenece a aquella época, la varonil proeza realizada en su juventud por don Zacarías Ochoa, de quien más adelante me ocuparé con mayor amplitud, en el desempeño de una comisión aventurada. La hazaña consistió en que Ochoa, burlando la estrecha y peligrosa vigilancia que sobre La Paz ejercía el buque de guerra francés "Lucifer". Logró salir de aquel puerto y cruzar el golfo, conduciendo en el "Telémaco", balandra aparejada del paibelot, un cargamento de armas destinado a las fuerzas republicanas que operaban en el norte de Sinaloa y el sur de Sonora y que fue desembarcado sin novedad, en el puerto de la Boca del Médano, próximo a Higuera de Zaragoza.

La historia de aquel tiempo nos da a conocer los antecedentes de don Esteban Zakany, que fue vecino de Ahome, propietario del ingenio azucarero de "la Florida" y compañero de lides revolucionarias de su cuñado don Zacarías Ochoa. Don Esteban Zakany y Coloman Fiji, ambos nacionales de Hungría, que habían hecho su campaña en los Estados Unidos, se presentaron al general Corona, el día 31 de marzo de 1866, víspera de los acontecimientos de Concordia, a ofrecer sus servicios en el ejército republicano. Eran portadores de cien mil fulminantes que, como ayuda a los republicanos, enviaba don José Antonio de Godoy, cónsul de México en San Francisco, California. Traían además cartas de dicho cónsul, para el general Corona, recomendándolos, en vista de lo cual este jefe les dio de alta en su Estado Mayor, confirmando al primero el grado de capitán y al segundo el de teniente.

El 1°. de abril, Zakany tomó parte en la acción de Concordia y después en Los Callejones, de el Walamo en las proximidades de Mazatlán, el 6 de mayo resultó herido al batirse en retirada contra los franceses, bajo las órdenes del general Corona y siendo ya por entonces comandante de Estado Mayor. Por disposición superior, dictada por conducto de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público –comunicación fechada en Chihuahua el 26 de mayo, las Brigadas Unidas de Sinaloa y Jalisco, pasarían a constituir lo que en adelante se llamaría Ejército de Occidente, el cual fue puesto bajos las órdenes del general Corona.

Don Esteban vino posteriormente a Ahome, donde se radicó y en su oportunidad luchó con las armas por la legalidad de los gobiernos de Buelna y de Juárez y por el plan de Tuxtepec. En Ahome contrajo matrimonio con doña Serapia, una hermana de don Zacarías Ochoa. Se dedicó a la agricultura en los terrenos de La Florida, hacienda propiedad de su esposa, en la que llegó a fundar un ingenio azucarero que principió a trabajar el 10 de abril de 1888, venturoso acontecimiento al cual sobrevivió el señor Zakany, tan sólo veinticinco días, por haber sido villanamente asesinado el 5 de mayo de aquel propio año.

Después de la derrota que, el 3 de mayo de 1866, las tropas de Pesqueira le infligieran al "Chato Almada", en Hermosillo, este jefe imperialista retornó a la región del Mayo donde continuó desarrollando las actividades sediciosas a que estaba consagrado. Muy pendiente de estas

actividades se hallaba el coronel Adolfo Palacio, prefecto del distrito del Fuerte y comandante de la sección de este nombre, por lo cual con los cuatrocientos hombres de la referida sección pasó a acuartelarse en Alamos, distrito del cual también era comandante militar.

Habiéndose situado Palacio en Minas Nuevas, la noche del 30 al 31 de mayo fue atacado ahí, por un considerable número de indios, a los que puso en fuga en el término de dos horas. Después de este hecho de armas, Palacio se volvió a El Fuerte. Almada enseguida se apoderó de Alamos, que prácticamente se hallaba desguarnecido. Entonces Palacio nuevamente marchó sobre aquella plaza, recibiendo en el trayecto un refuerzo de ciento cincuenta hombres enviados por las autoridades de Chínipas; una vez más ocupó la ciudad, el día 29, la cual había sido evacuada por los imperialistas al enterarse de la aproximación del enemigo.

Almada, valiente y tenaz como siempre, transcurridos unos meses, el 2 de septiembre volvió sobre la ciudad y la atacó con cuatrocientos infantes, doscientos de caballería y cuatrocientos indios de jara mandados por oficiales de "razón". Se inicio el combate a las ocho de la mañana y al cabo de cinco o seis horas, la victoria se dio a favor de los republicanos, con la retirada de los atacantes, que dejaron en el campo ciento cincuenta y seis muertos y veintiún prisioneros, de los cuales trece fueron pasados por las armas; quedaron también catorce cargas de rifles y gran cantidad de pertrechos de guerra. Tras de su fracaso, se retiró el "Chato a los pueblos abajeños del río Mayo, todavía lleno de ánimo y dispuesto a rehacerse y luchar hasta el final por una causa que él consideraba justa y patriótica.

REAPARICIÓN DE PLÁCIDO VEGA.

Se recordará que este general se había trasladado, desde fines de 1863, a San Francisco California, en comisión para adquirir armas que eran requeridas por el ejército republicano. Jamás se tuvieron noticias de él, sino hasta que, al darse cuenta de la próxima retirada del ejército francés y de que el triunfo habría de corresponder a la causa nacional, decidió regresar a Sinaloa conduciendo un cargamento de fusiles, pólvora, fulminantes, cartuchos y vestuario, con lo que trataría de justificar su prolongada y sospechosa dilación.

Inesperadamente desembarcó don Plácido Vega, a fines de agosto

o principios de septiembre de 1866, en la bahía o estero de Las Piedras, el cual tiene actualmente su desembocadura en el río de El Fuerte, siendo este un puertecillo de cabotaje. Lo acompañaba una legión de americanos a su servicio y según el Lic. Buelna, se daba a sí mismo el título de gobernador y comandante militar del Estado, de acuerdo con su antiguo carácter oficial. De las Piedras, se dirigió a la casa y rancho de su propiedad, El Altillo, situado a corta distancia de El Fuerte; desde ahí comenzó a promover algunos conflictos con la autoridad política del distrito.

A continuación y con destino a Chihuahua, pasó por la villa de Choix, hospedándose en la casa de su primo Don Francisco Vega. Hasta ese lugar vino desde Alamos, con la mira de batirlo el prefecto de Fuerte, coronel Adolfo Palacio, pero ambos quedaron de acuerdo. Ya entonces don Placido, había seguido su camino, llevando consigo el armamento que había importado en compañía de ochenta o cien hombres de escolta. El Presidente Juárez lo había llamado para que diera una explicación sobre su conducta y del resultado de su comisión.

El general Ramón Corona, recibió órdenes del Ministerio de Guerra, para que designara a un jefe de confianza que pasara a recibir de don Plácido el consabido material de guerra; por lo que para ese fin nombró al general Correa. Este comisionado, partió del cuartel general del Ejército de Occidente, situado frente a Mazatlán, el 18 de septiembre, rumbo a El Fuerte, llevando además ciento cincuenta hombres del batallón "Hidalgo", la guerrilla "Dana" de voluntarios americanos, pensando que éstos por su nacionalidad, podrían entrar en armonía con los legionarios de Vega.

Correa dio alcance a Vega el 16 de octubre en Guazapares, donde recibió mil fusiles y otros pertrechos, además de que recogió, quizás obrando por desconfianza o arbitrariamente, otros quinientos que había depositado don Plácido en la casa del jefe político y que de acuerdo con las instrucciones que Vega recibió del gobierno general, debía conducir él mismo hasta Chihuahua, con destino a la campaña de Durango.

Entregadas las armas, prosiguió Vega hasta Chihuahua; en su escolta iban nueve primos suyos de esta región, asistidos por sus respectivos vaqueros. Sus dichos parientes, así como él, usaban barba larga y cerrada, detalle por el cual aquella pintoresca comitiva, de barbones y piochudos,

llamó fuertemente la atención, dando origen a burlescos comentarios en la vieja Chuvíscar.

Don Plácido trató de sincerarse, más seguramente sus explicaciones no fueron del todo convincentes para desvanecer la mala impresión que se tenía de su comportamiento. De manera que, considerándose en una situación falsa, durante el cambio de los Supremos Poderes de Chihuahua a Durango, defeccionó del Juarizmo y fue a colocarse, en el cantón de Tepic, bajo la égida de Lozada, el Tigre de Alica.

Por allá como en 1905, se encontró ocasionalmente al capitán del velero que transportó a don Plácido al estero de Las Piedras, con su cargamento de guerra. Haciendo recuerdos, le expresó que no había vuelto a esta costa desde aquella fecha en que de San Francisco California, trajo a un "bribón" muy simpático, que lo había cautivado con su agradable trato y manera de ser. Indudablemente, el viejo marino se refería a nuestro personaje, don Plácido Vega.

Se le atribuía a Vega, la aspiración de llegar a constituir la República de Occidente, de la cual debería ser el jefe. Bajo la bandera del antijuarizmo revolucionó en el sur del Estado, habiéndose pronunciado, como jefe de la División de Sinaloa, el 8 de febrero de 1870 en el pueblo de La Concepción, a orillas del río de Las Cañas y en pro del movimiento acaudillado en Zacatecas por el Gral. Trinidad García de la Cadena, contra el gobierno de don Benito Juárez.

La audacia de Vega, lo llevó a concebir el proyecto de apoderarse de cinco mil fusiles que el gobierno federal tenía depositados en la aduana marítima de Guaymas. Estas armas, de procedencia particular, en 1868, fueron decomisadas al vapor norteamericano "Montana" y de contrabando venían consignadas al mismo general Vega. Para lograr su propósito, armó una expedición pirática de 132 hombres, que bajo el comando de Fortino Vizcaíno y de su segundo don Guillermo Vega, este último primo y cuñado del general, se transportó a Guaymas en el vapor "Fordward", encubierto con bandera salvadoreña. Desembarcaron el 29 de mayo de 1870, fácilmente se apoderó Vizcaíno de aquellas armas de los fondos de la aduana e impuso además préstamos forzosos al comercio, en dinero y mercan-

cías, valioso botín con el que regresaron y atacaron sin novedad en la bahía de Chacala.

En 1873, don Plácido se sublevó, conjuntamente con Lozada, contra el gobierno constituido; abandonando entonces la campaña, fue a ocultarse a Texas y al Estado de Chihuahua, donde permaneció de incógnito y tal vez enfermo, hasta que se consumó el triunfo de Tuxtpec, revolución a la que todavía prestó sus servicios. Procedente de México se dirigía a Sinaloa, cuando el 4 de enero de 1878, lo sorprendió la muerte en Acapulco, donde la propietaria de un hotel, por caridad, le dio sepultura. Se dice que falleció por consunción, existe también la versión de que la mujer de un cabo lo envenenó, por no haberle querido dar las señas del sitio en que se hallaba un entierro que dizque hicieron don Plácido y el Tigre de Alica.

Don Plácido es en todos sus aspectos, una figura muy interesante dentro del cuadro de su época, en la historia de Sinaloa. Como gobernante y político, como soldado y hasta por sus aventuras, fue un hombre notable y en todo tiene perfiles suficientemente fuertes para destacarse con singularidad en los retablos de la historia. Unos lo atacan y detestan, mientras que otros lo justifican y lo admiran. Don Roberto Quiroz excónsul de México en San Francisco, California y ya finado, me informó que el archivo epistolar de don Plácido, se guardaba en unas cajas, en la biblioteca de la Universidad de Berkeley. Ese archivo debe ser importantísimo para conocer sucesos ignorados; a la vez que para esclarecer sus actos públicos y sus pensamientos personales, ya que, como dice Buelna, dirigía por cartas toda la política del Estado.

El Lic. Buelna, no deja de tributar elogios a don Plácido por su obra como caudillo de la Reforma en Sinaloa. Pero en otros aspectos, en otras fases de su vida pública lo juzga severamente, quizás en algunos casos sin considerar que las circunstancias imponen determinada línea de conducta en los gobernantes. Dice Buelna:

"Fue el Gobernador que más abusó de la leva; constantemente venían de los distritos largas partidas de voluntarios amarrados. Este gobernador era casi invisible, raras veces asistía a la casa de Gobierno a despachar los negocios, se la vivía escondido en el cuartel o en casas de humilde

condición, donde recibía sólo a las personas de su intimidad y despachaba los negocios que quería. Se vieron varios casos de haber llamado personas de los distritos para algunos negocios y tuvieron que volverse después de algunos meses de no haber podido hablarle. No había casi Gobierno; toda su política era tener correspondencia con infinidad de personas, aún de la más baja esfera y por cartas dirigía la política del Estado".

"Gozó de prestigio, mientras pudo usar facultades extraordinarias; pero estando en pleno orden constitucional cometía frecuentes atentados e irregularidades, acostumbrado, como estaba a los procedimientos arbitrarios y despóticos".

Don Francisco javier Gaxiola, hace también por su parte algunas apreciaciones: "...En efecto: el hombre que hasta entonces había sido el ídolo del pueblo, descendía lentamente de su pedestal; se le acusaba de cruel, se decía que gastaba fabulosas sumas de dinero en sostener su círculo político, que bullían en su cerebro siniestras ideas con motivo de la guerra extranjera. Sea lo que se quiera, lo cierto es que el caudillo reformista se había gastado en la política una gran fortuna y sus reiteradas elecciones habían hostigado al pueblo; además había perdido sus facultades discrecionales sobre los fondos de la Aduana Marítima, y su popularidad disminuía a medida que escaseaba el dinero. Es un fenómeno histórico perfectamente observado en México y en todas partes, que los gobiernos más populares y prestigiados son aquellos que cuentan con mayores elementos pecuniarios...Así, pues, no es de extrañarse que el prestigio del gobernador Vega, haya sido tan grande como las sumas de dinero que gastó en los primeros años de su administración y que su prestigio fuera disminuyendo al disminuir los fondos públicos que tenía a sus órdenes. Conste que no queremos, reprochar la conducta de don Plácido Vega por estas acciones, puesto que de la estabilidad de su gobierno y de su política dependían intereses más valiosos que los caudales públicos, bien o mal invertidos los productos de los impuestos federales y del Estado, nunca fueron al bolsillo particular de Vega y que si después corrompió su conciencia, era en aquella época proverbial la honradez acrisolada del caudillo".

De la vena romántica del pueblo, amante éste de recoger y conservar

ciertos acontecimientos, surgió un corrido de tonadilla pegajosa, el cual en su tiempo estuvo muy en boga en Sinaloa y aún en Alamos, donde aún se oye cantar por las calles y algunas de cuyas coplas son las que así dicen:

A dónde vas Isabel,
Con tamaña talega.
--A buscar la limosna
de don Plácido Vega.

Por la calle de enfrente
no se puede pasar,
porque dice la Lola
arrincónenmela ai.

Si es casada es lo mismo
si es soltera también,
de cualquier manera
arrincónenmela ai.

Hay todavía otro cuarteto más:

A dónde vas Isabel,
con tamañas tijeras.
--A cortarle las barbas
a don Plácido Vega.

Tratando de interpretar seguramente el origen y el motivo de la primera copla, el finado historiador sonorense, don Roberto Acosta, observa que Isabel era una prima de don Toribio Almada, y que el asunto de recoger la limosna es el de los préstamos que Ignacio Pesqueira y Plácido Vega exigían al comercio de Alamos. Dice Acosta que, no obstante las súplicas que le hiciera todo Alamos, el general Pesqueira mandó fusilar a don Toribio, hijo de don José María Almada. Con este hecho Pesqueira se conquistó para siempre el odio de los alamenses Y que por su parte don Plácido Vega, que contaba en Alamos con muchos amigos y a don-

de en cierta época iba con frecuencia, por no haber intercedido ante su correligionario el caudillo liberal sonorense por la vida de don Toribio, no obstante que le correspondía haberlo hecho por la estrecha amistad que tenía con la familia de don José María Almada, se captó asimismo la antipatía de las familias alamenses.

En cuanto a esa Lola de la copia, ¿acaso sería ella un simple agente, al servicio de las aficiones mujeriegas de don Plácido?

La guerra toca a su fin

Con el fusilamiento de Maximiliano en el cerro de las Campanas, el 19 de junio de 1867, y con la entrada del general Porfirio Díaz al frente de sus tropas, a la ciudad de México el 21 de aquel mismo mes y año, quedó cerrado gloriosamente para la nación el terrible drama de la guerra de la Intervención y del Imperio.

En el Noroeste, las angustias y los dolores de esta guerra sangrienta terminaron más temprano, con el embarque y retirada de las topas francesas de Mazatlán, el 13 de noviembre de 1866, a los dos años justos de la ocupación del puerto por las mismas, y con las derrotas, que, el 2 y 4 de septiembre de dicho año, sufrieron en Sonora las fuerzas imperialistas de este Estado.

Pero en la Historia, que no detiene su curso, México entraría a vivir una nueva etapa, de transición, que habría de conducirnos al porfiriato.

Origen de Higuera de Zaragoza

En la época en que se desarrollaba la guerra de la intervención del imperio, Higuera de Zaragoza era apenas una población recién nacida; pues esta comunidad principió a vivir hacia 1860 y ante su creciente prosperidad fueron cediendo en importancia, Mavari y San Pablo.

Debe su primer nombre Higuera de Zaragoza, a que la formación del poblado se inició al pie de una higuera; y el segundo, que recibió más tarde, a que se le consagró al héroe, del cinco de mayo de 1862.

Los fundadores o primeros pobladores fueron don José María López Cerda, en primer término, señor de polendas y dueño de la vecina hacienda de San Pablo; sus yernos don Salvador Castro, don Gregorio Martín del Campo, don Felipe Escobar y don Napoleón Sánchez, que

ahí fincaron sus hogares, y además, don Víctor Padilla, don José María Rodrigo, don Teodoro Miranda y don Concepción Castro; quiénes son los progenitores troncales de sus respectivas y significadas estirpes, originarias y vecinas de aquel lugar

Con el tiempo, en Higuera de Zaragoza se desarrolló notablemente la agricultura, floreció el comercio y se constituyó y refinó el ambiente de sociedad entre las familias, por lo que se convirtió la población en una especie de emporio. Los vecinos, para dar salida al fruto de sus cosechas y para comerciar por la vía marítima, utilizaron el embarcadero de Torigüeyara, el cual fue habilitado como puerto de cabotaje en 1875, en que se estableció allí, una sección de aduanas a cargo de don Andrés Peimbert.

El pueblo y hacienda de San Pablo era un antiguo centro de población y de trabajo, de relativa importancia. Los terrenos eran de la propiedad de don José María López Cerda, oriundo de Cocula, Jalisco. Era este señor un hombre de alguna iniciativa en los negocios, y en 1866 hizo en su propiedad una plantación de caña, en regular escala, y estableció un pequeño ingenio de panochería. Se utilizaba en esta industria un trapiche o molino de fuerza animal, fabricado ahí mismo, y era de cilindros o bolillos verticales, con engranajes de cobre, lo más moderno en aquel tiempo, construidos éstos por un fundidor que fue traído del Real de Baroyeca. El pueblecillo tenía su capilla, construida por la familia de don José María, el fundador de Higuera de Zaragoza, quien dispuso que al morir, fuera enterrado en la cumbre del cerro de la Floresta, porque, como hombre de temple y dignidad, no quería que nadie hollara su cadáver, así como jamás había recibido en vida, ni tolerado de ninguno, la menor humillación.

El pueblo de Mavari era de tradicional antigüedad. Si bien su nombre es indígena, sus pobladores no lo eran, pues de ahí salieron, para radicarse en Ahome, las conocidas familias que llevan los apellidos Luque, Carlón, Robles, Armenta y Cerecer. Las casas se hallaban sobre un cerro; se dedicaban los moradores a cultivar los terrenos de su vecindad, que las aguas del río inundaban y fertilizaban año con año. De manera que Mavari tuvo en una época de cierta preponderancia y era una alcaldía jurisdiccionada a la directoria política de Ahome; pero vino su despoblación en 1882, al

hacerse la desmancomunación y parcelamiento de aquellas tierras.

Por esa misma comarca había otros pueblos, como eran Bajoyahui y Caposolla, que era núcleos o centros agrícolas situados a la orilla del río. El pueblo de Bajoyahui adquirió cierta importancia y llegaba hasta allí por el río, introduciéndose por la boca de la biznaga, pequeñas embarcaciones. Se cuenta que en Bajoyahui, en una cueva, en la época del Imperio, vivió y tuvo su taller de herrería un sujeto de nombre Juan José Ríos, que impunemente fabricaba y lanzaba a la circulación moneda falsa de plata. Con el cambio del curso del río, cuando sus aguas fueron a descargar a la boca de la Ballena, se arruinaron los pueblos mencionados y en su lugar surgieron otros que se beneficiaron con el cambio, como Cumichi, Guamuchilito y Bamoyoa.

En la época del Imperio hubo otro pueblo, ya desaparecido, que llevó el nombre de "Placido Vega"; aparece mencionado en algunos documentos oficiales del año de 1862, que obran en los archivos del cabildo del municipio del Fuerte. No puedo indicar con certeza en qué lugar se hallaba ubicado ese pueblo, aunque si presumo haya sido en Estación Vega, que bien pudiera llamarse así por el antecedente indicado, aunque por otra parte el nombre de esa Estación pudiera obedecer a que es un lugar donde los Vega tenían extensas propiedades.

Los Vega fueron de ideas liberales y algunos de ellos, como don Martín, eran amantes de proclamarlas a través del nombre que daban a sus propiedades. Así por ejemplo don Martín dio al poblado y al predio en que tenía su casa, el nombre de El Sufragio, y a una mina suya, en las inmediaciones de Chihuahua, el de La Demócrata. Y un punto situado entre El Sufragio y Estación San Blas, que era de los Vega, se llama La Libertad.

Topolobampo, Abierto al Cabotaje

Topolobampo, o más propiamente Topolbampo, era un puerto casi desconocido y que sólo era visitado por barcos contrabandistas, que acudían a sacar los metales que ahí acumulaban los mineros de la sierra de Chihuahua y quienes, al proceder en esta forma, defraudaban los intereses fiscales de la Nación.

Le tocó al gobernador Domingo Rubí expedir un decreto por el cual se habitaba al embarcadero de Topolobampo, como puerto para el comercio de cabotaje. Este decreto apareció publicado en el No. 5, de fecha 24 de mayo de 1866, del periódico oficial del Estado, que entonces llevaba el nombre de "El Cinco de Mayo"; y su texto es el siguiente:

"Domingo Rubí, Gobernador y Comandante Militar del Estado de Sinaloa".

"Con objeto de dar cuanto ensanche sea posible al movimiento comercial en el Estado, y teniendo en consideración las ventajas que resultan al Distrito del Fuerte con estrechar sus relaciones de comercio con los pueblos que se encuentran en las costas del Pacífico y Golfo de la Baja California, he tenido a bien, conforme a las facultades con que estoy investido, decretar lo siguiente.

Art. 1º. - Se habilita como puerto para el comercio de cabotaje, al embarcadero situado en el Distrito del Fuerte y conocido con el nombre de Topolobampo.

Art. 2º. - la Jefatura de Hacienda del Estado, dictará desde luego las órdenes para que dicho puerto tenga los empleados necesarios, fijándoseles el sueldo correspondiente y conforme con las circunstancias.

Por lo tanto, mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento. Dado en la ciudad de Culiacán, a 18 de Marzo de 1866. Domingo Rubí F.

La disposición del anterior decreto, dada en una época anormal mas tarde, seguramente se vio refrendada por el Gobierno Federal, ya que éste, según Buelna, por decreto del 31 de mayo de 1869 abrió al cabotaje a Topolobampo, durando ahí establecida la aduana hasta el 18 de mayo en que fue trasladada a Bacorehui, puerto habilitado para el cabotaje en esta propia fecha.

Asuntos Económicos y Administrativos

Los archivos municipales correspondientes a la época, muestran que las funciones administrativas y políticas del ayuntamiento del Distrito, no sufrieron ningún colapso y ni siquiera alteración alguna, a pesar de las condiciones de crisis y agitación que prevalece durante todo ese período

de la guerra. Las sesiones edilicias reglamentarias no se interrumpieron, excepto tal vez cuando la plaza de El Fuerte en dos ocasiones estuvo en poder de los imperialistas por un corto tiempo. El municipio funcionaba conforme a la Ley Reglamentaria de fecha 25 de abril de 1861, que durara en vigor hasta los tiempos del gobernador Cañedo; ajustándose los procedimientos contenidos en dicha Ley, a la Constitución local del Estado, de fecha 3 de abril de 1861.

El 14 de octubre de 1869 el H. Congreso del Estado votó una reforma constitucional restringiendo la órbita de la administración municipal, ya que los acuerdos que los ayuntamientos dictaran, para surtir efecto debían ser sometidos a la aprobación del Congreso. La medida fue anulada, en virtud de que al día siguiente el H. Ayuntamiento de Mazatlán, secundado por los demás del Estado, dirigió al Congreso un escrito de protesta en contra de la tutela a la que las corporaciones municipales quedaban sometidas, lesionando su soberanía y obstaculizando las funciones que les cometían.

La elección municipal, en número de cinco para el ayuntamiento del Fuerte, se hacía cada dos años. Con regularidad absoluta se efectuaban las elecciones de alcaldes y de síndicos y se proveía, con diligencia, la designación de jueces mayores y menores, conforme a la categoría política de las localidades o demarcaciones. La marcha de los asuntos fiscales en la Tesorería Municipal, se mantenía normalizada, e invariablemente cada mes y cada año se practicaban cortes de caja, los que, bajo la certificación del interventor, eran sometidos a la consideración del ayuntamiento.

De acuerdo con la solicitud o petición que hiciera el interesado, sobre la adjudicación de solares, el ayuntamiento ordenaba que se practicaran las mesuras correspondientes, previo pago del valor del solar conforme a la tarifa, se le expedía el título de propiedad; lo mismo ocurría tratándose de terrenos baldíos, laborables o no, de la jurisdicción de los pueblos. A los ayuntamientos les incumbía mantener en buen estado los camiones para el tránsito de las carretas y de los atajos. En el ramo de la instrucción pública muy poca cosa se hacía, ya que tan sólo existía una escuela oficial, la de la cabecera del distrito y el municipio, o sea la de El Fuerte; hasta que posteriormente fueron establecidas una

en Choix y otra en Ahome, que eran cabeceras de sus respectivas directorías políticas. El lema oficial adoptado por el gobierno liberal y constitucionalista, en la época de la Reforma, rezaba: “Libertad y Reforma”. Mientras que el lema usado durante los años en que se sostuvo la guerra contra la intervención y el Imperio, decía “Independencia y Libertada”, o “Patria, Independencia y Libertad”. Obligatoriamente el lema oficial se usaba por el gobierno del Estado, las prefecturas, los ayuntamientos y las oficinas públicas en general.

Los ingresos municipales eran sumamente raquíticos, y en consecuencia los gastos que había de corresponder a las necesidades de toda la municipalidad, o el distrito. Los ramos de ingresos eran los de: peaje, registro, mercado, fiel contraste, degüellos, multas y productos de ventas de solares o terrenos baldíos dentro de los pueblos o a sus inmediaciones. Por lo que toca a las rentas del Estado, colectadas por las Recaudaciones, sus fuentes eran: la contribución sobre establecimientos industriales, sobre giros mercantiles, sobre propiedad raíz y sobre instrumentos públicos; derechos de profesorado; dispensas matrimoniales; fianzas de excarcelación; multas de orden común; terrenos baldíos; publicaciones en el periódico oficial; rezagos de contribuciones; herencias vacantes; contribución sobre bienes hereditarios; papel sellado del registro civil; derecho de bultos; derecho de almacenaje; derecho de matanza de ganado; bienes mostrencos; 1 por ciento sobre plata y oro; derecho de patente sobre bebidas embriagantes; legalización de firmas; pensión sobre indultos; 20 por ciento adicional sobre metales argentíferos; aprovechamiento

Por dichos conceptos la Recaudación de Rentas en el Fuerte, tuvo en el año de 1866, un ingreso de $13,481.49, en tanto que la recaudación en todo el estado, en ese año fue de $311,424.16.

El Corte de caja que rindió la Tesorería Municipal, tocante al mes de julio de 1864, acusa en total un ingreso de $136.49 y, por el contrario, un egreso de $140.93; cantidades que dan idea de lo raquítico de la situación económica, no obstante, el alto valor adquisitivo que en aquel tiempo tenía nuestra moneda. El detalle de los Ingresos, es: Degüello, $4.36; Fiel Contraste, $15.50; Piso Municipal, $106.53; venta de terrenos, $8.10 y multas $2.00. el de los Egresos, es: Manutención de

presos, $15.00; gastos de oficina: por arrendamiento del local de la escuela $19.37; Gastos de Cárcel: para sogas $0.75; gastos extraordinarios: ministrado al Juez de primera instancia, $10.00; sueldo de empleados, $65.00; administración de créditos, $17.17, y honorarios del Tesorero Municipal, 10 por ciento, $13.64. Déficit, $4.44.

El primer esfuerzo meritorio que se hizo a favor del aumento de la instrucción pública en la jurisdicción, data de 1865; pues el 22 de abril de ese año el ayuntamiento expidió un decreto promulgado el día 30 por el prefecto y comandante militar del distrito, coronel Guadalupe Sandoval, creando un impuesto especial destinado al establecimiento y sostenimiento de algunas escuelas de primeras letras. Disponía el decreto, firmado por el presidente municipal señor A. Ibarra, el registro, en la sala capitular, para todas las personas propietarias de terrenos de la braza en el municipio, quedando sujetas al pago de un real por almud de sembradura. Una comisión especial formaría el padrón de las tiendas de ropa. Almacenes de aguardiente mezcal, tiendas y casas al menudeo, para la exacción, los jueces mayores y menores se encargarían de cobrar las cuotas de su jurisdicción. Se consideraban como expendios de aguardiente mezcal al por mayor, los que se hiciesen en casa particular y tiendas, de un barril para arriba. Y según el punto tercero, el prefecto quedaba encargado de reglamentar el ordenamiento y de vigilar su "más natural" y debido cumplimiento.

El 8 de julio de 1864, con la presidencia a cargo del C. Camilo Vega y los regidores asistentes señores Aurelio Ibarra, Pedro Gil, Brígido Gil, Félix y don Tiburcio (¿Vega?); el ayuntamiento celebró sesión, en la que se definieron las colindancias de los ejidos de la población de El Fuerte; al norte, con los ranchos de las Cañas, Mezquites y Lo de Mayo, al oeste, el río; al suroeste, la casa de doña Josefa Fierro; al sur, el charco conocido bajo el nombre de "Charco de Pere"; al este, la laguna de Yescas, y al noroeste, el rancho de Jusamora.

Preocupado el ayuntamiento por la construcción de un mercado moderno en la villa del Fuerte, en la sesión celebrada el 22 de abril de 1865, acordó destinar para ese objeto una extensión de terreno, comprendida entre la iglesia al suroeste y las casas de don Francisco Ibarra y doña Rosario Eugenio. Se proyectaba formar un "Circulo" de cin-

cuenta varas, dividido en treinta y dos lotes cuadrados, de cinco varas de dimensión por lado, para que los locatarios hicieran por su cuenta, construcciones semejantes a las de los mercados de Hermosillo, Culiacán, Mazatlán y plazas del interior del país. Esta cuestión del mercado varias veces motivó discusiones en el seno de la comuna. Se formularon otros varios proyectos y presupuestos, y transcurrieron muchos años sin que nada se hiciese, ni determinase. Todavía en 1870, se presentaron al ayuntamiento nuevos planos y proposiciones, por el señor Antonio B. Gastélum: "El cuadro que debe formarla (la plaza) se dividirá en treinta y dos lotes o solares, los cuales tendrán las dimensiones que el terreno les permita darles; debiendo quedar en el punto céntrico de cada frente o lado, de los cuatro que deben tener la plaza, una entrada de tres y media varas de ancho y el mismo fondo que se le dé a los solares". Ignoro si de éste o de otro proyecto posterior resultó la formación de la plaza vieja, que estaba detrás de la casa de don Aurelio Ibarra y que se denominaba plaza de Guadalupe. Dizque también en El Fuerte, como en el resto del país, antiguamente había tianguis, el cual se instalaba en la plaza de armas o en su vecindad.

El gobierno municipal, como se sabe, tenía y tiene determinadas funciones que desempeñar, en el orden administrativo. Pero antes de la autonomía municipal instituida por la Revolución iniciada en 1910, la primera autoridad política de un distrito, en el Estado de Sinaloa, llevaba el nombre de prefecto. Era el representante del gobernador y el directamente responsable del orden público, por lo que su autoridad era ejecutiva y jerárquica en la jurisdicción de su mando, dentro de la cual tenía también el prefecto el carácter de comandante militar o jefe de las armas. De 1857 a 1867, según investigaciones posiblemente no muy completas, desempeñaron el cargo de prefecto las siguientes personas: Francisco Camilo Orrantia (1857); comandante Francisco Renero, o Romero (1858); Ramón Félix y Buelna (1861); Crispín de S. Palomares (1862); Francisco Gaxiola (1862 – 1863); coronel Ramón Félix y Buelna (1863); Jesús Vega (1863); Francisco Armenta (1863); Coronel José Rentería (1864); coronel Adolfo Palacio (1865); coronel Guadalupe Gastélum (1867); y Francisco Orrantia y Sarmiento (1867).

CAPITULO XV
DEL IMPERIO A PORFIRIO DÍAZ
SUBLEVACIÓN CONTRA RUBÍ

Una vez que tocó a su fin la guerra contra los franceses y los imperialistas mexicanos, para que el Estado se reintegrara al orden constitucional, el Gral. Domingo Rubí convocó a elecciones para gobernador y vicegobernador. Se llevaron éstas a cabo el 13 de octubre de 1867 y en ellas figuraron como candidatos a gobernador el Gral. Domingo Rubí, el Gral. Ángel Martínez, el Lic. Eustaquio Buelna y el Lic. Manuel Monzón, pero ninguno de ellos alcanzó en el cómputo la mayoría absoluta que en el caso se requería para el triunfo.

El día 16 el Congreso, instalado en Mazatlán, declaró nulas las elecciones de Rubí y Martínez, en razón de que para jugar en la liza el primero no se despojó de su carácter de gobernador y, el segundo, no renunció a su cargo de comandante militar del Estado y además por no ser ciudadano sinaloense por nacimiento, circunstancias que legalmente los incapacitaban. En consecuencias, sólo quedaron en la posibilidad de ser gobernadores Buelna y Monzón. Con la antedicha decisión del Congreso, se alborotó tremendamente el mar bravío de la política. Inmediatamente surgieron las protestas de Rubí, Martínez y sus partidarios, por lo que en una atmósfera de coacción el Congreso revocó el anterior acuerdo y declaró, por un advenimiento acomodaticio, gobernador al Gral. Rubí y vicegobernador al Lic. Monzón.

Favorecido en esta forma, Rubí toma posesión del gobierno; pero en contra de él y considerando la ilegalidad de su designación, se pronuncian en Culiacán, el 4 de enero de 1868, los coroneles Jorge G. Granados y Adolfo Palacio y el Lic. Irene Paz. Días después se levantó también, en Villa Unión, el Gral. Jesús Toledo, quien ya en armas se dirigió al Congreso proponiendo la designación del Gral. Martínez como gobernador, entre tanto se hacían nuevas elecciones. Enseguida los sediciosos de Culiacán y Villa Unión se unificaron y firmaron en el pueblo de Elota, el 14 de enero, un acta en la que se declaraba el desconocimiento de Rubí y demás autoridades de su gobierno, y la designación del Gral. Martínez como gobernador provisional, mientras se llevaban a cabo nuevos comicios. Al día siguiente y en atención a los acontecimientos, el Congreso clausuró su período de sesiones. Rubí, desde la fecha en que estalló en Culiacán el pronunciamiento, se retiró de Mazatlán a Concordia con sus fuerzas, previendo un golpe de mano del Gral. Martínez y para tomar una posición más favorable para la defensa de su gobierno.

Los sucesos de Sinaloa no tardaron en atraer al Gral. Corona, quien desembarcó en Mazatlán el día 19 de enero, para intervenir a favor de la tranquilidad pública. No logró de pronto sus propósitos, por lo que el 27 se ausentó, dejando ordenado al Gral. Martínez que hiciera entrega del mando militar al Gral. Biviano Dávalos. Más, según se esperaba, Martínez, lejos de entregar la comandancia, se pronunció con sus fuerzas adhiriéndose al plan de Elota y entrando a ejercer, como gobernador del Estado.

Se sucedieron algunos hechos de armas, hasta que el Gral. Donato Guerra, procedente de Durango con tropas de la Cuarta División de Occidente, atacó y derrotó completamente al Gral. Martínez, en Presidio el 8 de abril. Martínez salió huyendo del Estado, en tanto que Toledo, Granados, Palacio y Páez fueron hechos prisioneros. De éstos, al coronel Palacio se le internó en la cárcel de Mazatlán, de la que el 25 de febrero de 1869 logró fugarse, y todavía en plan de rebelión contra Rubí apareció en Culiacán el 13 de marzo, y allí por sorpresa tomó la cárcel, proclamando gobernador a don Plácido Vega en substitución del citado Rubí.

Al reaparecer Palacio en Culiacán, su movimiento sedicioso tuvo eco en la villa de El Fuerte; pues allí un oficial alamense que había mi-

litado a las órdenes del Gral. Ángel Martínez, don Victoriano Ortiz, a la cabeza de un pelotón armado tan sólo con pistolas, el 24 de marzo, sin resistencia alguna tomó el cuartel, en el que ya decididos por cuenta de Palacio, había como ochenta hombres de la guardia nacional del Estado. El prefecto del distrito, don José Corona, pudo escapar en los momentos en que se produjo el desorden. Una vez adueñados de la situación, los sublevados impusieron préstamos forzosos al comercio y a los vecinos más caracterizados, habiendo sido retenidas las esposas de quienes se ocultaron, pretendiendo eludir la entrega del dinero, obligando a cubrir las cantidades señaladas a sus maridos.

En acatamiento de las órdenes que recibiera, el Gral. Eulogio Parra acudió desde Mazatlán a sofocar la rebelión del coronel Palacio, a quien derrotó en Culiacán. Entonces palacio se desplazó hacia el norte del Estado y llegó a El Fuerte, que ya estaba en poder de Ortiz, desde el 26 de marzo. Pero al día siguiente y en vista de que Parra lo venía persiguiendo, después de consumar un nuevo saqueo al comercio, del que no se libraron las residencias de los principales vecinos, tomó rumbo a la sierra, a fin de internarse, como lo hizo, en el Estado de Chihuahua. No pudo sin embargo el insurrecto, escapar a la acción persecutoria del Gral. Parra, quien le dio alcance en el mineral de La Reforma, sierra de La Soledad, municipio de Urique, sorprendiéndolo y derrotándolo el 18 de abril. Cayeron prisioneros el jefe Palacio y don Juan Tostado, fueron fusilados en el mismo día en Bahuérachi y en poder de las fuerzas gobiernistas quedó un considerable botín consistente en pertrechos de guerra, dotación de los pronunciados.

Durante algún tiempo, no hubo ninguna alteración del orden en el distrito del Fuerte. El 24 de marzo de 1871 una gavilla de sesenta hombres al mando de Cristóbal Andrade, al intentar apoderarse de la plaza de Culiacán fue repelida. La gavilla después de su fracaso se dirigió a Mocorito, donde también fue rechazada y, al llegar a la Ciénega se fraccionó en tres grupos, que por separado se vinieron a reunir al distrito del Fuerte, sin tocar la villa de Sinaloa; pero las autoridades de estos dos distritos tomaron las providencias para aprehenderlos, y así lo verificaron en casi todos ellos.

Buelnismo, Marquismo y la Noria

A mediados de 1871, simultáneamente se llevaron a cabo las elecciones para presidente de la República y para gobernador del Estado. Contendían como candidatos a la presidencia el Lic. Benito Juárez, el Gral. Porfirio Díaz y el Lic. Sebastián Lerdo de Tejada, aún cuando en Sinaloa tan sólo los dos primeros contaban con partidarios. Los candidatos a la Gobernatura del Estado eran el Lic. Eustaquio Buelna y el Gral. Manuel Márquez León, cuyos bandos respectivamente en la liza electoral, se movían dentro del juarizmo y el porfirismo.

El militarismo se había entronizado en Sinaloa y agobiaba la vida pública, por lo que la queja popular se esparcía de uno a otro extremo del Estado. Un civilista de El Rosario, partidario de la candidatura de Buelna, hacía trascender aquel clamor en los siguientes versos.

ELECCION DE GOBERNADOR.

Nada de Márquez, Dávalos, ni Banda,
Nada de sables, nada de contienda;
Del militar pasó la era tremenda,
Del despotismo la época nefanda.

De hoy más gobernará con mano blanda
Un civil que a la ley nomás atienda,
Y gozaremos por celeste ofrenda
Orden y libertad bajo el que manda.

Nadie cual Buelna garantías nos brinda,
Ni a la esperanza habrá quien corresponda
Que en su futuro jefe el pueblo funda.

Que todo el mundo, pues, sus votos rinda
A su favor, y en votación redonda
El mando militar por siempre se hunda.

(Una víctima de las extorsiones militares)

En los comicios celebrados el 2 de julio resultó triunfante la candidatura civil del Lic. Buelna; y, al día siguiente, obtuvo don Benito Juárez en los colegios electorales del Estado 88 votos, contra 58 resultantes a favor del Gral. Díaz.

De consiguiente, el 20 de septiembre fue Buelna proclamado gobernador constitucional y entró a ejercer, el día 27 de acuerdo con lo que disponía la ley. Pero los derrotados, casi en cuanto se dieron cuenta de que el sufragio les había sido adverso y anticipándose a la declaratoria, el 2 de septiembre hicieron estallar en Culiacán un complot, encabezado por don Francisco Cañedo, desconociendo la legalidad de estas elecciones. Cinco días más tarde el Gral. Eulogio Parra secundaba en el sur del Estado la revuelta de Culiacán. Cañedo fue derrotado en Imala, cayó prisionero y sus tropas fueron dispersadas; en tanto que por otro lado su correligionario Parra caía también prisionero en la derrota que, en Alicama, le infligió una fuerza federal auxiliada por la guardia nacional. De esta manera, fracasó la rebelión iniciada por Cañedo; pero sin embargo, la lucha armada contra las autoridades constituidas no se detuvo, ya que a poco, el Estado, como la nación misma, se vio envuelto en las llamas de una revolución de alcance nacional.

En Sinaloa esta revolución comenzó el 17 de noviembre en Mazatlán, con el enésimo cuartelazo de la guarnición del puerto, en esta vez encabezando por el coronel José Palacio en contra de don Benito Juárez como presidente de la República y de don Eustaquio Buelna como gobernador del Estado. Pues, en su pronunciamiento, Palacio secundaba al plan de la Noria, proclamado el día 8 de ese mismo mes de noviembre y año de 1871, que tenía como finalidad: oponerse a la perpetuación de Juárez en el poder, la observancia de la Constitución del 57 y la consagración del sufragio libre.

El Lic. Buelna pudo escapar en Mazatlán, de las manos de los pronunciados, refugiándose en el buque de guerra americano “Swance”; enseguida se transbordó a la embarcación nacional “Almirante” y al llegar a la barra de Altata hizo un nuevo transbordo a la “Calipso”, para ir a desembarcar al estero y puerto de El Tule, de donde ya el gobernador se dirigió con su comitiva a Mocorito, la noche del 25 de noviembre.

El Gral. Parra y Cañedo, que se hallaban presos en Mazatlán con motivo de su pasada sedición, al sublevarse Palacio recobraron su libertad y se adhirieron al movimiento revolucionario. El 9 de diciembre, Cañedo, al frente de trescientos hombres, se puso en campaña y salió de Culiacán a recorrer los distritos del norte del Estado; por lo que, acosado Buelna por sus enemigos, con la corta fuerza que había organizado, se retiró a la villa de Sinaloa e inmediatamente después, a la de El Fuerte, de paso para Sonora.

En los límites del Estado, precisamente en El Mezquite, se encontró con el auxilio que, a solicitud del propio Buelna, tan oportunamente le enviaba el Gral. Ignacio Pesqueira, que era asimismo partidario y sostenedor del gobierno de Juárez. Con el respaldo de la fuerza sonorense, cuatrocientos hombres al mando de teniente coronel Próspero Salazar Bustamante, se regresó de la línea divisoria el gobernador, dispuesto a combatir al enemigo Cañedo, pero quien, al sentir el amago del ahora su fuerte adversario, las desalojó incontinenti.

Al llegar a la villa de Sinaloa, allí quedaron acuarteladas las tropas del teniente coronel Bustamante, mientras que Buelna con la fuerza del Estado, continuó avanzando hasta situarse en Mocorito, lugar en que Cañedo había también dejado abandonado a su retaguardia. Cuando Cañedo llegó a Culiacán ya la plaza se hallaba ocupada por el Gral. Manuel Márquez de León. Este jefe había sido designado gobernador y comandante militar de Sinaloa, Sonora y Baja California, como general en jefe de Segunda División del Ejército Regenerador, por el Gral. Donato Guerra, quien para hacer este nombramiento, hizo uso de las facultades amplísimas, que le habían sido conferidas por el caudillo del plan de Noria, don Porfirio Díaz. De manera que, por esta época Sinaloa tuvo dos gobiernos, el de Buelna y el de Márquez, que representaban a dos partidos militantes antagónicos, que anteriormente contendieron en el campo cívico y ahora en el de la guerra. Refiere el Lic. Buelna, que Márquez determinó la canalización del río del Fuerte, asignándole al gobierno del Estado cien mil pesos en acciones, sin tener un centavo de que disponer; acto que revela las agallas, o el candor, de un gobierno que tiene sus arcas vacías y que ni siquiera era constitucional.

En vista de la situación, que no dejaba de ser inquietante para los pueblos sinaloenses, la Diputación Permanente de la Legislatura local, se reunió en la villa de El Fuerte el 15 de diciembre de 1871 y formuló una protesta por la sublevación de Mazatlán. Hallándose el gobierno de Buelna, provisionalmente instalado en Mocorito, fueron destacados sobre una fuerza marquista que se hallaba en Comanito, los jefes Felipe Valle y Lorenzo Torres, quienes el 13 de enero de 1872 sorprendieron y derrotaron al enemigo en dicho punto. En la acción, sin tener un centavo de que disponer; acto que revela las agallas, o el candor, de un gobierno que tiene sus arcas vacías y que ni siguiera era constitucional.

Por ese tiempo, el general en jefe de las fuerzas porfiristas Márquez, al frente de mil hombres sale de Culiacán a batir a las tropas que defendían al régimen legal, dirigiéndose a Mocorito. Pero como estas últimas eran notoriamente más débiles que las contrarias, tanto en número como en armamento, se vieron forzadas a retirarse hacia el norte, hasta unirse con el refuerzo que el Gral. Pesqueira les enviaba de Sonora. A siete leguas al norte de la población de Sinaloa, sobre el camino nacional y en el rancho de El Álamo, el 19 de enero se encontraron y reunieron las fuerzas de Salazar Bustamente y de Buelna, con las que de Álamos traía el coronel José J. Pesqueira, mientras tanto había llegado a la villa de Sinaloa, acantonándose ahí con su columna, el Gral. Manuel Márquez de León.

Tomando Pesqueira la ofensiva, obtuvo con sus caballerías dos triunfos consecutivos sobre los pronunciados el día 20, el primero de ellos en Ocoroni por la mañana y el segundo en Cabrera por la tarde, con lo que logró quebrantar el poder de la fuerza enemiga de igual arma. Unidas las fuerzas de los dos estados, el día 21 atacaron la villa de Sinaloa, defendida por el Gral. Márquez. Pero los atacantes, a pesar de que llegaron a penetrar hasta la plaza de armas con ímpetu arrollador, fueron rechazados con grandes pérdidas por el enemigo, fuertemente atrincherado éste en las alturas de la iglesia y de algunas casas, mas sin que pudiera llevar a cabo la persecución por la falta de su caballería, arruinada en Ocoroni y Cabrera, el día anterior.

Dejando en el campo de batalla cuatro piezas de artillería fuertemente aporreadas, acabaron las fuerzas gobiernistas por retirarse, optando por dirigirse a Alamos en busca de su fortalecimiento y reorganización.

Al tener que internarse Buelna a Sonora, donde contaban con el magnífico respaldo del Gral. Pesqueira, dejó en la villa de El Fuerte como gobernador interino a don Blas Ibarra Buelna, tal vez su pariente y muy caracterizado vecino del lugar, quien asumió el cargo el día 23 de enero. De Alamos el Lic. Buelna pasó a Guaymas dónde, con instrucciones y facultades de Pesqueira, se arbitró de las fuentes arancelarias recursos pecuniarios destinados al sostenimiento de las fuerzas sonorenses en la campaña de Sinaloa. Mientras tanto y por exigirlo así las circunstancias en el extremo sur del Estado, a fines de enero tuvo que salir el Gral. Márquez, de Sinaloa para Mazatlán, embarcándose en Playa Colorada con cuatrocientos hombres de los de la columna que había traído.

Con la retirada de los contingentes militares del coronel Pesqueira, para Alamos, quedó El Fuerte desguarnecido y fue ocupado enseguida por una fuerza marquista; ya el gobernador interino don Blas Ibarra, ante la inminencia de la ocupación, se había alejado hasta la línea divisoria, a la expectativa del auxilio.

Bien pronto, al finalizar la primera decena del mes de febrero, año de 1872, regresaron de Alamos, ya rehechas, las caballerías unidas de Sonora y Sinaloa; al mando del coronel José J. Pesqueira. Los revolucionarios, en cuyo poder se hallaba la villa de El Fuerte, en cuanto olfatearon al enemigo que se aproximaba, desalojaron la plaza y lo propio ocurrió con la de Sinaloa, el día 13; hallándose ya las fuerzas en Mocorito, derrotaron a una partida de pronunciados al mando del teniente coronel Clodomiro Cota. Luego el 22 salieron de Mocorito y el 26 tomaron la plaza de Culiacán.

Ya para esta fecha, el gobernador Buelna venía en camino de Guaymas, trayendo recursos a las fuerzas de Pesqueira. El día 1º de marzo llegó a El Fuerte, dando ahí alcance al Gral. Ignacio Pesqueira, que venía a dirigir la campaña y a presentarle un mayor apoyo con una columna a mil hombres. En ese mismo día recibió Buelna la administración de manos de don Blas Ibarra, a la vez que tuvo noticias de la captura de la plaza de Culiacán por el coronel Pesqueira.

Documentos insospechables revelan que don Patricio Robles, vecino de Ahome y ya conocido nuestro por los antecedentes del imperio, era adicto al plan de la Noria y militaba en las filas del Gral. Márquez, quien le extendió el despacho siguiente, con fecha 1º de marzo de 1782: "El general de brigada Manuel Márquez, general en jefe y comandante militar de Sinaloa y Sonora y Baja California y jefe de la Segunda División del Cuerpo de Ejército del Noroeste, desde el Cuartel General frente a Culiacán, concede al C. Patricio Robles, teniente coronel del Ejército, en atención a sus méritos y a los particulares servicios prestados a la causa de la Constitución, el empleo de coronel del Ejército y cuyo empleo ratificará el nuevo gobierno".

Mediante otro despacho expedido también por el Gral. Márquez, dirigido a Alamos al coronel Patricio Robles, nombra a este señor comandante militar de Sonora, con facultades para nombrar toda clase de autoridades civiles, políticas y judiciales, "por la santa causa (la de la Constitución del 57) que defendemos".

Tenemos al Lic. Buelna y al Gral. Pesqueira en El Fuerte, quienes no tardaron en dirigirse a la población de Sinaloa, en la que fueron recibidos y ovacionados el día 9. En este último lugar se detuvo Pesqueira algunos días y ahí mismo recibió el refuerzo de una fracción del 9º Batallón de línea, procedente de la Baja California. En tanto que Buelna, sin mayor tardanza, continuó su camino hasta Culiacán, donde expidió luego un decreto declarando a dicha ciudad, capital de Estado.

El 27 del propio mes de marzo, el Gral. Márquez ataca la ciudad de Culiacán con mil cuatrocientos hombres; pero como al referido lugar había llegado en la noche anterior con nuevas fuerzas el Gral. Pesqueira, los ataco; después de ruda pelea fueron rechazados con grandes pérdidas.

Aquí en el distrito del Fuerte el 24 de abril, don Zacarías Ochoa derrotó al teniente coronel Manuel Ibarra, alias "El Bolero", que por acá se había levantado en armas a favor del plan de la Noria y que luego, en mayo siguiente, se dirigió al mineral de Chiapas a fin de reclutar fuerzas para la misma causa revolucionaria, comisionada por el coronel Guadalupe Gómez Llanos.

El 5 de mayo llegó a Mazatlán con más de dos mil hombres, el prestigiado divisionario Sóstenes Rocha, enviado por el gobierno federal. Desde

Culiacán acudió el Gral. Pesqueira para informar a tan alto jefe sobre sus operaciones, hecho lo cual se embarcó en Mazatlán rumbo a Sonora, a la vez que disponía el regreso de sus fuerzas, por no ser ya necesario su concurso en Sinaloa.

El Gral. Rocha declaró a Sinaloa en estado de sitio y con su presencia y respeto por las tropas revolucionarias se dispersaron, internándose en la sierra de Durango. Nombró desde luego gobernador y comandante militar del Estado al Gral. Domingo Rubí, que había llegado en compañía suya, haciéndose con esta designación a un lado al Lic. Buelna, con la consiguiente decepción de los partidarios del orden legal. Uno de los primeros actos de Rubí, fue salir al frente de sus fuerzas, rumbo a la sierra de Topia en persecución de Márquez, dejando en el ínterin el gobierno y la comandancia en manos del Gral. Prisciliano López.

Cuando ya Márquez se encontraba en territorio de Durango, sus propias fuerzas lo desconocieron, al defeccionar, se dirigieron por la vía de Guadalupe y Calvo al Estado de Sinaloa, bajo al comando del coronel Doroteo López. Al frente de la vanguardia de estas fuerzas llegó don Francisco Cañedo, quien por sorpresa y tras de un breve tiroteo se apoderó de Culiacán. Partiendo de este lugar, poco después el coronel López hizo una expedición a los distritos del norte, con el fin de someterlos. Río arriba de Nío, el 19 de julio rechazó en Cubiri, el ataque de la caballería gobiernista al mando del teniente coronel Felipe Valle, quien acabó por replegarse. El mismo día por la tarde, ocupó López la plaza de Sinaloa, de la que desalojó a sus defensores Uzeta y Valle; al hacer prisioneros a algunos comerciantes y otros vecinos de los más prominentes del lugar, les exigió préstamos en dinero y efectos. El día 30 entró López a la villa de El Fuerte, que fue abandonado por el prefecto del distrito ante el temor de ser atacado y vencido.

Aquí en el distrito se pronunciaron don Luis y don Lorenzo Torres, adhiriéndose al movimiento del coronel Doroteo López, contra el régimen del Lic. Buelna, aún cuando ya de hecho se hallaba ninguneado este gobernante, en virtud de la designación que hizo el Gral. Rocha a favor del Gral. Rubí, como gobernador y comandante militar, pero aquellos pronunciados fueron derrotados, el 6 de septiembre, por el teniente co-

ronel Felipe Valle, en un encuentro que tuvieron en Agiabampo, rancho situado a seis leguas ríos debajo de El Fuerte y donde, como se recordará, fue tomado prisionero el coronel don Francisco de la Vega. Después de este triunfo, el gobiernista Valle pasó a ocupar la plaza de El Fuerte, la cual estaba en poder de los pronunciados.

Pocos días antes de esta fecha, los Torres sorprendieron, con cuarenta y seis de a caballo, a ochenta que traían de Ahome a don Esteban Zakany y don Zacarías Ochoa, en la Boca del Arroyo, quedando prisionero este último. Boca del Arroyo es el nombre de una ranchería situada frente a Tehueco, en la confluencia del arroyo de Alamos y el río del Fuerte. Con Ochoa y Zakany andaban siempre en estas lides don Salvador, don Jesús y don Damián Castro, don José María López Valencia hijo y el coronel Gregorio Martín del Campo, de la Higuera de Zaragoza; así como éstos, otros caracterizados vecinos de la comarca.

Don Felipe Valle era un militar bizarro y activísimo, que participó en muchos combates, desde el Fuerte hasta Quilá. Estuvo en la defensa de Culiacán cuando Márquez atacó la plaza y peleó también en el combate de la Soledad, en el que tomó parte el coronel fuertense don Prisciliano Ibarra, republicano, juarizta y enemigo de los Torres. En esta batalla de la Soledad conquistaron fama de valientes los humildes boteros (aguadores) de El Fuerte, que fueron tomados de leva por el oficial Francisco Chávez, según recuerdos que hace un vecino de avanzada edad, de esta población, y quien dice además que la táctica de Valle consistía en hostilizar sin tregua alguna al enemigo, por lo que acostumbraba repetir sus ataques en forma tal, que en dos, tres o cuatro días no dejaba dormir a sus contrarios; cuando ya se creía que sus acometidas habían pasado, al cabo de cuatro o cinco horas volvía a la carga.

El comandante don Lorenzo Torres, que luchó en esta época bajo la bandera del porfirismo, era igualmente una persona de reconocido valor y arrojo. Demostró tener estas cualidades en varios hechos de armas, entre ellos en la toma de Alamos por el Gral. Ángel Martínez y en el combate de Bacorehui, que se recuerda por tradición oral. En ese combate, desafiando la muerte llegó pistola en mano hasta el corral del rancho, dentro del cual se hallaban a la defensa los enemigos, dispuestos a pelear con ellos a

quemarropa y cuerpo a cuerpo. Con semejantes bríos, don Lorenzo pudo llegar hasta la puerta del corral y con el fin de forzar la entrada, rompió, a filo de espada, los amarres que sujetaban fuertemente las trancas; Pero el caballo que montaba fue herido de un balazo en aquellos momentos, por lo que la bestia, reparando y encabritada, se alejó con su jinete hasta una distancia como de cincuenta metros; y advirtiendo la situación comprometida en que se hallaba su jefe en aquel lugar, el oficial Pedro Real, lo rescató del peligro montándolo en ancas de su caballo. Después del combate de Agiabampo, aparece Torres el 20 de octubre del mismo año de 1872, con cuatrocientos hombres, con los que se posesiona de las plazas de Sinaloa y Mocorito, para luego deponer las armas, en Culiacán, el 9 de noviembre. Años más tarde, allá por el mes de septiembre de 1882, se trasladó a Sonora, donde continuó prestando sus servicios en el ejército nacional, en el que conquistó el generalato.

En la acción de Agiabampo, como auxiliares de las fuerzas del Valle también pelearon don Zacarías Ochoa y don Esteban Zakany, con su guerrilla. A guisa de anécdotas se cuenta que Zakany, a quien todos sus amigos y conocidos llamaban el "Gringo", en el ardor de la lucha, en tono burlesco y con su defectuosa pronunciación del castellano, le gritaba a don Luis Torres: ¡Oye, Torres, aquí no es la Boca de Arroyo!. Con esta frase el húngaro Zakany le recalcaba a su adversario que en esta ocasión la suerte era muy distinta, o enteramente al revés, de cuando días antes don Zacarías y él fueron sorprendidos por los Torres (don Luís, y los hermanos don Lorenzo y don Anastasio), en la Boca del Arroyo.

Así como de Zakany, de don Zacarías Ochoa ya tenemos antecedentes. Tomó las armas en defensa de las administraciones constitucionales del gobernador Buelna y del presidente Juárez, y alcanzó el grado de comandante, en el escalafón de la guardia nacional. Su padre fue don José Ochoa, coronel, jefe del 5º Regimiento de Jalisco, quien, hallándose de servicio en Quilá, pasa a radicarse al pueblo de Ahome; y su señora madre, doña Gertrudis Camacho. Don Zacarías fue un hombre de polendas en negocios, desarrolló negocios agrícolas y con su concurso se fundó, en su hacienda de "El Águila", una importante fábrica de azúcar por don Benjamín F. Jonhston. Nació en Matacahui el 5 de

noviembre de 1840, y falleció en "El Águila", el 17 de mayo de 1904.

Retrotraigámonos ahora al movimiento del coronel Doroteo López. La mayoría de los distritos cayeron al fin bajo el dominio de los revolucionarios, cuya fuerza, entre voluntarios y forzados, ascendía como a dos mil hombres, reclutados en los distintos pueblos. La marcha triunfal del coronel López culminó con la toma de Mazatlán, el 13 de septiembre, y con la deposición, por renuncia exigida, del gobernador Buelna. Así terminó esta campaña; pero antes, los revoltosos exaltaron a la Gobernatura a don Francisco Cañedo, que actuaba como prefecto y comandante militar de Culiacán. Posteriormente Cañedo se acogió a la ley de amnistía dictada por Lerdo de Tejada, entregando soldados y armas a las fuerzas federales lerdistas, que llegaron a Mazatlán al mando del Gral. José Ceballos. Había ocurrido el fallecimiento de don Benito Juárez el 18 de julio anterior; por otra parte, el Gral. Rocha había desbaratado al grueso de las fuerzas porfiristas en La Bufa, acabando así con el movimiento emanado del plan de la Noria.

Por lo demás, con el deceso de Juárez dicho movimiento no tenía ya razón de ser; por lo cual todos los actos y proclamas de don Francisco Cañedo y el coronel Doroteo López, al menos en su última fase, no estaban sino inspirados, por el móvil de consumar el derrocamiento de don Eustaquio Buelna, gobernante por cierto, de lo más íntegro e ilustrado que ha tenido Sinaloa.

Después del desastre de la Bufa, el 26 de julio, don Porfirio Díaz llegó, en una traza lamentable, a Acaponeta, solamente acompañado de tres o cuatro oficiales. Hallándose en este lugar recibió la noticia de la muerte de Juárez, por lo que pronosticó, al efecto, el fin de la contienda. El día 28 del propio mes el Gral. Díaz arribó a El Rosario, de ahí continuó su marcha a Concordia y Culiacán, en tránsito para Chihuahua.

Restablecido el orden legal, el Lic. Buelna se hizo cargo nuevamente del poder el 5 de febrero de 1873, y por primera providencia trasladó la capital de Mazatlán a Culiacán el 20 de marzo, con apoyo en un decreto del Congreso local. Por el mes de junio de 1874 este gobernador, al realizar un viaje de inspección y vista por los distritos del norte del Estado, llegó hasta la villa de El Fuerte, y el 11 de Mayo de 1875 renunció a su cargo.

La Revolución Tuxtepecana

Al fallecer don Benito Juárez, por ministerio de Ley se hizo cargo interinamente de la Primera Magistratura de la Nación don Sebastián Lerdo de Tejada, en su carácter de presidente de la Suprema Corte de Justicia. Mas, por resolución del Congreso Federal, el señor Lerdo habría de continuar ejerciendo hasta el 30 de noviembre de 1876, fecha en que concluía el período constitucional.

Llegada le época de las elecciones, una vez más, esta función vino a turbar la paz pública en razón de que el presidente Lerdo quiso arraigarse en el poder, reeligiéndose. Los comicios se efectuaron en julio de 1876. Pero, al encauzarse los trabajos electorales y una vez perfilada la candidatura lerdista, desde el comienzo de ese año principió a tomar forma la rebelión armada contra el gobierno. El Gral. Fidencio Hernández acaudilló el plan de Tuxtepec, proclamado en Ojitlán el 10 de enero, plan que el Gral. Porfirio Díaz, al ponerse al frente del movimiento y de su partido, reformó en el campamento de Palo Blanco, el 21 de marzo del mismo año. El plan de Tuxtepec reformado en Palo Blanco, del que emanó el gobierno del Gral. Díaz, definía las siguientes orientaciones políticas fundamentales: el principio de la no-reelección del presidente de la República y de los gobernadores, en tanto que no se hiciera la reforma constitucional correspondiente; la supresión del Senado, y el respeto a la Constitución del 27, al acta de reforma promulgada el 25 de septiembre de 1873 y a la ley del 4 de diciembre de 1874.

Desencadenada ya la guerra civil y consumada la imposición oficial de Lerdo por Lerdo mismo, en Sinaloa el coronel Francisco Cañedo, que en ese tiempo era diputado al Congreso de la Unión, representando al Estado, se adhirió a la revolución Tuxtepecana, pronunciándose en Culiacán la noche del 11 de julio de 1876. La sublevación de Cañedo, la cual sin tardanza se propagó a los distritos del norte, reconoció como jefe supremo de la causa en Sinaloa, al Gral. Donato Guerra.

La fe en Lerdo acabó por perderse en Sinaloa, por aquellos que desde la época de Juárez defendieron la legalidad de las administraciones instituidas. En conexión con los sucesos de Culiacán, por acá en El Fuerte se pronunció Emilio Ibarra, con los elementos que había traído de

la Baja California; pero fue desconocido y abandonado finalmente por sus soldados, que se negaron a seguirlo. Por ese tiempo don Francisco Orrantia y Sarmiento, declarado a favor de la causa porfirista o Tuxtepecana, dio alcance y derrotó en Bacayopa, a un coronel Pinzón, de filiación contraria Y en Ahome el coronel Patricio Robles, también secundó el movimiento Tuxtepecano de Culiacán.

Al pronunciarse, cañedo se dirigió hacia los distritos del norte, acuartelándose en San José de Gracía con cuatrocientos hombres; pero ahí licenció sus fuerzas, reservándose para mejor oportunidad, en virtud de la completa derrota, que el 19 de agosto el teniente coronel Bernardo Reyes le infligió en Tameapa, por el rumbo de Badiraguato, al Gral. Donato Guerra.

El 20 de julio el Gral. Francisco O. Arce, Gobernador y Comandante militar del Estado, por parte del gobierno lerdista, declaró a Sinaloa en estado de sitio y llegó a dominar la situación en toda la entidad. El 25 de noviembre estalló en Culiacán un nuevo pronunciamiento encabezado por el prefecto y comandante militar de la plaza, coronel Jesús Ramírez Terrón, jefe del 22º batallón, sumándose a los Tuxtepecanos. A este pronunciamiento se adhirió, en nuestro distrito, don Lorenzo Torres, quien se posesionó de El Fuerte, desplazando hasta Alamos a la guarnición federal, que custodiaba la plaza. El cuartelazo del coronel Ramírez, aunque de significación, en realidad era ya extemporáneo puesto que, con la derrota que sufrió el grueso de las tropas gobiernistas al mando del Gral. Ignacio Alatorre, batidas por el Gral. Porfirio Díaz en las lomas de Tecoac, el 17 de noviembre de ese mismo año de 1876 y con la salida del presidente Lerdo de Tejada para los Estados Unidos el día 20, la revolución Tuxtepecana vio consumado su triunfo militar, que fincó la prolongada gestión administrativa y política del nuevo régimen.

Bajo este régimen, que abjuró de los principios que le valieron su exaltación, pero que por otra parte imprimió al país un vigoroso impulso económico, se cimentaba en Sinaloa nuevamente el orden legal, a partir de las elecciones efectuadas el 15 de abril de 1877. El sufragio favoreció ampliamente al coronel Francisco Cañedo con el cargo de gobernador y con el de vicegobernador a don Roberto Orrantia, vecino de

El Fuerte, tomando ambos posesión de sus puestos el día 4 de julio. En 1880, ya para terminar la administración de Cañedo, se efectuaron las elecciones para gobernador, resultando electo para el siguiente período, de un cuatrienio, el Ingeniero Mariano Martínez de Castro.

Organización Política, y Administrativa

División política

La prefectura del distrito del Fuerte, antes de 1870, tenía en su jurisdicción dos partidos, el de Choix y el de Mochicahui, a cargo de sus respectivos directores políticos que dependían del prefecto. En el orden municipal existía solamente un ayuntamiento, radicado en la cabecera del distrito Y en cuanto a las funciones judiciales, se hallaban éstas encomendadas, en la cabecera del distrito, a un juez de primera instancia nombrado por el Tribunal, por un término de cuatro años. Un distrito judicial se dividía entonces, en alcaldías, habiendo en cada cabecera un alcalde electo popularmente y que, aparte de sus funciones netamente judiciales, desempeñaba las de agente inmediato de la autoridad política de la municipalidad en cuestiones administrativas, excepto en las cabeceras de las municipalidades, en que sólo ejercían de jueces. De esta suerte, un documento del año de 1865 que obra en los expedientes municipales de El Fuerte, revela que dependían de la sección municipal de esta cabecera las alcaldías de Chinobampo, Tehueco y Sivirijoa, de la sección de Choix las alcaldías de Baca, Toro y Aguacaliente y de la de Ahome, la alcaldía de Mavari, San Miguel y Mochicahui.

El 11 de enero de 1870, se expidió la nueva Constitución del Estado, conforme a la cual fue reducido a nueve el número de distritos componentes de la entidad, desapareciendo el de Badiraguato, el cual fue nuevamente constituido el 5 de enero de 1875. Los distritos habrían de dividirse en municipalidades, éstas en alcaldías y las alcaldías en celadurías. Una municipalidad, de acuerdo con la ley, no debería tener menos de tres mil habitantes y los ayuntamientos correspondientes deberían estar integrados por un número de tres a siete regidores, electos popularmente. De este mandato constitucional emanó la formación de tres municipios dentro de nuestro distrito, con sus ayuntamientos compuestos

de cinco ediles cada uno, y dichos distritos eran: El Fuerte, Choix y Ahome, con un conjunto de diecisiete alcaldías y setenta y dos celadurías. Continuaron subsistiendo las prefecturas y las directorías políticas, pero con la modalidad de que los prefectos serían designados por sufragio popular y no por el gobernador, como anteriormente se hacía.

La Constitución se reformó nuevamente el 29 de octubre de 1880, y de acuerdo con ella, por decreto de fecha 8 de noviembre de dicho año. Se disponía la extinción de todos esos pequeños municipios, por lo cual, los ayuntamientos habrían de proceder a formar los inventarios de sus propiedades, muebles, archivos y enseres, para su entrega al ayuntamiento de la cabecera del distrito, único que quedaría subsistente en la demarcación, como anteriormente disponía también esta Constitución, por lo que en lo sucesivo, los prefectos serían nombrados y removidos libremente por el gobernador, y los alcaldes serían nombrados por el Tribunal, de una terna que propusieran los prefectos. Se le señalaban como atribuciones al prefecto, las de publicar y hacer publicar las leyes, decretos u órdenes del ejecutivo, cuidar de la tranquilidad pública y ejercer las demás funciones que le señala la ley orgánica correspondiente.

Municipalidad del Fuerte

Al practicarse la división municipal del distrito del Fuerte, la municipalidad de su nombre quedó entonces definida por las siguientes colindancias: al noroeste, el distrito de Alamos; al norte, el municipio de Choix; al sureste, la municipalidad de Ocoroni, perteneciente al distrito de Sinaloa, y al suroeste, el municipio de Ahome. La cabecera, en su propia villa de El Fuerte.

En la comprensión de esta municipalidad quedaban las cuatro alcaldías siguientes: la Central o del Fuerte, la de Chinobampo, la de Tehueco y las de Sivirijoa.

A su vez la alcaldía Central comprendía veinticinco celadurías, que eran las de: Barotén, Galera, Ocolome, Llano, Cabras, Arroyo, Peñasco, Gípago, Chinoaqui, Maune, Japaraqui, Aguacalientita, Sinaloíta, Lo de Vega, Ojitos, San Felipe de la banda izquierda, San Felipe de la banda derecha y Mezquite.

La alcaldía de Chinobampo, tenía cuatro celadurías: San Lázaro, Realito, Saca de Agua y Zapote.

La de Tehueco contaba con cinco celadurías: Estacas, Beteve, Tesila, Boca del Arroyo y Bajada del Monte.

Y por último, de cinco celadurías se componía también la alcaldía de Sivirijoa: Capilla, Rincón, Buenavista, San Blas y Mulanjei.

En 1873 la alcaldía Central del Fuerte tenía 6,201 habitantes, correspondiendo 3,000 a la villa cabecera. La de Chinobampo 876. La de Tehueco 1,395. Y la de Sivirijoa 998. En conjunto tenía la municipalidad 9,470 habitantes.

Constituían el ayuntamiento cinco regidores propietarios y cinco suplentes y el síndico además, que asistía a las sesiones y participaba en los acuerdos. Se renovaba por mitad cada año, y prestaban atención a los siguientes ramos: Hacienda y Escuelas, Cárcel y Ornato, Comodidad y Policía, Mercado y Abastos, Salubridad Pública y Agua, Beneficencia Pública, Estadística e industria y Diversiones y Paseos Públicos. Las casas consistoriales, o sea el lugar en que se reunía y despachaba el ayuntamiento, se hallaban frente a la plaza, en la esquina suroeste de los solares en que se encuentra edificado el palacio municipal y que eran de la propiedad del señor Darío Orrantia.

Municipalidad de Choix

Era su cabecera la villa de Choix, apellidada de Rubí en honor del Gral. Domingo Rubí; población de la que el Lic. Buelna se expresó elogiosamente en una de sus obras, refiriéndose a su agradable aspecto y a sus mujeres hermosas, de buen trato y muy amantes de instruirse.

Las colindancias de esta municipalidad eran: por el norte y noroeste, los estados de Chihuahua y Sonora; al sureste, las municipalidades de Ocoroni y Bacubirito, del distrito de Sinaloa, y al sur-suroeste, la municipalidad del Fuerte.

Sus alcaldías eran ocho: la Central o de Choix, Toro, Baca, Baimena, Aguacaliente, Yecorato, Bacayopa y Huitis. Y sus celadurías treinta y ocho, como siguiente:

Nueve la alcaldía de Choix: Tasajera, Bajósori, Babuyo, Tacopaco, Ranchito, Potrero, Guadalupe, San Pantaleón y Toipaco.

Cinco la de Toro: Bayehuei, San Javier, Viuda, Cabaiguaza, Maiculi.

Seis la de Baca: Aguacaliente, San Antonio, Zataqui, Paparaqui, Rincón y Loretillo.

Dos de Baimena: Guayaba y Estancias.

Cinco de la Aguacaliente: Cajón, Rincón, Colexio, Aguajito y Santa Ana.

Tres la de Yecorato: Las Minitas, Potrero y Ranchito

Dos la de Bacayopa: Píchol y Laureles

Y seis la de Huitis: Descanso, Rosario, Guaza, Bacapaco, Macorihuy y Molinos.

En 1873 tenía este municipio 8,538 habitantes, correspondiendo a la alcaldía Central 3,438, a la de Baca 1,881, a la de Baimena 656, a la de Toro 819 a la de Aguacaliente 477. El dato correspondiente a la alcaldía de Huitis no se especifica en vista de que, con anterioridad al censo, su demarcación pertenecía a la alcaldía de Baca.

Municipalidad de Ahome

La cabecera de este municipio era el pueblo de Ahome, situado a tres leguas del lugar donde en aquella época desembocaba el río, y a veinte leguas de la cabecera del distrito. Colindaba por el noroeste con el distrito de Alamos, por el noreste con la municipalidad del Fuerte, por el sureste con el municipio de Guasave, distrito de Sinaloa y por el suroeste con el Golfo de Cortés.

Cinco alcaldías eran las integrantes de esta municipalidad: la Central o de Ahome, la de Mochicahui, la de San Miguel, la de Mavari y la de Higuera de Zaragoza, que abarcaban catorce celadurías, distribuidas en esta forma:

Alcaldía de Ahome, siete: Azarime, San José, Huimínimi, Bateve, Asinagua, Bachomobampo y San Antonio.

Alcaldía de Mochicahui, dos: Sebelbampo y Charay.

Alcaldía de San Miguel, dos: Las Cruces y Tabelojeca.

Alcaldía de Mavari, una: San Pablo.

Alcaldía de Higuera de Zaragoza, dos: Algodones y Capilla.

La población de la municipalidad era, en 1873, de 5,609 habitantes, correspondiendo 965 a la alcaldía de Ahome, 1,671 ala de Mochi-

cahui, 1,160 a la de San Miguel, 1,132 a la Mavari y 671 ala de Higuera de Zaragoza.

Según constancia de aquella época, el ayuntamiento tomó importantes acuerdos administrativos, que por su esencia histórica conceptúo de conveniencia referir.

En la sesión efectuada el 12 de febrero de 1879, que presidió don Lauro Castro, se acordó abolir las alcabalas, se nombró una comisión integrada por los ediles Zacarías Ochoa y Paulino Castro, para que elaboraran el presupuesto de gastos municipales, y se resolvió que en cada alcaldía debería haber una escuela, a cuyo efecto quedaba reservada la mitad de los ingresos en cada pueblo para la escuela del lugar, facultándose a los alcaldes para recibir las contribuciones municipales y separar desde luego, la mitad destinada a la escuela de su alcaldía. Pero el acuerdo que derogaba las alcabalas quedó revocado en la sesión del 5 de junio del mismo año, en vista de que el Gobierno del Estado restableció tan impopular tributación.

El reglamento de Hacienda, que fue presentado a la consideración del ayuntamiento el 11 de febrero del año que se cita, se decretó el día 11 de marzo. Consta el Reglamento de treinta y seis artículos y se establecen en él los propios y generosos, sobre los que recaen los ingresos o tributos, y que son:

Los montes, pastos, ejidos y demás reconocidos como propiedad del Ayuntamiento.

Los solares según su ubicación, dentro de tres órdenes que se fijan, pagarían por adjudicación a razón de un cuarto de centavo por cada vara cuadrada, un dieciseisavo y un treintaiseisavo, según su clase.

Por el reconocimiento y sello con que se legalizaran las medidas, pagarán anualmente los que hagan uso de ellas las siguientes pensiones: por la vara de medir, $0.75; por romana $0.75; por balanza de menos de arroba, $0.50; por almud $0.25; por cuarterón $0.12.1/2; por cuartillo de medir líquido; $0.50; por almud, $0.75; por medio cuartillo de medir, $0.37.1/2; por un cuarto de cuartillo, $0.18.3/4. Cada año en el mes de enero, la comisión del fiel contraste visitará los establecimientos y giros, para sellar los instrumentos de medir y pesas.

Pagarán las tiendas en que se expende toda la clase de lencería, seis reales por mensualidades adelantadas. Los expendios de licores embriagantes, por mayor o menor, cualquiera que sea su categoría, pagarán cuatro reales en los mismos términos (por mes y adelantados). Cada una de las mesas de vendimia que se lleve a los bailes y demás diversiones públicas pagará un real cada vez. Toda persona ambulante que expenda licores embriagantes pagará por patente que les expida la Tesorería Municipal, un peso por mes.

Los terrenos de siembra pagarán por almud de sembradura, un real en terreno alto y seis reales en terreno de humedad, como impuesto anual. Las tomas de aguas de canales que corten caminos públicos sus propietarios pagarán un peso anual. Todo tren de vinatería o molino de caña en uso, pagará un peso anual.

La plaza, en tiempo de plazas públicas, se rematará al mejor postor, en almoneda pública (En 1870 fue adjudicada al C. Cristino Cuevas, mediante el pago de $14.00). Las sociedades que se establecieren, pagarán cada mes, lo siguiente: por cada mesa de billar, $1.00; juegos de baraja, $0.50; juego de mesa de lotería, $0.50; todo pagará durante el tiempo que se halle en uso. Los empresarios de diversiones públicas pagarán: por cada función de teatro, $1.50; por cada función de circo, $1.25; por cada función de maromas, $1.00; por licencia para bailes. $0.75.

Por degüello de reses un real por cabeza y cuota igual por cerdos y carneros. Por las vacas que se ordeñen dentro de las poblaciones, sus dueños pagarán un real por la temporada, por cada animal. Las panaderías pagarán dos reales por bulto. La introducción de efectos, sujeta al pago de las cuotas siguientes: las introducidas para expenderse dentro de la municipalidad quedan libres de todo derecho, pero las que se saquen para otros lugares pagarán un real por carga de fanega y media; las cargas de vaquetas pagarán uno y medio real, computándose ocho en carga; el jabón de unto y queso pagará dos reales por carga de fanega y media; las cargas de vaquetas pagarán uno y medio real, computándose ocho en carga; el jabón de unto y queso pagará dos reales por carga; las computándose ocho en carga; el jabón de unto y queso pagará dos reales por carga; las frutas curtidas del país que se introduzcan por barril, pa-

garán dos reales por carga; las frutas curtidas del país que se introduzcan por barril, pagarán un real por bulto; los aceites, licores y vinos embotellados extranjeros pagarán dos reales por bulto de barril, y dos reales los embotellados; por cada arroba de tabaco elaborado que se introduzca se pagará un real; la carga de Harinas de doce arrobas pagará dos reales; la panocha que se exporte para otro Estado pagará un real por carga; el azúcar, arroz, café del país o extranjero, así como las frutas pasadas del país, pagarán dos reales por bulto; la loza del país, dos reales por carga; toda clase de fruta fresca pagará medio real por bulto.

Al final del propio ordenamiento, se determina que el tesorero municipal será el encargado de colectar los arbitrios y el responsable por su negligencia, de las violaciones o irregularidades que ocurran.

El ayuntamiento designó también, en otra de sus sesiones celebradas en aquel año, a don Ramón Castro Armenta y a don Atanasio Robles, en comisión para que formularan el proyecto del Bando de Policía y Buen Gobierno, municipal. En el Bando aparecen, entre otras contenidas en sus trece artículos, las siguientes disposiciones: Quedaban prohibido los juegos de naipes, los de azar y los de envite y revite. Quedaba prohibido el juego pernicioso llamado palillo, se prohiben las festividades públicas o privadas, sin la correspondiente licencia del Ayuntamiento. Bajo ningún pretexto se podrán vender licores embriagantes desde la salida del sol en los domingos, hasta la salida del sol en los lunes. Se prohibe la cría de ganado mayor y menos y caballar, tanto en las poblaciones como cerca de las tierras de labranza. Nadie podrá matar reses sin el previo conocimiento de la autoridad. Los individuos que se encuentren en la municipalidad sin modo honesto de vivir, serán considerados como vagos y sancionados con destino a obras públicas o serán remitidos al prefecto para que se les aplique la ley penal. Nadie podrá en las poblaciones de esta municipalidad portar armas cortantes o de fuego, ni podrá disparar tiros sin un pretexto legal. Todas las autoridades tienen la obligación de exhortar a los vecinos de cada lugar para que limpien los caminos públicos y transcurridos acostumbrados y de la misma manera obligar a los propietarios de acequias, a que pasen caminos públicos para que pongan puentes y repongan los que están en mal estado. Todos los perturbadores del orden

público, sea con palabras obscenas o insultos a las personas pacíficas, caen bajo la sanción de multa o trabajo en obras públicas. Es deber de todo ciudadano prestar su auxilio a la autoridad que lo solicite y los ciudadanos por sí, podrán aprehender a los malhechores y presentarlos a la autoridad correspondiente. Quedan encargados los jueces y celadores, en cada lugar, de hacer cumplir las disposiciones del presente Bando, dando cuenta al presidente del Ayuntamiento y mandando los jueces y celadores, en cada lugar, de hacer cumplir las disposiciones del presente Bando, dando cuenta al presidente del Ayuntamiento y mandando entregar las multas al tesorero municipal.

Referencias concretas de la existencia de este municipio se tiene por los archivos, desde 1873 a 1878, por oficio de 20 de febrero, el Ayuntamiento de Ahome comunica al del Fuerte el resultado de las elecciones de sus regidores. En los documentos que examiné aparecen desempeñando la presidencia del ayuntamiento los señores Lauro Castro (1878-1879), J. Mariano Carlón (1879), Zacarías Ochoa (1880). La casa consistorial o del ayuntamiento, se hallaba entonces en el solar en que se levanta la cárcel de la población de Ahome.

En vista de que, por decreto expedido por el Congreso del Estado con fecha 8 de noviembre de 1880, se prevenía la disolución de los ayuntamientos y la consiguiente desaparición de las municipalidades de última creación, para que como antes quedara una sola en cada distrito, el 3 de diciembre de ese año el Ayuntamiento de Ahome celebró su última sesión, en la que se acordó remitir los archivos a la comuna de El Fuerte, como se hizo en efecto al día siguiente, bajo inventario.

Municipalidad de Mochicahui

Fue creada esta municipalidad en 1878, y según consta en el acta del Ayuntamiento, fechada el 7 de agosto de ese año, estaba constituida por la alcaldía de la cabecera, o sea de Mochicahui, y las de San Miguel, Charay y Sivirijoa.

En otra acta, de fecha 1º de enero de 1879, la cual como la antecedente se conserva en el viejo archivo municipal de la ciudad de El Fuerte, aparece haber resultado electo presidente del ayuntamiento el

C. Francisco Orrantia y Sarmiento y vicepresidente el C. Teodoro Miranda. Integraban la corporación edilicia tres miembros propietarios y tres suplentes, más el síndico. Las comisiones para la atención de los ramos municipales se reducían a tres: la de Hacienda, la de Cárcel y Ornato y la de Escuelas y Policía. Fueron presidente municipales don Francisco Orrantia y Sarmiento, don Teodoro M. Valenzuela, don Sotero Torres y don Herculano Borboa, sucesivamente. Secretarios del ayuntamiento lo fueron, primeramente don Emeterio Luque y después don Francisco de P. Alvarez. Y Como tesoreros municipales actuaron, en su orden, don Crispín Borboa, don Ignacio Zavala y don Manuel Alatorre.

El 27 de agosto de 1879, el ayuntamiento expidió un decreto relativo a terrenos baldíos; y de acuerdo con las prescripciones en él contenidas expidió títulos de propiedad, a buen número de denunciantes de solares parcelas.

En la sesión de 5 de junio de 1880, se aprobó el presupuesto de egresos del municipio, para los 7 meses restantes del año, con un importe total de $937.44, que se distribuye en las seis partidas siguientes: Primera. Secretaría del Ayuntamiento (1 secretario con sueldo mensual de $12.00, y Renta de local y gastos $3.00 por mes); Segunda Gastos de Recaudación (8 por ciento de honorarios); Tercera. Instrucción Pública (1 preceptor para cada una de las siguientes escuelas de niñas: Mochicahui, Sivirijoa, San Miguel y Caray, a razón de $15.00 mensuales cada uno); Cuarta. Policía (1 agente que hará las veces de mozo de oficio del ayuntamiento y los juzgados, a $8.00 mensuales); Quinta. Jueces conciliadores (1 juez menor en cada una de las alcaldías, a $8.00 mensuales), y Sexta. Gastos Extraordinarios (para elecciones y demás gastos imprevistos $35.00 en total).

Procediendo en la misma forma que el ayuntamiento de Ahome, e indudablemente también el de Choix, al declararse la extinción de los pequeños municipios, la comuna de Mochicahui remitió a la de El Fuerte, con un oficio fechado el 26 de noviembre de 1880 y suscrito por el presidente municipal, C. Herculano Borboa, ocho actas de sesiones y dos documentos relativos a denuncios, que era todo lo poco que constituía el archivo de esta municipalidad al momento de fenecer.

Asuntos generales administrativos.

Los nombres de los prefectos políticos del distrito, que actuaron en el curso de la presente etapa histórica y que me ha sido dable obtener son los de: José Corona (1867-1869), Cirilo Ibarra (1873), Leonardo Ibarra (1873), José Ma. Torres (1878), Lorenzo Torres (1878), Juan B. Amarillas (1878), José Sánchez Pareja (1878-1879), Gregorio Delgado (1879), Felipe Madariaga (1879) y Darío Orrantia (1880).

Como directores políticos de Mochicahui aparecen: Patricio Robles (1886), Leoncio Ruiz, Manuel Alatorre, Refugio López y Francisco Izábal Bátiz. Esta directoria subsistió hasta 1895.

Entre los directores políticos de Ahome figuran: Emeterio Luque (1873), Teodoro Miranda (1879) y Froilán Luque (1880).

En cuanto a los directores políticos de Choix, no se hallaron datos

El lema oficial que se consagró al triunfo de la revolución Tuxtepecana y que aparece en los distintos documentos municipales de la época, era el de "Libertad y Constitución", o "Libertad en la Constitución". La protesta que debían rendir los funcionarios públicos, se hacía conforme a la fórmula implantada por la administración Tuxtepecana, conforme a la cual se interrogaba al otorgante: ¿Protestáis sin reserva alguna guardar la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, las adiciones y reformas a la misma, el Plan de Tuxtepec y la Constitución particular del Estado, así como desempeñar fiel y debidamente el cargo de...". El juramento que anteriormente se hacía en nombre del Altísimo, había ya quedado proscrito desde la expedición de las Leyes de Reforma, por las que se declaró la separación entre la Iglesia y el Estado.

El 22 de mayo de 1869 el obispo de Sonora, don Pedro Loza y Pardavé, en acatamiento a las órdenes que le comunicara el día 15 de ese propio mes y año el gobernador del Estado, expidió una circular, mandando a los párrocos cumplir con las disposiciones de exigir, antes de bautizar, el certificado del registro civil, lo mismo que para el matrimonio la correspondiente acta civil. En El Fuerte, el registro civil quedó establecido desde el año de 1861 y las actas, a partir de la fecha indicada, se hallan bien coleccionadas y con sus índices, en el archivo de la oficina local respectiva.

En materia de ornato, en la cabecera del distrito, el Bando municipal de 12 de julio de 1868, en su artículo 22, señalaba un plazo al 15 de diciembre, para que se blanquearan las fachadas y se construyeran banquetas en las casas de "canales". Eran estas casas, las mejores de entonces, de sencillo estilo colonial, hechas de piedra, con sus fachadas lisas o sea sin cornisas, y con "canales" al exterior, para la descarga de las aguas pluviales.

Pero en cuestión de ornato las obras únicas que se impulsaban, o al menos las más significadas, eran las correspondientes a la plaza de armas de la mima villa de El Fuerte. En este respecto se iniciaron algunas mejoras, según los expedientes municipales, el 2 de junio de 1859, pero las cuales bien pronto y por largo tiempo hubieron de quedar suspendidas con motivo de la guerra civil y la de intervención; pues no aparece noticia alguna, sino hasta el 30 de noviembre de 1868, fecha en que se efectuaban ciertos trabajos. Se prosiguieron estos en 1869, pues consta documentalmente que al ocurrir un desorden, el 24 de marzo de ese año, se extraviaron las herramientas o útiles con que se ejecutaban dichas obras. En 1870 el Ayuntamiento adquirió de su legítimo dueño, por medio de compra, el terreno que ocupaba la plaza. El 31 de marzo del mismo año se compraron dos mil losetas de ladrillo, en veinticuatro pesos, para enlosar la parte del centro, en la que se hallaba la famosa y pintoresca "marmota", nombre que se le daba a un farol grande colocando al extremo de un poste. En agosto se instalaron varios faroles, con sus bases, columna y lámparas de petróleo, al terminar el año ya tenía la plaza su banqueta perimetral y su cercado. El cuerpo edilicio en su sesión del día 1º. de diciembre, le reconoció a don Francisco Orrantia y Sarmiento la cuenta que presentó, relativa a estas obras, por la cantidad de $373.28. Finalmente, a principios del año siguiente, también le fue cubierta al dicho señor Orrantia, otra cantidad por igual concepto.

Entre las diversas disposiciones dictadas por el Ayuntamiento, figura la del 14 de noviembre de 1869. prescribe que todo dueño de solar, poblado o despoblado, presente sus títulos de propiedad, debiendo aquellos que no los tuvieren ofrecer prueba de haberlos tenido para que calificando el Ayuntamiento los méritos y tomando en consideración la

posesión inmemorial de los primeros pobladores, conforme al plan de propios y árbitros, del año anterior, les fueran revalorizados o repuestos, mediante el pago de dos pesos, más el valor del papel sellado, Previene además que los solares que en lo sucesivo se registren, se clasificarán como de primera clase los que se hallaren en las calles principales de la 1ª, 2ª, 3ª, y 4ª sección; en la segunda, los que estén en la prolongación de la calles citada, que corresponden a la 5ª, y 6ª sección; en la tercera, los que estén sobre callejones angostos, y en la cuarta, las tierras de cultivo y canales afuera. Los límites de la zona de la población de El Fuerte, o esa la delimitación del fundo legal, se hacía de la siguiente manera conforme a este ordenamiento; Al noroeste, arroyo de Guaiparime; al este, la cordillera de lomas del Camposanto; al sur, una línea que pariendo desde el río y siguiendo el cerco del C. Miguel M. Ceceña, remata en la cordillera de lomas citadas, y al oeste, el río. La tarifa de pago establecía: para los de la primera clase, un centavo por vara cuadrada; para los de la segunda, medio centavo; para los de la tercera, un cuarto de centavo, y para los de la cuarta, la décima sexta parte de un centavo por vara cuadrada, o sea un centavo por cada porción de dieciséis vara cuadradas. Según el acta correspondiente, a esta sesión del 14 de noviembre, concurrieron los secretarios: Vega, Rivera, Trasviña, Valdez y además, el síndico.

Según lo manifiesta el corte de Caja formulado por la Tesorería Municipal, correspondiente el año de 1869, los ingresos ascendieron a la cantidad de $2,017.02.1/2, y los egresos a $1,99.02 los ramos de ingresos fueron: Diversiones públicas, Derechos de peaje, Derechos de registro, Multas, Giros, mercantiles, Censo enfitéutico, Contribución de escuelas, Contribución de ordeñas, Contribución federal, Donativos, Fiel contraste, Plaza de Ocolome, Expedición de Títulos, Establecimientos industriales y Venta de Bienes mostrencos.

En ese tiempo no había más escuela en todo el distrito, que una de enseñanza primaria en la villa de El Fuerte, a cargo de un preceptor titulado que ganaba $50.00 al mes, pagado por el vecindario. En 1870 estaba la escuela a cargo del profesor Rafael A. Revilla, y en ella se impartían las siguientes materias: Lectura y Ortología, Escritura Inglesa, doctrina Cristiana, Aritmética, Gramática Castellana, Gramática Francesa, Geo-

grafía Universal (curso elemental) Geografía de México (curso especial), Teneduría de Libros y Música Vocal, en 1879 dicha escuela, estaba a cargo del profesor oficial: Silabario Metódico, Libro Segundo de Lectura, Libro Tercero de Lectura, Compendio de Gramática Castellana, Cuatro Reglas Fundamentales de la Aritmética, Escritura correcta diferentes formas, Catecismo Histórico, Libro de Niños y Geografía Elemental. Ya para este año cada alcaldía de los cuatro municipios que a la sazón había en el distrito, tenía su escuela.

Comercio, agricultura y comunicaciones

En aquella época se abastecía de sus mercaderías el comercio regional por la vía marítima. Las principales plazas de comercio eran las de El Fuerte en primer término y las de Choix y Mochicahui. Los buques llegaban con sus cargamentos a la Boca del Médano o al puerto de Bacorehui, bahía de Agiabampo, procedentes de Mazatlán, de Guaymas y de la Baja California, y de ahí las mercancías eran transportadas a Alamos y El Fuerte en su mayor parte, en carretas.

Mazatlán era el principal centro abastecedor, a donde llegaban directamente y con alguna frecuencia las llamadas "expediciones", de China y Europa. Desde que San Francisco, California adquirió importancia y absorbió el comercio de Asía, a Mazatlán únicamente arribaban cada año las "expediciones" europeas, en barcos veleros que tardaban en hacer la travesía, de cuatro a seis meses, rodeando por el Cabo de Hornos; en tanto que de San Francisco se recibían mes por mes los cargamentos de mercancías de origen asiático, norteamericano y hasta europeo.

Mencionamos en el capítulo anterior, que en la época en que don Rafael de la Vega y Rábago fue gobernador, se expeditó el camino nacional de uno a otro extremo del Estado, el cual más tarde fue la ruta que recorrían las diligencias, y que partiendo de El Fuerte, rumbo al sur, pasaba por Canutillo, Montoya, Lo de la Vega, Los Ojitos, Tasajera, Ocoroni, Sinaloa, etc. A Mediados de 1870, por mandato del Gobernador del Estado, se hizo el acondicionamiento del camino de San Blas a Ocoroni, tramo que se aprovechó también por la corrida de las diligencias que llegaban a El Fuerte procedentes de Culiacán, pero desviándose en Oco-

roni rumbo a San Blas, para continuar por Sivirijoa y Tehueco hasta el punto de su destino. Los caminos vecinales del distrito, que enlazaban sucesivamente los pueblos desde Choix hasta la costa, por disposición gubernamental se arreglaron en 1873, por los ayuntamientos de Choix, El Fuerte, Ahome y por los directores políticos. En los trabajos camineros, los peones devengaban un salario de dos y medio reales (treinta centavo) y el mayordomo ganaba doce reales (un peso cincuenta centavos) diarios, jornales que seguramente eran superiores a los que correspondía a los peones agrícolas.

La agricultura estaba en aquel tiempo muy poco desarrollada y diversificada. Las siembras tradicionales eran las de temporal en la época de lluvias, y las de los terrenos en la época de lluvias, y las de los terrenos de humedad para los llamados "veranos". Sin embargo, en la región de la costa, principiaba a desenvolverse la agricultura basándose en el riego, para lo cual existían ya algunas acequias o pequeños canales que permitían utilizar las aguas broncas o de avenida del río. Se dice que el primer canal de esta naturaleza que se abrió en la comarca fue el de don Ramón Robles, precisamente en Las Cruces, punto inmediato a Cachoana, habiéndose utilizado en la excavación palas hechas de madera de guayacán.

El Año del Hambre

En la cronología sinaloense, son memorables tres acontecimientos notables o tres fechas, que son: el año verde (1844) y el año del cólera (1851) ya mencionados en otro lugar, y el año del hambre, de que ahora se hablará.

En el año de 1877 Sinaloa padeció una terrible sequía, casi no llovió en la estación de aguas y por este motivo se perdieron las cosechas y escasearon los pastos. Consecuentemente sobrevino una extrema escasez y carestía de los artículos de primera necesidad para la subsistencia del pueblo, como son el maíz, el frijol, la manteca y la carne. El gobierno federal envió algunas cantidades de dinero para la compra de cereales, mas esos fondos no bastaron para remediar las grandes necesidades que la gente padecía; se recuerda que se presentaron situaciones semejantes en las provincias de Sinaloa y Ostimuri, en los años de 1739, 1748 y 1784, época colonial.

Refiere el Lic. Buelna, que el pueblo sufría horriblemente, compraba maíz a seis reales, a peso y hasta doce reales el almud (7.568 litros), cuando su miseria le dejaba algún recurso pecuniario para hacer esa adquisición, e imputaba al Gobierno indolencia y aún complicidad en el escamoteo que se suponía se estaba haciendo con los fondos destinados a remediar tan grandes necesidades. El hambre se hizo sentir y más fuerte en 1878, a medida que se iban consumiendo y agotando las pocas semillas de que disponía, dándose el caso insólito de que algunas personas murieran de inanición, en los distritos del Fuerte y Sinaloa, y que otras se enfermaran debido a que se alimentaban con biznaga pura o mezclada con maíz. En marzo de 1878 se amotinaron más de quinientos individuos en la villa de El Fuerte, aguijoneados por el hambre, que ahogaban en sus brazos descarnados a la gente menesterosa.

La miseria y depresión general se produjo en todo el distrito, y tales circunstancias se advierten consignadas en el acta relativa a la sesión que, con fecha 11 de agosto de 1879, celebró el Ayuntamiento de Ahome y la que al respecto expresa: "También contribuyó a esta falta de ingresos en el Tesoro la indescifrable (sic) miseria en que estaban sumidos todos los habitantes desde hacía dos años por la escasez de víveres, con muchas dificultades pudieron sobrevivir, muchos han perdido todo lo que tenían, los rancheros perdieron sus ganados, siembras casi no había, gran parte de la población se emigró para las minas de la Baja California, he aquí la razón por la que al Tesoro Municipal nada ingresó. Con confianza esperamos que estas causas ya cesarán y las rentas de Municipio se regularicen también".

Piratas

Una señora muy respetable, (doña Isaura Vega Vda. de Tays) refiere en sus pláticas evocadoras de muy lejanos tiempos, que unos piratas hicieron su aparición en la isla de Santa María, frente al rancho de Asinagua, el cual era entonces de la propiedad de los Ibarra y los Gaxiola, de El Fuerte, Don Ramón Gaxiola, el caporal de dicho rancho, cuando informado por unos pescadores supo de le extraña presencia de esas gentes – piratas, pseudopiratas o más bien creo, contrabandistas – y del

sitio en que se hallaban, como hombre astuto, valiente y decidido se propuso capturarlas. Para ello y auxiliado de sus vaqueros, bien armados todos; esperó las sombras de la noche a fin de sorprenderlas en su propio campamentos; en esta forma pudo aprehender a los llamados piratas, cuando se hallaban confiadamente entregados al sueño y con sus armas puestas en pabellón. De lo ocurrido se dio parte al prefecto de El Fuerte, quien ordenó que fuera recogido cuanto tenía los apresados y que les dejara en libertad.

Las consejeras dicen también que, antiguamente, se registraban desembarcos de piratas por el rumbo de Cumichi, la Biznaga y la Isla Partida. Esas playas están llenas de historias relacionadas con enterramientos de tesoros, atribuidos a los bucaneros. Se tiene por cierto que éstos desembarcaban en las playas aludidas y que ahí se internaban hasta los cerros próximos a ellas, con el fin de ocultar sus tesoros. Por esta razón seguramente algunas gentes iletradas, que por otra parte, sin duda alguna ignoran el origen indígena de los petroglifos, supone que los que existen en la sierra de San Pablo no son sino marcas o señales indicadoras de los escondites en cuyo lugar se hallan los tesoros o supuestos frutos de la piratería; y esto las induce a buscar en esos sitios tan codiciados entierros.

Por los años de los sesenta Topolobampo, era, según se dijo antes, un puerto de contrabandistas por donde sacaban sus metales algunas de las minas de la vecina sierra de Chihuahua. Y hasta parece ser, que en alguna ocasión esta bahía o la de San Ignacio, sirvió de albergue a los corsarios que en los siglos dieciséis y diecisiete infestaban la Mar del Sur, en acecho de las naos que procedían de las Filipinas. Vimos atrás que, en 1615, los corsarios de Cromwell, nombrados “pichilingües”, atacaron al capitán Juan de Iturbi, quitándole una de las dos naves con que venía a bucear perlas en el Golfo de California.

Crowell tuvo primero su refugio en la isla de Cerralbo y posteriormente, en la entrada de la bahía de La Paz, en un islote llamado Pichilingüe, del cual procedía el nombre que se daba a sus corsarios. Según el Lic. Manuel Torre Iglesias, la palabra Pichilingüe proviene de la expresión guaycura “Pichilinguautana” que significa “cerro negro”, debido

probablemente a los yacimientos de azabache que cristalizados en icosaedros y dodecaedros perfectos, de unos veinte Kilates y de tono negro brillante, abundan en los cerros inmediatos. Cromwell acostumbraba refugiarse del viento sudeste a la caída de la tarde en Pichilingüe, en una pequeña bahía hoy destinada a salina natural, que sirve de avanzada a la enorme boca de la bahía de La Paz, boca de más de veinte millas de ancho. Esta costumbre o el aprovechamiento favorable del viento fresco del sudeste, engendraron la leyenda del “Coromuel” por corrupción del nombre inglés, viento que es característico de aquellas costas.

CAPITULO XVI
NUEVO CICLO HISTÓRICO

Con el triunfo del movimiento revolucionario que obedecía al plan de Tuxtepec reformado en Palo Blancos, se abrió para México en su historia, una nueva era que se caracteriza por la ausencia de pronunciamientos, batallas, luchas intestinas y conmociones políticas, o sea por su clima de paz, que propició una prosperidad inusitada en todo el país. Esa fue la época porfiriana cuyo régimen de gobierno degeneró en dictadura, continuismo y negación, cuando ya los tiempos marcaban en cambio otras orientaciones políticas y sociales incontenibles e inaplazables en su realización. De esta suerte el régimen se hizo caduco y no resistió por consiguiente los embates de la Revolución iniciada en 1910, cediendo así el campo a una nueva promoción de ideas, de hombres y de sistemas, con lo cual terminó su papel histórico en los destinos de México.

Siguiendo el orden cronológico de los acontecimientos generales y locales, resulta obligado hacer en el presente capítulo, la reseña de los asuntos concernientes a la administración pública del distrito del Fuerte y al desarrollo económico del mismo, en consonancia con las circunstancias y medios propios de la época.

El orden administrativo

Al expedirse la Ley de fecha 4 de diciembre de 1883, por la H. Legislatura del Estado, se modificó la división política interior de algunos

distritos. La finalidad de la disposición era que ciertas alcaldías pasaran a depender de los centros de población más próximos a ellas y de mayor importancia, para que la acción de las autoridades resultara más eficaz.

Hacia el año de 1866 el distrito del Fuerte se hallaba dividido en tres directorias políticas, que en conjunto comprendían dieciséis alcaldías, con jurisdicción directa éstas, sobre noventa y tres celadurías que las constituían. Según el régimen político de entonces, los celadores estaban subordinados en sus funciones y responsabilidades a sus correspondientes alcaldes, los directores políticos al prefecto político del distrito, y finalmente, el prefecto al gobernador del Estado. En 1906, según el "Anuario Estadístico de Sinaloa" formulado por don Esteban Flores, jefe de la Sección Estadística de atracción pública, dependiente de la Secretaría del Gobierno del Estado, la división política del Distrito era la siguiente:

La directoria Central, o sea la correspondiente a la cabecera del Distrito, se hallaba integrada por las alcaldías de: El Fuerte, Chinobampo, Tehueco y Sivirijoa. La alcaldía de El Fuerte comprendía las celadurías de Barotén, Galera, Llano, Cabras. Arroyo, Peñasco, Gípago, Chinoaqui, Maune, Japaraquí, Aguacalientita, Hornillos, Capomos, Tetaroba, Rincón, Potrero, Cajón, Bamicori, Sinaloíta, Lo de Vega, Ojitos Mezquite, San Felipe (banda izquierda) y San Felipe (banda derecha). La alcaldía de Chinobampo comprendía las de: San Lázaro, Realito, Saca de Agua y Zapote. La de Tehueco, la de: Estacas, Bateve Tesila, Boca del Arroyo y Bajada del Monte. Y la de Sivirijoa, las de: Capilla, Rincón, Buenavista, San Blas y Mulanjei.

La directoria de Choix, con cabecera en la villa de su mismo nombre, se formaba con las alcaldías de: Choix o Central, Toro Baca, Baimena, Yecorato, Aguacaliente y Huitis. La Alcaldía de Choix comprendía en su jurisdicción las celadurías de: Tasajera, Bajósori, Babuyo, Ranchito, Potrero de Guadalupe, San Panteón y Toipaco. La de Toro abarcaba celadurías de: Bayehuei, San Javier, Viuda, Cabaiguaza y Máiculi. La de Baca, la de: Aguacaliente, San Antonio, Zataqui, Papariqui, Rincón y Loretillo. La de Baimena, las de: Guayabas, Estancia, Vinicia y Santa Anna. La de Aguacaliente, las de: Rincón, Cajón, Colexio y Aguajito. Y la de Huitis, las de: Descanso, Rosario, Guaza, Bacapaco, Macorihui y Molinos.

Y la directoria de Ahome, con cabecera en el pueblo de ese nombre,

comprendía las alcaldías de Ahome, Mochicahui, San Miguel, Mavari e Higuera de Zaragoza. Las celadurías de la alcaldía de Ahome eran: Azarime, San José, Huimínimi, Bateve, Asinagua, Bachomobampo y San Antonio. Las de la alcaldía de Mochicahui: Sebelbampo y Charay. Las de la de San Miguel: Las cruces y Tabelojeca. Las de la de Mavari: San Pablo únicamente. Y las de la Higuera de Zaragoza: Algodones y Capilla.

Posteriormente fue creada la alcaldía de Bacayopa, asignándosele las celadurías de Casas Viejas, Píchol y Laureles; estas dos últimas, así como Bacayopa misma, perteneciente hasta entonces a la alcaldía de Yecorato. Pero el 12 de abril de 1903 la Legislatura acordó suprimir, por decreto No. 48, las alcaldías de Bacayopa, Huites y Baimena, agregando la primera de nuevo a la alcaldía de Yecorato; a la de Baca la segunda, y a la de Aguacaliente la tercera.

Con fecha 5 de diciembre de 1893 la XVI Legislatura expidió la Ley No. 68 disponiendo que la directoria de Ahome, distrito de El Fuerte, residiera en lo adelante en el pueblo de Mochicahui. Y la Ley No. 103, de 16 de mayo de 1894, segrega la alcaldía de Mochicahui los puntos denominados Bachoco y Baturi y los agrega a la celaduría de Ocoroni, alcaldía de Guasave, distrito de Sinaloa. Sin embargo de esto último, en su informe de julio de 1913 el prefecto político de El Fuerte incluye a Bachoco en la comprensión territorial de su distrito, e incluye también a Los Batequis, Las Vacas y Ajoro.

En atención a la importancia que ya había adquirido el puerto de Topolobampo, así como la región de Los Mochis, por iniciativa del gobernador Cañedo fueron creadas, mediante el decreto de fecha, 1º de. Mayo de 1903, las alcaldías de Topolobampo y Los Mochis. La primera se instaló el día 1º de julio de ese mismo año y el día 5 la segunda. El decreto citado asignaba a la alcaldía de Topolobampo, las celadurías de Ohuira, Santa María, Las Copas, Casa Colorada y Asinagua; a la de Los Mochis, las celadurías de Bateve, Baturi, Rincón del Tigre, El Carricito y Ajoro. Es de observarse que el decreto mencionado vino a dar ser como pueblo, políticamente, a la población del ingenio de Los Mochis, no obstante lo cual entonces y todavía después, durante algunos años, se siguió conceptuando a la localidad como una hacienda.

Por decreto No.49, de fecha 31 de diciembre de 1909, publicado por el gobernador don Diego Redo, en el número 6 del periódico oficial, correspondiente al siguiente mes de enero, con las alcaldías de Sivirijoa, Mochicahui y Tehueco, se constituyó la alcaldía de San Blas; más las celadurías de policía de Vivajaqui y Bajada del Monte, que pertenecían a Tehueco, quedando arengados a la alcaldía de El Fuerte. En las fechas tormentosas de la Revolución Constitucionalista, alcanzó finalmente San Blas, el rango de directoría política, conforme ya lo requería su propia importancia.

La Constitución Política del Estado promulgada el 25 de agosto de 1917, por el gobernador Gral. Ramón F. Iturbe, dispone en su artículo 83: que los municipios en que se dividía la entidad se subdividían en sindicaturas y comisarías; en consecuencia desde esa fecha, desaparecieron las alcaldías y las celadurías de policía y desde luego los distritos, de la configuración política de Sinaloa.

EL AYUNTAMIENTO.

Manifestaba el Gral. Cañedo a la H. Legislatura, en su informe gubernamental rendido en 1886: “En el Estado, la municipalidad goza de la más absoluta independencia. Reducido a diez el número de los Ayuntamientos, por las reformas constitucionales de 1880, ejercen dichas Asambleas, según los artículos 56, 57, y 58 de la Constitución, el poder legislativo del municipio en relación con los objetivos de su incumbencia. Los cuerpos municipales ajustan sus procedimientos a la Constitución y a la Ley reglamentaria de 25 de abril de 1861”.

A partir de 1892 los ayuntamientos constituidos en el Estado, formaban su funcionamiento con lo dispuesto en la Ley Orgánica para la Administración Municipal, expedida por la XVI Legislatura, el 18 de mayo de ese propio año.

La Ley No.15 expedida por la H. Legislatura el 17 de noviembre de 1896, sujetaba la revisión y acuerdo de dicho cuerpo, los presupuestos de ingresos y egresos de los municipios; las adiciones o modificaciones a los presupuestos del año en curso; la creación de nuevos arbitrios o de nuevos gastos no autorizados en presupuestos; la condonación de impuestos o

exención de los mismos; la jubilación y pensiones de empleados municipales y los decretos que se expidieran para contratar empréstitos.

El decreto No.43, de la XVIII Legislatura constitucional, disponía, con fecha 2 de noviembre de 1897, que en la cabecera de los distritos del Estado, habría un ayuntamiento, cuyas funciones se harían extensivas a todo el distrito. Disponía también, el número de regidores de que se compondría cada ayuntamiento, asignándosele a la del Fuerte, cinco propietarios y cinco suplentes; determinaba además, que los regidores serían nombrados por elección popular y se renovarían por mitad cada año.

SEPARATISMO MUNICIPAL.

El hecho de ser la cabecera municipal del distrito, a la vez que la del municipio único cuyas funciones se hacían extensivas a todo el distrito, evidentemente permitía a la villa de El Fuerte, mantener no solamente su hegemonía política sobre todos los poblados y comarcas de su dependencia, sino disfrutar de los mejores servicios municipales, de buenas escuelas y de obras materiales de comodidad y ornato público, ya que para ello, disponía ampliamente de los recursos fiscales de la municipalidad.

Contra esa centralización y privilegio, se pronunció a su tiempo la demarcación de Ahome, aspirando a tener una vida autonómica municipal; pues para ello le daba mérito el notable progreso de su agricultura, de su comercio y de su industria azucarera. Desde entonces, quisieron los ahomenses disfrutar de sus destinos colectivos y el 4 de febrero de 1904, al calor de esa aspiración, formaron su Junta Separatista de la que fuera amo y nervio motor el Dr. José Ma. Elizondo. La Junta elevó la petición conducente ante el gobierno del Estado, a fin de que, con los límites y compresión de lo que era la directoría política de Ahome, se creara el municipio de este nombre. Sin embargo, fracasaron el movimiento y la petición, acaso por la falta de simpatía hacia el proyecto, de parte el gobernador Cañedo y asimismo de la Legislatura.

NÓMINA DE AUTORIDADES POLÍTICAS

Aunque incompletos, se ofrecen los siguientes datos:

Prefectos políticos del distrito: José S. Pareja (1871); Gregorio Del-

gado (1879); Darío Orrantia (1880); Celedonio Aragón (1880-1881); Plutarco Almeida (1881); Aurelio Ibarra (1881); Adolfo Ibarra (1882); Camilo Vega (1885); Francisco Orrantia y Sarmiento (1885-1886); Adolfo Ibarra (1889-1894); Andrés del Río (1894); Adolfo Ibarra (1895); Gonzalo del Valle (1895); mayor Cornelio Bátiz (1895-1896); Francisco M. Torres (1896); Coronel Gonzalo del Valle (1896-1899); doctor Juan M. Chavira (1899); teniente coronel Ricardo Carricarte (1899-1900); Francisco Orrantia y Sarmiento (1901); Rafael J. Almada (1903-1908); doctor Enrique Gonzalo Martínez (1910); Gonzalo Martínez (1910): José Rentería (1911); Francisco Guerrero Valdés (1912); Alfonso Gastélum Pacheco (1912); Dionisio Torres (1913); Lic. José A. Meza (1913), Gonzalo Martínez (1913); Dionisio Torres (1913); Alejandro R. Vega (1913), interinamente; capitán primero Bruno Félix (1913); Gregorio Delgado (1913); capitán primero Manuel Riveros (1913-1914); coronel Emiliano Ceceña Torres (1914); coronel Manuel A. Salazar (1914); Antonio R. Castro (1915), interinamente; teniente coronel Anatolio B. Ortega (1915); Alejandro R. Vega (1915-1916); mayor Bruno Félix (1916-1917); Gregorio Delgado (1917); Antonio R. Castro (1917); Tarquino M. Hernández (1917).

Directores políticos de Choix: Santiago Vega (1885); Jesús Echave (1891); Santiago Vega (1895); J. Flores (1896); M.F. Robles (1898). De 1900 a 1916, fungieron: Alvino J. Flores, Mariano Robles, Rodrigo de la Mora, Francisco Bengoechea, Raúl M. Couret, Manuel G. Del Valle, Pedro G. Menchaca, Epitacio Miranda, Arturo de Saracho, José Espinosa, Ing. Villáburu, Alfonso Ross, Camilo Ceceña, Antonio Salido y Jorge Apodaca.

Directores políticos de Ahome: Zacarías Ochoa (1885-1887); Atanasio Méndez (1898); coronel Pedro Menchaca (1895-1896); Carlos Dávila (1902); Atanasio S. Méndez (1903-1904); Rafael Guerra (1903); Ignacio de la Fuente (1908-1909); Alejandro Guerra (1910); Patricio Robles (1910); Roberto Navarro (1910); Antonio B. Caballero (1910); Ignacio Gastélum (1911); Emigdio Montoya(1911); Rodrigo de la Mora (1912); Froilán Luque (1913); Casimiro Luque (1913); Antonio R. Castro (1915-1916).

Directores políticos de San Blas: Pedro Trasviña (1910); Blas Borboa (1913); Francisco Flores (1914); José Sabás Salazar (1915-1916).

Directores políticos de Mochicahui: Leoncio Ruiz, Manuel Ala-

torre, Joaquín Vega y Refugio López, de 1878 a 1800. En 1871, ya no existía esta directoría, pero sin embargo años más tarde, vuelve a figurar como también un informe oficial.

Algunos presidentes municipales de El Fuerte: Aurelio Ibarra (1881); Francisco Sosa y Ávila (1885); P.Parra (1892); Rafael J. Almada (1896-1902); Francisco M. Torres (desde 1903 hasta la revolución maderista).

Diputados a la Legislatura del Estado, por el distrito del Fuerte: a la 17ª. Legislatura, Francisco Orrantia y Sarmiento (1894-1896); Francisco M. Andrade, propietario y Joaquín Peña Arana splente (sept.1896-sept.1898); a la 19ª. Francisco M. Andrade, propietario y Herlindo Elenes Gaxiola suplente (sept.1898-sept.1900); ala 20ª. Joaquín Redo Jr. propietario y Felipe Sotomayor suplente (1900-1902). Ni don Francisco M. Andrade, ni don Joaquín Redo Jr. Fueron vecinos de este Distrito; pues su elección dependía evidentemente de la voluntad e indicaciones del C. Gobernador. Lo propio ocurría con los representantes del Estado en las Cámaras de la Unión, que eran designados por don Porfirio, de suerte que así llegó a ser Senador por Sinaloa don José Ivés Limantour, a pesar de ni siquiera haber conocido nuestra entidad.

Primeras autoridades políticas de los Mochis, desde la fecha de su erección en la alcaldía hasta la de la creación del municipio de Ahome, fueron Antonio Caballero, Adelaido Gómez Beltrán, Ignacio del Corte, José Ma. Cazares, Erasto Luque, Miguel C. Castro, Juan Heredia, Braulio Galaviz, Gabriel Gámez, Aurelio Acosta, Eleuterio Castro, Pedro Valdés y Jesús Millán.

RAMO HACENDARIO.

La Recaudación de Rentas, en El Fuerte, percibió los siguientes ingresos fiscales: $17,009.57 en 1885; $17,213.21 en 1886; $28,675.93 en 1896; $39,056.72 en 1897; $44,204.69 en 1898; $51,322.89 en 1899; $50,315.13 en 1900; $53,184.95 en 1901; y $48,105.08 en 1905. Las cifras apuntadas, con excepción de la correspondiente al año de 1905 y que procede del "Anuario Estadístico de Sinaloa", de Esteban Flores, año de 1906, están tomadas de los informes que rindió el gobernador Cañedo ante la Legislatura del Estado, en 1886 y en 1902, el último de los cuales se editó hasta 1905. Los ingresos generales de

la Tesorería del Estado fueron: $150,000.00 en 1887; $335,000.00 en 1878; $503,116.86 en 1885; $387,000.00 en 1892; $444,000.00 en 1897; $455,917.27 en 1898, $481,512.00 en 1899; $473,555.25 en 1900; y $503,917.16 en 1901.

Es digna de referencia la tributación de carácter alcabalatorio que estableció de Ley No.14, de fecha 14 de diciembre de 1889, con el nombre de "derecho de bultos". En 1886, la Recaudación del distrito tuvo un ingreso por ese concepto, de $1,953.59, correspondientes a los efectos de procedencia extranjera, y de $2,034.44 por los efectos nacionales, ascendiendo a 4,872 el número de bultos. Estas alcabalas quedaron suprimidas el 16 de mayo de 1892.

Las estadísticas indican que en 1884, la Recaudación de Rentas, del Distrito, tenía registradas en sus padrones 54 patentes expedidas, sobre expendio de bebidas embriagantes, que rindieron al erario $499.87. Los giros mercantiles e industriales empadronados en 1866, eran 31 los primeros y 50 los segundos, que respectivamente tributaron en el año $1865.77 y $779.50. El valor fiscal de la propiedad urbana del Distrito, era de $108,756.00, de la que se recaudaron $560.00. Las fincas rústicas tenían un valor catastral de $453,517.00 y tributaron $1,418.26. Pero había también propiedad raíz exceptuada de contribuciones, catastrada la urbana en $15,271.00 y la rústica en $46,200.00. Sobre los bienes raíces gravitaban el impuesto de seis al millar sobre su valor fiscal y además, a partir de 1892, un adicional del diez por ciento. Al comercio y a la industria, se les aplicó también un adicional de veinte por ciento, repartiéndose el producto por mitad entre el Estado y el Municipio. Por derechos de degüello o abasto el Estado percibía 1.20 por cada res mayor; $0.40 por cada cerdo y $o.08 y $0.05 por carneros y cabras respectivamente.

Los suelos del prefecto del Distrito, de los directores políticos y de los funcionarios y empleados judiciales, así como los haberes y gastos de la fuerza de seguridad pública, corrían a cargo del Estado; y por ese concepto en 1887 sufragó el Estado las siguientes cantidades.

Gobierno:

1 prefecto, por todo gasto	$ 1,320.00	
1 Director en Choix	" 180.00	
1 Director en Ahome	" 300.00	$ 1,800.00

Seguridad Pública:

1 sargento	$0.62	$ 226.30	
1 cabo	$0.50	" 182.50	
8 soldados	$0.37	" 1,080.40	
Gasto común		" 29.20	$ 1,518.40

Juzgado de Primera Instancia:

1 juez	$ 1,200.00		
1 Secretario	" 480,00		
1 Ministro Ejecutor	" 300.00		
Renta de local y Gastos	$ 120.00	$ 2,100.00	
			$ 5,418.40

En 1881, el sueldo del prefecto era de $1,200.00 anual. En 1902, de $1,825.00; de $547.50 el del director político de Choix y de $730.00 el de igual cargo en Ahome. El sueldo anual del gobernador del Estado era de $5,000.00 en 1886 y de $7,200.00 en 1902. El cuerpo de policía municipal de El Fuerte se componía, en 1900, de un jefe y doce agentes. La fuerza de seguridad: de un oficial, tres clases y cuatro soldados; pero en 1902 la plaza estaba guarnecida por un escuadrón de rurales, compuesto de un capitán, dos alféreces, un sargento primero, dos sargentos segundos, cuatro cabos y veintinueve soldados.

Los arbitrios del municipio del Fuerte eran los siguientes: Impuesto sobre los negocios mercantiles y los industriales, autorizado en 1892 y que comúnmente era la mitad de lo que la Recaudación de Rentas asignaba a dichos giros. Ordeñas en la cabecera y en las directorías, a razón de doce centavos cada mes por cada una de las vacas que ordeñen y excedan de dos. Derechos sobre vehículos (carruajes, guayines, carretelas, buggies, etc. $1.00 al mes; carros de cuatro ruedas, al entrar a la villa,

$0.40; carretas y carretones tirados por bueyes o mulas, al entrar a la villa, $0.40; o matriculándose, las carretas causarán $0.50 de cuota). Derecho de patente sobre bebidas embriagantes $2.00 mensuales. Alquiler de locales (las cantinas, puestos, casillas o mesas que se establezcan en las fiestas o diversiones públicas, se subdividirán en cuatro clases y pagarán respectivamente 37, 25, 16 y 10 centavos diarios). Remates (por la venta de objetos o por especulación y remate de plaza para diversiones).

Sigue: Derechos de degüello (por cada res en la villa de El Fuerte y en la de Choix, $0.70; en los pueblos y aldeas $0.40; por cada cerdo en la villa y la de Choix $0.25; por cada cerdo en los pueblos y aldeas $0.20; por cada carnero en la villa y la de Choix $0.12; y por cada carnero en los pueblos y aldeas $0.08). Fiel contraste (sello o resello de vara o metro $1.00; el de romana de todas clases $2.00; el de marco de 1 a 8 libras o ½ a 4 kilogramos $0.50; el de balanza de otras clases $1.00; el de media o cuarta fanega $1.00; el de almud $0.50; el de cada jarra o galón $1.00; el de cualquiera otra medida no especificada $1.00); Diversiones públicas (por los espectáculos públicos, sean de la clase que fueren, se pagará por cada función el valor de cinco entradas de las más caras; los bailes, sean con máscaras o sin ellas, pagarán una cuota de unos diez pesos, a juicio del prefecto del distrito, los cilindros o cajas armónicas, de $0.25 a $0.30 diarios).

Sigue: Multas. Desamortización de solares y terrenos (de acuerdo con los trámites que establece la Ley de 20 de abril de 1883; para los solares se fija un máximo de $0.10 y un mínimo de $0.05, por cada metro cuadrado de superficie; y para el terreno de labrantío $5.00 por hectárea a las tierras altas o de temporal, pagando un 50 por ciento más las de verano). Expedición de títulos de propiedad. Registro de fierros. Impuestos sobre instrumentos públicos, 20 por ciento adicional para redimir la deuda municipal, sobre todas las contribuciones, exceptuando la propiedad raíz, multas y desamortización de solares y terrenos. Finalmente, la habitante de la cabecera, cuyo sueldo o salario unido a sus emolumentos, pase de $15.00), para la instrucción pública contribución personal (de $0.25 a $1.00 por cada.

El presupuesto de Ingresos y Egresos del Distrito del Fuerte, decre-

tado por su H. Ayuntamiento, el 25 de octubre de 1900 y aprobado con algunas modificaciones por el Congreso del Estado el 19 de noviembre, para el ejercicio de 1901, mandado imprimir, publicar y circular para su debida observancia, por el prefecto don Francisco Orrantia y Sarmiento, especifica básicamente los mismos ramos de tributación precedentemente expuestos, más los relativos a profesiones y ejercicios lucrativos a expendios de tabacos y a sanidad. Para los solares el ordenamiento señala una tarifa de $0.10 como máximo y $0.01 como mínimo, por metro cuadrado. Fincas rústicas y urbanas, seis al millar sobre su valor fiscal. Abasto o degüello: $1.50 la res de ganado mayor y $0.40 el porcino. Diversiones públicas, diariamente por función (baile particular, con máscara o sin ella $2.00 a $5.00; baile de especulación o mariachis $2.00 a $10.00; paseos de música por las calles $2.00 a $5.00; funciones dramáticas, circo o prestidigitación $1.00 a $5.00; carreras de caballos $2.00 a $5.00; peleas de gallos $0.50 a $1.00; juegos de hulama $5.00; juegos carteados $1.00 a $5.00; loterías $0.25 a $0.50; panoramas, cosmoramas, dioramas, símiles como fonógrafos,etc. $0.25 a $1.00. Profesiones o ejercicios lucrativos (abogados o agentes de negocios judiciales $2.00; médicos titulados $2.00; prácticos de medicina $5.00 a $10.00; escribanos públicos $1.00; farmacéuticos o prácticos $1.00; ingenieros, agrimensores o prácticos $1.00; dentistas $1.00).

El presupuesto de egresos, para ese año de 1901, se componía de las doce partidas que en seguida se enuncian: Secretaría del Ayuntamiento ($1,324.95); Gastos de Recaudación (6 por ciento sobre los ingresos); Instrucción pública ($7,216.45); Cárcel (tropa: catorce soldados a $0.40 dos cabos a $0.60, un sargento a $0.90, y alimentación presos: sesenta individuos por término medio, $0.10 cada uno, diario); Policía (un jefe montado y armado por su cuenta $1.75, dos cabos a $0.90, tres agentes diurnos a $0.50, cuatro agentes nocturnos $0.50, dos policías de aseo a $0.50 y un policía en Higuera de Zaragoza, tres en Ahome, dos en Mochicahui, dos en Choix, uno en Chinobampo y uno en Toro, a $0.50 cada uno de jornal); Ramo judicial (dos alcaldes en la villa y trece en las demás alcaldías a $0.40); Ornato y alumbrado público (gastos de alumbrado en la villa de $2.00 y gastos de alumbrado en Ahome, Mochicahui y Choix $0.20 diarios, en cada parte); Sanidad: médico municipal ($73.00); Gastos Extraordinarios e Imprevistos ($1,500.00); Festividades públicas, y Deuda Pública (alcances, sueldos y gastos no cubiertos). Total de egresos presupuestados $30,432.10. Los gastos se habían elevado, en 1910, a $94,097.55.

Reparto de titulación de terrenos

Antes de la Revolución de 1910 los gobernantes mantenían el propósito de acabar con los terrenos baldíos, reduciéndolos a propiedad privada, a fin de que entrarán en explotación. Para este fin se expidieron algunas leyes y disposiciones reglamentarias, desde la época de la Colonia; pues ya vimos, en un capítulo anterior, de que manera eran titulados por la intendencia de Arizpe los terrenos baldíos y realengos.

El decreto que expidió con fecha de 4 de agosto de 1824 el Congreso Constituyente Mexicano, vino a conceder a los Estados, el derecho a disponer de los baldíos. De conformidad con ese decreto, el tesorero general del Estado de Sinaloa hizo algunas titulaciones prediales. La Ley Orgánica de Hacienda del Estado de Sinaloa, de 6 de febrero de 1832, dice en su artículo 1º., fracción X, que el gobernador del Estado es el jefe supremo de Hacienda, y por tanto en ella le concierne, entre otras facultades que expresamente se enumeran, la de otorgar títulos de dominio de las tierras y aguas que venda el Estado. La Ley del 3 de diciembre de 1885, declaró firmes y valederos los títulos de tal especie, expedidos por los Estados bajo el sistema federal.

Con apoyo o en cumplimiento de la suprema circular del Ministerio de Fomento, de fecha del 30 de septiembre de 1867, y su concordante de 10 de julio de 1868, durante el año últimamente expresado el prefecto, don José Corona, llevó a cabo el reparto de tierras ubicadas en las vegas del río, a los indios de algunos de los pueblos ribereños, habiendo expedido un considerable número de papeletas o constancias, a guisa de título, acreditando la adjudicación de la propiedad.

A mediados de 1878, el prefecto don José Ma. Torres efectuó un nuevo e importante reparto de lotes de terreno a los indígenas, pertenecientes a los ejidos de algunos otros pueblos, en cumplimientos de las

supremas circulares del Ministerio de Fomento, de 9 de octubre de 1856, 28 de diciembre de 1861 y reglamento de 20 de abril de 1878.

Los ayuntamientos, llegaron a tener atribuciones para vender los baldíos según el art. 9º del decreto federal expedido el 21 de agosto de 1879, de acuerdo con el cual expidió el ayuntamiento del Fuerte algunas titulaciones, dentro de los ejidos de los pueblos.

El reparto de los terrenos del pueblo de San Miguel Zapotitlán, entre un crecido número de indígenas, lo llevó a cabo el gobierno del Estado por conducto del Ing. Rómulo Rico, el 30 de noviembre de 1890, conforme a leyes y disposiciones expedidas por el Ministerio de Fomento, que datan del 27 de enero, 20 de abril y 5 de septiembre de 1882. Se hizo la parcelación de 8,535.97.68 hectáreas, y a los beneficiados o parcelarios se les otorgaron los títulos correspondientes.

El señor Luís Martínez de Castro, celebró el 5 de enero de 1901, un contrato con el Ministerio de Fomento para deslindar terrenos baldíos y celebrar composiciones de los predios situados en el Estado de Sinaloa. El señor Martínez de Castro traspasó sus derechos, o el contrato mencionado anteriormente, a la Sinaloa Land Company, a cambio de la participación de una tercera parte sobre las superficies correspondientes. La Sinaloa Land Company desconoció los repartos efectuados con anterioridad, relativos a terrenos baldíos, y denunció la "Composición" de una parte de esos terrenos, abarcando además las superficies ejidales no tituladas, y previos los requisitos legales el gobierno federal expidió a favor de diversas personas los títulos correspondientes, siendo de ese origen, por ejemplo, los de una parte del pueblo de la Concepción de Charay.

En su mayoría los indios vendieron o enajenaron sus lotes de tierra a los "Yoris", generalmente comerciantes o terratenientes, y con esas fracciones se fueron integrando en algunos casos superficies de consideración. Por lo regular, los indios empeñaban sus tierras o las vendían con pacto de retroventa; y como sus dueños, por indolencia, por incapacidad económica o por el bajo precio que en aquel tiempo tenía la propiedad rústica, no las rescataban, pasaban a ser de dominio de los prestamistas o compradores, que acaban por convertirse en terratenientes.

Bajo cierto aspecto, o en el fondo, este sistema condujo al despojo.

Pero sin embargo, constituye la fuente legítima de la propiedad de una parte de las tierras, que subsistió hasta que vino la reforma agraria de la Revolución, apoyada en el artículo 27 de la Constitución Federal de 1917, que limita el dominio a determinadas superficies y declara nulos todos los actos, legales o administrativos, que hayan privado total o parcialmente de sus tierras a los centros de población desde la ley de 25 junio de 1856.

Obras públicas.

El ayuntamiento carecía de capacidad económica para promover obras materiales de significación, y en realidad aquellas que se ejecutaron, de cierta importancia, se contraen a la villa de El Fuerte.

Según aparece en un informe que con fecha 15 de abril de 1893, rindió el prefecto Adolfo Ibarra al presidente municipal, se había dado principio al empedrado de las calles adyacentes a la plaza de armas. Por esa época se hicieron a la plaza misma algunas mejoras. Una fotografía muestra que la plaza lucía hermosos naranjos y que al exterior de una cerca de palo parado que protegía el arbolado había por los cuatro costados una banqueta circundante, dotada de bancas fijas hechas de cantera labrada. Presumo que la fotografía indicada sea del año de 1890. Por esos años también se construyó una calzada mediante el trabajo de los presos, se empedraron otras calles y se instalaron en la población veinticinco faroles para el alumbrado público, sufragándose el gasto correspondiente por el ramo de multas.

En cuanto a la plaza de armas, posteriormente la banqueta se dividió en derredor en dos secciones o pistas, una interior y otra exterior, mediante una valla de tubos de hierro; reservándose la pista interior, para el paseo y solaz de los de la clase "primera"; y la otra para los de la "segunda" y demás sectores del pueblo. Subsistía este dispositivo en 1905, año en que se suprimió y experimentó la plaza una transformación; pues en ese año se levantó en el centro de ella el quiosco de fundición, que aún existe, se quitó el cerco de palo parado que había, se instalaron nuevas bancas y la banqueta fue encementada, siendo presidente municipal don Francisco M. Torres. También durante la gestión administrativa del

señor Torres se erigió en la plaza un busto de bronce a don Benito Juárez, el cual se inauguró a la vez que se descubrió el bronce, el 21 de marzo de 1906, con un gran festival cívico.

En el informe anteriormente citado se habla también de haberse principiado la construcción de un rastro, en uno de los cerros que limitan la Villa por el sureste, faltando tan sólo para su terminación la tapia de ladrillo. Como la plaza del mercado era inadecuada, se proyectó un cobertizo que, además de las comodidades e higiene indispensable, diera el buen aspecto exigido por el ornato de la población. Y se refiere, finalmente, que en San Miguel se construyó una cárcel de adobe y en Higuera de Zaragoza una de ladrillo, y además, que en Yecorato se hallaban en proceso de construcción una cárcel y una pieza para la oficina del juzgado.

El servicio público de luz eléctrica se estableció en la villa de El Fuerte en 1904. Por decreto No.17, expedido por el Congreso del Estado el 17 de octubre de 1902, quedaron exoneradas por quince años, de impuestos estatales y municipales, las empresas que organizara H. F. Postlewaite para introducir a dicha villa agua por cañería y establecer ahí además una fábrica de hielo y una planta de luz eléctrica. Consiguientemente la población llegó a contar con un alumbrado eléctrico y en las calles se instalaron para su iluminación lámparas de arco voltaico con electrodos de Carbón; y llegó a contar asimismo con servicio de agua potable distribuida por tubería y con una fábrica de hielo. Dichas instalaciones industriales eran en realidad, de la propiedad de don Francisco Orrantia y Sarmientos, acaudalado hombre de negocios residente en la localidad. El aprovisionamiento de agua por parte de los boteros, no desapareció entonces sin embargo. Este sistema consistía en transportar a lomo de burro, hasta los hogares, el agua del río, en una bota, nombre que se daba a un par de sacos de lona o de vaqueta, unidos hacia un extremo y montados como aparejo sobre el animal; hacia su parte inferior tenían estos sacos o bolsas un orificio de salida para el agua, obturado por un tarugo de punta de cuerno, que funciona a manera de válvula. Puesta en esta forma el agua a domicilio, se vendía al precio de un centavo el "balde", o el "tambo" o "bote" de cinco galones de capacidad.

La importancia de la Villa y el decoro mismo del Ayuntamiento,

daban mérito a la construcción de un palacio municipal. El plano correspondiente al edificio fue diseñado por el Ing. Luís F. Molina, a quien por ese concepto hubo de pagarle el Ayuntamiento $800.00 el 7 de noviembre de 1903. Hasta entonces no tenía el ayuntamiento un albergue propio, por lo que sus oficinas por esa época se hallaban instaladas en la casa del presidente municipal, don Francisco M. Torres. A fin de que pudiera llevarse a cabo la construcción de la obra, el Ayuntamiento fue autorizado por el Congreso, con fecha 29 de mayo, de 1905, para concertar un empréstito de $20,000.00, además de los cuales se disponía de una crecida suma por parte del erario municipal, procedente de superávit acumulados en varios años. Al parecer los planos del Ing. Molina no fueron utilizados, sino el proyecto del Ing. Francisco Salido, quedando las obras a cargo del maestro Manuel Castañeda. El edificio, como se sabe, es de dos plantas, alta y baja; es muy amplio; totalmente construido de ladrillo y mezcla; con un patio interior circundado de portales de arquería, que corresponden con los que existen en la planta alta. Ocupa la edificación una gran parte de cinco solares que pertenecía al señor Darío Orrantia y de quien el Ayuntamiento los adquirió por compra, en $3,000.00 según escritura de fecha 12 de julio de 1899. Se inauguró el palacio en 1907, siendo presidente municipal don Francisco M. Torres y prefecto del Distrito, don Rafael J. Almada.

La construcción del palacio municipal, con un costo que tal vez sobrepasaba a los cien mil pesos, así como la erección de un quiosco en la plaza, con un valor de cinco o seis mil pesos, dio margen a que algunos caracterizaos vecinos del lugar emitieran opiniones de censura para la administración municipal, aduciendo que en esa forma se dilapidaban los ahorros y se le creaban deudas al municipio cuando aquellos fondos podían haber sido destinados a otras obras de ingente necesidad social.

El Fuerte adquiere rango de ciudad.

El 7 de febrero de 1906 un grupo de vecinos, amantes del progreso, se reunieron en la sala de cabildos a fin de que se formulara una petición encaminada a lograr que la antigua villa de El Fuerte fuera investida con el rango de ciudad. Formulada la petición, oficialmente la subscribie-

ron el presidente municipal, don Francisco M. Torres, y el secretario del Ayuntamiento, don Jorge Ibarra y Verdugo.

En obsequio de la instancia, el XII Congreso del Estado de Sinaloa votó y expidió entonces el siguiente decreto: No. 65, que se publicó por el gobernador, Gral. Francisco Cañedo, en el No. 29 del periódico oficial del Estado, del año de 1906:

"Artículo Único. Se declara ciudad la villa del Fuerte. Dando en el Palacio del Poder Legislativo del Estado, en Culiacán a 6 de abril de 1906. Fco. M. Andrade, D.P.I.M. Gastelúm, D.S. José Ramos, D.S.".

Procede expresar que oficialmente quedó aclarado, por el gobierno del Estado, con fecha 14 de agosto de 1933, que el nombre de la población no es Fuerte, sino El Fuerte; y que el del municipio es Del Fuerte y no de El Fuerte.

El Comercio

Centros de abastecimiento:

Antiguamente los principales comerciantes del Distrito hacían sus compras al por mayor, en Mazatlán, centro mercantil distribuidor de gran actividad en aquellos años. No contándose aún con una línea de ferrocarril, la carga invariablemente llegaba por la vía marítima al puerto de Agiabampo, juntamente con la que venía destinada a los comerciantes de Álamos.

Una o dos veces por año, o de tiempo en tiempo, algunos comerciantes hacían viajes por diligencia o por mar a Mazatlán, para realizar personalmente sus compras. Coincidían generalmente esos viajes con la llegada de las barcas o expediciones procedentes de Europa y de San Francisco, Cal., según ya anteriormente, en otro capítulo, quedó referido.

En Mazatlán se hallaban establecidos grandes almacenes, fuertes casas comerciales predominantemente extranjeras, de franceses, españoles y principalmente de alemanes. También Guaymas llegó a ser una plaza comercial proveedora, de cierta importancia, que le hizo gran competencia al comercio de Mazatlán, ya que igualmente contaba con negociaciones importadoras de primera categoría.

Tratándose de crédito para las compras, los comerciantes gozaban por

lo común del plazo de un año para el pago de sus facturas. Llegaban a concertarse operaciones de mucha cuantía, como en el caso concreto de don Manuel Borboa, del comercio de Mochicahui, que hacía compras hasta por $50,000.00, cantidad muy respetable en moneda de aquella época.

Como más tarde visitaban periódicamente la región los agentes viajeros, no sólo de las casas de Mazatlán y Guaymas, sino hasta de Guadalajara, México y Puebla, no era ya por lo tato necesario, que los comerciantes hicieran sus acostumbrados viajes a Mazatlán, para surtirse de mercancías. Dichos viajeros visitaban a sus clientes, y algunos de ellos recorrían el distrito desde Choix hasta Ahome, usando como medio de locomoción el carruaje o la diligencia. Los plazos en las ventas a crédito aún eran liberales, concediéndose en el caso hasta seis meses para el pago de las mercancías.

Al construirse en 1902-1903, desde Topolobampo hasta El Fuerte, el ferrocarril Kansas City, varió de ruta la transportación comercial, porque entonces utilizando la vía marítima llegaba por Topolobampo toda la carga procedente de Manzanillo, Mazatlán y Guaymas. Finalmente, al terminarse la línea del Ferrocarril Sud Pacífico y convertirse en la arteria de transporte más expedita, aniquiló el movimiento marítimo de Topolobampo y acabó además, por determinar la ruina de las actividades mercantiles de las ciudades de Guaymas y Mazatlán.

Establecimientos comerciales

Un informe estadístico expresa que, en 1881, había en la villa del Fuerte diecisiete comercios establecidos, todos ellos de tipo mixto y entre los cuales figuraban, como más conocidos, los de: Gorgonio Cota, Rafael Gil, Nepomuceno Alvarez, Carlos S. Retes y Cía., Luís Acuña, Estanislao González, Tadeo Gil, Miguel Mendoza, Blas Ibarra y Manuel Mendoza. En 1906 figuraban además de los citados, los de Cosme Almada Becerra y Cía., Dionisio Torres y Hermano, José Ma. Lamarque y Valdés Arrotegui, no debiéndose omitir el de don Aurelio Ibarra, uno de los más acreditados.

También existieron en El Fuerte, montepíos o casas de empeño. En los documentos del archivo municipal de dicha población, aparece que en julio de 1864 don Rafael Samaniego, español sin duda, solicitó permi-

so de la Junta Municipal para establecer un negocio de esta naturaleza. Hubo posteriormente otro montepío denominado "La Babilonia", de don Leonardo Álvarez, establecido en la calle Benito Juárez. El último que hubo fue el del célebre don Carlos Félix Quiroz, que se denominaba "El Amigo del Pueblo", nombre que las gentes festinaban trocándolo por el de "El Amago del Pueblo". Era don Carlos un hombre corpulento, de carácter abierto y jovial, dicharachero, versificador que respecto de sí mismo usaba el estribillo: "Don Carlos Félix Quiroz, el hijo de Dios".

Desde luego, en todo el distrito, El Fuerte era la plaza de comercio mayor importancia, y los negocios de esta rama que más se destacaban en la primera década de este siglo, eran los de don Aurelio Ibarra, don Rafael J. Almada y don José Ma. Lamarque. Era don Aurelio un hombre acaudalado, que gozaba de sólido prestigio financiero y comercial. En aquella época no existía en la región ni un solo banco; pero don Aurelio era corresponsal de alguna institución de ese género y por su parte además realizaba operaciones bancarias, y de hecho fue el banquero de los agricultores de la región abajeña del distrito. Poseía una amplia cultura y desempeñó cargos públicos de importancia, como el de prefecto político del distrito ; de 1872 a 1873, el de diputado a la Legislatura local. Nació en El Fuerte el 1 de agosto de 1837 y falleció en Guadalajara el 9 de enero de 1916.

En la villa de Choix había dos tiendas de mayor importancia, la de don Doroteo de Saracho y la de don Francisco Vega. Infundía vida al comercio de la localidad la agricultura de la comarca y sobre todo las actividades mineras, que se hallaban en auge, en particular las de los minerales de Urique, Batopilas y Lluvia de oro.

El pueblo de Mochicahui, en un tiempo representó en la zona abajeña el predominio mercantil y social. Plaza en la que don Manuel Borboa tenía establecida la tienda más importante de dicha zona, con sucursales en Ahome. Topolobampo y Los Mochis y en la que había también otras tiendas regulares, como eran las de don Herculano Borboa, don Dámaso Rentería, don Refugio López y don Carlos Camiade. Para asistir a la escuela del lugar, en su niñez venían desde San Miguel, montados en burro allá por la década de los ochentas, personas que tuvieron signifi-

cación, entre ellas don Evaristo Mendoza y Robles, don Longino Galaviz y don Miguel Valenzuela. Los bailes particulares y aún las fiestas cívicas de Mochicahui, tenían su imagen y atraían a las familias principales y a la juventud de San Miguel, Ahome e Higuera de Zaragoza.

Con anterioridad a la fecha en que don Manuel Borboa estableciera en Ahome la sucursal de su comercio, ya en ese lugar existían como tiendas importantes comparativamente, la de don Leoncio Ruiz y "La Voz del Pueblo", propiedad de don Manuel E. Hernández. También, de 1902 a 1906, operó en dicha plaza una casa comercial china, bajo la razón social de "Quong, Gun, Lung y Cía"., dependiente de su matriz establecida en Alamos. La floreciente agricultura de la comarca, la crianza de ganado, las panocherías, las vinaterías y el ingenio azucarero de El Águila, constituían los factores básicos de la relativa prosperidad del comercio y de las familias de Ahome, a partir de la última década del siglo pasado.

Topolobampo principió a surgir, al establecerse a la orilla de su bahía la colonia de "The Credit Foncier Co.", alcanzando en realidad cierta importancia comercial a partir de 1902, en relación con la construcción de la vía del Ferrocarril Kansas City México y Oriente. El movimiento marítimo, tanto de importación como de exportación, tuvo entonces su nacimiento. Naturalmente todas esas actividades justificaron o acarrearon el establecimiento de algunos comercios, hoteles, restaurantes, cantinas y agencias aduanales en el puerto. Las mejores tiendas, eran las de don Manuel Borboa (sucursal), don Ricardo L. Miranda, don Antonio Ceceña Quiroz y don Dionisio Ibarra. Los hoteles eran el Central, el Oriente y el Mexicano, por supuesto improvisados. Por la vía marítima se importó el material rodante y de construcción del ferrocarril. Visitaban el puerto con alguna frecuencia embarcaciones tanto nacionales como extranjeras, aún cuando no de mucho calado. Las mercancías nacionales y extranjeras importadas por Topolobampo, tuvieron por valor: 1903-1904, $175,358.00; 1904-1905, $142,114.00; 1905-1906. $194,661.00; 1906-1907, $184,452.00; 1907-1908, $153,898.00; 1908-1909, $193,336.00; 1909-1910 $ 185,86.00; 1910-1911, $128,156.00; 1911-1912, $141,233.00, y 1912-1913, $147,309.00. El valor de los efectos expor-

tados fue: 1903-1904, $4,621.00; 1904-1905, $234,040.00; 1905-1906, $136,830.00; 1906-1907, $153,998.00; 1907-1908, $160,910.00; 1908-1909, $216,752.00; 1909-1910, $457,078.00; 1910-1911, $575,215.00; 1911-1912, $719,625.00, y 1912-1913, $109,697.00. Y finalmente, la recaudación de los impuesto aduanales acusó los siguientes rendimientos: 1902-1903, $3,211.00; 1903-1904, $14,297; 1904-1905, $21,244.00; 1905-1906, $30,115.00; 1906-1907, $21,693.00; 1907-1908, $25,289.00; 1908-1909, $38,028.00; 1909-1910, $42,472.00; 1910-1911, $27,385.00; 1911-1912, $26,583.00 y 1912-1913, $32,181.00.

Al erigirse en 1903 el ingenio azucarero de Los Mochis, a su pie y bajo su sombra nacía la población que ha llevado ese nombre. En su número de fecha 1º de febrero de 1903, expresaba "El Gazetero", periódico de Topolobampo, que Los Mochis era ya, una pequeña población en la que había cuatro tiendas: las de Mr. P.T. Peet, Mrs. R.H., Whitzel, Mr. H. M. Seisbuttel y Mr. J. P. Scally; y agregaba que las dos primeras cerraron por considerar incosteable el pago de los impuestos y porque los dueños dividían su oficio, ya que éstos (miembros de la colonia establecida en el área) eran principalmente agricultores; y de hecho esas tiendas, en su origen, era las que abastecían los campos agrícolas de aquella colonia.

Otra noticia dada por el periódico de Ira Kneeland, el "Our Hatchel", de Sivirijoa, apareció en el número del 1º de julio de 1903, informando que "don Manuel Borboa abrió una tienda cerca del molino". Este fue en realidad el primer comercio de importancia que se estableció en la población cuando apenas ésta principiaba a formarse. El negocio ocupaba un finca de ladrillo, de la propiedad del citado don Manuel; casa que aún existe o se halla en pie, en el callejón Juan Escutia, número 207, 209 y 211. Más no tardaron en establecerse dentro del trazo inicial de la población otras dos tiendas, una de don Leoncio Ruíz y la otra de don Eusebio Heredia. Para antes de que tomara incremento la Revolución que principió en 1910, las negociaciones mencionadas ya habían desaparecido, pero otras habían tomado su lugar, significándose las tiendas de los señores Camilo J. Carlón, Ernesto Borboa, Joaquín Vega y Cía. Y la llamada "comisaría", que estableció el departamento comercial de la United Sugar Companies, S.A.

Dicha "comisaría", según noticia aparecida en el No. 15, de fecha 3

de mayo de 1914, del periodiquito "The Mochis Booster", que redactaba el dinámico joven norteamericano Millar Jordan con la colaboración de algunos de sus amigos y connacionales de Los Mochis tuvo a su cargo, bajo exclusiva, la primera agencia de automóviles "Ford" que existió en el Estado de Sinaloa. Los primeros automóviles que se recibieron de esa marca, procedente de la fábrica en Detroit, llegaron durante la segunda quincena de abril de 1914 y fueron adquiridos por la señora R. C. Howell y los señores Dr. Lambert y Frank Couvillon. Valían en fábrica tres mil dólares, su construcción y diseños se aproximaban a lo primitivo, comparativamente a los modelos de nuestros días.

San Blas es una población nueva, sus actividades comerciales han estado en todo tiempo relacionadas a la circunstancia de ser la estación en que se cruzan los ferrocarriles del Kansas Citty y el Sud Pacífico. Antiguamente era un modestísimo rancho localizado en lo que llaman San Blas Viejo. Está ubicado en el predio rústico denominando "La Santísima Trinidad de Las Cruces", denunciado en 1788 por doña Antonia Méndez, y el cual con el tiempo pasó a ser propiedad de don Joaquín de la Vega, de quien la heredaron sus descendientes. La nueva población principió a surgir en 1903 con la llegada de la línea del Ferrocarril Kansas City México y Oriente, pero ya en el lugar existían las casas de don Martín Vega y don Victor Ibarra. La importancia del lugar tomó incremento a partir de 1907, con los trabajos del Ferrocarril Sud Pacífico, habiéndose establecido entonces tiendas mixtas de cierta importancia. Una vez pasado el período bélico de la Revolución, hacia 1916, se convirtió San Blas en un centro comercial de significada importancia; pues las casas comerciales mazatlecas mayoristas, Wohler Bartning Sucs., Melchers Sucs., Francisco Echeguren y Cía. y Montero Sucesores, establecieron sendas sucursales de sus negociaciones en la localidad, transformándose así en plaza distribuidora.

Debido a la dislocación de las vías de comunicación y abastecimiento ocurridas durante la Revolución, el comercio establecido vio restringidas grandemente sus actividades, así como también por la inseguridad a que se hallaba sujeto. En esa época apareció un género de comerciante ambulante llamado "falluquero", que sorteando todas las

dificultades, llevaba sus "fallucas" a vender, a las diversas poblaciones en el Estado. Esta especie de comercio alcanzó gran actividad, estimulada por la necesidad de vender aprisa, ya que no existía otra moneda sino la fiduciaria o de la misma Revolución, que llamaban "bilimbique" cuyo valor por carecer de apoyo o garantía rápidamente iba depreciándose hasta su anulación.

Precios de mercado.

Una lista oficial fechada el 14 de octubre de 1878, indica que los precios de plaza que regían en El Fuerte eran: maíz de $0.44 a $0.50 el almud; fríjol, $1.50 el almud; harina, $0.13 libra; manteca, $0.25 libra; azúcar, $0.20 libra; café, $0.37 libra; arroz, $0.12 libra; queso, $0.25 libra; carne, $0.18 libra, y panocha, $0.04pieza. Se trata de una época en que se hacía sentir terriblemente la carestía, como consecuencia precisa del llamado "año del hambre". La comparación con los precios normalizados que regían en 1885, hacen palpable dicha carestía: maíz, $0.12 almud; fríjol, $0.50 almud; carne, $0.12 libra; manteca, $0.12 libra; una vaca de cría se cotizaba en $11.00.

En 1886 el maíz valía $2.00 la fanega, el fríjol $3.00 fanega, el algodón $1.00 quintal, el tabaco $2.00 quintal, el garbanzo $4.00 fanega, la panocha $10.00 carga, el azúcar $3.00 arroba, el trigo $6.00 fanega y el vino mezcal $10.00 el barril:

El periódico informativo de "The Credit Foncier Co." o sea el de la colonia de Topolobampo, dio a conocer los precios de mercados vigentes en Los Mochis en el año de 1903: naranjas, $0.01 pieza; huevos, $0.03 cada uno; mantequilla $0.75 libra; harina, $0.12 libra; maíz, $1.50 las cien libras; gallinas, $0.50 una; manteca $0.35 libra; queso, de $0.30 a $0.40 libra; maíz por fanega, de $2.00 a $2.50; fríjol, $12.00 fanega, y harina de $17.00 a $22.00 carga. En 1904: maíz, $0.40 decalitro; fríjol, $0.75 decalitro; carne, $0.35 kilogramo; café, $0.75 kilogramo, arroz, $0.40 kilogramo; panocha, $0.03 pieza y jabón, $0.03 pieza. El Topolobampo se cobraba el hospedaje, en hotel de "primera" clase, a razón de $0.50 por cama (catre), y la comida corrida a $0.50.

Comparando los precios antiguos con los actuales y tomando en

consideración la devaluación continua o pérdida del valor adquisitivo de nuestra moneda, se llegará a la conclusión de que el precio de los artículos básicos de la alimentación popular se ha elevado en forma completamente desproporcionada.

La Agricultura
Sus Progresos

La Memoria Administrativa del general Cañedo, formulada en 1886 pormenoriza la producción agrícola obtenida en el distrito del Fuerte en 1885, suministrando los siguientes datos que seguramente son estimativos: maíz, 126,000 fanegas a $2.00; fríjol, 10,800 fanegas a $3.00; algodón 6,000 quintales a $1.00; tabaco, 5,000 quintales a $2.00; garbanzo, 8,000 fanegas a $4.00; panocha, 11,800 cargas a $10.00; azúcar, 35,000 arrobas a $3.00; trigo, 3,600 fanegas a $6.00, y vino mezcal, 4,100 barriles a $10.00; valorizado todo en $618,000.00.

Mochicahui ocupaba el primer lugar en la producción global, con una cifra de $159,500.00. Y el segundo lugar correspondía a El Fuerte, con $146,000.00.

La mayor parte del maíz cosechado se obtuvo en las alcaldías de El Fuerte, Ahome y Mochicahui. Las alcaldías de mayor producción en algodón fueron Ahome, San Miguel y Mochicahui. Los primeros lugares en fríjol los ocuparon las alcaldías de Ahome, Mavari, San Pablo y Mochicahui. El azúcar provenía de Mochicahui ,La Constancia y Ahorne. El trigo, principalmente de las alcaldías de Mochicahui, San Miguel y Ahome. eEl vino mezcal, la mayor parte se elaboró en las alcaldías de Ahome, Higuera de Zaragoza, Mavari, San Miguel y Mochicahui.

Al hacer la exposición relativa al desarrollo de la agricultura en el Estado, manifestaba a la H. Legislatura el gobernador Cañedo, en su Memoria citada, que una de las causas del atraso en las actividades del campo era la falta de buenas, fáciles y expeditas vías de comunicación y cifraba dicho mandatario sus esperanzas en el futuro, al expresar de esas vías que: "cuando logremos tenerlas, como me prometo, la agricultura será entre nosotros uno de los ramos más florecientes"; verdad y profecía que el tiempo mismo vino a confirmar.

Marcado interés histórico reviste en este caso la referencia que se hace a las actividades agrícolas emprendidas por los colonos cooperativistas de Los Mochis, en el informe que con fecha 15 de abril de 1893 rinde el prefecto Adolfo Ibarra, al presidente del Ayuntamiento, diciendo: "En la directoría de Ahorne, donde tantos canales de irrigación se han abierto, el hecho por los colonos es el único que ha dado agua en todas las estaciones para las 250 hectáreas de tierra hasta hoy cultivadas y se cree que suministrará para siempre a 2,000 hectáreas más. Las costumbres morigeradas de los colonos, sus sistemas de cultivar la tierra, todo hace concebir para esta colonia, esperanzas de un bonancible porvenir. Las siembras de verano en la directoría de Ahorne, no bajan de 100 fanegas de maíz y 40 de fríjol y la cosecha casi segura de estos cereales se calcula en 10,000 fanegas del primero y 1,500, del segundo; lo que acarreará una baja en los artículos de primera necesidad, permitirá la explotación de industrias que la Carestía ha hecho incosteable y es de esperarse, como consecuencia precisa, que cambie pronto y en sentido favorable el período crítico que hemos pasado. Entre los elementos que ejercerán para la prosperidad futura del distrito, merece especial mención la colonia de Topolobampo la cual, por medio del trabajo inteligente está haciendo producir toda clase de cereales a unas marismas olvidadas que se creía actualmente estériles. Un canal de irrigación de más de tres leguas de largo y cuyo costo fue de $200,000.00, lleva el agua del río Fuerte a fecundar terrenos antes desiertos y cubiertos hoy de siembras de maíz, trigo, fríjol, papas, hortalizas y árboles frutales. Las cosechas próximas producirán lo suficiente para las necesidades de los colonos y además creen poder enviar a otros mercados más de seis mil arrobas de papas. Nos faltan capitales para abrir dos o tres canales de irrigación con los cuales venían a convertirse el Distrito en granero de Sonora, Chihuahua y Sinaloa, pero es de esperarse que venga el capital extranjero hoy que rige los destinos del Estado un gobernante ilustrado, enteramente ajeno a mezquinas rencillas y ávido de dotar al Estado, que por tercera vez le ha confiado sus destinos, mientras tanto contribuye a su grandeza y prosperidad".

Para 1900 la producción agrícola e industrial conexa, del distrito, se había elevado sensiblemente conforme las siguientes cifras estadísticas

lo manifiestan: aguardiente de caña 2,770 hectolitros; algodón 200,000 kgs.; azúcar 5.011.000 kgs.; camote 322,000 kgs.; cascalote 2,000 kgs.; chile verde 5,000 hectolitros; fríjol 7,500 hectolitros; garbanzo 12,000 hectolitros, aguardiente mezcal 8,000 hectolitros; panocha 275,000 kgs., papa 30,000 kgs., y trigo 55,000 kgs.

Los pioneros en el cultivo del algodón fueron don José Ma. López Cerda, en la hacienda de San Pablo; don Eudoro Vega, en El Sufragio, y don Ignacio Mendívil, en Choix. El cultivo del garbanzo floreció en la zona de Ahome y San Miguel y constituyó uno de los factores de mayor rendimiento y provecho para la economía local.

Por mucho tiempo no existió en la región otro tipo de agricultura que el de temporal, y las siembras se hacían de aguas, con las lluvias, o aprovechando la humedad de las tierras bajas que se inundaban con las crecientes del río. Más tarde principiaron a abrirse acequias o canales para derivar el agua del río en las épocas de avenida, circunstancia que propició el desarrollo de la agricultura en la zona baja del valle del Fuerte. Se dieron noticias, en otro capítulo, de que la primera obra de canalización que se conoció fue la que hizo don Ramón Robles, en su propiedad de Las Cruces. El ejemplo dio sus frutos y luego vinieron otras muchas acequias o canales de regadío a beneficiar la comarca, siendo la más notable en aquella época la de los colonos de Los Mochis, inaugurada en julio de 1892. En la parte alta del distrito ,tal vez llegó a haberlas por excepción, y al respecto la Ley No. 111, expedida por la Legislatura del Estado el 6 de julio de 1894, autorizó al señor Domingo Soldini para que construyera un canal de regadío en la margen izquierda del río del Fuerte, en el punto denominado El Rincón, de la alcaldía de Toro.

Una noticia estadística, del año de 1895, habla de que de El Águila aguas arriba, había diez bocatomas de agua: Zacarías Ochoa, Francisco Orrantia y Sarmiento, Miguel Camacho, Ramón Castro y Luque, Rufino Valenzuela, Apolonio Montiel, Ricardo López, Teodoro Valenzuela, Jesús Cruz y la gran toma del canal de Los Mochis por medio del cual se riegan los terrenos que cultivan los colonos de Topolobampo. De Ahorme para abajo, nueve bocatomas: Blas Luque, José Ma. Miranda, señores Zakany, Ramón Castro y Armenta, Eugenio López, Zacarías Ochoa, Víctor Padilla,

José Ma. Valenzuela, Ramón y Lauro Castro. Y veinticinco tomas, de diversos propietarios, en la margen derecha del río; obras todas que, en conjunto, representaban el principal factor en el impulso que hasta entonces había logrado obtener la agricultura de regadío en el Distrito.

El canal de Las Binoramas, propiedad de don Patricio Quiñones y que salía de Sevelbampo, se construyó en 1904-1906, por el Ing. George L. Page.

Como todos estos canales o acequias eran para aprovechar las aguas broncas del río, para contar con riego permanente se impuso la necesidad de recurrir a procedimientos mecánicos para elevar el agua al nivel de las tierras. El sistema era costoso, pero necesario; y en tal virtud surgieron y poco a poco se fueron multiplicando las instalaciones de bombeo sobre ambas márgenes del río, aguas abajo de San Blas. Las primeras bombas que se instalaron fueron: la de don Agustín Haskell en los terrenos de El Sufragio, la de don Zacarías Ochoa en su hacienda de El Águila y la de don Benjamín F. Johnston en el canal de Tastes. La de Haskell era la de tipo de construcción más primitivo; las otras eran bombas centrífugas accionadas por motores de vapor; pero les pasó la época a los motores de vapor y se pusieron en uso, generalizándose, sobre todo los de sistema de combustión interna, semi-diesel y diesel, los que cronológicamente ya se hallan fuera de lugar en el presente capítulo.

En realidad el riego mecánico permitió la integración y subsistencia de las haciendas ligadas a la industria del azúcar, como La Constancia, El Águila, Los Mochis y San Lorenzo; y al mismo tiempo la apertura y sostenimiento de un importante número de labores agrícolas, muy pequeñas haciendas, y hasta parvifundios, que aisladamente constituían para los pueblos de su ubicación la fuente principal de su economía, y que en conjunto ya eran una fuerza vital de positiva significación, al servicio del progreso regional.

Los propietarios de todos esos negocios grandes y pequeños, eran hombres de empuje y responsabilidad; no pocos de ellos chapeados a la antigua, de ese hoy raro espécimen de hombres que cuando empeñaban su palabra o un pelo del bigote, no bastaba otra prenda para hacer honor a su promesa o compromiso. A esa pléyade de hombres prácticos y batalladores, de acción y de visión, cualquiera que fuere el juicio doctrinario

que de ellos se forme y aventure, son los autores de la prosperidad agrícola del valle en su difícil etapa inicial. Es justo recordar sus nombres y rendir un tributo de respeto a su memoria, para lo cual presento la lista de honor, lamentando tan sólo que puedan escapar a mi consideración otros nombres dignos de figurar en ella: Francisco Orrantia y Sarmiento (Hda. La Constancia), Zacarías Ochoa (Hda. El Águila), Benjamín F. Johnston (El Águila y Los Mochis), Filiberto R. Quintero (Charay), Eduardo Arnold (Buenavista), Morris Free (Estación Vega), Manuel Borboa (Mochicahui), Antonio Quiroz y Francisco M. Torres (Navojoíta), Erasto Luque (Tereque) Dámaso Rentería y su hijo Juan José (Téroque), W. H. Stonum (La Corona), Patricio Quiñones (San Miguel), Andrés Quiñones (Binoramas), Evaristo Mendoza y Robles (San Miguel), Teodoro M. Valenzuela y Hnos. (El Porvenir), José Quiñones (Choacahui), Rosario Valdés (Cachoana), Pantaleón Apodaca (Cachoana), Víctor Álvarez (Cohuibampo), Ángel Hernández (San Vicente), Edmundo Hentschel (Bajonea), Blas, Casimiro y Froilán Luque (Ahome) Antonio, Dionisio y Damián Álvarez e Ignacio Cota (El Guayabo), Teodoro Miranda y Salvador Castro (Higuera de Zaragoza y Ahome) y asimismo los colonos norteamericanos que se establecieron en La Logia y en las tierras de Los Mochis, y cuyas obras, luchas afanosas y técnicas de trabajo sirvieron en mucho de emulación y enseñanza a nuestros agricultores rutinarios.

Empresas de colonización

De la más alta conveniencia para la vida económica de la zona abajeña del distrito principalmente, fue sin duda el advenimiento de la colonia extranjera constituida bajo la razón social de “The Credit Foncier Company”, localmente llamada colonia de Topolobampo. El establecimiento y existencia de esta colonia constituye, en nuestros anales, una nota histórica dominante, un suceso de positiva trascendencia y además novedoso y peculiar. A los miembros de esta empresa o sociedad se debe precisamente la colonización de una parte del agro virgen de Los Mochis, que teníase por de escasa o problemática fertilidad. Los trabajos emprendidos personalmente por esos colonos, cuyos esfuerzos inteligentes, productivos y ejemplares, en suma, su obra realizada metódicamente, sirvie-

ron de germen, de principio y de inspiración al desarrollo que han llegado a alcanzar las actividades agrícolas modernas en el valle.

La organización y jefatura de este movimiento colonizador corresponde al Ing. Albert K. Owen, quien formó en los Estados Unidos la sociedad que lo amparaba, o sea "The Credit Foncier Company". Los miembros de la organización quedaban sujetos, en el aspecto económico de sus actividades, a un sistema de carácter socialista o, como Owen mismo lo definía y titulaba, a un plan de cooperación integral. Tuvo la empresa sus éxitos, pero la quebrantaron las vicisitudes, las circunstancias adversas, las imprevisiones, los errores, las discordias y las fallas en la dirección; por lo que a la postre aquella aventura, con su encantamiento de anhelos, promesas, esperanzas y romanticismos, intrínsecamente vino a constituir un desafortunado experimento doctrinario.

Sin embargo, por lo que fue en sí misma, por su naturaleza, expresión y logro, cuanto atañe a la colonia es, en términos generales, atrayente y digno de estudio y meditación. No escapa, desde luego, a nuestro interés y a nuestra curiosidad, la extraordinaria personalidad del factor principal de la colonia, su organizador y animador el Ing. Albert K. Owen, quien inspiradamente supo evaluar la ventajosa situación geográfica de este jirón de Sinaloa y su potencialidad económica, en relación con los proyectos que afiebraban su pensamiento; pero que si bien el hombre se desorbitó entregándose a las alas de la fantasía, no por soñador, visionario y desafortunado, deja de tener para nuestra región el honoroso significado de precursor de su desarrollo. Y ni tampoco escapa a nuestro interés la vida misma de la Colonia, lo que constituye su configuración histórica, apreciada a través de su estructura y funcionamiento, sus programas y rumbos ideológicos sus realizaciones e incidencias, sus individuos como Owen y los demás, sus problemas internos y externos, el desenlace de su precaria existencia y su pionerismo. Pero debido a la trascendencia que todo esto encierra y al espacio que demanda la exposición de los hechos relativos, será preciso dedicarles de manera especial el capítulo próximo.

Entre tanto, pasemos a ocuparnos de la colonia mormona de Mochicahui. Se dice que en 1904 llegó a la región un obispo mormón

de apellido Johnston, representante de una colonia que los de la secta tenían establecida en el Estado de Chihuahua. La misión que traía este dignatario era la de hallar y obtener tierras, en esta parte de Sinaloa, para establecer en ellas una nueva colonia de igual filiación. Para el caso hubo de negociar con su propietario don Manuel Borboa la adquisición, por $125,000.00, de un lote de terreno ubicado a la orilla del río, entre Mochicahui y Los Tastes. En 1905 llegaron en reducido número los colonos, con sus familias e impedimenta de trabajo, y se radicaron en la propiedad adquirida. En ella desmontaron una cierta extensión, instalaron a la orilla del río para contar con riego una bomba movida a vapor, canalizaron el terreno, edificaron una casa confortable de ladrillo, plantaron un naranjal y algunos eucaliptos para sombra y ornato y se dedicaron a los cultivos. Dificultades o malas cosechas seguramente, determinaron la extinción de esta colonia mormonita, pues para 1910 aquellas gentes habían abandonado sus labores y se habían ausentado. Los mormones o "santos del último día" se establecieron en Chihuahua en 1886, fundando seis colonias muy prósperas. El 1912 fueron arrojados de ahí por los orozquistas; pero regresaron y las colonias volvieron a su antiguo esplendor.

Según datos históricos esta secta religiosa se fundó en 1830 en Fayette, condado de Séneca, N.Y. (E.U.A.) por José Smith. Los mormones se establecieron en el valle del Lago Salado, Utha, donde siguen teniendo actualmente su centro. La práctica de la poligamia, establecida oficialmente en 1852 por Young, fue abolida por la propia secta en 1890. Su nombre oficial (Iglesia de Jesucristo de los Santos del Ultimo Día) alude a su profesión de milenarismo. Acepta el símbolo de los Apóstoles; tiene por escritura sagrada a la Biblia, interpretada a su manera, y el Libro del Mormón; admite la revelación continuada, cuyo instrumento es el jefe de su Iglesia, y enseña que el hombre solo será castigado por sus propios pecados. Se estima que cuenta actualmente con algo más de medio millón de adeptos.

Un tercer caso específico es el de Bajonea. En 1904 el doctor Ernesto Angerman, individuo de origen alemán, compró a nombre de una compañía de la cual era representante los terrenos de Bajonea, situados en la Higuera de Zaragoza.

El señor Angerman, que había sido director y representante de la compañía deslindadora la "Sinaloa Land Company", pasó en seguida a ser gerente de la firma Bajonea, S. de R.L.. Esta sociedad, incorporada a las leyes de México, se organizó en Alemania y tenía por objeto adquirir, cultivar y colonizar terrenos en el Estado de Sinaloa, en particular los de Bajonea, así como denunciar, explorar y explotar criaderos (minas y placeres) de todas clases en la República Mexicana y explotar y participar en empresas industriales y comerciales de toda índole.

En Bajonea se preocupó el doctor Angerman por el cultivo de las tierras de su compañía, pero en un noventa por ciento eran de playas salitrosas y, por tanto, el fracaso no se hizo esperar, importando las pérdidas registradas como medio millón de pesos del viejo cuño. En el casco de la hacienda se construyeron, para la administración de la misma, buenas y costosas casas de ladrillos destinadas a las familias alemanas y a los trabajadores de la finca. El experto agricultor alemán Guillermo Musaeus, y el ingeniero civil José Hampl, de la misma nacionalidad, tenían bajo su dirección y cuidado los diversos cultivos que ahí se emprendieron, como eran los de maíz, fríjol, caña de azúcar, alfalfa, etc.

En el seno de esta colonia figuraban destacadas personalidades, como eran el propio doctor Angerman, geólogo; su hermano don Máximo, excelente pianista; el barón Schneider; el barón Girard D. Soucaton y los capitanes Myers y Limman.

Las actividades tomateras.

Las actividades legumbreras, o para ser más precisos las de siembra, recolección, empaque y exportación de tomate, iniciadas en Los Mochis en 1907, llegaron a tener en las décadas pasadas una importancia muy significativa. Es interesante la historia del nacimiento y desarrollo de esta industria, según se verá en la siguiente exposición hecha por el señor Miller Jordán, en un artículo intitulado "La Voluntad y el Esfuerzo inteligentemente movidos, sostienen en Sinaloa una industria productiva", que se publicó en la revista capitalina Mañana", edición del 19 de febrero de 1931:

En diversas regiones de la República los siguientes nombres, "Los Mochis" y "Tomates", invariablemente aparecen asociados; hecho que

se justifica por la importancia que se atribuye a la ciudad de Los Mochis, debido a la producción y exportación de legumbres, a lo que debe unirse para conquistar mayor notoriedad, la circunstancia de que en Los Mochis existe un desarrollo cada vez más creciente ,del que es factor del ingenio azucarero de la sociedad United Sugar Compames, S.A., caracterizando estas fuentes de riqueza y de producción a la ciudad de Los Mochis, como un centro de verdadera actividad.

La industria agrícola que mira a la siembra, empaque, exportación y demás aplicaciones del tomate, tuvo humildes principios cerca del puerto de Guaymas, Sonora, y después se extendió a otros lugares de Sonora y de Sinaloa; llamando la atención el desarrollo obtenido por esta industria en la extensión territorial comercialmente conocida con el nombre de "Región del Valle del Río Fuerte", siendo en los terrenos de Los Mochis y en los de los alrededores, en donde a la fecha se cosecha y exporta mayor cantidad de legumbres, distinguiéndose por esta circunstancia, de cualquiera otra región de la Costa Occidental, pudiendo calificarse sin hipérbole ni error, que esta región constituye el corazón de la industria tomatera, que es una de las principales fuentes de riqueza y prosperidad para el Estado de Sinaloa.

Como una especie de leyenda fue difundiéndose la nueva de las grandes facilidades que, para hacer dinero en poco tiempo, se encontraban en Los Mochis, dedicándose al cultivo del tomate, y como resultado lógico gran número de individuos llenos de ilusiones y fuerza para la lucha, han venido a engrosar las líneas de los que desean impulsar la industria tomatera. Estos esfuerzos, ilusiones y esperanzas, puestos en el terreno de la práctica para unos ha sido una bella realidad, y para otros una peregrinación dolorosa, deparándoles su sonado fracaso tan sólo decepción y amargura. Desgraciadamente, hombres de buena voluntad y capacitados para la empresa, han perdido en ella su fortuna y hasta la vida.

Estas actividades han significado el resurgimiento de regiones olvidadas y de otras que anteriormente constituían montes vírgenes; de esta manera hemos podido presenciar desmontes en extensiones increíbles, mejorándose ranchos y haciendas; se han construido casas modernas, instalándose plantas de irrigación, mejorándose notablemente los cami-

nos. Por otra parte, ha dado origen a la compra de equipos (maquinaria agrícola) costosos y de inmejorable calidad, se han instalado escuelas y, lo que es más elocuente, ha habido oportunidad de dar ocupación a miles de personas que anteriormente vegetaban en la miseria más ignominiosa; obteniendo un resultado saludable, contribuyendo así al bienestar y mejoramiento general, de comunidades y pueblos enteros. La industria tomatera en Sinaloa es de una importancia bastante seria y está hermanada con la vida económica de un por ciento elevado de habitantes de este Estado.

Poco más o menos cien hectáreas de terreno, en Los Mochis, fueron plantadas de tomate en 1907, con una exportación de cinco furgones, subiendo ésta a 45 furgones en 1914, a 2,127 de verdura en 1922, a 5,687 en 1928, con siembras de 20,000 hectáreas de las que se obtuvo una exportación de poco más de 6,000 furgones en toda la Costa Occidental en el año agrícola de 1929 a 1930, con un valor estimativo en éste año, de más de veinte millones de pesos oro nacional, lo que significó un aumento neto para los cosecheros, así como un impulso a los recursos nacionales, de la no pequeña suma de diez millones de pesos oro nacional.

Haciendo memoria diremos que, en el año de 1906 y en 1907, se sembraron pequeñas extensiones de tomate en las inmediaciones de Guaymas, Sonora, y la Klein Fruit Co. (después "Klein Simpson Fruit Co.") de Los Ángeles, California, se interesó en la explotación de los mercados de los Estados Unidos, intensificando su radio de acción. La terminación del Ferrocarril Sud Pacífico de México hasta San Blas, Sinaloa y puntos del sur del Estado, por el año de 1907 dio a la pequeña población agrícola de Los Mochis, comunicación por ferrocarril con la ciudad de Nogales, Arizona, contándose anteriormente con el Ferrocarril Kansas City México y Oriente, que comunica a Los Mochis con la Estación de San Blas. El señor don Julio Eckardt, vecino de Los Mochis, dándose cuenta de la situación e interesado por la industria tomatera, logra convencer al señor José P. Scally, una de las figuras más importantes de la antigua Colonia Norteamericana de Los Mochis; y al unir ambos sus esfuerzos, este último caballero salió para la ciudad de Los Ángeles, entrando en arreglos definitivos con la Klein Fruit Co.,

para el manejo y venta del producto y una vez otorgados los compromisos respectivos, el señor José P. Scally procedió a iniciar sus actividades en la siembra de tomate, con la cooperación de sus amigos.

Por varios años la Klein Fruit Co., luchó por que el tomate mexicano fuese aceptado, así como por obtener el control de los mercados de la vecina República; obteniendo muy poco éxito en sus propósitos.

Mayer Darling and Hinton Co. y después Hunt Match y Cía., ambas firmas de Los Angeles, California, siguieron con la ardua labor abandonada por la Klein Fruit Co. pero la Revolución interrumpió sus trabajos temporalmente. Otra compañía no menos fuerte y empeñosa, la Mexican Import Co. organizada por don Benjamín F. Johnston, luchó también por espacio de tres años por el fomento del negocio tomatero, suspendiendo sus actividades después de sucesivas experiencias adversas.

En los principios de esta nueva industria se presentaron dificultades y trastornos de todos los órdenes; por bastantes meses los movimientos revolucionarios paralizaron el tráfico ferroviario y las repetidas incursiones de los indios sobre todo a la ciudad de Los Mochis, introdujeron la alarma entre los habitantes de la región, quienes abandonaron sus trabajos. La falta de datos relativos a las variedades de tomate más apropiadas para el mercado y muchas veces la ignorancia y falta de interés, por parte de los compradores, eran otros tantos obstáculos.

Denodadamente espíritus valientes no escatimaron sus esfuerzos a la industria tomatera en las primeras épocas de ésta, contándose entre ellos los señores José P. Scally, Julio Eckardt, Eugenio Tays, Luis Robertson, Charles P. Hays, William Bunker y otras personas más, quienes conocen a la perfección las actividades y vaivenes tenidos en el campo de la actividad agrícola.

En el año de 1916 la sociedad México Arizona Trading Company y su subsidiaria Mateo-Boyd y Cía. (sociedad mexicana), iniciaron sus actividades y desde esa fecha dichas compañías se han perfilado como los factores económicos más serios y prominentes en la siembra, empaque, exportación y venta de tomate, en toda la Costa Occidental de México. Los señores Thomas D. Boyd, hijo, y Robert C. Howell, organizaron estas dos sociedades y debido al celo y honradez con que el señor Boyd

sella todas sus operaciones, y a su crédito personal, dichas empresas han salido airosas de la crisis por la que atraviesa la industria de que se trata.

Los Mochis Agricultura Unión, sociedad cooperativa de agricultores con domicilio en Los Mochis, fue organizada en 1910 y por espacio de muchos años manejó el producto de sus socios. En 1919 la "Mexican Products Corporation" fue formada por el señor Henry Pearcy Meaker, caballero de nacionalidad inglesa residente en el país por muchos años, esta empresa entabló una competencia muy fuerte e intensa en el año agrícola; pero sufrió pérdidas incalculables motivadas por las lluvias extemporáneas, así como por enfermedades sufridas por los tomates y la suspensión del transporte de los productos durante la Revolución (refiérese al movimiento del plan de Agua Prieta) comandada por el extinto general Don Alvaro Obregón; y por todas estas circunstancias desfavorables, esta sociedad no obstante los esfuerzos de su organizador, señor Meaker, fracasó rotundamente. Durante los meses en que las líneas del Sud Pacífico quedaron cortadas de una manera inevitable, se tuvo que perder por toda la Costa, aproximadamente como medio millón de pesos de tomate empacado, en virtud de no poder mover ese producto hasta los mercados en el extranjero, sin tomar en cuenta la fabulosa cantidad de tomate que en las matas maduró oportunamente y por la razón apuntada tuvo que dejarse perder.

En el año de 1921 principió a trabajar otra vez la firma Myers Darling and Hinton Co., de Los Angeles, California, operando en este ramo en grande escala y durante los años de 1921 a 1927, esta casa y Mateo-Boyd y Cía. se dividieron la industria; siendo esta época la de mayor movimiento económico en la región, ya que ambas empresas llegaron a manejar hasta el 60 por ciento del negocio de tomate, en la Costa Occidental.

El tiempo comprendido entre los años de 1921 a 1926, bien se puede clasificar como la temporada más esplendorosa, la edad de oro de la historia de los tomates en el Estado de Sinaloa. En esta época los pocos agentes comisionistas que operaban, con entusiasmo y dedicación sostenidos, se preocuparon por la introducción de los productos en los mercados del extranjero, haciendo una distribución inteligente según la necesidad de cada mercado, logrando de esta suerte, mantener en un

nivel costeable el precio del tomate. Los cosecheros y los comisionistas ganaron y el negocio, en términos generales, entró en una época de expansión y brillo.

Muchas casas y agentes comisionistas ya se interesaron en el negocio; la competencia revistió caracteres fuertes y por todas partes había fuentes de refacción para los agricultores, ya en pequeña o grande escala. Se notaba un movimiento inusitado precediéndose al desmonte de terrenos nuevos e instalándose plantas de irrigación, se levantaron empaques grandes adquiriendo, los interesados, equipo y demás útiles por furgones enteros y en lugares en donde no se conocía ninguna especie de cultivo, fueron sembrados tomates en extensiónes considerables. La expansión fue demasiada y empleó un corto tiempo. Las cosechas se producían en calidad inferior y no podían competir con la abundante producción que en los años 1925-1926 y 1926-1927 arrojó al mercado el Estado de Florida, obteniéndose con todo esto, como resultado, que el precio bajó hasta el mínimo y al grado de hacerse incosteable; el sistema de distribución inteligentemente usado hasta esas fechas, desapareció y el negocio de una manera casi fatal entró en un período de desequilibrio y trastornos; sistemático todo, de que estaba próximo el fin de este filón comercial. Tan malos fueron los precios, que los cosecheros, en la mayoría de los casos no sacaron ni los gastos y fue imposible que los agricultores pagaran la habilitación recibida con que habían hecho sus siembras, a las casas comisionistas. Los comisionistas, por tal motivo, no podían liquidar a los pocos cosecheros que habían obtenido un saldo acreedor durante estos años.

En el año de 1925-1926 Myers Darling and Hinton Co., por conducto de la subsidiaria mexicana, había exportado 1,126 furgones de verdura y en 1926-1927, 1,400 furgones y aunque no debía más que $330,000.00 oro nacional a sus cosecheros, y por otra parte otros de dichos cosecheros (de los que trabajaban con esta empresa) le adeudaban poco más o menos dos millones de pesos oro nacional, se encontró en la imposibilidad de continuar actuando, suspendiendo definitivamente su giro.

A esta empresa y por las circunstancias apuntadas, le fueron embargados en su totalidad sus bienes (empaques y materiales); siendo vendidos por el Gobierno del Estado y el Federal, para aplicar el producto de

su venta a la satisfacción de impuestos adeudados. Todo esto ocasionó pérdidas y trastornos de orden económico y social, tanto a la empresa de que nos ocupamos, como a sus numerosos clientes.

Matco-Boyd y Cía. experimentó una crisis bastante delicada e intensa y en esos días fue cobardemente asesinado su presidente, el señor Roberto C. HoweII, quien fue abatido por certera bala disparada por la espalda, por un sujeto de nacionalidad china; quien fuera de todo razonamiento y desesperado por la crisis, vino a sumar a los dolores, el de la desaparición de uno de los más importantes factores con que contaba la firma Matco-Boyd y Cía., Debido al espíritu batallador y enérgico de los señores Thomas D. Boyd, hijo, y B.H. Shepely, pudo vencerse al fin esta insostenible posición económica, y con paso firme se siguió por la ruta de la prosperidad que estos hombres se han trazado en sus negocios, hasta conseguir a la fecha, conservar una posición de las mejores, entre los elementos que se dedican a la industria del tomate.

La American Fruit Growers, de California, bajo la dirección de su bien conocido gerente, señor Fred L. Yaw, ha venido afianzando un negocio bastante regular con resultado satisfactorio para esa firma y sus cosecheros.

La Stearns Packing Company, de Los Mochis, fue constituida debido a las gestiones del señor A. S. Stearns por el año de 1927. El señor Stearns, había venido trabajando en conexión con la México Arizona Trading Company, separándose por las dificultades financieras que esta última casa sufrió en el año de 1927. La Stearns Packing Company, se ha abierto paso manteniéndose en la línea de los negocios del tomate con un regular número de clientes.

Durante los últimos tres años, otras muchas personas y compañías legalmente constituidas, han iniciado operaciones en este mismo ramo, ya sea en pequeña o grande escala, contribuyendo a dar mayor incremento a la industria con el resultado de que, en la actualidad, ninguna persona o sociedad domina el negocio en lo principal.

En términos generales, puede asegurarse que al presente, en diferentes ramos de esta industria, tienen empleo varios miles de hombres y otros miles de mujeres; estas últimas, especialmente, en las seccio-

nes de empaques. Solamente en la región de las inmediaciones de Los Mochis, en el "Valle del Río del Fuerte, durante la zafra 1930-1931, se encuentran operando sesenta empaques para recibir, empacar y embarcar legumbres de exportación; siendo estos empaques, desde los más modestos hasta los mejores por su construcción y presentación, teniendo, algunos de ellos tramos de ferrocarril para mayor facilidad en el movimiento de los productos.

Para la mayoría de los agricultores en el Estado, los ingresos por la venta de tomate representa su principal fuente de riqueza y según sea la cosecha y demás circunstancias que intervienen, los precios fluctúan de acuerdo con el movimiento de este comercio especial.

Por otra parte, está bien reglamentado el impuesto que percibe el Gobierno del Estado, por caja o jaba de chile; y es elocuente el hecho de que en el año agrícola 1929-1930, se recaudaron por concepto de impuesto, para el Gobierno, la respetable suma de $200,000.00, lo cual acusa la importancia del negocio.

Para informar a nuestros lectores que deseen conocer la manera en que se siembra y se cosecha el tomate -dice el autor del artículo que se reproduce- compendiadamente, damos una relación:

Generalmente se preparan los terrenos para las primeras siembras, en los meses de agosto y septiembre, barbechándolos, disqueándolos, con todo cuidado, tanto durante las aguas como después de ellas. Las primeras almácigas también se alistan durante agosto y septiembre y treinta días después de sembrar la semilla se arrancan las matas y se les pone en surcos de una distancia de uno a dos metros de mata a mata y de surco a surco, según el tiempo del año, o sea tomate tardío o tempranero.

El plantío sigue hasta en fin de diciembre y durante este tiempo tienen que dar cultivos con azadón, con cultivadores y con arados y sucesivos riegos para ayudar y apurar el crecimiento de las matas.

Debido a las lluvias fuera de tiempo y a plagas de varios insectos, con frecuencia los plantíos se enferman y se impone la necesidad de hacer "fumigaciones" usando para ello, productos y procedimientos distintos, según las circunstancias.

Los primeros tomates y chiles son pizcados en el mes de diciembre

y si las condiciones del mercado lo requieren, continúa el corte del fruto hasta el mes de abril y algunas veces, hasta el mes de junio.

Listo el cosechero para hacer sus cortes, puede concertar la venta de sus productos con el comprador de los llamados al contado o bien puede celebrar contrato de comisión con algunas de las casas establecidas en firme. En este caso la casa comisionista hará un anticipo al cosechero, para cubrir los gastos del corte y empaque; el comisionista se encarga de introducir al mercado los productos mediante una comisión que fluctúa del siete y medio al diez por ciento, según la venta, arreglando sus relaciones el comisionista con el comitente, según los términos de sus contratos.

El tomate debe ser cortado con toda oportunidad y su estado para la exportación es conocido por los expertos. La fruta es cortada y colocada en cajas para ser acarreada al empaque. Llegando al empaque, a cada cosechero se le asigna un número para el registro o cuenta de sus entregas; la fruta es depositada en unos bancos acondicionados para el efecto y a continuación se opera la separación de los tomates por clases, entre las que se encuentran las llamadas "Fancy", "Círculo" y "Gems". La colocación en las cajas debe ser hecha según la clase del tomate empacado. Cada pieza o tomate es forrada en papel y es curioso el movimiento de las empacadoras que, algunas de ellas, llegan a empacar 200 cajas en un día. En los días de mayor movimiento las muchachas encargadas de hacer los empaques, tienen como sueldos de tres a seis pesos diarios. El tomate convenientemente empacado, es colocado en carros "refrigeradores" que son transportados por el Ferrocarril a los mercados del vecino país del Norte y Canadá, llevando la siguiente inscripción o etiqueta: "Cosechado y empacado en México".

Debe tenerse especial cuidado de que el tomate cuando llegue a los mercados, esté en condiciones de venta, tomando en cuenta para ello, los días transcurridos en la transportación. La mayoría de los compradores y casas comisionistas, tienen oficinas en la ciudad de Nogales, Arizona, encargadas de la inspección de los productos, así como de la distribución de conformidad con el estado de la demanda.

El año de 1930-1931 se ha presentado incoloro, notándose preocupación entre los cosecheros y compradores. Las lluvias fuera de tiempo

han aumentado los perjuicios del "clavo" y la mancha de agua y las siembras llamadas tempranas, están perdidas.

La nueva tarifa norteamericana subió los derechos de importación de medio centavo a tres centavos oro americano por libra (Nota: en 1942 y en vista de los tratados comerciales entre México y los Estados Unidos, la cuota fue reconsiderada y bajada a un centavo y medio), como cada caja de tomate contiene como 34 a 35 libras de tomate, se ve desde luego que el cosechero pierde ochenta y cinco centavos oro americano, adicional, del importé de la venta; una suma que se puede decir, en muchos años ha representado el promedio de la ganancia neta para el cosechero. La crisis general que también afecta a la vecina República, se ha notado en la baja del consumo tanto de tomate como de muchos otros productos.

La Industria Fabril
La pequeña industria.

Las industrias más generalizadas y florecientes que en aquella época había en el Distrito, fueron la vinatera y la panochera.

La elaboración de vino mezcal es, en su origen, una industria indígena, anterior a la llegada de los españoles a la Provincia de Sinaloa. Como materia prima se utiliza, en la obtención del mezcal, ya sea el maguey silvestre que espontáneamente se da en el campo, o bien el maguey casero o de plantación. El sistema de fermentación y destilación comúnmente empleado era el de olla y cuchara, tradicional y completamente rudimentario. La industria como ramo de explotación ha estado en manos de los mestizos o sea de los "yoris"; los indígenas solamente benefician el mezcal del campo, no para obtener vino, sino para aprovechar su penca tatemándola, obtener fibra para su venta y para fabricar con ella mecates, cinchos para monturas, sudaderos para las bestias de silla, escobetas y hamacas.

En 1895 existían en el distrito las siguientes vinaterías: Lauro Castro (Bella Vista); Víctor Álvarez (Las Cruces); Evaristo Mendoza (San Miguel); Guillermo V. Lanphar (Agua Caliente); Ramón Arvizu (San Javier); Inocente Gastélum (Agua Caliente); J. Mariano Carlón (San Andrés); Trinidad Berbeitia (San Javier); Pelagio Gastélum (San Javier); Manuel Guerra

(Chinobampo); Uriel Gámez (Chinobampo); Luís Montiel (San Luís); Alberto Puente (Zapotillo); Jesús C. Gastélum (Chavira); Carmen Borbolla (Chavira); Alvino Ga-laviz (Bajada); Erasto Luque (Bocana); Patricio Quiñones (Choacahui); Rafael López (Las Líneas); Espectación Luque (Higuera de Zaragoza); Luz V. Álvarez (Guayabo); Blas Valenzuela (Bateve); Dionisio Álvarez (Bellas Flores); Casimiro Luque (Mavary); Zakany Sucesores, alambique (La Florida); Anastasio Torres (Agua Caliente).

La industria de la panocha fue introducida a la Provincia de Sinaloa, por los padres misioneros o por los conquistadores de esa época. Los molinos que se usaban primitivamente en la región, para extraer de la caña su jugo, estaban hechos totalmente de madera maciza, como mezquite o guayacán, y se movían por fuerza animal. Eran dos de mazas o cilindros verticales, con sus chumaceras y sus engranes de interconexión, todo de madera. Se lubricaba esta maquinaria mediante una untura preparada con jabón de lejía mezclado con pulpa de hecho o cardón; ingrediente que también se empleaba entonces, como untura para las carretas, cuyos ejes eran de palo y las ruedas de tronco de álamo enllantadas. Un molino del tipo antes descrito era el que utilizaba una de las panocherías más importantes de la región abajeña, instalada en Higuera de Zaragoza, en el punto llamado El Molino, y que era de la propiedad de don Zacarías Ochoa. En la hacienda de San Pablo, su dueño don José Ma. López Cerda tenía otro molino de esta clase, en el que introdujo la innovación de los engranes de cobre, fundidos ahí mismo.

El purgado, clarificación, cocimiento y concentración de las mieles o guarapos, se hacía en pailas o cazos de cobre o de hierro colado, mediante calefacción con leña y bagazo, a fuego directo. Es natural que la eficiencia de aquellos trapichitos completamente primitivos, fuera demasiado baja, lo mismo que su capacidad de molienda. Por otra parte los negocios de esa naturaleza en lo individual no producían gran cosa; cinco, diez, veinte cargas en la temporada. Sin embargo en conjunto, la producción de panocha resultaba ser considerable debido al número de instalaciones que había en el distrito y al estímulo de tener buena demanda por ser un artículo de gran consumo popular, y que los excedentes podían ser llevados para su venta a Alamos, en atajos, carros o carretas.

Por supuesto que se llegó el tiempo en que se conocieron y usaron los trapiches de fundición de hierro, los más chicos movidos por fuerza animal y los mayores por máquinas de vapor. Procedían de la Fundición de Sinaloa, que trabajó durante muchos años en el puerto de Mazatlán. Pero los negocios chicos y anticuados fueron gradualmente desapareciendo y antes de que la industria se extinguiera en su totalidad a causa de las condiciones desfavorables por las que atravesaba, en todo el distrito únicamente tenían significación dos negociaciones que han sido, entre todas y en el curso del tiempo, las de máxima importancia por su escala verdaderamente industrial, y que fueron la de don Edmundo Hetschel en Bajonea y la de don Filiberto R. Quintero en Charay.

Las panocherías que en 1906 aparecen registradas en las oficinas fiscales son: Luz V. de Álvarez (La Providencia), de vapor, fundada en 1892; Testamentaría de Anastasio Álvarez (Piedra Bola), de vapor, fundada en 1886; Patricio Robles (San Antonio), fundada en 1892; José Ma. Espinosa (Aguacalientita), Jesús Gómez (Casas Viejas); Isidro Guzmán (Los Mautos); Rafael Cabrera (Ranchito); Evodio Zayas (El Reparo); Javier Borboa (El Ranchito); Margarito Robles (El Barranco); Ponciano Morales (Las Pilas); Prestiniano Torres (Laureles); Leopoldo E. Martínez (Bacayopa); José Borboa (Las Palomas); Natalia V. de Saracho (Las Mesas); José Ma. Corrales (Estancia); Alejandro Soto (Baimena); Francisco Silva (Baimena); Francisco Vega (Conijaqui); Cresenciano Beltrán (Cajoncitos); Florentino Félix (Alisos); Cecilio Rentería (Tararán); Maximiano Rodríguez (Carrizal); Dionisia M. de Armendáriz (San Pantaleón); Ignacio Cárdenas (Potrero de los Fierro); Manuel Ceceña (El Carrizo); Agustín Ceceña (Parajes); Celso Gil; Manuel Borboa (Mochicahui); Filiberto R. Quintero (Charay); Cota Sucesores (Los Ángeles); Juan Ceceña (Algodones); Bartolo Torres (Bacayopa); Santos Félix (Píchol); Leandro Chinchillas (Tierra Colorada); Inocente Sifuentes (San Miguel); Inocente Gastélum y Pacheco (Aguacaliente); Salvador Castro (Sierra Mojada); Refugio Zayas (El Reparo); Carmen Gil (Píchol); Blas Bojórquez (Bacayopa); Rafael Guerra (Los Ángeles) y Víctor Padilla (La Reforma). Con anterioridad existieron algunas otras, como son las de: Leandro Quintero (Charay); Ignacio Zavala (Charay); señoritas Vega (Vialaca-

hui); de vapor; Erasto Luque (La Bocana), de vapor; Pomposo Ibarra (La Constancia); Víctor Padilla y familia Scally (campos de los colonos, en Los Mochis), y Guadalupe Alcaraz (Chinobampo).

Durante los meses de molienda las panocherías eran lugares muy visitados por las gentes comarcanas, que acudían en busca de distracción y para adquirir y saborear panocha, miel de caña, alfeñique, melcocha, "chicharrón" y el subproducto llamado norote.

Entre las más comunes había otra industria además, pero que más bien era doméstica: la del jabón. La saponificación de las grasas de cerdo o de res, destinadas a esta industria, se hacía en peroles o en pailas, y la cocción a fuego directo; y en el proceso se empleaban, a falta de sosa cáustica o hidrato de sodio, lejías obtenidas por lexiviacion, tratando el agua una mezcla de cal viva y cenizas de olotes, bledo, cardo o leña de cocina. Como no se conocían por acá los densímetros o pesalejías, con un huevo, por flotación, se apreciaba el grado de concentración de la lejía. Al jabón obtenido por este procedimiento se le llamaba jabón de unto, de lejía o de "cochi", y para su uso y su venta se le cortaba en panecillas de forma prismática o se le envolvía en hojas de mazorcas de maíz, a modo de un tamal.

Se enumeran también entre las pequeñas industrias regionales, la de la curtiduría; y en ella se usaban como curtientes las cortezas del mauto y del chino. En El Fuerte existió, en conexión con esta industria, una talabartería de importancia; la de don Ángel Gaxiola.

Se conocen noticias referentes a la existencia de la industria harinera en la región abajeña del distrito. Se sabe de tres molinos que se hallaban en funcionamiento de 1895 a 1906. Uno pertenecía a doña Luz Valdés de Álvarez, en El Guayabo; otro a don Víctor Álvarez Sr., en Cohuibampo, y otro a don Aurelio Ibarra, sin especificación de lugar. Por aquellos años se cultivaba el trigo, en escala apreciable, en las demarcaciones de Mochicahui, San Miguel y Ahome.

Desde principios del siglo se estableció también la industria del hielo, representada entonces por tres pequeñas plantas, una en El Fuerte, otra en el ingenio de Constancia y otra en Ahorne. La capacidad de esta última era de dos mil libras diarias, y era la que proveía de hielo a la

población de Los Mochis en un principio. Después, en 1914, la "comisaría" o tienda dependiente del departamento comercial de la United Sugar Companies, lo llevaba a Los Mochis de Estación San Blas, donde se había instalado una planta o fábrica; pero ya en 1917 se producía en el ingenio local de Los Mochis.

Por último habré de mencionar entre los pequeños negocios industriales, a dos fábricas de aguas gaseosas que había en El Fuerte, y que pertenecían una a don Carlos Paz y otra don Francisco Guerrero y Valdés.

ÍNDICE

CAPÍTULO IX
E l Folklore. Celebraciones religiosas.....1
CAPÍTULO X
El Distrito del Fuerte. Introducción.....41
CAPÍTULO XI
L a Dependencia en el Noroeste.....151
CAPÍTULO XII
Los anales hasta 1857. El Constituyente.....219
CAPÍTULO XIII
Sinaloa en poder de la reacción.....241
CAPÍTULO XIV
La intervención y el Imperio. La situación.....265
CAPÍTULO XV
Del Imperio a Porfirio Díaz. Sublevación contra Rubí.....325
CAPÍTULO XVI
Nuevo ciclo Histórico.....357

El Fuerte: Nuestra Historia Tomo III, se terminó de imprimir en
Creativos7 editorial, Culiacán, Sinaloa, México.
La edición consta de 300 ejemplares. Diciembre de 2007.

Industria azucarera y alcoholera

La Constancia

Este ingenio se fundó en el año de 1884 por su propietario don Francisco Orrantia y Sarmiento, en la hacienda de La Constancia, lugar inmediato a Mochicahui. Por mucho tiempo, el nombre del señor Orrantia estuvo conectado con las actividades industriales del Distrito, y él es el pionero de la industria azucarera regional.

Don Francisco vio la luz en la villa de El Fuerte en el año de 1840, habiendo sido sus padres don Francisco Camilo Orrantia, español, y doña Antonina Sarmiento. Fue un hombre enérgico, progresista y austero señor de verdaderas polendas, puesto que gozaba de mucho prestigio y sobre todo de gran influencia política ante el gobernador Cañedo, a quien suplía interinamente en el cargo durante sus ausencias; y es más, en forma significativa Cañedo solía decir: "Yo soy gobernador en Culiacán y Francisco lo es en El Fuerte". Como los revolucionarios veían en la persona de Orrantia a un nefasto cacique porfirista, se vio precisado dicho señor a emigrar hacia los Estados Unidos en 1913, radicándose en Los Angeles, California; ahí murió y sus restos mortales fueron traídos a la ciudad de El Fuerte, donde se le dio sepultura en el panteón nuevo.

Don Francisco Camilo Orrantia, padre de los Orrantia de El Fuerte, fue hijo del coronel realista don Francisco de Orrantia, español. Este jefe, dice en su "Historia de México" don Luís Pérez Verdía, después de que con más de mil hombres derrotó el 10 de octubre de 1817 al insurgente Francisco Javier Mina, en La Caja, lo sorprendió en el rancho del Venadito, Estado de Guanajuato, en la madrugada del día 27 de ese mismo mes, haciéndolo prisionero. Llevado Mina a presencia del coronel, le increpó éste su conducta contra Fernando VII, a lo que el Ilustre navarro le contestó con sarcasmo y desprecio; irritado el coronel realista cometió la villanía de sacar la espada y pegarle con ella, por lo que entonces Mina le contestó con dignidad: "Siento haber caído prisionero; pero este infortunio me es mucho más amargo por estar en manos de un hombre que no respeta el nombre español, ni el carácter de soldado". Puesto Mina bajo grillos, comentó la inhumana costumbre de tales ataduras, diciendo con la mayor indignación: "Bárbara costumbre espa-

ñola... ninguna otra nación civilizada usa ya este género de prisiones". Mina fue llevado en seguida al Fuerte de los Remedios ante el mariscal D. Pascual Liñán y fue fusilado el 11 de noviembre de 1817.

En el año de 1893 se introdujeron importantes innovaciones en el referido ingenio de La Constancia, según lo expresa un informe que el prefecto A. Ibarra rindió al presidente municipal del Fuerte, el 15 de abril de dicho año, y que en la parte relativa dice: "La Constancia fue el primer ingenio que se estableció en el distrito; y esa fábrica, que contribuyó a la excepcional baratura a que el azúcar ha llegado en esta plaza, va a ser dotada de maquinaria enteramente moderna; tiempo hace que el señor Orrantia va al frente del movimiento industrial del distrito y su nombre va siempre unido a toda empresa que signifique progreso en cualquiera de sus manifestaciones".

Lo que más antiguamente se elaboraba en el ingenio era azúcar de marqueta o pilón; pero a partir de 1904 lo que se producía era azúcar cúbica, la que se empacaba, por tandas superpuestas, en magníficas cajas de madera cepillada. El molino llegó entonces a tener una capacidad máxima de 200 toneladas de molienda de caña cada veinticuatro horas; y en 1906 la producción de azúcar en el ingenio ascendió a 221-663, kilogramos. También se instaló al lado del ingenio una buena destilería, para obtener alcohol de las mieles incristalizables.

La materia prima, o sea la caña de azúcar, se cosechaba en los terrenos de la misma hacienda, la que contaba con dos o tres bombas para proveer de riego a los plantíos; eran bombas centrífugas movidas por motores de vapor, para generar el cual se utilizaba leña como combustible.

Desde la fecha de su fundación el ingenio de La Constancia se mantuvo en continua actividad hasta el 18 de noviembre de 1913, en que un incendio determinó su ruina y paralización. Este negocio y todos los bienes que pertenecían al señor Orrantia, en ese año habían sido incautados por la Revolución, por conducto de la Dirección de Bienes Intervenidos en el Estado de Sinaloa.

Al fallecer don Francisco Orrantia y Sarmiento y una vez levantada la incautación de sus propiedades, éstas pasaron a poder de su hermana la señorita doña Adelaida Orrantia, quien vendió toda la

maquinaria que constituía el ingenio, e inclusive la destilería, para su instalación o aprovechamiento en el ingenio de San Lorenzo, en proceso de construcción.

La Florida

Este ingenio azucarero principió a funcionar el 10 de abril de 1888, fecha en que iniciaba su primera zafra. Zakany y Cía. era la firma propietaria, y de la cual era fundador y elemento principal don Esteban Zakany, persona cuyos antecedentes se han dejado consignados en capítulos anteriores.

La fábrica estuvo instalada en el casco de la hacienda La Florida, cuyos terrenos pertenecían a doña Serapia Ochoa, hermana de don Zacarías Ochoa y esposa del expresado señor Zakany. En la propia hacienda se cosechaba la caña de que se abastecía el ingenio, el cual tenía una capacidad diaria de molienda como de 150 a 200 toneladas. Pero también en la finca se desarrollaban otros cultivos, siendo procedente señalar el de los frutales, que formaban una huerta de 2,500 naranjos y un número muy considerable de plantas de mango.

Don Esteban murió asesinado el día 5 de mayo del año antes citado, por lo que la negociación continuó girando bajo la razón social de Zakany Sucesores. La gerencia de la nueva firma la desempeñaba don José, hijo mayor del finado señor Zakany. Don José había sido educado en Berkeley, California, y durante algunos años condujo el negocio por buen camino, hasta que adivinaron tiempos difíciles.

Es evidente que éstos se presentaron, pues la XIX Legislatura de Sinaloa, por decreto No. 53 de fecha 21 de diciembre de 1899, a partir del lo. de enero de 1900 y por el término de cinco años, exoneró del pago de contribución predial y de establecimientos industriales, tanto del estado como del municipio, a la fábrica de azúcar denominada “La Florida”, de la propiedad de la firma Zakany Sucesores, comprendiéndose también en la exención los edificios y los terrenos que constituían la hacienda.

El 23 de junio de 1900 ,se constituyó en Ahorne la sociedad anónima que organizó don José Zakany, con el nombre de Destilería Savalle y con un capital social de $50,000.00. El objeto de esa sociedad, de la cual

eran los principales accionistas los señores Wohler Bartning Sucesores, del comercio de Mazatlán, era el de elaborar alcohol de las mieles incristalizables procedentes del ingenio de La Florida.

En 1906 el ingenio produjo 105,330 kilogramos de azúcar, por lo que se ve que la producción era raquítica. Pronto sobrevino la crisis que determinó la paralización y liquidación definitiva de los negocios pertenecientes a Zakany Sucesores y a Destilería Savalle, S.A. Don Benjamín F. Johnston compró entonces la maquinaria de la fábrica y como también le interesaban los terrenos de la hacienda, el síndico del concurso de acreedores le concedió una tras otra varias opciones para la compra; pero al fin y con sorpresa de Mr. Johnston, en 1911, don Manuel Borboa compró la hacienda, en virtud de lo cual la maquinaria de la fábrica fue desmantelada y trasladada a El Águila.

La compra de La Florida constituyó una operación ruinosa para Borboa, máxime cuando él tuvo que exiliarse en la época en que se desató la ruda con tienda entre constitucionalistas y huertistas. Don Manuel Borboa y don Francisco Orrantia y Sarmiento se embarcaron juntos; en el estero de Torigueyara con destino a San Francisco, California. Aprovechándose el señor Johnston de la situación financiera y política en que se encontraba Borboa, adquirió a bajísimos precios las obligaciones crediticias que sobre éste gravitaban; créditos que Johnston ejecutó judicialmente y que mediante un préstamo obtenido el demandado pudo satisfacer; se habla de que por medios ventajosos y un convenio final con Donato, hijo de don Manuel, el negocio se arregló y Johnston obtuvo la cesión de las propiedades de la casa Borboa, entre las cuales estaba La Florida precisamente.

El Águila

A fines del año de 1891, llegó a la región de Ahome un sujeto norteamericano llamado Edward Lycan, fabricante de azúcar en las islas del Hawai y quien a últimas fechas residía en California. Lycan visitó a los colonos, establecidos en La Logia, cerca de Ahome, y los persuadió de la conveniencia de emprender, como negocio remunerativo, el cultivo de la caña, ya que él tenía en proyecto instalar una fábrica de azúcar en la

comarca. Los colonos, en ese negocio se regirían por el sistema cooperativo que tenían adoptado; y así fue cómo, en el otoño de 1892, varios de ellos plantaron de caña pequeñas superficies en La Logia, con lo que obtendrían de pronto cepa o "semilla" para la plantación del siguiente año. De ese plantío llegaron allí mismo a elaborar panocha, pero en muy pequeña escala.

En aquella época don Zacarías Ochoa tenía en su hacienda de El Águila un molino de panocha movido a vapor; y de sus observaciones Mr. Lycan se dio cuenta de que la industria del azúcar constituía un buen prospecto. Su experiencia y vastos conocimientos en el ramo azucarero lo indujeron entonces a concertar arreglos con don Zacarías, a fin de transformar el ingenio de panocha en una fábrica de azúcar, para lo cual habría que instalar un molino de cien toneladas de capacidad. En el arreglo le dio una opción don Zacarías a Lycan, como también se la otorgaron otros propietarios, para la adquisición por compra de 97,000 acres de terrenos.

Cuando ya tuvo en sus manos los convenios, debidamente firmados y legalizados, entonces Mr. Lycan entró en actividad para llevar a cabo sus planes. Pues en efecto, el lo. de noviembre de 1892 llegaba procedente de los Estados Unidos, frente a la bahía de Topolobampo el vapor "Dora Bluhm", de bandera americana, conduciendo madera y maquinaria para esta nueva fábrica. Al cruzar la barra el vapor encalló en la arena, al propio tiempo en que se hacía sentir en el Golfo una perturbación ciclónica con efecto de "chubasco". El viento y el oleaje golpeaban fuertemente contra la nave encallada, y en situación tan comprometida su capitán Mr. Watson, la tripulación y un oficial de la aduana marítima se vieron obligados a dejar abandonada la embarcación y en lanchas se dirigieron al muelle o atracadero del puerto, donde se hallaban a la expectación y llenos de zozobra Mr. Lycan, su socio Ruggles y numerosos colonos.

Ante la inminencia de una pérdida total, asumiendo la representación de los aseguradores el capitán Watson propuso en venta y a título de salvataje, a Lycan y a Ruggles, en $1,000.00, el barco y la carga en el estado de riesgo en que se hallaban; transacción que bajo tal concepto quedó desde luego concertada.

Consiguientemente y a fin de llevar a cabo con la mayor prontitud la operación del salvamento, aún desdeñando la fuerza del oleaje ,sin más tardanza se dirigieron a la barra en una chalupa de pesca y en el bote que abastecía de agua dulce a Topolobampo, llevada desde Las Copas, los colonos Alvin J Wilber, William Patten, W. W. Green, Fernando Pasquette, Irving Smith, M. George Desmond y George L. Page, y además los señores Bragg, Wilson, Ruggles y Towned, que no eran colonos.

Las condiciones en que se hallaba el "Dora Bluhm", sintomáticamente precarias, demandaban una acción rápida a la vez que hábil de parte de los que iban a realizar el salvataje; pues en el casco, averiado, se habían producido vías de agua en extremo peligrosas. En tal virtud, hubieron de proceder a construir balsas con la madera de a bordo, a aligerar la carga del barco, a obturar las grietas por donde penetraba el agua y a desalojarla mediante bombas. Una vez ejecutadas estas maniobras el vapor quedó a flote y tan pronto como amainó el "Chubasco", se procedió a remolcarlo hasta un lugar seguro de anclaje dentro de la bahía de Las Copas.

A no dudarlo el suceso era magnífico, se trataba de un éxito completo. Pero cuál no sería la consternación de las personas que intervinieron en el salvamento, cuando tres semanas más tarde llegó a Topolobampo un Juez de distrito/asistido por su secretario y la policía y las puso bajo arresto e incomunicadas por el cargo de haber cometido un acto de piratería, sujetándoseles a un riguroso interrogatorio. Obedecía la acción judicial a una demanda que don Zacarías Ochoa presentó, instigándolo por los aseguradores del barco y de la carga, quienes pretendían eludir el pago del salvataje consumado.

En seguida los detenidos fueron llevados a la villa de El Fuerte; pero gracias a la intervención que tuvo en su favor el prefecto político, don Francisco Orrantia y Sarmiento, se les puso en libertad caucional y mientras tanto el juicio seguía su curso. Duró el juicio seis semanas, al cabo de las cuales quedaron absueltos los Colonos, pero sin embargo el barco y la carga fueron devueltos a sus propietarios.

Esta fue una lección bien aprendida por los colonos, como se vio un año después al llegar a Topolobampo otro buque, el "Guadalupe", con un cargamento de madera y maquinaria también destinada al ingenio de El

Águila. La nave se varó a la entrada de la barra, en circunstancias idénticas a las del encallamiento del "Dora Bluhm". Ahora, ante el temor de incurrir en responsabilidades, nadie estuvo dispuesto a rescatar del peligro al "Guadalupe ", por lo que la nave acabó por hundirse bajo las arenas de un mar de poco fondo. Y como en esta vez no hubo incautos o piratas, sobre Lycan, ¡oh fatalidad!, recayeron las pérdidas del siniestro.

Aun cuando Lycan cobró los correspondientes seguros marítimos, con semejantes reveses experimentados, se vio precisado a retirarse del negocio del ingenio. Pero otra persona, que demostró ser inteligente y capaz, habría de sucederle para llevar hasta su término la empresa que dejaba iniciada; y el hombre era: Benjamín Francis Johnston.

Cifraba Johnston en los veinticinco años de edad, cuando vino a esta región. Fue en 1890, a punto fijo se desconocen los propósitos que lo impulsaron a venir a Sinaloa. Su aparición en la escena de los negocios fue en el momento en que Lycan determinó, por la fuerza de las circunstancias, abandonar o separarse de la empresa que alentaba en El Águila. En cuanto don Zacarías Ochoa se vio desligado de sus compromisos con Lycan, entró en arreglos con Mr. Johnston y Mr. Ruggles, para la prosecución y terminación de los trabajos del ingenio. Según esos arreglos, don Zacarías aportaría la caña para el molino y a cambio recibiría una participación de 40 por ciento en el azúcar, y las mieles. La primera zafra se llevó a cabo en 1893; pero como sobrevino la eventualidad de la muerte de Mr. Ruggles víctima de la malaria, en El Águila, Mr. Johnston se quedó solo con el negocio. El 15 de octubre de ese mismo año sobrevino también la muerte de R.M. Sandys, inglés de 40 años de edad, ingeniero en jefe del molino de El Águila.

La desaparición de Ruggles no hizo la menor mella en Mr. Johnston; antes bien, él con iniciativa propia se encargaría de la propulsión del negocio y él mismo forjaría las circunstancias que pudieran serle beneficiosas. Con la visión en el éxito procedió entonces a constituir, con un capital de $250,000.00, la sociedad que se denominó "El Águila Sugar Refining Co.", cuyo objeto era la compraventa, elaboración y refinación de azúcar, y el cultivo y compraventa de caña. Y tan pronto como dicha sociedad quedó legalmente constituida, Johnston partió para Aberden,

Louissiana, donde adquirió maquinaria de segunda mano para completar el ingenio de El Águila y aumentar su capacidad de molienda a 200 toneladas, o sea duplicarla. Esta maquinaria llegó al puerto de Topolobampo desde las costas atlánticas norteamericanas, en el "Dora Bluhm", dando la vuelta por el cabo de Hornos.

Más tarde hubieron de celebrarse nuevos convenios entre el norteamericano y Ochoa, por cierto término de años. De acuerdo con ellos el industrial Johnston aportaría el ingenio y el hacendado Ochoa la caña, 5,000 toneladas durante el primer año, al precio de $4.00 la tonelada, más con la obligación de aumentar la cuota de entrega en mil toneladas cada año. Materialmente le fue imposible a don Zacarías dar cumplimiento a esta última parte del contrato. Y aún cuando al respecto no se le aplicó la sanción pactada, de $1.00 por cada tonelada de caña que dejara de entregar de sobrecuota, con el transcurso del tiempo se acumuló en su contra una cantidad de consideración exigible y que, en cuanto le plugiese a Mr. Johnston bien podría reclamarla o hacerla efectiva, situación muy inconveniente para Ochoa.

Por el año de 1901, o en 1902, si no estoy equivocado, Johnston compró a los colonos establecidos en el "Public Farm", o sea en "El Publico" y en el "Plat", en los terrenos de Los Mochis, la caña de los plantíos que aquellos habían puesto en pie, pagándola a razón de $3.75 la tonelada puesta en la fábrica de El Águila; y desde entonces Mr. Johnston avizoró el panorama de Los Mochis.

Don Benjamín, ligado a don Zacarías en negocios, llegó a encompadrar con él bautizándole a su hija Gracia. Finalizaba ya el contrato anteriormente suscrito y entonces Mr. Johnston, con esa facilidad persuasiva que le era peculiarísima y apoyado en sus cálculos, interesó a su compadre Ochoa de tal manera que llegaron a asociarse. De este acuerdo se derivó la constitución de la "Compañía Azucarera de El Águila, S.A.", en 1902, con un capital social de un millón de pesos y con el objeto de emprender ciertos negocios, como el cultivo de terrenos y la explotación industrial y comercial de los mismos, invertir en acciones de otras empresas, etc.

Don Zacarías, después de don Francisco Orrantia y Sarmiento, era la persona de más alta significación en la política, el comercio y la ban-

ca. Y naturalmente esta asociación constituyó un gran respaldo para el alto nombre, popularidad y prestigio de Mr. Johnston, añadido a ello el ser presidente y prácticamente amo del ingenio El Águila Sugar Refining Co., el cual principió a figurar como el primero en el Distrito y a gozar de gran crédito en los círculos financieros.

Al entrar a figurar como socio de la Compañía Azucarera de El Águila, S.A., don Zacarías Ochoa entregó a la empresa los terrenos de su propiedad que constituían la hacienda, así como los aperos de la misma y el sistema de irrigación que estaba alimentado por dos bombas centrífugas marca "Mench", una de 15 y otra de 18 pulgadas, instaladas en la orilla del río. Según la versión de la familia Ochoa, a cambio de esta aportación don Zacarías recibió $100,000.00 en efectivo, que destinó al pago de sus cuentas o adeudos particulares; y otra cantidad igual en acciones de la Compañía, además de lo cual se le reconocía una participación del 10 por ciento en las utilidades del negocio. Ahora bien, como era un hecho que don Zacarías era tenedor de cierto número de pagarés subscritos por Mr. Johnston, es de suponerse —yo digo— que el primero acabó por hacerle al segundo el traspaso de sus acciones, si es que en realidad las tuvo. Pero el caso es que ni don Zacarías, ni su sucesión percibieron jamás cantidad alguna en concepto de participación sobre las utilidades de la Compañía. Por otra parte, el importe de los pagarés mencionados la Compañía los liquidó mediante papel moneda de circulación forzosa, papel llamado "bilimbique", emitido por la Revolución Mexicana, sumamente depreciado. De consiguiente, la operación resultó desastrosa para el propietario de la hacienda de El Águila, ya que a la postre se quedó sin la finca y sin el dinero: Mr. Johnston se convirtió de esa manera, en el dueño de El Águila.

De fuente autorizada conozco esta otra versión, que en el fondo concuerda con la anteriormente referida. Johnston logró enterarse de los créditos o deudas de don Zacarías, y le dijo: "Compadre, yo le propongo pagar todos sus créditos y usted tendrá una participación de 5 por ciento en la producción de azúcar, o bien $100,000. 00 pagaderos a razón de $10,000.00 anuales, haciéndome usted el traspaso de su propiedad de El Águila. El crédito principal o tal vez el único era con don Au-

relio Ibarra, de El Fuerte, poco más o menos $160,000.00 y cuya única operación para el pago fue saldar la cuenta de don Zacarías con traspaso al Águila Sugar Refining Co. De manera que Mr. Johnston no tuvo que hacer ningún desembolso, ni en la compra a don Zacarías ni en el pago a don Aurelio Ibarra, cuyo crédito aún figuraba hasta 1913, en los libros de la Compañía en la oficina de Los Mochis, por $180,000.00. El pago a la familia de don Zacarías, por lo que se refiere a los pagarés, no puede el informante precisar en qué forma se hizo; pero le consta haber visto en 1914, en Nogales, un cheque por $10,000.00 a favor de la señora Ochoa y pagadero en billetes de banco, que por esa época se cotizaba a nueve o diez centavos oro por cada peso. Los pagarés restantes, al anularse la circulación de esos billetes, cree que los cubrió la Compañía en "bilimbiques" ya muy devaluados, y sin ajuste alguno o sea a la par.

Existen en los archivos de la United Sugar Companies, S.A., organismo al cual quedó afiliada la Compañía Azucarera de El Águila, S.A., las estadísticas de producción correspondientes al desaparecido ingenio azucarero de El Águila. En 1906, por ejemplo, la zafra fue de 980 toneladas de azúcar y 37,000 litros de alcohol. Con posterioridad a esa fecha la capacidad de molienda del trapiche se duplicó y por tanto era de 400 toneladas diarias, con lo que se elevó la producción hasta alcanzar el máximo, en 1914, en que se fabricaron 4,000 toneladas de azúcar y 800,000 litros de alcohol de 96 grados, marca "Victoria". En 1920 y con la zafra de ese año tocó a su fin la vida de este ingenio; pues las instalaciones fueron desmanteladas y la maquinaria se transportó a Los Mochis, utilizándose en la ampliación que experimentó la fábrica de esta localidad, transformada en un ingenio central.

Los Mochis

El espíritu de empresa de don Benjamín F. Johnston se vigorizó en forma incontenible con sus experiencias en El Águila. Acumuló el hombre conocimientos y estímulos que iban alimentando sus aspiraciones sin límite, cuyo fruto habría de ser la expansión el ensanchamiento, el arraigo cada día más firme y multiplicado de sus actividades e intereses.

En 1894 Mr. Johnston organizó en los E.E. U.U. una sociedad bajo

el nombre de “The Sinaloa Sugar Company”, y de la cual él era el presidente. El capital social de la compañía era de $500000.00, y el objeto de ella, la compraventa de terrenos, la explotación de los mismos, el negocio del azúcar y otros varios.

Esta compañía, personificada en Mr. Johnston, adquirió en propiedad los terrenos de Los Mochis, comprándoselos a John H. Rice, baratos; terrenos que anteriormente pertenecían a los colonos a través de su propio organismo The Credit Foncier Co., del cual Mr. Albert Kimpsey Owen era la personificación. Activamente Johnston gestionó y obtuvo del gobierno federal en 1901, una concesión para usar aguas del río del Fuerte en la irrigación de esas tierras. Se asegura que los planos que con este motivo presentó Mr. Johnston al gobierno, coincidían con el de las obras del canal de Tastes y cuyos derechos probablemente también había comprado dicho señor. Ignorantes en absoluto los colonos de esas transacciones, se sorprendieron el día en que se enteraron de que Johnston tenía legalizados sus derechos sobre las tierras de Los Mochis, inclusive 1as que ellos poseían sobre el canal que ellos personalmente habían construido. Esto dio origen a pleitos entre Johnston y los colonos, hasta que finalmente esta situación se resolvió imponiéndose lo que procedía por ley.

La Sinaloa Sugar Company fue la propietaria y fundadora del ingenio de Los Mochis. La empresa inició sus actividades de campo el 15 de mayo de 1902 con el desmonte y canalización de las nuevas tierras, las primeras plantaciones de caña, la construcción de los edificios y obras accesorias correspondiente a la nueva fábrica y a sus servicios. A fines de enero o en febrero de 1904, el ingenio iniciaba su primera zafra, y el 4 de mayo de ese mismo año, la destilería principió a elaborar alcohol. Durante la primera zafra se benefició industrialmente la caña de 520 hectáreas de plantíos pertenecientes a la Compañía y a los colonos. El trapiche era pequeño, tan sólo de 200 toneladas de capacidad de molienda cada veinticuatro horas. Los campos de la hacienda fueron trazados a cuadrícula, en lotes de cien hectáreas, apoyados en los canales numerados respectivamente del uno al cinco o al seis por entonces, que venían a integrar la ramificación del sistema de riego del canal de Tastes.

En concomitancia con las obras de construcción del ingenio, al pie del mismo se fue formando una población, la de Los Mochis, a la que si bien se le asentó dotándola de un trazo moderno, su principio fue pobre, humilde su origen debido al tipo y naturaleza de las casas o albergues en que provisionalmente se cobijaban las gentes. Propiamente el poblado quedó dispuesto o fundado en su aspecto urbanístico, en el mes de enero de 1903, conforme más adelante se precisará. Irrefutablemente la formación y crecimiento de este nuevo centro de población tuvo como factor determinante a la Sinaloa Sugar Company o, personalizando, a Mr. Johnston, en atención a su labor y previsión.

Los negocios de la Sinaloa Sugar Co. no siempre fueron prósperos. Fue necesario pasar por años de prueba afrontando múltiples dificultades y escasez financiera, hasta el advenimiento de los tiempos de bonanza que libraron a la empresa de una quiebra inminente. El costo de producción que tenía el ingenio en esos años era de 14 centavos el kilogramo, mientras que el precio promedio de venta era entre 14 y 15 centavos y por tal motivo año por año, en esa época, los balances aparecían con un déficit de $60,000.00 o $70,000.00. Serían los años de 1910 o 1911, cuando estando al lado de don Benjamín su tenedor de libros, éste le dijo: “Yo no sé señor Johnston, cómo la Compañía pueda llegar a solventarse en las condiciones en que está colocada”. “Ciertamente --contestó B. Johnston --así parece, pero tenemos que luchar hasta alcanzar un cambio de condiciones”. Así, enfático y resuelto, se manifestaba aún en los últimos días de su vida en los problemas que la empresa tenía con sus trabajadores sindicalizados, y ante los cuales, lejos de amilanarse, decía optimista “hay que luchar, hay que luchar”, como fórmula sabia y única para poder subsistir.

Un viejo servidor de la Compañía juzga que Johnston era un hombre excepcional, quien “llegó a decir que no conocía la palabra Imposible; en efecto venció todas las dificultades que se le oponían; aquel hombre estaba forjado para la lucha, y de cada dificultad, que las tuvo serias e incontables, surgían con mayor ímpetu su impulso, sus energías, su perseverancia y sus aptitudes, sin lugar para el desaliento, y con la magnitud de un genio, logró formar la magnitud de sus ne-

gocios; y su nombre, con todo y los defectos que puedan atribuírsele, quedará grabado en recuerdos fijos y agradecidos por toda la región y aún por el Estado".

En realidad la personalidad de Mr. Johnston es discutible, se discute aún. Tuvo este hombre méritos enormes y defectos incuestionables; sin embargo, su nombre y su figura es importante. En nuestros días aquella política johnstoniana y la obra misma que es su corolario, como es natural se ha convertido en blanco de una censura o condenación, a tono con el criterio socialista que en estos tiempos se ha ido propagando y hasta imponiendo. La expresión de ese criterio se puede ver en el libro de Mario Gill, "La Conquista del Valle del Fuerte".

De acuerdo con lo que se dijo antes, el cambio de condiciones que Johnston deseaba y esperaba se presentó al fin. Desde luego la Revolución facilitó a la Compañía pagar todos sus adeudos con ventajas enormes, mediante billetes de banco a la sazón depreciados y aun con "bilimbiques" de escaso valor y de esta manera resurgía Mr. Johnston, en tanto que Orrantia y Borboa se eclipsaban. Más por otra parte y muy especialmente en la época de la Primera Gran Guerra Europea, años de 1914 a 1918, en que el azúcar y el alcohol alcanzaron elevadísimos precios en el mercado internacional, las circunstancias fueron beneficiosas a los negocios de Mr. Johnston, permitiéndole no sólo estabilizar, sino vigorizar y ampliar considerablemente la cuantía e importancia de esos negocios. Desde tempranos años, parecía que aquel hombre tenía en sus manos el libro abierto de su Destino, para cobijar ambiciones que, dada la época y las circunstancias se podían considerar inverosímiles. Ya en pleno auge y como consecuencia del impulso, con la adquisición de La Florida y demás predios rústicos de don Manuel Borboa y con la compra que posteriormente se efectuó, de los terrenos de La Constancia y El Sufragio, llegó a rebasar sus viejos deseos, expresados anticipadamente a su empleado don Antonio Caballero, "de que él quería que todo, desde La Constancia hasta contra el mar, se llamara Benjamín F. Johnston".

En el año de 1903 el señor Johnston creó un organismo denominado United Sugar Companies, cuya función especial y única era actuar como oficina administradora de las firmas azucareras, The Sinaloa Sugar

Company y El Águila Sugar Refining Company, que ya conocemos. Los libros de la contabilidad se legalizaron con el título de la nueva compañía y a ésta se traspasaron los saldos de las mencionadas Sinaloa Sugar y Águila Sugar Refining, haciendo lo propio el Banco Nacional de México y los demás acreedores. Quienes no estaban en el secreto daban como un hecho que las dos compañías citadas se habían fusionado en la United Sugar, cuando de lo que en realidad se trataba era de la fusión de las dos administraciones existentes hasta entonces. De consiguiente, mediante este procedimiento desde entonces la United Sugar Companies figuró deudora y acreedora, sin responsabilidades por adeudos, puesto que carecía de propiedades y valores propios. A todo esto se agrega que la fideicomisación de los intereses de las dos compañías estaba constituida en los EE. UU. y debidamente legalizada en México, todo lo cual implicaba un cambio de papeles entre acreedores y deudor, para que éste pudiera imponer su arbitrio por una rara evidencia de las circunstancias y por lo cual el Banco optara por continuar impartiendo su ayuda.

Cuando Mr. Johnston reorganizó sus negocios en 1917, desapareció la United Sugar Companies y se formó la USCOS, o sea la United Sugar Companies, S.A.. La escritura constitutiva de esta nueva sociedad se otorgó en la ciudad de El Fuerte, ante el notario público Lic. Ignacio Bermúdez, el 14 de diciembre de 1917 Constituye su objeto el fomento de la industria de elaboración de azúcar, alcohol de caña, y demás similares o productos derivados, así cómo la venta de los mismos. Esta compañía es la propietaria del ingenio de Los Mochis. Se constituyó con un capital de cuatro millones de pesos, el cual se ha venido modificando, de manera que en 1950 el capital social aparece ser de catorce millones de pesos. La duración de la sociedad es por cincuenta años; y su consejo de administración lo forman diez directores, a saber: un presidente, cinco vicepresidentes, un secretario, un tesorero y dos vocales.

Ampliando diré que la USCOS es la propietaria de las fábricas de azúcar y alcohol, de las plantas generadoras de electricidad, de las residencias principales y de las casas de habitación para empleados y oficiales, así como del terreno en que se encuentran. Además la USGOS, controla un grupo numeroso de subsidiarias, como son: la Compañía

Agrícola de Los Mochis, C.L., la Compañía Azucarera de El Águila, S.A., Johnston y Cía., la Compañía del Sufragio, C.L., Rosario Grijalva y Cía., Rafael G. Ibarra y Cía., la Compañía Agrícola del Río del Fuerte, C.L., la Compañía Agrícola de Constancia, C.L., la Compañía Explotadora de las Aguas del Río del Fuerte, S.A., la del Ferrocarril Mexicano del Pacífico, S.A., y la Cía. Eléctrica de Los Mochis, S.A.,

La Compañía Explotadora de las Aguas del Río del Fuerte, que se constituyó el 9 de abril de 1919, se encargaba de las bombas y de la administración de los riegos. La Compañía del Ferrocarril Mexicano del Pacífico, S.A., representa los intereses del ferrocarril industrial en que se transporta la caña de los campos y ejidos al ingenio. La Compañía Eléctrica de Los Mochis, S.A., se fundó el 21 de diciembre de 1926, para la explotación del ramo de servicios públicos, que comprenden luz y energía eléctrica, agua, hielo y teléfonos. Y la Compañía Agrícola de Los Mochis, Limitada Civil, se constituyó el 27 de noviembre de 1925 para la adquisición y explotación de propiedades rústicas y urbanas.

Aunque cronológicamente los detalles que anteceden se hallan fuera de lugar, sin embargo se exponen, por concernir y estar relacionados con la negociación de que se viene hablando.

Al suprimirse el ingenio de El Águila, el de Los Mochis en 1920 se convirtió en el central que habría de moler la caña procedente de las diversas haciendas subsidiarias de la USGOS. Con ese fin se aumentó la capacidad del ingenio en general y el trapiche, aumentado a dieciocho mazas de 32 X 60 pulgadas, podía moler dos mil toneladas en veinticuatro horas. Más con esto, no quedaron satisfechas las miras del señor Johnston ya que, en 1928, se introdujeron en la fábrica innovaciones radicales para su modernización. Se desechó una buena parte de la antigua maquinaria; todos los sistemas quedaron electrificados; se instalaron nuevos y más poderosos molinos, etc., de suerte que el de Los Mochis quedó colocado en primera fila, como uno de los grandes ingenios azucareros de la República. El nuevo trapiche que aún está en servicio, de doce mazas de 36 X 84 pulgadas, tiene una capacidad normal de cuatro mil toneladas de molienda cada veinticuatro horas.

En 1905 elaboró el ingenio 3.358.310 kilogramos de azúcar, de

57,178 toneladas de caña, con un rendimiento promedio de 62 kilogramos de azúcar por tonelada de caña, En 1908 tuvo la producción una baja muy sensible. En 1919 ascendió a 7.840,900 de azúcar, obteniéndose un rendimiento de 84.18 Kilogramos por tonelada de caña. En 1920 la zafra produjo un poco más de once millones de kilogramos. En 1922 ascendió la producción a casi dieciocho millones de kilogramos con un rendimiento de 98.34 en tonelada. Después de esa fecha subió el porcentaje, en números redondos a 9.8, 9.9 y 10, alcanzando un máximo de 10.205, o sea de 102.05 kilogramos de azúcar por tonelada de caña, en la zafra de 1936. La producción de azúcar culminó en 1938, año en que se elaboraron 45.271,923 kilogramos de azúcar.

Para terminar, se anotan algunos datos referentes a la producción de alcohol: en 1904, 206,859 litros, en 1910, 527,090; en 1914,1,353,885; en 1928,2,229,651; en 1936, 4,171.432, y en 1944, 3,510,880.

San Lorenzo

Después del fracaso experimentado por el doctor Angerman en los negocios de Bajonea, uno de los alemanes de aquel grupo de colonos, el señor Edmundo Hentschel, asociado con el barón Gírard D. Soucaton, de origen francés, rentó en 1908 doscientas hectáreas de terreno pertenecientes a la Sucesión de don Zacarías Ochoa, que colindaban con el predio de Cobaime.

Hentschel era un hombre de empuje, emprendedor, y con el fin de explotar aquellos terrenos organizó una empresa bajo la razón social de Compañía Irrigadora y Agrícola de Bajonea, S.A. La mencionada compañía instaló en El Higueral, en la orilla del río, una bomba competente para la irrigación de las tierras arrendadas y bajo su explotación; plantó su cañaveral, y montó además, en Bajonea, una panochería de bastante importancia, con sus sistemas completamente a vapor.

Concibió Hentschel la idea de convertir este negocio de panochería en una fábrica de azúcar y para ello organizó una compañía cuya razón social era Hentschel y Ochoa. Esta sociedad compró la maquinaria del antiguo ingenio de La Constancia, y compró también los terrenos de San Lorenzo, de la propiedad de la Sucesión de don Teodoro

Miranda, de manera que la instalación de la nueva fábrica se hizo en San Lorenzo y no en Bajonea.

Debido a dificultades de orden financiero, o bien por incosteabilidad, la fábrica y demás bienes de la firma Hentschel y Ochoa acabaron por traspasarse a otra compañía, la cual se denominó Ingenio de San Lorenzo, S.A. En esta sociedad los principales accionistas eran los señores Melchers Sucesores, comerciantes y banqueros de Mazatlán, quienes representaban los créditos de mayor cuantía en contra de sus cedentes.

La fábrica mantuvo su actividad por algunos años; pero el negocio era malo, entre otras razones, por lo deficiente y anticuado de la maquinaria, lo gravoso de su sostenimiento, la baja extracción de los molinos, el elevado costo de los riegos y la eventualidad de los mismos. En estas condiciones tuvo que sobrevenir la quiebra y los bienes pasaron entonces a un sindicato de acreedores.

Ya después, durante el gobierno del General Cárdenas, vino la afectación agraria y, por último, el gobierno consumó la expropiación o la adquisición del ingenio, entregando todo a los obreros y ejidatarios, y así pudo continuar trabajando bajo la intervención del Banco Nacional de Crédito Ejidal.

Una fuerte avenida del río, ocurrida en enero de 1943, destruyó la planta de bombeo instalada en El Higueral y, en consecuencia, los plantíos de caña padecieron de sed y quedaron arruinados, lo que determinó la paralización temporal del ingenio. Más tarde éste fue objeto de importantes mejoras e inclusive se amplió su capacidad; se ejecutaron los trabajos y obras necesarias para la reanudación de los riegos y volvieron a levantarse los plantíos de caña. Para todo esto, se invirtieron muy considerables cantidades de dinero por parte del Banco Ejidal; el molino primitivo, de ciento cincuenta toneladas, fue objeto de adiciones para aumentar su capacidad a doscientas cuarenta toneladas; mas, no obstante inversiones tan crecidas, nunca se logró que la fábrica llegara a tener una eficiencia de alcances económicos satisfactorios, por lo que constituía para el gobierno un verdadero elefante blanco. Por fin las formidables dos crecientes que sin interrupción hubo en el mes de enero de 1949, destruyeron totalmente los plantíos a la vez que inutilizaron los terrenos; y desde aquella fecha el ingenio quedó paralizado.

San Vicente

Uno de los agricultores más prósperos y progresistas de la región abajeña del Distrito, don Ángel Hernández, tenía en su hacienda de San Vicente una panochería, la cual en 1918 fue convertida en una pequeña fábrica de azúcar. Pero como su propietario no obtuvo los buenos resultados que esperaba, el negocio murió en su cuna.

Entonces don Ángel vendió la maquinaria a una negociación panochera instalada en El Burrioncito, jurisdicción de Guasave. Esta fábrica de panocha fue la más importante en el Estado; y sus dueños pensaron alguna vez en transformarla en un ingenio de azúcar, para cuyo efecto habían adquirido la maquinaria del pequeño negocio azucarero llamado de “Tres Hermanos”, cercano a Mocorito.

Azucarera de Sinaloa

En relación con la industria de que se ha tratado, cabe además decir que el 14 de noviembre de 1903 se organizó la llamada Unión Azucarera de Sinaloa. Mediante ella sus miembros, los azucareros, se ponían al abrigo de la competencia, logrando el control del precio y de la distribución. Inicialmente las firmas industriales que componían la Unión eran: Destilería Savalle, Zakany Sucesores, Compañía Azucarera de El Águila, S.A., The Sinaloa Sugar Company y Francisco Orrantia y Sarmiento, operantes todas ellas dentro de este distrito. Más tarde ingresaron a la Unión las demás fábricas establecidas en el Estado, con lo que se logró el más completo control del mercado en Sinaloa.

La Minería

Las actividades mineras del distrito durante el porfiriato, se hallaban reducidas a la explotación de cuatro minas, que eran: La Unión, El Porvenir, El Cajón y La Productora. Las siguientes se hallaban paralizadas: Crestón Verde, La Sorpresa, Hidalgo (oro, plata y cobre); Amelia (cobre) y Victoria (oro, plata y cobre), en Mezquite Caído; La Verdad, en el Cerro Colorado, Magistral y Kruger, Magistral de Macoribo, La Mexicana (Agua Prieta), La Democracia y La Republicana, Se desconoce o se carece de la estadística correspondiente a la producción metalífera.

La Ganadería

La ganadería, en su técnica, se encontraba entonces, casi como actualmente, en el más completo atraso.

Según las estadísticas oficiales de 1866, que deben ser estimativas, había en el distrito las siguientes cabezas de ganado; vacuno 25,000 caballar 10,000; mular 3,500; asnal 4,500; cabrío 3,000; lanar 5,000, y porcino 10,000. El valor de la producción agropecuaria se estimaba ser de $40,000.00 al año.

Los datos correspondientes a 1902 difieren muchísimo de los anteriores: 8,666 cabezas de ganado vacuno, 1,334 de caballar, 1,089 de mular y 1,040 de asnal. Ni los unos ni los otros son dignos de confianza, aún cuando los primeros parece ser los más aproximados.

El Trabajo

En aquella época no existían leyes ni reglamentaciones aplicables al trabajo de los asalariados. La separación o despido de un trabajador quedaba al arbitrio del patrón. Las jornadas de labor excedían a diez horas de sol a sol. La paga generalmente la recibían los peones en tiendas de raya. Lo ordinario era que el trabajador estuviera continuamente endeudado con el patrón, y hasta solían transmitirse las deudas de padres a hijos; la cuenta del trabajador las llevaba el patrón mediante una papeleta llamada “vale” o en el libro o libreta de “vales”; cada semana o cada mes se hacían en esos “vales” los cargos y los abonos y el procedimiento daba ocasión a que algunos patrones se aprovecharan de la ignorancia de sus trabajadores para hacerles cargos indebidos; en poder del trabajador quedaba una copia del “vale”, llamada “contravale”. Casos había, según se dice, en que los patrones mandaran encarcelar a sus peones o trabajadores a causa de sus adeudos, o por el hecho de negarse a continuar prestando sus servicios y hasta por faltas leves. Es verdad que también en muchas ocasiones los trabajadores y sus familias se veían amparados en sus necesidades por los buenos patrones. En conjunto estas prácticas eran de tipo feudal y su origen se halla sin duda en los estadios del régimen colonial español.

En 1899 los peones ganaban en la región, real y medio como jornal, o sea dieciocho centavos conforme su equivalente. En tanto que en la demarcación del pueblo de Ahorne los patrones pagaban a sus mozos dieciséis centavos de jornal, más una ración semanaria de maíz, en la hacienda de El Águila Mr. Johnston, en 1902, subió el jornal a sus trabajadores agrícolas a cuarenta centavos, más el pozole que por entonces se les daba en los campos o labores. Johnston en 1905 trajo de Guaymas a El Águila, para que trabajaran en las faenas agrícolas, sesenta chinos, pagándoles $1.25 de jornal.

En 1903 el peón agrícola, en general, ganaba $0.375; el ferrocarrilero (trabajos en la construcción del F.C. Kansas City M. O) $0.75, y el minero $0.15, a destajo, por pie de trabajo. Los operarios del F.C. Kansas City percibían de $1.00 a $6.00 diarios, según su responsabilidad.

Los vaqueros de los ranchos y haciendas, así como los trabajadores domésticos, ganaban su mensualidad, pero era costumbre asignar a los primeros una ración semanaria de maíz. Hubo época en que el sueldo era de $6.00, pero se fue elevando en el transcurso del tiempo, a $10.00, $12.00, $20.00, etc., y la llamada ración, de maíz, era de uno y medio o dos almudes, o decalitros, semanarios.

En materia de huelgas, no se llegaron a presentar casos de ello. Únicamente a este respecto y según noticia que publicó “El Gazetero”, de Topolobampo, algunos jornaleros y empleados del Ferrocarril Kansas City, el 23 de enero de 1903, se manifestaron con visos de huelga, al negarse a trabajar por menos de $2.00 diarios en lugar de $1.25 a que estaban contratados.

Las Vías de Comunicación

Las diligencias

Cuando no existían aún las vías de los ferrocarriles Kansas City y Sud Pacífico, para viajar a lo largo del Estado y de El Fuerte hasta la costa del Distrito, se utilizaba la diligencia como servicio público. Se hacían también viajes limitados en carruaje y en el suyo propio el gobernador don Francisco Cañedo, de cuando en cuando visitaba la población de El Fuerte.

Documentalmente consta que ya en 1895 operaba en el Estado la empresa Diligencias Generales de Occidente, y que por Decreto No. 35

de fecha 13 de abril de 1896 quedó exonerado del pago de impuestos por el término de tres años. Consta igualmente que don Antonio Echevarría era el empresario del servicio de diligencias que se hacía entre Ocoroni y Culiacán, el cual quedó exceptuado de impuestos por Decreto No. 55 de fecha 21 de diciembre de 1899. De Ocoroni al norte y probablemente hasta Alamos, pasando por El Fuerte, era don Adolfo Berney el propietario del negocio de diligencias. La posta de las diligencias en El Fuerte, primeramente estuvo en un solar ubicado por la calle Independencia y después, en el Hotel Diligencias, finca situada en la esquina de las calles Morelos y Cinco de Mayo, que se empezó a construir en 1874 y que era de la propiedad de don Canuto Ibarra y Buelna.

El servicio se hacía por el camino nacional que atravesaba la entidad de extremo a extremo y que pasaba por Escuinapa, El Rosario, Mazatlán, Coyotitlán, Elota, Culiacán, Pericos, Mocorito, Sinaloa y Ocoroni, de donde seguía para El Fuerte por El Gallo, Lo de Vega y Canutillo, o por Los Mezcales, San Blas, Sivirijoa y Tehueco, siendo esta última ruta la más frecuentada por la diligencia. De El Fuerte continuaba el camino de las diligencias para Alamos, por El Mezquite, Tapizeulas y la Isleta. Las corridas se suspendían durante la temporada de lluvias, en que los caminos se ponían intransitables.

En aquellos tiempos la diligencia constituía el medio más cómodo y expedito para viajar. La diligencia era un vehículo grande, espacioso y fuerte, de muy buenas muelles o sopandas, tirada por dos o tres troncos mulares que los "sotas" sé encargaban de fustigar con grandes látigos o chicotes. Pero los viajeros que se dirigían hacia la parte sur del Estado se hallaban expuestos a los asaltos, cometidos por la gavilla del célebre Heraclio Bernal, pronunciado en 1880.

Exclusivamente dentro del distrito había una línea de la propiedad de don Zacarías Ochoa, que iba desde El Fuerte hasta la Higuera de Zaragoza, por los pueblos ribereños de la margen izquierda del río. Por Decreto No. 74, del 14 de mayo de 1900, el Congreso del Estado exoneró a dicha línea de diligencias, del pago de contribuciones estatales y municipales, especificándose que la empresa debía cobrar medio pasaje a los empleados del Estado y del Municipio.

Teléfonos, telégrafos y correos

A don Francisco Orrantia y Sarmiento cuyos antecedentes ya conocemos, se debe el establecimiento, en 1893, de la primera línea telefónica en el distrito, entre El Fuerte y Mochicahui. Poco después esta línea fue prolongada hasta Ahome; y por el rumbo opuesto la extendió hasta Choix el prefecto del distrito, coronel Gonzalo del Valle. En 1900 se tendió la línea entre Topolobampo y Zapotillo, con lo que aquel puerto quedó enlazado con la línea general Choix-EI Fuerte-Ahome.

Un informe oficial, de fecha 31 de diciembre de 1901, dice que a la red del distrito comprendía los siguientes tramos: de El Fuerte a Aguacaliente de Baca (incluido Choix seguramente) 80 kilómetros; de El Fuerte a Ahome 103 kilómetros, con cinco aparatos en servicio, y de Zapotillo a Topolobamp o 41 kilómetros, con cinco aparatos en servicio. Esta red, correspondiente a la 5a. línea general de los teléfonos del Estado, fue concedida para su explotación y cuidado, conforme a contrato, al señor Leopoldo Martínez por el término de diez años, prorrogables por otros cinco.

En junió de 1904 don Manuel Borboa y don Benjamín F. Johnston pusieron en comunicación directa al ingenio de Los Mochis con el pueblo de Mochicahui, mediante una brecha o camino. A lo largo de esa brecha se tendió en ese propio año la línea del teléfono entre ambas poblaciones, y así Los Mochis quedó comunicado desde entonces con la red del distrito y con la del Estado.

Para el servicio privado de la empresa, el Ferrocarril Kansas City México y Oriente tendió su línea telefónica a lo largo de su propia vía; y la comunicación entre Topolobampo y Estación Joyanco quedó establecida el lo. de marzo de 1903.

El servicio telegráfico es anterior al telefónico, pues en abril de 1881 quedó aquel inaugurado entre Culiacán y Alamos, y de la construcción de esta linearon Ramón Irízar fue el encargado. De esa época, por lo tanto, data el establecimiento de la oficina del ramo en El Fuerte. En agosto de 1904 Topolobampo y Los Mochis quedaron comunicados a la red telegráfica nacional, mediante el hilo tendido desde el puerto a la cabecera del distrito.

El servicio de correos es más antiguo todavía; pero su funcionamiento regular y sistemático, que beneficiaba a El Fuerte y a los principales pueblos ribereños, se remonta seguramente a los tiempos de las diligencias.

En el principio los colonos establecidos en los campos de Los Mochis, cuando aún no nacía la población de este nombre, tenían su servicio particular de conducción de correspondencia a la bahía de Topolobampo, mediante un mensajero de ellos mismos que hacía el viaje de ida y vuelta en un "buggy" o bogue, todos los viernes; después estos viajes eran dos por semana, los miércoles y los domingos; finalmente, la conducción la hacía el Ferrocarril Kansas City, cuando la punta de fierro llegó en 1902 al nuevo ingenio azucarero, que por entonces se estaba levantando en Los Mochis; los de la Colonia mandaban y recibían sus cartas de los Estados Unidos por Topolobampo, vía Guaymas. Pero ya en enero de 1904 se instaló una oficina postal en Topolobampo, y en febrero del mismo año otra en Los Mochis: era un servicio oficial. El ferrocarril, a partir del año citado, se encargaba del transporte de la correspondencia entre Topolobampo y El Fuerte.

En 1906 el servicio postal contaba en el distrito con las siguientes oficinas: en El Fuerte una administración, con agencias en Aguacaliente de Baca, Toro y Yecorato; una administración en Choix, con agencia en San Pedro; una administración en Ahome, con agencias en Higuera de Zaragoza y San Miguel; una administración en Topolobampo; una en Los Mochis, y otra en Mochicahui, con agencias en La Constancia y Zapotillo.

La vía marítima

El comercio marítimo se hacía, aunque en reducidísima escala, primeramente por la desembocadura del río en La Biznaga; y más tarde, creo que de 1875en adelante, por el estero de Torigueyara, o mejor dicho por la bahía de Las Piedras, embarcadero preferido por los vecinos de Higuera de Zaragoza y de los pueblos comarcanos, en sus relaciones con la Baja California. En una época llegaron asimismo a utilizarse para el servicio de cabotaje, los esteros de San Buenaventura y San Esteban, en los que respectivamente tuvieron sus embarcaderos las negociaciones azucareras de El Águila y La Florida.

Según quedó expuesto con anterioridad, mediante el decreto

relativo que el 31 de marzo de 1866 expidió el gobernador del Estado, Gral. Domingo Rubí, el puerto de Topolobampo quedó abierto al servicio de cabotaje. Pero a los dos años hubo de clausurarse, ya que la aduana se trasladó a Bacoregui, lugar situado dentro de la bahía de Agiabampo y el cual, en virtud de un decreto federal fechado el 18 de mayo de 1871, fue habilitado como puerto. A Bacoregui lo substituyó el puerto inmediato de Agiabampo, dentro de la misma bahía; y por él se canalizó finalmente el tráfico marítimo correspondiente a los distritos de Alamos y del Fuerte. Distaba Agiabampo 40 millas de Alamos y 45 de El Fuerte; y la carga que por ahí se recibía se transportaba por tierra, en carros y carretas, a los lugares de destino.

El abandono y clausura antes referida del puerto de Topolobampo, pone de manifiesto que éste no respondía por entonces ventajosamente a las conveniencias del transporte marítimo regional; mas no seguramente por su bahía, que es magnífica, sino acaso por su situación desfavorable, por ser un lugar apartado y de difícil acceso caminero en la época de lluvias y de las altas mareas, a lo que se agregaba también que en vista de la distancia no podía ser aprovechado por el movimiento comercial y minero de la ciudad de Alamos, el cual en aquellos tiempos era de importancia relativamente considerable.

Después de su clausura al menos para el tráfico legal, Topolobampo durante quince años no fue sino un paraje desconocido, solitario, desierto y olvidado. En estas condiciones lo halló el ingeniero Albert K. Owen, al visitarlo por primera vez en vías de exploración prospectiva. Owen, todo un personaje histórico ligado a las promociones económicas de gran alcance en nuestra comunidad, de inmediato en esta ocasión se dio cuenta de las grandes perspectivas que ofrecía la bahía, por su situación geográfica y sus valiosas características portuarias naturales. Topolobampo resultaba ser providencialmente un sitio ideal e insubstituible, con su bahía, su mar y su valle; para Owen con relación a sus concebidos y acariciados proyectos de colonización en este país y de construcción de una línea férrea que, compitiendo con la de San Francisco California, uniera el litoral mexicano del Pacífico con la costa atlántica de los Estados Unidos.

De hecho Topolobampo no había tenido expresión ni como po-

blación, ni como puerto; mas principió a tenerla, proyectándose sobre la faz de nuestros destinos, en el horizonte del futuro, gracias a Mr. Owen Organizó este señor en los Estados Unidos una sociedad de colonos, cuya denominación era The Credit Foncier Co. Los primeros inmigrantes de esta colonia arribaron a Topolobampo, por la vía marítima, en noviembre de 1886. Henchidas de entusiasmo, nuevas partidas vinieron a sumarse a la anterior y a causa de la imprevisión y de la precipitación con que se procedió a efectuar este movimiento,/ los vecinos de la naciente población tuvieron que llevar una vida en extremo precaria. Por tal fin se había formado un pueblo y nuevamente el puerto tuvo su aduana, se reabrió el tráfico afirmándose por algunos años a partir de 1902, fecha en que la compañía del F.C. Kansas City México y Oriente, tratando de consumar los viejos proyectos de Owen, inició y desarrolló los trabajos de construcción del tramo de ferrocarril que de ahí parte y termina en San Pedro.

Debido al factor importante del ferrocarril, el tráfico naviero adquirió alguna intensidad por un corto número de años, que se prolongaron hasta los días de la Revolución. Por mar llegó a Topolobampo, algún pasaje y se recibieron con procedencia de Guaymas, de San Francisco, California y hasta de Inglaterra, los materiales de construcción y rodante del Kansas City, es decir: rieles, durmientes, vagones, locomotoras, etc. En el puerto se establecieron entonces agencias navieras por parte de la Compañía de Navegación México y Oriente, la Compañía Naviera del Pacífico y The Pacific Coast Steamshep Company.

A la primera de las líneas citadas, pertenecían los siguientes vapores que recorrían los puertos del litoral mexicano y algunos de los cuales tocaban a Topolobampo: “Ramón Corral”, “General Díaz”, “J.l. Limantour”, “Benito Juárez” (de593tons.;, “Alamos” (de 337 toneladas),“Unión“), “Carmen”, “General Mena” (de 117 tons.) y “Culiacán”. A la segunda compañía pertenecía el conocido vapor “Luella”, de 412 toneladas que navegaba entre Guaymas, Topolobampo, Altata, Mazatlán, San Blas y Manzanillo. Y a la última, el vapor correo “Curacao”, de 1,503 toneladas que navegaba entre Ensenada, Bahía Magdalena, San José del Cabo, Mazatlán, Altata, La Paz, Santa Rosalía, Guaymas y Topolobampo. Los barcos de la Naviera del Pacífico, sucesora de la Compañía de Navegación México y Oriente eran

los que antes de la Revolución tocaban bajo itinerario fijo al puerto de Topolobampo. Después el servicio marítimo en las costas mexicanas estuvo a cargo de las llamadas Líneas Nacionales de Navegación, empresa controlada por el gobierno federal y propietaria de el “Bolívar”, el “Washington”, el “Jalisco”, el “Moctezuma” y el “Sinaloa”, y ya en 1927 este último vapor era el único que hacía el servicio entre San Francisco y Salinacruz y puertos intermedios, siendo ya entonces de la propiedad de la Compañía Naviera de los Estados. La comunicación marítima y comercial con Santa Rosalía y La Paz con periódica regularidad la sostenía con Topolobampo el Korrigan III de 934 tons. bruto y de 505 tons. neto, vapor del que era propietaria la Compañía Minera de “El Boleo”.

Conciernen al movimiento marítimo de Topolobampo los siguientes datos estadísticos:

Importación de mercancías nacionales y extranjeras, su valor:

1903-1904	$ 175,358.00	1908-1909	$ 193,336.00
1904-1905	“ 142,114.00	1909-1910	“ 185,806.00
1905-1906	“ 194,661.00	1910-1911	“ 128,156.00
1906-1907	“ 184,452.00	1911-1912	“ 141,233.00
1907-1908	“ 153,898.00	1912-1913	“ 147,309.00

Valor de los efectos exportados:

1903-1904	$ 4,621.00	1908-1909	$ 216,752.00
1904-1905	“ 234,040.00	1909-1910	“ 457,078.00
1905-1906	“ 136,830.00	1910-1911	“ 575,215.00
1906-1907	“ 153,998.00	1911-1912	“ 719,625.00 ‘
1907-1908	“ 160,910.00	1912-1913	“ 109,697.00

Recaudación de impuestos aduanales:

1902-1903	$ 3,211.00	1908-1909	$ 38,028.00
1903-1904	“ 14,297.00	1909-1910	“ 42,472.00

1904-1905	“ 21,244.00	1910-1911	“ 27,385.00
1905-1906	“ 30,115.00	1911-1912	‘“ 26,583.00
1906-1907	“ 21,693.00	1912-1913	“ 32,181.00
1907-1908	“ 25,289.00		

La importancia que Topolobampo iba adquiriendo como ruta comercial, se vio disminuida principalmente debido al establecimiento del Ferrocarril Sud Pacífico de México. Y para dejar terminado este punto relativo a las actividades del puerto, he de agregar por último, que la navegación de altura registró en 1926 la entrada de nueve buques cargados con 9,881 toneladas de lastre y 5,760 de carga. En ese mismo año la navegación de cabotaje registró la entrada de treinta y tres buques cargados y once en lastre, con 21,893 toneladas de carga y 8,971 de lastre, a la vez que la salida de treinta y dos buques cargados y doce en lastre, con 19.760 toneladas de carga y 11,100 de lastre. La carga de cabotaje alcanzó 1,742 toneladas de entrada y 5,500 de salida.

El ferrocarril Kansas City

La construcción de este ferrocarril tiene una larga historia, es la expresión ejemplar y realista de un empeño decidido, de una tenacidad invencible, de una fe inquebrantable y de una constancia a toda prueba, de parte de un hombre que trataba de lograr un propósito. La persona era Albert K. Owen, tratando de acometer uno de sus grandes proyectos. Concibió él la idea de este ferrocarril, en una época en que ese tipo de negocios despertaba entre los particulares el mayor interés y a cuyo objetivo consagró todos sus afanes. Más de una vez parecieron estar sus esfuerzos encausadores cerca del éxito; pero al fin todo lo aventajado se desvanecía para resolverse en abortadas tentativas de consumación.

Lo que el norteamericano Owen buscaba en el presente caso, era establecer una línea de transporte, corta y ventajosa, para que por ella de toda preferencia pudiera fluir el intercambio comercial entre la parte oriental de los Estados Unidos, el Japón, China y Australia. Sus planes, visión esplendente de una mística, se pusieron en camino de advenimiento desde el día en que visitó a Topolobampo y conoció la impo-

nente realidad que a su visita se ofrecía. Sería este puerto la Terminal ferroviaria que el anheloso Owen esperaba localizar, para ligarla según su idea original con el puerto de Norfolk, en la costa de Virginia, o con el de Galveston, en la de Texas, siendo lo indicado que la línea pasara por la ciudad de Chihuahua y por Piedras Negras, o bien por Presidio del Norte (Ojinaga) como finalmente se determinó. El hecho de que de Nueva York a Topolobampo hubiera 700 millas menos de distancia, que de aquella gran urbe a San Francisco, California, se consideraba como esencialmente importante para justificar la bondad del proyecto.

Para acometer la empresa Owen organizó en los E.E. U.U., la “Compañía del Ferrocarril y Telégrafo de Texas, Topolobampo y Pacífico” (“The Texas Topolobampo Pacific Railroad and Telegraph Company”). El siguiente paso era obtener, como la obtuvo en el mes de junió de 1881, para sí o para su compañía la concesión del ferrocarril, de parte del Ministerio de Fomento. A partir de la fecha indicada, el concesionario hizo múltiples y reiteradas gestiones por interesar a grupos de capitalistas norteamericanos, sin ningún éxito definitivo. La concesión por lo tanto en varias ocasiones fue objeto de reformas y cuantas veces caducó otras tantas veces fue renovada. No podía Owen desistir de sus vastos proyectos, que principalmente envolvían el negocio del ferrocarril y el establecimiento de la Colonia de Topolobampo. Sus esfuerzos por mantener en vigor su contrato con el Ministerio de Fomento eran tan sistemáticos, como sistemáticos eran sus fracasos para obtener el capital necesario para su ferrocarril. En tal estado, de meras tentativas y sin cuajar en obras, la cosa llegó a mantenerse hasta dieciocho años. Lo que pasó en ese lapso lo sabremos en forma circunstanciada cuando, en el capítulo que habrá de seguir al presente, se aborde la historia de la colonia socialista de Owen.

El epílogo de los afanes de Owen principió cuando, encontrándose en la ciudad de México con el fin de renovar su concesión, en los días 21 y 22 de mayo de 1899 tuvo un arreglo con don Enrique C. Creel, vicepresidente de la Compañía del Ferrocarril Chihuahua y Pacífico. Se convino entonces en que ambos mancomunarían sus esfuerzos, a fin de hacer viable la realización del proyecto del ferrocarril. Se comprometió Owen a desistir de sus pretensiones de que su concesión fuera renovada; y su

única misión sería la de conseguir el capital necesario para construir la vía desde Concepción hasta Topolobampo, siguiendo el derrotero que él personalmente había reconocido y elegido. Creel por su parte, pugnaría por que la concesión de la compañía de la que él era vicepresidente fuera modificada y por que el gobierno otorgara una nueva subvención para terminar de construir la línea hasta Topolobampo. Tan pronto como Owen organizara la compañía capitalista y de acuerdo con lo estipulado, Creel traspasaría a la nueva empresa la concesión de su representada.

Una vez formalizado el convenio con el señor Creel, Mr. Owen partió para Nueva York donde, el día 29 del propio mes de mayo, conferenció con el presidente de la Compañía del Ferrocarril Chihuahua y Pacífico, quien con anuencia de los directores de esa empresa, sancionó el dicho convenio. Sin demoras innecesarias, el 7 de junio se embarcaba Owen con destino a Inglaterra y Holanda, con el propósito de entrevistarse con unos constructores ferrocarrileros que le habían expresado sus deseos de tomar a su cargo la construcción del citado ferrocarril; pero a causa de la excitación provocada por la guerra con los boers en Sud África, resultaron vanos los ofrecimientos anteriormente hechos por aquellos capitalistas.

Owen no desmayó, dada su firmeza de carácter, su entusiasmo y su fe; con su habitual optimismo continuó insistiendo en sus finalidades hasta que al fin, en febrero de 1900, logró interesar en el negocio al señor Arthur E. Stilwell y a unos banqueros de la ciudad de Kansas, con tan feliz resultado, que se organizó la compañía denominada Ferrocarril Kansas City México y Oriente. En el curso del mes siguiente Owen daba cuenta personalmente al señor Creel, en Chihuahua, de aquel interesante suceso y le pedía que se entrevistara con Mr. Stilwell y que además arreglara una audiencia con el gobernador Ahumada, de aquel estado, así como otra con el presidente Gral. Díaz.

En confirmación a los arreglos concertados, Mr. Stilwell extendió a Mr. Owen una carta en la que le expresaba tener a su disposición dos y medio millones de pesos y que se hallaba listo para comenzar los trabajos tan pronto como se obtuviera la modificación de la concesión en forma determinada y que ésta le fuera traspasada en regla. De Chihuahua

regresó Owen a Nueva York en busca de cooperación y de actividad; allá conferenció con los directores de la compañía Chihuahua y Pacífico y en seguida se trasladó a México para activar, junto con Creel y Stilwell la modificación solicitada de la concesión. El 22 de abril, estos señores confirmaron entre sí y en forma definitiva sus arreglos, por lo que en el transcurso de unas cuantas semanas la concesión estuvo ya en poder de Stilwell, consolidándose los intereses en juego. De Chihuahua, en mayo de 1900, Owen le envió a Stilwell al Ing. John L. Case, quien fue designado gerente local/ de la división en Sinaloa, del F.C. Kansas City M. O.101

Se advierte pues, que cuando ya eran de considerarse definitivamente frustrados los proyectos alimentados incesantemente por Owen, se presentaron circunstancias favorables y se hizo viable la construcción de la línea por parte de la compañía últimamente mencionada, de la que era presidente Arthur E. Stilwell, vicepresidente W. W. Sylvester, gerente general o “general manager” E. J. Dickson, M. P P. Paret ingeniero en jefe y E. H. Shauffer, agente de fletes. A continuación vinieron las obras que se contraen al tramo entre Topolobampo y San Pedro.

Constituyó un gran acontecimiento local, el hecho de que se principiaran a tender los rieles de la vía en Topolobampo, el día 6 de septiembre de 1902. A fines de 1902 y principios de 1903, se practicó a orillas de la bahía el tajo en roca, ocupándose doscientos hombres en taladrar y nivelar en su parte correspondiente a la obra los cerros del puerto, en descargar barcos y en la colocación de los rieles de la vía.

La concesión señalaba a la empresa un plazo de tres años para la completa ejecución de los trabajos y consiguientemente las actividades desplegadas eran muy intensas. Todo se hallaba en movimiento y diríase que en un instante Topolobampo se había convertido en un bullicioso campamento de quinientas gentes y en un verdadero arsenal de materiales y equipo ferroviario. El gerente general, Ing. John L. Case, instaló sus oficinas en la villa del Fuerte. H. H. Beels era el ingeniero en jefe de la División y bajo su dirección tenía un cuerpo de ingenieros. Don Felipe Seldner, con residencia en el puerto, era el intérprete oficial de la Compañía y era además el agente de la Cía. de Navegación México y Oriente. Y el médico de la empresa, el Dr. Morrison.

La Cía. Internacional Constructora se encargó, bajo contrato, de los trabajos de construcción. El "Luella" hacía sin interrupción viajes a Guaymas, trayendo materiales y carros para carga y pasajeros, igualmente el vergantín "Consuelo", de 291 toneladas, que transportaba rieles y también pasaje. El 12 de octubre de 1902 llegó en el vapor "Luella" la primera locomotora y dieciséis carros para el ferrocarril. Una nota periodística local informaba que el 1o. de enero de 1903 había ya dieciocho kilómetros de vía herrada, dos cambios, dos locomotoras, treinta y cinco plataformas y quince carros de carga. Los trabajos se realizaban rápidamente y precisamente para la fecha antes indicada, se habían terminado hasta El Fuerte las obras de terracería. Diariamente se herraban uno y medio kilómetros de vía, y dentro de las actividades de conjunto se construían simultáneamente los puentes por el contratista W. G. Dumont. En mayo de 1903 quedó terminada la instalación de los talleres de reparación o sea la "casa redonda", a orillas del estero.

El 10 de febrero de ese año llegó de San Francisco, California el "Meteor", trayendo cincuenta mil durmientes. Después de haber zarpado el 19 de noviembre anterior (1902) de Carid, Inglaterra, llegaron los vapores ingleses "Inverness" y "Robert Adams" conduciendo carbón, rieles de sesenta libras y conexiones, para ciento diez kilómetros de vía. Estos vapores anclaron fuera de la barra y fue necesario que el "Luella" los alivianara de la carga para que pudieran entrar a la bahía. El 27 de julio la barca americana "Mauna Ala", de 820 toneladas, se varó en la barra en 14.05 pies de agua. Su capitán William Smith y su esposa vinieron al muelle; pero a los cuatro días la mar puso a flote el barco y éste fue a estrellarse en las playas de la isla de Santa María, inutilizándose su timón.

El 1° de abril de 1903 se tendían los rieles correspondientes al ramal que va del K-22 al ingenio de Los Mochis; y fue este ramal aprovechado para el transporte de la maquinaria que estaba llegando a Topolobampo, para el ingenio en construcción. El 1° de mayo llegó a San Blas la "punta de fierro" hasta donde el tren corría de ida y vuelta desde Topolobampo el mismo día, pero sin coches de pasajeros, que ya para esa fecha se encontraban en Guaymas. El servicio regular de trenes de carga y pasaje entre Topolobampo y San Blas se inauguró el 19 de junio, estableciéndose corridas los días martes, jueves y sábado. Entre la curva de Topolobampo y la del cerro de El Sufragio, o sea entre el K-1 y el K-59, la vía forma una tangente de 58 kilómetros de longitud. Finalmente, fue un acontecimiento memorable el de la llegada del primer tren de pasajeros a Estación Joyanco, de la villa de El Fuerte, en el kilómetro 100, el 9 de enero de 1904; con tal motivo el profesor don José Rentería pronunció, ante numeroso público ahí congregado, un conceptuoso discurso alusivo a la trascendencia de aquella obra ferroviaria.

En determinados círculos de los E.E. U.U., bien informados de las actividades que se desarrollaban en Topolobampo y que veían con interés al ferrocarril que estaba siendo construido por Arthur E. Stilwell, se llegó a asociar el nombre del puerto con el de la personalidad de dicho señor, que era nada menos que el Presidente de la compañía del F.C. Kansas City México y Oriente; mas no solamente esto, sino que hasta se intentó la suplantación del nombre, dándole a Topolobampo la denominación de Port Stilwell.

La misma empresa auspició dicha suplantación, por lo que tuvo que intervenir en el caso el gobierno federal para evitar el desacato. El 12 de enero de 1903 el señor Ignacio Mariscal, secretario de Estado y del Despacho de Relaciones, comunicó a los cónsules de México en Nueva York, San Francisco, Chicago, Eagle, Pass, El Paso, Filadelfia, Kansas City, Laredo, Nueva Orleans, Río Grande City y San Antonio Texas, que la Secretaría de Comunicaciones en oficio No. 3167 del 8 de enero, el 10 de octubre de 1901 pidió a los apoderados del F.C. Kansas City México y Oriente, corrigieran la suplantación cometida en el puerto de Topolobampo en los planos que en aquella fecha presentaron para su aprobación, porque el Gobierno no podía permitir que fuera substituido por el de Stilwell; en 12 de febrero de 1902, le previno al apoderado substituto de la rifada empresa, licenciado Ernesto Peláez, se abstuviera de dar otra denominación al referido puerto de Topolobampo, pues no tenía facultades para cambiar los nombres de las localidades de la República, reconocidas oficialmente.

A las oficinas postales se les comunicaron instrucciones para que no se le diera curso a la correspondencia dirigida a Port Stilwell. A esta

cuestión hace también referencia por su parte en "La Conquista del Valle del Fuerte" el libro de Mario Gill, expresando que el 11 de noviembre de 1903 la Secretaría de Relaciones Exteriores envió la siguiente circular a través de la Sección de Consulados: "...Esta Secretaría tiene motivos para suponer que pudieran presentarse a esa Oficina (Sección Consular No. 5) para su certificación, documentos que amparen mercancías y otros efectos destinados a "Port Stilwell, Mex.". Si llegara ese caso, recomiendo a usted que, fundándose en que esta república no tiene puerto con ese nombre, se niegue terminantemente a hacer esa certificación... ". Firmado el Sub Secretario de Relaciones Exteriores, Encargado del Despacho, señor José Algara.

Arthur E. Stilwell nació en Rochester, Nueva York, en el año de 1859. Como hombre de empresa e iniciativa era exhuberante y soñador en la concepción de los negocios, más no tanto como iluso era Owen; Stilwell construyó el ferrocarril que va de Kansas City a Port Arthur, punto este último situado en la costa texana, en el Golfo de México. Precisamente Port Arthur en su nombre perpetúa la memoria del constructor de ese ferrocarril, más el empeño que el presidente del F. C. Kansas City México y Oriente, puso por que Topolobampo llevara el nombre de Port Stilwell, se frustró en la forma ya relatada.

Es bien sabido que la línea del Ferrocarril Kansas City México y Oriente, entre Topolobampo y Ojínaga o Presidio del Norte, no se terminó, quedando sin construir el tramo comprendido entre San Pedro, Sin., y Creel, Chih., Pero conviene aclarar que el tramo construido entre la ciudad de Chihuahua y Creel, pertenecía al antiguo Ferrocarril de Chihuahua al Pacífico. Las concesiones de los ferrocarriles Río Grande, Sierra Madre, Pacífico y de Chihuahua al Pacífico vinieron a guardar ligadas en una sola con el nombre de Ferrocarril del Noroeste. El primero de esos ferrocarriles entronca con la línea del Ferrocarril de Chihuahua al Pacífico, en La Junta, y va desde este punto hasta Ciudad Juárez, pasando por Casas Grandes. La parte comprendida entre la ciudad de Chihuahua y Ojinaga, ya construida y en funcionamiento, pertenecía al Ferrocarril Kansas City México y Oriente, cuya línea debe extenderse desde Topolobampo hasta aquel puerto fronterizo.

En cuanto a distancias, el Ing. Eugene A. H. Tays, que reconoció por encargo de Owen la ruta que va por el arroyo del Septentrión, estimaba que de Topolobampo a Chihuahua había 450 millas y 634 de Topolobampo a Presidio del Norte. Los datos actuales son: de Topolobampo a San Pedro, 125 kilómetros de vía construida; de San Pedro Creel, 255 (tramo sin construir; de Creel a Chihuahua, 304, y de Chihuahua a Ojinaga, 270. Por tanto, de Topolobampo a Chihuahua hay 684 kilómetros y de Topolobampo a Ojinaga 988 kilómetros.

La cuenca económica del Ferrocarril Kansas City México y Oriente, dice Ulises Irigoyen, quien tanto propugnó por la terminación de la línea, abarca más de 10 millones de kilómetros cuadrados; pues la cuenca se extiende hacia el gran sistema del Santa Fe y en conjunto comprende a Sinaloa, Sonora, Chihuahua, Coahuila, Durango, San Luís Potosí, y Texas, Arizona, Nuevo México, Kansas, Missouri, incluyendo el imperio industrial de Chicago.

Hasta 1926 el peso de la carga transportada por los trenes del Kansas ascendía a 152,886.88 toneladas, correspondiendo 16,577.11 a productos agrícolas, 8,938.61 a mercancías generales, 634.84 a animales y sus productos, 12,837.76 a productos inorgánicos y 12,561.00 a flete particular de la compañía. En 1927, el equipo del ferrocarril, completamente anticuado, deteriorado e insuficiente, contaba con cinco locomotoras de vapor y ciento treinta y seis unidades de transporte, entre coches, carros, cabuces, góndolas, jaulas para ganado, tanques, plataformas y carros motores. Las condiciones de la vía, del equipo y consecuentemente del servicio son tan deplorables, que el público en vez de llamarle al tren "el Kansas", le dice "el Kansado"; del mismo modo que al Sud Pacífico se le daba el epíteto de "Sud Paciencia".

Las diversas empresas regenteadas por Stilwell en los EE. UU. e inclusive el F.C. Kansas City México y Oriente, entraron en quiebra en 1912. Con respecto a este ferrocarril y al del Noroeste de México, Mr. William T. Kemper adquirió su control, por haber comprado las acciones del grupo inglés, que era el mayoritario.

En 1928 la firma Johnston y Cía., del grupo de la United Sugar Companies, S.A., adquirió en propiedad el Kansas City, sobre el cual gra-

vitaba un crédito hipotecario con el F. C. Atchinson, Topeka y Santa Fe. Don Benjamín Johnston se proponía concluir la vía y desde 1927 había comisionado al Ing. Hardway para que hiciera el estudio de la ruta por Septentrión, que es la menos costosa y ofrece pendientes menos pronunciadas. Es más, se proponía el inversionista electrificar los trenes, al disponer de la energía eléctrica proveniente de la presa de Balofaqui que él deseaba y esperaba llegar a construir.

En julio de 1940 Johnston y Cía., finalmente traspasó el ferrocarril al gobierno federal; y posteriormente quedaron fusionados el Kansas City, México y Oriente y el Antiguo Ferrocarril del Noroeste, en el nuevo organismo que lleva el nombre de Ferrocarril Chihuahua-Pacífico, S.A., cuya escritura constitutiva firmara la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas, el 22 de enero de 1955.

Se han señalado dos derroteros para llevar a cabo el enlace de las estaciones Creel y San Pedro. El que reconocieron inicialmente Owen y Tays y más tarde. Hardway, pasa por Aguacaliente de Lanphar - boca del río - Chínipas - La Guaza - Santa Bárbara - arroyo de Septentrión - Cuiteco - Cima de Bocoyna. El otro, del que siempre se ha dicho que requeriría en cierto tramo una línea de cremallera, pasaría por Choix - Tasajera - Nacimiento - boca del arroyo de La Culebra (cruzando el río en la fuente termal de El Chorro - Cerocahui.

Cuando el gobierno federal adquirió el ferrocarril, la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas comisionó al Ing, Bronimman para que estudiara la segunda de las rutas indicadas y al respecto elaboró dos proyectos: uno de Los Táscates a Urique y otro de Creel a la Barranca del Cobre. Conforme al segundo, la línea continuaría desde la Junta hasta Urique con una pendiente de 1 por ciento; pero a partir de este punto se requeriría una pendiente de 6 por ciento (a base de cremallera) sobre la ladera de la Barranca del Cobre, para ascender a Los Táscates o seguir el río Urique con 2 por ciento hasta el descenso. Como esta ruta indudablemente resultaba más costosa que la de Septentrión, la que ofrece por otra parte también la ventaja de tener pendientes más suaves; la Secretaría optó por la última, que es por la que actualmente se están desarrollando los trabajos de construcción con el propósito de terminarlos.

En la actualidad, en forma activa se están ejecutando en la ruta de Septentrión las obras correspondientes a terrecerías, puentes y túneles, a cargo de contratistas, como son la Compañía Constructora "El Águila", S.A., y la Compañía Constructora de Ingenieros Civiles Asociados ("ICA", por sus siglas).

El Ferrocarril Sud Pacífico

La construcción de este ferrocarril, vino a determinar un cambio radical en la utilización de los medios y rutas de transporte, favoreciendo en todos sus aspectos, el desarrollo económico no tan sólo de este distrito, sino de todo el Noroeste.

Primeramente se construyó, inaugurándose en 1881, el tramo comprendido entre Nogales y el puerto de Guaymas, por la compañía del Ferrocarril de Sonora, a la que el gobierno federal le otorgó en 1875 la concesión correspondiente. Después, en 1885, los intereses de esta compañía se transmitieron al Ferrocarril de Sonora-Nogales - Guaymas. Por último, al proyectarse la continuación de la línea hasta Guadalajara, se traspasaron los derechos anteriores a la compañía del Ferrocarril Sud Pacífico, a la que se le otorgó la concesión respectiva el 27 de octubre de 1904, por el término de 99 años. Como los trabajos de construcción de la vía quedaron interrumpidos al estallar la Revolución iniciada en 1910, durante el gobierno del general Álvaro Obregón, en 1923, una nueva concesión que expiraría en el año de 2013 permitió a la compañía consolidar sus derechos y terminar hasta Guadalajara las obras del citado ferrocarril.

Partiendo de Empalme, Sonora, se comenzaron los trabajos de la prolongación de la vía hacia el sur, en los primeros meses de 1906. En mayo de 1907 la línea se hallaba concluida y en servicio hasta Navojoa, y el 23 de octubre de ese mismo año la "punta de fierro" ya se encontraba en San Blas, distrito del Fuerte. En 1912 las paralelas de fierro llegaron hasta Tepic, pero se interrumpieron los trabajos hasta que en 1923 se reanudaron y en breve quedó establecida la comunicación entre Nogales y Empalme de Orendain, exceptuado el paso por el Plan de Barrancas, Nayarit, del cual las obras se terminaron en 1927.

La llegada de la "punta de fierro" a San Blas, en 1907, constituyó para nuestra región un acontecimiento de innegable importancia. El antiguo rancho de San Blas, convertido ahora en una estación crucero de dos ferrocarriles, principió desde entonces a urbanizarse y a adquirir importancia hasta como plaza de comercio, como la tuvo preeminente en la época en que algunas casas comerciales de Mazatlán establecieron ahí agencias o sucursales; sucursales que fueron al fin desplazadas por el comercio chino, el cual se ramificó tanto y tan profundamente por todo el Noroeste, que se convirtió en un problema muy serio por su naturaleza absorbente y monopolista.

Escuelas

En la penúltima década del siglo diecinueve, el distrito del Fuerte figuraba entre las entidades de Sinaloa más atrasadas en el ramo de instrucción pública. Y así lo indica el hecho de que en 1885-1886, según fuente oficial, sólo hubiera establecidas dentro de su territorio ocho escuelas cuyo funcionamiento costaba al fisco y al vecindario $3,900.00 anuales. Esas escuelas eran: la del profesor Francisco Sosa y Ávila, para varones, y la de la señora Guadalupe S. de Sosa, para niñas, en El Fuerte, y las de Chinobampo, El Máune, Tetaroba, Aguacaliente, San Lázaro y Choix. De Ahome nada dice el informe de que están tomados los datos que anteceden, pero en 1884 existía en este pueblo la escuela de don Emeterio Luque.

En 1893 la escuela de la villa de El Fuerte, a cargo del profesor Rafael G. Revilla, la enseñanza se sujetaba al siguiente programa de materias: Para los niños: Lectura y Ortología; Gramática Castellana; Gramática Francesa; Geografía Universal elemental; Geografía de México especial; Teneduría de Libros y Música Vocal. Para las niñas: Lectura y Ortología; Escritura Inglesa, Doctrina Cristiana; Aritmética; Gramática Castellana; Costura; Tejer estambre y Música Vocal.

El informe que el 15 de abril de 1893 rindió al H. Ayuntamiento del Fuerte el prefecto del distrito, don Adolfo Ibarra, revelaque ya se habían hecho algunos progresos aumentándose el número de escuelas, pero que aún así eran insuficientes y malas.

"En el ramo de la instrucción pública -dice el informe-, el más importante de la administración, por depender de él el porvenir de la sociedad, se han erogado los siguientes datos: Inspección de escuelas $240.00; Colegiaturas en el Colegio Rosales $480.00; Sueldos de preceptores y ayudantes $6,740.00, y Rentas de locales $440,00 En total $7,901.00, cubiertos con $3,860.59 de fondos municipales, $1,730.00 producto de la contribución vecinal y $2,314.14, por los particulares".

"Hubo en el Distrito, por término medio, veinte escuelas cada mes, en las que se matricularon 899 alumnos, de ellos 164 mujeres y 735 varones. La asistencia media fue de 616 alumnos por mes. El corto número de éstos fue debido principalmente a que muchas familias de la clase proletaria emigraron a minerales de la sierra a donde había trabajo o a otros lugares donde el precio de los artículos de primera necesidad no eran tan subidos como en este distrito; comparando la cifra de población que arroja el censo últimamente formado, con la que en tiempos normales ha tenido este distrito y que no ha bajado de 32,000 habitantes, se ve que han emigrado más de 2,500 por las razones que acabo de expresar".

"Los resultados obtenidos en este ramo no corresponden a los gastos erogados, esto es una verdad dura, pero es verdad. La Ley expedida por el Congreso del Estado el 15 de febrero de 1892, introdujo en la instrucción primaria reformas radicales y no es posible, por el corto sueldo designado a la mayor parte de los preceptores conseguir personas idóneas que quieran consagrarse a la enseñanza".

"Con excepción de las escuelas de esta villa y las de la colonia de Topolobampo, todas las demás distan mucho de satisfacer las exigencias de la Ley de la Materia".

"Próximamente someterá esta prefectura a la aprobación de la Corporación algunas medidas que tiene en estudio, con el fin de hacer menos sensible este mal".

"El local de la escuela municipal de Mochicahui amenaza ruina y es necesario componerlo antes de la próxima estación de aguas"

" La escuela de Choix está en buen estado y excelentes condiciones; pero tiene el inconveniente de encontrarse en el mismo edificio el juzgado y la cárcel de aquella villa. Es sumamente urgente construir una

tapia que aísle completamente el local de la escuela, cuyo costo deberán cubrir las rentas municipales, pues aunque el edificio fue construido por don Rafael Valenzuela y reformado por don Doroteo de Saracho, estos señores con liberalidad digna de todo elogio lo cedieron hace algunos años para el objeto a que actualmente se le destina".

"También en Aguacaliente de Baca construyeron don Anastacio Torres y el ciudadano americano Guillermo V. Lanphar, dos amplios locales para las escuelas públicas de ambos sexos de aquella localidad. Me es grato consignar en esta memoria, los dos hechos anteriores que tan alto hablan de los filantrópicos sentimientos y espíritus progresistas cuanto modestos, de los señores expresados".

En la dirección de la escuela municipal de la cabecera, que estuvo a cargo del profesor Sosa y Ávila, le sucedió a este señor don Eudoro Estrella. Por los finales de los ochentas otro prominente vecino del lugar, don Ramón M. Rivera, llegó también a dedicarse al magisterio; este señor fundó el 6 de abril de 1904 la Sociedad Mutualista "Ramón Corral" existente en El Fuerte, habiendo sido de ella su primer presidente. Otra persona que en forma transitoria se dedicó igualmente a la enseñanza y tuvo su plantel, en El Fuerte, fue don Francisco de P. Álvarez. Se conserva aún memoria también, de una escuela, la oficial seguramente, que llevó el nombre de "Instituto Municipal Benito Juárez", cuya dirección estuvo a cargo respectivamente: de los maestros don Manuel Palomares, don Florencio Sánchez y don José Rentería. Este último señor, al clausurarse el Instituto, se trasladó a Mochicahui para encargarse de la escuela del lugar; pero a causa de un grave incidente se vio en el caso de regresarse a El Fuerte y ahí estableció su escuela particular, que tuvo buen alumnado y conquistó algún prestigio. Rentería era un educador que empleaba los métodos clásicos de su tiempo, para castigar e imponer la disciplina y el aprendizaje. La expresión cruel de esos métodos eran los golpes de palmeta, los reglazos, los zurriagazos, las cachetadas, los coscorrones, los tirones de oreja, los plantones y las hincadas de rodillas sobre el piso duro, la humillación con las orejas postizas de burro, las numerosas líneas o las planas escritas a tinta reiterando la frase de amonestación o la sentencia que habría de inspirar la enmienda y así con ese orden, según la gravedad de la falta.

El 13 de febrero de 1895 la XVI Legislatura expidió la Ley reglamentaria y de organización de la instrucción pública en el Estado. En 1895 el padrón distrital de los niños de edad escolar, hasta de catorce años, era de 2,350. En dicho año existían veinticinco escuelas con una matrícula de 813 alumnos y asistencia media de 817. De la escuela de niños en El Fuerte era preceptor Feliciano Tafolla, con un sueldo mensual de $90.00; de la de niñas del mismo lugar, María González, que ganaba $50.00 y de otra más de niños, Enrique C. Portillo, con asignación de $10.00 de sueldo. El maestro de Tehueco percibía mensualmente como emolumentos $21.00; el de Capomos $10.00; el de Tetaroba $23.00; el de San Felipe $12.00; la maestra del Maune $9.00; el maestro de El Realito, Donaciano 564 Armenta, $15.87; el de Chinobampo, Trinidad González, $30.00; el maestro de la escuela de niños en Choix era Abraham Muñoz y la maestra de la escuela de niñas, Benigna Quintero con sueldo de $15.00; el de Baimena ganaba $8.00, lo mismo que el de Santa Anna; el de la Estancia, Andrés Gastélum, $12.00; el de San Javier y el de Bayehueie $7.00; el de Yecorato, Alfonso A. Gastélum, $30.00; María Almada, en Ahome, $23.00; Porfirio Mussot, en El Guayabo, $30.00; el maestro de Zapotillo, José Ma. Miranda, $20.00; el de San Miguel, H. Hovellman, $32.00; el de San José (Ahome), Mateo Ellearle, $20.00; y en Los Mochis los maestros de las dos escuelas particulares que ahí tenía la colonia del Credit Foncier eran las señoritas Marta Jones y A. Whealer.

Para el año de 1898 el impulso recibido por el ramo instrucción pública se manifestaba en forma sensible, puesto que en esa fecha el número de escuelas existentes en todo el Distrito era de cincuenta y dos, cuyo sostenimiento importaba mensualmente $1,325.00 y cuya inscripción era de 1,669 escuelantes.

La llegada del profesor jalisciense Agustín V. Zapata a la ciudad de El Fuerte, en 1905, marcó la implantación o la introducción de los sistemas más modernos de enseñanza, al hacerse cargo de la dirección de la escuela oficial "Benito Juárez" para varones. Fue esta una magnífica escuela, de la cual eran además ayudantes los profesores Enrique Corona, Margarita N. Gil y Arnulfo Gómez, y maestro de solfeo a la vez que director de la banda de música de la escuela, don Atanasio Castañeda. El

profesor Zapata tuvo a su cargo también, la Estación Meteorológica que se estableció en el propio local de la escuela, y que estaba dotada de un barómetro de Renou de cubeta ancha y escala compensada, un termómetro de máxima y otro de mínima, un psicrómetro, un heliógrafo, un nefoscopio simple, un pluviómetro, una veleta simple de inclinación interior y un anemómetro de observación directa. El profesor Zapata se ausentó, dirigiéndose a la ciudad de Chihuahua, en 1910.

La directora de la escuela oficial para niñas, en El Fuerte, en los tiempos de Zapata, era la señorita Manuelita Amarillas. Se recuerdan todavía los nombres de algunos maestros de escuela en las siguientes localidades: En Choix los de Baltasar Simó, Ramón M. Agraz, Heraclio Pereira y María Miranda. En Mochicahui los de Andrés Sánchez y Álvarez, Florencio Sánchez, Eustolia Sánchez, Francisco de P. Álvarez, José Rentería, Benjamín Trasvina, Edelmira Delgado, Eduardo Casillas, Enrique Fregoso y Marcial Ordóñez. Y en Ahome los de Francisco de P. Álvarez, Manuel C. Leyva, José Ma. Sánchez, Hermelinda Montes de Oca, Manuela Amarillas y Enrique Corona.

Con respecto a las escuelas de la "Colonia de Topolobampo", como lo reconoció la primera autoridad política del distrito, eran de las pocas que llenaban los requisitos que la Ley de la materia exigía. Tan pronto como llegaron los primeros colonos de The Credit Foncier Co. a Topolobampo, en noviembre de 1886, establecieron en aquel puerto una escuela para la educación de sus propios hijos. También el grupo que posteriormente se radicó en La Logia, tuvo una magnífica escuela a la que asistían algunos de los vástagos de las familias más caracterizadas de la comarca, como por ejemplo: José y Esteban Zakany, de La Florida; los Padillas: Genoveva Anita y Víctor, de Higuera de Zaragoza; los primos Vegas: Rosa y Susana, de San Blas; los Acostas; Gorgonio, Ramón y María, de Las Cruces y David Fierro, de Charay.

En Topolobampo no hubo escuela pública oficial sino hasta el lo. de mayo de 1903, gracias a la iniciativa del síndico local, señor Hipólito Preciado.

También los colonos, al establecerse en el área de Los Mochis, instalaron sus escuelas, una en el "Public Farm" o simplemente "Farm",

o sea en "El Público", y otra en el Campo Robertson, de el "Plat", que eran los sectores en donde ellos tenían su asiento y labores agrícolas. A cargo de la señorita Nellie Scally estuvo la escuela de el "Plat", y desde 1903 o desde antes, la del "Farm" estuvo a cargo de la señorita Cora Peet. En 1903, época en que se encontraba en erección el ingenio de Los Mochis y empezaba a formarse la población de su nombre, los colonos y sus connacionales de la empresa azucarera sumaron sus esfuerzos en el propósito de construir en el nuevo poblado, un edificio para la escuela destinada a sus hijos. Por ese mismo tiempo y debido el interés particular de la familia del Ing. Eugene A. H. Tays, en San Blas se abrió otra escuelita americana, de la que fue su maestra Clara Heliot.

Para llevar a cabo la construcción del mencionado edificio escolar, se constituyó en Los Mochis un patronato integrado por las señoras Julius Eckardt, Grant H. Burr y T. J. Whitzel. Este patronato, según información del "Our Hat-chet", organizó una feria o jamaica que se efectuó el 6 de junio de 1903 y que alcanzó un éxito lisonjero. El señor B. F. Johnston facilitó el local de la fábrica en construcción, el cual fue adornado convenientemente. En el primer piso se instalaron puestos de pasteles, quequis, buñuelos, café, flores, melones, fresas, nieve y sandwiches. La fiesta, amenizada por la banda de Ahome, duró del medio día a la media noche. En el segundo piso del edificio hubo baile, en el que la banda tocó las mejores piezas de su repertorio. El señor Johnston regaló todo el hielo y el azúcar consumidos y en un concurso de simpatía llevado a cabo, dicho señor fue proclamado el caballero más popular ("the most popular gentleman"), otorgándosele en merecimiento un gracioso muñeco negro; a la vez que la señorita Chloe Bunker fue proclamada la dama más popular, otorgándosele como trofeo un cuadro con marco incrustado de conchas. La feria o kermess produjo quinientos dólares; y además, por su parte el señor Roberto H. Law, uno de los principales soportes del ingenio, donó para la obra un mil dólares. El 18 de abril de 1904 se inauguró el local en el que se instaló la "Grammar School" o escuela de enseñanza elemental, a cargo de la señorita R.J. Kendall. A esta escuela se le impuso el nombre de "Law-Stilwell, en honor de dos personajes, el uno del ingenio azucarero y el otro del ferrocarril Kansas City, respectivamente los señores Robert H. Law y Arthur E. Stilwell.

Gacetas

Se recordará que, al tratar del Estado Libre de Occidente, se dijo que la primera imprenta introducida al Noroeste estuvo en la villa de El Fuerte; y que de ahí, con el cambio de capital de la entidad, se trasladó primero a Cósala y luego a Alamos. Desde entonces El Fuerte no contó con imprenta alguna, sino hasta 1886 en que el comerciante local Estanislao González estableció una de su propiedad. En este taller de imprenta, que estaba en una casa a espaldas de la iglesia, se imprimía la primera gaceta o periódico que, con el título de "El Eco del Fuerte", se publicó en este distrito; dirigía y redactaba la mencionada hoja periodística el señor Francisco Rueda Flores.

Estanislao González era hijo de un leñador que vivía en la "huerta de Orrantia", donde dizque sacó un entierro localizado por unos ingenieros. Afírmase que tal fue el origen de la fortuna que poseía la familia González; fortuna de alguna consideración tal vez, puesto que cuando se casó la hija de don Estanislao se tendieron desde su casa hasta la iglesia, que estaba próxima, no sólo alfombras persas sino hasta barras de plata, para que pasara la pareja. El señor González murió asesinado por su cuñado Felizardo Ceceña, por causas graves de familia; entonces el negocio de imprenta pasó a poder del señor Pioquinto León, reapareciendo en su segunda y última época, el 1° de enero de 1901, "El Eco del Fuerte", bajo la dirección y responsabilidad del señor Jesús A. y Peña.

Posteriormente la imprenta pasó a ser de la propiedad del señor Sotero Gil y en 1908 se editaba en ella un periodiquito que se llamaba "El Repórter", que escribía Emiliano C. García, de publicación semanaria, Después, en 1909, en ese taller se editaba "El Paladín", bajo la dirección del Dr. José García de León y bajo la responsabilidad de don Francisco Guerrero y Valdés, jefe del partido político ferrelista en este distrito. El susodicho periódico era vocero local del partido que postulaba para gobernador del Estado al Lic. José Ferrel, contrincante de don Diego Redo en la liza electoral.

Los sobredichos fueron los periódicos, muy modestos, que durante el período del porfiriato llegaron a publicarse en El Fuerte.

Hubo también en El Fuerte, a fines de esa época, otra imprenta que

pertenecía al doctor dentista Luis A. Levy. Pero este equipo y el perteneciente al taller de Sotero Gil, fueron adquiridos por el señor Miguel D. Sánchez; uno de ellos perteneciente entonces a don Francisco Orrantia y Sarmiento, a quien se lo adjudicó, mediante juicio en contra de sus antiguos dueños, el Juzgado de Primera Instancia, y el otro, de la propiedad del señor Francisco Guerrero y Valdés, en liquidación judicial. El señor Sánchez se convirtió en impresor y reunió los dos talleres en uno solo, el cual quedó equipado con una prensa marca "Chandler" y otra, marca "Económica", de 12X14 pulgadas, una guillotina y demás materiales, como tipos, que se complementaron con otros de fábrica adquiridos por conducto de la National Paper Type Co.

En este taller del señor Sánchez se imprimieron, en El Fuerte, los cartoncitos que circularon a guisa de moneda fraccionaria y billetes de los llamados por el público "bilimbiques", emitidos en 1913 por el gobernador don Felipe Riveros. Esta moneda fiduciaria era de circulación forzosa en el Estado; de esa especie fue la moneda de la Revolución Constitucionalista. Como estos billetes del Estado eran una especie de lienzos impresos en papel "venado", debido a su tamaño y blancura la gente les aplicaba el mote de "sábanas". El gobernador Riveros lanzó esta emisión y otras que más tarde se hicieron, en atención al decreto que con fecha 26 de abril de 1913 expidió el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, don Venustiano Carranza, estableciendo mediante este ordenamiento un procedimiento para que los Estados y aún la Primera Jefatura pudieran arbitrarse fondos con que sostener la lucha armada en contra del gobierno espurio del general Victoriano Huerta. Más tarde el señor Sánchez trasladó su taller a Mocorito, el cual en la actualidad se encuentra funcionando en Guamúchil, bajo el nombre de "Imprenta Mocorito", en manos de la testamentaría de don Lorenzo Sánchez, padre de don Miguel y a quien este señor le traspasó el negocio, en propiedad, en el año de 1918.

Cuando los colonos del Credit Foncier se establecieron en Topolobampo, en sus primeros desembarcos trajeron un taller de imprenta muy competente, en el cual la colonia imprimía el periódico quincenal que se titulaba "The Credit Foncier of Sinaloa". Él primer número apareció

el 15 de septiembre de 1888. Se publicaba en idioma inglés; estaba bien presentado, y ofrecía ilustraciones, buena redacción y excelente material informativo y literario. Su edición estaba encomendada a Mr. Edward Howland, a su esposa Mary y al impresor Dawkins, personas muy capaces en su oficio. La imprenta, así como la biblioteca de la colonia de Topolobampo se hallaban instaladas en el local conocido con el nombre de Alberton Hall, construido por los mismos colonos. Con anterioridad se publicaba este periódico en Hammonton, N. J., Estados Unidos, y era el órgano de propaganda o el portavoz de la empresa The Credit Foncier Company, organizada y animada por el Ing. Albert K. Owen. Al desorganizarse la citada compañía y la colonia constituida por sus accionistas, el periódico, tan brillantemente confeccionado por los Howland, tuvo que desaparecer y los números de su serie obviamente son documentos de gran importancia para la historia de la propia colonia.

A "The Credit Foncier of Sinaloa" sucedió en la imprenta de Topolobampo otro periódico, quincenal, llamado "El Gazetero", que editaba el impresor J. G. Dawkins. La publicación de este nuevo órgano periodístico se inició con el número correspondiente al 1° de enero de 1903 y terminó con el de fecha 1° de agosto de 1904. Constaba de ocho páginas escritas en inglés, pero tenía una pequeña sección redactada en español; se registró como artículo de segunda clase, en la administración de Correos de El Fuerte, el 6 de febrero de 1903, y la suscripción importaba dos pesos por año. Es singularmente importante, variada y copiosa la información que de aquellos tiempos nos ha legado "El Gazetero", relacionada con la vida de la colonia en Topolobampo y Los Mochis, con los trabajos de construcción del Ferrocarril Kansas City, con el ingenio de Los Mochis y de la población que se estaba formando a su pie y con los sucesos regionales más sobresalientes. La imprenta de Dawkins fue adquirida por Albert Jordán, al extinguirse la vida de "El Gazetero"; en seguida fue comprada por don Fernando B. Martínez, quien la cambió de Topolobampo a Los Mochis; pero más tarde pasó a poder de los señores Delhumeau y por último a ser propiedad de la Sociedad de Interés Colectivo Agrícola Ejidal "Emancipación Proletaria", o sea la S.I.C.A.E. de Los Mochis.

Ira Kneeland, el fotógrafo de la colonia del Credit Fonciér, acabó por irse a vivir al pueblo de Sivirijoa, para dedicarse a negocios mineros y actividades periodísticas. En relación con estas últimas, él y su hermana Clarissa redactaban en inglés un periódico quincenal que se titulaba "Our Hatchet". Tenía ocho páginas y parece ser que se editaba primeramente en Sivirijoa y después en la imprenta de Dawkins en Topolobampo. No era un órgano de la colonia, pero se consagraba a tratar de los asuntos de Topolobampo, Los Mochis y La Logia. Era un periódico de combate que defendía los intereses y los principios y sistemas socialistas de The Credit Foncier Co.; su información además era nutrida y variada e incluso su material literario para la recreación espiritual de las gentes de la colonia. El primer número apareció el 15 de octubre de 1902 y el último el 1o. de junio de 1906. Se le registró como artículo de segunda clase el 28 de octubre de 1902. La colección de los números de "Our Hatchet" constituye una fuente muy importante de noticias para conocer muchos de los acontecimientos históricos de 568 la colonia y asimismo del ingenio y población de Los Mochis en sus principios.

Desaparecido el "Our Hatchet" ("Nuestra hacha"), no apareció en el vale del Fuerte ningún periódico más, sino hasta el 1° de enero de 1914, "The Mochis Booster". Era un periódico frívolo, jocoserío, un noticiero de la vida social de la colonia norteamericana en Los Mochis, constituida en torno del ingenio azucarero, que era su mundo; pero no se excluían asuntos de negocios de aquel sector. Lo dirigía y redactaba Miller Jordan y naturalmente la circulación de la gacetilla se limitaba al círculo norteamericano de la región. Se interrumpió la publicación el 1° de noviembre de 1914. Un número más salió el 1° de enero de 1915 y en forma reminiscente otro número más, finalmente, el 31 de diciembre de 1929.

NOTAS ECLESIÁSTICAS.

La vicaría del Fuerte era una de las cinco en que se dividía la diócesis de Sinaloa, hacia los últimos lustros del siglo diecinueve. Era entonces vicario de la misma el padre José Ma. Pastor, durando en ese ministerio hasta el día de su fallecimiento, que ocurrió en 1888 encontrándose en Choix. Reparó y techó la iglesia de Choix, que se hallaba en mal estado,

por allá en la década de los sesentas, también puso en el año de su muerte, los cimientos de la iglesia de Sinaloa. En la villa de Choix tradicionalmente se festeja el día de San Ignacio, que es el patrono del lugar, y también se festejan el día de Guadalupe y el de San Isidro, el 15 de mayo.

En tiempos del padre Pastor, tal vez en 1860, se construyó la capilla de Ocolome, enteramente de ladrillo; actualmente se halla destechada y abandonada. La edificó a su costa don Cirilo Ibarra, vecino de El Fuerte, pagando en esa forma una manda que ofreció con motivo de una enfermedad que lo obligó a ir a México a fin de curarse. En el pueblecillo de Ocolome, se celebran cada año las rumbosas fiestas de la Candelaria, patrona del lugar, el día dos de febrero. Una de las campanas que ahí existen, más no en la capilla, tiene precisamente grabado el nombre de Candelaria y la fecha de 1860, la que tal vez indique el año en que fue levantada la capilla; hay también otra campana que ostenta el nombre de Refugio y como año, el de 1860.

En 1883 el padre Pastor denunció, ante el Ayuntamiento de la villa de El Fuerte, el solar en que se halla edificada la iglesia de la población. En esa época la iglesia ya estaba concluida, pero sin torre, obra complementaria que construyó el padre citado, según se dice, en 1887. Regalaron el altar mayor de la iglesia las señoritas Trinidad y Rosario Ibarra, y el valor del encementado del piso lo costeó doña Rafaela de Almada. Diseñó el altar el ingeniero Manuel Larios y lo construyó el maestro de obras Manuel Castañeda. Según sus respectivas inscripciones las campanas del templo eran: Josefa, la mayor, año de 1812; María Guadalupe, la mediana, año de 1853; y San Juan Bautista, la menor, año de 1899. Con el metal fundido de estas campanas se hicieron las dos que hoy existen y que fueron estrenadas el 16 de abril de 1949, en sábado de gloria. Él templo está dedicado al Sagrado Corazón de Jesús.

En 1890 ocupaba la vicaría de El Fuerte el cura Jesús Ma. Echávarri. De esta vicaría dependían todos los curatos del distrito y también el de Guasave, el cual fue incorporado a la vicaría de la villa de Sinaloa el 22 de diciembre de 1891.

Por esos años la Iglesia, en el Estado, aún percibía diezmos, según

lo manifiesta la circular que con fecha 14 de diciembre de 1893 dirigió la Secretaría del Obispado a todos los párrocos, y que dice:

"Deseando el Ilustrísimo y Reverendísimo. Sr. Obispo que el pago de los diezmos quede debidamente arreglado en esta Diócesis, me manda dirigir a Ud., la presente a fin de recomendarle que con la debida prudencia, sin decir nada en la Iglesia, nombre usted diezmeros para su Parroquia, dándoles las convenientes instrucciones: sobre todo, aconsejándoles que obren con suma prudencia y asignándoles como honorario el doce por ciento de lo que colecten".

"Así mismo me manda participar a Ud., que la Diócesis de Sinaloa, durante el año de 1894, se pone bajo el espiritual patrocinio del Espíritu Santo, a quien hará Ud., una solemne función, el día 13 de mayo, que es el día de su fiesta".

"Ordena además, S.S. Mima, y Reverendísima, que en todas las misas de dicho año se den las oraciones del Espíritu Santo, antes que las del Papa, menos en los dobles de primera clase, dejando a voluntad de los Sacerdotes el decirlas en los dobles de segunda".

"Del recibo de la presente circular, así como de haber dado cumplimiento a lo dispuesto en ella, espero que dará Ud., oportunamente aviso a esta Secretaría y de haberla trascrito en el libro de Gobierno de Parroquia".

"Protesto a usted las consideraciones de mi alta estimación".

"Dios Ntuestro Señor guarde a usted ms. as."

Por el "Libro de Fábrica" de la antigua parroquia de Mochicahui se tiene el conocimiento de que: el Pbro. Julio Callejas, desempeñó el ministerio de cura o párroco de ese lugar, del 31 de marzo de 1857 al 16 de junio de 1868; el Pbro. Juan B. Valdés, de 1868 a 1879; el Pbro. Gerónimo Vidales, de 1889 a 1900; el Pbro. Luís Baurdiez, de 1900a 1901; el Pbro. Andrés Villalvazo y el Pbro. José Ma. Anaya, de 1901 a 1903; el Pbro. Juan Nepomuceno Rosales en 1905, y el padre Anaya, nuevamente en 1910.

El 7 de abril de 1894 el cura Pedro Castrejón denunció el solar en que está edificada la iglesia de Mochicahuí, a fin de hacerle reparaciones a la finca y construir en su vecindad la casa cural, casa que en la actualidad se encuentra completamente derruida.

Pertenecían a la parroquia de Mochicahui los poblados de Ahome, Charay y Los Mochis. Ahome no llegó a tener cura de asiento sino hasta el año de 1895, y los vecinos recuerdan, entre aquellos padres que desempeñaron el cuarto, a Diódoro Otero y a Germán Guerrero.

Correspondió al señor cura Castrejón, encargado de la parroquia de Mochicahui, iniciar planes para la construcción de una iglesia o capilla en la incipiente población de Los Mochis, en su visita a este lugar el 4 de abril de 1904. Por de pronto no fructificaron las promociones del padre Castrejón; después de algunos años la idea se formalizó y materializó, construyéndose una modesta capilla o iglesia con el concurso de los vecinos y la muy significativa aportación pecuniaria de la señora Agnes Sherwood Johnston, esposa del propietario del ingenio y fundador de la ciudad, don Benjamín F. Johnston, quien por su parte cedió los solares en donde frente a la plaza se hizo la construcción. Bien pronto Los Mochis conquistó la supremacía comercial, agrícola e industrial en el distrito, y consiguientemente en lo eclesiástico también, quedando en 1930 la población constituida en cabecera, con categoría de parroquia foránea y jurisdicción sobre Ahome, El Fuerte y Choix.

Homicidios Sobresalientes

Corrían tal vez los primeros años de la década de los ochentas, cuando ocurrió en las cercanías del pueblo de San Miguel Zapotitlán un suceso de mucha resonancia en la comarca.

Don Pedro Valenzuela, vecino prominente y comerciante de dicho pueblo, con el objeto de comprar mercancías o arreglar otros asuntos, tenía que hacer un viaje a Alamos, a Culiacán o Mazatlán, en bestia mular.

El día de la salida su joven hijo, don Teodoro fue a encaminarlo hasta La Bajada, punto inmediato a San Miguel, donde se apartaba el camino que el viajero habría de tomar. Ahí se despidieron padre e hijo y don Pedro tomó por su camino, en tanto que por su parte don Teodoro se devolvía a San Miguel. Mas no bien, este último había caminado un cierto trecho, cuando escuchó un tiroteo precisamente del rumbo por donde iba su padre y pensando en que algo debía ocurrirle, a toda prisa acudió a prestarle auxilio.

Efectivamente don Teodoro había sido asaltado en esos momentos por un sujeto, que indudablemente lo acechaba asistido por otro compañero, de nombre Amado Montiel. Este sujeto era también vecino de San Miguel, pero enemigo acérrimo de todos los Valenzuelas y en particular de don Pedro. En el momento en que Montiel vio llegar a don Teodoro se le encaró diciéndole ¡aquí estás tal por cual! y al punto, con la pistola le hizo un disparo, que hizo blanco en el caballo que montaba el agredido. Al instante el animal se desplomó sin vida, no dando tiempo ni lugar a que el jinete se pudiera desprenderse y librarse de quedar apachurrado en la caída y por tal motivo no pudo don Teodoro levantarse al caer a tierra, prensada una pierna por el cuerpo del animal; pero aún así, en tan mala situación, disparó sobre su enemigo un balazo tan certero, que le arrancó la vida, visto lo cual por los demás asaltantes éstos se dieron a la fuga.

En el lance don Pedro resultó ileso; en cambio, don Teodoro recibió heridas de tal gravedad que a las pocas horas le ocasionaron la muerte. Al parecer no fue el robo el móvil del asalto; sino la malquerencia, las añejas enemistades personales y aun entre familias, recrudecidas, las que inspiraron la venganza y el crimen cometido.

La tragedia no terminó con lo relatado, sino que tuvo poco después un raro epílogo. Sucedió que los cómplices de Montiel no se quedaron sin castigo, porque fueron aprehendidos y sumariamente ejecutados por don Jesús Vega y Pacheco en el sitio mismo en que los hechos ocurrieron. Entre los reos figuraba un tal Maturgo, que pidió la gracia de ser fusilado por su compadre Macedonio Heredia, ahí presente; pensamiento y actitud incomprensible la del reo, rara decisión inspirada quizás en deseo cordial, ante la cual Heredia debió sentirse desconcertado pero obligado a ceder, convirtiéndose así en el verdugo de su compadre...

Un asesinato que causó gran sensación y que permaneció en el misterio por muchos años, fue el cometido en la persona de don Esteban Zakany, propietario del ingenio azucarero de La Florida. Don Esteban fue asesinado el 5 de mayo de 1888 y hasta siete años más tarde fue cuando apareció el homicida, delatándose y revelando las circunstancias del caso. La versión que circula al respecto y que procede dizque de las declaraciones del criminal, es la siguiente:

Personas interesadas en la muerte de Zakany, valiéndose de un vecino del pueblo de Mavari, Martín Valdés, contrataron en aquel lugar los servicios de un matón llamado Santiago Miranda, con antecedentes de hombre resuelto y desalmado. Mas como no conocía Miranda a don Esteban, ni siquiera de vista, el mismo Valdés se encargó de llevarlo en dos o tres ocasiones a La Florida, para mostrarle quien habría de ser su víctima y a la vez para que se impusiera como era segura, tarde por tarde, la presencia de la misma en un corrillo de amigos que se formaba en las afueras de la fábrica de azúcar, circunstancias favorable para llevar a cabo una treta para consumar el atentado.

Se fraguaron muy bien todos los planes y, de acuerdo con ellos, se tomaron en primer lugar prudentes y eficaces medidas para despistar la curiosidad de los vecinos de Mavari respecto del paradero de Santiago Miranda y así pudiera quedar a cubierto de toda sospecha. Se quiso también dejarlo en traza de no ser identificado; y para lograr ambos propósitos lo encerraron en una cueva del cerro de Mavari, sitio apartado y solitario en el que permaneció oculto e ignorado durante dos largos meses; en todo ese tiempo le crecieron la barba y el pelo, quedando así desfigurado y mientras tanto, por aquella tierra circulaba el rumor de que Miranda se había ido para Sonora a vivir y trabajar.

Transcurridos los dos meses trajo Martín Valdés, de Las Cabras, un caballo ensillado y se lo entregó a Miranda, de suerte que ni por su figura ni por la bestia el jinete pudiera ser reconocido.

Montado en el caballo y embozándose un rojo paliacate para darse la apariencia de enfermo, el matarife tomó el camino de La Florida. Al anochecer de ese día llegó al punto de su destino, se aproximó al lugar donde don Esteban estaba de plática con sus amigos, en las afueras de la fábrica. Sin apearse del caballo saludó y con la mayor sangre fría se dirigió al dueño del ingenio, pidiéndole que por favor le vendiera un remedio para mitigar el dolor de muelas que le quejaba. En el instante mismo se levantó de su asiento el señor Zakany dispuesto a servir y seguido por Miranda, se encaminó hacia la casa en que estaba la tienda de raya, la que a esas horas ya se encontraba cerrada; pero cuando apenas la víctima había llegado a subir la banqueta de la tienda, el homicida le disparó

dos balazos por la espalda ocasionándole la muerte. Sin precipitarse y muy quitado de la pena, el asesino emprendió la retirada; inmutable e inadvertido pasó por el lugar del palique, se alejó por el camino al galope, se fue a refugiar nuevamente a la cueva del cerro de Mavari, soltó el caballo y hasta que transcurrieron ocho meses, abandonó el escondite para dedicarse a la pesca.

Pasó largamente el tiempo y allá por el año de 1895, hallándose enfermo, semiparalítico, sin recursos y en completo desamparo, Santiago Miranda reveló al fin los detalles ya expuestos de su crimen. Además declaró que tres señores pudientes de Ahome, hermanos los tres, lo habían contratado por mediación de Martín Valdés, para que diera muerte, como lo hizo, a don Esteban Zakany; que a cambio le habían prometido dar doscientos pesos, de los cuales únicamente había recibido cuarenta, sin haber logrado jamás que se le pagara el resto, ni le prestaran ayuda para curarse y aliviar sus necesidades. En torno de los presuntos responsables del crimen y de los móviles que lo originaron, no hicieron falta conjeturas y comentarios, atribuyéndose el desenlace consiguiente a los disgustos que provocara el deslinde de los terrenos de La Florida.

Al autodenunciarse Miranda como autor material del crimen, fue aprehendido por las autoridades; como se hallaba incapacitado para caminar a pie y aún en bestia, por estar tullido, lo condujeron en camilla hasta El Fuerte y allá fue internado en la cárcel y procesado. También fueron aprehendidos Martín Valdés y las demás personas inculpadas según la declaración del reo, quienes siempre negaron su responsabilidad e intervención en los hechos. Aunque sin embargo, durante tres años estuvieron éstas en la cárcel sin que fueran sentenciados y al cabo de los cuales se les puso en libertad. A Miranda, en cambio, se le sentenció a veinte años de prisión; pero en atención a su buen comportamiento, se le nombró jefe de la cárcel, salió libre en 1902 y por último el gobernador Cañedo, le confirió el cargo de comandante de policía de Culiacán.

También por lo insólito del caso y dada la nacionalidad de las víctimas, el doble asesinato perpetrado el día 19 de julio de 1904 en Aguacaliente de Lanphar, perteneciente a la jurisdicción de Choix, constituyó una nota fuerte, demasiado escandalosa, por haber tenido las dimen-

siones de un verdadero desaguisado. En esta tragedia resultaron ser las víctimas de la estulticia de un mandón y de la barbarie de dos de sus sicarios, los norteamericanos Clarence Way y Edward B. Latiner.

Por una razón cualquiera, de aquellas que despiertan malos pareceres y encienden vacuas susceptibilidades, el señor Hermolao Torres, alcalde del pueblo de Baca, hallándose en estado de ebriedad decidió ejercer acción autoritaria en contra de Mr. Way y comisionó para que lo tomaran preso y llevaran por las buenas o las malas, ante su comparecencia, a los agentes policíacos Francisco Castro y Fidel Carrasco.

Los citados agentes presentaron a Mr. Way la correspondiente orden de detención, hecho lo cual este se manifestó desde luego dispuesto a someterse al mandato y como expresara que iba a tomar su desayuno y cambiarse de ropas para luego ir a ver al alcalde, no se lo consintieron y fue retenido. Entonces, el cocinero Latiner trató de intervenir a fin de libertar a su conciudadano. Con este motivo se entabló una seria dificultad o una especie de lucha y como durante ese trance Latiner intentara entrar a la casa, tal vez con el propósito de armarse y oponer resistencia, el policía Castro en el acto disparó sobre aquel su rifle, hiriéndolo de gravedad, murió al día siguiente. Viendo Mr. Way que las cosas andaban por mal camino y hallándose inerme, por su parte igualmente trató de ganar su habitación, para su resguardo o defensa, pero lo mataron antes de que lograra su intento.

Los dos policías juntamente con el alcalde fueron aprehendidos y consignados al juez de El Fuerte. Treinta y cuatro norteamericanos domiciliados en el distrito, dirigieron al Gobernador del Estado, un pliego petitorio, exigiendo se hiciera justicia y abogando por la pena de muerte para Hermolao Torres, responsable de los asesinatos; pero a quien condenó a la pena capital la sentencia del juez, fue a Francisco Castro; le impuso ocho meses de prisión y doscientos pesos de multa a Fidel Castro y multa de quinientos pesos solamente a Hermolao Torres.

Taumaturgo y Filántropo

Desde el mes de noviembre de 1902 hasta el de abril del año siguiente, la ciudad de Mazatlán tuvo la desgracia de sufrir el flagelo de la peste

bubónica. En ese lapso se registraron 487 casos de infestación, acaecieron 328 defunciones en total y en el período de mayor virulencia, la enfermedad llenaba de luto hasta de quince a veinte hogares por día.

No obstante de que en dicho puerto se implantaron medidas adecuadas para erradicar e impedir la propagación de la peste y de que en Topolobampo lo mismo que en Agiabampo se instituyeron juntas de sanidad para precaver la invasión de la epidemia, se presentaron algunos brotes de la misma en la región de Ahome. El doctor Luis G. de la Torre, con su maravilloso ojo clínico, fue quien descubrió esos brotes en pacientes en los que advirtiera la presencia de bubones y fiebre alta, sintomáticos de este pavoroso mal, endémico del Asia.

Al consignar en los renglones que anteceden el nombre del Dr. Luis G. de la Torre, surge evocador el recuerdo grato del inolvidable doctor, nobilísimo y extraordinario espíritu de filantropía que, con una postura de noble inspiración y modestia, hizo de su vida profesional un piadoso y descomercializado ministerio. A manera de un homenaje a su memoria, aprovechando esta ocasión propicia habré de añadir a estas generalidades históricas regionales un apunte biográfico del añorado bienhechor, que es, además, el hombre de las anécdotas.

El doctor De la Torre nació en la ciudad de Durango el 6 de mayo de 1861. Sus padres fueron don Luís de la Torre y doña María de Jesús Tovar, quienes durante mucho tiempo residieron en la Casa de Moneda de aquella ciudad. Recibió las aguas bautismales en la propia ciudad de su nacimiento, habiendo sido sus padrinos de brazos don Felipe Jesús Tovar y doña Josefa Arrieta, y su padrino de óleos, el Rvmo. Padre D. Juárez. Y lo confirmó el 15 de octubre de 1865 en la capilla del Rancho de Revueltas, el vicario capitular señor Gallegos, fungiendo de padrino don Juan Jarabelo.

En el año de 1879 ingresó a la Escuela Nacional de Medicina, donde presentó su examen profesional para obtener el título de medico internista, el 6 de julio de 1886.

Procedente de Durango, su tierra natal, llegó el doctor a la villa de Sinaloa el día 15 de agosto de 1887, y ahí fue donde al fin se radicó, formó su hogar y continuó entregado al ejercicio de su profesión durante el resto de su vida.

En dicha villa contrajo nupcias con la distinguida señorita María Guadalupe Zevada, el 6 de noviembre de 1889. Como antecedente de esta boda hubo, según se cuenta, un simpático detalle. En cierta ocasión se organizó en aquella población un paseo campestre por los y las jóvenes del lugar, al cual fue invitado el joven médico De la Torre. Todos estuvieron contentos y cuando ya se disponían a regresar, abordaron la carreta del transporte. En aquella época no era usual que las señoritas expusieran sus piernas a la vista de nadie. Pero el caso es, que en la operación de trepar a la carreta se infringía ese recato, involuntaria o disimuladamente, circunstancia que se prestó para que el doctor advirtiera que una de las muchachas, nada menos que la preciosa María Guadalupe Zevada, llevaba anudada en una de sus piernas, a guisa de liga, una corbata de él. La muchacha desde ese instante cautivó al joven, pero ante todo por ese detalle de atrevida monería femenina, llegó a constituir el anzuelo para que naciera un amor que culminó con el casamiento de la pareja.

El doctor era muy original por sus ideas, por sus manías, por su desaliño personal en consonancia con su carácter distraído y por su generosidad, desprendimiento y olvido a veces, en el cobro de sus honorarios profesionales. Pero era sin embargo, una verdadera notabilidad como médico internista. Su ojo clínico era casi infalible. Sus diagnósticos, de ordinario acertados, eran dignos del respeto y consideración de los más prestigiados médicos de México y Guadalajara; hasta se le llegaron a formular, de parte de una clínica capitalina, proposiciones atrayentes para que en la misma se ocupara exclusivamente del diagnóstico.

No le atraía en verdad ni la fama ni el dinero. Por sus servicios llegó a percibir ciertas igualas mensuales que le pagaban algunas compañías mineras del distrito de Sinaloa, cómo la Anglo-Mexican Company, la de La Pirámide y la de La Purísima, Mas, a fin de retenerlo en Sinaloa, los principales señores de la villa resolvieron, asignarle una iguala. Cuando esta plaza cayó en poder de la Revolución, dichos señores, a quienes los revolucionarios consideraban como caciques y enemigos de la causa, se vieron en el caso de ausentarse de la población y dejar a sus familias abandonadas; entonces el doctor De la Torre ofreció y dio a esas familias atención médica gratuita.

Era el doctor un hombre excesivamente franco, severo y cáustico además en sus censuras; su crítica era apasionada, de choque y debido a que tenía como irrebatibles sus juicios, no admitía contradicciones. Sin embargo, se le respetaba y amaba. Le caracterizaba una pintoresca y arraigada manía, la de emitir constantemente un monosilábico ¡jum!, a manera de un mugido que repetía una y dos veces y que sincronizaba con el martilleo del dedo índice de su mano derecha, contra el pulgar y el anular de la misma. Padecía de una blefaritis crónica y como su mirada era vaga y además descuidaba el peinado de su cabello, tenía toda la apariencia de un toxicómano, por supuesto sin serlo.

Al poco tiempo de haber llegado a Culiacán, procedente de Guadalajara el Dr. Enrique González Martínez, gloria de las letras mexicanas, a mediados del año de 1896 se trasladó a la villa de El Fuerte con el fin de radicarse ahí y ejercer su profesión. Confiesa González Martínez, en su libro "El Hombre del Búho", que esta población de millonarios no le agradó, porque tenía mala fama por sus costumbres. Ahí la juerga y el juego reinaban en un ambiente propicio al libertinaje y consideró que un muchacho como él, corría el riesgo de ser arrastrado por las tentaciones. De consiguiente y aún cuando recibiera proposiciones ventajosas de parte de un acaudalado vecino del lugar, prefirió irse a radicar a la villa de Sinaloa, en la que encontró una sociedad fina, a la vez que elegante y sencilla donde, en contraste con otras poblaciones, las costumbres de todas las clases sociales eran irreprochables. Más tarde el poeta se trasladó de Sinaloa a Mocorito, punto en donde residió muchos años, ahí se casó e imprimió sus primeras poesías en la imprenta de don José Sabás de la Mora. No regresó a El Fuerte sino hasta el año de 1910, designado por el Gobernador don Diego Redo como prefecto de este distrito, cargo que sólo desempeñó por unos tres meses; con motivo de su llegada a dicha población, se le agasajo con un baile en la residencia de don Rafael J. Almada; por ahí se dice que el poeta no era por entonces precisamente un abstemio.

En las páginas del libro que se cita, su autor despliega vigorosamente las alas de las recordaciones; en ellas hace públicas algunas confesiones; pone al descubierto sentimientos de su propia intimidad; son

apuntes de su vida en los que se hallan estampadas las evocaciones que él hace, de los rincones de la tierra sinaloense en que vivió, a donde vino en busca de horizontes económicos, en compañía de sus padres, cuando todavía era un médico novel. No faltó amigo que tratara de disuadirlo de su propósito de salir de Guadalajara, ya que allá podría encontrar un porvenir sólido y risueño, como profesionista y hombre de letras; y bien que lo sabía González Martínez, que "a los pueblos se va a engordar, a enriquecer y a embrutecer", pero circunstancias de familia se impusieron en su destino y de esta suerte fue como vino a Sinaloa.

Como era imprescindible y de esperarse, no podían faltar en "El Hombre del Búho" los comentarios relativos a la personalidad del doctor De la Torre. Entre otras cosas dice de él González Martínez: "Aquella cáscara ridícula y lamentable encerraba un corazón de oro y una rara inteligencia para la medicina, un desinterés profesional como no he visto otro y una mano abierta y presta para ocurrir a todas las desdichas humanas. Habiendo hecho amistad con él, desde el primer enfermo que visitamos, asistí a una de las manifestaciones más maravillosas de aquel hombre de atar. Como por arte de encantamiento desaparecieron los signos del maniático; mugidos y tronar de dedos fueron eliminados de un golpe; su atención quedó reconcentrada sin que nadie pudiera perturbarla. Era un personaje nuevo el que estaba junto a mí. Su interrogatorio fue preciso y rápido, sin preguntas inútiles; su examen, lógico y minucioso; sus observaciones, atinadas; su diagnóstico, fundado y seguro; su exploración clínica, reveladora de firmeza de sentidos...".

Al fin se llegó el término de la vida de aquel hombre eminentemente singular, pues la salud del doctor se vio seriamente quebrantada por el mal de Brigth. Sus amigos, que tanto lo estimaban, se interesaron en su curación y como él carecía de recursos pecuniarios, ellos acudieron en su auxilio y lo mandaron a Nogales Arizona, para ser internado en el Saint Joseph Hospital, en donde el 17 de julio de 1923 se le practicó una operación quirúrgica. Desgraciadamente se presentaron complicaciones post operatorias y a causa de una neumonía, falleció el día 28 de ese mes y año, a las diez horas y cuarenta y cinco minutos, según consta en el certificado médico extendido por el Dr. V. A. Sme-

lker. Su cadáver una vez embalsamado, fue traído a la villa de Sinaloa, donde el 1o. de agosto se efectuaron las exequias, en medio de la más profunda consternación pública.

Las "puntadas" anecdóticas del Dr. De la Torre eran muy festejadas y trascendían de boca en todo el norte del Estado. He aquí un puñado de ellas:

Por allá en la época de la Revolución, en que todos los llamados "caciques" y que eran, como es de suponerse, las personas más prominentes de la villa de Sinaloa, se hallaban fuera del Estado, el presidente municipal de dicha población, que según dicen era un individuo de no muy limpios antecedentes, le dijo al doctor De la Torre, que iba a encerrar a todos los sinvergüenzas robavacas. Y le preguntó entonces el doctor, con su mugido tan peculiar y su tronar de dedos: ¿Y quién cierra la puerta?

De un poblado vecino a Sinaloa, acudió en busca del doctor un ranchero con su hijo, un joven estudiante de semblante demacrado y ojos hundidos. El médico examinó al paciente, le abrió los párpados de un ojo valiéndose del índice y del pulgar; pasó en seguida el facultativo frente al mismo sujeto, y con su acostumbrado mugido y martillear de dedos, prescribió: "Amárrenle las manos y no lo dejen ir solo al monte"; pues de quien se trataba era de un émulo de Onán, el de la Biblia.

Con la vehemencia que lo caracterizaba, en una ocasión el doctor se dedicó a hacer en su hacienda de "La Máquina" una siembra de garbanzo, cultivo que entonces estaba de moda. Cuando ya las plantas tenían su primera carga, ordenó a su pequeño nieto, El Pachí, que siempre lo acompañaba, le vendara los ojos y lo llevara al centro del garbanzal. Una vez en ese punto, al azar arrancó una mata, se quitó la vena y contó las bolsas de fruto ya formado; enseguida planteó el problema, cuya resolución le dará a conocer el rendimiento que de su labor iba a obtener y razonó: "Una mata tiene tantos gramos con tal peso, un surco tiene tantas matas y una hectárea tantos surcos, por lo tanto, el total de la primera carga era exactamente tantos kilogramos; como el garbanzo da tres cargas, descontando un veinte por ciento por imprevistos, resultaba una producción de cuatro toneladas por hectárea". Su entusiasmo

creció hasta lo indecible y para confirmar su cálculo, esperó a que el garbanzo estuviera más desarrollado e invitó al conocido garbancero, don Blas Valenzuela a visitar a siembra y calcular la cosecha. Don Blas atendió la invitación y como agricultor práctico y gran conocedor del negocio, calculó un rendimiento de 400 a 500 kilogramos por hectárea. Al oír, el doctor lanzó una larga y sonora carcajada, y tras de mugir ¡jum!, ¡jum! y tronar los dedos una y otra vez, dijo: "Estás loco Blas, te hiciste viejo sembrando garbanzo y so sabes calcularlo. Los números no mienten y te apuesto doble contra sencillo, a que mi cosecha no baja de tres toneladas por hectárea". Don Blas sonrió, no aceptó la apuesta y se limité a decirle sentenciosamente al doctor: "Nos veremos cuando levante los patios". Se llegaron las pizcas y el pronóstico de don Blas, resultó aproximado. Cuando el doctor conoció la realidad de la cosecha, dijo: "Ganaste, Blas" y dirigiéndose enseguida a su nieto, también le dijo: "No siembres garbanzo Pachí, porque en agricultura, hasta las matemáticas engañan".

Con su acostumbrado entusiasmo, el genial doctor a tarde y noche, jugaba ajedrez con su amigo, el conocido vecino de a villa de Sinaloa, don Maximiliano Rojo, con quien por cualquier jugada sostenía acalorados alegatos, que hasta alarmaban al vecindario. Un día de esos, en que como de costumbre, dichos señores alegaban por una jugada, llegó hasta ellos un individuo que, dirigiéndose al doctor, le dijo: "Doctor, ¿qué le hago a la enferma que vio esta mañana en tal parte?, a lo que respondió el interpelado: ¡Hágale la caja!. ¿jum!, tronó los dedos y otra vez ¡jum!, volvió a tronar los dedos y una vez más ¡jum! Y tronó los dedos, repitiendo: ¡Hágale la caja!. La enferma murió ese propio día.

Despreocupado en grado sumo de todo aquello que no fuera en bien del prójimo, asistía diariamente a la hora de tomar la copa, a la casa del conocido minero de Sinaloa don Miguel Tarriba y ahí discutía largo y bonito con los demás contertulios. Cada copa que se le servía, era invariablemente rechazada por él; más no obstante, se le dejaba servida frente a su asiento. Cuando más acalorado estaba en la discusión, maquinalmente tomaba la copa, se la bebía y seguía alegando. Una vez terminada la reunión, se alejaba el doctor calle arriba o calle abajo y en-

tregado al circunloquio, entre el tronar de sus dedos y sus mugidos, a si mismo se decía: ¿qué tendrá la casa de Manuel Tarriba, que aunque no tome, me emborracho?.

La anécdota que antecede, me trae al recuerdo a un doctor alemán de apellido Denk, que a principios de este siglo XX, residía en El Fuerte. Era un buen cirujano, pero su predilección la constituían los negocios de minas; sea porque era una especie de loco o porque materialmente lo absorbieran sus ocupaciones mineras, solía fijar en la puerta de su casa un letrero, el que decía: "Soy minero. No soy médico". A este señor, en una ocasión, lo llevaron a ver a un enfermo de fiebre; al tratar el doctor de tomarle el pulso, se tomó el suyo propio y casi al instante, dijo: ¡El enfermo no tiene nada, está borracho!; evidentemente que el borracho era el propio médico, quien era muy aficionado a la bebida.

Continuaremos con lo del doctor De La Torre. Después de haberse empeñado inútilmente en combatir muchos casos de la temible tuberculosis, cuyo mejor remedio, era mandar a los enfermos a la vecina sierra de Surutato, a donde morían o volvían en peor estado, apesadumbrado el doctor se declaró vencido y en lo sucesivo, cuando nuevos casos se le presentaban, en forma cruda y lacónica decía a sus pacientes: ¡A morir al monta!, ¡jum!, ¡a morir al monte!, ¡jum!, tronando los dedos en cada vez, como lo hacía siempre.

En cierta ocasión atendía a un cardiaco, a quien al final de cuentas desahució, expresándoselo así a los más allegados familiares del enfermo y haciéndoles ver que estaban gastando infructuosamente su dinero en la curación. En su desesperación y con la esperanza de salvar al enfermo, sus familiares resolvieron llevarlo a Rochester. Cuando el doctor lo supo, le dijo a uno de los allegados del paciente: ¡En Rochester no hacen corazones!, El doctor estaba en lo justo, ya que poco después, el enfermo regresaba a morir a su tierra.

El doctor, era de filiación revolucionaria ciento por ciento, no obstante, muy caritativamente atendía el hospital militar que tenían las tropas federales en Sinaloa. Esta población, se había convertido en plaza fuerte de los federales y por lo tanto en objetivo militar de los revolucionarios. En su ataque a la plaza, estos últimos habían experimentado

muy fuertes reveses, pero al fin pudieron tomarla mediante una columna poderosa, tras de un reñido y sangriento combate. Cuentan que al apoderarse de la plaza los revolucionarios, con una sed inaudita de venganza, cometieron actos muy crueles y sangrientos, llegando al extremo de asesinar y quemar a los heridos del enemigo, que se encontraban en el hospital; de éstos, únicamente se salvó de la muerte un corneta de dieciséis años de edad, a quien personalmente el doctor De la Torre, sacó del hospital y de la mano lo llevo a su casa, que fue la única que respetó la furia de la soldadesca y donde se libraron de la vejación conocidas familias de la localidad, catalogadas como enemigas de la Revolución. En su afán humanitario de salvar vidas después de aquello, el doctor volvió al hospital, donde se encontró con el cuadro rojo de la carnicería, por lo cual montó en justa indignación. Incontinenti, se dirigió a buscar a los jefes, encontrándose con el general Benjamín Hill, a quien se enfrentó y le dijo sin ningún p0reámbulo: ¡Que bárbaros, qué brutos los revoltosos!; mugió, martillo sus dedos, no dijo más y se alejó cantando a manera de ritornelo y en medio de la soldadesca enfurecida: ¡Qué bárbaros los revoltosos!..

Viene lo último. Famosa en la comarca era Tía Jacinta, ranchera muy rica en ganados, ya que sus dos hijos, hábiles vaqueros consagrados al abigeato, habían aumentado el número de cabezas. Por su color blanco pálido, así como por su hipócrita mansedumbre, dieron los comarcanos en llamar a esos sujetos, los Palomitas de la Tía Jacinta. Por contrarios proederes se distinguieron de los Palomitas, los apodados Gavilanes, quienes en forma escandalosa y cínica robaban y cometían toda clase de fechorías, jinetes en buenos caballos y bajo el amparo que les proporcionaban los barrancos del terreno. Preocupado el prefecto del distrito por aquellos desmanes, delitos que en la época, se consideraban como de los más graves y que la temible acordada de Herrera y Cairo era incompetente para reprimir, en conversación con el doctor De La Torre le dijo que, apelando a medios diplomáticos, había citado a los abigeos valiéndose del conducto de amigos y compadres de los propios delincuentes; pero le dijo, únicamente comparecieron los Palomitas, con se característica mansedumbre y atenciones, en cambio no lo hicieron los Gavilanes, quienes se habían mostrado rebeldes a un entendimiento. A

la vez el prefecto le consultaba al doctor acerca del procedimiento que se debería emplear para someter a estos últimos. Al terminar de escuchar la pregunta, prorrumpió el doctor, con aquella sonora carcajada que iluminaba su genio, mugió y sonó los dedos repetidamente y en forma sabia contestó aconsejando: Arme a los Palomitas de Tía Jacinta para que cacen Gavilanes. El prefecto siguió el consejo recibido y poco tiempo después, se vio que los Palomitas de Tía Jacinta, dieron buena cuenta de los famosos Gavilanes.

UN PUEBLO FLORECIDO EN EL DESIERTO.
Fundación de Los Mochis.

Al entrar el siglo XX el extenso predio de Los Mochis, a excepción de las reducidas pertenencias de los colonos abiertas al cultivo, no era sino un campo desierto y sin vida, en erial olvidado, sin agua, sin gente, sin actividad ni destino. Más sobre ese terreno yermo, transformado por la mano del hombre, ¡oh sorpresa!, ¡oh ventura!, se habría de extender muy pronto y rápidamente el verde pañal de los cañaverales, sobre cuyos pliegues, al pie mismo de una fábrica de azúcar, llegó a surgir a la vida a un poblado, o mejor dicho, una ciudad en embrión: la de Los Mochis.

Es de evidencia histórica que el origen y la formación de Los Mochis como población, exclusivamente dimanó de la fundación y desarrollo del ingenio azucarero local, el cual hasta la fecha ha continuado siendo uno de los principales factores de su vida económica, en concurrencia con otros elementos de impulso que han contribuido al engrandecimiento de la localidad y de la región. Es sabido, que ese origen no tuvo más signo, que el de The Sinaloa Sugar Company o personalizando el del señor Benjamín F. Johnston, de quien ya se ha hablado antes y quien fue el organizador, director y el impulsor de la empresa mencionada.

The Sinaloa Sugar Company, principio a desplegar sus actividades el 15 de mayo de 1902, con la apertura de los campos agrícolas y su canalización (ramificaciones del canal de Tastes), con la plantación de los primeros cañaverales y con la construcción del ingenio azucarero local.

Este dato de suma importancia y los que en seguida se enumeran, en su mayoría procedentes de noticias periodísticas de aquella época, con-

ducen a formarse una idea sobre el proceso correspondiente a la erección de la fábrica y edificaciones conexas, así como del origen o formación del poblado de Los Mochis hasta el preciso momento en que, de manera oficial aunque tácita, se le dio el rango político de pueblo, implícito en el hecho de haberlo constituido en la cabecera de la alcaldía de su nombre.

1.- 8 de noviembre de 1901. Don Celso A. y García, en un artículo que se publicó en "El Debate", dice que su informante, el ya finado don Adelaido Gómez Beltrán, en la fecha precitada y procedente de Mocorito, llegó a Los Mochis con el fin de ayudarle a su pariente político José Ma.. Valdés, en la fabricación del ladrillo, contratada por su referido pariente, para la fábrica de azúcar, que iba a levantar Mr. Johnston; y que con esas misma fecha, don Adelaido levantó una choza de horcones y techo de espadañas en lo que hoy es la esquina N.E. del cruzamiento de las avenidas Leyva y Obregón, por lo que consideraba que esa era la casa fundadora de la población.

2.- 15 de mayo de 1902. The Sinaloa Sugar Company da principio a sus actividades, las que continuaron sin interrupción alguna. Dato publicado por don Rosario Grijalva, funcionario de la Compañía.

3.- 7 de enero de 1903. Dentro del trazo de la futura población, con esta fecha se hizo la primera venta de solares. El adquiriente fue don Manuel Borboa, a la que le adjudicó la Compañía de los Solares números 4, 5, 6, 7, 8, y 9, de la manzana No. 10. Tal operación, la primera en su género, urbanísticamente y en cuanto a la fecha bien pudiera marcar el principio, nacimiento o fundación de este poblado.

4.- 1° de febrero de 1903. Noticia de "El Gazetero", de que Los Mochis era ya una pequeña población en la que había cuatro tiendas que abastecían a la gente que vivía en torno de la Colonia.

5.- 1° de abril de 1903. Noticia de "El Gazetero", de una nueva población que se está levantando en el ferrocarril, cerca del cerro de la Memoria.

6.- 1° de abril de 1903. Noticia del "Our Hatchet", de que el silbato de la locomotora, puede ser escuchado diariamente en Los Mochis y de que una espuela, se está terminando desde el kilómetro 22 a la fábrica en construcción.

7.- 1° de mayo de 1903. Por decreto expedido en esta fecha por la Legislatura del Estado y a iniciativa del gobernador Francisco Cañedo, se crearon las alcaldías de Topolobampo y Los Mochis, habiéndosele asignado a esta última las celadurías de Baturi, Bateve, Rincón del Tigre, El Carricito y Ajoro.

8.- 6 de mayo de 1903. Don Eusebio Heredia compró el solar No. 1 de la manzana No. 7, situado en la esquina S.O. del crucero de la Avenida Hidalgo y la calle Angel Flores.

9.- 15 de mayo de 1903. Noticia de "El Gazetero": George L. Page, está trazando la población del ingenio.

10.- 1° de junio de 1903. Noticias del "Our Hatchet": La Sinaloa Sugar , tiene un grupo de edificios en Los Mochis. Cerca del ingenio, que esta por terminarse, hay dos hileras de apartamentos para operarios, dos grandes residencias separadas, un almacén y un edificio para oficina, de dos pisos, todo de ladrillo. La Compañía, plantó también cerca de 300 acres de caña y en las cercanías hay cerca de 1,000 acres de particulares. Cerca de la mitad es vieja plantación, que fue cortada y hecha panocha en la presente estación. La Compañía espera tener listo el molino para la próxima cosecha. El ferrocarril ha completado su ramal de la línea principal al molino (cerca de dos millas), así que la maquinaria es ahora descargada de los botes al muelle dentro de los carros y de ellos directamente al nuevo edificio que los espera. La mayor parte de la maquinaria ha llegado y están aquí los mecánicos para instalarla. El azúcar de Aguila, de esta zafra, es traída a Los Mochis en carros para embarcar por ferrocarril a Topolobampo.

11.- 1° de julio de 1903. Noticia del "Our Hatchet". de que don Manuel Borboa tiene una nueva tienda de ladrillo cerca del ingenio.

12.- 5 de julio de 1903. Con esta fecha se llevó a cabo la instalación de la alcaldía de Los Mochis, creada por decreto fechado el día primero de mayo de ese propio año.

13.- 2 de octubre de 1903. Don Leoncio Ruiz adquiere el solar No. 7 de la manzana No. 7, que se halla ubicado en la esquina N. E. del cruzamiento de la Ave. Obregón y la calle Guerrero, frente a la plaza.

14.- 15 de octubre de 1903. Noticia de "El Gazetero": Manuel Bor-

boa, Eusebio Heredia y Leoncio Ruiz, han abierto tiendas en Los Mochis y, Mrs. Whitzel y H. M. Seisbbutel, han cerrado las suyas por considerar incosteable el pago de impuestos y dividir su oficio.

15.- 1° de diciembre de 1903. Informa el "Our Hatchet": El molino de Los Mochis, estará listo no antes de enero de 1904. Mil doscientos acres de caña plantados en Los Mochis, en muy buena condición estimándose que la cosecha será de veinticinco mil toneladas.

16.- 1° de febrero de 1904. Informa el "Our Hatchet": El hotel está casi terminado. (Se trata del antiguo hotel de dos pisos y hecho de ladrillo, propiedad de la Compañía, el cual estaba cerca de las oficinas de la misma empresa).

17.- 15 de abril de 1904. Información de "El Gazetero": El ingenio está moliendo 226 toneladas (diarias): se estima la cosecha en 20,000 toneladas. La destilería está próxima a terminarse. (En el mes de mayo, la destilería ya se encontraba trabajando; la primera zafra del ingenio, que debe haber principiado en los comienzos de febrero, finalizó el 25 de ese mismo año de 1904).

Si se pretendiera determinar cual es la fecha precisa, fecha aniversaria en que de hecho se fundó el pueblo de Los Mochis, seguramente sería bien difícil lograrlo. Antes que nada habría que decidir si lo propio sería hacerlo con referencia, como punto de partida, al día, mes y año en que la Compañía inició sus construcciones en el sector del ingenio. En su conjunto esas construcciones, fueron el edificio para la fábrica, el almacén, las oficinas generales, dos residencia de categoría y las dos hileras de cuartos con portal que se levantaron para alojamiento de los operarios y hasta podrían incluirse las chozas de tipo primitivo e improvisado, llamadas "chinames" en la localidad, que servían de incomodo albergue a los peones y sus familias. O si bien, en esta glosa, habría que concretarse tan sólo a lo que comprende el perímetro urbano, que en un principio fue muy reducido y dentro del cual la nueva población quedaba delimitada en cuanto le correspondía. En uno y otro caso habría entonces que atenerse a lo que se sabe por lo dicho en los puntos 1, 2, 3 y 10, no exentos de vaguedad algunos de ellos y en lo general muy discutibles para este objeto.

Pero, si en cambio, se toma no el hecho, sino el derecho como razón y motivo, según lo reclama la instauración política de la localidad como alcaldía e implícitamente como pueblo, entonces y conforme a los puntos 7 y 12, no existirá ni duda, ni dificultad alguna para resolver el problema. Primero Los Mochis era un campamento de trabajo, más bien una hacienda de la cual surgió un pueblo y del pueblo una ciudad. Ya se vio que el 5 de julio de 1903, fecha en que se instaló la alcaldía, la localidad políticamente adquirió la categoría de pueblo, aún cuando sin embargo por muchos años se le siguió conceptuando como una hacienda. Al fin, según lo ameritaba su desarrollo y de acuerdo con el dictamen relativo, se le confirió el rango de ciudad, mediante la Declaratoria No. 609 hecha por el gobernador Gral. Macario Gaxiola el 6 de septiembre de 1926 y publicada en el No. 96 del Periódico Oficial del Estado, de fecha 24 de septiembre de 1929. Más tarde, en la época del gobernador Profr. Manuel Páez, mediante el Decreto No. 295 expedido por el Congreso del Estado y publicado el 30 de mayo de 1935 en el No. 64 de Periódico Oficial de la entidad, la ciudad de Los Mochis fue constituida en cabecera de la municipalidad de Ahome y conforme al citado decreto se llevó a cabo el traslado de los poderes municipales que radicaban en la villa de Ahome, a la nueva cabecera.

Es evidente que la comuna del municipio de Ahome obró de conformidad con el último punto de vista señalado, al festejar en forma oficial y solemne el 5 de julio de 1953, fecha conmemorativa que corresponde al quincuagésimo aniversario de la fundación política de la población de Los Mochis. El acto más sobresaliente y significativo de la celebración lo constituyó la exposición que tuvo lugar en el Centro Escolar del Noroeste, en cuyas salas se exhibió objetivamente la historia de la región y la de la ciudad de Los Mochis, así como el desarrollo y la potencialidad agrícola del valle del Fuerte; en cuyas afueras o patios se levantaron puestos y hasta pabellones para la exposición de maquinaria y productos industriales; no faltando, por lo demás, diferentes actos artísticos, culturales, de diversión y esparcimiento mundano.

Recuerdo que la población en 1910 era muy pequeña, pues se hallaba enmarcada por entonces entre la calle Ferrocarril, que hoy lleva el

nombre de Rosendo Castro y la calle Coahuila, que es la actual avenida Johnston y al norte de la cual se extendían terrenos cultivados pertenecientes a don José P. Scally; y entre el canal 5 y el canal 6, que corría a o largo de lo que hoy es la avenida Gabriel Leyva. Este último canal, está lleno de historias grotescas y constituía un foco detestable de insalubridad, ya que en sus aguas se bañaban las gentes y los animales, ahí iban a dar las deyecciones humanas y las basuras, enriqueciéndose de ese modo la potabilidad del agua que los vecinos del canal utilizaban para beber y para el servicio doméstico. Al lado de este canal y calle de por medio, en unos "chinames" que construyó don José Ma. Cázares, en la esquina del Cine Río Fuerte y los cuales se conocían con el nombre de los "veinte horcones", allá muy antes estuvo instalada la zona de tolerancia, que después se cambió a unos "chinames" que existían frente al mercado, más o meno donde está la Casa Toledo.

No tardó en irse extendiendo la urbanización con rumbo al sureste y muy pronto rebasó la calle Segunda, hoy Ignacio Zaragoza. El trazo de la población en terrenos de la Compañía, llegó finalmente hasta el canal 8; posteriormente la zona planificada se aumentó con los fraccionamientos de Scally, Matco, Colonia Inés, Colonia Bienestar, Bunker, etc.

La densidad de la construcción era muy baja en los primeros años, pero firme y gradualmente fue creciendo. Sólo había unas cuantas casas de ladrillo y muy contadas y modestas eran las localidades de madera aserrada y techos de lámina galvanizada. La generalidad de las habitaciones y locales para fondas, cantinuchas y vendimias, eran meras casuchas de adobe, horcones y techumbre de terrado. De estas casuchas o aposentos había algunas hileras y cuarterías. En realidad lo que predominaba eran los "chinames", construcciones improvisadas de tipo rústico y baratas, hechas de horcones, morillos de pitahaya entortadas de barro o de simple rama sin aderezo alguno y techo de tierra apisonada.

El aspecto del poblado por tal circunstancia era deprimente, fatal, desastroso en parte lo es aún hoy todavía; el primitivo mercado, convertido en verdadero zoco, era la mayor vergüenza para Los Mochis. En cambio, el trazo de las calles, callejones, manzanas y solares, sujeto a la inflexible geometría de la cuadrícula, contrastaba en su modernidad con la arquitectura discordante con el buen gusto y la higiene. La planificación es uniforme. Las manzanas están cortadas en dos por los callejones. Cada media manzana tiene seis solares y lógicamente doce la manzana entera, delimitada por calles que van de N.E. a S.O. y avenidas que cursan de N.O. a S.E. En los planos originales consta la numeración de las manzanas y de sus respectivos solares. La dimensión de los solares es de 16.66 x 42.00 metros, salvo alguna excepción, pero invariablemente de 700 metros cuadrados de superficie; los callejones, unos tienen 8 metros y otros 9 de ancho, mientras que las calles tienen 25 metros de ancho, de acera a acera.

El significado de la palabra Mochis, la cual es indígena de origen, podrá encontrarlo el lector en el nomenclador que aparece en el capítulo segundo de esta misma obra.

EL FUNDADOR.

Indiscutiblemente que el nombre de Mr. Benjamín Francis Johnston, se halla estrechamente asociado al de la población de Los Mochis, en cuanto concierne a la población y progreso de la misma.

Nació el señor Johnston en la ciudad de Sharon, condado de Mercer, estado de Pensylvania, EE. UU., el 15 de diciembre de 1865. Sus progenitores fueron Mr. John C. Johnston, originario de Mc. Kees Gap., condado de Blair, Pensylvania y nacido el 30 de noviembre de 1837 y Mrs. Belle W. Johnston, natural de Hopewell, condado de Bedford, Pensylvania y nacida el 11 de diciembre de 1835.

El fundador de Los Mochis, Mr. Johnston, murió del corazón a los 71 años de edad, el 19 de marzo de 1939, cuando se encontraba en Hong Kong, China, ya para terminar su viaje alrededor del mundo en el vapor Belgenland, cuyo pasaje exclusivamente se componía de millonarios.

Don Benjamín, contrajo nupcias con Mrs. Agnes Sherwood Johnston, llamada por los mochitenses "Doña Inés" , en castellano. Ya él estaba casado cuando vino a México y al fallecer, su señora ocupó la presidencia del cuerpo directivo de la United Sugar Companies, S.A. Era Doña Inés originaria de la ciudad de Chicago, falleció a consecuencia de un sincope cardiaco el 15 de abril de 1953 en Nueva York, a la edad de

77 años y recibió sepultura en la ciudad misma donde expiró.

Hijo único de este matrimonio fue Sherwood Johnston, nacido el 18 de octubre de 1901. Sherwood unió sus destinos con Mrs. Wendolyn Purdy Johnston y del matrimonio nacieron dos vástagos: Sherwood y Constance. Era Sherwood un individuo generoso, sano, accesible y caballeroso, cualidades que le valieron popularidad y estimación entre las gentes de Los Mochis y de los alrededores. Se le llamaba con toda familiaridad "Chebo", alterando o corrompiendo la pronunciación Inglesa de su nombre, con tendencias a españolizarlo. Tuvo Sherwood la desgracia de fallecer en forma trágica y carbonizado, en Mazatlán, la tarde del 6 de agosto de 1939, al venir a tierra a incendiarse el avión marca "Curtiss Robin" de su propiedad, que él mismo tripulaba. Sus restos mortales fueron trasladados a Rye, Nueva York, donde descansan al lado de los de su señor padre, don Benjamín Francis. Un pequeño parque que lleva su nombre y que está situado al extremo poniente de la avenida Rosendo G. Castro, esta consagrado a su memoria, como ofrenda de sus amigos.

Por todos conceptos Mr. B. F. Johnston era la personificación de los "business" o mejor dicho era el "busines man" por excelencia; y con ello quiero referirme netamente al hombre de empresa dotado de talento, capacidad, espíritu de organización, acometividad y audacia, además de un don de persuasión, como lo llegó a tener el señor Johnston, quien por lo demás, siempre estuvo protegido por su "buena estrella".

Johnston era un hombre extraordinario, sobrado de dominio, que nunca usó la palabra "favor", ni en las más apremiantes y difíciles circunstancias en que llegó a estar colocado; pues siempre revestía sus proposiciones y argumentos de una firmeza tal, como si contara con la seguridad y el derecho de serle concedido aquello que necesitaba o que simplemente se le antojaba. Don Joaquín Ruiz Olloqui, que fungió como interventor del Banco Nacional de México en la administración y negocios de la Sinaloa Sugar Co., para vigilar la aplicación de un crédito de más de un millón de pesos que cada año dicha institución le concedía a la empresa para que hiciera su zafra, repetidas veces sufría contrariedades y al fin tuvo esta expresión de convencimiento: "A Mr. Johnston, con el lápiz en la mano, no hay quien lo resista; es tan listo, que asombra".

Tratándose de negocios y de intereses, la Compañía era abiertamente arrolladora. Persona bien interiorizada de los asuntos y procedimientos de la empresa, afirma por escrito que ésta en nada se detenía, no tomaba en consideración escrúpulos de orden sentimental para el logro de algún propósito. Johnston, como se dijo, había legalizado sus derechos sobre el canal de los Tastes, construido por los colonos sobre los terrenos de Los Mochis, que pertenecieron a la Colonia, o sea a Owen; los colonos, inconformes y angustiados lucharon contra él y hasta alguien pretendió darle muerte, juzgando que en forma artificiosa se había adueñado de los derechos y las obras del citado canal. Don Zacarías Ochoa había perdido sus propiedades de El Aguila, en sus tratos con Mr. Johnston. También en su política de absorcionismo, se había quedado con las propiedades de don Manuel Borboa. Había tenido sus dificultades con don José Ma. Cázares, don Erasto Luque y don Juan Willey; en negocios, Johnston siempre triunfaba y por todas esas razones las gentes de la región consideraban al hombre como peligroso tratándose de negocios y en ese terreno le reconocían superioridad, lo respetaban y temían.

En los puntos anteriores se dieron múltiples detalles acerca de esas empresas o negociaciones establecidas por el señor Johnston. Se dijo que acabó por centralizar en la United Sugar Companies, S. A., la representación de sus distintas actividades como empresario. Mediante esta compañía, que constituye un vasto canevá de asociaciones afiliadas, Johnston extendió y consolidó su formidable poderío económico, el más poderoso que ha existido hasta la fecha en el Estado de Sinaloa. Sus dominios se extendían sin solución de continuidad, desde San Blas hasta contra el mar. La constancia, El Aguila y La Florida, con sus plantaciones de caña y que eran los más importantes centros de trabajo en el valle. Pero, al realizarse en forma integral el reparto agrario de la región, los terrenos de la Compañía fueron entregados a los ejidatarios al día 9 de diciembre de 1938.

Algunos de los adelantos y mejoras de que goza la ciudad de Los Mochis, se deben a Mr. Johnston. Durante muchos años le proporcionó a la ciudad, a través de la Compañía Eléctrica de Los Mochis, S.A., el ser-

vicio público de agua, corriente eléctrica, teléfonos y hielo; de los cuales el de corriente eléctrica pasó a depender de la Comisión Federal de Electricidad , a fines de 1956, el de agua potable, de la Secretaría de Recursos Hidráulicos, en 1958. En 1928 estableció, al pie del cerro de La Memoria, un hipódromo moderno, que muy pronto quedó suprimido. Estableció un campo experimental en 1925, plantándose en él un número considerable de frutales. Junto a la Casa Grande o Casa de "Las Palmas" estableció además un precioso jardín botánico, como no hay otro en el Estado. Levantó un hotel de categoría, denominado "Hotel Bienestar", en la colonia de su mismo nombre, el cual ya desapareció. Construyó el aeropuerto, del que todavía hoy se sirve la ciudad; fue inaugurado el 14 de octubre de 1929, habiendo participado en el acto inaugural, el capitán aviador Pablo Sidar, al frente de una flotilla de aviones militares. En la cumbre del cerro de La Memoria erigió el faro que aún presta sus servicios, de tres millones de bujías de intensidad luminosa y que abarca un radio de 150 kilómetros. Dispuso de los medios necesarios para que en Los Mochis se contara con un "Country Club" (club campestre), asociación que se constituyó a iniciativa del señor Clarence F. Edmunds, el 30 de junio de 1925 y que desde entonces principió a formar sus campos deportivos; una agrupación de damas auxiliar del Club, llamada "Country Club Ladies Auxiliary", que vino a constituirse, con fecha 3 de febrero de 1927. Gran parte de la población se extiende sobre los fraccionamientos urbanos de su Compañía. Mr. Johnston, llegó a pensar en la pavimentación asfáltica de la población; su sueño dorado era la construcción de la presa de Balojaqui, que era el factor más importante para el desarrollo gigantesco de los negocios de la Compañía, así como del valle, sueño y propósito que le fue imposible realizar.

La ciudad de Los Mochis, como un tributo de reconocimiento hacia su fundador y para perpetuar su memoria, por conducto del H. Ayuntamiento, en un acto público y solemne que tuvo lugar en la tarde del día 28 de julio de 1940, le impuso a la avenida Coahuila, el nombre de "Avenida Johnston", habiendo hecho en esta ocasión el panegírico del señor Johnston, don José S. Pamplona. Momentos después, en ese propio día, se llevaba a cabo la inauguración del monumento que la

United Sugar Companies, S. A., levantó en la cima del cerro de La Memoria, en homenaje a don Benjamín y a su hijo Sherwood; monumento sobre el cual brilla la luz del faro al que antes se hizo referencia.

Al evocar el nombre de Mr. Johnston, surge también el recuerdo de las personas que con él colaboraron en el desarrollo y prosperidad d sus empresas, de las que en forma espontánea puedo citar las siguientes: Mr. Millington, Mr. Hudson, Francisco Valdés Vega, Edmundo Salmón, Antonio B. Caballero, ManuelVizcarra, M. A. Lewis, ingenieros E. Postlewate y Carlos A. McKintosh, Thomas D. Boyd, George Drake, J. A. Maurin, Rose L. Page, S. K. Simmons, J. M. Hazard, Harold Frederic Jones, Clarence F. Edmunds, Charles Montague, Ignacio Gastélum, Carlos S. Vega, Lic. Ignacio Bermúdez, Rosario Grijalba, Joaquín R. Olea, altos empleados unos y funcionarios los otros de la empresa.

Uno de los nombres que más se destacan en el pasado es el de don Ignacio Gastélum, a quien la Compañía debe la reorganización de algunas de sus dependencias. Llegó don Ignacio a El Aguila en 1906, como contratista en trabajos para los que se requerían carros de transporte y mulada. Ocupó enseguida un puesto dentro de la Compañía Azucarera de El Aguila, S. A., de la cual fue gerente o administrador. Ascendió a vicepresidente de la United Sugar Companies y en 1913, se trasladó a la ciudad de México con el carácter de representante de la Sinaloa Sugar Co., para encargarse de la venta del azúcar y el alcohol. Ya en la capital fundó la Almacenadora y Realizadora de Azúcar, S. A., de la que proceden las firmas actuales denominadas Almacenadora, S. A. y Azúcar. Actuó don Ignacio en política, con el carácter de jefe nacional de la campaña electoral en pro del divisionario sinaloense Ángel Flores, postulado a la presidencia de la República. Tuvo él la idea de establecer en Los Mochis, una escuela politécnica y para tal fin organizó una sociedad que lleva el nombre de Fomentadora de Instrucción y Educación, S.C.L. (Sociedad Civil Limitada), cuya escritura constitutiva, se pasó el 3 de abril de 1930 ante el notario público Lic. Francisco Gastélum S.; esta sociedad sólo pudo construir un edificio en un lote de terreno situado en la falda del cerro de La Memoria, que donó la United Sugar Comapanies. En este edificio y terreno, se instaló el Centro

Escolar del Noroeste, institución docente para primaria y secundaria, regenteada por el Profesor Conrado Espinosa, la que se inauguró el 12 de octubre de 1930. Se dirá finalmente, que nuestro biografiado nació el 2 de enero de 1884, en el pueblo de Aguaruto, distrito de Culiacán, que falleció en la ciudad de México el 4 de junio de 1932 y que fueron sus padres don Ignacio Gastélum y doña Gertrudis Iturríos.

CAPÍTULO XVII
LA COLONIA DE TOPOLOBAMPO. ALBERT KIMSEY OWEN.

Con el nombre oficialmente reconocido de "Colonia de Topolobampo", floreció en el valle del Fuerte, distrito de este mismo nombre, una colonia norteamericana, que dejó una profunda huella de su existencia, en los destinos agrícolas de la región. Dicha colonia estaba constituida exclusivamente por miembros de un sociedad denominada "The Credit Foncier Company", de espíritu socialista. El fundador de la sociedad y la colonia, un hombre por muchos conceptos extraordinario, se llamó Albert Kimsey Owen.

El eminente escritor sinaloense son José C. Valadés, inicia bibliográficamente los estudios históricos que atañen a la singular y extinta colonia, al publicar en el año de 1939, un opúsculo impreso en México bajo el título de "Topolobampo, la Metrópoli Socialista de Occidente". Ocho años después, ve la luz en Los Angeles California, el libro que con el nombre de "A Southwestern Utopía", escribió Thomas A. Robertson. El autor de este libro es hijo del finado Louis Robertson, colono de Los Mochis; creció en el ambiente de la Colonia y por lo mismo, estuvo en aptitud de abordar en su libro, en el aspecto humano principalmente, lo referente a la vida y a la azarosa obra de esta comunidad. El libro de Mario Gill, editado en México en 1957 con el título de "La Conquista del Valle del Fuerte", si bien aborda en su capitulado temas básicamente

de carácter sociológico, en los cuales figuran la Colonia y su fundador, no es por su tipo una monografía de dicha Colonia; más bien el autor, situándose para establecer apreciaciones y conclusiones, en el campo del izquierdismo de actualidad o en voga, primordialmente, analiza el comportamiento de los factores humanos que intervinieron en la "conquista" del Valle; su especulación gira principalmente en torno de la antítesis Owen - Johnston. Ahora, por lo que toca al trabajo que un servidor presenta en este capítulo monográfico, su índole y propósito ha sido, la de compilar lo más interesante de la muy dispersa información que existe, escrita o no escrita, sintetizándola para forjar una especie de panorama histórico de la Colonia.

El 29 de mayo de 1847, fue cuando nació Albert Kimpsey Owen, cerebro y motor de la Colonia, en la ciudad norteamericana de Chester, condado de Delaware, estado de Pensilvania. Sus progenitores fueron la señora Harriet Moffit y Joshua K. Owen, médico cuáquero que bajo la jefatura del General Ben Buttler, sirvió durante la Guerra de Secesión como cirujano mayor del cuerpo de Voluntarios. A los 30 años de edad, el 18 de marzo de 1877, contrajo matrimonio Albert, con una viuda, la señora Marie Louise Bigelow, de Baldwinsville, Nueva York y a los 69 años, el día 22 de julio de 1916, bajó a la tumba, ya cuando se había desprendido de sus participaciones en las empresas que llegó a fomentar y se hallaba completamente retirado de los negocios.

Albert K. Owen realizó sus estudios profesionales en Media, Pensilvania, donde se graduó de ingeniero civil. Logrado este propósito, en compañía de su padre y desu hermano Alfred, realizó el joven profesionista larga y provechosa gira por el Viejo Continente. En catorce meses visitaron Inglaterra, Francia, Malta, Siria, Egipto, Palestina, Sicilia, Italia, Saboya, Suiza y Alemania. Concluido este recorrido, regresaron a os EE. UU., el doctor y su hijo Alfred; en tanto que Albert, prolongó su estadía en Europa por dos meses más, empleados en realizar determinadas observaciones que le interesaban, en Inglaterra, Escocia e Irlanda.

Cuando Albert Kimsey Owen volvió a su patria, logró colocarse como topógrafo en la localización y trazo de la vía del "Chester Creek Railway": Enseguida trabajó como ingeniero, en el ensanchamiento

urbano de las ciudades de Chester, Pensilvania y Fourth Ward, Filadelfa. Posteriormente, en el estado de Colorado, tuvo empleo en la localización de la vía del "Clear Creek Canyon Railroad". Mediante el desempeño de tales ocupaciones, Owen adquirió experiencia, habilidad, conocimientos prácticos específicos, en materia de urbanización y de construcción de líneas férreas. Así es que, sus vastos conocimientos científicos y técnicos en las ramas indicadas le sirvieron como de trampolín a su inspiración cuando, con su mirada escrutadora y su inteligencia intuitiva, se percató de que Topolobampo como puerto, al extremo de un gran valle, ofrecía grandiosas perspectivas de un posible e inconmensurable aprovechamiento; por lo que Topolobampo fue, para Owen, el presente y el futuro de los variados y vastísimos planes que llegó a elaborar colocando en algunos de ellos la primera piedra, pero que al fin se desvanecieron ante el fracaso y el abandono, superviviendo solamente bajo el signo del augurio y la profecía.

Seguramente que el Gral. William J. Palmer, quien se hallaba estrechamente vinculado con el "Denver and Rio Grande Railroad", justipreciando el talento y la capacidad profesional de Owen, lo invitó a tomar parte en una excursión prospectiva de líneas férreas, a la República Mexicana. Con este motivo Owen vino a Querétaro, en compañía de H. C. Hunt, Gobernador del estado de Colorado, reuniéndose allí con los generales William J. Palmer y William Rosencrans. Hizo el viaje vía Santa Fe, El Paso y Chihuahua, a lo largo de la ruta que años más tarde habría de corresponder al trazo y construcción del Ferrocarril Central. Pasada la junta de Querétaro, Owen quedó solo en México; su misión consistiría en explorar hacia el noroeste, el litoral del Pacífico y del Golfo de California, porque se tenía la idea de prolongar el ferrocarril "Denver an Rio Grande", desde Colorado Springs hasta la capital del Anáhuac.

Por espacio de once meses, el Ing. Owen se dedicó a visitar diversas regiones de México; antes de encaminarse hacia el noroeste, estuvo en el estado de Veracruz, donde en la época de Comonfort, se pretendía establecer colonias agrícolas, ya que una de las cosas que Owen traía en mente, era la de llegar a establecer precisamente una colonia de esa clase. Su colonia, estaría organizada sobre principios, métodos y fina-

lidades de inspiración socialista, a imagen de la comunidad obrera que en 1826, fundara en New Harmony ("Nueva Harmonía), Indianápolis, EE. UU., el utopista inglés Roberto Owen. Es de importancia, como antecedente, saber que Albert Kimsey Owen, pasó muchos años de su niñez en dicha comunidad de New Harmony; si bien, la existencia de esa colonia se resolvió en fracaso, ello no fue óbice, para que en la mente y en las propensiones psicológicas del futuro prócer de la Colonia de Topolobampo, llegada la ocasión se impusiera determinantemente, la influencia que lo impulsó a estructurar, sobre un plan que él llamó de cooperación integral, el organismo de esta colonia, al que dio por nombre "The Credit Foncier Company".

A lo largo de la costa noroccidental de México, lo que Owen tenía que buscar era una bahía, un puerto de características tales, que fuera el indicado para terminal del ferrocarril de Colorado Springs, en la costa del Pacífico. Owen más bien deseaba hallar una bahía tal, que llenara los indispensables requisitos para el tráfico internacional, con vista a la posibilidad de construir una línea férrea interoceánica o transcontinental, desde esta costa a la opuesta. Esa línea, conforme a la idea original, partiría del puerto de Norfolk, estado de Virginia, situado en la costa atlántica de los EE. UU.; pasaría por San Antonio, Texas y terminaría en un puerto conveniente, de la costa del Pacífico, por el cual se indagaba. Un ferrocarril de tal localización acortaría, de manera provechosa para el tráfico mercantil con las naciones del Asia, la distancia en lo que se refiere a la transportación terrestre; por lo que --se pensaba-- esa vía tendría el efecto de desencauzar en gran parte el movimiento de transporte que se hacía desde los centros industriales del Este, como Chicago y Nueva York, hasta el puerto de San Francisco, California.

El proyecto de construir un ferrocarril de océano a océano, con la localización antes apuntada, por lo menos ya tenía un antecedente inspirador: la predicción que en 1841 o 1842, hizo el político filósofo y financiero norteamericano Duff Green, de que habría de llegarse el día en que el comercio y los viajeros del mundo, se encontrarían en una línea que, partiendo de Norfolk, se dirigiera por Austin, Texas, hasta el Golfo de California. En 1867, Robert Walter propuso la construcción

de un ferrocarril entre Nueva York y Mazatlán; pasaría por Washington, Knoxville, Austin, Laredo, Monterrey y Durango. Un año más tarde, en 1868, una compañía que formaron unos neoyorquinos encabezados por Columbus C. Douglas, formuló planes para la construcción de la línea, modificando el curso precedente. Entraría a México por Presidio del Norte, en el Río Grande e iría a terminar a la desembocadura del río Sinaloa, presumiblemente a la bahía de Navachiste, como lo cree José C. Valadés; pues en aquella época, la bahía de Topolobampo era desconocida pudiera decirse, en cuanto a que no figuraba en mapa alguno, ni tampoco en las cartas de navegación marítima. El proyecto Douglas, se frustró, dado que el gobierno mexicano, no llegó a otorgar la concesión que para el objeto, se había solicitado.

Cuando se ha relatado hasta este preciso momento, sirve de introito o de antecedente a la etapa inicial en la que Owen desplegara todos sus esfuerzos para localizar, en nuestro litoral, el puerto o la bahía clave de que se ha hecho mención. La fortuna de haberla encontrado al fin, se debió a la feliz circunstancia de haber podido contar Owen a su llegada a Mazatlán, con la valiosísima información obtenida a través de la colaboración del cónsul de los EE. UU., en dicho puerto, Dr. Benjamín R. Carman.

¡EUREKA!, TOPOLOBAMPO

Vuelvo a repetir que, según lo acordado en Querétaro con los generales Palmer y Rosencranz, el Ing. Owen debería visitar la costa del Noroeste. Se trataba, como se dijo antes, de que examinara las pasividades que pudiera haber para llevar a cabo la insinuada prolongación del ferrocarril "Denver - Rio Grande", desde Colorado Springs, hacia el sur y a través de los desiertos arizonianos y sonorenses, hasta tocar uno o varios puertos en el litoral del Golfo de California y llegar, finalmente a la ciudad de México.

Con ese cometido y partiendo de la Mesa Central, se dirigió Owen hacia la Sierra Madre Occidental; tomando por el histórico camino real que pasa por el Plan de Barrancas, llegó a Tepic, de Tepic pasó al puerto de San Blas, donde un vaporcito tomó pasaje con destino a Mazatlán,

lo que le permitiría averiguar si en el trayecto existía alguna bahía de adecuadas condiciones portuarias. Durante esta travesía, fue compañero de viaje del Gral. Manuel González, comandante militar de la Costa Occidental y a Baja California. La ocasión fue propicia para que a bordo, se entablara una mutua amistad, la que más tarde redundó en provecho de Owen. Cuando el Gral. González fue exaltado a la Presidencias de la República, Owen no tropezó con dificultades para llegar a obtener la primera concesión de que disfrutó, relativa al establecimiento de su colonia y a la construcción de su proyectado ferrocarril de Topolobampo a la frontera con los Estados Unidos.

Al desembarcar de la travesía en Mazatlán, se dirigió Owen a la oficina consular de los EE. UU., a cuyo frente se encontraba el Dr. Benjamín R. Carman, con residencia de 30 años en el puerto. Habiendo ya entrado en contacto con el Cónsul, lo enteró de los motivos que determinaron su viaje , los proyectos y las ideas que lo animaban. Fue entonces cuando el Dr. Carman, le dio noticias de que en el distrito del Fuerte, según el decir de unos mineros norteamericanos, se encontraba una preciosa bahía que llamaban de Topolobampo. Los informantes habían trabajado en la Sierra Madre, región de la Tarahumara y como fueran sus deseos trasladarse en algún barco, ya hacia al sur o hacia el norte, siguiendo el camino de herradura, llegaron, desde las minas de Bahuérachic hasta el Retiro de los Contrabandistas ("Smugglers Retreat"). De este Retiro (Topolobampo), los minerales eran embarcados secretamente a Swansea, Gales, eludiendo de esa manera el pago de los fuertes gravámenes de exportación.

Estupenda noticia era aquella para Owen, pero hay una en detalles, que era de todo punto necesario conocer. Mas por fortuna el Cónsul, encontró la manera de obtenerlos. Benjamín R. Carman, originario de Filadelfia, era un hombre distinguido, amigable y hospitalario. Los oficiales de la marina de su país que llegaban a Mazatlán, gozaban siempre de su buena acogida, pasando en su compañía horas placenteras. De modo que, cuando a instancias de Owen, le pidió al comodoro Willian T. Truxton, comandante del buque "Jameston" surto en el puerto, que hiciera un reconocimiento de la bahía de Topolo-

bampo y de su entrada, no fue desairado. Truxton, se dirigió entonces a Topolobampo, practicó sondeos y formó la carta correspondiente a la bahía (año de 1869), entregando a Carman por escrito, un informe particular. Por ese medio Owen llegó a conocer datos más precisos, los cuales resultaban ser halagadores.

El informe y la carta relativos al puerto, debidos a Truxton, más tarde llegaron a formar parte del Archivo General, en Washington. Topolobampo no había figurado antes jamás, en ningún mapa editado sino hasta 1882, año en que Owen publicó en Filadelfia, su "Map of the Republic of México". En este mapa por primera vez aparecía en forma correcta la costa Occidental del Golfo de California, figurando ya entonces Topolobampo en sus relaciones geográficas con la América del Norte y en el Océano Pacífico, con sus costas e islas. Sin embargo y aún cuando dicha bahía no legó a figurar en ningún mapa publicado con anterioridad al de Owen, no era su existencia de todo punto ignorada en Sinaloa; toda vez que el Gral. Domingo Rubí, siendo gobernador y comandante militar del Estado, en 1866, expidió un decreto habilitando, como puerto de cabotaje, al desembarcadero de Topolobampo.

No fue Mazatlán en esta vez para Owen, en su exploración del litoral, sino un punto de escala y su término era Guaymas. De suerte que en la prosecución de su viaje pasó frente a Topolobampo, más no intentó entrar a reconocer la bahía, cosa que dejaba aplazada para más tarde. Efectivamente, al retornar de Guaymas a Mazatlán, se dispuso entonces a efectuar su primera visita a Topolobampo. Para ello emprendió el viaje por tierra y a caballo, en compañía del Ing. Fred G.

Muchos años después hizo Owen, una vívida y hasta poética recordación de las circunstancias de esa visita y de sus impresiones, en un relato que intituló "Topolobampo a Reminiscence". Por vez primera, el relato se publicó en el periódico "The Anti-Monopolist", de Topeka, Kansas, el 31 de enero de 1899. El 15 de febrero siguiente, apareció en las columnas de "The Credit Foncier of Sinaloa", en Topolobampo. La misma reminiscencia se halla también consignada en el tomo No. 2 del folleto "Integral Co-Operation at Work", entre crecido número de artículos, informes y comentarios, en su mayoría escritos por Owen con re-

ferencia a la Colonia, a los propósitos de "The Credit Foncier Company" y a las ideas socialistas sustentadas por el autor. Por último, una parte de las dicha narraciones se encuentra insertada en el libro de Thomas A. Robertson, "A Southwestern Utopia". Ofrezco a continuación, en español, una versión de tan significativo y magnífico relato.

Fue al anochecer, a la caída de un hermoso crepúsculo, cuando un día a fines del mes de septiembre de 1872, el Ing. Albert k. Owen y su acompañante el Ing. Fred G. Fitch, a caballo y procedentes de Mazatlán, llegaron a un sitio donde entre los arbustos de la orilla occidental de la bahía de Ohuira, se hallaban acampados unos indios pescadores. Los perros ladraron. Nadie más que éstos al parecer, notó la presencia de los forasteros, quiénes después de desensillar, calladamente tendieron sus mantas de viaje, al pie de un cactus gigante. A corta distancia del lugar, se alzaban las llamas de un fuego alimentado con leños de pitajaya seca y cuyos resplandores alumbraban el campamento indígena. Una docena de perros, una o dos cabras, dos hombres, tres mujeres, un rapaz y unas cuantas vacas, componían aquel grupo de apariencia bíblica. De los mezquites próximos colgaban algunos pescados, así como de los brazos de unos "echos", pendían tiras de carne de tortuga, oréandose. Muchos caparazones de grandes tortugas marinas, se hallaban esparcidos por el suelo; de ellos, algunos se usaban como asientos, otros contenían sal y pescado y uno más servía de cuna.

Fatigados del camino, los viajeros se tendieron sobre sus frazadas en la vecindad de una fogata. Sentían el frío característico de esta costa, después de la puesta del sol, aún en verano. La gavilla de leña ardiendo, constituía su sola compañía y de ellos se alegraban. La muda indiferencia y la apatía de los indios pescadores, les causaron profunda impresión. Al abrigo de la oscuridad, los indios se movían del fuego hacia los matorrales, aproximándose a los recién llegados, más nunca dirigiéndose a ellos. Desde su sitio, al pie del cactus, los recién llegados observaban las costumbres de aquella gente semisalvaje. Eran indios mayos, de una raza alta, atlética.

Veían como, entorno de la fogata, los sapos brincaban para atrapar a los insectos que caían al suelo con las alas chamuscadas. Todo aquello, los sapos, los insectos, los animales domésticos, los indios, el cactus gigante, los hermosos mezquites y las estrellas sobre todo, lo veía Owen en su imaginación , después de tantos años, exactamente como lo vio en aquella inolvidable noche otoñal de su legada a Ohuira: un grupo misterioso y abigarrado, una escena pastoral primitiva dibujada entre la luz y la sombra, entre las llamas y el humo de la fogata, en la semi - oscuridad en Sinaloa, en el Noroeste de México.

Sería como la media noche, cuando Owen despertó. El fuego era un rescoldo, la luna, asomaba por sobre las montañas y esparcías sobre el campo una suave claridad. Owen escuchó unos pasos y la rotura de unas ramas; era un indio, que llegaba por entre los matorrales, desde la playa, con una tortuga a cuestas y la tiró sobre el suelo, el animal aleteó violentamente; el indio la volteó boca arriba, quedando quieta enseguida. Después de esto colocó un cuero de jabalí sobre el pecho de un caparazón de tortuga y se tiró encima, por almohada puso otro caparazón y posó los pies sobre el cuerpo de un perro dormido. Al cabo de unos instantes, el indio principió a roncar.

"Yo había viajado muchos días --rememora Owen-- a través de montes y vadeando ríos crecidos, en busca de esta bahía poco conocida. Mi curiosidad era vehemente por ver el agua a investigar mis alrededores".

Todo estaba quieto. Owen se escabulló de sus frazadas y trasponiendo matorrales, llegó hasta la playa. Se extasió en la contemplación. ¡Qué vista!. ¡Que panorama!. Ahí estaba Ohuira, un mar interior.

Las montañas emergían directamente del mar, al este y al sur. Las olas jugueteaban impulsadas por la marea que se levantaba, y una canoa se balanceaba sobre la playa.

El explorador permaneció sin movimiento, sin cambiar su posición casi por espacio de una hora, cual si la impresión que le causara el paisaje y su perfecta quietud, lo mantuvieran remachado en su sitio. No pudo distinguir por entonces una salida hacia el Golfo; las montañas de enfrente, no ofrecían a la vista ningún paso, como si se encontraran o se unieran con las que se hallaban a la derecha.

El "estrecho de Joshua", que intercomunicaba la bahía interior (la

de Ohuira) con la exterior (la de Topolobampo) se ocultaba de la vista en el centro de las altas y pintorescas montañas del sur. Hacia el norte y poniente se extendía un llano parejo de pasto y chaparral.

"La noche, el silencio o la calma, el espacio de las montañas que cerraban aquel mar, las circunstancias de mi venida, la esperanza que yo traía de encontrar un puerto --escribe Owen--, se combinaban para hacer de la ocasión una cosa que me causaba grandiosa impresión, una grandiosidad que yo siempre, más o menos, siento cuando me encuentro en la bahía y su vecindad".

Owen pensó para sí: Si la mañana me permite descubrir un paso profundo y seguro, de estar mar interior al Golfo de California, entonces, concluyó, este es el sitio apropiado para una gran ciudad metropolitana. Sobre esta agua, a la sazón sin navío, aparecerían algún día los barcos de todas las naciones. En esta planicie vivirían felices las familias. Los australianos se apiñarían en esta costa, donde serían bienvenidos por los europeos quienes habrían de llegar por ferrocarril, desde la costa del Atlántico, a través de las sierras, mesetas y planicies.

Después de haber permanecido en suspenso, encaminó Owen sus pasos a lo largo de la playa y sus pensamientos vagaron libremente en el campo de la fantasía. En su imaginación vio que los buques llegaban y fondeaban en la bahía; vio las banderas de muchas naciones ondear sobre los mástiles de las naves; oyó las campanadas de los relojes de la ciudad; percibió, cautivado, la armonía del "Home, Sweet, Home" ("Hogar, dulce Hogar") entonado por las campanas de la Escuela Normal Industrial; vio los malecones de piedra, sombreados por palmeras y engalanados por plantas y flores tropicales; escuchó los trinos de los pájaros que cantaban en los patios de las casas - hispano - moriscas; sólo despertó de aquel trance, para incorporarse a su lecho de frazadas, después de que el amanecer coloreó con su tinte el horizonte hacia la parte de levante.

Antes de la hora en que el sol asomara por sobre las montañas, en el día aquel, ya el campamento indígena se hallaba en movimiento. Uno de los hombres colgó de los extremos de una pértiga en equilibrio sobre el hombro, a la manera china, algunos pescados y trozos de carne de tor-

tuga, marchándose con su mercadería a los poblados más cercanos de la ribera del río del Fuete.

No sin cierta dificultad consiguieron Owen y Fitch, que un indio pescador, los transportara en su canoa para dar una vuelta de exploración por la bahía. Por la mañana remaron junto a Pintocahui, una isla en forma de tortuga (la de Los Patos) que se encuentra a una milla al este de la colina del Mapau. Pasaron luego por los "estrechos de Joshua" y navegaron alrededor de la isla de Mumucahui (después llamada de Las Gallinas), hasta salir a la bahía de Topolobampo (la de Las Copas), desde donde divisaron el Farallón de San Ignacio, en pie de guardia, a la entrada del puerto.

Una aclaración: Los "estrechos de Joshua", citados por Owen, no son sino las estrechuras o pasos navegables mediante los cuales se intercomunican la bahía de Ohuira con la de San Carlos y esta última con la de Las Copas. La denominación de esos pasos o estrechos, así como la de "Mount Joshua" que se le dio al cerro de San Carlos, es de suponerse que se debió a Owen mismo en homenaje a su señor padre, el Dr. Joshua K. Owen. Los nombres de referencia aparecen no sólo consignados en relatos o narraciones y en fotografías de aquella época; sino que también, en un plano mismo Owen hecho en 1885, antes de la llegada de la Colonia a Topolobampo, plano en el que aparece localizada la primera sección del proyectado ferrocarril, comprendida entre la Pacific City y Vegaton.

En su exposición sobre el reconocimiento que practicó en la bahía (continúo con el tema), asienta Owen que todas las cosas se combinaban para impresionarlos con la importancia que encerraban los "estrechos" y las bahías profundas, amplias, seguras, ideales para los fines portuarios. Las atracciones escénicas eran grandes, variadas y pintorescas. Las ventajas que ofrecía la costa, al norte de los "estrechos de Joshua" eran únicas para fines comerciales. Los malecones de piedra y los muelles podrían construirse en tal sitio, del modo más rápido y barato que en ninguna otra bahía de aguas profundas hasta entonces conocidas por ellos, esto es, por Owen y Fitch.

Hace una grata recordación de la abundancia y variedad que había

de pescados, como éstos saltaban en bancos en el canal y cuán hermosos se veían entre la acrecencia marina y las rocas, en el agua clara y profunda, cerca de la costa.

Le asombró la mansedumbre de los pájaros. Los pelícanos, los becardones, los flamencos, las garzas azules, los ibis y las gaviotas, no parecieron percatarse de la presencia de los exploradores, ni más, ni menos, que los indios del campamento de Ohuira. Advirtió que había muchos pájaros canoros y escuchó a algunos, del tamaño del tordo, cantar en los arbustos que cubrían los cerros y presentaban variedades de flores que nunca él había visto antes. Cuando esto escribía, a la distancia del tiempo, Owen veía aún las grandes gaviotas, como éstas se remontaban sobre las montañas, sobre la bahía y en el azul claro de un firmamento, que durante la mayor parte de los días del año, cobija a esta región.

La noche de aquel día, mientras Owen, descansaba en el lecho de frazadas, a la luz de las brillantes ascuas de la fogata, recordó las excitaciones experimentadas, las sorpresas del día. Siguiendo con la vista las volutas de humo que se encaracolaban sobre los arbustos en la oscuridad, fantaseando formó una ciudad modelo, un ferrocarril interoceánico y una flota mercante en las aguas del Pacífico.

El segundo día que Owen pasó en las costas de Ohuira, lo consagró a examinar, en parte a pie y en parte a caballo, el lugar y sus proximidades, con la idea fija de levantar ahí una ciudad, con propósitos comerciales.

En su mente localizó al norte de los estrechos, la ubicación de los grandes malecones y de los muelles de su gran cosmópolis portuaria. En tanto que su compañero Fitch, durante ese día se dedicó a sondear el canal de la bahía de Ohuira.

Owen estaba satisfecho, más que convencido. Estaba encantado con la idea de que aquel sitio era el mejor, en la Costa Occidental de México, para fundar un gran puerto. Indubitablemente la naturaleza había hecho ahí una gran bahía. Le correspondía a él la empresa de establecer el puerto. Un puerto que como Topolobampo, contaba en su antigüedad geográfica continental con valiosos recursos naturales, los recursos de la tierra, debería atraer el intercambio y a los viajeros de la Tierra.

Se llegó por fin el momento de partir. Ya de camino, al irse alejan-

do, sintió que las fantasías que se apoderaron de su cerebro durante las dos primeras noches pasadas en Ohuira algún día habrían de ser realizadas. Desde entonces Owen profirió estas palabras: “No descansaré jamás, hasta que Topolobampo llegue a ser una palabra familiar en el comercio de los pueblos, hasta que las dos repúblicas de la América del Norte hayan utilizado sus ventajas y Topolobampo legue a ser un lugar favorito para el intercambio de productos y para las relaciones amistosas entre las naciones del mundo”.

EL EMPRESARIO EN ACCIÓN.
DENUNCIO DE TERRENOS.

Con verdadera penetración intuitiva, pudiera decirse que de una sola mirada Owen abarcó, en perspectiva, la enorme significación potencial que tenían las tierras agrícolas del valle del Fuete y la bahía de Topolobampo, para responder con un posible buen éxito a todo esfuerzo en pro de la colonización, del ferrocarril, el puerto y de la ciudad, materia de sus elucubrados y exorbitantes proyectos.

Después de su estancia en Ohuira, en compañía de Fitch, se dirigió Owen a la villa de El Fuerte. En su recorrido a caballo, a lo largo del camino real, que enlazaba a todos los pueblos ubicados sobre la margen izquierda del río, tuvo la oportunidad de captar la naturaleza agrológica del valle. La geografía entera se halaba por decirlo así, a disposición del empresario y consecuentemente, lo primordial para Owen, era adquirir algunas superficies de tierra, delinear sus proyectos y proceder a tramitar las concesiones que le eran menester, como preliminar de las subsiguientes actividades.

Hallándose en El Fuerte, expuso sus proyectos al prominente don Blas Ibarra. Tras un cambio de impresiones ambos entraron en arreglos para adquirir, por la vía del denuncio, los terrenos adyacentes a la bahía de Topolobampo, los de Babiri incluso, determinadas extensiones situadas en el área de Los Mochis. La mira era destinar esos terrenos a la colonización que, como idea y como propósito, se agitaba con ardor en la mente de Owen.

La adquisición de tierras era, un paso importante en el impulso inicial que sus proyectos demandaban. Para el caso, el 24 de mayo de 1873,

se asoció Owen con el Dr. Carman, con don Blas Ibarra, con don Carlos S. Retes, yerno de don Blas y con el ingeniero Fitch. Don Carlos prepararía la documentación necesaria y realizaría las gestiones concernientes al denuncio; mientras que Fitch se encargaría de practicar las mediciones y deslindes, de hacer los planos de los baldíos señalados para el denuncio, inmediatos a Topolobampo, así como los de Los Mochis. De los terrenos de la costa, se incluirían en el denuncio los perímetros correspondientes al puerto y a la ciudad que habría de erigirse en ellos. El área total considerada ascendía a 111 mil acres, aproximadamente 44 mil hectáreas. Parte de los terrenos de Ohuira ya se hallaban titulados desde 1866.

Las participaciones de los asociados, con referencia a la propiedad de las tierras denunciadas, se fijaron como sigue: Ing. Albert K. Owen, 20 por ciento, don Blas Ibarra y Dr. Benjamín R. Carman, aportantes del dinero para el pago del denuncio y demás gastos, 70 por ciento en mancomún y por partes iguales; Ing. Fred G. Fitch, 5 por ciento; y don Carlos Retes, otro 5 por ciento.

Desde que Carman e Ibarra obtuvieron del gobierno mexicano los títulos de dichos terrenos, los pusieron a disposición de Owen, mediante poder jurídico, que le otorgaron en Mazatlán, el 28 de julio de 1873. El poder confería autorización a Owen, para vender, hipotecar, arreglar concesiones con el gobierno federal para construir el ferrocarril y el puerto, colonizar y para cualquier otro propósito; con la sólo limitación de que podía afectar, en los compromisos que contrajera, hasta un 75 por ciento del área de los terrenos.

Muchos años después y en virtud de los rudos ataque que habían sido lanzados a Owen por sus enemigos, algunos de ellos advenedizos y otros, que si tenían el carácter de miembros de la Colonia, el colono Joseph Hampl escribió; en defensa del agraviado, un valioso memorando histórico que, con el título de "Let there be Light", publicó en 1903 "El Gazetero" (Este era un periódico que, después de que desapareció "The Creit Foncier of Sinaloa" publicaba en ingles y español John G. Dawkins, en Topolobampo). En esa relación de Hampl, aparece lo concerniente a la adquisición de las tierras, precedentemente descrita. En cuanto a los terrenos de Los Mochis, el autor los menciona asignándoles una superficie

de 70 mil acres, de la cual se adjudicó el 50 por ciento a "The Texas, Topolobampo Pacific Railroad and Telegraph Comapany", en virtud de que algunos de sus miembros adelantaron el dinero necesario para adquirir la propiedad; el 30 por ciento se puso a cargo de Mr. George W. Simmons, fideicomisario de la compañía antedicha, para conservarlo sujeto a las órdenes de Owen, Carman y Fitch, el resto, o sea el 19.5 por ciento, fue reconocido en favor de don Blas Ibarra y sus amigos, por la ayuda prestada a Owen y Carman, en los trámites del correspondiente denuncio.

En relación con los terrenos mencionados, Ibarra y Carman, habían descuidado pagar al gobierno el valor de las estampillas de los títulos que habrían de expedirse. Se le había asegurado a Owen, que el pago estaba hecho desde hacía tiempo, Pero cuando el supo que no era así, reunió entre sus amigos la suma de 5 mil 880 pesos en oro y desde los EE. UU. la envió al fideicomisario Simmons y al Dr. Carman, quienes se encontraban en la villa de El Fuerte, en abril de 1881.

En la fecha antes expresada, fue cuando el Dr. Carman visitó por primera y única vez, la bahía de Topolobampo. Owen había comisionado a George W. Simmons, a un hermano de éste y al capitán Price, para que acompañaran al Dr. Carman desde Mazatlán hasta Topolobampo y desde este último punto, siguiendo la línea escogida por Owen para el ferrocarril, a través de la Sierra Madre y por la vía de Santa Rosalía, Chihuahua y de Eagle Pass, hasta San Antonio Texas. Con el dinero que mandó Owen, se pagaron las medidas y deslindes hechos por el Ing. Fitch, los servicios del señor Retes, las estampillas y los títulos de todos los terrenos de Los Mochis, cuya extensión era, como ya se dijo, como de 70 mil acres.

En una nota que aparece al pie del artículo "Let be there Light", publicado por "El Gazetero", se especifican los traspasos que se habían efectuado antes de aquel año de 1903, de los terrenos de Los Mochis. El 5 por ciento del 30.3/8 (de la superficie total de esos terrenos) puesta bajo fideicomiso, 5.3/8 perteneciente originariamente al Ing. Fitch, a instancia de don Carlos S. Retes y del Dr. Hubbard como representante de la viuda de Fitch, lo compraron el Ing. Owen y John H, Rice. La parte restante de ese 30.8 por ciento, equivalente al 25 por ciento del predio en conjunto, fue a parar a manos de los herederos de Carman y de Owen

mismo, hasta que la esposa de éste, Marie Louise Bigelow de Owen, residente en Baldwinsville, N. Y., adquirió esos derechos, pero los adquirió en parte para ella y en parte para los colonos de "The Credit Foncier Company", establecidos por su esposo Albert K. Owen en Topolobampo, en 1886. Con el tiempo, la señora Owen, vino también a hacerse dueña exclusiva de los derechos originales de la "Texas, Topolobampo Pacific Railroad an Telegraph Company", o sea del 50 por ciento de la extensión del predio deque se trata, que por derecho le correspondía a la mencionada compañía.

ABRIENDO BRECHA

Con el espíritu confortado por el éxito inicial, el Ing. Owen, partiendo de El Fuerte, se dirigió hacia los Estados Unidos. Iba en busca de apoyo para sus planes. Lo movía la idea de interesar en sus proyectos a los gobernantes de su país o si era el caso, organizar una empresa capitalista que finalizara la construcción del ferrocarril; lo demás, vendría por añadidura. El viaje lo hizo a caballo, cruzando las Sierra Madre a lo largo de la posible ruta que el ferrocarril habría de llevar. Atrás, en el valle del Fuerte, dejaba al Ing. Fitch, dedicado a levantar los planos de los terrenos que se convino en denunciar y a elaborar el anteproyecto de la futura ciudad que se habría de erigir en Topolobampo, la cual se llamaría "Carman City".

Acaso ya para ese tiempo se había desligado Owen de sus compromisos con los generales Palmer y Rosencrans o ya carecía de objeto. En cuanto llego a su país, entrevisto al presidente Gral. Ulyses S. Grant, valiéndose de que el alto mandatario era muy amigo de su padre el Dr. Owen. Expuso sus planes al Gral. Grant, de quien consiguió librara órdenes a fin de que el comodoro George L. Dewey, de la marina de guerra norteamericana, reconociera la entrada a la bahía de Topolobampo, practicara sondeos, formara la carta y rindiera un informe detallado. El Comodoro cumplió la orden, en 1874.

El Gral. Grant, acogió con simpatía la idea de llegar a construir ese ferrocarril y se manifestó dispuesto a enviar una comisión de ingenieros para que llevara a cabo el estudio de la ruta. El asunto pasó al senado y

al turnársele a la comisión del ramo, quedó sin dictamen ni resolución. Muy lógico era pensar, que si el gobierno americano llegaba a estudiar y a determinar la preliminar de la línea, alguien después se encargaría de poner en ejecución el proyecto. Posiblemente lo harían, pensó Owen, los gobiernos de los dos países, como interesados, evitándose por consiguiente el monopolio y los abusos de las compañías empresarias capitalistas. Owen cuidaba de mantener siempre al tanto del curso que seguía este asunto, al ministro de México en Washington, primero a don Ignacio Mariscal, después a su sucesor don Manuel M. Zamacona, quienes pasaban sus informes relativos a nuestro gobierno.

En marzo de 1873, se habrían de reunir en la ciudad de Atlanta, Georgia, los gobernadores de los estados meridionales en una convención; su propósito fundamental era buscar la rehabilitación de sus respectivas entidades, muy quebrantadas por los sucesos de la guerra civil. Uno de los puntos que los convencionistas habrían de tratar, era el relacionado con el establecimiento de algunas colonias agrícolas, por la "Southern Settlement Society". Aprovechando la oportunidad que se presentaba. Owen recurrió al gobernador Walker, del estado de Virginia, quien le dio una carta para el gobernador de Georgia, Mr. Smith, a fin de que la presentara con sus compañeros de convención. En la junta, Owen expuso las ventajas que acarrearía a los estados sureños una línea de ferrocarril desde Norfolk, por la vía de Austin, hasta Topolobampo; y en su exposición se refirió también al proyecto de colonizar tierras mexicanas, a lo largo del ferrocarril. Propuso que la construcción de dicho ferrocarril se financiara con el papel moneda ("Greenback Currency") emitido para la Guerra Civil. Los convencionistas mostraron su mayor interés en el proyecto y hasta lo aprobaron; pero como la situación financiera era desfavorable, el propósito no se pudo llevar adelante.

Entonces la solución podía ser otra. Owen puso en juego un nuevo plan. El de que con fondos del Tesoro, empleando papel moneda de los bancos nacionales y del gobierno de su país, se construyera, en combinación con México, el "Norfolk-Topolobampo-Pacific Rail-Highway", que sería conocido con el nombre de "The Great Trans-Oceanic and International Air Line Asia to Europe, vía México and the Unites States".

A este respecto presentó, en diciembre de 1874, un memorial a la Diputación y al Senado; cinco años más tarde se dirigió de nueva cuenta al Congreso tratando de renovar sus proposiciones, más sin éxito alguno.

Cuando ya no pudo conseguir nada a favor de su ferrocarril de Norfolk a Topolobampo, entonces propuso al "Austin -Topolobampo Pacific Railroad", que deberían construir las 600 fundiciones dy hierro que existían en la Unión Americana. Después de eso vino a México y preparó un proyecto de ley, que fue aprobdo por el secretario de Obras Públicad, conforme al cual se le daba o de le dio un contrato como representante de "The Mexican Rail-Highway and Telegraph Comission", para hacer el levantamiento topográfico y construir, equipar, administrar, completar y operar para y en interés del pueblo mexicano, el Ferrocarril y Telégrafo Méxcico-Querétaro ("The México-Querétaro Rail-Highway an Telegraph").

Fecundo en planes y proyectos, provisto de una carta de presentación de don Manuel Zamacona, ministro mexicano en Washington, en 1879, se trasladó Owen a la ciudad de México, para exponer ante el presidente don Porfirio Díaz, cuyo primer período de gobierno ya tocaba a su fin; un plan para llevar a cabo en la capital, una exposición mundial. No hubo exposición; pero la impresión que de Owen se formaron el Gral. Díaz y su ministro de Hacienda, don Matías Romero, le valieron la encomienda de elaborar un proyecto y la de organizar al propio tiempo una compañía, para construir las obras de desagüe del Valle de México.

En relación con las obras del desagüe, Owen presentó su proyecto bajo el título de "Texcoco-Huehuetoca Canal", y sugirió que la construcción se financiara mediante la emisión de papel moneda por parte del gobierno. Adicionalmente le presentó al Gral. Díaz, un plan titulado "The Military, Postal and Commercial Highways of México and the United States, Their Construccion an Management", juntamente con un proyecto para establecer una red ferroviaria en México y algunas gestiones para la reconstrucción de los edificios públicos, incluso acerca de los medios con que pagar esas obras.

Los proyectos y proposiciones de Owen, fueron turnados al Congreso por el Ejecutivo, habiendo sido aprobados. Con semejante éxito,

Owen regresó inmediatamente a los Estados Unidos, en donde en un corto tiempo, formó un sindicato o compañía que tomaría a su cargo la construcción del sistema de desagüe del Valle de México y continuaría con la ejecución de las demás obras planeadas y aceptadas por el Congreso de las Unión. Como presidente de dicha compañía, fue designado el Gral. Alfred T. Tolbert. Este señor, Owen y otros catorce accionistas de la sociedad, el 25 de agosto de 1880, tomaron pasaje con destino a México, embarcándose en el vapor "City of Veracruz: al cuarto día de navegación los sorprendió frente a las costas de Florida, un huracán que duró 24 horas. El buque, fue destruido por la tormenta y perecieron en el naufragio 74 personas; únicamente lograron salvarse 4 y entre ellas figuraba precisamente Owen, quien al ganar la costa encontró en una casa, hospitalidad y ayuda.

Haciendo caso omiso del desastre padecido, con admirable perseverancia, Owen retornó a Nueva York, para reiniciar los trabajos frustrados. Volvió entonces los ojos al gran amigo de su padre, el presidente Grant y con su hijo Ulysses S. Grant. Jr., como presidente y el propio Owen como ingeniero en jefe, se constituyó una nueva compañía, para construir las obras del desagüe del Valle de México y el Ferrocarril Crntral Mexicano, que correría de El Paso a la ciudad de México; mas la dilación fue fatal para los fines que se perseguían, ya que entre tanto las concesiones dadas a Owen, habían caducado y en consecuencia, fueron cedidas a otras personas.

Sin doblegarse a los contratiempos, Owen puso nuevamente sus miras en sus antiguos proyectos, sus sueños de 1872. Hallándose en México, periodísticamente difundió los planes que abrigaba a fines de 1879; el 11 de diciembre de ese año, publicó en las columnas del diario "La Libertad", dirigido por don Justo Sierra, un interesante ensayo que tenía como título "El Occidente y el Oriente". (Sinopsis de los esfuerzos que ha hecho el Occidente para establecer relaciones comerciales con el Oriente; así como de las primeras exploraciones en el Nuevo Mundo o continente interoceánico, que dieron por resultado el establecimiento y mejora de las rutas interoceánicas en las Américas del Norte, Central y del Sur. Dedicada respetuosamente a los Presidentes de las Repúblicas de México y

de los Estados Unidos). El autor, con sobra de conocimientos, recalcaba el importante papel que en el futuro, habría de tener México con respecto a las comunicaciones interoceánicas, no sin dejar de referirse con entusiasmo a los sueños que se había forjado respecto de Topolobampo.

Más tarde, el 2 de mayo de 1880, en el banquete que se ofreció en el Tívoli del Elíseo, de la ciudad de México, al Gral. Ulysses S. Grant, con motivo de su visita, Owen pronunció un discurso y valiéndose de la ocasión hizo resaltar las ventajas que para México y los EE. UU., tendría el ferrocarril de Topolobampo a Norfolk, por que con tanto ahínco abogaba.

En el otoño de ese mismo año, se trasladó a Londres, en busca de adeptos y de capitales principalmente. En Londres, publicó un opúsculo con fines de divulgación y bajo el nombre de "A Dream of and Ideal City" ("un Sueño de una Ciudad Ideal"). En ese trabajo, al que iba agregado un plano de la ciudad que pretendía fundar en Topolobampo, exponía con claridad sus ideas y propósitos; definía cual habría de ser la organización a que se ajustaría el funcionamiento de la futura Colonia, con apego a un ideario socialista; hablaba de la forma bajo la cuál serían administrados y operados el ferrocarril, los barcos, los muelles y los almacenes; trazaba el programa educativo para la nueva metrópoli y advertía que, por encima de todo, prevalecería el bienestar común, quedando garantizado el porvenir de la colectividad. Durante algunos meses, Owen permaneció en Londres al frente de su propia oficina de propaganda a favor de la Colonia. Ninguno de sus proyectos había cristalizado, todos los esfuerzos en pro de aquellos, a la postre, resultaban siempre fallidos o estériles. Empero, la fortuna ante un efectuado cambio de circunstancias prometía sonreírle, pues su amigo el Gral. Manuel González había asumido el 1° de diciembre de 1880, por comisión electoral, el cargo de primer magistrado de la nación.

OWEN CONCESIONARIO

Como le eran propicias las circunstancias en México, debido al cambio de gobierno, volvió Owen de Inglaterra con el fin de hablar con el nuevo presidente. En la entrevista, obtuvo del alto funcionario la promesa de que se le otorgaría la concesión que imprescindiblemente se requería para que pudiera Owen llevar a efecto la construcción del ferrocarril y gozar del subsidio que para esta obra se le asignaría, así como para quedar facultado para erigir una ciudad en la bahía de Topolobampo.

En vista del fructuoso resultado de sus gestiones ante el presidente González, el ingeniero Owen, partió de nuevo para los EE. UU. En aquel país, como dueño de la concesión mencionada, organizó el 8 de marzo de 1881, entre un grupo de personas de las más caracterizadas de Boston, Nueva York y Washington, la sociedad de empresa denominada "The Texas, Topolobampo Pacific Railroad and Telegraph Company", bajo un plan capitalista y con apego a las leyes del estado de Massachusdetts.

Los caballeros a quienes Owen supo atraer para interesar en esta empresa, eran por aquel tiempo figuras de las más conocidas en los EE. UU., a saber: El Gral. Benjamín F. Butler, que una vez fue candidato a la presidencia en aquella nación; Mendell Phillips, orador, estadista y reformador; Henry Hasting; FrederickO. Prince, ex - mayor o ex -alcalde municipal de Boston; senador Gral. John B. Gordon, de Missouri; senadores Josephs E. Johnson y Ben Hill, de Georgia; John C. Brown, ex - gobernador de Tennesee; E. A. Buck, editor de "The Spirit of Times", de Nueva York; Drake De Kay; Grant and Ward; Fral. Samuel B. Price, de Missouri; Sickles, ingeniero en jefe del "Unión Pacific Railway", y otros. Owen consiguió que Frederick O. Prince y E. A. Buck aceptaran respectivamente la presidencia y la vicepresidencia de la compañía, la cual de 1883 a 1899, aparece teniendo como presidente a William Windom. Después de aquella fecha Owen interesó En su empresa a personas de la valía del Hon. William Windom, ex - secretario del Tesoro americano, Walter G. Gibson, Jesse R. Grant, el Hon. W. K. Rogers, Noble E. Dawson y otros, no faltando seguramente Ulysses S. Grant Jr.

Al ser organizada la compañía, se hicieron arreglos para la venta o colocación de bonos en Inglaterra. Para gastos se pudieron reunir treinta mil fólares on la ayuda generosa del Gral. Grant, de su hijo Ulysses y de don Matías Romero, nuestro plenipotenciario en Washington.

Con la relación de los nombres de las personas que prominentemente formaban parte de esta compañía, quedaban confirmados los recelos que abrigaba el ministro mexicano en Washington, don Manuel

M. Zamacona, respecto de las gestiones de Owen y del interés que en su empresa tenían algunos personajes del mundo oficial y de los negocios en los Estados Unidos. Esas suspicacias las hizo del conocimiento de la Secretaría de Relaciones el señor Zamacona, en forma reservada, con fecha 23 de marzo de 1881. El hecho es, que la noticia de la concesión obtenida por Owen, despertó en diversas partes de los EE. UU., un notorio entusiasmo, para concurrir a la fundación de la nueva ciudad.

Una vez formalizada la organización de su compañía, Owen volvió una vez más a la ciudad de México, con el fin de terminar con los requisitos que exigía el trámite de su concesión. Una vez satisfechos tales requisitos, el interesado, para garantizar el cumplimiento de las obligaciones que habría de imponerle el contrato, constituyó un depósito de 100 mil pesos moneda nacional, equivalente a 84,745.76 dólares. En consecuencia, con fecha 13 de junio de 1881, el gobierno federal, por conducto del Ministerio de Fomento, otorgó a Owen la concesión solicitada, que por decreto, quedó ratificada por el Congreso de la Unión, el 5 de diciembre del siguiente año.

Conforme a los términos de esa concesión, el ingeniero Owen (o bien la compañía o compañías que para realizar las obras él organizara y que concernía en parte a "The Texas, Topolobampo Pacific Railroad and Telegraph Company"), quedaba autorizada para construir y explotar, por el término de 99 años, el ferrocarril entre Topolobampo y Presidio de Río Grande, con sus ramales a Mazatlán y Alamos. Se le asignaba un subsidio de 5 mil pesos por cada kilómetro ($9,064.00 por milla) de vía terminada. Se le concedían los terrenos comprendidos dentro del "derecho de vía", así como todos los que fueran necesarios para la construcción de muelles, escolleras, estaciones, almacenes y otros edificios, depósitos de agua para las máquinas, etc. Se le otorgaba igualmente, licencia para erigir una ciudad en terrenos que eran de su propiedad o estaban bajo su dominio, en la bahía de Topolobampo. El trazo y edificación de la ciudad se sujetaría al plano correspondiente que aprobara Fomento. En beneficio del embellecimiento de la ciudad, en obras como lo son muelles, avenidas, calles, parques, edificios públicos, etc., utilizaría los terrenos, islotes, rocas y playas de propiedad federal.

La ciudad se llamaría Ciudad González ("González City"), en honor o en halago al presidente de la República, don Manuel González, quien, mediante el otorgamiento de la concesión especificada, hacia en apariencia viables los planes que Owen se imaginaba, para poder llegar a convertirlos en venturosa realidad.

Cabe advertir que de primera intención Owen pretendía que la ciudad llevara el nombre de "Carman City". A ello lo inducía probablemente, más que el cargo oficial de cónsul que desempeñaba el Dr. Carman y más que el hecho de tenerlo como socio en los terrenos adquiridos en la vecindad de Topolobampo, la valiosísima contribución suya en el "conocimiento" de esta bahía de condiciones tales que ni Owen se hubiera imaginado encontrar; a ello se aunaba también el marcado interés del doctor en pro de los proyectos que Owen traía entre manos. El ingeniero Fitch, delineó un anteproyecto que seguramente carece de fecha de la "Carman City", en el cual aparece el trazo de las calles, manzanas y solares en disposición de monótona cuadrícula rectangular. En el plano de conjunto se configuraban además las bahías del puerto con el nombre de "Topolbampo", Ohuira y Carrizal. En este detalle, el vocablo "Topolbampo" es correcto de acuerdo con su etimología indígena; que es como debiera decirse y no Topolobampo como se hha venido acostumbrando de tiempo acá.

El Ing. Fred G. Fitch delineó un plano, carente de fecha, relativo a la mencionada "Carman City", tal vez como anteproyecto, en el cual aparece la ubicación de la ciudad y el trazo de sus calles, manzanas y solares. En el plano de conjunto se muestran a la vez topográficamente configuraos la costa circundante de la bahía y los islotes; es decir, la bahía misma en sus tres porciones integrantes que llevan por nombre, en el plano de referencia, Topolbampo, Ohuira y Carrizal. Es pertinente hacer constar que con apego a la etimología indígena de la palabra, Topolbampo es en realidad el nombre correcto que debiera aplicarse al lugar de que se habla y no Topolobampo, como es ya usual que se le llame, tal vez por razones de eufonía.

Es dable suponer que el plano que se menciona, ni siquiera llegó a presentarse ante el gobierno federal, para su consideración oficial; supuesto que la primera concesión que tramitó y logró Owen, para sus proyectos, fue la de 1881. Como el presidente de la república era el Gral. Manuel

González por aquellas fechas, como quedó anteriormente dicho Owen se proponía darle a la urbe que proyectaba, el nombre de Ciudad González. Lo comprueba el hecho de que en un plano que signa Owen en 1882, tentativamente presenta el trazo de "Gonzáles City". La ciudad contaría con 27 alamedas que habrían de llevar los nombres relativos a los 27 estados de la República; una plaza con el nombre de Hidalgo; cinco muelles, cuya nomenclatura correspondía a países del Asia y Oceanía y una sucesión que a lo largo de la línea consta de: cinco calzadas, a las que se les asignarían los nombres de Cortés, Malinche, Moctezuma, Alvarado y Pizarro. Las manzanas, con sus solares, delimitadas por calles y avenidas transversales y longitudinales, interceptadas por diagonales. La ciudad quedaba emplazada hacia el poniente de la bahía, extendida sobre los cerros de Topolobampo y con mayor amplitud, sobre las playas adyacentes a la bahía y en particular las del Mapau.

EL FERROCARRIL
INICIACIÓN TRUNCADA

Para construir la línea del ferrocarril de marras, a principios de 1881, se formó en los EE. UU. La Compañía del Ferrocarril y Telégrafos de Texas, Topolobampo y el Pacífico. ("The Texas, Topolobampo Pacific Railroad and Telegraph Company"). Se daban al parecer ya en firme los pasos para acometer la obra. Owen había obtenido su concesión en junio de 1881, ratificada por el Congreso en diciembre del 82; por lo que, ya en el 83, se encontraba sobre el campo de trabajo, en su tienda del Mapau, consagrado a localizar con sus ingenieros, la sección Topolobampo-Los Hornillos, de la línea. En una carta dirigida a Los Mochis, a Mr. J. H. Tacher, fechada en Baldwinsville el 16 de octubre de 1904, habla Owen de que él pasó los días 16 y 17 de septiembre precisamente del año citado, de 1883, bajo su tienda del Mapau; días durante los cuales azotó el furioso vendaval que ocasionó el naufragio de dos buques en Guaymas y que arrasó Altata. Existe un plano que Owen conformó en 1885; "Map of the First Section of American Mexican Pacific Railoroad", concerniente al tramo "Pacific City", "Vegaton". En ese plano o mapa figura Punta de Copas bajo la denominación de "Shell Point", que se

traduce por Punta Concha, acaso porque se ha afirmado o supuesto que, en el idioma cáhita, Copas significa concha nácar.

Los trabajos de la construcción de la línea sobre el terreno principiaron en enero de 1885, en Topolobampo. Los ejecutaba "The Mexican American Construction Company", empresa contratista que Owen organizó con capital privado. De las 95 millas localizadas por Owen, únicamente en un tramo de 25 millas, a partir de Topolobampo, se abrió la brecha y se hicieron las nivelaciones; se conformó, además , una milla de terracería o terraplén para la vía, desde el punto donde se hizo el muelle hasta la curva del cerro situado a la salida del puerto, el cual más tarde los colonos denominaron "Howard Hill". Faltó el impulso, el dinero seguramente, las gentes de la "Mexican - American" se fueron y los trabajos quedaron paralizados.

No obstante, Owen ponía en juego su energía inagotable, su talento y la confianza en sí mismo, por lo que consiguió que el Gral. John C. Freemont, el vicegobernador de Nueva York, Dorcheimer y John C. Ford, de Tennesse, fusionaran sus proyectos del Ferrocarril de Shreveport, Louisiana, hasta Presidio de Río Grande, con el proyecto del Ferrocarril Texas, Topolobampo y Pacífico. En busca siempre de un financiamiento, arregló por otra parte, con el barón Von Reinach, de París, se prestara a lanzar al mercado sus bonos; aunque, por desgracia, la avidez y la torpeza de las personas que fueron a París a cerrar las negociaciones, las hicieron abortar. A esta circunstancia infortunada o en pocas palabras a la incapacidad de la empresa, se debió probablemente la paralización de las actividades en la construcción de la línea y que la compañía del Ferrocarril y Telégrafo se hubiera visto precisada a retirarse del negocio definitivamente, y por último, a desprenderse de los derechos de que era propietaria en los terrenos de Los Mochis, traspasando esos derechos a la señora Marie Louise Bigelow de Owen.

Era un nuevo trastorno, por lo que en 1890, tomó en traspaso el contrato para construir una línea férrea entre Mazatlán, Sinaloa y Camargo, Tamaulipas; pero tampoco la realización de este ferrocarril se llevó a cabo.

No pretendía Owen, recurrir a los capitalistas británicos para obtener el financiamiento del ferrocarril de Topolobampo a Presidio del

Norte, como en otras ocasiones; sino que en los EE. UU., encontró acogida entre un grupo de hombres de negocios que se asociaron y constituyeron en 1890, "The Mexican-Western Railroad Company". Esta compañía, que se hallaba incorporada a las leyes del estado de Colorado, emitiría acciones por un monto de 10 millones de dólares, bajo gravamen hipotecario del ferrocarril y con intereses al 5 por ciento anual garantizados con un depósito en efectivo. A Owen se le concedió el contrato para que llevara a cabo los trabajos topográficos correspondientes y la construcción de la vía, labor en la cual se ocuparían los miembros de "The Creit Foincer Company".

En marzo de 1891, en Topolobampo "The Credit Foncier of Sinaloa", dio la noticia del fallecimiento del Hon. William Windom, antiguo Secretario del Tesoro en los EE. UU., y desde 1883 hasta 1889, presidente de la compañía del Ferrocarril y Telégrafo. El desaparecido era gran amigo de Owen y uno de los más poderosos soportes con que contaba éste para llevar a feliz término el proyecto del ferrocarril. Con tan sensible pérdida Owen no se descorazonó, sino que se mantuvo firme en su larga brega.

LA RUTA A TRAVÉS DE LA SIERRA

Owen visito la Colonia en 1891. En el me de agosto de se mismo año, organizó una expedición con el fin de hacer un recorrido por la ruta señalada por el Ing. Holbrook, de "The Mexican-Western Railroad Company", para el cruce del ferrocarril por la Sierra Madre Occidental. Conformaban el grupo expedicionario, el propio Ing. Owen, el Ing. E. A. H. Tasys, Ira Kneeland, fotógrafo de la Colonia, las señoras Thornton y Patrick, en representación de los colonos y un mozo.

Principió el reconocimiento en Vegaton, es decir en El Sufragio y terminó en Carichic, a 130 leguas al poniente de Chihuahua. Un tramo dificultoso de 115 millas, se interpone entre Aguacaliente de Lanphar y Sisoquichic, el cual demandó de mayor atención y estudio por parte de los exploradores. Fruto o resultado de esa labor técnica de inspección que practicaron Owen, Tays y sus acompañantes, es un folleto escrito en ingles con el título de "The Mexican-Western Railroad Company". Se hace acopio en el folleto indicado, de amplísima información refe-

rente a las zonas y localidades que, para la elección o determinación del trazo de la línea, acusan importancia especificándose distancias, alturas sobre el nivel del mar, pendientes y también el costo promedio que alcanzaría a la construcción de la línea férrea.

La curva en Topolobampo, es de 3 grados. La pendiente en las primeras 32 millas es de 39 pulgadas por milla y de 25 pies por milla en las siguientes 100 millas del trazo. Ya en la sierra se pasa el río Septentrión, en vista de ser ésta la ruta elegida; más allá el río Urique, se sigue por el cañón de ese mismo nombre, que es similar al de Colorado. En aquella región montañosa, la línea alcanza un desarrollo de 120 millas, con una pendiente de 60 pies por milla y en parte, más todavía. El promedio de inclinación en el tramo de 65 millas comprendido entre Topolobampo y El Fuerte (punto este último, situado a 315 pies de altura, con relación al nivel del mar), es de 4.85 pies por milla. De El Fuerte a La Guaza, o a la boca del arroyo Septentrión, que se halla a 700 pies de altura, sobre el nivel del mar, hay una distancia de 64 millas; la localización de la pendiente máxima entre El Fuerte y Agua Caliente de Lanphar, es de 1 por ciento, o sean 52.8 pies por milla. Se estimaba el costo de construcción de la línea, entre Presidio y Topolobampo, en 17 mil dólares por milla, como promedio.

De Topolobampo a Galveston, hay una distancia de 1,000 millas; a Kansas City 1,500 y a Nueva York 2,600, por lo que de Topolobampo a Nueva York, hay 700 millas menos que de Nueva York a San Francisco y 400 menos que de Kansas y de Chicago a San Francisco California. Estas diferencias itinerarias, tan apreciables, acusaban la incuestionable ventaja de que para la transportación en general, habría de ofrecer el aprovechamiento de la línea que Owen trataba de construir. Hay que tener presente que aún, en aquella época, no se construía el canal de Panamá y para el tráfico marítimo, se imponía la necesidad de dar la vuelta para el Cabo de Hornos, para ir del Atlántico al Pacífico y viceversa.

De alturas referidas al nivel del mar y de cifras de población, reproduzco los siguientes datos: Septentrión, a 2 mil 700 pies de altura, 50 habitantes; Santa Bárbara, a 3 mil 600 pies, 50 pobladores; La Guaza, a mil 80 pies; Aguacaliente a 880 pies, con 400 habitantes; El Fuerte, a 315

pies, 7 mil habitantes; San Blas, a 80 pies, con 250 vecinos; Mochicahui, a 60 pies, con 500 vecinos; Choix a 975 pies, 2 mil habitantes , Cuiteco, a 5 mil 800 pies; Sumit (La Cima), a 7 mil pies; Alamos, población de 11 mil habitantes; Sinaloa, 5 mil vecinos, y Batopilas, situada a 2 mil 300 pies de altura y con 400 habitantes.

Dos rutas practicables, aparecen mencionadas en el folleto. Una de ellas es la de El Fuerte, vía Choix, Tasajera y Nacimiento, en el río del Fuerte, con cruce del río en la fuente termal de El Chorro. De ahí va a la Cima por el pueblo de Cerocahui, que está opuesto a Cuiteco, pero a 2 mil pies de altura más. La otra ruta, que es la más conveniente, es la llamada de Septentrión, examinada por el grupo de Owen y Tays en la presente ocasión. De Aguacaliente de Lanphar se dirige a la boca del río Chínipas, cruzando La Guaza, siendo la pendiente media entre El Fuerte y éste último lugar, de 10 pies por milla; y entre Aguacaliente y La Guaza, 23 pies por milla. De la Guaza a Cuiteco, la línea tiene su curso por el arroyo de Septentrión en unas 70 millas, siendo aquí la máxima pendiente del trazo 3 por ciento, igual a 154.8 pies por milla. Finalmente, de Cuiteco a la Cima de Bocoyna se localizan en 50 millas, varias rutas y la pendiente media es de 50 pies por milla.

A 150 millas de Topolobampo, está la gama entera de los climas. La elevación mayor, no excede a 7 mil 800 pies. La distancia de la Cima de Bocoyna a Topolobampo, es de 254 millas, con un promedio de 30.5 pies de pendiente. De la Cima a Chihuahua, hay una distancia de 135 millas y de 200 a Santa Rosalía. La pendiente media de la Cima a Chihuahua es de 16 pies por milla. De Santa Rosalía a Eagle Pass median 200 millas. De Topolobampo a Presidio 634 y 450 de Topolobampo a Chihuahua.

Entre la Guaza y Carichic, hay una faja de bosques de pinos, de 164 millas de ancho. La zona de los pinos comienza a una altura de 3 mil 600 pies y lo mejor se encuentra a 6 mil pies: árboles de 60 a 80 pies de alto y de 14 a 20 pulgadas de diámetro. También hay vegetación de cedros a lo largo del curso de las aguas, muchos de ellos de 2 pies de diámetro por 50 de alto. Santa Bárbara, es propio para aserraderos de madera para construcción. Ese lugar sería la estación para Témoris, Guazapares, Urique y Jesús María.

CADUCIDAD Y NOVACIONES

La concesión de 13 de junio de 1881, bajo la cual habría de operar la compañía del Ferrocarril y Telégrafo (“The Texas, Topolobampo Railroad Telegraph Company”), experimentó una modificación, el 5 de diciembre de 1882, enel sentido de que la línea iría de Topolobampo a Presidio del Norte y no a Piedras Negras. La reforma dejaba subsistentes los ramales a Mazatlán y Alamos, cuya construcción, vino a quedar sin efecto en la subsiguiente modificación que se hizo al contrato, en 1888.

Por falta de cumplimiento, la concesión en vigor caducó el 2 de junio de 1889. Por supuesto, Owen se apresuró a gestionar su renovación, la cual se le concedió el 10 de octubre de ese mismo año de 1889. Pero a los dos años se declaró caduca por el Ministerio de Comunicaciones y con tal motivo Owen recurrió por escrito al presidente Díaz. El presidente le contestó por carta dándole el tratamiento de “muy estimado amigo”, más sin embargo, negándose a revocar el acuerdo dictado por el Ministerio, en atención a que estaban plenamente comprobadas las causas, o sea el incumplimiento del contrato, toda vez que la compañía concesionaria no había dado principio a los trabajos y ni siquiera había presentado los planos correspondientes.

Como Owen no era de los que se desalentaban, persistiendo en sus objetivos, posteriormente (el 3 de febrero de 1891) hablaba de una nueva empresa bajo organización en los EE. UU. Se refería a “The Mexican-American Railroad Company”, de la cual se venderían 6 millones de dólares en bonos, con intereses al 5 por ciento, a 30 años y con hipotecas del ferrocarril de Topolobampo a Presidio del Norte. Un publicista de Nueva York, John W. Lovell, fue designado presidente de la compañía; era filántropo y socialista, muy amigo de Owen. Por supuesto que a Owen, se le adjudicó el contrato para efectuar los trabajos topográficos y los de la construcción de la línea, en los cuales laborarían los colonos.

Entre tanto, Owen había reemprendido en México gestiones para conseguir de nueva cuenta la concesión del ferrocarril Topolobampo-Presidio del Norte; concesión que le fue otorgada, el 6 de junio de 1892, por don Manuel González Cosío, ministro de comunicaciones y Obras Públicas.

De acuerdo con los términos del contrato, deberían construirse 50 kilómetros de vía durante el primer año, 100 más cada dos años y concluirse la línea en un plazo de 10 años. Se estipuló, que el ancho o trocha de la vía fuera de 1,435 metros, o sean 4 pies y 8.½ pulgadas; el riel no menor de 56 libras por yarda y el radio de las curvas no menor de 100 metros; reservándose para el derecho de vía, una faja de terreno de 70 metros de ancho. La duración de la concesión se fijaba en 99 años y vencido ese término, la línea pasaría a poder de la Nación, la que compraría el material, muebles, herramientas, etc., propiedad de la empresa. Durante 20 años, la explotación estaría exenta de tributos fiscales y no se permitiría la construcción por 10 años, de ninguna otra vía a uno y otro lado del eje, paralela al mismo, a una distancia de 60 kilómetros. El gobierno concedía a la compañía un subsidio de 3 mil pesos por cada kilómetro construido y aprobado, en bonos o en certificados de terrenos nacionales, de un mil dólares. Se fijaba el precio del pasaje en 3 centavos por kilómetro el de primera clase, en 2 el de segunda y en 1.5 el de tercera. En concepto de garantía, la compañía debería constituir en el Banco Nacional, un depósito de 10 mil pesos, en bonos de la deuda pública..

La concesión apuntada entró en caducidad el 28 de julio de 1894; siguiendo la secuela acostumbrada, se renovó el 1 de junio de 1897, con la encomienda de que la línea habría de pasar por Bocoyna y Chihuahua. Este contrato-concesión, que una vez más le otorgó a Owen el Ministerio de Comunicaciones, se publicó en el periódico oficial de "El Estado de Sinaloa", el 1 de octubre de 1897. Desafortunadamente volvió a caducar esta concesión el 2 de enero de 1899. Ya Owen, siguiendo la rutina, daba los pasos tendientes a lograr la renovación cuando, en mayo de ese mismo año, entró en relaciones con don Enrique C. Creel. Ambos concertaron un arreglo, del cual se derivó la ingerencia que finalmente tuvo en el negocio Arthur E. Stilwell, presidente de la compañía del ferrocarril Chihuahua y pacífico. El resultado de esa intervención fue la organización de la compañía del "Ferrocarril Kansas City México y Oriente", bajo la presidencia de Stilwell; esa empresa se encargó de consumar en parte los sueños de Owen en este respecto. La información correspondiente al Ferrocarril Kansas City México y

Oriente, la encontrará el lector en el capítulo que antecede al presente y que se titula "EL PORFIRIATO".

La concesión de fechas 13 de junio de 1881, autorizaba al Ing. Owen, para establecer una ciudad a orillas de la bahía de Topolobampo. El nombre que la ciudad habría de llevar, era el de Ciudad González y vuelto al poder el Gral. Díaz, Owen trocó la anterior denominación, por la de "Pacific City", que es con la cual figura como proyecto, en todos los planos delineados de 1885 en adelante.

¿Qué significa "Pacific City"? Algunas personas, apegadas a una traducción literal, toman el significado de Ciudad del Pacífico, pero en alguna ocasión Owen escribió idealísticamente "It is called Pacific City, because is the abode of peace"; es decir se llama "Pacific City" porque es la morada de la paz. De manera que no está mal José C. Valadéz al llamarla Ciudad de la Paz, en su opúsculo "Topolobampo", la Metrópoli Socialista de Occidente".

En el año de 1889, el Ing. Albert K. Owen, formó el nuevo plano de la ciudad que fue aprobado por la Secretaria de Fomento, Colonización, Industria y Comercio, el l8 de marzo de 1890. La denominación de "Pacific City", en castellano Ciudad del Pacífico, Ciudad Pacífica o Ciudad la Paz --quien sabe--, no tuvo aprobación de Fomento, sino hasta el 4 de marzo de 1898, según referencia alusiva de Joseph Hampl.

Previa garantía de 3 mil pesos, constituida a favor de la Nación, el 22 de julio de 1886, logró Owen obtener, una nueva concesión para establecer una colonia modelo en Topolobampo y en los terrenos adyacentes a la bahía o en sus proximidades, dentro del Valle del Fuerte. La colonización, según se ha indicado, era otro de los objetivos cardinales que se había planteado el visionario y soñador Albert. K. Owen.

Llevándose en el bolsillo esta nueva concesión, Owen partió de la ciudad de México hacia los EE. UU., donde prontamente y de acuerdo con sus ideas de izquierda, el 27 de septiembre de 1886, dejó constituida en Denver, la sociedad denominada "The Creit Foncier Company". A través o mediante esta corporación se proponía su fundador, dar cima al plan del establecimiento y desarrollo de la colonia y de la ciudad modelo. El constituirse la C. F. Co., fue bajo la incorporación a las leyes del es-

tado de Colorado. Su capital sería de un millón de dólares, el cual habría de integrarse con la emisión y venta de 100 mil acciones nominativas. Los adquirientes de estas acciones, con valor de 10 dólares cada una, las pagarían en exhibiciones consecutivas equivalentes respectivamente al 40, 20, y 40 por ciento de ese importe; más ningún asociado podría adquirir un número mayor de 48 acciones. La presidencia de la compañía quedó a cargo del propio Owen con oficinas en Room 708, Nassau Street, New York.

La corporación de la C. F. Co., se proponía suministrar el capital necesario, principalmente bajo la forma de trabajo personal de sus miembros, o sea de los colonos. Esto es lo que en pocas palabras, explica el colono Charles F. Lindstrom, uno de los individuos que con mayor energía, atacaron a Owen en los momentos más culminantes de las graves y trascendentales desavenencias surgidas en el seno de la Colonia, a partir de 1892. La Colonia mencionada vino a establecerse, en el distrito del Fuerte, con el nombre o bajo el amparo de la C. F. Co.

Nadie mejor que Owen mismo, bajo la inspiración y elocuencia de su dialéctica socialista, ha explicado con mayor precisión y amplitud, ni ha difundido con una labor tan intensa de propaganda, en el idioma inglés, cuáles eran los fines económico-sociales, cuál era la índole propia y cuál el plan de acción de "The Credit Foncier Company". Lo hizo brillantemente en correspondencia epistolar en un libro ("The Problem of the Hour"), en conferencias y en un nutrido número de artículos publicados en muchos periódicos, entre éstos principalmente "The Credit Foncier of Sinaloa" y en varios folletos entre los que se cuentan el que se titula " A Dream of an Ideal City" y los dos que llevan el nombre de "Integral Co-operación at Work".

Desde luego es pertinente observar que Owen, influenciado por las ideas de los utopistas, como francmasón que era y además miembro de la hermandad "Union Knigths of Labor", tenía que sustentar ideas avanzadas y de ahí que fuera partidario del socialismo, no comunista, sino cooperativista. Estando encauzado su pensamiento por esos caminos, hizo de su "Credit Foncier" una asociación que se movería en el campo de los negocios, pero en un plano bien distinto al de la economía

capitalista y usuraria. "Credit Foncier", significa crédito basado en los bienes raíces; por cuanto a que las organizaciones de este tipo, responden a las necesidades de crédito o préstamo, para la adquisición de la tierra y en general, para crear la pequeña propiedad.

¿Cómo procedería "The Credit Foncier Company" en el caso de la construcción y desarrollo de la ciudad, la "Pacific City"?.

Desde luego, la C. F. Co., se encargaría , en la "Pacific City", de emplear exclusivamente a sus propios asociados y de ellos solamente tomaría prestado, el importe de las inversiones, declara Owen.

Todo edificio público o privado, en la "Pacific City", será construido y adjudicado por la Compañía o la Ciudad, en forma idéntica a como "The Credit Foncier of París", ejercita solo ella los derechos de retención e hipoteca que recaen sobre las casas y edificios que se construyan. "The Pacific City" o por mejor decirlo "The Credit Foncier Co.", da más que "The Credit Foncier of París", porque a diferencia de esa institución, da empleo a las personas que deben hacer sus pagos y en esta forma las auxilia y les brinda la seguridad de que podrán cubrir sus compromisos. "The Credit Foncier Company", reconoce que el hogar de todo propietario es privado y sagrado, aspira o promete antes que nada, a asegurar una casa para cada uno de sus miembros. Además y según Owen, "The Credit Foncier Company", representa el remedio contra la miseria y el sistema de cooperación integral ("Integral Cooperatión"), es la clave para resolver los antagonismos sociales.

Pertenecen a Owen los siguientes conceptos relativos a su compañía:

"The Credit Foncier Company" es una sociedad por acciones, incorporada e ilimitada en el número de sus miembros. Su propósito apunta hacia diversas ocupaciones. Difiere de otras compañías incorporadas principalmente, por estar organizada para emplear en sus trabajos o actividades a sus propios miembros. Cuida a aquellos que sufren accidentes y protege a cada miembro en su empleo, que él o la Compañía seleccionen. La Compañía es independiente de otras, para las necesidades y conveniencias de la vida, y puede cambiar sus productos excedentes por lo sobreabundante en otros mercados... Sus miembros son conocidos como "Construccionistas" e individualistas, en contradicción con

una rama de socialistas que favorecen la destrucción y el comunismo. Comunismo es socialismo; pero socialismo no es necesariamente comunismo, y en el mismo orden los anarquistas son socialistas, pero no todos los socialistas son anarquistas.

"The Credit Foncier Co." discrimina entre causa y efecto. Sostiene que si las condiciones de la sociedad son mejoradas, las de los miembros serán mejores. Presenta un plan madurado, al detalle, para la aplicación práctica de la cooperación integral en el campo agrícola, en la ciudad, en la fábrica, en el "clearing-house" (Banco de liquidación o de compensación, que realiza el ajuste diario de los balances en una ciudad, dentro de un determinado plan de organización, de finalidad socialista), etc., e invita a los hombres de negocios agricultores, manufactureros, artesanos, ingenieros, arquitectos, contadores obreros, amas de casa, costureras, maestras y otros productores, a incorporarse al cultivo, manufactura e intercambio, etc., y construir para ellos mismos casas sólidas y sanas, casas que debían estar libres de hipoteca, impuestos, rentas e intereses.

"The Credit Foncier" inquiere por evolución y no por revolución; por interdependencia y no por independencia; por cooperación y no por comunismo; por armonía y no por antagonismos; por emulación y no por igualdad; por libertad propiamente entendida y no por licencia; por ocupación o empleo y no por caridad; por la diversificación de las industrias domésticas y no por filantropía; por aprovechamiento y no por despilfarro; por eclecticismo y no por dogma; por religión y no por secta; por discusión y no por sermón; por racionalismo y no por ritualismo; por derecho conforme a la ley moral y no por rito; por hechos (realidad) y no por creencias; por ejemplo y no por precepto; por ley y no por argucias; por orden y no por anarquía; por método y no por suerte o casualidad; por reglas generales y no por legislación de clases; por la administración de los negocios en corporación y no por control político partidarista; por responsabilidad pública para toda persona, en todo tiempo y lugar y no por irresponsabilidad y demanda de aquellos intereses que son comunes para nuestra civilización y de los que depende la utilización para la felicidad y el progreso de los ciudadanos, como la atmósfera, tierra (sus depósitos y yacimientos naturales), agua, luz, fuer-

za, cambio, transporte, construcción, sanidad, educación, diversiones, seguro, producción, distribución, etc., deben ser puestos, para interés de los accionistas, en "pool", o sea en un fondo común que ha de dividirse conforme a convenio y proclama que todo aquello que concierne a la vida privada, propiedad, opinión e individualidad de los socios o de los ciudadanos debe ser sagrado.

Por lo demás, "The Credit Foncier Company" estaba llamada a aportar el trabajo de sus miembros –los colonos– en las obras de construcción del ferrocarril, y tenía el designio de adquirir las acciones de esta empresa. La Compañía también debía encargarse de la vida de los Colonos en Topolobampo, así como del régimen de la ciudad, de los cultivos y la irrigación de los terrenos del Valle, controlados por Owen para los propios colonos, y del establecimiento y operación de una línea de vapores destinados al tráfico internacional.

El 28 de febrero de 1890 logró Owen la concertación de un nuevo contrato concesión para colonizar, con el Ministerio de Fomento a cargo del Gral. Carlos Pacheco y con la intervención del oficial mayor don Manuel Fernández Leal. Con este contrato quedaba anulado y sustituido el anterior, celebrado el 22 de julio de 1866 por Albert K. Owen y John H. Rice con Fomento. El Congreso de la Unión sancionó el nuevo convenio el día 6 de junio, y para los efectos legales se publicó en el Diario Oficial, No. 139, Tomo XXII, de fecha 11 del mismo mes y del mismo año de 1890. El concesionario quedaba autorizado, a la vez que se comprometía, a establecer, por medio de las compañías que él organizara, una colonia modelo en la bahía de Topolobampo, en terrenos a ella adyacentes y en Los Mochis. Se le concedía el derecho a derivar y utilizar determinado caudal de agua, de los ríos Fuerte y Sinaloa y se le facultaba para ejecutar el deslinde de terrenos baldíos a lo largo del ferrocarril Topolobampo–Presidio del Norte, dentro de una zona de 60 kilómetros a uno y otro lado del eje de la vía.

De los terrenos baldíos que deslindara, de acuerdo con la ley de 15 de diciembre de 1883, se le titularía a Owen una tercera parte de su extensión. De las otras dos terceras partes, una quedaría bajo el dominio de la Nación y la otra se le vendería al concesionario al precio de tarifa, que

en aquel tiempo era de 25 centavos hectáreas en Sonora y Sinaloa y de 18 centavos y 50 por ciento en bonos de la Deuda Pública de la Nación. En esos terrenos Owen debía establecer colonias agrícolas, industriales y mineras, en las que por lo menos el 25 por ciento de los colonos serían mexicanos y se hallarían éstos en el mismo plan de absoluta igualdad con respecto a los colonos extranjeros.

El concesionario contraía en forma expresa la obligación de establecer en los terrenos de Topolobampo y Los Mochis, dentro del término de dos años un grupo inicial de 500 familias. Esta colonia llevaría oficialmente el nombre de "Colonia de Topolobampo". Además, en el transcurso de los cinco años venideros, pasados los dos iniciales, establecería Owen otras 1,500 familias, en la proporción de una familia por cada mil hectáreas de terreno. En cambio, el concesionario tenía el derecho a que el gobierno le pagara, durante los dos primeros años, 150 pesos anuales por cada familia establecida en la colonia y 40 por cada colono soltero.

En cuanto al aprovechamiento de las aguas, el contrato permitía a Owen tomar, sin perjuicio de terceros que mejor derecho representare, las de los ríos Fuerte y Sinaloa, para uso doméstico, irrigación de tierras y establecimiento de fábricas. El volumen concedido era en una proporción de mil metros cúbicos diarios por cada millar de habitantes, y 156 mil 400 metros cúbicos anuales, por cada millar de hectáreas de riego. La construcción del canal de Tastes es consecuencia y ejercicio de este derecho.

Diversas obligaciones más imponía el contrato al concesionario, como por ejemplo: establecer un servicio marítimo, con un buque no menor de 300 toneladas, entre Topolobampo y los demás puertos de la costa mexicana del Pacífico; conceder a los empleados del gobierno, un 25 por ciento de descuento en el valor del pasaje, en el buque de la Colonia, y transportar en el mismo gratuitamente la correspondencia; donar un lote de terreno para el cuartel y otro para las oficinas (la aduana marítima), cuyo edificio con un costo no inferior a 5 mil pesos, que serviría de garantía, construiría el concesionario y su costo se abonaría al propietario al tiempo que tuviera derecho a cobrarlo; establecer escuelas primarias, secundarias y de artes y oficios...

La concesión era excepcionalmente ventajosa, una vez obtenida la cual Owen se embarcó para Inglaterra; pues en su patria, los EE.UU., no esperaba encontrar apoyo financiero de parte de los capitalistas, como consecuencia de los ataques que les dirigió, y porque sus tendencias "comunistas" eran conocidas. En agosto (1890) lograba coronar sus esfuerzos organizando entre los ingleses y con ayuda de J.W. Southerland, una sociedad capitalista denominada "The Mexican Investment Company" (compañía Mexicana de Inversiones). El capital, 2.5 millones de dólares. El objeto, construir el ferrocarril, adquirir terrenos y establecer a los colonos en los términos estipulados en la flamante contratación de Owen con el gobierno mexicano.

Los terrenos que Owen tenía asegurados bajo dominio, en 1890, comprendían los de la bahía, o sea los del "City Site" (fundo o lugar destinado a la "Pacific City"), con superficie de 15 mil 360; los de Los Mochis, con 69 mil; los de Mochicahui, con 4 mil 437, y los de la Logia, con 450. Los terrenos de Asinagua, con unos 63 mil acres, en cuanto a su adquisición se hallaban sobre las vías del trámite.

La ciudad, la "Pacific City", tendría el mismo emplazamiento que el que mostraba el proyecto anterior, relativo a la Ciudad González. El plano correspondiente a la urbanización de la "Pacific City", elaborado por Owen en 1869, se aprobó por la Secretaría de Fomento, Colonización, Industrial y Comercio, el 8 de marzo de 1890.

La ciudad quedaba dividida en cuatro sectores. Sus avenidas serían de 200 pies de ancho, calles de 100 pies y callejones de 50, todo a escuadra, Avenidas diagonales de gran amplitud facilitarían la circulación urbana; las zonas residenciales, de comercio, fabril y marítima, esta última con sus malecones, muelles, diques, canales y almacenes, quedaban bien determinadas dentro del plano.

Era del resorte exclusivo "The Credit Foncier Co.", la ejecución directa de las obras públicas, y la administración de los servicios y negocios generales de la Colonia. Para la atención de los ramos correspondientes, tenía la Compañía diez departamentos administrativos a cuyo cargo estaría respectivamente: las escuelas; las calles y jardines; los restaurantes y comedores comunales; los mercados y el comercio

en general; los teatros y salas de conferencias; las agricultura; los muelles y almacenes del pueblo; el orden económico interior; el orden económico exterior, y las relaciones entre la colonia y el gobierno mexicano. El consejo directivo se formaba por todos y cada uno de esos encargados de departamento, los cuales debían ser designados en asambleas populares, removidos libremente cuando lo requiriera el buen orden y entendimiento de la colonia.

Por consiguiente, "The Credit Foncier Company", se encargaría en la "Pacific City", o "Ciudad de la Paz", del trazo de las calles y solares, de la construcción de las vías subterráneas, de las tranvías, plantas de luz y fuerza, líneas telegráficas, sistema de agua potable, factorías de todo género, almacenes hoteles, teatros y campos para deporte, gimnasios, baños públicos, salas para asambleas, bibliotecas, museos, jardín zoológico, edificios para escuelas, hospitales, salas de maternidad, la casa del marino, comedores comunales y cocinas centralizadas, parques y jardines, arbolado de avenidas, malecones, muelles, diques, etc., y bajo su administración quedarían todos los servicios públicos: de instrucción, sanidad, ornato y comodidad, contra incendios, mejoras y así sucesivamente.

En un articulo de propaganda y enunciación de doctrina titulado "Co-operation vs. Strikes", escrito el 18 de agosto de 1887 para el periódico "The Credit Foncier of Sinaloa", enumera Owen una serie de tareas y obras que habría de acometer "The Credit Foncier Company", Construiría una acueducto tubular de ladrillo, de 6 pies de diámetro, desde Vegaton (con ubicación en El Sufragio) hasta Topolobampo, para proveer de agua a la nueva ciudad. Levantaría una media docena de edificios sólidos en la "Pacific City" y en "Vegaton", y establecería a diez mil colonos asociados, en casas libres de impuestos, renta e hipoteca. Construiría un hotel amueblado, para acomodo de las personas que buscaren un clima placentero. Trazaría las calles de la nueva población metropolitana, a la que dotaría además de parques, y atendería la plantación de árboles en una extensión de varias millas cuadradas, en el "City Site" (fundo de la ciudad), el puerto y el río. Construiría en Topolobampo los muelles y dos millas de malecones de piedra, con un costo de medio millón de pesos. Compraría, en $50,000.00, un vapor para el tráfico marítimo comercial

entre Topolobampo y China, invertiría otros $50,000 en la adquisición de dos vapores más para la navegación a lo largo de las costas de México, América Central y los Estados Unidos, en el oeste. Instalaría una línea o tren de carros de cable, para la ascensión a la cima del "Mount Joshua" (Cerro de San Carlos), donde estaría la estación de señales. Se construiría el ferrocarril proyectado, el cual tenía asegurado un subsidio de $16,000 por milla terminada. Establecería plantas de preservación de pescado, aceite, pieles, etc., y fábricas para enlatar mariscos, huevos, frutas y legumbres, abriría al cultivo y al pastoreo una gran extensión de los terrenos de Los Mochis, y se plantarían los viñedos, huertos y un jardín moderno, en Vegaton, establecimiento de los colonos, a orilla de la línea del ferrocarril y a distancia de 30 millas de la bahía. Se deberían establecer molinos, construir y sostener escuelas, fomentar diversiones, y en suma, tener un establecimiento o fundación grande y atractiva, industriosa, recomendable y de provecho para todos los colonos.

El mecanismo y funcionamiento de la Corporación, tendría además las siguientes características. Condición forzosa era que los colonos fuesen miembros de la Compañía, y que habrían de trabajar para sí y para la comunidad. Quedarían suprimidos los privilegios, las rentas e intereses propios de comunidades capitalistas. Todos los negocios habrían de hacerse a través de la Organización, y cada quien por su trabajo desempeñado por los productos que obtuvieren en función del mismo, recibiría bonos o certificados de trabajo ("Units of Accounts"), según las normas de tasación adoptadas. Así pues, la moneda no tendría cabida o significación alguna, por lo menos para la vida y relaciones internas de la comunidad; con los certificados de trabajo, representando un valor prefijado de tanto por hora (se llegaron a fijar tres dólares por ocho horas de trabajo), habrían de adquirirse mercancías y se pagarían los servicios obtenidos. Mercaderes, comerciantes y banqueros, pertenecen a una sociedad desorganizada; son elementos parásitos; el dinero no es necesario donde hay tal manejo y organización, distinto del llamado capitalista. En el manejo de cuantas se adoptaría como sistema el del "clearing house" (caja de compensación, o banco de liquidación) de acreditar y cargar. Y quedarían eliminadas la competencia, fuerza vital

del capitalismo, y las huelgas, prevaleciendo en cambio, la cooperación, en las que se combinan los esfuerzos.

Asunto primordial y compulsorio para el colono es tener su casa, pues la morada constituye la base de toda la organización planteada. La colonia se sustenta en el "homestead" (casa de habitación y sus terrenos, heredad), en la inalienabilidad de la finca familiar, de la finca rural que debía conservar cada labrador para vivir siempre del fruto de la tierra, no pudiendo por lo mismo ni hipotecar ni ceder aquella propiedad. Todo lo que es de interés comunal pertenece a la Compañía (esto es, al "trust"), en fideicomiso: aguas, barcos, tranvías, ferrocarriles, fábricas, etc....

"The Credit Foncier Company", declara su fundador, sostiene con Proudhom, Karl Marx, Henry George, Edward Bellamy, Jasse Harper, Burnett G. Haskell y Pentescot, que la tierra, con todo lo que el término implica, debe ser libre para cada persona, pero debe ser poseída en "trust" (en fideicomiso) por la comunidad, para el libre uso de sus miembros. La suprema aspiración es un "common Wealthe" (o sea un estado, nación o república como la de Cromwell), en el que prevalece, el acuerdo de todos en el que, el bienestar común se sobrepone a cualquier otro propósito. Aquí no hay ganancia o no hay lucro individual, se comprará y venderá absolutamente todo al costo, a los miembros de la colonia. Las tiendas y los almacenes, son propiedad de la Compañía.

La compañía mantendrá un departamento de préstamos y depósitos. Cuando una persona desee invertir el excedente de sus ganancias o productos, lo hará del conocimiento del departamento aludido, y su dinero (bonos de trabajo) se agregará a los fondos públicos, empleados para suministrar servicios de la misma índole y disfrutará de las ganancias, a prorrata con otros inversionistas en dinero o en trabajo, en este mismo negocio.

"The Credit Foncier Co." elimina la renta en virtud de que es depositaria o posesionaría de la tierra, aguas, yacimientos minerales, bosques y demás elementos naturales, para el aprovechamiento de sus miembros. Igualmente elimina el impuesto, porque la propia Compañía crea y administra los servicios públicos y realiza el intercambio mercantil.

En asuntos que conciernen a la cultura y al espíritu, la Compañía

auspicia la investigación, protege la invención, alienta los adelantos de la ciencia y el arte y reconoce el mérito. Pero no admite en su seno asociación alguna, club o corporación, abierta o secreta, de carácter religioso o secular o para fines de caridad; quedando sin embargo a salvo y bien garantizada la profesión de fe de los miembros de la colonia. No se admite cosa alguna que sea inmoral, irreligiosa o licenciosa, y el sábado (el "hombre day") debe ser dedicado a la santificación del hogar.

Las ideas y los magnéticos proyectos que Owen planteaba y daba a conocer con ardor y dominio, despertaron un vivo entusiasmo en los Estados Unidos. Hubo personas que mostraron interés por el ferrocarril, dispuestas a contribuir en la financiación de las obras. Cientos y miles, se entusiasmaron al conocer los planes de colonización y se decidieron a formar parte, como accionistas, de "The Credit Foncier Company", dispuestas a trasladarse a Sinaloa. La propaganda de todo este movimiento fue intensa, y sostenida sin interrupción en folletos, conferencias y periódicos diversos. Owen mismo fundó y publicaba cuatro periódicos semanales, entre ellos "The Credit Foncier of Sinaloa", vocero de la Compañía, que primeramente se editaba en Hammonton Nueva Jersey, y después en Topolobampo, en ellos Owen daba a conocer a Topolobampo, su puerto, su clima, sus ventajas geográficas, el lugar escogido para fundar la ciudad y su "hinterland" con todos sus recursos, incluyendo los terrenos de Los Mochis. Para noviembre de 1890, según reza un informe oficial de "The Credit Foncier Company", se habían inscrito como miembros de la compañía, 5,500 personas, incluyendo niños, y habían sido colocadas 5,576 acciones de diez dólares cada una, algunas de ellas totalmente pagadas. Owen se había encargado con antelación, de que Topolobampo fuera abierta al tráfico de cabotaje; había llenado de entusiasmo y alucinación a millares de gentes; y pronto llegarían a la tierra prometida las primeras partidas de colonos.

EN TOPOLOBAMPO
"LA PARTIDA DE CALIFORNIA"

No habían transcurrido ni siguiera dos meses desde la fecha en que se fundó (17 de septiembre 1886) en Denver, la compañía del "Credit

Foncier", cuando, anticipándose a todo preparativo para su instalación y aseguramiento de medios para la subsistencia, arribó al puerto de Topolobampo la primera partida, o sea la avanzada, de los colonizadores. Tras de ese grupo, a poco llegaron otros, impacientes por radicarse en las tierras promisorias de esta parte de Sinaloa, e ilusionados por la fantasía de un destino franco, diáfano y acogedor, para la comunidad que iban a constituir asimilándose a un falansterio.

La avanzada, constituida por los primeros hombres que llegaron a Topolobampo, se conoce en los anales de la colonia con el nombre de Partida de California ("California Party", 1886), en razón del lugar de su procedencia.

"Recuerdo que un grupo de 27 personas fue el primero que llegó a Topolobampo de San Francisco, en el vapor Nuborn ("Newbern"), el cual, por su mal estado, desapareció en una tormenta". La anterior es una frase noticiosa de Lulú Schellhous, sobrina del Dr. Schellhous, uno de los colonos más prominentes. Clarissa Kneeland reproduce esta frase en sus "Cartas a Anita", o sea las que dirigió a su amiga doña Anita Padilla Vda. De Peiro. La colección de estas cartas de índole rememorativo y por lo mismo, de muy positivo interés para la historia de la Colonia, las publicó "The Clarion", periódico de Fresno, Cal. Clarisa era hermana de Ira D., el fotógrafo de la Colonia, con quien compartió de manera brillante la tarea de escribir "Our Harchet", periódico de su propiedad, en la época en que vivieron los Kneeland en el pueblo de Sivirijoa. En esa labor periodística se destacó como una mujer inteligente, inspirada y ardiente partidaria de las ideas socialista. Ya ira vivía aquí en la Colonia (en la Logia) cuando en 1894 vino Clarisa, en unión de sus padres para incorporarse a la comunidad del C.F.Co.

Integraban la Partida de California, 17 hombres (elementos de primera categoría), 2 mujeres casadas, 2 señoritas jóvenes y 6 niños. Los que formaban esta partida, en forma apresurada y desoyendo las protestas del Dr. Schellhous (líder de la C.F.Co., en California) y de los directores de la Compañía en el este, contrataron el vapor "Newbern" y, a fines del mes de octubre de 1886, zarparon de San Francisco con destino a Topolobampo. Dicha partida traía como líder a Cyrus Mil-

ton Stanley, agricultor, músico y espiritualista. Se debe a él un relato tocante a la llegada y desembarco de su grupo, en la bahía de Topolobampo como sigue.

A principios del mes de noviembre llegaron frente a dicha bahía. Pero como el capitán del buque, Mr. Middlestadt, no contaba con la necesaria autorización para internarse en ella, continuó navegando hasta fondear en Mazatlán. En aquel puerto y con la ayuda del cónsul americano, Mr. Kelton, contrató la goleta "brisa", lista con su capitán y tripulación, para ser remolcada rumbo a Topolobampo. A las doce horas de haber zarpado el "Newber" de Mazatlán, con la goleta a remolque y un fuerte viento en contra, temprano por la mañana del día 10 de noviembre (1886) ancló el vapor frente a la barra de Topolobampo, mar afuera.

Carga y pasajeros fueron transbordados del vapor a la goleta, la cual horas más tarde cruzaba la barra y navegaba en dirección a los "Straits of Joshua". Pero nadie a bordo conocía el sitio preciso en el cual desembarcar y por tal motivo, la goleta navegó hasta la bahía de Ohuira, en cuyas playas acertaron a descubrir la presencia de algunos indígenas. Cuatro hombres (Willis Matson, Jose Bryns, Charles Hoelle y un marinero mexicano, intérprete) desembarcaron en una canoa, en tanto que la goleta navegó un poco hacia el oeste y ancló en las inmediaciones de la costa, bajando a tierra siete hombres que ahí acamparon y encendieron sobre las rocas una fogata. A la mañana siguiente se reembarcaron y la goleta, volviendo su proa, se encaminó hacia la bahía de San Carlos, donde, en una ensenada que está al poniente, se llevó a cabo el desembarco definitivo. (La ensenada de referencia es aquella en la cual se encuentra instalado el varadero del puerto. Los colonos le llamaron "Schellhouss Cove" (Ensenada Shellhous}), precisamente en honor del Dr. Edwin J. Schellhouss, uno de los principales directores de la Colonia, hombre de letras, músico, maestro, médico espiritualista y médium).

Como ya los recién llegados sabían o tenían noticia de que se hallaban en actividad, los trabajos del ferrocarril concesionado a Owen en 1881, buscaron el campamento de "The Mexican- American Construction Company", la empresa contratista. En ello Joel Bryns, hombre enérgico, de experiencia y para quien las dificultades no eran insupe-

rables, fue a situarse en la cumbre de uno de los cerros inmediatos a la ensenada, desde donde exploró con la vista en su derredor el campo. Pudiendo advertir Bryns, que a corta distancia de donde él se encontraba había un rastro borroso y siguiéndolo, acertó llegar al sitio en que estuvo el campamento de la "Mexican-American" y que hacía pocos días que había sido abandonado. En ese lugar hallaron colocado un cartón, un aviso que dejaron los ingenieros de la constructora, y que decía: "Dejamos este campamento en octubre 30 de 1886, dejamos cinco barriles de agua, dos cajas de galletas y un mástil y la vela, cincuenta pies a la izquierda de esta nota, en la roca Pressey (firmado)".

Con semejante hallazgo ya no les cupo duda a los de la partida, respecto de la identidad del sitio en donde debían permanecer e instalarse provisionalmente, en espera del próximo arribo de sus demás compañeros de la C. F. Co. por lo tanto, procedieron a limpiar el terreno adyacente a la ensenada; con piedras que arrancaron hicieron un horno para el pan; construyeron un bote y recogieron la canoa en la que los ingenieros de la constructora del ferrocarril acarreaban desde Las Copas, el agua para beber. Gozarían durante los días de espera, del solaz de la banda de música integrada por los miembros de la familia Stanley...

"La Partida de Colorado"

Sucediendo a los de la Partida de California, al cabo de unos días arribó a Topolobampo, procedente de Guaymas, una balandra que conducía madera y comestibles y que a bordo traía a diez nuevos colonos, entre los cuales figuraba una mujer. Al cuidado de este nuevo y reducido grupo venía W. A. Mc.Kenzie, escritor y poeta. Esta pequeña partida, era la vanguardia de otra bastante numerosa que procedía de Colorado, próxima a llegar a Topolobampo. Los de la Partida de California recibieron a sus nuevos compañeros de la balandra, con gran júbilo y con los acordes de la banda de los Stanley que, en los memorables fastos de la Colonia, en toda ocasión puso la nota sobresaliente de cultura y alegría. La pequeña partida de Mc.Kenzie era portadora de una grata y alentadora noticia para los de la partida de Stanley: Mr. Owen, el organizador y presidente de la C.F.Co., se hallaba en camino procedente de Guaymas, con 150 colonos, en el vapor nacional "Altata".

La partida de Owen, llamada "The Colorado Party", sin duda alguna la de mayor trascendencia y la verdaderamente representativa de la Colonia con respecto al hecho histórico de la instalación de la misma en Topolobampo, procedía, como su nombre lo indica, del estado de Colorado. Desde la ciudad de Denver se trasladó esta partida por ferrocarril, vía Benson, Arizona y Nogales, hasta el puerto de Guaymas, lugar este último donde tuvo una demora de diez días, en espera del vapor "Altata", de 100 toneladas de porte, que habría de conducirla a Topolobampo.

Trayendo a bordo a toda esa cantidad de gente, el "Altata" llegó al fin a la bahía de Topolobampo, cuya barra cruzó sin contratiempo alguno. Pero como el capitán del buque, Charles H. Robinson, desconocía las profundidades por las que tendría que continuar navegando dentro de la bahía, se internó en el estuario de Santa María y ahí permaneció anclado durante dos días. Mientras tanto se practicaron los sondeos necesarios para localizar el canal de entrada, hecho lo cual, el 17 de noviembre de 1886, el "Altata" atracó junto a la costa cerril de la bahía de San Carlos, en aguas profundas. Fue en ese sitio, en el cual posteriormente se construyó el muelle del puerto, donde la nave descongestionó su vientre grávido de hombres y de carga.

La del 17 de noviembre, que corresponde al arribo y desembarco en Topolobampo de la Partida de Colorado a cuyo frente venía Owen acompañado de otras personalidades de la C.F.Co. ha sido o fue siempre la fecha aniversaria reconocida por la Colonia, en punto a su establecimiento en el Valle del Fuerte. El director Dr. Edwin J. Schellhous la primera persona de esta partida que pisó tierra en Topolobampo, se encargó de confirmar la autenticidad de tierra en Topolobampo y él mismo se encargó de confirmar la autenticidad de la fecha aniversaria que se indica, en un artículo suyo que, con el título de "The Sinaloa Colony" y con ilustraciones fotográficas, se publicó en el "Carrier Dove", de San Francisco, Cal., el 11 de enero de 1890. Por lo demás, los propios colonos acostumbraban festejar conmemorativamente, cada 17 de noviembre, el aniversario del establecimiento de la Colonia, con actos alusivos ya en Topolobampo, ya en La Logia y ya después en el "Catwood" y en sus campos agrícolas de Los Mochis.

Instalación y actividades

Aún cuando los colonos recién llegados en el "Newbern" y en el "Altata" venían provistos de carpas, herramientas, comestibles y menajes, en realidad nada se había preparado en Topolobampo para dar albergue y trabajo a tan considerable número de personas, muchas de las cuales trajeron a sus familias. Sin embargo, al desembarcar muchos de ellos se alojaron en sus propias tiendas, en tanto que una gran mayoría permaneció casi a campo raso durante un mes y medio, empleado en desbrozar el terreno y en levantar improvisadas viviendas de enramada. El lugar en que se hallaba no era sino una réplica del desierto. Por ahí no existía alma viviente alguna; ni siguiera agua a la mano, para beber; ni tampoco un camino expedito de comunicación con los poblados más próximos situados a la orilla del río. El paraje, abismo de soledad y de quietud, erial imposible, inhóspita extensión de marisma y de montañas y colinas poblada de una vegetación, escasa y raquítica, de cactus, breñas y desmedrados arbustos, no ofrecía en realidad elementos suficientes para la subsistencia de aquellas colonias. Tan es así, que los habitantes del Valle del Fuerte elevaron al gobierno mexicano una protesta, en la que declaraban que hombres blancos perecerían todos si se les permitía que se quedaran en Topolobampo, en donde hasta los indios mismos nunca se habían atrevido a permanecer. Desde otro aspecto sin embargo, aquel vasto a la vez que variado conjunto de roca, mar y soledad, tenía y tiene mucho de grandioso e impresionante: un panorama de tal naturaleza que su contemplación, brinda el goce, ahuyenta el aburrimiento sin permitir, no obstante, el hastío o la saciedad.

Owen, seguramente, no tomó en consideración las circunstancias señaladas. Tenía demasiada confianza en el esfuerzo creador del hombre, estando de por medio y de su parte una fe desmedida en el buen éxito de su empresa, no vaciló en establecer allí a los colonos, dando inmediato principio a la organización administrativa de la Colonia y a la actividades más indispensables y posibles.

Dirigidos por Owen, Schellhous y Wilber, los distintos grupos que fue preciso crear para el desempeño de diferentes cometidos entraron en acción; dedicándose unos al desmonte y limpia del sitio escogido para

el campamento y otros separadamente, a la erección de los albergues y al abastecimiento de pescado, de leña y de agua para beber. El agua era preciso acarrearla desde Las Copas, a 7 millas de distancia, en barricas y por medio de canoa; se le conservaba en el desembarcadero, para las gentes y animales que llevaban carga o que iban a buscarla; y era agua dulce que durante la época de lluvias, se acumulaba en el subsuelo y era extraída cavando pozos de dos o tres pies de profundidad.

Al aire libre, a la luz de las fogatas, en aquel animado campamento se verificaban, en Topolobampo, las reuniones y asambleas. En ellas se expusieron y discutieron los asuntos de mayor importancia y por de pronto, la designación del cuerpo administrativo de la Colonia, de acuerdo con los reglamentos de la misma. Con la aprobación de la asamblea, Owen nombró jefes de la Colonia, en Sinaloa, al Dr. Edwin J. Schellhous y al líder de la Partida de Colorado, Alvin J. Wilber, quien actuaría como director residente. Wilber fue militar, capitán en la guerra civil de los EE. UU., y era un líder de fuerza, inteligente, agresivo y trabajador; en el estado de Colorado era experto en riesgos, y además maestro escolar, con muy amplios conocimientos en botánica, mineralogía y demás ramas de la Historia Natural. La designación de tesoros recayó en el Dr. Thomas Young; como encargado de la biblioteca y del periódico, Marie Howland; mayordomo de los trabajos del ferrocarril, Chas A. Hawley; mayordomo del servicio de agua, W. J. Street; maestra de escuela, con un grupo de 20 niños, Ida Hoagland; comisario o delegado de tienda y aprovisionamiento, Willis Matson, y como encargada del departamento de cocina, Augusta Matson.

"El Estado de Sinaloa", periódico oficial de nuestra entidad, en su número de fecha 28 de diciembre de 1886, noticiaba en forma lacónica que habían llegado a Topolobampo, 172 colonos americanos, quienes desde luego se habían puesto a trabajar, desmontando y construyendo casas, que los más de ellos eran casados y con familias.

Poniendo en práctica los sistemas postulados por la C.F.Co., se procedió en Topolobampo a instalar una cocina, una lavandería, y una panadería, de servicio comunal. Alvin J. Wilber, con una cuadrilla de zapadores construyó el primero y único camino carretero, dando vuelta

a uno de los cerros del puerto, camino sin el cual hubiera sido imposible llegar con un carro hasta el desembarcadero. La maestra encargada de la escuela, Ida Hoagland, atendía muy acuciosamente su labor en dicha escuela, con un grupo de sus alumnos hacía excusiones a lo largo de la costa en la bahía, para estudiar la fauna marina, la flora y la formación de las rocas. El Crl. Edward Daniels, ingeniero naturalista, geólogo del estado de Wisconsin, correspondiente del instituto Smithsoniano de Washington, con un grupo de los más instruidos colonos, organizó la Academia de Ciencias de Topolobampo ("Academy of Sciences") y se dedicó a clasificar la vida marina, enviando al Instituto algunos especimenes. Daniels logró obtener y experimentar el gas de pitahaya, que resultó ser, según el decir del colono Joseph Hampl, "el combustible y el alumbrado mejor y más barato que jamás se descubriera en México o en cualquiera otra parte".

Se inició el planeamiento y erección de casas formales, de piedra y madera, Mediante el trabajo personal de los colonos, en tales obras, se edificaron el "Alberton Hall", para servicio y comodidad de los colonos a su llegada. En igual forma su construyó también un gran almacén junto al muelle, y el muelle mismo, con una profundidad de 16 pies en agua. También se construyó, con un costo de $8,109.00, el edificio de la aduana marítima, el cual fue entregado al gobierno federal para que, según convenios, se tomara en cuenta su valor en el pago de futuros adeudos, contribuciones e impuestos. Pasados algunos meses, al cabo de los cuales las actividades de la Colonia habían sido puestas en marcha en la forma descrita, por motivos que después se expresarán se ausentó para los EE. UU.

Una vez terminada la construcción del "Alberton Hall", el cual se hallaba en lo alto del cerro, frente al muelle y al lado del tajo que posteriormente se practicó para dar paso a la vía férrea, instalaron las oficinas de la Colonia. En el mismo local quedó alojada la biblioteca, la que con el tiempo llegó a contar con más de tres mil volúmenes y la cual estaba bajo el cuidado y dirección de Marie Howland. Allí también tuvo cabida el taller de imprenta, la oficina administrativa y redacción del periódico "The Credit Foncier of Sinaloa", cuyo primer número salió a la luz en Topolobampo el 15 de septiembre de 1888.

El periódico mencionado durante siete años consecutivos se hizo y se imprimió en Topolobampo. Owen lo fundó para llevar a cabo e impulsar la propaganda en favor de la colonización y era el órgano informativo de "The Credit Foncier Company". Anteriormente se editaba en Hammonton, Nueva Jersey, por Edward Howland y su esposa Marie Howland; y al trasladarse el periódico a Topolobampo, los mismos Howland continuaron encargándose de su publicación, juntamente con el impresor John G. Drawkins. Edward Howland era un escritor erudito y de ideas socialistas, que compartía con su esposa Marie. Como adeptos que eran ambos de las ideas falansterianas del utopista Fourriere, durante los muchos años de su residencia en Paris llegaron a vivir esa vida comunista; semejante filosofía, a través de la estrecha amistad de Owen con los Howland, aparte de otros antecedentes influyó poderosa y determinativamente en la fisonomía cooperativista adoptada por "The Credit Foncier Company".

Como una demostración más de que efectivamente, Owen se preocupaba por el mejoramiento de la Colonia, estableció en Topolobampo una estación meteorológica, que mensualmente rendía informes acerca del tiempo al Gral. Greely, a Washington. Compró la primera embarcación, a fin de mantener la comunicación entre Topolobampo y Guaymas. Remitió de los EE. UU., la primera lancha de vapor que apareció en las aguas de la bahía de Topolobampo. A su interés se debió el establecimiento de agencias de correo en Topolobampo y en la colonia de los Mochis; consiguió que el gobierno mexicano nombrara un agente sanitario y comisionado especial, para cuidar de la caza y pesca en Topolobampo y sus alrededores.

Después de la llegada de la Partida de Colorado, durante algún tiempo continuaron llegando nuevos contingentes de colonos, por mar y hasta por tierra. Siete días se necesitaban para hacer el viaje desde Nueva York hasta Guaymas por ferrocarril, costando 75 dólares el pasaje; el traslado desde Guaymas hasta Topolobampo, por la vía marítima, en cuanto el pasaje su costo era de 5 a 8 pesos moneda nacional. Doce personas constituían la primera partida que vino por tierra, encabezada por William P. Friend. Partieron de Tulare, Cal., el 13 de noviembre de

1886 en dos carros; atravesaron el desierto de Arizona y la zona del Yaqui, cuando por ahí hacía estragos una epidemia de viruela, arribaron a Topolobampo el día 5 de febrero de 1887.

Sobreviene la crisis

Muy desproporcionada, dentro de un lapso positivamente breve, había sido la afluencia de colonos. Para enero de 1887 su número ascendía a 300 y para abril se había elevado a 400. La concentración de un número tan considerable de gente, en las condiciones indicadas, tenía que ser comprometedora para la estabilidad, la concordia y la salud de la comunidad, afectaría asimismo la confianza de que gozaba el éxito de la empresa.

La consecuencia lógica de la aglomeración habría de manifestarse, para los colonos, en una serie de estrecheses, preocupaciones y conflictos que, afortunadamente vinieron a ser temporales o transitorios. Lo primordial dentro de esa difícil situación, consistía en que para ganarse la vida no se había previsto de antemano ningún recurso inmediato y práctico. Por cierto que, en una sola ocasión llegaron a sufrir privaciones, con motivo de una remesa de comestibles, que de los EE. UU., debía llegar a Topolobampo, fue detenida por el servicio aduanal de La Paz y Mazatlán, por formalidades técnicas. Llegaron también a experimentar otros sufrimientos y aflicciones, ya que tres personas de la Colonia murieron de fiebre tifoidea y además, se hacía sentir la amenaza del paludismo y la viruela. La realidad del momento era que el horizonte no se veía despejado, razón por la que, muchos colonos se hallaban insatisfechos con la situación. Los inconformes culpaban a Owen por su imprevisión, en cambio, sus defensores lo exoneraban de responsabilidad, puesto que él pretendía que únicamente viniera un centenar de hombres fuertes y seleccionados, para emplearlos en construir viviendas e iniciar algunos trabajos agrícolas; y por lo tanto resultaba ser contrario a sus deseos personales y al interés de la Colonia, aquella avalancha humana, con su cauda de problemas.

La crisis inevitablemente sobrevino y fue en año el de 1877. El abogado L. H. Hawkins y el ex ministro protestante W. F. Eaton, alzaron la voz y denunciaron a Owen como estafador, aunque en vano, lucharon

por deponerlo. El ambiente se agitó y los mencionados cabecillas tuvieron que salir de la Colonia; pero en los EE. UU, prosiguieron su campaña de ataques contra Owen, al que llamaban aventurero y soñador haciéndolo responsable del engaño y del caos existente. Un crecido número de colonos tomaron el partido de los descontentos y retornaron a su país, produciéndose de este modo una deserción parcial. El 3 de noviembre de ese año se ausentaron 26 personas, dirigiéndose a Guaymas en la balandra nacional “Guerrero”; para de ahí continuar a los EE. UU., el día 8 de ese mismo mes, se fueron otras 21 en la goleta “Sol”, con rumbo a Mazatlán. En suma, fueron 139 personas las que abandonaron Topolobampo, embargadas de contrariedad y decepción.

La prensa capitalista norteamericana explotó el filón para dirigir, en forma sistemática, sus ataques contra “The Credit Foncier Company”, denunciando los principios de esta asociación y colocándolos fuera del siglo. Las circunstancias apuntadas obligaron al Dr. Schellhous a trasladarse de Topolobampo a los Estados Unidos, para hacer la defensa de Owen y de la Compañía. Por otro lado, Mazatlán y Guaymas jamás simpatizaron con la idea del desarrollo y florecimiento de Topolobampo, el puerto rival, y eludían por lo mismo prestar su cooperación. Los rivales de la colonización y del ferrocarril urdieron intrigas, desprestigiando ante la opinión pública los planes y utopías de Owen, naturalmente en esta campaña tales enemigos capitalizaron para sus fines la situación precaria y la tempestad que se había producido en Topolobampo; pero, a pesar de todo, Owen tenía sus amigos y su causa no carecía de simpatizadores, por lo que, en Topolobampo, quedaron con él aquellos que, si no venían francamente halagüeño el presente, al menos tenía fe en el porvenir y absoluta confianza en el líder de la Colonia, en su dinamismo, en su constancia y probidad, en la bondad de su dialéctica y en su inteligencia. Así pues, los adictos se quedaron.

La crisis de Topolobampo vino a plantear de inmediato la urgente necesidad de canalizar las actividades de los colonos, hacia el campo de la producción agrícola para el sustento de la Colonia. Y por lo pronto el interés se enfocó en unos 1,500 acres de terrenos, ubicados en El Sufragio, que “The Mexican-American Construction” había contratado

con don Martín Vega, con opción de compra. Según el pensamiento original de Owen, en dicho sitio habría de tener su asiento una nueva e importante ciudad, que llevaría el nombre de "Vegaton", puesto que sería el entronque de la línea principal del ferrocarril de Topolobampo a Presidio, con el ramal que habría de construirse a Alamos. La ubicación del lugar, con respecto al ferrocarril y con respecto al valle que a partir de ese punto se extiende opulento hasta el litoral, seguramente indujo a Owen a fantasear como en el caso de la "Pacific City", con la idea en mente de que "Vegaton" habría de llegar a ser una población de suma potencialidad industrial y manufacturera.

Ante los disgustos y dificultades que se habían presentado en Topolobampo, el 7 de abril de 1877, Owen se ausentó del puerto, yéndose a los EE. UU., Trataría de remediar la situación de los colonos, habiendo prometido regresar dentro de pocos meses para reanudar la construcción del ferrocarril; no volvió a la Colonia sino hasta por julio de 1891, cuando estaba en proceso la construcción del canal de Tastes a Los Mochis.

El ausente Owen, llevaba el propósito además, de organizar en los EE. UU., un nuevo grupo de voluntarios adultos, de personas seleccionadas que respondieran a las exigencias de la Colonia. Cada colono del grupo debía hacer un depósito de 100 dólares para su establecimiento en el terreno, y de 20 dólares adicionales por cada individuo menor de 20 años. Más previamente los interesados debían haber leído los principios de "The Credit Foncier Company" y firmado un compromiso de sostener esos principios de "The Credit Foncier Company" y firmado un compromiso, de sostener esos principios, de vivir conforme a las normas establecidas por los directores de la Colonia, así como de someterse a las multas y otras sanciones por incumplimiento de los reglamentos. Incumbía a los colonos pagar su propia transportación, y la obligación o conveniencia de traer provisiones de boca para seis meses, ropa, medicinas, objetos personales y una tienda de campaña, para un año, según recomendaciones hechas al respecto. Cada hombre mayor de 20 años, debía asimismo traer una escopeta y una pistola, con 200 cartuchos para no rebasar el límite de exención de impuestos aduanales según franquicia. En la lista de lo que deberían traer, se in-

cluía además: ganado lechero, caballos, mulas, puercos, cabras. Ovejas, pavos, gallinas, etc.

En Vegaton

La situación del predio y el trazo urbano de Vegaton (contracción de Vega Town población, villa o ciudad Vega) se hallan colonizados en un plano firmado o hecho por Owen en 1885, concerniente al trazo de la primera sección de la vía del ferrocarril, que abarca una distancia como de 35 millas, comprendida entre la "Pacific City" y el cerro del "Sigüin", antiguo nombre del cerro de El Sufragio. Vegaton quedaba a la vuelta de este cerro, junto al río y como a 100 metros de la actual presa de derivación, siendo como unos 100 pies la elevación del lugar, sobre el nivel del mar.

Urgidos por la necesidad de recurrir al cultivo de la tierra para obtener los más precisos elementos de subsistencia para la Colonia, un grupo de sus miembros se transladó de Topolobampo hacia Vegaton. Las decisiones en materia de movilización de los colonos, con destino a los campos agrícolas, correspondía a dos personas que para ello se hallaban facultadas: el director residente Alvin J. Wilber y el representante personal del Ing. Owen, Ing. Eugene A. H. Tays, quienes decidieron respecto al particular.

De manera que, en Vegaton, fundaron su primera colonia agrícola. Se alojaron en tiendas de campaña y en viviendas que construyeron al estilo rústico de la región, para sus hijos se abrió la escuela de la comunidad, a cargo de Ida Hoagland Dawkins, con una inscripción y asistencia de 14 niños de ambos sexos.

En este tiempo Brinette Haskell padre y sus dos hijos, Agustine y William, vivían en El Sufragio, un poco debajo de Vegaton, donde habían instalado una estación de bombeo de buen tamaño, varios años antes de la llegada de la Colonia. La planta contaba con una hermosa chimenea de ladrillo, tan alta que se divisaba desde puntos muy distantes. En el mismo lugar, los Haskell establecieron también una pequeña fundición; y los terrenos bajo riego eran de la propiedad de don Eudoro Vega, hermano de don Martín del mismo apellido.

Como en Vegaton no contaban los colonos con ningún dispositivo para la irrigación, estos hicieron arreglos con Haskell para una cierta

superficie de terreno con agua, para cultivarla y obtener alimentos tanto para ellos, como para los colonos residentes a la sazón en Topolobampo. Cuando en el año de 1887 don Adolfo Ibarra, en funciones de prefecto político del Distrito, visitó los centros diversos de la Colonia, según su informe los cultivos en "Vegaton" alcanzaban unas 15 hectáreas, en tanto que en La Logia 60 hectáreas; y en ellas había obtenido satisfactorias cosechas de maíz, fríjol, papas y toda clase de hortalizas. Por entonces – informa el Prefecto – residían 27 personas en Vegaton, 12 en El Sufragio, 72 en La Logia y 21 en Topolobampo, miembros de la Colonia.

El Ing. Tays era el jefe del departamento de ingeniería instalado en Topolobampo; departamento que se ocupaba en practicar levantamientos topográficos, en formular proyectos para la irrigación de los terrenos ubicados en Los Mochis y en la vecindad del puerto, adquiridos o controlados por Owen. Bajo la dirección de Mr. Wilber, experto en riegos, se corrieron nivelaciones y se hizo el trazo de un canal de gravedad que, partiendo de Vegaton, podrían beneficiar con el riego, a los terrenos de Los Mochis. La colonia trató de construir este canal, desde la boca del Buitajaqui, arroyo que desemboca en el río del Fuerte en San Blas, hasta Los Mochis, con un desarrollo de 25 o 30 millas. Se iniciaron las obras de construcción a partir de la bocatoma, excavándose las primeras 100 yardas a través de una roca sólida al pie y bordeando el cerro de El Sufragio. Un buen pedazo de este tramo de canal abierto a través de la roca todavía existe, como prueba de los empeñosos esfuerzos, que realizara un grupo de soñadores que trataban de establecer un nuevo modo de vida.

Relativamente corto fue el tiempo que permanecieron establecidos los colonos en Vegaton; pues tuvieron disgustos con Haskell y, además el proyecto que se habían echado a cuestas era demasiado grande, por lo que consiguiente, abandonaron el mencionado campo agrícola. Al iniciarse el año de 1888, la casi totalidad de los colonos de Vegaton tuvieron que trasladarse a La Logia, sitio próximo al poblado de Ahome, en el cual ya para entonces se había establecido el grupo mayoritario de la Colonia. Sólo unos cuantos no lo hicieron, prefiriendo quedarse en una propiedad de Haskell, que hoy lleva el nombre de la Mariposa, entre Charay y El Sufragio. A esa fracción pequeña de la Colonia, la llamaban

de Cahuinahua, en virtud de que el lugar de su ubicación se hallaba frente al notable cerro de este propio nombre, río de por medio.

En La Logia

Un lote de terreno perteneciente al predio de Cobaime, situado en las inmediaciones de Ahome y que contaba con un canal de avenida para riego, había sido propuesto a los directores de la Colonia, a bajo precio. Pero a esta compra – afirma C. F. Lindstrom en su "A Brief History of Topolobampo"- se opuso el dictador Wilber sostenido por Owen y por Novel, tesorero este último de la compañía del "Credit Foncier". Después de valiosísimo tiempo durante el cual pudiera haberse obtenido una cosecha, ciertamente para el remedio de las necesidades apremiantes, Wilber y Tays – recrimina Lidstrom- rentaron los terrenos de La Logia sin el conocimiento y sin el consentimiento de los colonos, de modo que éstos no tuvieron otra alternativa que la de trasladarse a dicho lugar. El punto en que ellos se instalaron primitivamente llevaba el nombre de Las Brechas y es de suponerse que los mismos colonos le impusieron después el nombre de La Logia, con el cual se le conoce.

Los terrenos de La Logia pertenecían al hacendado don Zacarías Ochoa. Estaban ubicados al poniente de Ahome, sobre la margen izquierda del río, entre Mayocoba y San José, a una milla abajo del ingenio de La Florida. Se tomaron en arrendamiento 400 acres, 150 de los cuales eran excelentes tierras de jugo o humedad que, por estar situadas en el bajo, se inundaban dos veces al año con las avenidas del río. Los 250 acres restantes eran de terrenos de buena calidad, más su labranza requería riego mecánico.

El contrato relativo al arrendamiento concedía a los colonos la opción de adquirir, mediante compra y en cualquier tiempo antes de tres años, hasta mil acres de terreno del predio de que formaba parte al precio de 10 pesos al acre. En unas reminiscencias que Lulú Scellhous hace de la Colonia, refiere que por los 400 acres que se habían tomado se pagaron, o se dieron como anticipo, mil pesos; y que, como no se pudieron pagar los 3 mil pesos restantes, para cubrir el valor y adquirir en propiedad esos 400 acres, todo perdieron los colonos al trasladarse a los

campos de Los Mochis con motivo de los trabajos del canal y la colonización de esas tierras.

A excepción del grupo de colonos que se hallaban establecidos en Vegaton y del grupo que hubo de quedarse en Topolobampo, los restantes, que constituían mayoría absoluta, fueron a instalarse en La Logia. Se albergaron bajo sus raídas carpas, las que más tarde fueron suplidas por simpáticas viviendas rústicas con su techo a dos aguas conformado con paja o con tabayo; las cuales tenían un modesto pórtico, ventanas en los aposentos y algunas hasta chimenea, invariablemente rodeadas de jardín y amuebladas con los viejos ajuares americanos que los colonos habían traído consigo.

La dirección general de la Colonia, de acuerdo con la designación hecha por Owen en la primera asamblea que se tuvo en Topolobampo permanecía a cargo de Alvin J. Wilber, en su carácter de director residente. Wilber también se cambió a vivir a La Logia.

Para su mejor atención, las diversas actividades por desarrollar en la vida social y de trabajo en La Logia, se dividieron en ramas o departamentos y de servicios, eligiéndose a los individuos más capaces de aquella comunidad falansteriana.

El Dr. Joshua W. Scally era el médico y, además, el encargado de la botica. El director Dr. Edwin J. Schellhous, intervenía en los gastos de la comunidad; pero además atendía la promoción o el fortalecimiento de los lazos de amistad entre los colonos; también impartía, en los más altos grados, enseñanza escolar. La escuela se puso a cargo de Ida Hogeland, teniendo como maestra ayudante a Clara Hogleand y como maestra del jardín de niños a la señora Susie Page. De tanta eficiencia y alto prestigio era la escuela de La Logia, que a ella asistían como alumnos varios muchachos mexicanos, pertenecientes a familias distinguidas de la región, tales como los Padilla, los Zakany, los Acosta, los Ochoa... tanto varones como mujeres.

Los trabajos de campo, quedaron bajo la mayordomía de John H. Lutton. Fred Drewin, ejercía la supervisión del aserradero que él mismo trajo de los EE. UU. De los jardines y huertos cuidaban las señora Fibow, Thurtin, J. E. Spence y William H. Bruford; Comisario o tendero,

Ida hogeland, puesto que también desempeñó Mr. Friend; Hojalatero y soldador, Herbert Patrick; Herrero, John Foss; Corralero, H. T. Morgan; Zapateros, el polaco Rudolph Kobistech, el alto y espigado californiano Sam Jone, quien tenía su banco de trabajo a la sombra de un mezquite. Costureras, las señoras E. C. Scally y Grace, la esposa del herrero Fross, quien en una máquina de tejer confeccionaba medias para mujeres y niños, el registro meteorológico se hallaba encomendado al hojalatero Herbert Patrick. En cuanto a los servicios de cocina, comedor y lavandería, se hallaban organizados en forma comunal.

Ya los colonos de La Logia se iban encarrilando en sus actividades agrícolas, cuando un comisionado del gobierno americano vino a practicar una vista a los diferentes lugares en que se hallaba distribuida la población de la Colonia. La persona de que se trata era el comandante naval R P. Leary, quien el 6 de agosto y después el 17 de noviembre, de 1887, recibió las órdenes correspondientes, giradas por el Departamento de Marina de su país. Leary llevó a cabo esta visita a principios de diciembre y con la fecha 18 de ese mismo mes rindió desde Guaymas, al Hon. W. C. Whiteney, Secretario de Marina de los EE. UU., el informe correspondiente. La naturaleza del informe y su importancia histórica documental, ameritan sin duda su reproducción. Dice así 107:

"He examinado cabalmente la condición de los colonos americanos en Sinaloa, Mex., y rindió el informe siguiente acompañando documentos, explicativos de su condición, organización, etc."

"El día 5 del mes pxmo. Ppdo., con el Iroquois" dejé Callado, Perú, para México, tocando a Paita, Perú y Acapulco, Mex., para abastecerme de carbón, a Mazatlán, Mex., para consultar con el cónsul americano lo concerniente a los colonos americanos en Sinaloa, Mex., y llegué a Topolobampo el 1ro. de diciembre".

"Acompañado por el teniente J. A. Norris, de la marina americana, con equipo fotográfico, fui recibido en tierra por un número de colonos, entre los cuales estaba Mr. Wilber, director residente, encargado de la Colonia. Después de hacerles saber el objeto de mi visita, dieron todas las facilidades para recabar la información deseada".

"Los colonos del "Credit Foncier", ahora en México, son 138 hom-

bres, mujeres y niños, que están colocados en granjas o campos de labor que varían de una a 45 millas de distancia entre sí. Visitamos todos los campos, durando cinco días en hacer el circuito, y encontré la condición física general y la salud de los colonos en muy buena condición, siendo de poca importancia las enfermedades. Los colonos están no solamente animados sino contentos, entusiasmados en su expectativa de buen éxito. Generalmente reconocen ellos que han tenido tiempos duros, que los han obligado a subsistir con raciones reducidas y monótonas, a consecuencia de que sus provisiones fueron detenidas en La Paz y Mazatlán por los oficiales aduaneros por formalidad técnica; pero niegan que en ningún tiempo hayan estado en inminente peligro de inanición o que sus trabajos o penalidades hayan sido tan grandes como las que usualmente soportaron los pioneros que se establecieron en la frontera occidental de los Estados Unidos".

"Creyendo que lo peor de sus dificultades han pasado, declaran su determinación de quedarse en la Colonia y hacer esfuerzos para establecer firmemente sus hogares y en ocupaciones conforme a los principios de su sociedad. Me aseguran ellos que nunca echaron de menos sus comidas regulares, excepto un día, en el cual la comida faltó por un descuido en enviar un carro a traer las provisiones para aquella ocasión. Pan de maíz, "mush" de maíz, con variadas raciones de carnes frescas, pescado, almejas, huevo, etc., han sido su dieta general; pero a tiempos y por cortos intervalos han estado sin azúcar, café, té, melazas y otros artículos de mesa de menor confort".

"Han recogido una cosecha de su granja en Sufragio, han comenzado a hacer sus siembras en la nueva granja o labor (La Logia) de cerca de 400 acres, cerca de los bancos del río Fuerte, hacia la cual la mayoría de las familias se están cambiando. Tuvieron una cosecha de sandías y camotes en la granja o labor de Las Copas, en las costas de la cual hay abundancia de almejas, cada semana recogen varios cientos de docenas de huevos de una pequeña isla de la bahía de San Carlos. Las tierras de cultivo ocupadas, que están trabajando los colonos son de excelente fertilidad y riquezas de suelo y el clima es moderado; con la irrigación liberal del río las siembras pueden ser hechas en cualquier

estación del año. Con estas ventajas que los asisten, se sustentarán por sí mismos en un año, a menos que se frustren por disensiones o falta de armonía entre ellos mismos".

"La única familia descontenta, que quiere dejar la Colonia, es la de un hombre que parece ser comunista, antes que socialista; quien no tiene dinero para pagar la transportación de su familia, ampararla y sostenerla al llegar a los Estados Unidos; quien no parece saber a dónde quiere ir, ni que trabajo pueda encontrar o hacer para sostener a su familia; él tiene una idea vaga o general de que quiere mejorar su condición. Tiene garantizado en la Colonia un empleo estable, una casa y el sostenimiento de su familia, lo mismo que los demás colonos; en consecuencia de lo cual es en todos sentidos imprudente e injusto sacarlo de ahí, donde tiene trabajo constante y sostenimiento, para llevarlo y dejarlo en una ciudad extraña donde él y su familia llegarían pronto a ser una carga que pesara sobre la caridad de la comunidad".

El colono autor de uno de los telegramas que se enviaron al Departamento, representando ellos mismos (los colonos) estar en una situación de hambre, es un inglés que nunca ha perfeccionado su nacionalización como ciudadano de los Estados Unidos; quien no tiene intención de vivir en México, y que aun cuando manifestó no querer asistencia para él mismo o para su familia, quiso en la administración de la Colonia, aparecer como una persona insubordinada, descubridora de culpas, chismosa, aficionada a sembrar la semilla de la discordia, más bien que la de armonía, es capaz de causar dificultades en cualquier comunidad donde él se situé. Me dicen que esta es la tercera colonia con la cual se ha identificado, habiendo dejado otras en disgusto".

"Una viuda con siete niños, saldrá de la Colonia tan pronto como pueda conseguir suficiente dinero para retornar a Texas, mas no desea salir en el momento".

"Con las excepciones arriba mencionadas, los colonos que quedan en Sinaloa, Mex., están contentos y animados, parecen decididos a quedarse allá y arriesgar su futuro en el éxito o en el fracaso de su empresa utópica. Los colonos inconformes que se fueron a Mazatlán, dejaron aquel puerto en el vapor "Newburn" con anterioridad a nuestro arribo.

Aquellos que vinieron a este puerto (Guaymas) han sido ayudados para su salida de México, por la generosidad y liberalidad del cónsul americano Mr. Willard, excepto una familia que prefirió quedarse en el puerto, donde se le había asegurado un empleo lucrativo Mr. Willard me informó que uno de aquellos más alharaquientos al recurrir al Departamento por asistencia, fue un inglés llamado Ebdell, quien en este tiempo tenía varios cientos de dólares en el bolsillo y se oponía a la asistencia de sus compañeros que no tenían un céntimo".

"Con la presente incluyo fotografía tomadas en Topolobampo y varios documentos explicativos referentes a los colonos americanos en Sinaloa México".

"Soy, señor, muy respetuosamente, su obediente servidor".

"R. P. Leary, Comandante, en comando de la marina de guerra de los Estados Unidos".

La vida falansteriana que se llevaba en La Logia, se regía por los principios y métodos de "The Credit Foncier Co." las actividades en materia de trabajo y de servicios se hallaban coordinadas bajo tales normas y en la forma más apropiada: presentación de servicios, crédito por trabajo, educación escolar, entrenamiento industrial y científico y actividades economizas en general. Las cuentas se llevaban con el mayor escrúpulo, todos laboraban con entusiasmo y llenos de fe en el éxito. La consecuencia natural del esfuerzo, aplicado en esa forma, no podían ser otra que la transformación del agro inculto, en el agro próspero y floreciente, con sus sembrados de maíz, frijol, papa, trigo, caña de azúcar... y sus plantíos de frutales, hortalizas y jardín, a cargo de la experta dirección de W. P. Fiernd.

Huerta y jardines, en la parte alta del terreno, recibían sus riesgos mediante una bomba marca "Huffer", de vapor, con capacidad de 500 galones por minuto. En el principio sólo contaban con una bomba "china" movida por fuerza animal, para satisfacer sus más elementales necesidades de agua. Disponían también los colonos de un equipo de aserrar madera; de una desgranadora de maíz, movida por medio de una banda conectada a un sistema de balancín, por un buey viejo, el "Old Berry". Contaban con un pequeño molino para caña, instalación a la que pomposamente llamaban "La Logia Sugar Works". Y en suma,

estaban provistos de lo más necesario en elementos con que efectuar sus labores agrícolas, como eran caballos de tiro, herramientas e implementos evolucionados.

Merecedora de elogio, en su aspecto social y cultural, era la vida que llevaban. Se fundó la sociedad promológica ("LA Logia Pomologica Society"), que sesionaba cada semana y se dedicaba a estudiar y a poner en práctica la técnica del cultivo de árboles frutales y de la preparación de conservas de frutas. Se organizó un club para la cultura social ("Ladies Social Culture Groupe); el Lyceum, el cual por lo general ofrecía semana por semana entretenimientos y la más variada instrucción por medio de lecturas, conferencias, clases de literatura, español, música, danza y baile para niños y adultos, temas científicos de preferencia botánicos y, por ese orden, diversiones de variado matiz. Para el fomento de la cultura física o deportiva tenían su "Base Ball Club", un pequeño gimnasio al aire libre. Con alguna frecuencia se entregaban a las delicias del baile, al son de las piezas de moda que, como poleas, two-steps y jiggs, ejecutaban la banda de los Santley, solía ser otra de las distracciones ir de paseo a la Higuera de Zaragoza, donde había familias mexicanas con las que los colonos cultivaban amistosas relaciones. Por último, en lo que respecta al sábado, lo dedicaban según eran sus creencias y costumbres a la santificación del hogar, pues era el "home day".

Decir "The Bay", o sea Bahía, era para los colonos lo mismo que decir Topolobampo. La Logia y Topolobampo se mantenían en constante relación, intercomunicándose por un camino carretero que de La Logia iba por El Águila, Asinagua y la Casa Colorada, hasta llegar a la Bahía. Era el camino por el que transitaba cada ocho días, en viaje de ida y vuelta a lomo de burro, el conductor de la correspondencia, William Cotter. El mayordomo John Lutten por la misma senda llevaba en un carro a Topolobampo, frutas, legumbres, cereales, etc., cosechados en La Logia, y del puerto regresaba con pescado y con las provisiones que les llegaban de los EE. UU., por esa misma vía Ida Hoaghland, en su bogue ("buggy"), llevaba a la Bahía con puntualidad cronométrica las noticias tocantes a los acontecimientos sociales y a la vida de trabajo en La Logia, así como los datos registrados por la estación meteorológica, para su

publicación en el periódico "The Credit Foncier of Sinaloa". Además La Logia contaba, para la comunicación marítima de cabotaje, con el desembarcadero de Torigüeyara, en el estero de su nombre, en las inmediaciones de Higuera de Zaragoza. Mientras que por el camino real, por la margen izquierda del río y a través de los pueblos situados en el trayecto, se comunicaba con la villa de El Fuerte; en ocasiones un carro recorría esa senda trasportando pasajeros, correspondencia y expendiendo productos de los cosechados en La Logia.

Por instrucciones del Gral. Díaz, el gobernador del Estado, Gral. Francisco Cañedo, visitó la Colonia, de esta visita se habla en una carta de colono Burr Presesy , publicada en "El Municipio Libre", de México y reproducida por "El Estado de Sinaloa", periódico oficial de nuestro Estado, en el número de mayo de 1888. Dice así:

"La Logia (Sinaloa), marzo 24 de 1888. Querido amigo: hoy ha sido un día notable aquí debido a la llegada del Sr. Gobernador Cañedo, que ha venido a hacernos una visita".

"Llegó a eso de las dos de la tarde acompañado de unas doce personas. Como a un cuarto de milla de esta localidad hay un puente sobre una zanja de irrigación y al pasar por encima de ese puente el carruaje del Gobernador cayó a esa zanja desde una altura de 15 pies. Afortunadamente nada pasó al Gobernador, ni a nadie, pues desconfiando del puente se apearon los que en el carruaje venían. El carruaje se ha maltratado bastante y se encuentra en la herrería de la Colonia, a donde fue llevado para su compostura. El Gobernador hizo pues su entrada a pie a los acordes de una marcha, tocada por la banda Stanley que salió a recibirlo. Ha visitado a varias familias, fue alojado en la casa principal, en donde se organizó un baile para festejar su llegada. El Gobernador, los que lo acompañaban y la mayor parte de los colonos, muy contentos todos, bailamos un buen rato y tanto el señor Cañedo y su comitiva parece que estuvieron muy complacidos, todos se portaron como cumplidos caballeros y nuestros colonos están muy satisfechos con la visita".

"El Gobernador todo la ha visto, todo lo ha observado, y parece complacido. Estoy seguro que lleva una muy favorable impresión de su visita".

"Particularmente tomó mucho interés en las escuelas que hemos

establecido y nos ha prometido ayudarnos muy eficazmente. Dijo a Mr. Schellhous que formara una lista de libros que necesitara y se la remitiera a la capital del Estado, para que les fueran enviados a expensas del Gobierno. Además, nos dijo que cualquier cosa que necesitemos se la digamos, y que en todo nos ayudará. Creo que no son vanas ofertas y que cumplirá lo que ha prometido".

"Se ha marchado esta noche con su comitiva; le acompaña el Sr. Wilber y van a Topolobampo, con el objeto de visitar aquel establecimiento, la bahía, etc.. Esta visita hará época en nuestra naciente colonia y tiene que producir muy buenos resultados".

"De Ud. afmo. amigo Burr Presesy"

Una relación verdaderamente en detalle y que pudiera asimilarse a una versión oficial sobre esta visita, la ofrece el propio periódico "El estado de Sinaloa", en su número de 9 de abril de 188, bajo el rubro de "LA COLONIA DE TOPOLOBAMPO". Dice así:

"Deseoso el señor Gobernador del Estado, de conocer por sí mismo las condiciones actuales de la colonia establecida cerca de la magnífica bahía de Topolobampo, salió de esta ciudad con ese objeto, previo el respectivo permiso de la Legislatura, el 17 del pasado mes (marzo), en compañía de los Señores Secretario de Gobierno, Secretario Particular, diputados Felipe S. Gómez y Luis M. de Castro, el jefe de la gendarmería y el redactor de este periódico; regresó con su comitiva el 1º del mes en curso".

Testigos de la importante excursión oficial a que venimos haciendo referencia, vamos a referir brevemente el estado que guarda la colonia y las condiciones de prosperidad de que puede disponer.

"En un punto denominado "La Logia", que se encuentra sobre la margen izquierda del caudaloso río del Fuerte, a dos leguas del floreciente pueblo de Ahome y a ocho o diez de la mencionada bahía de Topolobampo, lugar en que debe establecerse la colonia, según el Contrato, están instalados actualmente ochenta colonos de uno y otro sexo, que se dedican por ahora exclusivamente a labores agrícolas. El terreno, pertenece al Sr. D. Zacarías Ochoa, es de muy buena calidad para el cultivo y contiene como unos mil acres, que ellos aprovechan sembrando hortaliza, maíz, frijol, papa, avena, trigo, cebada y alfalfa, con ayuda de unas cuantas mu-

las y caballos, que trajeron de los Estados Unidos. Trabajan en tan reducida escala que, sin embargo, los productos de sus faenas apenas bastan para el consumo de ellos mismos. A pesar de la Fé ciega que manifiestan tener en Mr. Owen y de la abnegación con que consagran todas sus fuerzas al trabajo, sufren las mayores penurias y escaseses, como lo indica la circunstancia de encontrarse alojados en pequeñas tiendas de campaña, que por el deterioro en que se hallan son insuficientes para resguardarlos de los rigores del clima, mayormente en el Estío. La alimentación de que disfrutan es, en compensación, abundante y sana, recibiendo de la Alta California, con regularidad periódica, las provisiones necesarias; pero contrasta con este buen régimen alimenticio, el deplorable estado de sus trajes, mobiliario y demás menesteres domésticos".

"Tienen establecida una escuela de primeras letra, a que concurren treinta alumnos, dos de ellos mexicanos, y se ministra la enseñanza en lengua inglesa, por un preceptor americano, que según se nos informó es escritor público de profesión. Además uno de los colonos, alsacianos de origen, da a todos lecciones de español, idioma que ya medianamente hablan algunos de ellos. Tampoco descuidan el desarrollo físico de la juventud, a cuyo fin tienen dos aparatos gimnásticos al aire libre; y para recrearse, los sábados, día de asueto y descanso, han formado de entre ellos mismos una banda compuesta de siete instrumentos, cuyo director enseña también música a los niños. Hay en La Logia un botiquín servido por el médico Mr. J. W. Scally, y pronto recibirán los materiales de imprenta indispensables para la publicación de un periódico bilingüe. Esperan también algunas máquinas para la agricultura y otros utensilios de labranza, que deben traerles varias familias comprometidas para venir a reforzar la colonia".

"Viven en comunidad, bajo un sistema falansteriano, cuya cordialidad y buena fé se admira; los alimentos, los objetos de cualquier uso y los productos que obtienen con sus esfuerzos, son comunes a todos los individuos de la sociedad sin distinción de sexo, en términos de que no solo los que allí cultivan la tierra, sino los que se ocupan en otras labores o se dedican a la pesca en Topolobampo, hacen partícipes de los rendimientos de su trabajo a todos sus consocios".

"Interrogados por el señor Gobernador respecto de la conducta que con ellos hubiesen observado las autoridades locales, expresaron que no tenían que exponer la más mínima queja, estando, por el contrario agradecidos a las consideraciones que les merecían, tanto en lo privado como en lo oficial y resueltos por consiguiente a permanecer en el país, aun dado el remoto caso de que Mr. Owen los abandone, lo cual de ninguna manera tienen motivo para suponer. Creen firmemente que vendrá a cumplir sus promesas, que se construirá el ferrocarril a Piedras Negras y que la colonia llegará a ser un verdadero emporio de riqueza y prosperidad".

"En Topolobampo sólo permanecen catorce colonos, de los cuales siete se dedican a la pesca en la isla de Santa María, a la entrada de la bahía. Existe allí un gran edificio de piedra y lodo, con techo de palma fabricado por ellos, de varias habitaciones, pero de muy poco valor por la mala calidad de su construcción, una reducida casa de madera que sirve de oficina central a la empresa y de vigía a los empleados federales. Estas embrionarias construcciones y las pocas casas que hay de los mexicanos, están fabricadas en una eminencia áspera y fragosa que domina la bahía, corresponde al lugar más profundo del fondeadero, por lo que allí se piensa colocar los muelles de carga y descarga; pero la ciudad que se propones edificar se situará en un espacio bastante extenso y plano que existe a una milla de distancia, separado por una punta rocallosa de costa. La bahía tiene 30 brazas de profundidad y la barra 21 pies de agua en la marea alta y 19 en la baja; de suerte que ofrece excelentes condiciones de seguridad y abrigo a las embarcaciones de todos calados y tonelajes, las tierras que circundan a Topolobampo y de que pueden disponer los colonos, por hallarse comprendidas en la demarcación que señala el contrato , se llama "Mochis" y "Mochomobampo", son impropias para la agricultura por estar cubiertas de salitre y no ser posible mejorarlas, a causa de que el río del Fuerte dista al Norte más de diez leguas, y el de Sinaloa, al Sur, más de quince. En Topolobampo no hay agua potable, y la que beben sus moradores, la traen de una isla denominada "Las Copas", que está bastante lejos".

"Otros dos grupos de cuatro o cinco colonos se han establecido

en propiedades de D. Eudoro Vega, que tiene por nombre "El Sufragio" y "Vegatown".

"Todos los individuos que componen la naciente colonia, según informes de personas caracterizadas, han adquirido vivas simpatías por el país, que de muchas maneras lo declaran; son laboriosos, morales y de intachable conducta".

Los empleados de más categoría en la colonia son los siguientes: Mr A. J. Wilber, Director general: Mr. E J. Schellhous, Preceptor y publicistas; Mr. J. W. Scally, Médico y farmacéutico; Mr. W. P. Friend, Director de agricultura, y C. M. Stanley, Maestro de música.

"Conmovido el señor Gobernador ante la precaria situación de los colonos, repartió entre ellos pequeños donativos de dinero y les ofreció algunos libros de educación primaria en español, que deben haber recibido ya; asegurándoles que de su parte obtendrían siempre ayuda y protección".

"Ellos pusieron todo su esmero en expresarle su agradecimiento, simpatía y respeto y le agasajaron en cuanto estuvo al alcance de su posibilidad".

"El viaje del señor General Cañedo, que hemos referido a grandes rasgos, no fue solo útil a la colonia de Topolobampo, principal objeto de él, sino a todos los pueblos del itinerario recorrido, en los cuales nunca había estado un Gobernador. Fueron resueltos varios puntos de administración, se palpó la presencia de algunas necesidades públicas que pronto serían satisfechas, se repartieron libros y útiles de escritorio a todas las escuelas del trayecto".

"Culiacán, 9 de abril de 1888".

No acusa ciertamente la información que antecede, que los colonos de la Logia hubieran alcanzado, todavía en la fecha de la visita de Cañedo, el grado de progreso cuya ponderación hice en párrafos anteriores. Pues debe tenerse presente que para marzo de 1888, en que se efectuó la expresada visita gubernamental, apenas poco menos de un año o solamente una temporada agrícola había transcurrido desde el día en que esas gentes se establecieron en el lugar de que se trata, hallándose por consiguiente todavía dentro del período inicial de sus actividades en el orden agrícola o de producción, lógicamente atravesando por una situación de penuria y deficiencias.

Es evidente que ya para abril de 1890, fecha en que el nuevo gobernador que sucedió a Cañedo, Ing. Mariano Martínez de Castro, visitó también por su parte la Colonia, se había operado un cambio bien notable, de relativo adelanto en La Logia. Ya para entonces y según se desprende del informe concerniente a esta visita oficial, con su laboriosidad reconocida los colonos habían mejorado sus viviendas conforme fueron descritas, habían construido un amplio salón para la escuela, habían ampliado considerablemente sus plantaciones de árboles frutales y demás cultivos, seguramente disponían de los suficientes y mejores implementos agrícolas que cuando los visitó el Gobernador Cañedo, esperaban recibir.

El número de personas inicialmente establecidas en el campo agrícola de referencia, ya se habían acrecentado con la incorporación de los colonos que, en los primeros meses de 1888, habían abandonado Vegaton. Con la fe que tenían en los esfuerzos de Owen, abrigaban alentadoras esperanzas de que llegaran en breve a reunírseles de los EE. UU., nuevos contingentes de asociados del "Credit Foncier", hecho que vino a ocurrir de 1889 en adelante.

Los inmigrantes llegaban de los EE. el sur en unos barquitos costeros, como el "Bernardo Reyes", el "Victoria", el "Río Yaqui" y el "Carmen", que eran muy chicos y nada limpios ni cómodos. A veces no había barco de vapor disponible, se tenía que tomar la goleta, y fallando estos dos, había que recurrir a la vieja diligencia de confianza. Los grupos que sucesivamente fueron llegando vinieron por barco a Agiabampo o a Topolobampo, algunos llegaron por tierra.

El 7 de abril de 89 un grupo de 15 personas, niños y adultos de uno y otro sexo, arribó a La Logia procedente de California. En el curso de ese mismo año, de Salinas, Kansas, vino George L. Page con su esposa Susie e hijos Chester, Ross, Ray y Cecil. De Oleandre, Cal., Sam y Aurelia Jones con sus niños Carrie y Charles. Llegó también de Enterprise, Chips B. Hoffman de recia personalidad, que a través de su empresa "The Kansas Sinaloa Investment Co.", se ligó estrechamente en el plano de las realizaciones materiales a los propósitos y negocios de "The Credit Foncier Co."; Hoffman era un hombre de acción: industrial, exdiputado,

reformador político y filántropo. En mayo, con procedencia de Atrong City, Kansas, arribó un número regular de colonos en una partida que encabezo Carol J. Lamb; en ella vino de Boulder, Colorado, el afamado fotógrafo que perteneció a la Colonia: Ira D. Kneeland; y también Fred Drewin, con sus pequeños hijos Emma, Hill, Fred y Ross, trayendo consigo un equipo de aserrar madera. Otro grupo más arribó de Santa Ana, Cal., y así en ese orden por la vía marítima llegaron otros grupos más de menor significancia numérica.

Por el año de 1889 solamente una partida, que llegó a Guaymas por ferrocarril vino desde aquel puerto por la tierra hasta La Logia. La condujo en la travesía un tejano de apellido Whitney, quien siempre se encargó de guiar siguiendo el mismo itinerario, desde Guaymas y aún desde los desiertos arizonianos, a otras partidas que llegaron por tierra a la Colonia, en distintas ocasiones. Este Whitney era un individuo pintoresco: hombre rústico, curtido de rostro, de exuberantes barbas, aunque bromista y de buen humor, de él se alejaban o huían las muchachas de la Colonia más que nada por su desaliño y por sus hábitos corrientes.

Thomas A. Robertson, en el primer apéndice de su libro "A Southwestern Utopia", ofrece una cabal relación de nombres de los individuos que pertenecieron a la Colonia, con puntualización de la fecha de su llegada, desde 1886 hasta 1905.

El 2 de abril de 1890, regocijadamente el establecimiento de los colonos en La Logia recibió la visita del ejecutivo sinaloense, Ing. Mariano Martínez de Castro. "El Estado de Sinaloa", periódico oficial de nuestra entidad, hubo de publicar bajo el rubro de "LA COLONIA DE TOPOLOBAMPO", en su número del día 19 de abril, una información referente a esta visita, en los términos siguientes:

"Uno de los objetos que tuvo del Sr. Gobernador a visitar los Distritos del Norte, fue de visitar la Colonia de Topolobampo, para examinar por sí mismo el estado que guarda y dar al Sr. Presidente de la República el informe que de ella le ha pedido, pues dicho funcionario se muestra muy interesado por la prosperidad de aquella Colonia".

"Acompañado el Sr. Gobernador de su Secretario Oficial Sr. Gabriel F. Peláez y del Prefecto del Distrito del Fuerte, Sr. Francisco Orrantia,

emprendió la visita a la Colonia, no habiendo acompañado las demás personas por haberse enfermado, los visitantes fueron recibidos por los colonos con las mayores muestras de respeto y afecto".

"La colonia lleva el nombre de "Logia" y se compone de 160 individuos de uno y otro sexo y de varias edades, los cuales se encuentran bajo la dirección de Mr. Owen, a quien obedecen en todo lo que se relacione con los actos públicos o económicos de aquella asociación. Viven los colonos en casas de paja construidas por ellos, siendo notable el edificio destinado a la Escuela, el cual es un gran salón bien ventilado y amplio, con pavimento de ladrillo.

"En la escuela, además de las materias correspondientes a la instrucción primaria, se enseñan el Ingles, el Español y la Música, hay en ella cinco niños mexicanos que reciben enseñanza igual a todos. La colonia está situada a veinte millas más o menos el norte del puerto de Topolobampo. Sus terrenos son sumamente feraces y muy propios para el cultivo, con la especialidad de la caña de azúcar por ser su mayor parte húmeda, a causa de las filtraciones del río Fuerte. Los colonos poseen ya en propiedad una regular extensión de terrenos que han adquirido por compra y poco precio, en la cual tiene plantados algunos miles de naranjos y hacen su irrigación por medio de una bomba absorbente, sistema moderno".

"Los terrenos están resguardados con cercos de alambre con púas".

"En cuanto a la moralidad de los colonos, el Sr. Prefecto Orrantia dio los informes más satisfactorios, diciendo que viven en la mayor armonía y fraternidad".

"Recibidos el Sr. Gobernador y sus acompañantes en la casa que llaman hotel de la colonia, fueron obsequiados con varias piezas de música, ejecutadas por la banda que ha formado una familia de la colonia".

El Sr. Alvin J. Wilber Dirigió al Sr. Gobernador, en español, la alocución que sigue:

"Señor Gobernador del Estado de Sinaloa".

"Permítame Ud. que, en nombre de esta colonia le de la bienvenida, asegurándole que dentro de los tres años de nuestra residencia entre Uds., hemos estado uniéndonos más y más en afecciones a esta tierra

encantadora de nuestra adopción y a su bondadoso pueblo los motivos que nos animaron a establecernos aquí, nuestro respeto a los principios en que descansa nuestra sociedad; nuestro afecto a nuestro director Owen; y nuestras fundadas esperanzas de prosperidad nos determinan más cada día a hacer todo lo que de nuestros esfuerzos dependa para cooperar en el adelantamiento de la costa Oeste de Sinaloa. Nuestra misión es pacífica y amistosa, nos proponemos a cultivar estos terrenos, que encontramos en estado primitivo; muchos sentimos que en el poco tiempo que tenemos establecidos aquí, no nos haya permitido realizar nuestros propósitos".

"Desde la visita del Sr. General Cañedo, predecesor de Ud., hemos progresado algo en el aprendizaje del hermoso idioma español, invitamos a Ud, para que visite nuestros establecimientos de fotografía, en donde se han sacado las vistas de nuestra población, de las que tendremos el gusto de regalarle algunos ejemplares. Tendríamos también mucho gusto en que Ud., y sus amigos permitiesen que fueren retratados en grupo, para conservar un retrato como recuerdo de esta visita".

"Concluimos a Ud., dándole las gracias por haberse dignado visitarnos y le ofrecemos que con la mayor complacencia serán obsequiadas las invitaciones de Ud., en todo lo que tenga relación con esta Colonia".

"El Sr. Gobernador contestó dándoles las gracias por la atenciones que él y sus compañeros, los señores Peláez y Orrantia, habían recibido. Manifestó a los colonos que estaban muy complacidos por los progresos visibles de la colonia y concluyó diciendo que muy pronto daría conocimiento de esta visita al Sr. Presidente de la República; ofreciendo a los colonos, que podían contar con la protección del gobierno de Sinaloa para todo lo que se dirigiera a mejorar la condición de los colonos en particular y de la colonia en general".

"El mismo Sr. Gobernador regaló 100 pesos para libros y útiles de la escuela, y además unos libros, los que llevó con el objeto de repartir en las escuelas de los distritos que fue a visitar".

El 1888 se obstaculizaba muy fuertemente a Owen en los EE. UU., los colonos tenían mucha fe en su líder, ya que no obstante la campaña desatada en su contra, no desmayaba en sus esfuerzos por conseguir

elementos de financiamiento tanto para construir el canal de riego que iría de Los Tastes a los Mochis, como también para realizar la construcción del ferrocarril en proyecto. Por fin sus empeños parecía que iban a tener un resultado halagador, en vista de lo que, en el uso de la palabra durante dos horas o más, expresó el director Wilber ante una asamblea de colonos reunida en el local de la escuela de La Logia. El orador justificaba a Owen, a todos recomendaba disciplina y confianza y a la vez les anunciaba que, en la próxima primavera – que sería la de 1889 – "The Credit Foncier Company" se asociaría con uno de los más fuertes sindicatos, para operar en la Costa del Pacífico y teniendo como jefe a Owen, uno de los hombres más capaces de América.

Probablemente Wilber aludía, al referirse a un poderoso sindicato, a "The Mexican – Western Railroad Company", empresa en proyecto o en trámite de formación, que emitiría bonos por valor de 10 millones de dólares para construir el ferrocarril; o bien, aunque exagerando, a "The Kansas – Sinaloa Investment Company", sociedad fideicomisaria que más tarde y en forma definitiva se encargó de acometer bajo la presidencia de Christian B. Hoffman, el proyecto de irrigación y colonización de los terrenos de Los Mochis.

Con lo de la "Mexican – Western" no se llegó a un resultado práctico. En cambio, en una entrevista que Owen tuvo en Kansas con Christian B. Hoffman, mutuamente convinieron en que Owen, capitalizando sus influyentes relaciones con el gobierno mexicano, consagraría sus esfuerzos a la construcción del ferrocarril, en tanto que Hoffman se encargaría de reunir el capital necesario para impulsar la colonización y la explotación agrícola. De este arreglo se derivó la formación de una sociedad fideicomisaria cuya razón social era "The Kansas – Sinaloa Investment Company", la cual, bajo la presidencia de Hoffman, vino a ser el factor para el establecimiento de los colonos de "The Credit Foncier Company" en los terrenos de Los Mochis.

A los ocho meses de haberse constituido la K.S.I.Co., Owen por su parte obtenía en México una concesión altamente ventajosa: la de fecha 28 de febrero de 1890. En el artículo de la concesión expresada, se facultaba a Owen para establecer en Topolobampo una colonia modelo, deslindar terrenos, dotarlos de agua para su irrigación y colonizarlos. El

detalle correspondiente se podrá ver en el punto en que se habla de "La Compañía, la Ciudad y la Colonia"; y baste decir aquí que esta concesión trajo como resultado único, la construcción del canal de Tastes y la formación de la colonia en Los Mochis.

Una vez afirmada legal y financieramente la posibilidad de construir dicho canal de Tastes, Hoffman entró en acción. Para la empresa se habrían de requerir de inmediato no solamente hombres, colonos en crecido número, sino que también bienes de trabajo. Era inminente pues, la llegada de nuevos individuos.

Hoffman mismo se encargó de encabezar una partida numerosa, la cual salió de Enterprise el 15 de noviembre de 1890 con destino a Sinaloa, vía Guaymas. Se componía de unos 200 individuos, entre hombres, mujeres y niños. En Guaymas se dividieron y aproximadamente un centenar de ellos arribaron con Hoffman a Topolobampo, en el vapor "Romero Rubio" el 17 de diciembre de ese propio año. Jubilosamente los recibieron los antiguos colonos del puerto y de La Logia, al coro Lon Hoding y ejecutada con maestría por la banda de los Stanley. Los demás de la partida, directamente de Guaymas hicieron su viaje por tierra hasta La Logia. Estos últimos vinieron en un convoy de carros tirados por caballos, con una gran impedimenta de provisiones de boca, útiles para el trabajo (arados, escrepas de ruedas, fresnos, herramientas aperos), sarmientos de vid, plantas para huerto y jardín y por supuesto, ganado vacuno y animales finos de trabajo (caballos y mulas).

Una parte de los recién llegados, se instaló en La Logia, el resto directamente, pasó a formar su campamento en Los Tastes, lugar donde habría de quedar la bocatoma del canal. A partir de entonces y durante el tiempo que se empleó en la construcción del canal, se mantuvo constante una corriente de inmigrantes que venían a sumarse a los entusiasmados colonizadores de las solitarias tierras de Los Mochis.

Todo indica que, durante los años de su permanencia en La Logia, los viejos colonos, o sea los pioneros del "Credit Foncier", vivieron contentos ellos y sus familias, consagrados al trabajo. Las circunstancias planteadas por la colonización de Los Mochis, los impulsaron a dejar aquel asiento de su cariño, para trasladarse a las zonas de trabajo

del canal, formando sus campamentos en Los Tastes, Los Gatos ("The Catwood"), La Saituna y El Público en último término. Dejaban en La Logia un pasado muy grato preñado de recuerdos y tan sólo empañado por dos notas luctuosas; el fallecimiento de Edgar Howlan, editor de "The Credit Foncier of Sinaloa", ocurrido el 28 de diciembre de 1890, y el fallecimiento de Maggie, esposa de Tom Whitzel, acaecida el 13 de octubre de 1891.

En el ambiente social de la comarca abajeña, aún perdura el recuerdo de muchos nombres y muchos rostros de personas pertenecientes a la Colonia. De toda esa pléyade de pioneros del desenvolvimiento agrícola de Los Mochis, aparte de cuantos se han mencionado, he de citar a continuación algunos de aquellos, cuyas personas y nombres han sido familiares a los actuales más antiguos moradores de toda esta región y en particular de Los Mochis. Verdaderos factores de progreso y de una vida ejemplar, sabido es que los colonos de Los Mochis vivían consagrados a sus trabajos agrícolas, en sus campos comprendidos dentro de los sectores de El Público y El Plat. Muchos de los viejos y de los hijos de los viejos, tuvieron trato y amistad con sus vecinos mexicanos, de quienes supieron granjearse la estimación. El paso de los años ha extinguido esas vidas ya casi en su totalidad, quedando tan sólo en Los Mochis y en los EE. UU., algunos de sus vástagos.

Una de las más antiguas y conocidas familias en Los Mochis era la de los Scally El Jovial y optimista Dr. Joshua W. Scally, tronco de ella, arribó a Topolobampo el 5 de diciembre de 1886; y con él llegaron su esposa Marie Clementine y sus vástagos Jospeh P. (don José), Ida, Sam y las gemelas Hattie y Mattie. En esa misma partida, que era la de California, juntamente con el Dr. Scally llegó su futuro yerno John H. Newton, viudo y quien contrajo matrimonio con la gemela Mattie; unión de la que nacieron Lilla, Walter e Irving, la primera de los cuales se casó con Ralph Hale. Con fecha posterior y procedente de Texas vino, a formar parte de la Colonia, un hijo político del Sr. Scally, Mr. Jame W. Jordan (don Santiago), con su mujer Annie Scally y sus niños Albert Minnie, Ernest, Johnie, Ora, Clomie, Marie, Jesse, Maggie y Tom. A todos los que debo por último agregar, a Mr. Grant H. Burr, yerno también del Dr.

Scally, por haberse casado con la otra cuata, Hattie Scally, y cuyos hijos fueron Mabel, Clifford y Gerard.

Procedían de California y vinieron en 1887, los rusos del Noroeste Leon Green, Morris Free y William Cotter. De Entreprise arribaron el 17 Dic. 1890, Mayville Drake, su esposa Julia e hijos George, Rose, Irene William. Dont, Julia, Bertha y Mary. De Chicago, Julios Eckhardt; y Charles F. Lindstrom, en compañía de su esposa Alice y su hija Hazel. De Garden Plain, Kansas, J. H. Mulkey, quien en junio de 1891 contrajo matrimonio con Rose Drake, una señorita de la Colonia; y de Geneva, Estado de Nebraska Tom W. Whitzel en unión de su esposa Maggie y de sus hijos Jess D., Irene J., Cozy Maud H., Maggie y Marie Sonora.

Durante el año en el cual se inició la construcción del canal (1891), llegaron a la Colonia: El 1º de mayo, de Stafford, Kansas, Thomas Asbury Hays, con su señora Delphia Mendell y su hijo Charles Page Hays (chale Hays). Por tierra en noviembre, de California, Leon E. Ruggles y Alice E. Ruggles. El 25 también de noviembre, en el vapor "Romero Rubio", Ross Hart Bunker con sus niños Bessie (Elizabeth Aurelia), Willie (Guillermo "loco") y los gemelos Clyde y Cloe; Fred Douglas Mulkey, y Edward Lycan con sus dos niños y una nodriza con la que, el 18 de febrero de 1892, se casó a bordo del vapor "Mazatlán".

Joseph Hampl y su señora Emma, con sus niñas Margarita y Martha, arribaron en abril de 1892 (Margarita se casó con un barón alemán). El 29 de mayo de ese propio año vino Louis Robertson (don Luisito). En el otoño, el Dr. Emil H Kluber, con su esposa Marie y su hija Adelaida; el doctor fue vilmente degollado en El Público, en 1909, por un súbdito inglés.

A bordo del vapor "Corsario" llegó, el 25 de marzo de 1893, Henry C. Khorfhage con su familia, Marie su esposa y sus hijos Henry y Hugo. En abril arribó Henry A. Hart, a quien los mexicanos en la Colonia nombraban "El Corazón", haciendo una traducción indebida del apellido Hart. Finalmente, el 5 de mayo de 1894 llegó a estas tierras, tras un largo viaje de cinco meses de transportación en un carro, desde Colorado y a través de los desiertos de Arizona y Sonora, George Kneeland con su familia; su esposa Marie y sus hijos el fotó-

grafo Ira (de regreso a la Colonia), Althea, Florida y Clarissa la autora de las "Cartas a Anita".

En los Mochis
Una sociedad fideicomisaria

Según antecedentes ya conocidos el 11 de julio de 1899, se consumó en Topeka, del Estado de Kansas, la constitución de la sociedad denominada "The Kansas – Sinaloa Investment Company", bajo la promoción del Christian B. Hoffman. De acuerdo con el convenio que tuvieron Owen y Hoffman, esta sociedad impulsaría el desarrollo de la Colonia, ayudando a "The Credit Foncier Company" en la realización de los fines filantrópicos que la animaban. Se fijó el capitán social de la naciente compañía en 100 mil dólares, representado por 5 mil acciones de a 20 dólares cada una, pagaderas en 5 años.

Para que pudieran llenar su objetivo. "The Kansas – Sinaloa Investment Company" quedaba facultada para comprar, vender, arrendar o contratar, administrar y disponer de los terrenos y bienes raíces o personajes bajo el control de la Sociedad, ubicados en el Estado de Kansas y en la Republica de México; para recibir préstamos e invertir fondos, encargarse del resguardo de bienes personales o individuales, efectuar permutas, garantizar préstamos e invertir fondos, encargarse del resguardo de bienes personales o individuales, efectuar permutas, garantizar préstamos y aumentar reservas por acumulación; así como proveer talleres, fábricas y maquinaria para el desarrollo de la Colonia, prestando en todas esas diversas forma su estrecha cooperación y medio, a los intereses y propósitos de "The Credit Foncier Co.".

La duración de la sociedad quedaba definida en 20 años y la administración se ponía a cargo de un consejo compuesto por nueve directores, los que anualmente serían electos por los accionistas, en asamblea que se habría de verificar cada primero de mayo. Para entrar desde luego en funciones y llenar el primer ejercicio social, quedó integrado el consejo directivo de la siguiente manera: presidente, Cristian B. Hoffman (en Enterprise), J. N. Limbocker, James Butter, C. J. Lamb (en Topolobampo), N. O. Brancroft, C. E. Smith, Wm. Ross, Ezra Confort y Alvin J.

Wilber (agente en Topolobamo). En Sinaloa la Compañía tenía como representantes al Ing. E.A.H. Tays, a Wilber y a Lamb. La oficina matriz se estableció en Enterprise y una sucursal en Wichita, ciudades ambas del Estado de Kansas. Y con la compañía nació también un periódico como vocero de la misma, "The Integral Cooperator", que se editó en inglés en Enterprise; constituyendo los número de ese periódico una fuente muy valiosa de noticias, para la historia de la colonia de la "Credit Foncier".

La "Kansas – Sinaloa" compraría terrenos al contado y los pasaría a la "Credit Foncier" para que los pagara a largo plazo. Dentro de ese plan la K.S.I.Co., adquirió algunos miles de acres ubicados en el predio de Los Mochis y vendidos por Owen tanto por su propio derecho como en virtud del poder que en 1873 le habían conferido el Dr. Carman y don Blas Ibarra. Todas estas tierras las tomaría la C. F. Co., y las pagaría a la K.S.Co., a plazos como ya se dijo y a razón de dos dólares el acre, con intereses al 10 por ciento anual. Del importe de las tierras que la C.F.Co. vendiera a sus miembros, un 50 por ciento sería para la K.S.I.Co., y el otro 50 por ciento para el Fondo de Mejoras de la Colonia ("Credit Foncier Improvement Fund"), fondo instituido precisamente para invertirse en el mejoramiento y desarrollo de esas propias superficies.

La K.S.I.Co. y la C. F. Co. eran, sociedades distintas, independiente la una de la otra. La primera tenía sus estatutos y reglas conforme a las cuales se normaban sus relaciones con la segunda, con la cual se hallaban identificadas en material ideológico y métodos. Sin embargo, en cuanto a la estructura y la índole, había su diferencia. La K.S.I.Co., era una sociedad capitalista, diseñada para la especulación; en tanto que la C.F.Co. pretendía un espíritu contrario al lucro y representaba la implantación de un sistema socialista que tenía como base, la cooperación entre sus miembros, Hoffman era un hombre de negocios, propietario de un molino harinero y de un taller en Enterprise; había sido miembro del Congreso en su patria y aspiraba a una reforma social. Resultaba lógico, que dentro de la armonía coexistente, existiera entre ambas compañías una diferencia fundamental, todo obedecía a que Hoffman era un idealista práctico y Owen un idealista soñador.

LA COLONIA CONSTRUYE SU CANAL

La irrigación de los terrenos adquiridos a la C. F. Co., los cuales Owen seguramente consideraba como suyos, ya que en alguna ocasión se expresó diciendo "Yo soy el Credit Foncier" (I am the Credit Foncier), era evidentemente la única solución parra resolver el problema de la estabilidad y bienestar de la Colonia, conjurando su extinción. En el predio Los Mochis, diez mil acres habían sido compradas a sus dueños al precio de 25 centavos acre, y 34,500 acres, más a razón de 80 y hasta de 15 centavos. Con anterioridad Owen había adquirido 7 mil acres en el predio rústico del que se trata. Owen, gozaba a partir del 18 de julio de 1886 de una concesión, otorgada por el gobierno federal, par la colonización de esas tierras, más, otra concesión, de fecha 28 de febrero de 1890, que lo autorizaba para utilizar determinado caudal de aguas del río Fuerte, en la irrigación.

"The Kansas Sinaloa Investment Co", sustentándose en el convenio que tuvo Owen en su calidad de concesionario, tomó a su cargo el financiamiento, la construcción y la administración del canal que irrigaría las tierras de Los Mochis, en las cuales se establecería la Colonia.

Por otra parte la Kansas-Sinaloa era una sociedad fideicomisaria; con ese carácter se encargó además del manejo del Fondo Pro Mejoramiento ("Improvement Fund of Mexico"), con cargo al cual la compañía hizo frente a la construcción del canal. Para la integración del "Fondo", se procedió a emitir bonos, que se redimirían mediante el pago de cuotas de agua y con acciones de la "Credit Foncier". No faltaron hacendados o comerciantes de la región, como don Manuel Borboa, don Jesús Cruz, don Patricio Robles y don Víctor Padilla, que suscribieran gruesas cantidades de esos bonos, tanto para ayudar a la construcción del canal como para tener el privilegio de adquirir tierras y llegar a ser miembros de la Colonia. Compaginando lo dicho, se ve que "The Improvement Fund of México" quedaba constituido con el 50 por ciento del valor de los terrenos que la "Credit Foncier" vendiese a sus miembros y con los ingresos provenientes del pago de cuotas de riego, que hicieren los usuarios del canal, a 5 pesos el acre, precio de la tarifa.

El fideicomiso tenía una duración de 5 años, lapso dentro del cual

la fideicomisaria, construiría y a la vez explotaría el canal. Más, pasado ese termino, las obras pasarían en propiedad a "The Credit Foncier Co.", debiendo esta compañía, asumir la obligación de redimir las acciones no liberadas aun.

Bajo la supervisión del Ing. Owen, fungiendo como ingeniero en jefe el Ing. Eugene A. H. Tays y como ayudantes los ingenieros Herring y Winters, se ejecutó la localización, trazo y construcción. Al entrar en proceso la construcción se designó el personal administrativo y de servicios, integrándose de la siguiente manera: superintendente y gerente del Fondo Pro Mejoramiento ("The improvement Fund of México", W. H. Porter; contador, Charles F. Lindstrom; comisario (almacén y tienda), Charles Lockwood; médico, Dr. Joshua W. Scally; maestra de escuela, Miss Jenner; mayordomo general, John Dowling; mayordomo del canal, M. J. Winters; talabartero, Wm. Delamateur; Herreros, John Foss y Meter Lassen y correo, J. Bryns.

El sólo anuncio, la inminencia de los trabajos de canalización que se iban a emprender y la consecuente colonización de las tierras de Los Mochis, así como el curso mismo de la excavación del canal ya en proceso, dieron origen a partir del mes de noviembre de 1890, a una afluencia muy considerable de nuevos colonos. Llegaron por grupos, por partidas grandes o pequeñas y en distintas fechas, desde los EE. UU., para incorporarse a la vida y suerte de la Colonia. Las carpas y las enramadas surgieron en los distintos campamentos que se iban formando a todo lo largo del canal, en cuya zona había un enjambre de gentes en actividad; es decir, surgieron los campamentos ubicados en Los Tastes (bocatoma del canal), Los Gatos ("The Catwood"), la Saituna y finalmente, en la terminación del canal, El Público.

Los colonos que durante varios años tuvieron su asiento en La Logia, acabaron por abandonarlo y trasladarse a la zona del canal, instalándose en el "Catwood", o campo Gatos. Este campamento, desde el punto de vista social, adquirió preponderancia sobre los demás ya enumerados. En el Catwood" se formó un centro de actividad social y cultural, desarrollándose ahí distintos eventos; bailes, juegos de cartas, actos diversos, que por su naturaleza eran expresiones de un alto grado

de cultura. En éste último aspecto, se dieron el lujo de tener su casa de Opera ("Opera House"), improvisando el escenario y los vestidores, estos últimos al abrigo del bosque de "gatos, los cuales predominaban en la flora del sitio en que se encontraba el campamento y por esa razón se llamaba de Los Gatos. Bajo la dirección y notable actuación de Cerril Hope (Berthune Jones) se llevaron a escena en la "Casa de la Opera", algunas de las obras del genial Shakespeare, como eran "Julio César", "El Rey Ricardo III", "Otelo"; "Hamlet". En lo que respecta a las audiciones musicales con que se deleitaban los colonos del "Catwood", eran brillantemente ejecutadas por la banda de los Stanley, la cual ya para entonces había sido reforzada.

El 17 de noviembre de 1891, las gentes del "Catwood", festejaron con alegría y solemnidad, el 5to. Aniversario de la llegada de los primeros miembros de la Colonia a Topolobampo. Era en realidad, la fecha aniversaria de la fundación de la Colonia. Dentro de la vida social, también llegaron a celebrarse bodas en el "Catwood" y acaecieron nacimientos y defunciones. Ahí, como era costumbre en la Colonia, tenían también escuela para la niñez. Carecían de templo alguno, ya que en el seno de la colonia había discrepancias al respecto; aunque lo común era que, en la intimidad de los hogares, se practicaran libremente ejercicios religiosos en conformidad con el credo que profesaran en lo particular las familias.

El equipo empleado en la ejecución de los trabajos del canal, se formaba de escrepas de ruedas, fresnos, un arado nivelador de los del ferrocarril, palas manuales, hachas, zapapicos, aperos y bestias de tiro, ente las que se contaban 250 caballos y mulas y 16 yuntas de bueyes. El día primero de enero de 1890, se excavó la primera tierra en el punto de la bocatoma, en Tastes, entrando desde luego en acción 50 escrepas, con las que se extraía o desplazaba la tierra que roturaba el arado nivelador, tirado por 8 juntas de bueyes en cordón. Fueron los propios colonos quienes, con sus propias manos, desde el principio, hasta el fin hicieron la casi totalidad de las faenas que demandaba la construcción, empuñando la pala, la escrepa, el arado y desempeñando las distintas funciones administrativas y de servicios propias de tan magna empresa.

Los colonos recibían por su trabajo y jornada de ocho horas, una retribución de tres pesos, que se les cubría con certificados o papel moneda del Fondo Pro Mejoramiento.

Treinta meses justos de trabajo duro y constante demandó la construcción del canal, el cual con una orientación de 23ª 53' S. O. desde Los Tastes hasta el Público, tenía una longitud de 7 millas; su anchura era de 9 pies en el fondo, su pendiente de 6 pulgadas por milla; y de 22 pies su profundidad en la bocatoma. En la excavación se removieron 290 mil yardas cúbicas de tierra, las que fueron pagadas a razón de 13 centavos como precio unitario. Para la época, los medios de trabajo casi primitivos, que entonces había y disponiendo sólo de la fuerza de tracción animal, la obra resultaba gigantesca. Su costo ascendió a $186,160.00 del antiguo cuño, cuya ley era de 417.5 gramos de plata pura, en tanto que la ley del dólar era de 412 gramos.

Siendo de gravedad o de avenida el canal, su terminación fue muy a tiempo para aprovechar las primeras avenidas del río en el verano de 1892. El día 2 de julio, al subir el nivel del río con las primeras lluvias de la estación, el Ing. Tays, franqueó la compuerta provisional de la bocatoma y una lámina de agua con tirante de 9 pulgadas entró por su propio pie, tardando 10 horas en llegar a la séptima milla, extremo del canal en El Público.

Con tal motivo, los colonos se llenaron de gozo; el éxito estaba en sus manos, pero como tan sólo les había sido posible desmontar y preparar una reducida extensión de tierra, en El Público, para aprovechar el riego, prácticamente perdieron la primera temporada agrícola. Los colonos no habían ciertamente acondicionados sus tierras, con oportunidad, porque no tenían recursos. Por otra parte, tampoco el fideicomiso tenía en el "Fondo", el dinero necesario para haber construido con anticipación los canales laterales, que tan indispensablemente, se requerían para la distribución del agua en los terrenos. Total, los ánimos se entristecieron.

Haciendo un paréntesis, dediquemos ahora algunas palabras a la memoria y personalidad del constructor del canal, el Ing. Eugene A. H. Tays (Don Eugenio). Nació en West Point, Nueva York, el 24 de

octubre de 1861. Hizo sus estudios, inclusive los de ingeniero civil y de minas, en el "Mayville Baptist Institute", de Mayville, Kentucky; en el "Burlington Military Collage", de Burlington, Nueva York y en el "Unión Collage", de Scvhenectady, Nueva York. Muy joven aun, pues eran los años de 1882 y 1883, se empleó en la construcción de la línea del Ferrocarril Central Mexicano, que ligaba a Ciudad Juárez con la capital de la República. Cuando se hallaba ocupado en esos trabajos, Owen lo interesó en el ferrocarril, sección Topolobampo a la Sierra; con este motivo, desde entonces llegó a Sinaloa, concretamente a nuestra región, donde por muchos años trabajó como ingeniero, desempeñando los cometidos que ya se han especificado.

En 1885, don Eugenio, contrajo matrimonio con la señorita, doña Rosaura Vega Gaxiola (doña Chagua), radicándose en el humilde rancho de San Blas, el cual años después se convirtió en la estación y crucero de dos importantes líneas ferroviarias. En San Blas nacieron los hijos del matrimonio: José, Eugenio ("Cajeme"), Eloisa, Jorge, Linda, Alejandro y Clemente. Cuando ya se desligó de los negocios de Owen, don Eugenio, por su propia cuenta emprendió negocios de minas, agricultura y ganadería. Los últimos años de su vida se dedicó al ramo de la exportación, distribución y venta de legumbres cosechadas en el Estado de Sinaloa, le valieron acendrada estimación de quienes lo trataron como amigo y hombre de negocios. Amó a México como a su patria misma y cuando entregó su alma al Creador, el cementerio de San Blas, recibió en su amorosa entraña, los restos mortales de tan querido cuanto prominente vecino del lugar, fallecido en los EE. UU., el 22 de julio de 1928.

SURGEN DESAVENIENCIAS

Ya el lector ha quedado enterado del feliz suceso de la terminación del canal, así como de que, de relativamente poca significación, fue el aprovechamiento del agua para el riego de sus tierras logrado por los colonos, cuando la obra entró a funcionar. Después se presentó el primer escollo. Cuando pasó la temporada de lluvias, las aguas del río, al bajar del nivel, ya no entraron por su pie y el canal dejó de funcionar. Entonces, para conseguir la entrada del agua nuevamente y así poder salvar

las cosechas, se hizo necesario represar las aguas, improvisando, sobre el lecho del río, un retén formado con ramas, tierra y arena, empresa en la cual todos cooperaron con su esfuerzo.

Tras de esta primera dificultad, vino a presentarse la del asolvamiento del canal, ocasionado por el acarreo y asentamiento de arena y limo principalmente a la entrada del acueducto. El caso era tan serio e inquietante, que en más de una ocasión les llegó a faltar a los colonos el agua para beber, teniendo que transportarla en barricas para poder satisfacer esta necesidad. El trastorno experimentado se imputaba a la poca pendiente de canal y a su inefectividad. Consecuentemente sobrevino un abatimiento de ánimos, ya hasta la inconformidad agresiva de algunos de los colonos, no faltando quienes se airaran, renegaran y acabaran por enderezar sus acres censuras en contra de la dirección y de la administración, por no haber previsto las fallas.

Resolver pues el gran problema del canal, era asunto de importancia vital para la subsitencia de la Colonia. Se requería, para remedio de males, instalar una bomba. Pero ni los colonos, ni la administración, se hallaba económicamente capacitados para afrontar el alto costo de la planta y de su instalación, así como para sostener el constante y crecido gasto del desazolvamiento.

Al emprenderse la construcción del canal, de manera precia se había estatuido que el valor de los enseres, herramientas, animales de trabajo y demás, que aportasen a la obra de los colonos, se les expediría, en lo individual a sus dueños, certificados que se les recibirían en pago de las acciones de "The Credit Foncier Co.", o ya en pago de cuotas por agua o, asimismo, de otros muebles cualesquiera; por lo que, a la terminación del canal, aquellos bienes de trabajo pasaron al fideicomiso en posesión de todos esos elementos, sin necesitarlos, los que en cambio si eran de utilidad para los colonos, a ellos mismos se les vendieron aceptándoseles, en pago, acciones o bonos del "Credit Foncier"; operación mediante la cual se redimieron 46 mil pesos de acciones emitidas por dicho "fondo".

Ideas muy encontradas caldeaban el ambiente. La querella inevitable se había convertido fundamentalmente en asunto de doctrina y

procedimiento, y aparecieron entonces los individualistas formando una facción contraria ala de los comunalistas. Se impugnaba por los inconformes el funcionamiento de la sociedad, en el aspecto de la producción, en el de los bienes en comunidad y en el de la vida de los colonos, y en contraposición con este sistema deseaban la propiedad privada, vida por separado y producción individual.

Gran número de colonos, entre los que figuraban los más antiguos, en forma decidida comulgaban con los principios de "The Credit Foncier Co." Y, por lo mismo, se mostraban dispuestos a poseer, producir, distribuir o vender sus productos y vivir, bajo el plan de cooperación integral. A este respecto el propósito de Owen era adaptar un sistema de "common wealt", en el que todas las cuestiones de orden social fueran resueltas por la asamblea en pleno; pero la idea no se había llevado a la práctica en vista de las amenazas de los disidentes, y del temor de perder el predominio y de que se afectaran los principios, a lo que seguramente obedecía la conducta dictatorial del director Wilber. Los demás colonos, los nuevos en general, en su mayoría admitían la idea esencial del cooperativismo o asociacionismo, pero estaban descontentos con Owen y sus más allegados colaboradores.

Aparte de estas cuestiones ideológicas, que estaban llevando directamente al cisma a la Colonia, se presentaron dificultades muy serias por el reparto del agua, que dieron lugar a escándalos desenfrenados y a que consecuentemente se agudizaran las enemistades entre los dos bandos o facciones rivales que llegaron a constituirse. Uno de esos bandos era el llamado de los "saints" (los santos), en el que se agrupaban los partidarios de Owen y de "The Credit Foncier Co.", y el otro de los "kickers" (los pateadores), en el que se hallaban afiliados los rivales de los "saints" o sea los amigos y partidarios de Hoffman, que se pronunciaron por el individualismo y la propiedad privada. Los vocablos "saints" y "kickers", no eran sino los motes que mutuamente se aplicaban los contendientes, unos por dóciles y conformistas, y otros por iracundos y renegados.

No había llegado aún a su clímax el desbordamiento de pasiones cuando, el 12 de febrero de 1892, de los EE. UU., llegó el Ing. Owen con el propósito de reorganizar la administración y negocios de la Colonia,

la que por esa fecha contaba con 295 miembros adultos. El 16 de marzo formuló su memorándum de avenimiento ("Memoranda Agreement") con la gente de los campos y del canal. Y, conduciéndose con el mayor tino, dio atención a las demandas que se le presentaron, reconociendo a los colonos el derecho que les asistía para seleccionar y elegir a sus directores locales. La consecuencia inmediata fue la eliminación de Wilber como director encargado o ejecutivo, y el paso de la administración del canal a manos de un comité de hombres prácticos, compuesto por J.S. Payne, John Dowling y Jacob Dockter. Sin embargo Wilber continuó siendo el director residente.

Hasta más tarde, en febrero del siguiente año, estuvo Owen de acuerdo en que se reorganizara el la C.F.Co., y esto dio origen al nacimiento de una nueva sociedad, denominada "The Integral Cooperative Co.", de la que más adelante se hablará.

Muchos de los colonos abogaban por la propiedad directa e individual de los terrenos que ocupaban y que habían obtenido mediante pago o crédito; mas, en vista de la índole propia de la C.F. Co., la demanda se desechó. Igualmente se demandó la independización o la separación absoluta de intereses de la C.F.Co., y los del ferrocarril Topolobampo-Presidio del Norte. El discurso de Owen que produjo la unificación, al menos en forma transitoria, constituyó un pieza oratoria llena de elocuencia, que tuvo por título "Le tus be friends" ("Seamos Amigos"). La conciliación dejó recuerdos imborrables –lo manifiesta una cita recurrida por Tomy Robertson: "Uno de los eventos que no se olvidarán en la historia de la colonia es la forma magistral en que se unieron todas las facciones... de sus clara y ardiente interpretación de los principios que habían venido a ser mal entendidos por muchos... él accedió a casi todos nuestros deseos... no se hizo ni la más leve censura... nunca había ocurrido tal restauración de la confianza y la fe... "Y bajo la placidez de semejante clima, a partir de la reducida extensión que en el principio delimitó el Ing. Herring en El Público, el Ing. Page se encargaba de hacer trazo de los laterales (7 millas en total) del gran canal y del parcelamiento de los terrenos de la Colonia de Los Mochis.

En esos años los grupos socialistas de algunos países observaban

con mucho interés, la marcha de los asuntos de la Colonia de Topolobampo. Particularmente líderes como Hurzka de Alemania, Mueller de Suecia, J. Bruce Wallace de Inglaterra, y un multimillonario de Lugano, Suiza, Michael Flurschiem, quien en abril de 1892 contribuyó con mil pesos para la Colonia y quien, interesado en ella, propuso construir fábricas que los colonos debían comprar trabajando en ellas y abonando en cuenta una parte de su trabajo. Durante el periodo de las desavenencias que se registraron, Flurschiem sostuvo correspondencia con Owen y con Hoffman tratando de reconciliarlos. Pero en el fondo él se inclinaba al parecer de Hoffman y a las razones que lo asistían en su carácter de presidente de la K.S.I.Co., constructora y administradora del canal; y francamente después se puso del lado de los adversarios de Owen.

ASAMBLEA HISTÓRICA.

Era una necesidad precisa que se restableciera la armonía entre los intereses de Owen y los de Hoffman. La solución la ofreció, al parecer, la sociedad que bajo la denominación de "The Integral Cooperative Co." constituyeron "The Credit Foncier Co.", y "The Kansas-Sinaloa Investment Co.", ante el Juez de Primera Instancia de la Villa de El Fuerte, el 18 de marzo de 1893. Era una sociedad cooperativa limitada, con duración de 99 años y un capital de 50 mil dólares representado por acciones de 100 dólares cada una.

Owen traspasó a "The Integral Cooperative Co.", la concesión de que él disfrutaba para colonizar las tierras desde Topolobampo hasta El Sufragio, así como la propiedad de los terrenos que él había adquirido, más los derechos para el aprovechamiento de las aguas del río, por todo lo cual se le reconocieron en acciones y créditos 250 mil dólares. Por su parte Owen otorgó, a favor de la nueva compañía, el traspaso de sus contratos sobre las tierras de Los Mochis y el canal.

La nueva sociedad, organizada de acuerdo con las leyes mexicanas, se proponía llevar a cabo la colonización de todas esas tierras, con apego al plan cooperativo propuesto y sostenido por Owen; y por tal concepto la compañía quedaba facultada, según los términos de la escritura de su constitución, para adquirir y administrar propiedades, negocios agrí-

colas, mineros, de aguas, de gas, fabricación, transportes, construir y administrar escuelas, etc.

Una idea bastante amplia del campo de acción dentro del cual operaría la compañía, la ofrece en síntesis su organización administrativa departamental (10 divisiones): Banca: seguro de vida, enfermedades, invalidez, accidentes, calles y parques; legal: arbitraje y registro; Empleo de motores; fuerza, luz y calefacción; Comercio: compra y venta; Industria; Transportes y Comunicaciones; Ciencias sociales, educación y diversiones; Agricultura, comprendiendo los ramos forestal y de caza y preservación; Salubridad: servicio médico, farmacia e higiene.

Bajo la dirección de Owen y Hoffman, "The Integral Cooperator Co." regeneraría el manejo de los terrenos y del canal; y en cuanto al problema social planeado por la división de los colonos en individualistas y en socialistas, en lo sucesivo unos y otros ante la compañía estarían colocados en el mismo plano de igualdad. Empero, el arreglo o la nueva fórmula no tuvo el resultado práctico que se esperaba, puesto que su ineficiencia no tardó en evidenciarse frente al desastre. La cuestión por resolver, o el problema creado, no era en realidad tan sencillo que se llegara fácilmente en un arreglo; pues los puntos de vista y las demandas de los contrarios, por su base eran incompatibles con los principios que Owen con celo y a toda trance sostenía. Y como el abismo era insuperable, la pugna surgida en la Colonia se ahondaba cada día más en las opiniones, en las tendencias, en los intereses y en los afectos, circunstancias que colocaron frente a frente a los "saints" y a los "kickers".

Se había hecho la convocatoria para la celebración de una asamblea para revisar la organización, en el campo "Catwood", el 27 de mayo de 1893. Hoffman, tratando de reconciliar sus ideas con las de Owen, escribió a Michael Flurschiem invitándolo al mitin. Flurschiem propuso que con anticipación celebraría en Nueva York una entrevista con los jefes de las dos compañías.

Así se hizo y de las pláticas debió haber surgido algún plan de arreglo, dado que Owen y Hoffman telegrafiaron a los colonos anunciándoles que las dificultades quedarían zanjadas. De suerte que los colonos quedaron a la expectativa de que se habrían de tratar y resolver las difi-

cultades que los intranquilizaban, en la asamblea del "Catwood", a la que en la fecha precisa asistieron Flurschiem, Owen y Hoffman.

Los descontentos con los métodos de la C.F.Co., y con la actitud de Owen, puntualizaron a éste a una lista de veintidós cargos. Lo tachaban de irresponsable tanto moral como financieramente, y de que se hallaba poseído de vanidad. "Es petulante, violento y vengativo, y mientas toma pose de filántropo, no tiene escrúpulos para satisfacer sus locos propósitos". "The Credit Foncier Co."; el canal, del "Improvement Fund Script". Los "kickers", partidarios de la propiedad privada, de la producción individual y de la vida por separado, demandaban de Owen la titulación de sus parcelas, derechos precisos sobre el agua y participación mayoritaria en la administración del canal. En contraposición a esa demanda, los "saints" propusieron que se operara de acuerdo con las leyes mexicanas y a través de una oficina local, pero conservando los principios de cooperación integral, los cuales eran tan rígidos que de hecho cerraban las puertas a las modificaciones de trascendencia exigidas por los disidentes.

Pero no era Owen de los individuos que habrían de traicionar sus ideas; en el caso, o sea abjurando, o quebrantando los métodos institucionales del "Credit Foncier". Se hallaba pues, dentro de un terreno en el cual no podía hacer concesiones que pudieran ser funestas para su causa. Mas por otra parte, sintiéndose complacido y apoyado por la ortodoxia de los "santos", sus adictos, sostuvo el punto de vista que éstos presentaron a la asamblea, e insistió en retener la posesión de la tierra, los derechos del agua y la concesión misma que para colonizar le había otorgado el gobierno federal.

Por empeñosos que fueron sus deseos, resultaba en verdad imposible una transacción entre dos tendencias separadas por un abismo. Y como la asamblea del "Catwood", aunque borrascosa y todo, no dio el resultado que se perseguía –en cierto modo la conciliación de intereses-- el fracaso fue rotundo para los individualistas, no sin que por desventura repercutiera en el desenvolvimiento de la Colonia y en su unidad social. Ese fue el cisma. El distanciamiento entre los grupos antagónicos se hizo mayor. Y, al final, Hoffman "aventó el arpa" dejando a sus partidarios,

los heterodoxos "kickers", abandonados a su propia suerte. Hoffman se retiraba de los negocios de la Colonia, al vender sus acciones y derechos en la K.S.I.Co., al Coronel Alson J. Streeter. El adquiriente era un reformador social quien, en alguna ocasión los EE. UU., el Partido Laborista ("Union Labor Party") llegó a postular como candidato a la presidencia de la República.

En vista de que en la asamblea de marras fallándoles a los partidarios de Hoffman sus pretensiones, todavía en busca de una solución hizo. Flurschiem viaje ex profeso a la Ciudad de México para hablar con el Gral. Díaz, a quien en audiencia que tuvo con el Presidente, ya no logró persuadirlo. Por lo que claramente se ve que Owen contaba con el apoyo del gobierno mexicano.

Al adquirir los derechos de Hoffman, Streeter se había convertido en propietario de una vasta extensión de terreno dentro del Valle del Fuerte; pero no tenía concesión alguna para utilizar las aguas del río. Y como en aquellos años críticos el problema del agua era de vida o muerte, Streeter ofreció a los colonos instalar en la bocatoma del canal una bomba con capacidad adecuada y venderles el agua, precisamente en cuenta de acciones sobre la concesión. Al considerar tendenciosa esa oferta, los "saints" la declinaron no obstante su situación de apremio, dando con ese proceder una muestra, en grado heroico, de lealtad a sus convicciones y a la persona de Owen.

No se habían cumplido todavía los cinco años, término del fideicomiso, cuando inesperadamente Hoffman entregó a los colonos el canal, dejando pendiente de construir la compuerta en la bocatoma y un desagüe. Como concesionario de las aguas y presidente además de la C.F.Co., Owen intervino en consecuencia y puso la administración del canal –el elefante blanco—en manos de los señores Albert Law y George Page. Y aunque los encargados no llegaron a disponer de los elementos necesarios para cometer y dar cima a las obras pendientes, sostuvieron la carga lo mejor que se pudo durante dos años, o sea hasta 1895, en que la K.S.I.Co., reapareció en escena, plantando una demanda por conducto de sus representantes Alson J. Streeter y Henry A. Hart. Este último era un antiguo miembro del concilio de la ciudad de Stocton, Kansas;

de oficio joyero y relojero; tesorero de la K.S.I.Co., y colono establecido entre los "kickers".

Después de los turbulentos sucesos del memorable 27 de mayo de 1893, Owen no regresó ya más a la Colonia. Durante los dos primeros años de su ausencia, en Topolobampo "The Credit Foncier of Sinaloa" estuvo haciendo recordaciones acerca de los esfuerzos que él desarrollara por sostener y promover la causa de la "cooperación integral", a través de su incesante propaganda de lecturas impresas que hizo llegar al seno de varios grupos en los Estados Unidos, Inglaterra y México, y de artículos especialmente consagrados a los colonos.

Los esfuerzos en pro de la colonización no se interrumpieron a pesar de todo, reanimados por el ex agente de la C.F.Co., en Colorado, Dr., B.A. Wheeler, y localmente por el representante de Owen, Joseph Hampl, un joven dibujante e ingeniero, germano-americano, que durante algunos años, antes de venir a la Colonia, tuvo a su cargo la oficina de su representado, en el puerto de Guaymas.

EL "FARM" Y EL "PLAT"

Aquellos colonos que después del mitin permanecieron fieles a Owen, eran los que vivían en El Público y en Topolobampo. Se hallaban en El Público, o sea al extremo del canal, establecidas unas 150 personas, formando un grupo que se mostraba anuente a poseer, distribuir y vivir bajo la más estrecha cooperación. Únicamente eran consentidos los derechos de propiedad privada, en los bienes del hogar. No era el área ocupada por ellos, mayor de 250 acres, en los que se permitía a los jefes de familia construir sus casas en solares desde 2 hasta 10 acres; el resto del terreno no podían ser utilizado ni trabajando en otra forma que no fuera la colectiva, es decir: por y para la misma comunidad. Estos colonos de El Público eran los que constituían el bando de los "saints" o "santos".

El sitio que ocupaban éstos recibió la denominación de "Engeneer Farm" (o simplemente "Farm": hacienda o granja) y en concomitancia la de "Public Farm", del cual directamente procede el toponímico "El Público". Era este propiamente el asiento oficial de la Colonia; pues allí se hallaban establecidos la dirección de ella, la intendencia, la tienda o

almacén ("comisary"), el taller de herrería y el de talabartería, los corrales y además los servicios comunales de cocina, comedor y lavandería. La vida, el trabajo y la producción, consiguientemente, se regían en todos los sentidos por los lineamientos del sistema falansteriano o del "common wealth", postulados por "The Credit Foncier Company".

Al poblarse en El Público los comunalistas, de pronto surgieron las casas que ellos construyeran al estilo de las que tenían los nativos de la región, pero adornadas con vistosas enredaderas y cada cual con su jardincillo. En esta comunidad cinco maestras impartían enseñanza escolar a 60 niños. Se organizó un grupo femenino para la cultura social. Tenían un Liceo, como el de La Logia. Y no les faltaban entretenimientos musicales, bailes y jugos de cartas. Había de ordinario doctrina o escuela dominical de iglesia ("Sunday School"), pero no templo. Muchos declaraban su inconformidad o bien rehusaban su cooperación para construir una iglesia; mas sin embargo, en los hogares había grupos encargados de los servicios u oficios religiosos, en privado.

En la tienda o almacén de la comunidad se adquirían las provisiones de boca y algunas otras mercancías. La compra de los efectos se hacía mediante dinero o con los certificados que los colonos recibían invariablemente, ora por su trabajo, ora por los productos cosechados, previa y debidamente tasados. Todo aquello que producían o cosechaban los asociados de la C.F.Co., pasaba directamente a la tienda o almacén; y a cambio, aún cuando los productos entregados no fueran de fácil realización, se les expedían a los dueños certificados por su valor, mediante los cuales podían surtirse indistintamente de otras mercancías surtidas por la propia dependencia. Pero nunca llegó a suceder que los productos arrancados a la entraña de la tierra, por su valor y demanda rindieran los suficiente para obtener todo el numerario preciso con que adquirir o comprar, en el mercado capitalista, los efectos de que se carecía y que la necesidad imponía imprescindiblemente.

Cotidianamente los del "Farm" enviaban a sus compañeros de Topolobampo, algunas raciones de comestibles. Y reciprocando, pos su parte los de la bahía mandaban a los del "Engeneer Farm" pescado, tortuga (caguama), a veces carne de venado y también carne oreada

de tortuga o en tiras ahumadas que sabía preparar la encargada de la cocina comunal en el puerto, Agusta Matson. Los colonos porteños, que ascendían por esas fechas a 35, se dedicaban unos a la pesca, otros a proveer el agua para beber y la leña, otros a la caza y el resto a distintas ocupaciones. Sabemos ya, por otra parte, que en la Bahía se imprimía por Marie Howlan y por Dawkins el periódico de la Colonia, "The Credit Foncier of Sinaloa"; pero Marie se ausentó para los EE. UU., a fin de escribir "The Youths' Companion" y otras publicaciones, después de lo cual pasó a la colonia socialista de Fair hopee, Alabama, en la que permaneció hasta su muerte; y en sustitución de ella quedó, en la redacción del periódico de Topolobampo, Ira Howland. George Desmond y su mujer, consagraban su tiempo y atenciones a una cría de gallinas en el islote y cerro de Mumucahui; pero la epidemia o plaga acabó con esta cría. Y, en fin, además los de la Bahía poseían una partida de cabras, que pastoreaba un indio que ganaba, al mes $6.50 en efectivo y dos almudes de maíz como ración.

Los "saints" ocupaban la parte superior de los terrenos, a la terminación del canal, y por lo tanto eran los primeros en beneficiarse con los riegos y además prácticamente en sus manos quedaba el control del agua, lo cual constituía para ellos una gran ventaja en el ambiente de las reyertas que tenían con los "kickers". En cambio éstos se hallaban establecidos hacia la parte inferior con respecto al canal, sobre un área como de 1,700 acres de terreno. En esta sección un grupo de 38 jefes de familia adquirió para cada quien parcelas de 2 hasta 40 acres, vendidas por la "Credit Foncier" a razón de 5 dólares el acre.

Esta zona correspondiente a los "kickers" recibió la denominación del "Plat", porque estaba dividida en "plats" (lotes o parcelas). Se extendía, desde su colindancia con El Público, hasta la esquina donde después la Sinaloa Sugar Co. Construyó la escuela "Law Stillwel", frente al canal 5. Las propiedades de Scally y de Eckard se extendían hacia el este, hasta el canal 7; mucho de ellas se ha incorporado a la actual ciudad de Los Mochis. Todas estas propiedades de los del "Plat" eran muy conocidas de los vecinos de Los Mochis, bajo el nombre de sus respectivos dueños, y como por ejemplo las llamaban:

Campo Scally, Campo Julio, Campo Jordan, Campo Hays, Campo Bunker, Campo Robertson...

Los del "Plat", todos en conjunto, participaron febrilmente en el movimiento de desintegración que surgió en el seno de la Colonia, contando en esas lídes con guías o líderes de algún prestigio, tales como Henry A. Hart, tesorero de la K.S.I.Co., el Dr. Joshua W. Scally y sus dos hijos, y además sus yernos John Newton y Gran Burr; Tom Whitzel; C.J. Lamb; Julio Eckhardt, y Cyrus Stanley.

A raíz de haberse efectuado la asamblea de mayo (1893) en el "Catwood", en una junta particular que tuvieron los colonos del "Plat" el 17 de junio, nombraron un comité integrado por el Dr. Schellhous, C.H. Cheys, H. M. Heiling, M. Flurschiem y C.B. Hoffman. Se encargaría de este comité de elaborar un plan para reorganizar la Colonia bajo las leyes de México, siguiendo en parte las proporciones formuladas por los "saints" en la asamblea del "Catwood".

En el curso de ese mismo mes, a la reunión del "Plat" se sucedió otra en el "Farm", en la cual se presentó Owen acompañado de don Martín Vega con gente armada a su mando, para hacer valer sus derechos. Owen "the great and noble" (el grande y noble), en forma terminante declaró ante la junta que expulsaría por la fuerza, es decir, valiéndose de los soldados, a sus contrincantes.

Reinaba en 1893 una excitación de escándalo, con motivo de las controversias suscitadas en torno de los derechos sobre el agua y la tierra, variando en grado la excitación según la época del año, toda vez que en el período de avenidas no había disputas por el agua. Por su parte los del "farm" apelaban a medidas extremas, privando del agua a los del "Plat" para que éstos capitularan por sed y hambre. En las disputas por tan largo tiempo sostenidas, los "kickers" eran las víctimas de los "saints", puesto que éstos ejercían predominio sobre el canal; y por su parte los perjudicados en ocasiones, para salvar sus cosechas, se veían en el caso de abrir por la fuerza, de día o de noche, las compuertas del lateral número 3, que los del "Plat" construyeron con sus propios elementos. Esta conducta daba lugar a encuentros personales muy desagradables, que culminaban en riñas con lesiones. A ese grado

llegó la exaltación de los ánimos; y en el sentir de los descontentos, los directores Wilber y Law eran los responsables y a ellos se debía la hostilidad de que aquellos eran objeto con motivo de las reformas que deseaban, en sus conceptos justos y procedentes.

En defensa de su jefe y amigo, en 1893 Joseph Hampl escribía estas censuras para los contrarios: "Owen ha sido combatido, ha sido traicionado, se ha conspirado contra él, y esto por personas a quienes había interesado en hacer una visita a Topolobampo y sus alrededores (¿acaso se refería a Flurschiem?) y por personas que viven en Sinaloa y han recibido y seguirán recibiendo la mayor parte de los beneficios de la prolongada labor suya".

Se había llegado ya al punto en que eran necesarios procesos judiciales, para deslindar los derechos sobre el agua, entre los colonos de la "Credit Foncier" y la "Kansas-Sinaloa" que se consideraba propietaria del canal.

En la asamblea del 17 de junio, en el "Plat", se atacó duramente a Owen. En la misma y conforme al plan que presentó el comité designado en su oportunidad para ese objeto, llegó a organizarse "The Freeland Society" (Sociedad "Tierra Libre"), de la que formaron parte integrante J.S. Payne, como presidente; C.J. Lamb, como secretario; McLung, Haffie C. Green, T.B. Manning, Wm Ross, S. Brancroft, M.C. Chase, B.F. Burr, J.P. Scally, Chas W. Lockwood, T.J. Witzel, H Stanford, L.J Bumstead y otros 57 colonos, y además algunos mexicanos incorporados al grupo. En Buffalo, N.J., ocho personas integraron el "Freeland Club", con la finalidad de hacer propaganda y ayudar a los propósitos de "The Freeland Society", y con ese mismo propósito se editó, en los EE. UU., una revista cuyo título era "Freeland", o sea Tierra Libre.

Esta sociedad de la "Freeland", organizada por los "kickers" y apoyada financieramente por Michael Flurshiem, no hizo más que enredarse en las complicaciones en que se encontraban la K.S.I.Co., y la C.F.Co.. Tan es así, que tan pronto como se constituyó dicha nueva sociedad, se les previno a sus miembros que no debían aventurarse en siembras, ya que de plano no contaría con el agua del canal para sus riegos

Y en apoyo de Owen, como él tenía concesionados los derechos del

agua, la Secretaría de Fomento comisionó a don Martín Vega para vigilar que el agua se distribuyera de acuerdo con los términos de la concesión. En este pleito los del "Plat" tildaban de parcial en favor de Owen, al Gobernador Cañedo, ya que no tomaba en consideración los intereses del sector quejoso. Por su parte y a guisa de medida disciplinaria, los administradores del canal, Albert Law y George Page, representantes del Ing. Owen, no permitían el paso del agua hacia el "Plat", donde vivían no menos del 50 por ciento de los colonos de Los Mochis. Así pues y como es fácil comprenderlo, la situación a que se veían reducidos los "kickers" era dura en extremo y desconcertante, para ellos.

COLONOS QUE EMIGRAN

Por ese tiempo la "Richardson Construcción Company" comenzó a excavar el canal del río Yaqui y hubo un éxodo de importancia de colonos de una y otra facción para este trabajo; algunos de ellos continuaron hasta los EE. UU., después de que se terminó el trabajo y otros regresaron a Los Mochis para vigilar sus propiedades.

En una reunión que los "kickers" celebraron en el local de la escuela del "Plat", el mayordomo expuso la idea de emigrar hacia la prometedora y fértil región del río Yaqui. Semejante proposición, aún cuando entrañaba una medida extrema, halló eco en muchos espíritus. Cada día que pasaba, los del "plat" sentíanse más molestos e inconformes con sus rivales del "Farm" y con Owen. Así es que al final llegaron a abrigar el convencimiento de que el traslado propuesto, bien pudiera resultar beneficioso para la generalidad; por lo mismo el 19 de octubre de 1893 se mandaron comisionados al Yaqui, a estudiar las ventajas y posibilidades del cambio.

Un considerable número de "kickers" a la postre determinó emigrar y, formulados los planes del caso, "The Freeland Society" adquirió en San José, río Yaqui, 7,200 hectáreas que se compraron a don Carlos Conant. A este señor el gobierno federal le había adjudicado en propiedad y para su venta, una vastísima extensión territorial en aquella región, y con el privilegio de utilizar las aguas de los ríos Yaqui y Mayo. El efecto de la promoción emigratoria fue el de fortalecer, en el ánimo de

aquellos que habrían de continuar en el "Plat", la idea del individualismo que habían venido sosteniendo contra viento y marea.

Mr. Law quiso impedir que los que abandonaban la Colonia, se llevaran los útiles de trabajo que se habían traído al amparo de la concesión de Owen; pero como sus poseedores eran los que las habían pagado, Law no consiguió su objeto.

Quienes resolvieron partir carecían de dinero. Pero al fin contrataron en Mochicahui, con don Manuel Borboa, seis carros grandes tirados por mulas, en los que a fines de noviembre salió hacia las nuevas tierras un grupo de 11 hombres, 2 mujeres y 3 niños. Y el 28 de diciembre de, otra partida de 30 hombres, 17 mujeres y 16 niños, dijo adiós a Los Mochis y a Sinaloa, ausentándose a bordo de cinco carros. El éxodo arrastró a varios de los pioneros de la "Colonia de Topolobampo", entre ellos los Schellhous, los Spence, los Standfast...

Se sintieron en el deber de explicar al gobierno mexicano las causas que motivaban el cambio que estaban efectuando. Lo hicieron mediante un escrito que se dirigió al Honorable Fernández Leal, Ministro de Comunicaciones. Se fechó en Mochicahui al 31 de diciembre de 1893 y estaba suscrito por 37 colonos miembros de la "Freeland", y en el cual los signatarios exponían sus quejas en contra de Owen. Lo acusaban de que él y sus agentes, han asumido el derecho de controlar a estos colonos en sus productos, sus labores, propiedades y personas. Que ha impedido que los colonos importaran bajo las leyes de colonización y bajo su concesión, provisiones, herramientas para la industria y otras cosas indispensables a sus actividades. Que ha violado y repudiado muchas veces sus contratos con los colonos, apareciendo como propietario de tierras, que no son suyas. Que ha asumido propiedad y control en el canal construido por los colonos, quienes por su culpa han experimentado pérdidas. Empleando soldados mexicanos, ha tratado de expulsar a los colonos de las tierras que ellos contribuyeron a comprar. Ha sido la causa de los litigios que envuelven los títulos de la tierra... y ha manifestado que no está obligado a responder a ningún cargo que los colonos le hagan ante los tribunales de Sinaloa y México... Y por estas causas –exponen—estaban en camino con sus bienes

hacia Torin, donde esperaban establecer, con el favor de la Secretaría, o del Gobiernos mexicano, sus hogares e industrias.

NUEVOS LÍOS

En vista de que don Martín Vega dimitió como representante de las autoridades en el manejo del agua, para substituirlos se nombró a don Francisco de P. Álvarez; pero en enero de 1894 don Zacarías Ochoa fue designado administrador del canal, quien decidió dar agua a todos los colonos e imponer el orden con fuerza armada a su mando.

La demanda judicial aquella, que habían presentado Streeter y Hart a nombre de la K.S.I.Co., no era directamente en contra de la C.F.Co., sino contra sus representantes Albert Law y George Page, en lo personal. El juez de primera instancia, en El Fuerte, sustanció la demanda y el canal nuevamente volvió a poder de la "Kansas-Sinaloa Investment Co.". Y mientras tanto la "Credit Foncier Co.", propietaria del canal, había perdido legalmente sus privilegios y derechos. Murió, como en afortunada frase lo expresa Clarissa Kneeland, "de muerte natural, dejando muchos herederos y sin nombrar albacea".

El proceso legal –explica el "Our Hatchet", periódico de los Kneeland—por su duración dio tiempo y oportunidad para que la sentencia fuera revocada y volviera el canal a manos de Law y Page; porque, entre tanto, "The Kansas-Sinaloa Investment Co." había descuidado sus pagos a los dueños de los terrenos de Los Mochis y perdió su opción. Quedaba pues el dominio del canal en dos de los colonos, personas privadas las cuales al parecer, se hallaban en desacuerdo. Más uno de ellos cedió su mitad al representante legal del Ing. Owen, en tanto que el otro cedió la suya a "The Kansas-Sinaloa Investment Co.", sociedad que en esa forma pudo reasumir sus derechos sobre el canal.

Debido a que había obras pendientes de terminar y por falta de atención, el canal se azolvó, adquiriéndose medios artificiales para elevar el agua del río al canal. Pero la instalación de una bomba requería una fuerte inversión, para la que ni Law ni Page estaban capacitados; por otra parte los gastos de operación de esa bomba resultaban elevados. No pudiendo pues las personas expresadas resolver individualmente el pro-

blema, el canal pasó a manos de una nueva compañía que se formó bajo la denominación de "Riegos", o mejor dicho de "Riegos Company"; los que la integraban eran tenedores de acciones del canal, correspondiendo el predominio al Crl. Alson J. Streeter, quien a través de su operación "Riegos Company" reconoció en forma expresa que los tenedores de acciones eran los únicos propietarios del canal; a lo que se opusieron algunos de los colonos, quienes, al no conseguir el apoyo que esperaban obtener, bien pronto se convencieron de que el canal era un elefante blanco y era además la manzana de la discordia.

EPOCA DE PROSPERIDAD

"Durante los cinco años, entre 1895 y 1900, disfrutamos de pequeña prosperidad en Mochis", asienta el señor Ross. L. Page en unas reminiscencias inéditas escritas en inglés.

El Crl. Alson J. Streeter, de quien se habló anteriormente, vino de los EE. UU., y compró una faja de tierra que se extendía desde Charay hasta Los Mochis, y que se llamó "Faja de Santa Rosa". Esta persona, según relato hecho en el rubro antecedente, a través de la sociedad denominada "Riegos Company" y en virtud de una operación de traspaso que concertara con Hoffman, adquirió las acciones del canal de Tastes que tenía en propiedad la K.S.I.Co.. Según Ross Page, Streeter tenía esperanzas de ganarse la posesión del canal, pero no logró. Sin embargo, en su entusiasmo adelantó dinero para una máquina de vapor de 25 H.P. y la instalación de una bomba "Mange", la cual entró en funcionamiento el 10 de noviembre de 1893. Más tarde los colonos instalaron un duplicado en este equipo, que se compró de segunda mano a los Borboa de Mochicahui, entonces ya con estas bombas en operación, los colonos tuvieron un buen abastecimiento de agua para la pequeña superficie que cultivaban.

Desde 1893 con Carlos Lindstrom, contador de la K.S.I.Co., había hecho el pronóstico de que no estaba lejano el día en que "Topolobampo" llegaría a ser famoso por su producción de azúcar. Evidentemente, al referirse a Topolobampo, se hacía alusión a las tierras de regadío de la Colonia en Los Mochis. Los colonos por esa misma fecha habían planta-

do cierta superficie de caña de azúcar en Los Mochis y, sujetos al resultado de la bomba recién instalada en Los Tastes, se proponían duplicar el área en el siguiente año. La caña, cosechada en 1894, la compró el señor Benjamín F. Johnston para el ingenio azucarero de El Águila.

El experto azucarero Mr. Burk, reveló que la caña que se producía en Los Mochis tenía un 50 por ciento más de azúcar que la de Louisiana. Y se puso a demás de manifiesto que en los hasta entonces menospreciados terrenos barrialosos de los colonos, se obtenía caña muy superior en riqueza de sacarosa, que la cosechada en las tierras ribereñas de naturaleza aluvional próximas al río; acusado además un rendimiento que se consideraba satisfactorio, de 44 toneladas por acre, a un costo de 4 a 5 pesos por tonelada.

Cuando la Colonia llegó a contar con agua elevada por bombeo, para el riego de sus terrenos mediante el canal de Los Tastes, todos comenzaron a sembrar caña de azúcar. En El Público se instalaron 4 panocherías para moler la caña al partido, siendo sus dueños Manuel Moreno Portillo de Mochicahui, Carlos Camiade y "Schultz and Schwingle"; y los Scally pusieron una fábrica de buen tamaño en el solar de su casa.

"Ahora –relata Ross Page— teníamos efectivo que nos entraba y la mayor parte de los antagonismos se habían olvidado, con la excepción de unos pocos de soñadores que todavía se aferraban a sus solares en espera de que viniera Owen a hacer un milagro, todos estábamos relativamente contentos. Sin embargo, aunque éramos dueños del canal y de una concesión del Gobierno Federal para el uso del agua, no nos sentimos seguros".

EPÍLOGO

Hemos llegado ya a la etapa final de los acontecimientos. Thomas Robertson metafóricamente comenta que, mientras los colonos reñían y se demandaban mutuamente, sus casas se estaban quemando.

Cerca del año de 1990 –refiere Ross Page— Mr. Benjamín Francis Johnston vino a Los Mochis para interesar a los colonos en que sembraran caña de azúcar para molerla en una fábrica que él levantaría. Para este fin organizó la Sinaloa Sugar Company, al mismo

tiempo adquiriendo considerables extensiones de tierra en la que instaló la fábrica y lo que es ahora la ciudad de Los Mochis y por supuesto, emprendiendo la preparación de grandes superficies para la siembra de caña.

De acuerdo con la versión de Page, la tierra que habían estado ocupando los colonos nunca había sido pagada y Mr. Johnston adquirió su posesión, en parte haciéndose cargo de los pagarés vencidos de la Colonia y en parte, si se habían perdido por rescisión, los compró a los dueños originales. Así es que ahora él tenía la tierra y los colonos tenían el canal y los derechos al agua, algo así como 4 metros cúbicos por segundo. Mr. Johnston tuvo acaloradas discusiones con los colonos; les hizo lo que parecía una proposición equitativa, la que aceptaron, a saber: El convino en venderles sus propiedades a 25 pesos por acre a 5 años de plazo, sin intereses. Los colonos retendrían el 50 por ciento de los derechos de agua del canal.

Así las cosas, nuevos colonos como Charles Lindstrom, Robert Ojeé y E A H Tays, vinieron e hicieron arreglos separados con Mr. Johnston respecto a sus terrenos y fueron admitidos a los mismos derechos de agua en el canal, con los colonos originales. Esta superficie adicional aportada por los nuevos, llevó el total controlador por los colonos a 2500 acres que disfrutarían del 50 por ciento de los derechos de agua del canal, contra los miles de acres de la Compañía, que disfrutarían del otro 50 por ciento de los derechos del agua. "La otra mosca en la leche fue que el precio de la caña, estipulado en el contrato hecho con los colonos, era tan bajo que les era imposible cumplirlo".

Benjamín F. Johnston había comprado a John H. Rice, cierta extensión del predio de Los Mochis. Rice, que en un tiempo fue Gobernador de Nueva York y secretario de la compañía "Ferrocarril y Telégrafos", era el representante de una compañía que tenía bajo fideicomiso las tierras denunciadas por los coasociados Owen, Carman e Ibarra. Posteriormente fue cuando Mr. Johnston, o acaso su compañía la "Sinaloa Sugar", adquirió la porción que en el predio citado pertenecían a don Carlos Retes; tierras que más tarde Johnson, o la "Sinaloa Sugar Company", traspasó a Amos Petibone y finalmente

Petibone a la Cía. Agrícola de Los Mochis, S.A., miembro del grupo constituyente de la United Sugar Companies, S.A.

Se ha afirmado que, en forma sigilosa Mr. Johnston obtuvo del gobierno federal su concesión de fecha 17 de julio de 1901, para derivar aguas del río del Fuerte, en beneficio de sus terrenos de Los Mochis. En relación con dicha concesión se construiría un canal que, de acuerdo con los planos, habría de llamarse Canal Mochis. Pero cuán sorprendidos quedaron los colonos, al percatarse de que todas las medidas y datos proporcionados –de ello habla Clarissa Kneeland—coincidían con los del viejo canal de Tastes.

Seguidamente Johnston, para asegurar la posesión pacífica e indisputable del viejo canal, negoció con Streeter los derechos que él tenía y que había adquirido de la "Kansas-Sinaloa Investment Co." y de "Riegos Company". Como por la ambigüedad o controvertibilidad de esos derechos, o por cualquiera otra razón, considerara perder la partida ante la sagacidad de Johnston, Streeter decidió vender y aceptar en pago una cantidad que se supone fue de 10 a 12 mil pesos. De estas maneras el juez local dio a Johnston la posesión legal del canal, y desde entonces hasta la fecha de la expropiación ejerció dominio sobre el mismo.

El colmo de la desventura para los colonos, era que tanto los terrenos ocupados por los "saints" como también los de los "kickers" se hallaban comprendidos dentro de las propiedades adquiridas por Johnston. La cuestión constituyó un embrollo más que en la interminable serie de contrariedades y trastornos que la suerte deparó a los colonos. Ahora se hallaban éstos ante el doble problema de sus derechos, los del agua y los de la tierra. El canal ellos lo habían construido y lo consideraban suyo; y tenían por inalienable la concesión del agua, que pertenecía a Owen; e indiscutible la propiedad de las tierras, porque por lo menos –creían— una parte de ellas no podía vender John H. Rice. Por estas razones algunos de los colonos desdeñaron las proposiciones de venta de las parcelas que tenían, hecha por Mr. Johnston; y se rehusaron a firmar un contrato que les pareció leonino, además de que implicaba la renuncia de sus derechos garantizados por las leyes del país.

Por el contrario, muchos colonos, rendidos por la desesperación

y la incertidumbre, convinieron en pagar a Mr. Johnston 25 pesos por acre, a fin de convertirse en propietarios legítimos de sus posesiones. Se entró en arreglos sobre el agua (1902), y se ajustaron en condiciones para que, suministrándoseles agua del canal bombeada del río, plantaran caña de azúcar para el ingenio de El Águila, del que el señor Johnston era propietario principal.

Aquellos colonos que se rehusaron a firmar, de su peculio enviaron a México a Joseph Hampl, a fin de que entablara la defensa de los derechos del grupo renuente a entregarse a Johnston. La consecuencia inmediata de aquella resistencia, fue que la administración del canal les suspendiera el abasto del agua para riegos. Se cerraron las compuertas y una guardia armada patrulló los laterales que se extendían por las tierras de los remisos, a fin de que nadie, ni en forma subrepticia, tomara el agua; el funesto resultado de la medida fue que se ardieron de sed los campos cultivados de los que tanto confiaron en la inalienabilidad de los derechos de Owen. Varios de los colonos fueron acusados por robo de agua y se les condujo a El Fuerte en calidad de presos. Y es más, Johnston o su compañía la "Sinaloa Sugar" (organizada en 1904) que era la administradora del canal, planteó contra la facción reacia juicios de desocupación o de evicción de los terrenos que ocupaban, a resultas de lo cual fueron desahuciadas 15 familias.

De repente, aquellos que firmaron de conformidad dieron señales de descontento –informa "El Gacetero", 15 de julio de 1904--. Alegaban que Johnston les prometió agua a un peso por acre durante un término de dos años, el señalado para concluir el dragado del canal, después del cual se dispondría de agua por gravedad y la cuota se reduciría a 40 centavos. El plazo se había vencido en junio (1904) y la draga fue retirada sin que el canal llegara a tener la profundidad requerida. Entonces los colonos demandaron la reducción de la cuota de un peso, que por bombeo el agua le costaba más. Los colonos tuvieron sus juntas y la administración procedió a negarles o prohibirles el uso del agua, a pesar de lo cual algunos regaron (así pudieron salvar sus naranjales), pero fueron aprehendidos. Al fin los colonos decidieron encomendar el asunto a un abogado, para que lo llevara ante los tribunales.

A mediados de ese mismo año (1904), determinó Johnston o la "Sinaloa Sugar" no vender tierras a menos de 90 pesos el acre, y fijó como nueva cuota de riego la de 1.50 pesos por acre. De nueva cuenta surgieron las inconformidades y fue necesaria la intervención del Director Político de Ahome, don Atanasio Méndez, para que las partes llegaran a un arreglo, conforme al cual se restituyó la cuota anterior de un peso, por mientras tanto los tribunales resolvían lo conducente.

En vista de lo que estaba ocurriendo y de lo ya pasado, no había razón alguna para que los colonos continuaran divididos en "saints" y "kicker". Automáticamente, viéndose en el naufragio, todos ellos unificaron su voluntad y sus intereses para hacer frente común a la parte que según su sentir menoscababa sus derechos sobre el agua. Esos derechos, motivo del litigio, quedaron clasificados mediante el llamado convenio de 1907. La "Sinaloa Sugar Company", en virtud del convenio, se desprendía de la administración del canal, pasándola a un comité integrado por un representante de la compañía, otro representante de los colonos y un tercero nombrado por ambas partes. El representante de los colonos en las luchas contra la "Sinaloa Sugar" y más contra la "United Sugar", era siempre don José P. Scally, colono del "Plat", hombre de espíritu batallador, que dominaba el idioma español y era muy versado en el conocimiento de las leyes civiles mexicanas; en su juventud fue preceptor de matemáticas, llegando más tarde a enfermarse de sordera, mas por muy zorro y malicioso no faltaban gentes que dijeran o creyeran que era sordo cuando le convenía.

Al desaparecer en definitiva la "Sinaloa Sugar Company", la "United Sugar Companies" le sucedió como titular de la concesión, y las pugnas prevalecieron no obstante los tratados que se tenían celebrados. Pero en fin, mediante el nombrado Convenio de Culiacán, que con la personal intervención del Ing. Pastor Rouaix, Secretario de Agricultura y Fomento, se concertó el 7 de mayo de 1919, definitivamente se puntualizó el reconocimiento de los derechos de los colonos, en un 35 por ciento de participación sobre las aguas del canal, se reglamentó la forma de pago y el costo, dividido en parte fija y parte variable. La administración del sistema de riego pasó a la Cía. Explotadora de las Aguas del Río

del Fuerte, S.A., subsidiaria de la "United Sugar Companies, S.A.". La situación subsistió en esta forma hasta 1939, año en que la SICAE (Sociedad de Interés Colectivo Agrícola Ejidal, apellidada de "Emancipación Proletaria"), recibió el sistema, como una consecuencia de la afectación agraria recaída sobre las tierras de la "United Sugar Company, S.A.".

Retrocedamos ahora para dar un vistazo a las dificultades de otro género que se representaron en la vida comunalistas de los colonos, consecuencias del sistema adoptado.

El Coronel Edward Daniels explicaba, en breve crítica, que "Las principales dificultades de la Colonia de Topolobampo es que aquí hay un fuerte predominio con intelecto: muchos planeadores, no suficientes trabajadores".

Por su parte Cerril Hope (Berthune Jones) atribuye el fracaso a la falta de entendimiento entre los miembros de la colonia; a la falta de administración y previsión; a la falta de valor para resistir los ataques lanzados a los organizadores, y a la falta de conocimiento de los medios de la vida de la mayor parte de los colonos.

"En vez de dar crédito sobre la base de servicio por servicio –se apunta en un comentario--, nosotros teníamos que darlos sobre el principio comunista de que a cada uno según sus necesidades... habíamos olvidado conducir a la Colonia en líneas de negocios; no podíamos, producir o abastecer como para un asilo de caridad; en donde ahí es libre el alimento sin trabajar".

Cómo balancear –agrega Robertson—las necesidades de los colonos en relación con sus méritos y ganancias, llegó a ser un asunto de mucha preocupación y controversia. Hombres solos representaban más méritos, más certificados de crédito, más ganancias, que muchos jefes de familia; y con todo, las familias debían ser alimentadas por cooperación, problema cuya solución consistió en dar una ración alimenticia para cinco días, a los miembros no productores de las familias.

En lo demás también seguimos a Thomas Robertson en su exposición.

Los hombres solos, los solteros, que trabajaban diariamente en el campo a cambio de certificados de crédito, y que ayudaban a proveer a las familias, gozaban del privilegio del lavado, planchado y arreglo

de sus ropas y del aseo cuidado de sus alcobas; y en este punto muchas mujeres sufrían agravio, mientras que otras, de espíritu enérgico y levantado, trabajaban afanosa y pacientemente, en la causa de la "cooperación integral".

El funcionamiento de la cocina comunal, como es lógico suponerlo, ofrecía sus engorros y originaba conflictos. Algunas de las mujeres a cuyo cargos se hallaba el servicio, exigían que los hombres, por mera consecuencia con el plan de igualdad y de "commonwealth", habían de cocinar y de ayudar en los trabajos domésticos. No faltaban quienes se vieran en el caso de tener que prescindir de la asistencia en esa cocina; mientras que otros de continuo objetaban los alimentos y la forma de prepararlos, en lo cual había muchas ideas. Sin embargo, a diez años prácticamente todos los colonos, tanto hombres solos como familias, se sentaron a la mesa comunal. Robertson cita a las señoras Emerick Drake y Khorfhage, como las que con más abnegación y constancia sirvieron los alientos a los colonos.

No dejó de sufrir un quebrantamiento el plan de levantar las cosechas utilizando el esfuerzo de los comuneros, debido a que los "cooperadores" no eran igualmente competentes, ni igualmente interesados. De lo que resultó que las siembras llegaran a ser atendidas por contratistas, entre los que se citan a León Green, Festus Ward, Henry Khorfhage, George Drake, Charles Hays... quienes recibían certificados de crédito por su trabajo, por ese medio acumularon tantos créditos, que el procedimiento y los resultados llegaron a ser objeto de crítica por quienes no podían gozar de ese privilegio.

Al Comité de Orden Público le faltaba autoridad y, a veces por causa, prevalecía un estado de indisciplina y hasta de anarquía, muy inconvenientes; aún cuando sin embargo se llegó el caso de que el Comité boletinara una notificación, o fijara un aviso acerca de la misma, imponiendo una multa de tres pesos, en cada vez, por los perjuicios que ocasionaren las gallinas a las siembras y cosechas públicas o privadas... tres pesos por levantar o abrir una compuerta... quedando a cargo de vigilantes, dar cuenta de los casos que ameritaren la sanción.

"Había mucha idea de ser accionista (tenedor de certificados), de

autonomía y demasiada poca idea de dependencia y prestación en los trabajos de la Colonia... la consecuencia es que las cosas marchan negligentemente, las finalidades no están vinculadas, estrechamente ligadas, y las ganancias se pierden. Otra dificultad con la idea de ser accionista, es que cada hombre empieza a sentir que el lugar y todo lo que hay le pertenece... él toma una cosita aquí y otra allá... su vecino, viéndolo, lo hace de igual modo.., tiene que haber reforma en estas cosas.

Tenía que haber fuerzas opuestas en acción. Clarissa Kneeland, que supo y vivió muchas de estas cosas, en sus "Cartas a Anita", habla, al respecto de que las colonias cooperativas han sido establecidas en los Estados Unidos desde que el país se formó; que la idea de la colonia cooperativa es el resultado de la inspiración; que lo mejor y más fraternal en el hombre, encuentra su expresión en el deseo de vivir con sujetos donde el fundamento sea la eliminación de la discordia, la codicia, la avaricia y el egoísmo, y que desde la colonia de Oneida, NY., cien años atrás, hasta el experimento de El Llano, en el desierto de Mojavé, tales colonias han sido establecidas en forma próspera, pero menguaron a través de las faltas humanas, o fueron arruinadas por fuerzas externas fuera del control de la Colonia. Exactamente como fue el epílogo de la Colonia de Topolobampo. Y que la excepción han sido las colonias con incentivo religioso, que son las que por mero espíritu han podido resistir hasta el fin, las tormentas y las adversidades.

CAPÍTULO XVIII
PROLEGÓMENOS

PUGNA ELECTORAL

El Gral. Francisco Cañedo, favorecido por la viciosa política reeleccionista del régimen porfiriano, había llegado a convertirse en gobernador vitalicio del Estado de Sinaloa. Al sobrevenir su muerte, en Culiacán el día 5 de junio de 1909, para elegir al nuevo gobernador constitucional que habría de terminar su periodo cuatrienal, se desarrollo en el Estado una tremenda, intensísima y apasionada lucha democrática comicial, sin precedente en la historia política de Sinaloa.

En este despertar cívico que sacudió por entero a la ciudadanía sinaloense, en la palestra electoral contendieron don Diego Redo y el Lic. Don José Ferrel. El señor Redo era y a la fecha lo es, un destacado hombre de negocios y miembro castizo de la aristocracia sinaloense. El señor Ferrel era un periodista combativo, desafecto al régimen porfirista y miembro distinguido del Partido Nacional Antirreeleccionista. Por un lado pues, Redo era el representativo de la tradición porfiriana y por tal motivo el candidato de la imposición oficial. En tanto que Ferrel, a través de renovación de los hombres del viejo régimen, más todavía en una época en que no se ideaban ni proponían las reformas sociales que más tarde llegaron a plantear y a realizar la Revolución iniciada en 1910 y los gobiernos que de ella han emanado.

Se ha asegurado que la candidatura de don Diego estaba respaldada por don Rosendo Pineda, jefe de los "científicos" porfiristas, en virtud

de los cuales gozaba de la más completa adhesión del elemento oficial en el Estado. En cambio, la candidatura independiente del Lic. Ferrel fue la que encontró arraigo en el alma del pueblo sinaloense; y la campaña política que se hizo en su favor la desarrolló en forma brillante y dentro del más elevado espíritu democrático, el prestigiado historiador y periodista don Heriberto Frías, desde las columnas del periódico mazatleco "El Correo de la Tarde".

En la ciudad de El Fuerte, cabecera del distrito de su nombre, los más destacados redistas fueron don Francisco Orrantia y Sarmiento –de mucho peso en la política del Estado--, el Prefecto político don Rafael J. Almada, la burocracia oficial y, en general, las personas de más elevada posición económica y social. Don Francisco Guerrero y Valdés, por el partido de la oposición, jefaturaba la campaña a favor de Ferrel, y entre los más visibles corifeos del ferrelismo se contaban, además, el Dr. José García de León, el Lic. José A. Meza, don José Rentaría, el inquieto joyero Francisco Rivas apodado "El Colima", don Alfonso Delgado y don Emiliano C. García, que llegara a ser uno de los diputados constituyentes de 1917. Se trataba de un grupo activísimo que supo imprimir animación y vehemencia a la campaña político-electoral emprendida en pro de don José Ferrel. Para el caso disponían de un minúsculo periódico que se titulaba "El Repórter". La propaganda ferrelista por todas partes fue intensa y apasionada; y, caso insólito, en la ciudad de El Fuerte se llevaron entonces a cabo manifestaciones políticas, públicas, que inquietaron a las autoridades, las que, por supuesto, eran de filiación redista. Cuando durante su campaña electoral el señor Redo visitó la ciudad de El Fuerte, el grupo ferrelista organizó y llevó a cabo una contra manifestación que recorrió las calles citadinas, lanzando estentóreos ¡vivas! a Ferrel y algunos ¡mueras! a Redo, lo que ameritó la intervención del comandante de la policía, un señor Ibáñez, quien trató de disolver aquel acto, a la vez que condujo a la cárcel a algunas de las personas que en él tomaron parte.

Las elecciones se llevaron a cabo el 8 de agosto de 1909, en medio de la mayor efervescencia de pasiones partidaristas. Y una vez que se efectuaron los colegios electorales en el Estado, la Legislatura local,

por decreto de 25 de agosto, declaró Gobernador Electo al Señor Diego Redo para cubrir, con término al 26 de septiembre de 1912, la vacante del inconcluso período gubernamental del Gral. Francisco Cañedo. Según todas las evidencias, correspondió el triunfo al Lic. Ferrel; pues era convicción generalizada la de que el pueblo en masa había sufragado en pro de su candidatura. Se juzgó, por lo tanto, que se había conculcado el sufragio y, por consiguiente, que se había consumado la maña burda y descarada de las imposiciones. Tal fue el resultado de aquella histórica y memorable función electoral, de la que Manuel Bonilla Jr., en su libro "Diez Años de Guerra", dijo: "La lucha fue agria y repercutió por toda la nación; pero en resumidas cuentas se impuso descaradamente a Redo, no obstante el triunfo abrumador obtenido en las urnas por Ferrel. La imposición la había hecho Limantour, en connivencia con la Legislatura del Estado".

Cuando durante su campaña política electoral don Francisco I. Madero visitó al Estado de Sinaloa, estuvo en la ciudad de El Fuerte, habiéndose constituido entonces en dicho lugar una agrupación antirreeleccionista en la que figuraban don José Rentaría, que fue uno de los oradores, Emiliano C. García, Benjamín Trasviña, Francisco Rivas, Alberto y José Ma. Verdugo, Bernardo S. Cárdenas y mucha gente humilde.

Cuando el 20 de noviembre de 1910 estalló la Revolución emanada del Plan de San Luís Potosí y encabezada por don Francisco I. Madero, don Diego Redo ocupaba la gubernatura del Estado. Después de la fecha indicada y a partir del mes de enero del año siguiente, principiaron a surgir por diferentes partes en toda la entidad los brotes revolucionarios. Cerca de Culiacán se pronunciaron Ramón F. Iturbe, Pablo Serrano, Herculano de la Rocha, Pilar Quintero, Cipriano Alonso Antonio Franco, Herculano Vega. Por otros puntos, José Ma. Cabanillas, Juan M. Banderas, Ramón Rangel Valenzuela. En Cosalá: Claro Molina, Genaro Vázquez. Hacia la parte sur del Estado Juan Carrasco, Los Osuna, Pomposo Acosta, Heredia, Justo Tirado, Gregorio L. Cuevas, Eugenio Damy. Y en la parte norte José Ma. Ochoa, quien se apoderó de la ciudad de El Fuerte el día 11 de abril de 1911.

Bajo las órdenes de Ramón F. Iturbe y Juan M. Banderas, más tarde

generales, los revolucionarios pusieron sitio a la capital del Estado, el 20 de mayo de 1911. Tres días más tarde y tras de rudos combates cayó la plaza en poder de las fuerzas revolucionarias, rendida por el Gral. Higinio Aguilar, que la defendía con 800 hombres. Al caer en manos de los vencedores el Gobernador Redo, fue considerado como prisionero de guerra y a punto estuvo de ser fusilado, salvándose merced a una orden telegráfica girada por don Francisco I. Madero.

Mas en cambio fue deportado, por lo que el día 10 de junio salió de Culiacán con destino a la frontera, escoltado por fuerzas de su antiguo caballerango Juan M. Banderas, transformado en jefe revolucionario, quien le firmó el pasaporte correspondiente.

ANTECEDENTES DE LA REVOLUCIÓN

El régimen tuxtepecano había entrado en declive. Las causas de tan ruinoso descenso eran múltiples, atribuyéndose principalmente a la perpetuación del Gral. Porfirio Díaz en la presidencia y a su ancianidad; al lastre que para su administración constituían sus empedernidos colaboradores; al estancamiento y anacronismo de la política gubernamental, que se manifestaba en la inacción de las ideas, reformas legislativas y administrativas de trascendencia social, para el fomento del bienestar y prosperidad de las clases laborantes económicamente débiles.

Las declaraciones que hiciera don Porfirio al periodista norteamericano James Creelman, afirmando que el pueblo de México se hallaba apto para la democracia y agregando que vería con agrado la formación de partidos políticos que se ocuparan de la cosa pública y que se retiraría del poder en cuanto terminara el periodo en curso de su mandato, ya próximo a expirar, produjeron cierta reacción alentadora que estimuló el ejercicio de los derechos políticos de la ciudadanía.

Primeramente surgió a la palestra el Partido Democrático que, para las elecciones presidenciales de 1910, se proponía sostener la frustránea candidatura del Gral. Bernardo Reyes. A continuación apareció en la arena política el vehemente Partido Antirreeleccionista. Y, por último, el Partido Constitucional Progresista, que sufragó a favor de don Francisco I. Madero, enfrentándose democráticamente a la candidatura del

autócrata Presidente Díaz, en su inconcebible y última reelección.

En un principio se consideró que el remedio que demandaban los males de la cosa pública, de manera sencilla se conseguiría a través de una función electoral democrática, tendiente a proscribir el continuismo en el poder, pues a la sazón no había tomado forma ningún plan integral de reformas de carácter social. Y no se pensaba tampoco en que las circunstancias habrían de conducir más tarde a la organización de un movimiento popular, armado, para derrocar al gobierno.

Las elecciones se llevaron a cabo el 26 de junio de 1910; y los consejos electorales, reunidos 30 días después, impúdicamente adjudicaron el triunfo a don Porfirio, falseando de esa manera la integridad del sufragio y defraudando peormente las esperanzas que el mismo primer mandatario se había encargado de inspirar con sus declaraciones a Creelman. La intolerancia política había llegado al colmo de la avilantes mediante la consumación del nuevo, improcedente y arriesgado acto de imposicionismo. No quedaba pues, en realidad, otro recurso que el derrocamiento del régimen; apelar a la contundencia de una revolución armada; desencadenar la violencia popular. Este fue, consecuentemente, el movimiento de reivindicación que tan justificadamente inició y acaudilló precisamente Madero, el 20 de noviembre de 1910, conforme el Plan de San Luís, fruto y resumen de las ideas democráticas por el mismo señor Madero en sus dos memorables propagandas: la primera por la causa democrática antirreeleccionista y, la segunda y última, por su propia candidatura presidencial. Tales son pues, el principio o en síntesis, los antecedentes políticos en la causa de la Revolución Mexicana.

El movimiento armado eminentemente popular que encabezó el señor Madero determinó la caída estruendosa y sorprendente del viejo caudillo tuxtepecano, cuyo gobierno, por múltiples razones, no respondía ya a la situación y aspiraciones de la ciudadanía; ni conformaba las necesidades ya ingentes, de abrir las puertas a un proceso lógico natural: el de las reformas sociales.

Tras de la caída del Dictador, ungido por el voto popular don Francisco I. Madero ocupó la Presidencia de la República. Por el afán que tenemos de personalizar las causas, con justa lógica se le ha llama-

do maderismo al movimiento revolucionario del cual fue abanderado el señor Madero. El maderismo, desde la iniciación de la lucha armada hasta la instauración y vida del régimen gubernamental correspondiente, constituye la primera de las tres etapas en que se divide la Revolución Mexicana, en su brega por medio de las armas. El gobierno maderista resistió, en su unidad revolucionaria o de partido, las perturbaciones que le ocasionaran por una parte los zapatistas y por otra los orozquistas, sin que por ellos las disidencias señaladas llegaran a desquiciar al régimen; otros fueron los factores que, por el camino de la traición y el crimen, acabaron con la vida del señor Madero a la vez que con la de su gobierno constitucional.

El cuartelazo felicista de la Ciudadela, el proditorio asesinato del Presidente Madero y la usurpación del poder por el Gral. Victoriano Huerta, en febrero de 1913, son hechos de violencia que pusieron término a la primera etapa del movimiento revolucionario y que motivaron la iniciación de un nuevo periodo de lucha. De modo que, después de haber luchado contra la dictadura, los continuadores de la brega revolucionaria empuñado la bandera reivindicatoria del constitucionalismo se vieron precisados a combatir al régimen de la usurpación. En esta segunda fase de la lucha revolucionaria, se le enfrenta valerosamente al usurpador Huerta el Gobernador de Coahuila, don Venustiano Carranza, quien proclama el Plan de Guadalupe a la vez que asume las funciones de Primer Jefe del Ejército Constitucionalista; y la lucha que se ha suscitado, abierta e irreconciliable, es ahora, en el campo de la guerra, entre huertistas y carrancistas o, técnicamente, entre los ejércitos federal y constitucionalista; una lucha enconada, fiera, sangrienta, en la que el triunfo estuvo de parte de la causa constitucionalista.

Apenas vencido y liquidado el huertismo, graves complicaciones vinieron a quebrantar la unidad que existía en el seno de la familia revolucionaria. En el ambiente surgieron las desavenencias; el peligroso combustible de las pasiones, de los personalismos, de las susceptibilidades, de las ambiciones mezquinas, de los criterios en pugna y de la miopía mental y de conciencia, dicho en lo general y sin personalizar,

vino a servir de alimento a la hoguera del gran incendio que motivó la escisión Villa-Carranza. Contendieron en el cisma, uno contra el otro, el ejército villista en el ejército carrancista o constitucionalista, en repetidos encuentros, algunos de ellos de envergadura tal que, en cuanto a sus grandes proporciones, no tienen precedente en la historia militar de la Revolución. El ejército villista perdió la partida y, con su destrucción, se afianzó el gobierno constitucionalista presidido por el señor Carranza; y desde entonces la política revolucionaria sigue iluminando los más altos destinos de la patria.

Durante las tres etapas especificadas, que son aquellas en las que categóricamente se puede dividir el proceso castrense de la Revolución, el Distrito del Fuerte se mantuvo en permanente situación de beligerancia. Siempre en su circunscripción territorial predominó la expresión del pensamiento revolucionario. El cual tuvo plena manifestación lo mismo en el terreno político, que en el escenario de la lucha armada. En varias ocasiones y en diferentes lugares los hechos de guerra ocurridos en el Distrito, lo evidencian; y aún cuando en realidad tales funciones de armas carecieron de espectacularidad y de repercusión, no por modestas ni ignoradas se les debe descartar de la dinámica general del movimiento revolucionario, como aportación local. El retrato pormenorizado que con referencia a tales acontecimientos habré de hacer en las páginas subsiguientes, bien pudiera en algunos casos discrepar de la verdad o excepcionalmente ser contrario a ella. Sin embargo, creo que esto sólo pueda ocurrir en el detalle, no en lo substancial, por cuanto a que no es posible, que con relación a un mismo acontecimiento, en sus versiones y puntos de vista coincidan invariablemente las fuentes personales, o las documentales, que han sido consultadas en su carácter de informativas. Y al hacer notar esta circunstancia, con las reservas que se imponen, procedo a exponer los episodios que, en el Distrito del Fuerte, ilustran la temática de la Revolución.

Bajo el gobierno de Redo, este señor ordenó la salida, el 10 de diciembre de 1910, de 100 hombres al mando del Prefecto del Fuerte, Gonzalo Martínez, soldados federales a las órdenes del Mayor Santiago J. Riveros, y las Guardias del Fuerte y Choix organizadas por el Capitán

Doroteo Carlos de Caracho, contingentes que combatieron a los revolucionarios en Estación Terrazas, el día 5 de marzo de 1911.

LA LUCHA CONTRA LA DICTADURA
EL FUERTE EN PODER DE LA REVOLUCIÓN

No fue sino hasta en los primero días del mes de abril de 1911 cuando, en el estado de Sinaloa, se inició y se propagó rápidamente por todo su territorio el gran movimiento popular revolucionario que, acaudillado por don Francisco I. Madero, había estallado el 20 de noviembre del año próximo anterior.

Existiendo como antecedente la invitación que, mediante carta, le formulara el señor Madero, le correspondió al señor José Ma. Ochoa la actuación como revolucionario para sustraer, por medio de las armas, del dominio porfirista a la ciudad de El Fuerte y por ende a todo el Distrito.

Cuando Ochoa se pronunció se encontraba en El Fuerte, donde lo retenían asuntos de carácter judicial. Con 20 hombres se puso sobre las armas el día 10 de abril de 1911, en el Llano de los Soto, fecha en la cual cruzó el río y pernoctó en Barotén, ranchería que se encuentra en las goteras de la ciudad de El Fuerte. A las 5 de la mañana del día 11 avanzó Ochoa con esa gente más la que se le había agregado, avanzó sobre la ciudad mencionada, a la que entró por sorpresa demandando, en el acto, tanto del prefecto don Francisco Guerrero y Valdés, como el jefe de la guarnición de rurales que allí había al mando de un capitán federal de apellido González, que la plaza fuera evacuada. Al instante, diríase, se le unieron a Ochoa la policía, el alcaide Alberto Lugo con los presos y la guardia de la cárcel, y muchos particulares. Como oponer resistencia sería infructuoso, el Capitán González abandonó la plaza y se dirigió con sus rurales en dirección a Choix; pero en Baca defeccionaron los rurales para incorporarse a los revolucionarios, en tanto que el capitán continuó para Choix y de allí lo mandó a Culiacán don Fortunato Vega.

A continuación, una fuerza de 150 rurales, mandada por un Coronel Cuellar, se rindió en Choix a instancias de don Fortunato Vega. También estos elementos se sumaron a los revolucionarios y de esta

manera el efectivo de las fuerzas de Ochoa ascendió como a 600 hombres cuyo cuartel y comandancia quedaron instalados en el reciento espacioso del palacio municipal. Formaban parte de la oficialidad, Aurelio Acosta, Alejandro Ibarra Ochoa, Baltasar Avilés y Felipe Castro, alias "El Negro". Por designación de Ochoa, don José Rentaría se hizo cargo de la Prefectura de El Fuerte, mas no tardó este señor en renunciar al puesto por desacuerdos tenidos con quien se lo confirió. Es pertinente agregar que nuestro coterráneo Pablo E. Macías Valenzuela, que del 1º de enero de 1945 al 31 de diciembre de 1950 fue Gobernador Constitucional del Estado, y que alcanzó el grado de general de división, principió su carrera de revolucionario y de militar, en la toma de El Fuerte por José Ma. Ochoa.

Merece especial referencia el hecho de que al caer la plaza en poder de la Revolución, por lo que toca a la tranquilidad y seguridad del vecindario, nadie se movió de la población, ninguna persona fue molestada. Pero sin embargo, porque así lo imponían las circunstancias, los comerciantes y demás vecinos adinerados tuvieron que convenir, en pláticas con Ochoa, en ayudar con dinero y efectos para el sostenimiento de la tropa. Las colectas semanarias de fondos, para la raya de la tropa, la hacían precisamente dos comerciantes, don José Ma. Lamarque y don Ricardo Torres.

Subordinándose de Ochoa, en San Blas los señores Rodolfo Ibarra y Vega y Norberto Cerecer organizaron una guerrilla revolucionaria. Y naturalmente que en Ahome, su tierra natal, don José Ma. Ochoa contaba con muchos adictos a su persona y a su causa. De suerte que, dentro del más breve término, el Distrito entero había quedado sustraído al régimen porfiriano; régimen que, por otra parte, ya para entonces estaba a punto de desaparecer, pues el 11 de mayo de (1911) el Tratado de Ciudad Juárez vino a poner término a la lucha.

Al apoderarse Ochoa de El Fuerte, a dicha población llegaron de Culiacán con 150 a 200 hombres los jefes revolucionarios Ramón F. Iturbe y Gregorio L. Cuevas, rechazados por el Crl. Morelos; y Ochoa les brindó buena acogida, suministrándoles provisiones.

Tras de haber pasado en El Fuerte cuatro o cinco semanas bélica-

mente inactivo, al frente de una columna de 600 a 700 hombres José Ma. Ochoa se dirigió a Navojoa. Obedecía su marcha al llamado que le hizo el también revolucionario Benjamín G. Hill, para que le prestara su colaboración en la toma de aquella plaza sonorense, que se hallaba ocupada y defendida por 40 soldados de línea y 60 nacionales, a las órdenes de un capitán federal. Formando parte de las tropas de Ochoa se dirigió también a Navojoa la guerrilla de San Blas, mandada por Rodolfo Ibarra y Vega y su lugarteniente Norberto Cerecer; y además, una columna de indios mayos que, el día 1º de mayo, salieron de Camayeca para incorporarse a las fuerzas de los mencionados Ibarra y Vega.

Thomas A. Robertson recuerda haber visto una columna de indios mayos, en formación frente a la estación del ferrocarril en Los Mochis; dicha columna tenía como jefes inmediatos al mayor indígena Julián Bacame y los capitanes Rosario Bacame y Manuel Bainoro. El objetivo era Navojoa. El distintivo de esta fuerza era una pluma roja de perico, colocada en los sombreros de palma. Cuatro aventureros norteamericanos se fueron con la expedición: Bill Cartillage (¿Cartledge?), quien fabricó granadas de mano para los revolucionarios, empleando pólvora negra embalada en botes de hojalata, Fred Drewien, Ellis y McComas". Estos señores, agrega Robertson, operaban el único cañón, de dudosa efectividad, con que contaban para el ataque.

Y completa Robertson su noticia con la versión de que "Los norteamericanos regresaron en unos días después. Los mayos con sus tambores y gritos de guerra, avanzaron a través de los sembrados y apoyados por las bombas arrojadizas de Cartillage, sobre las paredes de adobe, así como por el fuego de tres ametralladoras y la asistencia dudosa del cañón "home made" (hecho en casa), estos indios escalaron las paredes del recinto en que se hallaba la guarnición, trepándose unos sobre los hombres de los otros, y con arcos y flechas y machetes barrieron a la guarnición en el término de una hora".

En términos generales, tres días duraron el asedio y los combates o escaramuzas; a Ochoa, segundo en jefe y bajo las órdenes del Coronel Hill, le correspondió dar el asalto definitivo y tomar la plaza del 18 de mayo de 1911. En la acción quedaron prisioneros 20 soldados de línea

del 28º Batallón, los cuales incorporó Ochoa a sus fuerzas, para enseguida trasladarse a Culiacán y tomar parte en la captura de la plaza, asediada por Iturbe y Banderas.

EL GOBERNADOR RENTERÍA

Ni Cañedo por su muerte, ni Redo el sucesor, por su caída y deportación, llegaron al término del periodo cuatrienal que había principiado el 27 de septiembre de 1908 y que habría de finalizar el 26 de septiembre de 1912. Por lo tanto, en julio de 1911 se llevaron a cabo las elecciones, en las cuales contendieron como candidatos a la gubernatura don José Rentería, liberal de prestigio, y el Lic. José A. Meza, hombre probo, vecino ambos de la ciudad de El Fuerte.

Cuando el profesor y ex coronel Rentería se lanzó ala palestra política era ya un anciano, con casi 80 años a cuestas. Lo peor es que se dejaba llevar por sus fuertes pasiones y, de remate, padecía de sordera senil. A propósito de este padecimiento, el Lic. Francisco Verdugo Fálquez trajo a cuento el siguiente episodio anecdótico: "Era candidato para gobernador, postulado por un grupo numeroso de ciudadanos, el señor don José Rentería, en lucha contra otro grupo que postulaba para el mismo cargo el señor Lic. Don José A. Meza. Los partidarios del señor Rentería, quien residía en El Fuerte, requirieron su presencia en esta capital (Culiacán), y le prepararon gran recepción en la propia estación de desembarco del Ferrocarril Sud-Pacífico de México; ocasión que los adherentes del partido contrario quisieron aprovechar para hacer una contra manifestación. El señor Rentería, por su avanzada edad o por su enfermedad, era sordo de remate, y sucedió que, mientras sus partidarios lo vitoreaban, los contrarios le lanzaban denuestos, y en la imposibilidad de distinguir unos y otros, elogios e insultos, el candidato se volvía indistintamente a todos los concurrentes, diciéndoles con voz y ademán afables: --Mil gracias, señores, mil gracias--. Alguien de sus amigos, notó la equivocación y se lo advirtió al candidato, en el preciso momento en que, acercándosele uno de sus más ardientes correligionarios, español él y con uso de vocablos hispanos, le gritó con vehemencia: --¡Bendita sea tu mare!--; y percibiendo sólo confusamente la frase, mal interpretándola, se volvió iracundo, el candidato, a quien supuso su contrario, y le lanzó con voz tonante: --¡La suya, tal!--, originando hilaridad general".

Es de suponerse que le simpatizaba la candidatura de Rentería al jefe revolucionario Juan M. Banderas, Gobernador interino de Sinaloa, porque al respecto el 20 de noviembre de 1911 el señor Madero le telegrafió a Banderas, diciéndole "que no tolerará haga presión sobre el Congreso local a fin de que no se designe gobernador al señor Rentería, y que el día en que él, Madero, reciba el Poder, obrará con toda energía contra los conculcadores del sufragio" Así es que, quiérase que no y por pertenecerle en realidad el triunfo electoral, por decreto No. 33 de fecha 21 de septiembre de (1911) el Congreso declaró a Rentería gobernador, cuyo mandato debía terminar el 26 de septiembre del siguiente año. En consecuencia Banderas le entregó el poder, el 27 de septiembre de 1911.

Recibió José Ma. Ochoa el nombramiento de comandante de los cuerpos rurales en el Norte de Sinaloa, espedido por acuerdo del C. Presidente de la República el 3 de octubre de 1911 y bajo la firma de subsecretario de Gobernación, don Federico González Garza.

No tardó en surgir un grave conflicto entre el Gobernador Rentería y el Comandante Ochoa. Hallándose éste en El Fuerte, recibió órdenes directas de don Alberto García Granados, Ministro de Gobernación, de que ocupara la población de Sinaloa, con 270 hombres, aumentados después a 350 en la que se hallaban los Gámez con su guerrilla, y también la población de Mocorito; en cada de ellas debía instalar una guarnición de 45 hombres. En cumplimiento de las órdenes recibidas, Ochoa ocupó la plaza de Sinaloa, pero el Gobernador Rentería destacó en su contra y con instrucciones de atacarlo, al Gral. Juan M. Banderas.

Los motivos del conflicto hay que averiguarlos. Parece ser que en este caso don José Rentería, contrariado, se dejaba llevar por impulsos incontrolables e impolíticos, que reconocían dos causas o situaciones de incumbencia personal, o bien, oficial. Primera causa: que sus relaciones con el Ministro de Gobernación en el gabinete del señor Madero, no era nada cordiales; pues alguna amenaza para la estabilidad o

para el decoro de su gobierno, o que sencillamente se le ponía un dique a su pasionista actuación política, debió ver el ejecutivo sinaloense en la orden de movilización que en forma directa el ministro le había transmitido a Ochoa, con quien el gobernador antagonizaba. Y segunda causa: Su enemistad personal con este jefe, a quien temía en realidad y a quien a todo trance deseaba oponérsele y restarle importancia; con la agravante de que el puntilloso gobernante hizo extensivos sus odios y rencores a los amigos y simpatizadores del citado Ochoa, con una vehemencia poco común, que también empleó, para colmo, contra algunos de las personas que en el norte del Estado fueron sus enemigos políticos en virtud de haber sido partidarios del Lic. José A. Meza, su contrincante electoral.

Muchas personas de las más caracterizadas en los distritos del Fuerte y Sinaloa, que se hallaban en uno u otro caso, sufrieron su hostilidad; fueron blanco de su saña, de su iracundia, de su malquerencia, al atribuirles falta de lealtad a su gobierno y delitos de sedición, todo ellos dizque a consecuencia de la supuesta ayuda que estaba prestando a Ochoa, o por la nada encubierta adhesión que profesaba a este jefe revolucionario. Por su intemperancia algunos revolucionarios tuvieron que pronunciarse en su contra, como Gregorio L. Cuevas, Juan Heredia y un fulano Montoya, acogiéndose a la protección de Ochoa.

A El Fuerte mandó por oficio Rentería el 19 de octubre, al Gral. Juan Banderas con sus tropas y las del mando de Antonio M. Franco, Agustín Beltrán, Narciso, Maximino y Pedro Gámez, con instrucciones de aprehender a algunas personas enlistadas. Pero de tales represalias se pudieron librar don Benjamín Trasviña, don Emilio Retes y don Bernardo Cárdenas, de El Fuerte, y don Filiberto R. Quintero, de Charay, por haberse fugado para México, en demanda de garantías; para entonces ya Ochoa se encontraba en Sonora. Otra de las personas que fue hostilizada y que también emigró par ala ciudad de México, fue don Manuel J. Zevada, vecino de la Villa de Sinaloa. Muy particularmente trató el señor Rentería de ejercer venganza contra el mencionado señor Quintero, destacado meciste y ochoísta y hermano, además de una persona a quien en Mochicahui don José le había incrustado años antes una bala

en la cabeza, por lídes de amor; una partida de soldados banderistas, destacados de San Blas, llegaron a Charay con el fin de aprehenderlo; allanaron su morada y hasta trataron de romper la cerradura de la caja fuerte, mas quedaron bien burlados por habérseles escapado por entre sus garras la deseada víctima.

En El Fuerte fue tal la intranquilidad y tales los temores, que los vecinos se dirigieron telegráficamente a Rentería pidiéndole garantías para la sociedad honrada, a lo que el despechado gobernador contestó, en forma tajante e injuriosa: "¿Acaso hay sociedad honrada en El Fuerte?".

Prosigamos con la situación en que Ochoa se encontraba en la Villa de Sinaloa, ante la actitud agresiva de Rentería. Respecto de esa actitud y de los acontecimientos que pudiera sobrevenir al atacar Banderas la plaza de Sinaloa, el comandante Ochoa dio parte al Jefe de la Primera Zona Militar, Gral. J. Refugio Velasco, con cuartel general en Torin; y como respuesta se le ordenó que se mantuviera a la defensiva, prometiéndole que en su auxilio saldría el 14º de Batallón a las órdenes del Gral. Pedro Ojeda, movilización ésta que, sin embargo, no se llevó a cabo.

Conociendo el sesgo que iban tomando las cosas, Rentería, comprendiendo sin duda que había ido muy lejos y que pisaba un terreno peligroso trató de justificar sus actos denunciando a Ochoa, ante el Gral. Velasco, de que aquel había entrado a Sinaloa al grito subversivo de ¡Viva Reyes!. Y ninguna consideración influyó en el ánimo del Gobernador para que modificara su actitud belicosa; pues conjuntamente las personas de mayor significación, de aquella villa, como los Rojo, los Alcalde y los Mussot, telegráficamente se dirigieron a él suplicándole aplazara el ataque a fin de evitar daños irreparables y buscar una solución al conflicto. Más, lejos de acceder a tan humanitaria y cuanto comedida y del todo oportuna instancia, nuestro irreductible gobernador contestó a su modo: ¡Si Ochoa no es cobarde, que salga a batirse al campo! Y siendo la cosa irremediable, don José María Rojo no tuvo más que responderle: ¡Bendito sea usted, bendito sea su gobierno, no extrañe las consecuencias!

Habiendo fallado pues los medios para contener los ímpetus inexo-

rables de la fiera, inevitablemente sobrevino el choque armado. Banderas, con 600 soldados, se presentó en la Villa de Sinaloa, y el 22 de octubre atacó a Ochoa. Los combates se libraron durante los días 22 y 23 de octubre, en dicho año de 1911. Más, como el parque se les agotó a los defensores, al grado de que la dotación llegó a ser de once cartuchos por plaza, se vieron en el caso de evacuar la población, dirigiéndose en retirada a Caimanero, lugar donde se acuartelaron. En El Caimanero se dio cuenta Ocho de que en la vecina Estación Bamoa se hallaba estacionado y bajo la custodia de 100 hombres, el tren en el que desde Culiacán se había transportado las tropas banderistas, e ideó la maniobra de apoderarse del convoy. Para el caso ordenó a su capitán primero Felipe Castro (a) "El Negro" que, con 25 hombres, se embarcara en el tren de pasajeros próximo a pasar rumbo al sur. El oficial cumplió las órdenes y, al desembarcar en Bamoa, obrando con rapidez y tras un ligero tiroteo con la escolta se apoderó del tren banderista y se lo llevó al cuartel de Caimanero, tren en el cual Ochoa se trasladó a Sonora, para incorporarse a las fuerzas federales gobiernistas, que operaban contra los yaquis. Banderas continuó hasta El Fuerte, de donde regresó a Culiacán, dejando en la plaza una guarnición de 90 hombres, y tal vez fueron los que desarmó Baltasar Avilés.

En la revista capitalina "Revista de Revistas", sección correspondiente al "Correo de los Estados", en octubre de 1911 apareció la siguiente noticia: "Iturbe, el Frégoli de Sinaloa, fue desarmando en unión de 81 hombres, en El Fuerte, por Baltasar Avilés oficial de las fuerzas del Jefe Ochoa y obligado a internarse a los Estados Únicos". La información debió proceder o haberla escrito algún malqueriente del Gral. Iturbe, toda vez que lo compara a Frégoli, un viejo y famoso actor que tenía la habilidad de cambiar en un instante su atuendo de ropas, para reaparecer en la escena, transformado.

El mencionado incidente tuvo su origen en el distanciamiento que había entre los generales Ramón F. Iturbe y Juan Banderas. Aprovechándose de que el jefe maderista José Ma. Ochoa se encontraba en México atendiendo a un llamado de don Francisco I. Madero, Iturbe vino al Fuerte con algunos soldados, de los federales que tomaron prisioneros al caer la plaza de Culiacán en poder de la Revolución. Iturbe le ofreció al

Capitán Baltasar Avilés, a cuyo cargo había quedado las fuerzas de Ochoa en El Fuerte, nombrarlo jefe de la plaza de Culiacán, si se iba con él para poder darle un cuartelazo a Banderas. Avilés no aceptó la proposición, sino que le telegrafió a Ochoa y éste le contestó desde México diciéndole que usara su criterio, pero manifestándole que le parecía que se iba a cometer una injusticia con Banderas, aparte de que también Madero le dijo a Ochoa que por ningún motivo atacara Culiacán. De la contraparte es de observar que, pocos días antes, Juan Banderas había mandado a Pilar Quintero, para que hablara con Avilés y se pusiera con él de acuerdo para desconocer a Iturbe como jefe de las fuerzas en Culiacán.

Iturbe en El Fuerte llegó al cuartel de las fuerzas de Ochoa, que estaba en el palacio municipal, y pretendía que la tropa lo acompañara. Pero avisado Avilés de lo que sucedía, por un oficial, inmediatamente se trasladó a palacio y al entrar ordenó al "Negro Castro" y al capitán Luna, que cerraran las puertas, y a su gente, que montaran cartucho. A continuación pistola en mano Avilés se enfrentó a Iturbe y le dijo "Le doy a usted cinco minutos para que ordene a sus soldados que entreguen las armas". Ante aquella actitud, Iturbe tuvo que ceder y su tropa fue desarmada. Los oficiales de Iturbe quedaron libres, más poco después los fusilaron. Informado de ello el Capitán Avilés, va personalmente ala cárcel y los pone en libertad. A Iturbe se lo llevó don Francisco Guerrero y Valdés para San Blas, y de ahí se dirigió a los EE. UU. Entre los federales que traía Iturbe figuraba el Capitán González, que era el jefe de la plaza de El Fuerte cuando Ochoa se apoderó de ella en abril de 1911.

Después de los acontecimientos que se han relatado, tenemos ahora a Ochoa prestando sus servicios en Sonora. Una vez terminada la campaña del Yaqui, y muerto el Señor Madero, en uso de una licencia dejó el mando del 31º Regimiento y volvió a Ahome, su pueblo natal, pero a fines de 1913 volvió a tomar las armas, en esta vez en contra de Huerta, militando en Sonora bajo las órdenes del Gral. Álvaro Obregón. El 1º de junio de ese año don Ignacio L. Pesqueira, Gobernador de Sonora, lo nombró Coronel de las fuerzas del Estado, siendo su graduación anterior la de Teniente Coronel. Pasado el sitio de Guaymas, retornó a su rancho de El Carrizo, y cuando vino la escisión entre Villa y Carran-

za, invitado por el primero, por carta que le trajo el Teniente Coronel Armando Borboa, se marchó para Chihuahua a fin de incorporarse al villismo. Al ingresar a la División del Norte, en Chihuahua, quedó como Jefe del Estado Mayor, con el grado de Coronel de la Brigada Villa a las órdenes del Gral. José Rodríguez. Como jefe villista participó en los combates de Bermejillo, Gómez Palacio, Torreón, San Pedro de las Colonias, Paredones, Zertuche, Zacatecas (donde recibió una herida), Saltillo, Ramos Arizpe, Los Aldama, Matamoros, La Trinidad, Celaya, León, Aguascalientes, Agua Prieta, Naco y Hermosillo. Ganó en campaña el grado de General Brigadier, y una vez abatido el villismo por los fuertes descalabros que le inflingieran las fuerzas constitucionalistas, volvió a su terruño. Pasada aquella etapa, la Secretaría de la Defensa Nacional le reconoció su grado militar, quedando de esa manera incorporada al ejército nacional. Ya en servicio desempeñó algunas comisiones de importancia, como la de Jefe de Operaciones de Nayarit y en seguida la de Comandante Militar del puerto de Mazatlán, después de lo cual se retiró a la vida privada. Al estallar en 1929la revolución escobarista en contra del Presidente Portes Gil el Gral. Ochoa tomó parte en ella y, al fradar el movimiento, quedó fuera de los cuadros del ejército. El Gral. José María Ochoa nació en Ahome el 22 de julio de 1879, fue hijo de don Zacarías Ochoa y doña Fulgencio Félix, y falleció el 21 de marzo de 1957.

Ahora, por lo que se refiere a don José Rentaría, dicho señor se encontraba en Mazatlán cuando, el 26 de marzo de 1912, se pronunció en aquel puerto don Justo Tirado, en contra de Madero y a favor de Pascual Orozco. Entonces se vio obligado Rentaría a refugiarse en el cañonero nacional “Guerrero”, surto en aguas mazatlecas. A los tres días de estar a bordo pretendió desembarcar en el puerto de Altata, para de ahí dirigirse a Culiacán a fin de rehacer primero su gobierno, y después con fuerzas emprender la marcha sobre Mazatlán., para recuperar la plaza. Pero a causa de unos telegramas que en términos muy fuertes dirigió al Presidente Madero y al Ministro de Gobernación, Alberto García Granados, fue declarado preso en el mismo barco, con órdenes de conducirlo a Manzanillo. En el puerto colimense ya lo esperaba un piquete de soldados federales para conducirlo a la ciudad de México

y puesto allá en libertad, regresó, más ya no como Gobernador, a Culiacán, donde murió el 8 de mayo de 1912, a la edad de 84 años. Sus restos fueron inhumados en el Panteón San Juan, habiendo presidido el cortejo fúnebre la legislatura local.

Don José Rentaría era oriundo del Estado de Michoacán, a donde vio la luz en 1828 a juzgar por la edad que tenía al morir. No se sabe quiénes fueron sus padres, ni cuando ni como ni con qué fines llegó al Estado de Sinaloa. Lo que se sabe por él mismo, es que, cuando tenía 21 años, siglo pasado, década de los 50, trabajó en la Ciudad de México en el bufete de un notable abogado que sostuvo una polémica muy formal sobre los derechos de la iglesia, con el Obispo de Michoacán, don Clemente de Jesús Murguía. Esa circunstancia le deparó a Rentaría la oportunidad de empaparse en los pormenores del tema controvertido, pues dicho abogado con frecuencia le encomendaba la traducción de los textos objeto de cita y consulta.

Parece ser que sirvió a la causa de la Reforma y que desde entonces vino a Sinaloa; sirvió también a la causa republicana. Pero por Rentaría mismo se sabe que, antes del 4 de julio de 1864 en que por nombramiento del Gral. Jesús García Morales se hizo cargo de la Prefectura del Distrito de El Fuerte, por comisión del citado general impartía instrucción militar a los nacionales. Su grado militar de Coronel, con el que figuró en la Historia de Sinaloa, ya lo ostentaba, como Jefe de la Sección del Fuerte, en la época en que fungió de prefecto. Según su propio decir, mantuvo relaciones muy íntimas con el Gral. Antonio Rosales, y con don Ignacio Ramírez, El Nigromante. Por lo menos pues, desde que fue prefecto, si no antes, se radicó en El Fuerte; mas por años su nombre y su actuación se inmergen en el anonimato hasta que, a fines de siglo, su perfil no es el de militar sino del hombre de letras, el de maestro. El de educador, primero al frente del Instituto Municipal Benito Juárez y luego al frente de su escuela particular, en la cabecera del Distrito. Y, como ya lo hemos visto, sus últimas energías físicas las entregó a la reacción violenta de la vida política, al ser elevado por el voto popular al cargo de Gobernador del Estado.

Es evidente que edra un hombre instruido; escritor vigoroso y

de ideas precisas; de pensamiento político avanzado, para su tiempo; estudioso de la Historia y de la Filosofía; racionalista por confesión propia... En 1919 la Revista Sinaloense editada quincenalmente en Culiacán, dio a conocer algunas de las producciones literarias que en prosa brotaron por su numen: Aquiles Collin,¿Quam Republican Habemus?, Porqué las revoluciones, y Autorretrato, artículos todos y no obras bibliográficas, y en el último de los cuales principia por exponer que el principal rasgo de su carácter es el de estallar en odios violentos y fácilmente perdonar y amar, lo que en su conducta política confirma sólo en el primero de estos atributos. En la Antología de Prosistas Sinaloenses, tomo 2, año 1959. Ediciones Culturales del Estado de Sinaloa, aparecen también reproducidos sus artículos Aquiles Collin, Retrato y carácter, Grandezas literarias y Verdades para la historia.

Existe también por ahí un opúsculo suyo editado en 1909, con el titulo de El Poder Público y la Iglesia. El antecedente de la obrita es una polémica epistolar que sostuvo con un distinguido y querido discípulo suyo, cuyo nombre se omite, y la cual versa sobre el tema que se apunta en el titulo. Mejor dicho, es la edición de la última de sus cartas, en la que hace un examen conexo a la correspondencia anterior. Algunos párrafos o períodos, habrán sin duda de dar al lector idea de lo que era el espíritu polémico del autor, así como de la naturaleza de sus sentimientos anticlericales y racionalistas.

"...Sobre la esencia del dogma nada he de decir. Porque, como materia de fe, no hay argumento posible. A quien dice: Creo, nada hay que replicar, está en su perfecto derecho y nadie lo tiene para exigir la razón de esta fe, así como ninguna potestad puede imponerle sin atentar bárbaramente contra la libertad de conciencia"

"Mas en cuanto a la inmutabilidad de ese dogma, en que no cabe evolución ni sombra de variación, perdone usted le diga que su espíritu religioso le lleva hasta la ofuscación, pues de variaciones de la iglesia está llena la historia, y no puedo suponer que usted no conozca ésta, sino que ha pasado por alto lo que la más sana filosofía pone de manifiesto. Sí, la historia, con hechos irrecusables por su evidencia está allí terriblemente acusadora de la versatilidad de esa iglesia, a menos que

ella no funde su autoridad en el dogma, sino en algo muy contingente"

"La célebre frase de Boussuet: Tú varías, y lo que varía no es la verdad, porque la verdad es una, ha caído por su base desde que el progreso de lasa ciencias nos ha venido a demostrar que, sobre las barbaridades cometidas en nombre del dogma, andando el tiempo la iglesia ha tenido que variar sus procedimientos."

"No, yo no pretendo discutir sobre el dogma, porque si la teología dogmática es el conocimiento de la Sagrada Escritura, según el sentir de los concilios y los santos padres, SIN MEZCLA ALGUNA DE ARGUMENTOS, yo, que no creo lo que le raciocinio no demuestra, no he podido buscar en esa Escritura mas que el valor histórico y literario que ella puede tener"

"Por otra parte, aún sobre otros puntos religiosos de menos importancia para el creyente, se hace imposible la discusión, puesto que su lógica ad hoc, lógica extraña que se funda en una luz sobrenatural y se expresa así: Para conocer a Dios en si mismo (¿Qué humano puede conocer a Dios en si mismo?) es necesario tener f. Y la fe nos enseña que Jesucristo es a un mismo tiempo la sabiduría misma, la sabiduría toda. La sabiduría divina y humana. Es la fuente de toda sabiduría; es el modelo y el tipo de nuestra sabiduría; es el medio, la vía recta; casi el método; la verdad, término de la ciencia y su vía, su principio y su vida"

"¡Jesús!, ¡Jesús!, ¡Jesús!, qué granizada de palabras al vacío"

"Que de país a país varíen las restricciones que imponen las leyes relativas a los cultos, lo explica preferentemente la ciencia moral, porque todo aquello que no reclama la conservación del ser y el respeto a los derechos que la naturaleza le ha dado, se rige por la costumbre y las tendencias de los pueblos."

"Así, por ejemplo, en los Estados Unidos, siendo menor el peligro de que trastorne el orden público con ciertas manifestaciones, no hay para que vedarlas, si no es que estorben de algún modo. Hay allá populacho como en todas partes, pero su perversidad procede de otras causas y es la codicia la que impera."

"El nuestro alborota sólo por alborotar, si bien esos desórdenes acaban también con robos y asesinatos. Nada saben, nada entienden ni en

política, ni en religión, ni en asunto alguno; pero suélteseles una palabra que halague sus pasiones y póngase a su cabeza cualquiera en quien reconozcan superioridad bajo algún respecto, y el motín es indefectible"

"En Estados Unidos si algún cura ignorante y tonto tratara de imponerse levantando en alto una efigie y provocando a actos sediciosos, no tendría por respuesta mas que una carcajada del público, quien le aplicaría a baños de ducha, si la policía no lo llevara a luego a la cárcel"

"Pero en México las consecuencias son graves, porque hay en el espíritu subversivo del populacho una mezcla de superstición y libertinaje que le arrastra a todo género de crímenes"

"El partido clerical ha invocado con frecuencia, como argumento para la preponderancia de su iglesia, el sentimiento altamente religioso de la generalidad de México"

"Pero no es exacto, sino en ciertas clases, no en la mayoría Los que en los últimos tumultos aclaman al padrecito y se empeñaban en la procesión, vitoreaban también a Juárez, al gran caudillo de la Reforma; y, si hubiesen sabido también de un Lucero, lo habrían vitoreado en unión del Papa"

"No ya en el exterior, dentro de los recintos, en una mezquita, por ejemplo, ¿le parecería a usted bueno que azuzasen los musulmanes a sus creyentes contra los infieles, contra los perros cristianos, excitando a su matanza y a la rebelión contra el poder civil?"

"Pero entonces volveríamos a lo que ya queda discutido y demostrado. Y es que el Estado nada tiene que ver con la fe de cada cual, y que precisamente para hacer que se respeten todas, debe prohibir el culto externo que pudiera ocasionar conflictos, o cuando menos molestias; y en cuanto al culto interno, le obliga a vigilar que no se ataque ala autoridad civil, que se respete la ley y que se acate la moral"

OROZQUISTAS Y ZAPATISTAS.

Entre los muchos y graves problemas que se le presentaron al Señor Madero durante su administración, se cuenta el de la rebelión del Gral. Pascual Orozco hijo, ocurrida en Chihuahua el día 3 de marzo de 1912. Como consecuencia de ese levantamiento, el día 24 de aquel mismo mes

y año, se internó en la demarcación de Choix una partida de orozquistas o colorados, procedentes de Chihuahua, y la cual fue batida y derrotada por una fuerza gobiernista. El jefe de la partida, el señor Andrés Lasceter, se vio precisado entonces a recurrir al indulto, el cual le fue concedido por conducto de don Filiberto R. Quintero, que en el Distrito de El Fuerte era el Delegado de la Agrupación Pacifista Nacional.

En relación con el orozquismo, el levantamiento de más trascendencia política en el Estado fue el de don Justo Tirado, el 26 de enero de 1912 en Mazatlán, toda vez que determinó la caída del Gobernador Rentaría, en las condiciones anteriormente relatadas. Además los alzados llegaron a tomar la capital del Estado el 17 de abril siguiente, pero fueron desalojados de ella el 6 de mayo, por tropas gobiernistas.

Por último, dentro del Distrito de El Fuerte se registró un encuentro más, con una partida orozquista prodecente de la desbandada de Álamos. Por el mes de agosto de 1912 mil orozquistas penetraron, por la vía de Chínipas, al vecino Distrito de Álamos. Después de una acción de armas registrada en Conicarit el día 19, los insurrectos, el dí 24 atacaron a la ciudad de Alamos, donde al día siguiente por la tarde los defensores de la plaza, acabaron por inflingirles la más completa derrota; pues aquellos dejaron abandonados en el campo de batalla un centenar de muertos, algunos prisioneros, un cañón, una ametralladora, un telescopio y 600 bestias ensilladas. En la dispersión, una partida de fugitivos tomó el camino de Sinaloa y se posesionó del pueblo de Baca. En seguimiento de ellos ya venía desde Alamos el Tte. Crl. José Ma. Ochoa, comandante del 31 Cuerpo Rural y el día 29 los derrotó en Baca y finalmente los dispersó en la hacienda de Loreto, después de un simple tiroteo.

El estado de Sinaloa fue también teatro de la lucha contra los zapatistas, en la época del presidente Madero.

El 12 de abril de 1912 Culiacán fue ocupado por 300 zapatistas al mando de Pilar Quintero y de su segundo Francisco Mendoza. Durante los días siguientes llegaron además, a la capital del Estado, otros grupos de la misma filiación revolucionaria, comandados por Manuel Vega, Antonio Franco, Francisco Quintero, Melquiades Meléndez y

un sujeto apodado "El Palomo". De Durango llegó también el cabecilla Conrado Antuna, que se significó por desordenado y rapaz. Pilar Quintero impuso a los vecinos préstamos forzosos, con lo que se despertó la codicia de los demás jefes zapatistas, quienes debido a ellos acabaron por desconocerlo y por fusilarlo el 19 de Abril.

Muerto Pilar Quintero y ya dueños de la ciudad los otros cabecillas, las tropas se entregaron al saqueo más desenfrenado, y Antuna, convertido en el terror de Culiacán, exigió de muchas personas fuertes cantidades de dinero. El estado de cosas prevaleció hasta fines de abril, cuando las fuerzas zapatistas comenzaron a abandonar la ciudad, al saber que fuerzas maderistas procedentes del vecino estado de Durango habían salido a recuperarla. Dichas fuerzas venían al mando del coronel Orestes Pereira, apodado "El Mocho", por hacerle falta la oreja izquierda, mutilación que cubría con un mechón de pelo convenientemente peinado.

Las fuerzas de Pereira derrotaron por completo a las de Conrado Antuna, primero en El Espinal y después en Comedero, recogiéndoseles fuerte botín en telas y otras mercancías que conducían en mulas y carretas. El distintivo que usaban los zapatistas que saquearon a Culiacán, era un listón rojo en el sombrero o en el brazo. Estas gentes en realidad no tenían ni ideal ni bandera.

Desalojados de Culiacán, los llamados zapatistas en número de 900 se hicieron fuertes en la población de Mocorito, bajo el comando de Francisco Quintero, Miguel Rochín y Antonio Franco. Pero fueron en aquel mismo lugar atacados y derrotados, el día 5 de mayo (1912), por una fuerza gobiernista compuesta de 350 voluntarios serranos organizados por el Gral. Ramón F. Iturbe y de 150 soldados federales mandados por un coronel Matus. Los insurrectos perdieron bastantes pertrechos de guerra y dejaron 100 prisioneros en poder de los triunfadores.

Rehechos nuevamente, en el mes del siguiente diciembre los mismos cabecillas atacaron, con mil hombres, a la villa de Sinaloa. La defensa de la plaza sólo contaba con 100 hombres, a que ascendían unas fracciones de los batallones de línea 14 y 18 y la policía local, respectivamente al mando del capitán José Martínez del Río y del teniente Francisco Reis (o Ruiz) Cortés. Después de un reñido ataque, que duró como 12 horas, los zapatistas levantaron el sitio y huyeron vergonzosamente. Y la sociedad de Sinaloa, considerando que se había librado de las consecuencias o sea de los vejámenes y atropellos, en una ceremonia pública premió el valor de los mencionados oficiales, regalándoles espadas con empuñadura de oro.

Una tercera y última derrota acabó con los revoltosos en Cacalotán, distrito de Sinaloa, donde los mismos cabecillas expresados habían logrado reunir a 350 de los dispersos de la villa de Sinaloa. Iturbe los atacó y puso fin a las actividades de la facción zapatista.

Sin embargo, restos de esa gavilla o gentes bien o mal tenidas como zapatistas, en número de 80 entraron a Los Mochis, al mando de Fortunato Heredia, a mediados de enero de 1913. No existía en la localidad ningún destacamento militar y aunque sí había en cambio una guardia civil no se hizo, tal vez por inútil, resistencia alguna a la desordenada y sorpresiva entrada de aquella gente, en alarde de rebeldía; y no se hizo resistencia, con tanta mayor razón cuanto que el síndico de Los Mochis, Juan Heredia, tenía al menos que disimularse por ser pariente del mencionado Fortunato. Durante el día entero permanecieron en el pueblo los revoltosos, entregados a la sola tarea de exigir la entrega de mercancías al comercio local, entre cuyas firmas principales figuraban las de Ernesto Borboa, Camilo J. Carlón y Joaquín Vega, S. en C. A la Sinaloa Sugar Company le impusieron un préstamo de 300 pesos, que se les entregaron en las oficinas de la empresa; y además, de los corrales de la compañía, en la Jaula, se llevaron algunos caballos, los que posteriormente les fueron recogidos. Rendida la fructuosa jornada, por la noche emprendieron la retirada con rumbo y destino a San José de Gracia; pero, eso sí, no cometieron asesinato alguno.

El síndico de Los Mochis, Juan Heredia, por lo ocurrido fue llamado a Sinaloa por el capitán José Martínez del Río, quien con mucho sigilo lo mandó fusilar por haberlo encontrado parcial a su dicho, pariente de Fortunato Heredia. La aventura de este cabecilla no fue de trascendencia, en ningún sentido. Y el castigo le llegó más tarde, pues los carrancistas lo fusilaron, al tomar la plaza de Sinaloa en octubre de 1913.

Lucha Contra la Usurpación

Situación general

Por el umbral de una incalificable traición, entramos ahora a la segunda etapa de la Revolución. Sobreviene el cuartelazo de la Ciudadela el 9 de febrero de 1913, al final de cuya decena trágica el Gral. Victoriano Huerta, faltando a su lealtad de soldado, fragua la aprehensión del presidente de la República, don Francisco I. Madero, ocurrida el día 18. Sus ambiciones lo llevan en esa propia fecha a usurpar el poder, comunicando el hecho inmediatamente a los gobernadores de los estados, mediante la circular telegráfica que a la letra dice: "Autorizado por el Senado he asumido el Poder Ejecutivo, estando presos el Presidente y su Gabinete". Y su felonía y vileza lo impulsan a cometer un hecho todavía más excecrable, el asesinato del primer mandatario constitucional y el del vicepresidente Pino Suárez, consumado el 22 de febrero.

Varios gobernadores desconocieron, lógicamente, la autoridad de Huerta. En primer término don Venustiano Carranza, gobernador de Coahuila, mediante el decreto expedido por la Legislatura de aquel estado, con fecha 19 de febrero de 1913. Poco tiempo después hacía lo propio el gobernador de Sonora, Gral. Ignacio L. Pesqueira. Sancionando publicando el decreto relativo, expedido por el Congreso del estado con fecha 13 de marzo de ese año. En consecuencia sobrevino el desencadenamiento de una guerra intestina sin cuartel contra el huertismo, apoyado éste por el ejército federal.

El nuevo movimiento revolucionario reivindicador, quedó abanderado por el plan que, el 26 de marzo de 1913, se proclamó en la hacienda de Guadalupe, del Estado de Coahuila, y que representativamente sostenía el gobernador de aquella entidad, don Venustiano Carranza. Y como se trataba de restablecer en la vida pública de la nación el orden constitucional, mediante el derrocamiento del usurpador, a la causa que perseguía esos fines por definición, se le llamó constitucionalista, y por razón igualmente lógica, a la fuerza armada que encarnaba institucionalmente la defensa de aquella causa, se le dió el nombre del Ejército Constitucionalista, el mando del cual asumió don Venustiano Carranza, con el carácter de Primer Jefe. De esta suerte don Venustiano

Carranza se convirtió en el caudillo del constitucionalismo; y es quizás su persona, la figura más recia y la más caracterizada, a la vez que representativa, de la Revolución Mexicana.

En Sinaloa tenía también que escenificarse la lucha con vigorosos perfiles. Don Felipe Riveros había asumido por la vía constitucional la Gobernatura del Estado, el 27 de septiembre de 1912. Este Gobernador, que en un principio había reconocido al régimen de Huerta, acusado de que intentaba levantarse en armas, por orden del usurpador, fue destituido y reducido a prisión. Riveros, atendiendo invitaciones de los jefes militares huertistas y los consejos de los colaboradores de su gobierno, inclusive los de los diputados del Congreso local, salió para Mazatlán, donde los huertistas lo hicieron prisionero el 21 de marzo de 1913, cuando asistía a un banquete que, como celada, le ofrecieron en un vapor de guerra. En su lugar asumió el poder el Gral. José L. Legorreta, designado por Huerta.

Cuatro días antes de la fecha de su aprehensión, Riveros en su carácter de Gobernador había rendido un informe a la Legislatura, en términos con los cuales los huertistas se manifestaron inconformes. Este fue en realidad el motivo o uno de los motivos que le originaron la desconfianza huertista, y por los cuales se le aprehendió y se le exigió su renuncia, enviándosele a México en unión de algunos de sus amigos; y por otra parte, además, se abstuvo el señor Riveros de autorizar, con su firma, la publicación de los decretos enviados a Sinaloa por el gobierno del Gral. Huerta.

Don Felipe logró evadirse de México y consiguió con don Venustiano Carranza le reconociera su investidura de gobernador. De manera es que Riveros no tardó en reaparecer en la cosa pública de Sinaloa, estableciendo el asiento de su gobierno en la estación de San Blas, donde vino a quedar también establecido el cuartel general de operaciones en el Estado, de cuya jefatura se hizo cargo el Gral. Ramón F. Iturbe.

Este general, una vez concluída la lucha contra los zapatistas en el norte del Estado, gozando de una licencia permaneció durante algún tiempo en los Estados Unidos. Pero cuando ya venía de regreso de Los Angeles, Cal., a su paso por Nogales conferenció con el general de briga-

da Álvaro Obregón, quien le proporcionó una tropa de 80 hombres, el 17 de junio de 1913, con esa gente arribó Iturbe a San Blas y ahí recibió el mando de las fuerzas constitucionalistas en el Estado. Con relación al señor Riveros, por algunos meses mantuvo la sede de su gobierno en San Blas, y no la trasladó a Culiacán sino hasta cuando la plaza fue tomada por las fuerzas constitucionalistas al mando del Gral. Obregón.

Cuando el Gral. Victoriano Huerta usurpó la presidencia de la República, el Lic. José A. Meza fungía de prefecto en el distrito de El Fuerte. Este señor, se negó a reconocer al régimen espurio, por lo que fue aprehendido y conducido a la villa de Sinaloa, juntamente con el señor Emiliano C. García, a comparecer ante el coronel federal Miguel Rodríguez. Allá el Lic. Meza fue puesto en libertad una vez que renunció a su cargo, y en su lugar fue designado don Gonzalo Martínez, pero este señor debido a su empeño logró que le dieran la chamba a don Dionisio Torres (don Nicho), comerciante de El Fuerte. En esta virtud, el señor Torres quedó comprometido con el huertismo, sin quererlo; pero en fin, con toda hombría apechugó con su responsabilidad de prefecto y se sostuvo en la lid hasta el día en que fue decapitado por los yaquis del coronel Benjamín G. Hill, cuando este jefe capturó victoriosamente la plaza de Los Mochis.

Extraño pronunciamiento.

Problemáticamente se pudieran relacionar los acontecimientos que enseguida se narran, con los que acaecieron en la ciudad de México el día en que finalizó la "decena trágica".

Según el parte de novedades que el síndico de Mochicahui, don Mariano Bermúdez, rindió por escrito al prefecto del Distrito, el día 19 de febrero de 1913 a las dos de la tarde ocurrió en el pueblo de Mochicahui, el pronunciamiento de los individuos Felipe Castro ("El Negro"), Armando Borboa, Jesús Sifuentes, Luis Lugo, Zacarías Vega, Paulino Luna, Juan Cortéz y Jesús Figueroa. En ese plan desarmaron a la policía lugareña, cortaron la línea telefónica y pretendieron apoderarse de los fondos existentes en la Colecturía de Rentas y en el Correo. Inmediatamente después se dirigieron a la vecina hacienda de La Constancia,

donde solicitaron de su propietario don Francisco Orrantia y Sarmiento, armas, caballos y dinero; pero sin mostrar en ello exigencia y manifestando frescamente que se habían levantado en armas con el único y loable propósito de impartir garantías al público; de lo que se desprende que, en verdad, aquel movimiento carecía de trascendencia revolucionaria y que ni remotamente tenía nexos con la causa huertista.

De los sujetos mencionados sólo era de tomarse en cuenta, por su temperamento inquieto y carácter aventurero, la participación conjunta de Castro, Borboa y Sifuentes, ya que los demás eran, según se expresa en el parte, "ebrios inofensivos que sólo en estado de embriaguez, como estaban, eran capaces de tomar las armas". Y, en efecto, Castro era decidido y militó asímismo como oficial de Ochoa en 1911. Armando se afilió al villismo y en Chihuahua le dieron el grado de teniente coronel, yen un tiempo fue jefe del estado mayor del terrible general villista Tomás Urbina.

Temeroso de que los pseudorebeldes de Mochicahui se dirigieran a Los Mochis y cometieran algún desacato, don Ignacio Gastélum, funcionario de la Sinaloa Sugar Company, velando por los intereses de esta empresa y por la tranquilidad de la población, se apresuró a solicitar por telégrafo del Lic. José A Meza, prefecto del Distrito, la protección urgente de una fracción del 8vo. Batallón de línea que se hallaba destacamentada en el puerto de Topolobampo. Pero el prefecto movilizó al oficial Aurelio Acosta con 15 rurales rumbo a San Blas porque, según rumorábase, ese era el objetivo de los pronunciados.

La noche del día 20 las autoridades de San Blas se pusieron en guardia, porque esperaban el ataque de los revoltosos. Lo que ocurrió esa noche fue, al decir del parte telegráfico que rindió al prefecto, el director político del lugar, señor Blas Borboa, un inesperado y a la vez equivocado encuentro a tiros, en las afueras de la población, entre elementos de la defensa local y soldados de una partida de federales que llegaba, procedente de Sinaloa, al mando del teniente Miguel Espinosa. La guardia o el rondín, al aproximarse gente que le pareció extraña, por tres veces consecutivas dio el grito del !quién vive!, obteniendo como única respuesta de los federales una descarga cerrada de fusilería,

más sin que por fortuna hubieran sucedido desgracias personales.

El día 21 el director político comunicaba al prefecto que, cumpliendo con las órdenes que le había transmitido, salía en unión de Aurelio Acosta y sus 15 rurales, y del teniente Miguel Espinosa con sus 25 federales, a reunirse con un piquete de rurales que, al mando del subteniente Julián Marín, se hallaba en guardia en el vecino rancho de La Guásima. Era por ese rumbo por donde con todo fundamento, se esperaba la llegada de los revoltosos; y en efecto, en el trayecto las fuerzas del orden se cruzaron con los insurrectos, debido a la circunstancia de que existían dos caminos entre San Blas y el rancho mencionado.

Al llegar a San Blas, los revoltosos tuvieron la precaución de ocultarse en el monte hasta que sobreviniera la noche. En realidad, y acaso sin darse cuenta, estos hombres habían escapado de un encuentro muy peligroso con fuerzas competentes, que hubieran podido exterminarlos. Llegada la noche se pusieron en acción, topándose con una partida de federales que les marcó el alto y, sin contestar, atrevidamente se colocaron en línea de tiradores, advertido lo cual los soldados les hicieron una descarga cerrada, lo que bastó para que se dispersaran. A la vez casi, los federales marcaron el alto a la fuerza correligionaria de Aurelio Acosta, sin que ésta respondiera debido a lo cual entre unos y otros se cruzó un tiroteo, que bien pronto cesó al reconocerse como del mismo bando, por los vivas lanzados al gobierno. En esa misma noche del 21, a bordo de un tren, salió con destino a Topolobampo el teniente Espinosa con sus 20 hombres; y al cabo de días, Aurelio Acosta se trasladó con su gente a Los Mochis.

En sendos telegramas que el día 22 dirigió el prefecto interino al gobernador del Estado, a Culiacán, y al Jefe de las Armas a Mazatlán, informa que Borboa, Castro, Sifuentes y demás revoltosos que los acompañaban, después de haber intentado entrar a San Blas, huyeron rumbo a Sinaloa; habiendo conferenciado con ellos el señor Filiberto R. Quintero, convinieron en deponer las armas y en someterse al gobierno, esperando resolución superior, en lugar determinado. Con el indulto tuvo su fin aquella aventura, sin objeto preciso y sin gloria ni beneficio para nadie.

Entre tanto, lo revela el parte respectivo, el jefe del destacamento

rural en San Blas, subteniente Julián Marín, intentó rebelarse contra las autoridades constituídas y unirse al revoltoso Felipe Castro, en compañía de 3 soldados de los 9 que tenía bajo sus órdenes; los 6 soldados restantes, permaneciendo fieles se dirigieron a El Fuerte y se presentaron al comandante del cuartel, capitán Emiliano Ceceña Torres.

Todavía otra deserción más ocurrió en San Blas, el 24 de marzo de 1913, en que 6 hombres de la gente de José L. Ronquillo, jefe de la partida volante del distrito, defeccionaron llevándose sus armas; en tanto que 5 soldados, los restantes de la partida, no secundaron a sus compañeros, quedando incorporados al destacamento federal que se hallaba acantonado en San Blas, en número de 20 hombres mandados por el capitán Francisco Reis Cortés.

Presión revolucionaria sobre El Fuerte.

Con el fin de proceder cronológicamente referiré que, anexa a carta de fecha 27 de marzo de 1913, el señor E. Alcalá, probablemente Secretario General de Gobierno, le envió al prefecto de El Fuerte, señor Dionisio Torres, una clave cifrada para que, en los casos en los que se hiciere necesario, se comunicara con el gobernador o con el remitente. Era entonces gobernador el Gral. José L. Legorreta, de filiación huertista y quien sustituyó al gobernador constitucional don Felipe Riveros, cuando se le puso preso y fue remitido a la ciudad de México.

La clave es la siguiente:

	9	8	7	6	5	4	3	2	1	0
7 6	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J
5 4	K	L	Ll	M	N	Ñ	O	P	Q	R
3 2	S	T	U	V	W	X	Y	Z	L	2
1 8	3	4	5	6	7	8	9	0		

FUERTE

"Para usarla --se indica en la carta de referencia--, tomará usted uno de los números de la izquierda (cualquiera de ellos) que tomen

línea horizontal con la letra o número que quiera escribir y uno de los de arriba que formen ángulo recto con la misma letra o número. Y así continuará escribiendo letra por letra hasta terminar la palabra o frase que haya de cifrar. Por ejemplo, para escribir la palabra FUERTE: 74-27-65-40-38-75".

Al principiar el mes de abril se inició en el distrito del Fuerte la lucha revolucionaria. La ciudad cabecera del mismo se hallaba amagada por algún grupo en armas, en vista de lo cual el prefecto lo hizo del conocimiento del Gobernador del Estado, quien en respuesta le dirigió el mensaje que sigue: "Culiacán, abril 3 de 1913. Enterado mensaje, manténgase firme por mientras mando refuerzo. José L. Legorreta".

Simultáneamente el día 5 de ese mismo mes, El Fuerte y Los Mochis eran atacados por fuerzas antigobiernistas, por lo que el prefecto se dirigió al jefe de la guarnición federal en San Blas, demandando auxilio para El Fuerte. En respuesta recibió un telegrama en el que le decía: "San Blas, 5 de abril de 1913. Enterado sus dos mensajes. No me es posible dar auxilio esa plaza y además en Los Mochis están comprometidos. Atentamente, Tte. Crl. Carlos Rodríguez".

Contaba el prefecto, don Nicho Torres, con 25 soldados que le había dejado su antecesor don Gonzalo Martínez. Y no obstante no haber logrado un refuerzo, los defensores de la plaza salieron airosos por sí mismos en la acción, rechazando a los atacantes, según se colige de la contestación que el Gral. Legorreta dio al parte correspondiente; contestación telegráfica que dice: "Culiacán, 5 de abril de 1913. Sr. Prefecto. Fuerte. Enterado con satisfacción valerosa defensa de soldados y vecinos esa población por lo cual este Gobierno felicita a usted y demás defensores. Procuro mandarle refuerzos. José L. Legorreta".

No estoy en posibilidad de consignar los pormenores de esta acción de armas, ya que no me fue dable localizar en el archivo municipal de El Fuerte, el parte relativo. En cambio, en el archivo citado encontré los telegramas preinsertos, los que por lo menos habremos de tomarlos como un testimonio oficial del acontecimiento a que aluden.

Tampoco estoy en aptitud de informar quien capitaneaba a los atacantes, evidentemente desafectos al régimen huertista. Ahora bien,

el hecho de que en la misma fecha se estuviera también librando en Los Mochis un combate entre el rebelde Macario Gaxiola y el destacamento militar de la plaza, da motivo a suponer que se trataba de una acción combinada y conjunta que tenía por mira distraer, por el rumbo de El Fuerte, la atención de las fuerzas y de las autoridades del huertismo. Así es que, el comandante de los pronunciados que ejercían presión sobre la cabecera del Distrito, bien pudo haber sido un oficial o correligionario de Macario Gaxiola, o quizás Alberto Lugo, antiguo revolucionario maderista de la región.

Macario Gaxiola en Los Mochis.

Aunque humilde, pero noble de corazón, valiente, leal y reposado, cuando su jefe y amigo el Gobernador Felipe Riveros fue aprehendido y depuesto por el régimen huertista, inconforme con el hecho y asumiendo una actitud rebelde, el mayor Macario Gaxiola Urías se fugó hacia los distritos del norte de la entidad, donde se proponía revolucionar con su guerrilla. Era coterráneo de Riveros y jefe de su escolta, en comando del Cuerpo de Rurales del Estado. En su escapada y a su paso por Angostura, su pueblo natal, incorporó a su guerrilla al dinámico y valiente joven Elías Mascareño; y entre sus capitanes, además de Mascareño figuraban Estéban Angulo y Jacinto Castro. En seguida de Gaxiola y a raíz también de la prisión del gobernador Riveros, por esa misma causa, en el sur del Estado se pronunció con 50 hombres, Juan Carrasco.

Bien pronto el mayor Gaxiola tuvo adictos que se le unieron. En primer término se le incorporó la guerrilla de Sinaloa, del mayor Maximiano Gámez y sus hermanos Narciso, Juan y Pedro, del mismo apellido. También se le unió la guerrilla de San Blas, comandada por el mayor Rodolfo Ibarra y Vega y su lugarteniente Norberto Cerecer, cuyos oficiales eran un hermano de Rodolfo, Eugenio, y sus sobrinos Victoriano, Adolfo, Atanasio y Alejandro Ibarra. La de Gaxiola tenía el nombre de guerrilla de Angostura, cuyo segundo jefe era el valiente Eligio Samaniego.

Al acaudillar en el norte el mayor Gaxiola este movimiento, en contra del gobierno de Huerta, no lo hizo bajo la bandera del Plan de Guadalupe, que tal vez ni conocía. Lo hizo particularmente por el caso Riveros.

En ese tiempo, como lo dice un articulista, "todavía no había ninguna organización militar, ni se conocía en ese Estado, por la dificultad de comunicaciones, el nombre de don Venustiano Carranza". Eso si, después del triunfo que tuvo en Los Mochis, Gaxiola se identificó plenamente con la causa constitucionalista, al establecer nexos con los revolucionarios que ya por entonces, operaban en el distrito de Alamos.

El móvil señalado en primer término, se confirma por el relato que hizo una persona que intervino en el caso que a continuación se refiere. Al día siguiente de haber tomado la plaza de Los Mochis, por la mañana y sin ninguna escolta ni acompañante, Macario Gaxiola se presentó en las oficinas de la Sinaloa Sugar Company y se dirigió a un alto empleado de la empresa, diciéndole: Ustedes nos han herido mucha gente, ahora deben ayudarnos con 300 pesos (cantidad que en el acto le fue entregada) para los gastos de manutención. Hemos telegrafiado a Huerta demandando la libertad de Riveros, prometiendo en cambio deponer las armas. No nos han hecho caso, a lo cual se debe que hayamos asumido una actitud rebelde. Hemos telegrafiado a Washington explicando las causas determinantes del movimiento iniciado, a fin de no ser tenidos en el concepto de bandidos.

Hecha la exposición anterior, a título de antecedente, pasaré ahora a ocuparme en detalle de los sucesos ocurridos en Los Mochis el 5 de abril de 1913. En tal día, amaneció Macario Gaxiola, acampado con sus fuerzas (estimativamente 300 hombres) en el kilómetro 22, frente a Los Mochis. Inmediatamente pidió la rendición de la plaza, en la que se hallaba guarneciéndola, con 19 "huachos", el teniente federal Miguel Espinosa. Este oficial desde temprana hora se había colocado a la espectativa, tras de una hilera de pacas de alfalfa, un poco adelante de la estación del ferrocarril, a la salida de la vía rumbo al 22. El oficial, al enterarse de la demanda de los revolucionarios, acaso considerando que por la situación desfavorable en que se hallaba colocado, empeñarse en una defensa cruenta era inútil, se mostró dispuesto a entregar la plaza y retirarse con sus soldados. Gaxiola replicó que las armas y el parque debían ser entregados, a lo que se opuso el teniente diciendo que las armas y el parque no serían entregados sin pelear.

Muy malos recuerdos y resquemores, por los actos de pillaje cometidos, había dejado en Los Mochis el zapatista Fortunato Heredia, en enero de ese año. Tras de aquellos sucesos día con día circulaban alarmantes rumores, de que nuevas gavillas entrarían a la población; y en previsión de lo que llegare a ocurrir, por semanas enteras empleados de la compañía azucarera montaban guardia dentro del radio de las oficinas y viviendas de la empresa. Por aquellos días se hacía sentir en forma bien palpable la inseguridad o falta de garantías. El propio, que de Los Mochis conducía 500 pesos destinados a la raya semanaria de los trabajadores de la compañía en Los Tastes, fue asaltado en el trayecto y despojado de ese dinero. De la misma manera, al empleado Onofre Sandoval (el "Moica"), conducía de San Blas a Los Mochis 15 mil pesos para la compañía, una persona conocida y de los contornos trató de quitarle aquel caudal, con insistencia aunque sin violencia. Como el ambiente no era para menos, infundía temores y fomentaba malos pronósticos, razón por la cual, la compañía decidió adquirir prontamente 50 carabinas con su dotación de cartuchos, armas que en parte fueron utilizadas en la resistencia que se hizo a Gaxiola.

Cuando en las condiciones descritas, Macario Gaxiola se presenta en Los Mochis exigiendo la entrega de la plaza, los vecinos creían de buena fe que se trataba de meros fascinerosos, procedentes del rumbo de Sinaloa. Por esa razón un grupo de vecinos, inclusive algunos americanos, se hallaban dispuestos a tomar las armas; lo imponía el resguardo de las familias y el de sus intereses; en su mayor parte eran empleados de la Sinaloa Sugar Company. Pero del kilómetro 22, sitio en que Gaxiola se hallaba acampado, un propio trajo para Mr. Johnston, el presidente de la compañía azucarera, un pliego que decía: "Sabemos que los americanos van a tomar las armas, desde este punto no tendrán garantías". Esta prevención evitó que Mr. Johnston personalmente y otros de sus compatriotas, hubieran tomado parte en el combate.

Ante la extrema exigencia de los revolucionarios, el teniente Espinosa decidió no rendirse y salir peleando, por el 22. Esta determinación fue objetada por un grupo de atemorizados pero decididos civiles, aduciendo que, de salir de Los Mochis la guarnición federal, quedarían ellos

sin ninguna protección y expuestos a las represalias y al exterminio; insistieron en sus propósitos de que se tomaran posiciones estratégicas para la lucha, en las alturas de las casas, y se hiciera una defensa conjunta del poblado, ya que ellos mismos, los civiles, ofrecían pelear al lado y bajo las órdenes del mencionado oficial. En realidad, estas gentes poseídas de sobresalto, con su actitud venían comprometiéndose en una situación de alcances políticos todavía incógnitos e imprevisibles; e inesperadamente algunos de los participantes en el combate sufrieron consecuencias desagradables. En el fondo, la decisión adoptada obedeció únicamente a la creencia de que estaban en presencia de una horda de bandidos, ignoraban que en realidad, el revolucionario Macario Gaxiola era un hombre de limpios antecedentes y como jefe, capaz de otorgar garantías a la sociedad, como lo hizo. Es seguro que de haber conocido de antemano la calidad humana y militar que caracterizaba Gaxiola y cuán justa era su bandera, aquellos particulares que en su mayoría eran empleados de la compañía, se hubieran abstenido de participar en los cruentos sucesos que sobrevinieron.

Además de la partida de federales y de un grupo como de 14 o 15 particulares que, en vista de las circunstancias, decidieron exponer su vida, la defensa creía contar con el director político de Ahome, don Casimiro Luque, que desde hacía dos o tres días se encontraba en Los Mochis, con 60 hombres montados pendiente de los acontecimientos que se anunciaban; lo mismo que con don Aurelio Acosta, síndico de la población, que tenía otros tantos jinetes, aún cuando éste último señor no era ni había sido revolucionario ni pertenecía a ningún bando, sino simplemente una persona de negocios. Luque, Acosta y Quiñones, a pesar de que, "disponían de gente y armas y aparentaban asumir una defensa que no estaba en sus planes, llegado el momento rehusaron ocupar posiciones definidas, para accionar libremente y sin combatir, tan pronto como se rompió el fuego, se retiraron a galope rumbo a la villa de Ahome". Pero tal vez al obrar en esa forma, era que para ellos la situación se había despejado al enterarse de la finalidad de un movimiento con el cual Quiñones, nada tenía que ver y con el que simpatizaban Luque y Acosta.

Serían las 10 de la mañana, cuando los revolucionarios en dos alas desprendidas del cerro de La Memoria y formando un semicírculo, avanzaban en disposición de combate sobre la población. Una hora más tarde daba principio una lucha reñida y sangrienta, cuya duración fue de cerca de 8 horas. Como a las 6 de la tarde de aquel mismo día (5 de abril), siendo sábado, se concertaba un parlamento entre los bandos combatientes y cesaba la lucha.

Las posiciones dominantes en que se apostaron dentro del caserío los defensores, eran las siguientes: El teniente colocó; 6 federales en la azotea de la casa de Ernesto Borboa, en la esquina N. O. del cruzamiento de las calles que en la actualidad llevan los nombres de Angel Flores y Rosendo G. Castro; otros 6 en la azotea de la casa comercial de Camilo J. Carlón, cita en la esquina S. O., en la intersección de los que son la avenida Alvaro Obregón y la calle Angel Flores; los siete soldados restantes, en la azotea de una casa de don José Ma. Cázarez que ocupaba la firma comercial Joaquín Vega, S. en C., finca que se hallaba precisamente donde se levanta el edificio del Centro Social de Mochis, en el cruzamiento de la avenida Alvaro Obregón y la calle Angel Flores. En este último puesto se situó el teniente Miguel Espinosa, jefe del destacamento, juntamente con los civiles armados Edmundo Salmón, Plácido Vega y Quintero, Profr. Fernando B. Martínez, Rosario Grijalva, Joaquín y Jesús Vega, Francisco Valdez Vega, Francisco Saracho y un hermano suyo, un hijo del Juez de Primera Instancia en El Fuerte y un jovencito de 12 años. A poco de haberse iniciado el combate, acudieron a incorporarse a la posición del teniente, don Ignacio Gastélum, un Caballerango don Esteban y un sujeto apodado "El Guacho".

Las tres posiciones elegidas estaban en el corazón del poblado, el cual en esa época tenía un perímetro muy reducido, encuadrado entre los canales 5 y 6 (corría este último a lo largo de lo que después sería la calle Gabriel Leyva) y entre las avenidas Benjamín f. Johnston y Rosendo G. Castro. Se consideraba neutral la zona donde se hallaban las oficinas, el antiguo hotel (ya desaparecido), las casas y la fábrica, propiedad de la Sinaloa Sugar Company. Dentro de ese corto perímetro se generalizó el tiroteo. La gente apostada en la azotea de la casa de Cázarez, durante

el combate fue blanco de los disparos hechos, con rifles sordos, por tres individuos (uno de ellos Baltazar Avilés) ocultos tras de una ventana de la casa de don Antonio Avilés, situada a 125 metros de distancia; corresponde a la esquina N.E. del cruzamiento de la avenida Hidalgo con la calle Angel Flores, donde tiene su domicilio el señor José S. Pamplona. Hubo también encuentros a lo largo del canal 5 y por el mismo rumbo en la zona de la escuela americana y de la casa de Jordan; pero ahí pelearon civiles, logrando desalojar al enemigo.

A las 5 de la tarde - refiere Thomas A. Robertson, en su libro "A Southwestern Utopia" - del día 5 las fuerzas de Gaxiola había dominado la situación, muriendo en los combates, tres inocentes mirones y varios burros, firmándose el acta de capitulación, en la que se asentó que los vencedores respetarían la vida de los vencidos y otorgaría garantías a la sociedad.

En efectivo, a las 6 de la tarde y debido a la intervención de Mr. Johnston, se concertó un armisticio para que, afirma uno de los protagonistas de la defensa, "durante la noche, nadie atacara ni se moviera de sus posiciones; pero ocurrió que los revolucionarios violaron el pacto y entraron a la población amparados por las sombras de la noche, y al amanecer, el teniente se encontró erizado de rifles que apuntaban a sus hombres, no quedándole otro recurso que rendirse ante tales condiciones y ante la absoluta superioridad numérica del enemigo".

Por la mañana del día 6, para recibir la rendición, subió Gaxiola a la azotea de la casa donde se hallaba el teniente, quien, en presencia del vencedor, con la rodilla partió en dos pedazos su espada, arrojándolos al suelo e interrogando a continuación el oficial, sobre qué deseaba, contestó:

- Que sean dados libres mis soldados.

--¿ Y para usted?

- Incorporarme al destacamento federal que está en San Blas.

--¿Y volverá usted a pelear en contra de nosotros?

- Pertenezco al Ejército Federal y si ustedes atacan donde yo esté en servicio, tendré que pelear contra ustedes.

--¡Muy bien, dijo Gaxiola, ¡así me gustan los hombres!.

Después de este diálogo y consumada la rendición de la partida federal, a los civiles no se les molestó y los soldados fueron incorporados a las filas revolucionarias. Contra el deseo y la mala intención de ciertos jefes que participaron en la toma de la plaza, quienes pretendían que se le diera muerte al Teniente, con un gesto que mucho lo enaltece, Gaxiola se responsabilizó de aquella vida, acompañándolo personalmente en un carruaje facilitado por Mr. Johnston, hasta dejarlo a la salida del camino de Mochicahui, de ahí continuó solo el oficial en el carruaje, con el cochero, y vía La Constancia pasó a incorporarse a una fracción del 14 Batallón que, al mando del capitán José Martínez del Río, se hallaba custodiando la villa de Sinaloa, la plaza fuerte del huertismo en el norte del Estado.

Ahora por lo que respecta a las victoriosas fuerzas revolucionarias, éstas al mando de su jefe Macario Gaxiola se trasladaron en seguida a San Blas, posesionándose de la plaza.

OTROS SUCESOS

Aún cuando era un sitio estratégico, no se obstinó Gaxiola por retener en su poder la plaza de San Blas, amagada como estaba de un ataque por parte de los federales acuartelados en Sinaloa. Abandonó la plaza y cruzando el río, con 150 hombres se dirigió a las cercanas rancherías de El Aliso y La Capilla. Un día después de la evacuación San Blas era en efecto, ocupado por el enemigo en comando del coronel federal Miguel Rodríguez, del capitán Jesús San Juan, de don Miguel Tarriba y de Cipriano Alonso. Con esa misma fecha el ahora ex mayor Eugenio Ibarra Y Vega, con un oficial y 4 soldados de la guerrilla de su hermano Rodolfo Ibarra y Vega, desde San Blas mandó dar parte de lo sucedido, al jefe revolucionario Macario Gaxiola, quien se encontraba en La Capilla; en tanto que personalmente don Eugenio, pasando a la otra banda del río, se fue a Palo Verde, La Palma y Jaguara y puso en movimiento a los indios mayos de aquellas rancherías.

Optó entonces Gaxiola por dirigirse a Sonora, hacia donde salió el día 10 con sus fuerzas del norte de Sinaloa, con el fin de coadyuvar con el Coronel Benjamín Hill en el ataque que este jefe constitucionalista

libraría sobre Alamos, ciudad que se hallaba en poder del huertismo, Hill había sido nombrado en fecha reciente, por los jefes superiores del movimiento contra el usurpador Victoriano Huerta, en Sonora, Jefe de las Operaciones en la Zona Sur de aquel estado. Gaxiola, sin embargo, no participó en la toma de Alamos por Hill, ya que llegó a dicha ciudad el día 27, fecha misma en que, a la hora del amanecer y tras de varios días de lucha, la plaza había caído en poder de los atacantes.

A los dos días de estar en Alamos, conferenciaron lo jefes de las guerrillas del norte de Sinaloa a las órdenes de Macario Gaxiola, con el Coronel Hill, a fin de que este jefe les proporcionara armamento y algunos otros recursos de guerra, del botín tomando al enemigo. En conformidad con la petición, Hill ordenó se les dieran algunas armas, así como también muchas bombas de dinamita y varias cajas de pólvora y dinamita; además se convino en que aquellas fuerzas, quedaran bajo las órdenes del coronel Alejandro González Gandarilla, para su inmediato regreso a San Blas y para el subsecuente desarrollo de la campaña constitucionalista en la zona norte de Estado.

Durante la ausencia de las fuerzas que habían salido para Alamos, don Eugenio Ibarra y Vega, puesto al habla con los indígenas, tenía ya listo para sublevarse, según su propia afirmación, 100 indios mayos armados con arco y jaras. Había al parecer terreno fértil, ya que se venía tramando una sublevación general, alentada por don José Ma. Robles en una reunión celebrada en Camayeca.

El movimiento sedicioso de los indios, para apoyar a la causa revolucionaria interesados ellos en algunas promesas de redención, era completamente formal. El prefecto del Distrito, don Nicho Torres, adicto al huertismo como es sabido, intervino ante ellos tratando de evitar la sublevación, a ese respecto con fecha 26 de abril (1913) le telegrafió al Gobernador del Estado diciéndole: "Atentamente participo a usted que hoy regreso comisionado de paz ante indios San Miguel y demás pueblos de la costa, manifestándome que el gobernador (de los indios) de Mochicahui, Pedro Bainori y seis cabecillas que lo rodean, se rehusan a deponer su actitud hostil por estar comprometidos, a levantarse con Rodolfo Ibarra y Vega vecino de San Blas y Macario Gaxiola, estando

únicamente en espera del armamento que se les había ofrecido. También dijo Bainori, que están de acuerdo en secundar el movimientote los gobernadores de San Miguel, Charay, Ahome, Sivirijoa y Tehueco, aunque fue informado que algunos de éstos están conformes en deponer su actitud. Ya me dirijo por teléfono a autoridades de esos pueblos, ordenándoles hagan comparecer ante esta prefectura a los gobernadores antes mencionados para conferenciar con ellos. Particíposelo para su conocimiento, esperando sus instrucciones; permitiéndome indicarle que les han ofrecido a los indios que tan pronto como tomen esa capital (Culiacán), les repartirán los terrenos".

Relacionado con este movimiento es evidente el recato que el gobernador indígena de Mochicahui, Pedro Baymori, envió a otro jefe indio; documento que inserta el señor Mario Hill en su libro "La Conquista del Valle del Fuerte", y que le facilitó el señor Lorenzo Robles, hijo del anteriormente mencionado don José Ma. El recado dice así:

"Mucho te agradeceré que me arregles a los de más Yoremes que ayga cerca y que se alisten con arcos todos y que a gan mas arcos y jaras para los que no tengan porque aquí no tenemos de que a serlas también manda juntar a los de Mochicagui a los de Angel giobilo y apolinario polipasa y apolinario que a bice a los de San Miguel todos con arcos y tambores..."

"... man dame a ser arcos tengo muchos que no tienen armas cada hombre puede a ser dos con Sin Falta te avisare el día que salgamos del fuerte para San Blas para que me mandes la jente"

"Sin mas

El Gobernador de Mochicagüi
Pedro "Baymori"

"Ci algo pasa que avucen los Ricos agarra veinte jareros y los pones presos a San Blas al comandante del es tacamento también el jefe o ha mador, una es Colta jareros para juntarlos todos sin mas

Pedro Baymori"

Abundante en acontecimientos de índole militar resultó ser el mes de abril. A fines de ese mismo mes, desde su cuartel en La Galera Alber-

to Lugo, con una pequeña fuerza a su mando, hostilizaba la cabecera del Distrito. Se recordará que, cuando Ochoa tomó El Fuerte, Lugo era alcalde de la cárcel y que se adhirió al pronunciamiento; era originario del Cajón de Los Lugo; tipo popular cuyo oficio había sido el de barbero malo, y que vino a morir en la villa de Sinaloa, en uno de los ataques del Coronel Gandarilla a aquella plaza. Probablemente en la fecha en que Lugo hostilizaba El Fuerte, él ya tenía el grado de Tte. Crl., porque documentalmente consta que con ese grado visaba, en junio de 1913, la administración de fondos destinados a la guerrilla del Cap. Francisco Zamora, de la cual era Cap. 2º Juan B. Izaguirre, que posteriormente alcanzó el generalato. Además de esta guerrilla, operaba por el rumbo de El Fuerte, en 1913, la guerrilla del Cap. Manuel Palafox; guerrilla que tal vez era de la Prefectura, que en diciembre del año expresado tenia 23 plazas, mandados por Cap. 1º Santiago Yeomas y posteriormente por el Cap. Francisco Mondaca.

En los días en que el Tte. Crl. Lugo acosaba a la ciudad de El Fuerte, el Crl. José Ma. Ochoa se encontraba en Ahome, disfrutando de la licencia que se le concedió después de haber prestado sus servicios en la campaña del Yaqui, en la época de Madero. Después de los sucesos de Los Mochis, acaecidos el 5 de abril de 1913 y durante la ausencia de las fuerzas revolucionarias comandadas por Macario Gaxiola, que andaban por Alamos, decidió Ochoa tomar las armas en contra de Huerta. En el caso se le unieron a Ochoa, en Ahome, Jesús Castro, Antonio Ochoa Inzunza (más tarde General), Lauro Castro, Jesús F. Ochoa y otros; con 40 hombres se dirigió hacia El Fuerte con el fin de tomar aquella plaza, con el concurso de Alberto Lugo. Al partir de Ahome, se le reunieron además los guerrilleros Carlos Real y los Guerrero (hijos de don Aurelio Guerrero, del rancho de San Francisco), quienes habían llegado precedentes de Sonora.

Con cuarteles en el palacio municipal y en la cárcel, el prefecto don Nicho Torres defendía la ciudad con 25 soldados federales y seguramente que, además la policía y algunos civiles, entre otros últimos su propio hermano don Ricardo Torres. Manteniéndose siempre a la ofensiva, los revolucionarios, estimativamente en número de 300, cada día atacaban

a la población, con alternativas, pues se cuenta que éstos lograban penetrar a ella por la noche y que, durante el día, eran desalojados de la misma. Pero al fin el Crl. Ochoa se adueñó de la situación y tomó la plaza, obligando al prefecto a abandonarla y batirse en retirada.

La contienda debió seguramente haberse resuelto en la forma indicada, el domingo 27 de junio, o bien después de la hora en que el día 26 don Nicho desde El Fuerte dirigió al gobernador del Estado, Gral. Y. L. Legorreta, el telegrama que se insertó precedentemente y que se refiere a la actitud hostil asumida por los indios, capitaneados por su gobernador Pedro Bainori. Pero ocurrió que el triunfo de Ochoa fue completamente efímero, ya que no pudo retener el domino de la plaza, porque el día 28, en El Altillo y en momentos en que se hallaban entregados a la juerga, los revolucionarios fueron sorprendidos, atacados y derrotados por el enemigo.

En tal ocasión, la embestida de las tropas huertistas, unos 200 hombres al mando del capitán Jesús San Juan hijo de la Escuela de Aspirantes y del guerrillero Cipriano Alonso que llegaron de Sinaloa, fue tan violenta y efectiva que desorganizadamente las fuerzas constitucionalistas del Crl. Ochoa, materialmente hostilizada a “salto de mata”, abandonó El Altillo tomó rumbo al estado de Sonora, donde Ochoa continuó militando, bajo las órdenes del Gral. Alvaro Obregón.

El aludido prefecto, señor Torres, quien poco antes había sido desalojado de El Fuerte por Ochoa, retornó en compañía del capitán San Juan y al recuperar los huertitas aquella plaza, rindió parte al gobernador de todo lo ocurrido; en correspondencia éste le contestó por la vía telegráfica diciéndole: “Culiacán, 28 de abril de 1913. Enterado su mensaje relativo a combate fuerza San Juan. J. L. Legorreta”.

El capitán San Juan ,comandaba el temido y famoso “Escuadrón de la Muerte”, un cuerpo irregular de rurales en cuyo estandarte se ostentaba como escudo una calavera colocada entre dos fémures, en negro sobre blanco. Cipriano Alonso ,era el jefe de la guerrilla “Feliz Díaz”, pagada por don Miguel Tarriba, vecino prominente de la villa de Sinaloa.

Todo lo anterior relatado había ocurrido en El Fuerte cuando, a principios de mayo, las tropas del norte de Sinaloa que fueron a Alamos ya ve-

nía de regreso, ahora bajo el mando del Crl. Alejandro González Gandarilla. Al llegar a Estación Don, donde habrían de pernoctar, el comandante de esas fuerzas se dirigió a un rancho cercano en busca de ganado para la matanza; en ausencia del jefe, Macario Gaxiola con su escolta, quedó al cuidado del tren en que venía y en el cual traían un furgón con las bombas de dinamita y la pólvora que Hill les había ministrado en Alamos.

Después de su victoria sobre los revolucionarios en El Altillo, el capitán San Juan se movilizó tomando rumbo a Sonora, hasta encontrarse en Estación Don con el convoy militar de Gandarilla. Atacó allí en el acto a la fuerza revolucionaria enemiga que, al mando de Gaxiola, pudo mantenerse a la defensa hasta el momento en que Gandarilla, percatándose de lo que ocurría, llegó de regreso a impartirles valioso y oportuno auxilio. Por espacio de dos horas se entabló entre los contendientes un combate en toda forma, durante el cual los huertistas, lograron apoderarse del furgón de los explosivos, sobre el que dirigieron su fuego los constitucionalistas hasta provocar la inflamación de la pólvora y la explosión de la dinamita. Las consecuencias fueron terribles para las fuerzas del capitán San Juan, ya que prácticamente quedaron destrozados, imponiéndose por lo mismo su inmediato regreso a San Blas y su repliegue al cuartel de la villa de Estación Don, el coronel Alejandro González Gandarilla continuó, en el mismo tren en que venía, su transporte hasta San Blas; y allí acuarteló a sus fuerzas.

El desembarco de cuatro oficiales americanos armados, pertenecientes a la tripulación del buque de guerra "Annapolis" surto en la bahía de Topolobampo, efectuado con el pretexto de impartir garantías a los colonos de su misma nacionalidad, residente en Los Mochis, provocó la justa indignación de los habitantes de esta última población, quienes, en una manifestación pública que organizaron, protestaron por aquel atentado a la soberanía de la Nación.

El suceso ameritó la intervención del Crl. Alejandro González Gandarilla, jefe de las armas constitucionalistas en el norte del estado de Sinaloa, con cuartel general en San Blas. Con fecha 27 de mayo (1913) dicho jefe se dirigió al agente consular americano residente en Los Mochis, Mr. M.A. Lewis llamándole la atención sobre el caso y manifestándole que, de ser cierta la noticia, el hecho constituía una flagrante violación al territorio , que pudiera acarrear serias consecuencias para ambos. Cuantas veces se ha dirigido Ud. A mí - le observa Gandarilla- en demanda de garantías y mejoramientos para intereses de sus compatriotas, tantas veces ha sido atendido; no porque nos encontremos desgraciadamente en guerra civil, toleraremos la menor ofensa a nuestra dignidad nacional; por lo que, termina diciendo la nota, le ruego dar alguna explicación referente a los hechos.

El mimo tiempo, telefónicamente se dirigió el Crl. Gandarilla al síndico de Policía de Los Mochis, para que comunicase sus órdenes a los jefes de guerrillas del orden constitucionalista, a fin de que los norteamericanos residentes en la región no fuesen molestados en ningún sentido, ni en sus intereses, ni propiedades, ni personas. Y al propio tiempo dirigió, en su volante impreso, un exhorto al pueblo de Los Mochis, recomendándole ante todo y a pesar de que el hecho impugnado constituía una violación de las leyes internacionales y una profanación de nuestros territorio nacional, la más completa correspondiente protesta por los conductos debidos, a la vez que invocaba el patriotismo, suplicaba y mandaba se suprimieran toda clase de manifestaciones, que en las circunstancias de actualidad, muy delicadas, podrían orillar a dificultades.

Al día siguiente, el agente consular, señor Lewis, dio al jefe las armas en San Blas, la correspondiente respuesta a la reclamación presentada, con lo que el incidente de que se trata se dio por solucionado. El documento relativo, que obra en el archivo municipal de El Fuerte, es del tenor siguiente:

"Tengo el gusto de acusar a Ud. Recibo de su comunicación de fecha 27 del corriente. Siendo el asunto a que se contrae de la incumbencia del comandante del buque de guerra "ANNAPOLIS", ya le transcribo la referida nota de Ud., para los efectos correspondientes, siendo él por lo tanto quien tiene que dar a Ud., las explicaciones que procedan sobre el incidente a que se refiere".

"Sin embargo, como el buque ha salido fuera de la barra a provisionarse de carbón y probablemente no regresará hasta el jueves próximo,

voy a permitirme manifestar a Ud., que la única y exclusiva causa de la venida de los oficiales a que hacen mención, fue la orden firmada por Ud., y el jefe de la Junta Constitucionalista en que comisionan al Sr. Rodolfo Ibarra, para recoger de las casas de los americanos las armas que el gobierno de los Estados Unidos les proporcionó para la defensa de sus vida e intereses, siendo de notar la expresa y alarmante prevención de Ud., a su comisionado, de obrar y discutir".

"La referida orden fue remitida original, al comandante del buque, quien naturalmente basó su acción en el contenido de dicho documento; pero habiendo desaparecido las causas que motivaron la aprehensión de los oficiales americanos en esta lugar por la revocación de la mencionada orden de Ud., el comandante del buque precitado dio orden desde ayer, que el único oficial que aún permanecía aquí regresará desde luego al buque. El incidente queda, pues, con esto, terminado, por lo cual nos congratulamos. No vaciló en reconocer, que la actitud de usted hacia los americanos, ha sido siempre correcta, lo cual ha obligado nuestros sinceros reconocimientos".

"Protesto a usted mi distinguida y atenta consideración".

Con la intención de tomar la plaza marchó Gandarilla sobre la villa de Sinaloa, y finalmente sus tropas fracasaron, regresándose a San Blas. Por segunda vez el 13 de junio, con esas misma fuerzas el coronel Felipe Dussart atacó nuevamente a Sinaloa, defendida por el 8º batallón y 32º cuerpo rural al mando del Crl. Miguel Rodríguez y como el enemigo era fuerte en plazas y elementos de guerra, de nuevo fracasaron las armas constitucionalistas y una vez más se reintegraron a su cuartel de San Blas. Gandarilla resultó muerto junto con 30 de sus hombres.

El capitán San Juan no cesaba de hostilizar a los constitucionalistas, pues a las 11 de la mañana del día 22 julio, con más o menos atacó en Bamoa a la columna que ahí se encontraba al mando del Crl. Juan Carrasco. Y según el parte telegráfico que este rindió al gobernador en San Blas, después de dos horas de reñido combate, asalto las posiciones de los constitucionalistas, el enemigo se retiró dejando en el campo 30 muerto, entre ellos varios oficiales, 6 prisioneros, 15 armas, 7 mil cartuchos y 22 caballos ensillados, llevándose además algunos heridos.

EL GOBERNADOR RIVEROS EN SAN BLAS

Fugado de México y reconocido por don Venustiano Carranza como gobernador constitucional de Sinaloa, a principios de junio de 1913 llegó a San Blas don Felipe Riveros. Ahí se hallaban reconcentradas las fuerzas constitucionalistas, que operaban en el norte del Estado y ahí el señor Riveros estableció su administración gubernamental.

El día 17 de ese mes llegó también, procedente de Los Angeles, el Gral. Ramón F. Iturbe con 80 hombres que en Sonora le proporcionó el Gral. Alvaro Obregón; asumió el mando de la fuerzas constitucionalistas en el Estado, con cuartel general en San Blas.

Las circunstancias vinieron por lo tanto a convertir a la estación de San Blas, durante algunos meses, en centro y base de toda acción política y militar para la reconquista del Estado, mientras tanto no se formalizó el avance de las fuerzas constitucionalistas de Sonora y del Norte de Sinaloa, sobre Culiacán.

En uso de las facultades extraordinarias que la había conferido el señor Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, expidió Riveros, en San Blas, algunas disposiciones de importancia, entre las cuales se hallaban la del decreto No. 3, de fecha 13 de julio de 1913, que autorizó la emisión de vales al portador, de parte del Estado, para sufragar los inexcusables gastos que demandaban la campaña y la función administrativa.

Don Venusiano Carranza, mediante el decreto de fecha 26 de abril había creado el papel moneda exclusivo del Gobierno Constitucionalista. Más por su parte el gobernador Riveros, mientras se expedía la ley correspondiente a la emisión de moneda de aquella misma especie, en San Blas autorizó la impresión de vales al portador, por un monto de 100 mil pesos. Los vales eran de circulación forzosa, comprendiendo 5 series, de la A a la E, de 20 mil pesos cada una. El número y valor de los vales en cada serie sería el siguiente: 500, de 10 pesos; mil, de 5 pesos; 5 mil, de un pesos; 5 mil de 50 centavos, y 10 mil de 25 centavos. Las dimensiones eran las mismas para todas las series y valores, de 21 x 8 ½ centímetros, y la impresión en papel blanco y tinta negra. Como los vales eran blancos y sus tamaño exagerado, el público, motejándolos, les llamaba "sabanas".

Serán numerados progresivamente -- reza el decreto respectivo -- y su texto será el siguiente : "SERIE... EL ESTADO DE SINALOA PAGARA AL PORTADOR... PESOS (expresándose con guarismos y letras la cantidad) CONFORME AL DECRETO NUMEROS TRES. SAN BLAS, SINALOA, JULIO 13 DE 1913", y estarán firmados por el Gobernador del Estado, el Secretario y el Tesorero General del mismo; y contendrá el sello del Gobierno del Estado. Las firmas del gobernador y secretario irán impresas y la del tesorero, de su puño y letra. Los vales provisionales expedidos con anterioridad serán canjeados por los de la presente emisión. Los falsificadores quedan sujetos a lo dispuesto por el Código Penal del Estado; y siendo de circulación forzosa en el Estado esta emisión de vales, los que rehusaren su aceptación o les descontaren de su valor exacto, se harán acreedores a castigo, gubernamentalmente por las autoridades políticas respectivas, con multa de 25 a 500 pesos, o en su defecto, arresto a razón de un día por cada peso. La impresión de esas "sábanas", que solían llamarse billetes en vez de vales, la hizo en El Fuerte, en su imprenta, el señor Miguel D. Sánchez.

En vista de la situación imperante, por decreto No. 7 también expedido en San Blas el 9 de agosto, el gobernador declaró al distrito del Fuerte en estado de sitio. Los efectos de este decreto subsistieron hasta el 9 de enero de 1914, fecha en que se expidió en Culiacán y también bajo el No. 7 otro decreto, que firman el gobernador Felipe Riveros y su secretario el Lic. José G. Heredia, y por el cual se levanta dicho estado de sitio, por haber desaparecido las circunstancias que determinaron tal medida.

Otra de las disposiciones que dictara el ejecutivo estatal en San Blas, concierne a la intervención de los bienes de ausentes, propiedades de los llamados caciques o reaccionarios que, por temor o por ser desafectos a la causa reivindicadota constitucionalista, huyeron o fueron deportados de la entidad. Para el manejo de tales bienes se creó la Dirección de Bienes Intervenidos de Ausentes, en el Estado, designándose interventores para cada zona. Como interventor en la sección de El Fuerte, con fecha 13 de agosto (1913), fue nombrado el C. Migdonio López. Más tarde desempeñaron ese mismo cargo los señores Ramón Apodaca,

don Fernando Navarro y don Mariano Bermúdez, los dos primeros en El Fuerte y el último en las haciendas de La Constancia y El Guayabo. Los bienes de mayor cuantía sujetos a la intervención, en este distrito, fueron los de don Francisco Orrantia y Sarmiento, los de la viuda de don Rafael J. Almada, los de don Bernardo Garcia y una cosecha de garbanzo levantada en la hacienda La Florida, propiedad de don Manuel Borboa.

La escasez y la carestía, situación real o provocada en las circunstancias de entonces, indujo al gobernador expedir el 11 de septiembre el decreto No 9 por el que se ordenaba que todas las mercancías guardadas en depósito debían venderse al pormenor, no excediendo el precio de 20 por ciento de los que eran corrientes en plaza, bajo la pena de clausura del establecimiento y decomiso de todas las mercancías. Dio publicación al decreto relativo, el prefecto interino C. Alejandro R. Vega, en El Fuerte, haciéndolo circular impreso, para su más amplia difusión y fiel observancia.

En atención al decreto No. 11 se hizo otra emisión del papel moneda, que ostenta como lugar y fecha la de "San Blas, 15 de septiembre de 1913" y como firmas, la del gobernador Felipe Riveros, la del secretario Fidencio E. Smith y la del tesorero.

Disposición del C. Gobernador fue también la supresión, por el tiempo que fuere necesario, de los prefectos (prefecturas) políticas en el Estado, substituyéndoseles por jefe (jefaturas) de armas, mientras se restablecía el orden constitucional, debiendo ser dichos jefes de armas nombrados y removidos libremente por el ejecutivo de la entidad estatal, (Decreto No. 12 expedido en San Blas el 11 de octubre, debidamente promulgado en el distrito por el prefecto don Alejandro R. Vega).

En relación con la obligatoriedad y validez del papel moneda, el 21 de octubre el ahora oficialmente llamado prefecto interino y comandante militar del Fuerte, mayor don Bruno Félix, tanto por circular como por bando, hizo público otro decreto del gobernador, expedido y firmado el día 20 en el cuartel general de Topolobampo, disponiendo que "serían aceptados en toda transacción mercantil, bancaria, bursátil o en todo aquello que signifique cobro o pago, venta y compraventa, en el Estado de Sinaloa, los billetes emitidos por el Gobierno Constitucio-

nal del Estado Libre y soberano de Sonora, lanzados a la circulación para sostener la hacienda actual del movimiento reinvindicador, entendido que esas operaciones se podían practicar en aquel Estado, con el papel moneda del nuestro".

Según lo manifiesta el primer escalafón de Generales y Jefes del Ejército Constitucionalista del Noroeste, don Felipe Riveros obtuvo el grado de general brigadier con la antigüedad del 13 de septiembre de 1913. Desde el 16 de ese mes ya firma con el doble carácter de gobernador Constitucional y Comandante Militar de Estado; a la vez que, con la misma fecha, el Gral. Ramón F. Iturbe era nombrado, por el Gral. Obregón, Jefe de las Operaciones Militares en el Estado de Sinaloa. De San Blas trasladó Riveros el asiento de su gobierno a Culiacán, una vez que cayó esta ciudad en poder del constitucionalismo, y según referencias allí aparece firmando el 15 de diciembre de 1913.

Por parte del gobierno de Huerta, el Gral. José L. Legorreta actuó como gobernador interino de Sinaloa, en Culiacán, desde el 21 de marzo de 1913 hasta que, con el carácter de gobernador interino y jefe de las armas en el Estado, lo sustituyó el Gral. Alberto T. Rasgado, quien trasladó su gobierno a Mazatlán. A rasgado lo reemplazó, el día 1º de febrero de 1914, el Gral. Miguel Rodríguez. Este fue el último gobernador huertista y se mantuvo en el puesto hasta que, en noviembre del 14, cayó el puerto de Mazatlán en poder de las fuerzas del constitucionalismo.

Para la subsistencia, las primeras guerrillas que operaron en el distrito no contaban con otro medio que el de obtener mercancías del comercio, valiéndose de órdenes, o vales firmados por los jefes de las mismas y el ganado para la matanza lo tomaban de los ranchos. Naturalmente de la situación se aprovechaban algunos de los revolucionarios para medrar y cometer abusos. Más tarde el papel moneda facilitó grandemente el financiamiento de las tropas, no se registraron más confiscaciones de mercancías que las que en El Fuerte sufrieron los comerciantes más fuertes de la plaza, como eran don Aurelio Ibarra, don José Ma. Lamarque y la Sucesión de don Rafael J. Almada. Las existencias de estos comercios pasaron al depósito oficial instalado en el palacio municipal, donde eran realizadas con mucha precipitación

y a precios irrisorios, en lo que, afirman los comentadores, no faltaron combinaciones y manejos nada escrupulosos.

EL COMBATE DE TOPOLOBAMPO

Oportunamente, el cuartel general constitucionalista en San Blas, fue informado de que a Topolobampo se aproximaba el cañonero nacional "Tampico", al servicio del huertismo. Con este motivo y en previsión de un desembarco por parte del enemigo, el Gral. Ramón F. Iturbe destacó sobre el puerto una fuerza a las órdenes del teniente coronel Claro G. Molina. El 13 de agosto (1913) apareció el cañonero frente a la barra y el día 14 entró a la bahía; mas no fondeó, sino que volviendo la proa, se limitó a participar que se dirigía a Mazatlán, amenazando con que pronto habría de regresar.

Efectivamente, el día 27 de ese mismo mes llegó de nuevo el "Tampico" a Topolobampo y desembarcó 400 hombres al mandó del coronel Teodoro Valdivieso. Fanfarronamente este jefe aseguró que venía a cavar la fosa en que serian inhumados los despojos mortales del constitucionalismo.

A decir verdad la presencia de una columna federal en Topolobampo no dejaba de constituir una amenaza para el cuartel constitucionalista de San Blas, porque bien podía el Crl. Valdivieso coordinar sus movimientos con los de los federales destacamentados en la villa de Sinaloa. Así es que, sin pérdida de tiempo, por la noche del mismo 27 el Gral. Iturbe se trasladó a Topolobampo en un tren de Kansas City. Iba al frente de 300 hombres de infantería, del Crl. Macario Gaxiola, la guerrilla de los Gámez y 100 soldados que tenía bajo su mando el capitán primero Blas Borboa y que hacía dos meses le había dejado el Tte. Crl. Mateo Muñoz, al salir este jefe hacia el sur del Estado. Si bien los efectivos de Iturbe eran inferiores en número a los de Valdivieso, en cambio aventajaban a éstos en moral y espíritu combativo, por ser los de este último jefe soldado en su mayoría tomados por leva, en cantinas y prostíbulos, siendo bien pocos los voluntarios; los de leva se distinguían por sus uniforme color gris y los voluntarios por su uniforme color azul.

Al desembarcar en Topolobampo, los federales ocuparon las altu-

ras más estratégicas para la defensa, como eran los cerros de El Jabalí y la Curva, en los cuales emplazaron sus ametralladoras, dominando en esta forma la entrada al puerto por la vía de la tierra. Mientras que el cañonero. "Tampico" dio fondo en la bahía de Ohuira, por las inmediaciones del islote de Los Patos. Desde esa posición, cuando se empeñó el combate, durante dos noches y dos días consecutivos reprimió, por el lado del Mapau, la efectividad de los movimientos de las tropas carrancistas, con la potente luz de sus reflectores y con la metralla de sus cañones, cuyo estruendo percibían con entera claridad los habitantes de Los Mochis.

El convoy militar en que Iturbe se dirigía a Topolobampo, se detuvo al llegar al panteón municipal . Hasta ese punto los federales había tendido un cable destinado a hacer estallar una mina, con la cual pretendían volar el tren carrancista. Iturbe, ahí dejó el tren y para situarse frente y atacar al puerto por el lado de tierra, continuó avanzando con sus fuerzas hasta tomar posiciones en el cerro de Bachomobampo. Se trata de la eminencia que se conoce hoy día con el nombre de cerro de Iturbe, en recuerdo a que esté fue el bastión en que estuvo el Gral. Iturbe en aquella memorable jornada en que resultaron victoriosas las armas constitucionalistas. El cerro mencionado se halla, vía de por medio, frente a los cerros de El Jabalí y la Curva, en donde los federales se hallaban parapetados; punto aquel desde el cual, hasta el cementerio, se extendía el frente de los atacantes, a lo largo de la vía de Kansas, cuyo terraplén les servía de protección.

En la alborada del día 28 se inició el fuego, el cual no tardó en generalizase. Noche a noche el "Tampico" iluminaba el espacio con sus reflectores; en tanto que las ametralladoras emplazadas por Valdivieso en los cerros ya indicados, descargaban incesante lluvia de balas sobre las loberas y los fortines que los soldados de Iturbe tenían en la falda del cerro de Bachomobampo. Los carrancistas tan sólo contaban con una ametralladora de tripié, que no tardó en descomponerse; también con un solo cañón cuya actividad, si bien era dudosa, por lo menos mediante uno de sus disparos hizo que el "Tampico" abandonara la bahía de Ohuira, para irse a situar detrás del islote de Las Gallinas.

Manejaba este cañón un japonés, a la pieza le daban el nombre

de cañón del "Cacahuate", cuya historia es digna de ser conocida. Un sujeto de nombre Praxedis Figueroa y que tenía por apodo "El Cacahuate", militaba bajo las órdenes del Crl. Macario Gaxiola en la época en que este jefe se hallaba en San Blas, al lado del gobernador Riveros. Su anterior oficio era el de carpintero y hojalatero; pero se le metió entre ceja y ceja construir un cañón en el taller mecánico del ingenio azucarero de La Constancia. Puesto a la obra, para que le fundiera la pieza recurrió al señor José Ma. Mondaca, hábil mecánico de dicho ingenio, quien se negó a ejecutar el trabajo en vista de que se requería para ello Carbón de cock y no lo había, sino tan sólo carbón vegetal, de guayacán o de mezquite; por otra parte, Mondaca se hallaba muy atareado en la fabricación de 5 mil granadas de mecha, contratadas con el Gobernador Riveros. Una locomotora con un carro, expresamente fue desde San Blas hasta Empalme a traer el cock, el cual no se consiguió. Encaprichado entonces "El Cacahuate",en llevar adelante su proyecto, se valió de los señores Feliciano Díaz y Vidal Cervantes, para que le fundieran la pieza requerida, para lo cual en la carpintería del ingenio se torneó la forma en madera y en seguida se vació el metal, en el horno de fundición del mismo ingenio. Esta última operación sólo fue posible efectuarla en dos lances, debido a lo cual no se logró la unión autógena de las dos porciones del cañón, sino que el empalme trató de asegurarse mediante anillos o cinchos de hierro. Terminando el refuerzo, la pieza fue torneada y calibrada, en seguida se colocó sobre un tren formado con dos ruedas de carro. A continuación vino la prueba del arma, la que se realizó en la misma hacienda. La puntería se dirigió hacia una lomita próxima, la de la Ladrillera; se hizo el retaque de pólvora y balines; se encendió la mecha, y al sucederse la explosión voló el cañón por los aires, convertido en pedazos. Los comentarios no se hicieron esperar.

A pesar de semejante fracaso, inducido por la obsesión que tenía por llegar a construir aquella boca de fuego trajo "El Cacahuate", a la Constancia, desde el pueblo viejo de Navojoa, el tubo de un cañón de tipo del 47, de hierro de buena calidad con carcomiduras, que se exhibía en la plaza de armas de aquella localidad sonorense. Esta pieza fue limpiada, reparada y montada finalmente sobre un par de ruedas, que-

dando en condiciones de funcionar y ser utilizada por vez primera en el combate de Topolobampo, después en el ataque de los constitucionalistas a la villa de Sinaloa y, por último, en los que las mismas fuerzas llevaron a cabo sobre las plazas de Culiacán y Mazatlán. El Gral. Obregón, en sus "Ochos Mil Kilómetros en Campaña", hace referencia a este cañón que llevó el nombre de quien se empeño en su improvisación.

En Topolobampo se combatió denodadamente desde el 28 hasta el 30, pero sin ventaja alguna para determinado combatiente. Mientras tanto, el coronel federal Miguel Rodríguez desde Sinaloa había avanzado sobre San Blas, desalojando de ahí, el día 30, al Gobernador Riveros, según más adelante se hablará con detalle. Cuando el Gral. Iturbe recibió tan desfavorable noticia, comprendió la gravedad de la situación en que él mismo se encontraba y entonces decidió, no obstante que sus tropas ya eran presas del cansancio, dar el asalto definitivo para expugnar la plaza de Topolobampo.

Iniciaron el asalto 20 hombres de tropa, con los que se intercalaron 18 oficiales. Esta fuerza avanzó cruzando la vía, escaló la pendiente y llego al primer fortín en el cerro de El Jabalí, donde se rindieron 65 hombres que descubriéndose gritaron ¡Viva México!. La noche anterior ya se habían rendido unos federales que comandaba un sargento. Hacía la media noche del día 30, cruzando la tramazón de los manglares, con el agua de los esteros al pecho y escalando laderas difícilmente accesibles, como un alud entró con sus fuerzas el Gral. Iturbe a la población, cayendo en sus manos 82 prisioneros. Ante el desastre padecido, la fuerza huertista restante tuvo que reembarcarse juntamente con su jefe, el Coronel Valdivieso, herido de gravedad y por lo cual murió abordo en el trayecto a Mazatlán o en aquel puerto. Al amanecer el día 31, el "Tampico", había levado anclas y desaparecido de Topolobampo.

Afirma en una crónica periodística don Celso A. y García, que en el Estado Mayor de Gral. Iturbe figuraban los jóvenes tenientes Antonio Bonifant, Rosendo Quezada, Alfonso Leyzaola, Salvador Magallón, Manuel Castro (a) "El Tigre" y Basilio Álvarez, quienes por su comportamiento se distinguieron en la acción de Topolobampo. Entre los jefes que participaron en el combate se contaron, además de Gaxiola, los

hermanos Gámez (Maximiliano, Narciso y Pedro) y el mayor Carreño. Entre la oficialidad, los capitanes primeros Blas Borboa (muerto en la lucha, de un balazo que por la espalda, dizque le disparó un enemigo personal suyo), Luís Barrios y Francisco Zazueta; el capitán segundo Arnulfo Parra, y los de menos graduación Jesus Ochoa, Gilberto Ibarra, Santiago Fierro, Justo Espinosa, Adolfo León y Hermenegildo Sánchez. Entre los civiles colaboracionistas figuraron, dentro de la plaza, Porfirio Espinosa y Saturnino Guerrero, que denunciaron cuáles eran las posiciones más débiles de los federales y le sirvieron de guía al Gral. Iturbe y por último, Hipólito Preciado, Adelaida Gómez y Beltrán, Regino Castro y Prudencio Martínez, fuera de la plaza, como encargados de proveer de agua y víveres a los constitucionalistas, aún en sus propias trincheras.

Aún cuando victorioso, no podía el Gral. Iturbe permanecer por más tiempo en Topolobampo, debido a que estaba en peligro de ser embotellado y batido por el Crl. Miguel Rodríguez, quien después de su entrada a San Blas venía ya rumbo al puerto. Iturbe por consiguiente violentó su salida hacia Los Mochis, a donde llegó al amanecer del día 31, fecha de su onomástico. Más no se detuvo en este lugar, sino que continuó para San Miguel Zapotitlán esquivando, evidentemente, un encuentro desventajoso con el citado Crl. Rodríguez, quien en ese preciso día pasó por Los Mochis con rumbo a Topolobampo, donde se embarcó con sus fuerzas hacia Altata, con destino a Culiacán. Al cabo de algunos días, el Gral. Iturbe abandonó San Miguel Zapotitlán y retornó a San Blas por el camino real.

ACONTECIMIENTOS EN SAN BLAS

Entre tanto se combatía en Topolobampo, procedente de la villa de Sinaloa, se presentaba en San Blas, con 500 hombres, el Coronel Miguel Rodríguez, actuando en combinación con el coronel Valdivieso. El Gobernador don Felipe Riveros, que se hallaba en San Blas, al tener aviso de que llegarían los federales, desde la víspera abandonó la población cruzando el río para dirigirse a Fenochio o a las Minitas. Lo acompañaban algunos jefes y oficiales, entre los cuales se hallaban el Teniente coronel Claro Molina, el mayor Rodolfo Ibarra y Vega y

los capitanes segundos Esteban Ángulo, Álvaro Blancarte y Elías Mascareño; en San Blas solamente quedaron, de vigilancia, escasas fuerzas al mando de los Ttes Crls. Antonio Norzagaray y Manuel Mezta y del mayor Casimiro G. Luque.

En plan de ataque el enemigo llegó a San Blas el día 30 de agosto, repartido en dos columnas. Una de ellas, de 300 plazas, al mando directo de Rodríguez, entró por el camino del rancho de La Guásima, o sea por el municipal; la otra, con un efectivo de 200 hombres al mando de un mayor Antonio Olague Cap. Pedro Dimas y Teniente Alfonso Rentería, desde Estación Naranjo por la vía del ferrocarril Sud Pacífico llegó hasta El Sufragio, por donde trataba de penetrar a la plaza de San Blas.

Con el fin de presentar resistencia a la columna de Olague, el Tte. Crl. Mezta ordenó que los capitanes segundos Victoriano Ibarra y Víctor Morales con 25 infantes y 10 indios armados de arco y flecha, del cuerpo jarrerote los Ibarra, tomaran posiciones en las faldas del cerro de El Sufragio, por el lado de la vía. Además Mezta mandó colocar en los improvisados fortines, muchos sombreros de petate a fin de que el enemigo creyera que la fuerza constituciónalista era numerosa. A las 7 de la mañana de aquel día 30 se avistó la columna huertista que venía por la vía, marchando en orden de combate. Al aproximarse el enemigo dio órdenes Mezta de hacer la primera descarga, ocasionando 9 bajas a los federales, quienes contestaron el fuego pero sin efectividad debido a la sorpresa del ataque. Los constitucionalistas hicieron aún otras dos descargas, resultando gravemente herido el jefe de la columna, mayor Olague; y sin mayor defensa, pues ni siquiera tuvieron los federales tiempo para emplazar las ametralladoras que bajo su cuidado traía un teniente Rodas, éstos se desbandaron. Al ser encontrado Olague, herido disparó contra los revolucionarios, por lo cual fue rematado; en su dispersión el enemigo dejó abandonados y ocultos una ametralladora, la caja de caudales del pagador y un aparato de nivelación topográfica que más tarde llegó a ser de mi propiedad.

Después de logrado este triunfo y ante la imposibilidad de hacer frente a la columna del coronel Rodríguez, que ya se había apoderado de San Blas, rápidamente el Tte. Crl. Mezta se retiró de El Sufragio,

donde cruzó el río para dirigirse a Fenochio y reunirse ahí con el Gobernador Riveros.

Por lo que respecta a la columna que llegó por La Guásima, al mando de Rodríguez, a su entrada a San Blas no encontró resistencia ya que únicamente se registró un tiroteo entre las avanzadas, por el rumbo de La Cananea, in barrio de la localidad. En la población tan sólo habían quedado unos soldados del teniente coronel Claro Molina y la gente del mayor Casimiro G. Luque; y cuando para librarse del enemigo esos elementos salían a escape, ocurrió la muerte de este último jefe o guerrillero ahórnense, en relación con la cual discrepan las versiones que se han dado a conocer.

Afirma una de las versiones, que a don Casimiro en su fuga le mataron el caballo y que ahí mismo murió sacrificado por el enemigo al mando de Antonio Rojo (a) "El Tuerto Rojo" y del capitán Jesús San Juan. En otra versión se asegura, que don Casimiro ya se había puesto a salvo, pero que se devolvió a buscar a uno de sus hijos que se había quedado dentro de la población, y que con ello se puso en el camino de la muerte. Finalmente, se atribuye su muerte a la circunstancia de haberse regresado con el fin de rescatar al coronel Rodolfo Campos y a Armando Borboa, que se hallaban en la cárcel; que en tales agencias se encontró con un capitán federal de apellido Anzaldo, a causa de un engaño por haberle visto a esta persona una cinta colorada y unas gafas, y que en el acto Anzaldo le preguntó quien era, ordenándole al mismo tiempo que se bajara del caballo; a continuación de lo cual lo fusiló ahí mismo. Esta última versión es la que suministró el Crl. Campos, quedando aclarado, con ese testimonio, que no fue el "Tuerto Rojo" quien mató al mayor Luque, sino el capitán Anzaldo, pues Rojo además, no venía con la columna del Crl. Rodríguez, sino que juntamente con el teniente Rodas, en la columna del mayor Olague, derrotada por Mezta en El Sufragio. Don Casimiro Luque llegó de Ahome, a San Blas, a incorporarse con su guerrilla al cuartel general constitucionalista; y en Ahome dejó de comandante al señor Antonio R. Castro, quien desde aquella época formó y capitaneó a la guerrilla que llevó su nombre.

En el mismo día en que se desarrollaban en Topolobampo y en

San Blas los acontecimientos narrados, en la cabecera del distrito, un capitán Beltrán era atacado, por el rumbo de La Galera, por el guerrillero Echave. A las 9 de la mañana de ese día, dicho capitán se comunicó telefónicamente a San Blas con su jefe, el coronel Rodríguez, quien le dio instrucciones de reconcentrar sus fuerzas en el perímetro de la población y que cada 10 minutos le rindiera informes. Acabó esta plaza por ser abandonada por el oficial mencionado y por el prefecto don Dionisio Torres, al consolidarse el cuartel general de la Revolución en Sinaloa con el triunfo de las armas constitucionalistas en Topolobampo y en El Sufragio , con la retirada del coronel Rodríguez con sus tropas hacia Culiacán, vía Topolobampo y Altata. En Culiacán participó el coronel Rodríguez, en la defensa de aquella plaza cuando, a principios de noviembre (1913), fue atacada y tomada por las fuerzas constitucionalistas a las órdenes del Gral. Álvaro Obregón. En esta ocasión el coronel Rodríguez fue ascendido, por el gobierno de Huerta, al grado inmediato de general brigadier.

Al dar por concluido este punto debo expresar que, salvo pocas excepciones, entre todos los habitantes del distrito del Fuerte se despertó la más abierta, viva y profunda simpatía por la causa carrancista o del constitucionalismo, a la cual dispensaron ayuda muy decidida, a la vez que la más cordial adhesión partidarista.

VISITAS DEL PRIMER JEFE

De gran trascendencia política y revolucionaria fue la visita de don Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, a los estados de Sinaloa y Sonora, que ya estaban bajo la égida de los gobernadores Riveros y Maytorena respectivamente, funcionarios ungidos por el sufragio en los comicios celebrados durante la administración del señor Madero.

Con el propósito de realizar esta visita, el Primer Jefe, de Durango se dirigió a El Parral y desde ese último punto, emprendió con una escolta de 120 hombres la travesía de la Sierra Madre Occidental, efectuada por Santiago Papasquiaro y por Guadalupe y Calvo, mineral enclavado en el corazón de la serranía, hasta llegar a San José de Gra-

cia, que ya se halla dentro del estado de Sinaloa. De este último punto habría de proseguir, como lo hizo, su camino hacia El Fuerte, por la vía de Chinobampo, habiendo ocurrido a su encuentro con una guerrilla Emiliano C. García.

Eran las 9 de la mañana del día 11 de septiembre (1913) cuando el síndico del pueblo de Chinobampo dio parte al prefecto del distrito, C. Alejandro R. Vega, de que a dicho pueblo había llegado una avanzada de soldados constitucionalistas al mando de un oficial de apellido de la Rocha, anunciando que don Venustiano Carranza pernoctaría en un rancho de las inmediaciones, precisamente en el día que se indica; pero, debido a las malas condiciones en que se encontraba la línea telefónica a San Blas, no pudo el prefecto comunicar de inmediato noticia de tanta importancia al gobernador Riveros y al Gral. Iturbe, Jefe de las Operaciones Militares en Sinaloa; sino hasta el día siguiente por la mañana.

Nada sabía a punto fijo Riveros, con respecto a la llegada del Primer Jefe, aun cuando por un telegrama que le dirigió don José Ma. Maytorena, gobernador de Sonora, sí estaba enterado de que en fecha próxima arribaría a Sinaloa un alto personaje del constitucionalismo. Como en la noticia que procedía de Chinobampo se mencionaba a un oficial de la Rocha, el Gobernador receló de que se tratara de un sujeto de ese mismo apellido, que se hallaba afiliado al huertismo; más, sin embargo, Riveros e Iturbe con una escolta de 40 hombres se dirigieron a El Fuerte, tomando sus precauciones en tanto que la duda apuntada no se desvaneció

Tras de larga y penosa caminata a caballo, llegó el señor Carranza a Chinobampo el 12 de septiembre, escoltado por 120 hombres de caballería, acompañado de su Estado Mayor cuyo jefe era el coronel lacinto B. Treviño, del señor Gustavo Espinosa Míreles y de don Julio Madero. Lo recibieron en Chinobampo don Felipe Riveros, Gobernador del Estado, y el señor Alfredo Breceda, secretario particular del Primer Jefe, que se había adelantado siguiendo sus instrucciones e internándose a los Estados Unidos por Piedras Negras y luego, por Nogales, a Sonora y Sinaloa. A las 5 de la tarde del día 13 el caudillo del

constitucionalismo desmontaba de su cabalgadura, en la ciudad de El Fuerte, en la banqueta de la casa de don Brígido Gil contigua al Hotel Diligencias, de ahí se encaminó a pie y en compañía de Riveros, de Iturbe y del prefecto Vega, al palacio municipal en cuya sala de cabildos pronunció algunas palabras, después de lo cual el señor Octavio Campero arengó al pueblo, congregado en la calle.

Se le preparó alojamiento al huésped en la casa particular de la viuda de don Rafael J. Almada, finca que entonces se hallaba intervenida por el Gobierno del Estado, por conducto de la Dirección de Bienes Intervenidos de Ausentes. Ahí despachó el Primer Jefe los asuntos de su incumbencia, durante los días 14 y 15, por la noche del 15, el gobernador y el prefecto lo agasajaron con un baile.

Con motivo de la llegada del señor Carranza, así como por el peligro inminente de que San Blas fuera atacado por una poderosa columna federal que, enviada por mar desde Guaymas por el Gral. Pedro Ojeda, a las órdenes de un coronel Rivera habría de desembarcar en Topolobampo, por su parte el Gral. Obregón movilizó desde Cruz de Piedra, por ferrocarril y con destino a San Blas, una columna de 600 hombres al mando directo del coronel Benjamín G. Hill y en ese mismo tren en que se transportaban las fuerzas de Hill, llegaron también a San Blas el día 13 los señores Gral. Obregón, Adolfo de la Huerta, capitán Francisco R. Serrano y Jesús Garza.

Muy en particular el viaje del Gral. Álvaro Obregón obedecía a su propósito de saludar al Primer Jefe y de ponerse a sus órdenes; por lo cual, juntamente con las personas precedentemente mencionadas, incluso el coronel Hill, el día 14 se traslado por tren a El Fuerte, arribando a Estación Joyanco a las 5 de la tarde de ese mismo día. En persona y acompañado de su Estado Mayor, acudió a Joyanco el señor Carranza, a recibir a Obregón, allí fue donde ambos se conocieron, manifestándose inmediatamente mutuas y grandes simpatías, llena de respeto y disciplina la del Gral. Obregón.

A juzgar por las fechas, es probable que con acuerdo o autorización del señor Carranza y durante los días en que estuvo en El Fuerte, hayan sido expedidos despachos, confiriendo o confirmando grados militares,

a conocidos jefes y oficiales que, en el norte del Estado, militaron desde un principio en las filas del constitucionalismo. Según el primer escalafón, el 13 de septiembre de 1913 se le confirió a don Felipe Riveros el grado de general brigadier, y con la misma fecha fue ascendido al grado inmediato de coronel, el teniente coronel Claro G. Molina. Con fecha 14 el Tte. Crl. Manuel Mezta es ascendido al grado de coronel; al grado de tenientes coroneles, los mayores Mateo Muñoz y Antonio Norzagaray; al de mayores, los capitanes primeros Maximiano Gámez, Fidencio E. Smith, Esteban Ángulo y Elías Mascareño; y al de capitanes, Juan Gámez, Pedro Gámez, Narciso Gámez y Manuel Riveros. Con antigüedad del 15 de septiembre, también aparece en el escalafón, Ángel Flores, con el grado de teniente coronel. Con fecha posterior a la de la visita de Carranza se otorgaron otros ascensos, como el de Ramón F. Iturbe, al grado de general de brigada, el 28 de octubre; con la misma fecha el de Macario Gaxiola, al grado de general brigadier, y el día 29 el de Benjamín G. Hill, también al grado de general brigadier.

En la "Historia del Ejército Constitucionalista", escrita por el Gral. Juan Barragán, se halla una fotografía histórica tomada en aquellos días de la presente crónica, en El Fuerte y en la que aparecen los señores Gral. Álvaro Obregón, gobernador de Sinaloa Felipe Riveros, Gral. Ramón F. Iturbe, Crl. Benjamín G. Hill, mayores Miguel Orozco y Antonio Norzagaray, capitán Francisco R. Serrano y Jesús Garza, en un solo grupo.

Hermosillo era el siguiente objetivo del Primer Jefe; por lo que, una vez que tuvo sus pláticas y acuerdos, en El Fuerte, con las autoridades responsables los asuntos del movimiento revolucionario que encabezaba, a horas avanzadas de la noche del 15 partió en tren para San Blas, a donde arribo a las 8 de la mañana del día siguiente. En la estación del Kansas City se le esperaba, formada toda la guarnición y congregados los pocos vecinos de la población, quienes le tributaron un cordial recibimiento. Allí en San Blas el Gral. Obregón nombró al Gral. Iturbe, Jefe de las Operaciones Militares en Sinaloa.

Por la noche del 16, en honor de don Venustiano y de sus acompañantes hubo un baile en la residencia del Ing. Eugenio A. H. Tays; y, al día siguiente, los viajeros inclusive Obregón y de la Huerta tomaron

el tren para dirigirse a Hermosillo. En aquella ciudad el señor Carranza designó al Gral. Obregón, como Jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste, por otra parte nombró a su gabinete y demás colaboradores cercanos, con lo que dio forma y organización al Gobierno Constitucionalista que él presidía.

De Sonora, don Venustiano Carranza efectuó su retorno o la continuación de su viaje por Sinaloa y estuvo de paso en Los Mochis. Un periodiquillo frívolo de la localidad, "The Mochis Booster" consignó como noticia el suceso diciendo:

"Los Mochis se convirtió en un centro de considerable interés el domingo 18 de enero (1914), cuando el presidente Constitucionalista Venustiano Carranza, acompañado de los gobernadores constitucionales de Sonora y Sinaloa, miembros del Gabinete y del Estado Mayor, arribaron en ruta de Topolobampo a San Blas y permanecieron en la población el día y la noche, saliendo el lunes para el sur".

"El señor Johnston hospedó y agasajó en "La Palmas" al señor Carranza y algunos de su comitiva, entre ellos dos periodistas norteamericanos. Las personalidades de visita fueron: don Venustiano Carranza, don José Ma. Maytorena (gobernador de Sonora), don Felipe Riveros (gobernador de Sinaloa), Lic. José G. Heredia (secretario de Gobierno, de Sinaloa), don Ignacio Bonilla (secretario del Interior), Gral. Felipe Ángeles, don Julio Madero, Crl. Jacinto B. Treviño (jefe de Estado Mayor), Gral. Rafael Buelna, Gral. Lucio Blanco Mr. Geo F. Weeks del "New Herald", Mr, Timothy Turner y esposa, representantes de la "Associated Press", y algunas otras figuras de menor relieve".

El señor Benjamín F. Johnston, en honor de los huéspedes ofreció un baile en el local de la escuela americana, situada a orillas del canal 5. Enseguida Carranza se dirigió a Culiacán vía San Blas. Aquella ciudad se hallaba, desde hacía poco más de dos meses, en poder de los constitucionalistas, nuevamente radicaban en ella los poderes del Estado y entretanto, para esas fechas ya habían surgido las primeras dificultades políticas entre el Primer Jefe y los gobernadores Maytorena y Riveros, desavenencias fatales ya que fueron causa de complicaciones y muy graves males.

TRIUNFO DE LAS ARMAS

Una columna de 450 hombres dotada de artillería, enviada desde Guaymas en el cañonero "Guerrero" por el jefe huertista Gral. Pedro Ojeda, al mando del coronel Heriberto Rivera había desembarcado en Topolobampo y se había posesionado de Los Mochis. Como el Jefe de las Operaciones Militares en el Estado, Gral. Ramón F. Iturbe, se encontraba enfermo en el cuartel general de San Blas, para batir al enemigo y desalojarlo de Los Mochis envió, el 24 de septiembre de 1913, al Crl. Benjamín G. Hill con 500 hombres y con 300 al Crl. José Ma. Cabanillas; pero todas estas fuerzas, sonorenses las primeras y sinaloenses las segundas, iban al mando directo del coronel Hill.

Los cuerpos que el Crl. Hill trajo de Sonora y que llegaron a San Blas el día 13 de ese mismo mes de septiembre, eran los batallones 1° y 2° de Sonora, compuestos en gran parte por indios yaquis y dotados de buenos maussers, ametralladoras y morteros. Además se le incorporó a Hill una fracción del 4° Batallón de Sonora, del Crl. Francisco R. Manzo, llegada a San Blas al mando del capitán Guillermo Palma Moreno. Este oficial trajo a San Blas, de Cruz de Piedra, 2 millones de pesos en papel moneda, que entregó a Ríveros y trajo también armas y municiones para el Crl. Hill. Entre los jefes y oficiales procedentes de Sonora y que tomaron parte en la acción de guerra empeñada en Los Mochis, figuran los tenientes coroneles Miguel M Antúnez y Miguel Orozco, el mayor Escajeda, el capitán Alejandro Mange y los tenientes Abelardo L. Rodríguez y Manuel Sánchez Celis.

El día 24, al llegar a Los Mochis el tren militar constitucionalista que procedía de San Blas, se detuvo provisionalmente, antes de la Y griega del Kilómetro 22, mientras tanto, una compañía del 1er. Batallón de Sonora se adelantó, al mando del teniente coronel Antúnez, a practicar un reconocimiento para fijar las posiciones del enemigo. En breve una sección de 20 o 30 hombres, que constituía la vanguardia de Miguel Antúnez, tomó contacto con 90 federales que se hallaban apostados en el Kilómetro 22; allí se libró una sangrienta batalla entre la fuerza de Antúnez y la fuerza huertista, en la que perdieron la vida, de los constitucio-

nalistas el mayor Escajeda y algunos soldados y de los federales el mayor Riva Palacio y 22 soldados, correspondiendo la victoria a los citados en primer término.

Logrado este triunfo inicial, el tren prosiguió su marcha hasta el Kilómetro 22, lugar en el que quedó establecido el campamento o el cuartel de las fuerzas constitucionalistas. La ofensiva dio principio sin mayor demora. El preludio de la misma fue un disparo de cañón hecho sobre la población desde el Kilómetro 22 y que hizo blanco en un álamo que se erguía a la orilla del canal 6, en la esquina de la oficina del telégrafo. Ocupaba esta oficina un local al extremo de una serie de cuartos para trabajadores, propiedad de la Sinaloa Sugar Co., que se extendía frente a la vía del Kansas, entre la calle Ángel Flores y la avenida Gabriel Leyva Solano, avenida a lo largo de la cual cursaba el ya desaparecido canal 6.

El señor Dionisio Torres, que con la virilidad o el apasionamiento que le caracterizaba seguía defendiendo la causa con la que se había comprometido como prefecto del distrito, retornó a la lucha incorporado a la columna del coronel Rivera, a quien aseguró que los yaquis del coronel Hill, no eran sino indios meramente jareros, dando con ello a entender que militarmente eran inofensivos, acaso por no traer buen armamento; pero como se advirtiera el poder del enemigo y la eficacia de su artillería, el coronel Rivera se dirigió en son de réplica y rectificación a su informante u opinador, diciéndole: "Vea usted, señor Torres, los jarerillós significándole que no estaban frente a un adversario menospreciable.

Ya en acción, los constitucionalistas cercaron la plaza y atacaron vigorosamente al enemigo, quebrantando su resistencia tanto por el fuego mismo como por las deserciones que experimentara. De tal suerte que por la noche de ese mismo día Rivera era desalojado de la plaza, dejando en poder de las fuerzas atacantes 200 prisioneros, además, su artillería y cuatro ametralladoras. Por la mañana del día 25, los federales en su éxodo y dispersión fueron tenazmente perseguidos por Antúnez, quien al fin suspendió la persecución en vista de que el enemigo contraatacó y la oficialidad se organizó ba-

tiéndose hábilmente en retirada, hasta situarse bajo la protección de los fuegos del "Guerrero", surto en Topolobampo y en el cual se reembarcaron.

Al consumarse la victoria, desde su campamento en el Kilómetro 22, con fecha 25 el comandante de las fuerzas, coronel Hill, en los términos siguientes rindió un lacónico parte telegráfico al Gobernador y al Jefe de las Operaciones, a San Blas: "Enemigo en número de quinientos, ha sido completamente derrotado abandonando plaza Los Mochis anoche, dejando artillería como dije en mi anterior telegrama".

Tan pronto como recibió la noticia del episodio, el gobernador Riveros la retransmitió por medio de un mensaje circular a todas las autoridades civiles y militares del Estado, añadiendo: "Informes anteriores hacen saber a este Gobierno de mi cargo que las valientes fuerzas sonorenses, junto con las de este Estado, están en completa posesión de la plaza de Los Mochis, quedando demostrado con este nuevo hecho de armas, que el esfuerzo de todos los buenos mexicanos, va arrojando para siempre a todos los traidores, del patriota suelo de Sinaloa. Creo que hoy en la tarde podré detallar el parte oficial de esta gran victoria, pues en estos momentos se está levantando el campo". Para mí es desconocido este parte oficial. A su vez el prefecto y comandante militar de este distrito, expidió en El Fuerte un boletín informativo, transmitiendo al pueblo de su jurisdicción, la buena nueva de los acontecimientos.

La resonante victoria de Los Mochis, le valió al coronel Hill, su ascenso a general brigadier. Este militar revolucionario era sinaloense, pues nació en el rancho de San Antonio, de la jurisdicción de Choix, el 31 de marzo de 1877. Murió el 14 de diciembre de 1922.

Al registrarse la retirada en derrota de las fuerzas huertistas, rumbo a Topolobampo, por las huellas los yaquis le dieron alcance a don Dionisio Torres, en la Biznaga, y lo sacrificaron cortándole la cabeza, la que, ensartada en la punta de una pica y para escarnio con un puro en la boca, fue paseada por las calles de Los Mochis. Una fotografía de ese macabro trofeo llegó a exhibirse en uno de los escaparates comerciales de Nogales, Arizona.

Víctima de las mismas circunstancias fue también el oficial de artillería Fernando Doroteo de Saracho, originario y vecino de la villa de

Choix. Según una de las versiones, fue hecho prisionero junto con unos soldados en Las Guatas, cerca de Telapa, por elementos auxiliares de los constitucionalistas, de la villa de Ahome. Conducidos los prisioneros a la presencia de Hill, en Los Mochis, este jefe dio libres inmediatamente a los soldados, mientras que a de Saracho lo mandó al patíbulo, según algunos juzgan movido el coronel Hill por su enemistad personal con la víctima, enemistad que databa de la toma de Alamos en abril de ese mismo año (1913). La ejecución se llevó a cabo contra el bordo del canal 5, a corta distancia, rumbo al norte de la casa de la familia Scally, por un pelotón al mando del capitán Alejandro Mange. Murió el hombre con toda entereza; rehusó ser vendado y a petición suya le permitió el capitán, que dispusiera en forma debida, el cuadro de su propio fusilamiento.

También cayó prisionero de los constitucionalistas, un teniente coronel de artillería a quien se le fusiló y sepultó en el mismo sitio en que lo había sido de Saracho; pero como al ser enterrado le quedaron al cadáver los zapatos en descubierto, los mismos soldados se los quitaron, apropiándoselos.

Determinados vecinos de la población fueron molestados, aprehendiéndoseles, y hasta corrieron el riesgo de ser fusilados. Por la emergencia, al comercio se le impusieron préstamos en mercancías y dinero, para las tropas. Por otro lado y de partida suelta pequeños grupos de revolucionarios, como eran los de Chico Meza y Fortunato Heredia, se dedicaban por los alrededores a la exacción, requisando de sus dueños caballos, mercancías, ganado y hasta dinero

Después de la trascendentalísima victoria de Los Mochis, el Gral. Iturbe hizo una reconcentración de fuerzas en San Blas y al frente de 1,500 hombres entre los que figuraban los del Gral. Hill, se dirigió a Sinaloa y atacó la plaza, que se hallaba defendida por el teniente coronel federal, Manuel R. Alcérreca con 700 federales. Al cabo de tres días de reñidos combates, la plaza cayó el 4 de octubre de (1913) en poder de Iturbe, sufriendo el enemigo muchas bajas entre muertos y prisioneros.

DEFECCIÓN Y HUNDIMIENTO DEL TAMPICO

La duración del sitio de Guaymas por los constitucionalistas se

había prolongado tanto, que ya la ocupación de las fuerzas de la usurpación se hacía insostenible. El “Tampico”, el “Morelos” y el “Guerrero” formaban la escuadra fondeada en aquel puerto, sirviendo de apoyo con sus cañones de largo alcance a la defensa de la plaza, sitiada por las fuerzas del Gral. Obregón desde hacía varios meses.

Los “muchachos” del cañonero “Tampico” --Malpica, Rabatet, Estrada, Palacios, Haas y otros-- empezaban a tener de cuando en cuando conversaciones sediciosas. En sus francachelas y en sus confidencias con las muchachas de trueno del puerto sonorense, manifestaban su simpatía por la causa revolucionaria; de tales sentimientos e inclinaciones de su oficialidad ya abrigaba sospechas Castellanos, el comandante del referido cañonero.

Al llegarse el carnaval del año de 1914, sin importar la situación de guerra ni las consiguientes tribulaciones, los habitantes del puerto como los de todas las poblaciones de la costa, se disponían a festejar con desprendimiento y sobra de buen humor la tradicional farsa de esos días. El 22 de febrero, domingo de carnestolendas, los oficiales del “Tampico” siendo la ocasión propicia se regalaron con una pozolada en San José de Guaymas, a la que por razones de salud se abstuvo de concurrir el comandante Castellanos; su ausencia fue aprovechada por los más significados miembros de la tripulación, para desconocer al Gral. Huerta, fraguándose el complot cuyo desenlace dio principio a las 5 de la tarde de ese mismo día, cuando ya el barco se hallaba de regreso en la bahía.

Encabezaron la rebelión los oficiales Hilario Rodríguez Malpica y Fernando Palacios, el pagador Agustín Rabatet y Luís Morfín, 3er. maquinista electricista, ayudados por Manuel Márquez, maquinista del F. C. Sud Pacífico. Algunos oficiales, ajenos e ignorantes del complot, se fueron a tierra a lucir sus engalanados trajes domingueros. Exactamente a las 8 y 45 de la noche de aquel domingo 22 de febrero, se prendió la mecha en Bacochibampo, a un lado de Guaymas. Malpica hizo que se rindiera el comandante Castellanos y lo encerró en su camarote; Palacios aprehendió a los maquinistas Smith y Rodríguez; Rabatet se encargó de vigilar y evitar cualquier auxilio de tierra; mientras tanto los maquinistas Morfín y Márquez ponían las máquinas en movimiento.

Adueñados del cañonero y del mando, los pronunciados designaron primer comandante a Hilario Rodríguez Malpica, segundo comandante al pagadorAgustín Rabatet y maquinistas a Estrada y Johnson. Se hicieron a la mar con el fin de rodear el cabo Haro, entrar a Guaymas y proceder a quitar los cierres de los cañones del "Guerrero". Pero un golpe de mar frustró en parte este plan, por haber roto uno de los guardines, del timón que, por un descuido propio en tales circunstancias, habían olvidado soltar. De consiguiente el buque quedó sin gobierno, pero Malpica salvó la situación dando orden de avante y poniendo en marcha las dos máquinas de la embarcación. A baae de pura máquina y sin timón navegaron hasta cerca de Santa Rosalía, luchando hasta el amanecer por arreglar la avería, mientras, la marinería se entregaba a una desenfrenada borrachera, pidiendo fusilar desde el comandante hasta el despensero.

Arreglado el desperfecto, se hizo proa hacia Topolobampo, a donde llegó el 24 por la mañana. Allí capturó al barco mercante "Manuel Herrerías", al cual se le requisó algo de carbón y en él despachó Malpica para Mazatlán, a los prisioneros que traía a bordo del "Tampico", para que no cayeran en manos de los revolucionarios.

Al avistarse el "Tampico" frente a la barra de Topolobampo, el vigía anunció "barco de guerra a la vista", por lo que alarmados los vecinos y la guarnición de la plaza, huyeron dejando solo al poblado. En estas circunstancias dio fondo la nave en las tranquilas aguas de la bahía, en son de paz y a ponerse al servicio del constitucionalismo.

Palacios, con un ayudante de apellido Hass, desembarcó en una lancha de gasolina y en compañía de cuatro o cinco marineros. Topolobampo había quedado sin un sólo hombre. Palacios con dificultades, logró localizar un teléfono y se comunicó con el teniente coronel Manuel Riveros, jefe de las fuerzas en Los Mochis, quien lo autorizó para que en un armón de vía se trasladara a esta última población.

El Gral. Iturbe, desde el campamento de Otates, frente al puerto de Mazatlán, comunicó la noticia al Gral. Obregón, que se hallaba en Santa Anna, Sonora. El día 3 de marzo en Nogales, don Venustiano Carranza puso a disposición de Obregón el citado cañonero, el cual quedó bajo el

comando del capitán de navío Hilario Rodríguez Malpica. Entre tanto por instrucciones de Carranza y comisionado por el Gral. Iturbe llegó a Topolobampo, el coronel e Ing. Eduardo Hay, para tomar posesión del "Tampico" y determinar con precisión las condiciones de la unidad naval. Por tal motivo se levantó la siguiente acta de adhesión

"A bordo del cañonero "Tampico" surto en la bahía de Topolobampo, Edo. de Sin., a los veintiséis días del mes de febrero de 1914, reunidos en la cámara del Comandante, los ciudadanos Coronel Eduardo Hay, Jefe de Estado Mayor del Gral. Jefe de la Brigada que opera en el Estado de Sinaloa, Ramón F. Iturbe; el Mayor Federico Smidt, representante del Gobernador Constitucional del mismo Estado, Felipe Riveros; Mayor Pablo Quiroga, de la columna expedicionaria de Sonora; los miembros del Estado Mayor del Gral. de la Brigada Ramón F. Iturbe, Mayor Mauricio Contreras A., Cap. Prim. Manuel Becerra y Cap. Seg. Francisco Triva; el Capitán de Navío, Hilario Rodríguez Malpica y los Oficiales del citado Buque, Agustín Rabatet y Jefe de la Máquina, Mayor Luís Morfín, procedieron a levantar la presente acta motivada por la incondicional entrega que del cañonero "Tampico" y tripulación hace el citado Coronel Hay, debiéndose esta entrega a que todos los miembros de la tripulación del expresado Buque, comprendiendo que la salvación de la Patria depende del triunfo del movimiento Constitucionalista, han declarado ponerse a sus órdenes".

"Con esto se dio por terminada la presente acta haciendo constar que el citado Comandante Rodríguez, debidamente autorizado, firmó por el Capitán de Fragata, Fernando Palacios, por hallarse éste desempeñando una comisión cerca del 1er. Jefe, firmando los suscritos por quintuplicado, para constancia en el lugar y fecha indicada. Eduardo Hay. Rodríguez Malpica. F.E. Smidt.- Pablo Quiroga. M. Contreras. C.M. Roncal. Januario Leyva. A. V. Rabatet. Por el Capitán de Fragata F. Palacios, H. Rodríguez Malpica".

El viernes 27 de febrero, por bando especial se daban a conocer los ascensos concedidos por el Primer Jefe. El personal de a bordo fue ascendido y quedó formado así: Hilario Rodríguez Malpica Jr. (hijo del contralmirante del mismo nombre, que había sido jefe de Estado

Mayor del presidente Madero), capitán de navío; Fernando Palacios, capitán de fragata; Agustín J. Haas, subteniente de marina; Luís Morfín, teniente mayor, jefe de máquinas; Manuel Márquez, primer maquinista de primera; Agustín V. Rabatet, pagador de primera; Balbino Mellado, Florencio Araujo, Porfirio González y Filiberto Villa, terceros maquinistas; Fernando del Campo, subteniente de marina; Francisco Hernández, oficial de marina, de primera, y Melesio Terán, primer maestre de armas.

Días más tarde se avistaron en el horizonte marino de Topolobampo los cañoneros "Morelos" y "General Guerrero" que, fieles al gobierno de Huerta venían en seguimiento del "Tampico"; y que, habiendo aquéllos anclado frente a la barra del puerto mar afuera, dejaron bloqueado al buque rebelde en el interior de la bahía. El "Tampico", que por cierto tenía sobre sus adversarios la ventaja de ser un barco liviano, de movimiento fácil y ligero, no vaciló en enfrentarse al enemigo y al hacerlo, desafortunadamente durante el combate que sostuvo resultó seriamente averiado; por lo que su comandante, el capitán Hilario Rodríguez Malpica, hizo la maniobra de virar en redondo y navegando al garete en favor de la corriente, tras de ganar la barra lo varó dentro de la bahía, en el bajo norte de Punta de Copas. En tal estado, fue batido con gran ventaja por la artillería del "Guerrero", dirigida por Gaudencio de la Llave y bajo las órdenes del propio comandante del buque, capitán Ignacio Arenas. Una serie de impactos de metralla que recibiera abajo de la línea de flotación, determinaron finalmente el hundimiento del "Tampico", quedando no obstante con la proa hacia afuera y el cañón de caza, emplazado en ella, listo a repeler cualquier ataque.

Refiere al respecto el Tte. Crl. Carlos Berzunza: "El Tampico inició el ataque disparando sus cañones en contra del Guerrero, en punta Copas. El cañoneo fue terrible pues se encontraban a tiro de fusil, donde el Tampico sufrió la peor parte. Se le hicieron varios impactos que atravesaron el buque de parte a parte. Uno entró por el camarote del Jefe de máquinas en la proa, entrando por el sollado de marinería y saliendo por el sollado de fogoneros. Otro entró por babor y salió por estribor, pero todos bajo la línea de flotación abriendo enormes vías de agua

que fue imposible tapar. El agua comenzó a llenar los Departamentos del buque, el sollado de fogoneros, la cámara de calderas, porque desgraciadamente los portaestancos no cerraban bien, por lo que el jefe de máquinas David Johnson, dio aviso inmediatamente al comandante Malpica quien desde el puente de mando atendía a las maniobras y a la batería de proa y al ver el buque en peligro de desaparecer para siempre en las salobres aguas del piélago infinito y perecer en ellas con aquel puñado de valientes que lo acompañaban, volvió a enfilar hacia la barra y se batió en retirada. Obscurecía cuando el cañonero Tampico al mando del heroico comandante, rebasó la Punta Copas y juzgando imposible llegar al puerto de Topolobampo para salvar el buque y su tripulación lo encalló en uno de los bajos que había entre Punta Copas y .Punta Piedra, el que poco después llenándose de agua por completo se hundió hasta la cubierta superior, quedando no obstante con la proa hacia afuera v el cañón de caza, firme sobre el castillo de Proa, estuvo listo a repeler cualquier ataque. El transporte Guerrero disparó 155 granadas de 100 mm., y el Tampico 65 de 101 mm. y 170 de 57 mm., aquella noche fue terrible para todos. En el cañonero Tampico se trabajaba inútilmente por tapar las vías de agua. Tenía 18 agujeros bajo la línea de flotación perdiendo la vida el contramaestre Leopoldo Rivera que perteneció anteriormente a la dotación del cañonero Morelos, de donde desertó para incorporarse a los revolucionarios. Rivera logró tapar uno de los agujeros buscando bajo el agua y al pretender tapar otro en el departamento de máquinas, probablemente se atoró, en cualquier parte no pudiendo aboyar rápidamente, le faltó resuello y perdió la existencia de la manera más desesperante y terrible".

El día lo. de abril el Gral. Obregón recibió el parte oficial del capitán Malpica, comunicándole que el día anterior había sostenido un combate en alta mar contra los cañoneros "Morelos" y "Guerrero", habiendo sufrido su barco serias averías; que apenas logró ganar la barra del puerto y buscar un bajo donde poder encallar, habiendo podido quedarse a la altura de Punta de Copas, en profundidad de 20 pies de agua, rechazando a los barcos enemigos con el cañón de proa, que había quedado en condiciones de utilizarse todavía. El

mismo parte decía que habían muerto algunos de sus marinos y un oficial, que perdió la vida al intentar poner un tapón en uno de los agujeros que, bajo la línea de flotación, causara al barco un proyectil enemigo[125]

Al enterarse del percance, el Gral. Obregón, libró órdenes al comandante Malpica a fin de que, mientras se hallaba la manera de salvar al barco y se les impartía ayuda, nadie abandonara esa nave. Como además se dio cuenta Obregón de que era necesario contar con un transporte ligero, que por su velocidad pudiera burlar la vigilancia del "Morelos" y el "Guerrero", comisionó para la compra de una embarcación de ese tipo en los Estados Unidos, al oficial del "Tampico" Fernando Palacios, suministrándole los fondos necesarios.

Ya para tales fechas, después de acompañar al Primer Jefe hasta Nogales, Obregón se disponía a trasladarse a Culiacán a revistar las fuerzas con que avanzaría sobre el occidente y el centro del país. Con algunas tropas del Cuerpo de Ejército del Noroeste a su mando, partió con el expresado propósito, de Navojoa, el 14 de abril (1914). Al llegar a San Blas, se dirigió a Topolobampo, con el objeto de inspeccionar el "Tampico" y darse cuenta de las circunstancias en que se encontraba la tripulación.

El día 14 por la mañana arribó el divisionario sonorense a Topolobampo. Sobre la tripulación del "Tampico" subsistía aún la amenaza del "Guerrero", el cual podía ser observado desde los cerros de la población, fondeado al salir de la barra, y a su costado el barco mercante, "Ramón Corral", que lo abastecía de agua.

En una lancha del "Tampico", o en la de nombre "Tamazula" propiedad del señor Víctor Preciado, el General en compañía de los miembros de su Estado Mayor se transportó hasta donde se hallaba el cañonero averiado, a distancia de siete millas del muelle. La embarcación se hallaba en condiciones lamentables, totalmente llena de agua y con enormes aberturas abajo de la línea de flotación; y por hallarse las máquinas totalmente inundadas no era posible hacerlas funcionar, por otra parte resultaba imposible instalar bombas para desalojar el agua. Por la acción de la correntada de las mareas, el buque se había ido enterrando poco a poco en la parte de popa, debido a lo cual algunos cañones fueron desemplazados para su traslado a tierra, quedando utilizable únicamente el cañón de proa.

En el momento en que Obregón subía a cubierta, el comandante Malpica izó el pabellón; detalle por el cual el comandante del "Guerrero'' se percató de que a bordo del "Tampico" se hallaba el general en ¡efe de las fuerzas constitucionalistas. Era aquel el momento oportuno para intentar un ataque sobre el barco encallado, con cuya finalidad probablemente —refiere el Gral. Obregón— el "Guerrero" levó anclas e inició un movimiento de avance hacia donde se hallaba el "Tampico". Advertida la maniobra, le asaltó a Obregón la idea de abordar la lancha y alejarse del peligro, pero recapacitando en que días antes había ordenado a la tripulación no abandonar el barco y tratando de ser consecuente con aquella disposición, decidió quedarse a correr la suerte que cupiera en aquel trance. Para contrarrestar la acción del "Guerrero", en el acto el "Tampico" hizo cinco disparos con el cañón de proa, único de que se disponía, con lo que intimidando el buque enemigo volvió a su fondeadero; evidentemente el cañonero encallado era una verdadera fortaleza y no podía ser hundido, aun cuando en él hubieran hecho blanco las granadas enemigas, mientras que, por el contrario, el "Guerrero", sí podía ser averiado y hundido.

Ocurrido apenas lo anterior, apareció volando sobre la bahía de Topolobampo el biplano "Sonora" (de marca Curtís, propiedad del Gobierno de Sonora), tripulado por el capitán Gustavo A. Salinas y su ayudante Teodoro Madariaga, atendiendo instrucciones previas del Gral. Obregón, de efectuar un vuelo sobre el "Guerrero" y arrojarle bombas. Al dirigirse el biplano, hacia el sitio en que estaban fondeados el "Guerrero" y el "Ramón Corral", desde el "Tampico" fue destacada una lancha de gasolina rumbo a la barra, en previsión de que los aviadores llegaran a necesitar algún auxilio. Momentos después, en las proximidades de los barcos bombardeados se elevaban columnas de agua producidas por las explosiones de las bombas arrojadas, cuyo impacto esquivaron los barcos poniéndose en movimiento y ganando la alta mar.

Después de haber arrojado las bombas sin hacer blanco, el biplano viró hacia la costa y aterrizó en la playa. En los tiempos que corrían,

los pilotos habían realizado una verdadera proeza aérea militar; pues el Gral. Obregón consideró aquel vuelo, como uno de los más atrevidos de cuantos durante aquella campaña realizaron los aviadores Salinas y Madariaga, dado que con viento desfavorable se internaron 18 kilómetros en el Golfo, habiendo además volado, para su protección, a una altura mayor de 3 mil pies. Era también este bombardeo el primero en la historia militar, en materia de aviación y en acciones de guerra, en el Continente y fuera de él.

El suceso dio motivo al siguiente comunicado: "Topolobampo, abril 14 de 1914. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. Chihuahua. Hónrame comunicar a usted, que me he sentido orgulloso al presenciar hoy el vuelo llevado a cabo por el intrépido capitán Gustavo Salinas, acompañado del primer maquinista del Tampico, señor Madariaga, quienes permanecieron más de hora y media a cuatro mil pies de altura lanzando bombas sobre el Guerrero. Espero que obtengamos magnífico éxito contando con oficiales que saben despreciar la vida cuando se trata de la Patria. Felicito a usted por tener a su lado a esta clase de hombres. Respetuosamente. El Gral. en Jefe, "Álvaro Obregón".

Todos estos incidentes ocurrieron en el término de unas cuantas horas. Pues, por la tarde de aquel mismo día, el Gral. Obregón regresó a tierra con sus acompañantes; a la mañana siguiente, se fue para San Blas en ruta para Culiacán, después de haber dictado las disposiciones conducentes a obtener la maquinaria y demás elementos que requería la maniobra de poner a flote el "Tampico".

Para este trabajo se trajo de San Francisco, Cal., una escafandra; y metieron de buzo al primer aceitero del buque, un individuo de apellido Vela, quien taponeó el casco con tarugos de madera. Las condiciones del barco se hallaban sujetas a las pleamares: subía la marea y quedaba sumergido, bajaba la marea y se podía trabajar. Obturados los siete agujeros producidos en el casco por la metralla y una vez instalada en el barco una bomba centrífuga de 6 pulgadas y su correspondiente motor (maquinaria llevada de la Hacienda La Constancia y aprovechamiento de los elementos del taller del F. C. en Topolobampo), útil izando el vapor de la caldera de la nave "Culiacán", colocada

de costado junto al cañonero, se llegó a poner en funcionamiento la bomba. En el término de dos horas, durante la marea baja, se extrajo el agua y la maltrecha embarcación quedó a flote y en condiciones de ser remolcada. Con toda eficacia y pericia llevaron a cabo las operaciones de salvamento los señores Eduardo Labastida y Manuel C. Moreno, quienes ante la hostilidad de las autoridades huertistas habían salido huyendo de La Paz, B. C. Finalmente el "Tampico", fue arrastrado por el vapor "Culiacán" hasta el muelle del puerto, donde se le hicieron las reparaciones necesarias, que fueron terminadas el 10 de junio y estando ya listo para el servicio, se le dotó con una fuerza de 25 hombres al mando del Cap. Fernando García, pertenecientes al Batallón Irregular de Sinaloa que mandaba el Gral. Macario Gaxiola.

Suplementariamente dejaré constancia de que conservaban los vecinos de Topolobampo un mal recuerdo de los oficiales del "Tampico", por cuanto a que se embriagaban con frecuencia, provocando desórdenes y balaceras que mantenían en constante alarma al vecindario.

Tan pronto como fue reparado y estando a punto de entrar en actividad el "Tampico", don Ricardo Careaga (a) "El Chato", que era agente de la Compañía Naviera del Pacífico, en Mazatlán, por la vía inalámbrica le informó a la oficina matriz de la Compañía, en Guaymas, a fin de que evitara dicha matriz la salida de sus buques, los que correrían el riesgo de ser capturados por el cañonero constitucionalista; razón por la que ningún barco mercante salía de Guaymas. Mientras tanto, al enviar de Guaymas a Mazatlán al vapor "Ramón Corral", por elementos de boca, el mando militar huertista dio orden al transporte "General Guerrero" que escoltara al "Corral" en su travesía y que, al llegar frente a Topolobampo, comprobara la veracidad de lo que se informaba desde Mazatlán con relación al "Tampico".

Un fin trágico estaba marcado en el destino del barco constitucionalista. El día 14 de junio el "Tampico" levó anclas en Topolobampo, haciéndose a la mar con rumbo a Altata; pero antes de llegar a este puerto, expone el Gral. Obregón "sufrió una descompostura en la bomba de alimentación y se quemaron las calderas, quedando dicho barco al garete, siendo en seguida arrastrado por la corriente del

Golfo, hasta la altura de la Isla de San Ignacio, donde lograron tocar fondo. A la madrugada del día 16, el oficial de guardia del "Tampico" descubrió al cañonero "Guerrero", que avanzaba sobre nuestro barco, rompiendo el fuego y colocándose a una distancia menor de dos kilómetros. Como el "Tampico" no podía hacer ningún movimiento, el enemigo pudo hacer certeros disparos sobre él, los que eran contestados de nuestro barco, solamente con el cañón de proa, que era el único utilizable en aquel combate y en lo más reñido de éste, una granada del "Guerrero" explotó sobre unas cajas de alcohol, provocando el incendio en la cámara de popa, que era donde se encontraban dichas cajas, y obligando a los artilleros a abandonar el cañón de popa, con el que entonces contrarrestaban los fuegos del "Guerrero", pues poco antes una corriente había hecho a nuestro barco virar de popa frente al "Guerrero". El comandante del "Tampico", Capitán de navío Hilario Rodríguez Malpica, ordenó entonces abrir las válvulas de fondo, para hundir su barco antes de permitir fuera capturado por el enemigo. Cuando esto sucedía, a bordo del "Tampico" habían muerto ya el maquinista, Ramón C. Estrada, el maquinista Vela y cinco individuos de la marinería, había un regular número de heridos, entre ellos el segundo comandante, Agustín Rabatet. Al estar hundiéndose el barco, la tripulación se transbordó a una lancha de gasolina y a un bote de remo, para salvarse; a poco de navegar, fueron hechos prisioneros por el cañonero "Guerrero", a excepción del comandante Rodríguez Malpica, quien prefirió darse muerte, antes que dejarse hacer prisionero, disparándose un tiro con su pistola, lo que le causó una muerte instantánea, en los momentos en que se hundía el barco. Entre los prisioneros hechos por el "Guerrero" se encontraba el capitán de fragata Agustín Rabatet, segundo comandante del "Tampico", quien había resultado seriamente herido en el combate".

Sigue: "El comandante Rodríguez se privó de la vida contando con sólo 24 años de edad y con este hecho, se hizo pasar al reducido número de los que tienen el privilegio de perpetuar su nombre y el legítimo derecho de hacer venerable su recuerdo".

Sigue: "Con la pérdida del "Tampico", el enemigo volvía a reco-

brar el completo dominio de las costas de Occidente y nuestro Ejército perdía la esperanza de poder restar a la usurpación ese dominio, nada podríamos esperar ya de la comisión conferida desde el mes de abril al oficial Palacios, para comprar un barco en el extranjero; porque éste, al encontrarse fuera del país y después de dilapidar parte de los fondos que se le confiaron para aquella compra, negó haber recibido tal comisión y se apoderó del resto del dinero, del que solamente una parte se logró recuperar, debido a las activas gestiones de nuestro agente comercial en los Estados Unidos, señor Francisco S. Elías".

Con respecto a este segundo y último combate entre el "Guerrero" y el "Tampico", en Los Mochis el periódico de Miller Jordán, "The Mochis Booster", en su No. 7 del 14 de julio de 1914, se refería al suceso diciendo: "Después de una batalla desesperada y sin igual, de dos horas, el cañonero federal "Guerrero", destruyó al constitucionalista "Tampico" cerca de la bahía de Topolobampo, en la mañana del 16 de junio".

"A esto se redujo, en otras palabras, un capítulo de la historia naval mexicana, que se abrió con la rebeldía del "Tampico", que zarpó de Guaymas para Topolobampo, con su capitán y maquinista arrestados y que se unió a la revolución constitucionalista en febrero 23..."

"El "Tampico", después de un encuentro con el "Guerrero" y el "Morelos" hace algunos dos meses, con dificultades atracó en el muelle para salvarse de un hundimiento seguro. Habiendo estado parte del mismo a medio hundirse, hubo que desmantelarle uno de sus cañones grandes y dos de los chicos para ponerlo a flote, hasta que salvado, el domingo 14 de junio salió para Altata, llegando de regreso a Topolobampo el lunes a medio día. Las máquinas se descompusieron y no recibiendo el buque ninguna contestación a sus señales, para que el práctico lo piloteara por la barra, tuvo que esperar afuera hasta en la mañana siguiente. A la salida del sol llegó el "Guerrero", que viró alrededor del "Tampico", cruzaron sus fuegos hasta que este último quedó averiado y sin suficiente armamento y después de la explosión de una cantidad grande de alcohol. el "Tampico" se hundió rápidamente. En Los Mochis, a veinte millas de distancia, algunos curiosos estuvieron escuchando el cañoneo por más de dos horas".

"El capitán Malpica, cuando se había puesto a salvo en un botecito, iba a ser recogido por el "Guerrero", pero lejos de que lo tomaran prisionero se suicidó".

"Algunos de los supervivientes del cañonero fueron recogidos por los barcos New Orleans" y "Perry" de los Estados Unidos, que fueron testigos de la batalla".

"Antes de tocar Guaymas, el "General Guerrero" se encontró con el vapor armado constitucionalista "Culiacán" y lo hundió, borrando la bandera constitucionalistas de las costas occidentales".

El relato formulado por el Gral. Obregón y que se consignó con anterioridad, reviste importancia documental por estar basado en el parte oficial que se le rindió como Jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste. No menos interesante y valioso es el testimonio del Capitán de navío Rafael López Fuentes, uno de los oficiales del "Guerrero", que hallándose presente tomó parte en aquella acción naval. López Fuentes, bajo su acostumbrado pseudónimo de "Lucifer", escribió acerca de este episodio, verdadero drama en el mar, una reseña periodística titulada "HILARIO RODRÍGUEZ MALPICA", que es preciso recoger y conservar para la historia, y que dice:

"El día 14 de junio de 1914 por la mañana, uno de los comandantes de los barcos americanos surtos en Guaymas, entregó el boletín inalámbrico al Jefe de la División del Yaqui, general Joaquín Téllez, por medio del cual se supo que el cañonero "Tampico" había sido puesto a flote y con bastante gente de desembarco, marchaba sobre Mazatlán, para cooperar en el ataque con las fuerzas del general Ramón F. Iturbe".

"El sitio de Mazatlán se había prolongado indefinidamente, debido a sus defensas naturales y se pensaba que, sólo con la ayuda de un ataque por mar, podría vencerse la resistencia de sus defensores".

"Al transporte de guerra "General Guerrero" se le habían dado instrucciones para salir violentamente para Mazatlán, llevando fuerzas del 9° Cuerpo Rural y parque de artillería y fusil; pero el día 15 por la mañana, al ir el comandante a recoger las últimas instrucciones al Cuartel General, se le ordenó pasar frente a Topolobampo, Sinaloa y de ser cierta la noticia, darle caza al cañonero "Tampico".

"El 16 de ¡unió de 1914, a las cuatro horas quince minutos de la mañana, estando yo de oficial de guardia, con el aspirante Pedro M. Rendón —acabábamos de recibir la guardia del alba— avistamos cuatro buques entre tierra firme y el farallón de San Ignacio, de Topolobampo; poco después, cuando asomaba el sol en el horizonte, pudimos distinguir que eran: el crucero americano "New Orleans", los destroyers "Perry", y "Preble" y el cañonero mexicano "Tampico".

"A eso de las siete horas veinticinco minutos se pensó mandar una lancha para ver qué necesitaba el "Tampico" o ver si estaba abandonado. Fui nombrado para ir en la lancha de gasolina; embarqué la tripulación convenientemente armada y arriamos la lancha. Aún no tocaba la quilla el agua, cuando, a las siete horas treinta y cinco minutos, el cañonero "Tampico" abrió el fuego sobre el transporte "General Guerrero", con un cañón de retirada. La lancha fue inmediatamente izada y todos corrimos a nuestros puestos de combate".

"La lucha fue larga y desigual. Por esta vez tenía el "General Guerrero" la superioridad sobre el "Tampico", que no podía evolucionar por tener sus calderas inútiles y encontrarse fondeado. Además, el "General Guerrero" había limpiado sus fondos en el dique seco de Salina Cruz".

"Los aspirantes y terceros maquinistas, para quienes aquel combate era su bautizo de sangre a bordo, en un principio se desmoralizaron, pero poco después reaccionaron y recordando su heroico comportamiento en las gloriosas aulas de la "Escuela Naval Militar", donde ofrendaron su sangre infantil por defender la integridad de la Patria hollada por el invasor norteamericano, cumplieron, llenos de ánimo, sus deberes en sus respectivos puestos".

"En el cañonero "Tampico", al recibir las primeras granadas y empezar a quedar fuera de combate algunos tripulantes, cundió la desmoralización entre algunos lancheros y soldados bisoños, dejando la pieza de popa sin municiones. Entonces el comandante Hilario Rodríguez Malpica, que mandaba la batería de popa, comprendiendo la necesidad que había de tomar medidas drásticas, empuñó su pistola y ordenó cubrir la batería, orden que no fue obedecida. Entonces hizo tres disparos sobre ellos, matando a dos e hiriendo mortalmente a otro. La moral se

restableció y todos corrieron a sus puestos".

"Como el personal de la pieza de popa había quedado incompleto, el mismo comandante Malpica hizo las veces de apuntador, haciendo impacto su primer disparo en la roda del "General Guerrero", averiando una de las anclas. Este impacto fue saludado por una diana, tocada por el clarín del "Tampico".

"Como a las nueve horas cuarenta minutos, una granada hizo volar el pico, cayendo sobre cubierta la bandera nacional. Un oscuro marinero, cuyo nombre nadie recuerda, levantó la enseña patria y la hizo ondear en sus manos".

"Los barcos habían empezado el fuego a una distancia de cuatrocientos metros y durante las diversas evoluciones del "General Guerrero", llegaron a quedar hasta ciento treinta metros".

Finalmente, a las diez horas treinta minutos de la mañana, una granada que explotó en popa, en unas cajas de alcohol, produjo un voraz incendio. El comandante Hilario Rodríguez Malpica, viendo perdido irremisiblemente su buque, ordenó al maquinista Johnson abrir las válvulas de inundación, para que el buque se fuera más rápidamente a pique y no lo capturara el enemigo. Ordenó, al mismo tiempo, embarcar a los heridos en la lancha de gasolina y en un bote de remos, que era la lancha de vela. Entre la tripulación que abandonaba al "Tampico" iban diecisiete heridos".

"El fuego cesó en ambos barcos".

"Una vez embarcados los inferiores, el comandante Malpica tomó su sitio en la lancha. Trataban de ganar la costa, remolcando la lancha de vela con la de gasolina".

"Uno de los rasgos que más enaltecen al comandante Malpica, fue la orden terminante que dio a sus subordinados: no refugiarse, por ningún motivo, en los barcos americanos. Sucediera lo que sucediera, deberían preferir caer prisioneros o morir, antes que deber su salvación a los yanquis".

"Estando las lanchas casi al costado de estribor del "General Guerrero", el comandante Malpica preguntó a los demás por Agustín Rebatett, y, como nadie lo había visto botarse al agua, le contestaron que

probablemente se había suicidado a bordo. Entonces Hilario Rodríguez Malpica, sacando la misma pistola con que había castigado a los cobardes de a bordo, la llevó a la boca e hizo fuego".

"La bala le salió por la región cervical y privó para siempre de la vida a aquel marino que había luchado con denuedo hasta perder su buque, prefiriendo darse la muerte a caer prisionero y ser sometido a un infamante proceso o refugiarse en los buques americanos".

"Hilario Rodríguez Malpica murió a las diez horas cincuenta y siete minutos, a la edad de veinticuatro años, en plena juventud y quizás lleno de ilusiones".

"A eso de las once horas y quince minutos de la mañana, se arrió en nuestro buque la bandera a media asta. Igual cosa hicieron los buques americanos".

"A las once horas cuarenta minutos de la mañana se hundió por la popa el cañonero "Tampico", levantándose la proa con tal ímpetu, que el ancla, que probablemente estaba a pique, saltó fuera del agua, al mismo tiempo que del puente cayeron en abrazo macabro, los cadáveres y se sumergieron en las espumosas aguas".

"Un grito unánime de estupor, grito histérico de desesperación y de despedida, fue lanzado por todas las tripulaciones de todos los buques allí presentes. Poco después el barco desaparecía, como tragado por la potente mandíbula del monstruo. Una catarata de agua se precipitó en sus entrañas, despedazando cuanto se oponía a su paso y sólo quedaron algunos objetos flotando en medio de los remolinos de las aguas del Mar Bermejo".

El "Tampico" quedó sepultado en el fondo del mar, un poco al norte del farallón de San Ignacio. ¿Y qué pasó después con el cadáver del heroico comandante Rodríguez Malpica y qué suerte cupo a los tripulantes, recogidos por el "General Guerrero"?. El capitán Macamiro hace la correspondiente exposición en su artículo "ACCIONES NAVALES":

"A la una y diez levó ancla el "General Guerrero" e hizo rumbo a Mazatlán —seguido por el "New Orleans"— quedando en la distancia los destroyers americanos, testigos del combate, y el solitario Farallón,

que evocará permanentemente la tragedia del 16 de junio de 1914".

"El día 17 arribó a Mazatlán el buque, fondeando cerca de "Los Tres Hermanos" frente al paseo Olas Altas. El comandante Arenas rindió el parte del combate y del hundimiento del "Tampico".

"Se dijo entonces que el general Miguel M. Rodríguez, jefe de la plaza, instó al comandante del cañonero, a fin de que fueran desembarcados los prisioneros, a lo que se opuso el comandante Arenas, tratándose el caso con el general Téllez, quien dispuso los llevaran a Guaymas".

"El "New Orleans", recogió seis individuos al irse a pique el "Tampico" y uno de ellos falleció a bordo, estando surto en el puerto de Mazatlán. Teniendo que salir al Norte, transbordó el cadáver al acorazado insignia americano "California", de cuyo buque se fue a recoger por el personal del "General Guerrero", siendo despedido por toda la tripulación formada. La guardia armada le hizo honores militares estando presente el Almirante, su Estado Mayor y todos los oficiales del buque, tocándose nuestro Himno Nacional al desembarcarse el cadáver, que estaba cubierto con una bandera mexicana y desde ese momento todos los demás barcos americanos pusieron sus banderas a media asta. En vida llevó el nombre de Camilo Gastélum, era soldado constitucionalista, de 24 años de edad, originario de Culiacán. Se le dio fondo en el lugar en que estaba anclado el "General Guerrero", frente a Olas Altas".

"Ya en la noche, a las siete, fue trasbordado el cadáver del comandante Hilario Rodríguez Malpica, a una lancha de gasolina, en la cual iban el comandante Arenas y el aspirante López Fuentes, siendo desembarcado en el muelle fiscal, cuya navegación hasta El Pozo era imposible de día, por los ataques de las fuerzas constitucionalistas que sitiaban el puerto. Ya en tierra, fue llevado inmediatamente al Panteón Municipal, habiéndolo acompañado hasta su última morada el comandante Ignacio Arenas y el práctico mayor del puerto, Ignacio González Sánchez, que arregló los funerales con la casa González Rubio, por encargo de la tripulación del "General Guerrero", que sufragó los gastos".

"Silencioso y envuelto por las sombras de la noche, fue el entierro del marino revolucionario. La ciudad de Mazatlán, triste y agobiada por el largo sitio, apenas se dio cuenta de que a su tierra —esa madre

buena y amorosa— llegaba a dormir el sueño eterno Hilario Rodríguez Malpica, el comandante que, al perder su buque, evocó la tradición de los hombres de mar".

"Hilario Rodríguez Malpica, capitán de navío, nació en Coatzacoalcos, hoy Puerto México, el 2 de noviembre de 1889, siendo sus padres el señor contraalmirante del mismo nombre y la señora doña Margarita Saliva de Rodríguez Malpica. El 4 de julio de 1904 ingresó a la Escuela Naval Militar, habiendo obtenido los grados de cabo alumno en septiembre de 1907; de aspirante de tercera en septiembre del año siguiente, terminando sus estudios el año de 1909 y graduándose de aspirante de primera en agosto. Fue destinado al cañonero "Bravo" e hizo su práctica en los buques "Progreso", "Morelos", "Yucatán", y "Zaragoza", recibiendo su despacho de subteniente el 25 de noviembre de 1911 y embarcando en el "Tampico". Posteriormente ascendió a segundo y primer teniente en agosto y septiembre de 1913".

"A la entrada de las fuerzas constitucionalistas a Mazatlán, el general Ramón F. Iturbe, jefe militar de esa zona, pagó una deuda que la Revolución había contraído con el comandante Hilario Rodríguez Malpica y a nombre de ella mandó construir un mausoleo sencillo, modesto y significativo, en donde reza la leyenda que a continuación transcribo: "Al heroísmo del capitán de navío Hilario Rodríguez Malpica. El Estado de Sinaloa. Junio 16 de 1914".

"El 19 de junio de 1914 zarpó rumbo a Guaymas el "General Guerrero", de Mazatlán, llevando a bordo los prisioneros y arribando a su destino dos días después".

"Con fecha 21 fueron enviados los siguientes telegramas por parte del comandante y la tripulación del "General Guerrero", que por sí solos rehusan todo comentario".

"En el mar frente a Guaymas, junio 21 de 1914. General en Jefe: Hónrame manifestar a usted nuestro arribo próximo, a ese puerto a las 9.00 a.m., suplicando a usted haya un pango preparado para recibir 61 prisioneros, de los cuales, por prescripción médica, deben pasar al Hospital Militar a continuar curando sus heridas 17 individuos, quedando solamente uno amputado de la pierna en la enfermería de este buque. El

"General Guerrero" fía ciegamente en altos sentimientos altruistas para que ninguno de los prisioneros sea pasado por las armas teniendo más fe en la clemencia humana que en la inexorable justicia militar. Como merecido culto al valor de los vencidos muertos, las banderas del "General Guerrero", estarán a media asta por todo el día, si usted lo aprueba. Respetuosamente. Comandante Ignacio Arenas".

"Habiendo sido tratados siempre bien y aceptados por la sociedad de Guaymas los oficiales de marina, pertenecientes a las dotaciones de los cañoneros, se dirigieron a las damas del puerto, en súplica especial: "En el mar, frente a Guaymas, junio 21 de 1914. Para hacerlo circular entre las señoritas Ibarra, Bringas, Borgaro, Salido, Echeverría, Murillo y Aispuro... El "General Guerrero", en cumplimiento del deber que la carrera militar le impone, sostuvo el 16 de los corrientes un combate contra el cañonero "Tampico", echándolo a pique y recogiendo 61 prisioneros; hoy, al tener que hacer entrega de el los al C. Jefe de la División del Yaqui, cumple particularmente con el deber de lealtad impuesto por anterior compañerismo y con el de humanidad que impone la conciencia honrada y sana, confiando las vidas de los hermanos vencidos en el acto que sus muy grandes virtudes encontrarán llamando al corazón de quien tenga que hacer justicia. Atentamente. Tripulación "General Guerrero".

"Hacia medio día, fueron desembarcados los prisioneros y entregados a las autoridades militares, siendo llevados a la Penitenciaría de Guaymas y los heridos al Hospital Militar".

"Las gestiones hechas por las distinguidas señoras y señoritas de la sociedad guaymense, que lucharon sin descanso y vencieron todos los obstáculos que se les presentaron, obtuvieron feliz éxito, habiendo conseguido del Jefe de la División del Yaqui, general Joaquín Téllez, el perdón y la promesa de que no se fusilaría a los prisioneros".

ÉXODO DE FAMILIAS NORTEAMERICANAS

El incidente ocurrido en el puerto de Tampico, el 13 de abril de 1914, condujo a un cambio de política del gobierno norteamericano hacia México; y como consecuencia el presidente Woodrow Wilson fue

autorizado por el Congreso de su país, el día 22 del mes precitado, para ocupar el puerto de Veracruz.

La lucha civil se hallaba en nuestra patria en todo su apogeo, entre huertistas y constitucionalistas. La situación internacional era delicadísima, en atención a lo cual don Álvaro Obregón, General en Jefe del Ejército Constitucionalista de Occidente, dio permiso para que el oficial Wallace Buctoll, ayudante y representante del Comandante en Jefe de la flotilla norteamericana del Pacífico, desembarcara en Topolobampo y recogiera a los americanos residentes en nuestra región.

En uso de la licencia otorgada, el oficial Buctoll estuvo en Topolobampo con torpederos-destroyers, desde el 27 de abril hasta el 1° de mayo de 1914, con el fin ya indicado de recoger a sus connacionales, según se expresa en una comunicación que el mencionado oficial naval dirigió al Gral. Obregón, en su cuartel frente a Mazatlán, cuando este puerto se hallaba sitiado por los constitucionalistas. En la comunicación a que me refiero, da Buctoll a Obregón las gracias por la atención cortés que le había dispensado, y le informa que el mayor Jesús A. Cruz, comandante militar de Topolobampo, y el señor Víctor Preciado, jefe de la Aduana, lo habían tratado con suma cortesía y caballerosidad, expeditando el desempeño de su comisión: agregando que no podría significarle el excelente valimento de los mencionados caballeros, con quienes no tropezó con ninguna dificultad. Permítame llamar la atención de usted —dice finalmente Buctoll, a Obregón sobre la conducta tan edificante de los oficiales bajo su mando, con lo cual, la salvación de México está en sus manos, por su eficacia, cortesía y maneras caballerosas.

De manera incesante, nuestro litoral se mantuvo vigilado por las unidades de la escuadra norteamericana en el Pacífico, con la finalidad de impartir protección a los ciudadanos de su país, en caso dado y donde se necesitare. En aguas de Topolobampo, por esas fechas, se mantuvo durante algún tiempo estacionado el cañonero U.S.S. "York-town", cuyo capitán era William H. Standley, almirante ya retirado, y hasta hacía poco embajador de los Estados Unidos en Rusia. Pero durante la época en que la situación era más crítica, a 20 millas mar afuera se hallaba anclado el acorazado "South Dakota", que noche a noche proyectaba la

luz de sus potentes reflectores sobre nuestra costa y tierras adyacentes.

Cuando el comandante Buctoll vino expresamente a recoger a los americanos que quisieran ausentarse, 56 de ellos dejaron Los Mochis, dirigiéndose a Topolobampo en carruaje y no en tren, debido a que la locomotora número 4 del Kansas City no pudo salir por sus malas condiciones. En los 56 se hallaban comprendidos 16 individuos que se dedicaban a negocios de minas y que, por la paralización de los trajos, deseaban ausentarse del país. En la caravana iban hombres, mujeres y niños, que fueron embarcados en el destroyer U.S.S. " "Stewart", en Topolobampo, el día 30 de abril y en seguida trasbordados al vapor "Mazatlán", que los condujo a San Diego, Cal., donde desembarcaron el 7 de mayo. Cuando las circunstancias lo permitieron, a la consumación del derrocamiento del Gral. Huerta, muchos de los que optaron por irse retornaron, como por ejemplo los colonos, porque aquí tenían sus intereses o bien porque aquí nacieron o se criaron algunos de ellos, y tenían predilección y cariño por Los Mochis.

Rompimiento de la Unidad Revolucionaria
EI conflicto.

Transcurría el año de 1914. El Gral. Huerta abandonó el poder el 14 de julio, y el 15 de agosto el ejército constitucionalista ocupó la ciudad de México, a donde el señor Carranza no llegó sino hasta el día 20. En Sinaloa, el puerto de Mazatlán, sitiado por los constitucionalistas y defendido por el ejército federal, que sostenía al gobierno de la usurpación, fue ocupado el 9 de septiembre por las fuerzas del Gral. Ramón F. Iturbe, después de cinco días de combate que epilogaron el largo sitio a que se vio sometida la plaza.

Liquidado Huerta, ello no obstante, la situación interior del país dio pronto motivo a nuevas preocupaciones y problemas. En lo inminente provocaba un grave conflicto, el desconocimiento de la autoridad de don Venustiano Carranza, hecho el 22 de septiembre por don José Ma. Maytorena, gobernador del estado de Sonora, y por el Gral. Francisco Villa. Ese fue el comienzo de otra lucha, nueva y última fase de la contienda armada revolucionaria; por cierto la más sangrienta, la más

caótica y la más superlativamente inflamada heroica y trágica, en las dolorosas y ardientes jornadas de la Revolución.

Convocada por Carranza desde el 5 de septiembre, una convención de gobernadores y de generales constitucionalistas se reunió en la capital de la República, el día 1° de octubre, a fin de resolver los problemas circunstancialmente más apremiantes del movimiento revolucionario. Más sin duda, el conflicto Villa-Carranza, por el momento el problema más serio y urgente que se agitaba en el seno de la familia, vino a determinar el trasladó de la Convención a Aguascalientes, declarada ciudad neutral. En dicha ciudad se instaló la Asamblea el 10 de octubre, de uno de cuyos acuerdos emanaba la eliminación tanto de Carranza como de Villa, de la escena político-militar. Y con ese motivo se designó como presidente provisional de México al Gral. Eulalio Gutiérrez, a quien darían todo su apoyo los jefes y funcionarios convencioncitas, ahí presentes o representados. Pero las cosas se complicaron de tal manera, que a la postre las resoluciones cardinales de la Convención, desvirtuadas, no predominaron; pues los carrancistas no se sometieron a ellas, al advertir la interferencia y la presión militar de Villa, circunstancia a la cual se debió que Carranza y los suyos desconocieran al presidente designado por la Convención, quien acabó, por error o por debilidad, por nombrar en su gabinete como ministro de la Guerra al propio Francisco Villa.

Ya en Sinaloa, antes de que se definiera la situación, el maytorenismo era motivo de inquietud, por lo que se llevó a cabo precautoriamente una movilización de batallones, desde el puerto de Mazatlán hacia el norte del Estado.

El 6 de octubre partió de Mazatlán, con destino a San Blas, el 3er. Batallón Regular de Sinaloa. Bajo la jefatura del Coronel Isaac Espinosa, este batallón se organizó y equipó debidamente, a principios del año en Culiacán, con 500 plazas tomadas del cuerpo de indios jareros o de arco y flecha que, en la villa de Sinaloa, meses antes habían formado el mayor Rodolfo Ibarra y Vega, su hermano Eugenio del mismo apellido y los Gámez. El referido cuerpo jarero contaba con 960 plazas de indios mayos, de la región del río del Fuerte.

Por otra parte, el día 9 se acuartelaba en la ciudad de El Fuerte el 6°

Batallón de Sinaloa, a las órdenes de su valiente y prestigiado jefe, Gral. Ángel Flores. La entrada de las fuerzas a la población se hizo en medio del más completo silencio y la más completa soledad de parte de los habitantes. Aquel pueblo —lo dice el Cap. Seg. Rodolfo G. Robles-- acababa de asimilar la propaganda maytorenista y en más de una ocasión provocó serios tumultos contra la Guerrilla de Alamos que había venido a aquel lugar, en busca de un brazo amigo, para protegerse contra la traición hecha victoria en Sonora.

Por último, en la villa de Mocorito quedó alojado el 2° Batallón de Sinaloa, a las órdenes de su comandante el Crl. Manuel Mezta.

Constituyó un gran desacierto el envío del 3er. Batallón a San Blas, por la proximidad del lugar a Sonora. Los indios que integraban el batallón se manifestaban inconformes con sus jefes, porque no se les cubrían sus haberes y ni se les ministraban provisiones de boca; por lo que en forma abierta e instigados por su jefe interino Fructuoso Méndez, en el trayecto de Mazatlán a San Blas dejaban translucir que, tan pronto como llegaran a este último punto de su destino, desertarían para incorporarse a Maytorena. La propaganda subversiva, había producido en circunstancias tan críticas un efecto decisivo; pues el 22 de octubre, al grito de Viva Maytorena se sublevó la indiada del batallón mencionado, no sin cometer escándalos y abusos de distinta índole. Los soldados que en corto número permanecieron fieles a su Cuerpo, por su impotencia no intentaron sobreponerse a los rebeldes, quienes se llevaron prisioneros para Sonora al Tte. Crl. Rodolfo Ibarra y Vega, jefe del Batallón, al mayor Victoriano Ibarra y al capitán pagador Santiago Yuma.

Actuó como cabecilla de la defección un individuo de nombre Juan Valenzuela, alias "El Goro", quien se encargó de conducir a los sublevados a Sonora, ante el Tte. Crl. villista Ramón Gómez. Incorporados a la campaña en aquel Estado, les tocó pelear en el combate de Naco, contra el Gral. Plutarco Elías Calles. Entre los desertores del 3er. Batallón se contaba Felipe Bachomo, que más tarde habría de conquistar gran celebridad por haber acaudillado aquí en el río del Fuerte la rebelión de los indígenas, cuyas posiciones se extendían, por la margen derecha del río, desde Camayeca hasta Tehueco.

El día mismo en que ocurrió la deserción en San Blas, una partida de los facciosos llegó a Charay, encabezada por el subteniente Alberto Gastélum. Allí sorprendieron al señor Filiberto R. Quintero, vecino del lugar, lo desarmaron y le impusieron un fuerte préstamo en efectivo. En seguida tomaron y se llevaron prisioneros a 5 vecinos del mismo pueblo, y tras de visitar algunas de las congregaciones de indígenas situadas por la otra banda del río, dicha partida se incorporó a los demás sublevados, en marcha para Sonora.

Puesto al tanto de los acontecimientos de San Blas, el Gral. Ángel Flores desde El Fuerte se movilizó violentamente, al frente de 200 hombres de su 6° Batallón, con dos ametralladoras, a fin de batir a los insurrectos. Pero nada pudo hacer en tal sentido el expresado jefe militar, no obstante que él, personalmente, en exploración condujo a sus infanterías hasta Mochicahui, combinando su movimiento con unas fracciones de caballería que envió por la otra banda del río y que llegaron hasta Choacahui; pues ni siquiera el General llegó a tener noticias precisas del paradero de los sublevados, en su fuga precipitada hacia Sonora. Vuelto a San Blas y mientras tanto se conocían los resultados de la Convención, aprovechando los elementos que aún quedaban del 3er. Batallón procedió a reorganizar el cuereo, el mando del cual confió al Tte. Crl. Maximiano Gámez.

Con lo sucedido, no quedaba ya duda alguna de que, en el presente caso, la propaganda maytorenista había producido sus efectos; los cuales podían tomarse como una primera manifestación, que al fin y al cabo habría de sobrevenir; el choque armado entre villistas y carrancistas, que eran el preludió de los graves acontecimientos que epilogarían la reunión de los convencionístas en Aguascalientes.

ACTITUD DEL GOBERNADOR RIVEROS

En relación con este asunto, en lo medular ciño mi exposición a la información documental y comentarios marginales del Cap. Rodolfo G. Robles, que se consignan al respecto, en su folleto intitulado "Sinaloenses en Campaña", impreso en Culiacán en el año de 1916. Rodolfo G. Robles fue nativo del rancho o poblado de Lo de Vega, ubi-

cado dentro de la municipalidad del Fuerte, Después de haber cursado su primaria superior en las escuelas oficiales de la ciudad de El Fuerte, gozando de una beca pasó a inscribirse en las aulas del Colegio Civil Rosales, en Culiacán. Pero en 1913 abandonó sus estudios y se sumó al movimiento revolucionario, llegando a ser capitán segundo y ayudante del Gral. Ángel Flores, jefe del 6° Batallón de Sinaloa. En el año de 1918 Rodolfo editó en Nogales un opúsculo, con sus versos, bajo el título de "Amor y Rebeldía". Actuando en 1924 como dirigente del Partido Revolucionario Sinaloense que postuló las candidaturas de Plutarco Elías Calles y de Guillermo Nelson, respectivamente para presidente de la. República y gobernador de Sinaloa, se distanció con el Gral. Flores, que también era candidato a la presidencia. Como diputado representó, en el Congreso Federal, al distrito electoral que tenía por cabecera el puerto de Mazatlán. Cuando desempeñaba en Hermosillo el puesto de Jefe de la Oficina Federal de Hacienda, falleció en la ciudad de México, el 12 de julio de 1923. En su memoria y en mérito a su credo y actividades izquierdistas, una de las calles de Culiacán y otra de El Fuerte llevan su nombre.

En Sinaloa don Felipe Riveros, amigo de Maytorena, adicto a Villa y uno de los catorce gobernadores que se sumaron a la Convención de Aguascalientes, antagonizaba con los jefes militares del Estado, en virtud de que trataba de llevarlos a la rebeldía en contra de la autoridad de don Venustiano Carranza.

La actitud del gobernador se hallaba apoyada por la incondicional adhesión del mayor Carlos Real, ¡efe del 7o. Batallón, y presumiblemente por la simpatía y adhesión del Tte. Crl. Emiliano Ceceña Torres, jefe del 5o. Batallón y comandante militar de la plaza de Culiacán. No podía interpretarse de otra manera la postura observada por Ceceña Torres, al haberse opuesto a entregar la comandancia al Crl. Mateo Muñoz, designado, para sustituirlo, por el Gral. José Ma. R. Cabanillas, jefe accidental de la Brigada, en Mazatlán, durante la ausencia del Gral. Ramón F. Iturbe, quien asistía a la Convención.

Pero recapacitando sin duda; en que incurría en un acto de desobediencia, el jefe del 5o. Batallón volvió sobre sus pasos, entregó la

comandancia y continuó, no obstante el incidente ocurrido, a las órdenes del Gral. Iturbe.

Desde Culiacán, con fecha 26 de octubre (1914) don Felipe Riveros dirigió al jefe accidental de la Brigada, Gral. Cabanillas, un telegrama por medio del cual lo invitaba a que se acatasen únicamente las disposiciones de la Soberana Convención, instalada en Aguascalientes, aún cuando estuvieren en pugna con las dictadas por don Venustiano Carranza. Cabanillas contestó diciendo que, antes de recibir la invitación que ahora se le hacía estaba de acuerdo en respetar el fallo de la Convención; pero que por ningún concepto estaba conforme en que, de una manera prematura como lo pretendía el Gobernador, fueran acatadas disposiciones en pugna con las del Primer Jefe Encargado del Poder Ejecutivo, don Venustiano Carranza.

En iguales términos giró Riveros, sendos telegramas al Gral. Ángel Flores, a El Fuerte, y al Crl. Manuel Mezta, a Mocorito, quienes contestaron de inconformidad, manifestando terminantemente no poder desconocer a sus superiores, ni menos ser traidores, e igual respuesta mereció por parte del Gral. Juan Carrasco, que se hallaba acantonado en el sur del Estado, la invitación que también a él se le hizo.

A su regreso de Aguascalientes, Iturbe se encontró en Sinaloa con una situación muy tirante y como no deseaba que en modo alguno se llegara a un rompimiento en el terreno de las armas, pretendió que las dificultades se arreglaran mediante pláticas. A ese propósito se debió, que se efectuara en Culiacán, una reunión a la que concurrieron Riveros, Iturbe, Ceceña Torres, Real, cinco prefectos, los licenciados José G. Heredia y Enrique Pérez Arce, el Ing. Matías Ayala Quintero, Fidencio E. Smith y Alejandro Castro. En la junta se llegó a un acuerdo, el cual fue consignado en el acta relativa de fecha 15 de noviembre. El Gobernador, según el pacto, mientras se resolvía la situación del país se obligaba a suspender sus relaciones con don Venustiano Carranza, con don Eulalio Gutiérrez y con los gobernadores de los demás estados de la Federación, con lo que se neutralizaba o maniataba su actuación política y sus funciones quedaban circunscritas a las del orden puramente administrativo pues además se comprometía a no poner obs-

táculo alguno a las operaciones de carácter militar, de las que el Gral. Iturbe se constituía en responsable. Por su parte Iturbe, en su calidad de comandante de la 3a. División del Ejército del Noroeste, se comprometía a garantizar y apoyar al señor Riveros, en el libre ejercicio de sus funciones como gobernador.

Un día después de haberse firmado el convenio de Culiacán, desde El Fuerte, el Gral. Flores se dirigió telegráficamente a Mazatlán, al General Jefe de la 3a. División, protestando enérgicamente en su propio nombre, en el del Crl. Mezta y en el del Tte. Crl. Maximiano Gámez, por la continuación de Riveros en su puesto de gobernador, por su ingratitud e insubordinación al Primer Jefe y por la actitud hostil que tomó durante las conferencias de Aguascalientes, instigando a la rebelión a los batallones 5° y 7° de infantería.

A mayor énfasis y determinación, con fecha 17 del mismo noviembre recibió en El Fuerte el Gral. Flores un telegrama del Crl. Mezta, expresándole: Que estaba de acuerdo con el coronel Muñoz, para que él (Flores), siendo el superior, asumiera el mando de las fuerzas que se hallaban al norte de Culiacán, ya que no se hallaban dispuestos a prestar su apoyo al gobernador. Que se dirigiera a Iturbe, diciéndole que no estaban conformes con que Riveros continuara en el poder y que por lo mismo no lo apoyarían. Que mientras tanto, no acatarían órdenes de aquella Jefatura, porque desde aquel momento ya gestionaban el traslado del 2°., 3°., 4°. y 6° batallones, a otro estado. Y que sería motivo para que las hostilidades quedaran rotas, cualquier movimiento de fuerzas de Culiacán al norte.

Al día siguiente, en los términos sugeridos ya expuestos, con trascripción al Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y al Gral. Manuel M. Diéguez, desde El Fuerte el Gral. Ángel Flores telegrafió a Mazatlán al Gral. Juan Carrasco, a fin de que se lo participara al Gral. Iturbe y supiera éste que, desde aquel propio día a las 4 p.m., los cuatro batallones expresados se hallaban bajo las órdenes inmediatas del subscribiente Gral. Flores.

La deposición de Riveros implicaba el empleo de las armas y a la vez el desconocimiento, como autoridad militar, de la jefatura de la 3a.

División. Iturbe, apelando a medios prudentes y conciliatorios, como contestación al enérgico mensaje de Flores propuso que fuera celebrada en San Blas una conferencia. Aceptada la propuesta, concurrieron a la junta Iturbe, Flores y los demás jefes de batallón inconformes de que Riveros continuara en el poder. Las pláticas, efectuadas el 19 de noviembre, fueron secretas y no se divulgó lo que en ellas se había tratado; pero el resultado fue que de nuevo la autoridad militar de Iturbe quedara aceptada y reconocida y que, a partir de entonces, se violentara el desenlace de los acontecimientos.

Bien sea que Riveros hubiera tomado en cuenta los resultados de la conferencia de los militares en San Blas, o que ya con anticipación lo tuviera decidido, el 20 de noviembre salió de Culiacán en son de rebeldía, arrastrando en su aventura a las fuerzas del 7° Batallón de Sinaloa, a algunos empleados civiles y a un grupo de estudiantes del Colegio Rosales. Al tercer día se le dio alcance y fue batido por el Gral. Iturbe y al resultar completamente derrotado, abandonó armas, municiones y dinero, se dispersaron sus acompañantes y él, por Guadalupe de los Reyes, tomó el camino a Durango, Por su parte el presidente de la Convención Gral. Eulalio Gutiérrez, ratificó a Riveros el cargo de gobernador de Sinaloa, el 5 de diciembre de 1914.

Un elemento importante o de prestigio, el Gral. Macario Gaxiola, se hallaba ausente del Estado por haber asistido a la Convención de Aguascalientes y en el ínterin había quedado como jefe de su batallón, el 1° de Sinaloa, el Crl. Elías Mascareño Gaxiola había jurado sostener los acuerdos de la Convención y defender la soberanía del Estado, hallándose identificado, por su amistad, paisanaje y subordinación, al gobernador Riveros. Como este funcionario ya había salido del Estado, en son de rebeldía, Gaxiola, en compañía del Cap. 1° ayudante Manuel Limón, se pasó a las fuerzas sonorenses villistas.

Sucedió que los batallones 1° y 5°. de Sinaloa, acuartelados o de guarnición en Mazatlán, provocaron en aquel puerto un escándalo, con visos de insubordinación. Tanto por la necesidad de someter a esos cuerpos al orden, como porque también por antecedentes se temía que llegada la ocasión secundaran a Riveros, previendo las consecuencias, el

Gral. Iturbe por medios persuasivos logró embarcarlos en el Vapor "Mazatlán", con el pretexto de ir a someter a la guarnición de La Paz, B. C., que en esos días se había declarado en favor de Maytorena. No era infundado el recelo que se abrigaba acerca de la fidelidad de tales batallones, toda vez que el 1° era el cuerpo del Gral. Gaxiola y el 5o. el del Tte. Crl. Emiliano Ceceña Torres y además, el ¡efe accidental de ambos cuerpos era el Crl. Elías Mascareño, de filiación riverista, también como Gaxiola, por amistad y paisanaje. En alta mar el Crl. Mascareño recibió órdenes de arribar a Topolobampo, donde se puso en práctica el plan que se había fraguado para desarmarlo.

Como a las ocho de la noche, del día 21 de noviembre, un tren militar partió de San Blas conduciendo a Topolobampo los batallones 3o., 4o, y 6o. y dos secciones de ametralladoras, bajo el comando del Gral. Ángel Flores, quien tenía órdenes previas de desarmar a las tropas que de Mazatlán ya venían navegando. El 22 fondeó en Topolobampo, junto al muelle, el "Mazatlán", inmediatamente en persona el Gral. Flores ordenó al comandante de los consabidos batallones, Crl. Mascareño, que procedieran en el acto a embancar sus armas, depositar su parque y bajar a tierra.

Comprendiendo en e! acto de lo que se trataba, Mascareño y muchos otros de los expedicionarios intentaron rehusarse a cumplir la orden; pero al ver que los cerros fronteros al muelle estaban coronados de soldados y ametralladoras, tuvieron que ceder, con lo que el desarme se efectuó sin mayores dificultades. En el "Mazatlán" venía también el 1er. Regimiento de Artillería, único que por su actitud anterior no fue desarmado.

"The Mochis Booster", en su No. 9 de fecha 29 de noviembre de ese año de 1914, en algo se refería al acontecimiento, diciendo: El "Mazatlán" trajo a Topolobampo, el jueves en la mañana, mil 200 soldados constitucionalistas. De éstos 500 quedaron en Topolobampo y 700 se alojaron en Los Mochis. El jueves por la tarde las tropas de Los Mochis fueron pagadas y licenciadas, pero el sábado fueron reenlistadas por el Gral. Iturbe.

EXPEDICIONES A BAJA CALIFORNIA Y SONORA

Ocho días después de haber ocurrido en Topolobampo el desarme anteriormente descrito, se hacían preparativos para llevar a cabo la expedición militar a La Paz, B. C... Para esta expedición se alistaron el 3o., el 4o. y 6o., batallones y el 1er. Regimiento de Artillería. Las fuerzas expedicionarias habrían de embarcarse en Topolobampo, en el "Mazatlán"; solamente quedaría en San Blas, guarneciendo la plaza en previsión de un ataque de los maytorenistas del sur de Sonora, el Gral. Manuel Mezta, con su 2o. Batallón. Pero estando ya a punto de partir la expedición, el movimiento quedó suspendido de improviso y se modificaron los planes.

Cuando el gobernador Maytorena se pronunció contra la Primera Jefatura, el señor Carranza le dio instrucciones al Gral. Ramón R Iturbe, de destinar una fuerte columna de tropas de Sinaloa, a invadir Sonora, con el propósito de restar elementos de combate a dicho gobernador y de que distrajera hacia al sur algunas de las tropas con que tan rudamente se atacaba en el norte a los generales Hill y Calles. Con ese motivo se organizó la "Columna Expedicionaria de Sinaloa", que el Gral. Iturbe puso a las órdenes del Gral. Brigadier Ángel Flores. Cuanto aquí se hable de la mencionada Columna, tiene como fuente informativa el folleto "Sinaloenses en Compañía", que dejó escrito el Cap. Rodolfo G. Robles.

La columna expedicionaria se componía de los mismos cuerpos designados para la ida a La Paz, reforzados con el 2° Batallón, del Gral. Mezta. Embarcadas en dos trenes, dichas fuerzas partieron de San Blas para Navojoa; pero al siguiente día uno de ellos se descarriló en Estación Francisco. A ocho kilómetros de distancia de aquel sitio, en Estación Don, se hallaban las avanzadas del enemigo, las que por orden del general en jefe fueron batidas por el Gral. Mezta, con los batallones 2o. y 4o., obligándolas a retirarse después de un ligero tiroteo.

Se requirió el día entero para volver a los carriles la máquina y por la noche se prosiguió la marcha, con exploraciones montadas por los flancos y el centro. Pero un percance vino a detener la marcha, en virtud de que la locomotora y un carro tanque del agua se precipitaron

al fondo al pasar por un puente en mal estado Por la distancia a que se hallaba Navojoa y por la escasez de agua no era posible continuar avanzando y en vista de las circunstancias, el Gral. Iturbe fue hasta donde se hallaba el convoy y en una conferencia con los jefes de la Columna se acordó el regreso de la misma y llevar en seguida a cabo la proyectada expedición a La Paz.

Llevando una columna de mil hombres se embarcó en Topolobampo el Gral. Iturbe para La Paz. El puerto bajacaliforniano se hallaba defendido por 300 maytorenistas que, al ser derrotados el 8 de diciembre por los expedicionarios, huyeron dejando en el campo de combate 23 prisioneros y 8 muertos. Al cabo de algunos días regresó la columna a Topolobampo y en La Paz quedó, guarneciendo la plaza y vigilando el cumplimiento de algunas disposiciones, el Gral. Mezta con el 4° Batallón de Sinaloa. Cumplida su misión, el Gral. Mezta retornó a San Blas, para tomar parte en la campaña de Sonora.

Persistiendo en el plan anterior ordenado por la superioridad, de internarse a Sonora para hacer frente a los maytorenistas con los propósitos anteriormente expresados y para impedir el avance del enemigo hacia el sur, al regresar las tropas que fueron a La Paz volvió a organizarse la "Columna Expedicionaria de Sinaloa". La jefatura quedó nuevamente a cargo del Gral. Ángel Flores, y el 1° de enero de 1915 empezó el avance en dirección a Navojoa.

El avance fue lento a causa de que se iba reparando la vía destruida y los puentes quemados. Se requirieron 15 días para llegar a Estación Luis, lugar donde se estacionó el convoy, en tanto que el Crl. Manuel Mezta prosiguió avanzando a pie, para expeditar el paso por los puentes, más no sin dejar de tener escaramuzas con el enemigo. El día 15, las fuerzas expedicionarias sostuvieron en Estación Luis una sangrienta batalla, derrotando a las fuerzas desleales del maytorenismo. Después de haber tomado un descanso de seis días en el vecino poblado de Masiaca, tiempo aprovechado en curar los heridos, expeditar la vía y hacer aprovisionamientos, de Estación Luis avanzó el convoy hasta Bacabachi; y desde allí, el día 22, el Gral. Flores destacó sobre Navojoa al Tte. Crl. Roberto Cruz, con el regimiento de su mando. Tras de un breve pero sangriento

tiroteo que sostuvo con la guarnición maytorenista, el Tte. Crl. Cruz se apoderó de la plaza el 23, a la que al día siguiente llegó el general en jefe de la Columna, con la infantería y la artillería.

Durante más de dos meses el Gral. Flores hizo frente al enemigo, en Navojoa, sitiado allí por los maytorenistas, resistió durante los días 3 y 4 de abril (1915) la furiosa embestida de 3 mil hombres al mando de los generales Ramón V. Sosa, Macario Gaxiola, Jesús Trujillo, Francisco Urbalejo, Juan Antonio García, Felipe Riveros, Juan Cabral y Bocanegra, que pretendían capturar la plaza. Pero después de una brillante defensa y repetidos contra-ataques, Flores logró obtener un triunfo rotundo y dominar todo el sector del río Mayo.

Derrotado Villa en el interior de la República, al ordenarse la ofensiva para barrer de villistas o maytorenistas al estado de Sonora, las tropas de la "Columna Expedicionaria de Sinaloa" avanzaron desde Navojoa hasta Empalme. A partir de Empalme, de donde prosiguió la campaña hacia el norte de aquel estado —batallas de Alamito, Hermosillo y San Joaquín—, el Gral. Flores comandó las infanterías del Cuerpo de Ejército del Noroeste, que a las órdenes del Gral. Manuel M. Diéguez había desembarcado en Guaymas, con poderosos contingentes militares.

Entre los jefes que más se distinguieron en aquella campaña figuran, según el decir del Gral. Obregón, el Gral. Manuel Mezta, los coroneles Roberto Cruz, Manuel A. Salazar, Herculano de la Rocha y Arnulfo Gómez, y los tenientes coroneles Anatolio B. Ortega, Guillermo Nelson, José Aguilar, José I. Galaz, Pablo E. Macías Valenzuela, Leónides García, Mateo de la Rocha y Benjamín Chaparro.

En la "Hoja de Servicios" del Gral. Ramón F. Iturbe, editada en un folleto, aparece que, consumada la derrota de las fuerzas del Gral. Rafael Buelna en Villa Unión y La Muralla, durante la primera decena de abril (1915), controlada la entidad por las fuerzas leales al carrancismo, Iturbe se dirigió hacia el norte a preparar la ofensiva contra Maytorena (Nota: Para esa fecha la ofensiva ya estaba en marcha y, desde el 24 de enero, la "Columna Expedicionaria de Sinaloa" ocupaba la plaza de Navojoa), Como preliminar, Iturbe dedicóse a la campaña de los mayos que, en número de 2 mil, no dejaban de destruir vías, teniéndose algunos com-

bates de importancia, Jaguara, Camayeca, La Constancia, Mochicahui, en los que siempre salieron mal librados los indios.

Por razón de orden cronológico diré, entre paréntesis, que parece ser que llegó a registrarse la incursión de una partida villista, por el rumbo de El Fuerte. Pues en conversación con el Crl. Manuel Riveros, vecino de Mocorito y pariente cercano de don Felipe Riveros, me informó que él entró a El Fuerte y que de ahí se fue a La Misión, punto que se encuentra por la margen derecha del río, a la altura de Sivirijoa. Y que con 80 hombres sostuvo, el día 4 de mayo de 1915, un combate en Los Norotes, con fuerzas del Crl. Carreño, cuyo cuartel se hallaba en El Joyanco; pero que hubo de retirarse (dejando en el campo 3 muertos y ocasionando 8 bajas a los carrancistas) en vista de que el Gral. Mateo Muñoz reforzó a I enemigo.

Se expresa en el folleto citado con anterioridad que, cuando se daba fin a esta campaña (la de los indios), recibió Iturbe noticias de que el general maytorenista Juan Antonio García entraba en territorio de Sinaloa. A fin de batirlo, Iturbe salió de San Blas rumbo a El Fuerte, con una columna de 300 hombres, y al mismo tiempo mandó otra de 200 hombres al mando del Crl. Marcelino M. Carreño rumbo al mismo Fuerte, por el lado de Choix. El 4 de junio de 1915 combatió en el Llano de los Soto contra el enemigo, comandado por García y Barrios, al que hizo huir después de una hora de lucha y ocupando El Fuerte ese mismo día. El Crl. Carreño combatió en Choix el día 5 del mismo mes contra el villista Macario Riveros, a quien quitó bastantes pertrechos (Nota: 40 rifles).

Ya en posesión de El Fuerte, Iturbe envió en persecución de Juan Antonio García, que llevaba el rumbo de San Blas, al Tte. Crl. Pedro J. Almada con su escolta y al Tte. Crl. Eduardo Fernández con una fracción de caballería. El día 7 fue alcanzado García en Tehueco, donde con 400 hombres (Nota: 115 nada más, lo afirma el Crl. Manuel Riveros), siendo desalojado después de combatir todo ese día, dejando bastantes muertos.

Así pues, según Iturbe, el triunfo estuvo de parte de sus fuerzas, lo cual en cierto modo es verdad. Pero según otros informantes, la victoria

en sí no fue para ninguno de los contendientes dado que, simultáneamente pero sin advertirlo, ambas partes se retiraron del campo sin que el trance de armas se hubiera definido categóricamente. Se dice que el Crl. Fernández con admirable valor sucumbió en la acción, destrozado desde una distancia de 5 metros por una ametralladora enemiga que se había descompuesto y que él trataba de lazarla; entre tanto, el arma mortífera funcionó privándole de la vida. El general maytorenista García se retiró hacia la otra banda del río. Se refiere que las norias de la labor de Mr. Phillips, en Santa Lucía, fueron llenadas con los cadáveres, en su mayoría de soldados carrancistas.

A mediados de mayo los generales Macario Gaxiola y Felipe Riveros, separándose de la unidad maytorenista de Sonora, y después de permanecer unos días en Alamos, se dirigieron a este su estado natal, Sinaloa, con el fin de incrustar en él la lucha villista. El 20 de junio entraron al Estado y sin combatir, ocuparon la ciudad de El Fuerte. A continuación el Gral. Gaxiola, verdaderamente el brazo militar de Riveros, pasó a ocupar la villa de Sinaloa, con 600 hombres. A combatirlo fue enviado con 650 soldados el Gral. Mateo Muñoz, quien al encontrarse con Gaxiola en El Tule peleó en aquel lugar durante los días 6 y 7 de julio, haciendo que el jefe villista se replegara, después de causarle muchas bajas. Y finalmente, el 27 de ese mismo mes, la columna de Gaxiola quedó aniquilada en el combate que en Bacamari libró con las fuerzas de Iturbe.

Mientras el Gral. Gaxiola tomaba el rumbo de la villa de Sinaloa, por instrucciones de Villa, las fuerzas de los coroneles Manuel Riveros y Carlos Real de El Fuerte se dirigieron a Choix, en vista de que ya desde Chihuahua se mandaban refuerzos. Al tener noticias de que a San Blas había llegado con fuerzas el Gral. Luis Herrera, el Crl. Manuel Riveros de Choix se fue a Tasajera, donde con su fracción de 30 o 40 hombres fue atacado por 600 hombres de Herrera, el 9 de julio de 1915. El combate duró una hora y Riveros de ahí se fue a Lluvia de Oro y luego a Chihuahua.

LA REBELIÓN INDÍGENA

Se presentan ahora, en turno de referir, los acontecimientos registrados de abril a noviembre de 1915; época en la que como en los

viejos tiempos del Imperio, se padeció en la mayor parte de la región el azote de los indios alzados. Si bien la actual rebelión de los mayos del distrito del Fuerte, en su génesis y en la primera etapa del movimiento, directa y exclusivamente estuvo involucrada con la causa del villismo operante en Sonora, a la postre y al amparo de las circunstancias reinantes su incidencia y motivación tomaron un cariz en realidad muy diferente, con enfocamiento definidamente local o comarcano y objetivos raciales, alentados los indios por sus resentimientos y por su odio inveterado o ancestral hacia el "yori", su dominador. Así pues, ya sea por inspiración espontánea o por iniciativa y apoyo del mando villista en Sonora, encaminados en un plan que para ellos equivalía a paladear el manjar de la venganza y de la reivindicación, en cuerpo y alma los indios se entregaron a una lucha desenfrenada contra los "yoris", en condiciones desventajosas para éstos, porque la situación imperante no les permitió contar con la ayuda decidida de las fuerzas carrancistas y ni siquiera organizarse y entrar en acción para defender por sí mismos sus vidas e intereses.

La trascendencia de los sucesos ocurridos en esta nueva y última fase de tan infernal rebelión, fundamentalmente debe ser considerada como regional. Circunscribieron los indios sus hostilidades y tropelías, a la zona de los pueblos ribereños (e inclusive Los Mochis) situados entre San Blas y el mar, en los que los blancos o "yoris" vivían y tenían sus intereses. Sin embargo, los cuarteles indígenas se extendían por la otra banda del río, desde El Guayabo hasta Tesila, con localización en estos dos puntos y en los intermedios de Camayeca y Jaguara (o Jahuara), Aún cuando transitoriamente, por parejo se desquició la normalidad en todos los poblados ribereños ubicados de San Blas hacia la costa; quedaron éstos asolados y se enseñoreó de toda la comarca la zozobra, la ruina, el dolor y el luto; en ese entonces de amargo recuerdo, se vivieron momentos, horas, días, meses de insufrible angustia, bajo un clima o ambiente de peligro y terror engendrado y mantenido por el desenfreno de la horda capitaneada por el célebre "yoreme" (indígena) Felipe Bachomo.

Este personaje, "yoreme" o de raza indígena, nació en la congregación que lleva el nombre de La Palma, ubicada frente al pueblo de

Charay, río de por medio. Sus progenitores, asimismo "yoremes", fueron Nicolás Bachomo y su mujer Isabel Aquí. Se le conocía a Felipe con el apodo de "El Misi", expresión que en la lengua de los mayos, su raza, significa "El Gato"', y que, en su forma plural, "Los Misi", colectivamente se aplicaba a toda esa familia.

Felipe Bachomo, fue uno de tantos ignorados y oscuros infidentes del 3er. Batallón, cuyos componentes indígenas, como se recordará, el día 22 de octubre de 1914 defeccionaron en masa, en San Blas, para ir a sumarse a las filas maytorenistas que por completo casi dominaban al estado de Sonora. En la primera quincena de abril de 1915 Bachomo regresó de dicho Estado, convertido en caudillo de la indiada del río del Fuerte, y estableció su cuartel general de operaciones en la ranchería denominada Jaguara, que se encuentra situada en la margen derecha del río, un poco aguas abajo de la congregación "de La Palma. Desde entonces se inició y desató en toda forma la agresión indígena en contra de los blancos o "gente de razón" de esta comarca, pero especialmente contra los llamados "caciques" o personas de mayor significación, cuyo exterminio tenía dispuesto y tal vez planeado Bachomo. Se trataba de una causa que ofrecía no solamente las características de una lucha racial, sino además el aspecto de una lucha redentora o de reivindicación, al sentirse el indio dominado, escarnecido y postergado por el hombre blanco desde los tiempos de la Colonia.

Este movimiento, como perturbación, no tuvo en un principio la gravedad que por los desmanes cometidos por los indios llegó a tener en el transcurso de unos cuantos meses, sin que en tanto las fuerzas carrancistas destacamentadas en San Blas pudieran, enfrentarse a la situación. Como tenían esas fuerzas un adversario más temible al frente, el enemigo villista, más bien se hallaban atentas a la suerte y necesidades de la Columna Expedicionaria de Sinaloa que al mando del valiente y hábil Gral. Ángel Flores, se había internado a Sonora posesionándose de Navojoa. En tales condiciones la rebelión indígena, con todo y sus nexos con el villismo en Sonora, relativamente constituía para el mando carrancista en Sinaloa un problema, secundario o, un problema principalmente de trascendencia local.

En el comienzo sólo en forma ocasional partiditas de indios armados, procedentes de la margen derecha del río, incursionaban cautelosamente hasta la vía del Ferrocarril Kansas City, puntos de Camajoa, El Pochotal, Charay y El Ranchito. Su primera víctima, "yori" naturalmente, fue el herrero Alejandro Flores, a quien se llevaron de Charay para La Palma; lugar este último donde lo dieron libre de falso, porque al empezar a caminar lo flecharon por la espalda, dándole muerte. Seguidamente, el 14 de julio de 1915, otra partida incursionista que con ahínco buscaba a don Filiberto R. Quintero, mi padre, en el rancho de Cabaicoyay próximo a Charay, cuando pernoctaban en los corrales cogieron a don Francisco G. Gámez, también vecino de Charay, a quien dieron muerte vilmente en el rancho de La Virgen, ahorcándolo y haciéndolo sufrir. El 5 de septiembre de ese mismo año en El Ranchito, punto inmediato a Charay, capturaron a José Tays y a sus acompañantes José Ma. Moreno, dos árabes varilleros, un indio y el cochero Emigdio, cuando el grupo a bordo de un carrito de mulas se dirigía de San Blas a Los Mochis, a lo largo de la vía del Kansas. Ya en manos de los indios, éstos los desnudaron y los hicieron caminar a pie descalzos con rumbo a La Palma; pero antes de pasar el río los fusilaron, logrando salvarse únicamente el indito, quien se dio a la fuga sin que lo alcanzaran las balas que le dispararon, por él se supo en San Blas la noticia de lo ocurrido. José era hijo del Ing. Eugenio A. H. Tays, residente en San Blas, y José Ma. Moreno era un empleado de la Sinaloa Sugar Company, de Los Mochis.

Tiempo atrás, el 19 de abril de 1915, los alzados intentaron apoderarse de un tren de pasajeros que con esa misma fecha había partido de San Blas para Navojoa. Contábanse entre los pasajeros, el Crl. Manuel A. Salazar (comandante accidental del 6o. Batallón de Sinaloa, del Gral. Ángel Flores), algunas personas conocidas y varios mercaderes de los que en las circunstancias anormales que reinaban en la época, con motivo de la Revolución, acostumbraban traficar con sus "fayucas" o reducidos lotes de mercancías y por lo cual a esos traficantes se les llamaba "fayuqueros".

Un montón de piedras colocado ex profeso sobre la vía, un poco más allá de Fenochio, estaba destinado a ocasionar el descarrilamiento

del tren, para detener su marcha Pero al advertir oportunamente el peligro, el maquinista frenó a la vez que rápidamente imprimió contravapor a la locomotora. El conductor ordenó entonces detener la contramarcha; y no bien esto sucedía cuando, desde lo alto de un cerrito distante unos 200 metros a la izquierda de la vía, en forma precipitada, dando saltos y gritos a su manera propia, en número de consideración bajaban los indios en armas, pretendiendo apoderarse del convoy.

Violentamente libró entonces órdenes el conductor para que la contramarcha se reanudara hacia San Blas, mientras que, bajo la voz y la dirección del Crl. Salazar, los pasajeros se aprestaron a la defensa, tomando posiciones unos en las ventanillas de los carros, otros en las plataformas echados de barriga y el agente del express en su propio coche. En esta forma pudo el pasaje, hacer frente al nutrido tiroteo de los atacantes, hasta que el tren en marcha se puso fuera de peligro. Durante el comprometido trance, poseídas de indescriptible pánico las mujeres que iban formando parte del pasaje lanzaban gritos desaforados, sin que en su desesperación dejaran de implorar con vehemencia el favor y amparo del Señor Jesucristo y de la Santísima Virgen,

Al arribar de regreso este tren a San Blas y al enterarse los vecinos de lo ocurrido, experimentaron gran alarma dado que la guarnición de la plaza, ese día, había salido a expedicionar con rumbo a Charay. Más, en previsión de que avanzaran sobre San Blas los indios asaltantes del tren, cuyo número se estimaba en 200, con unos cuantos soldados y voluntarios el resto organizó el Crl. Salazar una partida de 25 hombres. Con esta pequeña fuerza, en un tren partió de San Blas dicho jefe, con el fin de enfrentarse al enemigo y contenerlo. Adelante y a corta distancia de Fenochio, el Coronel tomó contacto con sus adversarios los indios, los acometió y tras de intenso y sostenido tiroteo, temeroso de que se le cortara la retirada, tocó a reunión y emprendió el retorno a San Blas. La refriega fue dura y en ella murieron dos soldados carrancistas que bravamente pelearon al lado del mayor Joaquín Galindo, quien en la acción fue el que más se distinguió, por su arrojo; además resultaron heridos dos oficiales y un soldado, desconociéndose por otra parte las bajas que tuvieron los indios.

Poco después, hallándose el Tte. Crl. Anatolio B. Ortega de destacamento en San Blas, dispuso que en Mochicahui se organizara y armara un grupo de civiles para que, trasladándose a la otra banda del río, procediera a recoger las armas que los indios tenían en sus casas, como eran carabinas, rifles de los llamados cincuentones" por su calibre, rifles 30-30 y uno que otro máuser de caballería. Once individuos integraron la comisión, a cuyo frente quedó el señor Marcelino Montiel y, como segundo, Domingo Urías; debiéndose hacer mención como integrante del grupo, de Felipe Luna, de comprobada fama como valiente.

En cumplimiento de su cometido, el grupo expedicionario cruzó el río y en unión de otra partida de civiles armados procedente de San Miguel Zapotitlan y comandados por Ursula Bernal y Manuel Galaviz, en El Ranchito, frente a Los Tastes, tuvieron un recio encuentro con los indios al mando de Guillermo Tablaguoqui y Severo Meza. Después de haber combatido por espacio de cinco horas, los "yoris" optaron por batirse en retirada resultándoles solamente un hombre herido, en tanto que el enemigo tuvo algunos muertos.

Al tiempo en que los combatientes de Mochicahui y San Miguel se batían en retirada, recibieron un refuerzo de gente de Mochicahui encabezada por los señores José Ma. Cazares y Atilano Montoya, y de 25 soldados carrancistas que desde San Blas envió el Tte. Crl. Anatolio B Ortega, al mando del capitán José Ma. García. El combate se reanudó a corta distancia río abajo de El Ranchito, peleándose hasta el oscurecer, hora en que en forma definitiva los soldados y los civiles emprendieron la retirada. En una emboscada de los indios el capitán García perdió la vida y en combate perecieron el asistente del Capitán, un soldado y tres de los civiles; asegurándose que los indios experimentaron muchas bajas, en número que se ignora.

LOS PUEBLOS A MERCED DE LOS ALZADOS

Procedentes de Sonora llegaron algunos grupos maytorenistas, de mayos revueltos con yaquis, a alborotar a los indios de la región, cosa que llevaron a cabo con todo buen éxito. Los forasteros portaban sombreros téjanos, con un listón rojo como distintivo; en tanto que los nativos de

esta región, secuaces de Bachomo, en su sombrero de palma llevaban, también como distintivo, un listón verde.

Hallándose ya en armas todos los indios y en completo dominio de la margen derecha del río, desde El Guayabo hasta Tesila, o como quien dijera, una vez amos y señores, de sus propios lares, Su atrevimiento fue tomando día tras día mayor ímpetu latrofaccioso e incursionista. Sobrados de dominio o mejor dicho, envalentonados muy en breve llegaron también a enseñorearse de la situación en todos los pueblos ubicados, de San Blas hacia abajo, por la banda izquierda del río, los cuales quedaron a merced de la hueste insurrecta y facinerosa de Felipe Bachomo.

De dichos poblados la primera víctima de las incursiones de los indios fue Ahome. En número no precisado, pero que se estima en 400o 500 a lo sumo, como a las 5 de la tarde del 26 de abril de 1915, día lunes, hicieron los alzados por vez primera su entrada a la villa de Ahome, capitaneados por Ramón Flores, lugarteniente de Felipe Bachomo. Al grito de "Viva Maritorena" (su manera de pronunciar Maytorena) penetraron a la población por el lado de La Florida, después de pasar por San Vicente y vadear el río en ese punto, viniendo desde su cuartel en El Guayabo.

Según se cuenta, los asaltantes iban mal armados, al grado de que muchos de ellos portaban tan sólo arcos y flechas, en cambio, lo que tanto ahí como en los demás lugares llegó a crispar los nervios y a sembrar el pánico entre los "yoris", fueron los sones y redobles de sus famosos tambores de guerra. Durante la irrupción se cruzaron algunos tiros entre los indios y la guerrilla local. Esta guerrilla era la del finado don Casimiro G. Luque, de la que era jefe el director político de Ahome, señor Antonio R. Castro, quien el día de los acontecimientos de que se habla se encontraba en San Blas, consiguiendo parque; pero en ausencia del jefe, dicha fuerza había quedado a cargo de los señores Miguel Valenzuela y Guadalupe Robles. Dadas las circunstancias era evidente que cualquier intento de defensa tendría que ser inútil, por lo que los de la guerrilla se vieron precisados a huir, mas no sin que en la escaramuza o en forma in-

cidental hubieran matado uno que otro indio, entre ellos a uno de nombre Catarino Valenzuela.

En su corta permanencia de sólo la tarde de aquel día, en Ahome, los indios saquearon e incendiaron por último, el comercio de don Leoncio Ruiz y el del chino Pedro Ley y en general en la población hicieron saqueo de cuanto pudieron, acompañándolos en este trabajo algunos vecinos del lugar. Pero lo más lamentable de los hechos es que asesinaron a un señor Otáñez o Montano, dependiente o empleado de don Leoncio Ruiz, a don Juan Garibaldi, al profesor de escuela don Lorenzo Ordóñez y tal vez a dos o tres personas más.

Ramón Flores y un tal cuatito García tenían bajo su mando el cuartel indígena de El Guayabo. El de Camayeca tenía como jefe a Jesús Ruiz y también a don José Ma. Robles. Mientras que en el cuartel general de Jaguara se hallaba Felipe Bachomo, el ¡efe supremo de la indiada. Era este jefe un perfecto analfabeto y como no sabía ni siquiera escribir su nombre, en los pasaportes o salvoconductos que otorgaba, a menudo en un papel cualquiera como por ejemplo el de una simple cajetilla de cigarros, dibujaba como contraseña una cachora o lagartija.

Algunos mestizos o "yoris" hacían causa común con los indios, como el mencionado Jesús Ruiz, quien tenía gran dominio sobre Bachomo; como don José Ma. Robles, persona bien conocida a quien acompañaba su hijo Lorenzo; como asimismo el secretario del propio Bachomo, un muchacho que fue corneta del cañonero "Tampico", del cual era desertor, unos muchachos de Tehueco, Guillermo y Jesús Vega y otro de Mochicahui, Leonardo Zavala Jr., quienes viniendo de Sonora en compañía de un jefe indígena de apellido Acuña, arribaron a Higuera de Zaragoza.

Después de los sucesos de Ahome, los indios comarcanos a Mochicahui, viniendo de la otra banda del río, entraron a este poblado y lo hicieron víctima del pillaje. No sé, que hubieran matado a alguien, pero sí que castraron a un individuo de nombre Pablo Valdez. Ya en esta ocasión, Mochicahui por decirlo así se encontraba abandonado o despoblado, pues en su gran mayoría las familias del lugar habían emigrado, tal como lo hicieron también en su oportunidad las de los demás poblados,

como Charay, La Constancia, San Miguel Zapotitlán, Ahome y otros vecindarios, a donde con frecuencia y cada vez que así lo querían, entraban los indios en su mismo plan de pillaje.

En su éxodo las gentes que vivían en esos pueblos flagelados por los indios, en busca de refugio se dirigían a San Blas, a Los Mochis y también a Guasave y a otros lugares del río de Sinaloa y del arroyo de Ocoroni. Posteriormente, cuando la situación se hizo extremadamente crítica, no ofreciendo ni siquiera la población de Los Mochis (excepto San Blas, plaza militar del carrancismo) el más leve respeto, la más mínima seguridad para la vida, buen número de familias se trasladaron a Mazatlán y no regresaron sino hasta cuando por fin los indios fueron sometidos y se restableció el orden y la tranquilidad. Si bien las mas tuvieron medios de salir de sus pueblos, personas hubo que, en cambio, sortearon la situación amparándose en el monté, donde generalmente pernoctaban; en esa forma evadían el peligro y no se retiraban demasiado lejos de sus casas, en su empeño de proteger de algún modo sus modestas pertenencias.

En sus continuas incursiones a los vecindarios y campos agrícolas de los "yoris", invariablemente se apropiaban de cuanto estaba a su alcance. En el cuantioso botín figuraban diversos semovientes, vehículos de trasporte, implementos agrícolas y herramientas, enseres y aperos, provisiones de boca y mercancías de otra índole y muebles hogareños, como máquinas de coser que llegaron a reunir en cantidad notable, hurtados de las casas de los vecinos. Aún cuando ciertas cosas, por ejemplo comestibles y prendas de ropa, se las apropiaban en lo personal, los bienes hurtados por lo general eran conducidos a los cuarteles, donde eran en buena parte escondidos en las cuevas de los cerros próximos.

Semejantes desmanes ocasionaron en toda la zona afectada por las incursiones de los indios, no sólo el colapso económico, sino que también el del despoblamiento. Las actividades agrícolas, fuente principalísima en la economía de todos estos pueblos, quedaron paralizadas; reinaba la soledad y la inseguridad en los campos de trabajo; no se promovieron nuevas siembras y de aquellas que se hallaban en pie y dentro de su ciclo, bien pocas pudieron ser aprovechadas por sus dueños, con

la sola excepción de las de garbanzo, gracias a que la compañía azucarera propietaria del ingenio de Los Mochis se encargó de cosecharlas. Sucedió que en ese año la Compañía emprendió el negocio de compra y exportación de garbanzo en grande escala y como los norteamericanos por ese tiempo todavía gozaban, por consigna villista, de consideraciones o de garantías en sus personas e intereses por parte de los indios, no los molestaban éstos en lo más mínimo y la Compañía se valió de tan favorable situación para levantar, mover y prácticamente monopolizar la cosecha de garbanzo en la zona del río. A este respecto tengo bien presente que mi padre, quien por el imperio de las circunstancias tuvo que ausentarse de Charay, con la familia, dejando abandonados sus intereses, pudo en ese año de 1915 disfrutar de su siembra de garbanzo, precisamente porque la Sinaloa Sugar Company efectuó la pizca valiéndose de su encargado don Cristóbal Cota.

Cuando ya los indios habían entrado a Ahome y se vio con amargura y contrariedad a que grado había llegado la situación, sin que por otra parte las fuerzas carrancistas destacamentadas en Estación San Blas hicieran la menor cosa para reprimir la rebelión, un grupo de los principales vecinos de los angustiados pueblos ribereños estuvo en San Blas a conferenciar con el Gral. Ramón F. Iturbe, jefe de las Operaciones Militares en el Estado, con el propósito de conseguir un permiso para organizar, equipar y sostener una guerrilla o milicia que se enfrentara a los indios. Más dicho jefe, arguyendo que el Gobierno era capaz de dominar la situación, no consideró necesario que los particulares expusieron sus vidas, aparte de que tampoco quizá creyó conveniente la integración de esa fuerza; en atención a lo cual negó la autorización que se le pedía y consecuentemente la región tuvo que soportar, más de lo debido, las atrocidades de la gente de Bachomo.

En aquellas fechas Los Mochis era una población que, en su importancia política (se le tenía generalmente en la categoría de hacienda), económica y demográfica, no se compara a lo que ha llegado a ser hoy en día. Sin embargo, como centro de población y de trabajo, ya entonces gozaba de preeminencia en toda la zona abajeña del Distrito. Su caserío era pobre, constituido en gran parte por “chinames”, tugu-

rios por lo cual, el poblado ofrecía un aspecto deprimente. El área de este era entonces tan pequeña, que apenas se hallaba enmarcada entre las avenidas que ostentan ahora los nombres de Benjamín F. Johnston y Rosendo G. Castro, y entre el canal 5 y acaso la calle Ignacio Zaragoza, la cual apenas empezaba a poblarse de uno que otro “chíname” o casucha por demás rústica y nada acogedora. A este reducido cuadro se agregaban el barrio de la Sinaloa, así llamado por su vecindad y dependencia de la Sinaloa Sugar Co., y la zona en que se levanta el ingenio azucarero y se extiende al lado del mismo el “Compound”, zona privada esta última destinada a las oficinas de la Compañía, al hotel (ya desaparecido), al hospital y a las casas para los funcionarios y ciertos empleados de la empresa azucarera. Originalmente, o sea conforme a la nomenclatura antigua de la población, la avenida Gabriel Leyva se llamaba calle Primera y en aquella nomenclatura era la calle eje; a lo largo de ella corría el canal 6, foco de inmundicias, y vergüenzas, sobre el cual había puentes en las avenidas Coahuila (o sea la Johnston), Chihuahua (la Hidalgo), Sonora (la Obregón) y Ferrocarril (la Rosendo G. Castro), en su respectivo entronque con la calle Principal.

Ahora bien, el hecho de que se hubieran atrevido los indios a entrar a Los Mochis por primera vez, el 17 de junio (1915), no era meramente un síntoma, sino la confirmación rotunda de la gravedad o de la magnitud del padecimiento. En el caso y no obstante ser por entonces la villa de Ahome el asiento de la directoría política, la incursión de los indios a Los Mochis fue de mayor trascendencia y de mayor resonancia también, que la incursión a dicha villa a fines de abril, por la culminación que iba logrando el poderío de Bachomo.

En Los Mochis no había guarnición militar, más de todas maneras era asunto de mucha audacia, para los indios, aventurarse en una irrupción a este poblado tan importante y tan alejado del río; y en ello estribó seguramente su decisión. Al amanecer del día 17 de junio la caballería de Bachomo cruzó el río en Los Tastes y se dirigió a Los Mochis, haciendo su recorrido por el bordo izquierdo del canal de irrigación. La noticia fue comunicada a Los Mochis, telefónicamente, desde la planta de bombas en Tastes; ni la policía ni lo particulares hicieron

preparativo alguno para oponer resistencia, lo cual ciertamente hubiera sido inútil y hasta contraproducente, pero ni siquiera tampoco se corrió la voz de alarma para que, aquellos vecinos que lo hubieren podido hacer o lo desearen se hubieran evitado el riesgo que implicaba el trance de la incursión.

Cuando casualmente pasaba por la oficina telefónica, se me informó de la novedad y decidí en el acto encaminar mis pasos al hotel de la Sinaloa Sugar Co., cuyo edificio estaba tras de una acequia o regadero, frente a la vía del Kansas City y antecediendo a la oficina general de la compañía azucarera. Desde el corredor de la planta alta del hotel, varias personas pudimos presenciar una parte de los sucesos que ocurrieron. En esta ocasión Mr. Mead A. Lewis, vicepresidente de la Compañía y agente consular de los EE. UU., me invitó a pasar la noche en su casa. Se hallaba ésta en el interior del "Compound", casi junto a la oficina general. Como propiedad que era de una compañía norteamericana, los indios respetaban esa jurisdicción; de suerte que yo me encontraba en un lugar seguro, a salvo de todo peligro en aquella ocasión.

Viniendo como ya se dijo, de Los Tastes, para antes del medio día los indios hacían su entrada a la población del ingenio, por el camino de Ahome. Inmediatamente después de cruzar el puente sobre el canal 5, la caballería se dividió en dos alas. Una de ellas tomando posiciones continuó de frente, a lo largo de la avenida Johnston, que constituía por ese rumbo el límite hasta donde se extendía la población; llegó al puente que hacía en el canal 6 y de ahí, formando cerco dobló y se extendió a lo largo de dicho canal, que corría por la calle Gabriel Leyva. La otra ala, a la cabeza de la cual iba el jefe máximo, Bachomo, al galope en su caballo y carabina en mano, y tras él un corneta, a partir del puente sobre el canal 5 cruzó por el llano que había entre dicho canal y la calle Vicente Guerrero, o sea por donde se encuentra ubicada la plaza 27 de Septiembre, hasta llegar a la avenida Rosendo G. Castro; continuó por esta avenida, llegó al puente respectivo en el canal 6 y allí dobló sobre la izquierda, por la Gabriel Leyva, hasta ponerse en contacto con la otra ala o columna, cerrándose de esta manera el circuito o el cerco que pusieron a la población .

Los irruptores iban bien armados y pertrechados. En esta ocasión privaron de la vida a cuatro personas indefensas e inofensivas, que fueron el joven Carlos Borboa, don Mariano Bermúdez, un dulcero llamado Everardo, de familia de cómicos, y un súbdito inglés. No podía faltar el saqueo al comercio, resultando afectada en este sentido la tienda de don Ernesto Borboa, cuyas puertas fracturaron con tal objeto, asimismo la tiendita de los muchachos Bermúdez, Felipe y Gustavo; posiblemente cometieron otros hurtos, no lo puedo afirmar. En cambio respetaron la llamada "comisaría", establecimiento comercial de la Sinaloa Sugar Co. y el más importante de la localidad, ubicado en una casa que ocupaba la esquina en que se halla el edificio del Centro Social de Mochis.

Después de estas faenas, temprano por la tarde los indios se retiraron muy campantes con destino a Jaguara, cuartel de su procedencia.

Transcurría aún el mes de junio cuando por segunda vez entraron los indios al pueblo de Ahome. En esta entrada fue cuando mataron, en las goteras del poblado, a Jesús Castro y a su yerno Leopoldo Vega; a Modesto Mendoza, en un lugar llamado La Chuparrosa; como a un kilómetro hacia el sur, a Martiniano Ochoa, y en un lugar cercano a El Recodo, colgaron de un mezquite a Serapio Valdés(a) "El Güilo Rata".

Por allá en San Miguel Zapotitlán los peligros también eran grandes; pues por mayo o por junio, por ejemplo, dieron muerte los indios a Jesús Heredia, en una labor de garbanzo cercana a dicho pueblo.

En Higuera de Zaragoza hubo siempre un destacamento cuyo jefe era el teniente José Velasco. Este oficial mandó fusilar a un muchacho de Mayocoba, apellidado Armenta, en un lugar llamado La Cuichi; pues este sujeto trató de abusar de unas familias en Cumichi, y éstas presentaron su queja y pidieron garantías a Velasco.

También entraron los indios a Higuera de Zaragoza, ahí en persona, Felipe Bachomo mandó fusilar a un soldado disperso que detuvieron y que fue de los que combatieron a los indios en Tehueco al mando de un Crl. Fernández.

Al lugar del que se habla, llegó también un capitán indígena apellidado Acuña, que venía de Sonora y con él Guillermo y Jesús Vega, de Tehueco, Leonardo Zavala Jr., de Mochicahui. Pero estos villistas, adic-

tos a Bachomo, sólo quitaron a los vecinos algunos caballos y mataron reses para el sustento de su gente y repartir al pueblo.

Atentas como estaban a lo que pudiera ocurrir a la Columna Expedicionaria de Sinaloa, en el frente constituido en Navojoa, era patente la incapacidad de las fuerzas constitucionalistas de nuestro Estado, para distraer sus elementos en abrir un campaña en forma a los indios de Bachomo. Pero sin embargo, a principios del mes de julio, llegó a Los Mochis el Crl. Herculano de la Rocha, viejo soldado del tiempo de la intervención francesa, con 200 hombres de infantería y caballería, fogueados y valientes.

Como venía con el fin de batir a los indios en el cuartel de Camayeca, inmediatamente se trasladó de Los Mochis a Ahome, donde se le incorporó con su guerrilla, el señor Antonio R. Castro y quien le sirvió de guía. De la Rocha pasó el río en San Vicente y desde ese lugar, con sus tropas emprendió el avance sobre El Guayabo y Camayeca; al llegar a Choacahui fue cuando sostuvo con las avanzadas de los indios una escaramuza, batiéndolos en seguida en su cuartel de Chivabuita. En su itinerario, dicho jefe les iba quemando a los indios las casas de sus rancherías y los fue arrollando hasta El Ranchito, donde los derrotó y dispersó en un encuentro muy sangriento que tuvo con ellos.

Murieron muchos indios en el encuentro, pero en realidad esta batida no vino a modificar la situación, la que prevaleció como antes, después de haberlos derrotado, De la Rocha atravesó el río en Los Tastes y, por el camino nacional de Mochicahui se dirigió a San Blas, de donde partió para Navojoa a incorporarse a la Columna Expedicionaria, comandada por el Gral. Ángel Flores.

Era un domingo, 18 de julio; cerca del medio día, en el "taste" localizado a la salida del camino que conduce de Los Mochis a Ahome o en su prolongación constituida por lo que vino a ser la avenida Johnston, se jugaban en esa fecha unas carreras de caballos o "tacuachadas"; durante las cuales los mochitenses recibieron por sorpresa y por segunda vez la desagradable visita de los indios.

La irrupción, como en la vez anterior, fue por el camino de Ahome, o sea por el puente del canal 5. Al advertir el peligro los aficionados que

presenciaban las carreras, en desbandada huyeron a escape tratando de ganar tierra o de encontrar refugio. Cosa igual hicieron otros muchos de los vecinos, que ganaron los cañaverales próximos para ocultarse, o bien se internaron en los dominios (oficina, fábrica, Jaula) de la Compañía, que gozaba de inmunidad, supuesto que los indios los respetaban.

Al pasar éstos por Las Compuertas, allí dieron muerte a don Ignacio Montiel y a su yerno Alberto Galaviz., por esos días habían dado muerte también, en los campos circunvecinos de Los Mochis, a Rosario y a Pablo Álvarez, vecinos de San Miguel. En tanto que en esta segunda entrada a la población del ingenio mataron a los señores José Ma. Cázarez, Francisco López, Alfredo Ibarra y Miguel Ibarra, Fortunato Quintero y Diego Álvarez, quienes se atrevieron a oponerles resistencia haciendo fuego sobre ellos.

Por último y como en la ocasión pasada, en la presente consumaron también los indios el saqueo del comercio, hecho lo cual emprendieron la retirada, a la hora en que los últimos tintes del crepúsculo eran devorados por las sombras del anochecer.

Semanas después, ya en el mes de agosto, procedente del cuartel en San Blas, vía Los Mochis llegó a la villa de Ahome el Gral. Mateo Muñoz, al frente de 400 hombres de infantería (fracciones de su 4o. Batallón y de la Brigada Juárez), con un cañón de montaña y dos ametralladoras. La expedición tenía por objeto batir a los indios en el cuartel que éstos tenían en Camayeca.

Una vez que en Ahome se le reunió la guerrilla del señor Antonio R. Castro, de la cual dos secciones iban mandadas por Alvino Galaviz y Miguel Valenzuela, partió de Ahome el Gral. Muñoz, atravesó el río y fue a pernoctar a El Guayabo, en fecha que no me ha sido dable precisar. Al día siguiente por la mañana, desde El Guayabo se movilizó la avanzada y tras de ella el grueso de la tropa, en dirección a Camayeca, sitio en donde los indios se hallaban atrincherados en la falda del cerro de ese propio nombre.

Con su empuje las fuerzas del gobierno fueron arrollando al enemigo río arriba y, en Cachoana, sostuvieron un tiroteo con la caballería de don José Ma. Robles, jefe del cuartel indígena en Camayeca; a eso de

las 10 de la mañana y como a una distancia de 200 metros de las posiciones que ocupaban los alzados, la ofensiva se desató en forma vigorosa y mediante disparos de cañón, los indios fueron desalojados de sus fortines y luego barridos en descubierto por el fuego de las ametralladoras. Al cabo de una hora ya el combate había terminado, muriendo en él muchos indios y ninguno de los atacantes. Victoriosos los carrancistas, continuaron avanzando hasta Choacahui, de donde ya el Gral. Muñoz se regresó y pasó el río en San Miguel, para dirigirse a San Blas.

Al retirarse Muñoz, únicamente quedaron el campo de los acontecimientos algunos individuos de las guerrillas mencionadas y con ellos el mayor Eleno Figueroa, acabando de dispersar a los indios, a quienes se les quitó un considerable y variado botín, entre cuyos objetos figuraban hasta máquinas de escribir y máquinas de coser, todo ello fruto de la rapiña de los mismos indios en sus repetidas incursiones a los poblados de la comarca.

Camayeca era tan sólo un centro o un foco de la rebelión general encabezada por Bachomo. Así es que tanto la expedición que a este punto hizo en julio anterior el Crl. Herculano de la Rocha, como esta última, llevada a cabo por el Gral. Mateo Muñoz, no tuvieron mayor trascendencia que la de haber inflingido una derrota ocasional y haber dispersado también ocasionalmente, al núcleo constituido en el lugar y cuartel indígena de que se trata; más sin llegar a extirparlo y ni siquiera contener su participación en aquel desenfrenado movimiento de rebeldía. Pues tanto en una como en otra ocasión, tan pronto como los soldados carrancistas se retiraban hecha su breve incursión, los indígenas se recuperaban de la derrota y continuaban imperando en la forma ya conocida, dentro de su correspondiente radio de acción. Prueba de ello es que, muy a fines de agosto, habiendo entrado a la villa de Ahome los indios, éstos se llevaron de allí a Ricardo Ibarra y le dieron muerte en El Guayabo, en las inmediaciones del río. También que, persistiendo en su misma actitud la indiada, en septiembre el Crl. José Gonzalo Escobar, en comando de su 5° Regimiento, entró por San Vicente a la zona rebelde. El primer encuentro con el enemigo lo tuvo en El Guayabo, en donde dizque recogió 700 cueros de res, 300 sacos

de garbanzo y 200 de frijol; cargamento que fue llevado a Ahome y que luego fue vendido por Escobar, en Los Mochis.

ATAQUE VILLISTA SOBRE EL FUERTE

Apunta el Gral. Álvaro Obregón en su libro "Ocho Mil Kilómetros en Campaña", lo siguiente:

"La primera División de Caballería del Noroeste, al mando del C. general Enrique Estrada, que formaba parte de las fuerzas puestas a las órdenes del general Manuel M. Diéguez para la campaña en los Estados de Sonora, Sinaloa y Territorio de Tepic, por disposición del propio general Diéguez emprendió su marcha del Estado de Jalisco a principios del mes de agosto de 1915, haciendo sus jornadas pie a tierra y llevando como objetivo internarse al sur de Sonora, para cooperar en la campaña que por el centro de aquel Estado emprendería el general Diéguez, con las fuerzas que llevaría directamente a sus órdenes por la vía marítima de Manzanillo-Mazatlán-Guaymas".

"Cuando la División de Caballería del general Estrada había llegado ya al centro de Sinaloa, se tuvieron noticias de que marchaba a invadir al Norte de aquel Estado, una columna reaccionaria, destacada de Chihuahua, con este motivo, la División se preparó a contrarrestar aquella invasión, ordenando al general Estrada que se situara en El Fuerte, Sin., la brigada al mando del general Jesús Madrigal, reforzada con el 4o. Batallón de Sinaloa y algunas otras tropas de Sinaloa, pertenecientes a la brigada del general Mateo Muñoz, a fin de hacer la defensa de aquella plaza, que parecía ser el objetivo inmediato de los reaccionarios procedentes de Chihuahua, para unirse con las chusmas del indio Bachomo, y las cuales merodeaban por aquella región".

Una vez al tanto, por la trascripción anterior de los motivos y demás circunstancias que determinaron la presencia en El Fuerte, de los contingentes militares tanto villistas como carrancistas que se habían de enfrentar en el campo de batalla, lo que en seguida procede es exponer la forma en que se desarrolló la acción de guerra ocurrida en aquella población. Se trata del combate de mayores proporciones que, en el curso de la Revolución, llegó a registrarse dentro de la jurisdicción de nuestro

distrito. Los sucesos, de acuerdo con la relación que da respecto de ellos el Gral. Obregón y de acuerdo también con las versiones no oficiales que he podido recoger, ocurrieron de la siguiente manera:

En número de 2 mil, las tropas villistas (o banderistas, como también se les llamaba por mandarlas en Jefe el Gral. Juan M. Banderas, revolucionario sinaloense), comandadas por los generales Juan Banderas, Orestes Pereira, Pablo Ciáñez Jiménez, Ángel Barrios y Fernández y por el indio Felipe Bachomo, situaron su cuartel general en Ocolome, punto inmediato a la ciudad de El Fuerte, río arriba. También los restos de las fuerzas de los Orales. Felipe Riveros y Macario Gaxiola, salvados de la Tasajera.

Como se presumía, el objetivo inmediato de dichas fuerzas era la ciudad de El Fuerte, para defensa de la cual ya se encontraba en ella, con sus fuerzas, el general Madrigal. El 5 de noviembre los villistas llevaron a cabo su primer ataque a la plaza, dando vigorosos asaltos sobre las posiciones que, de antemano habían ocupado las fuerzas del Gral. Madrigal y al cabo de 3 horas los atacantes fueron rechazados con fuertes pérdidas.

La línea de batalla se extendía, a partir de la huerta de Orrantia y del dique próximo a ella, por sobre el lomerío que sirve de repecho a la ciudad por el rumbo noreste, ocupando los defensores los puntos más culminantes y entre éstos los panteones viejo y nuevo. En la huerta de Orrantia quedó situado el mayor Alfredo Delgado, que era pagador del Gral. Méndez y que, procedente de Sonora había llegado a El Fuerte con 10 o 15 hombres. La defensa en el panteón nuevo estuvo encomendada al mayor Antonio R. Castro, con su propia guerrilla y la de Othón Vega, fuerzas regionales auxiliares incorporadas a las del Gral. Mateo Muñoz.

Cuando el día 5 los atacantes fueron rechazados, se retiraron éstos a corta distancia de la plaza y por la noche, ya reorganizados, emprendieron 4 nuevos ataques, más con adverso resultado, por haber sido nuevamente rechazados.

El Gral. Enrique Estrada, jefe de la División, se encontraba en San Blas y al recibir el parte que le rendía el Gral. Madrigal, personalmente

salió para El Fuerte el día 6, a reforzar la plaza con la brigada al mando del Gral. Aureliano Sepúlveda. Estrada llegó a El Fuerte en ese mismo día y cuando los villistas, que habían improvisado atrincheramientos frente a las líneas de defensa de la plaza, hostilizaban aún a las fuerzas del Gral. Madrigal desde aquellas posiciones. Durante la noche del mismo día 6, los atacantes dieron 3 nuevos asaltos, en los que fueron siempre rechazados.

Replegados una vez más los villistas a sus atrincheramientos, durante el día 7 su hostilidad se redujo a un débil tiroteo, prácticamente el parque se les había agotado, mientras tanto, el Gral. Estrada preparaba la ofensiva para resolver aquella situación.

Dicha ofensiva se llevó a cabo sobre el cuartel general del enemigo en Ocolome; por la tarde del 7, con fuerzas del 4o. Batallón y de los regimientos 1° y 7°., al mando del Gral. Madrigal, mediante un movimiento de flanqueo y de un ataque vigoroso, Madrigal se apoderó de la posición enemiga en Ocolome, en seguida de lo cual continuó avanzando hasta el dique de El Ranchito, poniendo en fuga a los villistas. El Gral. Aureliano Sepúlveda, con fracciones del 3o., 4o., 5o., y 6o., regimientos y los Carabineros de Sinaloa, siguió el movimiento de ofensiva por el frente y sobre la retaguardia del enemigo, ocasionando la huida de éste, en completa desbandada por entre breñales, siendo perseguido por el Gral. Félix Barajas con fuerzas de los regimientos 5o. y 7o.

Derrotados y en fuga, los villistas se dirigieron a San Javier, Toro, pasándose a la otra banda del río para ir, a reconcentrarse en Jaguara y otros puntos de ese mismo rumbo, en compañía de Felipe Bachomo y sus secuaces.

En el parte oficial relativo a los combates, se consigna que los villistas experimentaron como mil bajas entre muertos, heridos y prisioneros, contándose entre estos últimos un regular número de jefes y oficiales; en cambio, las bajas de las fuerzas carrancistas fueron solamente de 20 muertos y 86 heridos, figurando entre los primeros el Crl. Trujillo, jefe de la 2a. Brigada del Gral. Sepúlveda, con la que Estrada acudió desde San Blas a reforzar a Madrigal.

Al retirarse las fuerzas del Gral. Estrada, para continuar su marcha hacia Sonora, el mayor Alfredo Delgado quedó en El Fuerte de comandante militar de la plaza, más tarde se dirigió a Sonora nuevamente. Alfredo Delgado era nativo de El Fuerte, siendo ya coronel, llegó a ocupar, por elección, el cargo de gobernador constitucional del Estado, durante el cuatrienio comprendido entre el 1o. de enero de 1937 al 31 de diciembre de 1940. Posteriormente, fue ascendido al grado de general brigadier; tras larga y penosa enfermedad, falleció en Cuernavaca el día 13 de abril de 1956.

En su tránsito por el estado de Sinaloa, la División del Gral. Estrada dejó un recuerdo que aún no se ha olvidado. Su División se hizo famosa por sus hurtos y manera de aprovisionarse, en virtud de lo cual se le designaba con el mote de "la escoba"; pues a su arbitrio los soldados, en su paso por los pueblos, huertas y sembrados, iban "barriendo" con cuanto encontraban, lo mismo elotes, mazorcas, frutas y pasturas, que gallinas, puercos y demás ganados. Aparte de motejárseles como los de "la escoba", a los soldados por su indumentaria (largo y amplio calzón de manta cruda, a la usanza de los indios o de los campesinos de algunos estados del Centro, Jalisco y Nayarit) se les puso también el remoquete de "calzonudos".

LAS ÚLTIMAS HAZAÑAS DE BACHOMO

Durante la semana del 13 al 17 de noviembre (1915), a Los Mochis llegaron noticias de que los villistas procedentes de Chihuahua, al mando del Gral. Juan M. Banderas, habían sido derrotados por los carrancistas en El Fuerte y que estaban de retirada. Durante esta semana, dos indios fueron capturados por la policía de Los Mochis y colgados de los sauces al oeste de la Jaula. El 13 de noviembre, en día sábado, el coronel carrancista José Gonzalo Escobar, quien con su 5o. Regimiento de Sinaloa se hallaba destacamentado en El Águila y Los Mochis, fue retirado y reconcentrado a San Blas, en previsión de que esta última plaza llegara a ser atacada por las derrotadas fuerzas de Juan Banderas.

Después de su fracaso en El Fuerte, Juan Banderas con sus villistas en unión de Felipe Bachomo y sus indios, por la margen derecha del río

sé dirigieron aguas abajo y se acantonaron en La Palma, Jaguara, Buillacusi, El Ranchito, Camayeca y Barobampo. Desde estos cuarteles en seguida y ahora manifiestamente en actitud antiyanqui, los villistas en combinación con los indios reanudaron sus asaltos sobre las poblaciones de Los Mochis, Ahome y El Águila.

Por la noche del lunes 15 de noviembre, en número considerable, fuerzas al mando de Banderas, Pereyra y Bachomo, cruzaron el río arriba de Tastes, punto donde cortaron la comunicación telefónica con Los Mochis. De Los Tastes y por el bordo del canal de ese mismo nombre se dirigieron a Los Mochis y en el trayecto mataron, en los dos portones que había sobre el canal, a los porteros o guardianes y a sus familias.

A la una de la mañana del martes, las caballerías de los asaltantes entraron por tres lados a Los Mochis, abriendo fuego con sus armas, profiriendo maldiciones y gritando ¡Villa!, ¡Villa Villa!, ¡Grite Viva Villa!, ¡Mueran los Gringos! A esas horas se escuchaba por todas partes dentro del poblado un pandemónium de gritos salvajes, alaridos, disparos de armas de fuego, traquidazos de puertas y ventanas fracturadas a golpes, lloriqueos de mujeres y el ruido terrorífico y escalofriante de los tambores de los indios. En ese ambiente de pánico y de euforia los indios dieron muerte al inglés Mr. Lewis, ingeniero del F. C. Kansas City, muriendo además 5 o 6 vecinos de Los Mochis. En la misma noche o mejor dicho en la madrugada de aquel día 16 de noviembre, uno de los grupos de indígenas se dedicó a saquear la llamada "comisaría", tienda de la propiedad de la compañía azucarera local y que por entonces se hallaba establecida en una casa que había en la esquina donde se levanta el edificio del Centro Social de Mochis. Al propio tiempo, otra partida de indios consumaba el saqueo de los demás comercios de la población y de las casas de los vecinos. Otros más, juntaron y se llevaron todos los animales (ganado y bestias de tiro y silla) de los corrales, daban en los corrales generales de la Jaula. Y finalmente, con las muías de tiro que aún quedaban en los corrales de La Jaula, engancharon 20 carros cañeros grandes, en los que al filo del medio día hicieron con rumbo a Jaguara, el transporte de las mercancías y demás objetos de que se apropiaron.

Se debe uno preguntar: ¿Cuál era el motivo de semejante incursión

y pillaje? La respuesta pudiera ser que, por una parte, el móvil era la idea de agredir u hostilizar en tal forma a los poblados abajeños inclusive el de Los Mochis que, aunque indefensos, se hallaban dentro de la órbita del carrancismo, o sea del bando enemigo; y por otra parte, que a ello les impelía la incuestionable situación de necesidad o penuria de alimentos y vituallas, por las que atravesaban las fuerzas banderistas y los propios indios, en sus cuarteles de la otra banda del río.

Cabe asimismo advertir que los hechos demostraban ahora que, contrariamente a la conducta que en el pasado habían observado los indios en sus incursiones a Los Mochis especialmente, de absoluto respeto a los intereses de la Compañía y en general de los ciudadanos norteamericanos, consumada la ruptura de Francisco Villa con el gobierno de los EE. UU., los hombres de Banderas y Bachomo no hacían ya excepción alguna a este respecto, por lo que vinieron a resultar afectadas las pertenencias de la Compañía y de los miembros de la Colonia, en la presente y en la subsiguiente ocasión.

Alrededor de las tres y media de la mañana una partida de caballería, de Banderas, salió de Los Mochis y el ruido de su retirada hizo creer a muchos que estaba efectuándose una evacuación general, Más bien pronto, el ruido de los tambores y el de la rotura de puertas, denunciaban que los indios aún permanecían dentro de la población.

A las cinco de la mañana un contingente de indios llegó a la oficina general de la Compañía, limpió de cuanto había de los hombres alojados en el segundo piso, demandando a la vez de los americanos ahí presentes, bajo pena de la vida, la entrega de las armas y el parque que tuvieran en su poder. Convencidos de que ahí nada había, los de aquel grupo se retiraron, dirigiéndose a la residencia del agente consular norteamericano, señor Mead Lewis, y por último a la casa grande o de Las Palmas (casa habitación de Mr. Johnston), donde se hallaban reunidos algunos de los principales miembros de la Colonia residente en Los Mochis y algunos empleados y funcionarios de la empresa, con algunas de sus esposas. Los de esta partida llegaron al galope hasta las entrada de la casa grande y pasando a la parte de atrás empezaron a ¡untar el ganado que pastaba en las inmediaciones.

Tan pronto como los indios salieron de la oficina General, José Gutiérrez y Pete O' Conner, telefónicamente advirtieron a las gentes reunidas en la casa de Las Palmas, que la cuestión de las armas podría ser causa de serias dificultades, en virtud de lo cual optaron los americanos por ocultarlas. Pero cuando apenas habían dado principio a la maniobra, el mero jefe, Gral. Felipe Bachomo, llegó al galope con una escolta de 50 hombres a dicha casa y demandó ver a los señores Harold F. Jones (Casey Jones), Clarence Edmunds y Miller Jordán, con quienes se encontró en el primer piso. Bachomo principalmente inquiría por Jones, con quien él había tratado una vez en una de las entradas anteriores de los indios; Jones a nombre de la Cía. Azucarera le había regalado cobijas y provisiones. Los expresados señores recibieron de Bachomo la imperiosa orden de entregar desde luego las armas y municiones, orden que trataron de eludir respondiendo que ellos, los americanos, no tenían ningunas. El ¡efe indígena, naturalmente, se rehusó a creerlo, repitió su demanda y dijo que en seguida él buscaría. Bachomo —relata Miller Jordán— era en ese tiempo un hombre alto bien hecho, vestido con uniforme de mezclilla, lucía un sombrero tipo Stetson adornado con una plumita de pavo real, anteojos oscuros, dos banderolas de parque cruzadas, pistola, cuchillo grande y bayoneta en la mano.

Decidido a practicar el registro de la casa, Bachomo en compañía de un ayudante y de Jones, Edmunds y Jordán subió al piso superior, comenzando la revisión por la recámara de la Sra. Johnston, en la que las señoras y los niños se encontraban sentados encima de las camas. Al principio no encontraron más que unos cuantos cartuchos para escopeta y no fue sino hasta cuando llegaron al último cuarto, al levantar un colchón el ayudante de Bachomo descubrieron un rifle.

Por sugestiones de Mr. Jones y de Mr. Jordán, Bachomo aparentemente convencido convino en bajar para registrar el primer piso, donde realmente la idea era emborrachar al jefe indígena. Pero de media escalera abajo, Bachomo dio media vuelta y se encaminó de nueva cuenta al cuarto donde se encontraban sentadas las damas, quienes en el acto, recibieron la orden de levantarse de las camas. Fue allí donde el

audaz cabecilla encontró un arsenal de rifles automáticos, pistolas, escopetas especiales, para usarse en caso ofrecido y bastante parque para todas. En el cuarto de baño encontraron, en seguida, un costal grande de parque para rifle, escondido en una canasta, bajo toallas usadas. A continuación, cambiando su mal talante, desembarazado de su enojo evidente por la burla de que era objeto y muy complacido por su valioso hallazgo de las armas, se limitó Bachomo a decir: Señores, ¿por qué no tenían más confianza en mí, diciéndome la verdad? En tales circunstancias los americanos se vieron en el caso de bajar las armas, las cuales fueron cargadas sobre las ancas de los caballos de los soldados, quienes dizque hallábanse algo ebrios. Finalmente con un atento "con permiso señores, el recibir como contestación la frase "lo tiene, pase mi General", el caudillo indígena montó su caballo y se retiró en seguida con su escolta.

A partir de aquel momento dio comienzo el éxodo de la chusma, llevándose un cuantioso botín fruto del saqueo a las tiendas de la población, a los domicilios de los habitantes, a la Jaula, la Oficina General y algunas casas de americanos (las de Edmunds, Lewis, Couvillon y Mulkey) que fueron completamente robadas.

En esta ocasión los indios persiguieron y dieron muerte a un individuo de nombre Chico Espuma, a quien encontraron en el jardín de la casa de Mr. Johnston y le cortaron la garganta. Este sujeto se había conquistado el odio y la enemistad de muchos trabajadores, porque era lo que se llamaba el sobresaliente de la hacienda El Águila. El sobresaliente era un hombre armado que se encargaba de traer amarrados, si no había otra manera de hacerlo, a los peones que en la época de zafra por ejemplo, en virtud de sus adeudos con la negociación estaban comprometidos a volver al trabajo. Chico Espuma desempeñaba en El Águila este papel, al finalizar el siglo XIX.

Amargo recuerdo dejó también esta incursión de los indios a Los Mochis, no solamente porque allanaron moradas sino porque además ultrajaron honras, violando algunas mujeres. Uno de los últimos rezagados, al ir ya de retirada, detuvo al señor Ross L. Page cuando este señor salía de las oficinas de la Compañía amagándolo con una pistola

y exigiéndole la entrega del reloj y el dinero que portaba; repentinamente Page, Couvillon y Montgomery se arrojaron sobre el indio derribándolo de su caballo, tras de lo cual amarrado lo encerraron en la Destilería del ingenio, de donde probablemente fue rescatado por los mismos indios uno o dos días después.

En aquel tiempo, turnándose se mantenían anclados en Topolobampo, ora el Yorktown" que comandaba el capitán Stanley, ora el "Annapolis" del cual era comandante el capitán Kanavaugh. La misión de estas unidades navales de la flota de los EE. UU., era vigilar por la seguridad de los ciudadanos norteamericanos y sus familias. Un día después de la fecha en que irrumpieron en Los Mochis conjuntamente los indios y los villistas, los residentes norteamericanos se trasladaron con sus familias a Topolobampo, a bordo de alguna media docena de automóviles marca Ford, los únicos que por entonces había en la localidad y sus alrededores. Iban en busca de la protección del "Annapolis", cuyo capitán les brindó garantías y ayuda y permitió que durante la primera noche durmieran a bordo del cañonero las mujeres y los niños.

La concentración de los americanos se hizo en las playas del Mapahui y de ahí pasaron a vivir al puerto, frente al cual los varones pusieron sus centinelas y exploradores, en forma militar; en tanto que a bordo del "Annapolis" un destacamento de marina durante las noches se mantenía en estado de alerta y sobre las armas. En un principio los refugiados antes dichos se abastecían de agua y provisiones, exclusivamente del cañonero. Pero en seguida instalaron un condensador y un alambique para purificar el agua, en apresuradas y repetidas vueltas a Los Mochis recogían algunas provisiones, auxiliándose además con las del "Annapolis". Por otra parte, dado que por las desfavorables condiciones naturales de la bocana del puerto, tanto el "Annapolis" como el "Yorktown", a menos de ser preciso, se abstenían de salir mar afuera, utilizando el barco "Garibaldi", propiedad de la Sinaloa Sugar Company, los refugiados cruzaban la barra con el fin de obtener provisiones del "Beuford" o del "Glacier", cuando uno u otro de estos buques anclaba frente a la bahía, en alta mar.

Por razones obvias también tuvieron que emigrar, ausentándose

de Los Mochis, en su gran mayoría los mexicanos vecinos del lugar. Aisladamente y aún en caravanas partían llevándose cuanto podían y necesitaban de sus pertenencias, para dirigirse unos a Topolobampo, y los más, a distintos lugares del distrito y río de Sinaloa.

En virtud de que las fuerzas constitucionalistas acantonadas en San Blas, ante la posibilidad de que aquella plaza estratégicamente importante fuera atacada por las derrotadas fuerzas villistas del Gral. Juan M. Banderas, no estuvieron en condiciones de actuar, Ahome y Los Mochis sufrieron las consecuencias, por haber sido teatro de acontecimientos tan desagradables como fueron los que se vienen narrando. Lamentablemente días antes y como quedó dicho antes, las fuerzas del 5o. Regimiento que a las órdenes de su comandante el Crl. José Gonzalo Escobar se hallaban destacamentadas en El Águila y Los Mochis, fueron retiradas dirigiéndose a San Blas, vía Los Tastes. Procedente de San Blas el día 18 llegó a Topolobampo un tren militar el cual, de regreso en esa misma fecha, a su paso por Los Mochis recogió de los almacenes de la Sinaloa Sugar Co. cuanto ahí había de azúcar, alfalfa, maíz y frijol, como resto de lo que no pudo llevarse Bachomo y todo lo cual fue llevado a San Blas en varios carros de ferrocarril.

Tales son los sucesos que acaecieron en Los Mochis en ocasión de la entrada que a esta población llevaron a cabo conjuntamente indios y villistas; hechos que se desprenden de las narraciones escritas al respecto, por los señores Miller Jordán, Ross L. Page y Francisco Valdés Vega, y confirmadas por otras fuentes.

El jueves 18 del mismo mes, Ahome de nueva cuenta fue víctima del impune asalto de los indios, quienes de nueva cuenta se consagraron al robo, a incendiar algunas casas y a cometer asesinatos. Sus víctimas en esta ocasión fueron los conocidos vecinos de aquella villa, don Leopoldo Vega y don Jesús Castro. Asimismo lo fue, en la estación de bombas de la hacienda El Águila, el súbdito norteamericano C. M. Brown, ingeniero mecánico encargado de la planta, cuyo cadáver mostraba la cabeza destrozada y varias flechas clavadas en el cuerpo.

Durante la víspera de este asalto, sobrecogidos de pánico y tratando de librarse de los indios, bajo conducta del mayordomo general

Salvador Rojas, habían salido huyendo de El Águila los trabajadores de dicha hacienda, en compañía de sus familias.,A bordo de 60 carros cañeros tirados por muías, arribaron a Topolobampo; de ahí y en vista de la escasez de provisiones y de no hallar medios para subsistir, se vieron precisados a continuar su caminata hasta Guasave y otros puntos comarcanos a ese lugar.

Por cuarta y última vez, el viernes 19 del fatídico mes de noviembre y nuevamente en compañía de villistas o banderistas, visitaron los indios a la martirizada población de Los Mochis, bajo su acostumbrado plan de latrocinio.

En esta ocasión su permanencia en el lugar fue más prolongada que en veces anteriores. Durante el sábado y el domingo continuaba la ocupación. Ensañados contra los norteamericanos, nuevamente saquearon el almacén de azúcar de la Compañía y por el rumbo de El Público, robaron completamente las casas de los colonos Louis Robertson, William Drewin y Fred Mulkey. En el clímax de aquella hostilidad, el domingo 21 llevaron a cabo actos incendiarios a granel. Quemaron la casa habitación de don José P. Scally, uno de los más prominentes colonos. Lo propio hicieron con la casa en que residía el señor Mead A. Lewis, agente consular de los EE. UU., inmediata a la Oficina General de la Sinaloa Sugar Co. También redujeron a cenizas la "Botica Nueva", negociación de la que era propietario el Dr. Lindley, de nacionalidad norteamericana. No escaparon del fuego algunas casuchas comprendidas en el perímetro de la población, además intentaron acabar con la casa de Las Palmas, residencia del señor Johnston y con el edificio de las Oficinas Generales, prendiéndoles fuego, el cual en uno y otro caso fue oportunamente extinguido por los respectivos encargados de las fincas.

Al posesionarse de las existencias de alcohol que se guardaban en los almacenes del ingenio, la embriaguez de la chusma invasora fue general. Juan M. Banderas y Felipe Bachomo se pasearon airosamente cabalgando por las calles de la población; paseo en el que Banderas montaba ostentosamente el caballo "El Lucero", un garañón retinto de estima y de mucha estampa, del cual se apoderaron en las caballerizas de la Jaula.

En su mayoría, los incursionistas abandonaron al indefenso poblado el sábado por la noche. De los que se quedaron, los últimos rezagados, no se ausentaron sino hasta el domingo por la tarde, dejando a Los Mochis en la más imponente situación de soledad y ruina.

Parece ser que las víctimas de los indios, en esta incursión, fueron más crecidas; pues según llegué a saber, el capitán Venancio Hernández, al llegar días después a la población recogió 28 cadáveres insepultos, incinerándolos en el sitio donde un grupo de amigos y simpatizadores de Sherwod Johnston levantaron, a su memoria un jardincito y un pequeño monumento, en el cruzamiento de la Ave. Rosendo G. Castro y Vicente Guerrero, junto a la vía férrea y cerca de la entrada a la fábrica.

LAS FUERZAS CONSTITUCIONALISTAS

Habían transcurrido varios días desde la fecha en que, en la ciudad de El Fuerte, recibieron los contingentes del Gral. Banderas un serlo descalabro. Las circunstancias no habían dejado entre tanto, de ser favorables a las fuerzas constitucionalistas, las que por fin emprendieron una rápida ofensiva contra los indios y los banderistas, que duró del 23 al 25 de noviembre, poniendo término a su rebelión y al malestar que imperaba en la región.

Como preliminar de esta corta pero decisiva campaña, el Crl. José Gonzalo Escobar partió de San Blas, al frente de su 5o. Regimiento, pasó por Los Mochis y por Ahome, y tan pronto como cruzó el río en el vado de San Vicente tuvo con los indios su primer lance o escaramuza. En seguida y tomando río arriba llegó a El Guayabo, donde sostuvo con los indios otra acción, aunque sin importancia; ocurrido lo cual contramarchó para acuartelarse en San Vicente.

En ese lugar se le unieron al Crl. Escobar, el hacendado local don Ángel Hernández y su hijo Venancio, con, una guerrilla que tenían organizada y que, luego de haber sido debidamente amunicionada y equipada con armamento reglamentario, quedó con el carácter de cuerpo auxiliar del 5o. Regimiento.

Partiendo nuevamente de San Vicente, la columna de Escobar se dirigió al punto no lejano conocido con el nombre de Tabelojeca, con el

propósito de explorar y de atacar a los indios que allí se hallaban apostados. En el encuentro que se tuvo, la columna carrancista fue rechazada por el enemigo, el cual opuso resistencia y pudo ser oportuna y eficazmente ayudado desde Barobampo, rancho próximo donde el Gral. Banderas se hallaba acantonado con el grueso de sus fuerzas.

Sin mayor novedad el Coronel emprendió su regreso a San Blas, plaza donde el mando constitucionalista dispuso su plan y los elementos necesarios, para acometer y desalojar de sus puestos de Jaguara y Barobampo a los indios y a los villistas.

Dos columnas participaron en esta ofensiva. Una de ellas, de por el rumbo de San Blas avanzó por la margen derecha del río y se acuarteló en La Palma, frente a Charay y próximo al cuartel indígena de Jaguara. Iban estas fuerzas al mando directo del Gral. Mateo Muñoz y la formaban las tropas de este propio jefe, las del Gral. Aureliano Sepúlveda y las guerrillas auxiliares que capitaneaban los señores Othón Vega y Antonio R. Castro. La otra columna, que operó en dirección opuesta a la del Gral. Muñoz o sea de abajo hacia arriba con referencia al sentido de la corriente del río, y también por la margen derecha, iba al mando del Crl. José Gonzalo Escobar. La formaban el 5° Regimiento, la precitada guerrilla "Hernández" y la que en número de 30 hombres capitaneaban Miguel Valenzuela y Guadalupe Robles, de San Miguel. La guerrilla "Hernández" penetró a la zona enemiga por Camayeca y por San Miguel la guerrilla local, habiendo ido a situarse estas caballerías en la ranchería de Las Higueras, juntamente con las del 5° Regimiento, que cruzaron el río en Los Tastes.

Desde su posición en Las Higueras, el Crl. Escobar destacó al Cap. 2o. Venancio Hernández (a quien debo en su parte medular este relato) con 20 hombres de su guerrilla, como avanzada y para que explorara el terreno hasta el puesto villista de El Ranchito, en el que tenía su cuartel el Gral. Orestes Pereyra. Ocurrió entonces que al llegar la avanzada hasta un sitio próximo al mencionado cuartel, ésta logró sorprender y tomar prisioneros a 30 individuos integrantes de una patrulla villista, precisamente en momentos en que tenían sus armas puestas en pabellón y muy confiados se bañaban en el río. Y debido a esta circunstancia, al

Cap. Hernández le quedó expedito el paso hasta El Ranchito, hacia donde continuó su marcha; pero al arribar, en el acto hicieron fuego sobre la guerrilla los soldados villistas que montaban guardia en el cuartel, el cual estaba en la casa misma en que se alojaba el Gral. Pereyra.

Se cruzaron al momento los disparos y en vista de que dicho general supuso que sus hombres, por mera equivocación, combatían con fuerzas correligionarias, violentamente se desprendió del portal de la casa del cuartel, portando en mano un libro que ha poco leía, se aproximó a la puerta de trancas del cerco de la propia casa, y dirigiéndose a la gente de la guerrilla les gritaba: "No tiren hijos, soy el general Pereyra". Era natural que con esta identificación y ya viéndose dentro de la boca del lobo, los de la avanzada constitucionalista enfocaran el fuego sobre la persona de Pereyra y sobre los oficiales y soldados que se encontraban a su lado. Al percatarse de la agresión y muerto su jefe, los soldados villistas huyendo se retiraron del lugar, para incorporarse al cuartel indígena de Jaguara, dejando en poder del Cap. Hernández 50 prisioneros.

Era Jaguara el principal cuartel o diríase la plaza fuerte de Bachomo y, por lo mismo, para las fuerzas constitucionalistas encargadas de esta ofensiva constituía un importante a la vez que inmediato objetivo militar. Fue precisamente en tal lugar donde, para librar un ataque decisivo hicieron conjunción la columna del Gral. Muñoz y la del Crl. Escobar. De manera que, habiendo sido batido a dos fuegos, con facilidad Bachomo fue desalojado con su gente de aquella posición y obligado a reconcentrarse al cuartel general de Barobampo, cuartel que constituía para Banderas en lo personal el último palmo más allá del cual bien pronto habría de terminar su participación en esta prolongada lucha partidarista.

Tras de los indios, las victoriosas fuerzas carrancistas se dirigieron de Jaguara a Barobampo, habiéndose sostenido tan sólo un combate en La Ventana; pues en Barobampo los aliados, o sea los indios y los banderistas, prácticamente no ofrecieron resistencia al ataque enemigo, huyendo rumbo a Movas, distrito de Alamos. Por carecer de parque, mejores armas y vituallas, en realidad las fuerzas de Banderas no estaban en condiciones de resistir a tropas tan bien equipadas de máuseres, ametralladoras, artillería ligera y municiones, como lo estaban las del

Gral. Mateo Muñoz. Y de consiguiente, la fuga o retirada lógicamente estaba justificada.

En el libro en que relata sus campañas, el Gral. Álvaro Obregón apunta que en las bajas sufridas por los villistas como resultado de esta campaña local, se cuentan los generales Pereyra y Jiménez y 50 oficiales que fueron pasados por las armas. Banderas y Bachomo finalmente tuvieron que rendirse sin condiciones con 1,200 hombres, en Movas, ante el Gral. Jesús Madrigal.

Los indios, hablando en lo general, habían logrado acumular en la comarca en que tenían sus cuarteles una cantidad enorme y variada de utensilios y muebles domésticos, implementos agrícolas, aperos, herramientas de trabajo, etc., como fruto del pillaje cometido en sus asaltos a los pueblos circunvecinos, en el curso de 1915, De consiguiente, la campaña finalmente emprendida por las fuerzas constitucionalistas sobre los dichos cuarteles, ofrecía el tentador aliciente del botín, tanto para los soldados mismos como para los que no lo eran. De manera que numerosas personas, ajenas a la milicia, iban tras de las tropas con el incentivo de la rapiña, posesionándose de cuantos objetos hallaban a su alcance, y pocas en verdad fueron aquellas que no buscaban lo ajeno, sino lo propio que les había sido robado por los indios, ya se tratara de muebles, animales o cosas de su pertenencia.

Censurando los hechos, un relator de aquellos sucesos, por cierto un norteamericano, comenta: "Las historias que se cuentan, de combates desesperados a lo largo del río Fuerte, fueron exageraciones y sin fundamento alguno. Cuando la ofensiva fue por fin iniciada se puso más atención en recoger el botín de los indios y en saquear lo que quedaba, por las tropas". Y continúa diciendo: 'Cuando inmediatamente después de los combates de la otra banda llegaron las tropas carrancistas a Los Mochis, los soldados "limpiaron" todo aquello que los incursionistas habían dejado, aún invadiendo las casas de los norteamericanos. Los oficiales no podían controlar a los soldados y nada se hallaba seguro en Los Mochis hasta que, después de una permanencia de doce días en el lugar, las fuerzas fueron reconcentradas a San Blas, para marchar a la campaña de Sonora a incorporarse a la columna expedi-

cionaria del Gral. Ángel Flores. El almirante Winslow, recién llegado a Topolobampo en el cañonero "San Diego" de las fuerzas navales de los EE. UU., en vista de lo que ocurría conferenció con el Gral. Muñoz y recibió la promesa de que todo el ganado fino, caballos y objetos en general pertenecientes a sus connacionales y que se hallaran en poder de los soldados, serían devueltos y entregados a los dueños; pero los oficiales subordinados, como regla general, rehusaron entregar las cosas ajenas, a pesar de las órdenes de Muñoz.

FUSILAMIENTO DE BACHOMO

Después de la rendición y desarme efectuados en Movas, estado de Sonora, Bachomo fue remitido a la ciudad de México, donde quedó internado por algún tiempo en la prisión militar de Santiago Tlaltelolco. De México se le condujo a Culiacán, donde a fin de cuentas el día 7 de octubre de 1916 un consejo extraordinario de guerra lo condenó a muerte, junto con cuatro de sus más jerárquicos subalternos.

Como lugar para que se cumpliera la sentencia, Los Mochis fue el elegido. Se trataba de la población más importante en la que la horda bachomista cometiera sus más graves y espectaculares desenfrenos, escogiéndosele seguramente a título de desagravio por lo que padeció. De modo que, a bordo del tren, Bachomo fue trasladado de Culiacán a San Blas por una escolta al mando del Cap. Lauro Castro Almada, natural de la villa de Ahome. El Crl. Anatolio B. Ortega recibió al reo en San Blas y en seguida lo remitió a Los Mochis, donde el apocalíptico caudillo indígena habría de ser pasado por las armas.En Los Mochis una multitud de hombres, mujeres y hasta niños, se congregó morbosamente a presenciar el acto macabro del fusilamiento. Junto a la vía férrea y a corta distancia de la estación del F .C. Kansas City, a la hora del medio día del martes 25 de octubre de 1916, se llevó a cabo la ejecución, por un pelotón de 5 soldados mandado por el Cap. Santiago Fierro. Para el efecto se le colocó a la orilla de la fosa que habría de recibir el cadáver, se le vendó, mas en el acto se despojó de la venda; el mismo señaló a los soldados que habían de formar el cuadro y una vez frente al pelotón se agachó el sombrero y dando en los últimos instantes señales de flaqueza, se apoderó

de su persona un temblor y dizque empezó a llorar, hecho este último que algunas personas afirman pero otras por el contrario niegan.

Cuando el oficial dio la voz de ¡fuego!, sonó una descarga cerrada y el cuerpo del reo se flexionó hasta caer yaciente, tras lo cual el capitán Fierro, con su "Parabelum", le dio dos tiros de gracia. Y una vez rellenada de tierra la huesa que recibiera el cadáver en aquel sitio mismo del fusilamiento, sobre ella manos piadosas, acaso manos de indios, colocaron una cruz de madera y al pie de la misma un montoncillo de piedras, el cual bien pronto se acrecentó hasta convertirse en un verdadero túmulo.

Gentes anónimas persistentemente contribuían, con su piedra, al acrecentamiento del túmulo. Tal vez se trataba de familiares o en general hermanos de raza del desaparecido, a cuya ánima con toda sencillez le hacían de esa guisa una ofrenda, siguiendo sin duda una práctica ritual de fondo religioso que suele acostumbrarse en sus comunidades indígenas. O bien, de personas del todo extrañas que, poseídas de una fe supersticiosa en torno al "espíritu milagroso del indio Bachomo" y que por cierto no escaseaban en la localidad, acudían a la tumba con su piedrita, con algunas flores o por lo menos, a encender una o muchas velas propiciatorias del milagro esperado o solicitado. Por años persistió esa especie de devoción, aun mucho tiempo después de que el cadáver fuera exhumado.

El Profr. Ramón A. Rivera Rojo, con el deseo de extirpar aquella nada edificante manifestación de fanatismo o de ignorancia crasa, en la época en que fungió como administrador de la aduana de Topolobampo, se propuso exhumar los restos de Bachomo. Para el efecto obtuvo la anuencia del gobierno federal y en seguida tuvo una entrevista con Juan Valenzuela y Felipe Bacasegua, indígenas que por entonces eran los "cobbanaros" o gobernadores de los indios del pueblo de Tesila, a fin de acordar con ellos el día y la hora de la exhumación. Esta se efectuó en el mes de octubre de 1922 hallándose presentes, además del señor Rivera acompañado de tres celadores del resguardo marítimo, dos policías proporcionados por el presidente municipal y los dos "cobbanaros" mencionados, con media docena de indios.

La tarea dio principio a las 12 de la noche del día expresado. El sitio fue despejado del gran cúmulo de piedras. Como era martes y día 13 por añadidura, número cabalístico, el Profr. Rivera personalmente dio los primeros trece barretazos de la excavación, labor que continuó hasta poner en descubierto el cadáver. Íntegramente, aquellos restos fueron colocados en un pequeño ataúd, conduciéndoseles inmediatamente a una casita que, al salir de El Público, se hallaba situada a un lado del canal de Tastes. En dicho lugar, durante aquella misma noche, los despojos mortales de Bachomo recibieron, conforme al ritual indígena, las honras póstumas con el más completo ceremonial del velorio, en el que hay responsos, bailes de pascólas, rezos, cohetes, comilona y borrachera. Por último, al rayar el alba, con gran acompañamiento fueron llevados a Jahuara, que es el lugar donde, es de suponerse, deben estar sepultados.

El Fuerte: Nuestra Historia

EL FUERTE, CUNA DE GOBERNADORES

Nicolás Vidales Soto

Hablar de El Fuerte como región donde vieron sus primeras luces hombres de mando, ya fuere en lo espiritual como Gobernadores de la Sagrada Mitra o como Gobernadores, interinos y constitucionales, tanto de Sinaloa como de otros estados del país, es un atractivo que enaltece a todo trabajo que pretenda resaltar la valía de los personajes más distinguidos de ese ámbito territorial. Humberto Ruiz Sánchez, a lo largo de su revista Crónicas del Zuaque, ha dado cuenta de esta temática, resaltando las conquistas alcanzadas por nuestros personajes a lo largo del tiempo, no mucho por cierto, ya que abarca desde El Estado de Occidente hasta nuestros días, demarcando la temporalidad de 1824 a mediados del siglo pasado, o sea un poco más de ciento veintitantos años, para ubicar las fechas con mayor aproximación.

He aquí, este esfuerzo de investigación documental, basado, principalmente, en los avances publicados por Humberto Ruiz Sánchez en su casi bicentenaria revista, incluyendo la información disponible que sobre ellos se ha publicado en diversos medios, sean libros, revistas o artículos periodísticos de dependencias nacionales, como son el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, el Consejo Nacional de Fomento Educativo con su Diccionario Así fue la Revolución Mexicana; los diccionarios biográficos, geográficos y estadísticos de So-

nora y Sinaloa, así como los textos de historia regional, citando en cada caso la fuente de origen.

Este conjunto de información nos brindará una visión más amplia de la actuación de estos personajes que nos demuestran su valía porque a varios años de su muerte, siguen siendo tan importantes que nos seguimos ocupando de ellos. Ojalá nuestros hijos, nietos y demás descendientes, algún día, cuando lean estas páginas, tomen su ejemplo como fuente inspiradora de mejores conductas sociales.



EL ESTADO DE OCCIDENTE

Cuando Álamos pertenecía
al Distrito Político de El Fuerte.

1.LIC- JOSE FRANCISCO ORRANTIA

Se "recibió de abogado y sacerdote en el Colegio de San Ildefonso de la ciudad de México. Nació en Alamos y en 1800 regresó a esta ciudad después de haber hecho sus estudios. Estuvo al frente de las Parroquias de San Javier, San Antonio de la Huerta, Rosario en 1817 y Mocorito; fue Promotor Fiscal del Obispado, Diputado a la Legislatura Local y Gobernador de la Mitra de Sonora en los años 1824 a 1827 a raíz del fallecimiento del señor Obispo Martínez de Ocejo. Nuevamente desempeñó el mismo cargo por nombramiento del Cabildo Metropolitano de enero de 1835 en que falleció en Mocorito." (Amado González Dávila DGHByE de Sinaloa)

Don Antonio Nakayama, en su precioso libro El Estado de Occidente, espejismo y fracaso de una entidad, editado por el Centro de Estudios Históricos del Noroeste A.C., (1992) en el tema relativo a la designación de los diputados al Congreso Constituyente, sostiene que: "La elección dio margen a varios trastornos, ya que los diversos intereses que existían se pusieron en movimiento para lograr meter sus elementos en el Congreso, o para impedir la entrada de los que no eran de su agrado o no los creían convenientes. Fray Bernardo del Espíritu Santo prohijó la candidatura del Bachiller Carlos Espinoza de los Monteros, y se opuso a la de los señores Presbíteros Lic. José Francisco de Orrantia y Antonio Fernández Rojo, curas de El Fuerte y



Culiacán, respectivamente. El primero, que fue uno de los sacerdotes más distinguidos del Obispado de Sonora, nació en Álamos, tal vez entre los años de 1771-1772, ya que en 1795 solicitó se le confirieran las órdenes sacerdotales por haber terminado sus estudios en el Seminario de México y en la Pontificia Universidad, donde se graduó de Abogado por la Real Audiencia. Ignoramos en que tiempo haya regresado al solar sonorense, aunque en 1800 aparece como cura sustituto de San Antonio de la Huerta, ocupando después los curatos de Mocorito, Culiacán, El Rosario y El fuerte. Siendo cura propio de este último cuando se presentó como candidato a diputado, y en la vacante que siguió a la muerte de Fray bernardo fue nombrado Vicario Capitular del Obispado en dos ocasiones.....Parece que las relaciones entre el Obispo y los presbíteros Orrantia y Fernández Rojo nunca fueron muy cordiales. La enemistad del párroco de El Fuerte hacia el prelado tal vez haya tenido su origen cuando este último lo sacó del curato de Mocorito para nombrar en su lugar al Bachiller José de Jesús Espinoza de los Monteros, hermano menor de don Carlos y don Miguel María. Desde luego que el cambio en si no ha de haber molestado al Lic. Orrantia, toda vez que fue designado cura en Culiacán, pero en Mocorito se quedó uno de sus hermanos, que pronto entró en dificultades con el nuevo cura, quien como es natural confiaba en la gran influencia que sus hermanos tenían en el Obispo, y ese pleito tal vez haya perjudicado al Padre Orrantia, aunque también es posible que siendo hombre de gran integridad no se sometiera a la voluntad de Fray bernardo, que siendo sumamente autócrata esperaba que todo el clero le fuera incondicional.....

Con respecto a su participación de nuestro biografiado en la ceremonia de instalación de la Asamblea Constituyente del Congreso del Estado de Occidente, celebrada en El Fuerte en 1824, don Antonio Nakayama, cual magnífico historiador y mejor novelista, en la misma obra escribe: El 12 de septiembre, un tanto húmedo y caluroso, e iluminado por un sol radiante, había sido una de las fechas más notables que haya visto El Fuerte en su existencia de casi cuatro centurias. Frente a la vieja mansión destinada para asiento del congreso se había reunido una gran cantidad de habitantes del poblado y de los puntos circunvecinos, y en el interior de la misma las personas invitadas a la ceremonia esperaban la iniciación del acto. Entre el aplauso y los vítores del populacho estacionado frente a la casona,

fueron llegando los diputados que, tras de saludar a los amigos y conocidos pasaban a la sala de sesiones para tomar los asientos que se les habían preparado. La ovación se hizo más clamorosa cuando enfundados en sus negras sotanas hicieron acto de presencia los presbíteros Orrantia y Fernández Rojo, que tan dura batalla habían presentado para poder llegar a ese día. A la hora indicada los concurrentes se pusieron de pie e igual hicieron los representantes populares, y el silencio respetuoso que reinaba en la sala se quebró con la voz emocionada del Lic. José Francisco de Orrantia, quien en su calidad de Presidente de la Asamblea, sin levantarse de su sitial, declaró que EL HONORABLE CONGRESO DEL ESTADO LIBRE, INDEPENDIENTE Y SOBERANO DE OCCIDENTE, ELECTO CONFORME A LA LEY DE SU INSTITUCION, QUEDABA LEGALMENTE INSTALADO Y EN ACTITUD DE EJERCER SUS FUNCIONES. Un atronador aplauso rubricó las palabras del sacerdote, y al mismo tiempo las campanas de la parroquia fueron echadas a vuelo. Acto continuo, los diputados aprobaron el decreto relacionado con el sistema de gobierno que debería regir el nuevo Estado, y se votó el acuerdo de girar comunicaciones a los señores Francisco de Iriarte y Coronel Mariano de Urrea, en el sentido de que cesaban en sus funciones como Jefe Político de Sinaloa y Jefe Político Superior de la provincia de Sonora, respectivamente. Al terminar la sesión, los congresistas pasaron al templo parroquial donde se entonó un solemne Te-Deum, y por la noche los cohetes atronaron el espacio, mientras que la parpadeante luz de los candiles que iluminaban los edificios principales, ponían siluetas fantasmagóricas en las calles del poblado que siempre estaban sumidas en la oscuridad....

DESPUES DEL ESTADO DE OCCIDENTE.

FRANCISCO CAMILO ORRANTIA Y ANTELO.

Gobernador de Sinaloa. "Nació en Álamos el 28 de abril de 1803 y fue hijo de D. José Francisco Orrantia. Diputado Local, Vocal de la Junta Departamental y Gobernador Interino del 3 de junio de 1837 a enero de 1838. Después fue electo Vicegobernador del Estado." (Amado González Dávila. DGHByE de Sinaloa)

Sinaloa como Estado independiente nació el año de 1831 y su primer gobernador lo fue don Agustín Martínez de Castro, entonces quiere decir que sólo 21 año después aparece don Francisco Camilo como primera autoridad de la entidad; él era Vicegobernador con don Francisco de la Vega y Rábago como titular, pero como éste en su calidad de militar tuvo que salir a campaña, el Señor Orrantia asumió las riendas del Estado, fue esto del 8 al 24 de octubre de 1852 y la sede fue Culiacán. Fueron sólo 16 días de mandato y así lo asienta la relación de gobernadores de Sinaloa. Francisco Camilo fue el padre de los Orrantia Sarmiento y falleció en El Fuerte en 1869 a la edad de 66 años. (Crónicas del Zuaque 188) Fue Prefecto Políticos en El Fuerte en 1848 y 1857. Casó con doña Antonina Sarmiento y Aragón en el año de 1832 y procrearon once hijos.

LEONARDO IBARRA BUELNA

Suscribió el acta levantada el 28 de octubre de 1864 en la ciudad de Culiacán, apoyando el contenido del Plan de El Rosario, orquestado por Rosales, Sánchez Román y Corona para desalojar del Gobierno del Estado de Sinaloa al Gral. Jesús García Morales, que tenía su sede en Mazatlán. "Apenas salió Rentería de Culiacán, de regreso para El Fuerte, al día siguiente se pronunciaron las autoridades y vecinos, reconociendo al gobierno de Mazatlán y asegurando la sumisión de Don Francisco de la Vega tan pronto como volviese con sus fuerzas a la ciudad" (Eustaquio Buelna. Breves apuntes para la historia de la guerra de intervención en Sinaloa. Primera edición ilustrada. H. Ayuntamiento de Mocorito, Colección 2 milenios, Volumen 6, Culiacán Rosales, Sinaloa, 2001-)

Nombrado como Vicegobernador el 7 de septiembre de 1857, pero por encontrarse el Gobernador electo en Mazatlán, él tomó posesión del Gobierno del Estado, después del juramento de rigor. El Gral. Espejo, al pronunciarse por el Plan de Tacubaya el 17 de diciembre de 1857, con la Guarnición de Mazatlán, reconoce al Gral. Yáñez como Gobernador y a Don Leonardo como Vicegobernador. (Amado González Dávila. DGHByE de Sinaloa).

VEGA, PLÁCIDO

Se pronunció, en compañía de algunos adictos al orden constitucional y en contra del Plan de Tacubaya en la Villa de El Fuerte, el 19 de agosto de 1857. Sus fuerzas, ayudadas por las de Sonora al mando del Coronel Don Jesús García Morales, que tomó el mando en jefe, derrotaron en 27 de octubre siguiente, en el punto de La Noria, cinco leguas al S.E de Mocorito, a las tropas conservadoras con que de Mazatlán salió a batirlas el Gral. Don Manuel Arteaga. El 15 de marzo de 1859 derrotó en Las Mimbres, Distrito de Cosalá, a las fuerzas conservadoras al mando de Don José Inguanzo. El 3 de abril siguiente tomó por asalto la plaza de Mazatlán, consumando así uno de los movimientos políticos más populares en el Estado. Después de haberse retirado el Gral. Pesqueira a Sonora, Vega tomó posesión del Gobierno de Sinaloa en 4 de junio de 1859, y desde esa época, con los elementos que le proporciona la posesión de aquel puerto importante y la cooperación de un pueblo tan entusiasta como el sinaloense, trabajó sin descanso contra la reacción, ya reprimiendo las intentonas del partido vencido en el propio Sinaloa, ya enviando recursos, pertrechos de guerra y tropas a auxiliar a los estados vecinos, ya venciendo en El Espinal en 27 de octubre de 1860 la invasión del español Domingo Cajén, titulado Gobernador de Durango, con cuya derrota acabó de afirmarse la paz en el Occidente de la República. Estevez se pronunció contra el gobierno nacional en la

Villa de El Fuerte, habiendo sido combatido por las fuerzas constitucionalistas al mando del Gral. Plácido vega, recién nombrado Gobernador de Sinaloa por el Congreso Constitucional en 2 de noviembre de 1861. En enero de 1862 indicó al Congreso del Estado que nombrara Vicegobernador de Sinaloa a Don Fortino León, a fin de que pudiera conducir a la campaña de Oriente un contingente militar, compuesto por los batallones 1º y 2º de Sinaloa, tan acreditados en la guerra de Reforma. El 24 de enero de 1862 firmó un convenio con el gobierno en la Laguna de Pochotitán, quedando el Gral. Ogazón, Gobernador de Jalisco, en condiciones de concentrar sus fuerzas en Guadalajara y acudir en auxilio del gobierno nacional. Plácido Vega, en tránsito a la Campaña de Oriente, fue testigo de este acto que permitía a Lozada seguir ejerciendo su influjo y afianzando su dominio en esa parte del territorio nacional. Plácido Vega, con el fin de garantizar la tranquilidad necesaria, decidió captar la amistad de Lozada, invitándolo a Tepic, donde fue recibido con regocijo, situación que decepcionó a los patriotas liberales y honrados que no aceptaron el trato que Vega daba a uno de los bandidos más monstruosos y sus corifeos. El 26 de marzo de 1862 volvió a ocupar el gobierno de Sinaloa y el 4 de abril, dando por pretexto la lucha contra el extranjero, resolvió, usurpando atribuciones ajenas, declara a Sinaloa en estado de guerra. En virtud del decreto referido, el Gobernador creyó conveniente dejar este nombre por el de Jefe de las Armas del Estado, el gobierno tomó el de Cuartel General, el poder militar reasumió las facultades de la autoridad civil, y así quedó establecido en todo Sinaloa el poder más tiránico y absoluto que se haya visto en él desde la independencia. El Congreso abdicó el poder que le confirió la Constitución, clausurando sus sesiones con motivo de la expedición del decreto, aclarando que los poderes de la autoridad civil pasaban enteros a la militar. Durante los próximos seis años, Sinaloa no tuvo autoridad representativa del Poder Legislativo. El Gral. Jesús García Morales recibió el gobierno de Sinaloa por indicaciones del Gral. Plácido Vega cuando éste se dedicó a organizar este contingente militar, y una vez listo, salió con la Brigada Sinaloa a combatir las fuerzas intervencionistas. Luego que llegó a la capital, se le hizo marchar a la campaña y formó parte del Ejército del Centro, que

a las órdenes del General Don Ignacio Comonfort operaba en las afueras de Puebla contra los franceses que ya habían puesto asedio a dicha ciudad, y de cuya Tercera División se nombró jefe al General Vega, que ya lo era de la brigada que llevaba bajo su mando. Tuvo dicho ejército la mala suerte de ser derrotado en 8 de mayo por el francés que lo atacó en número superior; sin embargo, la Tercera División, presentando al enemigo una segunda línea de batalla, le impuso respeto y lo contuvo, dando tiempo a que el resto de la fuerza mexicana se rehiciera y cobrara aliento para emprender una retirada en buen orden, sin que le hostilizase. La Brigada Sinaloa, con el resto del ejército del Centro, se replegó después del desastre a la capital de la República, que abandonó luego a la aproximación de los franceses, y siguió en el interior de la campaña contra ellos a las órdenes del valiente Gral. Porfirio Díaz, siendo en todas partes modelos de arrojo, moralidad y disciplina bajo el inmediato mando de Angulo, Toledo, Corella, Alcántara y otros jefes que han adquirido renombre en el ejército. El que la había conducido a la campaña, Gral. Plácido Vega, renunció el 26 de mayo en México al mando de ella y el de la Tercera División que se le había confiado antes de la batalla de San Lorenzo, y habiendo recibido del gobierno federal la comisión de ir a comprar armamento a san Francisco, Alta California, percibió con dicho objeto gruesas cantidades de dinero de la aduana marítima de Mazatlán, y en ella permaneció casi todo el tiempo de la guerra sin haber enviado un solo fusil. Esta conducta inexplicable fue el principio de la ruina política de dicho general, quien ya no volvió a ocupar la silla del gobierno en Sinaloa; antes al contrario, siguió cometiendo desaciertos que lo alejaron más y más de la consideración popular. Al fin de la contienda nacional con el extranjero,.....En septiembre 1866, arribó a las costas de Sinaloa con algún armamento que recibió el Gral. Ascención Correa por indicaciones de Corona en Guazapares, Chihuahua, continuando a esa ciudad donde se hallaba el Presidente Juárez, para rendir cuenta de su comisión y explicase los motivos de su permanencia fuera del país; una vez cumplido este requisito, se fugó en el tránsito que el gobierno federal hizo de Chihuahua a Durango, y se fue a refugiar a Tepic al amparo de Lozada. En 1870, envió a las costas de dicho Cantón

y a las órdenes de Fortino Vizcaíno, una expedición pirática a saquear Guaymas, tomando de las aduanas y casas de comercio $70,000 en dinero y letras por cobrar, $50,000 en efectos y muchas armas de propiedad particular. En 1873 se sublevó en unión de Lozada contra el gobierno constitucional, y abandonando la campaña, fue a ocultarse a Tejas y al Estado de Chihuahua, viviendo de incógnito, hasta que después del triunfo del Plan de Tuxtepec fue a México, y de allí venía ya en camino a Sinaloa cuando lo sorprendió la muerte en Acapulco el 4 de enero de 1878. No cabe duda que prestó a su patria muy grandes e importantes servicios en la Guerra de Reforma, sosteniendo en el Estado, con las armas, con recursos y con su adhesión no desmentida la causa constitucionalista, que por cierto le debe su salvación en el Occidente de la República, y estos méritos indisputables bastan para enaltecer su memoria y atenuar el recuerdo de sus errores bien numerosos. (Eustaquio Buelna. Breves apuntes para la historia de la guerra de intervención en Sinaloa. Primera edición ilustrada. H. Ayuntamiento de Mocorito, Colección 2 milenios, Volumen 6, Culiacán Rosales, Sinaloa, 2001-)

VEGA, PLÁCIDO

Plácido Vega (el de las barbas fluviales) Sinaloa, como todo el país, tiene una historia interesante y entre sus hijos se cuentan muchos que le han dado honra y prez. Algunos han recibido el reconocimiento que merecen, pero la vida de muchos otros no ha sido estudiada en la forma debida. Tal es el caso de Plácido Vega, tal vez la personalidad más destacada y pintoresca de Sinaloa en el siglo XIX, y la que más vituperios recibió de sus correligionarios. Nacido en El Fuerte el año de 1830, Don Plácido estaba emparentado con una de las familias más poderosas del Estado; sin embargo, procedía de una rama ilegítima que se inicio en aquella villa. Quizá esa bastardía le hizo ser adverso a las ideas conservadoras y feudales de la familia. Sus progenitores fueron Don Francisco Javier de la vega y Doña Dolores Daza, de quienes puede pensarse que a pesar de su posición económica no le dieron una educación esmerada, o bien pudo ser que la inquietud que dominaba al niño haya hecho que no aprovechara lo suficiente en sus años escolares, pues sabemos que desde pequeño sintió afición por la carrera de las armas. Muy joven aún, se trasladó a Culiacán donde trabajó en la tienda de su primo el Gobernador Francisco de la vega. En 1855 tuvo su primera aventura militar cuando se levantó en armas a favor del Plan de Ayutla, y poco tiempo después fue enviado a Cosalá a combatir al reaccionario Gral. José Inguanzo. En esta ocasión mostró lo inquieto y pintoresco de su personalidad, pues su conducta provocó un conflicto de jurisdicción entre los gobiernos de Sinaloa y Durango, del cual pudo salir bien librado. Después de esto dejó la vida militar y las actividades políticas y se retiró a la Isla de Altamura donde permaneció algún tiempo. En 1858 los conservadores habían logrado ya el dominio sobre la entidad, pero los liberales se movían –aunque de manera infructuosa- para arrebatarles el poder. Don Plácido se pudo en contacto con el Gral. Ignacio Pesqueira, Gobernador de Sonora, y el diecinueve de agosto de ese año expidió el Plan de El Fuerte; en él proclamaba la vigencia de la Constitución de 188857. Pesqueira le envió tropas al mando del Coronel Jesús García Morales, y los conservadores fueron derrotados varias veces; la lucha culminó con la victoria total del liberalismo. Vega fue nombrado Gobernador y Comandante Militar por el Gral. Pesqueira, cargos que después le fueron ratificados por la Asamblea Constituyente. Trabajó activamente para consolidar el poderío del partido liberal, que ejerció un poder absoluto sobre Sinaloa. Dueño de una gran capacidad de organización, su obra no sólo se concretó a su entidad, sino que auxilió con armas y dinero a los gobiernos de Jalisco, Colima, Guerrero, Sonora, Durango y al territorio de Baja California. Pese a todo lo que sobre él se ha dicho, su prestigio como militar, como gobernante y como salvador de la legalidad, no menguó tan rápidamente a pesar de su carácter arbitrario, los continuos préstamos que imponía al comercio y a los particulares, y las levas que organizaba. Vega era el San Jorge que había aplastado al dragón conservador, y sus enemigos lo pintaron como el dragón liberal que aterrorizaba a los sinaloenses. El cinco de febrero de 1863 Vega se embarcó en Mazatlán con dos mil soldados para combatir a los franceses. Tras de burlar a la flota invasora, desembarcaron en Zihuatanejo. De allí partieron para Acapulco; atravesaron a pie la serranía de Guerrero y llegaron a la Ciudad de México el treinta y uno de marzo siguiente. Desfilaron exhaustos y cansados, pero altos y optimistas en medio de las ovaciones de los capitalinos. La brigada entró a formar parte del Ejército del Centro a las órdenes de Don Ignacio Comonfort, y fue encuadrada en la tercera división, que quedó al mando de Don Plácido. Cuando ese ejército fue derrotado por los franceses, se salvó del desastre total gracias al valor de

las tropas sinaloenses, y siguió en la campaña en el interior del país bajo las órdenes del Gral, Porfirio Díaz. En esta etapa se puso de manifiesto lo bronco del espíritu de los hombres del noroeste, ya que Díaz, en carta que escribió al Presidente Juárez, le decía que no sabía quién le daba más guerra, si los franceses o los hombres de Don Plácido Vega. Con el fin de comprar armas, reclutar gente y buscar apoyo moral para su gobierno, Juárez nombró a Vega agente confidencial en los Estados Unidos y le señaló como base San Francisco, California. Vega se embarcó en Mazatlán el doce de marzo de 1864 y llegó a la Puerta de Oro ocho días después. Aprovechando su ausencia, Antonio Rosales, Ramón Corona, Joaquín Sánchez Román y otros jefes que operaban en Sinaloa terminaron con su dominio en el Estado mediante un vergonzoso cuartelazo, que depuso al Gobernador, Gral. Jesús García Morales, lo cual causó la indignación del Presidente Juárez, quien envió al Gral. Gaspar Sánchez Ochoa para que recibiera el gobierno de manos de Antonio Rosales y lo depositara de nuevo en el gobernador depuesto, pero ante la negativa de García Morales, lo entregó de nuevo a Rosales. Ya en San Francisco, el pintoresco sinaloense entró en actividad, pero el Cónsul francés Charles de Cazotte empezó a derramar dólares entre el recaudador de impuestos y el jefe de la policía, y los envíos de armas fueron incautados, por lo que Vega acusó al Cónsul de cohecho, involucrando a varios funcionarios norteamericanos; pero sin embargo de lo anterior, fueron muchas las remesas que pudieron llegar a México. Otra de sus actividades fue reclutar voluntarios que quisieran combatir a los franceses, pero su labor fue frustrada en gran parte por Cazotte, y fueron escasos los que lograron venir al país. Distribuyó dinero entre la prensa amiga de México y estableció relaciones con Don José María Vigil, que por entonces publicaba en San Francisco el periódico El Nuevo Mundo. Igual hizo con los clubes hispanoamericanos, a los que con motivo de las elecciones norteamericanos envió una circular diciéndoles....que para la salvación del continente...votaranporAbrahamLincolnparapresidente..."Alterminarla Guerra de Secesión, el gobierno norteamericano levantó la suspensión que había para sacar armas del país; entonces Don Plácido volvió a México con un gran cargamento de implementos bélicos. De este lugar

fue transportado en carretas a través de California, hasta llegar al golfo del mismo nombre, donde se le embarcó en Santa Isabel, para ir a desembarcarlos en el Estero de Las Piedras en la boca del Río Fuerte. Don Plácido, que venía acompañado de una escolta personal y de un grupo de voluntarios norteamericanos, se puso en marcha hacia Chihuahua, y fue objeto de marcada hostilidad por parte de algunas autoridades, hechuras de Ramón Corona. En Choix desertaron algunos de los norteamericanos y Vega estuvo a punto de ser asesinado por el Coronel Adolfo Palacio, y solamente su vigorosa personalidad y la atracción que aún ejercía sobre la tropa pudo sacarlo ileso. Corona dispuso que un numerosos contingente al mano de Ascensión Correa y Jorge García Granados saliera en su persecución, pero el viejo luchador pudo burlarlos en los caminos de la Sierra Madre, hasta que por fin pudo llegar a Chihuahua donde entregó el armamento a Don Benito Juárez, quien ordenó a Don Luis Terrazas le entregara $5,000. Sus enemigos, entre ellos Ramón Corona y Sebastián Lerdo de Tejada, minaron la voluntad del Presidente, y Don Plácido fue acusado de malversación de fondos, a lo que él contestó con un folleto en el que daba cuenta de su gestión. El gabinete le exigió una cuenta pormenorizada y lo conminó a presentarse, pero sabiendo que de hacerlo sería encarcelado, no lo hizo, y el Ministro de Guerra ordenó se le arrestara como a desertor, así que escapó de la comitiva presidencia para refugiarse en Tepic al amparo de Manuel Lozada. En febrero de 1868 se embarcó en San Blas, pero el barco que lo llevaba fondeó en Mazatlán "a consecuencia del mal tiempo", sin embargo, el rumor circulante era que esperaba " noticias y concertar sus operaciones" y que venía "a Sinaloa a tomar parte en la revolución" promovida por Ángel Martínez, Jorge García Granados, Jesús Toledo y Adolfo Palacio contra Domingo Rubí, "y a levantar su partido", que en realidad ya era cosa muerta. La verdad en este asunto es que Vega se dirigía a Baja California, pero Bibiano Dávalos, que era Comandante Militar del Estado, al saber que Don Plácido se encontraba a bordo del navío, envió gente armada que aprehendió al exgobernador, quien fue mantenido en prisión hasta el trece del mes arriba citado en que fue remitido a Colima y consignado al gobernador de aquella entidad, en la que recibió por cárcel la ciudad del mis-

mo nombre bajo palabra de honor. Vega suplicó al mandatario le permitiera "estar en la misma, algunos días mientras" llegaba su equipaje, por lo que demoró la orden de su salida. Ramón Corona transcribió lo anterior al Ministerio de la Guerra, diciendo que ya había ordenado la remisión del preso a Guadalajara, para de allí mandarlo a México; manifestó además que se abstenía "en lo personal de todo procedimiento en contra de Don Plácido, por delicadeza y en virtud de estar reputado como su enemigo personal". El barbudo de El Fuerte no creía en la delicadeza de su adversario, así que con la audacia que lo caracterizaba, se fugó de Colima el primero de marzo siguiente "faltando indignamente a la palabra que tenía empeñada", según las palabras del gobernador, mas esto no fue ninguna disculpa porque el Ministro de la Guerra le contestó "que no habiéndose dispuesto, por se ministerio" que Don Plácido "quedare preso bajo su palabra, la responsabilidad por la fuga, pesara sobre quien corresponda" Vega no perdió el tiempo y el diecinueve de abril llegó a San Blas donde asaltó el comercio de un Señor llamado Enrique Freyman; de allí sacó 2999 rifles, aunque posiblemente hayan sido de los que compró en los Estados Unidos; tal vez los había depositado con el comerciante. Y estando ya en el territorio, llevó las armas a San Luis, lugar donde residía Lozada y el mismo Plácido Vega tenía su casa. En febrero de 1869 el Gral. Adolfo Palacio se sublevó en Culiacán proclamando gobernador a Don Plácido, mas fue derrotado y fusilado en la sierra de Chihuahua. Pero al año siguiente, Vega suscribió en Quimichis un acta de pronunciamiento fechada en La Concha, mediante la cual se adhería al Gral. Trinidad García de la cadena que se había rebelado contra el gobierno de Don Benito Juárez. Libró algunos combates que no le dieron mayores ventajas, pero su acto más audaz fue la invasión de Guaymas, que encomendó a un antiguo conservador llamado Fortino Vizcaíno, quien salió de las costa de Tepic con ciento treinta y dos hombres a bordo del barco "Forward" que enarbolaba bandera de la república de El Salvador. Vizcaíno tomó el puerto sonorense el veintiocho de mayo y sacó $70,000 en dinero y letras, $50,000 en efectos comerciales y cinco mil rifles de los que el mismo Vega había enviado al Gobierno de la República desde San Francisco, y que llegaron consignados a su nombre.

La derrota de los sublevados contra Juárez le impidió consumar sus planes en Sinaloa, pero el fracaso de la revolución de La Noria le dio la oportunidad de volver a tratar de nuevo al Gral. Porfirio Díaz cuando éste pasó por San Luis y estuvo a visitar a Lozada, y es seguro que desde entonces se convirtió en activo agente porfirista. Acompañó a Lozada en la batalla de La Mojonera, en la que tuvo el mando de las caballerías, y en la que inexplicablemente no cargó, aunque la voz de sus contemporáneos dijo que obró así para salvar a la ciudad de Guadalajara de los desmanes de las hordas lozadistas, y no puede explicarse de otra manera, puesto que sus relaciones con ramón Corona, que era el Gobernador de Jalisco y estuvo al frente de las tropas que derrotaron en ese hecho de armas a "El Tigre de Álica", continuaban siendo de enemistad. Con anterioridad a esto, y con motivo de la Ley de Amnistía expedida por Lerdo de Tejada al hacerse cargo de la presidencia, Don Plácido envió una solicitud al jefe político y militar de La Bayona, manifestándole que "como mexicano amante del orden y la paz", deponía "toda hostilidad al Supremo Gobierno", pidiendo se le expidiese salvoconducto. El Ministro de Guerra contestó manifestándole que se le dijera que como había desobedecido la orden que se le dio cuenta se encontraba en Durango de que se presentara en la capital de la república, era necesario lo hiciera para resolver sobre su petición. Desde luego que no lo hizo, y después de la batalla de La Mojonera su nombre se pierde en la oscuridad, aunque sabemos que llevó una vida muy activa como agente de Díaz cuando éste preparaba sus planes, que habían de cristalizar con el triunfo del Plan de Tuxtepec. Las esperanzas de Don Plácido estaban cifradas en la elevación de Díaz, y de seguro que hubiera vuelto al primer plano de no ser porque algunas enfermedades que minaron su salud lo hicieron víctima de la tuberculosis, y murió en Acapulco el cuatro de enero de 1878 a la edad de 48 años, cuando se dirigía a Sinaloa. Pocos días después de su fallecimiento, el Ministerio de Hacienda ordenó se entregaran a Don Camilo Vega los pagos correspondientes a General de Brigada que correspondían al caudillo sinaloense. Es indiscutible que Don Plácido fue la figura más vigorosa y pintoresca que surgió de Sinaloa en el siglo pasado. Su vida está salpicada de hechos que no pueden narrarse en una cuantas líneas, y en

la realidad fue hombre de gran audacia y de una personalidad arrolladora que opacó a todos los prohombres de la Reforma en el noroccidente, lo que le acarreó celos y envidias por derrumbarlo de su pedestal. De los retratos que de él se conservan, uno –indudablemente tomado al regreso de alguna campaña- nos lo muestra con las enormes barbas erizadas; en cambio, otro nos lo enseña como hombre guapo, con las barbas cuidadosamente peinadas, y manos asaz femeninas que causan desconcierto, pues no dan idea del temple y la férrea voluntad del hombre.

Eustaquio Buelna lo pone de azul y oro en sus obras históricas. Desde luego que hay algo de cierto en su juicio, pero también es verdad que dejó caer sobre Vega todo su encono. Para juzgar al caudillo hay que tomar en cuenta la época; la herencia del carácter de los De la vega, y el hecho de que era el hombre fuerte de Sinaloa. Por otra parte, cabe recordar que Buelna era un hombre pasional, y que nunca perdonó a Don Plácido el que haya vetado su designación como Gobernador Sustituto en 1862. Hay dos episodios en la vida de Don Plácido que se le han criticado duramente, pero en estas críticas no había conocimiento de causa, ni un análisis cuidadoso para cimentarlas. El primero de ellos es su misión en los Estados Unidos, que fue la determinante de su caída, la cual hay que decirlo con toda honradez, cumplió con decoro. Durante ella manejó $619,593.18 y se estima que envió veintidós mil rifles, numerosos barriles de pólvora, y otros materiales de guerra a los jefes republicanos. El costo de cada barril fue de unos veinticinco dólares, y esto da idea de su astucia y honradez. Además, hay que recordar lo que gastó en publicidad, en los clubes hispanoamericanos, y en el reclutamiento de voluntarios. El segundo episodio fue el refugio que buscó con Manuel Lozada, que no fue más que el resultado de las intrigas de que fue víctima cuando se encontraba en San Francisco. Requerido por el gobierno federal por el delito de deserción; con el territorio sinaloense dominado por los hombres de Ramón Corona, su mortal enemigo, y grandes zonas del país bajo la férula de los franceses, el instinto de supervivencia llevó a Vega a refugiarse en el Cantón de Tepic, que estaba bajo el control total del caudillo indio, y allí pudo permanecer con tranquilidad hasta los albores del movimiento de Tuxtepec. Don Plácido Vega tuvo tamaños de caudillo y de militar, pero en cambio careció de sutileza como agente confidencial. Tal vez también le faltó habilidad para defenderse y justificar su misión ante sus superiores, pero más que esto, fueron las intrigas en su contra las que lo enviaron a la oscuridad, y las que le impidieron ocupar el destacado sitio que conquistó al lado de los hombres que lucharon a favor de la Reforma, y contra el invasor y el imperio, pues hay que proclamarlo sin eufemismos, Don Plácido es la figura más destacada de Sinaloa en el siglo XIX. El pueblo tiene un instinto certero para escoger a sus ídolos e inmortalizarlos en cantares y corridos. Sinaloa, tierra que ha celebrado musicalmente a Heraclio Bernal y a Juan Carrasco, sigue recordando a Don Plácido a más de cien años de distancia en una alegre y vibrante canción que la tambora desgrana a los cuatro puntos cardinales:

¿Dónde vas Isabel
con tamaña talega?
A buscar la limosna
de Don Plácido Vega”
(Antonio Nakayama. Sinaloa, el drama y sus actores)

BLAS IBARRA BUELNA

Gobernador Provisional del Estado el 23 de enero de 1872.

Don Blas es otro más de los varios Fuertenses que tuvo el honor de figurar como Gobernador del Estado. Esto fue en el año de 1871 como Interno del Lic. Eustaquio Buelna. Fue Prefecto del Distrito el año de 1872, fecha en que muere Juárez, y pudo haberlo sido varias veces más pero no quiso por dedicarse a sus negocios y a su familia; fue un hombre muy influyente y rico en le período porfirista. Se casó dos veces y procreó una docena de hijos; murió el año de 1892, a los 70 años, dejando atrás un gran historial.... (Humberto Ruiz Sánchez. Crónicas del Zuaque 44)

FELIZARDO TORRES VINIEGRA

Gobernador de Sonora. Nació en la Ciudad de El Fuerte en 1848 y fue hijo de Don Trinidad Torres y de su esposa Doña Carmen Viniegra. Niño se radicó en Álamos con sus padres e hizo sus estudios en el Liceo de Sonora que dirigía el Profr. Gregorio Almada. Regidor del Ayuntamiento de 1875, desde entonces se ligó al grupo oposicionista al gobierno del Gral. Pesqueira y después del término de éste desempeñó los cargos de Director de la Casa de Moneda en 1877, Tesorero del Comité Organizador del Instituto Científico y Literario y Diputado local por el Distrito de Arizpe. Fue también socio de la Compañía Minera "La Sonorense" y concesionario para establecer el servicio de alumbrado en la Ciudad de Hermosillo. Al ocurrir la crisis que determinó la caída del Lic. Ortiz del Poder Ejecutivo, fue nombrado Gobernador Interino por la Legislatura y desempeñó este puesto del 29 de diciembre de 1882 al 31 de agosto de 1883. Se manejó con moderación durante el período de transición que le tocó presidir y preparó el campo al Gral. Luis E. Torres. Volvió a establecerse en Álamos y en 1899 estaba al frente de la Agencia de Minería. (Francisco R. Almada. DHGB de Sonora, 1952)

DON FELIZARDO TORRES VINIEGRA
(1848-1906)

Un fuertense gobernador de Sonora

Don Felizardo no pertenece a los Torres que todos conocemos, estos tienen sus raíces en Álamos, Sonora y a quien me voy a referir es fuertense legítimo, hijo de don trinidad Torres Gaxiola y doña Carmen Viniegra, apellido este último con raíces en los minerales de la sierra chihuahuense, por ejemplo, aquí en El Fuerte nació doña Ernestina Viniegra, quien se casó con don Arnulfo Vega Trasviña, que para mejores señas fueron los suegros de Nicolás Sánchez Alonso, cuya esposa se llama Carmen Vega Viniegra.

En la época que nace nuestro personaje, El Fuerte es cabecera importantísima del Distrito del mismo nombre y sus hombres de gran jerarquía en la política eran varios, entre los que podemos citar a don Ramón Félix y Buelna, don Francisco Camilo Orrantia, don Mariano Delgado, don Blas Ibarra Buelna, entre otros. Felizardo nació en El Fuerte de Montesclaros en el año de 1848, tiempo en que el Estado de Sinaloa es gobernado por don Pomposo verdugo, mientras que la jefatura de nuestro distrito se la turnaban don Juan Dasa, Mariano Delgado y Francisco Camilo Orrantia. En 1860 sus padres se ven obligándose emigrar a la cercana ciudad de Álamos, Sonora, donde se le había ofrecido un buen trabajo a don Trinidad en una compañía minera de mucha prosperidad. Por esta razón el joven Felizardo tiene la oportunidad de estudiar en el prestigiado Liceo de Sonora, que dirige el insigne maestro don Gregorio

Almada, obteniendo una buena preparación que le servirá para abrirse paso en la vida.

Muy joven le gusta el ambiente del quehacer político, y a los 27 años obtiene su primer puesto como Regidor del Ayuntamiento de Álamos. De 1873 en adelante, Felizardo se ligó al grupo oposicionista al gobierno del Gral. Ignacio Pesqueira, que se repartía el mando con su pariente José J. Pesqueira. A partir de 1876 logran derribar a este clan y otras gentes empezaron a mandar en el Estado de Sonora. Poco después subirá el gran dictador Gral. Luis Emeterio Torres, quizá pariente de nuestro personaje. En 1877 don Felizardo obtiene el importante y codiciado puesto de Director de la Casa de Moneda de Álamos, y sin dejar este puesto, al año siguiente es nombrado Tesorero del Comité Organizador del Instituto Científico y Literario de Álamos, una organización de mucho renombre que alberga sólo a los grandes personajes de esa época. 1879 es un año importante en su carrera, porque es nombrado Diputado por el Distrito de Arizpe, cosa curiosa, ya que este lugar queda a 500 kilómetros de Álamos y es la mera tierra de sus grandes enemigos, los Pesqueira....

Por los años de 1877 a 1880, don Felizardo se incorpora como socio de la riquísima compañía minera La Sonorense, que explotaba los ricos yacimientos de oro y plata de esa privilegiada región. En el último año citado le da una diversificación a sus actividades, y se convierte en contratista, y con su amigo el Gral. Luis E. Torres en el poder, obtiene la concesión para establecer el servicio de alumbrado a la ciudad de Hermosillo. Enseguida vendrán mejores oportunidades para el fuertense.

En 1881 el Lic. Carlos R. Ortiz había sucedido en el puesto de gobernador al Gral. Luis Emeterio Torres, pero como ya dijimos que este señor era el amo y señor de la situación, le buscó rodadero y el Lic. Ortiz fue destituido del puesto y en su ligar la legislatura sonorense declaró Gobernador Interino a don Felizardo Torres. Su período comenzó en diciembre de 1882 y terminó en agosto de 1883, es decir, gobernó durante ocho meses, pasándole el poder a l Gral. Luis E. Torres, quien cubrirá una larga dictadura. Al terminar su período de gobierno, deja la ciudad de Hermosillo y se establece nuevamente en Álamos, en donde había

dejado sus negocios abandonados, creemos perdió lo más por lo menos, pero llegó a Gobernador y eso es lo que cuenta, quedó registrado en la historia, de lo contrario hoy no sabríamos de él.

Don Felizardo Torres, cuantas veces tiene oportunidad toma la diligencia y visita su tierra, El Fuerte, donde tiene grandes amigos entre ricos y políticos, como don Pomposo Ibarra, Aurelio Ibarra, Francisco Orrantia, Rafael J. Almada y otros; en todas las grandes fiestas anuales de El Fuerte estaba don Felizardo dando ambiente y categoría a las celebraciones. También amigas íntimas tenía algunas; sus biógrafos no mencionan nombre de su esposa....

A partir de 1890 encontramos a don Felizardo como Jefe de la Agencia de Minería de Álamos, este puesto lo detentará muchos años, pues cuando termina el siglo todavía despacha en esa dependencia. Al parecer, don Felizardo sólo alcanzó a vivir unos cuantos años del siglo veinte; sin estar muy seguros de la fecha exacta, se dice que falleció en 1906, en Álamos.

Pues se murió muy a tiempo, unos años más y le toca el estallido de la revolución, conflicto que indudablemente lo hubiera lanzado al destierro, si es que no lo matan los revolucionarios como a tantos otros. Pero ahí queda para la historia este célebre porfirista que también vivió, aunque muy joven, la época juarista, conflictiva por excelencia. (Humberto Ruiz Sánchez. Crónicas del Zuaque 169)

GRAL. LORENZO TORRES

Introducción

Estimado lector: Prepárate a leer la vida y actuación sangrienta de un personaje como ha habido pocos en la Historia de nuestra región. Bachomo, Villa, Obregón y hasta el mismo Rodolfo Fierro, con gran fama de exterminadores se quedan cortos ante este personaje que siempre contará con la atenuante de haber actuado por órdenes superiores y como buen militar había que cumplirlas. Nosotros, en este trabajo le hemos endilgado el slogan EL HOMBRE QUE PELEO EN TODAS LAS GUERRAS.

Nació en el antiquísimo poblado de Mochicahui, Sinaloa en el año de 1836 e hizo porca instrucción escolar por las circunstancias de ese tiempo; muy joven se dedicó a la agricultura y por algún tiempo que no podemos precisar, vivió en el pueblo de Baca, Choix. En 1856, cuando se inicia la Guerra de Reforma en el gobierno de Juárez, él cuenta con 22 años de edad, deja las labores del campo y al parecer se enrola en el ejército, pues hay indicios que así sucedió; registrado oficialmente como combatiente lo encontramos en 1862 cuando se inicia la llamada Intervención Francesa y para 1863 ya ostenta el grado de Mayor en las tropas republicanas de Sinaloa, y para alcanzar este grado en las fechas que señalamos, es porque debe haber tenido varios años de servicio, pues los ascensos no eran rápidos; de lo que no hay duda es que fue un valiente defensor de la causa juarista contra el ejército de la Francia.

En 1864 nace el Imperio de Maximiliano, pero en los Estados de

Sonora y Sinaloa la lucha contra el invasor no ha desaparecido. En enero de 1866 tiene lugar la toma de la ciudad de Álamos por los republicanos, que derrotan a los imperialistas comandados por Tranquilino El Chato Almada; en esa batalla toma parte activa e importante el Mayor Lorenzo Torres, quien por ese tiempo fue ascendido a Teniente Coronel. En el Distrito de El Fuerte, donde fue Jefe de la Comandancia Militar, tomó parte activa en todos los acontecimientos de esa época, hasta que finalmente el Imperio de Maximiliano cae al ser fusilado el Emperador el 19 de junio de 1867. A partir de ahí el país entra en una aparente calma, pero como Juárez se reelige por cuarta vez como Presidente, el Gral. Porfirio Díaz lanza su Plan de la Noria para derrocar a Don Benito, que se perpetuaba en el poder. Acá en Sinaloa, el Coronel Lorenzo Torres y su hermano Anastasio se inclinaron por la causa porfirista y con esa bandera, en el Distrito de El Fuerte, tomaron parte en la batalla de Boca de Arroyo y otras, con el fin de tumbar al Lic. Eustaquio Buelna, que era gobernador juarista. La lucha prosiguió y hubo otro combate importante en Agiabampo, en 1872, donde don Lorenzo, por su temeridad y arrojo estuvo a punto de perder la vida, cuando una ráfaga de balas mató su caballo y un compañero lo rescató en ancas de su cabalgadura. Ese año, en julio de 1872, murió el Presidente Juárez; pero la cosa no para ahí, sigue peor con el Gral. Porfirio Díaz, queriendo a toda costa subir al poder. Nuestro personaje sigue esa lucha, con 400 hombres toma la plaza de Sinaloa y enseguida hace lo mismo con Mocorito. Ignoramos los motivos, pero en noviembre de 1872 decide deponer las armas en la ciudad de Culiacán, tal vez porque es nombrado Lerdo de Tejada Presidente Constitucional y eso le da legalidad a la situación.

Como el Presidente Lerdo también se reelige, Porfirio Díaz vuelve a brincar en protesta, pues no ha quitado el dedo del renglón. Con estos acontecimientos, acá en el noroeste, donde se desenvuelve nuestro personaje, él por su parte se subleva en Álamos en contra del gobernador lerdista el Coronel José J. Pesqueira; con esta acción el Coronel Torres ocupó la cabecera del Distrito para la causa porfirista, pero en seguida es derrotado en Batacosa por las fuerzas del Gral. José Tiburcio Otero. El Gral. Porfirio Díaz en 1876 lanza su famoso Plan de Tuxtepec y entonces si derrota totalmente a los lerdistas, asumiendo la Presidencia de la República. Con esto don Lorenzo Torres queda bien parado y el 21 de marzo de 1878 es ascendido a Coronel. Un mes antes de su ascenso. En febrero de 1878, asume la Prefectura del Distrito de El Fuerte, en sustitución del Gral. Juan Valdez, que venía fungiendo al mismo tiempo como Comandante Militar de la plaza. Sólo unos meses dura en el puesto el hombre de Mochicahui, entregando la prefectura en julio a don José maría Torres, quizá su pariente-, esto en forma provisional, pues en diciembre se hace cargo del puesto otro militar de nombre José Sánchez Pareja. Mientras tanto, don Lorenzo se va a lo suyo, que era la guerra.

En este gobierno porfirista don Lorenzo cambia las armas por la política, y es elegido en 1879 flamante diputado a la legislatura sinaloense, pero no le gusta su nueva carrera y al cumplirla mejor la deja por la paz y se va a Sonora, donde las insurrecciones en contra del Presidente Díaz están a la orden del día: ahí ingresa con su grado de Coronel al Estado Mayor del prestigiado General José Guillermo Carbó; es el año de 1881, ya no era Presidente don Porfirio porque le había prestado la silla a su compadre el Gral. Manuel González. En los años subsecuentes el Coronel Lorenzo Torrres continúa en las armas como Inspector de Colonias Militares en Sonora, en esas tareas lleva a cabo una encarnizada persecución contra los apaches que con su bravura y ferocidad no permitían incursión alguna en sus dominios. En la llama Acción del Encino, el año de 1882, el Coronel Torres recibió una peligrosa herida y de haber sido capturado, se hubiera quedado sin cabellera. En 1883 el Presidente González promulga la Ley de Colonización, esto afecta de sobremanera a todos los indígenas de Sonora, yaquis y apaches, y para cuando don Porfirio vuelve al poder en diciembre de 1884, la cosa está que arde en Sonora, y en enero de 1885 revienta en forma oficial lo que será conocido como la sangrienta Guerra del Yaqui.

Este va a ser el período infame, la página negra, para el Gral. Díaz, para el Gobernador Luis E. Torrres y por supuesto, para el Coronel Lorenzo Torrres, pues entre todos los militares sonorenses desatan una guerra de exterminio contra los rebeldes y valientes yaquis, que defienden con su sangre y con su vida los terrenos que les van siendo arrebatados. Al

año cinco meses de aquella sangrienta y desigual lucha, el bravísimo jefe Yaqui Cajeme es derrotado en mayo de 1886, -se esconde en la sierra pero es capturado y fusilado en abril de 1887-. En toda esta cruenta guerra tomó parte activa e importante el Coronel Lorenzo Torres; fueron en total veinte años los que este militar combatió a los yaquis, hasta lograr su casi exterminio. En 1887 don Lorenzo es convencido de que tome las riendas como Gobernador del Estado, período que le corresponde de septiembre a diciembre de 1891, pero el Señor Torres sólo estuvo en el cargo cuatro meses, o sea, el resto de ese año la legislatura le concedió licencia ilimitada y ya no volvió al cargo, se fue a lo suyo, a asumir el mando en el río Yaqui para tener bien vigilados a los indios.

Pero el Coronel Lorenzo Torres va a seguir escribiendo páginas negras en su hoja de servicios, por órdenes superiores, por supuesto, pues en octubre de 1892 participa en la llamada Matanza de Tomóchic, que fue un aplastamiento brutal de una sublevación de tarahumaras en el pueblo de Tomóchic, Chihuahua, donde exterminaron hasta mujeres y niños y prácticamente borraron del mapa este pueblo. Al año siguiente, en 1893, al fin es ascendido a General Brigadier y nombrado Jefe de las Armas en el Estado de Sonora; tarde le llega el reconocimiento, anda en los 57 años de edad, pero está muy fuerte aún y dicen que era de una valentía y entrega indiscutible. Dos años más al servicio de las armas necesitó don Lorenzo para llegar a General de brigada, grado que consigue en febrero de 1895, desempeñando varias misiones peligrosas, como era su costumbre, al frente de la Jefatura de la Primera Zona Militar del Pacífico. En ese año y en el siguiente, la lucha sangrienta y encarnizada contra los yaquis continuó sin tregua, don Porfirio, que ya iba en su cuarta reelección era en principal interesado en apaciguar o en su defecto exterminar por completo a los valerosos indios, y el Gral. Lorenzo Torres era el brazo armado que debía cumplir las órdenes. Se recuerda con azoro y repulsa la batalla de Mazocoba, donde aparte de la gran matanza el Gral. Torres hizo mil prisioneros yaquis. El 15 de mato de 1897, al fin, pactan los diezmados y heroicos yaquis, aceptando y firmando el tratado de paz con el Presidente Díaz.

Lorenzo Torres está encumbrado en el poder, el siglo 19 está en

agonía, Porfirio Díaz sigue aferrado a la silla grande, mientras que acá en Sonora, Lorenzo Torres es ungido Senador por este Estado, pero a lo que queremos llegar es a contarles que con ese poder Torres no ha tenido obstáculo para adueñarse de las tierras de los yaquis, a todo lo largo del río por una y otra margen, y linderos ilimitados al norte y al sur, son sus posesiones. No estamos inventando, la historia oficial de Sonora dice que tuvo en propiedad 400,000 hectáreas sólo en el Valle del Yaqui. Si el lector no sabe calcular cuántas 400 mil hectáreas, les diremos que las actuales tierras de cultivo desde Guasave hasta El Carrizo no cubren esa superficie.

El Gral. Torres fue prácticamente empujado para que participara en política, carrera que no le gustaba en absoluto; era un hombre de guerra, una oficina le asustaba más que mil yaquis enfrente, sin embargo, aceptó ser Senador por el Estado de Sonora, en los cuatrienios que iniciaron en 1898, 1902, 1906 y 1910, sin que nunca hubiera tenido que entrar en funciones, todo lo hacía su suplente, el Ing. Alejandro Prieto; no lo conocieron en la Cámara de Senadores. Don Porfirio siguió aferrado a la silla, mientras acá en Sonora don Lorenzo engrosaba su hoja de servicios militares. El siglo veinte entra sin cambios, la dictadura sigue igual y por tal motivo los Yaquis vuelven a su rebeldía y a defender con la vida las pocas tierras que les quedaban, pues todo se les había ido quitando a base de exterminio y la infame deportación. El 10 de julio de 1901 cae abatido el valiente caudillo yaqui Tetabiate y su gente es totalmente derrotada y masacrada por el porfirismo.

Una nueva y débil luz de protesta contra la dictadura porfirista nace en San Luis Potosí. Con Ponciano Arriaga, fundando el Club Antirreeleccionista a principios de ese año de 1901, pero eso no hace ni cosquillas al viejo dictador, representado en Sonora por el Gobernador Gral. Luis E. Torres. Los pesados años de la dictadura siguen transcurriendo, mientras don Lorenzo, sigue con su vida entregada a las armas y al servicio del sistema. Revienta la huelga de Cananea en 1906, y la situación del país se hace más tensa y sofocante; sin embargo, aparece una débil luz de esperanza al ansiado cambio con el despertar de Flores Magón.

En 1904 se fraccionaron los pueblos de Bácum y Cócorit, quitan-

do las tierras a los indios y entregándose en venta a colonos blancos y a militares; la tribu yaqui seguía siendo expulsada de sus dominios. Nos acercamos lentamente al holocausto del porfirismo, pero mientras tanto nuestro biografiado sigue fiel a su causa, entramos al año de 1908; don Lorenzo sigue como Jefe de la primera Zona Militar, ahora con residencia en Tórim, donde seguido es visitado por su querido compadre don Gregorio Delgado Gaxiola, que desde El fuerte se pone en camino sólo para saludarlo y algunos de sus hijos hasta trabajan a las órdenes del militar en la hermosa hacienda El Guamúchil, ahí en Sonora. A propósito de don Lorenzo el hacendado, el agricultor es justo asentar que él como Gobernador, fue el constructor del primer canal de riego llamado Marcos Carrillo, que se construyó en Sonora, en el río Yaqui; esto señala el principio de las obras de irrigación realizadas por el Gobierno del Estado.

Ya estamos en 1910, el gran momento se acerca, el Gral. Lorenzo Torrres continúa en las armas al servicio del Gobierno porfirista; estalla la revolución y él la combate obteniendo algunos triunfos como el de Otates, en Sahuaripa, en marzo de 1911, cuando derrotó a los revolucionarios Anacleto Girón y Antonio García. En este momento el Gral. Lorenzo Torres lleva ya sobre sus espaldas 75 años de edad

De cualquier manera, la revolución triunfa. Porfirio Díaz renuncia el 25 de mayo de 1911, el 31 del mismo mes sale al exilio y es hasta entonces, ocho días después, cuando don Lorenzo obviamente, también tiene que abandonar el país, yéndose a los Estados Unidos en junio, radicándose en Los Ángeles, Sólo año y medio duró en el triste, enfadoso y obligado destierro; el 22 de noviembre de 1912 fallece el hombre de las mil batallas, el más experimentado de los generales porfiristas de Sonora, se entregó en cuerpo y alma a la causa de las armas y no por haber sido del bando dictatorial se le regatee el mérito de haber expuesto la vida mil veces y las mismas de haber cumplido como militar las órdenes de la superioridad; eso nadie se lo puede quitar; él peló en todas las guerras desde la Reforma, pasando por la Intervención Francesa y el Imperio, hasta la Revolución Maderista, eso señores, amantes de la historia, es algo que pocos mexicanos pueden presumir.

Y para que vea usted, amigo lector, cómo son las cosas, su hijo llamado Manuel Torres Valdez, peleó con todo valor y patriotismo a favor de la Revolución Mexicana, llegando a ostentar el grado de Mayor; eso su padre ya no lo vió, pero de haber sido posible creemos se hubiera sentido orgulloso de que su hijo haya escogido la causa que su conciencia le dictó.

Vamos a volver como despedida a don Lorenzo Torres, porque se lo merece el viejo, insisto, los tamaños nadie se los quita, para decir lo siguiente: En el Museo de la Universidad de Sonora, allá en Hermosillo, hay un hermoso y gigantesco cuadro al óleo, realizado en París por el pintor Franco Perera, donde aparece de cuerpo entero y con gesto de orgullo y soberbia don Lorenzo Torres, con su elegante uniforme de General tapizada de medallas colgadas al mérito y al valor, y en una urna de cristal anexa está intacto dicho uniforme acompañado de las citadas medallas y condecoraciones. Esto el Museo lo tiene en posesión con verdadero orgullo, pues de todo lo ahí expuesto el material citado ocupa un primerísimo lugar, por lo que representa históricamente. Tuvo errores, tuvo excesos, causó muchas muertes, está en la lista de los malos, pero si él pudiera defenderse nos diría que sólo cumplió lo que el tiempo y circunstancias le hicieron vivir. (Humberto Ruiz Sánchez. Crónicas del Zuaque 171).

TORRES, LORENZO
(1836-1912)

Nació en Mochicahui. En 1863 militó en las tropas republicanas del estado en las que ostentó el grado de Mayor. El 7 de enero de 1866 participó en la toma de Álamos, Son., donde combatió a los franceses. Ascendió a teniente coronel y tomó parte en la campaña del estado hasta que fue vencido el Imperio. En 1871 obtuvo el grado de coronel y se sublevó en apoyo al Plan de la Noria, proclamado por Porfirio Díaz. Desempeñó la comandancia militar en el distrito de EL Fuerte y concluyó por amnistiarse después de la muerte del presidente Benito Juárez. En enero de 1876 volvió a levantarse en armas en el distrito de Álamos contra la administración sonorense que presidía el Cor. José Pesqueira. Ocupó la cabecera, proclamó el Plan de Álamos y fue derrotado en Batacosa por el Gral. Otero. Continuó luchando hasta que el Gral. Vicente Mariscal declaró el estado de sitio y lo reconoció como gobernador de Sonora. El grado de coronel le fue confirmado el 21 de marzo de 1878. En 1880 desempeñó los cargos de diputado local por Sinaloa y subinspector de Colonias Militares en Sonora del 17 de marzo al 31 de diciembre. Se incorporó al Estado Mayor del Gral. Guillermo Carbó; estuvo en el depósito de jefes y oficiales y de allí pasó comisionado al cuartel general de la 1ª. Zona Militar. Combatió a los indios apaches y fue herido en la acción del Encino; hizo lo mismo con los yaquis dirigidos por Cajeme. Electo gobernador constitucional de

Sinaloa para el periodo de 1887 a 1891, sólo permaneció en el puesto del 1ª de septiembre al 19 de diciembre del primer año, fecha en que la legislatura le concedió una licencia ilimitada, y no volvió al gobierno en el resto del cuatrienio. Asumió el mando de las tropas del río Yaqui y se distinguió como uno de los jefes de columna más experimentados en esta clase de guerra. A fines de 1892 participó en la acción de Tomochic, Chih. El 2 de febrero de 1893 se le otorgó el grado de brigadier y volvió con una columna a la sierra de Chihuahua para combatir a los rebeldes, que fueron vencidos en Santo Tomás. Fue el iniciador del canal Marcos Carrillo, construido sobre la margen derecha del río Yaqui. Se le expidió patente de general de brigada con antigüedad del 24 de febrero de 1895; estuvo al frente de la jefatura de armas en el estado de Sonora y en varias ocasiones se encargó del mando de la 1ª. Zona Militar. Durante más de 20 años combatió a los indios yaquis y participó en numerosas acciones militares, entre ellas la de Mazocoba, en donde hizo mil prisioneros. Senador propietario en varios periodos, no llegó a entrar en funciones por lo que su suplente, Alejandro Prieto, se hizo cargo del puesto. Obtuvo licencia ilimitada para separarse del ejército el 17 de junio de 1911 y se estableció en Los Ángeles, California, donde murió el 22 de noviembre. (INEHRM T6)

FRANCISCO ORRANTIA Y SARMIENTO

No podía faltar en este desfile el personaje más notable de El Fuerte del siglo XIX, el importantísimo hacendado, agricultor e industrial y por supuesto, destacado político. Fue el creador del Ingenio Azucarero La Constancia, varios años antes que Los Mochis. Don Francisco fue prefecto seis veces, él tiene el record; a continuación los años en que ejerció el poder, aunque a decir verdad siempre fue el poder tras e trono: En 1867, 1881, 1885-86, 1887-89, 1895-96 y 1900-1901. Las propiedades de don Francisco abarcaban prácticamente desde los linderos de Choix hasta el mar. La casona que en El Fuerte lo representa y no deja perder vigencia es la de dos plantas que se ubica en la Calle Rosales, es de manzana completa y sus otros límites son Calle Juárez, Calle Degollado y Andador Orrantia. Murió don Francisco en el exilio, expulsado por la Revolución, en el año de 1818. Fue suya una vida paralela a la del Gral. Francisco Cañedo, como Gobernador de Sinaloa, y a la de don Porfirio Díaz. Como Presidente de la República. (Humberto Ruiz Sánchez. Crónicas del Zuaque 44)

ROBERTO ORRANTIA Y SARMIENTO

Hermano de don Francisco, este personaje nunca fue gobernador oficialmente pero sí ostentó el título de Vicegobernador haciendo mancuerna con el Gral. Francisco Cañedo, la toma de posesión fue el 4 de julio de 1877 y finalizó el período en diciembre de 1880, lapso en el cual cubrió breves ausencias de Cañedo que nunca fueron oficiales. Murió don Roberto aquí en El Fuerte el año de 1904. (Humberto Ruiz Sánchez. Crónicas del Zuaque 188)

JOSÉ RENTERÍA

Liberal. “Pocos días después de retiradas de Culiacán las fuerzas de Cosalá (que al mando de Don Atanasio Aragón vinieron a combatir al sublevado Francisco de la Vega) entraron en aquella ciudad las que del Fuerte trajo a reducir a los pronunciados el Coronel Don José Rentería; pero visto que Don Francisco de la Vega se hallaba en la línea oriental del Estado y que los sucesos del Sur habían tenido un pronto e inesperado desenlace con que no se contaba, Rentería convocó en 22 de octubre en la misma población una junta de jefes y oficiales de su fuerza, que llevaba el nombre de “Sección del Fuerte”, para pedirles su opinión acerca de los acontecimientos políticos del Estado. Allí se levantó un acta iracunda, desconociendo al gobierno provisional de Mazatlán (producto del Plan de El Rosario) proponiendo se declarase el estado de sitio en ciertos distritos, como si no bastara el que se había decretado para todo Sinaloa, y disponiendo que el jefe de la Sección se quedase con el mando de los de Mocorito, Sinaloa y El Fuerte, y se confiase el de los de Culiacán y Cosalá al Coronel Don Atanasio Aragón, mientras volvía al poder el Sr. García Mortales o regresaba Don Plácido Vega, o el gobierno de la nación hacía nuevo nombramiento. (Eustaquio Buelna. Breves apuntes para la historia de la guerra de intervención en Sinaloa. Primera edición ilustrada. H. Ayuntamiento de Mocorito, Colección 2 milenios, Volumen 6, Culiacán Rosales, Sinaloa, 2001-)

PROFR. JOSÉ RENTERÍA
(1835-1919)

Primer Gobernador Constitucional de Sinaloa
Emanado de la Revolución Mexicana.

Vida y obra
Profr. Humberto Ruiz Sánchez

Hay un personaje casi desconocido o al menos olvidado que tuvo una destacada actuación en tres diferentes etapas o épocas de la Historia de Sinaloa. Ellas fueron:

1.- La época Juarista, con su Guerra de Reforma, la Intervención francesa y el Imperio.

2.- La larga dictadura porfirista que duró más de 30 años.

3.- La revolución mexicana y su cambio social.

De pocos personajes de la historia se puede decir lo mismo, ¿le interesa el tema?....adelante.

Aunque Don Filiberto Leandro Quintero en su historia de la región, dice desconocer fecha de nacimiento, fecha de llegada a Sinaloa y objetivos de su viaje, nosotros en los archivos de El Fuerte encontramos datos que dan un poco de luz al respecto. Por ejemplo, unos dicen que era jalisciense y otros de Michoacán; la realidad es que nació en Huetamo, Michoacán el año de 1835; estudió en Guadalajara la carrera de Maestro alcanzando título de normalista; ingresó al Colegio Militar

en la Ciudad de México, pero por razones que desconocemos truncó sus estudios. En 1856, contando con 21 años de edad, trabajó en la Ciudad de México en el bufete de un notable abogado; ahí aprendió bastante de leyes y estudió idiomas, llegando a dominar el inglés y el francés a la perfección.

Se estableció un poco de tiempo en Morelia, capital de su estado natal y debido a sus ideas liberales, ya muy definidas, sostuvo alegatos y polémicas fuertes en un periódico local nada menos que con el propio Obispo de Michoacán, Don Clemente de Jesús Munguía; esto le acarreó grandes problemas en una ciudad como Morelia, empapada de religiosidad. Este Don Clemente lo registra la historia como uno de los primeros en viajar a Europa a ofrecer a Maximiliano el trono de México. No andaba entonces muy errado el joven Rentería cuando lo combatió años antes de este suceso. Entonces el fogoso joven Rentería tuvo que perder la tierra, incursionando por el noroeste buscando ambiente propicio; así llega a Sinaloa a mediados de 1858, cuando tiene apenas 23 años de edad, era casi pues un excomulgado. No sabemos porqué circunstancias Rentería sigue al norte, llegando a la Villa de El Fuerte, donde al ponerse de manifiesto su preparación intelectual, el Prefecto del Distrito Don Ramón Félix y Buelna le encarga la Dirección del Instituto Municipal "Benito Juárez", que no es otra cosa que la escuela primaria del lugar.

Sinaloa era en ese tiempo terreno propicio para el desarrollo de la causa liberal contra los llamados conservadores. Es cuando un joven loco e inquieto de ideas similares a las de Rentería declara un pronunciamiento en El Fuerte el día 19 de agosto de 1858 y se levanta en armas a favor de la Constitución de 1857; el Profr. Rentería se unió sin titubeos a ese movimiento, que por principio de cuentas toma la Villa de El Fuerte para la causa; ese joven se llamó Plácido Vega y Dasa, y en ese primer brote de rebeldía le ayudaron también los siguientes vecinos: Adolfo Ibarra. Camilo y Manuel Vega, Mariano Delgado, Jesús Vega Pacheco y varios más. A los dos o tres días sucedió lo mismo en Culiacán, y la mecha está ya prendida, se ha desatado la guerra civil en Sinaloa de liberales contra conservadores.

Volviendo a nuestro biografiado, en 1860 el profesor ya convertido

en militar, contrae matrimonio en El Fuerte con la Señorita Refugio Rivera Vega, pero al parecer no tuvieron descendencia, pues no encontré en los archivos del Registro Civil nacimientos de Rentería alguno. Este movimiento fue el que llevó a Plácido Vega, ya como general, a la gubernatura del Estado; para entonces ya habían llegado a Sinaloa a pelear por la misma causa Antonio Rosales y Ramón Corona, pues en el centro del país y en la región de Jalisco poco podían hacer por sus objetivos. Así tenemos pues al profesorcito de nuestra historia convertido en combatiente, dando rienda suelta a una inquietud que ya había saboreado cuando fue alumno del Colegio Militar. Ya no estaba al lado del Gral. Plácido Vega, pues "el barbón de El Fuerte" vuela muy alto; ahora está a las órdenes del Coronel Antonio Rosales, a quien no ve con muy buenos ojos, pues se ha dado cuenta de ciertas ambiciones, tanto del zacatecano Rosales como del jalisciense Corona.

Las desconfianzas de Rentería hacia Rosales tenían su razón, como se verá más adelante. En enero de 1863 el Gobernador Plácido Vega tuvo la necesidad de dejar su delicado y peligroso puesto en manos del Gral. Jesús García Morales y trasladarse él a una importante comisión encomendada por el Presidente Juárez. Cuando García Morales asume el poder, da nombramiento de Prefecto del Distrito de El Fuerte a Rentería. La fecha exacta es el 4 de julio de 1864, y ya ostenta el grado de Coronel; como se ve es hombre de confianza del inmortal sonorense cuya estatua engalana hoy el Paseo de la Reforma en la Ciudad de México. Rosales siempre le tuvo gran respeto, envidia y hasta temor al Gral. Plácido Vega; la prueba está que mientras él estuvo presente no movió un dedo en su contra, pero cuando se quedó García Morales como gobernador, entre el Gral. Ramón Corona y él lo atacan, derrotan y tumban del poder. Como García Morales era sonorense y estaba recién llegado a Sinaloa, no quiso derramamiento de sangre y mejor cortó por lo sano. Entonces Rosales se autonombró gobernador pasando sobre la Constitución, pues debería haber asumido la gubernatura el Lic. Don Jesús María Gaxiola como Presidente, que era, del Supremo Tribunal de Justicia, ¿Y ustedes saben qué hizo el Gral. Rosales con este alto magistrado?; lo tomó preso y le colocó un uniforme de kaki, igual que si fuera un soldado castigado

por corrección a la limpieza, y así, por orden de quien hoy identificamos como el Héroe de San Pedro, se hizo cargar el barril de las inmundicias al Presidente del Supremo Tribunal de Justicia, al legítimo Gobernador de Sinaloa. El anterior derrocamiento que citamos ocasionó que el Coronel José Rentería no sólo no reconoció aquella acción de su antiguo jefe, sino que disgustado por la situación, se viene a El Fuerte con su contingente compuesto por unos 300 elementos.

Por esos días un conservador recalcitrante, como lo era el exgobernador Don Francisco de la Vega y Rábago, había sido derrotado en Culiacán por García Morales y hecho huir con su ejército a los límites de Durango. Ahí se reorganizó y cuando volvía a tratar de reconquistar Culiacán, sorprendió a las fuerzas del Coronel José Rentería, a las cuales tomó dormidas en un lugar llamado Mirasoles, sierrita localizada a escasos quince kilómetros de la ciudad capital, en la oscura madrugada del 28 de octubre de 1864. Los fuertenses que en ese momento acompañaban al Coronel Rentería como combatientes y con distintos grados eran: Narciso Félix, Juan B. Amarillas, Camilo Meneses, Pacífico Meneses, Paulino Soto, Tiburcio Vega, Patricio Robles, Jesús Vega Pacheco, Guillermo Vega y los hermanos Ramón y Cecilio Rivera Vega, éste último de sólo 18 años de edad y que eran sus cuñados. Mirasoles queda a cinco leguas (quince kilómetros) de Culiacán por el camino real que va a Mocorito; ahí, a las tres de la mañana fue la brutal carnicería; perdieron todo: armamento y pertrechos de guerra; el Coronel Rentería herido fue conducido a la Villa de Sinaloa y ahí quedó prisionero sólo unos días, pues al reconocerse en Culiacán la gubernatura de Rosales, fue dejado en libertad, viniéndose a El Fuerte nuevamente. De este combate se dice que fue el único que ganó el Coronel Don Francisco de la Vega. A los pocos días a Rentería le tocó presenciar, con beneplácito por supuesto, cómo en la plazuela de El Fuerte era fusilado y colgado su victimario el Coronel Don Francisco de la Vega y Rábago, quien se despidió de este mundo portando la vergonzosa etiqueta de imperialista.

Rentería tuvo muchos hechos de armas en este lapso conflictivo que abarcó la Reforma, la Intervención Francesa y el Imperio de Maximiliano; se ganó a pulso el grado de Coronel otorgado por el Presidente

Juárez. Enumeraremos algunos: Batalla de La Noria, entre Mocorito y Culiacán, en octubre de 1858; Batalla de Los Mimbres, Cosalá, en marzo de 1859; Toma de Mazatlán, en abril de 1859; Batalla del Salitral, Álamos, Sonora, en agosto de 1861, y varios más.

Al triunfo de las fuerzas liberales contra el invasor francés y la caída y muerte del Emperador Maximiliano, ocurrida el 19 de junio de 1867, el Profesor y Coronel José Rentería se estableció en Álamos; le gustó el auge que este centro minero tenía entonces y fundó una escuela que fue de gran prestigio y a la que asistieron jóvenes del lugar y los alrededores; Rentería tenía entonces 32 años de edad. No sabemos con precisión cuántos años duró en Álamos con su escuela, suponemos que entre tres y cinco, pero lo que si estamos en posibilidad de afirmar es que para cuando Don Porfirio Díaz asumió el poder presidencial por primera vez, o sea en 1877, Rentería ya estaba radicando en El Fuerte.

Rentería admiraba mucho al Porfirio Díaz liberal, al defensor de la Causa Juarista y de la República hasta la caída de Maximiliano, pero cuando el oaxaqueño se convirtió en dictador, cayó de la gracia del Maestro, y al identificarse éste como antiporfirista se le cerraron muchas puertas en lo militar y en la política, dedicándose entonces de lleno a la carrera magisterial. En la Villa de El Fuerte fundó una grandiosa Escuela Militarizada; lo pudo hacer puesto que su grado de Coronel nunca se le retiró. Impartía primaria y secundaria, y además, alguno nunca visto, tenía "internado", formado por unos sesenta jóvenes procedentes de distintas partes como la Villa de Sinaloa, Culiacán, Mazatlán, de Álamos, Sonora y hasta de Hermosillo. La incipiente Universidad de Sinaloa, en esos tiempos llamada Colegio Civil Rosales andana en pañales, por eso a su escuela se le reconocía como "el mejor centro educativo del noroeste". Para estimular a los alumnos, el Maestro Rentería les otorgaba grados militares, así el jefe de los alumnos era Sub-Teniente y a los más destacados les daba el grado de Sargento y Cabo; los novatos recibían bautizo de ingreso, ya fuera rapándolos o dándoles comisiones que llamaran a risa o bien, mandándolos a la leña. Algunos de esos alumnos que después destacaron en diferentes actividades fueron, entre otros, los siguientes:

BRIGIDO CARO.- Periodista y político nacido en Álamos; actuó en Durango, Zacatecas y Guadalajara; en esta última sufrió prisión por varios meses por sus candentes escritos en contra de la dictadura porfirista.

RICARDO TOPETE ALMADA.- General de División nacido en Álamos; como Diputado Federal contestó un informe presidencial de Don Plutarco Elías Calles.

FAUSTO TOPETE ALMADA.- Alamense, llegó a general de División y fue Gobernador de Sonora.

PABLO ERASMO MACIAS VALENZUELA.- General de División, Gobernador de Sinaloa y Secretario de la Defensa Nacional.

ALFREDO DELGADO IBARRA.- General de División y Gobernador de Sinaloa.

FRANCISCO A. RIVERA.- Coronel, Jefe del Estado Mayor del Presidente Álvaro Obregón.

FRANCISCO R. SERRANO.- General de División, Gobernador del Distrito Federal, Secretario de Guerra y Marina y Candidato Presidencial.

ANTONIO A. GUERRERO.- General, Jefe de Operaciones Militares en Sonora, Coahuila y Chihuahua.

MANUEL LUGO.- General, Jefe de las Guardias Presidenciales de Don Plutarco Elías Calles.

MANUEL ORTEGA.- General revolucionario, Comisionado en el Distrito Federal.

GREGORIO DELGADO IBARRA.- General revolucionario con comisiones en la Ciudad de México.

AURELIANO A. RIVERA.- Presidente Municipal de Ahome.

Aunque usted no lo crea, el propio "Liceo Rosales" impartió la instrucción secundaria y profesional en base al entonces llamado "Movimiento Magisterial Positivista", corriente educativa introducida a Sinaloa nada menos que por el Profr. José Rentería en base a los lineamientos del inmenso Maestro Don Gabino Barreda.

Don José Rentería era un inquieto incorregible; se había acostumbrado a la intensa actividad en sus años de combatiente, por eso un tiempo deja El Fuerte, y así como se había radicado en Álamos, se

aposenta en Mochicahui, y a la vez que funda ahí también una escuela, le entra de agricultor, pues la llamaron mucho la atención las feraces tierras limosas de orillas del río. Estando en ese pintoresco pueblo lleno de muchachas hermosas, el ya madurón Rentería le da por andar de conquista, se enamora de dama con compromiso, y cuando el ofendido le reclama, se hacen de palabras y como él anda armado, le "sorraja" un balazo en la cabeza a su oponente que viene a ser nada menos que hermano de don Filiberto R. Quintero y obviamente tío de don Filiberto Leandro Quintero Vega insigne historiador regional. No sabemos cuanto tiempo permanece Rentería detenido por el crimen citado, a lo mejor se declaró la defensa propia, pero lo cierto es que cuando se desembaraza del penoso incidente reabre su escuela en El Fuerte.

Con tamaña instrucción académica, con tal preparación como tenía, no fue raro que al Profesor le entrara el gusanito de escribir, se convierte pues en colaborador de periódicos y revistas de la época; así edita un libro en 1892 el cual titula "Estudios y Recuerdos" en él, da opinión de la Época Juarista, habla muy bien del Gral. Ramón Corona pero pone los puntos sobre las íes al tocar el tema escabroso del comportamiento del Gral. Antonio Rosales que se la llevó haciendo rebeliones y asonadas cuando el país más necesitaba la unión de todos los mexicanos; y no se crea que fueron reproches personales contra el zacatecano pues sabido y comprobado está que el Presidente Juárez reclamó airadamente algunas actuaciones del glorioso Héroe de San Pedro que yo creo que buscaba la inmortalidad con su tozudez y caprichos pues fue a entregar su vida en forma inocente y tonta como el peor de los estrategas militares a Alamos, Sonora a manos del tristemente célebre Tranquilino "El Chato" Almada. Así en el ambiente tranquilo de la pintoresca Villa, transcurre la vida de Rentería hasta recibir el nuevo siglo, estamos pues en 1901; el célebre maestro no ve con buenos ojos el que Don Porfirio Díaz se ha apoderado del mando del país y lo va convirtiendo en una dictadura, pero el veterano de las tres guerras -Reforma, Intervención e Imperio- ya con más de 65 años a cuestas no tiene mucha oportunidad de protestar, pero está se le presentará más delante.

Por esos años se esta construyendo una vía férrea a la que sus

dueños han bautizado como Ferrocarril Kansas City México y Oriente, son norteamericanos los realizadores encabezados por el Ing. Albert K. Owen. Dicha construcción se desprende del incipiente Puerto de Topolobampo y en difícil y casi milagroso avance tratará de llegar en una primera etapa de su proyecto al Estado de Chihuahua. Así a finales de 1903 la "punta de fierro" o sea, el tendido de rieles llega la rancho de Joyanco, que así se convierte en estación. El 9 de enero de 1904 va a ser histórico, llega a Estación Joyanco procedente de Topolobampo, el primer tren de pasajeros, fue aquello lo nunca visto, la gente de El Fuerte se volcó en la estación, multitudes recorrieron a pie la distancia de 7 kilómetros para estar presentes y ver un milagro realizado. Con ese motivo el Profesor Rentería, desde una tribuna improvisada de madera, lanzó elocuente discurso ante personalidades como el Prefecto del Distrito Don Rafael J. Almada, Don Francisco Orrantia y Sarmiento, los Ingenieros Owen y Tays y ahí estaba también Don Benjamín F. Jhonston; total aquello fue la apoteosis pues se había realizado el milagro de tender nada menos que cien kilómetros de vía férrea en forma particular; y eso era una pequeña parte del descomunal sueño de Albert K. Owen. Tendrían que transcurrir sesenta años para que el gobierno Mexicano terminara el proyecto con el llamado Ferrocarril Chihuahua-Pacífico.

En 1908 muere doña Dolores Rivera y Vega, cuñada justamente del Profesor Rentería, y éste al hacer la presentación del cadáver y asentar el acta respectiva en el Registro Civil, declara ser originario de Huetamo Michoacán, tener 73 años en la fecha y dedicarse además de maestro a agricultor. Con esta aclaración salida del propio Rentería se descubre lo que el historiador don Filiberto Leandro Quintero no pudo encontrar, pero se descubre por quien esto escribe apenas el año de 1991. Estamos en 1909, don Porfirio lleva casi treinta años de dictadura y a la par con el oaxaqueño acá en Sinaloa el Gral. Francisco Cañedo ha hecho lo mismo como Gobernador del Estado, sólo que la infalible muerte viene por el nayarita en ese año citado. Los sinaloenses cansados de aquel yugo, al ver muerto a Cañedo se aprestan a elegir y llevar al poder a un hombre de sus simpatías, se viene pues la lucha electoral entre el periodista y Licenciado José Ferrel y el acaudalado hombre de empresa don Diego Redo

de la Vega. El Fuerte es en ese tiempo un bastión político importante en esos álgidos momentos que narramos, Don José Rentería a pesar de su edad con gran fogosidad escribe con elocuencia a favor de Ferrel en "El correo de la tarde", periódico que dirige el Ultra-Ferrelista don Heriberto Frías. Todo Sinaloa (menos los ricos) vota por el Lic. Ferrel pero en un milagro de alquimia electoral y con el apoyo del que manda allá arriba gana don Diego Redo, Sinaloa quedó profundamente lastimado con aquel fraude electoral, muy pronto las cosas cambiarán.

Estamos en 1910, don Francisco I. Madero lucha contra la llamada Dictadura, acá en El Fuerte en un golpe de audacia el recluso de la cárcel don José María Ochoa toma por asalto la prisión, libera a los presos y con un pequeño contingente se apodera de la Prefectura. El primero en apoyarlo es don José Rentería y ambos toman la plaza en nombre de la Revolución Maderista. Cae el Prefecto político don Gonzalo Martínez y es designado inmediatamente por Ochoa como nuevo Prefecto, don José Rentería. La arenga que el viejo maestro dirigió a la multitud reunida el pórtico del Palacio Municipal fue de antología, nunca antes nadie se había dirigido a los fuertenses con tal elocuencia, retándolos, incitándolos a tumbar el régimen sin importar la vida. ésto sucedía en diciembre de 1910 y como es sabido en mayo del siguiente año caía lo que se veía tan imposible, el Régimen Dictatorial del General Díaz. Cuantos años guardó don José Rentería el odio hacia el porfirismo, pues el había sido liberal incondicional a Juárez y durante la dictadura prácticamente había sido relegado a no comulgar con el sistema, todo ese tiempo se la pasó de maestro refugiado en Alamos y El Fuerte como ya lo describimos.

A la caída de don Porfirio, acá en Sinaloa el Gobernador Redo se va al exilio, entonces el General Juan Banderas toma la gubernatura en forma provisional mientras se celebran elecciones constitucionales. En ese momento, aunque usted no lo crea, El Fuerte es el centro político del Estado y lo prueba el hecho de que de su seno salen los dos candidatos que contenderán por la gubernatura del Estado. Ellos fueron el acreditado abogado don José A. Meza y por supuesto nuestro biografiado el Profesor Rentería. Pero vayamos al detalle: Don José Rentería está

en sus funciones de Prefecto Político cuando llegan hasta El Fuerte representaciones de Culiacán y Mazatlán a proponerle la candidatura a Gobernador; por Culiacán viene el prestigioso licenciado don Enrique Moreno y el destacado político don Tomás Alvarado, mientras que por Mazatlán lo hace nada menos que el periodista Heriberto Frías. Rentería acepta –no obstante sus 76 años cumplidos- y para no alargarle tanto el cuento, en junio en unas elecciones limpias y tranquilas triunfa el viejo maestro con los siguientes resultados en la votación general; el Lic. Meza 3,929 votos; Rentería 25,377 votos. En el Distrito de El Fuerte sufragaron así: Lic. Meza 1,450 votos; Rentería 3,823 votos. En el incipiente Los Mochis (estamos hablando de 1911) votaron 320 personas; Meza 86, Rentería 234. Así fue pues la primera contienda electoral en Sinaloa emanada de la Revolución. Con el triunfo en sus alforjas parte Rentería de El Fuerte por ferrocarril con su comitiva y acompañantes rumbo a la capital del Estado. Fue la apoteosis esa llegada de Rentería a Culiacán; en la Estación había música y gente de todos los niveles sociales; ahí lo recibió el Gral. Juan Banderas en su calidad de Gobernador Provisional Revolucionario.

Dicen las crónicas de entonces que Rentería descendió del tren pero se negó a subir al carruaje que se le había preparado, se fue a pie rodeado del pueblo desde la Estación hasta la Plaza Rosales. En este lugar, justo bajo la estatua ecuestre del Gral. Antonio Rosales se instaló el presidium. Y así teniendo como mudo testigo a su antiguo Jefe, Rentería habló con gran elocuencia, pues ya fue dicho que era excelente orador. Dijo entre otras cosas que le sobraban fuerzas –recuérdese que tenía 67 años de edad- para borrar por completo todo vestigio del régimen anterior; luego veremos lo que le costará querer cumplir al pie de la letra lo antes dicho.

Ya en el Salón Rojo de Palacio de Gobierno, el Lic. Ignacio M. Gastélum –Diputado por El Fuerte- en su calidad de Presidente del H. Congreso del Estado tomó la protesta al nuevo Gobernador. Presentes en el trascendental acto el Gobernador Provisional Banderas que hizo entrega del cargo; el Gral. Ramón F. Iturbe; el Gral. Juan Carrasco; los coroneles Maximiano Gámez, Rafael Buelna, Gregorio L. Cuevas y presente

también el hombre a quien Rentería debía gran parte de esa gubernatura ganada, Coronel José María Ochoa. Luego, de Culiacán siguió también en tren rumbo a Mazatlán, y ahí la misma cosa, el gran recibimiento. Llegó a la tierra donde el Coronel Rosales derrocara 47 años atrás al Gobernador Jesús García Morales, motivo por el cual Rentería Rosales se hicieron enemigos para siempre. Ahí en Mazatlán Don José fue cargado en hombros por los estibadores del puerto. Rentería toma posesión de la gubernatura el 1º. de Septiembre de 1911, pero es hasta el día 21 cuando es declarado Gobernador Electo por los integrantes del XXV Congreso del Estado. El Gobernador Rentería a los pocos días de mandar empezó a discrepar con la política impuesta por don Francisco I. Madero, por principio de cuentas no estuvo de acuerdo en que el Gabinete del Presidente Provisional Francisco León de la Barra estuviera formado por porfiristas como Alberto García Granados que era nada menos que Ministro de Gobernación. Por este motivo Rentería y García Granados se hicieron enemigos, Madero le tomó tal animadversión al viejo Liberal Juarista que se propuso tumbarlo a como diera lugar.

Cuando sale León de la Barra y asume la Presidencia el Sr. Madero y esto fue en Noviembre de 1911, Rentería reafirma su inconformidad por las inocentadas del buenazo de Madero, entonces este le envía a Culiacán a su Ministro de Comunicaciones el Ing. Manuel Bonilla a que lo vigile y presione con el claro fin de hacerlo renunciar, todo esto por los disturbios que los zapatistas y otros grupos no definidos ocasionaban en la parte sur del Estado. Ante esta delicada situación el Gobernador Rentería decide tomar el toro por los cuernos, se va a la ciudad de México a enfrentarse al propio Presidente Madero, entablando con éste airadas discusiones, resultando de todo esto que Madero, al no poderlo hacer renunciar y atribuyéndole todos los males que en Sinaloa ocurrían, le ordenó a Rentería, permanecer en la Ciudad de México y que debía presentarse todos los días ante el Ministro de Gobernación, es decir el Gobernador Constitucional de Sinaloa tenía la ciudad por cárcel. Pero Rentería era un hombre de muchos pantalones, no obedeció la inconstitucional orden del Presidente Madero y tomando el ferrocarril se vino a Sinaloa. Acá para acabarle de amolar los zapatistas habían matado al

Coronel Néstor Pino Suárez, hermano del Vicepresidente, y pues otra culpa más a las alforjas del Gobernador Rentería. Por esos días se desata en Sinaloa una rebelión en contra del gobierno establecido, este levantamiento lo acaudilló don Justo Tirado y no fueron pocos los que afirmaron que fue auspiciado por el propio Gobierno Central. En Mazatlán el Gobernador Rentería por su seguridad se refugia en un barco de guerra surto en la bahía, pero el Capitán lo hace prisionero. Así fue enviado en el citado barco a Manzanillo y de ahí a la ciudad de México. Mientras tanto acá en Culiacán se declara al Gobernador Rentería desaforado, destituido de su cargo constitucional y en su lugar se nombró al Gobernador interino al Lic. Carlos C. Echeverría, la fecha 2 de mayo de 1912; había durado de Gobernador ocho meses.

En México a los pocos días Rentería fue puesto en libertad pero ya no tenía poder, no le hicieron caso al viejo, lo tildaron de senil, se burlaron de su sordera, de sus "caprichos" y su testarudez. El Presidente Madero en el pecado llevó la penitencia, dejó junto a él, al General Victoriano Huerta, fiel porfirista, y lo demás es de todos conocido. Y para acabar de darle la razón que sólo el tiempo le dio a Rentería, baste decir que cuando Huerta asesina a Madero y usurpa el poder, a su lado está como Ministro de Gobernación el nefasto García Granados; perdonen lo reiterativo, ¿tenía o no tenía razón el viejo Liberal Juarista?, el tiempo, sólo el tiempo puso las cosas en su lugar.

Ahí en México don José Rentería paseó su cólera, su desencanto y por que no decirlo su tristeza por algunos años trabajando en lo que pudo, y cuando en 1917 el Gral. Ramón F. Iturbe es designado Gobernador de Sinaloa llama a Rentería a que colabore en su gobierno como Consejero; el maestro se rehúsa pero finalmente Iturbe lo convence y así vuelve Don José a Sinaloa, la tierra que tanto quiso y a la cual sirvió tanto tiempo.

Dijimos párrafos atrás que don José Rentería había dejado en apuntes sus experiencias y sentires; al respecto transcribimos lo siguiente: "Tan viejo como soy, he podido ser testigo de muchos episodios referentes a la Guerra de Reforma, a la Intervención, al Imperio y también un poco atrás a la última administración de Santa Anna; todo lo he

plasmado en apuntes, los cuales alguna vez he querido publicar como complemento histórico para que se juzgue mejor de nuestros hombres públicos y se conozcan rasgos y personas que aún se hallan ignorados, pero como por desgracia la crítica entre nosotros no es a menudo más que procacidad insultante, consultando la paz del espíritu he dejado arrumbados mis apuntes"

¿Qué les pareció? Hay desencanto y tristeza en el final de su vida, y no es para menos; vio ensuciar en forma infamante la reputación del Gral. Plácido Vega; vio a los que traicionaron a Juárez; vio la transformación de héroe a villano de Porfirio Díaz, vio la inocencia de Madero y por último vio los desvíos de la Revolución.

Decíamos que Iturbe invita al Profesor Rentería a Sinaloa; pero a estas tierras sólo volvió a morir, quizá ese fue su real objetivo. Eran las 9:30 de la noche del 8 de marzo de 1919 cuando rindió el tributo infalible a la madre tierra. Al Fuerte ya no volvió desde el día aquel en que le comunicaron su candidatura a la gubernatura de Sinaloa. Su sepelio fue solemne mas no tumultuoso; la oración fúnebre fue pronunciada por el Profr. Arnulfo N. García; el cortejo fue presidido por el Presidente de la Cámara de Diputados, ahí estaban don Miguel L. Ceceña; Epitacio Osuna, Andrés Magallón, etc. Fue sepultado en el Panteón San Juan en Culiacán. Su tumba si todavía existe, debe carecer de inscripción, pues quien esto escribe no pudo localizarla no obstante la pequeñez del cementerio. Don Filiberto Leandro Quintero escribió muy poco del Maestro Rentería pero sí dice lo siguiente: Era un hombre muy instruido, escritor fogoso y de ideas precisas, de pensamiento político avanzado para su tiempo. Ahora yo, que de poco tiempo acá me he dedicado a escribir cosas de mi tierra, pues me sentía en deuda enorme con el Maestro al no escribir algo más de su increíble vida, por eso finalizo este trabajo exponiendo lo siguiente:

Si le dedicó más de 60 años de su vida a Sinaloa, ¿Cómo no lo hemos de considerar sinaloense?; si le dedicó medio siglo de su existencia a El Fuerte ¿Cómo no lo hemos de considerar fuertense?

MAXIMILIANO LOPEZ PORTILLO.

Poca gente sabe que este personaje nació aquí en El Fuerte, les contaremos la historia: En 1853 se establecen en El Fuerte dos hermanos originarios de El Rosario Sinaloa, ellos fueron Francisco e Ignacio López Portillo Imperial, ambos jóvenes abogados, Francisco se casó aquí con Delfina Orrantia Sarmiento, mientras que Ignacio lo hizo con Catarina. E. Scoble que seguramente no era fuerteña, lo que sí está claro es que procrearon dos hijos, Ignacio Jr. Nacido en 1871 y Maximiliano nacido en 1872. Legítimo fuertense lo es pues Maximiliano quien vivió su juventud en esta ciudad para luego emigrar a Culiacán donde estudió y se recibió de abogado.

Estamos en el año de 1912, el Gral. Felipe Riveros es el Gobernador del Estado, así las cosas en diciembre pide una licencia para trasladarse a la ciudad de México a entrevistarse con el Presidente Madero, dejando en el cargo a su Secretario de Gobierno que lo era el Lic. López Portillo. Así pues el fuertense se desempeñó como Gobernador del 5 de diciembre de 1912 al 3 de febrero de 1913, faltaban escasos 19 días para que asesinaran al Sr. Madero. No sabemos más del Lic. López Portillo e incluso desconocemos fecha y lugar de su fallecimiento. (Humberto Ruiz Sánchez. Crónicas del Zuaque 188)

CECEÑA MIGUEL L . Gobernador Interino del Estado del 27 de diciembre al 31 del mismo mes de 1919. Vuelve a encargarse del Ejecutivo en mayo de 1920.

CECEÑA, MIGUEL. El 25 de agosto de 1917, formó parte del grupo de legisladores que se reunieron en el salón de sesiones del Congreso para firmar y jurar la Constitución Política del Estado. Gobernador interino del 27 al 31 de diciembre de 1919. En mayo de 1920 volvió a hacerse cargo del Poder Ejecutivo. (INEHRM T6).

MIGUEL L. CECEÑA
(1861-1931)

Maestro de escuela,
Juez Civil, Político, Diputado y Gobernador.

Antes de abordar la vida y obra de este personaje, nos vamos a meter en las profundas raíces genealógicas de este apellido de tanto arraigo e importancia en la región, para que quede de una vez por todas identificado e incorporado a la historia de El Fuerte.

Empezaremos por decirles que Migue (Ladislao) fue el número tres con este nombre, es decir, para su identificación lo vamos a llamar Miguel III, ya que su padre y su abuelo también eran Migueles, hermosa costumbre esa de `perpetuar el nombre en los descendientes. Bueno, Miguel I, que era de apellidos Ceceña Gastélum se casó en 1809 con doña Carmen Quirós Gastélum y de esa unión nacieron varios hijos, pero sólo tres logramos identificar; ellos fueron Francisca, Ignacio y Miguel María, a quien llamaremos Miguel II.

Francisca Ceceña Quirós nació en 1810 y casó con don Ambrosio Guerrero Valenzuela y tuvieron 16 hijos, 12 hombres y 4 mujeres..... Ignacio vivió de 1825 a 1899 y casó en 1857 con doña Carmen Vázquez Espinoza, y esta a su vez murió el año de 1913; la descendencia de esta pareja son los siguientes: Maclovia, que fue la esposa de Emilio Navarrete, con quien casó en 1877; Cleotilde, que casó en 1881 con don Estanislao González y Teresa, esposa de don Valentín Véliz, con quien casó en 1908.

Miguel María Ceceña Quirós nació en 1817, casó con doña Ana María Soto, originaria de Aguacaliente Grande de Choix, procreando la siguiente descendencia: María Ana, que fue la esposa de don Rafael Gil Samaniego; Alejo, de quien no tenemos datos, sólo sabemos que nació en 1850 y murió en 1918; Francisca, casada con don isidro Torres Flores, y por último nuestro personaje central de esta historia: Miguel L. Ceceña Soto. Don Miguel María fue personaje destacado de su época, como político ocupó la Prefectura del Distrito de El Fuerte el año de 1852, falleciendo en 1893 a la edad de 76 años.

Ahora si, nos arrancamos con don Miguel Ladislao. Nació en El Fuerte en 1861; ahí realizó sus estudios primarios y a la edad de 14 años es enviado a Álamos, donde había unas escuelas de gran prestigio; en la minera y rica Villa de Álamos estudió contabilidad entre los años de 1875 y 1878. De regreso a El Fuerte se une en matrimonio en 1883 a la señorita Evaristo Peraza Ceceña, bella dama originaria del mineral de Morelos, Chihuahua, y con ella procrea una gran descendencia, nada menos que doce hijos: María del Refugio, casada con don Luis Gutiérrez, de Nío Guasave; María Dolores, casada con don Francisco Guerrero Bengoechea; Ana catalina, soltera, nacida en 1888 y muerta en 1977; Socorro, casada con Urbano M. Blanchet Gastélum; Benjamín, casado con Magdalena Nevares Montes, de Mazatlán; José Miguel, casado con doña Francisca Guerrero Gastélum; Marciano Ramón, casado con Amelia Guerrero Gastélum; Carlota, casada con Irvin newton; Evarista, casada con don Tomás González, de San Miguel Ahome: Fernando, soltero, el llamado Maestro fernandino; Jesús Alfonso, que nació en 1909 y murió pequeño y Margarita, casada con don Gontrán Villalobos, y única sobreviviente de esta dinastía que radica en Los Mochis.

El primer trabajo importante que don Miguel desempeñó fue el de maestro de primaria, así por ejemplo encontramos que en 1892 es Director de la Escuela Chinobampo; enseguida ocupa ahí mismo el puesto de Juez.

Don Miguel fue un político de la vieja guardia, comenzó su carrera a fines del siglo XIX; cuando llega el año de 1910 es un hombre maduro, es decir, cuenta con 49 años de edad; así, cuando aquel loco soñador agita el pandero proclamando el fin de la dictadura porfirista, cosa que

el Gral. Díaz ni lo inquieta, a don Miguel le simpatiza el movimiento de aquel hombre llamado Francisco I Madero y se adhiere a esas ideas de un cambio social sustancial en el país. Lo cosa no tiene vuelta, el conflicto revolucionario está tocando las puertas del país.

Cuando en noviembre de 1910 estalla la Revolución Maderista, don Miguel, por seguridad de su familia, sale de El Fuerte rumbo a la Villa de Sinaloa, y ahí, en la Hacienda de Temuchina trabaja como administrador y encargado de la tienda de raya, donde dura dos años, optando por regresar a su tierra cuando finaliza el año de 1912, o sea ya con Madero y su revolución triunfante. La posición de don Miguel, como hombre político emanado del porfirismo, pero ya abiertamente simpatizante de Madero, hizo que él siguiera en la carrera política, ocupando puestos en el gobierno; así van transcurriendo esos aciagos años en que el país se desangra en la llamada Revolución Mexicana.

Cuando entra el año de 1915, precisamente el día 1º de enero, don Miguel asume el cargo de Juez del Registro Civil, en ese puesto dura sólo cuatro meses, pues él busca un puesto político más importante, y entrega la oficina a don Anacleto Hernández, en noviembre de ese año tiene lugar la sangrienta batalla de El Fuerte entre carrancistas y villistas, con desastrosa derrota para estos últimos; eran los estertores de la famosa División del Norte que aquí en El Fuerte realizó su último intento por derrotar al carrancismo, obviamente sin éxito. Ya con los ánimos un poco más calmados, en 1916 se lanza en busca de la diputación local, cargo que consigue e inmediatamente cambia su residencia a Culiacán. Comienza esta etapa política en 1917 formando parte de la XXVII Legislatura, con tan buena actuación que es reelecto para el siguiente período que abarcó de 1918 a 1919. Se recordará que el país ardía políticamente en esas fechas, precisamente en esta etapa de cuatro años tienen lugar los sucesos siguientes:

Se promulga la Constitución,
Carranza asume la presidencia de la república,
Asesinan a Emiliano Zapata,
Fusilan al Gral., Felipe Ángeles,
Se proclama el Plan de Agua Prieta,

Asesinan al Presidente Carranza,
Villa se rinde al Gobierno de De la Huerta y
Obregón protesta como Presidente de la República.

Cuando se viene el movimiento contra el Presidente Carranza, el llamado Plan de Agua Prieta, Sinaloa es gobernado por el Gral. Ramón F. Iturbe, que fiel a Carranza se dispone a combatir a los obregonistas, para lo cual deja la gubernatura, que por Ministerio de Ley asume don Miguel, el 31 de diciembre de 1919 en el Puerto de Mazatlán, donde en ese momento se encuentran los poderes del Estado, desplazados precisamente por los sonorenses, que al apoderarse de la capital en Culiacán, eligen su propio gobernador en la persona de don Alejandro R. Vega, nombrado, fíjese usted, por el Gral. Ángel Flores; ¡Qué desgarriate en esa tremenda lucha por el poder que dejó al descubierto los verdaderos fines de los héroes triunfadores!, o sea el egoísmo y la sed de poder que se trataba de obtener a como diera lugar. Este movimiento político tuvo su culminación cuando los obregonistas hacen huir al Presidente Carranza, entonces don Miguel L. Ceceña es obligado a dejar la gubernatura el 14 de mayo de 1920, siete días d4espués asesinan a don Venustiano Carranza, siendo aún Presidente de la República.

El período exacto en que don Miguel fungió como Gobernador de Sinaloa es el siguiente: Del 31 de diciembre de 1919 al 14 de mayo de 1920; él ejercía su mandato en Mazatlán, mientras curiosamente en Culiacán gobernaba el choiceño Alejandro R. Vega; total, como dijimos, un desgarriate que culminó con la muerte del llamado Varón de Cuatro Ciénegas. De cualquier manera, don Miguel, en su corto mandato y pese a la situación descrita, le tocó inaugurar como recinto legislativo, el viejo y colonial edificio de la Cámara de Diputados en la esquina de Rosales y Donato Guerra, lugar donde funcionó por espacio de 70 años; con ese sólo hecho don Miguel tiene para ser recordado en la Historia de Sinaloa, para orgullo, obviamente de los fuertenses. A don Miguel lo sustituyó en la diputación otro fuertense en la persona de don Francisco de Paula Álvarez, y en la gubernatura el choiceño Ross Vega. Enseguida don Miguel se regresa a su ciudad natal, como quien dice a su base, y aquí en El Fuerte se ocupa en modestos empleos el resto de ese año de 1920, y todo el de 1921.

En 1922 don Miguel se va con su familia a radicar a la ciudad de Los Mochis; ahí se emplea como Contador de las Cooperativas Pesqueras de Topolobampo, y en ese puesto se encuentra cuando acá en El Fuerte se concreta un pronunciamiento de inconformidad contra el gobierno; ese movimiento lo capitanea Mariano Ceceña, hijo precisamente de don Miguel; el Gral. Ángel Flores arremete con la fuerza del ejército a su cargo y no sólo aplasta esta rebelión, sino que pasa por las armas a la mayoría de los pronunciados; así terminó la vida del joven Mariano, cuando apenas tenía 26 años de edad. Nuestro personaje, después de la lamentable muerte de su hijo, continúa en Los Mochis, y entre los años de 1924 y 1931 trabaja como Contador para la empresa tomatero Matco-Boy; eran los tiempos de auge de las grandes exportaciones agrícolas que tanto beneficiaron a la región.

Don Miguel y doña Evaristo, su esposa, fueron una especie de novios eternos, pues ya muy grandes, cuando don Miguel iba a llegar del trabajo, doña Eva se arreglaba y perfumaba lo mejor que podía y al encontrarse se abrazaban y besaban con mucha efusividad y cariño, detalle que sus hijos aprovechaban para hacerles bromas y sanas burlas de cariño por esas inolvidables escenas de amor de sus viejos. Bellos pasajes que doña Margarita, única hija sobreviviente, nos contó con gran emotividad, haciendo alarde de una lucidez extraordinaria, no obstante sus casi 90 años de edad.

La querida compañera de don Miguel durante hermosos 45 años, se despide de este mundo en 1929, el gran viejo le sobrevive sólo dos años; murió don Miguel L. Ceceña después de una fructífera existencia que se alargó a 70 años el 12 de diciembre de 1931, siendo aún empleado administrativo de esa empresa exportadora que ya señalamos. Doña Evaristo y don Miguel murieron en Los Mochis y ambos están sepultados en esta ciudad. Esta fue a grandes rasgos la historia del fuertense que logró escalar la máxime cúspide dentro de la política estatal, al llegar a ser Gobernador del Estado de Sinaloa. (Humberto Ruiz Sánchez. Crónicas del Zuaque 56)

ALEJANDRO VEGA ROSS.

Gobernador interino por renuncia del Diputado Miguel Ceceña el 14 de mayo de 1920. Es nombrado Gobernador substituto para concluir el período del 19 de mayo al 26 de septiembre 1920; pero fue desconocido por D. Adolfo de la Huerta. Gobernador Constitucional del lo. de enero de 1925 al 31 de diciembre de 1928. (Amado González Dávila. DGHByE de Sinaloa)

Nació en El Fuerte. Formó parte de las tropas constitucionalistas. Desempeñó el cargo de prefecto político. Participó activamente en la Revolución, aunque sin grado militar. Gobernador provisional y constitucional del estado. Tomó parte en la comitiva que recibió a Venustiano Carranza en Sinaloa el 13 de septiembre de 1913. Murió el 11 de mayo, en México, D.F. (INEHRM T6).

ALEJANDRO R. VEGA ROSS
(1879-1941)

Choix era una pequeña villa de escasos dos mil habitantes cuando nace nuestro personaje Alejandro R. (Ross) Vega el 3 de abril de 1879. Fue hijo de familia acomodada, su padre fue el comerciante don Francisco Vega Valderrama y su madre doña Dolores Ross de Vega, quienes procrearon además otros cuatro hijos que se llamaron: Fortunato, Arturo, Carlos S. y Elodia. Su hermano Fortunato fue un personaje sobresaliente en su época pues como Diplomático se desempeñó como Ministro Plenipotenciario en varios países como Uruguay y Paraguay por los años de 1923, mismo cargo en Bolivia en 1929 y 1930. Alejandro realiza su educación primaria tanto en Choix como en El Fuerte. Luego sus padres lo envían en el año de 1892 hasta Culiacán donde en el Colegio Civil Rosales cursa niveles equivalentes a secundaria y preparatoria con algunos estudios comerciales. No inicia carrera profesional y por los años 1897 se regresa a Choix donde trabaja en un negocio comercial de la familia. En estas ocupaciones cumple los veinte años de edad; sigue con entusiasmo aprendiendo los secretos del comercio y cuando menos piensa ya tiene 25 floridos abriles. Pero él lleva dentro inquietudes y aspiraciones que pronto lo harán buscar nuevos horizontes.

Por el año de 1905 se traslada a El Fuerte, donde se hace cargo, como propietario, de un negocio de comercio que había sido de don Francisco Guerrero Valdez, este negocio se hallaba en franca quiebra y en poco

tiempo Alejandro no sólo lo levanta sino lo convierte en próspera negociación. Así corren los tiempos de esa época romántica de 1905 a 1910; tiempo es de la cimentación del joven Alejandro como hombre de negocios, aunque El Fuerte está lleno de ricos comerciantes en el mismo ramo, él se las ingenia para salir adelante. Alejandro en su estadía en El Fuerte no se convierte en íntimo de los ricos del lugar, su actuación es más bien populachera, esto le va a servir mucho cuando se vengan acontecimientos de orden social que tratarán de cambiar el estado de cosas.

Se dejan venir los vientos de la inconformidad por la opresión dictatorial; Alejandro en esos momentos está catalogado más como liberal que como un simpatizante o correligionario del Porfirismo, esa posición lo hace ser partidario del buscado cambio que ya se gesta en forma paulatina. Cuando don Francisco I. Madero llega a El Fuerte en enero de 1910, él apenas es un silencioso simpatizante del movimiento, con algunas reservas toma partido cuando ve que don José Rentería, Emiliano C. García y otros abrazan la causa del pequeño apóstol Coahuilense.

Se desata la revolución, triunfa Madero, es ungido Presidente, es asesinado; todos estos acontecimientos no calientan sustancialmente a Alejandro, sólo se dice que es simpatizante pero no se registra nada sobresaliente en cuanto a su actuación en este álgido periodo histórico.

Su carrera política comienza cuando en 1913, después del asesinato del Presidente Madero, se lucha denodadamente contra el Huertismo que tan asquerosamente había usurpado el poder. Estamos por abril de 1913, en este momento de la historia don Dionisio Torres es el Prefecto Político del Distrito de El Fuerte, un funcionario obviamente de filiación Huertista.

Pero como el Huertismo es expulsado de El Fuerte por los revolucionarios Maderistas, don Nicho tiene que dejar el poder en junio y perderse de vista; es así como Alejandro R. Vega asume como sustituto la Prefectura citada. Ese es al parecer su inicio en la política ya como un definido simpatizante de la revolución. Su figura se hace notoria e importante cuando don Venustiano Carranza visita El Fuerte en Septiembre de 1913. El Varón de Cuatro Ciénegas cruza la sierra a caballo y baja por Chinobampo buscando la unificación de sus fuerzas con las del no-

roeste para combatir al Huertismo. Toca así a Alejandro R. Vega recibir y atender a Carranza y su comitiva, pero no sólo eso, también es anfitrión del Gobernador del Estado el Gral. Felipe Riveros quien también se da cita en El Fuerte a recibir al distinguido visitante. Horas después llegarían de Sonora los Generales Álvaro Obregón, Benjamín Hill de Sonora y Francisco Serrano entre otros y nacerá para la historia el acontecimiento que es orgullo legítimo de El Fuerte: El Primer encuentro de las personalidades citadas en el cuyo acuerdo emanó el plan que finalmente acabó con el Huertismo.

De abril a Septiembre fue el mandato de Alejandro R. Vega al frente de la Prefectura del Distrito de El Fuerte, no sabemos claramente por qué dimitió pero sí que la dejó en manos del prominente vecino don Gregorio Delgado Gaxiola. Hay aquí un dato curioso que pinta lo álgido de la situación por los sesgos que toma la revolución en ese momento en el Distrito; en sólo tres meses, de octubre a diciembre de ese año de 1913 desfilaron por la Prefectura tres mandatarios, el ya citado Sr. Delgado, don Guadalupe Alcaraz y el Coronel Manuel Riveros; y como ese mismo año ya había fungido el LIc. José A. Meza, don Dionisio Torres y el propio Alejandro R. Vega, pues hacen así un gran total de seis en el mismo año. ¡Apa chambita!

La guerra sigue su curso, Alejandro R. Vega a veces está dentro, a veces está fuera, de cualquier manera él sigue atendiendo su negocio comercial donde tampoco hay mucha estabilidad pues las mercancías escasean por el caos imperante; al fin en julio de 1914 cae el Huertismo y el Chacal se va al exilio. En 1915 Alejandro R. Vega cubre cortos interinatos como Prefecto en sustitución de don Antonio R. Castro; luego en 1916 vuelve a hacer otras suplencias al mismo Sr. Castro, y así termina su actuación política en el Distrito de El Fuerte. Los acontecimientos de la revolución le son favorables y un día deja por la paz los negocios en El Fuerte y se va a la ciudad de México a desempeñar comisiones de orden político al lado del Presidente Carranza, corre ya el año de 1917. En México permanece hasta 1919, optando por volver a Sinaloa cuando se vienen los pleitos entre Carrancistas y Sonorenses, pleitos que culminan con la muerte del Presidente Carranza.

El triunfo del Plan de Agua Prieta deja de enemigos a los Generales Ramón F. Iturbe y Ángel Flores; el primero tiene que dejar la gubernatura de Sinaloa pues su filiación era Carrancista y es cuando el General Flores como jefe de las armas en el Estado se trae de México a Alejandro R. Vega y le da un nombramiento raro y especial denominado Agente de Gobierno que en ese momento equivale a la propia gubernatura del Estado, este puesto lo desempeña el 20 de abril al 10 de mayo de 1920, lo entrega por cuestiones legales o constitutivas al Diputado Miguel L. Ceceña y para el 24 de mayo ahora sí se convierte Alejandro R. Vega en Gobernador Constitucional Sustituto, durando en el cargo hasta el 24 de septiembre del año citado, concluyendo así el período que le correspondía al General Ramón F. Iturbe. Su actuación al frente del gobierno de Sinaloa es intrascendente en cuanto a obras materiales, todo fue acorde a la situación anormal que se vivía, los pleitos entre Iturbe y Flores estaban a la orden del día y aquello era un caos.

Termina pues su gestión como Gobernador sustituto dejando su lugar precisamente a su protector el General Ángel Flores, es éste el hombre fuerte de Sinaloa ni duda cabe. Su período comienza el 27 de septiembre de 1920, mientras Alejandro R. Vega vuelve a la ciudad de México a desempeñarse en lo que caiga, administraciones menores serán su ocupación mientras busca otra oportunidad gorda que no dilata a caer.

Ángel Flores deja la gubernatura al poco tiempo para irse a combatir la rebelión Delahuertista y Vega sigue en México todo ese tiempo de 1920 a 1924. Ese año se viene nuevamente a Sinaloa todavía con el gran apoyo de Ángel Flores a buscar nuevamente la gubernatura de Sinaloa. Es ungido candidato y realiza una campaña política donde lleva como oponente al Coronel Guillermo Nelson. Dicen fue su campaña fría e intrascendente, sin embargo Nelson no fue oponente de de cuidado dada la influencia del General Ángel Flores; y también se dijo que en ese momento que aquel hombre que llevaba varios años fuera de la entidad.

Alejandro R. Vega toma posesión como Gobernador Constitucional de Sinaloa el 1º de Enero de 1925 para un período que deberá terminar –si otra cosa no sucede-, el 31 de diciembre de 1928. Pues con malos augurios comienza su tarea de gobernar a un Sinaloa en caos, que hierve

de intrigas políticas, inconformidad de cabecillas por todos lados; todas estas cosas hacen que a los cinco meses Vega solicite una licencia el 23 de mayo para ausentarse de la gubernatura, trasladándose a la ciudad de México, posiblemente en busca de mayor apoyo en su tarea. Como Ángel Flores ve que el ambiente no es propicio, que la cosa está dura, retiene a Vega en la capital del país. Casi tres meses permanece en México, regresando a Sinaloa a hacerse cargos de su importante puesto el 18 de agosto de ese mismo año de 1925

Desde que asumió la gubernatura en enero, se dio cuenta del clima hostil al que iba a enfrentarse, incluyendo a su propia Cámara de Diputados, quienes frenaban y obstaculizaban sus planes de trabajo y acciones desarrolladas, llegando a tal grado la situación que en más de una ocasión los legisladores le pidieron renunciar. Así va capeando temporales el Gobernador Vega y se adentra en su segundo año de gobierno, los negros nubarrones no despejaban el cielo aún.

Pero no son sólo los diputados sus enemigos, los políticos que se mueven a su alrededor también quisieran verlo caer, las amenazas atentatorias a su integridad están a la orden del día, la vida de un mandatario siempre peligra; sí ya han asesinado a Madero y a Carranza qué se puede esperar. Y se deja venir un acontecimiento que lo va a dejar en el aire totalmente, el General Ángel Flores muere misteriosamente el 31 de marzo de ese año de 1926, quiso ser Presidente de la República en lugar del General Calles y contra la voluntad de Obregón, para qué quería más desgracia. Alejandro R. Vega queda ese día huérfano de padrino y huérfano de poder.

Ahora sí, del árbol caído a hacer leña con confianza, de por sí ya estaba todo despuntado. Vamos a recordar aquel julio de 1926 (dice el maestro José María Figueroa Díaz) cuando el Gobernador Vega recibió invitación para una ceremonia de fin de curso de una escuela de Culiacán; el mandatario llegó vestido en forma muy especial y llamativa: traje elegantemente negro, corbata de moño, bombín y bastón, casi ridículo de tan elegante, pero él sabia su cuento. Al rato se vio salir del acto mencionado al hombre todo de negro, bombín y bastón; abordó el mismo automóvil en que había llegado, se dirigió al domicilio que de

antemano se conocía como la residencia del Gobernador; y ahí al bajar fue acribillado de seis balazos que le penetraron en la cabeza y cuerpo disparados desde otro automóvil. Pero cosa inaudita, el muerto no fue el gobernador Alejandro Vega, sino su sobrino Juan Zakany quién seguramente por instrucciones de su tío se había vestido con las ropas del mandatario porque seguramente éste sospechó que algo se tramaba esa noche en su contra, pero nunca imaginó que planes tan extremos como brutales le deparaban sus enemigos y llevó así a su infortunado sobrino a una muerte injusta y lamentable.

No, pues de plano ahora sí convencido de que la vida del señor gobernador no vale un cacahuate, al tercer día del asesinato aquel, don Alejandro hizo maletas, pidió licencia a los Diputados “que tanto lo querían” y se fue de Sinaloa temeroso de que volvieran a atentar contra su vida, cosa que no hubiera sido difícil, Sinaloa ardía en envidias y conflictos políticos. Si no había respetado al General Ángel Flores, qué se podía esperar. Fue el 23 de julio de 1926 cuando el Gobernador Vega pide ese otro permiso para dejar el gobierno de Sinaloa, transcurren dos meses y llega el segundo informe de gobierno, tocando rendirlo al diputado José María Guerrero como Gobernador Provisional. Esa misma fecha es aprovechada por la Cámara para desaforar en ausencia el Gobernador Constitucional Alejandro R. Vega, cosa que ya éste esperaba, pero creemos salió ganando.

Bueno, Alejandro R. Vega es tumbado del poder y creemos que dio gracias a Dios; de cualquier manera presentó una formal apelación ante la Suprema Corte de Justicia de la Nación y éste honorable cuerpo colegiado como era su deber emitió su fallo donde amparaba y y protegía al depuesto gobernador, es decir anulaba por improcedente el desafuero hecho por la Cámara de Diputados; nada más que el fallo llegó un poco tarde, el pleito fue en 1926, el fallo llegó en 1929 y el período de gobernador había terminado en 1928. Ni modo, no llego a tiempo, apenas se pueda creer que se vean estas cosas en nuestra justicia, ¡qué bárbaros! Después de esto, Alejandro R. Vega se queda muchos años en México, por vergüenza no quiere volver a Sinaloa, así pasarán varios años más.

Volviendo a Sinaloa, al salir Vega de la gubernatura se hizo un verdadero desgarriate por el poder, entraban y salían gobernadores vol-

viendo locos a los Diputados locales que cada mes tenían que acordar el cambio de nombre del siguiente gobernador. Así desfilaron el Ing. Juan de Dios Bátiz, el LIc. Francisco Gutiérrez, el Profr. Manuel Páez, José María Guerrero, Lic. Julián Chávez, Ramón Castro Inzunza, Jesús María Tarriba, y cierra el desfile una vez más el farmacéutico Manuel Páez. Todos esos se repartieron el botín que le correspondía a Vega. Al fin llegó el 31 de diciembre de 1928; habían hecho de Sinaloa lo que les vino en gana; que sabio el refrán: "A río revuelto, ganancia de pescadores".

Bueno, así ya con los ánimos calmados, vamos a transcribir la descripción que hace el maestro José María Figueroa Díaz de la apariencia física y modo de ser de Alejandro R. Vega: Era de baja estatura, tez blanca, simpático en su trato, buen conversador, dicharachero, le encantaba la tandariola, el pisto y el sexo opuesto.

Son famosas como ha habido pocas, las parrandas que se corría en el lujoso bar del mejor hotel de México de esos años de 1940 como lo fue el legendario y desaparecido Hotel Regis. Pero como se dice una cosa se dice otra, fue responsable y respetuoso como esposo y como amigo, además por carismático y amable tuvo amigos a montones; era Sinaloense y norteño no cabe duda. No sabemos cuántas veces más vino a Sinaloa después de aquello, lo cierto es que ahí en el Distrito Federal se desempeñó en distintas funciones oficiales hasta que lo sorprendió la muerte en su casa que habitaba en el placentero "Peñón de los Baños" el domingo 11 de mayo de 1942, cuando contaba con 62 años de edad.

Ese fue pues Alejandro R. Vega, el controversial gobernador de Sinaloa de los álgidos años de 1925 y 1926.

Alejandro R. Vega visitó Choix siendo gobernador o quizá como candidato, no lo sabemos bien, el caos es que los choicenses le hicieron el gran desaire ¿por qué?... Al parecer este señor algo le había hecho a la sociedad choiceña, por ahí un lío de faldas prohibidas. En cambio a su esposa la amable y simpática Petrita Arvizu se le hizo el gran recibimiento. Y nos cuenta nuestro interlocutor que ese día Alejandro R. Vega lloró por aquel triste incidente en su terruño que lo vio nacer.

Este caso nos lo contó hace años el Dr. Martín Vega y Vega sobrino de don Alejandro.

Alejandro R. Vega cuando se instaló en Culiacán buscando acomodarse en algún puesto político llevaba una bolsa de lona cuyo contenido cuidaba mucho, estamos hablando de 1923 o 24. Se hospedó en la misma casa de asistencia que su sobrino Martín Vega y Vega y otros compañeros que estudiaban en el Colegio Civil Rosales. Ahí luego don Alejandro agarró hueso con carnita, se compró un Cadillac y se dio lujo de tener en la persona de don Catarino Villalpando a su chofer particular.

Así las cosas iban a la casa de huéspedes y sacaba a su sobrino y amigos a pasear, iban y se bañaban a la famosa Toma de Agua y no faltaban por su puesto refrescos y botanitas en aquel placentero picnic. Y de regreso, los llevaba a su casa, les invitaba algo y sacaba la mentada bolsa de lona la cual estaba llena de centenarios y monedas de oro más pequeñas, de estas últimas regaló una a cada asombrado estudiante para que se ayudara. Así era pues aquel choicense-fuertense que hoy tan alto volaba.

Precisamente cuando era Gobernador de Sinaloa, don Alejandro iba a México y acostumbraba hospedarse en el Hotel Regis, cuyo elegante bar era refugio de todos los sinaloenses favorecidos por la Revolución. Ahí luego, luego invitaba a pistiar a sus amigos los políticos defeño; así en una ocasión por supuesto pasado de copas sacó de su bolsillo un puñado de moneditas de oro las cuales desparramó sobre la mesa con el natural ruido de su tintineo y presuntuoso dijo: ¡Este es el confeti de Sinaloa!,¡¡¡¡ conózcanlo! Así mismo el General Francisco R. Serrano que estaba entre ellos, acostumbraba darle al elevadorista del hotel una propina de un centenario de oro, si señor, escuchó usted bien, de oro, si no lo cree el empleado tampoco lo quería creer. Por eso cuando los destrampados sinaloenses empezaban a hacer escándalo en aquel lujoso bar y esto pasaba muy seguido, inmediatamente el antro se cerraba, quedando en servicio exclusivamente para nuestros paisanos. Arremédenlos, diría Tomás Ruiz. (Humberto Ruiz Sánchez. Crónicas del Zuaque 183)

AURELIANO A. ANAYA
(1882-1952)

Esta es la historia de un fuertense que vivió en carne propia increíbles peripecias que pudieron haberle costado la vida en docenas de veces, ya que no sólo fue prisionero de guerra sino que hasta sufrió esclavitud... pero empecemos por el principio.

Aureliano nació en el cercano poblado de Barotén el año de 1882, este pintoresco asentamiento se ubica a tres kilómetros al sur de esta ciudad, es decir río abajo; su nombre completo debiera de ser Aureliano Anaya Armenta, Anaya por el padre y Armenta por la madre, pero fue usual en el siglo 19 anteponer la inicial del apellido materno, aunque hubo otros casos en que la inicial pertenecía al paterno. Aureliano fue el mayor de sus hermanos Feliciano, Gilberto, Margarito y Pomposa. Su infancia como es natural la pasó en Barotén, arriba de los burros con leña, con mazorcas, con bledo y con calabazas; no sabemos que instrucción escolar tuvo pero no debe haber sido mucha. En Barotén y El Fuerte pasó su primera juventud, lugar mismo donde se casó con la señorita Tomasa Pacheco, originaria también del lugar. Como a los dos años de casados procrearon un hijo, el cual desgraciadamente se les muere pequeño; de ahí en adelante Tomasita queda imposibilitada para tener hijos. Esto dio motivo a que tomaran en crianza y adopción a tres niñas de nombre Rosario Hernández, María Anaya y Ángela Soto.

En el año de 1905 cuando contaba ya con 23 años de edad Aureliano emigró rumbo a Sonora, estableciéndose con todo y familia en el pueblo de Cócorit, lugar donde puso una panadería; no le fue muy bien con el pan y entonces se dedicó a comerciante ambulante recorriendo las rancherías del Valle del Yaqui, el pueblo de Cajeme todavía no se llamaba Ciudad Obregón. Cuando Francisco I. Madero recorrió el Estado de Sonora, Aureliano como muchos otros simpatizó con ese movimiento, es más se adhirió a él y estuvo presente en el estallido de la revolución, tomando parte en la lucha que como es sabido lo hicieron Salvador Alvarado, Benjamín Hill y otros hasta el triunfo mismo de la primera etapa de ese conflicto que culminó con el destierro del Presidente Porfirio Díaz.

Pero muy pronto el ingenuo y confiado Presidente Madero cae abatido, asesinado por el bien llamado “Chacal” Victoriano Huerta; esto hace que los Maderistas –entre ellos Aureliano- empiecen a pasar las de Caín, unos huyendo al destierro y otros escondiéndose y desapareciendo del ambiente.

Pero a nuestro paisano le fue más mal todavía, fue hecho prisionero y conducido al puerto de Guaymas junto a otros con grilletes en pies, manos y cuello, como reos de alta peligrosidad, en esa condición infrahumana fueron embarcados y enviados a la Ciudad de México vía Manzanillo; ahí fueron transbordados y en tren llegan al Distrito Federal, y de la estación ferroviaria los hicieron andar a pie hasta la prisión de Lecumberri, fue un cruel espectáculo dado por los huertistas que no se pueden olvidar. En esa tristemente célebre prisión al parecer los clasificaron entre maderistas peligrosos, sólo así se entiende el que los hayan asignado a las lúgubres y temibles mazmorras de San Juan de Ulúa en Veracruz. Como decimos línea atrás, Aurelinao ya estaba cansado y acá en Cócorit había quedado Tomasita en una total incertidumbre y casi en el desamparo.

Los sufrimientos de Aureliano fueron extremos, sólo su juventud y fortaleza le permitieron seguir con vida, ¡Oh! Pero ahí no acaba esto, enseguida se quisieron deshacer de él en forma definitiva y una noche fue sacado de su celda y subido con otros prisioneros en una barcaza que

se hizo a la mar, todos pensaron que los arrojaría a los tiburones para así acabar de una buena vez con el problema. Pero no, navegan toda la noche y otra más, dieron la vuelta a la Península de Yucatán, hasta que los bajaron en el inhóspito y temido penal de Cayo Culebra, que se ubica en una isla de las costas de Quintana Roo, a unos doce kilómetros de tierra firme. Después a de permanecer algunos meses en esa isla, una noche un reducido grupo decide temerariamente escapar en una balsa, entre ellos va Aureliano, quien por haberse criado junto al río era buen nadador y quizá por eso se animó a intentar el peligroso escape, el cual afortunadamente realizan con relativo éxito, desembarcando después de largas y penosas horas en la cosa de Quintana Roo. Pero de que la traían volteada aquellos infelices la traían, en cuanto se internan a aquel territorio sin ley, son apresados por orden del cacique del lugar, destinándolos a trabajos forzados en un campo henequenero, dicho de otro modo se convierten en auténticos esclavos, ni más ni menos.

Cuando ya tenía mas de un año entre prisiones y esclavitud y que acá en el centro de la república ya había caído el ejército usurpador en Zacatecas marcando la derrota de Huerta, los hacendados esclavistas tuvieron miedo y por sólo cincuenta pesos en pago daban la libertad a aquellos presos políticos convertidos en esclavos. Casos hubo que aquellos infelices se mataban entre sí para robarse los exiguos ahorros y completar los 50 pesos. Aureliano de algún modo pudo recobrar su libertad, y la fecha en que lo logró no la olvidó jamás: Día 30 de junio de 1914, cincuenta pesotes 0.720 pagados al cacique español Augusto I. Peón. Que se nos grabe este nombre funesto entre muchos otros esclavistas de ese tiempo en el sureste mexicano, especialmente Yucatán y Valle Nacional, lugares donde murieron miles de indios yaquis llevados ahí como esclavos; páginas negras de nuestra historia muchas veces protagonizadas por gente a quien hoy honramos como héroes.

De alguna manera aquellos infelices reciben información de que el vecino Estado de Yucatán es gobernado en ese momento por el General revolucionario Salvador Alvarado, y allá se dirigen en busca de apoyo el cual naturalmente se encuentran en el gobernante oriundo de Sinaloa; también ahí se topa Aureliano con otro fuertense allegado

al gobernador, su nombre el Coronel Francisco “Paco” Rivera Rojo, que venía siendo nada menos que su hermano, parentesco que mas adelante desentrañaremos. Con la natural intención de volver a Sonora, donde obviamente su familia ya lo dan por muerto, pide ser enviando allá, embarcándose en Puerto Progreso con destino a Veracruz; para realizar tan largo viaje en aquel caos de la revolución, hace uso de un salvoconducto que el Gobernador Alvarado le otorga, sólo así sus probabilidades de éxito en su travesía podría tener buen término. Ya en Veracruz, en el ferrocarril se traslada a la Ciudad de México, fueron días de cansado viaje, pero él va con la gran ilusión de pronto ve a su gente que repetimos nada saben de él.

Ya en la ciudad de México, tomar rumbo al noroeste, es decir Guadalajara y luego Tepic era un tanto peligros pues las facciones revolucionarias estaban en pugna, y él con salvoconducto carrancista no podía sentirse muy seguro que digamos; esto lo obligó a tomar el Ferrocarril Central con destino a Durango, el caso era seguir el rumbo. La travesía de Durango a Sinaloa para cruzar la Sierra Madre fue otra odisea más para Aureliano; lo hizo a caballo durante varios días, y al llegar a Concordia fue hecho prisionero por el cuerpo de rurales del lugar que lo consideran uno más de los alzados en contra del gobierno; va a dar al paredón de fusilamiento. Para su fortuna la situación se aclara y Aureliano puede continuar su camino, pero antes, de ahí de Concordia por fin puede comunicarse a Sonora, enviando un telegrama que espera sea recibido en Cócorit. Pues para no alargarles tanto el cuento, antes de que terminara ese mismo año de 1914, Aureliano hace su arribo a su adorada tierra adoptiva en el Valle del Yaqui, Cócorit recibe con gran entusiasmo aquel hijo perdido que ya daban por muerto. Esta población y Esperanza eran los pueblos de más vida entonces en el sur de la extensísima entidad.

¿Cómo describir el encuentro con su querida esposa?, lo imaginaremos mejor; pero si podemos decirles que recibe la gran sorpresa, su fiel Tomasa siempre le albergó la esperanza de su regreso, y prueba de ello fueron cinco mil pesos que ella con grandes sacrificios había ahorrado del producto de la panadería, los cuales puso en manos de Aureliano diciéndole: ¡Tómalos, para que empieces a trabajar como antes! Aureliano

A. Anaya en lugar de volver acobardado y lleno de rencores y amarguras, vuelve con una mentalidad positiva y un carácter férreo, tanto que se convierte en líder del campesinado, ayudándolos tenazmente a luchar por un pedazo de tierra, quería verlos dotados de parcela en núcleos ejidales.

Aureliano se dedicó a comerciar mercancías en una carreta por todos los pueblos del Valle del yaqui, mientras Tomasita no dejaba de atizar el horno de la panadería que tanto le había dado para su sobrevivencia. Todo iba sobre ruedas. Aureliano por un lado comerciaba y por otro se dedicaba a la lidereada formando grupos de agraristas. Así estaban las condiciones cuando se viene la gran creciente del año de 1917 que lo inundó todo en esa región del río Yaqui; esto hizo que Aureliano decidiera emigrar con su familia a la cercana población de Esperanza que se ubica un poco más alto con relación al nivel del río.

Ya para el año de 1919 Aureliano es el hombre fuerte del Valle del Yaqui, es electo Presidente de la Liga de Comunidades Agrarias del Estado de Sonora, prácticamente él la fundó pues fue su primer Presidente. Ese mismo año del 19 Aureliano consigue en forma relativamente pacífica que la compañía norteamericana Richardson, propietaria de miles de hectáreas en el sur de Sonora les dotara a campesinos mexicanos parcelas de 20 hectáreas, hecho que por primera vez se da en la región del Yaqui. Con esas credenciales no tuvo impedimento alguno para alcanzar una Diputación, así pues nuestro paisano se distinguió como legislador por su férrea lucha siempre en apoyo del campesinado y las clases necesitadas (Aunque suene a frases trilladas de nuestra política de siempre). Ya vuela muy alto pues el "Chapucero" como les decimos a El Fuerte a los barotenes, en broma cariñosa eh!, tal como les decía Raúl El Tigre y el Tamal Viejo. Era tanta la fuerza e influencia de Aureliano y tanta la confianza que le tenía el Gobernador Alejo Bay (1923-27) que en más de una ocasión dejó como Gobernador Interino al Hombre de Barotén, ¿Cómo la ven con el paisano?, está pesado no!.

Vemos pues que el centro de operaciones de esta familia fue la próspera y agrícola población de Esperanza. Ahí precisamente fundó Aureliano una imprenta y editó el primer periódico de todo el Valle del Yaqui, el cual se llamaba precisamente "El Eco del Yaqui" emulando al

periódico revolucionario que circuló acá a principios del siglo pasado denominado "El Eco de El Fuerte". También tocó al filántropo y visionario fuertense fundar en Esperanza la primera sala cinematográfica que funcionó con el nombre de "Cine Lírico" el cual para más señas se ubica en el solar donde vive o vivió la familia Estrella Acedo. Y acá en El Fuerte don Alonso Rivera Rojo también puso cine por esos años, ayudando precisamente por don Aureliano, son pues pioneros de ese espectáculo. Por todo esto podemos decir que don Aureliano fue uno de los personajes que más trajeron al pueblo de Esperanza el progreso y el trabajo para sus habitantes, y a él se debe en gran parte el crecimiento y la importancia actual de la población.

Aureliano siguió muy fuerte en la política sonorense, tanto que fue varias veces Diputado en la década de 1920 al 30, desempeñando algunos otros interinatos en la gubernatura que presidió su titular don Francisco Salido Elías (1929-30). En 1929 se firma la primera inversión en México con capital japonés, una fábrica de hilados y tejidos, cuyo socio principal era nada menos que don Aureliano, es decir él fue el fundador. Esta planta cerró por motivos que desconocemos en 1933, pero dejó a don Aureliano buenas ganancias. Hay que aclarar que Aureliano fue incondicional del Gral. Plutarco Elías Calles, y este veía en el fuertense a un elemento de gran valía por su influencia en el campesinado; el astuto Calles lo consentía y lo apoyaba, y Aureliano tenía que estar con el campeón hasta que cayera.

Cuando se estaba acabando su período gubernamental a don Francisco S. Elías, año de 1930, todo estaba listo para que el siguiente fuera don Aureliano, con la total bendición de Calles por supuesto, parecía que nada impediría al fuertense llegar a gobernador constitucional. Pero sucedió que Rodolfito el hijo de Calles quiso ser el elegido, entonces don Plutarco en una gran deferencia para Aureliano le planteó la situación claramente le dejó la opción de decidir. Naturalmente que Aureliano le cedió a Rodolfo Elías Calles su lugar. Y si hemos de ser sinceros Calles no estaba del todo convencido de aquel cambio pues el idóneo en ese momento era Aureliano; y Calles con su gran astucia acostumbrada le dijo!: ¡Bueno, pues que sea Rodolfito!, pero bajo tu responsabilidad!. Con esto

le quiso decir que todas las broncas del Estado las tenía que controlar él. Así se le cayó la gubernatura al Hombre de Barotén.

Durante la presidencia de la república de don Abelardo R. Rodríguez (bajo la tutela de Calles) Aureliano Anaya fue una especia de Ministro sin cartera, se llevaba más en México que en Sonora. Y aprovechando esa influencia formó una compañía pesquera con capital extranjero llamada "Nipon-Swisan" de la cual él era el director, ganando grandes cantidades de dinero, incluso Aureliano viajó dos veces a Japón donde fue recibido como el gran empresario que mucho beneficio había proporcionado al país, siendo homenajeado en grande por el país nipón. Las cartas marinas que elaboraron los japoneses en ese tiempo, aún se usan por el gobierno mexicano. Todo marchaba viento en popa con la "Nipón-Swisan" cuando se desató la Segunda Guerra Mundial, entonces los japoneses obviamente tuvieron que abandonar México, clausurando la compañía que tenía sus propios barcos, esta flota para poder cruzar el Pacífico y llegar con bien a Japón, el propio don Aureliano les consiguió navegar con bandera mexicana. Así los empresarios pesqueros nipones llegaron sanos y salvos a su país.

Aureliano pues se había convertido en un gran empresario que manejaba dinero por millones. Hay una anécdota de una tarjeta que le mandó doña Tomasa a su hermana Juana Pacheco acá al Fuerte, pues para presumirle de lo alto que ahora volaba su esposo, la tarjeta trae impreso un avión bimotor Douglas del sistema Pan American Airways, en la cual escribió lo siguiente:

ParaJuana:AytemandoeseaviónparaqueveasenqueandaAureliano de México a Mazatlán.

Recuerdos para todos...

Tomasa

Pues si, volaba alto Aureliano, ya hasta los burros con bledo se le habían olvidado, lo que no se le olvidó fue su gente, todos sus hermanos vivieron cerca de él., tanto que los cuatro se desarrollaron y murieron en Esperanza, Sonora. Por lo que respecta a sus tres hijas adoptivas, María Anaya fue soltera, no tuvo familia y murió como de 65 años en casa de

doña Chuy Vega Pacheco y su hermano Miguel acá en El Fuerte. Ángela también fue soltera sin hijos y murió en Esperanza, Sonora como de 52 años de edad. La que se llama Rosario aún vive en Esperanza, está casada y con varios hijos. Y mucha baroteneada se radicó en el Valle del Yaqui ayudados por el mecenas nacido a la orilla del río Zuaque. Cuando termina la guerra, Aureliando sigue en México, y en los años de 1945 a 1950 fue representante de la C.N.C. Confederación Nacional Campesina, es decir seguía apoyando a los campesinos ahora a nivel nacional, no cabe duda, fue un hombre de especial carisma, como muy pocos en México.

En 1951 don Aureliano ya mostraba estragos de una traicionera y temible enfermedad, cirrosis hepática fue el diagnóstico, se le internó en el Hospital de Nutrición ahí mismo en México; irremediablemente le quedaba poco de vida. Un día caminó hasta el patio con la intención de asolearse, de repente se soltó una llovizna que luego arreció, no dando tiempo a don Aureliano de resguardarse, se mojó y a consecuencia de esto le atacó una neumonía que le privó la existencia. Fue esto el primero de mayo de 1952, tenía 70 años de edad. Su cuerpo fue trasladado en tren a Ciudad Obregón donde la C.N.C le hizo un gran homenaje; fue velado en Esperanza donde como dijimos vivía su familia. Una multitud lo acompañó al día siguiente, al lugar donde por su última voluntad sería sepultado, el pueblo de Cócorit, que dista unos dos kilómetros, misma distancia que fue totalmente cubierta por el cortejo encabezado por doña Tomasita su esposa, su hermano el Coronel Paco Rivera y su sobrino Francisco "Paco" Terrazas Riveras, además de autoridades locales y estatales, incluido el Gobernador don Ignacio Soto. Ahí reposa pues para siempre Aureliando A. Anaya, en su tierra adoptiva que tanto quiso y por la que tanto luchó.

Damos las gracias a Miguel Vega Pacheco por habernos facilitado datos y también fotos de quien fue su tío político. Así mismo encarecidas gracias a destiempo al Lic. Francisco "Paco" Terrazas Rivera que también nos dio importantes y detallados datos de este poema biográfico que lo es la vida y obra de don Aureliano. Yo lo único que siento y lamento es no haber publicado este trabajo en vida de Paco, quien se nos fue repentinamente, creo hubiera sentido gran satisfacción. Ojalá

otros lectores sigan ese ejemplo para continuar incorporando fuertenses olvidados o desconocidos como su tío de ambos que alcanzó lo que muy pocos alcanzan, el título de ILUSTRE; esto no lo decimos nosotros, lo dice la Historia de Sonora.

Aureliano fue hijo natural de don Ramón M. Rivera, esta aventura le causó mucho malestar a doña Luz Rojo su esposa, sin embargo al quedar prematuramente viuda y ver el sincero comportamiento de Aureliano, lo llego no sólo a aceptar sino quererlo como uno más de sus hijos. (Humberto Ruiz Sánchez. Crónicas del Zuaque 130)

ALFREDO DELGADO IBARRA

Gobernador Constitucional
del lº de enero de 1937 al 31 de diciembre de 1940.

Como cualquier beduino del desierto, el General Pablo Macías Valenzuela llega a Culiacán a fines de 1934 y levanta su tienda de campaña en "La Lonja", junto a la plazuela Rosales, preparándose para lanzar su candidatura al gobierno de Sinaloa, que aún presidía, alegre y tambaleantemente, el profesor Manuel Páez.

Venía a la segura, sin temor alguno de que nada ni nadie se le atravesaría en el camino. Traía la bendición de "Tata" Lázaro y consideraba un hecho entrar por la puerta grande a la gubernatura próxima.

El hombre de El Fuerte no la había buscado. Se la habían servido en bandeja de plata y la aceptó de mil amores. ¡A quien le dan pan que no lo coma! Pero las cosas no iban a salir como se proyectaban. La cochina y traidora política le jugaría una mala partida que daría al traste con sus ilusiones y pretensiones.

La historia fue la siguiente: Macías Valenzuela era Jefe de las Operaciones Militares den Durango, cuando Lázaro Cárdenas recorrió este Estado, durante su gira política. Lo trató y lo atendió a cuerpo de rey. Ahí, en 1934, el candidato le dijo que si llegaba a la Presidencia de la República se comprometía a que él sería el próximo gobernador de su tierra natal.

Ante ese formal ofrecimiento, una vez que la Esfinge de Jiquilpan se ciñó la banda con la insignia tricolor, Macías Valenzuela se vino a

esta capital para hacer la residencia obligatoria. Nombra jefes de su comité "Pro Macías", a los licenciados Rosendo R. Rodríguez y Saúl Aguilar Pico, así como al viejo político sanignacense Guillermo Ruiz Gómez.

Ya estando aquí, se presenta la caída del Profesor Manuel Páez y la desaparición total de los poderes, asumiendo interinamente el gobierno el coronel Gabriel Leyva Velásquez, con el que llevaba una vieja amistad.

Macías Valenzuela viaja a México para saludar a don Lázaro y éste le ratifica el compromiso establecido. "Vuelva a Sinaloa y espérese a que llegue el momento. Usted es el bueno".

Cárdenas, incluso, le regala una imprenta con todos los implementos para su campaña. En esa época era frecuente, además de necesario, que los candidatos contaran con su propio equipo para imprimir propaganda, volantes, periódicos y hasta votos subrepticios por aquello de las Termópilas.

Don Pablo observa que Leyva Velásquez le empieza a hacer el feo y que abiertamente coquetea con la precandidatura del coronel Rodolfo T. Loaiza, que se había alborotado también para el gobierno de Sinaloa. Todavía no se peleaban los dos coroneles oriundos de San Ignacio.

Al notar que nadaba en aguas turbias y que las cosas se ponían color de hormiga, Macías Valenzuela hace velices y se va otra vez a la ciudad de México y se presenta al Presidente Cárdenas. Don Pablo era un hombre de pocas pulgas y no le gustaba que le jugaran el dedo en la boca.

Seco, cortante, como era él, le dice a don Lázaro: "Yo no le pedí la gubernatura de Sinaloa. Usted me la ofreció y ahora resulta que me la quieren hacer tablas, Gabriel está a favor de Loaiza. Vengo a renunciar a esa situación, pero también a decirle que yo no soy burla de nadie y, por lo tanto, le pido que Rodolfo tampoco sea candidato". Y ninguno de los dos fue: Alfredo Delgado entraría como tercero en discordia.

A esta etapa de la historia política de Sinaloa se le llamó la de "los tres coroneles y los tres generales": Loaiza, Delgado y Leyva, y Macías, Gaxiola y Lara. Los cuatro primeros llegarían a ser gobernadores constitucionales, unos de inmediato y otros más tarde. Macario ya había sido y Lara se quedó con las ganas.

A fines de 1934 y principios de 1935 Sinaloa hervía políticamente.

Fue un gran cazo que se calentó a muy altas temperaturas y que vino a desembocar en el desafuero del Profesor Manuel Páez. En México se había formado un cónclave político formado por los tres coroneles, que tuvo como finalidad ponerle espinas en el camino al farmacéutico, hasta tumbarlo del gobierno, y llevar a Delgado al palacio de la calle Rosales.

Estos dos eran los puntos esenciales en el arranque de esa conspiración. Luego cambiarían las cosas viniendo Leyva de emergente por Páez; después Loaiza se calentaría con el apoyo de Leyva; enseguida Macías y Loaiza serían puestos quietos y Delgado ganaría la carrera.

Ya estando Macías en Sinaloa, en preliminar campaña para el gobierno, sella el compromiso con el General Macario Gaxiola de llevarlo al Senado de la República; y se une a ellos, como simpatizador entusiasta, el General Félix Lara, amigo de los dos y en esa época Jefe de la Zona Militar en Nayarit. Y los tres generales empiezan a picar piedra y después a pelearse con los tres coroneles. Como en la novela de Alejandro Dumas, "Los Tres Mosqueteros", así los tres coroneles habían jurado ser uno para todos y todos para uno, luego se presentarían los golpes bajos y las zancadillas que arreciaron durante esos meses de maniobreo político.

A la postre se romperían las tazas. Leyva se distanciaría de Loaiza y Delgado, y estos dos últimos seguirían unidos hasta alcanzar las metas de sus aspiraciones políticas. Sólo la muerte de Loaiza los separaría.

Los prolegómenos de la campaña a gobernador del Coronel Alfredo Delgado, o sean las elecciones internas, tuvieron el signo y el sello de la violencia y la sangre, que no desaparecerían a lo largo de toda su convulsa administración. Los famosos plebiscitos para sacar avante a los favoritos del pueblo para esta contienda electoral se llevaron a cabo en todo Sinaloa, pero no fueron pacíficos ni tranquilos y hubo que lamentar la pérdida de muchas vidas. Las pasiones se desbordaron no por la popularidad de los precandidatos, sino por la cerveza y el alcohol que ingerían los participantes a tarros llenos. Vinieron los pleitos y los balazos por supuesto fraudes y anomalías en el proceso, ¡ya desde entonces se estilaban y protestaban inútilmente! En Cosalá, Mazatlán, Guasave y Los Mochis cayeron varios ciudadanos para no levantarse más. Tres

sinaloenses se presentaron en esta justa política: El Coronel Alfredo Delgado con todo el respaldo de Cárdenas, de Loaiza y del Partido Nacional Revolucionario. -El PNR hacía su segunda aparición y prueba de fuego. La primera había sido una calamidad con Páez-.-;el General Félix Lara, nativo de Culiacán, que en la entidad fue un esforzado combatiente de la Revolución y a quien después se le atribuiría la dirección del asesinato de Francisco Villa en Parral y Félix M. López, el famoso "Güero López" de Guasave, que venía de ocupar un alto cargo en la Secretaría de Agricultura y que proclamaba tener una estrecha amistad con Lázaro Cárdenas. Delgado es electo para el período 1936-1939. Los dos Félix, aunque no muy felices, aceptan la derrota deportivamente. Lara se pierde de aquí y López es recompensado con la distribución de PEMEX en Guasave.

Los coroneles Rodolfo R. Loaiza y Alfredo Delgado formaron una indisoluble mancuerna política y unidos tuvieron que capear y aguantar las furiosas arremetidas caninas de las gentes ricas del sur de la entidad, que los trajeron asoleados durante las dos administraciones gubernamentales que presidieron. Juntos, primero se enfrentaron despiadadamente a Páez para derrocarlo. Para ello formaron el grupo "Acción Revolucionaria Sinaloense", y sacaron a la luz pública un semanario de igual nombre que se editaba en Los Mochis bajo la égida de Miguel Leyson Pérez, loaicista de hueso colorado, como lo fue también Leopoldo Sánchez Celis en su inquieta juventud. Fue esencialmente un periódico de oposición sistemática contra Manuel Páez, en cuyas columnas le sacaban a airear los trapitos al sol, que eran uno que otro. Después sirvió como órgano difusivo, propagandístico, de las respectivas campañas de Delgado y Loaiza, como aspirantes a la gubernatura y antes también lo fue de la campaña a diputado federal del sanjavierino.

Delgado nunca se hizo atrás cuando Loaiza se lanzó en pos del gobierno del Estado, teniendo como contrincante al ingeniero Guillermo Liera Berrelleza, que estaba respaldado por el Partido de la Revolución Mexicana, incluso rompió lanzas contra el propio partido oficial, con tal de que su amigo llegara al poder. En ese aspecto se portó como un hombre leal a la amistad y hermandad que existían entre los dos.

A Delgado le tocó vivir como gobernador una de las etapas más

agitadas y difíciles motivadas por el reparto de tierras que en el país hizo Lázaro Cárdenas. Sinaloa se convirtió en un polvorín, principalmente en el sur del Estado. El descontento cundió entre los terratenientes afectados, quienes armaron gatilleros para ahuyentar y asesinar a los campesinos favorecidos con este movimiento agrario. Tan grave fue el problema, que Delgado, léalo usted bien, ya no era el gobernador absoluto de Sinaloa. De Culiacán al norte, hasta Choix, seguía mandando; pero de Elota a Escuinapa los amos y señores eran los cabecillas de la gente del "Monte", pagados y dirigidos por el poderoso "grupo 33", integrado por latifundistas del sur del Estado, propietarios de cientos de miles de hectáreas. El Coronel Delgado, ni por asomo, se animaba a ir al sur, que estaba dominado por "los dorados".Luego, por si fuera poco, se topó con las huelgas magisteriales, que aunadas al conflicto anterior, estuvieron a punto de costarle la salida del gobierno y pasos muy fuertes escuchó en la azotea del palacio. Su tabla de salvación fue la expropiación petrolera de Lázaro Cárdenas, quien pidió la unidad nacional para hacerle frente a la embestida de los países afectados con esta patriótica medida. Sin este providencial hecho, el fuertense hubiese oído las clásicas y triste golondrinas.

Mal principió su gobierno el Coronel Delgado. El 22 de febrero 1937 los maestros hacen paros y se lanzan a la huelga. El movimiento pedía aumento en las percepciones, respeto a la organización sindical que había formado y el pago puntual de las quincenas devengadas. El gobernador se portaba altanero con los líderes magisteriales, no los recibía en audiencia y cuando eso acontecía no escuchaba sus requerimientos; pero lo más grave de todo, lo que colmó el plato, fue que la administración delgadista no les cubría los sueldos a tiempo. Durante todo ese año le dio largas al problema. Nunca se preocupó por resolverlo. Los profesores volvían a la carga, acicateados principalmente por el hambre, pues se pasaban las fechas de pago de sus emolumentos, muy raquíticos por cierto, y ni "máiz" paloma...

El coronel, no por insultarlo, era terco como una mula. Pero vayámonos a los hechos registrados en torno a ese gordo conflicto: En 1937, Delgado sustituyó el nombre de Colegio Civil Rosales por el de Universi-

dad Socialista del Noroeste, designando Rector a Solón Zabre y Secretario a Enrique "El Guacho" Félix Castro. Un año después, en enero de 1938, estalla la segunda huelga magisterial que se prolongó hasta mediados de abril porque el gobernador hizo caso omiso de esta situación. Para secundar este movimiento se llevan a cabo una serie de manifestaciones y mítines dirigidos por los Profesores Miguel Cristo Ontiveros y Rodolfo Monjaraz Buelna, líderes del Sindicato Único de Trabajadores de la Educación en Sinaloa (SUTES), y el comité de huelga, respectivamente.

Se unen y solidarizan con ello la Federación de Trabajadores de Sinaloa, la Liga de Comunidades Agrarias, la Federación de Estudiantes Universitarios Sinaloenses (FEUS), la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR) y el Bloque Izquierdista Universitario (BIU). Durante una de las nutridas manifestaciones, elementos de la FTS, entre los que figuran Rosendo G. Castro, José Raúl Rivera, Natalio y Roberto Flores Portillo y otros más, desplegaron mantas en las que exigían la caída del Gobernador Delgado, acusándole de intransigente e incapaz para resolver el conflicto educativo que tanto daño estaba causando a la niñez. El problema creció como la espuma y el pueblo comenzó a respaldara los huelguistas, en razón de que el tiempo transcurría y los niños no concurrían a la escuela; de ello responsabilizaban al coronel Delgado. En represalia, el gobernador emprendió implacable y furibunda represión contra dirigentes magisteriales, obreros, campesinos y de la Universidad Socialista del Noroeste, que participaban también en el movimiento. Once maestros, entre ellos el líder magisterial Miguel C. Ontiveros, fueron cesados Los dirigentes obreros, con excepción de Rosendo G. Castro, huyeron a la sierra acosados por la Policía Judicial; y Solón Zabre y Enrique Féliz Castro, acusados de alentar a los estudiantes en contra del gobierno, quedaron cesados de sus cargos, corriendo la misma suerte los profesores José Gross, Manuel y Jesús Lazcano, y José León. Además de corridos, Zabre y "El Guacho" fueron secuestrados por esbirros del jefe policiaco Alfonso Leyzaola, alias "La Onza", bien ganado mote debido a lo cruel y sanguinario de sus actuaciones. El secuestro de los funcionarios universitarios marcó el inicio de una serie de sucesos protagonizados por la grey estudiantil

de la época. Fue hasta el mes de mayo cuando concluyó este grave lío magisterial, que estuvo a punto de costarle el gobierno al coronel Delgado, pero que lo dejó tambaleante y desgastado.

Delgado, además de los graves problemas sociales que tuvo que enfrenar, sufrió la pena negra para resolver la falta de dinero en las arcas de gobierno. Tenía que hacer hoyos para pagar a la burocracia, principalmente los sueldos de los maestros y hacer una que otra obra material para justificar su gestión gubernamental. Fuerte impulso le dio a la construcción de escuelas, que tan bien fueron hechas que aún permanecen en pie a pesar del tiempo transcurrido. En Culiacán edificó los siguientes planteles educativos: Eustaquio Buelna y Doctor Ruperto L. Paliza, terminó la Escuela Álvaro Obregón y construyó el jardín de niños Doctor Baltasar Izaguirre Rojo, y en Mazatlán los centros escolares 18 de Marzo y Antonio Rosales, así como las escuelas de Pericos y Bamoa. Asimismo levantó la Casa del Pueblo para los campesinos, el Parque Revolución, el boulevar Madero, el malecón de Culiacán y abrió la carretera de San Blas a El Fuerte, que años después pavimentaría el Gobernador Leopoldo Sánchez Celis. En El Fuerte la tierra que lo vio nacer, construyó el mercado municipal y participó en la iniciación del Ferrocarril Kansas City México y Oriente, hoy Chihuahua al Pacífico. En el aspecto social, convenció a su señora madre para que fraccionara un predio de su propiedad llamado El Tuchi, ubicado cerca de La Galera a las orillas del río Fuerte, para que se repartiera entre las familias que trabajaban para los Delgado. En 1938, a iniciativa del Doctor Jesús Rodolfo Acedo Cárdenas, crea en Sinaloa, por primera vez, un Tribunal para Menores infractores, y durante su período se funda la Liga de Comunidades Agrarias y nace el Sindicato de Trabajadores al Servicio del Estado, en su primera época. Delgado, realmente hizo verdaderos milagros con el pobre presupuesto que manejaba.

La XXXVI Legislatura, que fungió del 15 de septiembre de 1936 al 14 de septiembre de 1940, y que acompañó a Delgado en su accidentado ejercicio gubernamental, estuvo compuesta por Florentino Ezquerra, Francisco Ramos Esquer, José María Romero, Justino Rubí, J. Miguel Ceceña, Alfonso Delgado, José Semental, José A. Forbes, Roberto Lizárraga,

Fermín Pérez, doctor Jesús Rodríguez V., Cuauhtémoc Ríos Martínez y Alfredo O. González.

Alfredo Delgado se da de alta en las filas revolucionarias con el grado de Subteniente a las órdenes del Coronel Maximiano Gámez, el 10 de mayo de 1911. Participa con las fuerzas maderistas en las tomas de las plazas de Navojoa y Culiacán, en mayo y junio del mismo año. Ya con el grado de mayor está presente en los combates de Choix, Bateve y El Fuerte, contra las fuerzas de Pascual Orozco y Emiliano Zapata, en junio de 1912, y al mes siguiente en Baca, Choix y Yecorato, Choix, se enfrenta a los mismos guerrilleros. El 13 de septiembre de 1915 recibe el nombramiento de comandante militar en la plaza de El Fuerte, a la cual defiende de las otras villistas que jefaturaban los generales Orestes Pereira, Juan Banderas y Felipe Bachomo.

Prosigue su carrera militar en otras partes del país y en 1920 aparece firmando el Plan de Agua Prieta, que encabezaron De la Huerta, Obregón y Calles desconociendo el gobierno de Venustiano Carranza. Al asumir la presidencia de la República don Adolfo de la Huerta, amigo de Delgado, lo nombra jefe de la policía montada del Distrito Federal, y en diciembre de 1920 Álvaro Obregón lo asciende a Coronel y lo ratifica en el puesto citado. Después es nombrado jefe de regimientos en Toluca, Veracruz y Jalapa. En 1933 ó 1934 el Coronel Alfredo Delgado se viene a Sinaloa, apoyado por su amigo el también Coronel Rodolfo T. Loaiza, a hacer talacha política que lo lleva a la gubernatura de Sinaloa. Al concluir su azarosa gestión de gobierno en Sinaloa, regresa a la Ciudad de México, donde el presidente Manuel Ávila Camacho le ofrece una embajada en Uruguay o Argentina, misma que rehúsa el militar fuertense. De 1941 a 1956 desempeña diferentes comisiones en el Distrito Federal, y el 13 de abril del último año, víctima de la arteriosclerosis, fallece en la misma ciudad que le dio cobijo durante sus últimos días.

El Fuerte fue la cuna natal de don Alfredo Delgado, quien vino al mundo el 25 de diciembre de 1886. Sus padres pertenecieron a las clases pudientes fuertenses. El 20 de enero de 1918, en Ciudad Jiménez, Chihuahua, contrae matrimonio con la señorita Soledad Siller Cobos, dama instruida, hija de familia de grandes recursos económicos. Tanto ella como

el coronel, en su época como gobernador, fueron muy afectos a las fiestas que se daban en el seno de la sociedad culiacanense y que se organizaban en su honor con cualquier pretexto. A Delgado le gustaba el vino y la cerveza, sin llegar a los extremos. Es decir, no hacía desfiguros que pusieran en desdoro su alta investidura, ya de por sí tan maltratada.

Tuvo fama de tragón y seguido le daban curseras, tanto por lo que comía como por lo problemas que siempre lo asediaron. Fue un tipo alto, blanco, corpulento, de bigote negro, meticuloso en el vestir. Dicen que era de temperamento nervioso, callado, circunspecto, integro con sus amigos. Unos cuentan que atendía bien a la gente, pero otros señalan que era malcriado y déspota. (José María Figueroa Díaz LOS GOBERNADORES DE SINALOA 1831-1996)

RAFAEL LÓPEZ MALLEN
(1884-1972)

El personaje fuertense de quien más hemos escrito es don Rafael, por lo tanto hoy lo abordaremos en forma muy breve, sólo en sus vivencias más sobresalientes como político, agricultor, hombre de servicio social y prolífico padre de familia.

En su educación primaria le tocó en suerte ser alumno de don José Rentería, viejo ex coronel juarista que en El Fuerte fundó una escuela militarizada que aún se recuerda por octogenarios y nonagenarios sobrevivientes que son hijos de aquellos alumnos. El primer acto importante de carácter social de don Rafael es el haber sido miembro fundador de la llamada "Sociedad Mutualista Ramón Corral", fue esto el año de 1904; es ardiente partidario de la candidatura de don José Ferrel compitiendo contra don Diego Redo por la gubernatura del Estado; ganó Ferrel, pero el gallo de don Porfirio era el otro... y aléguenle. Cuando estalla la Revolución Mexicana, don Rafael toma parte en forma superficial, no obstante llega a ser conociendo por revolucionarios como Rodolfo G. Robles, Rodolfo Ibarra Vega y el propio Gral. Ángel Flores. Cuando se hicieron enemigos Villa y Carranza, la plaza de El Fuerte era carrancista, sin embargo muchos fuertenses simpatizaban y apoyaban al villismo; esto dio por resultado que varios fueran a parar al paredón. Don Rafael por una falsa denuncia estuvo a punto de ser fusilado, y sólo la oportuna intervención del Mayor Rodolfo Ibarra lo salvó de ser pasado por las armas.

En 1920 don Rafael es ungido Presidente Municipal, pero en su período de un año no pudo hacer gran cosa por su municipio, ya que la Revolución había dejado a todo el país en situación desastrosa. De cualquier manera, el término de su gestión es nombrado Tesorero Municipal, distinguiéndose siempre por su amabilidad, respeto y don de servicio a su comunidad.

Don Rafael sembró la tierra casi desde niño, fue un apasionado de la agricultura, nunca fue terrateniente y si acaso apenas logró ser propietario de unas cuantas hectáreas, fue un innovador en el cultivo del cacahuate y hasta escribió folletos de esa leguminosa, los cuales fueron tomados en cuenta no sólo a nivel nacional sino que incluso una revista gringa llamada "La Hacienda" los reprodujo y divulgó en los Estados Unidos. Fue miembro fundador de la Asociación de Agricultores del Río Fuerte Norte, siendo justamente su primer presidente, repitió en varias ocasiones e incluso fue consejero ante CAADES. En el tiempo del Gobernador Alfredo Delgado, don Rafael fue electo Diputado por el municipio de Choix, y a finales de 1940 tuvo alto honor de ser Gobernador Interino del Estado. Ya de vuelta en su Diputación, la Legislatura lo nombra su representante a la toma de posesión del Gral. Ávila Camacho a la Presidencia de la República el 1º de diciembre de 1940.

Don Rafael es el creador indiscutible del "Hospital Santa Rita" de El Fuerte y el primer Centro de Salud en Choix, obras realizadas en 1941, ampliadas y mejoradas en administraciones posteriores. Cosa curiosa, don Rafael hizo más como ciudadano que como funcionario, pues como Presidente de la Junta de Mejoras Materiales de El Fuerte durante muchos, años realizó el empedrado de calles, el embellecimiento de la plazuela; fue además gestor incansable de la educación, el otorgamiento de becas a estudiantes de escasos recursos y la apertura de nuevas plazas a maestros rurales.

Fue grande don Rafael por el lado que se le observe, y si nos vamos por la parte afectiva, a la cosa familiar, les diremos que procreó una treintena de hijos con poco más de media docena de "esposas", pero con ninguna se casó. Murió don Rafael después de haberle exprimido a la vida toda la savia del buen vivir, el 26 de octubre de 1972 en su morada de la Calle Obregón y junto a su compañera doña Enriqueta de la Garza y sus hijos. (Humberto Ruiz Sánchez. Crónicas del Zuaque 188)-

PABLO ERASMO MACIAS VALENZUELA

Vamos a abordar la historia del personaje Fuertense más notable e importante de todos los tiempos en la historia de este municipio, pues como militar revolucionario, alcanzó el grado de General de División y como político, el cargo de Gobernador del Estado y Secretario de la Defensa Nacional.

Sus raíces paternas vienen del viejo Distrito de Álamos, población minera del Estado de Sonora; Don Darío Macías y doña Josefa López, son sus abuelos; así, su padre don Pablo Macías López nace precisamente en Álamos, en el año de 1850. Dedicado a la ganadería, a la incipiente agricultura y a la arriería, su radio de acción eran los límites de Sonora y Sinaloa, como Agiabampo, El Carrizo, Las Cabras y el propio Álamos, hacia donde acarrea entre otras cosas, la indispensable sal de la costa. Por tal razón, ocurre en el pequeño poblado ganadero de Las Cabras el encuentro e idilio de Pablo y la señorita Ma. de los Ángeles Valenzuela Ibarra. Se casan en la Villa de El Fuerte, el 28 de diciembre del año de 1889; el tiene en esos momentos 39 años de edad, mientras que ella sólo acumula 18 floridas primaveras; el acta, está legal y claramente asentada en el libro respectivo del Registro Civil del lugar, con la curiosa característica de que ni el contrayente, ni los testigos firman por no saber hacerlo, sólo lo hace Ma. de los Ángeles y con una letra que denota buena instrucción escolar.

FRAGMENTO DEL ACTA DE MATRIMONIO DE LOS PADRES DEL GRAL. PABLO MACIAS VALENZUELA.

DICE: Yo, José C. Rojo, Juez del Estado Civil de este lugar, declaro en nombre de la Sociedad que Pablo Macías y María de los Ángeles Valenzuela, quedan desde este acto unidos en Matrimonio. Fueron testigos Dionicio Verdugo, Manuel Soto y Julián Leyva, mayores de edad, casados el primero y el último, solteros el segundo; labradores y vecinos de Las Cabras; no habiendo firmado la presente acta, más que la pretensa, por no saber los otros.

JOSE C. ROJO

ANGELA VALENZUELA

Al poniente de la Ciudad de El Fuerte, recorriendo quince kilómetros por el viejo camino que va al Carrizo, se encuentra el rancho llamado Las Cabras, antigua comunidad que se asienta en la orilla derecha del arroyo de Álamos; ahí precisamente nació nuestro biografiado, el 14 de noviembre de 1891. Su padre era de piel clara, sin llegar a blanca y su madre llevaba aún muy a flor, la sangre indígena. Fue un auténtico hijo de campesinos y no tuvo mucha instrucción escolar, este dato es confuso pero al parecer, sólo cursó la primaria en la Villa de El Fuerte.

Siendo apenas un joven de 18 años, ingresó a la incipiente llama que se convertiría en llamarada convulsiva o sea el movimiento revolucionario Maderista. Su primera incursión en este peligroso ambiente, es decir en el movimiento en contra de la dictadura de don Porfirio Díaz, se registra en la toma de la Ciudad de El Fuerte por el rebelde José Ma. Ochoa, en diciembre de 1910. En esa ocasión, Ochoa que estaba preso, insubordinó a los reclusos de la cárcel, los liberó y con otros simpatizantes tomó el Palacio de Gobierno, destituyó al Prefecto Porfirista y puso en su lugar al viejo excoronel liberal don José Rentería. De ahí en adelante el joven Macías ya no se separó del movimiento que dio origen a la Revolución Mexicana.

Inició su carrera militar en forma oficial el 25 de marzo de 1912, con el grado de Teniente en el 4º. Batallón Irregular de Sonora donde militaban otros sinaloenses como Benjamín Hill y Salvador Alvarado. Álvaro Obregón en esas fechas, no se incorporaba aún al movimiento. Macías, a partir de entonces, permaneció como soldado todo el tiempo.

Fue un auténtico guerrero del campo de batalla, un íntegro defensor de la Patria; su hoja de servicios, legalmente registrada en los Archivos de la Secretaría de la Defensa Nacional, asienta que participó en 86 hechos de armas, muy pocos son los soldados que lo superan en este número; mencionaremos algunos de los mas importantes:

Sirvió en varios Cuerpos de Infantería en Sonora; en 1912 durante la Campaña contra los Orozquistas que se rebelaron al señor Madero, asistió a los combates siguientes: El de Ojitos en Chihuahua, el 31 de julio; El de San Joaquín Sonora, el 9 de diciembre; Santa Rosa, del 9 al 11 de mayo de 1913; En el Sitio de Guaymas, Son., del 28 de junio al 13 de julio de 1913 y la sangrienta batalla de la Venta, Jalisco del 7 al 10 de julio de 1914.

Triunfante la Revolución Constitucionalista que emancipaba la muerte del Presidente Madero, marchó Macías con su Batallón al Distrito Sur de Baja California y tomó parte muy importante en la Toma del Puerto de La Paz, el 10 de diciembre de 1914.

Al año siguiente, pasó al Estado de Sonora; formó parte del 6º. Batallón que mandaba el Gral. Ángel Flores y combatió ferozmente a la partidas Villistas en los siguientes hechos de armas: Cueva de Masiaca, el 15 de enero de 1915; en Rosales, Son., el 15 de febrero; toma de Navojoa el 19 de abril; otra vez Rosales, el 18 de junio; Macoyahui, Son., el 28 de julio; Sitabaro el 4 de septiembre; El Alamito, el 18 de noviembre y culminó con la Toma de Hermosillo, el 21 y 22 de noviembre; en todas esas contiendas está demás decir que caían cientos de mexicanos.

El 15 de diciembre de 1915, fue ascendido a Coronel; concurrió a las campañas sangrientas, contra los indios yaquis sublevados, primero al mando del 8º. Batallón de Sonora, de enero a junio de 1916; después del 23º. Regimiento de Caballería, de agosto de 1917 a julio de 1918.

El día 15 de diciembre de 1916, el Coronel Macías, contrae matrimonio con una bella dama fuertense, la señorita Rosario "Chalita" Estrella, hija de don Eudoro Estrella y doña Dolores Cota; hermana Chalita de don Juan y don Benjamín, todos de largo historial en El Fuerte, ya desaparecidos. Don Pablo, no tuvo descendencia con su esposa.

El coronel Macías, fue como ya dijimos Maderista incondicional en la

primera etapa de la Revolución; luego, a la muerte del Presidente Madero, se unió al Constitucionalismo de Carranza, junto con Obregón, Calles, Hill, Iturbe, Angel Flores, etc. Así cuando todos estos revolucionarios no estuvieron de acuerdo con las decisiones del Presidente Carranza, Macías no titubeó y fue de los primeros en firmar el famoso Plan de Agua Prieta, movimiento, mediante el cual fue eliminado el llamado Varón de Cuatro Ciénegas. Ese acuerdo, que se organizó y firmó en la Ciudad de Agua Prieta Sonora, el 23 de Abril de 1920, lo encabezaron los Generales Obregón y Calles y los principales militares firmantes y actuantes fueron los siguientes:

GENERALES	CORONELES	MENOR RANGO
Ángel Flores	Pablo Macías V.	Emilio C. García
Fco. R. Serrano	Abelardo L. Rodríguez	Anselmo Armenta
Roberto Cruz Díaz	Fausto Topete A.	Rodolfo Ibarra Vega
Macario Gaxiola	Anatolio B. Ortega	Alfredo Delgado Ibarra
José Ma. Ochoa	Guillermo Nelson	Manuel O. Lugo
Francisco R. Manzo	Antonio A. Guerrero	Angel Gaxiola Jr.

MACIAS, GOBERNADOR EN SOSPECHA

Estamos en los primeros meses de 1945 y los difamadores no quitan el dedo del renglón --¡qué malos para perder!-- y como una gota de agua hace un hoyo en la piedra, un día sus gritos hacen eco: Todo comenzó con la detención y consignación al Juzgado Cuarto del Fuero Militar de la Ciudad de México, del Capitán Jesús Vázquez Castillo, Jefe de Ayudantes del Gobernador Macías, acusándolo del asesinato de Loaiza por órdenes de don Pablo, obviamente. Pero el General Macías, puso en juego toda su experiencia y recursos legales que le asistían para sortear el problema, pues corría el riesgo de ser procesado y desaforado de su alta investidura. Este episodio de la vida del Gral. Macías lo estamos viviendo y saboreando gracias a la amena y autorizada pluma del maestro José Ma. Figueroa Díaz, quien sigue diciendo: Pasaremos la narración de este suceso político al Lic. Manuel Lazcano, quien fuera el Procurador de Justicia en la Administración del Gral. Pablo Macías y que por lo tanto vivió muy de cerca esa candente situación:

Se citó a comparecer a don Pablo, por encima de su fuero constitucional de Gobernador, pero no atendió la cita. Entonces vino a Culiacán el jefe de la Policía Militar con un grupo de agentes, para detenerlo y hacerlo comparecer ante el Juez Cuarto Militar. Se anunció el día y la hora de la audiencia de presentación, se armó el escenario con la asistencia de periodistas y la naciente televisión enfocó sus potentes reflectores a la puerta por donde iba a entrar Macías Valenzuela, todo para provocar un escándalo nacional, cuya consecuencia sería la desaparición de poderes de Sinaloa. Aquí en Culiacán, un diario local publicó en el centro de la primera plana, una composición fotográfica en la que Don Pablo aparecía preso, tras las rejas. La justicia militar reclamaba y sostenía su competencia para conocer del proditorio magnicidio, considerándolo incumbencia total del fuero militar.

Aguas turbulentas muy sucias, profundas y traicioneras atravesaban el gobierno de Macías Valenzuela. Cuando supo de la presencia en Culiacán de la Policía Militar, no necesitó mucho "colmillo" para saber lo que se tramaba en su contra. Inmediatamente, protegido por un grupo de obreros de Culiacán, Eldorado y Los Mochis principalmente, armados con rifles y pistolas, dispuestos a usarlos y jefaturados entre otros por Carlos Ramón García, líder de la SICAE, a bordo de un carro púlman del ferrocarril, salió el Gral. Macías para México a entrevistarse con el Presidente Manuel Ávila Camacho. En una de las paradas del tren se le informó, que por instrucciones del Lic. Jesús González Gallo, Gobernador de Jalisco, "en la estación de Guadalajara, estaba una partida militar con órdenes de aprehenderlo". Macías Valenzuela, bajó del tren en Tequila y en automóvil siguió su camino hasta México. En este viaje fue notorio que siendo Gobernador Constitucional del Estado, no se hizo acompañar de policías, ni municipales ni judiciales. Lo protegieron obreros sinaloenses".

Platica Manuel Lazcano que él casualmente, se dio cuenta de la trama que se había urdido en contra de don Pablo; de su aprehensión por parte de la policía militar y de la presencia espectacular de los medios de comunicación, cuando se presentase a declarar en el juzgado.

Ramiro Botello Medina, había sido Presidente de la Junta Central de Conciliación y Arbitraje en las administraciones de Delgado y Loaiza, era furibundo simpatizador del segundo mandatario. Lazcano lo había sustituido en este puesto ya siendo Macías, gobernador.

Fidencio "El Güero" Gutiérrez, quien por muchas décadas, fue representante patronal ante la junta, llegó un día a visitar a Manuel a su despacho y le contó que Botello Medina le había escrito una carta desde Mazatlán donde le daba pormenores de lo que le iba a acontecer a don Pablo. Lazcano, ni tardo ni perezoso, lo convenció de que le entregara la misiva y fue de inmediato a enseñársela al gobernador. Era una prueba palpable de la conspiración que se tramaba en su contra. Esa misma carta se la entregó Macías Valenzuela al presidente Ávila Camacho, a quien le explicó además que todo el movimiento por el que se le quería procesar, tenía eminente fondo político para inhabilitarlo como gobernador y con el respaldo de Lázaro Cárdenas, colocaren su lugar a un elemento del lloaicismo. Ávila Camacho lo escuchó y le dijo que hablara con el Lic. Miguel Alemán, su secretario de Gobernación, a quien le daría instrucciones de que lo atendiera.

Todo se investigó a fondo. Fue un largo proceso pero al final quedó claro. Los móviles del crimen y el nombre del asesino: Rodolfo "El Gitano" Valdez y sus cómplices. Mientras todo esto sucede y se aclara, acá en Sinaloa cubre las ausencias de Macías el Lic. Saúl Aguilar Pico, como Gobernador Interino encargado del Despacho. Se evidenció que don Pablo no tuvo ninguna intervención en el asesinato del Gobernador Rodolfo T. Loaiza. Fracasó en esta maniobra el grupo político que vio en ella la posibilidad de volver al poder en Sinaloa. Este mismo grupo volvió a la carga, ya siendo Presidente de la República el Lic. Miguel Alemán, se armó otra calumnia en su contra. Se le señalaba en los grandes encabezados de la prensa nacional, como jefe del narcotráfico en el noroeste. En lo álgido de esta campaña, hizo espectacular arribo a Culiacán el Procurador General de Justicia de la República, Lic. Francisco González de la Vega, acompañado de personal de la Procuraduría y de numerosos agentes. Don Pablo, ni fue al aeropuerto a recibirlo, ni envío representantes y cuando se le informó que el Señor Procurador, lo esperaba en el Hotel "El Mayo", donde se hospedaba, contestó: "El Gobernador de Sinaloa está en su despacho de Palacio de Gobierno, para atenderlo". ¡Y ahí acudió el Señor Procurador! Macías se le enfrentó y le demostró que en Sinaloa había orden y respeto de parte de su gobierno.

Macías Valenzuela hizo un gobierno fuerte, muy sujeto a las disposiciones legales, quería que se respetaran y respetarlas él también. Soldado de la

revolución, don Pablo ocupó el gobierno por derecho propio, después de una gesta en la que había participado. Celoso de la soberanía del Estado, se resistía a recibir consignas del centro. Fue muy orgulloso de su jerarquía como gobernador y se sentía obligado a hacer honor a su cargo. Al igual que sus antecesores Delgado y Loaiza, el gobernador Macías pasó tragos amargos con la secuela de terror, la división y la tranquilidad en el sur del Estado, motivados por la tenencia de la tierra en la época Cardenista, donde todavía las gentes del "monte" y los terratenientes que los pagaban, continuaban sembrando cruces en los surcos de las parcelas entregadas a los campesinos sinaloenses. Tendría que venir el Gral. Jesús Arias Sánchez a pacificar esa región de Sinaloa, haciendo vívida la sentencia bíblica de que el que a bala mata, a pólvora muere.

Siempre con la ley en la mano, llevó la seguridad y la tranquilidad a sus gobernados. Los negocios públicos eran rápidamente expeditados. La burocracia a querer o no tuvo que desplegar actividad, so pena de irse a descansar a sus casas. Hizo un limpio manejo de la hacienda pública, que recibió con una existencia en caja de siete mil y pico de pesos y al concluir su mandado dejó $1'411,147.56, mucho dinero para ese entonces. El presupuesto que ejerció el último año de su gobierno (1950), ascendía a 18 millones de pesos. Fue un gobernador cuidadoso de la responsabilidad que el pueblo le había entregado. Don Pablo salió pobre igual que como había entrado; fue honrado y vertical con todas sus cosas.

En términos generales, se puede decir que el período gubernamental del General Macías fue el más atacado por los periodistas, por lo regular injustamente; pero como don Pablo no era ningún dejado, ni se amedrentaba fácilmente, más de un periódico pasó a mejor vida durante su gestión, por eso a Macías, se le juzga como el Gobernador enemigo de los periodistas; la verdad es que la prensa de ese tiempo le hizo mucho el juego a los intereses contrarios al bando de Macías. Sus principales colaboradores fueron: Fausto Antonio Marín Tamayo, Jesús P. Ruiz, Guillermo Barrantes, Manuel Lazcano Ochoa, Alberto Sánchez González, Antonio Wadgymar, Enrique "El Guacho" Félix, Isidro Salas Barrón. Guillermo Barraza, Germán Gil Macías y Armando Molina Trujillo.

Aunque la seriedad fue su característica, tenía un agudo sentido del humor, la broma y del chascarrillo oportuno y punzante que con-

trastaba con su reciedumbre, presencia imponente y tono cortante y autoritario. Sus órdenes eran secas, tajantes, al estilo militar y no se sabe que alguien se haya puesto a discutirlas. De pocas palabras, arrastraba la lengua al momento de hablar, el Gobernador Macías, se hacía respetar y obedecer, pero dentro de su hosquedad era humano y bondadoso. Gozaba y festinaba sus propios chistes y puntadas inventadas muchas veces a costillas de sus colaboradores, que no hallaban donde meterse, tanto cuando estaba de buenas, como en sus instantes de coraje o pesadumbre momentáneos. Fue un hombre alto, corpulento, de color moreno y de corte de pelo y apostura militar. Sólo en ocasiones muy especiales vestía con las galas correspondiente a su rango de General de División. Comúnmente usaba camisa o chaquetilla y pantalón color café, dentro de su acostumbrada sencillez. Ni para dormir se quitaba don Pablo sus lentes obscuros, negros como las noches que había andado en campaña. Era un aficionado de hueso colorado a la cacería y a la pesca. Seguido hacía excursiones a la sierra o al mar buscando presas que cobrar, a veces regresaba, como se había ido.

Presumía de sus conquistas durante la revolución, pero no la de los fusiles sino la de las otras, en las que decía que no se le había ido viva ni una sola paloma. Chupaba como un chacuaco y su ropa siempre estaba llena de pavesa y la nicotina le había puesto los dedos amarillos como la piel de los chinos. Fumó hasta los últimos días de su existencia y nunca se amiedó; la única vez que demostró miedo, fue al ir a sacarse una radiografía de sus ahumados pulmones. Bueno, pero volvamos atrás, decíamos que el Gobernador Macías, había salvado todos los obstáculos que le pusieron sus enemigos políticos a pesar de estar apoyados nada menos que por el Gral. Cárdenas.

Los periódicos que le habían echado leña al Gral. Macías, durante su campaña y que lo habían tildado de complicidad en el asesinato del Gobernador loaiza y que además se pusieron en contra de la candidatura del Lic. Miguel Alemán (para qué querían mas desgracia) empezaron a sufrir las consecuencias cuando Macías asumió la gubernatura. . . Una vez más dejamos la narración a la pluma de el maestro Figueroa Díaz.

La decantada liberad de expresión en 1945, en el primer año de gobierno

del Gral. Pablo Macías Valenzuela, fue pisoteada y escarnecida; valiéndose de burdas argucias, el gobernador mandó cerrar las puertas de dos periódicos sinaloenses: El Regional, en Culiacán y el Correo de Occidente en Mazatlán. Los dos sucumbieron por las huelgas que les fueron fabricadas por el Sindicato de Artes Gráficas de Sinaloa, con el pretexto de que los obreros, querían aumentos de sueldo y mayores prestaciones. La triste historia de estos homicidios a la libre expresión es la siguiente: El Correo de Occidente, fundado y dirigido por don José C. Valadés, uno de los grandes en el que hacer periodístico, nació al calor de la política presidencial para hacerle la campaña en Sinaloa, al Lic. Ezequiel Padilla, contrincante en sus aspiraciones, del Lic. Miguel Alemán. El político veracruzano, o sea Alemán, llega a Sinaloa en su gira de candidato al gobierno de México. Aquí es recibido por don Pablo Macías y por los licenciados Manuel Lazcano Ochoa y Clemente Vizcarra, éste último había sido condiscípulo de Alemán en la UNAM y no se habían visto desde hacía tiempo. ¿Quihubo Manchado?, le grita el Lic. Alemán al verlo en el cortejo de su recepción y luego le da un fuerte y afectuoso abrazo. Vizcarra, a partir de ese encuentro, fue considerado como muy viable prospecto a la gubernatura, pero jamás se la pidió a Alemán; no era hombre de grandes ambiciones el concordense. Se conformó con ser diputado local, oficial mayor y secretario de Gobierno.

Alemán continuó exitosamente su recorrido por el Estado, pero antes de partir fue despedido por Macías, Lazcano y Vizcarra, delante de todos le dice al gobernador, ¿y de ese periódico, El Correo de Occidente qué? ¿ya se tomaron providencia para ponerlo quieto?. Las respuesta fue rápida: "Si señor, no se preocupe". Hubo otra interpelación del candidato presidencial: "No sé que vayan a hacer, pero hagan lo que hagan, no quiero que toquen a don José C. Valadéz. Alemán se fue de Sinaloa; al día siguiente, la bandera rojinegra ondeaba en El Correo de Occidente, sus puertas, jamás volvieron a abrirse. Había muerto otro órgano de expresión sinaloense. El Regional fue enviado a la tumba por Macías, meses antes que El Correo. Cierto que se había pasado de la raya en sus ataques contra el gobernador, acusándolo de ser el autor intelectual del crimen del coronel Loaiza y esto para las pulgas de Macías, era mas que suficiente para cerrar un periódico de tan marcada inclinación política. Fue una despiadada campaña organizada por El Regional, para tumbar a Macías Valenzuela. Desde su contienda

electoral, que fue cuando mataron a Loaiza y después al principio de su administración, diariamente a grandes titulares aparecieron notas y artículos duros, incisivos, golpeando al militar fuertense. Dentro de esta demoledora acción periodística se escondían fuertes intereses políticos. José María Dávila, que a la sazón se encontraba como Embajador de México en Brasil, era el gallo de Loaiza para sucederlo, pero Macías fue el elegido por Ávila Camacho. Rodolfo y Chema se quedaron abanicando la brisa.

Llega don Pablo a la gubernatura y arrecian las acometidas en su contra por parte de El Regional y de los políticos loaicistas interesados en derrocarlo, pues no habían quitado el dedo del renglón soñando con que Dávila podía sustituirlo. Luis G. Rico y Antonio Pineda Gutiérrez, el uno como director y el otro haciendo pininos como reportero, ya habían agarrado la cárcel como segunda casa; por quítame estas pajas, eran aprehendidos por la policía y enviados a cautiverio. Nunca fueron golpeados, pero no más salían libres y volvían a las andadas, a poner al gobernador como Dios puso al perico; no escarmentaban. Tenía que llegar el día en que el vaso se derramara. En una fecha inolvidable para Toñico, firma una nota en la que decía que a "Sinaloa lo gobierna un asesino", al lado de la misma, en la primera plana, una foto trucada donde aparecía Macías Valenzuela, asido a la reja de una celda. Toñico, comedidamente, con todas las atenciones del caso, es llevado por la judicial al día siguiente, apenas los gallos habían dejado de cantar, ante la presencia de don Pablo. Este estaba hecho un basilisco, imponía su enorme figura y su mirada fiera, taladró la cara pálida, desencajada, casi blanca, --siendo el prieto-- del periodista culiacanense, quien no hallaba donde meterse cuando el Gobernador empezó a regañarlo. -¡Ya basta, pendejo!- le dijo enfurecido. -¿Qué no se da cuenta de que usted es un instrumento de estos políticos cabrones? ¡Pero esto ya llegó a su fin! ¡Se va ahora mismo del Estado, para el norte, para el sur o para abajo!-

Pineda Gutiérrez, haciendo de tripas corazón, tartamudeando, le contestó; -¡Ni en el norte, ni en el sur tengo negocio y menos abajo!-

De ahí salió Toñico convencido, de que lo mejor que podría hacer, era poner tierra de por medio y no estar debajo de la misma, así como era aconsejable aceptar la amable sugerencia del Gral. Macías. Toñico, caminando por la calle Rosales, llegó al domicilio de Luis G. Rico --o sea el director del periódico-- le

informódeloacontecidoydequepartiríadeSinaloaesemismodía.Entonces, éste le dijo: -¡No tenga miedo, aguántese, no le van a hacer nada!-.

Esanoche,abordodelFerrocarrilSud-Pacífico,escoltadoporlaJudicial, hastaloslímitesconNayarit,abandonóToñicosusuelonatal,alquenoregresaría hasta diez años más tarde. Cuando llegó a la capital de la República, allá se encontróalflamanteexdirectordeElRegional,quehabíallegadoenaviónantes que él. El gobierno del Estado le compró su boleto de ida, pero no de regreso.

A pesar de todas estas cosas que se han narrado, el Gobernador Macías, vivían sin grandes temores, tenía la misma entereza de aquellos tiempos en los campos de batalla, esto lo traemos a colación por lo siguiente; cuando fui estudiante de Secundaria, viví en Culiacán tres años --de 1948 a 1951-- y me tocó ver y saludar -de voz y mano- a don Pablo, cuando por las tardes de tiempo de calor, descansaba sentado en una poltrona en la banqueta de su casa. . .¡sin guardaespaldas! Su casa estaba por la Rosales, justo enfrente del entonces Palacio de Gobierno, así que para ir a su despacho, sólo tenía que cruzar la calle.

El Gobernador Macías, se preocupó grandemente por la educación. Durante su régimen construyó 262 planteles escolares y reacondicionó 268 más, el doble o triple de cualquiera de sus antecesores. En su tierra, mi tierra, El Fuerte, edificó la funcional escuela José Rentería; antes de esto se impartían las clases en el Palacio Municipal, también construyó el Jardín de Niños Genaro Estrada, dos obras grandiosas para su tiempo y circunstancias. Además en las rancherías del municipio, edificó también algunas escuelas. En abril de 1950 -último año de su mandato- el pueblo de Chinobampo, vivió el gran alboroto de recibir la visita del Señor Gobernador del Estado, se inauguraba una escuela más de las 262 que construyó; era Semana Santa, voló en su avión particular, desde Agiabampo, donde vacacionaba. Ese lugar era muy estimado por el General Macías, pues ahí pasó una parte de su infancia en compañía de su hermano Anselmo, nacido en ese lugar precisamente y quien también llegó a General de División y Gobernador de Sonora.

Con esta actuación creemos don Pablo recordaba su infancia y juventud; sin oportunidad de ocurrir a las aulas, sólo los privilegiados lo hacían. Construyó escuelas de Choix, hasta Escuinapa, por tal motivo,

otro ameritado General, don Rodolfo Sanchez Taboada, lo llamó "ELSEMBRADOR DE ESCUELAS".

Don Pablo Macías Valenzuela, viene a ser el Padre de la Escuela Normal de Sinaloa, pues hizo realidad las gestiones de los maestros -grandes por cierto- Enrique "El Guacho" Félix, Isidro Salas Barrón y la laureada educadora Agustina Achoy Guzmán. La fundación de la Normal, que se independizaba de la Universidad de Sinaloa, para no extinguirse, pues languidecía, fue el 18 de abril de 1947, alojándose en el viejo Hospicio Madero; algún tiempo después el Gobernador Macías, la dotaba de edificio propio.

El Gobernador Macías, construyó 262 escuelas y reacondicionó 268 más. La primera escuela que edificó fue la de La Cruz de Elota; sólo que a don Pablo, se le fue la mano, como era la primera que hacía, le salió muy grande para un pueblo tan chico; constaba de 24 aulas, dirección y administración. Ni en Culiacán, ni en Mazatlán, había en ese momento escuela primaria más grande. Por supuesto que la población escolar de La Cruz, no la llenó en muchos ciclos posteriores, pero se tuvo la gran satisfacción de que fuera inaugurada por el propio Presidente de la República, el Lic. Miguel Alemán.

Así, nos aproximamos al final del mandato de don Pablo Macías, hace rato que su compadre Ávila Camacho, dejó la presidencia, ahora como dijimos, el mandón es don Miguel Alemán. El General Macías como sus antecesores, quería también dejar sucesor en la guberanatura y para lograrlo, preparó al Senador Fausto Antonio Marín Tamayo; tuvo la iluminación de consultarlo primero con Ávila Camacho y éste le dijo que ya se le habían adelantado, el Presidente Alemán apoyaría a un Ministro de la Suprema Corte de Justicia, don Enrique Pérez Arce. -No propongas a nadie, porque harás el ridículo-, le habría dicho el Gral. Avila Camacho.

Cuando el Señor Presidente llamó a su despacho al Gobernador Sinaloense y le preguntó quien le parecía bueno, don Pablo le contestó: -¡El que usted guste, Señor Presidente!- -¡No, pero quiero su opinión!-. . . -¡El que usted guste!-.. . Y no lo sacó de ahí,. . . -¡Qué le parece el Lic. Pérez Arce?- -¡Me parece bien!-.

La historia nos dice ahora, qué equivocada se dieron los sinaloen-

ses que pidieron y encumbraron a Pérez Arce. El Lic. Alemán "civilizaba" junto con él, el poder político del país; por eso no llegó el popular excoronel Enrique Riveros, por haber sido militar, a pesar de ser el candidato natural y mayoritario. El viejo Pérez Arce, fue finalmente tumbado de la gubernatura por la Cámara de Diputados. Termina pues su mandato el General Macías en diciembre de 1950 y no obstante que se aproxima ya a los 60 años de edad, continúa en actividad. Por esos años, fue Director del Banco del Ejército y la Armada y como ya no se podía dedicar a construir escuelas, se puso a edificar casas para oficiales del Ejército, esto lo llevó a cabo en 52 ciudades del país. Incansable don Pablo, no cabe duda.

El 13 de octubre de 1955, va a ser una fecha muy triste para el General Macías, ese día muere su gran amigo, su querido compadre y apoyo máximo en la política, el expresidente Manuel Ávila Camacho. Dicen que don Pablo, lloró al estar sepultando a aquel gran hombre en la Hacienda "La Herradura" propiedad de la familia Ávila Camacho.

El día 1° de diciembre de 1957, don Pablo es nombrado por el Presidente Adolfo Ruiz Cortines, Director de Pensiones Militares; cargo que no sólo desempeñó con gran tino, sino que también le sirvió para ir en auxilio de viejos militares revolucionarios desamparados o viviendo en precaria situación económica. Este trabajo fue el último desempeñado en su vida, lo hizo de 1957 a 1975.

Antes de pasar a narrar el final de don Pablo, vamos hacer una pausa para platicarles algunos pasajes y anécdotas de su vida, algunas de corte trágico y otras chispeantes y jocosas: En la toma de Navojoa por Villistas-Maytorenistas y defendida por Constitucionalistas, sucedió esto en 1915; los primeros habían arrebatado, una buena cantidad de artillería a la gente que mandaba el General Ángel Flores, haciéndole además un gran número de bajas, entonces, éste comisionó al Teniente Coronel Macías, para que recuperara el armamento que una guarnición Villista custodiaba en la Hacienda Santa Rosa distante seis leguas de Navojoa rumbo a Huatabampo. Macías, con escasos 25 hombres, no sólo recuperó la pesada artillería tomando la hacienda, sino que hizo 74 prisioneros y como no había lugar seguro para encarcelarlos, ¿pues qué iba

a hacer con ellos?. . . ¡los fusiló ahí mismo! Si señor, don Pablo, a pesar de sus 24 años de entonces, no se andaba por las ramas, era un soldado revolucionario, que olía a pólvora.

Ya en tiempos más recientes, en el inicio de su campaña como candidato a Gobernador, allá por 1943, su gira la comenzó en El Fuerte su tierra, al caer la tarde, ya casi oscureciendo llegó con su comitiva a San Blas. Ahí lo estaban esperando todos los ferrocarrileros y parte del pueblo. Alguien dio las palabras de bienvenida al candidato, entonces don Pablo, ordenó a uno de sus oradores, contestara el saludo y hablara de su campaña, el agraciado era Enrique "El Guacho " Félix, quien junto con el Lic. Manuel Lazcano Ochoa, formaba la pareja de oradores de combate del candidato.

Con su florido lenguaje y tablas en el oficio, el Profesor Félix, agradece las frases de elogio y salutación otorgadas a don Pablo y vino el feliz elocuente remate de su intervención; "Aquí tenemos la presencia muda del General Macías Valenzuela". Don Pablo, voltea, observa a través de sus anteojos negros a los miembros de su séquito y les dice: -¡Ya me declaró mudo este cabrón!-

Don Pablo, siempre le vio el lado bueno, alegre y jocoso a las cosas de la vida, en medio de los vendavales políticos que lo azotaron, los que llegó a sortear con valentía y habilidad, sacaba la frase chusca, el refrán o la anécdota recogidos en la milicia o en el campo. Cuando el Gral. Jesús Celis Campos, quiso enfrentársele como candidato a la gubernatura, sus simpatizadores le compusieron una cancioncilla como lema de su futura campaña, en ella, se hacía alusión a su lugar de origen: Bamoa, Guasave. En plena gira política, ya habiéndose retirado Celis Campos de la contienda, don Pablo a bordo de su vehículo y en son de chunga, riéndose a carcajadas, volteando a ver a sus acompañantes, que eran Fausto Antonio Marín, Carlos Careaga, y Manuel Lazcano, empezaba a tararear los versos de aquel corrido escrito en honor de su derrotado rival; "vuela vuela palomita por todo Sinaloa. . . Si quieres un candidato, búscalo en Bamoa"

Por allá en 1945, cuando Culiacán quiso ingresar al béisbol de la Liga de la Costa, que ese año nacía, cuando ya todo estaba listo, se encontró

con que el único estadio que existía, era el de la Universidad y estaba concesionado muy formalmente al célebre Antonio "Pachuco" Villa, y este señor no quiso por ningún motivo llegar a un arreglo con los directivos del Club Culiacán, pese a que éstos le ofrecieron la dirección del equipo. La fecha de inauguración estaba a la vuelta de la esquina, entonces fueron directamente con el Rector de la Universidad don Amado Blancarte y este, se los negó también, rotundamente, dio todo el apoyo al célebre Pachuco Villa. Desesperados los directivos, no tuvieron más alternativa que recurrir al Sr. Gobernador, que era don Pablo; éste los escuchó con atención y ahí mismo mandó llamar al Rector, que en minutos hizo acto de presencia. El General Macías, con su acostumbrada energía, simplemente ordenó al Profesor Blancarte, que les entregara el estadio y como en aquel entonces las Universidad, no gozaba de la autonomía, la orden del Gobernador fue indiscutible. Así pues, lo que parecía un escollo inexpugnable, se solucionó en minutos, así que el sábado 27 de octubre de 1945, se inauguraba en Culiacán la naciente Liga de Beisbol de la Costa del Pacífico, de tanta celebridad y tantos recuerdos.

El General Macías siendo Gobernador, iba a Navojoa, invitado por su hermano Anselmo exgobernador de Sonora; se llevaba la tambora sinaloense y ayudaba en "maratones" a reunir fondos para edificar escuelas ¡qué vicio tan maravilloso de señor!. La tambora tocaba horas y horas hasta que caían rendidos, "Camioncito Flecha Roja", la preferida de don Pablo, casi su himno, se oía docenas de veces, se reunía mucho dinero y el General regresaba Sinaloa con una gran satisfacción y una gran "cruda" también, botando en aquella larga e incipiente carretera de terracería, pues en esos años, no llegaba aún el pavimento, pero eso no le importaba al Sr. Gobernador, ¡Qué tiempos aquellos, señor don Simón!, esos no volverán. Mandatarios de antes que no se parecen a los de ahora.

Se dice y comenta, que de todos los gobernadores revolucionarios, de Polo Sánchez Célis para atrás (para no meternos en problemas),ninguno ha dejado nada en caja a excepción de don Pablo, que en 1950, dejó un millón y medio en efectivo y cero deudas a su sucesor que lo fue el Lic. Enrique Pérez Arce, quien por cierto los perdió en la baraja, en una partida de "poker" por allá en Topolobampo y tuvo que echar mano todavía de lo

que había caído en la Recaudación de Rentas para completar de pagar; ¡y vaya que en esos tiempos era un dineral!. Los que "pelaron" al Sr. Gobernador, fueron los mochitenses "El Callero" Gutiérrez, Matías Ceballos y el Lic. Don Pancho Gastélum

Pérez Arce, llegó a la gubernatura de Sinaloa porque así lo dispuso el Presidente Miguel Alemán. El gallo que llevaba como sucesor el Gobernador Macías era el Senador Lic. Fausto A. Marín, pero ni tan sólo logró proponerlo. Tiempo después -por octubre de 1952- cuando ya el gobierno de Pérez Arce andaba como perinola, dando vueltas sin rumbo, el Presidente Alemán y el General Macías se encontraron en la puerta "Mariana" de Palacio Nacional; sonriendo como siempre Alemán le preguntó: -¿Qué dice su Gobernador mi General?- Macías aclaró. -¡El suyo señor Presidente, el suyo!- El Lic. Alemán, hizo mutis, pues la respuesta de Macías, era justo el dedo en la llaga. Se equivocaron una vez más los políticos que eligieron al selecto Lic. Pérez Arce.

Enrique "El Guacho" Félix, gloria de las letras sinaloenses y colaborador de Macías como Gobernador, ya en los últimos días de su mandato, en uno de sus acostumbrados discursos remataba con estas palabras: Dicen que el Gobernador Macías no engendró hijos, pero hay miles de ellos repartidos en los planteles, que fundó este Sembrador de Escuelas".

Este dato de la esterilidad genética de Macías, lo han manejado como positivo todos los historiadores que han abordado la vida y obra del hombre de Las Cabras; quien esto escribe está en la posibilidad de comprobar, que no hubo tal esterilidad del fuertense, vamos al detalle:

El 22 de enero de 1918, nació en El Fuerte, el primer hijo del General Macías y doña Chalita Estrella de Macías; circunstancias de falta de recursos médicos, hizo que el niño naciera ahogado; aún así, se le registró y se le puso el nombre de Pablo. Gran pena para los esposos Macías. Al siguiente año, el 10 de marzo de 1919, nació también en El Fuerte, el segundo hijo de ambos, se le bautizó con el nombre de Pablo José. La pareja, estaba viviendo los momentos más felices de su unión matrimonial, con aquella bendición que el cielo les enviaba. Pero una vez más la fatalidad se hizo presente en el dichoso hogar y a los tres meses justos, el 10 de julio, Pablo José elevó sus alas al cielo. Con el alma destrozadas, la

pareja intenta paliar sus penas y sigue en la búsqueda del ansiado heredero, intento que fructifica el 21 de junio de 1921, nace Jesús Eugenio, que viene a regresar la dicha perdida a don Pablo y Chalita. No se qué designio o pruebas envía el Creador a sus criaturas acá en la tierra, que traen tanta desdicha aparentemente inmerecida, pero con los Macías Estrella, creemos se ensañó el destino inmisericordemente; aquel hermoso niño, también voló al cielo el 9 de agosto del mismo año, les duró pues a sus padres 50 días aquella felicidad. De ahí en adelante Chalita, ya no pudo engendrar y el hogar de los Macías, se tiñó de gris. Por eso el Guacho Félix, con grandilocuencia aquella tarde, dijo: ¡Hay miles de hijos del General Macías dentro de las aulas que él construyó!.

El tiempo siguió corriendo, estamos en 1927, don Pablo Macías, arrastrando la frustración de no tener un hijo se envuelve en una aventura extramarital y procrea en El Fuerte, con una señora de nombre Guadalupe Ibarra, un hijo varón, el cual llevó por nombre Gonzalo. Esta persona, Gonzalo, fue amigo y compañero de trabajo de quien esto escribe, y les puedo decir que físicamente no se parecía en nada a los rasgos del padre, pero una hija de éste, es el vivo retrato de don Pablo, por si había alguna duda. Nada más que este hijo de Macías, no fue reconocido por su progenitor, quizá porque vinieron los tiempos del gran ajetreo, de las grandes responsabilidades, de los altos cargos en el gobierno; total que el General, se ausentó de El Fuerte y sus visitas, se alargaron a intervalos de años, hasta que murió.

Obtuvo las condecoraciones siguientes: Del Mérito Revolucionario; De Perseverancia; Del Mérito Militar de 1ª. Clase, La Cruz de Guerra de 1ª. Clase por haber asistido a 45 o más hechos de Armas (se le reconocen 86). El 7 de octubre de 1973, el Senado de la República le otorgó la presea más relevante, la condecoración más distinguida que ése alto Cuerpo Colegiado otorga a aquellos Mexicanos de verticales virtudes ciudadanas: La Medalla "Belisario Domínguez". Esta distinción, ya no la pudo recibir personalmente don Pablo, estaba muy enfermo con 82 años a cuestas, la recibió en su representación el Senador Gral. de División Benito Bernal Miranda. Don Pablo Macías Valenzuela, se fue para siempre el 1º de mayo de 1975, en la ciudad de México.

Oración fúnebre pronunciada por el Lic. Raúl René Rosas Echavarría con la representación de los tres poderes del Estado, el día 2 de mayo de 1975, con motivo del sepelio del Gral. Pablo Erasmo Macías Valenzuela.

SEÑORAS Y SEÑORES:

El pueblo de Sinaloa está de pié, tránsido en su dolor, por la pérdida de uno de sus más preclaros hijos. Alguien ha dicho que la ida es un rayo de luz extinguible cuando la fuerza y la energía que la nutren y la vivifican agotan su fuente y expira el hombre con el mérito irrefutable de haber cumplido con su deber en este mundo. Por eso hoy, en esta tarde de mayo sinaloense, dejamos que nuestros sentimientos profundos se uniformen y se unifiquen en torno a la memoria de un gran hombre, de un gran militar, de un gran funcionario público, de un gran amigo: el General de División Pablo Erasmo Macías Valenzuela.

Permítaseme señalar, que yo pertenezco a una generación muy distante a la que perteneció el General Pablo Macías Valenzuela, sin embargo, se que su vida fue un ejemplo inmarcesible de trabajo, de voluntad y esfuerzo que reconocieron sus contemporáneos y que nosotros, una nueva generación, hemos encontrado en el repaso de la historia de este jirón patrio una recia personalidad como militar, como servidor público y como gobernante.

No fue Pablo Macías Valenzuela un soldado de escritorio. No fue un soldado de gabinete. No, señores. Fue un verdadero soldado, un íntegro soldado de la Patria. En los archivos de la Secretaría de la Defensa Nacional consta de manera fehaciente que participó en más de 86 hechos de armas, destacando fundamentalmente en la campaña militar llevada a cabo en Sonora, contra el ejército huertista. Por ello, el pueblo entero de Sinaloa, sabe que sus ascensos desde capitán segundo hasta general, los obtuvo justificadamente por sus méritos en campaña, alcanzando el grado de General de División el 16 de octubre de 1937.

Pablo Erasmo Macías Valenzuela, fue un incansable servidor de la cosa pública: Secretario de la Defensa Nacional (1940-1942): Comandante de la Región Militar del Pacífico, durante la Segunda Guerra Mundial; Comandante de la Primera Región Militar; Jefe de Operaciones en los Estados de Jalisco, Sinaloa, Baja California Norte e Istmo de Tehuantepec,

entre otros lugares de la República; Director de Pensiones Militares; Director del Banco del Ejército y la Armada y del 1o de enero de 1945 al 31 de diciembre de 1950 Gobernador Constitucional de Sinaloa.

Los sinaloenses recordamos con gratitud la administración pública de Pablo Macías Valenzuela, que se distinguió por el impulso que le dio a la educación en todos sus niveles, destacando fundamentalmente, la construcción de escuelas que sembró desde Choix hasta Escuinapa, de la sierra, hasta la costa, siendo llamado por otro ameritado General, Rodolfo Sánchez Taboada, "El Sembrador de Escuelas".

Hoy el pueblo y el Gobierno de Alfonso G. Calderón, le rinden postrer tributo de alto contenido popular. La materia, le ha doblegado. Ha sucumbido ante el ataque paulatino y grave del correr del tiempo y de una penosa enfermedad, pero su espíritu de militar de carrera, de servidor público y de gobernante, aún lo recuerdan con cariño, sus contemporáneos le reconocen con devoción y respeto esta generación presente. Fue el General Pablo Macías Valenzuela, un hombre de los que jamás se arredran, un hombre que hasta el último momento, supo morir con gallarda bizarría. Vaya nuestra solidaridad entrañable para su esposa Chalita y su familia.

Señor General Pablo Macías Valenzuela: que mi voz en esta tarde de mayo, transite por los vientos y llegue hasta la más apartada aldea de Sinaloa, como testimonio de admiración y respeto que le profesamos los sinaloenses, que contemplamos el acaecer forzoso de los designios de la naturaleza, para manifestarle en este homenaje póstumo, nuestro imperecedero y profundo reconocimiento.

Señor General Pablo Erasmo Macías Valenzuela, Sinaloa, su pueblo, está presente. ¡Descanse en Paz!.

En esos momentos, la Banda de Guerra tocaba -silencio y los ahí presentes, sintieron en la piel el claro reflejo de la emotividad. (Humberto Ruiz Sánchez. Crónicas del Zuaque 26-28)

MACIAS VALENZUELA, PABLO E. Nació en el rancho de Las Cabras, distrito de El Fuerte, Sinaloa, el 15 de noviembre de 1891. Luchó a las órdenes de los generales Obregón e Iturbe; y a las órdenes del último y de Ángel Flores contra el maytorenismo. General de brigada con antigüedad al 16 de enero de 1924; Jefe de Operaciones Militares en el Estado de Sonora; Comandante de la 17ª Zona Militar y Secretario de la Defensa Nacional de 1940 a 1942. (ASI FUE LA REVOLUCIÓN MEXICANA. 1985).

MACIAS VALENZUELA PABLO ERASMO.- Nació en las Cabras del Municipio de El Fuerte el 15 de septiembre de 1891. General de Brigada con antigüedad de 16 de enero de 1924. Jefe de Operaciones Militares en el Estado de Sonora, Comandante de la 17a. Zona Militar. (Direc. Biog. Rev. Naranjo.)

MACÍAS VALENZUELA, Pablo Erasmo (1891?). Nació el 15 de noviembre en el rancho de Las Cabras, distrito de El Fuerte. Se afilió a las fuerzas constitucionalistas. Luchó a las órdenes de los generales Álvaro Obregón y Ramón F. Iturbe. Combatió al maytorenismo bajo las órdenes de este último y de Ángel Flores. El 22 de octubre de 1914, al iniciarse la sublevación contra Venustiano Carranza en el estado, los amotinados se dirigieron a Sonora y se pusieron a las órdenes del coronel villista Ramón Gómez. El general constitucionalista Ángel Flores, con 200 hombres del 6ª Batallón, salió en su persecución hasta El Fuerte, sin lograr darles alcance; organizó la Columna Expedicionaria de Sinaloa e inició su avance hacia Sonora el día 12 de enero de 1915. Combatió a los villistas que habían invadido ese estado y durante esta campaña Macías fue un colaborador destacado. Alcanzó el grado de general de división. Jefe de operaciones militares en el estado de Sonora y en el valle de México; comandante de la 17 Zona Militar; Secretario de la Defensa Nacional de 1940 a 1942. (INEHRM T6).

FRANCISCO RUFINO SERRANO BARBEITIA

Durante "una de las tantas revueltas que han tenido lugar en México, un preso civil está a punto de ser pasado por las armas. Él se defiende alegando que, como no es militar, no le corresponde pena de muerte. El militar que se encuentra a su lado de inmediato dicta un oficio: Se concede grado de general al licenciado Francisco Treviño. Fusile al general y licenciado Francisco Treviño. Esta anécdota pinta de cuerpo entero al general Francisco Serrano, personaje controversial de la Revolución Mexicana, que nació en la ranchería de Santa Ana, Municipio de Choix el 16 de agosto de 1889. A los cinco años de edad fue llevado por sus padres, Rufino Serrano y Micaela Barbeytia al pueblo de Huatabampo, Sonora, en donde estudió las primeras letras y hace amistad con la familia Obregón, originaria de la región de Álamos. Años después regresa a Sinaloa para trabajar primero en El fuerte y luego en Mocorito. En 1907 practica el periodismo independiente en Álamos y dos años más tarde se afilia a la campaña política de José Ferrel, candidato a la gubernatura de Sinaloa en oposición al candidato porfirista Diego Redo. En 1912 contrae matrimonio con Amada Bernal, de Quilá, Sinaloa y establece su residencia en Hermosillo, Sonora. Una de las hermanas de Serrano está casada con el hermano mayor de Álvaro Obregón, de ahí viene el origen de la amistad de los dos revolucionarios. Tras fungir como secretario particular del gobernador de Sonora, José María

Maytorena, se incorpora a las fuerzas constitucionalistas como miembro del estado mayor del general Obregón. Terminada la revolución fue Secretario de Guerra en el período presidencial de Obregón, José Emilio Pacheco, Premio Nacional de Periodismo 1980, dice en su Crónica de Huitzilac que durante la rebelión de la huertista Serrano ayudó eficazmente a eliminar a cuantos generales de prestigio –Salvador Alvarado, Rafael Buelna, Manuel M. Diéguez y muchos otros-, se oponían a su jefe. Siendo Presidente de la República el Gral. Plutarco Elías Calles, Obregón cambia la Constitución para reelegirse, acción que ocasiona que Serrano se lance en su contra. Su amigo del alma dictará su sentencia de muerte, la que se cumple el 3 de octubre de 1927. (Hoy en la Historia. El Debate de Culiacán 16 de agosto del 2006)"

SERRANO, FRANCISCO

Francisco Serrano, choixeño, candidato a la presidencia de la república antes de concluir el mandato presidencial del Gral. Plutarco Elías Calles, el caudillo sonorense Álvaro Obregón, decidió postular su candidatura a la presidencia de la república, acción que no fue del agrado de los revolucionarios que habían participado contra la dictadura porfirista. Obregón que había ocupado la presidencia de 1920-1924 pretendía cometer en 1928, el mismo error que Don Porfirio: reelegirse en el poder. Grupos de simpatizantes obregonistas se entusiasmaron con el regreso del "Caudillo" al Palacio Nacional, sin embargo, otros grupos y corrientes partidarias se opusieron a ello, porque representaba en su opinión, una traición a los principios revolucionarios.Francisco R. Serrano, sinaloense nacido en Toro, Choix, en 1889, se formó políticamente en Sonora. Trabajó en Navojoa, se afilió al maderismo, se levantó en armas bajo el mando de Benjamín Hill; se incorporó a las fuerzas constitucionalistas comandado por AIvaro Obregón con quien desarrolló una larga carrera militar y una gran amistad. En 1918 fue electo diputado federal y en 1920 firmó el Plan de Agua Prieta y tomó las armas contra Carranza. De 1921 a 1924, en el sexenio del Presidente Obregón, ocupó la Secretaría de Guerra y Marina y durante el gobierno del Gral. Calles, fue nombrado Regente del Distrito Federal. En 1927 intentó convencer al Gral. Obregón para que desistiera de su reelección, distanciándose políticamente del caudillo. Un grupo de simpatizantes le propuso que aceptara su postulación para la presidencia de la república en las próximas elecciones nacionales, lanzando un manifiesto e iniciando una intensa actividad política contra las reformas constitucionales que permitían la reelección del Gral. Obregón. Sin haber desarrollado una campaña electoral en forma, y sabiendo que contaba con una importante cantidad de simpatizantes, lo inculparon—desde el poder—que pretendía levantarse en armas y para evitarlo, fue aprehendido en Cuernavaca, Morelos, siendo fusilado junto con doce partidarios, sin formación de causa militar, en un paraje cercano al pueblo de Huitzilac, en un oscuro amanecer del 3 de octubre de 1927. Francisco Serrano, es uno de los pocos sinaloenses que han aspirado, junto con Ángel Flores, Arnoldo Martínez Verdugo, Manuel de Jesús Clouthier y Francisco Labastida Ochoa a convertirse en Presidente de la República, cada uno en un momento diferente de la historia mexicana. (Nicolás Vidales Soto. Sinaloa, Un Estado con Historia. 2001).

SERRANO, FRANCISCO R.

Nació en Quilà, Sinaloa, aunque siempre se le ha considerado sonorense, pues desde muy joven radicó en ese estado y desarrolló sus actividades políticas y militares con el grupo de revolucionarios de Sonora. Su familia pertenecía a la clase media; sin embargo, su educación se limitó a estudios primarios, realizados en su lugar natal, y a algunos comerciales. Después se dedicó al trabajo de oficina: fue tenedor de libros de la tienda de Ángel Almada y en 1909 fue contador de la casa de Lauro Quiroz, ambos en Navojoa, Sonora. Desde los inicios del movimiento maderista se afilió a él. Se levantó en armas al llamado del Plan de San Luis, dentro de las tropas de Benjamín G. Hill. En 1912 fue nombrado secretario particular del entonces gobernador de Sonora, José María Maytorena; estuvo a su lado hasta que éste solicitó licencia para separarse del Ejecutivo estatal, en marzo de 1913, por la usurpación de Huerta; incluso lo acompañó hasta Tucson, Arizona. Regresó al estado de Sonora, y en Nogales, Juan G. Cabral lo nombró Jefe de las Oficinas de Hacienda, puesto que desempeñó sólo unos días pues se incorporó a las fuerzas constitucionalistas comandadas por Álvaro Obregón. En ellas se inició como Capitán 1º de su Estado Mayor. Durante la campaña del Cuerpo de Ejército del Noroeste contra las fuerzas huertistas se fue convirtiendo en el hombre de las confianzas de Obregón, aunque carecía de una buena cultura, su capacidad de razonamiento y observación le permitían adentrarse en los problemas. A mediados de 1914, ante los conflictos de Villa con el Primer jefe, acompaño a Obregón en su viaje conciliatorio a Chihuahua. Luego participó en la Convención en representación de Miguel L. Cornejo. Como Jefe del Estado Mayor de Obregón, donde figuraban personalidades como Jesús M. Garza y Aarón Sáenz, participó en la campaña contra Villa, en 1915. En 1918 fue electo diputado a la 28ª Legislatura. Dos años después se afilió al grupo sonorense; firmó el Plan de Agua Prieta y tomó las armas en contra de Carranza. En diciembre de 1920 fue nombrado Subsecretario de Guerra y Marina, y cercano a Obregón, colaboró estrechamente en la reorganización de esta Secretaría. Ocupó el Ministerio de diciembre de 1921 hasta noviembre de 11924. Ante la rendición de Villa mantuvo una posición noble recomendando magnanimidad. Siendo Presidente Calles, ocupó el gobierno de la capital por un año, a partir de junio de 1926. Intentó convencer a Obregón de que desistiera de su reelección. Sin lograrlo, se distanciaron y Serrano se postuló como candidato presidencial antirreeleccionista. Sin haber realizado una campaña electoral en forma, se dedicó a acusar a los miembros de las Cámaras por las reformas a los artículos 82 y 83. Tuvo cierto arraigo; en Puebla se afirmó que había treinta mil serranistas. Se aseguraba que pretendió levantarse en armas. Fue aprehendido en Cuernavaca, Morelos y fusilado, junto con doce amigos partidarios, sin formación de causa en Huitzilac, Morelos, el 3 de octubre de 1927. (ASI FUE LA REVOLUCIÓN MEXICANA. 1985)

GRAL. CARLOS PACHECO VILLALOBOS
(1839-1891)

El sinaloense más cercano a Don Porfirio.
Destacado Ministro Porfirista.

Creo que todos sabemos que la Historia de México registra en sus anales a un Presidente de la República al cual le faltaba un pie, ese personaje es el Gral. Antonio López de Santa Anna, cuya extremidad la perdió en la llamada "Guerra de los Pasteles" contra los franceses en Veracruz; y también hubo dos Presidentes más a quienes les faltaba un brazo, ellos fueron el Gral. Manuel González de los tiempos porfiristas y el celebérrimo "Manco de Celaya" el Gral. Álvaro Obregón. Pero ahora queremos narrar la historia de un personaje casi desconocido que fue pieza importantísima en la época Porfirista; a este señor le faltaba una pierna y también un brazo, y sin embargo llego no sólo a General sino a Gobernador y también Ministro; ¿interesante no? Comencemos pues.

El pueblo de Toro, Choix –esa comunidad que quedó en el fondo de la Presa Miguel Hidalgo- vió nacer a don Carlos Pacheco el año de 1839, muy joven se trasladó a Chihuahua y es quizá por eso que otro dato lo registra como nacido en esa entidad; nosotros nos apegamos a lo que afirma y asegura el probo historiador don Filiberto Leandro Quintero. Creemos de justicia dejar asentada la versión chihuahuense que corresponde al insigne historiador don Francisco R. Almada; dice:

Nació en San Nicolás del Terrero, perteneciente al Municipio de Balleza, Chihuahua., el 16 de octubre de 1839. Fueron sus padres el Lic. Carlos Pacheco y doña Altagracia Villalobos; hizo su instrucción primaria en Hidalgo del Parral y en 1856 a la edad de 17 años se radicó en la ciudad de Chihuahua donde permaneció hasta enero de 1858". Ahora, ¿porqué esa situación de dos versiones tan distintas con respecto a su lugar de nacimiento?, bueno, eso fue común en épocas en que no existía el Registro Civil. A don Carlos en un momento dado de su vida le convino decir que era chihuahuense y chihuahuense se quedó. Lo cierto es que en ese tiempo los mineros se movían mucho de lugar y la sierra colindante entre Sinaloa y Chihuahua era su radio de acción y era también mucho más fácil por la cercanía bajar a las poblaciones de Sinaloa que a las de Chihuahua. Quien esto escribe cree mas en la versión de don Filiberto L. Quintero pues en Choix hay muchos familiares de Pacheco como los citaremos mas adelante, además él en su juventud prefirió mucho esta región para sus correrías y primeras andanzas en la milicia.

Ese mes de enero de 1858 abandona la ciudad de Chihuahua y se incorpora a las fuerzas liberales comandadas por el Coronel José Esteban Coronado, ahí fue dado de alta como subteniente el 17 de enero de 1858 iniciando así su carrera militar. A los dos días de su alta tuvo su bautizo de fuego pues el 19 asistió al ataque y recuperación de la ciudad de Chihuahua que había sido tomada por los conservadores. Ahí se vió que el jovencito aquel tenía tamaños para esas cosas de la guerra.

Cuando se viene el movimiento político denominado "Plan de Tacubaya" que no era otra cosa que buscar el derrocamiento del Presidente Juárez, Carlos Pacheco no se adhiere a dicho plan, esto le cuesta ser encarcelado. Largos días estuvo en prisión el joven militar, que sin embargo no lo hicieron comulgar con los cabecillas que mediante ese golpe se apoderan de la Presidencia de la República, sus nombres: Gral. Félix Zuloaga –de Álamos, Sonora.- y Gral. Miguel Miramón, el mismo que después caerá con Maximiliano en el Cerro de las Campanas. Siguiendo con la carrera militar de Carlos Pacheco diremos que enseguida tomó parte en la ocupación de Hidalgo del Parral, toma de la ciudad de Durango y a las demás acciones de guerra que libran los Chihuahuenses

hasta llegar a Guadalajara en octubre de ese mismo año de 1858. Siempre combatiendo al lado de su jefe el ahora ya General José Esteban Coronado -tiene estatua en el Paseo de la Reforma- estuvo en varias acciones en los Estados de Zacatecas y Guanajuato, ahí en la famosa Batalla de Silao ocurrida el 10 de agosto de 1860 tuvo la lamentable desgracia de ver caer muerto a su queridísimo hermano el Gral. Francisco Pacheco, Carlos tiene en ese momento 21 años de edad. Otro Choiceno ilustre, Jesús E. Valenzuela en sus memorias escritas en 1905 relata que esta pérdida la resintió enormemente el joven Pacheco y no la olvidó nunca, pues se trataba de su hermano mayor a quien admiraba por su brillante carrera militar. Tal vez tratando de borrar de su mente la pérdida de su hermano, se viene a combatir a Durango y ya trayendo esa ruta bajó al Estado de Sinaloa donde por principio de cuentas tomó parte activa en la Batalla de los Mimbres y la Toma de Mazatlán, luego pasa a Tepic donde por algún tiempo defiende esa plaza. Vuelve a Sinaloa y ahora lo encontramos en el norte, ha dejado a su antiguo jefe y hoy forma parte de las tropas del Gral. Ignacio Pesqueira, quedando asignado a la Brigada del Gral. Plácido Vega.

Precisamente de ese tiempo es este episodio muy nuestro, muy regional, cuando en la llamada Batalla del Salitral –rancho entre El Fuerte y Álamos- celebrada el 18 de agosto de 1861, un balazo pegó en la cacha de la pistola que sostenía un joven de 21 años llamado Zacarías Ochoa, vecino de Ahome y una astilla del arma se le incrustó peligrosamente en la mano, fue entonces cuando el otro joven este de 22 años Carlos Pacheco le extrajo el fragmento con los dientes; y esa cicatriz la llevó don Zacarías toda su vida como galardón y recuerdo de aquella acción. Este señor viene a ser bisabuelo del Lic. Francisco Labastida Ochoa que fue Gobernador de Sinaloa. Carlos Pacheco ya establecido en la región, el 26 de septiembre de 1861 ingresó a la Guardia Nacional del Estado de Sinaloa, y lo que son las cosas, llevaba ya casi cuatro años de carrera militar y sin embargo su grado seguía siendo el de subteniente.

Ocho largos meses más combatirá Carlos Pacheco en Sinaloa a las órdenes del Gral. Plácido Vega, y así se llegará aquella fecha negra, trágica como lo fue de la invasión del ejército francés que en abril de 1862

hizo su arrogante presentación bélica en nuestro país. La Intervención Francesa está en todo su apogeo, el Presidente Juárez necesita gente de donde sea para detener el avance del ejército galo, y ordena al Gral. Plácido Vega que deje la gubernatura de Sinaloa que en ese momento detenta y prepare un ejército y se traslade al centro del país. Así el día 1º de febrero de 1863 un ejército mal armado y mal aprovisionado se embarca en Mazatlán rumbo a Zihuatanejo. Aquel ejército de dos mil hombres desembarca en Zihuatanejo, con las marcas de la penosa travesía y las precarias condiciones de alimentación. De ahí la emprenden ¡a pie! rumbo a México; el Gral. Vega va orgulloso con su “Brigada Sinaloa”, y por ahí confundido entre las filas va un joven de 24 años con barba tan crecida que parece cuarentón, es el Teniente Carlos Pacheco. La brigada cruza el inmenso Estado de Guerrero a pie, arrastrando cañones y carretas con municiones, sorteando enfermedades naturales de la zona; fue aquello una odisea que en si sola encierra el heroísmo de los sinaloenses aún sin entrar en batalla. El hambre, las inclemencias y las enfermedades hicieron presa de aquellos infelices, y al morir empezaron a hacerse menos y menos. Son dos meses de travesía desde el día aquel en que partieron de Mazatlán. Cuando llegan a México, no son soldados los que llegan –diezmados a la mitad- son seres harapientos y autómatas, pero aún así se presentan el Presidente Juárez en misión cumplida. Nada más justo que dar algunos nombres de aquellos desdichados: Crispín de S. Palomares, Jesús Toledo, Félix Almada, Carlos Pacheco y el orgullosísimo General Plácido Vega y Dasa.

Este contingente sinaloense es destinado al Ejército del Centro cuyo General en Jefe lo es Ignacio Comonfort. El Gral. Plácido Vega no se queda en México, recibe nuevas comisiones del Presidente Juárez y se regresa al Noroeste, pero Carlos Pacheco sí se queda, incorporándose a las fuerzas republicanas antes señaladas. El Ejército del Centro sufre una dolorosa derrota el 10 de mayo de 1863 en la Batalla de San Lorenzo, Puebla a manos del Mariscal Aquiles Bazaine; fueron dos mil bajas entre muertos, heridos y prisioneros; esta derrota determinó la rendición de Puebla, pero nuestro biografiado salió ileso par seguir escribiendo páginas heroicas como se verá mas adelante. Bueno, dejemos atrás lo amar-

go de la derrota de San Lorenzo; de aquel mermado segundo Batallón de Sinaloa ya casi no queda nada, un puñado se incorpora ahora al Ejército de Oriente que es comandado nada menos que por el Gral. Porfirio Díaz; ahí conoce Carlos Pacheco al hombre que va a significar tanto en su vida, por principio de cuentas lo asciende a Capitán 2º, algo es algo. En este nuevo cuerpo, Pacheco asistió a todas las operaciones militares del Estado de Oaxaca y fue promovido a Capitán 1º en mayo de 1864; protestó contra el Imperio de Maximiliano y tomó parte en la defensa de la capital mexicana. Cayó prisionero de los franceses en febrero de 1865, duró un año preso y en cuanto fue liberado se incorporó al Ejército de Oriente, siendo ascendido a Comandante del Batallón de Fieles de Oaxaca y enseguida recibió la Jefatura de Cazadores de Oaxaca.

Ahí en Oaxaca cayó nuevamente en manos de los franceses, quienes con su característica saña lo van a pasar por las armas como a tantos otros, pero un suceso providencial se presente, es canjeado junto con otros, por un grupo similar de prisioneros Imperialistas, ¡Vaya suerte! Este tipo de arreglos no fue frecuente en la guerra contra Francia. Así peleando en esa región, al lado del General Oaxaqueño Porfirio Díaz, le tocó intervenir muy en serio en la famosa y célebre batalla del 2 de abril, acción que cubrió de gloria al Gral. Díaz pero que al joven Pacheco casi le costaba la vida, pues un cañonazo que se fragmentó muy cerca de él le destrozó una pierna y también un brazo.

Dicen las crónicas de esa batalla que el joven Carlos Pacheco que en ese momento tenía 27 años, no quería retirarse del campo de batalla hasta no ver consumada la victoria, pero sus compañeros lo obligaron. Al final de cuentas le fueron amputados ambos miembros –brazo y pierna izquierdos-; por este hecho de armas recibió sobre el campo teñido con su sangre, el ascenso a Teniente Coronel; había luchado en más de media república desde Chihuahua hasta Oaxaca, y fue menester que medio lo mataran para alcanzar apenas ese grado en casi diez años de lucha, así eran las cosas en ese tiempo; pero se ganó a pulso el mote de "El Heroico Inválido", pues continuó su carrera hasta llegar a General.

Los franceses se retiraron de nuestro suelo, de nuestra Patria en febrero de ese año de 1867; y el Emperador Maximiliano es fusilado

el 19 de junio, consumándose así el triunfo liberal. En ese momento comienza una nueva faceta para Carlos Pacheco, da inicio su carrera política en la cual hará papel distinguido, de gran actividad no obstante su carencia física que lo obliga a usar muletas. Al término de la guerra, don Carlos se radicó en la hermosa heroica ciudad de Puebla; ahí por principio de cuentas es nombrado Administrador del Timbre (Hacienda), este cargo lo desempeñó de noviembre de 1867 a mayo de 1870. En ese puesto se distingue como organizador y demostrando una honradez que hacía mucho tiempo no se veía en los administradores de los bienes del Estado Poblano. Dura en el puesto casi tres años mientras que en la Presidencia de la República aún está don Benito Juárez. Por 1870, dada su trayectoria y actuación política, es nombrado Diputado por el Distrito de Cholula, Puebla, en ese cargo se encuentra cuando sobreviene la muerte del Presidente Juárez. El 6 de julio de 1874 el gobierno federal le otorga una pensión vitalicia como inválido de la guerra extranjera, pero ésta le es retirada por el Presidente Lerdo de Tejada por haberse adherido al partido Porfirista.

Con la muerte de don Benito Juárez se dejan venir acontecimientos que van a favorecer enormemente al Gral. Carlos Pacheco, ya que siendo como se sabe, incondicional de caudillo oaxaqueño el Gral. Porfirio Díaz, a él se une una vez más al enarbolar la bandera del famoso Plan de Tuxtepec en marzo de 1876, movimiento que le dio el encumbramiento a don Porfirio. El Presidente Lerdo de Tejada abandona la capital derrotado por el Gral. Díaz el 20 de noviembre y para el 24 de ese mes don Porfirio toma la ciudad de México; junto a él va nuestro biografiado ya ostentado orgulloso el grado de Coronel. Cuando los acontecimientos anteriores tienen lugar, el Coronel Pacheco se desempeña como Comandante Militar del Estado de Puebla, recibiendo así mismo nombramiento apareado al de Gobernador del Estado, así protegía el Gral. Díaz esa zona importantísima del país en aquel álgido período de 1876 a 1877. Y una vez más la actuación de don Carlos Pacheco fue sobresaliente, por lo cual la legislatura de Puebla lo declaró "Ciudadano del Estado". Y a con la situación dominada por el Gral. Díaz, quien detenta la Presidencia de la República de 1877 a 1880, el Coronel Pacheco no tiene mucha

dificultad par asumir la gubernatura del Estado de Morelos; como se ve, siempre en puestos y lugares estratégicos para salvaguardar los intereses de don Porfirio. Pero don Carlos no se duerme en sus laureles ni se le suben los humos por ser importante y estar junto al hombre fuerte del régimen como se verá. Al frente del gobierno de Morelos realiza otra de sus acostumbradas administraciones llena de vitalidad, dinamismo y honestidad. Su período fue de dos años, de 1878 a 1879 ese tiempo bastó para realizar en la entidad una obra sobresaliente y de muchos logros que aún se recuerda por allá en la tierra de Emiliano Zapata, que precisamente ese año de 1879 estaba naciendo. Ahí construyó el ferrocarril y el Teatro Principal de Cuautla que lleva o llevaba su nombre, estableció el servicio telefónico y muchas mejoras más.

En noviembre de ese mismo año de 1879 es ascendido a General Brigadier y en la misma fecha deja la gubernatura del Estado de Morelos porque es llamado por el Presidente Díaz para que se haga cargo del puesto mas delicado y de mas responsabilidad que por ese tiempo hubiere: La Secretaría de Guerra y Marina. Le tocó combatir insurrecciones como la de Veracruz, pero en realidad el país estaba ya en poder del porfirismo desde un año antes cuando cae derrotado el glorioso brazo derecho de otros tiempos de don Benito Juárez, el Gral. Mariano Escobedo. Como Ministro de Guerra y Marina termina don Carlos el primer período de don Porfirio como Presidente, o sea el 30 de noviembre de 1880. El Gral. Manuel González asume el poder del país y nombra al Gral. Pacheco nada menos que Gobernador del Distrito Federal, pero don Porfirio se queda ahí cerquita para vigilarlos, como Ministro de Fomento. El engranaje porfirista está pues aceitado y firme para continuar aquella aún incipiente dictadura. Por lo pronto don Carlos Pacheco recibe el 8 de mayo de 1881 la banda de General de Brigada.

El 27 de junio de 1881 el Gral. Díaz renuncia a su Ministerio para encargarse de la Gubernatura de su tierra, el Estado de Oaxaca, no duró ni siete meses en Fomento, cargo que inmediatamente tomó el Gral. Pacheco renunciando a su vez a la gubernatura antes citada. En la llamada Secretaría de Fomento, Colonización e Industria hace Pacheco un papelazo en verdad sobresaliente, como nadie hasta ese momento

lo había hecho; construye ferrocarriles, puentes, muelles portuarios, pozos e irrigación, telégrafos, teléfonos, rutas fluviales y otras vías de comunicación; duró 19 años en el puesto y fue aquello un notable ciclo constructivo. Hombre de gran talento natural y activo, desplegó una energía y capacidad poco común en la dirección de su Secretaría de la que hizo una oficina que cobró importancia nacional, no hubo al frente de ella otro titular que hubiera igualado sus dotes administrativas; bajo su acción personal cobraron vida todos los demás departamentos de la Secretaría que vino a ser una de las más importantes por el fuerte impulso que dio a todos los negocios que se movían bajo su control. El Gral. Pacheco promovió el mejoramiento de toda clase de ganado, introdujo numerosos ejemplares del extranjero, así como cereales, fomentó las plantas forrajeras y distribuyó gratuitamente millares de ejemplares de animales domésticos y de vegetales para mejorar las especies. En el orden cultural, la imprenta de la Secretaría de Fomento ejecutó la edición de muchas obras históricas, científicas y literarias de importancia, en forma tal que ningún otro ministro lo ha ejecutado ni antes ni después. Fue popular la frase que decía: “Fomento es Pacheco”.

Una crónica de ese tiempo dice: En Fomento Pacheco desarrolló una actividad febril que si por una parte lo ha convertido gracias a su habilidad empresarial en uno de los hombres mas ricos de México, por otra ha colaborado decisivamente al desarrollo del país. A él es gran parte se debe que los capitales extranjeros fluyan sin descanso hacia la minería y los ferrocarriles. También apoyó firmemente el desarrollo de la agricultura y fomentó abiertamente todo tipo de colonización, eso si perjudicando grandemente a los indígenas poseedores de agostaderos y propiciando el florecimiento de grandes latifundios, pero que a decir verdad eran en ese tiempo tierras ociosas y baldíos nacionales. A decir verdad los latifundios no los inventó ni Porfirio Díaz ni el Ministro Carlos Pacheco; el sistema latifundista se estableció durante los regímenes de Juárez y Lerdo de Tejada, quienes enajenaban grandes extensiones de terreno a una misma persona o empresa sin limitación alguna; también esos regímenes autorizaron el funcionamiento de las compañías deslindadotas de terrenos baldíos que en todas partes de la nación dejaron un amplio y profundo descontento

por el afán de acaparamiento y lucro con que procedieron y por las numerosas injusticias que se cometieron. Como muestra de estos grandes latifundios tenemos el del Gral. Luis Terrazas en el Estado de Chihuahua, quizá el más grande de toda la república.

El General Pacheco fue electo Senador por Chihuahua para el cuatrienio de 1882 a 1886, pero a él le interesaba más estar en el centro junto a don Porfirio, así que esta chamba se la pasó al suplente don Ignacio Fernández quien cubrió todo el período.

El Gral. Luis Terrazas era el amo y señor de Chihuahua, se creía más importante que el propio Presidente de la República don Manuel González; para apaciguarlo fue ungido como candidato a Gobernador don Carlos Pacheco pues sólo un hombre de su brillo e importancia lo podía contrarrestar; en esa forma en las elecciones de 1884 ganó la gubernatura de Chihuahua el General Pacheco, así el 4 de octubre de ese año inició su gobierno. Inmediatamente lanzó la iniciativa para la construcción de dos vías férreas en territorio del Estado, una que partiera de la ciudad de Chihuahua y terminara en el corazón de la Sierra Madre Occidental, y la segunda de Ciudad Jiménez pasando por Parral para concluir en Balleza. No logró su propósito por la brevedad del tiempo frente a los destinos de Chihuahua, detalle que aclararemos mas adelante. Un caso raro, curioso, insólito sucedió cuando el General Pacheco fue electo Gobernador de Chihuahua, al mismo tiempo fue también electo Gobernador Constitucional del Estado de Morelos, entidad que ya había gobernado en forma sobresaliente como ya lo asentamos, pero como la cosa en Chihuahua estaba muy delicada, muy álgida, acordaron él, el Presidente González y el poder tras el trono –léase Porfirio Díaz- su traslado al lejano Estado norteño.

Bueno, el Presidente González cumple su período el día último de noviembre de 1884 y don Porfirio Díaz –como dijimos- vuelve al poder, a recuperar la silla que le había prestado a su querido compadre. El Presidente Díaz a los ocho días jala a don Carlos Pacheco a su lado haciéndolo renunciar a la gubernatura de Chihuahua e instalándolo otra vez como su Ministro de Fomento, comprobando pues que el gran oaxaqueño lo necesitaba junto a él por su increíble e ilimitada capacidad; la estrella del General Pacheco seguía brillando intensamente.

Bueno, ya está don Carlos Pacheco una vez más en Fomento haciendo de las suyas. En el noroeste –o sea nuestra región- dio todas las facilidades y firmó todos los convenios para que el norteamericano Albert K. Owen llevara a cabo sus sueños y proyectos en la zona del Río Fuerte. Cuantas veces tuvo problemas Owen –y vaya que fueron muchos- recurrió a don Carlos, al Presidente González y al Presidente Díaz, a cada quien en su tiempo, todos lo atendieron y le ayudaron, su fracaso no quedó por el gobierno mexicano. Vamos a transcribir otra crónica aparecida en Chihuahua: una encuesta que hemos realizado en los cafés y mentideros de esta ciudad acerca del personaje mas notable y sobresaliente (después del Presidente) del régimen que concluye mañana 30 de noviembre de 1884, da el triunfo absoluto e indiscutible al Gral. Carlos Pacheco, el insólito estadista y hombre de negocios que de momento hasta se nos olvida que le falta un brazo y una pierna. Por todas estas circunstancias y apreciaciones se nos antoja pensar que si el Gral. Díaz hubiera desistido de convertirse en dictador retomando la presidencia en el siguiente período o sea al finalizar el de su compadre Manuel González, don Carlos Pacheco hubiera llegado fácilmente y con todos los méritos a ser Presidente de la República.

Hay una anécdota de don Carlos curiosa y sin paralelo, que no sé si le favorece o le denigra, fue su decidido apoyo a la inmigración europea “como único camino para mejorar la raza y embellecer al pueblo mexicano, considerado por ese entonces como feo, sucio, hambriento y chaparro”. En ese tiempo la prensa mundial desató una feroz campaña antimexicana, difamación que se inició a raíz del fusilamiento del príncipe europeo o sea el Emperador Maximiliano. Así los rubios preferían para inmigrar los Estados Unidos o la América del Sur, cualquier lugar menos México. En estas circunstancias, se dice que don Carlos Pacheco logró importar a dos mil italianos bien parecidos y de buena estatura, con el beneplácito de las damas de ciertas capas de nuestra sociedad.

Volvemos a apoyarnos en las memorias de Chucho Valenzuela, poeta, escritor y político de esa época. No seré yo (dice Valenzuela) que fui amigoíntimodePachecoquiennieguequelegustabanmucholasmujeresyel vino;enestosmenestereseramuyespecial,muysociableyfiesteroaunquetu-

vieraquepermanecersentadotodalanocheporsuimpedimento,perocuando de costarse en lecho de amor se trataba, su desventaja disminuía y prácticamente ese impedimento no era tal para cumplirle a satisfacción a su pareja. Luego Valenzuela cambia de tema, mas no de personaje para rememorar losiguiente:CuandoeljovenPachecoperdióasuhermanoseconvirtióenun soldadoimpulsivo,temerarioquenomedíaelpeligroyobrabaconsubravura carente de estrategia o premeditación. Así cuando ya las hazañas pasadas eran sabrosas pláticas de salón en años de paz y al calor de unas copas, don Porfirio solía asegurar que no había conocido hombres mas valientes que el General Sóstenes Rocha y el también General Carlos Pacheco; y para que el viejodictadorhéroedemilbatallaslereconocierayasíloexternaraeraquela cosa ardía, sí señor.

Bueno, ya dejando lo que dice Valenzuela, quien esto escribe no encontró por ningún lado los datos de esposa e hijos que debió haber tenido, a pesar de haberlos buscado inclusive en Chihuahua y México. Queremos recalcar que la estrecha afinidad del Gral. Pacheco también con los Generales Díaz y González se derivaba indudablemente de los acontecimientos de aquella memorable batalla del 2 de abril en la cual también el Gral. Manuel González perdió un brazo, pero que a don Porfirio como ya dijimos lo encumbró a insospechadas alturas militares y políticas. Quedamos pues en que son tres –y a lo mejor hay más- los Presidentes que no han llegado completos a la silla. Al terminar 1887 don Porfirio le agarra aun más amor a la silla y no la suelta, se reelige para el siguiente período de diciembre de 1888 a noviembre de 1892; y como don Carlos Pacheco está haciendo brillante papel como ministro pues también sigue firme en Fomento.

El Gral. Terrazas descontento por su eliminación pugnaba por recuperar una situación que consideraba como propia, y así provocó una división en el Congreso en junio de 1887 formando el grupo de diputados terracistas; el Gral. Pacheco se presentó en Chihuahua el 11 de junio y reasumió el ejercicio del poder ejecutivo y muy pronto acabó con la división del Congreso y dejó asegurada la elección de las nuevas autoridades. Se regresó a México el 30 de julio de 1887 para hacerse cargo de su ministerio, a continuar la acción constructiva que lo distinguía de

los demás ministros porfiristas. Por decreto del 16 de octubre de 1888 el Congreso Local lo declaró "Benemérito del Estado" y le otorgó una medalla de oro con la siguiente leyenda: "Al Gral. Carlos Pacheco Benemérito del Estado de Chihuahua". Las legislaturas de Morelos, Chiapas y Sonora lo declararon ciudadano de sus respectivos Estados. Entre las condecoraciones que le fueron concedidas se contaron la de Primera Clase de la Guerra de Intervención Francesa y el Imperio; las que le otorgaron los gobiernos de los Estados de Guerrero, Oaxaca y Puebla y "El Busto del Libertador" que le concedió la República de Venezuela. El Gral. Pacheco fue el encargado de proponer a las Cámaras del Congreso de la Unión la reforma de la Constitución Federal a fin de que don Porfirio pudiera reelegirse, pero al viejo oaxaqueño se le fue la mano, no se supo retirar a tiempo y en el pecado llevó la penitencia.

Así comienza aquel nuevo período –el de 1889- con renovados bríos tanto don Porfirio como don Carlos quien continúa su destacada labor, transcurriendo así más de dos años; pero a los dos años cuatro meses, al fin se enfadó don Carlos de tanto ajetreo, se le cansó la única "pata" que lo sostenía, y aparte eso de cargar dos muletas con una sola mano debe haber sido un sacrificio; valoremos pues la entereza y voluntad de este señor. Se dice que a estas alturas el Gral. Pacheco es riquísimo, así que renuncia a su alto cargo el 21 de marzo de 1891, llegaba una primavera más pero él se dio cuenta que las suyas se habían ido. Debe haberse sentido mal, de lo contrario no se hubiera "rajado". De cualquier manera y por su gran actuación, a los diez días o sea el 31 de marzo fue ascendido a General de División, grado que el Senado de la República le ratificó por aclamación el día 2 de Abril de 1891, Aniversario de la Gloriosa Toma de Puebla en donde –se recordará- fue mutilado; habían transcurrido desde esa fecha 24 años.

El Gral. Pacheco siempre estuvo en contacto con sus parientes de acá de Choix, por ejemplo su primo hermano don Miguel Gastélum y Pacheco al radicarse en Agua Caliente Grande hizo tales méritos y fue tanta su influencia que la pueblo ahora se le llama "Aguacaliente de los Gastélum"; y un hijo de don Miguel fue prefecto político del Distrito de El Fuerte en el año de 1912, se llamó Alfonso Gastélum y Pacheco. Vol-

viendo a don Carlos, este célebre, glorioso y pintoresco personaje sólo sobrevivió escasos seis meses a su renuncia, pues dejó de existir en la ciudad de México a una edad relativamente corta de solo 52 años el día 15 de septiembre de 1891. Pero si tomamos en cuenta aquel milagro de Puebla, cuando el cañonazo le explotó materialmente en los pies, pues se puede decir que prácticamente vivió de "extra" esos 24 añitos y pico. ¡Y cómo hizo historia! ¡y por qué no decirlo también! rellamándolo como El ilustre "mocho" de Toro, Choix, Sinaloa. El cuerpo del Gral. Pacheco fue sepultado con todos los honores en la Rotonda de los Hombres Ilustres del Panteón Dolores en la Ciudad de México, no podía ser de otra manera, dio un ejemplo de voluntad creadora, de fuerza de espíritu sin parangón en nuestra historia. Con motivo de su fallecimiento la Legislatura Local decretó nueve días de luto en todo el Estado de Chihuahua. Y aquel pequeño pueblo enterrado en la agreste geografía Chihuahuense que se llamó San Nicolás del Terreno, hoy como siempre desde el día de su muerte lleva por nombre "Villa Gral. Carlos Pacheco". En la ciudad de Chihuahua hasta hace muy poco había en un importante parque un hermoso busto de bronce del Gral. Pacheco, pero como las políticas cambian, y en forma errónea y despiadada hay que borrar todo vestigio de Porfirismo pues el busto fue desmontado y guardado; en 1989 aún se encontraba arrumbado en un rincón de desperdicios de la Universidad de Chihuahua; como si así se pudiera borrar la historia de esa época que no por ser Porfirista deja de ser historia. Y para que no se nos olvide, o mejor dicho para recordarlo y valorarlo con justicia, allá en Cuernavaca tiene un monumento y fue declarado "Benemérito del Estado de Morelos" por su brillante actuación cuando fue su Gobernador. Además en el propio Distrito Federal tiene o tenía –porque quizá ya lo desaparecieron- un hermoso parque recreativo que también perpetúa su memoria. Sí, dejó huella don Carlos Pacheco indudablemente, pero en su tierra nada lo recuerda, ni una callecita, ni un busto, ni nada. "Nadie es profeta en su tierra". (Humberto Ruiz Sánchez. Crónicas del Zuaque 46)

ÍNDICE

Continuación del Capítulo XVI.....1
CAPÍTULO XVII
La Colonia de Topolobampo. Albert Kimsey Owen.....75
CAPÍTULO XVIII
Prolegómenos.....181
EL FUERTE, CUNA DE GOBERNADORES
El Estado de Occidente.
Lic. José Francisco Orrantia.....317
Después del Estado de Occidente
Francisco Camilo Orrantia y Antelo.....320
Leonardo Ibarra Buelna.....321
Plácido Vega.....322
Blas Ibarra Buelna.....334
Felizardo Torres Viniegra.....335
Gral. Lorenzo Torres.....339
Francisco Orrantia y Sarmiento.....348
José Rentería.....350
Maximiliano López Portillo.....364
Miguel L. Ceceña.....366
Alejandro Vega Ross.....371
Aureliano A. Anaya.....380
Alfredo Delgado Ibarra.....389
Rafael López Mallen.....398
Pablo Erasmo Macías Valenzuela.....400
Francisco Rufino Serrano Barbeitia.....420
Gral. Carlos Pacheco Villalobos.....426

El Fuerte: Nuestra Historia Tomo 4, se terminó de imprimir en
Creativos7 editorial, Culiacán, Sinaloa, México.
La edición consta de 300 ejemplares. Diciembre de 2007.